SAN FRANCISCO DE ASIS

Escritos • Biografías • Documentos de la época

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

© Biblioteca de Autores Cristianos, La Editorial Católica, S. A. Madrid 1978
Mateo Inurria, 15. Madrid
Depósito legal: M. 1208-1985
ISBN: 84-220-0874-2
Impreso en España. Printed in Spain

SAN FRANCISCO DE ASÍS

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

Declarada de interés nacional

399

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISIÓN DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACIÓN CON LA BAC ESTÁ INTEGRADA EN EL AÑO 1985 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

PRESIDENTE:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. ANGEL SUQUÍA GOICOECHEA, *Arzobispo de Madrid-Alcalá y Gran Canciller de la Universidad Pontificia.*

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. Dr. JUAN LUIS ACEBAL LUJÁN, *Rector Magnífico.*

VOCALES: Dr. ALFONSO ORTEGA CARMONA, *Vicerrector Académico;* Dr. GABRIEL PÉREZ RODRÍGUEZ, *Decano de la Facultad de Teología;* Dr. TEODORO JIMÉNEZ URRESTI, *Decano de la Facultad de Derecho Canónico;* Dr. MANUEL CAPELO MARTÍNEZ, *Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología;* Dr. ANTONIO PINTOR RAMOS, *Decano de la Facultad de Filosofía;* Dr. CARLOS CARRETE PARRONDO, *Decano de la Facultad de Filología Bíblica Trilingüe;* Dr. JORGE SANS VILA, *Decano de la Facultad de Pedagogía;* Dr. ANTONIO VÁZQUEZ FERNÁNDEZ, *Decano de la Facultad de Psicología;* Dr. JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO, *Secretario General de la Universidad Pontificia.*

SECRETARIO: *Director del Departamento de Publicaciones.*

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.—APARTADO 466

MADRID • MCMLXXXV

SAN FRANCISCO DE ASÍS

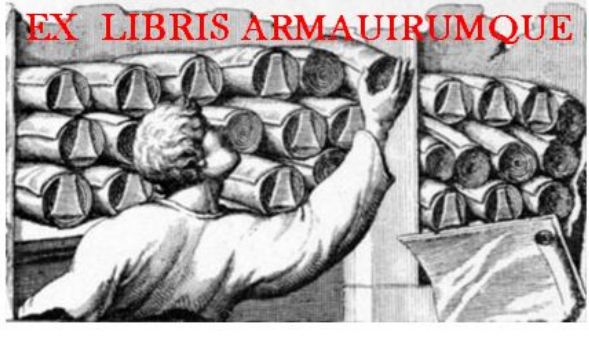
Escritos • Biografías • Documentos de la época

EDICION PREPARADA POR

JOSE ANTONIO GUERRA

TERCERA EDICION REVISADA

EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE



BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MCMLXXXV

EQUIPO DE REDACCION

Sección Escritos

Introducciones: Hno. Sebastián López
Traducción: Hnos. Sebastián López y Celestino Solaguren

Sección Biografías y Documentos

Introducciones: Hno. Lázaro Iriarte
Traducciones:

Vida primera, de Tomás de Celano:	Hno. Francisco Sagüés
Vida segunda, de Tomás de Celano:	Hno. Leonardo Celaya
Tratado de los milagros, de Tomás de Celano:	Hno. Leonardo Celaya
Leyenda mayor, de San Buenaventura:	Hno. Jesús Larrínaga
Leyenda menor, de San Buenaventura:	Hno. Jesús Larrínaga
Leyenda de los tres compañeros:	Hno. Enrique Gutiérrez
Anónimo de Perusa:	Hno. Pierre Beguin
Leyenda de Perusa:	Hno. José Angel L. de Guevara
Espejo de perfección:	Hno. Enrique Gutiérrez
Florecillas:	Hno. Lázaro Iriarte
Consideraciones sobre las llagas:	Hno. Lázaro Iriarte
«Sacrum commercium»:	Hno. Salvador Biain
Testimonios extraños a la Orden y otros fragmentos:	Hno. Celestino Solaguren

Revisión literaria: Hnos. José María Arregui, Joaquín Beltrán, Salvador Biain, Daniel Elcid, José Antonio Guerra, Jesús María Iraola, Ignacio Omaechevarría, Celestino Solaguren.

Coordinador general: Hno. José Antonio Guerra

INDICE GENERAL

Págs.

PRESENTACIÓN XIII
SIGLAS Y ABREVIATURAS XXI

ESCRITOS DE SAN FRANCISCO

Introducción 3
Glosario 19
Oraciones: 23
Oración ante el crucifijo de San Damián 23
Alabanzas al Dios Altísimo-Bendición al hermano León 24
Exhortación a la alabanza de Dios 26
Paráfrasis del Padre nuestro 27
Alabanzas que se han de decir en todas las horas 29
Oficio de la Pasión del Señor 30
Saludo a la bienaventurada Virgen María 45
Saludo a las virtudes 46
Cántico de las criaturas 48

Cartas 51
Carta a todos los fieles 51
Primera redacción 52
Segunda redacción 54
Carta a las autoridades de los pueblos 60
Carta a los clérigos 61
Carta a toda la Orden 63
Cartas a los custodios 68
Primera carta 69
Segunda carta 70
Carta a un ministro 70
Carta al hermano León 73
Carta a San Antonio 73

Avisos espirituales 75
Admoniciones 75
La verdadera y perfecta alegría 85

Textos legislativos 87
Reglas para los hermanos menores 87
Primera Regla 91
Segunda Regla 110
Regla para los eremitorios 116
Forma de vida para Santa Clara 118
Normas sobre el ayuno a Santa Clara 118

Ultimas recomendaciones 120
Testamento 120
Testamento de Siena 124

Págs.

Bendición al hermano Bernardo 125
Exhortación cantada a Santa Clara y sus hermanas 126
Ultima voluntad a Santa Clara 127

BIOGRAFIAS Y DOCUMENTOS DE LA EPOCA

Las fuentes biográficas 131
Vida primera, de Tomás de Celano 140
Vida segunda, de Tomás de Celano 231
Tratado de los milagros, de Tomás de Celano 360
Leyenda mayor, de San Buenaventura 380
Leyenda menor, de San Buenaventura 501
Leyenda de los tres compañeros 529
Anónimo de Perusa 571
Leyenda de Perusa 595
Espejo de perfección 693
Florecillas de San Francisco y de sus compañeros [1] 800
Consideraciones sobre las llagas [2] 894
«Sacrum commercium» [3] 931
Testimonios extraños a la Orden y otros fragmentos 961

APENDICES

Cronología de la vida de San Francisco 978
Mapas franciscanos 980
Tablas de concordancias 982

INDICES:

De citas bíblicas en los escritos de San Francisco 1030
De materias de los escritos de San Francisco 1035
De materias de las biografías 1051
De los nombres de personas 1083
De los nombres de lugares 1087

[1] El índice completo de todos los capítulos de las *Florecillas* se encuentra a continuación de las Tablas de concordancias, p.1025.

[2] El índice completo de las *Consideraciones sobre las llagas* se encuentra en la p.1027.

[3] El índice del *Sacrum commercium* se encuentra en p.1028.

PRESENTACION

A los siete siglos y medio de su muerte, San Francisco continúa estando presente entre nosotros. Su persona no ha dejado de atraer y fascinar, de interpelar e inquietar, de iluminar y orientar. El «nuevo loco» imparte lecciones de verdadera sabiduría; el «ignorante e indocto» se ha convertido en maestro de doctos y sabios.

Prueba de ello es la amplia difusión que ha tenido la obra *Escritos de San Francisco y biografías de su época.* Las siete ediciones sucesivas que el público de habla hispana ha absorbido dan fe del buen tino con que sus autores, los hermanos Juan R. de Legísima y Lino Gómez Canedo, con la colaboración de la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, respondieron ya en el año un poco remoto de 1945 a una necesidad sentida por doquier y calladamente expresada y abonan la benévola acogida que entre nosotros se le presta al hermano Francisco.

* * *

También nosotros, como otrora el hermano Maseo, podemos dirigirnos a San Francisco y preguntarle:

> —¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti?

Y con su respuesta nos cerrará el paso a toda idealización puramente humana de su persona y nos dará la clave que explica el atractivo que todavía ejerce:

> —Esto me viene de los ojos del Dios altísimo...; me ha escogido a mí para confundir la nobleza, la grandeza, y la fortaleza, y la belleza y la sabiduría del mundo, a fin de que quede patente que de El, y no de creatura alguna, proviene toda virtud y todo bien... y quien se gloría, ha de gloriarse en el Señor (Flor 10).

Es la acción del Señor la que ha hecho de él una figura tan humana y tan calada de Dios, tan pequeña y dotada de

tanta grandeza, tan sencilla y tan profundamente luminosa.

Todo afán de enaltecer su figura por sí misma, sin subrayar destacadamente la operación de Dios, sin referirse a Aquel de quien es copia, sería un error y un despropósito, ya que nada hay más equivocado que poner al Santo de pantalla que impida advertir la presencia de Aquel cuyas huellas quiso siempre seguir. Francisco aborreció todo protagonismo porque para él nada tenía sentido sino vivir de Cristo y para Cristo. El no fue un héroe; es un santo. La grandeza de Francisco reside en ser indicador que apunta al Camino, testigo que remite, eco de la Palabra, reflejo del que es la Luz. Desposeído de todo para que Dios sea siempre todo. San Francisco cobra relieve por el relieve que le da el evangelio que observó; transpira grandeza por la transcendencia de Dios que rezuma en su pobreza.

San Francisco esconde y revela a un tiempo una realidad que le es ajena y a la vez es suya. No es posible captar sus vivencias más íntimas ni sus exteriorizaciones más concretas sino desde la óptica de fe que a él le permitió comprender su vocación y le condujo a las opciones de vida que él practicó. Casi nada podrá saber de Francisco, el santo que esconde el misterio de Dios, quien acuda a las fuentes con afanes de mera y curiosa erudición.

Hay una manera de asimilar esa visión que Francisco tiene de Dios, del mundo, del hombre y de las cosas: acercándose a él y, como aquellos primeros compañeros suyos, mirándole con corazón limpio y ojos sencillos.

Al confeccionar este volumen no hemos tenido otra intención ni otro deseo que el de continuar creando un espacio de encuentro entre Francisco y los que a él quieran llegarse. ¡Ojalá contribuyamos a ese mutuo acercamiento! La convivencia prolongada puede producir una especie de simbiosis. De seguro que si, un poco al estilo y con la ingenuidad del hermano Juan el simple, escuchamos a San Francisco y observamos su comportamiento, nos irá él comunicando su visión de fe, su admiración por la grandeza de Dios y su sensación de dependencia respecto a El, su entusiasmo por Cristo y el Evangelio, su docilidad al Espíritu, su actitud de servicio, su creatividad libre de ataduras

y convencionalismos serviles y tantas otras cosas. Cuando hay disposición al contagio, la proximidad lo facilita. El contacto con San Francisco nos irá arrastrando hacia los polos de su propia existencia. Si oímos la voz de Francisco, escucharemos la de Aquel que le habló al corazón; si contemplamos su vida, percibiremos el aliento de quien la creó y la animó.

Nada mejor para oír esa voz y contemplar esa vida que una lectura en fe de los escritos de San Francisco —principalmente éstos, por el valor autobiográfico que encierran— y de las biografías y demás documentos de la primera época, por ser éstos los que mejor reflejan la más rancia imagen de Francisco. Esta lectura será la que, acercándonos a Francisco, nos permita penetrar en su pensamiento, comprender sus opciones e imitar su vida.

El deseo de facilitar el encuentro inmediato con Francisco ha presidido muy concretamente la preparación de las introducciones de la sección de los *Escritos*. Con originalidad respecto al enfoque y con muy buen criterio a nuestro juicio, el autor de dichas introducciones, la general como las particulares, ha querido ayudar al lector a acercarse al alma del Santo. Diciendo acerca de las cuestiones históricas concernientes a cada caso sólo lo estrictamente necesario, ha fijado su atención en el entronque de cada escrito en el conjunto del pensamiento de San Francisco y ha destacado las ideas más importantes de cada uno de los escritos. Es decir, el autor ha querido «introducir» a la lectura de los textos mismos para que el lector extraiga el jugo que contienen, envuelto en expresiones siempre sobrias y muchas veces literariamente poco logradas.

* * *

Este propósito fundamental nuestro de facilitar el encuentro con San Francisco coincide con el deseo de un amplio público. Por eso, sin más, hemos contraído con él un deber: el de procurarle todo lo que pueda ayudarle a acercarse más y mejor al Santo. Debemos hacerlo porque es posible; porque pueden ser útiles a muchos los resultados de investigaciones que se han venido haciendo a lo largo

de todos estos años. Por lo que a nosotros más nos puede interesar, en dos direcciones se han realizado estos trabajos de investigación: estudios críticos para fijar el texto de algunas fuentes y estudios que han llevado a nuevas valoraciones de ciertas fuentes.

En la elaboración de este volumen era necesario conocer al destinatario. No nos ha sido difícil identificarlo: todos esos lectores que, con el objeto de aprovechar espiritualmente, se habían hecho con el libro que hasta ahora ha venido suministrando la BAC; todo ese mundo, oficialmente franciscano o franciscano de devoción, que se siente atraído por la figura de San Francisco y su mensaje y que quiere aproximarse a su persona. Esto nos obligaba, por una parte, a eliminar lo que pudiera tener un carácter más técnico o estar dirigido a un grupo más culto y especializado, y, por otra, a ofrecer todas aquellas ayudas que pudieran servir para una lectura más aprovechada de las fuentes. Es el criterio que ha presidido la confección de todas las introducciones del libro, particularmente las de los *Escritos* de San Francisco, la preparación de las notas, los índices —sobre todo el de materias— y las tablas de concordancias.

Dos son las partes fundamentales que comprende el libro: la sección de los *Escritos* y la de las *Biografías y otros documentos*. A ellas hay que añadir, como complementaria y auxiliar, la tercera parte, que comprende los *Apéndices*.

Diremos a continuación algo sobre cada una de estas secciones:

a) **Escritos de San Francisco**

Según queda ya señalado, hemos considerado que los escritos de San Francisco son lo más importante de este libro. Por esa razón, a su versión hemos dedicado nuestros mejores esfuerzos.

Gracias al hermano Kajetan Esser, uno de los más eminentes estudiosos de temas franciscanos, y a los que con él han colaborado, disponemos, desde 1976, de una nueva edición crítica de los *Escritos* de San Francisco. Es una de las aportaciones más notables de la investigación moderna

en el terreno de las fuentes franciscanas. A dicha edición crítica nos hemos atenido en nuestra traducción y de ella hemos tomado la distribución versiculada de los textos. Por pensar que carecen de interés para el gran público al que va dirigido el volumen, nos hemos permitido omitir ciertos fragmentos de la regla primera o no bulada que han aparecido aisladamente y que, por presentar algunas variantes, figuran en la edición crítica, como también algunos textos que Kajetan Esser clasifica entre los *dictados*.

Por el contrario, aunque no aparece en la mencionada edición crítica, hemos introducido en este libro la *exhortación cantada* dirigida por San Francisco a Santa Clara y sus hermanas. Un estudio del hermano Giovanni Boccali, posterior a la edición crítica de Kajetan Esser, y algunos artículos que le han seguido, garantizan la autenticidad de esta breve pieza.

En la traducción de los Escritos de San Francisco se ha observado el siguiente proceso con el objeto de lograr una versión fiel al original. La traducción-base, preparada por el hermano Sebastián López, fue enviada a religiosos de las familias franciscanas de España e Hispanoamérica para recabar de ellos las observaciones que estimaran oportunas. Recogidas éstas y teniéndolas en cuenta, el hermano Celestino Solaguren elaboró una nueva traducción que fue igualmente remitida a algunos religiosos con el fin de que la examinaran e hicieran cuantas sugerencias creyeran convenientes. Por fin, una comisión compuesta por los hermanos José María Arregui, Joaquín Beltrán, Daniel Elcid, Ignacio Omaechevarría, Celestino Solaguren y el que suscribe revisó detenidamente el texto de la segunda traducción teniendo en cuenta las observaciones que le fueron enviadas y redactó el texto definitivo. La versión que ahora ofrecemos es el resultado de la sucesión de estas gestiones.

b) **Biografías y otros documentos de la época**

Una cosa conviene resaltar particularmente en lo que se refiere a esta sección: que en este volumen se publican por primera vez en lengua española algunas fuentes más o

menos biográficas y otros documentos que son de interés para conocer la persona de San Francisco. Tales son: *Tratado de los milagros de San Francisco,* de Tomás de Celano; *Leyenda menor,* de San Buenaventura; *Anónimo de Perusa; Leyenda de Perusa; Sacrum commercium;* algunos documentos más breves que recogen testimonios de la época sobre la persona de San Francisco y el movimiento por él promovido.

También a esta sección se ha prestado atención y esmero. Las introducciones, breves y sencillas, que aparecen en ella, exponen las cuestiones más importantes relativas al autor, texto de cada obra y momento de su composición a fin de que la lectura de estas biografías y documentos pueda ser más inteligente y crítica y más provechosa. De todas las biografías y documentos se ha hecho una traducción enteramente nueva basada en los originales; las versiones han sido sometidas a uno o varios exámenes, siendo finalmente revisadas por la comisión integrada por los hermanos Jesús María Iraola, Salvador Biain y el que suscribe.

c) Elementos auxiliares

Esperamos que así las introducciones y notas como los demás apartados de la sección de los *Apéndices* sean útiles para los fines que nos hemos propuesto.

En cuanto a las *notas,* hemos de decir que buena parte de las que aparecen en la sección de las *Biografías y otros documentos* han sido tomadas de DESBONNETS-VORREUX, *Saint Françoís d'Assise. Documents,* París 1968. Mucho nos ha valido también este mismo libro para la confección de las *Tablas de concordancias* y de los *Indices de materias;* lo hemos utilizado especialmente para la preparación del *Indice de materias* correspondiente a los *Escritos* de San Francisco. Hemos de añadir que en la preparación del que corresponde a las *Biografías y otros documentos* nos ha ayudado considerablemente también el libro italiano, de reciente aparición, *Fonti francescane* (Assisi 1977).

• • •

Es deber manifestar nuestro agradecimiento a todos aquellos de cuyo trabajo nos hemos aprovechado en la preparación de este libro. Especialmente queremos expresar nuestra gratitud a los hermanos Teófilo Desbonnets y Damián Vorreux porque fueron ellos quienes con su obra nos animaron a iniciar la que ahora nosotros presentamos y porque, tal como hemos dicho, a ellos particularmente debemos un cúmulo de ayudas que nos han prestado con el volumen que ellos publicaron.

A cuantos de alguna manera han contribuido a la preparación más inmediata de este libro quiero recordarles que con ello se han hecho acreedores a la bendición del Señor tal como dice San Francisco: *Sepan que son benditos del Señor Dios los que hicieren copias de este escrito para que sea mejor guardado* (CtaCle 15).

* * *

Quiera Dios que todo el que tome en sus manos este volumen sea surco hambriento que recoja con avaricia la semilla que el humilde Francisco deposite pausadamente en su seno.

En alabanza de Cristo bendito. Amén.

Aránzazu, 15 de enero de 1978.

Hno. JOSÉ ANTONIO GUERRA.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

A) Sagrada Escritura

Ap	Apocalipsis
Col	Colosenses
1Cor	1.ª Corintios
2Cor	2.ª Corintios
1Cr	1.ª Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dan	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ecl	Eclesiastés
Eclo	Eclesiástico
Ef	Efesios
Esd	Esdras
Ex	Exodo
Ez	Ezequiel
Flp	Filipenses
Gál	Gálatas
Gén	Génesis
Heb	Hebreos
Hch	Hechos
Is	Isaías
Jer	Jeremías
Job	Job
Jos	Josué
Jn	Juan
1Jn	1.ª Juan
Jue	Jueces
Lam	Lamentaciones
Lev	Levítico
Mal	Malaquías
Mc	Marcos
Mt	Mateo
Miq	Miqueas
Neh	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1Pe	1.ª Pedro
2Pe	2.ª Pedro
Prov	Proverbios
2Re	2.º Reyes
Rom	Romanos
Sab	Sabiduría
Sal	Salmos
1Sam	1.º Samuel
2Sam	2.º Samuel
Sant	Santiago
1Tes	1.ª Tesalonicenses
2Tes	2.ª Tesalonicenses
1Tim	1.ª Timoteo
2Tim	2.ª Timoteo
Tit	Tito
Tob	Tobías

B) Escritos de San Francisco

Adm	Admoniciones
AlD	Alabanzas al Dios altísimo, escritas para el hermano León
AlHor	Alabanzas para todas las horas
BenBer	Bendición al hermano Bernardo
BenL	Bendición al hermano León
Cánt	Cántico de las criaturas
CtaA	Carta a las autoridades de los pueblos
CtaAnt	Carta a San Antonio
CtaCle	Carta a los clérigos
1CtaCus	Primera carta a los custodios
2CtaCus	Segunda carta a los custodios

1CtaF	Carta a todos los fieles, primera redacción
2CtaF	Carta a todos los fieles, segunda redacción
CtaL	Carta al hermano León
CtaM	Carta a un ministro
CtaO	Carta a toda la orden
ExhAD	Exhortación a la alabanza de Dios
ExhCl	Exhortación cantada a Santa Clara y sus hermanas
FVCl	Forma de vida para santa Clara
NACl	Normas sobre el ayuno a Santa Clara
OfP*	Oficio de la Pasión del Señor
OrSD	Oración ante el crucifijo de San Damián
ParPN	Paráfrasis del Padre nuestro
1R	Primera regla (la de 1221)
2R	Segunda regla (la de 1223)
REr	Regla para los eremitorios
SalVM	Saludo a la bienaventurada Virgen María
SalVir	Saludo a las virtudes
Test	Testamento
TestS	Testamento de Siena
UltVol	Ultima voluntad a Santa Clara
VerAl	La verdadera y perfecta alegría

C) Biografías

1C	Celano: Vida primera
2C	Celano: Vida segunda
3C	Celano: Tratado de los milagros
LM	San Buenaventura, Leyenda mayor
Lm	San Buenaventura, Leyenda menor
TC	Leyenda de los tres compañeros
AP	Anónimo de Perusa
LP	Leyenda de Perusa
EP	Espejo de perfección
Flor	Florecillas
Ll	Consideraciones sobre las llagas
SC	Sacrum commercium

D) Otras fuentes

AASS	Acta Sanctorum bollandiana
AF	Analecta Franciscana
AFH	Archivum franciscanum historicum
AIA	Archivo ibero-americano
BF	Bullarium franciscanum
CF	Collectanea franciscana

* A esta sigla acompañará el número indicador de los quince salmos de que se compone el oficio de la Pasión y el del versículo correspondiente. La sigla *Ant* que aparezca en lugar de estos números quiere decir *Antífona.*

EF	Etudes franciscaines
FS	Franziskanische Studien
MF	Miscellanea francescana
MGH	Monumenta Germaniae historica
RHF	Revue d'histoire franciscaine
WuW	Wissenschaft und Weisheit

SECCIÓN PRIMERA

ESCRITOS DE SAN FRANCISCO

Oraciones.
Cartas.
Avisos espirituales.
Textos legislativos.
Ultimas recomendaciones.

INTRODUCCION

El Francisco de las biografías se ha impuesto en la devoción popular al de los escritos. Lo mismo le ha sucedido, inexplicablemente, con los historiadores y tratadistas de la espiritualidad, entre quienes Francisco consigue sólo una mención como fundador de una orden religiosa, y, por lo tanto, como iniciador de una determinada escuela de espiritualidad. Pero a su propio carisma y experiencia y a los escritos que nos los transmiten no se les concede importancia, aunque consigan ser el exponente cimero, y, en cierto sentido, casi único, de muchas ideas y corrientes anteriores a él y tambien de las que le siguen. Por ello, junto al Francisco de las biografías hay que colocar, necesaria y enriquecedoramente, al Francisco de los escritos. El propio Francisco subrayó y acentuó la importancia de los mismos en su repetido consejo y mandato de conservarlos, copiarlos, repartirlos, leerlos y realizarlos [1]

Pues aquí están. Los primeros hermanos de Francisco, fieles a sus recomendaciones, los guardaron e hicieron copias de ellos; entre las muchas que existen, la más antigua es una colección recopilada ya a los pocos años de su muerte, unos treinta después; es la que se contiene en el códice 338 de la biblioteca municipal de Asís.

No son muchos los escritos. Son treinta los que presentamos en este volumen en su traducción castellana. Pero no están todos. El tiempo, y sus cosas, ha perdido muchos. Santa Clara nos dice en su testamento que Francisco «durante su vida no se contentó con exhortarnos con muchas pláticas y ejemplos al amor y observancia de la santísima pobreza, sino que también nos entregó muchos escritos, *para que, después de su muerte, de ninguna manera nos separemos de ella.* [2]. *Hoy conocemos dos de esos muchos escritos. Por tanto, hubo más. Es que Francisco, sintiéndose hermano y siervo de todos, hizo del escribir un servicio* [3]*; además, Francisco era comunicativo, cordial, diálogo vivo. Celano lo pintará como «sumamente expresivo»* [4]. *Más aún, en ocasiones era todo él palabra o lengua* [5].

Por una parte, nunca terminaba de hablar con Dios [6]. *Muchos de los escritos son su conversación, sin fin y repetidísima, con El. Por otra, los hombres, en especial sus hermanos, y las creaturas todas eran interlocutores siempre presentes, pues pocos habrán vivido mas al descampado y a los cuatro vientos de todo y de todos* [7]. *Debió de escribir mucho más Francisco.*

[1] CtaCle 15; 1CtaCus 9-10; 2CtaCus 6; 1CtaF 2,19-22; 2CtaF 86-88; CtaO 47-49; 1R 24.

[2] Test 5: OMAECHEVARRÍA, *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos* (Madrid, BAC, 1971) p.280.

[3] 2CtaF 2.

[4] 1C 83.

[5] 1C 97.

[6] 1C 97.

[7] TC 58; 1C 30.80.

Lo que más llama la atención en los escritos que han llegado a nosotros es su gran diversidad de estilo y composición. Y es que Francisco no los escribió de su puño y letra, a excepción de unos pocos, dos de los cuales han llegado hasta nosotros: la carta al hermano León, y las alabanzas a Dios y la bendición al mismo hermano. Según las fuentes biográficas, dictaba sus escritos a los hermanos más diestros en el manejo de la pluma, que no eran siempre los mismos [8]. *Y lo hacía en el dialecto italiano-umbro, del que se servía habitualmente en la conversación y en la predicación, y que el secretario debía traducirlo al latín. Eso explica su diversidad de tono, la mayor o menor riqueza de vocabulario, la sencillez o el engarce más trabajado y los frecuentes italianismos con los que no es difícil tropezar. Distan mucho entre sí, por ejemplo, la ceñida y casi rudimentaria expresión y yuxtaposición de las oraciones en la regla de los eremitorios o en el testamento y el empaque y amplitud de estilo de la carta a toda la Orden y de algunos párrafos de la Regla bulada.*

Por eso es difícil asegurar nada definitivamente cierto sobre el estilo de Francisco. Probablemente sería ceñido y corto, austero y pobre, pero expresivo y dinámico, tal como nos suenan la regla de los eremitorios, el testamento y la carta a un ministro.

«El Señor me dio escribir...»

Para Francisco, lo importante era que el escribir había sido una gracia. «El Señor me dio escribir sencilla y puramente...» [9] *Esta es la razón más honda y explicativa de sus escritos. Tambien estos, como todo él y todo en él, son fruto de la gracia y don del Señor* [10]. *Tambien, necesariamente, escucha y respuesta, obediencia y fe, frente al Señor, que hace y dice todo bien, convicción que es como un descansado cantar de toda su vida, como la seguridad de una dura y ancha roca* [11]. *No escapan al cerco que la misericordia y dulzura del Señor han puesto a su vida* [12]. *En los escritos queda consignada expresamente la actividad del Señor a la que responden y obedecen; algunos comienzan «en el nombre del Señor»* [13]; *todos se estremecen de la actividad del Espíritu del Señor. Esto explica, por extraño y hasta casi presuntuoso que nos parezca, la convicción de Francisco de que sus palabras son tambien palabra de Dios* [14]; *la razón clara y contundente que tanto lo ha trabajado es que el Señor dice y hace todo bien. Lo que no deja de ser tampoco una convicción llena de razón teológica. Desde aquí, sus páginas son sobre todo páginas testigos, profetas que señalan abultadamente la sorpresa inesperada de la continua y adelantada acción de Dios, que era la fiesta suya y la de los suyos. Francisco no escribe subjetivamente —diremos exagerando y subrayando—, sino objeti-*

[8] 1C 82; 2C 49.163; EP 87.
[9] Test 39.
[10] Test 1-14.
[11] Adm 2,3; 7,4; 8,3; 12,2; etc.
[12] Test 2; TC 8.
[13] 1R 4,1; 23,35; 2R 1,1; 2CtaF 1; CtaO 1.
[14] 2CtaF 2.3.87.

vamente. Francisco es un juglar que canta lo que le acontece y pasa, y lo que les acontece y sucede a los suyos. El vive en el Acontecimiento. En la plenitud de los tiempos. En la tierra de los vivientes. En la bendición [15]. *Sus escritos son el evangelio de esa Buena Nueva, no otra que la que entonces cumplía trece siglos, aunque no cumplirá nunca ninguno.*

Por eso, sus escritos no se pueden leer ni al margen ni a distancia de su propia y personal experiencia, que, con todas las mediaciones que se quieran y que son inevitables, nos narran sus primeros biógrafos. Nada hay que menos sean meras ideas y lucubraciones que los escritos de Francisco. Son, de todas todas y decididamente, vida y experiencia, y hacia ellas apuntan y urgen [16]. *El* camino *que él encontró a lo largo de sus casi cuatro años de conversión, y que enseñaba a los demás, como nos dice Clara en su testamento: «El Hijo de Dios se nos ha hecho camino, que con su palabra y ejemplo nos ha mostrado y enseñado nuestro bienaventurado padre Francisco, verdadero amante e imitador suyo»* [17]. *Ese es el acontecimiento del que vive y del que incansablemente habla. Aun las reglas, que podían hacer pensar más en un reglamento y ordenación externa de la fraternidad, están acribilladas, sobre todo la regla no bulada, de la palabra «vida». Francisco no aprendió mucho más de lo que el Señor se dignó revelarle un día: «la vida del evangelio de Jesucristo».*

Tampoco acertará con la lectura de estas páginas quien se acerque a ellas desde otros presupuestos que los que sostienen la fe que cada una de las mismas confiesa. No llegará a serle inútil, por supuesto, pero no dará con lo más original suyo. El mismo coloca su lectura bajo la bendición del Señor [18], *y sólo esa luz la hace inteligible.*

«Y YO LO HICE ESCRIBIR...»

Pero la gracia no ha anulado ni suplantado a Francisco. Llama precisamente la atención en sus escritos el protagonismo tan acentuado, tan en primera línea, de su persona; parece tener interés en subrayarla, o porque le interesa proclamar gozosamente el don de Dios que lo ha atrapado y del que vive [19], *o porque le interesa subrayar tambien su propia decisión y voluntad en la obediencia de la fe* [20]. *El pronombre personal en primera persona, los verbos en primera persona tanto del singular como del plural, están presentes casi en cada página.*

Pero este protagonismo es lúcido. No se engaña sobre su propio ser. El ha definido al hombre como «cuanto es ante Dios, tanto es, y no más» [21]. *Y, desde esa cumbre, él se sabe y confiesa pecador, pequeño y pobre* [22].

Tampoco su protagonismo «rompe la tela de este dulce encuentro», que diría San Juan de la Cruz. Deja la impresión de que al hablar se

[15] Test 1-14, OfP.
[16] 2CtaF 86-88; CtaO 47-49.
[17] Test 1: OMAECHEVARRÍA, o.c., p.277.
[18] 2CtaF 88.
[19] Test 1-4.
[20] Test 16-20; UltVol; 1R 17,7; 22,5; 23,5.
[21] Adm 19,2.
[22] CtaO 38-39.47; 1R 17,7; 22,5; 23,5.

detiene siempre en el umbral de su experiencia íntima; apenas deja traslucir nada a traves de la tienda que a la experiencia de Dios le ha hecho con su manto [23]. *Quizás sólo las palabras del testamento: «se me tornó en dulzura de alma y cuerpo», revelan algo de esa experiencia suya del misterio inefable de Dios. «Mi secreto para mí, mi secreto para mí», repetía frecuentemente* [24]. *Sabía que el hombre intenta siempre cobrarse o sacar alguna ventaja de los dones de Dios* [25]. *Y —lo que decía él— vivir a costa de Dios es lo que realmente nos arrebata el tesoro de la pobreza* [26].

Por eso, nos parece que Francisco no habla en descripciones místicas. ¿Las transciende? ¿Las evita? Creo que ninguna de las dos cosas. Escribe sencillamente; es decir, no sólo sin artificio, sin citas y saberes superiores, sino positivamente, en disponibilidad absoluta, en pobreza, para la irresistible fuerza e invasión de Dios [27] *que guarda en su corazón* [28]. *Así, a pesar del protagonismo que venimos comentando, en sus escritos suena y se oye más el Otro, el Altísimo.*

El protagonismo de Francisco en sus escritos nos revela, además, una de sus notas más características y de las que más cerca lo colocan de nuestro hoy: su visión, tan acentuadamente personal, de lo cristiano, de la fe al fin, tan de cuerpo a cuerpo con el Señor resucitado, en el que el Padre es epifanía incitante y provocadora, y con sus hermanos menores. Es de persona a persona como él se entiende a sí mismo y se pone frente a Dios en Cristo. Priva, pues, en él, como definición de lo cristiano, la pregunta-respuesta. Francisco es puro diálogo desde el Señor, que le dio la gracia de hacer penitencia. Su testamento lo dice inmejorablemente.

«El Señor bendiga a los que guardan estas cosas...»

El primero que subrayó la importancia de sus escritos fue el propio Francisco, como ya lo hemos dicho. Sabía que eran la resonancia del Evangelio en él y su urgencia. Junto a ese indudable valor, tienen para nosotros el de ser el principal y más derecho camino hacia la intimidad de Francisco, de su más profundo centro copado por la gracia que lo llamó a penitencia. De ahí brotaron un día y ahí remiten necesariamente. No hay reliquia que más nos lo recuerde y nos lo acerque. Ni mejor decantador de su propia biografía. Son paso obligado para cualquier acercamiento a él, si se quiere que sea profundo y auténtico.

Abrir estas páginas será conocer a un Francisco a primera vista casi enteramente distinto del que la literatura piadosa nos suele presentar. En su hondura, en su radicalidad tan consciente y despierta, nos parecerá casi imposible el tino que demuestra en los temas y centros vitales evangélicos y hasta la aparente sequedad de sus palabras. Después, las ideas irán serenándose y ordenándose como surcos germinativos y explicativos de sus hechos, de su prisa y de su pobreza, y será posible hacer la unión entre los dos Franciscos: el de los escritos y el de las Florecillas, *por poner un*

[23] 2C 94.
[24] 1C 96.
[25] Cf. Adm 28.
[26] 2C 133-34.
[27] EP 4; 2C 144.
[28] Adm 28.

ejemplo extremo en cierto sentido, de tal forma que éstas tendrán ya un perfume más adentrado y hondo, más decantado y puro.

«NADIE ME MOSTRABA QUÉ DEBÍA HACER...»

Como su fe y su respuesta a la palabra de Dios son intransferibles, enteramente personales, y, en consecuencia, originales, así lo son sus escritos. «Nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló...» [29] *Hay forzosamente en ellos una indomable originalidad, como la hay en su vocación y en la vida según la forma del santo Evangelio que la concretó.*

Pero Francisco recibió de la Iglesia la fe; la maduró y la expresó en la Iglesia. El era un eslabón más en la cadena de testigos y entregadores del hecho cristiano. Que nadie en el cristianismo puede lograr entera originalidad, ni ser tampoco fuente única y exclusiva. Se es recibiendo y aceptando la vida, que, arrastrada por el cauce del tiempo y de la historia, impulsa el Espíritu, el cual únicamente nos entrega a Cristo, el Unico. No voy a señalar minuciosamente el agua que llegaba a él cargada de años y vivencias, pues no es éste el lugar. Pero sí quiero subrayar, con cierta amplitud, esta dependencia de Francisco de la tradición eclesial, único modo de que consiga su auténtica y original identidad, aunque no lo parezca. Recibir de la Iglesia, la madre Iglesia que decía él, es la única manera de ser uno mismo cristiano. El aprendió evangelio y seguimiento de Cristo de y en la Iglesia [30]. *Hay por ello en sus escritos un plural y abundante rumor de palabras y temas bíblicos, monásticos, litúrgicos, canónicos, eclesiales al fin. La lectura de los escritos de Francisco obliga a prestar atención a este abundoso y lejano manantial, si quiere uno llegar a entenderle. Que Francisco no vino llovido del cielo. Como todos, nació de la tierra y en la tierra de su tiempo, con su propia historia, su cultura, su sociología, etc., que inevitablemente fueron el surco donde creció y del que tomó savia y vida.*

Con ello no hacemos de Francisco un teólogo, ni prestamos a sus palabras una erudita profundidad. Francisco no frecuentó más que la escuela parroquial de San Jorge, casi frente por frente de su propia casa [31], *en la que aprendería a leer y escribir con el salterio en la mano, único libro escolar en aquel tiempo. Aprendió además, probablemente de boca de su padre, el francés que más de una vez usó a lo largo de su vida* [32]. *No desconocía, por lo que dicen las fuentes biográficas, los cantares de gesta* [33]. *Pero no poseía estudios superiores, que diríamos hoy. Es a lo que se refiere Francisco cuando se llama «ignorante e indocto»* [34]. *Tampoco le iban. Era un activo. Eso sí, era despierto, avispado, retentivo; sabía clavar los ojos, y, sobre todo, tuvo una fe sedienta que nunca acababa de contemplar y que no le dio descanso a zaga de las huellas de Cristo. Esa fue su teología, el seguimiento. Y con ella es uno de los mejo-*

[29] Test 14.
[30] 1C 22.
[31] 1C 23.
[32] 1C 16; 2C 127; LM 2,5; TC 34.
[33] LP 103.
[34] CtaCl 39; Test 19.

res teólogos que ha tenido la cristiandad, por haber dado en el blanco evangélico de tantas cosas. Claro que con sencillez y más con el ejemplo que con la palabra, pues, según el, esa es la mejor ciencia [35].

Sin negar, pues, su originalidad y sin hacer de él un hombre de escuela, es necesario, como camino para entenderle, señalar, aunque sea muy superficialmente, las raíces, las principales siquiera, de su pensamiento y de su vida. Hablaremos más ampliamente de su raíz evangélica. Es la fuente más inmediata y la de más caudal. También la que más lo ha marcado y lo ha hecho.

a) El Evangelio

Francisco comienza su aventura evangélica con el evangelio de misión de los apóstoles [36] *y la termina en el capítulo 13 de San Juan* [37]. *Su existencia, como la regla y vida que dejó a sus hermanos y que fue suya también, está acotada por el Evangelio* [38]. *Celano ha dicho esto mismo, sólo que mucho mejor: Francisco había hecho de la palabra de Dios la tienda de su intimidad con Él* [39]. *Con terca avidez la había escuchado, y se había abierto en surco con tanta profundidad* [40], *que el corazón se le había convertido necesariamente en arca para custodiarla* [41]. *Y así, el espíritu y las palabras se le fueron modelando a su sentido y sonido de tal modo, que sus escritos, casi enteramente, resuenan a palabra de Dios y riman con ella. Es precisamente este hondo y lejano resonar bíblico lo que, mejor que las numerosas citas de la Sagrada Escritura —596 cuenta la edición crítica, para algunas de las cuales, al menos, recibió la ayuda de un especialista—, nos revela la sencilla profundidad, la imposible cala de su espíritu en el mensaje de la palabra de Dios. El repetido «dice el Señor en el Evangelio» que llena sus escritos, nos da la acabada visión suya de escucha atento y decidido* [42], *de discípulo obediente. Igual que la exacta idea que se hacía él de la palabra, del Evangelio de Jesucristo: la palabra es Jesucristo* [43]. *Es el Señor Jesucristo quien revela desde el Evangelio* [44]. *Por eso Francisco empareja casi siempre eucaristía y palabra de Dios, medios de la presencia y cercanía de Dios en Cristo, el Hijo amado* [45]. *Son la salvación, espíritu y vida* [46].

Pero del Evangelio Francisco había hecho, dentro de la universalidad que tiene en su proyecto de vida como fuente inspiracional, su selección. Sin mucho detalle, que nos llevaría tiempo y páginas, es fácil ver que sus gustos van:

[35] EP 4.
[36] 1C 22.
[37] 1C 110.
[38] 2R 1,1; 12,4.
[39] 2C 94-95.
[40] 1C 22.84; 2C 102.105.
[41] 2C 102.
[42] 1C 22.
[43] 2CtaF 3-4; TC 28; 2C 105.
[44] Test 14.
[45] CtaCle 1-3; 1CtaCus 2; 2CtaF 33-35; Test 6.13.
[46] 2CtaF 3.

—*por el* sermón de la Montaña, *que le descubre lo más original del Evangelio y lo que menos lo es en él: la dicha y bienaventuranza de tener a Dios como Rey y Padre, como Bien que dice y hace todo bien; ahora comprende que el disparate de la pobreza y de la cruz sólo es posible en esa cercanía de Dios. Y, sin más, da vuelta entera a todos los valores y proyectos que habían animado hasta entonces su vida y comienza a ser feliz para siempre* [47]. *Esta presencia de Dios da razón y sentido a todos los gestos de Francisco, que expresan y proclaman la bienaventuranza, el bien decir del Señor sobre el hombre* [48], *igual que todos los dichos que remiten a la gracia y a la obra de Dios como las únicas que posibilitan el seguimiento de Cristo* [49]. *En él aprende la dicha de la persecución, pues el Señor nos ha admitido a la prueba definitiva del amor* [50]; *la exigencia de ser luz para los demás desde la luz recibida en Dios y de Dios* [51]; *la nueva forma de amar que instaura Dios en el interior del hombre acaparándolo todo entero, porque el Dios del Reino es un Dios de entrañas de misericordia, el Dios Bien que hace y dice todo bien* [52]; *la imposibilidad de estar ante Dios con un corazón que no participe de su amor misericordioso* [53]; *la experiencia de no poder ser mas que disponibilidad absoluta desde el momento en que Dios en Cristo se ha hecho vulnerable, humildad* [54]; *la certeza de que el amor en el reino de Dios es gratuito, y sólo la gracia del Dios Bien, que hace y dice todo bien, lo hace posible* [55]; *la gratuidad absoluta en nuestro hacer frente al Dios Padre que ve en lo escondido* [56]; *la oración gratuita de cara al Dios Bien que hace y dice todo bien* [57]; *la valoración del Reino, de lo definitivo, sobre lo caduco y contingente* [58]; *el perdón, como réplica y exigencia del perdón que hemos recibido* [59]; *el ayuno, que, como expresión del hambre del Reino, debe ser gratuito y alegre* [60]; *la convicción de que el Reino, Dios que hace y dice todo bien, está por encima de todo otro valor* [61]; *la primacía absoluta de la tensión por el Reino, Dios que hace y dice todo bien, sobre todo otro afán* [62]; *la sinrazón del juicio del hombre sobre los demás, frente al Señor, juez, y ante el propio pecado, que el Reino, el Dios Bien, ha puesto de manifiesto* [63]; *que la medida del amor a los demás no tiene límite ni se acaba nunca, como no lo tiene el que nos debemos a nosotros mismos* [64]; *la postura de éxodo total de uno mismo para estar más con el otro y en el*

[47] Mt 5,3.8.9.10: Lc 6,22 = Adm 13.14.15.16; 1R 16,15.
[48] 2CtaF 54-60.
[49] Test 1-14.
[50] Mt 5,11-12; Lc 6,22-23 = 1R 16,15.16.
[51] Mt 5,16 = 1CtaF 1,10; 2CtaF 53.
[52] Mt 5,22.24.39 = 1R 11,5.
[53] Mt 5,23 =1R 21,6; 22,28.
[54] Mt 5,38-39; Lc 6,29 = 1R 14,4-6; cf. también 1R 7,13-14; 1C 17; TC 44.
[55] Mt 5,46-48 = Adm 24 y 25.
[56] Mt 6,2.16 = Adm 21,3; 1R 3,2; 17,13.
[57] Mt 6,9; Lc 11,2 = 2CtaF 21; 1R 22,28.
[58] Mt 6,20 = Adm 28,1.
[59] Mt 6,14 = 1R 21,6; 22,28.
[60] Mt 6,16 = 1R 3,2; Adm 21,3.
[61] Mt 6,20 = Adm 28,1.
[62] Mt 6,33 = REr 3.
[63] Mt 7,1-3; Lc 6,37-38 = 1R 11,11; 21,4.5; 2R 2,17; 3,10; Adm 26,2.
[64] Mt 7,12 = 1R 4,4; 2R 6,9.

otro [65]*; la certeza de que seguir a Cristo no es una marcha triunfal, sino la puerta y el camino estrecho de la cruz* [66]*; la seguridad de que sólo las obras dan respuesta cumplida al amor de Dios, que no se contentó con sólo palabras* [67]*;*

—por el padrenuestro, *que le puso frente a la desvelada y única paternidad de Dios, tan gloriosa, santa y grande, revelada y ofrecida en la indefectible obediencia y sumisión del Hijo, como nos dice la oración sacerdotal* [68]*;*

—por la oración sacerdotal, *otro de los textos preferidos por Francisco; en ella aprendió que la manifestación y presencia del amor que Dios nos tiene es precisamente la entrega que el Padre hace del Hijo de su amor por nosotros y la entrega del Hijo a la voluntad del Padre por amor nuestro* [69]*;*

—por el evangelio de la misión de los apóstoles, *que le descubrió el Evangelio como proyecto de vida en pobreza absoluta al tener que hacer presente lo gratuito por excelencia, el Reino que le obligó a no vivir para sí, sino para proclamar y hacer presente el Reino de Dios a los otros en evangélica libertad* [70];

—por el evangelio del seguimiento de Cristo: *donde se le revela que sólo se pertenece a Cristo y sólo se le conoce siguiendole desde la llamada y elección que él hace y en la repetición imposible de su misma vida, resumida en pobreza y humildad* [71].

Estos son los textos más extensos que encontramos en los escritos de Francisco, y que configuran indudablemente su experiencia evangélica. Por supuesto que hay más. Muchos más; decisivos tambien en su proyecto de vida. Por ejemplo, Mt 20,28, que decide su actitud y su vocación de servicio desde la contemplación de Cristo, que no vino a ser servido [72]*; el evangelio del lavatorio de los pies, que decide el puesto y oficio de los hermanos menores en la Iglesia* [73]*, y con el que Francisco cierra su vida de servicio y ultimidad* [74]*. Seguiríamos, pero dejamos al lector el gozo del hallazgo personal.*

b) La liturgia

Quizá el único libro que Francisco tenía para su uso era el breviario, que comprendía tambien un evangeliario. Fue, sin duda, el mejor libro de texto para su conocimiento de Cristo pobre y crucificado, como gustaba resumir el misterio de Cristo [75]*. Muchos textos de la Biblia los conocía a*

[65] Adm 14.17.18.19.22.23.24.25.
[66] Mt 7,14 = 1R 11,13.
[67] Mt 7,15-24 = Adm 6.7.16.22; 1R 17,9-16; 2CtaF 49.53.
[68] 1R 22,28; 2CtaF 21; ParPN.
[69] 1CtaF 1,14-16; 2CtaF 56-60; 1R 22,41-55.
[70] Mt 10,10.16.22.23; Lc 9,3; 10,4.5.7.8.20 = 1R 14,1; 16,1-2.21; 2R 10,12; 1R 16,14; 2R 3,13; 1R 14,3; 2R 3,13.14; 1R 17,6.
[71] Mt 16,24; 19,21.29; Mc 10,29; Lc 14,26; 18,22.29 = 1R 1,1-5; 2R 2,5; 2CtaF 40.
[72] 1R 4,6; Adm 4,1.
[73] Jn 13,1-16; 1R 6,4; Adm 4,4.
[74] 1C 110.
[75] 2C 105.

traves de ese volumen, de él tan querido. Muchos textos de la Biblia —concretamente, los del Evangelio, y en él, los más fronterizos, los de mayor riesgo, y, por lo mismo, los más característicos— los leyó y releyó, al ritmo del año litúrgico y en el retorno sucesivo de los días, en su breviario. En su primera página escribió el hermano León: «El [Francisco] mandó escribir este evangeliario para que el día que no pudiera oír misa por enfermedad o por otro impedimento, le leyeran el evangelio correspondiente... Práctica que mantuvo hasta la muerte» [76]. *Al breviario le debe tambien, con toda probabilidad, el arranque fundamentalmente objetivo de su oración: Francisco ora porque la historia de la salvación, contemplada en el breviario a lo largo del año, ha hecho del amor de Dios en Cristo presencia tan acuciante y provocadora, que inexorablemente fuerza a sus labios y a su vida a la alabanza* [77]. *En el breviario asimiló el asombro, admiración, anonadamiento, que el hombre bíblico y la Iglesia han vivido y viven en los salmos y oraciones; tan bien los aprendió, que Francisco nos los ha transmitido, en copia casi literal, a través de muchos de sus escritos. Pienso ahora en el* Cántico de las criaturas, *en las* Alabanzas a Dios, *en la* Exhortación a alabar a Dios, *en las* Alabanzas para todas las horas.

c) Vida monástica y religiosa

Aunque Francisco afirmó con entera decisión su distancia de las antiguas órdenes y reglas —en concreto, las de San Agustín, San Benito y San Bernardo [78]*—, sin embargo, es indudable que, si se puede distinguir de ellos, es precisamente porque de ellos depende y porque hace sobrevivir sus órdenes y reglas aunque sea bajo una forma nueva. Las citas de la Regla de San Benito y de otros autores monásticos que encontramos en sus escritos, por pocas que sean, son el testimonio de esta continuidad. Por supuesto que a Francisco le une con el monaquismo de siempre la misma tensión por Dios y su Reino que Cristo en su Evangelio había estrenado como proyecto de vida. Todos los escritos son testigos de esto. Dentro ya de este fundamental impulso, muchos de sus gestos concretos: la itinerancia, la pobreza, la vida eremítica, etc., habían sido, de una u otra forma, ya ensayados repetidas veces. Por eso, a pesar de la novedad que dichos gestos conseguirían en él, sus escritos están llenos de términos y temas que durante siglos venían sirviendo para expresar el ideal monástico y sus múltiples concreciones. Basta esta alusión general dado el carácter de estas páginas.*

Más parecido tiene Francisco, si es posible y bueno establecer comparaciones, con los movimientos evangélicos de su tiempo, que, frente a una Iglesia poderosa y rica, representan una sensibilidad por el evangelio de la pobreza en seguimiento de Cristo poco difundida entre los cristianos. Francisco compartirá con ellos su cercanía con el pueblo fiel, su no entera clericalidad, el uso de la lengua vulgar y la opción por una pobreza

[76] LEMMENS, *Testimonia minora* (Ad Claras Aquas 1926) p.61.
[77] 2CtaF 4-62; 1R 23.
[78] EF 68.

radical y evangélica que no es precisamente la tradicional pobreza «religiosa», etc.

d) Momento histórico y eclesial

Francisco vivió la historia de su fe a caballo entre dos esquemas de sociedad: el feudal y el burgues o urbano. Vinculada a ellos, tenía que desenvolverse la Iglesia peregrinante vestida inevitablemente de lo bueno y de lo malo que los caracterizaban. Por eso, lo que vamos a decir de esa doble sociedad vale también para la Iglesia, aunque sea precisa más de una observación. No vamos a entrar en el recuerdo, ni superficial siquiera, de aquel entonces, porque excede la finalidad de estas páginas. Para situar a Francisco y sus escritos y para comprenderlos hay que señalar simplemente que la situación que le tocó vivir explica más de una convicción, y, por ello, más de un puñado de sus palabras y no pocas de sus posturas. Francisco, a fuerza de compartir, de convivir, llegó a ser, aun inconscientemente si se quiere, una estupenda caja de resonancia de las ideas e inquietudes, e incluso de las contestaciones de su tiempo, recogidas a lo largo de los caminos, junto al alegre brotar de una fuente o al calor del leño chisporroteante de la chimenea de aquella casa en que ha pedido pasar la noche.

Existe una cierta relación entre la feudalidad, vertical y autoritaria, clasista y caballeresca, guerrera y cruel, con la que la Iglesia en general consiente, y el reconocimiento pleno, por parte de Francisco, de la absolutez de Dios, de origen radicalmente distinto del de la verticalidad feudal [79] *y el respeto —milagro de Francisco— que le hace ver señores por todas partes, que exige reverencia y honor para con todos, reconocimiento del puesto que cada ser debe ocupar en el mundo* [80]. *Y de ella tambien ha quedado, pero ya ahora como contestación, el rechazo del poder* [81], *del clasismo* [82], *de la violencia* [83] *y de la riqueza* [84].

De la sociedad burguesa y comunal, que entonces se consolidaba y llevaba ya muchos pasos dados, sociedad horizontal, democrática diríamos hoy, dinámica en sus caminos comerciales, capitalista por el mayor empleo del dinero y por su capitalización, Francisco tiene —se le nota en las palabras— una contenida rebeldía, y, más en particular, el sentido horizontal, sublimado en la fraternidad ancha y abierta, igualitaria y responsable [85], *la prisa y el ansia de caminos, que tantos verbos de movimiento de sus escritos nos los evocan aún hoy* [86], *igual que esa actitud fundamental de itinerancia que le caracteriza* [87]. *Y tiene tambien, pero en postura de rechazo y de oposición, el trabajo como medio de enriquecimiento y*

[79] 1R 23,9; 2R 10,8.
[80] 1R 7,15; 2R 10,5; Test 8; CtaO 5.
[81] 2CtaF 42; 1R 4,6; 5,9-11.
[82] 1R 4,6; 6,3-4.
[83] 1R 7,13-14.
[84] 2CtaF 63,71; 1R 9,1; etc.
[85] 1R 4-6.
[86] 1R 1,1; 9,1; 14,1; 16,3.
[87] 2R 3,10; 6,2.

fuente exclusiva de sustento [88], *la prohibición del dinero* [89] *y la austeridad frente al consumismo que la riqueza iba haciendo posible* [90].

«Me sé de memoria a Cristo pobre y crucificado...»

Además de las raíces, el temperamento. Francisco tiene el suyo, explicador de muchas de sus cosas y de muchas de sus maneras. Pero no es su temperamento biopsicológico lo que vamos a señalar ahora, aunque no sea más que por la sencilla razón de que nada serio hay escrito sobre el tema, sino su temperamento o talante evangélico, es decir, las líneas principales que atraviesan toda su experiencia evangélica y la expresión que de la misma nos ha dejado en sus escritos. Ellas descubren su originalidad y explican también sus opciones fundamentales. No es, pues, un resumen de la espiritualidad de Francisco, según se dice, lo que vamos a ofrecer, sino sólo las notas que la identifican y la distinguen. Poner este apartado bajo las palabras «me sé de memoria a Cristo pobre y crucificado...», obedece a nuestra convicción de que Cristo es la realidad única para Francisco y es, por así decirlo, su misterio.

Francisco es cristocéntrico *cien por cien. Cristo es su suficiencia* [91]. *Porque es en Cristo donde el Padre se nos ha revelado y se nos ha dado* [92]. *Diría yo que desde esta fe tan clara y diafana realiza Francisco una reducción cristológica que podríamos calificar de despiadada. Dicho de otra manera: para Francisco, se sabe y averigua quién y cómo es Dios, quién y cómo es el hombre, y la Iglesia y la praxis cristiana, y todo, absolutamente todo, tan sólo desde Jesucristo y en Jesucristo* [93]. *Pero Jesucristo contemplado subrayadamente en su dimensión humana y encarnada* [94], *que tantos reflejos proyectará en lo corporal y lo material de toda su aventura evangélica. Aquí comienza y acaba todo el saber y hacer de Francisco, que tropieza inevitablemente con el Evangelio como lugar privilegiado de encuentro con Cristo. La actitud más peculiar de su espíritu, la que le hizo ser lo que es, la que lo define, es la que se revela en el gesto tan frecuente de abrir, en cualquier encrucijada de su vida, el evangeliario y buscar en él la indicación del camino y la dirección de sus pasos. Pero de esto hemos hablado anteriormente y no insistimos.*

El cristocentrismo de Francisco no es cerrado. Cristo es el camino, la verdad y la vida [95]; *sus huellas dan en la meta definitiva, porque su origen definitivo es Dios. Más concretamente, el Padre, ya que su Dios es el revelado y manifestado en Jesucristo: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Y entonces, Francisco es definitivamente* teocéntrico. *Dios es el acontecimiento mayor y mejor de su existencia. Se pasó la vida*

[88] 1R 7.
[89] 1R 8; 2R 4.
[90] 1R 2,14; 2R 2,17.
[91] 1R 23,5; A1D 4; 2C 12.
[92] 2CtaF 54-60; 1R 22,41-55.
[93] CtaO 52.
[94] 1R 23,3; 2CtaF 4.
[95] Jn 14,6 = 1R 22,40; Adm 1,1-3.

contemplándolo altísimo y humilde. Y desde esta grandeza y humildad es posible explicar y razonar todo en Francisco. Porque Dios es grande y altísimo, Francisco resulta pobre, pequeño, humilde [96]. *Porque es el que da, el que hace y dice todo bien, Francisco será el hermano que está a disposición de todos* [97]. *De aquí la conclusión inmediata y sin excepción de Francisco: nada ni nadie primero que Dios, ni que su palabra o la respuesta a la misma. Supremacía absoluta, anterioridad original y radical de Dios en todo y para todo* [98]. *Por este lado, de encendidas que están del celo de Dios, queman de exclusividad y de dependencia todas las páginas de sus escritos* [99].

Dios en Cristo le enseñó a ser y a hacer de balde y porque sí. Gratuitamente. *Y esta va a ser otra de las notas que lo atravesarán y lo modelarán. Ella le ha puesto el nombre de pobrecillo, ya que Francisco proclama su fe de que todo es amor gratuito e indebido* [100], *y dice además su convicción de que, frente a Dios y frente al hombre, no cabe vivir más que en total gratuidad. Es impensable pasar la cuenta por lo que se hace* [101]. *Uno no es más que siervo inútil* [102]. *La acaparadora y constante adoración, alabanza y acción de gracias de sus escritos tienen su raíz en esta conciencia; de aquí arranca tambien la pobreza. Porque la gratuidad no deja apropiarse nada. Carecería de sentido. Sí lo tiene, en cambio, el no poseer, el ser vacío sólo, oquedad al tiro imprevisible de la gracia* [103].

Por eso, Francisco no acaba nunca. Tambien el dinamismo lo caracterizará. Para él, lo que está en juego no es un programa ni un proyecto; es una persona, el Altísimo, el Bien, todo Bien, sumo Bien, el único Bueno [104]. *Sabe que siempre queda misterio que explorar, evangelio que descubrir; que con Dios en Cristo no se acaba nunca. Nadie quizá le ha aventajado en saber que la vida es un camino, que la vida está por hacer, que nada hay definitivamente conseguido, porque uno es pobre, y a Dios nunca se le puede poseer plenamente; ni la hora definitiva de su Reino la dan nuestros relojes... Y se hizo a andar y a esperar, que, al fin, ambos verbos coinciden. Quiso que los suyos fueran peregrinos emigrantes, pues antes lo había sido él en su propia vida* [105]. *La vida de Francisco y sus escritos están penetrados de tensión de búsqueda, y es esta la que debe configurar a los suyos* [106], *búsqueda que ha de traducirse en conversión diaria y sin fin* [107] *y en la provisionalidad. Sabía que nunca se ha llegado, que nada es completamente definitivo ni acabado. La santidad no es un seguro* [108], *y mucho menos Dios, que es cima escarpada y difícil, sorpresa continua y constante y muy dueño de sus dones* [109]

[96] 1R 17,5-16; Adm 12 y 19.
[97] 1R 5,14-15; CtaO 23-29.
[98] 1R 23,8-11; 2R 10,10; etc.
[99] 1C 47.
[100] 1R 23,8; CtaM 2.
[101] 1R 17,5-18; Adm 24 y 25; 2C 133-34.
[102] Lc 17,10 = 1R 11,3; 23,7; 1C 30.
[103] 1R 17,1-18.
[104] 1R 23,9.
[105] 2R 6,2.
[106] 1R 22,26; 23,10-11; 2R 10,10.
[107] 2CtaF 22-53; 1R 22; 1C 91.103.
[108] 2C 133-34.
[109] 1R 11,2; CtaM 1-6.

Pero Francisco no es sin el Otro y sin los otros. Es y vive en referencia a... Hemos apuntado ya su ser de cara a Dios en Cristo. Señalamos ahora su ser de cara a los demás y a lo demás. Es otra de sus más abultadas dimensiones: la afirmación de lo humano y de lo mundano que diríamos hoy. Francisco decía fraternidad universal, y acertaba [110]. *Todo lo que fue e hizo, lo fue e hizo desde la fraternidad, con la fraternidad y para la fraternidad. Francisco no es sin los otros, ni se entiende sin ellos. Como tampoco es ni se entiende sin las cosas. Sus escritos están llenos de palabras que dicen relación, respectividad, referibilidad, careo, unión, respeto, aprecio y amor* [111]. *pero particularmente están llenas de la palabra* hermano; *306 veces la ha hecho escribir. El único* nombre *que la aventaja es* Señor *(410 veces). Y es que pocas cosas quiso y supo hacer Francisco mejor que ser hermano. Será para siempre el hermano Francisco.*

Y la operación. Nunca se la dejó Francisco en el tintero [112]. *El Dios hazañoso y autor de maravillas* [113] *le obligó a una fe histórica. Su punto de arranque, los hechos de salvación* [114], *que, poniendo al descubierto las costumbres de Dios, las muestran como don y gracia que obligan al hombre pecador a idéntica actitud respecto a Dios; pero ésta sólo consigue su verdad cuando se hace realidad respecto al prójimo* [115]. *De ahí el talante de toda su existencia, tan concreta, tan a ras de tierra, tan de obras y de operación. No le iban a Francisco posturas simplemente espirituales; sólo posee saber quien hace y en la medida en que hace* [116]. *Esto explica en él su espontánea inclinación al mimo, a la representación. Francisco es eso: el pobrecillo* mimo *de Dios que se pasó representándolo en apresurado seguimiento tras las huellas de Jesucristo.*

La vida de Francisco es seguimiento de Cristo y es obligadamente abultado y con fachada; el seguimiento se hace visible y la vida se convierte en inevitable y ruidoso sermon [117] *Cuando la vida consiste en observar el Evangelio, se termina irremediablemente siendo evangelista. También esto lo caracteriza y se hace dimensión fundamental de todo lo suyo.*

Francisco y sus escritos hoy

Hoy que nos acompleja no estar al día, sería imperdonable no acercar a nuestro tiempo, también a sus ideas y a sus haceres, el contenido de los escritos de Francisco. No nos pesa, por supuesto. Lo creemos un deber de fidelidad a él y a nosotros. Cierto que habrá que recortar tema y ganas de decir. Y lo que digamos parecerá inevitablemente superficial. Y lo es necesariamente. Señalar la actualidad de Francisco no es lo que más y mejor se ha hecho. Pero tampoco se puede hacer en pocas líneas. Sirva lo que a

[110] Cánt.
[111] Cf. sobre todo 1R 4.5.6.7.9.10.11; 2R 6,7-9.
[112] Adm 6.21; 1R 17,11; 2R 10,8; 2CtaF 49.53.
[113] A1D 1.
[114] 1R 23,1-4; 2CtaF 4-15.
[115] SalVir; SalVM 6; 1R 17,15-16; 2R 3,11; 10,8-10; 2CtaF 45.
[116] Adm 6; EP 4.
[117] 1R 16; 17,3; 2R 3,10-14.

continuación diremos de incitación y punto de partida para el que quiera hurgar en el tema, tarea que emprenderá todo el que desee que a Francisco no se le reduzca a un objeto de museo.

Cabe decir, de entrada y en general, que, por su relación inmediata con lo fundamental humano —por evangélico—, Francisco no pasa. Francisco es de siempre. Tiene la fragante sencillez de lo primero y original, tiene el atrevimiento de las manos puras para jugar con las estrellas, con el agua, con los corderos, y para tomarse en serio el Evangelio, el pesebre y la cruz. Y esto es de todos los tiempos. La simpatía con que cuenta hoy da la razón a lo que acabamos de decir.

Aunque condicionado por su propio tiempo y por circunstancias irrepetibles en el nuestro, es también válido para nuestro hoy concreto lo que está en el arranque de su vocación, y que, lejos de contrariar lo más íntimo de la persona, la plenifica. Los primeros hermanos hablaban de «su intención» [118].

Señalo de corrida y sin mucho orden lo que en esto me parece actual y urgente: su cerrado y radical cristocentrismo, tan desde lo humano y desde abajo, como hoy se quiere. Su encendida pasión por Dios, tan respetuosa de su silencio y grandeza, de su exclusiva condición, a que el fenómeno de la secularización nos ha hecho tan sensibles. El seguimiento y persecución de Cristo en obras contantes y sonantes en un hoy tan por los compromisos, liberaciones y políticas. Su opción, tan a contrapelo de la rebeldía de entonces, por la obediencia y reverencia a la Iglesia, cuando vivimos en idéntico clima de contestación. Su empeño disparatado por la pobreza de Jesucristo, pobreza real y material,, de bulto y que hacía daño, y su empeño por ser de los pobres-pobres y de convivir con ellos, hoy que al menos de esto se habla y esto preocupa. Su fiesta, alocada y sin sentido, alegre, en un hoy que descubre su valor y necesidad. Su libertad, forjada de intemperie, de pobreza y de fraternidad, hoy que la sentimos amenazada de consumismo y violencia. Su concepción de la vida religiosa tan con lo imprescindible nada mas; su corazón habituado al Evangelio, que enlaza y apiña corazones en donación, cuando pesan en ella siglos de estructuras y leyes. Su afirmación optimista de lo humano y mundano en la comunión de su fraternidad universal, hoy tan abiertos a todos los caminos que llevan a los otros...

Por ahí va, me parece, la sintonía de Francisco con nuestro hoy, y por ahí ha de ir nuestro caminar a su prisa según el Evangelio. Si alguna decisión han de despertar estas páginas, habrá de ser la de volver a repetir la suya: «Yo el hermano Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza de nuestro altísimo Señor Jesucristo y de su santísima Madre y perseverar en ella hasta el fin» [119].

Dos palabras, al filo de terminar, sobre esta edición de los escritos de Francisco, de la que las páginas anteriores han querido ser introducción y ayuda, y quieren serlo las que han de preceder a cada uno de los escritos. La primera edición crítica de los escritos de Francisco se hizo en 1904. A

[118] LP 101.
[119] UltVol 2.

ella respondían las numerosas anteriores ediciones publicadas en esta misma editorial en el volumen titulado San Francisco de Asís, Escritos y biografías. *En 1976 publicaba el hermano Kajetan Esser, pionero y cimero impulsor de publicaciones sanfranciscanas en los últimos treinta años, la nueva edición crítica de los escritos del pobrecillo. Es la que fundamentalmente ofrecemos en traducción castellana en este volumen. Ella nos ha servido de guía también en las notas crítico-históricas de las introducciones a cada escrito de Francisco; hemos tomado lo más imprescindible, ya que no era nuestra intención hacer una edición para estudiosos únicamente. Queríamos una edición sencilla para cristianos que se sienten o quieren sentirse cerca de Francisco. Por ello, las introducciones insisten, más de lo ordinario, en otros dos puntos: el entronque del escrito en cuestión con el restante pensamiento-experiencia de Francisco, y las ideas principales del mismo con algunos de los lugares paralelos. No hemos querido sobrepasar un nivel medio de cultura.*

G L O S A R I O

Aunque los autógrafos de San Francisco son dos solamente, se advierte también en otros escritos suyos algunos rasgos que se pueden considerar como característicos de su modo de hablar, dictar y escribir:

a) San Francisco usa con marcada frecuencia la conjunción copulativa. En sus escritos, las oraciones subordinadas escasean. De este modo, su estilo se caracteriza por una serie de frases sencillas y cortas yuxtapuestas y unidas por el *et* (= y); algunas veces, por *autem* o *vero*.

b) Con todo, la conjunción *et* (= y) no siempre tiene carácter meramente copulativo, sino que muchas veces es explicativo. Así, «ministro y siervo» no significa dos funciones diversas, sino que la «y» sirve para subrayar con más fuerza el significado originario propio y etimológico del primer término. Del mismo modo se habrían de interpretar, en general, expresiones como «ministros y custodios» (2R 8,4), «custodios y guardianes» (CtaO 47), «corporales y carnales» (SalVir 14), «ladrón y bandido (= «fur et latro») (1R 7,14), «sus santísimos nombres y palabras escritas» (Test 12), «regla y vida» (1R 1,1), «forasteros y peregrinos» (Test 24), «guardemos la pobreza y humildad» (2R 12,4).

c) Se ha de notar además que San Francisco se complace frecuentemente en desentrañar y revalorizar el sentido etimológico de las locuciones que usa. Hemos visto ya cómo se revaloriza por la conjunción explicativa el significado de palabras como «ministro», «custodio», etc. Lo mismo debe decirse de *frater* que por eso hemos traducido no por «fraile» sino por «hermano». Además, aunque en tiempo de San Francisco el adverbio *diligenter*, por ejemplo, hubiera ya perdido su valor semántico originario y se usara para significar la «diligencia» o «esmero», San Francisco lo emplea más de una vez en sentido de «amorosamente», es decir, «con dilección».

Católico: Es un término que San Francisco usa con mucha frecuencia; lo emplea también como adverbio: «para que mejor guardemos católicamente...» (Test 34). En el contexto de las circunstancias en que se encontraba San Francisco, con este término se alude a la fidelidad estricta a la doctrina y autoridad de la santa Iglesia romana frente a las desviaciones cismáticas y heterodoxas, como las de los cátaros, cuyo influjo, mezclado con intereses políticos, parece que era bastante funesto también en Asís y en sus alrededores. Para nuestro caso, «católico» es un término cuya exégesis la hace el mismo San Francisco al exigir en diversos lugares la fidelidad a la santa Iglesia romana y el diligente examen de los candidatos a este respecto.

Cf. K. ESSER, *La Orden franciscana. Orígenes e ideales* (Aránzazu 1976) p.195-201.
J. GARRIDO, *La forma de vida franciscana* (Aránzazu 1975) p.140-43.

Clérigo: En tiempo de San Francisco, «clérigo» es un término que no se aplicaba exclusivamente a personas que hubieran recibido las sagradas órdenes, sino que a veces se decía también de quienes tenían estudios. Cuando San Francisco prescribe que los clérigos digan el oficio divino según los otros clérigos, no parece que se limita tan sólo a los clérigos ordenados, sino que abarca a todos los que pueden hacer uso de los libros litúrgicos.

«Laico», en contraposición a «clérigo», se decía, de modo semejante, ya

refiriéndose a los no-ordenados, ya también a los que no sabían letras o no eran especialmente peritos en artes y oficios.
Cf. K. ESSER, o.c., p 66 69, y particularmente la nota 63 del mismo capítulo.

Cuerpo: San Francisco emplea frecuentemente este término no en el sentido que tiene en nuestro lenguaje habitual, sino con un significado más amplio para referirse a la propia persona, particularmente con sus inclinaciones no conformes al Espíritu. En algunos casos tiene una significación claramente bíblico-paulina (cf. Rom 7,24; 12,1-2).

Cosa parecida puede decirse sobre la palabra «carne» en contraposición a «espíritu».

Alguna vez, San Francisco acopla ambos términos con una conjunción copulativa (SalVir 14).

Naturalmente, ambos términos se usan también en su sentido obvio, sobre todo cuando se trata del cuerpo del Señor y de la carne de su humanidad (2CtaF 4).
Cf. I. OMAECHEVARRIA, *El «Espíritu» en la regla y vida de los hermanos menores:* Selecciones de Franciscanismo 8 (1974) p.197-99.

Custodio: Cf. **Ministro.**

Diligenter: Cf. este mismo *Glosario* c).

Dinero: En las normas que prohíben a los hermanos recibir dinero, San Francisco usa, en general, la locución de que los hermanos no reciban «pecunia ni dineros». Ya se sabe que, etimológicamente, «pecunia» alude a la riqueza consistente en la posesión de ganado o animales; pero en la época de San Francisco, aunque tal vez se percibiera alguna diferencia de matiz entre «pecunia» y «dinero», ambos términos se refieren a formas de lo que en nuestro tiempo se llama simplemente «dinero».

Espíritu, espiritualmente: San Francisco emplea estos términos en sentido fuerte, con referencia clara al Espíritu del Señor o al Espíritu Santo y no en el sentido atenuado prevalente en la conversación ordinaria, que se revela en expresiones como «espíritu de observación», «espíritu de grupo», y que, en general, hacen referencia, más bien, al espíritu humano. Así, tener «el Espíritu del Señor y su santa operación» quiere decir que el hermano menor debe dejar obrar en su alma y en su conducta al Espíritu, verdadero ministro general de la fraternidad según San Francisco (2C 193). El espíritu de la santa oración y devoción es el carisma o don de oración no común que se recibe por influjo peculiar del Espíritu Santo, que San Francisco relaciona con el Espíritu, que se debe cuidar de no apagar, según 1Tes 5,19.

«Guardar espiritualmente la Regla» equivale a observarla según las exigencias del Espíritu del Señor que obra en el alma. Observar no la letra, sino el espíritu de la Regla, podría entenderse en un sentido no auténtico, como si se tratara de observar la Regla con cierta amplitud y subjetivismo. Para San Francisco, la observancia espiritual de la Regla significa mucho más, según queda dicho.
Cf. I. OMAECHEVARRÍA, o.c., p.195-202.
J. GARRIDO, o.c., p.94-96.

Forma: El término «forma» en la Edad Media, particularmente en San Francisco, no tiene un significado tan restringido como en nuestro lenguaje actual. San Francisco habla de «forma de vida» o «forma de vida según el Evangelio» para referirse al ideal evangélico, tal como se cristalizó y se estructuró en el modo concreto de vida que él dice haber recibido por «revelación del Altísimo».

Términos de significado parecido son «regla y vida», que, emparejados, sirven para poner más de relieve que las normas contenidas en la Regla no son simple código jurídico, sino la vida evangélica que de hecho viven los hermanos menores.
Cf. J. GARRIDO, o.c., especialmente el capítulo *La Regla, «forma Evangelii»* p.69-87.
K. ESSER, o.c., p.285ss.

Gracia: San Francisco siente una necesidad especial de atribuir constantemente a Dios todos los bienes y todas las habilidades humanas. Este sentido se manifiesta en el uso frecuente y característico del término «gracia». Así, habla de la gracia, o del carisma del trabajo, o de aptitudes especiales para el servicio de los enfermos, y aun de la disposición que se debe tener para actuar según la gracia que se recibe de Dios a tal efecto para determinadas circunstancias, según se manifiesta en las locuciones como «a quienes ha dado el Señor la gracia del trabajo» (2R 5,1), «en las cosas para las que Dios le diere gracia» (1R 9,11), «siempre que Dios les dé la gracia (1R 11,2).

Laico: Cf. **Clérigo.**

Mente: En la Edad Media en general ni particularmente en San Francisco, este término no tiene el significado restringido con que se emplea en nuestro tiempo para designar, más bien, la facultad intelectiva frente a la voluntad y a la potencia afectiva. Con el término, San Francisco se refiere al alma entera, y, en ocasiones, a la parte más profunda del alma, que recibe el nombre de «hondón» y «ápice del alma».
Oración mental, en un principio, significó oración del alma entera.

Ministros, Custodios, Guardianes: En los escritos de San Francisco, estos términos no tienen el significado específico que adquirirían más tarde, sino que se refieren, indistintamente, a toda clase de prelados. Así, se puede decir que los hermanos, al morir el «ministro general», deben elegir a otro como «custodio». Al ordenarse que acudan al capítulo de Pentecostés los «ministros provinciales y custodios», no se intentaba prescribir que acudieran los que más tarde asumirían funciones diversas de las de los «ministros provinciales».
Cf. K. ESSER, o.c., p.91-115 y 244-50.

Penitencia: En San Francisco, este término no es sinónimo, generalmente, de mortificación del cuerpo, sino que conserva, en líneas generales, el significado evangélico de «conversión» o «metanoia» o de «arrepentimiento», si bien el arrepentimiento debe manifestarse en frutos dignos de penitencia, y especialmente se aplica a la conversión para la vida religiosa. Para San Francisco, «vivir en penitencia» significa, pues, vivir la vida religiosa en sus diversas modalidades.
Cf. K. ESSER, o.c., p.271-94.

Santificar: En la Edad Media «santificar» se dice, frecuentemente, por consagrar, particularmente cuando se refiere a los sacramentos. Otras veces tiene el sentido de bendecir. «Los nombres y palabras santísimos del Señor, por los que se santifican el cuerpo y sangre de Cristo», son especialmente las palabras de la consagración.

Vida: Cf. **Forma.**

ORACIONES

Las colocamos en primer lugar porque son el exponente más directo de la experiencia espiritual de San Francisco en su conversión y en el trato con Dios, y representan las efusiones líricas y místicas de su alma.

Oración ante el crucifijo de San Damián.
Alabanzas al Dios altísimo — Bendición al hermano León.
Exhortación a la alabanza de Dios.
Paráfrasis del padrenuestro.
Alabanzas para todas las horas.
Oficio de la pasión del Señor.
Saludo a la bienaventurada Virgen María.
Saludo a las virtudes.
Cántico de las criaturas.

ORACION ANTE EL CRUCIFIJO DE SAN DAMIAN (= OrSD)

Francisco está de vuelta de Espoleto a Asís [1]*; está también de conversión y de busca caminos* [2]*. Y de oración* [3]*. Una tarde entra en la ermita de San Damián. La débil luz de la lámpara* [4] *deja ver una tabla bizantina en la que la serenidad de un Cristo crucificado parece mover los labios con estas palabras :«Francisco, ¿no ves que esta mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala»* [5].

Esta oración responde a las palabras del crucifijo; la fecha que los biógrafos señalan a éstas ha de ser la de la composición de la oración: año 1206.

La oración pide la gracia de conocer y cumplir perfectamente la divina voluntad y los divinos mandatos. El cumplir la divina voluntad va a ser, a lo largo de la vida, su preocupación personal, y para los demás, objeto de amonestación insistente [6]*. Francisco, consciente de su pobreza, pide luz para las tinieblas de su corazón. La vida le irá desvelando después la luz que Cristo es y tiene* [7] *y cómo el corazón la rechaza en su inclinación hacia las propias tinieblas* [8]*. Objeto central de su súplica son las virtudes teologales, que Francisco sabe que dan a Dios entregándonos*

[1] TC 6.
[2] TC 10.
[3] TC 8.
[4] TC 13.
[5] TC 13.
[6] 2CtaF 16; CtaO 7; 1R 5,16.17; cf. 1C 91.
[7] 2CtaF 66.
[8] 2CtaF 16.

a El, porque son El [9]*; y pide, además, sentido y conocimiento. Pues, aunque en su vida le importó, sobre todo, hacer, le importó, no menos, acertar en lo que hacía. Y lo va a pedir más de una vez a lo largo de su vida* [10]*. La oración la dirige* al alto y glorioso Dios y Señor, *admitiendo y confesando su grandeza y majestad. Esta alabanza va a estar siempre en los puntos de la pluma y en la punta de su fe* [11]

¡Oh alto y glorioso Dios!, ilumina las tinieblas de mi corazón y dame fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta, sentido y conocimiento, Señor, para que cumpla tu santo y veraz mandamiento.

ALABANZAS AL DIOS ALTISIMO. BENDICION AL HERMANO LEON

En el sacro convento de Asís se conserva un pequeño pergamino de 10 por 14 que aún deja traslucir los dobleces en cuatro y el roce con la túnica de quien lo guardó en su seno: el hermano León, que fue su destinatario [1]*. Dicho pergamino contiene dos breves escritos: las* Alabanzas de Dios *y la* Bendición al hermano León.

Estos escritos no tienen más fecha y circunstancia de composición que la carne rota en llagas de Francisco; su vida agujereada por Dios, porque «ha meditado las palabras del Señor en su corazón» [2]*. Para la historia, lo cuenta así el hermano Leon en nota de su puño y letra, escrita con tinta roja en la cara del pergamino que contiene la bendición: «El bienaventurado Francisco, dos años antes de su muerte, hizo en el monte Alverna una cuaresma en honor de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, y del bienaventurado Miguel Arcángel, desde la fiesta de la Asunción de Santa María Virgen hasta la fiesta de septiembre de San Miguel Arcángel. Y el Señor puso su mano sobre él. Después de la visión y de las palabras del serafín y de la impresión en su cuerpo de las llagas de Cristo, compuso estas alabanzas que están al otro lado de esta hoja, y que escribió de su mano, dando gracias a Dios por el beneficio que le había hecho». Más abajo, hacia la mitad de la misma cara del pergamino, anota de nuevo: «El bienaventurado Francisco escribió de su puño esta bendición para mí, hermano León». Debajo de esta nota, ocupando la mitad inferior de esta cara del pergamino, se destaca la* tau, *de trazos gruesos. A la derecha, según se mira, se encuentran las palabras: «El Señor te bendiga, hermano León». El trazo vertical de la* tau *divide el nombre de León. Junto al borde inferior del pergamino, dice, finalmente, el hermano León: «También de su puño hizo el signo* tau *y la cabeza»* [3]*.*

[9] 1R 23,11; A1D 6.
[10] ParPN 3.6; cf. 1C 6.22.91-92; TC 28.
[11] 1R 23,9-11.
[1] 2C 49.
[2] 2C 49.
[3] La devoción de Francisco por la *tau* pudo provenir de varias circunstancias. Pu-

La lectura de las alabanzas de Dios hay que realizarla desde el dato indudable del Francisco siervo de Dios [4], *en vacación continua con El* [5] *y por El entretenido acaparadoramente* [6]; *del Francisco al que de forma tan absoluta ha atrapado Dios en la estigmatización que le ha rebañado el ser, sacándole de sí en el «tú» repetido y sostenido de estas alabanzas, expresión tanto de su admiración y adoración cuanto de su convicción —que encontraremos también en otros lugares— de que con Dios no se acaba nunca* [7]. *Los nombres que en ella da a Dios en Cristo cantan la doble ladera que incansablemente contempla en El: su grandeza y lejanía de nosotros (v.1-3) y su cercanía inimaginable y misericordiosa (v.4-6). En el verso «Tú eres el bien, todo bien, sumo bien», que San Francisco va a repetir más de una vez en sus escritos* [8], *hermana y empareja admirablemente esos dos aspectos de distancia y proximidad de Dios.*

Junto a la fe contemplativa de Dios en Cristo, en esa dualidad, distinta y no separada, que las dos caras del pergamino afirman tan bien, encontramos, como siempre en Francisco [9], *el amor al hermano concreto, aquí el hermano León, para cuyo consuelo escribe «las palabras de Dios y sus alabanzas»* [10]. *Desde el Dios Bien, todo Bien, sumo Bien, imposible no bendecir* [11].

Alabanzas al Dios altísimo (= AlD)

1 Tú eres el santo, Señor Dios único, *el que haces maravillas* (Sal 76,15).

2 Tú eres el fuerte, tú eres el grande (cf. Sal 85,10), tú eres el altísimo, tú eres el rey omnipotente; tú, Padre santo, *rey del cielo y de la tierra* (cf. Mt 11,25).

3 Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses (cf. Sal 135,2); tú eres el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios vivo y verdadero (cf. 1Tes 1,9).

4 Tú eres el amor (cf. 1 Jn 4,8.16), la caridad; tú eres la sabiduría, tú eres la humildad, *tú eres la paciencia* (Sal 70,5), tú eres la hermosura, tú eres la mansedumbre; tú eres la seguridad, tú eres la quietud, tú eres el gozo, tú eres nuestra esperanza y alegría, tú eres la justicia, tú eres la templanza, tú eres toda nuestra riqueza a saciedad.

5 Tú eres la hermosura, tú eres la mansedumbre, tú eres el protector (Sal 30,5), tú eres nuestro custodio y defensor; tú eres la fortaleza (cf. Sal 42,2), tú eres el refrigerio.

dieron haberle influido: el discurso con que el papa Inocencio III abrió el concilio IV de Letrán (1215); el encuentro de Francisco, en su viaje por España, con los monjes antonianos, que la llevaban sobre el escapulario; la teología monástica de su tiempo, que describía la vida religiosa como marcada con este signo.

[4] 2C 159.
[5] 1C 71.
[6] 2C 94.
[7] Cf. 1R 23,9-11; 2CtaF 61-62; 1C 193.
[8] 2CtaF 72; A 1Hor 11; ParPN 2; 1R 17-18; 23,9.
[9] Cf. Test 1-2.
[10] 2C 49.
[11] 1R 2,14; 8,9; 21,1; 2R 2,17; 3,6; Test 26; etc.

6 Tú eres nuestra esperanza, tú eres nuestra fe, tú eres nuestra caridad, tú eres toda nuestra dulzura, tú eres nuestra vida eterna, grande y admirable Señor, omnipotente Dios, misericordioso Salvador.

BENDICIÓN AL HERMANO LEÓN (= BenL)

1 *El Señor te bendiga y te guarde;*
te muestre su rostro y tenga piedad de ti.
2 *Vuelva a ti su rostro y te conceda la paz.*
3 *El Señor te bendiga,* hermano León (cf. Núm 6,24-27).

EXHORTACION A LA ALABANZA A DIOS (= ExhAlD)

«Se mantenía firme y alegre y en su corazón cantaba para sí y para Dios cantos de júbilo» [1]. *Esta afirmación presenta a Francisco en su centro y ápice incuestionable: Dios en Cristo como acontecimiento central y mayor de su vida, en la que la alabanza había hecho morada y mansión para siempre* [2]. *Dios era su fiesta* [3]. *No hay otro contexto vital de este escrito, nada original por otra parte. La Biblia, los Salmos sobre todo, le prestan las palabras; él pondrá su voz, aquella «voz insinuante y dulce, clara y sonora» de que habla Celano* [4], *y aportará su concentrada entrega* [5].

Como tantas veces en sus escritos, esta Exhortación a la alabanza a Dios, *que tantos ejemplos tiene en los restantes escritos* [6], *no presenta un orden, ni tampoco un objeto exclusivo y centrado de alabanza. A lo largo de sus diecisiete versículos mantiene un tono general de alabanza «al Señor» (once veces), roto sólo por el «ave, María...» del versículo cuarto. Pone fin a esta breve pieza una evocación entusiasta del Cordero (v.15), una aclamación de la Trinidad (v.16) y una invocación a San Miguel Arcangel (v.17).*

1 Temed al Señor y rendidle honor (Ap 14,7).
2 Digno es el Señor de recibir la alabanza y el honor (cf. Ap 4,11).
3 Alabad al Señor todos los que le teméis (cf. Sal 21,24).
4 Salve, María, llena de gracia, el Señor está contigo (Lc 1,28).
5 Alabadlo, cielo y tierra (cf. Sal 68,35).
6 Ríos todos, alabad al Señor (cf. Dan 3,78).

[1] 1C 93.
[2] 1C 40.
[3] 1C 73; 2C 57.
[4] 1C 86.
[5] 2C 94; LM 9.3; 10.1.
[6] Cf. 1CtaCus 6-8; 2CtaF 61-62; AlHor; 1R 17,17-19; 21,2; 23.

7 Hijos de Dios, bendecid al Señor (cf. Dan 3,82).
8 Este es el día que hizo el Señor; alegrémonos y gocémonos en él (Sal 117,24). ¡Aleluya, aleluya, aleluya! ¡Rey de Israel!
9 Todo espíritu alabe al Señor (Sal 150,6).
10 Alabad al Señor, porque es bueno (Sal 146,1); todos los que leéis esto, bendecid al Señor (Sal 102,21).
11 Criaturas todas, bendecid al Señor (cf. Sal 102,22).
12 Todas las aves del cielo, alabad al Señor (cf. Dan 3,80; cf. Sal 148,7-10).
13 Niños todos, alabad al Señor (cf. Sal 112,1).
14 Jóvenes y doncellas, alabad al Señor (cf. Sal 148,12).
15 Digno es el cordero que ha sido degollado de recibir alabanza, gloria y honor (cf. Ap 5,12).
16 Bendita sea la santa Trinidad e indivisa Unidad.
17 San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla.

PARAFRASIS DEL PADRENUESTRO (= ParPN)

Francisco aprendió de verdad el padrenuestro cuando entregó sus vestidos a su padre Pedro Bernardone y, desnudo, exclamó: «Desde ahora diré con libertad: Padre nuestro, que estás en los cielos» [1]. *Desde entonces no dejó de decirlo* [2], *de aconsejarlo a los demás* [3]; *y de profundizarlo así en la contemplación constante de las intervenciones del «Santísimo Padre del cielo» en la historia de la salvación* [4] *como en la comunión fraterna con los hermanos que le descubrían que sólo hay un Padre* [5], *revelado en el Hijo de su amor* [6], *que por su obediencia filial* [7] *se convirtió en nuestro hermano Jesucristo* [8]. *Francisco, convertido y evangélico, nació y se hizo diciendo «Padre nuestro».*

Se ha dudado, a veces, sobre la atribución de este escrito a San Francisco por no haberse distinguido suficientemente entre autenticidad y originalidad. Aunque el escrito no pueda considerarse como original en su substancia, no hay razones para dudar de su autenticidad. De hecho, San Francisco pudo proceder en este punto de una de estas dos maneras: o Francisco arregló a su gusto y devoción un comentario ya existente, o Francisco compuso su comentario con elementos de distintas fuentes que retocó a su manera.

Sobre la fecha de composición no hay nada seguro.

Estos son los temas principales de este escrito: la suprema y soberana

[1] 2C 12.
[2] 1C 47.
[3] 1C 45; 2C 24.160; cf. también 1R 3; 2R 3; 2CtaF 21.
[4] 2CtaF 4-8; 1R 23,1-4.
[5] 1R 22,34.
[6] 1R 22,41.
[7] CtaO 46.
[8] 2CtaF 56.

bondad de Dios (v.2) [9]*; la insistente y acaparadora búsqueda de Dios tanto en la tierra como en el Reino que ha de venir (v.3-5)* [10]*; búsqueda inseparable del amor al prójimo, amor también entregado y comprometido (v.5)* [11]*, la vida centrada en Cristo, en su amor y en lo que por nosotros dijo, hizo y sufrió (v.6)* [12]*; el amor a los enemigos y la intercesión devota en su favor por amor de Dios, obra únicamente de la gracia en nosotros (v.8)* [13]*. El comentario acierta con el padrenuestro como resumen del Evangelio, y expresa la convicción, tan segura en Francisco, de que el Reino se recibe y se acoge porque nos lo regalan* [14].

1 ¡Santísimo PADRE NUESTRO: creador, redentor, consolador y salvador nuestro!

2 QUE ESTÁS EN LOS CIELOS: en los ángeles y en los santos; iluminándolos para conocer, porque tú, Señor, eres la luz; inflamándolos para amar, porque tú, Señor, eres el amor; habitando en ellos y colmándolos para gozar, porque tú, Señor, eres el bien sumo, eterno, de quien todo bien procede, sin quien no hay bien alguno.

3 SANTIFICADO SEA TU NOMBRE: clarificada sea en nosotros tu noticia, para que conozcamos cuál es la anchura de tus beneficios, la largura de tus promesas, la altura de la majestad y la hondura de los juicios (Ef 3,18).

4 VENGA A NOSOTROS TU REINO: para que reines tú en nosotros por la gracia y nos hagas llegar a tu reino, donde se halla la visión manifiesta de ti, el perfecto amor a ti, tu dichosa compañía, la fruición de ti por siempre.

5 HÁGASE TU VOLUNTAD, COMO EN EL CIELO, TAMBIÉN EN LA TIERRA: para que te amemos con todo el corazón (cf. Lc 10,27), pensando siempre en ti; con toda el alma, deseándote siempre a ti; con toda la mente, dirigiendo todas nuestras intenciones a ti, buscando en todo tu honor; y con todas nuestras fuerzas, empleando todas nuestras energías y los sentidos del alma y del cuerpo en servicio de tu amor y no de otra cosa; y para que amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, atrayendo a todos, según podamos, a tu amor, alegrándonos de los bienes ajenos como de los nuestros y compadeciéndolos en los males y no ofendiendo a nadie (cf. 2 Cor 6,3).

6 EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA: tu amado Hijo nuestro Señor Jesucristo, DÁNOSLE HOY: para que recordemos, comprendamos y veneremos el amor que nos tuvo y cuanto por nosotros dijo, hizo y padeció.

7 Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS: por tu inefable miseri-

[9] Cf. 1R 23,9; AID 3; etc.
[10] Cf. 1R 22,26; 23,9-11.
[11] Cf. 2CtaF 18 y 26-27; Adm 8.17.
[12] Cf. 2CtaF 4-15.
[13] 2CtaF 38; 2R 10,10.
[14] Mc 10,15 = 1R 17,17 y Test 1.

cordia, por la virtud de la pasión de tu amado Hijo y por los méritos e intercesión de la beatísima Virgen y de todos tus elegidos.

8 ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES: y lo que no perdonamos plenamente, haz tú, Señor, que plenamente lo perdonemos, para que por ti amemos de verdad a los enemigos y en favor de ellos intercedamos devotamente ante ti, no devolviendo a nadie mal por mal (cf. 1Tes 5,15), y para que procuremos ser en ti útiles en todo.

9 Y NO NOS DEJES CAER EN TENTACIÓN: oculta o manifiesta, imprevista o insistente.

10 MAS LÍBRANOS DEL MAL: pasado, presente y futuro. Gloria al Padre...

ALABANZAS QUE SE HAN DE DECIR EN TODAS LAS HORAS (= AlHor)

Francisco es oración, dirá Celano [1]. *Como es alabanza, acción de gracias, adoración. Y lo es porque es hombre de Dios y siervo de Dios* [2]. *Una vez que la gloria de Dios, contemplada en la historia de la salvación* [3], *se ha hecho con él y lo ha rendido* [4], *brota forzosamente, y a no poder más, la oración. La existencia, decía él, es para dar gloria a Dios* [5]. *Y no son otra cosa estas laudes: gloria de Dios rebotada en la «indigna creatura» Francisco, como quería él llamarse* [6]. *Por eso se quedan y fijan en la pura y gratuita alabanza (once veces aparece la palabra). Nunca acaba de nombrar y calificar al inefable (v.11) y exige que todo lo creado sea entera y total alabanza al solo bueno* [7].

Las alabanzas están compuestas de versículos del profeta Daniel, del Apocalipsis de San Juan y del Te Deum *de la liturgia. Es otra muestra de cuál era la fuente principal y el modelo de la oración de Francisco: la oración de la Biblia y la de la liturgia* [8]. *Nos ofrece también el tono más alto y frecuente de la misma: la alabanza que se pierde y abisma en la contemplación del Dios bondad y amor* [9].

Se ignora la fecha de su composición.

RÚBRICA: *Comienzan las alabanzas que compuso nuestro beatísimo padre Francisco. Las decía en todas las horas del día y de la noche y antes del oficio de la bienaventurada Virgen María, iniciándolas de esta forma:* Santísimo Padre nuestro que estás en los cielos, etc., *con el* Gloria. *Y a continuación las siguientes alabanzas:*

[1] 2C 95.
[2] 1C 71; 2C 159.
[3] 2CtaF 4-8; 1R 23,1-4.
[4] 1C 92.
[5] 2C 133.
[6] CtaO 47.
[7] 1R 23,9.
[8] Cf. Cánt; AlD; ExhAD.
[9] LP 43; 2C 96.

1 Santo, santo, santo Señor Dios omnipotente, el que es, y el que era, y el que ha de venir (cf. Ap 4,8):
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
2 Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la alabanza, la gloria, el honor y la bendición (cf. Ap 4,11):
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
3 Digno es el cordero que ha sido degollado de recibir el poderío, y la divinidad, y la sabiduría, y la fuerza; y el honor, y la gloria, y la bendición (cf. Ap 5,12):
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
4 Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo:
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
5 Bendecid al Señor todas las obras del Señor (Dan 3,57):
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
6 Alabad a nuestro Dios todos sus siervos y los que teméis a Dios, pequeños y grandes (cf. Ap 19,5):
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
7 Alaben al que es glorioso los cielos y la tierra (cf. Sal 68,35).
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
8 *Y todas las criaturas* del cielo y de la tierra, y *las que están bajo la tierra y el mar,* y todo lo que hay en él (cf. Ap 5,13):
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
9 Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
10 Como era en el principio y ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.
Y alabémosle y ensalcémosle por los siglos.
11 *Oración:* Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, todo bien, sumo bien, bien total, que eres el solo bueno (cf. Lc 18,19), a ti te tributemos toda alabanza, toda gloria, toda gracia, todo honor, toda bendición, y te restituyamos todos los bienes. Hágase. Hágase. Amén.

OFICIO DE LA PASION DEL SEÑOR (= OfP)

«Yo el hermano Francisco, el pequeño, quiero seguir la vida y la pobreza del altísimo Señor Jesucristo» [1]. *«Seguir» es el verbo que explica la vida entera de Francisco, arrebatada ardorosamente tras las huellas de Cristo* [2]. *Seguirle es su teología, su praxis y su devoción. Que por eso se centraba tambien en El y en los principales misterios de su vida* [3]. *Así le nació este* Oficio *votivo —entonces era devoción componerlos y rezarlos—, que celebra, siguiendo el año litúrgico, el nacimiento, pasión y muerte, resurrección y ascensión del Señor.*

[1] UltVol 1.
[2] 1C 84.
[3] 1R 23,1-5; 2CtaF 4-15.

El Oficio *está compuesto, fundamentalmente, de quince salmos. Todos, menos dos, son un mosaico de versículos del libro de los Salmos, de Isaías, de las Lamentaciones, del Exodo y de otros textos del misal y breviario, que Francisco retoca minuciosamente. Baste mencionar como ejemplo el más significativo: la sustitución de «Señor» por «Padre», que nos revela la lectura cristológica que Francisco hacía del salterio.*

Una lectura de este escrito, que tendrá que terminar necesariamente en recitación, nos hará ver que el tema clave o el eje de todo el Oficio *es «el santísimo Padre del cielo»* [4]*, de quien procede el plan o economía de salvación* [5]*, que se cumple y logra en el Hijo amado* [6]*, y precisamente en su relación filial con el Padre, traducida en obediencia, confianza, seguridad, proclamadas en todos los salmos. La salvación es la manifestación del amor y bondad transcendente de Dios, que no para hasta entregar al Hijo de su amor* [7]*. El* Oficio *no celebra otra cosa que el «sí» del Padre a la muerte de su Hijo y el «sí» del Hijo a la voluntad del Padre en esa pascua prolongada de los distintos misterios de su vida, a traves de los cuales se la fue entregando toda. Por eso, el orante del* Oficio *es Jesucristo; El enseñó a Francisco, en la diaria comunión contemplativa del rezo, la única ciencia que ambicionó siempre conocer: seguir a Cristo pobre y crucificado* [8].

INTRODUCCIÓN: *Estos son los salmos que compuso nuestro beatísimo padre Francisco para veneración, recuerdo y alabanza de la pasión del Señor. Han de decirse uno por cada una de las horas del día y de la noche. Comienzan por las completas del Viernes Santo* [1]*, porque en esa noche fue traicionado y apresado nuestro Señor Jesucristo. Tengase en cuenta que el bienaventurado Francisco recitaba así este oficio: en primer lugar decía la oración que el Señor y Maestro nos enseñó :* Santísimo Padre nuestro, *etc., con las alabanzas:* Santo, santo, santo, *como se indica más arriba. Dichas las alabanzas y la oración, comenzaba la siguiente antífona:* Santa Virgen María. *En primer lugar decía los salmos de Santa María, luego recitaba otros salmos que había elegido, y, después de todos ellos, los de la pasión. Concluido el salmo, decía la antífona:* Santa Virgen María. *El oficio acababa con esta antífona.*

PARTE I

En el triduo sacro y en los días feriales del año

COMPLETAS

Antífona: Santa Virgen María.

[4] OfP 1,5.9; 2,11; 3,3; 4,9; 5,9.15; etc.
[5] OfP 7.11.15.
[6] OfP 7,3; 9,2; 11,6; etc.
[7] Jn 3,16; 1R 23,1-4; 2CtaF 4-15.
[8] OfP 7,8; 15,13; 2C 105.

[1] Las completas del Viernes Santo a que alude se decían el Jueves Santo; pero se llamaban del Viernes Santo porque con las vísperas se consideraba iniciado litúrgicamente el día siguiente.

Salmo 1

¡Oh Dios! te descubrí mi vida, / pusiste mis lágrimas ante tu mirada (Sal 55,8-9).
Todos mis enemigos tramaban males contra mí (Sal 40,8), y reunidos, celebraron consejo (cf. Sal 70,10).
Y contra mí hicieron males por *vosotros* / y me devolvieron odio a cambio de mi amor (cf. Sal 108,5).
En lugar de amarme, me calumniaban, / y yo oraba (Sal 108,4).
Santo Padre mío, *rey del cielo y de la tierra,* no te alejes de mí, / porque la tribulación está cerca y no hay quien me ayude (Sal 21,12).
Retrocedan mis enemigos / el día que te invoque; así he conocido que tú eres mi Dios (Sal 55,10).
Mis amigos y mis allegados se acercaron hacia mí y se quedaron parados, / y mis vecinos se quedaron lejos (Sal 37,12).
Alejaste de mí a mis conocidos, / me consideraron como abominación para ellos, fui atrapado y no podía salir (Sal 87,8).
Padre Santo, no alejes de mí tu auxilio (Sal 21,20); / Dios mío, atiende a mi auxilio (cf. Sal 70,12).
Ven en mi ayuda, / Señor Dios de mi salvación (Sal 37,23).

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo: Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: Santa Virgen María, no ha nacido en el mundo entre las mujeres ninguna semejante a ti, / hija y esclava del altísimo Rey sumo y Padre celestial, madre de nuestro santísimo Señor Jesucristo, esposa del Espíritu Santo: ruega por nosotros, junto con el arcángel San Miguel y todas las virtudes del cielo y con todos los santos, ante tu santísimo Hijo amado, Señor y maestro.—Gloria al Padre. Como era [2].

Tengase en cuenta que esta antífona se recita en todas las horas y se dice como antífona, capítula, himno, versículo y oración, tanto en maitines como en las demás horas. Ninguna otra cosa decía en ellas, sino esta antífona con sus salmos.

Para terminar el oficio, el bienaventurado Francisco decía siempre:

Bendigamos al Señor Dios vivo y verdadero; rindámosle alabanza, gloria, honor, bendición, y restituyámosle siempre todos los bienes. Amén. Amén. Hágase. Hágase [3].

[2] Esta antífona la decía San Francisco también fuera del oficio (cf. K. ESSER, *Studien zu den Opuscula des hl. Franziskus von Assisi* [Roma 1973] p.304).

[3] En el cód. 338 de Asís queda lugar para la música; de lo que se concluye que esta bendición solía ser cantada.

MAITINES

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 2

1 Señor Dios de mi salvación, / de día y de noche grito ante ti (Sal 87,2).
2 Llegue hasta ti mi oración; / acerca tu oído a mi plegaria (Sal 87,3).
3 Mira por mi alma y líbrala, / líbrame de mis enemigos (Sal 68,19).
4 Porque fuiste tú quien me sacó del vientre, mi esperanza desde el pecho de mi madre; / desde el seno materno fui lanzado a ti (Sal 21,10).
5 Desde el vientre materno tú eres mi Dios; / no te alejes de mí (Sal 21,10).
6 Tú conoces mi afrenta y mi confusión / y mi sonrojo (Sal 68,20).
7 A tu vista están todos los que me acosan; / afrenta y miseria esperó mi corazón (Sal 68,21).
8 Y esperé a quien me compadeciera, y no hubo nadie, / y a quien me consolara, y no lo encontré (Sal 68,21).
9 Los inicuos, ¡oh Dios!, se alzaron contra mí, / y la sinagoga de los poderosos buscaron mi vida, y no te tuvieron presente (Sal 85,14).
10 Me cuentan con los que bajan a la fosa; / estoy como un hombre sin vigor, libre entre los muertos (Sal 87,5-6).
11 *Tú eres mi Padre santísimo,* / Rey mío y Dios mío (Sal 43,5).
12 Ven en mi auxilio, / Señor Dios de mi salvación (Sal 37,23).

PRIMA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 3

1 Ten piedad de mí, ¡oh Dios!, ten piedad, / pues en ti confía mi alma (Sal 56,2).
2 Esperaré a la sombra de tus alas / hasta que pase la iniquidad (Sal 56,2).
3 Clamaré al *santísimo Padre mío* altísimo; / al Señor, que se puso a mi favor (Sal 56,3).
4 Envió desde el cielo y me libró, / llevó el oprobio a los que me conculcaban (Sal 56,4).

5 Envió Dios su misericordia y su verdad; / libró mi vida
(Sal 56,4-5) de mis fortísimos enemigos y de los que me
odiaron, pues se habían hecho fuertes contra mí (Sal 17,18).
6 Prepararon un lazo a mis pies / y doblegaron mi alma (Sal
56,7).
7 Delante de mí cavaron una fosa, / y cayeron en ella (Sal
56,7).
8 Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme; /
cantaré y salmodiaré (Sal 56,8).
9 Alzate, gloria mía; despierta, salterio y cítara; / me levan-
taré a la aurora (Sal 56,9).
10 Te confesaré ante los pueblos, Señor, / y ante las gentes
te salmodiaré (Sal 56,10).
11 Porque hasta los cielos se agranda tu misericordia, / y tu
verdad hasta las nubes (Sal 56,11).
12 Alzate sobre los cielos, ¡oh Dios!, / y sobre toda la tierra
tu gloria (Sal 56,12).

Tengase en cuenta que este salmo se dice siempre en prima.

TERCIA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 4

1 Misericordia, Dios mío, que me han pisoteado, / me han
atribulado todo el día, combatiéndome (Sal 55,2).
2 Todo el día me pisotearon mis enemigos, / porque son
muchos los que luchan contra mí (Sal 55,3).
3 Todos mis enemigos pensaban contra mí, / pronunciaron
palabras perversas contra mí (Sal 40,8-9).
4 Los que me custodiaban / conspiraron contra mí (Sal
70,10).
5 Salían fuera / y hablaban (Sal 40,7) juntos (Sal 40,8).
6 Todos los que me vieron se rieron de mí, / hablaron y
menearon la cabeza (Sal 21,8).
7 Yo soy gusano y no hombre, / vergüenza de los hombres
y desprecio de la plebe (Sal 21,7).
8 Para mis vecinos me he convertido en motivo de gran
afrenta, más que todos mis enemigos, / y en temor para mis
conocidos (Sal 30,12).
9 *Padre santo,* no me retardes tu auxilio, / atiende a mi de-
fensa (Sal 21,20).
10 Ven en mi auxilio, / Señor, Dios de mi salvación (Sal
37,23).

SEXTA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 5

1 Clamé al Señor con mi voz, / al Señor supliqué con mi voz (Sal 141,2).
2 Derramo mi oración en su presencia / y ante El expongo mi tribulación (Sal 141,3).
3 Cuando me falta el aliento, / también tú conoces mis senderos (Sal 141,42).
4 En el camino por donde iba, / los soberbios me escondieron una trampa (Sal 141,4).
5 Miraba a la derecha y remiraba, / pero no había quien me conociese (Sal 141,5).
6 Me fue imposible huir / y no hay quien mire por mí (Sal 141,5).
7 Porque soporté por ti afrentas, / cubrió mi rostro la confusión (Sal 66,8).
8 Para mis hermanos soy un extraño, / y extranjero para los hijos de mi madre (Sal 68,9).
9 *Padre santo,* me devoró el celo de tu casa, / y las afrentas de los que te afrentaban cayeron sobre mí (Sal 68,10).
10 Y se alegraron contra mí y se confabularon, / se amontonaron sobre mí las desdichas, y no lo supe (Sal 34,15).
11 Son más numerosos que los pelos de mi cabeza / los que me odian sin razón (Sal 68,5).
12 Los enemigos que me perseguían injustamente se han hecho fuertes; / devolvía yo entonces lo que no había robado (Sal 68,5).
13 Testigos inicuos se levantaban / para demandarme lo que ni sabía (Sal 34,11).
14 Me pagaban mal por bien (Sal 34,12) y me difamaban, / porque buscaba la bondad (Sal 37,21).
15 Tú eres mi *Padre santísimo,* / Rey mío y Dios mío (Sal 43,5).
16 Ven en mi auxilio, Señor, /Dios de mi salvación (Sal 37,23).

NONA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 6

1 Vosotros, todos los que pasáis por el camino, / mirad y ved si hay dolor como mi dolor (Lam 1,12).
2 Porque muchos perros me acorralaron; / me cercó la reunión de los malhechores (Sal 21,17).
3 Y ellos me miraron y contemplaron, / se dividieron mis vestidos y echaron a suerte mi túnica (Sal 21,18-19).

4 Taladraron mis manos y mis pies / y contaron todos mis huesos (Sal 21,17-18).
5 Abrieron su boca contra mí / como león que atrapa y ruge (Sal 21,14).
6 Derramado estoy como el agua, / y mis huesos todos están dislocados (Sal 21,15).
7 Y mi corazón se parece a cera derretida / en medio de mis entrañas (Sal 21,15).
8 Como una teja se secó mi fuerza, / y mi lengua se me pegó al paladar (Sal 21,16).
9 Y para comer me dieron hiel, / y en mi sed me dieron vinagre (Sal 68,22).
10 Y *me llevaron* al polvo de la muerte (cf. Sal 21,16) / y aumentaron el dolor de mis llagas (Sal 68,27).
11 Me dormí y resucité (Sal 3,6), / y *mi Padre santísimo* me *acogió* con gloria (cf. Sal 72,24).
12 *Padre santo,* sostuviste mi mano derecha y me guiaste según tu voluntad / y me acogiste en gloria (Sal 72,24).
13 ¿Qué hay para mí en el cielo?; / y fuera de ti, ¿qué he querido en la tierra? (Sal 72,25).
14 Mirad, mirad que yo soy Dios, *dice* el Señor; / seré exaltado entre las gentes, seré exaltado en la tierra (cf. Sal 45,11).
15 *Bendito sea el Señor Dios de Israel* (Lc 1,68), que redimió las almas de sus siervos *con su propia sangre santísima* / y no abandonará a nadie que espere en El (Sal 33,23).
16 Y sabemos que viene, / que vendrá a establecer la justicia (cf. Sal 95,13).

VISPERAS

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 7

1 Aplaudid todas las gentes, / aclamad a Dios con voz de júbilo (Sal 46,2).
2 Pues el Señor es excelso, / terrible, Rey grande sobre toda la tierra (Sal 46,3).
3 Porque *el santísimo Padre de los cielos,* nuestro Rey antes de los siglos, / *envió de lo alto a su amado Hijo* y realizó la salvación en medio de la tierra (Sal 73,12).
4 Alégrense los cielos y goce la tierra, conmuévase el mar y cuanto lo llena; / se alegrarán los campos y cuanto hay en ellos (Sal 95,11-12).
5 Cantadle un cántico nuevo, / cantad al Señor toda la tierra (Sal 95,1).

6 Porque grande es el Señor y en gran manera loable, / es temible sobre todos los dioses (Sal 95,4).

7 Tierras de los gentiles, ofrendad al Señor; ofrendad al Señor gloria y honor, / ofrendad gloria al nombre del Señor (Sal 95,7-8).

8 *Tomad vuestros cuerpos y cargad con su santa cruz / y seguid hasta el fin sus santísimos preceptos* (cf. Lc 14,27; 1Pe 2,21).

9 Tiemble la tierra entera en su presencia; / decid entre las gentes que el Señor reinó desde el madero (Sal 95,9-10).

Hasta aquí se recita diariamente desde el Viernes Santo hasta la fiesta de la Ascensión. En la fiesta de la Ascensión se añaden los versículos siguientes:

10 *Y subió a los cielos y está sentado a la derecha del santísimo Padre en los cielos;* álzate sobre los cielos, ¡oh Dios!, / y tu gloria sobre toda la tierra (Sal 56,12).

11 Y sabemos que viene, / que vendrá a establecer la justicia (cf. Sal 95,13).

Tengase en cuenta que este salmo se recita a diario de la misma forma desde la Ascensión al Adviento del Señor; es decir, Aplaudid, *con los versículos señalados, diciendo el* Gloria al Padre *al fin del salmo, o sea, al terminar las palabras* que vendrá a establecer la justicia.

Adviértase también que los salmos indicados anteriormente se dicen desde el Viernes santo al domingo de Resurrección. También desde la octava de Pentecostés al Adviento del Señor y desde la octava de la Epifanía hasta el domingo de Resurrección, excepto los domingos y fiestas principales, en que no se recitan; los demás días, en cambio, se recitan siempre.

PARTE II

En el Tiempo pascual. Desde el Sábado Santo, concluido ya el día

COMPLETAS

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 8

1 ¡Oh Dios!, ven en mi auxilio; / Señor, date prisa en socorrerme.

2 Sean confundidos y avergonzados / los que buscan mi vida.

3 Retrocedan y cúbranse de ignominia / los que me quieren mal.

4 Retrocedan en seguida sonrojados / los que me gritan: ¡Ah, ah!
5 Que se alegren y regocijen en ti todos los que te buscan / y digan siempre los que aman tu salvación: Engrandecido sea el Señor.
6 Yo soy necesitado y pobre; / ayúdame, ¡oh Dios!
7 Mi auxilio y libertador eres tú; / Señor, no te retardes (Sal 69,2-6).

MAITINES DEL DOMINGO DE RESURRECCION

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 9

1 Cantad al Señor un cántico nuevo, / porque ha hecho maravillas (Sal 97,1).
2 *Han sacrificado a su amado Hijo,* / su diestra y su santo brazo (Sal 97,1).
3 El Señor ha dado a conocer su salvación, / ha mostrado ante las gentes su justicia (Sal 97,2).
4 En aquel día envió el Señor su misericordia, / y en la noche su canto (Sal 41,9).
5 Este es el día que hizo el Señor; / alegrémonos y gocémonos en él (Sal 117,24).
6 Bendito el que viene en el nombre del Señor; / Dios es Señor y nos ha iluminado (Sal 117,26-27).
7 Alégrense los cielos y goce la tierra, conmuévase el mar y cuanto lo llena; / se alegrarán los campos y cuanto hay en ellos (Sal 95,11-12).
8 Tierras de los gentiles, ofrendad al Señor; ofrendad al Señor gloria y honor, / ofrendad al Señor la gloria debida a su nombre (Sal 95,7-8).

Hasta aquí se recita diariamente desde el domingo de Resurrección hasta la fiesta de la Ascensión, en cada una de las horas, exceptuadas las vísperas, las completas y prima. En la noche de la Ascensión se añaden los siguientes versículos:

9 Reinos de la tierra, cantad a Dios, / salmodiad al Señor (Sal 67,33).
10 Salmodiad a Dios, que asciende sobre el cielo de los cielos / hacia el oriente (Sal 67,33-34).
11 Mirad que hará oír su voz potente; dad gloria a Dios por Israel; / su grandeza y su poder están sobre las nubes (Sal 67,34-35).
12 Admirable es Dios en sus santos; / el Dios de Israel dará

poder y fortaleza a su pueblo; bendito sea Dios (Sal 76,36). Gloria.

Téngase en cuenta que este salmo se recita diariamente desde la Ascensión del Señor hasta la octava de Pentecostés, con los versículos indicados en maitines, tercia, sexta y nona, diciendo Gloria *al terminar* bendito sea Dios *y no en otro lugar.*

Adviértase también que se dice de la misma forma sólo en maitines de los domingos y principales fiestas desde la octava de Pentecostés hasta el Adviento del Señor y desde la octava de Epifanía hasta el Jueves santo, pues en ese día comió el Señor la pascua con sus discípulos; o, si se quiere, se puede decir otro salmo en maitines o en vísperas; por ejemplo: Te ensalzaré, Señor, *etc. (Sal 29), como se encuentra en el salterio; y esto desde el domingo de Resurrección hasta la fiesta de la Ascensión únicamente.*

PRIMA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: Ten piedad de mí, ¡oh Dios! *(como anteriormente: Salmo 3).*

TERCIA, SEXTA, NONA

Salmo: Cantad al Señor *(como anteriormente: Salmo 9).*

VISPERAS

Salmo: Aplaudid todas las gentes *(como anteriormente: Salmo 7).*

PARTE III

En los domingos y fiestas principales

Siguen otros salmos, que también compuso nuestro beatísimo padre Francisco, los cuales se dicen, en lugar de los salmos anteriormente indicados de la pasión del Señor, en los domingos y principales fiestas, desde la octava de Pentecostés hasta el Adviento, y desde la octava de Epifanía hasta el Jueves santo; anótese que han de decirse en ese día, porque es la pascua del Señor.

COMPLETAS

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: ¡Oh Dios!, ven en mi auxilio *(cf. salterio: Salmo 8).*

MAITINES

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: Cantad al Señor *(como anteriormente: Salmo 9).*

PRIMA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: Ten piedad de mí, ¡oh Dios! *(como anteriormente: Salmo 3).*

TERCIA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 10

1 Toda la tierra, aclamad al Señor, cantad salmos a su nombre, / dadle gloria y alabanza (Sal 65,1-2).
2 Decid a Dios: «¡Qué terribles son tus obras, Señor; / tus enemigos quedarán desmentidos ante la grandeza de tu poder» (Sal 65,3).
3 Que toda la tierra te adore y te cante / y diga salmos a tu nombre (Sal 65,4).
4 Venid, escuchad, y os contaré a todos los que teméis a Dios / cuánto ha hecho por mi alma (Sal 65,16).
5 Mi boca gritó a El, / y lo exaltó mi lengua (Sal 65,17).
6 Y escuchó mi voz desde su santo templo, / y mi clamor llegó a su presencia (Sal 17,7).
7 Bendecid, gentes, a nuestro *Señor* / y haced oír la voz de su alabanza (Sal 65,8).
8 Y en El serán benditas todas las tribus de la tierra, / todas las naciones lo engrandecerán (Sal 71,17).
9 Bendito el Señor, Dios de Israel (Lc 1,68); / El solo hace grandes maravillas (Sal 71,18).
10 Y eternamente bendito el nombre de su majestad; / toda la tierra se llenará de su gloria. Amén. Amén (Sal 71,19).

SEXTA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 11

1 Que te escuche el Señor el día de la tribulación, / el nombre del Dios de Jacob te proteja (Sal 19,2).
2 Que te auxilie desde su santuario, / que desde Sión te defienda (Sal 19,3).
3 Que se acuerde de todos tus sacrificios, / que le sea grato tu holocausto (Sal 19,4).
4 Que te conceda lo que tu corazón desea / y que confirme todos tus planes (Sal 19,5).
5 Nos alegraremos en tu salvación / y en el nombre del Señor Dios nuestro seremos engrandecidos (Sal 19,6).
6 Que el Señor cumpla todos tus deseos; ahora sé que *el Señor envió a Jesucristo su Hijo* (cf. Jn 4,9; Sal 19,7), / y juzgará a los pueblos con justicia (Sal 9,9).
7 El Señor se ha constituido en refugio para el pobre, ayudador en las necesidades, en la tribulación; / que esperen en ti los que conocieron tu nombre (Sal 9,10-11).
8 Bendito el Señor mi Dios (Sal 143,1), porque se ha convertido en mi asilo y mi refugio / en el día de mi tribulación (Sal 58,17).
9 Ayudador mío, te cantaré, porque, ¡oh Dios!, eres mi asilo, / Dios mío, misericordia mía (Sal 58,18).

NONA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 12

1 En ti, Señor, esperé, no quede confundido para siempre; / líbrame y sálvame por tu justicia (Sal 70,1-2).
2 Inclina a mí tu oído / y sálvame (Sal 70,2).
3 Sé para mí un Dios protector y lugar de refugio / para que me salves (Sal 70,3).
4 Porque tú eres, Señor, mi paciencia; / mi esperanza, Señor, desde mi juventud (Sal 70,5).
5 Desde el seno materno encontré en ti mi apoyo, tú eres mi protector desde el vientre de mi madre; / para ti siempre mi canto (Sal 70,6).
6 Que se me llene la boca de alabanza para cantar tu gloria, / tu grandeza todo el día (Sal 70,8).
7 Escúchame, Señor, porque tu misericordia es benigna; / mírame según la multitud de tus misericordias (Sal 68,17).
8 No apartes tu rostro de tu siervo; / porque estoy atribulado, escúchame en seguida (Sal 68,18).
9 Bendito el Señor mi Dios (Sal 143,1), porque se ha con-

vertido en mi asilo y refugio / en el día de mi tribulación (Sal 58,17).

10 Ayudador mío, te cantaré, porque, ¡oh Dios!, eres mi asilo, / Dios mío, misericordia mía (Sal 58,18).

VISPERAS

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: Aplaudid todas las gentes *(como anteriormente: Salmo 7).*

PARTE IV

En el tiempo del Adviento del Señor

Siguen otros salmos, dispuestos tambien por nuestro beatísimo padre Francisco, los cuales se dicen, en lugar de los indicados anteriormente de la pasión del Señor, desde el Adviento del Señor hasta la vigilia de Navidad únicamente.

COMPLETAS

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 13

1 ¿Hasta cuándo, por fin, me olvidarás, Señor? / ¿Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? (Sal 12,1).

2 ¿Hasta cuándo estaré cavilando en mi alma / y durante el día tendré dolor en mi corazón? (Sal 12,2).

3 ¿Hasta cuando se me sobrepondrá el enemigo? / Mira y óyeme, Señor, Dios mío (Sal 12,4).

4 Da luz a mis ojos para que no me duerma en la muerte, / para que no diga mi enemigo: «Le he vencido» (Sal 12,4).

5 Los que me atribulan se gozarán si caigo; / pero yo espero en tu misericordia (Sal 12,5).

6 Mi corazón saltará de gozo en tu socorro; cantaré al Señor, que me hizo bien, / y salmodiaré al nombre del Señor altísimo (Sal 12,6).

MAITINES

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 14

1 Te alabaré, Señor, *Padre santísimo, Rey del cielo y de la tierra,* / porque me has consolado (Is 12,1; cf. Mt 11,25).
2 Tú eres mi Dios salvador; / actuaré con confianza y no temeré (Is 12,2).
3 El Señor es mi fuerza y mi alabanza / y se ha hecho mi salvación (Sal 117,14).
4 Tu diestra, Señor, se ha engrandecido de poder; tu diestra, Señor, ha herido al enemigo, / y has abatido con el poder de tu gloria a mis enemigos (Ex 15,6-7).
5 Que lo vean los pobres y se alegren; / buscad a Dios, y vivirá vuestra alma (Sal 68,33).
6 Que lo alaben el cielo y la tierra, / el mar y cuanto en ellos se mueve (Sal 68,35).
7 Porque Dios salvará a Sión / y se reedificarán las ciudades de Judá (Sal 68,36).
8 Y habitarán allí / y la adquirirán en herencia (Sal 68,36).
9 Y el linaje de sus siervos la poseerá / y los que aman su nombre habitarán en ella (Sal 68,37).

PRIMA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: Ten piedad de mí, ¡oh Dios! *(como anteriormente: Salmo 3).*

TERCIA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: Toda la tierra *(como anteriormente: Salmo 10).*

SEXTA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: Que te escuche el Señor *(como anteriormente: Salmo 11).*

NONA

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: En ti, Señor, esperé *(como anteriormente: Salmo 12).*

VISPERAS

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo: Aplaudid todas las gentes *(como anteriormente: Salmo 7).*

Tengase en cuenta que no se recita el salmo entero, sino hasta el versículo Tiemble la tierra entera; *pero se dice todo el versículo* Tomad vuestros cuerpos. *Al fin del cual se dice el* Gloria al Padre. *Así se recita en las vísperas de todos los días desde el Adviento hasta la vigilia de Navidad.*

PARTE V

En el tiempo de la Navidad del Señor hasta la octava de la Epifanía

VISPERAS DE LA NAVIDAD DEL SEÑOR

Antífona: Santa Virgen María.

Salmo 15

1 Glorificad a Dios, nuestra ayuda (Sal 80,2); / cantad *al Señor, Dios vivo y verdadero,* con voz de alegría (cf. Sal 46,2).
2 Porque el Señor es excelso, / terrible, rey grande sobre toda la tierra (Sal 46,3).
3 *Porque el santísimo Padre del cielo,* nuestro Rey antes de los siglos (Sal 73,12), *envió a su amado Hijo de lo alto, / y nació de la bienaventurada Virgen santa María.*
4 El me invocó: «Tú eres mi Padre»; / y yo lo haré mi primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra (Sal 88,27-28).
5 En aquel día, el Señor Dios envió su misericordia, / y en la noche su canto (Sal 41,9).
6 Este es el día que hizo el Señor; / alegrémonos y gocémonos en él (Sal 117,24).
7 *Porque se nos ha dado un niño santísimo amado, y nació por nosotros* (Is 9,5) *fuera de casa y fue colocado en un pesebre, / porque no había sitio en la posada* (cf. Lc 2,7).
8 Gloria al *Señor* Dios en las alturas, / y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad (cf. Lc 2,14).
9 Alégrese el cielo y exulte la tierra, conmuévase el mar y cuanto lo llena; / se gozarán los campos y todo lo que hay en ellos (Sal 95,11-12).
10 Cantadle un cántico nuevo, / cante al Señor toda la tierra (Sal 95,1).

11 Porque grande es el Señor y muy digno de alabanza, / terrible sobre todos los dioses (Sal 95,4).

12 Tierras de los gentiles, ofrendad al Señor; ofrendad al Señor gloria y honor, / ofrendad al Señor la gloria debida a su nombre (Sal 95,7-8).

13 *Tomad vuestros cuerpos y cargad con su santa cruz / y seguid hasta el fin sus santísimos preceptos* (Rom 12,1; Lc 14,27; 1 Pe 2,21).

Tengase en cuenta que este salmo se recita en todas las horas desde la Navidad del Señor hasta la octava de la Epifanía. Si alguno quiere recitar este oficio del bienaventurado Francisco, dígalo en la forma siguiente: dirá primero el Padre nuestro *con las alabanzas:* Santo, santo, santo. *Acabadas las alabanzas con la oración, tal como se indica más arriba, comiencese la antífona:* Santa Virgen María, *con el salmo señalado para cada hora del día y de la noche. Y dígase con gran reverencia.*

SALUDO A LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA (= SalVM)

Francisco revela todo lo que su fe y la profundidad de la misma contemplaba en la Virgen cuando nos dice en la Carta a los fieles *que el Hijo de Dios recibió de la Virgen «la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad»* [1]. *El escrito que comentamos no canta ni dice otra cosa. Todo él se centra y clava en el asombro y loa a la arcilla, transfigurada por el Señor Dios en cercanía insospechable. Vuelve aquí Francisco a su contemplación tan frecuente: Dios Bien (v.3)* [2], *Dios que bendice, el Señor que da. En visión dinámica e interventiva de la Santísima Trinidad, habitual en Francisco* [3], *ve aquí a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que eligen y consagran a la Virgen (v.2), convirtiendola en palacio, tabernáculo, casa, vestido, sierva y madre de Dios (v.3-5). Todos estos nombres, nada abstractos, que en su inacabable admiración* [4] *da Francisco a la Virgen, ofrecen —así nos parece— su entera riqueza si son contemplados desde los dos últimos títulos citados: los de sierva y madre. Al decir* sierva, *Francisco decía acogida, espacio vacío, pobreza al fin. Pobrecilla llamó a la Virgen él, que nunca tuvo mejor nombre y que no se cansaba de contemplar y de seguir la pobreza del Hijo de Dios, compartida siempre por su madre* [5]. *Y, al decir* madre, *Francisco proclamaba toda su grandeza y gracia, señalando además su lugar y la necesidad de ella en la historia de la salvación: le ha dado al Hijo de Dios «la carne de nuestra humanidad y fragilidad»* [6]. *Subrayado con el que Francisco señala el error cátaro de su tiempo, que negaba la verdadera encarnación del Hijo de Dios, y con esto la maternidad divina de la Virgen.*

[1] 2CtaF 4.
[2] Cf. 1C 21.
[3] 1CtaF 1,8-13; 2CtaF 3.49-56; CtaO 50-52; 1R 22,27; 23,1-4
[4] 2C 198.
[5] 2CtaF 5; 1R 9,5; LP 51; 2C 83.85.200.
[6] 2CtaF 4; 1R 23,3; OfP antif 1-2.

Por ella, dirá Francisco con corazón navideño y niño ante la buena nueva definitiva, el Hijo de Dios es nuestro hermano [7]. *Así expresaba toda la exclusiva singularidad de María* [8], *lo inevitable que es su presencia junto a Cristo* [9]; *así expresaba que ella vive en el corazón mismo de la Iglesia, continuando su maternidad por la consagración del Espíritu Santo (v.2)* [10]; *tambien la Iglesia, mediante esta consagración, es morada de Dios* [11] *en la fidelidad que labran las santas virtudes* [12].

El versículo 6 hace pensar en el Saludo de las virtudes. *De hecho, más de un manuscrito junta ambas piezas con el siguiente título* Saludo de las virtudes con las que fue adornada la bienaventurada Virgen María y debe serlo toda alma santa.

1 ¡Salve, Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María,
virgen hecha iglesia,
2 y elegida por el santísimo Padre del cielo,
consagrada por El con su santísimo Hijo amado
y el Espíritu Santo Paráclito;
3 que tuvo y tiene toda la plenitud de la gracia y todo bien!
4 ¡Salve, palacio de Dios!
¡Salve, tabernáculo de Dios!
¡Salve, casa de Dios!
5 ¡Salve, vestidura de Dios!
¡Salve, esclava de Dios!
¡Salve, Madre de Dios!
6 ¡Salve también todas vosotras, santas virtudes,
que, por la gracia e iluminación del Espíritu Santo,
sois infundidas en los corazones de los fieles,
para hacerlos, de infieles, fieles a Dios!

SALUDO A LAS VIRTUDES (= SalVir)

El versículo cuarto es, posiblemente, la clave mejor para acertar con el más profundo centro de este breve escrito de Francisco: «Santísimas virtudes, a todas os salve el Señor, de quien venís y procedéis». De nuevo Francisco con su credo de siempre: el Señor hace y dice todo bien [1] *Las virtudes no son producto solamente, tampoco primariamente, de fabricación humana. Su primer y fontal origen está en el Señor, que las estrenó* [2] *y las regala por su Espíritu* [3]. *Y porque del Señor vienen y a El siguen, las llama señoras (andaba de por medio su espíritu caballeresco y cortés y el de su tiempo)* [4].

[7] 2C 198; cf. 2CtaF 56.
[8] OfP antíf 1.
[9] LM 3.
[10] Cf. OfP antíf 2.
[11] 1CtaF 1,6; 2CtaF 48; 1R 22,27.
[12] Cf. SalVir 4.
[1] 1R 17,6; etc.
[2] Cf. 1R 9,1; UltVol 1.
[3] 2R 10,10; SalVM 6.
[4] TC 3.

Sobre la fecha de su composición no es posible indicar nada cierto. Tampoco es claro el genero literario: ¿oración, admonición, loa? Tiene de los tres, nos parece. Su autenticidad está respaldada por la noticia que de ella nos da Celano [5].

Las ideas fundamentales del escrito son las siguientes: la conexión, por origen y por ejemplo, de las virtudes con el Señor Jesús (v.4) [6]*; un dato más de la radicalización cristológica de Francisco: las virtudes son El, son sus huellas, y practicarlas es seguirle* [7]*; la fundamental y profunda unidad entre ellas —hermanas las llama—, diversas caras diríamos, de la única postura existencial del cristiano, que para Francisco es el seguimiento (v.6-8); y unidad de la doble ladera que cubren, la que a Dios da y la que mira hacia el hombre: las huellas de Cristo dan a ambas laderas* [8]*; la convicción de Francisco de que las virtudes, suceso salvador del Espíritu en nosotros* [9]*, producen forzosamente la muerte (v.5); este tema lo desarrollarán los versos siguientes (v.8-18), que determinan la «mortificación» a que cada una de las virtudes somete al hombre para hacerlo apertura decidida, docilidad despierta, vacío para Dios —obsesión central de Francisco—, que inspira y produce todas las virtudes* [10].

1 ¡Salve, reina sabiduría, el Señor te salve con tu hermana
la santa pura sencillez!
2 ¡Señora santa pobreza, el Señor te salve con tu hermana
la santa humildad!
3 ¡Señora santa caridad, el Señor te salve con tu hermana
la santa obediencia!
4 ¡Santísimas virtudes, a todas os salve el Señor, de quien
venís y procedéis!
5 Nadie hay absolutamente en el mundo entero que pueda
6 poseer a una de vosotras si antes no muere. Quien posee una
7 y no ofende a las otras, las posee todas. Y quien ofende a
8 una, ninguna posee y a todas ofende (cf. Sant 2,10). Y cada
una confunde los vicios y pecados.
9 La santa sabiduría confunde a Satanás y todas sus astucias.
10 La pura santa simplicidad confunde toda la sabiduría de
este mundo (cf. 1Cor 2,6) y la sabiduria del cuerpo.
11 La santa pobreza confunde la codicia, y la avaricia, y las
preocupaciones de este siglo.
12 La santa humildad confunde la soberbia y a todos los
mundanos, y todo lo mundano.
13 La santa caridad confunde todas las tentaciones diabólicas y carnales y todos los temores carnales.

[5] 2C 189.
[6] Cf. 1R 17,14-16; 2R 10,8-12.
[7] Cf. 1R 9,1; 2R 12,4.
[8] Cf. AlD; 1R 17,15-16.
[9] SalVM 6.
[10] 1R 17,14-16; 2CtaF 45-53.

La santa obediencia confunde todos los quereres corporales y carnales; y mantiene mortificado su cuerpo para obedecer al espíritu y para obedecer a su hermano. / y lo sujeta y somete a todos los hombres que hay en el mundo; / y no sólo a los hombres, sino aun a todas las bestias y fieras, / para que, en cuanto el Señor se lo permita desde lo alto, puedan hacer de él lo que quieran.

CANTICO DE LAS CRIATURAS (= Cánt)

«Murió cantando», anotara Celano al relatar los últimos momentos de la existencia de Francisco [1]. *Y la misma nota podría haber resumido su vida entera: vivió cantando la misericordia que despertó su vida a la misericordia* [2].

El Cántico de las criaturas, *o* del hermano sol, *o* las alabanzas del Señor, *o* el himno a la hermana muerte, *que todos estos nombres le dan las fuentes biográficas* [3], *es uno de los testimonios del ininterrumpido cántico que fue su vida, desvelada enteramente por la bondad y la misericordia del Señor y por la sangría irrestañable de su fraternidad* [4]. *Porque si es cierto que el altísimo y buen Señor acapara la alabanza del* Cántico, *tambien lo es que el hombre figura en él como indudable protagonista.*

Lo compuso en el entonces balbuciente romance italiano de Umbría, que podían entender las gentes sencillas del pueblo a las que iba destinado. Lo forman 33 versos, agrupados en seis estrofas y los dos últimos que cierran el Cántico. Tres partes se distinguen claramente en él: los versículos 1-2, que señalan el objeto y el porque definitivo del Cántico: *sólo el Altísimo es digno de alabanza; los versículos 3-9, que convocan, presentándose en pares formados por elementos masculinos y femeninos, al sol y a la luna y estrellas; al viento-aire-nublado-sereno-todo tiempo y al agua; al fuego y a la tierra; los versículos 10-13, que convocan al hombre que ha aceptado la bienaventuranza de la cruz; el versículo 14, coro final de todas las criaturas.*

San Damián, San Fabián de la Foresta o el palacio episcopal de Asís serían los posibles lugares de composición del Cántico.

La impresión de las llagas, septiembre de 1224, y la muerte, octubre de 1226, marcan los términos dentro de los cuales fue compuesto el Cántico, *y señalan también, sin lugar a duda, la plenitud en él de todos los misterios de Cristo, que diría, acertando soberanamente, Celano* [5]. *En ellos le había introducido la conversión* [6] *y a su cima le había conducido la cruz, la de la estigmatización, la de la enfermedad* [7] *y también la de la*

[1] 2C 214.
[2] 1C 16.93.115.127; 2C 171; TC 24.
[3] LP 83; EP 101.119 y 123; 2C 109.
[4] 2C 181.
[5] 2C 217.
[6] 2C 6.
[7] LP 83.

muerte presentida [8]. *Y desde esta cumbre rompía en una alabanza, fraterna y convocativamente universal, al amor, que desde tantas cosas le hablaba, le ceñía* [9] *y era promesa de segura bienaventuranza* [10].

Una lectura del Cántico *obliga a subrayar el repetido* mi Señor *(diez veces) o* Altísimo *(cuatro veces), que revelan el sujeto-objeto de la alabanza —el de toda la vida de Francisco desde Espoleto* [11] *hasta siempre* [12]*— y la doble visión constante suya de Dios en Cristo, transcendente y cercano a la vez* [13]*, y que centran, explican y dan sentido a los restantes temas del* Cántico: *la alabanza por las creaturas* [14]*; la fraternidad con ellas y de ellas* [15]*; la belleza y utilidad de las cosas, tan despiertamente vistas y anotadas, y que levantan su admiración y alabanza* [16]*; y el hombre, tambien él cantor y juglar del coro de Francisco* [17]*. Pero el hombre con sus heridas: la ofensa, la enfermedad, la tribulación y la muerte, de la que nadie escapa (v.10.11.12), y que hacen la alabanza más desnuda y puede ser que más pura, agarrada como está a la gloria de la cruz* [18]*. Por eso, «¡bienaventurados!» El* Cántico *se cierra así en el centro mismo del Evangelio: las bienaventuranzas*[19] *lectura paralela imprescindible del mismo. Lectura que ha de hacerse, además, desde la intencionalidad misionera, evangelizadora, que movió la inspiración de Francisco* [20]*. Es éste un escrito del Pobrecillo que exige realizarlo, hacerlo resonar.*

1 Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.
2 A ti solo, Altísimo, corresponden
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.
3 Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano Sol,
el cual es día y por el cual nos alumbras.
4 Y él es bello y radiante con gran esplendor:
de ti, Altísimo, lleva significación.
5 Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas:
en el cielo las has formado luminosas, y preciosas, y bellas.
6 Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire, y el nublado, y el sereno, y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.
7 Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil, y humilde, y preciosa, y casta.
8 Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche:
y él es bello, y alegre, y robusto, y fuerte.

[8] 2C 213.
[9] LP 83.
[10] LP 83.
[11] 2C 6.
[12] 2C 214.
[13] AlD; 1R 23,9.
[14] 1C 58.61.80; 2C 170.
[15] 1C 81.
[16] 1C 61; 2C 170.
[17] 1C 80.
[18] Adm 5.
[19] Mt 5,3-12.
[20] LP 83.

9 Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.
10 Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor
y soportan enfermedad y tribulación.
11 Bienaventurados aquellos que las sufren en paz,
pues por ti, Altísimo, coronados serán.
12 Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
13 ¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
Bienaventurados aquellos a quienes encontrará en tu santísima voluntad,
pues la muerte segunda no les hará mal.
14 Load y bendecid a mi Señor
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

CARTAS

En las *cartas,* San Francisco trata de hacer participantes a otros de los bienes recibidos de Dios en su vida de penitencia. La predicación hablada del Santo no forma parte de los escritos. Pero las cartas son sus oraciones y experiencias místicas convertidas en epístolas y en predicación escrita.

Carta a todos los fieles.
Carta a las autoridades de los pueblos.
Carta a los clérigos.
Carta a toda la orden.
Primera carta a los custodios.
Segunda carta a los custodios.
Carta a un ministro.
Carta al hermano León.
Carta a San Antonio.

CARTA A TODOS LOS FIELES

«El hermano Francisco, el pequeño, el siervo, el a los pies de todos» (v.1). Francisco, es desde todo su ser, para todos y para siempre, total y agotadoramente, hermano [1]. *Por eso, no supo ni quiso vivir sólo para sí, sino para aquellos por quienes Cristo murió* [2]. *Desde aquí se explica y brota esta carta en sus dos redacciones y las demás de Francisco: desde la fraternidad universal que el Evangelio le había revelado, y a la que constantemente le convocaba para encarnar precisamente el Evangelio. Que, al fin, esta carta, sobre todo la segunda redacción, no es otra cosa que un evangelio para los cristianos comprometidos de siempre. El estilo es por eso exhortativo, universal, nada intimista, pero vivo, exaltado de misticismo a veces (v.54-56), ceñido de exigencias y de Evangelio siempre, especialmente expresivo y gráfico en los versículos 72-85, que han sido llamados una «pequeña pieza de mimo».*

No es fácil fijar la fecha de su composición. La alusión a su enfermedad podría obligar a escoger o el año 1215, cuando Francisco interrumpe su viaje a Marruecos [3], *o también los últimos años de su vida. La semejanza de la carta con la regla no bulada haría pensar como año de su composición en 1221.*

La lectura de la carta en sus dos recensiones nos hará tropezar con los temas de siempre de Francisco, aquellos a los que estaba habituado su

[1] 2C 181.
[2] 1C 35.
[3] 1C 56.

corazón, porque ellos se lo hicieron nuevo, evangélico [4]. *Son los siguientes: el Evangelio o las olorosas palabras del Señor (v.3)* [5]*; el Padre, principio y meta de la historia de la salvación, jalonada por El de intervenciones salvadoras (v.4-11)* [6]*; el Hijo, nivelado en humanidad y fragilidad con nosotros (v.5)* [7]*, en pobreza elegida por El (v.5)* [8]*, cuya necesaria mediación salvadora se subraya destacadamente (v.14 y 23)* [9]*; el Hijo, que es la palabra del Padre (v.4), hermano nuestro (v.56), la luz verdadera (v.66), la sabiduría del Padre (v.67); el Espíritu Santo, que nos hace hijos del Padre y esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo (v.50-53). Los temas dan en el corazón de lo cristiano y del Evangelio, de la buena nueva del amor de Dios, que ama y habita el corazón del hombre (v.48).*

Frente al amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (v.54-60) [10]*, se exige una respuesta radical, que convoca otra serie de temas habituales en Francisco: el amor, la adoración, la alabanza universal y entera a Dios (v.18-21.61-62)* [11]*; la conversión (v.25.37.40.46)* [12]*; la vida sacramental (v.22-24.33-35)* [13]*; el amor al prójimo, aun al enemigo (v.26-27.38)* [14]*; la regla de oro de Mt 7,12, aplicada al poder de juzgar a otros (v.28-30)* [15]*; el valor salvador de la limosna (v.30-31)* [16]*; la minoridad y misericordia del que ejerce la autoridad (v.42-43)* [17]*; la simplicidad, la humildad y pureza (v.45)* [18]*; el servicio y sujeción a todos (v.47)* [19]*. La respuesta que así se logre nos introducirá en la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (v.48-53)* [20] *y terminará obligadamente en alabanza de la bondad de Dios (v.61-62)* [21].

Cabe también, según dice la Carta, *la negativa a la conversión (v.63), que priva al hombre de la luz verdadera y de la sabiduría espiritual, Jesucristo nuestro Señor (v.66-67), y que lo pierde para siempre (v.68-85).*

(Primera redacción) (= 1CtaF)

1. Los que hacen penitencia

¡En el nombre del Señor!

1 *Todos aquellos que aman al Señor con todo el corazón, con toda el alma y la mente y con todas sus fuerzas* (cf. Mc 12,30), y a sus
2 prójimos como a sí mismos (cf. Mt 22,39); y aborrecen sus

[4] 1C 7.
[5] Cf. 1R 22,41.
[6] Cf. 1R 23,1-4.
[7] Cf. 1R 23,3.
[8] Cf. 1R 9,5.
[9] Cf. 1R 23,5.
[10] Cf. 1R 23,5.
[11] Cf. 1R 17,18-20; 22,26.
[12] Cf. 1R 22,5-9.
[13] Cf. 1R 20.
[14] Cf. 1R 22,1-4.
[15] Cf. 1R 4,4.
[16] Cf. 1R 9,9.
[17] Cf. 1R 4,6; 5,9-11.
[18] Cf. 1R 17,15.
[19] Cf. 1R 7,2; 16,6.
[20] Cf. 1R 22,25-55.
[21] Cf. 1R 23,5-11.

cuerpos con sus vicios y pecados; y reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo; y hacen frutos dignos de penitencia; ¡oh, cuán dichosos y benditos son los hombres y mujeres que practican estas cosas y perseveran en ellas!

Porque *se posará sobre ellos el espíritu del Señor* (cf. Is 11,2) y hará en ellos habitación y morada (cf. Jn 14,23); y son hijos del Padre celestial (cf. Mt 5,45), cuyas obras realizan; y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 12,50).

Somos esposos cuando el alma fiel se une, por el Espíritu Santo, a nuestro Señor Jesucristo. Le somos hermanos cuando cumplimos *la voluntad del Padre, que está en los cielos* (Mt 12,50). Madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo (cf. 1Cor 6,20) por el amor divino y por una conciencia pura y sincera, y lo alumbramos por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros (cf. Mt 5,16).

¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande! ¡Oh, cuán santo es tener un tal esposo, consolador, hermoso y admirable! ¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano y un tal hijo, agradable, humilde, pacífico, dulce, amable y más que todas las cosas deseable, nuestro Señor Jesucristo! El que dio su vida por sus ovejas (cf. Jn 10,15) y oró así al Padre:

Padre santo, guarda en tu nombre (Jn 17,11) *a los que me diste en el mundo; tuyos eran y me los diste a mí* (Jn 17,6). *Y las palabras que me diste, a ellos se las di; y ellos las recibieron y creyeron verdaderamente que salí de ti y conocieron que tú me enviaste* (Jn 17,8). *Ruego por ellos y no por el mundo* (Jn 17,9). Bendícelos y *conságralos* (Jn 17,7); *también yo me consagro a mí mismo por ellos* (Jn 17,19). *No ruego solamente por ellos, sino por los que han de creer en mí por su palabra* (Jn 17,20), *para que sean consagrados en la unidad* (Jn 17,23), *como tambien nosotros* (Jn 17,11). *Y quiero, Padre, que donde yo estoy, tambien ellos estén conmigo, para que vean mi gloria* (Jn 17,24) *en tu reino* (Mt 20,21). Amén.

2. Los que no hacen penitencia

Pero, en cambio, aquellos y aquellas que no llevan vida en penitencia; ni reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo; y ponen por obra vicios y pecados; y caminan tras la mala concupiscencia y los malos deseos de su carne y no guardan lo que prometieron al Señor; y sirven corporalmente al mundo con los deseos carnales y con los afanes del siglo y con las preocupaciones de esta vida, / apresados por el diablo, cuyos hijos son y cuyas obras hacen (cf. Jn 8,41), son unos ciegos, / pues no ven a quien es la luz verdadera, nuestro Señor Jesucristo.

No tienen sabiduría espiritual, porque no tienen al Hijo

9 de Dios, que es la verdadera sabiduría del Padre. De ellos se
dice: *Su sabiduría ha sido devorada* (Sal 106,27); y: *Malditos los*
10 *que se apartan de sus mandamientos* (Sal 118,21). Ven y cono-
cen, saben y practican el mal, y a sabiendas pierden sus al-
mas.
11 Mirad, ciegos; estáis engañados por vuestros enemigos, la
carne, el mundo y el diablo, porque al cuerpo le es dulce
12 cometer el pecado, y amargo servir a Dios; pues todos los
vicios y pecados, *del corazón del hombre* salen y *proceden,* como
dice el Señor en el Evangelio (cf. Mc 7,21).
13-14 Y nada tenéis en este siglo ni en el futuro. Pensáis poseer
por mucho tiempo las vanidades de este siglo, pero estáis en-
gañados, porque vendrán el día y la hora que no recordáis,
desconocéis e ignoráis. Se enferma el cuerpo, se acerca la
muerte, y se muere así con muerte amarga.
15 Y donde sea, cuando sea y como sea que muere el hom-
bre en pecado mortal sin hacer penitencia y sin repararlo,
aun pudiendo hacerlo, el diablo arrebata el alma de su
cuerpo con tanta angustia y tribulación, que nadie las pue-
de conocer, sino el que las padece.
16 Y todos los talentos y el poder, y la ciencia y la sabiduría
que creían tener, les serán arrebatados (cf. Lc 8,18; Mc
4,25).
17 Y legan a los parientes y amigos su herencia; y éstos, to-
mándola y repartiéndosela, dicen luego: Maldita sea su
alma, pues pudo habernos dado y ganado más de lo que
ganó.
18 El cuerpo se lo comen los gusanos, y así perdieron cuerpo
y alma en este breve siglo, e irán al infierno, donde serán
atormentados sin fin.

19 A todos aquellos a quienes llegue esta carta, rogamos, en
la caridad que es Dios (cf. 1Jn 4,16), que acojan benigna-
mente con amor divino las sobredichas odoríferas palabras
20 de nuestro Señor Jesucristo. Y los que no saben leer, hágan-
21 selas leer con frecuencia; y reténganlas consigo con obras
santas hasta el fin, porque son *espíritu y vida* (Jn 6,64).
22 Y los que no hagan esto tendrán que dar *cuenta, en el día*
del juicio (cf. Mt 12,36), *ante el tribunal de* nuestro Señor *Jesu-*
cristo (cf. Rom 14,10).

(Segunda redacción) (=2CtaF)

En el nombre del Señor, Padre e Hijo
y Espíritu Santo. Amén.

1 A todos los cristianos, religiosos, clérigos y laicos, hom-
bres y mujeres; a cuantos habitan en el mundo entero, el

hermano Francisco, su siervo y súbdito: mis respetos con reverencia, paz verdadera del cielo y caridad sincera en el Señor.

2 Puesto que soy siervo de todos, a todos estoy obligado a servir y a suministrar las odoríferas palabras de mi Señor.
3 Por eso, recapacitando que no puedo visitaros personalmente a cada uno dada la enfermedad y debilidad de mi cuerpo, me he propuesto comunicaros, a través de esta carta y de mensajeros, las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que es el Verbo del Padre, y las palabras del Espíritu Santo, que *son espíritu y vida* (Jn 6,64).

1. La Palabra encarnada

4 Este Verbo del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el altísimo Padre del cielo por medio del santo ángel Gabriel, [fue enviado] al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibio la verdadera carne de
5 nuestra humanidad y fragilidad. Y, siendo El sobremanera rico (2Cor 8,9), quiso, junto con la bienaventurada Virgen,
6 su Madre, escoger en el mundo la pobreza. Y poco antes de la pasión celebró la Pascua con sus discípulos, y, tomando el pan, dio las gracias, pronunció la bendición y lo partió, di-
7 ciendo: *Tomad y comed, esto es mi cuerpo* (Mt 26,26). *Y, tomando el cáliz,* dijo: *Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada* por vosotros y *por todos para el perdón de los pecados*
8 (Mt 26,27). A continuación oró al Padre, diciendo: *Padre, si*
9 *es posible, que pase de mí este cáliz. Y sudó como gruesas gotas de*
10 *sangre que corrían hasta la tierra* (Lc 22,44). Puso, sin embargo, su voluntad en la voluntad del Padre, diciendo: *Padre, hágase tu voluntad* (Mt 26,42); *no se haga como yo quiero, sino como*
11 *quieres tú* (Mt 26,39). Y la voluntad de su Padre fue que su bendito y glorioso Hijo, a quien nos lo entregó y el cual nació por nuestro bien, se ofreciese a sí mismo como sacrificio y hostia, por medio de su propia sangre, en el altar de la
12 cruz; no para sí mismo, por quien todo fue hecho (cf. Jn
13 1,3), sino por nuestros pecados, / dejándonos ejemplo para
14 que sigamos sus huellas (cf. 1Pe 2,21). Y quiere que todos seamos salvos por El y que lo recibamos con un corazón puro
15 y con nuestro cuerpo casto. Pero son pocos los que quieren recibirlo y ser salvos por El, aunque *su yugo es suave,* y su *carga ligera* (cf. Mt 11,30).

16 Los que no quieren gustar *cuán suave es el Señor* (cf. Sal 33,9) y aman *más las tinieblas que la luz* (Jn 3,19), no que-
17 riendo cumplir los mandamientos del Señor, son malditos; y de ellos dice el profeta: *Malditos los que se apartan de tus man-*
18 *damientos* (Sal 118,21). En cambio, ¡oh, cuán dichosos y benditos son los que aman a Dios y obran como dice el Señor mismo en el Evangelio: *Amarás al Señor tu Dios con todo el*

corazón y con toda la mente, y a tu prójimo como a ti mismo! (Mt 22,37.39).

2. Los que hacen penitencia

Exhortaciones generales

19 Amemos, pues, a Dios y adorémoslo con puro corazón y
mente pura, porque esto es lo que sobre todo desea cuando
dice: *Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y*
20 *verdad* (Jn 4,23). Porque todos *los que lo adoran, es preciso que*
21 *lo adoren en espíritu* de verdad (cf. Jn 2,24). Y dirijámosle ala-
banzas y oraciones día y noche (Sal 31,4), diciendo: *Padre*
nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9), porque *es preciso oremos*
siempre y no desfallezcamos (Lc 18,1).
22 Debemos también confesar todos nuestros pecados al sa-
cerdote; y recibamos de él el cuerpo y la sangre de nuestro
23 Señor Jesucristo. Quien no come su carne y no bebe su san-
gre (cf. Jn 6,55.57), *no puede entrar en el reino de Dios* (Jn 3,5).
24 Pero cómalo y bébalo dignamente, porque quien lo recibe
indignamente, come y bebe su propia sentencia no reconociendo el
25 *cuerpo del Señor* (1Cor 11,29), es decir, sin discernirlo. Haga-
26 mos, además, *frutos dignos de penitencia* (Lc 3,8). Y amemos a
27 nuestros prójimos como a nosotros mismos (cf. Mt 22,39). Y
si alguno no quiere amarlos como a sí mismo, al menos no
les haga el mal, sino hágales el bien.
28 Mas los que han recibido la potestad de juzgar a otros,
ejerzan el juicio con misericordia, como ellos mismos desean
29 obtener misericordia del Señor. *Pues juicio sin misericordia*
30 *tendrán los que no hacen misericordia* (Sant 2,13). Tengamos,
por lo tanto, caridad y humildad; y hagamos limosna, por-
que ésta lava las almas de las manchas de los pecados (cf.
31 Tob 4,11; 12,9). Los hombres pierden todo lo que dejan en
este siglo; pero llevan consigo la recompensa de la caridad y
las limosnas que hicieron, por las que recibirán del Señor
premio y digna remuneración.
32 Debemos también ayunar y abstenernos de los vicios y
pecados (Eclo 3,32), y de la demasía en el comer y beber, y
33 ser católicos. Debemos también visitar con frecuencia las
iglesias y tener en veneración y reverencia a los clérigos, no
tanto por lo que son, en el caso de que sean pecadores, sino
por razón del oficio y de la administración del santísimo
cuerpo y sangre de Cristo, que sacrifican sobre el altar y re-
34 ciben y administran a otros. Y a nadie de nosotros quepa la
menor duda de que ninguno puede ser salvado sino por las
santas palabras y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, que
35 los clérigos pronuncian, proclaman y administran. Y sólo
ellos deben administrarlos y no otros.

A los religiosos

36 Y de manera especial los religiosos, que renunciaron al siglo, están obligados a hacer mas y mayores cosas, pero sin
37 omitir éstas. Debemos aborrecer nuestros cuerpos con sus vicios y pecados, porque dice el Señor en el Evangelio: todos los males, vicios y pecados *salen del corazón* (Mt 15,18-19; Mc
38 7,23). Debemos amar a nuestros enemigos y hacer el bien a
39 los que nos tienen odio (cf. Mt 5,44; Lc 6,27). Debemos guardar los preceptos y consejos de nuestro Señor Jesucristo.
40 Debemos, igualmente, negarnos a nosotros mismos (cf. Mt 16,24) y poner nuestros cuerpos bajo el yugo de la servidumbre y de la santa obediencia, según lo que cada uno
41 prometió al Señor. Y nadie esté obligado por obediencia a obedecer a alguien en lo que se comete delito o pecado.
42 Pero aquel a quien ha sido encomendada la obediencia [1] y que es tenido *por mayor, sea como el menor* (Lc 22,26) y siervo
43 de los otros hermanos. Y con cada uno de los hermanos practique y tenga la misericordia que quisiera que se tuviera
44 con él si estuviese en caso semejante. Tampoco se deje llevar de la ira contra el hermano por algún delito suyo, sino con toda paciencia y humildad amonéstelo y sopórtelo benignamente.
45 No debemos ser sabios y prudentes según la carne, sino,
46 más bien, sencillos, humildes y puros. Y hagamos de nuestros cuerpos objeto de oprobio y desprecio, porque todos por nuestra culpa somos miserables y podridos, hediondos y gusanos, como dice el Señor por el profeta: *Soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección de la plebe* (Sal 21,7).
47 Nunca debemos desear estar sobre otros, sino, más bien, debemos ser siervos y estar sujetos *a toda humana criatura por Dios* (1Pe 2,13).

Dichosos los que perseveran

48 Y sobre todos aquellos y aquellas que cumplan estas cosas y perseveren hasta el fin, *se posará el Espíritu del Señor* (Is
49 11,2) y hará en ellos habitación y morada (cf. Jn 14,23). Y serán hijos del Padre celestial (cf. Mt 5,45), cuyas obras realizan. Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor
50 Jesucristo (cf. Mt 12,50). Somos esposos cuando el alma fiel
51 se une, por el Espíritu Santo, a Jesucristo. Y hermanos somos
52 cuando cumplimos la voluntad del Padre, que está en el cielo
53 (cf. Mt 12,50); madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo (cf. 1Cor 6,20) por el amor y por una

[1] Se refiere al superior, que, por el ministerio de la autoridad que se le ha confiado, puede mandar por obediencia

conciencia pura y sincera; lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros (cf. Mt 5,16).

¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande! ¡Oh, cuán santo es tener un esposo consolador, hermoso y admirable! ¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano e hijo agradable, humilde, pacífico, dulce y amable y más que todas las cosas deseable! El cual dio su vida por sus ovejas (cf. Jn 10,15) y oró al Padre por nosotros, diciendo: *Padre santo, guarda en tu nombre a los que me diste* (Jn 17,11). Padre, todos *los que me diste en el mundo, tuyos eran y me los diste a mí* (Jn 17,6). *Y las palabras que me diste, a ellos se las di; y ellos las recibieron, y conocieron verdaderamente que de ti salí y creyeron que tú me enviaste* (Jn 17,8); *ruego por ellos y no por el mundo* (cf. Jn 17,9); bendícelos *y conságralos* (Jn 17,17). *Tambien yo me consagro por ellos, para que ellos sean consagrados* (Jn 17,19) *en la unidad, como nosotros somos uno* (Jn 17,11). *Y quiero, Padre, que donde yo estoy, tambien ellos esten conmigo, para que vean mi gloria* (Jn 17,24) *en tu reino* (Mt 20,21).

A quien tanto ha soportado por nosotros, tantos bienes nos ha traído y nos ha de traer en el futuro, toda criatura, del cielo, de la tierra, del mar y de los abismos, rinda como a Dios alabanza, gloria, honor y bendición (cf. Ap 5,13); porque El es nuestra fuerza y fortaleza, el solo bueno, el solo altísimo, el solo omnipotente, admirable, glorioso, y el solo santo, laudable y bendito por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

3. Los que no hacen penitencia

Pero, en cambio, todos aquellos que no llevan vida en penitencia ni reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo; y que ponen por obra vicios y pecados; y que caminan tras la mala concupiscencia y los malos deseos y no guardan lo que prometieron; y que sirven corporalmente al mundo con los deseos carnales, con los cuidados y afanes de este siglo y con las preocupaciones de esta vida, / engañados por el diablo, cuyos hijos son y cuyas obras hacen (cf. Jn 8,41), son unos ciegos, pues no ven a quien es la luz verdadera, nuestro Señor Jesucristo. No tienen sabiduría espiritual, porque no tienen en sí al Hijo de Dios, que es la verdadera sabiduría del Padre; de ellos se dice: *Su sabiduría ha sido devorada* (Sal 106,27). Ven, conocen, saben y practican el mal, y a sabiendas pierden sus almas.

Mirad, ciegos, engañados por nuestros enemigos, la carne, el mundo, el diablo, que al cuerpo le es dulce cometer pecado, y amargo servir a Dios, pues *todos los males,* vicios y pecados, *del corazón* del hombre salen y *proceden* (cf. Mc 7,21.23), como dice el Señor en el Evangelio. Y nada tenéis en este siglo ni en el futuro. Pensáis poseer por mucho

tiempo las vanidades de este siglo, pero estáis engañados, porque vendrán el día y la hora que no recordáis, desconocéis e ignoráis.

72 Se enferma el cuerpo, se acerca la muerte, vienen los parientes y amigos diciendo:

—Dispon de tus bienes.

73 Ved que su mujer, y sus hijos, y los parientes, y amigos
74 fingen llorar. Y, al mirarlos, los ve llorar, se siente movido por un mal impulso, y, pensándolo entre sí, dice:

—Pongo en vuestras manos mi alma, y mi cuerpo, y todas mis cosas.

75 Verdaderamente es maldito este hombre que en tales manos confía, y expone su alma, y su cuerpo, y todas sus
76 cosas; de ahí que diga el Señor por el profeta: *Maldito el hombre que confía en el hombre* (Jer 17,5).

77 Y en seguida hacen venir al sacerdote, y éste le dice:

—¿Quieres recibir la penitencia de todos tus pecados?

78 Responde:

—Lo quiero.

—¿Quieres satisfacer con tus bienes, en cuanto se pueda, los pecados cometidos y lo que defraudaste y engañaste a los demás?

79 Responde:

—No.

Y el sacerdote le dice:

—¿Por qué no?

80 —Porque todo lo he dejado en manos de los parientes y amigos.

81 Y comienza a perder el habla, y así muere aquel miserable.

82 Pero sepan todos que, donde sea y como sea que muere el hombre en pecado mortal sin haber satisfecho, aun habiendo podido hacerlo, el diablo arrebata el alma de su cuerpo con tanta angustia y tribulación, que nadie puede
83 conocer, sino el que la padece. Y todos los talentos, y el poder, y la ciencia, que creía tener (cf. Lc 8,18), *le serán arreba-*
84 *tados* (Mc 4,25). Y lega a sus parientes y amigos su herencia, y éstos se la llevarán, se la repartirán y dirán luego:

—Maldita sea su alma, pues pudo habernos dado y ganado más de lo que ganó.

85 El cuerpo se lo comen los gusanos. Y así pierde cuerpo y alma en este breve siglo, e irá al infierno, donde será atormentado sin fin.

Ruego final y bendición

86 En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

87 Yo, el hermano Francisco, vuestro menor siervo, os

ruego y suplico, en la caridad que es Dios (cf. Jn 4,16) y con el deseo de besaros los pies, que os sintáis obligados a acoger, poner por obra y guardar con humildad y amor estas pala-
88 bras y las demás de nuestro Señor Jesucristo. Y a todos aquellos y aquellas que las acojan benignamente, las entiendan y las envíen a otros para ejemplo, si *perseveran en ellas hasta el fin* (Mt 24,13), bendíganles el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

CARTA A LAS AUTORIDADES DE LOS PUEBLOS (= CtaA)

Compartir. Inmejorable palabra para definir a Francisco. Sus cartas son uno de los más decisivos testimonios de cómo supo hacerlo; de cómo, para él, vivir fue relacionarse, abrir cauce a la familiaridad [1], *en la que los demás eran siempre señores (v.3.6)* [2], *y él, pequeño siervo (v.1)* [3]. *Y Francisco, fundamental y entregadamente, compartía, sobre todo, su fe. En este escrito expone las ideas siguientes: la fe en la primacía absoluta que el Señor debe conseguir en la existencia, y que nada debe marginar (v.2-5); fe en la eucaristía, memorial de Cristo, cuya recepción aconseja (v.6)* [4]*; fe que debe hacerse alabanza y acción de gracias de todo el pueblo encomendado a las autoridades a las que dirige la carta (v.7). Temas ya conocidos y más de una vez tocados a lo largo de las cartas, y que se encuentran tambien en otros escritos, y, por ello, temas muy de Francisco, a los que tenía habituada su contemplación y a los que no lograba felizmente acostumbrar sus labios.*

La carta fue escrita, con toda probabilidad, después de su retorno de Oriente. Curioso detalle de la misma es esa especie de «almuédano cristiano», como lo llama un autor, que Francisco sugiere a los destinatarios de la carta como medio de recordar al pueblo el momento y la obligación de la alabanza a Dios. Su estancia en Oriente, de donde acababa de llegar, se lo pudo sugerir.

1 A todos los *podestà* y cónsules, jueces y regidores, en cualquier parte de la tierra, y a cuantos llegue esta carta, el hermano Francisco, vuestro siervo en el Señor Dios, pequeñuelo y despreciable, deseándoos a todos salud y paz.

2 Considerad y ved que el día de la muerte se acerca (cf.
3 Gén 47,29). Os ruego, pues, con la reverencia que puedo, que no echéis en olvido al Señor ni os apartéis de sus mandamientos a causa de los cuidados y preocupaciones de este siglo, porque todos aquellos que lo echan en olvido y *se apartan de sus mandamientos, son malditos,* y *serán echados por El al*

[1] 2R 8,7; 10,5.
[2] Cf. 2R 10,5; Test 8; CtaO 5; TC 58.
[3] Cf. 2CtaF 87; etc.; TC 57.
[4] Cf. 2CtaF 22.

4 *olvido* (cf. Ez 33,13). Y, cuando llegue el día de la muerte,
5 todo lo que creían tener les será arrebatado (cf. Lc 8,18). Y cuanto más sabios y poderosos hayan sido en este siglo, tanto mayores tormentos padecerán en el infierno.
6 Por ello, os aconsejo encarecidamente, señores míos, que, posponiendo toda preocupación y cuidado, hagáis penitencia verdadera y recibáis con grande humildad, en santa recordación suya, el santísimo cuerpo y la santísima sangre de
7 nuestro Señor Jesucristo. Y tributad al Señor tanto honor en el pueblo a vosotros encomendado, que todas las tardes, por medio de pregonero u otra señal, se anuncie que el pueblo entero rinda alabanzas y acciones de gracias al Señor Dios
8 omnipotente. Y sabed que, si no hacéis esto, tendréis que rendir *cuenta en el día del juicio* (cf. Mt 12,36), ante vuestro Señor Dios Jesucristo.
9 Los que retengan consigo y guarden este escrito, sepan que son benditos del Señor Dios.

CARTA A LOS CLERIGOS (= CtaCle)

Esta carta la escribía Francisco desde su fe en la eucaristía. Desde ella se explica. Viene a ser uno de los siete escritos que más ampliamente atestiguan esa fe [1]. *Es, por lo tanto, misterio central y frecuente de su contemplación y devoción* [2]. *Le obligó a ello su asidua meditación de las hazañas de Dios a lo largo de la historia de la salvación* [3]*; su fe, tan concreta y realista, en la encarnación* [4]*; y también, indudablemente, las herejías de aquel tiempo: entre ellas, la de los cátaros; la devoción crecida de entonces a la presencia real, proveniente de la Francia que hoy es Bélgica* [5]*; y, por supuesto, las intervenciones del concilio IV de Letrán y de Honorio III contra las herejías sobre la eucaristía y los abusos respecto de ella.*

Los años que van de 1220 a 1226 suelen indicarse como fecha de su composición. Se nos conservan dos redacciones de la misma, sin variaciones de importancia que subrayar.

La lectura de la carta nos regalará una serie de temas que encontraremos en otros escritos. Son los siguientes: la fe de Francisco en «el santísimo cuerpo y sangre de Cristo», que así llama habitualmente a la eucaristía, abarcando todo su misterio y su veneración del mismo (v.1) [6]*; su visión de la eucaristía como acción y acontecimiento, no sólo presencia, pues la hacen los nombres y palabras del Señor (v.1-2); la eucaristía*

[1] 1 y 2CtaCus; 2CtaF; CtaO; CtaA; Adm 1; Test.
[2] LP 108; 2C 201.
[3] Cf. 2CtaF 6-7.
[4] Cf. Adm 1.
[5] LP 108; 2C 201.
[6] Cf. 1CtaCus 2; 2CtaF 33; CtaO 12; Adm 1,9; Test 10.

como presencia: «nada tenemos ni vemos corporalmente en este mundo del Altísimo mismo, sino el cuerpo y sangre, los nombres y las palabras...» (v.3); su valor y necesidad para la salvación (v.3); y la responsabilidad de los que administran este misterio, y de la que responderán un día ante el Señor (v.9 y 14).

A Francisco lo vamos a sorprender repetidamente, a lo largo de sus escritos, con su fe siempre a punto de admiración y de asombro frente al misterio de la eucaristía. Pues desde ella descubría no sólo el don inimaginable que Dios nos hace de su Hijo [7]*, sino tambien la palabra, que la consagra, y la Iglesia, que la recibe y administra. Sólo, diríamos hoy, alrededor de una mesa familiar, donde el tema de conversación es la Palabra de Dios en Cristo, la eucaristía es presencia y don* [8].

1 Reparemos todos los clérigos en el gran pecado e ignorancia en que incurren algunos sobre el santísimo cuerpo y
sangre de nuestro Señor Jesucristo y sobre los sacratísimos nombres y sus palabras escritas que consagran el cuerpo.
2 Sabemos que no puede existir el cuerpo, si previamente
3 no ha sido consagrado por la palabra. Nada, en efecto, tenemos ni vemos corporalmente en este mundo del Altísimo mismo, sino el cuerpo y la sangre, los nombres y las palabras, por los que hemos sido hechos y redimidos *de la muerte a la vida* (1 Jn 3,14).
4 Pues bien, todos los que ejercen tan santísimos ministerios, especialmente los que los administran sin discernimiento, pongan su atención en cuán viles son los cálices, los corporales y los manteles en los que se sacrifica el cuerpo y la
5 sangre de nuestro Señor. Y hay muchos que lo abandonan en lugares indecorosos, lo llevan sin respeto, lo reciben in-
6 dignamente y lo administran sin discernimiento. A veces
7 hasta se pisan sus nombres y palabras escritas, / porque *el hombre animal no percibe las cosas que son de Dios* (1Cor 2,14).
8 ¿No nos mueven a piedad todas estas cosas cuando el piadoso Señor mismo se pone en nuestras manos y lo toca-
9 mos y lo recibimos todos los días en nuestra boca? ¿Es que ignoramos que hemos de ir a parar a sus manos?
10 Así, pues, enmendémonos cuanto antes y resueltamente
11 de todas estas cosas y de otras semejantes; y donde se encuentre colocado y abandonado indebidamente el santísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, retírese de allí y póngase
12 y custódiese en sitio precioso. De igual modo, los nombres y palabras escritas del Señor, donde se encuentren en lugares no limpios, recójanse y coloquense en sitio decoroso.
13 Y sabemos que todas estas cosas debemos guardarlas por encima de todo, según los mandamientos del Señor y las
14 prescripciones de la santa madre Iglesia. Y el que no haga

[7] 2CtaF 11-14.
[8] Cf. CtaO 30-33.

esto, sepa que tendrá que dar *cuenta en el día del juicio* (cf. Mt 12,36), ante nuestro Señor Jesucristo.

15 Sepan que son benditos del Señor Dios los que hicieren copias de este escrito, para que sea mejor guardado.

CARTA A TODA LA ORDEN (= CtaO)

«Nada de vosotros retengáis para vosotros mismos, para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega» (v.29). Estas palabras son uno de los posibles puntos de convergencia de las ideas principales de esta carta: porque Dios, siendo puro don en Cristo, se ha adelantado, porque Dios se ha definido *dándose —que a eso llama humildad San Francisco (v.26-29)* [1]*—, la bienaventuranza y obligada existencia del hermano menor será no reservarse nada (v.29)* [2]*. La eucaristía, viene a decir Francisco —es tema central de la carta—, no es nada si no se apura en la entrega.*

La carta encontró un secretario que acertó a trasladar el dictado de Francisco a un lenguaje escogido, fervoroso más de una vez, también elegante. El 1220 sería para algunos la fecha en que Francisco la dictó. Otros prefieren un margen mayor: los años que van de 1220 a 1223. La lectura de la carta deja traslucir una evolución en la primitiva fraternidad franciscana.

Francisco se detiene en su exhortación especialmente en los siguientes temas: su convicción aceptada y querida, tan entrañada, de su minoridad y ultimidad (v.3.39.47); la escucha y obediencia a la voz del Hijo de Dios, concretada, además, en la observancia de lo prometido al Señor (v.5-6.10.34); la veneración de la eucaristía, lugar y momento de la alianza del cielo y de la tierra (v.12-13), contemplada como verdadero sacrificio (v.14) [3] *y como sacramento que se come, toca y se reparte a los demás (v.17-22)* [4]*, y que es la expresión de la entrega increíble del Hijo de Dios, de su humildad, que eleva a inimaginable grandeza la dignidad sacerdotal (v.23-29), y que exige rebañar, desde la gracia, la vida entera de todo lo que no es entrega a Dios —pureza llama y ha llamado más de una vez a esto Francisco (v.14.51)* [5]*—; obliga también a la celebración de una sola misa diaria en cada lugar donde moran los hermanos, como defensa de la posible tentación de avaricia (v.30-36), igual que a la custodia de los vasos sagrados y de las sacras, que contienen las palabras de la consagración (v.34-37)* [6]*, que confeccionan el sacramento del altar (v.37)* [7] *Es la manera de Francisco de defender la entrega en pureza de*

[1] Cf. A1D 4; Adm 1,16.
[2] Cf. Adm 11,4; 18,2.
[3] Cf. 2CtaF 11-13.
[4] Cf. CtaCle 5.
[5] Cf. 2CtaF 14.19.
[6] Cf. CtaCle 1-2.
[7] Cf. CtaCle 2.

sus hermanos como respuesta a la entrega inefable de Dios. Entrega que urge a Francisco a confesar sus faltas (v.38-39); entrega a la que urge a sus hermanos, invitándoles a concretarla en la observancia de la Regla (v.40) y en la recitación del oficio (v.41). Ir por otro camino rompe la unidad con la Iglesia y con la fraternidad (v.44).

La oración que sigue a la carta vuelve a iluminar algunos de los temas desarrollados en ella: esa constante fe de Francisco de que la fuente de todo está en Dios (v.50) [8]*; la fe de que, por eso, sólo la pureza, la luz y el fuego del espíritu (v.51) hacen posible nuestro caminar tras las huellas del amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo (v.51), y así alcanzar, con sola la gracia, la meta, el Altísimo, Trinidad y Unidad (v.52).*

La carta y la oración dejan traslucir una apenas esbozada contemplación de la actitud fundamental del Hijo de Dios (v.4.7.18.26.27.46.51), su humildad-entrega-obediencia (v.27-29.46); a traves de ella se nos revela el Dios liberal al máximo, por ser el Dios humildad al máximo. Y no otro es el camino del hermano menor al que apremia Francisco.

1 En el nombre de la suma Trinidad y de la santa Unidad,
Padre, e Hijo, y Espíritu Santo. Amén.
2 A todos los reverendos y muy amados hermanos; al hermano A., su señor, ministro general de la Religión de los
hermanos menores, y a todos los demás ministros generales
que le sucederán; y a todos los ministros y custodios; y a los
sacerdotes de la misma fraternidad, humildes en Cristo; y a
todos los hermanos, sencillos y obedientes; a los primeros y a
3 los últimos: el hermano Francisco, hombre vil y caduco,
vuestro pequeñuelo siervo, os saluda en Aquel que nos re-
4 dimió y *nos lavó en su* preciosísima *sangre* (cf. Ap 1,5), / a
quien habéis de adorar con temor y reverencia *postrados en tierra* (cf. Esd 8,6) al escuchar su nombre; el Señor Jesucristo,
cuyo nombre es *Hijo del Altísimo* (cf. Lc 1,32), *el cual es bendito por los siglos* (Rom 1,25).

«Para esto os envió Dios al mundo»

5 Escuchad, señores hijos y hermanos míos, *y prestad aten-*
6 *ción a mis palabras* (Hch 2,14). *Inclinad el oído* (Is 55,3) de vues-
7 tro corazón y obedeced a la voz del Hijo de Dios. Guardad
sus mandamientos con todo vuestro corazón y cumplid sus
8 consejos perfectamente. *Alabadlo, porque es bueno* (Sal 135,1),
9 y *enaltecedlo en vuestras obras* (Tob 13,6); / pues para esto os ha
enviado al mundo entero, para que de palabra y de obra deis
testimonio de su voz y hagáis saber a todos que *no hay otro*
10 *omnipotente sino él* (cf. Tob 13,4). *Perseverad en la disciplina*
(Heb 12,7) y en la santa obediencia y cumplid lo que le pro-
11 metisteis con bueno y firme propósito. Como a hijos se nos
brinda el Señor Dios (Heb 12,7).

[8] 2CtaF 61-62.

Veneración del cuerpo del Señor

12 Así, pues, besándoos los pies y con la caridad que puedo, os suplico a todos vosotros, hermanos, que tributéis toda reverencia y todo honor, en fin, cuanto os sea posible, al
13 santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, / en quien todas las cosas que hay en cielos y tierra han sido pacificadas y reconciliadas con el Dios omnipotente (cf. Col 1,20).

Los hermanos sacerdotes

14 Ruego también en el Señor a todos mis hermanos sacerdotes que son, y serán, y a los que desean ser sacerdotes del Altísimo que, siempre que quieran celebrar la misa, ofrezcan purificados, con pureza y reverencia, el verdadero sacrificio del santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, con intención santa y limpia, y no por cosa alguna terrena ni por temor o amor de hombre alguno, como para agradar a
15 los hombres (cf. Ef 6,6; Col 3,22); / sino que toda voluntad, en cuanto puede con la ayuda de la gracia, se dirija a Dios, deseando con ello complacer al solo sumo Señor, porque úni-
16 camente El obra ahí como le place; / pues como El mismo dice: *Haced esto en conmemoración mía* (Lc 22,19; 1Cor 11,24) , si alguno lo hace de otro modo, se convierte en el traidor Judas y se hace *reo del cuerpo y la sangre del Señor* (cf. 1Cor 11,27).

17 Recordad, mis hermanos sacerdotes, lo que está escrito respecto de la ley de Moisés: si alguno la transgredía aun sólo materialmente, moría *sin misericordia alguna* por senten-
18 cia del Señor (cf. Heb 10,28). *¡Cuánto* mayores y *peores suplicios* merece padecer *quien pisotee al Hijo de Dios y tenga por impura la sangre de la alianza, en la que fue santificado, y ultraje*
19 *al espíritu de la gracia!* (Heb 10,29). Pues el hombre desprecia, mancha y conculca al Cordero de Dios cuando, como dice el Apóstol, *sin diferenciar* (1Cor 11,29) y discernir el santo pan de Cristo de otros alimentos o ritos [1], o bien lo come siendo indigno, o bien, aun cuando fuese digno, lo come de manera vana e indigna, siendo así que el Señor dice por el profeta: Maldito el hombre que hace la obra del Señor con hipocresía
20 (cf. Jer 48,10). Y a los sacerdotes que no quieren grabar de veras esto sobre el corazón, los condena, diciendo: *Maldeciré con vuestras bendiciones* (Mal 2,2).

[1] Traducimos «operibus» por «ritos». Pero tal vez pudiera pensarse en un descuido del copista, que introdujo un «vel» después de «operibus»; en este caso, la contraposición sería entre «vel operibus indignus vel, si esset dignus, vane et indigne manducat» (= «lo come siendo indigno por sus obras, o bien, aun cuando fuese digno, lo come de manera vana e indigna»).

21 Escuchad, hermanos míos: si la bienaventurada Virgen es
tan honrada, como es justo, porque lo llevó en su santísimo
seno; si el Bautista se estremece dichoso y no se atreve a
22 palpar la cabeza santa de Dios; si el sepulcro en que yació por
algún tiempo es venerado, ¡cuán santo, justo y digno debe
ser quien toca con las manos, toma con la boca y el corazón y
da a otros no a quien ha de morir, sino al que ha de vivir
eternamente y está glorificado y en quien *los ángeles desean
sumirse en contemplación!* (1Pe 1,2).
23 Considerad vuestra dignidad, hermanos sacerdotes, y sed
24 santos, porque El es santo (cf. Lev 19,2). Y así como os ha
honrado el Señor Dios, por razón de este ministerio, por en-
cima de todos, así también vosotros, por encima de todos,
25 amadle, reverenciadle y honradle. Miseria grande y misera-
ble flaqueza que, teniéndolo así presente, os podáis preocu-
26 par de cosa alguna de este mundo. ¡Tiemble el hombre todo
entero, estremézcase el mundo todo y exulte el cielo cuando
Cristo, el Hijo de Dios vivo, se encuentra sobre el altar en
27 manos del sacerdote! ¡Oh celsitud admirable y condescen-
dencia asombrosa! ¡Oh sublime humildad, oh humilde su-
blimidad: que el Señor del mundo universo, Dios e Hijo de
Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra
28 salvación, bajo una pequeña forma de pan! Mirad, herma-
nos, la humildad de Dios y *derramad ante El vuestros corazones*
(Sal 61,9); humillaos también vosotros, para ser enaltecidos
29 por El (cf. 1Pe 5,6; Sant 4,10). En conclusión: nada de voso-
tros retengáis para vosotros mismos a fin de que enteros os
reciba el que todo entero se os entrega.

La misa en la fraternidad

30 Amonesto por eso y exhorto en el Señor que, en los luga-
res en que habitan los hermanos, se celebre sólo una misa
31 cada día según la forma de la santa Iglesia. Y si hay en el
lugar más sacerdotes, conténtese cada uno, por el amor de la
32 caridad, con oír la celebración de otro sacerdote [2]; / porque el
Señor Jesucristo colma a los presentes y a los ausentes que de
33 El son dignos. El cual, aunque se vea que está en muchos
lugares, permanece, sin embargo, indivisible y no padece
menoscabo alguno, sino que, siendo único en todas partes,
obra según le place con el Señor Dios Padre y el Espíritu
Santo Paráclito por los siglos de los siglos. Amén.

[2] Francisco defiende con esta indicación la comunión fraterna entre sus hermanos. La eucaristía debe realizar lo que significa. Una única eucaristía porque es una sola la fraternidad de muchos. La recomendación de Francisco está sugerida de forma inmediata por el abuso, corriente en su tiempo, de multiplicar las misas privadas por afán de lucro.

Las palabras sagradas y objetos de culto

34 Y porque *quien* es de Dios *escucha las palabras de Dios* (cf. Jn 8,47), por eso, los que más especialmente estamos designados para los divinos oficios, debemos no sólo escuchar y hacer lo que dice Dios, sino también custodiar los vasos y los demás objetos que sirven para los oficios y que contienen las santas palabras, para que en nosotros vaya calando la celsitud de nuestro Creador y El vaya percibiendo nuestra sumi-
35 sión. Amonesto por eso a todos mis hermanos y les animo en Cristo a que, donde encuentren palabras divinas escritas,
36 las veneren como puedan, / y, por lo que a ellos toca, si no están bien colocadas o en algún lugar están desparramadas indecorosamente por el suelo, las recojan y las repongan en su sitio, honrando al Señor en las palabras que El pronun-
37 ció. Pues son muchas las cosas que se santifican por medio de las palabras de Dios (cf. 1Tim 4,5) y es en virtud de las palabras de Cristo como se realiza el sacramento del altar.

Confesión del hermano Francisco y exhortación a la fidelidad

38 Además, yo confieso todos los pecados al Señor Dios, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo; a la bienaventurada María, perpetua virgen, y a todos los santos del cielo y de la tierra; al hermano H., ministro de nuestra Religión, como a mi venerable señor, y a los sacerdotes de nuestra Orden y a todos
39 los otros mis hermanos benditos. En muchas cosas he caído por mi grave culpa, especialmente porque no guardé la Regla que prometí al Señor, ni dije el oficio según manda la Regla o por negligencia, o por mi enfermedad, o porque soy
40 ignorante e indocto. Así, pues, encarecidamente pido, como puedo, al hermano H., mi señor ministro general, que haga
41 que la Regla sea inviolablemente guardada por todos; y que los clérigos digan el oficio con devoción en la presencia de Dios, no poniendo su atención en la melodía de la voz, sino en la consonancia del alma, de manera que la voz sintonice
42 con el alma, y el alma sintonice con Dios [3], / para que puedan hacer propicio a Dios por la pureza del corazón y no busquen
43 halagar los oídos del pueblo por la sensualidad de la voz. Yo, pues, prometo guardar firmemente estas cosas, según la gracia que el Señor me dé para ello; y se las confiaré a los hermanos que están conmigo, para que las guarden en cuanto al
44 oficio y demás disposiciones regulares. Pero a los hermanos que no quieran guardar estas cosas, no los tengo por católicos ni por hermanos míos; tampoco quiero verlos ni hablar-

[3] San Benito decía: «Que el espíritu sintonice con la voz» (*Regla* 19,7).

45 les hasta que se arrepientan. Esto mismo digo de todos los
otros que, postergada la disciplina de la Regla, andan va-
46 gando, / porque nuestro Señor Jesucristo dio su vida por no
apartarse de la obediencia del santísimo Padre (cf. Flp 2,8).

Recomendación final

47 Yo, el hermano Francisco, hombre inútil y criatura in-
digna del Señor Dios, por el Señor Jesucristo digo al her-
mano H., ministro de toda nuestra Religión, y a todos los
ministros generales que lo serán después de él, y a los demás
custodios y guardianes de los hermanos, los que lo son y los
que lo serán, que este escrito lo tengan consigo, lo pongan
48 por obra y lo conserven cuidadosamente. Y les suplico que lo
que está escrito en él lo guarden solícitamente y lo hagan
observar con mayor diligencia, según el beneplácito de Dios
omnipotente, ahora y siempre, mientras exista este mundo.
49 *Benditos seáis del Señor* (Sal 113,13) los que hagáis estas
cosas y el Señor esté eternamente con vosotros. Amén.

Oración

50 Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, concé-
denos por ti mismo a nosotros, miserables, hacer lo que sa-
51 bemos que quieres y querer siempre lo que te agrada, / a fin
de que, interiormente purgados, iluminados interiormente y
encendidos por el fuego del Espíritu Santo, podamos seguir
52 las huellas de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, / y
llegar, por sola tu gracia, a ti, Altísimo, que en perfecta Tri-
nidad y en simple Unidad vives y reinas y estás revestido de
gloria, Dios omnipotente, por todos los siglos de los siglos.
Amén.

CARTAS A LOS CUSTODIOS

Las dos cartas a los custodios son un nuevo testimonio del «apostolado eucarístico» de Francisco y de su fe estremecida y celosa frente al acontecimiento de la presencia de Dios en Cristo en el sacramento de la eucaristía, que el hombre ignora o menosprecia, perdiéndose así la salvación.

Las escribiría Francisco hacia 1220. Sus destinatarios son todos los superiores de la Orden de los hermanos menores, a quienes todavía se denomina, genéricamente, «custodios».

La lectura de la primera carta acerca de nuevo nuestra fe a algunos de los temas señalados en la Carta a los clérigos: *la convicción de siempre de Francisco de no ser más que «vuestro siervo y pequeño en el Se-*

ñor» (v.1) [1]*; la actitud de humilde servicio hacia los clerigos (v.2)* [2]*; el respeto y veneración al cuerpo y sangre del Señor, a las palabras que lo consagran y a todo lo que se relaciona con la eucaristía (v.4-8)* [3]*; la certeza de la salvación por la participación en la eucaristía (v.9)* [4]*; la alabanza continua de todos al Dios omnipotente (v.8)* [5] *y, por fin, la idea de conservar, propagar o dar a conocer este escrito (v.12-15)* [6].

La segunda carta arranca de las mismas preocupaciones de fondo que la primera: son muy distintas las valoraciones que Dios hace y las que hacen los hombres (v.2-3); el celo por el cuerpo del Señor, que quiere hacerlo extensivo a obispos y clérigos (v.4); los hermanos han de hacer de las autoridades de los pueblos pregoneros de la alabanza de Dios (v.6-7).

Primera carta (= 1CtaCus)

1 A todos los custodios de los hermanos menores a quienes llegue esta carta, el hermano Francisco, vuestro siervo y pequeñuelo en el Señor: salud en las nuevas señales del cielo y de la tierra, que son grandes y muy excelentes ante Dios y que por muchos religiosos y otros hombres son consideradas insignificantes.

2 Os ruego, más encarecidamente que por mí mismo, que, cuando sea oportuno y os parezca que conviene, supliquéis humildemente a los clérigos que veneren, por encima de todo, el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo y los santos nombres y palabras escritas del Señor que 3 consagran el cuerpo; y que sean preciosos los cálices, corporales, ornamentos del altar y todo lo que sirve para el sacrificio.

4 Y si en algún lugar el santísimo cuerpo del Señor está colocado muy pobremente, sea puesto y custodiado, según el mandato de la Iglesia, en sitio precioso, y sea llevado con gran veneración y administrado a otros con discernimiento.

5 Y de igual modo, donde se encuentren los nombres y palabras escritas del Señor en lugares no limpios, recójanse y coloquense en sitio decoroso.

6 Y siempre que prediquéis, exhortad al pueblo a la penitencia, y decid que nadie puede salvarse, sino el que recibe el 7 santísimo cuerpo y sangre del Señor (cf. Jn 6,54); / y que, cuando el sacerdote ofrece el sacrificio sobre el altar y lo traslada a otro sitio, todos, arrodillándose, rindan alabanzas, 8 gloria y honor al Señor Dios vivo y verdadero. Y acerca de la alabanza de Dios, anunciad y predicad a todas las gentes que

[1] Cf. 2CtaF 86.
[2] Cf. 2CtaF 83; 1R 19,3;- Adm 26; etc.
[3] Cf. CtaCle; Test 11-12.
[4] Cf. CtaCle 3; 2CtaF 23-24.34; etc.
[5] Cf. CtaA 7.
[6] Cf. CtaCle 15; 1CtaCus 9; etc.

el pueblo entero, a toda hora y cuando suenan las campanas, tribute siempre alabanzas y acciones de gracias al Dios omnipotente en toda la tierra.

9 Y sepan que tienen la bendición del Señor Dios y la mía todos mis hermanos custodios que reciban este escrito, lo copien y lo guarden consigo, y hagan sacar copias para los hermanos que tienen el oficio de la predicación y el de la custodia de los hermanos, y prediquen hasta el fin todas las
10 cosas que se contienen en este escrito. Y todo esto, por verdadera y santa obediencia. Amén.

SEGUNDA CARTA (= 2CtaCus)

1 A todos los custodios de los hermanos menores a quienes llegue esta carta, el hermano Francisco, el menor de los siervos de Dios: salud y santa paz en el Señor.

2 Sabed que a los ojos de Dios hay algunas cosas muy altas y sublimes, que a veces son consideradas entre los hombres
3 como viles y bajas; y hay otras que son estimadas y respetables entre los hombres, pero que por Dios son tenidas como vilísimas y despreciables.

4 Os ruego cuanto puedo, ante nuestro Señor Dios, que aquella carta que trata del santísimo cuerpo y sangre de
5 nuestro Señor se la deis a los obispos y a otros clérigos / y que retengáis en la memoria lo que sobre esto os hemos recomendado.

6 De la otra carta que os envío para que se la deis a los *podestà*, cónsules y regidores, y en que se dice que se pregonen por pueblos y plazas las alabanzas de Dios, haced en se-
7 guida muchas copias / y repartidlas con mucha diligencia a los destinatarios.

CARTA A UN MINISTRO (= CtaM)

La carta está centrada y tiene su indudable punto de partida vital en el texto evangélico citado por Francisco: porque no necesitan médico los sanos, sino los enfermos [1]. *Era la experiencia de su conversión, según cuenta el testamento* [2] *Desde entonces, la misericordia del Señor* [3] *y la que desde ella se nos urge* [4] *llena sus páginas, como, al decir del salmista, la misericordia del Señor llena la tierra* [5]. *No cabe más centro y punto de arranque para entender esta carta que el amor gratuito y madrugador del misericordioso Salvador* [6]. *Sólo el acontecimiento de la mise-*

[1] Mt 9,12.
[2] Test 2.
[3] 1R 23,8.
[4] 2CtaF 28-29.
[5] Sal 33,5.
[6] A1D 6.

ricordia en la cruz hace posible y real nuestra misericordia. No hay, lo sabe Francisco con seguridad, otra fuente [7]

Su composición se coloca entre los capítulos de Pentecostés de los años 1218-21. El destinatario concreto de la carta no es posible determinarlo con certeza. Pudo ser, como quieren algunos, el hermano Elías. Las razones no son, sin embargo, del todo convincentes.

La lectura de la carta encontrará, alrededor del tema de la misericordia para con los hermanos que pecan (v.9-12.15), otros temas a que Francisco nos tiene acostumbrados. Los principales: todo es don y gracia (v.2) [8]*, lo que, consecuentemente, supone una postura de vacío absoluto y radical (v.2-8); única postura que puede abrir cauce al amor, constitutivamente gratuito (v.9-11)* [9]*, pues Dios en Cristo no ha sabido amarnos de otra forma* [10]*; la obediencia como entrega por los hermanos (v.9)* [11]*. el trato a los demás según lo que desearíamos para nosotros (v.15* = Mt 7,12) [12]*; y el consejo evangélico de no juzgar al pecador (v.15* = Mt 7,1) [13]*. sino de acogerlo en la misericordia que hemos recibido* [14]*, y que es tan insistentemente aconsejada por Francisco tanto a los ministros* [15] *como a los hermanos en general* [16]*. «Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor»* [17]*. Pocas veces habrá encontrado la misericordia que Cristo nos reveló e hizo presente al refugiarse El mismo en la misericordia del Padre* [18] *mejor lenguaje y más incitante invitación. Y es que Francisco era su obra* [19]*. Ella le condujo a tener misericordia de los leprosos* [20] *y ella le ungio el corazón de perdón y silencio ante la infidelidad de sus hermanos a la vida del santo Evangelio* [21]*, contexto existencial probable de la carta. No hay gracia mayor que la misericordia (v.9)* [22]*, porque tampoco hay pobreza más extrema y desnuda* [23] *Esto ha hecho que esta carta haya sido considerada como una de las obras maestras del realismo de todos los tiempos.*

1 Al hermano N., ministro:
El Señor te bendiga.

2 Te hablo, como mejor puedo, del caso de tu alma: todas las cosas que te estorban para amar al Señor Dios y cualquiera que te ponga estorbo, se trate de hermanos u otros, aunque lleguen a azotarte, debes considerarlo como gracia.

3-4 Y quiérelo así y no otra cosa. Y cúmplelo por verdadera obediencia al Señor Dios y a mí, pues sé firmemente que ésta es verdadera obediencia.

[7] ParPN 7-8.
[8] Cf. 1R 16; 11,1; 2R 5,1; CtaO 43.
[9] Cf. Adm 14.24 y 25; 1C 39.
[10] 1R 23,8; 2CtaF 11-14; 2C 133-34.
[11] Cf. Adm 3,7-11.
[12] Cf. 2CtaF 43; 1R 11,10; 2R 2,17; 3,10
[13] Cf. 2R 2,17; 3,10; 2CtaF 28.
[14] 1R 23,8.
[15] 2R 7,23; 1R 5,7-8; 2CtaF 43.
[16] 1R 4,4-5; 5,7-8; Adm 27,6.
[17] Cánt 10.
[18] OfP 3,1; 4,1; 12,7.10; 13,5; etc.
[19] 2C 123 y 133.
[20] Test 2.
[21] LP 106
[22] Cf. ParPN 8.
[23] Adm 11.14.18.

5-6 Y ama a los que esto te hacen. Y no pretendas de ellos
7 otra cosa, sino cuanto el Señor te dé. Y ámalos precisamente
8 en esto, y tú no exijas que sean cristianos mejores. Y que te valga esto más que vivir en un eremitorio.

9 Y en esto quiero conocer que amas al Señor y me amas a mí, siervo suyo y tuyo: si procedes así: que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti después de haber contemplado tus ojos sin
10 haber obtenido tu misericordia, si es que la busca. Y, si no
11 busca misericordia, pregúntale tú si la quiere. Y, si mil veces volviere a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí, para atraerlo al Señor; y compadécete siempre de los tales.
12 Y, cuando puedas, comunica a los guardianes que por tu parte estás resuelto a comportarte así.

13 Por lo demás, de todos aquellos capítulos de la Regla que hablan de pecados mortales, con la ayuda de Dios y el consejo de los hermanos, haremos uno solo de este género en el
r capítulo de Pentecostés:

14 Si alguno de los hermanos, por instigación del enemigo, peca mortalmente, esté obligado, por obediencia, a recurrir a su guardián.

15 Y ninguno de los hermanos que sepa que ha pecado lo abochorne ni lo critique, sino tenga para con él gran compasión y mantenga muy en secreto el pecado de su hermano, porque *no son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos* (Mt 9,12).

16 Asimismo, los hermanos están obligados, por obediencia,
17 a remitirlo con un compañero a su custodio. Y el custodio mismo provea con misericordia,-como querría que se hiciera con él en caso semejante.

18 Y si el hermano cae en otro pecado, venial, confiéselo a
19 un hermano suyo sacerdote. Y, si no hay allí sacerdote, confiéselo a un hermano suyo, hasta que tenga sacerdote que lo
20 absuelva canónicamente, como está dicho. Y estos hermanos no tengan en absoluto potestad de imponer ninguna otra penitencia que ésta: *Vete y no vuelvas a pecar* (cf. Jn 8,11).

21 Este escrito, para que mejor se guarde, tenlo contigo
22 hasta Pentecostés; allí estarás con tus hermanos. Y estas cosas, y todas las otras que se echan de menos en la Regla, las procuraréis completar con la ayuda del Señor Dios.

CARTA AL HERMANO LEON (= CtaL)

La carta es la expresión concreta de cómo quería Francisco que fuesen las relaciones de los hermanos: más que las de una madre con su hijo [1]. *Y así le escribe Francisco al hermano León: «Te hablo, hijo mío, como una madre».*

La carta es uno de los dos autógrafos que se nos conservan de Francisco. Imposible señalar la fecha en que fue escrita. Su mediolatín, medioitaliano, revela que el texto no ha sufrido retoque alguno. Conserva la frescura de lo acabado de decir y de lo espontáneo. Transpira confianza y cercanía cordial. Familiaridad, ha dicho Francisco para siempre [2]. *En el versículo 3 hay un cambio del singular al plural, volviendo de nuevo al singular en el versículo siguiente, lo que podría hacer pensar que León representaba a un grupo de hermanos. La opinión es sostenida por algunos.*

La brevedad de la carta no deja espacio para muchos temas, pero sí el suficiente para el blanco y centro del afán de Francisco y de la primitiva fraternidad franciscana: agradar al Señor (v.3) [3] *y seguir sus huellas y pobreza (v.3)* [4] *en su ambiente de libertad, de acogedora ayuda fraterna y de sometimiento absoluto a la acción de Dios que bendice* [5].

1 Hermano León, tu hermano Francisco: salud y paz.

2 Te hablo, hijo mío, como una madre. En esta palabra dispongo y te aconsejo abreviadamente todas las que hemos dicho en el camino; y si después tienes necesidad de venir a mí en busca de consejo, mi consejo es éste:

3 Compórtate, con la bendición de Dios y mi obediencia, como mejor te parezca que agradas al Señor Dios y sigues sus huellas y pobreza.

4 Y si te es necesario para tu alma por motivo de otro consuelo y quieres venir a mí, ven, León.

CARTA A SAN ANTONIO (= CtaAnt)

Según Tomás de Celano, Francisco, «al escribir una vez al bienaventurado Antonio, hizo poner este encabezamiento a su carta: Al hermano Antonio, mi obispo» [1] *Es casi seguro que es ésta la carta a la que se refiere el primer biógrafo de Francisco.*

La carta la escribiría Francisco entre los años 1223-24, pues en ella se alude a la Regla bulada, promulgada el 29 de noviembre de 1223.

[1] 2R 6,8.
[2] 2R 6,7; 10,5.
[3] Cf. 1R 16,7-8; 22,9; 23,5-6.9; etc.
[4] Cf. 1R 1,1; 9,1; 22,2; 2R 12,4; UltVol 1.
[5] 1R 2,14; 5,17; 8,9; 21,1; 2R 2,17; 3,7; Test 26.
[1] 2C 163.

La carta sale al paso de la situación de la fraternidad primitiva, sencilla e idiota, sin letras [2], *enfrentada, al correr el tiempo, con la necesidad del estudio para la predicación, que diversas circunstancias hacían cada vez más exigente: la herejía cátara, la entrada de hermanos con estudios en la fraternidad y otras. Francisco acepta, según se desprende de la carta, los hechos y la necesidad del estudio; le hace sitio a este en la medida en que salve la preocupación fundamental del hermano menor: «el espíritu de la santa oración y devoción, a cuyo servicio deben estar las demás cosas temporales». Así decía la Regla* [3], *cuyas palabras cita la carta. Y por ahí podría ir una lectura de esta carta, que apunta apretadamente a uno de los temas y de las opciones fundamentales de Francisco: la devoción, la acogida constante del amor de Dios, del Espíritu del Señor* [4] *inseparable, por lo demás, de la urgencia de la operación, pues «tanto sabe el hombre cuanto ejecuta»* [5] *o «vale más dar que leer»* [6]. *Sintonía perfecta con la palabra evangélica: «dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen»* [7].

1 Al hermano Antonio, mi obispo, el hermano Francisco: salud.

2 Me agrada que enseñes la sagrada teología a los hermanos, a condición de que, por razón de este estudio, no apagues el espíritu de la oración y devoción, como se contiene en la Regla.

Test 9.
[2] 2R 5,2.
[3] Cf. 1R 17,14-16; 2R 10,8-12.
[4] EP 4.
[5] LP 93; 2C 91.
[6] Lc 11,28; cf. Lc 8,21; Mt 7,24 y Sant 1,22.

AVISOS ESPIRITUALES

Además de las veintiocho Admoniciones, así llamadas tradicionalmente, comprenden también, como complemento, la doctrina sobre la «verdadera y perfecta alegría». Vienen a ser como normas de gran penetración psicológica para el discernimiento de espíritus; enseñan a no contentarse con el nombre de pobres y humildes o con ciertas prácticas ritualizadas de virtud, sino a ser *verdaderamente* pobres de espíritu, puros de corazón, sencillos, obedientes; es decir, a ser hermanos menores *en espíritu* y *en verdad*. Son fruto maduro de la experiencia pastoral de San Francisco en el trato con sus hermanos.

Admoniciones.
La verdadera y perfecta alegría.

ADMONICIONES (= Adm)

Estas «palabras de amonestación», algunas de las cuales —las últimas— revisten la forma de bienaventuranzas, son quizás de las que más y mejor delatan e identifican a Francisco en lo que era y es buena definición suya: hermano y pobre. Son, en su aparente anonimato, palabras biográficas tanto de su propia existencia como de la primitiva fraternidad. De ahí arrancan. Cumplen una de las tareas del hermano para con su hermano: exhortarle [1]. *Y son, además, la explicación de la tarea fundamental del hermano menor: la personal fraternidad y pobreza en seguimiento de Cristo* [2] *y en escucha fiel de su Evangelio* [3].

Nada hay cierto sobre los años de su composición. Tampoco es posible señalar con certeza las circunstancias que las motivaron o en que se escribieron, ni su naturaleza: amonestaciones capitulares o, en opinión de Sabatier, fragmentos que quedaron fuera del proyecto de la Regla como ampliaciones superfluas o como cláusulas no aptas para una regla.

Podían resumir el contenido de las Admoniciones, *al mismo tiempo que servir de ayuda o hilo conductor de su lectura, estas palabras de la Adm 5, que, a la vez, nos ofrecen la clave para entenderlas en profundidad evangélica: «Por el contrario, es en esto en lo que podemos gloriarnos: en nuestras flaquezas* [4] *y en llevar diariamente la santa cruz de nuestro Señor Jesucristo* [5]*». Dos ejes, pues, centran las ideas:*

[1] 1R 4,1-4.
[2] Adm 1 y 6.
[3] Cf Adm 1.3.4.6.9.15.16.19.22.
[4] Cf. 2Cor 12,5.
[5] Cf. Lc 14,27.

1° Jesucristo en su entrega.—*Es la entraña de su vida, es su sabiduría* [6], *es su suficiencia* [7] *El lo resume todo en este escrito y ata los hilos todos de su reflexión. Punto de partida incuestionable de toda su aventura hacia el Dios inaccesible lo es precisamente desde la cercanía de su carne humana o eucarística* [8]. *El es la inspiración desde la palabra evangélica* [9], *es el buen pastor que abre senda y camino* [10]. *Todo el escrito lo deja adivinar y lo señala. Aquí, como siempre, es el Señor Jesucristo* [11].

2° Nuestra gloria, las debilidades y la cruz de Cristo.—*El que «diariamente se humilla»* [12] *impone afán y camino. Seguirle va a ser la tarea que impondrán las* Admoniciones. *Seguirle por el camino que inevitablemente dará en la debilidad y en la cruz. Las* Admoniciones *—cantar de los cantares de la pobreza se las ha llamado— son el comentario plural de la única pobreza, desapropiación frente «al que dice y hace todo bien»* [13] *y frente al hermano* [14]. *Pobreza que a lo largo de las veintiocho admoniciones será expresada de las formas siguientes: desapropiación de la voluntad propia y de los cargos* [15]*; no presumir del bien que Dios dice y hace en nosotros o por nosotros* [16]*; abandono de la propia voluntad* [17]*; perder el cuerpo* [18]*; obediencia* [19]*; no presumir de la prelacía o no turbarse cuando nos la quitan* [20]*; no recibir gloria y honor* [21]*; no leer interesada y curiosamente la palabra de Dios* [22]*; no atribuirse la ciencia* [23]*; no envidiar el bien que el Señor dice y hace en el hermano* [24]*; no irritarse por el pecado de los otros* [25]*; no retener nada para sí* [26]*; no envanecerse del bien que el Señor hace por medio nuestro* [27]*, paciencia* [28]*; humildad* [29]*; no escandalizarse* [30]*; no perder la paz* [31]*; odiarse a sí mismo* [32]*; amar a los que nos abofetean* [33]*; despreciar lo terreno y amar lo celestial* [34]*; sufrir al prójimo en su debilidad* [35]*; restituir todos los bienes al Señor Dios* [36]*; desear estar a los pies de los demás* [37]*; ocultar los dones del Señor para no envanecerse de ellos* [38]

Así se figuraba Francisco la forma de ser justo y honesto con Dios y con los demás. La pobreza evangélica, en el indudable misterio que no llegaba a expresar, era al fin respeto sobre todo. Nada más que adoración. O amor, que viene a ser lo mismo. Francisco nos ha ayudado así a releer páginas fundamentales del Evangelio. Por ejemplo, el evangelio de

[6] 2C 105.
[7] 1R 23,5.
[8] Adm 1.5.6; 2CtaF 23-25; CtaO 26-29.
[9] Adm 1.3.4.6.9.15.16.19.22; 2CtaF 3-4.
[10] Adm 6; 1R 22, 32.
[11] Adm 1.5.6; cf.2CtaF 2-3; CtaO 4.
[12] Adm 1,16; CtaO 27.
[13] Adm 2.8.12.17.20.21.28; 1R 17,6.
[14] Adm 2.3.4.7.8.9.11.13.14.17.18.19.20 21.22.23.24.25.26.
[15] Adm 2,3.3; 1R 17,4-8.
[16] Adm 2,3.17; 1R 17,4-8.
[17] Adm 3; 1R 4,3.
[18] Adm 3.
[19] Adm 3.
[20] Adm 4; 1R 17,6-8.
[21] Adm 6.7; 1R 17,9-16.
[22] Adm 7; 2R 10,7-8.
[23] Adm 7; 2R 10,7.
[24] Adm 8; 1R 11,3; 17,6.17.
[25] Adm 11; 1R 5,7-8.
[26] Adm 11; 1R 5,4; 11,4.
[27] Adm 12; 1R 17.7.
[28] Adm 13; 2R 10,10.
[29] Adm 13; SalVir 2.12.
[30] Adm 15.
[31] Adm 14; 1R 14,9-16.
[32] Adm 14; 1R 22,5.
[33] Adm 14.
[34] Adm 16; 1R 17,16, 22,26; 2R 10,8; 2CtaF 19.
[35] Adm 18; 1R 5,7-8.
[36] Adm 18; 1R 10,2; 17,17.
[37] Adm 19; 1R 6,3; 2CtaF 47.
[38] Adm 21 y 28; 1R 17,9-2.

la fe desde la humanidad del Hijo: Jn 14,6-9 = Adm 1. Y el evangelio de la bienaventuranza del Reino, que, siendo el espacio libre para desposeídos, con el centro y el eje de su vida sólo en Dios y en los hermanos, es la lectura paralela imprescindible de las restantes admoniciones: Mt 5,7 = Adm 2-28.

1. El cuerpo del Señor

Dice el Señor Jesús a sus discípulos: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie llega al Padre sino por mí.* Si me conocierais a mí, conoceríais, por cierto, también a mi Padre; *y desde ahora lo conoceréis y lo habeis visto. Felipe le dice: Señor, muestranos al Padre y nos basta. Le dice Jesús: Tanto tiempo llevo con vosotros, ¿y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también a mi Padre* (Jn 14,6-9).

El Padre habita *en una luz inaccesible* (cf. 1 Tim 6,16), y *Dios es espíritu* (Jn 4,24), y *a Dios nadie lo ha visto jamás* (Jn 1,18). Y no puede ser visto sino en el espíritu, *porque el espíritu es el que vivifica; la carne no es de provecho en absoluto* (Jn 6,63). Ni siquiera el Hijo es visto por nadie en lo que es igual al Padre, de forma distinta que el Padre, de forma distinta que el Espíritu Santo.

Por eso, todos los que vieron según la humanidad al Señor Jesús y no lo vieron ni creyeron, según el espíritu y la divinidad, que El era el verdadero Hijo de Dios, quedaron condenados; del mismo modo ahora, todos los que ven el sacramento, que se consagra por las palabras del Señor sobre el altar por manos del sacerdote en forma de pan y vino, y no ven ni creen, según el espíritu y la divinidad, que es verdaderamente el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, están condenados, / como atestigua el Altísimo mismo, que dice: *Esto es mi cuerpo y la sangre* de mi *nuevo testamento, que será derramada por muchos* (Mc 14,22.24); y: *Quien come* mi carne y *bebe* mi sangre, *tiene vida eterna* (cf. Jn 6,55).

Así, pues, es el espíritu del Señor, que habita en sus fieles, el que recibe el santísimo cuerpo y sangre del Señor. Todos los otros, que no participan de ese mismo Espíritu y presumen recibirlo, se comen y beben su sentencia (cf. 1Cor 11,29).

Por eso, *¡oh hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón?* (Sal 4,3). ¿Por qué no reconocéis la verdad y creéis en el Hijo de Dios? (cf. Jn 9,35). Ved que diariamente se humilla (cf. Flp 2,8), como cuando desde el trono real (Sab 18,15) descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros El mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote. Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así

también ahora se nos muestra a nosotros en el pan consa-
20 grado. Y lo mismo que ellos con la vista corporal veían solamente su carne, pero con los ojos que contemplan espiri-
21 tualmente creían que El era Dios, / así también nosotros, al ver con los ojos corporales el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es su santísimo cuerpo y sangre vivo y verdadero.

22 Y de esta manera está siempre el Señor con sus fieles, como El mismo dice: *Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo* (cf. Mt 28,20).

2. El mal de la voluntad propia

1 Dijo el Señor a Adán: *De todo árbol puedes comer, pero no comas del árbol del bien y del mal* (cf. Gén 2,16-17).

2 Podía comer de todo árbol del paraíso, porque no come-
3 tió pecado mientras no contravino la obediencia. Come, en efecto, del árbol de la ciencia del bien el que se apropia para sí su voluntad y se enaltece de lo bueno que el Señor dice o
4 hace en él; y de esta manera, por la sugestión del diablo y por la transgresión del mandamiento, lo que comió se con-
5 virtió en fruto de la ciencia del mal. Por eso es preciso que cargue con el castigo.

3. La verdadera obediencia

1 Dice el Señor en el Evangelio: *Quien no renuncie a todo lo que posee, no puede ser discípulo mío* (Lc 14,33); y: *Quien quiera poner a salvo su vida, la perderá* (Lc 9,24).

3 Abandona todo lo que posee y pierde su cuerpo aquel que se entrega a sí mismo totalmente a la obediencia en ma-
4 nos de su prelado. Y todo cuanto hace y dice, si sabe que no está contra la voluntad del prelado y mientras sea bueno lo que hace, constituye verdadera obediencia.

5 Y si alguna vez el súbdito ve que algo es mejor y de más provecho para su alma que lo que le manda el prelado, sacrifique lo suyo voluntariamente a Dios y procure, en cambio,
6 poner por obra lo que le manda el prelado. Pues ésta es la obediencia caritativa (cf. 1Pe 1,22), porque cumple con Dios y con el prójimo.

7 Pero, si el prelado le manda algo que está contra su alma,
8 aunque no le obedezca, no por eso lo abandone. Y si por ello ha de soportar persecución por parte de algunos, ámelos más
9 por Dios. Porque quien prefiere padecer la persecución antes que separarse de sus hermanos, se mantiene verdaderamente en la obediencia perfecta, ya que entrega su alma (cf. Jn 15,13) por sus hermanos.

10 Pues hay muchos religiosos que, so pretexto de que ven cosas mejores que las que mandan sus prelados, miran atrás (cf. Lc 9,62) y tornan al vómito de la voluntad propia (cf.
11 Prov 26,11; 2Pe 2,22); éstos son homicidas, y, a causa de sus malos ejemplos, hacen perderse a muchas almas.

4. Nadie se apropie la prelacía

1 No vine *a ser servido, sino a servir* (cf. Mt 20,28), dice el Señor.

2 Los que han sido constituidos sobre otros, gloríense de tal prelacía tanto como si estuviesen encargados del oficio de
3 lavar los pies a los hermanos. Y cuanto más se alteren por quitárseles la prelacía que el oficio de lavar los pies, tanto más atesoran en sus bolsas para peligro del alma (cf. Jn 12,6).

5. Nadie se enorgullezca, sino gloríese en la cruz del Señor

1 Repara, ¡oh hombre!, en cuán grande excelencia te ha constituido el Señor Dios, pues te creó y formó a imagen de su querido Hijo según el cuerpo y a su semejanza según el
2 espíritu (cf. Gén 1,26). Y todas las criaturas que están bajo el cielo sirven, conocen y obedecen, a su modo, a su Creador
3 mejor que tú. Y aun los mismos demonios no fueron los que le crucificaron, sino fuiste tú el que con ellos le crucificaste, y
4 todavía le crucificas al deleitarte en vicios y pecados. ¿De qué, pues, puedes gloriarte?

5 Pues, aunque fueses tan agudo y sabio que tuvieses toda la ciencia (cf. 1Cor 13,2) y supieses interpretar toda clase de lenguas (cf. 1Cor 12,28) y escudriñar agudamente las cosas celestiales, no puedes gloriarte de ninguna de estas cosas;
6 pues un solo demonio sabía de las cosas celestiales, y sabe ahora de las terrenas más que todos los hombres, aunque hubiera alguno que recibiera del Señor un conocimiento especial de la suma sabiduría.

7 Asimismo, aunque fueses el más hermoso y rico de todos y aunque hicieses tales maravillas que pusieses en fuga a los demonios, todas estas cosas te son perjudiciales, y nada de ello te pertenece y de ninguna de ellas te puedes gloriar.

8 Por el contrario, es en esto en lo que podemos gloriarnos: en nuestras flaquezas (cf. 2Cor 12,5) y en llevar a cuestas diariamente la santa cruz de nuestro Señor Jesucristo (cf. Lc 14,27).

6. Imitación del Señor

1 Reparemos todos los hermanos en el buen Pastor, que
por salvar a sus ovejas soportó la pasión de la cruz.
2 Las ovejas del Señor le siguieron en la tribulación y la
persecución, en el sonrojo y el hambre, en la debilidad y la
tentación, y en todo lo demás; y por ello recibieron del Señor
la vida sempiterna.
3 Por eso es grandemente vergonzoso para nosotros los
siervos de Dios que los santos hicieron las obras, y nosotros,
con narrarlas, queremos recibir gloria y honor.

7. Al saber siga el bien obrar

1 Dice el Apóstol: *La letra mata, pero el espíritu vivifica*
(2Cor 3,6).
2 Son matados por la letra los que únicamente desean sa-
ber las solas palabras, para ser tenidos por más sabios entre
los otros y poder adquirir grandes riquezas que legar a sus
consanguíneos y amigos.
3 También son matados por la letra los religiosos que no
quieren seguir el espíritu de las divinas letras, sino prefieren
saber sólo las palabras e interpretarlas para otros.
4 Y son vivificados por el espíritu de las divinas letras quie-
nes no apropian al cuerpo toda la letra que saben y desean
saber, sino que con la palabra y el ejemplo se la restituyen al
altísimo Señor Dios, de quien es todo bien.

8. Evítese el pecado de envidia

1 Dice el Apóstol: *Nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino en*
2 *el Espíritu Santo* (cf. 1Cor 12,3); y: *No hay quien haga el bien, no*
hay ni uno solo (Rom 3,12).
3 Por lo tanto, todo el que envidia a su hermano por el
bien que el Señor dice o hace en él, incurre en un pecado de
blasfemia, porque envidia al Altísimo mismo (cf. Mt 20,15),
que es quien dice y hace todo bien.

9. El amor

1 Dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los*
que os odian y orad por los que os persiguen y calumnian (Mt
5,44).
2 Así, pues, ama de veras a su enemigo el que no se duele
3 de la injuria que se le hace, sino que por el amor de Dios se
4 requema por el pecado que hay en su alma. Y muéstrele su
amor con obras.

10 Sujeción del cuerpo

1 Hay muchos que, al pecar o al recibir una injuria, echan
frecuentemente la culpa al enemigo o al prójimo.
2 Pero no es así; porque cada uno tiene en su dominio al
enemigo, o sea, al cuerpo, mediante el cual peca.
3 Por eso, dichoso aquel siervo que a tal enemigo, entre-
gado a su dominio, lo mantiene siempre cautivo y se de-
4 fiende sabiamente de él; porque, mientras hiciere esto, nin-
gún otro enemigo visible o invisible le podrá dañar.

11. Actitud ante el pecado ajeno

1 Nada debe disgustar al siervo de Dios fuera del pecado.
2 Y sea cual fuere el pecado que una persona cometa, si el
siervo de Dios se altera o se enoja por ello, y no movido por
la caridad, atesora culpas (cf. Rom 2,5).
3 El siervo de Dios que no se enoja ni se turba por cosa
alguna, vive, en verdad, sin nada propio.
4 Y dichoso es quien nada retiene para sí, restituyendo *al
cesar lo que es del cesar, y a Dios lo que es de Dios* (Mt 22,21).

12. Cómo conocer el espíritu del Señor

1 Así puede conocerse si el siervo de Dios tiene el espíritu
2 del Señor: si, cuando el Señor obra por medio de él algo
bueno, no por ello se enaltece su carne, pues siempre es
3 opuesta a todo lo bueno, / sino, más bien, se considera a sus
ojos más vil y se estima menor que todos los otros hombres.

13. La paciencia

1 *Dichosos los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios* (Mt
5,9).
2 El siervo de Dios no puede saber cuánta paciencia y hu-
3 mildad posee mientras todo le vaya a su gusto. Mas cuanta
paciencia y humildad muestra el día en que le contrarían
quienes debieran complacerle, tanta tiene y no más.

14. La pobreza de espíritu

1 *Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los
cielos* (Mt 5,3).
2 Hay muchos que permanecen constantes en la oración y
en los divinos oficios y hacen muchas abstinencias y mortifi-

3 caciones corporales, pero por sola una palabra que parece ser
injuriosa para sus cuerpos o por cualquier cosa que se les
4 quite, se escandalizan y en seguida se alteran. Estos tales no
son pobres de espíritu; porque quien es de verdad pobre de
espíritu, se odia a sí mismo y ama a los que le golpeen en la
mejilla (cf. Mt 5,39).

15. La paz

1 *Dichosos los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios* (Mt
5,9).
2 Son verdaderamente pacíficos aquellos que, en medio de
todas las cosas que padecen en este siglo, conservan, por el
amor de nuestro Señor Jesucristo, la paz de alma y cuerpo.

16. La limpieza de corazón

1 *Dichosos los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt
5,8).
2 Son verdaderamente de corazón limpio los que desprecian lo terreno, buscan lo celestial y nunca dejan de adorar y contemplar al Señor Dios vivo y verdadero con corazón y ánimo limpio.

17. El siervo de Dios humilde

1 Dichoso aquel siervo que no se enaltece más por el bien
que el Señor dice y obra por su medio, que por el que dice y
obra por medio de otro.
2 Comete pecado quien prefiere recibir de su prójimo,
mientras él no quiere dar de sí al Señor Dios.

18. Compasión y pobreza interior

1 Dichoso el que soporta a su prójimo en su fragilidad como
querría que se le soportara a él si estuviese en caso semejante.
2 Dichoso el siervo que restituye todos los bienes al Señor
Dios, porque quien se reserva algo para sí, *esconde* en sí
mismo *el dinero de su Señor Dios* (cf. Mt 25,18), y *lo que creía tener se le quitará* (Lc 8,18).

19. El prelado humilde

1 Dichoso el siervo que no se tiene por mejor cuando es
engrandecido y enaltecido por los hombres que cuando es

tenido por vil, simple y despreciable, / porque cuanto es el hombre ante Dios, tanto es y no más.

¡Ay de aquel religioso que ha sido colocado en lo alto por los otros y no quiere abajarse por su voluntad!

Y dichoso aquel siervo que no es colocado en lo alto por su voluntad y desea estar siempre a los pies de otros.

20. La alegría espiritual y la vana

Dichoso aquel religioso que no tiene placer y alegría sino en las santísimas palabras y obras del Señor, / y con ellas incita a los hombres al amor de Dios en gozo y alegría (cf. Sal 50,10).

¡Ay de aquel religioso que se deleita en palabras ociosas y vanas y con ellas incita a los hombres a la risa!

21. No se busque la recompensa humana

Dichoso el siervo que, cuando habla, no descubre todas sus cosas con la mira en la recompensa [1] y no incurre en ligereza al hablar (cf. Prov 29,20), sino que prepara sabiamente lo que ha de decir y responder.

¡Ay de aquel religioso que no retiene en su corazón los favores que el Señor le manifiesta y, en vez de darlos a conocer a los demás por las obras, prefiere manifestarlos a los hombres por medio de palabras con la mira en la recompensa. Este tal recibe su recompensa (cf. Mt 6,2; 6,16), y poco fruto cosechan los que le oyen.

22. La humildad en la corrección

Dichoso el siervo capaz de soportar con igual paciencia la instrucción, acusación y reprensión que le viene de otro como si se la hiciera él mismo.

Dichoso el siervo que, al ser reprendido, acata benignamente, se somete con modestia, confiesa humildemente y expía de buen grado.

Dichoso el siervo que no tiene prisa para excusarse y soporta humildemente el sonrojo y la reprensión por un pecado en el que no tiene culpa.

23. Más sobre la humildad

Dichoso el siervo que es hallado tan humilde entre sus subditos como lo sería si se encontrase entre sus señores.

[1] Tal vez sea posible otra lectura: «Dichoso... *con el pretexto de que son una merced.*»

2 Dichoso el siervo que siempre se mantiene bajo la vara de la corrección.
3 Es siervo fiel y prudente (cf. Mt 24,45) el que en ninguna caída tarda en reprenderse interiormente por la contrición, y exteriormente por la confesión y la satisfacción de obra.

24. El amor verdadero

Dichoso el siervo que ama tanto a su hermano cuando está enfermo y no puede corresponderle como cuando está sano y puede corresponderle.

25. Más sobre el amor

Dichoso el siervo que tanto ama y respeta a su hermano cuando está lejos de él como cuando está con él, y no dice a sus espaldas nada que no pueda decir con caridad delante de él.

26. Los siervos de Dios honren a los clérigos

1 Dichoso el siervo que mantiene la fe en los clérigos que viven verdaderamente según la forma de la Iglesia romana.
2 Y ¡ay de aquellos que los desprecian!; pues, aun cuando sean pecadores, nadie, sin embargo, debe juzgarlos, porque el Señor mismo se reserva para sí solo el juicio sobre ellos.
3 Pues cuanto más grande es el ministerio que tienen del santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, que ellos
4 reciben y ellos solos administran a otros, / tanto más pecado tienen los que pecan contra ellos que los que lo hacen contra cualquiera de los hombres de este mundo.

27. La virtud ahuyenta al vicio

1 Donde hay caridad y sabiduría,
no hay temor ni ignorancia.
2 Donde hay paciencia y humildad,
no hay ira ni desasosiego.
3 Donde hay pobreza con alegría,
no hay codicia ni avaricia.
4 Donde hay quietud y meditación,
no hay preocupación ni disipación.
5 Donde hay temor de Dios que guarda la entrada (cf. Lc 11,21),
no hay enemigo que tenga modo de entrar en la casa.

6 Donde hay misericordia y discreción,
no hay superfluidad ni endurecimiento.

28. Ocúltese el bien para que no se malogre

1 Dichoso el siervo que atesora en el cielo (cf. Mt 6,20) los
bienes que el Señor le muestra, y no desea, con la mira en la
2 recompensa, ponerlos de manifiesto a los hombres, / porque
el Altísimo mismo descubrirá sus obras a quienes le agrade.
3 Dichoso el siervo que guarda en su corazón (cf. Lc
2,19.51) los secretos del Señor.

LA VERDADERA Y PERFECTA ALEGRIA (= VerAl)

Esta página la lleva leyendo la cristiandad desde hace siete siglos en el inolvidable y cautivador capítulo octavo de las Florecillas, *que tiene su primer y original* borrador *en la quinta admonición.*

El hermano Leonardo de Asís nos ha conservado otra redacción. Más rápida y cortante. Más desnuda y ceñida tambien. Diría que más fotográfica.

El hermano Leonardo no señala fecha. Dice, simplemente, «cierto día...» Es lo más exacto. Cada día es posible este diálogo; cada día es posible encontrar a Francisco que te explica que la buena nueva de la bienaventuranza y de la verdadera —más bien que perfecta— alegría consiste no precisamente en exitos humanos (v.3-6), sino en la paciencia y la paz (v.14) [1] *frente a la dureza de los demás (v.8-10), pues sólo así se revela si el blanco a que apunta y da nuestra fe es Dios en Cristo o nuestro propio yo* [2]*; si realmente queremos dar o sólo recibir* [3]*. Y vivir —lo había descubierto Francisco— es dar gloria a Dios* [4]*, y dar tambien a todo el que te pida* [5].

1 Cierto día, el bienaventurado Francisco, estando en Santa
María, llamó al hermano León y le dijo:
—Hermano León, escribe.
2 Este le respondió:
—Ya estoy listo.
3 —Escribe —le dijo— cuál es la verdadera alegría:
4 Llega un mensajero y dice que todos los maestros de París han venido a la Orden. Escribe: «No es verdadera alegría.»

[1] Cf. Adm 13-15.
[2] Cf. Adm 5.
[3] Cf. Adm 7.9.13.14.15.17.18.
[4] 2C 133.
[5] Cf. 1R 14,4-6; TC 44.

5 Y también que han venido a la Orden todos los prelados ultramontanos, arzobispos y obispos; que también el rey de Francia y el rey de Inglaterra. Escribe: «No es verdadera alegría.»

6 Igualmente, que mis hermanos han ido a los infieles y han convertido a todos ellos a la fe. Además, que he recibido yo de Dios una gracia tan grande, que curo enfermos y hago muchos milagros. Te digo que en todas estas cosas no está la verdadera alegría.

7 Pues ¿cuál es la verdadera alegría?

8 Vuelvo de Perusa y, ya de noche avanzada, llego aquí; es tiempo de invierno, todo está embarrado y el frío es tan grande, que en los bordes de la túnica se forman carámbanos de agua fría congelada, que hacen heridas en las piernas hasta brotar sangre de las mismas.

9 Y todo embarrado, helado y aterido, me llego a la puerta; y, después de estar un buen rato tocando y llamando, acude el hermano y pregunta:

—¿Quién es?

Yo respondo:

—El hermano Francisco.

10 Y él dice:

—Largo de aquí. No es hora decente para andar de camino. Aquí no entras.

11 Y, al insistir yo de nuevo,.contesta:

—Largo de aquí. Tú eres un simple y un paleto. Ya no vas a venir con nosotros. Nosotros somos tantos y tales, que no te necesitamos.

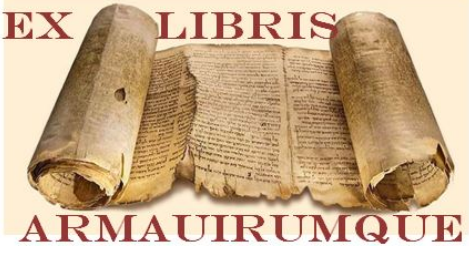
12 Y yo vuelvo a la puerta y digo:

—Por amor de Dios, acogedme por esta noche.

13 Y él responde:

—No me da la gana. Vete al lugar de los crucíferos y pide allí.

14 Te digo: si he tenido paciencia y no he perdido la calma, en esto está la verdadera alegría, y también la verdadera virtud y el bien del alma.



Traducen en normas prácticas, de carácter no sólo espiritual, sino también jurídico, la observancia del santo Evangelio tal como por el Altísimo le fue revelado a San Francisco para él y para sus discípulos. Ocupan lugar preferente las *Reglas,* de las cuales la principal es la aprobada por solemne bula pontificia.

Primera Regla para los hermanos menores.
Segunda Regla para los hermanos menores.
Regla para los eremitorios.
Forma de vida para Santa Clara.
Normas sobre el ayuno a Santa Clara.

REGLAS PARA LOS HERMANOS MENORES

La Regla o Reglas, si se prefiere, las escribió Francisco porque «el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo la hice escribir en pocas palabras y sencillamente» [1]. *Aquí se sitúa la fuente y el origen de la Regla, en este diálogo entre el Señor, que revela a traves del Evangelio, de los hermanos y de la Iglesia, y Francisco y los suyos, que responden en un gesto de fe que abraza a una Persona con su proyecto de vida: la forma del santo Evangelio. No acierta a ser más que evangelio escuchado, aprendido, vivido y escrito. Francisco dirá que es «la médula del santo Evangelio»* [2] *y que con migajas suyas está compuesta* [3]. *Por eso, la Regla no tiene otra clave de lectura e interpretación que el Evangelio, a cuyo cumplimiento y observancia tiende. Pero el Evangelio como suceso salvífico y mensaje de su actualidad y no sólo como letra. De ahí en la Regla el tema del seguimiento* [4] *—paralelo y gemelo del de «observar el santo Evangelio» —, que pone sobre sus páginas, inequívocamente, la soberanía absoluta del Señor Jesucristo* [5]. *Es El quien hace estremecer todas las páginas de la Regla con la actividad y fuerza del Espíritu* [6], *que es el creador del hermano menor y de las posturas evangélicas fundamentales suyas* [7]. *Por eso, en realidad, la Regla no es un resumen del Evangelio; es una pista, un camino* [8] *o un deseo* [9], *o bien un ramillete de normas para vivir el Evangelio de acuerdo con la inspiración peculiar recibida a dicho efecto por San Francisco.*

Necesario nos parece exponer brevemente el desarrollo que consiguió la revelación-respuesta del Evangelio en Francisco hasta llegar a la expresión escrita última del mismo, el escrito que llamamos Regla bulada:

[1] Test 14-15; 1C 22; TC 29.
[2] 2C 208
[3] 2C 209
[4] 1R 1,1; 9,1; 22,2.
[5] 1R 1,1; 4,1; etc.; 2R *incipit.*
[6] 1R 2,4; 4,1; 5,5.17; 7,16; 17,14; 2R 10,10.
[7] 1R 17,14; 2R 10,10.
[8] 1R 1,3-4; 22,40.
[9] 2R 10,10.

Así fue el comienzo, según cuenta Francisco: «el Señor me dio de esta manera a mí, el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia». Era muy probablemente la primavera del año 1205. Desde entonces el Espíritu trabaja en él [10].

—En 1208 escucha, probablemente en la iglesia de la Porciúncula, el evangelio de la misión de los apóstoles [11] *Eso es lo que buscaba. Ha encontrado su vida, su camino: las huellas de Cristo* [12]. *Imposible entender la Regla sin tener en cuenta toda esta primera experiencia evangélica de Francisco.*

—El Evangelio observado con sencillez atrae hermanos que quieren compartir su vida en la comunión que el mismo Evangelio crea y a la que abre [13] *A esto llamará Francisco fraternidad. Pronto siente él la necesidad de señalarse una línea de conducta; lo que en lenguaje ya tardío llama Celano una regla: «Viendo el bienaventurado Francisco que el Señor Dios le aumentaba de día en día el número de seguidores, escribió para sí y sus hermanos, presentes y futuros, con sencillez y pocas palabras, una forma de vida y regla, sirviéndose sobre todo de textos del santo Evangelio, cuya perfección solamente deseaba. Añadió, con todo, algunas pocas cosas más, absolutamente necesarias para poder vivir santamente»* [14]. *En 1209/10 la presentaba a Inocencio III. Era lo que podemos llamar la primera Regla de los hermanos menores.*

—La vida con sus preguntas irá enriqueciendo a la fraternidad y la obligará a que diversos Capítulos vayan añadiendo al texto primitivo normas y detalles nuevos sugeridos por la experiencia y adaptados a las circunstancias. Fruto de estas experiencias y de estas adaptaciones fue el texto redactado el año 1221, denominado «Regla no bulada». El texto es amplio, sin prisas, sin demasiada concretez jurídica, y deja espacio al corazón, a la poesía, a la fe. Habla, indudablemente y cordialmente, el hermano Francisco [15]. *Más que una regla, se diría el* idearium *de una fraternidad evangélica que desea expresar su propia y personal experiencia. Por eso, indudablemente, su manera de hablar, el tono, la sencillez, están más cerca de la primera experiencia, reflejan mejor la transparencia de los comienzos, la aventura evangélica apenas estrenada, y por ello joven, entusiasta, idealista. Acusa mayor proximidad a los pobres y a un medio social marginado* [16]. *El texto pone más fácilmente en comunión con lo que Francisco quería y sentía. A pesar de todo y quizá por ello, no satisfacía las exigencias de los ministros y de la misma curia romana* [17]

—Como respuesta, Francisco escribe la tercera redacción de la Regla, el escrito que conocemos como la Regla bulada, porque fue confirmada con bula por el papa Honorio III el 29 de noviembre de 1223. Redacción más ceñida y recortada de elementos espirituales y de oración. Tiene en cuenta más y mejor las intervenciones del magisterio de entonces en diver-

[10] 2C 135
[11] 1C 22.
[12] 1C 84.
[13] TC 27-29.
[14] 1C 32.
[15] 1R 17,10.17.19; 22,1.5.9.19.25.41; 23,2.3.4.5, etc.; 2R 2,17;3,10; 6,6; 10,7.
[16] 1R 9,2.
[17] F.P 68.

sos puntos. Hasta el estilo se viste de perfección y elegancia [18]. *Pero Francisco no desaparece; está él, y en primera persona, en las amonestaciones de los capítulos segundo, tercero y décimo; y está en el subrayado de los puntos principales de la vida del evangelio de Jesucristo, formulados ya en la primera Regla,* [19] *y que Francisco volverá a repetir en su testamento (v.14-24). Los hermanos menores tienen ya, fija para siempre, su vida y Regla: ¡observar el santo Evangelio!*

Imposible recoger y señalar ni siquiera los temas más importantes de la Regla en sus sucesivas ediciones o redacciones. Nos limitaremos a indicar la dirección y movimiento que llevan las ideas. Pues, aunque Francisco no escriba sujeto a un esquema, es indudable que apiña sus ideas alrededor de tres centros, que pueden expresarse así:

desde el Evangelio
somos una fraternidad de menores en medio del mundo
para proclamarlo más con el ejemplo que con la palabra.

a) Desde el Evangelio [20]: *el Evangelio había sido revelación-don* [21] *y camino del Hijo de Dios* [22] *aceptado por Francisco* [23]. *En comunión con él comulgaron el Evangelio los hermanos que el Señor le dio* [24], *y el Evangelio vino a ser su vida y regla* [25]. *Desde aquí se impondrán en su existencia evangélica: la supremacía y primariedad del señorío, gracia, inspiración, bendición y querer del Señor* [26]; *la primacía acaparadora de la fe: fe que escucha* [27], *acepta* [28] *y se convierte* [29], *y que, en consecuencia, restituye y se entrega en la oración litúrgica* [30] *y en las demás actitudes evangélicas, de las que la Regla será un indicador; la obediencia y reverencia a la Iglesia* [31], *en la que ve al Hijo de Dios* [32] *y en y de la que lo recibe* [33]; *por eso, la Iglesia es lugar donde la vida según el Evangelio se hace posible* [34].

b) Somos una fraternidad de menores en medio del mundo [35]: *«la vida del Evangelio de Jesucristo»* [36] *convoca y crea hermanos, y hermanos menores. Es el nombre de los que abrazan esta vida y Regla* [37], *que definirá y comprometerá sus vidas:*

—en espiritual familiaridad [38] *desde la común opción y desde la unidad, que es también igualdad* [39] *de todos bajo Francisco o los ministros* [40]. *Este ministerio de los hermanos* [41] *no atenta contra dicha igualdad fraterna, pues no debe suplantar el señorío de Cristo* [42]; *los ministros son para servir, no para ser servidos* [43], *de tal forma que la sujeción del*

[18] Cf. 2R 3,5; 6,4-6.
[19] C.1-3 y 14.
[20] 1R 1-3; 2R 1-3.
[21] Test 14.
[22] 1R 1,1; 1C 84.89.91.
[23] Test 15; 1C 22.
[24] Test 14; 1C 24-25.
[25] 1R pról.; 2R 1,1; TC 29.
[26] 1R 4,1; 2R *incipit;* 1R 9,16; 11,2; 2R 5,1; 2R 2,1.16; 1R 22,9.
[27] 1R 22,1.9-16.
[28] 1R 22,41.
[29] 1R 2,4; 2R 2,2-5.
[30] 1R 3; 2R 3.
[31] 1R pról. 3; 2R 1,2.
[32] Test 9.
[33] 1R 19 y 20.
[34] 2R 12,3-4.
[35] 1R 7-13; 2R 3,10ss.
[36] 1R pról.
[37] 1R 6,3.
[38] 2R 10,5.
[39] 1R 6,3; 22,34.
[40] 1R pról. 3-4; 2R 1,2-3.
[41] 1R 17,4.
[42] 1R 22,34-35.
[43] 1R 4-5.

súbdito al ministro no impida que aquél trate a este como el señor a su siervo, pues eso son los ministros: siervos de todos los demás hermanos [44];

—en amor mutuo [45] *—mayor que el de la madre al hijo carnal* [46]*—, que cumpla el mandamiento del Señor* [47] *y se traduzca en obras* [48];

—en la manifestación confiada a los hermanos de las propias necesidades y en el remedio mutuo a las mismas [49];

—en obediencia y servicio mutuo de unos a otros —en eso consiste la verdadera obediencia de nuestro Señor Jesucristo [50]*—, y que excluye todo poder y dominio, porque el Evangelio y el seguimiento de Cristo los rechazan* [51].

—en la ayuda espiritual, amonestación, instrucción y corrección, sin airarse y conturbarse, al hermano pecador [52]*; en la asistencia a los hermanos enfermos, tan solícita como la querría cada uno para sí de encontrarse él enfermo* [53];

—en la minoridad del que ha escogido como paradigma el evangelio del lavatorio de los pies [54]*; del que vive en acogida constante y universal* [55]*; del que no dispone de nada más que de lo necesario para comer y para vestirse y de los libros de rezo* [56]*, puesto que antes de entrar en esta vida y Regla ha renunciado a todo lo que antes poseía* [57] *y, sobre todo, al dinero, que da seguridad* [58]*. Así, los hermanos menores han abierto un vacío en su vida que es manifestación y signo de su respeto a la soberanía de Dios y al señorío del hermano* [59]*, y de que siguen a Cristo, que por nosotros se hizo pobre* [60]*, manifestándose así además en la condición de «los demás pobres»* [61].

Configurados en fraternidad y minoridad evangélica, los hermanos menores vivirán entre las gentes, felices de convivir con los pequeños y los pobres [62]*, trabajando, de auxiliares o por su cuenta, para ganarse el pan* [63] *y para huir de la ociosidad* [64]*, acudiendo a la limosna, mesa del Señor, como los demás pobres, cuando no les alcance el jornal de su trabajo* [65].

c) Para proclamarlo más con el ejemplo que con la palabra [66]: *la vida del Evangelio de Jesucristo implica constitutivamente la misión y el envío. Seguir a Cristo es predicar, y predicar es seguir a Cristo y observar su Evangelio. Misión evangelizadora que consiste, por ello, en estar presentes entre los hombres* [67]*, en servirlos desde la minoridad* [68]*, en proclamar la Palabra y administrar los sacramentos* [69]*, llegando a la entrega de la propia vida, de la que, por adelantado, la pobreza les ha despo-*

[44] 2R 10,5-7.
[45] 1R 11,5.
[46] 1R 9,11; 2R 6,8.
[47] 1R 11,5 = Jn 15,12.
[48] 1R 11,5.
[49] 1R 9,11; 2R 6,8.
[50] 1R 5,4-5.
[51] 1R 5,9-11.
[52] 1R 5,5.7.8.
[53] 1R 10,1; 2R 6,9 = Mt 7,12.
[54] 1R 6,3-4.
[55] 1R 7,13-14.
[56] 1R 9,11; 3,7-8; 2R 3,1.
[57] 1R 2,4; 2R 2,5.
[58] 1R 8; 2R 4.
[59] 1R 17,17; Adm 12.
[60] 1R 9,1; 2R 6,3.
[61] 1R 2,7; 7,8.
[62] 1R 9,2.
[63] 1R 7,1-9; 2R 5,3.
[64] 1R 7,10-12; 2R 5,1.
[65] 1R 9,3-9; 2R 6,2.
[66] 1R 14-17; 2R 3,10ss.
[67] 1R 16,5-6.
[68] 1R 16,6.
[69] 1R 16,7.

seído [70]. *Este es el sermón fundamental que la fraternidad entera ha de decir y hacer: las obras* [71], *reclamo de la vida del Evangelio de Jesucristo* [72]; *por eso, ante todo, sobre todo y más que nadie evangeliza la fraternidad, siendo, a su vez, ella la primera destinataria de su propia evangelización y extendiéndose desde ella una nueva luz a todas las criaturas* [73]

PRIMERA REGLA (= 1R)

PRÓLOGO

1 ¡En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo!
2 Esta es la vida del Evangelio [1] de Jesucristo, cuya concesión y confirmación pidió el hermano Francisco al señor papa. Este se la concedió y confirmó para él y para sus hermanos, presentes y futuros.
3 El hermano Francisco y todo aquel que sea cabeza de esta Religión [2], prometa obediencia y reverencia al señor papa Inocencio y a sus sucesores.
4 Y todos los otros hermanos estén obligados a obedecer al hermano Francisco y a sus sucesores.

CAPÍTULO I

Los hermanos deben vivir sin nada propio y en castidad y obediencia

1 Esta es la regla y vida de los hermanos: vivir en obediencia, en castidad y sin nada propio [3], y seguir la doctrina y las
2 huellas de nuestro Señor Jesucristo, el cual dice: *Si quieres ser perfecto, vete* y *vende todas las cosas* (cf. Lc 18,22) *que tienes y dáselas a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme*
3 (Mt 19,21). Y también: *Si alguno quiere venir en pos de mí, nié-*

[70] 1R 16,10-21.
[71] 1R 17,3.
[72] 1R pról.
[73] 1R 21; 2CtaFl.

[1] Francisco centra su proyecto de vida en el Evangelio, en el seguimiento de Cristo. Francisco nunca alude en sus escritos, al menos explícitamente, a la vida comunitaria de la comunidad de Jerusalén tal como es descrita en los Hechos de los Apóstoles.

[2] «Religión» era, en el derecho canónico y en los documentos eclesiásticos de aquel tiempo, el nombre para designar lo que hoy llamamos órdenes o congregaciones religiosas. En todo caso, parece probable que la expresión «cabeza de esta Religión» refleje la situación primitiva en que el grupo que se formó en torno a Francisco carecía todavía de su título específico.

[3] Esto no quiere decir que, para Francisco como para sus seguidores, los consejos evangélicos ahora mencionados sean el objeto exclusivo ni principal de la profesión. Ante todo, el hermano menor se compromete a la observancia del Evangelio según la Regla franciscana.

guese a sí mismo y tome su cruz y sígame (Mt 16,24). Asimismo: *Si alguno* quiere venir *a mí y no odia padre y madre, mujer e hijos y hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío* (Lc 14,26). Y: Todo el que haya abandonado padre o madre, hermanos o hermanas, mujer o hijos, casas o campos, por mi causa, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna (cf. Mt 19,29; Mc 10,29; Lc 18,29).

CAPÍTULO II

Admisión y vestido de los hermanos

Si alguno, queriendo, por divina inspiración, abrazar esta vida [4], viene a nuestros hermanos, sea recibido benignamente por ellos. Y, si está resuelto a tomar nuestra vida, guárdense mucho los hermanos de entrometerse en sus negocios temporales y preséntenlo cuanto antes a su ministro. Y el ministro acójalo benignamente y anímelo y expóngale con esmero el tenor de nuestra vida. Cumplido esto, el mencionado aspirante venda todas sus cosas y procure distribuírselo todo a los pobres [5], si quiere y puede hacerlo según el espíritu sin impedimento. Guárdense los hermanos, y también su ministro, de entrometerse de ninguna manera en sus negocios, y de recibir dinero alguno ni por sí mismos ni por intermediarios. Sin embargo, si lo precisan, por causa de esta necesidad, pueden los hermanos recibir, al igual que los otros pobres, las cosas necesarias al cuerpo, excepto el dinero. Y, a su regreso, el ministro concédale para un año las prendas del tiempo de la probación, a saber: dos túnicas sin capucha, el cordón, los calzones y el capotillo hasta el cordón. Y, cumplido el año y término de la probación, sea recibido a la obediencia. En adelante no le estará permitido pasar a otra Religión, ni tampoco «vagar fuera de la obediencia» [6], conforme al mandato del señor papa y según el Evangelio; porque *nadie que pone mano al arado y mira atrás es apto para el reino de Dios* (Lc 9,62). Pero, si se presenta alguno que tiene voluntad espiritual de dar sus bienes y está impedi-

[4] La significación del término «vida» es concreta y real. Se refiere al género de vida que llevaban los hermanos menores en conformidad con una opción concreta evangélica. El término, que aparece frecuentemente en la Regla definitiva, subraya la dimensión vital, concreto-existencial, encarnada y dinámica, que tal vez no hubiera quedado tan de relieve si únicamente se hubiera empleado la palabra «regla». De hecho, Francisco acepta también este término según va evolucionando la fraternidad; y ello no quiere decir que en la Regla definitiva no haya lugar a una visión de la vida según el Evangelio dinámica y concreta.

[5] La pobreza, tal como Francisco la entiende y quiere, obliga a una identificación real con los demás pobres, colocándose además resueltamente a su favor (cf. 2C 81; LP 62). La realización del consejo evangélico, que Francisco presenta como opción a sus hermanos, era la mejor y única forma de no llegar nunca a ser ricos y permanecer como los demás pobres.

[6] Cf. *Cum secundum consilium*, de Honorio III (BF 1 p.6).

12 do para hacerlo, abandónelos y le basta. Nadie sea recibido
contra la forma e institución de la santa Iglesia.
13 Pero los otros hermanos que han prometido obediencia [7],
tengan una túnica con capucha, y otra sin capucha si fuere
14 necesario, y el cordón y los calzones. Y todos los hermanos
vistan ropas viles, y puedan, con la bendición de Dios, re-
mendarlas de sayal y de otros retales; porque dice el Señor
en el Evangelio: *Los que visten con lujo y viven entre placeres* (Lc
7,25) y *los que visten muellemente, en las casas de los reyes están*
15 (Mt 11,8). Y, aunque les tachen de hipócritas, sin embargo,
no cesen de obrar bien, ni busquen en este siglo vestidos ca-
ros, para que puedan tener vestido en el reino de los cielos.

Capítulo III

El oficio divino y el ayuno

1 Dice el Señor: *Esta ralea de demonios no puede salir más que*
2 *a fuerza de ayuno y oración* (cf. Mc 8,28); y de nuevo: *Cuando*
ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas (Mt 6,16).
3 Por esto, todos los hermanos, clérigos y laicos [8], recen el
oficio divino y digan las alabanzas y las oraciones según de-
4 ben. Los clérigos recen el oficio y digan por los vivos y
5 por los difuntos lo que es costumbre entre los clérigos [9]. Y
por los defectos y negligencias de los hermanos digan cada
6 día un *miserere* (Sal 50) con un *padrenuestro;* y por los herma-
nos difuntos digan el *de profundis* (Sal 129) con un *padrenues-*
7 *tro.* Y pueden tener solamente los libros necesarios para
8 cumplir con su oficio. Y también a los laicos que saben leer el
9 salterio les está permitido tenerlo. Pero a los demás, ignoran-
tes de las letras, no les está permitido tener ningún libro.
10 Los laicos digan el *credo* y veinticuatro *padrenuestros* con el
gloria por maitines; por laudes, cinco; por prima, el *credo* y
siete *padrenuestros* con el *gloria;* por tercia, sexta y nona y en
cada hora, siete; por vísperas, doce; por completas, siete *pa-*

[7] Cuando Francisco escribe sus reglas, la teología de la vida religiosa no se centra aún en los tres votos. Por eso, para él, la vida religiosa es, sobre todo, el compromiso serio de abrazar la forma de vida según el Evangelio de los hermanos menores. Y ésa será también la primera y principal obediencia.

[8] La distinción no obedece a la existencia de clases, por así decirlo, sociales, de hermanos en la fraternidad, puesto que los vocablos «clérigo» y «laico» tienen en Francisco una amplia y ambigua significación. Cf. *Glosario.* Una de las características de la fraternidad de hermanos menores, frente a algunos de los movimientos evangélicos de entonces, es la aceptación de toda clase de personas, sin diferenciar rangos ni atender a que sean clérigos o no. En esa fraternidad todos son hermanos (1R 6,4).

[9] Francisco acepta la costumbre de la época, según la cual los clérigos se acomodan a la liturgia del lugar donde se encuentran. En la Regla definitiva les impondrá, quizás para expresar la adhesión de la fraternidad a la santa Iglesia romana, la liturgia de la curia romana (cf. 2R 3,1).

drenuestros con el *requiem;* y por los defectos y negligencias de los hermanos, tres *padrenuestros* cada día.

11 Y todos los hermanos guarden, asimismo, el ayuno desde la fiesta de Todos los Santos hasta la Navidad y desde la Epifanía, cuando nuestro Señor Jesucristo comenzó a ayu-
12 nar, hasta la Pascua. Fuera de estos tiempos, no estén obligados a guardar el ayuno, según nuestra vida, sino el vier-
13 nes. Y, según el Evangelio (cf. Lc 10,8), puedan comer de cuantos manjares les ofrezcan.

Capítulo IV

Relaciones entre los ministros y los otros hermanos

1 ¡En el nombre del Señor!

2 Todos los hermanos que son constituidos ministros y siervos de los otros hermanos, distribuyan a éstos en las provincias y en los lugares donde estén, visítenlos frecuentemente y amonéstenlos y anímenlos espiritualmente.

3 Y todos los otros mis benditos hermanos obedézcanles prontamente en lo que mira a la salvación del alma y no está en contra de nuestra vida.

4 Y pórtense entre sí como dice el Señor: *Todo lo que quisierais que os hicieran los hombres, hacédselo también vosotros a ellos*
5 (Mt 7,12); y: *No hagas a otro lo que no quieres que se te haga a ti* (Tob 4,15).

6 Y recuerden los ministros y siervos que dice el Señor: *No* vine *a ser servido, sino a servir* (Mt 20,28) [10], y que les ha sido confiado el cuidado de las almas de los hermanos, de las cuales tendrán que *rendir cuentas en el día del juicio* (cf. Mt 12,36) ante el Señor Jesucristo si alguno se pierde por su culpa y mal ejemplo.

Capítulo V

La corrección fraterna

1 Por lo tanto, custodiad vuestras almas y las de vuestros hermanos, porque *horrendo es caer en las manos del Dios vivo* (Heb 10,31).

2 Pero si alguno de los ministros manda a un hermano algo contra nuestra vida o contra su alma, el tal hermano no esté

[10] Con este texto señala Francisco la fuente del nombre de los que ejercen la autoridad en la fraternidad y su postura existencial. No es la primera vez en la historia de la vida religiosa que así se llama a los que están al frente de las comunidades. Lo nuevo en Francisco es que acentúa la misión de servicio del que es «ministro»; esto queda más de relieve al hacerlo acompañar con frecuencia del vocablo «siervo». De las ochenta y cuatro veces que aparece en sus escritos el nombre de «ministro», quince va acompañado del de «siervo».

obligado a obedecerle, pues no hay obediencia allí donde se
3 comete delito o pecado. Sin embargo, todos los hermanos que
están bajo los ministros y siervos consideren razonable y
4 atentamente la conducta de los ministros y siervos; y si vieren que alguno de ellos se comporta carnal y no espiritualmente en conformidad con nuestra vida, y que, después de una tercera amonestación, no se enmienda, denúncienlo en el capítulo de Pentecostés al ministro y siervo de toda la fraternidad [11], sin que oposición alguna se lo impida.

5 Y si entre los hermanos, estén donde estén, hay alguno que quiere proceder según la carne y no según el espíritu, los hermanos con quienes está amonéstenlo, instrúyanlo y
6 corríjanlo humilde y diligentemente. Y si sucede que después de una tercera amonestación no quiere enmendarse, remítanlo, lo más pronto que puedan, a su ministro y siervo, o háganselo saber, y el ministro y siervo obrará con él como mejor le parezca que conviene según Dios.

7 Y guárdense todos los hermanos, tanto los ministros y siervos como los otros, de turbarse o airarse por el pecado o el mal del hermano, pues el diablo quiere echar a perder a
8 muchos por el delito de uno sólo; más bien, ayuden espiritualmente, como mejor puedan, al que pecó, ya que *no necesitan de médico los sanos, sino los enfermos* (cf. Mt 9,12 y Me 2,17).

9 Igualmente, a este propósito, ninguno de los hermanos
10 tenga potestad o dominio, y menos entre ellos. Pues, como dice el Señor en el Evangelio, *los príncipes de los pueblos se enseñorean de ellos y los que son mayores ejercen el poder en ellos;*
11 no será así entre los hermanos (cf. Mt 20,25-26); y todo el que quiera hacerse mayor entre ellos, sea su ministro y
12 siervo, / y el que es mayor entre ellos, hágase como el menor (cf. Lc 22,26).

13-14 Y ningún hermano haga mal o hable mal a otro; / sino, más bien, *por la caridad del espíritu,* sírvanse y obedézcanse
15 *unos a otros* de buen grado (cf. Gál 5,13). Y ésta es la verdadera y santa obediencia de nuestro Señor Jesucristo.

16 Y todos los hermanos, cuantas veces *se aparten de los mandatos del Señor* y vaguen fuera de la obediencia, sepan que fuera de la obediencia, como dice el profeta (Sal 111,21), son
17 malditos mientras permanezcan a sabiendas en tal pecado. Y mientras perseveren en los mandatos del Señor, que prometieron por el santo Evangelio y por su forma de vida, sepan que se mantienen en la verdadera obediencia, y sean benditos del Señor.

[11] Religión y orden han sido los títulos usados hasta ahora por Francisco para designar a los hermanos menores como grupo. Por primera vez los llama aquí «fraternidad», nombre más conforme con el que llevan los miembros del grupo.

CAPÍTULO VI

Recurso de los hermanos a los ministros y que ningún hermano se llame prior

1 Si los hermanos, dondequiera que estén, no pueden
guardar nuestra vida, recurran, lo antes posible, a su minis-
2 tro, poniéndolo en su conocimiento. Y el ministro procure
proveer tal como querría que se hiciese con él si se encon-
trase en caso semejante.
3 Y nadie sea llamado prior, mas todos sin excepción llá-
4 mense hermanos menores. Y lávense *los pies el uno al otro* (cf.
Jn 13,14).

CAPÍTULO VII

Modo de servir y trabajar

1 Los hermanos, dondequiera que se encuentren sirviendo
o trabajando en casa de otros, no sean mayordomos ni canci-
lleres [12] ni estén al frente en las casas en que sirven; ni acep-
ten ningún oficio que engendre escándalo o *cause perjuicio a*
2 *su alma* (cf. Mc 8,36), sino sean menores y estén sujetos a
todos los que se hallan en la misma casa.
3 Y los hermanos que saben trabajar [13], trabajen y ejerzan
el oficio que conozcan, siempre que no sea contra la salud
4 del alma y pueda realizarse decorosamente. Pues dice el pro-
feta: *Comerás los frutos de tus trabajos; dichoso eres y te irá bien*
5 (Sal 127,2); y el Apóstol: *El que no quiere trabajar, no coma* (cf.
6 2Tes 3,10); y también: *Cada uno permanezca* en el arte y oficio
7 *en el que ha sido llamado* (cf. 1Cor 7,24). Y por el trabajo pue-
dan recibir todas las cosas que son necesarias, menos dinero.
8 Y, cuando sea menester, vayan por limosna como los otros
9 pobres [14]. Y puedan tener las herramientas e instrumentos
convenientes para sus oficios.

[12] En el original: «camerarii et cancellarii». Se ha de notar que estos términos no tenían en aquel tiempo el significado específico que se les atribuye ahora en castellano, ni es fácil precisar su significado exacto en las circunstancias concretas a que se refiere la Regla. Basta decir que se trata de oficios que suponen cierta preeminencia y que se encomiendan a personas de especial confianza de los señores de la casa.

[13] Francisco impone el trabajo no sólo para desechar la ociosidad y practicar la virtud (cf. 1R 7,10-12; 2R 5,1-2), es decir, como medio ascético o de unión con Dios, según acentuaba la tradición benedictina, sino también como una de las consecuencias lógicas de una vida pobre que necesita del trabajo para poder subsistir. El consejo evangélico con que se abre la Regla de los hermanos menores, de renunciar a los bienes y dárselos a los pobres, los encara inevitablemente con el trabajo, que asegura además, si se cumplen las condiciones que señala Francisco, una existencia de verdaderos pobres.

[14] La expresión subraya, de forma inmejorable, la dimensión real y social de la pobreza de Francisco y de los suyos. A ella le obligó el consejo evangélico de renuncia a todo para dárselo a los pobres, que se encuentra en el comienzo de la vida del hermano menor (1R 2,4).

Todos los hermanos procuren ejercitarse en obras buenas [15], porque escrito está: Haz siempre algo bueno, *para que el diablo te encuentre ocupado* [16]. Y además: «La ociosidad es enemiga del alma.» [17] Por eso, los siervos de Dios deben entregarse constantemente a la oración o a alguna obra buena.

Guárdense los hermanos, dondequiera que estén, en eremitorios o en otros lugares, de apropiarse para sí ningún lugar, ni de vedárselo a nadie. Y todo aquel que venga a ellos, amigo o adversario, ladrón o bandido, sea acogido benignamente. Y, dondequiera que estén o en cualquier lugar en que se encuentren unos con otros, los hermanos deben tratarse espiritualmente y con amor y honrarse mutuamente sin murmuración (1Pe 4,9). Y guárdense de mostrarse tristes exteriormente o hipócritamente ceñudos; muéstrense, más bien, *gozosos en el Señor* (cf. Flp 4,4) y alegres y debidamente agradables.

Capítulo VIII

Los hermanos no reciban dinero

El Señor manda en el Evangelio: *Mirad, guardaos de toda* malicia y *avaricia;* y también: *Precaveos* de la solicitud de este siglo *y de las preocupaciones de esta vida* (cf. Lc 12,15; 21,34).

Por eso, ninguno de los hermanos, dondequiera que esté y dondequiera que vaya, tome ni reciba ni haga recibir en modo alguno moneda o dinero ni por razón de vestidos ni de libros, ni en concepto de salario por cualquier trabajo; en suma, por ninguna razón, como no sea en caso de manifiesta necesidad de los hermanos enfermos; porque no debemos tener en más ni considerar más provechosos los dineros y la pecunia que las piedras. Y el diablo quiere cegar a quienes los codician y estiman más que las piedras.

Guardémonos, por lo tanto, los que lo hemos dejado todo (cf. Mt 19,27), de perder, por tan poquita cosa, el reino de los cielos.

Y si en algún lugar encontráramos dineros, no les demos más importancia que al polvo que pisamos, porque *vanidad de vanidades y todo vanidad* (Eclo 1,2).

Y si acaso —¡ojalá no suceda!— ocurriera que algún hermano recoge o tiene pecunia o dinero, exceptuada tan sólo la mencionada necesidad de los enfermos, tengámoslo todos los hermanos por falso hermano y apóstata, ladrón y bandido, y como a quien tiene bolsa (cf. Jn 12,6) [18], a no ser que se arrepienta de veras.

[15] S. Gregorio, *Homilia 13 in Ev.*: PL 76,1123
[16] S. Jerónimo, *Epistola* 125,11: CSEL 56,130
[17] S. Benito, *Regla* 48,1.
[18] Después de vender a Cristo, Judas es, con su bolsa de dinero, la tipificación tradicional, en la literatura monástica, de la codicia, que aparta radicalmente del Evangelio. Cf. Adm 4.

8 Y los hermanos de ningún modo reciban ni hagan recibir, ni pidan ni hagan pedir, pecunia como limosna, ni dinero para algunas casas o lugares; ni acompañen a quien
9 busca pecunia o dinero para tales lugares; pero los hermanos sí pueden realizar, en favor de esos lugares, otros servicios que no sean contrarios a nuestra vida.
10 Con todo, los hermanos, en caso de evidente necesidad
11 de los leprosos, pueden pedir limosna para ellos. Pero guárdense mucho de la pecunia.
12 Asimismo, guárdense todos los hermanos de andar corriendo mundo por ninguna vergonzosa ventaja.

CAPÍTULO IX

La mendicación

1 Empéñense todos los hermanos en seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo y recuerden que nada hemos de tener de este mundo, sino que, como dice el Apóstol, *estamos contentos teniendo que comer y con que vestirnos* (1Tim 6,8).
2 Y deben gozarse cuando conviven con gente de baja condición y despreciada, con los pobres y débiles, y con los enfermos y leprosos, y con los mendigos de los caminos.
3-4 Y, cuando sea menester, vayan por limosna. Y no se avergüencen; y más bien recuerden que nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios vivo omnipotente, *puso su faz como piedra durísima* (Is 50,7) y no se avergonzó; y fue pobre y huésped
5 y vivió de limosna tanto El como la Virgen bienaventurada y
6 sus discípulos. Y cuando los hombres los abochornan y no quieren darles limosna, den por ello gracias a Dios, pues por los bochornos padecidos recibirán un gran honor ante el tri-
7 bunal de nuestro Señor Jesucristo. Y sepan que el bochorno
8 no se imputa a los que lo padecen, sino a los que lo causan. Y la limosna es la herencia y justicia que se debe a los pobres,
9 adquirida para nosotros por nuestro Señor Jesucristo. Y los hermanos que trabajan en su adquisición recibirán gran recompensa, y se la hacen ganar y adquirir a los que se la dan; porque todo lo que dejen los hombres en el mundo se perderá, pero tendrán el premio del Señor por la caridad y las limosnas que hicieron.
10 Y manifieste confiadamente el uno al otro su propia necesidad, para que le encuentre lo necesario y se lo proporcione. Y cada uno ame y nutra a su hermano, como la madre
11 ama y nutre a su hijo (cf. 1Tes 2,7), en las cosas para las que
12 Dios le diere gracia. Y *el que no come, no juzgue al que come* (Rom 14,3).
13 Y, en caso de necesidad, séales lícito a todos los herma-

nos, dondequiera que estén, servirse de todos los manjares que pueden comer los hombres, como dice el Señor de David; el cual *comió los panes de la ofrenda, que no estaba permitido*
14 *comer sino a los sacerdotes* (cf. Mt 12,4; Mc 2,26). Y recuerden lo que dice el Señor: *Pero estad precavidos, no sea que vuestros corazones se emboten con la crápula y embriaguez y en las preocupa-*
15 *ciones de esta vida, y os sobrevenga aquel repentino día; pues como un lazo caerá encima de todos los que habitan sobre la faz* del orbe
16 *de la tierra* (cf. Lc 21,34-35). Y, de modo semejante, en tiempo de manifiesta necesidad, obren todos los hermanos, en cuanto a las cosas que les son necesarias, según la gracia que les otorgue el Señor, porque *la necesidad no tiene ley* [19].

Capítulo X

Los hermanos enfermos

1 Si alguno de los hermanos, esté donde esté, cae enfermo, los otros hermanos no lo abandonen, sino designese un hermano o más, si fuere necesario, para que le sirvan como
2 querrían ellos ser servidos (cf. Mt 7,12); pero, en caso de extrema necesidad, pueden dejarlo al cuidado de alguna persona que quede obligada a atenderle en su enfermedad.
3 Y ruego al hermano enfermo que por todo dé gracias al Creador; y que desee estar tal como el Señor le quiere, sano o enfermo, porque a todos los que *Dios ha predestinado para la vida eterna* (cf. Hch 13,48) *los educa con los estímulos de los azotes* y de las enfermedades *y con el espíritu de compunción,* como dice el Señor: *A los que yo amo,* los corrijo y *castigo* (Ap 3,19).
4 Y si alguno se turba o se irrita contra Dios o contra los hermanos, o si quizá pide con ansia medicinas, preocupado en demasía por la salud de la carne, que no tardará en morir y es enemiga del alma, esto le viene del maligno, y él es carnal, y no parece ser de los hermanos, porque ama más el cuerpo que el alma.

Capítulo XI

Los hermanos no insulten ni difamen, sino ámense mutuamente

1 Y guárdense todos los hermanos de calumniar y de con-
2 tender de palabra (cf. 2Tim 2,14); más bien, empéñense en
3 callar, siempre que Dios les dé la gracia. Ni litiguen entre sí ni con otros, sino procuren responder humildemente, di-

[19] *Decreto de Graciano* p.2C.q.1 glosa ante c.40.

ciendo: Soy un siervo inútil (cf. Lc 17,10). Y no se aíren, *porque todo el que se deja llevar de la ira contra su hermano será condenado en juicio; el que dijere a su hermano: Raca, será condenado por la asamblea; el que le dijere: Fatuo, será condenado a la gehena de fuego* (Mt 5,22). Y ámense mutuamente, como dice el Señor: *Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado* (Jn 15,12). Y muestren con obras (cf. Sant 2,18) el amor que se tienen mutuamente, como dice el apóstol: *No amemos de palabra y de boca, sino de obra y de verdad* (1Jn 3,18). Y *a nadie insulten* (cf. Tit 3,2); no murmuren ni difamen a otros, porque está escrito: *Los murmuradores y difamadores* son odiosos para Dios (cf. Rom 1,30). Y sean mesurados, *mostrando una total mansedumbre para con todos los hombres* (cf. Tit 3,2); no juzguen, no condenen. Y, como dice el Señor, no reparen en los pecados más pequeños de los otros (cf. Mt 7,3; Lc 6,41), / sino, más bien, recapaciten en los propios *en la amargura de su alma* (Is 38,15). Y esfuércense en *entrar por la puerta angosta* (Lc 13,24), porque dice el Señor: *Angosta es la puerta, y estrecha la senda que lleva a la vida y son pocos los que la encuentran* (Mt 7,14).

Capítulo XII

Las malas miradas y el trato con mujeres

Todos los hermanos, dondequiera que estén o vayan, guárdense de las malas miradas y del trato con mujeres. Y ninguno se entretenga en consejos con ellas, o con ellas vaya solo de camino, o coma a la mesa del mismo plato. Los sacerdotes hablen honestamente con ellas cuando les dan la penitencia u otro consejo espiritual. Y ninguna mujer en absoluto sea recibida a la obediencia por algún hermano, sino que, una vez aconsejada espiritualmente, haga penitencia donde quiera. Y estemos todos muy alerta y mantengamos puros todos nuestros miembros, porque dice el Señor: *Quien mira a la mujer para apetecerla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón* (Mt 5,28). Y el Apóstol: *¿Es que* ignoráis *que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo?* (cf. 1Cor 6,19); así, pues, al que *violare el templo de Dios, Dios lo destruirá* (1Cor 3,17).

Capítulo XIII

Evitar la fornicación

Si, por instigación del diablo, fornicare algún hermano, sea despojado del hábito, que ha perdido por su torpe pecado, y déjelo del todo y sea expulsado absolutamente de nuestra Religión. Y haga después penitencia de sus pecados.

CAPÍTULO XIV

Cómo han de ir los hermanos por el mundo

1 Cuando los hermanos van por el mundo, nada lleven
para el camino: ni bolsa, *ni alforja, ni pan, ni pecunia, ni bastón*
2 (cf. Lc 9,3; 10,4; Mt 10,10). *Y en toda casa* en que entren digan
3 *primero: Paz a esta casa.* Y, permaneciendo en la misma casa,
4 coman y beban lo que haya en ella (cf. Lc 10,5.7). No resistan al mal, sino a quien les pegue en una mejilla, vuélvanle
5 también la otra (cf. Mt 5,39). *Y a quien les quita la capa,* no le
6 impidan que se lleve también la túnica. Den *a todo el que* les *pida; y a quien les quita sus cosas,* no se las reclamen (cf. Lc 6,29-30).

CAPÍTULO XV

Los hermanos no cabalguen

1 Impongo a todos mis hermanos, tanto clérigos como laicos,
que, cuando van por el mundo o residen en lugares, de ningún modo tengan bestia alguna ni consigo, ni en casa de
2 otro, ni de ningún otro modo. Ni les sea permitido cabalgar, a no ser que se vean obligados por la enfermedad o por una gran necesidad.

CAPÍTULO XVI

Los que van entre sarracenos y otros infieles

1 Dice el Señor: *He aquí que os envío como ovejas en medio de*
2 *lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas* (Mt 10,16).
3 Así, pues, cualquier hermano que quiera ir entre sarracenos y otros infieles, vaya con la licencia de su ministro y
4 siervo. Y el ministro déles licencia y no se la niegue, si los ve idóneos para ser enviados; pues tendrá que dar cuenta al Señor (cf. Lc 16,2) si en esto o en otras cosas procede sin discernimiento.
5 Y los hermanos que van, pueden comportarse entre ellos
6 espiritualmente de dos modos. Uno, que no promuevan disputas y controversias, sino que se sometan a toda humana
7 criatura por Dios (1Pe 2,13) y confiesen que son cristianos. Otro, que, cuando les parezca que agrada al Señor, anuncien la palabra de Dios para que crean en Dios omnipotente, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo, creador de todas las cosas, y en el Hijo, redentor y salvador, y para que se bauticen y hagan cristianos, porque, *a menos que uno renazca del agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios* (cf. Jn 3,5).

8 Esto y otras cosas que agraden al Señor pueden decirles
tanto a ellos como a otros, porque dice el Señor en el Evan-
gelio: *A todo aquel que me confesare delante de los hombres, tam-*
bien yo le confesare delante de mi Padre, que está en los cielos (Mt
9 10,32). Y: *Si uno se avergüenza de mí y de mis palabras, el Hijo del*
hombre se avergonzará de él cuando venga con su gloria, con la del
Padre y la de los ángeles (cf. Lc 9,26).
10 Y todos los hermanos, dondequiera que estén, recuerden
que se dieron y abandonaron sus cuerpos al Señor Jesu-
11 cristo. Y por su amor deben exponerse a los enemigos tanto
visibles como invisibles; porque dice el Señor: *Quien pierda su*
alma por mi causa, la salvará (cf. Lc 9,24) *para la vida eterna*
12 (Mt 25,46). *Dichosos los que padecen persecución por la justicia,*
13 *porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,10). *Si a mí me han*
14 *perseguido, también a vosotros os perseguirán* (Jn 15,20). Y: *Si os*
15 *persiguen en una ciudad, huid a otra* (cf. Mt 10,23). *Dichosos sois*
cuando os odien los hombres, y *os maldigan,* y os persigan, y *os*
excomulgen y reprueben, y rechacen vuestro nombre como malo, y
16 cuando *os achaquen todo mal calumniándoos por mi causa. Ale-*
graos en aquel día y regocijaos (Mt 5,11; Lc 6,22-23), *porque*
17 *vuestra recompensa es mucha en los cielos.* Y yo *os digo a vosotros*
18 *mis amigos: no les cojáis miedo* (cf. Lc 12,4), / *y no tengáis miedo a*
los que matan el cuerpo (Mt 10,28) *y después de esto no tienen más*
19-20 *que hacer* (Lc 12,4). *Mirad, no os turbéis* (Mt 24,6). Pues *en*
21 *vuestra paciencia poseeréis vuestras almas* (Lc 21,19), / y el que
perseverare hasta el fin, éste se salvará (Mt 10,22; 24,13).

Capítulo XVII

Los predicadores

1 Ningún hermano predique sino conforme a las disposi-
ciones de la santa Iglesia y si no se lo ha concedido su minis-
2 tro. Y guárdese el ministro de concedérselo sin discernimien-
to a nadie.
3 Pero todos los hermanos prediquen con las obras.
4 Y ningún ministro o predicador se apropie el ser ministro
de los hermanos o el oficio de la predicación; de forma que,
en cuanto se lo impongan, abandone su oficio sin réplica al-
guna.
Por lo que, en la caridad que es Dios (cf. 1 Jn 4,16), ruego a
todos mis hermanos, predicadores, orantes, trabajadores,
6 tanto clerigos como laicos, / que procuren humillarse en todo,
no gloriarse ni gozarse en sí mismos, ni exaltarse interior-
mente de las palabras y obras buenas; más aún, de ningún
bien que Dios hace o dice y obra alguna vez en ellos y por
ellos, según lo que dice el Señor: *Pero no os alegréis de que los*
espíritus os esten sometidos (Lc 10,20).
7 Y tengamos la firme convicción de que a nosotros no

nos pertenecen sino los vicios y pecados. Y más debemos gozarnos cuando nos veamos asediados de diversas tentaciones (cf. Sant 1,2) y al tener que sufrir en este mundo toda clase de angustias o tribulaciones de alma o de cuerpo por la vida eterna

Guardémonos, pues, todos los hermanos de toda soberbia y vanagloria; y defendámonos de la sabiduría de este mundo y de *la prudencia de la carne* (Rom 8,6), / ya que el espíritu de la carne quiere y se esfuerza mucho por tener palabras, pero poco por tener obras, / y busca no la religión y santidad en el espíritu interior, sino que quiere y desea tener una religión y santidad que aparezca exteriormente a los hombres. Y éstos son aquellos de quienes dice el Señor: *En verdad os digo, recibieron su recompensa* (Mt 6,2). El espíritu del Señor, en cambio, quiere que la carne sea mortificada y despreciada, tenida por vil y abyecta. Y se afana por la humildad y la paciencia, y la pura y simple y verdadera paz del espíritu. Y siempre desea, más que nada, el temor divino y la divina sabiduría, y el divino amor del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Y restituyamos todos los bienes al Señor Dios altísimo y sumo, y reconozcamos que todos son suyos, y démosle gracias por todos ellos, ya que todo bien de El procede. Y el mismo altísimo y sumo, solo Dios verdadero, posea, a El se le tributen y El reciba todos los honores y reverencias, todas las alabanzas y bendiciones, todas las acciones de gracias y la gloria; suyo es todo bien; sólo El es bueno (cf. Lc 18,19).

Y, si vemos u oímos decir o hacer mal o blasfemar contra Dios, nosotros bendigamos, hagamos bien y alabemos a Dios (cf. Rom 11,21), *que es bendito por los siglos* (Rom 1,25) [20].

Capítulo XVIII

Reuniones de los ministros [21]

Cada ministro podrá reunirse con sus hermanos una vez por año, en la fiesta de San Miguel Arcángel, y donde mejor les parezca, para tratar de las cosas que se refieren a Dios. Y todos los ministros, los de ultramar y los ultramontanos una vez cada tres años, y los demás una vez al año, vendrán al capítulo de Pentecostés junto a la iglesia de Santa María de la

[20] Esta doxología paulina, que en algunos códices se cierra con el *Amen*, indica, probablemente, que primitivamente —antes, quizás, del concilio IV de Letrán (1215)— aquí terminaba la descripción de la vida evangélica de los hermanos menores.

[21] Los capítulos inmediatos tienen, probablemente, su origen en el concilio IV de Letrán (1215), en que, entre otras cosas, se pedía a las órdenes religiosas que celebrasen periódicamente capítulos (c.18); se alertaba contra la herejía, albigenses y cátaros (c.19), y se recomendaba a los cristianos la confesión y la comunión (c.20).

Porciúncula, a no ser que el ministro y siervo de toda la fraternidad haya determinado otra cosa.

CAPÍTULO XIX

Los hermanos vivan católicamente

1 Todos los hermanos sean católicos, vivan y hablen católi-
2 camente. Pero, si alguno se aparta de la fe y vida católica en dichos o en obras y no se enmienda, sea expulsado absolu-
3 tamente de nuestra fraternidad. Y tengamos a todos los clérigos y a todos los religiosos por señores en las cosas que miran a la salud del alma y que no se desvían de nuestra Religión; y veneremos en el Señor su orden y oficio y su ministerio.

CAPÍTULO XX

La penitencia y la recepción del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo

1 Y mis hermanos benditos, tanto clérigos como laicos,
2 confiesen sus pecados a sacerdotes de nuestra Religión. Y, si no pueden, confiésenlos a otros sacerdotes discretos y católicos, con la firme convicción y la advertencia de que quedarán absueltos de verdad de sus pecados, cualesquiera sean los sacerdotes católicos de quienes hayan recibido la penitencia y absolución, si procuran cumplir humilde y fielmente la
3 penitencia que les haya sido impuesta. Pero, si entonces no pudieren tener a mano un sacerdote, confiésenlos a un hermano suyo [22], como dice el apóstol Santiago: *Confesaos los pe-*
4 *cados unos a otros* (Sant 5,16). Sin que dejen por eso de acudir al sacerdote, porque sólo a los sacerdotes se les ha concedido
5 el poder de atar y desatar. Y, contritos y confesados de este modo, reciban con gran humildad y veneración el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, recordando lo que el Señor dice: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida*
6 *eterna* (Jn 6,54); y: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22,19).

CAPÍTULO XXI

Exhortación que pueden hacer todos los hermanos

1 Y esta o parecida exhortación y alabanza pueden proclamar todos mis hermanos, siempre que les plazca, ante cualesquiera hombres, con la bendición de Dios:

[22] El texto del apóstol Santiago que se aduce a continuación dio origen a la práctica tradicional, bastante extendida en la Edad Media, de confesar los pecados al hermano en la fe. Práctica que Francisco acepta. La Regla bulada ya no aludirá a ello.

Temed y honrad, alabad y bendecid, *dad gracias* (1Tes 5,18) y adorad al Señor Dios omnipotente en Trinidad y Unidad, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo, creador de todas las cosas. Haced penitencia (cf. Mt 3,2), haced frutos dignos de penitencia (cf. Lc 3,8), que presto moriremos. *Dad, y se os dará.* Perdonad, y se os perdonará (cf. Lc 6,37-38). Y, *si no perdonáis a los hombres sus pecados* (Mt 6,14), el Señor *no os perdonará los vuestros* (Mc 11,25); *confesad* todos *vuestros pecados* (cf. Sant 5,16). Dichosos los que mueren en penitencia, porque estarán en el reino de los cielos. ¡Ay de aquellos que no mueren en penitencia, porque serán *hijos del diablo* (1Jn 3,10), cuyas obras hacen (cf. Jn 8,41), e irán al fuego eterno! (Mt 18,8; 25,41). Guardaos y absteneos de todo mal y perseverad hasta el fin en el bien.

Capítulo XXII

Amonestación de los hermanos [23]

Prestemos atención todos los hermanos a lo que dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y haced el bien a los que os odian* (cf. Mt 5,44), / pues nuestro Señor Jesucristo, cuyas huellas debemos seguir (cf. 1Pe 2,21), llamó amigo al que lo entregaba (cf. Mt 26,50) y se ofreció espontáneamente a los que lo crucificaron. Son, pues, amigos nuestros todos los que injustamente nos causan tribulaciones y angustias, sonrojos e injurias, dolores y tormentos, martirio y muerte; y los debemos amar mucho, ya que por lo que nos hacen obtenemos la vida eterna.

Y odiemos nuestro cuerpo con sus vicios y pecados, porque el diablo quiere que vivamos carnalmente para arrebatarnos el amor de nuestro Señor Jesucristo y la vida eterna, y perderse con todos en el infierno; pues nosotros, por nuestra culpa, somos hediondos, míseros y opuestos al bien, y, en cambio, prestos e inclinados al mal; porque, como dice el Señor en el Evangelio, del corazón proceden y salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, la avaricia, la maldad, el fraude, la impureza, la envidia, los falsos testimonios, las blasfemias, la insensatez (cf. Mc 7,21; Mt 15,10). Todas estas maldades salen de dentro, del corazón del hombre (cf. Mc 7,73), y *éstas son las que manchan al hombre* (Mt 15,20).

Ahora bien, después que hemos abandonado el mundo, ninguna otra cosa hemos de hacer sino seguir la voluntad del Señor y agradarle. Guardémonos mucho de ser el terreno junto al camino, o el pedregoso, o el espinoso, / según lo que dice el Señor en el Evangelio: *La semilla es la palabra de*

[23] Parece probable que este capítulo tenga un carácter testamentario. Puede que San Francisco lo escribiera antes de emprender su viaje al Oriente en 1219.

Dios. Y *la que cayó junto al camino, y fue pisoteada, son los que oyen* la palabra y no la entienden; y en seguida *viene el diablo y roba lo que ha sido sembrado en sus corazones* y *quita* de sus corazones *la palabra, no sea que creyendo se salven.* Y la que cayó en el terreno pedregoso *son los que, al escuchar la palabra, la acogen en seguida con alegría. Pero, cuando surge la tribulación y la persecución a causa de la palabra, inmediatamente se escandalizan,* y éstos no tienen en sí mismos raíces, sino que son temporeros, pues *creen por algún tiempo, pero en el momento de la prueba se retiran. Y la que cayó entre espinas son aquellos que escuchan la palabra de Dios; pero la solicitud y las fatigas de este siglo, y las seducciones de la riqueza, y las concupiscencias de las demas cosas que les penetran, ahogan la palabra* y ellos se tornan infructuosos. Y *la sembrada en buen terreno son aquellos que, escuchando la palabra con corazón bueno y óptimo, la entienden y la retienen, y producen fruto en la paciencia* (Mt 13,19-23; Mc 4,15-19; Lc 8,11-15). Y por eso, nosotros, hermanos, como dice el Señor, dejemos *que los muertos sepulten a sus muertos* (Mt 8,22).

Y guardémonos mucho de la malicia y astucia de Satanás, que quiere que el hombre no tenga su mente y su corazón vueltos a Dios. Y, acechando en torno, desea apoderarse del corazón del hombre, so pretexto de alguna merced o favor, y ahogar la palabra y los preceptos del Señor borrándolos de la memoria, y quiere cegar, por medio de negocios y cuidados seculares, el corazón del hombre, y habitar en él, como dice el Señor: *Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, camina por lugares áridos y secos buscando el reposo; y al no hallarlo dice: Retornaré a mi casa, de donde salí. Y al venir la halla desocupada, barrida y arreglada.* Y *va y toma* a otros siete *espíritus peores que él, y entrando habitan allí; y son las postrimerías de aquel hombre peores que los principios* (Mt 12,43-44; Lc 11,24.26).

Por eso, pues, todos los hermanos estemos muy vigilantes, no sea que, so pretexto de alguna merced, o quehacer, o favor, perdamos o apartemos del Señor nuestra mente y corazón. Antes bien, en la santa caridad que es Dios (cf. 1Jn 4,16), ruego a todos los hermanos, tanto a los ministros como a los otros, que, removido todo impedimento y pospuesta toda preocupación y solicitud, como mejor puedan, sirvan, amen, honren y adoren al Señor Dios, y háganlo con limpio corazón y mente pura, que es lo que El busca por encima de todo; y hagamos siempre en ellos habitación y morada (cf. Jn 14,23) a Aquel que es el Señor Dios omnipotente, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo, que dice: *Vigilad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis considerados dignos de rehuir todos los males que han de venir y de estar en pie ante el Hijo del hombre* (Lc 21,36). *Y, cuando os pongáis en pie para orar* (Mc 11,25), *decid: Padre nuestro, que estás en los cielos* (Mc 11,25; Mt 6,9). Y adorémosle con puro corazón, porque es preciso orar siempre y no desfallecer (Lc 18,1); *pues tales son los ado-*

radores que el Padre busca. Dios es espíritu, y los que lo adoran es preciso que lo adoren en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23-24). Y recurramos a El como al *pastor y obispo de* nuestras *almas* (1Pe 2,25), que dice: *Yo soy el buen pastor, que apaciento a mis ovejas y por mis ovejas doy mi vida. Todos vosotros sois hermanos; y entre vosotros no llaméis a nadie padre sobre la tierra, pues uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Tampoco os llaméis maestros,* pues uno es vuestro maestro, el que está en los cielos (cf. Mt 23,8-10). *Si permanecéis en mí y permanecen mis palabras en vosotros, pedid cuanto queráis, y se os dará* (Jn 15,17). *Donde hay dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18,20). *Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo* (Mt 28,20). *Las palabras que os he hablado, espíritu y vida son* (Jn 6,63). *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6).

Atengámonos, pues, a las palabras, vida y doctrina y al santo Evangelio de quien se dignó rogar por nosotros a su Padre y manifestarnos su nombre, diciendo: *Padre, esclarece tu nombre* (Jn 12,28) *y esclarece a tu Hijo, para que tu Hijo te esclarezca. Padre, he manifestado tu nombre a los hombres que me diste; porque les he dado las palabras que tú me diste, y ellos las han aceptado y han conocido que salí de ti y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no por el mundo, / sino por los que me diste, porque son tuyos y todas mis cosas son tuyas. Padre santo, guarda en tu nombre a los que me diste, para que ellos sean uno, como también lo somos nosotros. Hablo estas cosas en el mundo para que tengan gozo en sí mismos. Yo les he dado tu mensaje; y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del mal. Ensálzalos en la verdad. Tu mensaje es la verdad. Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo. Y por ellos me consagro a mí mismo, para que sean ellos consagrados en la verdad. No ruego sólo por éstos, sino por aquellos que han de creer en mí por su palabra, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste, como me amaste a mí. Y les hare conocer tu nombre, para que el amor con que me amaste este en ellos y yo en ellos. Padre, quiero que los que tú me entregaste estén ellos también conmigo* donde yo estoy *para que contemplen tu gloria* (Jn 17,1.6.8-11.13-15.17-20.23-24.26) en tu reino. Amén.

CAPÍTULO XXIII

Oración y acción de gracias [24]

Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, Padre santo y justo, *Señor* rey *de cielo y tierra* (cf. Mt 11,25), te da-

[24] Es un testimonio de la forma de orar de Francisco: *objetiva:* partiendo de los hechos de Dios en la historia de la salvación; *gratuita:* alabanza, adoración, acción de gracias; *confiada:* petición y súplica; *universal:* con la Iglesia y por toda la Iglesia; *comprometida:* desde la conversión radical del corazón. La 2CtaF 4-62 nos ofrece otro ejemplo de credo proclamado, orado y urgidor de posturas existenciales.

mos gracias por ti mismo, pues por tu santa voluntad, y por medio de tu único Hijo con el Espíritu Santo, creaste todas las cosas espirituales y corporales, y a nosotros, hechos *a tu imagen y semejanza, nos colocaste en el paraíso* (cf. Gén 1,26;
2 2,15). Y nosotros caímos por nuestra culpa.
3 Y te damos gracias porque, al igual que nos creaste por tu Hijo, así, por el santo amor con que nos amaste (cf. Jn 17,26), quisiste que El, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de la gloriosa siempre Virgen beatísima Santa María, y quisiste que nosotros, cautivos, fuéramos redimidos por su cruz, y sangre, y muerte.
4 Y te damos gracias porque este mismo Hijo tuyo ha de venir en la gloria de su majestad a arrojar al fuego eterno a los malditos, que no hicieron penitencia y no te conocieron a ti, y a decir a todos los que te conocieron y adoraron y te sirvieron en penitencia: *Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo* (cf. Mt 25,34).
5 Y porque todos nosotros, míseros y pecadores, no somos dignos de nombrarte, imploramos suplicantes que nuestro Señor Jesucristo, *tu Hijo amado, en quien has hallado complacencia* (cf. Mt 17,5), que te basta siempre para todo y por quien tantas cosas nos has hecho, te dé gracias de todo junto con el Espíritu Santo Paráclito como a ti y a El mismo le agrada. ¡Aleluya!
6 Y a la gloriosa madre y beatísima siempre Virgen María, a los bienaventurados Miguel, Gabriel y Rafael y a todos los coros de los bienaventurados serafines, querubines, tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes, ángeles, arcángeles; a los bienaventurados Juan Bautista, Juan Evangelista, Pedro, Pablo y a los bienaventurados patriarcas, profetas, inocentes, apóstoles, evangelistas, discípulos, mártires, confesores, vírgenes; a los bienaventurados Elías y Enoc y a todos los santos que fueron, y serán, y son, les suplicamos humildemente, por tu amor, que, como te agrada, por estas cosas te den gracias a ti, sumo Dios verdadero, eterno y vivo, con tu queridísimo Hijo nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo Paráclito, por los siglos de los siglos. Amén. ¡Aleluya!
7 Y a cuantos quieren servir al Señor Dios en el seno de la santa Iglesia católica y apostólica y a todos los órdenes siguientes: sacerdotes, diáconos, subdiáconos, acólitos, exorcistas, lectores, ostiarios y a todos los clérigos; a todos los religiosos y religiosas, a todos los conversos y pequeños, a los pobres e indigentes, reyes y príncipes, artesanos y agricultores, siervos y señores, a todas las vírgenes y viudas y casadas, laicos, varones y mujeres, a todos los niños, adolescentes, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, a todos los pequeños y grandes, y a todos los pueblos, gentes, tribus y lenguas (cf. Ap 7,9), a todas las naciones y a todos los hombres de cual-

quier lugar de la tierra que son y serán, humildemente les rogamos y suplicamos todos nosotros, hermanos menores, *siervos inútiles* (Lc 17,10), que todos perseveremos en la verdadera fe y penitencia, porque de otro modo nadie se puede salvar.

8 Amemos todos *con todo el corazon, con toda el alma, con toda la mente, con toda la fuerza* (cf. Mc 12,30) *y poder,* con todo el entendimiento, *con todas las energías,* con todo el empeño, con todo el afecto, con todas las entrañas, con todos los deseos y quereres, al Señor Dios (Mc 12,30 33; Lc 10,27), que nos dio y nos da a todos nosotros todo el cuerpo, toda el alma y toda la vida; que nos creó, nos redimió y por sola su misericordia nos salvará (cf. Tob 13, 5); que nos ha hecho y hace todo bien a nosotros, miserables y míseros, pútridos y hediondos, ingratos y malos.

9 Ninguna otra cosa, pues, deseemos, ninguna otra queramos, ninguna otra nos agrade y deleite, sino nuestro Creador, y Redentor, y Salvador, solo verdadero Dios, que es bien pleno, todo bien, bien total, verdadero y sumo bien; que es el solo bueno, piadoso, manso, suave y dulce; que es el solo santo, justo, veraz, santo y recto; que es el solo benigno, inocente, puro; de quien, y por quien nos viene, y en quien está todo el perdón, toda la gracia, toda la gloria de todos los penitentes y justos, de todos los bienaventurados que gozan juntos en los cielos.

10-11 Nada, pues, impida, nada separe, nada se interponga; nosotros todos, dondequiera, en todo lugar, a toda hora y en todo tiempo, todos los días y continuamente, creamos verdadera y humildemente y tengamos en el corazón y amemos, honremos, adoremos, sirvamos, alabemos y bendigamos, glorifiquemos y sobreexaltemos, engrandezcamos y demos gracias al altísimo y sumo Dios eterno, trinidad y unidad, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo, creador de todas las cosas y salvador de todos los que en El creen y esperan y lo aman; que, sin principio y sin fin, es inmutable, invisible, inenarrable, inefable, incomprensible, inescrutable (cf. Rom 11,33), bendito, loable, glorioso, sobreexaltado (cf. Dan 3,52), sublime, excelso, suave, amable, deleitable y sobre todas las cosas todo deseable por los siglos. Amén.

Capítulo XXIV

Conclusión

1 ¡En el nombre del Señor!

Ruego a todos los hermanos que aprendan el tenor y sentido de las cosas que están escritas en esta vida para la salvación de nuestra alma, y que las traigan frecuentemente a la memoria.

2 Y suplico a Dios que El mismo, que es omnipotente, trino y uno, bendiga a todos los que enseñan, aprenden, tienen, recuerdan y practican estas cosas, cuantas veces repiten y hacen las cosas que aquí están escritas para la salud de nuestra
3 alma; e imploro a todos, besándoles los pies, que las amen mucho, las custodien y las pongan a buen recaudo.
4 Y de parte de Dios omnipotente y del señor papa y por obediencia, yo, el hermano Francisco, mando firmemente e impongo que en estas cosas que han sido escritas en esta vida, nadie suprima ni sobreescriba nada, ni tengan los hermanos otra regla.
5 Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en el principio, y ahora, y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA REGLA (= 2R)

Capítulo I

¡En el nombre del Señor!
Comienza la vida de los hermanos menores

1 La regla y vida de los hermanos menores es ésta: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad.
2 El hermano Francisco promete obediencia y reverencia al señor papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegi-
3 dos y a la Iglesia romana. Y los otros hermanos estén obligados a obedecer al hermano Francisco y a sus sucesores.

Capítulo II

Los que quieren tomar esta vida y
cómo han de ser recibidos

1 Si algunos quieren tomar esta vida y vienen a nuestros hermanos, remítanlos a sus ministros provinciales; a ellos solamente, y no a otros, se conceda la licencia de recibir hermanos.
2 Y los ministros examínenlos diligentemente sobre la fe
3 católica y los sacramentos de la Iglesia. Y si creen todo esto, y quieren profesarlo fielmente, y guardarlo firmemente hasta
4 el fin, / y no tienen mujeres —o, en el caso de tenerlas, también las mujeres han entrado ya en monasterio, o les han dado la licencia con la autorización del obispo diocesano, emitido ya el voto de continencia y siendo las mujeres de
5 edad tal que de ellas no pueda originarse sospecha—, / dí-

ganles la palabra del santo Evangelio (cf. Mt 19,21): que vayan y vendan todo lo suyo y procuren distribuírselo a los
6 pobres. Y, si no pueden hacerlo, les es suficiente la buena voluntad.
7 Y guárdense los hermanos y sus ministros de tener solicitud por las cosas temporales de ellos, a fin de que hagan
8 libremente de las mismas cuanto el Señor les inspire. Con todo, si se requiere un consejo, están autorizados los ministros para remitirlos a algunas personas temerosas de Dios, con cuyo consejo distribuyan sus bienes a los pobres.
9 Después, concédanles las prendas del tiempo de la probación; o sea: dos túnicas sin capucha, y cordón, y calzones, y
10 capotillo hasta el cordón; a no ser que a los mismos ministros les parezca alguna vez otra cosa según Dios.
11 Y, cumplido el año de la probación, sean recibidos a la obediencia, prometiendo guardar siempre esta vida y regla.
12 Y de ningún modo les estará permitido salir de esta Religión,
13 según el mandato del señor papa; porque, según el santo Evangelio, *ninguno que pone mano al arado y mira atrás es apto para el reino de Dios* (Lc 9,62).
14 Y los que ya han prometido obediencia, tengan una túnica con capucha y otra sin capucha los que quieran tenerla.
15 Y quienes están apremiados por la necesidad pueden llevar
16 calzado. Y todos los hermanos vistan ropas viles y puedan, con la bendición de Dios, remendarlas de sayal y de otros retales.
17 Amonesto y exhorto a todos ellos a que no desprecien ni juzguen a quienes ven que se visten de prendas muelles y de colores y que toman manjares y bebidas exquisitos; al contrario, cada uno júzguese y despréciese a sí mismo.

Capítulo III

El oficio divino, el ayuno y cómo han de ir los hermanos por el mundo

1 Los clérigos recen el oficio divino según la ordena-
2 ción de la santa Iglesia romana, / a excepción del salterio,
3 desde que puedan tener breviarios [1] Y los laicos digan veinticuatro *padrenuestros* por maitines; por laudes, cinco; por prima, tercia, sexta y nona, por cada una de estas horas,
4 siete; por vísperas, doce, y por completas, siete. Y oren por los difuntos.
5 Y ayunen desde la fiesta de Todos los Santos hasta la
6 Navidad del Señor. Sin embargo, los que ayunen voluntariamente la santa cuaresma que comienza en la Epifanía y

[1] El «ex quo» del original podría también traducirse en sentido causal: «por lo que».

se prolonga cuarenta días continuos la que consagró el Señor con su santo ayuno– sean benditos del Señor; y no
7 sean obligados a ayunarla los que no quieren; pero la otra,
8 que dura hasta la Resurrección del Señor, ayúnenla. En otros tiempos, en cambio, no están obligados a ayunar sino
9 los viernes. Con todo, en tiempo de manifiesta necesidad no están obligados los hermanos al ayuno corporal.
10 Aconsejo, amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a mis hermanos que, cuando van por el mundo [2], no litiguen ni contiendan de palabra (cf. 2Tim 2,14) ni juzguen a otros;
11 sino sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humil-
12 des, hablando a todos decorosamente, como conviene. Y no deben cabalgar sino apremiados por una manifiesta necesi-
13 dad o enfermedad. En toda casa en que entren digan pri-
14 mero: *Paz a esta casa* (cf. Lc 10,5). Y les está permitido, según el santo Evangelio, comer de todos los manjares que se les sirven (cf. Lc 10,8) [3].

Capítulo IV

Los hermanos no reciban dinero

1 Mando firmemente a todos los hermanos que de ningún modo reciban dinero o pecunia ni por sí mismos ni por in-
2 termediarios. Sin embargo, únicamente los ministros y custodios provean con cuidado solícito, por medio de amigos espirituales, a las necesidades de los enfermos y al vestido de los hermanos, teniendo en cuenta los lugares, las épocas y las
3 regiones frías, como vean que lo aconseja la necesidad; dejando siempre a salvo, como se ha dicho, el no recibir dinero o pecunia.

Capítulo V

Modo de trabajar

1 Aquellos hermanos a quienes ha dado el Señor la gracia
2 del trabajo, trabajen fiel y devotamente [4], / de forma tal, que,

[2] No es una alusión a meras salidas esporádicas de los lugares en que se establecían los hermanos menores. Con esa expresión se refiere a su condición habitual de itinerantes.

[3] La libertad del consejo evangélico que Francisco ofrece a sus hermanos en este versículo, extraña en aquel tiempo y hasta escandalosa, revela de nuevo la opción de Francisco por el Evangelio antes que por ninguna otra tradición o ley humana. También es fácil que quiera ser una afirmación neta, frente a los cátaros, de la bondad de todos los alimentos.

[4] En el original, «fideliter et devote». Según el significado primitivo de «fideliter», podría también traducirse «con espíritu de fe y entrega a la voluntad divina».

evitando el ocio, que es enemigo del alma, no apaguen el espíritu (1Tes 5,19) de la santa oración y devoción, a cuyo
3 servicio deben estar las demás cosas temporales. Y como remuneración del trabajo acepten, para sí y para sus hermanos, las cosas necesarias para la vida corporal, pero no dinero o
4 pecunia; y esto háganlo humildemente, como corresponde a quienes son siervos de Dios y seguidores de la santísima pobreza.

Capítulo VI

Nada se apropien los hermanos, la mendicación y los hermanos enfermos

1 Los hermanos no se apropien nada para sí, ni casa, ni lugar, ni cosa alguna [5].
2 Y, cual peregrinos y forasteros en este siglo (cf. Gén 23,4; Sal 38,13; 1Pe 2,11), que sirven al Señor en pobreza y hu-
3 mildad, vayan por limosna confiadamente. Y no tienen por qué avergonzarse, pues el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo (cf. 2Cor 8,9).
4 Esta es la excelencia de la altísima pobreza, la que a vosotros, mis queridísimos hermanos, os ha constituido en herederos y reyes del reino de los cielos, os ha hecho pobres en
5 cosas y os ha sublimado en virtudes (cf. Sant 2,5). Sea ésta vuestra porción [6], la que conduce a la tierra de los vivien-
6 tes (cf. Sal 141,6). Adheridos enteramente a ella, hermanos amadísimos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, jamas tengáis otra cosa bajo el cielo.
7 Y dondequiera que estén y se encuentren unos con otros los hermanos, condúzcanse mutuamente con familiaridad
8 entre sí. Y exponga confiadamente el uno al otro su necesidad, porque si la madre nutre y quiere a su hijo carnal (cf. 1Tes 2,7), ¿cuánto más amorosamente debe cada uno querer y nutrir a su hermano espiritual?
9 Y si alguno de los hermanos cae enfermo, los otros hermanos le deben servir como quisieran ellos ser servidos (cf. Mt 7,12).

[5] La pobreza que Francisco impone no es sólo individual; lo es también comunitaria. La fraternidad como tal debe aparecer ceñida de pobreza, sin nada propio. La pobreza ha de ser el testimonio de que la fraternidad aspira decididamente a la herencia del reino y el espacio libre en que puede desenvolverse todo el que se acerque a la fraternidad (1R 7,13).

[6] Francisco cita aquí un verso de uno de los salmos de los pobres, que, según 2C 214-17, gustaba de rezar.

Capítulo VII

Penitencia que se ha de imponer a los hermanos que pecan

1 Si algunos de los hermanos, por instigación del enemigo, incurren en aquellos pecados mortales de los que está determinado entre los hermanos que se recurra a solos los ministros provinciales, están obligados dichos hermanos a recurrir a ellos cuanto antes puedan, sin demora.

2 Y los ministros mismos, si son presbíteros, impónganles la penitencia con misericordia; pero, si no lo son, hagan que se la impongan otros sacerdotes de la Orden, como les parezca
3 que mejor conviene según Dios. Y deben evitar airarse y conturbarse por el pecado que alguno comete, porque la ira y la conturbación son impedimento en ellos y en los otros para la caridad.

Capítulo VIII

Elección del ministro general de esta fraternidad y capítulo de Pentecostés

1 Todos los hermanos estén obligados a tener siempre por ministro y siervo general de toda la fraternidad a uno de los hermanos de esta Religión, y estén obligados firmemente a obedecerle.

2 Cuando éste fallezca, hágase la elección del sucesor por los ministros provinciales y custodios en el capítulo de Pentecostés; y a este capítulo deban siempre concurrir los ministros provinciales, dondequiera que lo estableciere el ministro
3 general; y esto han de hacerlo una vez cada tres años, o en otro término de tiempo mayor o menor, como lo haya ordenado el dicho ministro.

4 Y si alguna vez parece claro al conjunto de los ministros provinciales y custodios que el dicho ministro es insuficiente para el servicio y utilidad común de los hermanos, estén obligados los referidos hermanos, a quienes se ha confiado la elección, a elegirse en el nombre del Señor otro para custodio [7].

5 Y después del capítulo de Pentecostés puede cada uno de los ministros y custodios, si quiere y le parece conveniente, convocar a sus hermanos una vez ese mismo año a capítulo en su custodia.

[7] «Custodio» no tiene aquí el significado de custodio ni vicario en contraposición al ministro general, sino que es equivalente a este último término.

Capítulo IX

Los predicadores

1 Los hermanos no prediquen en la diócesis de un obispo cuando éste se lo haya prohibido.
2 Y ninguno de los hermanos se atreva absolutamente a predicar al pueblo, si no ha sido examinado y aprobado por el ministro general de esta fraternidad, y éste no le ha concedido el oficio de la predicación.
3 Amonesto además y exhorto a estos mismos hermanos a que, cuando predican, sean *ponderadas y limpias sus expresiones*
4 (cf. Sal 11,7; 17,31), / para provecho y edificación del pueblo, pregonando los vicios y las virtudes, la pena y la gloria, con brevedad de lenguaje, porque palabra sumaria hizo el Señor sobre la tierra (cf. Rom 9,28).

Capítulo X

Amonestación y corrección de los hermanos

1 Los hermanos que son ministros y siervos de los otros visiten y amonesten a sus hermanos, y corríjanlos humilde y caritativamente, y no les manden nada que esté en contra de su alma y de nuestra Regla.
2 Pero los hermanos que son súbditos recuerden que re-
3 nunciaron por Dios a los propios quereres. Por lo cual, les mando firmemente que obedezcan a sus ministros en todo lo que al Señor prometieron guardar y no está en contra del alma y de nuestra Regla.
4 Y dondequiera que haya hermanos que sepan y conozcan que no pueden guardar espiritualmente la Regla, deben y
5 pueden recurrir a sus ministros. Y los ministros acójanlos caritativa y benignamente, y tengan para con ellos una familiaridad tan grande, que puedan los hermanos hablar y comportarse con los ministros como los señores con sus siervos;
6 pues así debe ser, que los ministros sean siervos de todos los hermanos.
7 Amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a que se guarden los hermanos de toda soberbia, vanagloria, envidia, avaricia (cf. Lc 12,15), preocupación y solicitud de este mundo (cf. Mt 13,22), difamación y murmuración, y no se preo-
8 cupen de hacer estudios los que no los hayan hecho. Aplíquense,
9 en cambio, a lo que por encima de todo deben anhelar: tener el espíritu del Señor y su santa operación [8], orar continuamente al

[8] Según 2C 193, para Francisco, el Espíritu Santo era el verdadero ministro general; desde esta visión, Francisco defendía la igualdad fraterna de todos en la Orden y la supremacía del Espíritu Santo sobre cualquier autoridad humana. «¡No

Señor con un corazón puro, y tener humildad y paciencia en la persecución y en la enfermedad, y amar a los que nos persiguen y reprenden y acusan, / porque dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen y calumnian* (cf. Mt 5,44). *Dichosos los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,10). *Y quien persevere hasta el fin, este se salvará* (Mt 10,22).

Capítulo XI

Los hermanos no entren en monasterios de monjas

Mando firmemente a todos los hermanos que no tengan sospechoso trato o consejos de mujeres; y que no entren en monasterios de monjas, fuera de aquellos hermanos que tienen una licencia especial concedida por la Sede Apostólica; tampoco se hagan padrinos de varones o de mujeres, ni con esta ocasión se origine escándalo entre los hermanos o acerca de ellos.

Capítulo XII

Los que van entre sarracenos y otros infieles

Aquellos hermanos que quieren, por inspiración divina, ir entre sarracenos y otros infieles, pidan para ello la licencia a sus ministros provinciales. Pero los ministros no otorguen la licencia para ir sino a los que vean que son idóneos para ser enviados.

Además: impongo por obediencia a los ministros que pidan al señor papa un cardenal de la santa Iglesia romana que sea gobernador, protector y corrector de esta fraternidad; para que, siempre sumisos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica (Col 1,23), guardemos la pobreza y la humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que firmemente prometimos.

REGLA PARA LOS EREMITORIOS (= REr)

En la Regla primera, la no bulada, decía Francisco a sus hermanos: «ruego a todos mis hermanos, predicadores, orantes, trabajadores..., que procuren humillarse en todo, no gloriarse... de las palabras y obras... que

hay más que un Señor!», vuelve a decir Francisco, recordando el principio de la Regla (2R 1). Aquí se nos ofrece, en realidad, lo más hondo y original de la visión religiosa de Francisco, igual que sus principales dimensiones: gratuita, vital, dinámica.

Dios hace o dice y obra... en ellos y por ellos» [1]. *Estas palabras indican que ya para 1221 había hermanos que daban una primacía tal a la oración, que los diversificaba y distinguía. Primacía que, por lo demás, encajaba perfectamente dentro de la fundamental y unificadora opción evangélica, supuesta la libertad con que Francisco la hizo forma de vida.*

Para estos hermanos compuso, hacia 1217/21, esta pequeña Regla, que ha llegado a nosotros sin retoque ni arreglo de estilo, sabiendo a sencillez y suponiendo una familia entretejida por la preocupación del reino de Dios (v.3) [2] *y el cuidado maternal de los hermanos, «que hace de Marta» (v.8)* [3]. *¡Todo el misterio de la comunión y fraternidad cristiana: el reino que convoca, y que urge además al cuidado y amor mutuo!*

Y ésa es precisamente la originalidad de esta Regla y de la vida eremítica entre los hermanos menores: la conjugación y alternancia entre la vida de María y la vida de Marta, desconocida de otras experiencias eremíticas.

1 Los que quieran llevar vida religiosa en eremitorios, sean tres hermanos o, a lo más, cuatro. Dos sean madres y tengan dos hijos, o, al menos, uno.

2 Los dos que son madres sigan la vida de Marta, y los dos hijos sigan la vida de María (cf. Lc 10,38-42). Y tengan un claustro, y en él cada uno su celdita, para orar y dormir.

3 Y digan siempre las completas de día en cuanto se ponga el sol; y procuren guardar silencio; y digan sus horas; y levántense a la hora de maitines; y *busquen primero el reino de Dios y su justicia* (Mt 6,33).

4 Y digan prima a la hora conveniente, y después de tercia interrumpan el silencio y puedan hablar e ir a sus madres.

5 Y, cuando les agrade, puedan pedir limosna a las madres, como pobres pequeñuelos, por el amor del Señor Dios.

6 Y después digan sexta y nona; y digan vísperas a la hora conveniente.

7 Y en el claustro donde moran no permitan que entre ninguna persona ni coman en él.

8 Los hermanos que son madres procuren permanecer lejos de toda persona, y por obediencia a su ministro protejan a sus hijos de toda persona, para que nadie pueda hablar con ellos.

9 Y los hijos no hablen con ninguna persona, sino con sus madres y con su ministro y custodio, cuando éste tuviera a bien visitarlos con la bendición del Señor Dios.

10 Pero los hijos tomen a veces el oficio de madres, tal como les pareciere establecer los turnos para alternarse de manera que procuren guardar solícita y esmeradamente todo lo dicho anteriormente.

[1] 1R 17,5-6.
[2] Cf. 1R 2,10; 22,55; 2R 2,13.
[3] Cf. 2R 6,8.

FORMA DE VIDA PARA SANTA CLARA (= FVCl)

«Camino se nos hizo el Hijo de Dios, que con la palabra y el ejemplo nos ha mostrado y enseñado nuestro bienaventurado padre Francisco, verdadero amante e imitador suyo» [1] *Así resume Clara la doble fuente, única al fin, de su prisa y caminar, que comenzó la noche del 18 al 19 de marzo de 1212. Un fragmento de la* Forma de vida *nos lo ha conservado santa Clara en el capítulo 6 de su Regla. Su composición ha de colocarse en fechas próximas a su traslado a San Damián; le acompañaban ya algunas hermanas; era en 1212 o a principios de 1213.*

Un tema fundamental acapara el escrito: el tema de todas las páginas de Francisco, por ser el de sus íntimas convicciones y de sus arriesgados compromisos: la perfección del santo Evangelio (v.1) [2]*, que al que la elige introduce en el misterio indecible de la comunión con Dios: ser hijas y siervas del Padre y esposas del Espíritu Santo (v.1)* [3]*; y que hermana, y por ello responsabiliza a Francisco y a los suyos de las señoras pobres, las hermanas de San Damián (v.2)* [4].

1 Ya que, por divina inspiración, os habéis hecho hijas y siervas del altísimo sumo Rey Padre celestial y os habéis desposado con el Espíritu Santo, eligiendo vivir según la perfec-
2 ción del santo Evangelio, / quiero y prometo dispensaros siempre, por mí mismo y por medio de mis hermanos, y como a ellos, un amoroso cuidado y una especial solicitud.

NORMAS SOBRE EL AYUNO A SANTA CLARA (= NACl)

Santa Clara nos dice en su testamento refiriéndose a Francisco: «Durante su vida no se contentó con exhortarnos con muchas pláticas y ejemplos al amor y observancia de la santísima pobreza, sino que nos entregó muchos escritos, para que, después de su muerte, de ninguna manera nos apartemos de ella» [1] *Aunque el escrito que comentamos no haga referencia a la pobreza, es, sin duda, uno de los que Francisco dirigió a las hermanas pobres de San Damián y con el que cumplía su compromiso de tener siempre cuidado de ellas* [2].

En él, según el resumen que hace Clara a la beata Inés de Praga, Francisco dio a las hermanas de San Damián una serie de normas a seguir en su vida de penitencia, de la que el ayuno quería ser una expresión: como de acogida y de silencio del cuerpo frente al misterio de Dios que se nos ha dado y da continuamente, misterio que, como repiten una y

[1] Test de Clara 1.
[2] Cf. BenBer 2.
[3] Cf. 2CtaF 47-53.
[4] Cf. UltVol.

[1] OMAECHEVARRÍA, *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos* (Madrid, BAC, 1971) p.270.
[2] FVCl 2.

otra vez Francisco y Clara, es la explicación y razón de sus vidas [3]. *A pesar de lo escueto del resumen, tres puntos nos parecen suficientemente subrayados por Francisco: su habitual delicadeza para con aquellos que ocupan —hermanos y hermanas— el primer lugar de la fraternidad; en este caso, las débiles y enfermas (v.2)* [4]*; su respeto a la libertad individual, presente tantas veces en sus escritos (v.3)* [5]*; y el valor y sentido que tienen para él las fiestas cristianas, en las que el gozo de Dios es nuestra alegría, por lo que no les obliga al ayuno (v.4-5)* [6].

1 Ahora paso a responder a tu caridad acerca de las cuestiones que me pediste te explicara, a saber, cuáles son las fiestas que tal vez, como opino que en cierto modo es lo que tú piensas, nuestro glorioso padre San Francisco nos aconsejó que celebráramos especialmente con variedad de manja-
2 res. Sepa, pues, tu prudencia que, exceptuadas las débiles y enfermas, para con las cuales nos aconsejó y ordenó que procediéramos con toda la discreción posible, proporcionándoles cualquier género de manjares, ninguna de las que estamos sanas y fuertes deberíamos tomar sino comidas cuaresmales, ayunando todos los días, tanto en los feriales como en los festivos, fuera de los domingos y del día de Navidad,
3 en los que podríamos comer dos veces al día; y los jueves, en los tiempos acostumbrados, según la voluntad de cada una, de modo que no estuviera obligada a ayunar quien no
4 quisiera hacerlo. Mas nosotras las sanas ayunamos todos los
5 días, fuera de los domingos y de la Navidad. Y tampoco estamos obligadas a ayunar en las Pascuas, como lo ordena el escrito de San Francisco; ni en las festividades de Santa María y de los santos apóstoles, a no ser que caigan en viernes;
6 salvo, empero, que, como queda dicho arriba, las que estamos sanas y fuertes sólo tomamos comidas cuaresmales.

[3] 1R 23,8; etc.
[4] Cf. 2C 22.175-176.
[5] Cf. 1R 3,12-13; 8,9; 9,13; 2R 2,7.9; 3,6, etc.
[6] Cf. 1R 3; 2R 3.

ULTIMAS RECOMENDACIONES

Hay una serie de escritos que comprendemos bajo el enunciado de *Ultimas recomendaciones,* porque San Francisco inculca en ellos, en formas diversas, la fidelidad al Evangelio y al modo de vida profesado por inspiración divina. Ocupa el primer puesto el testamento propiamente dicho.

Testamento.
Testamento de Siena.
Bendición al hermano Bernardo.
Exhortación cantada a Santa Clara y sus hermanas.
Ultima voluntad a Santa Clara.

TESTAMENTO (= Test)

El testamento propiamente dicho señala una cumbre entre los escritos de Francisco. Es el más personal, el más autobiográfico y de los más suyos, si es posible hablar así. Es un escrito clave, cifra y decantador de todos los otros. Y además, no lo olvida Francisco, es una gracia (v.39).

Si alguno hay que amar y saber de memoria y corazón, sería este. Para el hermano menor es el atestado de nuestra vida y regla antes de que fuese escrita, cuando sólo era un puñado de existencias y biografías enlazadas por la gracia de la penitencia y del Evangelio. Y eso intenta Francisco al dictarlo: despertar la fidelidad de sus hermanos a «la vida según el Evangelio» (v.34).

No se da entre los autores absoluta unanimidad ni en cuanto al lugar donde fue escrito ni en cuanto al tiempo. Agosto-septiembre de 1226 o los últimos días de su vida son las fechas preferidas. Y, por lo que respecta al lugar, la Porciúncula.

No resulta difícil una lectura del testamento, a pesar de la sorpresa de su inesperada riqueza; Francisco ha ordenado, en cierto modo, las ideas alrededor de dos puntos:

—primero, el recuerdo *de la historia del Señor con él y el de la suya y sus hermanos con el Señor. Lo que supone una visión de su existencia como iniciativa soberana, gratuita y madrugadora del Señor que «dice y hace todo bien»* [1]. *Francisco es consciente de haber sido asaltado por el Señor a través de esos distintos momentos teologales —lo lanzan y a la vez lo centran irremediablemente en El—, que son la conversión o el comenzar a hacer penitencia (v.1), el conducirle el Señor a los leprosos (v.2), la fe en las iglesias (v.4), la fe en los sacerdotes (v.6-13), el don de los hermanos (v.14), la revelación del Evangelio como forma de vida (v.14)*

[1] 1R 17,6.

y del saludo de paz al entrar en las casas (v.23). Don repetido del Señor, que inevitablemente lo convertían en acogida y respuesta; lo convertían en don consciente y personal y en restitución al que todo lo da [2]. *Lo dice la repetida primera persona con que Francisco señala su propio protagonismo frente a las intervenciones del Señor en su vida, que hicieron de él el convertido que nunca acaba de convertirse (v.1)* [3]; *el padre de los pobres (v.2-3)* [4]; *el hombre oración (v.4-5)* [5]; *el hombre a los pies de la Iglesia (v.6-13)* [6]; *el hombre servidor de todos (v.14); el hombre evangélico (v.14-15)* [7] *y el heraldo de la paz (v.23)* [8].

Su respuesta provocó también la de sus hermanos, que en la escucha del Evangelio fueron acontecimiento y don del Señor alrededor de Francisco (v.15-16) [9]. *El Evangelio los despojó de todo en favor de los pobres (v.16-17)* [10]; *los consagró al culto y liturgia de Dios (v.8)* [11]; *los obligó a la sencillez y sujeción frente a los demás hombres (v.19)* [12]; *los hizo optar por una vida de trabajo (v.20-22)* [13]; *les encargó una misión de paz (v.23)* [14]; *les impuso un tenor de vida que en su precariedad proclamase la peregrinación e itinerancia (v.24)* [15]; *los dejó sin más apoyo ni privilegio que el no tenerlo, les confirió la real eficacia apostólica de hacer penitencia; errantes* [16], *los puso bajo el poder y seguridad del Dios que bendice (v.25-26) y que está presente en el servicio de los hermanos ministros, custodios y guardianes (v.27-33)* [17];

—*segundo, la* amonestación: *todo lo anterior no es otra regla (v.34); es sólo ejemplo y urgencia de fidelidad a lo que únicamente le interesaba: la vida al aire y ritmo del Evangelio, «la Regla que prometimos al Señor» (v.34), y que, habiendo sido vocación y experiencia suya y de sus primeros hermanos, debería seguir siendo siempre lectura y santa operación, pura y simple (v.39). Fidelidad que hará realidad perpetua y total el suceso salvador que la Regla supone y significa: la acción del Dios que da, que conduce, que revela y que bendice, Padre, Hijo y Espíritu Santo (v.40-41)* [18].

1 El Señor me dio [1] de esta manera, a mí el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia [2]; en efecto, como es-
2 taba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el

[2] 1R 17,17.
[3] Cf. 1C 103.
[4] Cf. 1C 76.
[5] Cf. 2C 95.
[6] Cf. TC 57.
[7] Cf. 1C 89.
[8] Cf. 1C 23.
[9] Cf. 1R 1,1; 2R 1,1.
[10] Cf. 1R 2,4; 2R 2,5.
[11] Cf. 1R 3; 2R 3.
[12] Cf. 1R 7; 2R 3,10-14.
[13] Cf. 1R 7; 2R 5.
[14] Cf. 1R 14; 2R 3,13.
[15] Cf. 1R 14; 2R 3,10-14.
[16] TC 45.
[17] Cf. 1R 4; 2R 10.
[18] Cf. 1R 17,22-23.

[1] Es el estribillo que repite una y otra vez en el testamento, y que en cierta manera resume lo que ha sido su vida; dando una mirada retrospectiva a ella, no sabe definirla sino como don de Dios. Y así resalta en su conciencia el Dios-Bien, el Dios todopoderoso. Por eso, podrá decir, apoyado en su propia experiencia, que el Señor ha enviado al mundo a los hermanos menores para que hagan saber a los hombres que «no hay otro omnipotente sino él» (CtaO 9).

[2] La penitencia es el retorno a Dios. Pero, como muy bien subraya Francisco, en ese retorno actúan juntos Dios y el hombre, dos protagonistas necesarios en el camino de la penitencia. Esta coloca al hombre del lado del Evangelio y lo introduce en la nueva existencia que caracteriza al cristiano. La penitencia es más postura que

Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con
3 ellos la misericordia. Y, al separarme de los mismos, aquello
que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y
cuerpo; y, después de esto, permanecí un poco de tiempo y
salí del siglo [3].
4 Y el Señor me dio una fe tal en las iglesias, que oraba y
5 decía así sencillamente: Te adoramos, Señor Jesucristo,
también en todas tus iglesias que hay en el mundo entero y
te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al
mundo.
6 Después de esto, el Señor me dio, y me sigue dando, una
fe tan grande en los sacerdotes que viven según la norma de
la santa Iglesia romana, por su ordenación [4], que, si me viese
7 perseguido, quiero recurrir a ellos. Y si tuviese tanta sabidu-
ría como la que tuvo Salomón y me encontrase con algunos
pobrecillos sacerdotes de este siglo, en las parroquias en que
8 habitan no quiero predicar al margen de su voluntad. Y a
estos sacerdotes y a todos los otros quiero temer, amar y hon-
9 rar como a señores míos. Y no quiero advertir pecado en
ellos, porque miro en ellos al Hijo de Dios y son mis señores.
10 Y lo hago por este motivo: porque en este siglo nada veo
corporalmente del mismo altísimo Hijo de Dios sino su santí-
simo cuerpo y santísima sangre, que ellos reciben y solos
11 ellos administran a otros. Y quiero que estos santísimos mis-
terios sean honrados y venerados por encima de todo y colo-
12 cados en lugares preciosos. Y cuando encuentre en lugares
indebidos los santísimos nombres y sus palabras escritas,
quiero recogerlos, y ruego que se recojan y se coloquen en
13 lugar decoroso. Y debemos también honrar y tener en vene-
ración a todos los teólogos y a los que nos administran las
santísimas palabras divinas, como a quienes nos administran
espíritu y vida (cf. Jn 6,64).
14 Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mos-
traba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló
15 que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo lo
hice escribir en pocas palabras y sencillamente y el señor
papa me lo confirmó.
16 Y los que venían a tomar esta vida, daban a los pobres *todo
lo que podían tener* (Job 1,3), y se contentaban con una túnica,
remendada por dentro y por fuera; con el cordón y los cal-

meta. Postura habitual que acapara la vida entera y la define. Por eso, los primeros hermanos eran conocidos como los *varones penitentes de Asís* (TC 37). La penitencia ha de ser actitud existencial fundamental que caracteriza al hombre del Evangelio (1R 23,4; 1CtaF 1,4; 2CtaF 25).

[3] Según el movimiento de las frases anteriores, el «salí del siglo» subraya el término del proceso de conversión de Francisco: la opción por el Evangelio, que, inevitablemente, lo coloca al margen de las preocupaciones que lo absorbían hasta entonces.

[4] Subravado, intencionado quizá, de Francisco contra los cataros y albigenses, que negaban legitimidad a la Iglesia jerárquica si no poseía la santidad o la vida apostólica, como ellos decían.

17-18 zones. Y no queríamos tener más. El oficio lo decíamos los clérigos al modo de los otros clérigos, y los laicos decían *padrenuestros;* y bien gustosamente permanecíamos en iglesias.
19 Y éramos indoctos y estábamos sometidos a todos.

20 Y yo trabajaba con mis manos, y quiero trabajar; y quiero firmemente que todos los otros hermanos trabajen en algún
21 oficio compatible con la decencia. Los que no lo saben, que lo aprendan, no por la codicia de recibir la paga del trabajo,
22 sino por el ejemplo y para combatir la ociosidad. Y cuando no nos den la paga del trabajo, recurramos a la mesa del
23 Señor [5], pidiendo limosna de puerta en puerta. El Señor me reveló que dijésemos este saludo: El Señor te dé la paz.

24 Guárdense los hermanos de recibir en modo alguno iglesias, moradas pobrecillas, ni nada de lo que se construye para ellos, si no son como conviene a la santa pobreza que prometimos en la Regla, hospedándose siempre allí como forasteros y peregrinos (cf. Gén 23,4; Sal 38,13; 1Pe 2,11).

25 Mando firmemente por obediencia a todos los hermanos que, estén donde estén, no se atrevan a pedir en la curia romana, ni por sí ni por intermediarios, ningún documento en favor de una iglesia o de otro lugar, ni so pretexto de
26 predicación, ni por persecución de sus cuerpos; sino que, si en algún lugar no son recibidos, márchense a otra tierra a hacer penitencia con la bendición de Dios.

27 Y quiero firmemente obedecer al ministro general de
28 esta fraternidad y al guardián que le plazca darme. Y de tal modo quiero estar cautivo en sus manos, que no pueda ir o hacer fuera de la obediencia y de su voluntad, porque es mi
29 señor. Y, aunque soy simple y enfermo, quiero, sin embargo, tener siempre un clérigo que me recite el oficio como se con-
30 tiene en la Regla. Y todos los otros hermanos estén obligados a obedecer de este modo a sus guardianes y a decir el oficio
31 según la Regla. Y a los que se descubra que no rezan el oficio según la Regla y quieren variarlo de otro modo, o que no son católicos, todos los hermanos, sea donde sea, estén obligados por obediencia, dondequiera que hallen a uno de éstos, a presentarlo al custodio más cercano del lugar donde
32 lo descubran. Y el custodio esté firmemente obligado, por obediencia, a custodiarlo fuertemente, como a hombre en prisión día y noche, de manera que no pueda ser arrebatado de sus manos hasta que en propia persona lo consigne en
33 manos de su ministro. Y el ministro esté firmemente obligado, por obediencia, a remitirlo por medio de tales hermanos, que lo custodien día y noche como a hombre en pri-

[5] La expresión «mesa del Señor» revela el sentido agudo de dependencia de Dios con que Francisco vivía los diversos aspectos de su vida. La limosna, además de ser medio de subsistencia, encierra una profunda razón teologal: Dios, el gran limosnero, en cuyas manos nos encontramos, nos convida a su mesa.

sión, hasta que lo lleven a la presencia del señor de Ostia, que es el señor, protector y corrector de toda la fraternidad.

34 Y no digan los hermanos: Esta es otra Regla; porque ésta es una recordación, amonestación y exhortación, y es mi testamento, que yo, el hermano Francisco, pequeñuelo, os hago a vosotros, mis benditos hermanos, para que mejor guardemos católicamente la Regla que prometimos al Señor.

35 Y el ministro general y todos los otros ministros y custodios estén obligados, por obediencia, a no añadir ni quitar
36 nada en estas palabras. Y tengan siempre consigo este escrito
37 junto a la Regla. Y en todos los capítulos que celebran,
38 cuando leen la Regla, lean también estas palabras. Y a todos mis hermanos, clérigos y laicos, mando firmemente, por obediencia, que no introduzcan glosas [6] en la Regla ni en
39 estas palabras, diciendo: Esto quieren dar a entender; / sino que así como me dio el Señor decir y escribir sencilla y puramente la Regla y estas palabras, del mismo modo las entendáis sencillamente y sin glosa, y las guardéis con obras santas hasta el fin.

40 Y todo el que guarde estas cosas, sea colmado en el cielo de la bendición del altísimo Padre, y sea colmado en la tierra de la bendición de su amado Hijo, con el santísimo Espíritu Paráclito y con todas las virtudes de los cielos y con todos los
41 santos. Y yo el hermano Francisco, vuestro pequeñuelo siervo, os confirmo cuanto puedo, interior y exteriormente, esta santísima bendición.

TESTAMENTO DE SIENA (= TestS)

La Leyenda de Perusa *ha tomado nota del hecho y de las circunstancias del dictado de este testamento. Dice así: «Una tarde sintió ganas de vomitar debido a sus males de estómago. Los esfuerzos que hizo fueron tan grandes, que empezó a echar sangre, y continuó echándola toda la noche hasta la madrugada. Viendo sus compañeros que casi moría por la debilidad y por los dolores de la enfermedad, con inmensa pena y llorando le dijeron: 'Padre, bendícenos y bendice a todos tus hermanos'... El les dijo: 'Que se acerque a mí el hermano Benito de Piratro'... Acercándose el hermano, el bienaventurado Francisco le dijo: 'Escribe...'»* [1]

El dictado de este testamento tuvo lugar en abril-mayo de 1226.

El texto propiamente dicho del testamento es de una rapidez y concisión extremas. Francisco ha logrado resumir como nunca. Tres palabras.

[6] Francisco quiere evitar todo comentario que falsee el sentido original de la vocación a la que ha sido llamado por revelación del Altísimo.

[1] LP 59

Pero nos parece que no ha reducido. Las tres palabras atman con las principales y esenciales actitudes que la vida del Evangelio de Jesucristo [2] *impone al hermano menor: la fraternidad —«que se amen mutuamente», dice él—, que es revelación y don desde la opción por el Evangelio, presente y operante; la pobreza, señora que, a la vez que recuerda a Cristo Señor, constituye el mejor resumen de su vida* [3]*, y, en consecuencia, también de la del hermano menor* [4]*; y la fidelidad y sujeción a los clérigos y prelados de la santa madre Iglesia, que representan a Cristo y nos lo dan (v.5)* [5]*. Francisco puntualiza, además, el «para siempre» de dichas posturas y la razón última de las mismas: serán el signo de que siguen siendo oquedad tan sólo para la abrumadora bondad de Dios; con ella los quiere cercar Francisco, por medio de su bendición y el recuerdo de su propio vacío frente al Dios Bien, el Dios que bendice, el Dios limosnero* [6].

1 Escribe cómo bendigo a todos mis hermanos, a los que
están en la Religión y a los que han de venir hasta la consu-
mación del siglo.
2 Como, a causa de la debilidad y el dolor de la enferme-
dad, no me encuentro con fuerzas para hablar, declaro bre-
vemente a mis hermanos mi voluntad en estas tres palabras:
3 Que, en señal del recuerdo de mi bendición y de mi tes-
4 tamento, se amen siempre mutuamente, / que amen siempre a
5 nuestra señora la santa pobreza y la guarden, / y que vivan
siempre fieles y sumisos a los prelados y a todos los clérigos
de la santa madre Iglesia.

BENDICION AL HERMANO BERNARDO (= BenBer)

«El Señor me dio hermanos», nos cuenta Francisco en su testamento [1] *El primero fue el hermano Bernardo (v.1). Los dos se van una mañana a la iglesia de San Nicolás a consultar a Cristo sobre la perfección del santo Evangelio (v.2)* [2]*. La escucha del Evangelio y el abandono de todo en favor de los pobres (v.2), los hermanó* [3] *y selló en ellos para siempre una predilección (v.3), de la que es un signo esta bendición con las recomendaciones que en ella se contienen (v.3-5).*

1 Escribe tal como te dicto:
2 El primer hermano que me dio el Señor fue el hermano
Bernardo; y también el primero que comenzó y cumplió per-
fectísimamente la norma de perfección del santo Evangelio,

1R pról. 2.
[3] UltVol 1.
[4] 2R 12,4.
[5] Cf. Test. 10.
[6] 2C 77.
[1] Test 14.
[2] Cf. TC 28.
[3] 1C 39.

distribuyendo todos sus bienes a los pobres. Y por este motivo y por otras muchas prerrogativas, me siento obligado a amarlo más que a ningún otro hermano de toda la Religión.

Y así, quiero y mando, en la medida que puedo, que sea quien sea el ministro general, le ame y venere como a mí mismo, / y también los otros ministros provinciales y los hermanos de toda la Religión mírenlo como si se tratara de mí.

EXHORTACION CANTADA A SANTA CLARA Y SUS HERMANAS (= ExhCl)

Francisco vive en el gozo de su pascua, en la certeza de su salvación [1] *Desde ella ha compuesto el* Cántico de las criaturas, *y también «estas letrillas santas», según el testimonio de la* Leyenda perusina: *«Aquellos mismos días y en el mismo lugar, el bienaventurado Francisco, después de haber compuesto las alabanzas del Señor por sus criaturas, compuso tambien unas letrillas santas con música para mayor consuelo de las damas pobres del monasterio de San Damián; particularmente porque sabía que estaban muy afectadas por su enfermedad»* [2]. *Esta proximidad de tiempo y de circunstancias explica el parecido que tienen algunas frases de este escrito con el* Cántico de las criaturas *(v.5-6)* [3]

Uno de los posibles puntos desde los que se puede leer este escrito es el del tema de la paz (v.5). En ella, y de ella vive Francisco estos últimos años de su vida. Ahora es cuando ha comprendido en toda su profundidad la profundísima pobreza. Y ha percibido que el nuevo nombre que recibe la pobreza es «consentir». La obediencia a Dios lleva a la paz, una de las obsesiones de Francisco, porque es uno de los dones fundamentales que el Señor le había revelado y dado [4]. *De esto habla a las hermanas de San Damián. Que consientan. Que se dejen conducir. En eso consiste, al fin, la* verdad *y la* obediencia *en las que deben perseverar (v.2)* [5]. *Conseguirán con ello la* discreción *(v.4)* [6], *plegarse al soplo del Espíritu, a lo que el Señor quiere de cada una y no a lo que impone un rigor sin misericordia* [7]. *Conseguirán tambien la paciencia, operación, asimismo, del Espíritu del Señor en quien es dócil a su impulso (v.5)* [8]; *virtud muy cercana siempre en Francisco a la humildad-pobreza* [9]; *así queda, nos parece, más claro el objeto y contenido de la paciencia: acoger la desnudez de la cruz, la perfecta alegría franciscana, la bienaventuranza del* Cántico de las criaturas; *de este modo, la paciencia conduce forzosamente a la paz, a la alegría, a la coronación (v.5-6)* [10].

[1] LP 83.
[2] LP 85.
[3] Cánt 11.
[4] Test 3.23; 1R 5,7-8; 14,2; 2R 3,11; Adm 11.15.
[5] LP 85; cf. CtaO 5-11; Adm 3,9; 1R 5,14-17.
[6] Adm 27,6.
[7] Adm 27,6.
[8] LP 85.
[9] LP 85; cf. AlD 4; 1R 11,4; 17,15; 2R 3,11; 10,10; 2CtaF 44; Adm 13,1; 17,2.
[10] Cf. LP 85; Cánt 11.

1 Escuchad, pobrecillas, por el Señor llamadas,
de diversas partes y provincias congregadas.
2 Vivid siempre en la verdad
para morir en obediencia.
3 No viváis la vida de fuera,
puesto que la del espíritu es mejor.
4 Os ruego con gran amor
que administréis con discreción
las limosnas que os dé el Señor.
5 Las que se hallan afligidas por enfermedad
y las otras que os esforzáis por atenderlas,
todas por igual soportadlo todo en paz.
6 Que sean altamente caras vuestras fatigas,
ya que cada una será reina en el cielo
coronada con la Virgen María.

ULTIMA VOLUNTAD A SANTA CLARA (= UltVol)

En la Leyenda de Perusa *encontramos unas palabras de Francisco que lo descubren en la admiración y pasmo en que vivía: «... siendo Señor de todos, quiso hacerse, por nosotros, servidor de todos, y, siendo rico y glorioso en su majestad, vino a ser pobre y despreciable en nuestra humanidad»* [1]. *Ahí está resumido todo el misterio de Cristo; en la indisimulable concretez de su verdad; la divina sinrazón de la hazaña de la encarnación; el Dios al reves, que en ella se nos revela y que explica las sinrazones de Francisco y de su vida al revés y a contrapelo en pobreza voluntaria y sin nada. Este escrito habla de su decisión de seguir las huellas de Cristo* [2], *para así apoyar la de las señoras pobres, como caballerosamente* [3] *llama a las hermanas de San Damián.*

Celano, que nos notifica su escritura por Francisco [4], *nos dice que éste estaba próximo a la muerte. Finales de septiembre o primeros de octubre de 1226 es, pues, la fecha más segura de su composición. Su estilo es directo, sencillo.*

El escrito, en su extrema brevedad y sencillez, acierta a subrayar inmejorablemente la primera y definitiva vocación y el querer de Francisco (v.1) [5]*; la voluntad decidida y arrojada que la sostenía (v.1)* [6]*; la concretez y el realismo con que la abraza, y que el verbo «seguir» tan claramente expresa (v.1)* [7]*; el deseo de que las señoras pobres mantengan fidelidad a la misma vocación (v.2).*

[1] LP 97.
[2] 1C 84.
[3] Cf. el informe del hermano Esteban acerca de cómo San Francisco comenzó a llamar «señoras» a las clarisas, en OMAECHEVARRÍA, *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos* (Madrid, BAC, 1971) p.49 n.13
[4] 2C 204.
[5] Cf. 1R 9,4-5: 1C 84.
[6] Cf. 1R 22,41.
[7] Cf. 1R 9; Adm 6.

Yo el hermano Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza de nuestro altísimo Señor Jesucristo y de su santísima Madre y perseverar en ella hasta el fin; y os ruego, mis señoras, y os aconsejo que viváis siempre en esta santísima vida y pobreza. Y estad muy alerta para que de ninguna manera os apartéis jamás de ella por la enseñanza o consejo de quien sea.

SECCIÓN SEGUNDA

BIOGRAFIAS Y DOCUMENTOS DE LA EPOCA

Vida primera, de Tomás de Celano.
Vida segunda, de Tomás de Celano.
Tratado de los milagros de San Francisco, de Tomás de Celano.
Leyenda mayor, de San Buenaventura.
Leyenda menor, de San Buenaventura.
Leyenda de los tres compañeros.
Anónimo de Perusa
Leyenda de Perusa
Espejo de perfección
Florecillas de san Francisco y de sus compañeros
Consideraciones sobre las llagas.
Sacrum commercium.
Testimonios extraños a la orden y otros fragmentos.

LAS FUENTES BIOGRAFICAS

San Francisco visto e interpretado por sus contemporáneos [1]

Paul Sabatier señaló el valor autobiográfico de los escritos personales de San Francisco. Su fisonomía espiritual y su conciencia de fundador han de trazarse a base de los mismos, con preferencia a ninguna otra fuente. Más aún, ellos constituyen la pauta para el enjuiciamiento crítico de muchos de los datos que ofrecen las demás fuentes biográficas, sobre todo cuando ponen en boca del Santo enseñanzas relativas al ideal de la fraternidad.

En efecto, no es la ausencia de información lo que dificulta la labor del historiador cuando trata de captar esa realidad humana y sobrehumana que es Francisco de Asís; esta se impuso con un atractivo tan poderoso a los contemporáneos, que no se ha dado en torno a ningún otro santo una tal exuberancia de relatos, así escritos como orales, transmitidos por los testigos inmediatos.

La dificultad no deriva tampoco de la índole de la narrativa medieval. Todo investigador, y aun todo lector culto de nuestro tiempo, sabe que no debe pedir a un biógrafo del siglo XIII ni sentido crítico ni precisión cronológica o estadística. Contaban entonces más los valores de símbolo y de ejemplaridad que nuestras categorías científicas. Cada relato encierra una carga de intencionalidad, no siempre consciente, que lleva al narrador a dar de cada hecho una interpretación, o, al menos, una impresión afectiva diversa según la posición adoptada por él ante la evolución de la Orden. Los primeros biógrafos de San Francisco no son meros testigos de una sucesión de hechos, sino actores ellos mismos, y aun, a veces, protagonistas, de una aventura en cuyo exito se hallan interesados hombres de tendencias espirituales encontradas. Para unos y otros es siempre Francisco el punto de referencia; todos quisieran tenerle de su parte. Ninguno tiene conciencia de falsear la historia.

Este fenómeno se comprenderá mejor con sólo recordar esquemáticamente los varios estadios de la evolución de la Orden de los Hermanos Menores en el curso del primer siglo de su historia. Pasado el primer decenio, que podemos llamar heroico, de la fraternidad itinerante, en que los hermanos asimilaron con sencillez y emoción la «forma de vida» evangélica bajo el magisterio del Fundador, se inicia la primera crisis interna, provocada, sobre todo, por el sector docto de la fraternidad; éste, cada día más influyente, reclamaba una organización más disciplinada y una mayor eficiencia de la institución al servicio de la Iglesia. Esta primera crisis tiene su momento fuerte en 1221, cuando Francisco opta por

[1] Los estudios más recientes y más completos son: STANISLAO DA CAMPAGNOLA, *Le origini francescane come problema storiografico* (Perugia 1974); *Francesco d'Assisi nei suoi scritti e nelle sue biografie dei secoli XIII-XIV* (Assisi 1977); J. R. H. MOORMAN, *The Sources for the Life of S. Francis of Assisi* (Manchester 1940) (ed. anastática, 1966).

renunciar a la dirección de la Orden, con gran disgusto de sus «compañeros» de la primera hora, y deja prácticamente la suerte de su obra en manos de los «ministros», que en adelante constituirán el capítulo de la fraternidad. Francisco, en sus atribuciones de fundador, redacta la Regla definitiva, aprobada por Honorio III en 1223. En ella, el contenido fundamental de la vocación evangélica queda afirmado con energía. Antes de morir, en 1226, dicta su testamento, que es una evocación de los primeros años y una reafirmación del espíritu de la Regla.

Francisco dejó la fraternidad en plena evolución; ésta seguiría su marcha al amparo de documentos pontificios que, como la bula Quo elongati, *de Gregorio IX (1230), vendrían a dar autenticidad canónica a la progresiva acomodación de la letra de la Regla a la vida real. Mientras así se imponía el sector de los prudentes, eran reducidos al silencio, cuando no perseguidos, los componentes del grupo de los celantes, disconformes con lo que ellos consideraban una traición flagrante a los ideales del Fundador y al sentido de la Regla. Frente a la interpretación oficial de autoridad, circulaba en privado una tradición, cada vez más adornada y polémica, sobre las genuinas «intenciones» de San Francisco. Los testigos de tales intenciones —León, Rufino, Angel, Bernardo, Gil, Maseo— eran rodeados de gran veneración. Sus recuerdos obraban sobre el sentimiento y la fantasía de los nuevos llegados, sobre la masa de los hermanos sencillos, en la misma medida que, con el pasar de los años, se agigantaba la figura glorificada del Padre.*

Bajo el gobierno de San Buenaventura (1257-74), que supo valorar la nostalgia de los celantes mientras aceptaba y consolidaba la evolución de la Orden, la crisis quedó apaciguada, pero latente. Volvería a producirse, en forma cada vez más aguda, en los últimos decenios del siglo XIII, *maleada, en el sector reaccionario, por la infiltración de las ideas apocalípticas del abad Joaquín de Fiore sobre la nueva era del Espíritu, y, en la «comunidad», por la intolerancia con aquellos grupos, aferrados siempre a los primitivos eremitorios, molestos muchas veces por sus denuncias proféticas contra la claudicación oficial. La declaración pontificia* Exiit qui seminat *(1279) y más tarde la* Exivi *(1312), dando la razón a la «comunidad», acabaron por acelerar la escisión de los «espirituales», que terminaron siendo condenados como rebeldes a la autoridad pontificia, pero no convencidos.*

La «cuestión franciscana»

En este cuadro de situaciones de hecho, sanamente aceptadas por los responsables de la institución, pero necesitadas de ser avaladas con el ejemplo y la autoridad del Fundador y, por otra parte, de contestación sostenida en el grupo de los leales de la primera experiencia y luego de los «espirituales», debe situarse el problema crítico que se conoce bajo el nombre de «cuestión franciscana» [2]. *Según sea la opción de las diversas tradiciones escritas, puede ser muy diferente la imagen que un historiador se*

[2] *La «questione francescana» dal Sabatier ad oggi.* Convegni della Società Internaz. Studi Francescani (Assisi 1974).

forme del espíritu de Francisco y de su conciencia de la misión como fundador.

Paul Sabatier, el padre de la investigación franciscana moderna, tuvo el gran mérito de haber sido el primero en someter a confrontación crítica el conjunto de las fuentes biográficas. Cayó en la cuenta de que formaban como dos trayectorias, con frecuencia divergentes, aun refiriendo los mismos hechos. Pero cometió el error de optar incondicionalmente por el Espejo de perfección, *que consideró obra exclusiva del hermano León, y al que, por una lectura equivocada de la fecha del manuscrito utilizado, asignó una fecha de composición anterior a la* Vita prima, *de Tomas de Celano; a éste, por el contrario, daba una confianza muy limitada por tratarse del biógrafo oficial.*

Dejando para más adelante la descripción y valoración de cada una de las biografías, digamos esquemáticamente que, en el estado actual del problema, todavía no estudiado exhaustivamente en todos sus aspectos, la Vita prima, *de Celano, escrita en 1228 con ocasión de la canonización de Francisco, lleva la preferencia por su inmediatez, por su ausencia de posiciones preconcebidas y por los datos realistas que recoge de la experiencia inicial de la fraternidad. De esa primera biografía derivan la* Legenda ad usum chori, *compendiada por el mismo autor hacia 1230 para fines litúrgicos, la* Vita *escrita poco después por Julián de Espira y la* Legenda versificata, *de Enrique de Avranches* [3].

Un segundo estadio biográfico se inicia a raíz de la invitación dirigida en 1244 por el capítulo general a todos los hermanos para que recogieran cuantos recuerdos existieran sobre la vida, las enseñanzas y los milagros del Fundador.

Quienes mas a pecho tomaron el encargo fueron los hermanos León, Angel y Rufino, los tres compañeros *de San Francisco. Reunidos en el eremitorio de Greccio, compilaron un «florilegio» —*flores*— a base de sus recuerdos personales y de otros informadores, a saber: Felipe Longo, Iluminado de Rieti, Maseo de Marignano y un hermano Juan, que, a su vez, había recogido los recuerdos de Gil de Asís y de Bernardo de Quintavalle, como ellos mismos lo afirman en la carta dirigida al ministro general Crescencio de Jesi, con fecha 11 de agosto de 1246, al enviarle el fruto de su trabajo.*

Todo ese material fue confiado a Tomás de Celano, quien, ordenando y, en ocasiones, manipulando las informaciones, compuso la Vita secunda *y el* Tractatus de miraculis. *A su tiempo veremos con qué criterios lo hizo.*

¿Que suerte corrieron los originales de aquella preciosa información? He aquí el nudo de toda la cuestión, objeto todavía de discusiones.

Cuatro son, principalmente, las Leyendas *que suelen pasar como deudoras, en mayor o menor grado, de los relatos del hermano León y sus colaboradores. Huelga advertir que el termino «leyenda» —*legenda, *un escrito destinado a* ser leído *en público— no tenía en la Edad Media el sentido que hoy le damos de relato «legendario».*

1) Leyenda de los tres compañeros.—*Tal como ha llegado*

[3] Editadas críticamente en AF 10 p.118-26.333-71.405-521.

hasta nosotros, en un códice de fines del siglo XIII, no puede reconocerse en ella el florilegio de los «tres compañeros». Pero no puede ponerse en duda que Celano, en su Vita secunda, *la utilizó en los relatos que se refieren, sobre todo, a la juventud y conversión de San Francisco. Si se exceptúan los dos últimos capítulos, data, con toda probabilidad, de 1246.*

2) Anónimo de Perusa.—*Se trata de un texto elaborado hacia la mitad del siglo XIII por un «discípulo de los compañeros de San Francisco». No parece formara parte del florilegio de Greccio.*

3) Leyenda antigua de Perusa.—*La mayoría de los críticos ven en esta compilación, si no el texto genuino del florilegio, al menos una serie de fragmentos del mismo. Celano tuvo ciertamente delante esos relatos al componer la* Vita secunda.

4) Espejo de perfeccion.—*Obra relativamente tardía, al menos en su redacción más amplia (1318), muestra una clara dependencia de la* Vita secunda *de Celano en algunos capítulos, pero en los restantes se aproxima más a la* Leyenda antigua de Perusa, *y parece depender de esta o de una fuente común, que pudo haber sido el texto original del florilegio.*

Con todo, parece averiguado que, además de los recuerdos reunidos en 1246, hubo otros relatos anteriores y posteriores, que pueden muy bien haber pasado a las Leyendas *mencionadas. No faltan, por ejemplo, quienes suponen que el opúsculo* Intentio Regulae *y el titulado* Verba sancti Francisci, *intercalados en la* Leyenda de Perusa *(101-106; 15-21), fueron escritos por el hermano León hacia el final de su vida, antes de 1271.*

En la línea de las biografías oficiales adquiere importancia decisiva la Legenda maior, *de San Buenaventura, terminada en 1262 y declarada única y exclusiva en 1266 cuando el capítulo general mandó destruir todas las anteriores. Con ello se quería ofrecer a toda la Orden una interpretación común de la vida y del ideal de San Francisco, en la esperanza de acabar con la actitud de los celantes, que alegaban la autoridad del Fundador frente a la evolución de la «comunidad».*

La decisión capitular garantizó a la biografía escrita por el ministro general un predominio incontrastado, pero no impidió la proliferación de relatos que, alimentados con la tradición oral, daban una imagen cada vez más embellecida y fantaseada de los orígenes. La creación de Actus-Fioretti, *ya bien entrado el siglo XIV, sería el resultado más llamativo de ese proceso.*

TOMAS DE CELANO, EL BIOGRAFO OFICIAL

Tomás de Celano ingresó en la fraternidad en 1214 ó 1215, cuando San Francisco regresó de España, renunciando a su proyectado viaje a Marruecos. «Dios en su bondad —escribe él mismo al referir el hecho— tuvo a bien acordarse de mí y de muchos otros... A poco de la vuelta del Santo a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, se reunieron a él resueltamente algunos letrados y nobles» (1C 56s).

Al número de esos letrados, *que Francisco recibía con alborozo aun a sabiendas de que en manos de ellos se pondría a prueba la sencillez evangélica inicial, pertenecía Tomás. No figuraría entre los «compañeros» íntimos del Fundador; pero, por su cultura y por la amplia experiencia de la difusión de la Orden, poseería una visión más realista que ellos del ideal común. En 1221 formó parte de la expedición a los países germánicos. En 1223 estaba al frente, en calidad de* custodio, *del grupo de hermanos de la región renana. En 1224 regresó a Italia. Asistió a la canonización del Fundador el 16 de julio de 1228 en Asís y, asimismo, a la traslación del cuerpo del Santo en 1230. Debió de residir habitualmente en Asís, o al menos aquí trabajó en diferentes tiempos en la composición de la* Vida segunda, *del* Tratado de los Milagros *y de la* Leyenda de Santa Clara. *Parece que pasó los últimos años de su vida en su tierra natal, los Abruzzos. Murió en Tagliacozzo hacia 1260.*

Hombre de amplia cultura eclesiástica, hábil escritor y buen latinista, era también poeta. La crítica ha vuelto a atribuirle la paternidad de la secuencia Dies irae. *Y no le faltaba el vuelo oratorio, efectista, que aparece en muchos pasajes de sus obras. Teólogo y moralista, pero no hombre de cátedra, tiene una visión del mundo y de los acontecimientos muy dominada de los esquemas ascéticos tradicionales* [1].

La «Vida primera» (1228)

Afirma Celano en el prólogo que se puso a escribir la vida de San Francisco por orden del papa Gregorio IX, quien con fecha 25 de febrero de 1229 daba su aprobación para que fuese difundida [2].

Esta conciencia de estar escribiendo la biografía de la canonización como un servicio a la Iglesia, hace que prevalezca, en la manera de narrar y de comentar, la intención de edificar al pueblo cristiano. Al hablar, por ejemplo, de la conversión del joven Francisco, pone el acento en la mala educación recibida de sus padres, para hacer en seguida la aplicación, moralizando: «Esta pésima costumbre, en efecto, está cundiendo entre los cristianos... de dar a los hijos una educación permisiva y disoluta» (1C 1). Era natural, por otra parte, que el autor cediese al deseo de enaltecer la figura del papa, primero como cardenal Hugolino, luego como Gregorio IX (véase 1C 73-75.99-101.121). Y era natural, asimismo, que se dejara llevar de cierta adulación hacia el hermano Elías,

[1] Véase S. Spirito, *Il francescanesimo di fra Tommaso da Celano* (Assisi 1963).
[2] Véase la nota a la edición crítica de Quaracchi (AF 10 p.155).

ministro general en los últimos años de la vida del Santo. Aunque no lo era mientras Celano escribía, todo el mundo le miraba como el hombre en cuyas manos estaba el destino de la obra de Francisco (véase 1C 95.98.108s). Pero en 1246-47, cuando Celano redactaba la Vida segunda, *Elías estaba excomulgado y su memoria era denigrada; por ello, además de evitar nombrarlo ni una sola vez, lo denunciará como usurpador jactancioso de la última bendición del Fundador (2C 156.216).*

Celano indica en el prólogo cuáles fueron las fuentes de información de que se sirvió. Ante todo, el mismo Francisco: «lo que escuché de sus propios labios»; y después, otros «testigos fieles y serios». No le fue difícil disponer de abundante información de primera mano a los dos años de la muerte del Santo. Pudo haberse servido también, y ciertamente lo hizo por lo que hace a los milagros, de las deposiciones recogidas en el proceso de canonización (véase 1C 123-25.127). Y es este valor de información inmediata lo que comunica a la primera biografía el tono peculiar de sinceridad y de realismo humano, sin el halo de la heroicización posterior, no obstante los tópicos hagiográficos, que no han podido menos de obrar sobre el autor. Está comprobado, en efecto, que tuvo delante modelos clásicos de vidas edificantes, como la de San Martín de Tours, escrita por Sulpicio Severo, y la de San Benito, escrita por San Gregorio Magno. Pero, cuando se desentiende de tales tópicos y, olvidado de los cánones retóricos del cursus, *deja correr espontáneamente la narración, nos ofrece toda la originalidad de la figura de San Francisco y el cuadro vivo y emocionado de la vida de la fraternidad inicial.*

La disposición del libro obedece, como lo declara el mismo Celano (Pról. 2), a una expresa intención cronológica en la sucesión de los hechos. Divide la materia en tres partes. La primera abarca los hechos de la vida de Francisco y los pasos de la fraternidad desde el nacimiento hasta la estigmatización (1224). La segunda describe los dos últimos años y la muerte. La tercera, los hechos relacionados con la glorificación de Francisco.

La «Vida segunda» (1246-47)

En 1246, o, más exactamente, a partir de la decisión del capítulo general de 1244, Celano tuvo que asumir de nuevo la tarea de biógrafo oficial de San Francisco; esta vez por mandato del ministro general, Crescencio de Jesi. Así lo afirma en el prólogo. No habla, sin embargo, en nombre propio, sino como jefe de un equipo de compiladores: «Plugo a la santa asamblea del capítulo general pasado y a vos, reverendísimo padre..., encomendar a nuestra pequenez el encargo de escribir para consuelo de los presentes y recuerdo de los venideros, los hechos y los dichos del glorioso Padre nuestro Francisco; a nosotros que tuvimos de él un conocimiento mayor que los demás por el trato familiar y constante con él por espacio de muchos años». Todo hace pensar que Celano no fue solamente el encargado de sistematizar y dar forma al material recibido de los «tres compañeros» reunidos en Greccio —León, Angel y Rufino— y de otros informadores, sino que él mismo formaba parte del grupo, a no ser

que se trate de un mero gesto de cortesía fraterna para con los autores del «florilegio», teniendo a la vista la carta con que ellos presentaban los relatos al ministro con fecha 11 de agosto de 1246. Esta identificación con sus colaboradores aparece en forma más viva en la plegaria final, dirigida a San Francisco: «Mientras escribíamos, nos sentíamos bajo el dulce encanto de tu recuerdo, y quisiéramos hacerlo gustar a otros...» Que se trata, más bien, de un recurso literario, aparece a continuación en la petición que hace por sí mismo: «Y te suplicamos con todo el afecto del corazón, padre benignísimo, por este hijo tuyo, que ahora y en otro tiempo escribió, por devoción, tus méritos; él, juntamente con nosotros, te ofrece y dedica esta obra, que ha logrado llevar a término...» (2C 221-24)

Lo cierto es que las páginas de la Vida segunda, *por la unidad de estilo, por el lenguaje, por la sistematización de los temas, ponen de manifiesto la mano de Celano como único responsable de la redacción.*

El título dado por el autor era: Memoriale in desiderio animae *(Is 26,8)* de gestis et verbis sanctissimi Patris nostri Francisci. *Un «memoriale», en la nomenclatura de la época, era algo diferente de una* leyenda. *En efecto, no se trata de una biografía propiamente dicha, sino de una ejemplificación consistente en refrescar en la memoria de los hermanos las enseñanzas y los hechos de Francisco dignos de imitación. Aquí precisamente estriba la diferencia fundamental con la* Vida primera: *esta era una biografía, con una sucesión cronológica bien cuidada, destinada al pueblo fiel; la* Vida segunda, *por el contrario, es una agrupación ordenada de cuanto interesa saber a un hijo de San Francisco para una mayor fidelidad a su magisterio. No se tiene en cuenta el público de fuera, sino el lector de casa. Es un libro para la fraternidad.*

Pero la fraternidad ha sufrido una transformación muy notable en los dos decenios transcurridos desde que Celano escribió su Vida primera. *Hay toda una problemática interna, centrada en la formulación práctica del ideal y en la aplicación de la letra y del espíritu de la Regla. Esta problemática no sólo condiciona las actitudes oficiales de la «comunidad», sino aun el material proporcionado a Celano por los informadores. A la tensión latente, a veces irrumpente, entre las dos tendencias, espiritual y jurídica, se añade, como en toda institución religiosa adulta, una pedagogía de familia, con tendencia cada vez más acusada hacia la ascética monástica tradicional. De aquí que muchas de las máximas puestas en boca de Francisco se hallen en contradicción con las enseñanzas contenidas en sus escritos personales.*

Hay un clima polémico, al que con frecuencia cede el mismo Celano, a veces conscientemente, guiado del deseo de presentar la vida del Fundador como dechado y ejemplo (véase 2C 26 y 221). Sólo que, a fuer de hombre de la «comunidad» y ligado a un encargo oficial, se esfuerza por poner de relieve los valores de la vida regular, disciplinada y ordenada, con una marcada desconfianza hacia la espontaneidad de los primeros años, que tan bellamente había descrito en la primera biografía. A veces, no duda en modificar las palabras del Fundador para mejor servir a las posiciones de la comunidad en la interpretación de la Regla. Así, por citar un ejemplo, atribuye por su cuenta a Francisco la distinción entre

propiedad y uso, *violentando la fuente de que se ha servido; en este caso, el texto conservado por la* Leyenda de Perusa [3].

El plan de la obra aparece en el prólogo. Se propone, en primer lugar, completar el relato de la conversión de Francisco con pormenores que no constan en la Vida primera, *«porque no habían llegado a conocimiento del autor». La visión que en esos II capítulos ofrece de la juventud de Francisco difiere bastante de la que dio en 1228. Entonces era el pecador sacado de su triste situación por la gracia de Dios; ahora es el gran predestinado, «siervo y amigo del Altísimo, hijo de la gracia» ya desde el nacimiento. La segunda parte, mucho más extensa, trata de poner en claro «lo que Francisco quiso para sí y para los suyos, cuál fue su intención santa, agradable y perfecta, su ejemplaridad en el modo de darse a las enseñanzas celestiales y a la más alta perfección» (Pról. 2)* [4].

Sigue un esquema ascético muy bien ideado, dejando de lado divisiones convencionales de escuela. Los temas se agrupan y relacionan en una visión genuinamente franciscana, sobre todo cuando presenta los elementos integrantes de la fraternidad.

El estilo es menos cultivado que en la Vida primera. *La narración marcha rápida, densa, viva, sincera. El entusiasmo cálido de los relatos originales no ha quedado traicionado al mejorar la prosa.*

Ninguna otra fuente biográfica ofrece tan copiosa información como la Vida segunda *Por ello es de consulta obligada para todo estudioso de San Francisco y de su espiritualidad. Pero deberá utilizarla con cautela, sabiendo leer más allá de la letra, que tantas veces refleja posiciones polémicas de los informadores, apreciaciones personales del biógrafo o, quizá, criterios oficiales dictados por Crescencio de Jesi con miras a eliminar el contraste entre los ideales del Fundador y la mentalidad evolucionada de la «comunidad».*

El «Tratado de los milagros» (1252-53)

La trilogía celanense se completa con un libro dedicado exclusivamente a recoger los milagros realizados por San Francisco durante su vida o por su intercesión después de su muerte. Por la importancia que en la Edad Media se daba a todo hecho prodigioso, era natural, entre los hermanos, el deseo de conocer milagros y más milagros del Padre venerado. Aparte de que ello redundaba en la fama del Santo y, por ende, en el prestigio de la Orden, había en ese afán una razón apologética: el milagro era el sello inequívoco de la aprobación divina de una obra. Así lo afirma el mismo autor en la conclusión; y dice que, si ha escrito el libro, lo ha hecho únicamente cediendo a la importunidad de los hermanos y al mandato de los superiores. Se sabe, en efecto, que fue el ministro general Juan de Parma, quien más que nadie le instó a que llevase a cabo ese servicio a la Orden.

También aquí Celano se muestra hábil sistematizador. Los hechos

[3] Compárese 2C 18 y 59 con LP 56 y 57.

[4] F. DE BEER, *La conversion de saint Francois selon Thomas de Celano. Etude comparative des textes...* (París 1963).

prodigiosos aparecen agrupados bajo títulos, a veces, muy expresivos. Algunos son reseñados por primera vez; sobre todo, los acaecidos después de la muerte del Santo; pero la mayor parte son ya conocidos por otras fuentes. Por esta razón, en nuestra edición se ha optado por el método seguido en la francesa de Desbonnets-Vorreux: ofrecer el texto íntegro de los relatos de primera mano que ofrecen interés particular y dar el título y la indicación de la fuente para todos los demás [5].

La edición crítica definitiva del conjunto de la obra biográfica de Celano es la de AF 10 (Quaracchi 1941). Y como auxiliar para una utilización científica del texto ha hecho imprescindible el volumen, realizado por procedimiento electrónico, de G. MICHIELS, *Thesaurus Celanensis: Concordance, Index, Listes de frequence, Tables comparatives.* Vol.1 de *Corpus des Sources Franciscaines* (Louvain 1974).

VIDA PRIMERA

PRÓLOGO

En el nombre del Señor. Amen.

1. Deseando narrar con piadosa devoción ordenadamente, guiado y amaestrado siempre por la verdad, los hechos y la vida de nuestro bienaventurado padre Francisco, y no habiendo nadie que guarde memoria de todo lo que él hizo y enseñó, yo, por mandato del señor y glorioso papa Gregorio [1], he tratado de relatar, como mejor he podido, aunque sea con palabras desmañadas, siquiera lo que oí de su propia boca o lo que he llegado a conocer por testigos fieles y acreditados. ¡Ojalá merezca ser discípulo de quien siempre evitó expresiones enigmáticas y no supo de artificios literarios!

2. Lo que he podido recoger sobre el bienaventurado varón, lo divido en tres partes, subdivididas, a su vez, en varios capítulos, con el fin de que la diversidad de los momentos en que tuvieron lugar los hechos no confundan su orden ni despierten la duda acerca de su veracidad.

Así, la primera parte sigue el orden de los hechos, y trata con preferencia de la pureza de conducta y vida, de la santidad de costumbres y de sus saludables enseñanzas [2]. También se insertan algunos pocos milagros de los muchos que Dios nuestro Señor se dignó obrar por medio de él durante su vida.

En la segunda parte se narran los hechos principales sucedidos a partir del penúltimo año de su vida hasta su glorioso tránsito.

Por último, la tercera parte contiene muchos de los milagros —los más se pasan por alto— que el gloriosísimo Santo obra en la tierra ahora que reina con Cristo en el cielo. Refiere también la veneración y el honor, la alabanza y la gloria que con suma devoción le rindieron el bendito papa Gregorio, y, con él, todos los cardenales de la santa romana Iglesia, inscribiéndolo en el catálogo de los santos [3]. Demos gracias a Dios todopoderoso, que siempre se muestra admirable y amable en sus santos.

[1] Gregorio IX, el gran amigo de San Francisco y protector oficial de la Orden en tiempo en que no era sino el cardenal Hugolino; fue papa de 1227 a 1241.

[2] Este primer libro llega hasta el «tercer año» antes de la muerte del Santo (1C 84).

[3] El 19 de julio de 1228.

PARTE PRIMERA

Para alabanza de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.

Comienza la vida de nuestro beatísimo padre Francisco.

CAPÍTULO I

Su género de vida mientras vivió en el siglo

1. Hubo en la ciudad de Asís, situada en la región del valle de Espoleto [1], un hombre llamado Francisco [2]; desde su más tierna infancia fue educado licenciosamente por sus padres, a tono con la vanidad del siglo; e, imitando largo tiempo su lamentable vida y costumbres, llegó a superarlos con creces en vanidad y frivolidad [3].

De tal forma ha arraigado esta pésima costumbre por todas partes en quienes se dicen cristianos y de tal modo se ha consolidado y aceptado esta perniciosa doctrina cual si fuera ley pública, que ya desde la cuna se empeñan en educar a los hijos con extrema blandura y disolutamente. Pues no bien han comenzado a hablar o a balbucir, niños apenas nacidos, aprenden, por gestos y palabras, cosas torpes y execrables; y, llegado el tiempo del destete, se les obliga no sólo a decir, sino a hacer cosas del todo inmorales y lascivas. Ninguno de ellos se atreve, por un temor propio de su corta edad, a conducirse honestamente, pues sería castigado con dureza. Que bien lo dice el poeta pagano [4]: «Como hemos crecido entre las maldades de nuestros padres, nos siguen todos los males desde la infancia». Este testimonio es verdadero, ya que tanto más perjudiciales resultan a los hijos los deseos de los padres cuanto aquéllos con más gusto ceden a éstos.

[1] El valle de Espoleto pertenecía entonces al imperio. En 1198, Conrado de Lerslingen se vio obligado a cederlo al papa. Así aprovechó esta misma ocasión para deshacerse de la soberanía teutónica y crearse un gobierno comunal.

[2] Celano no precisa la fecha de nacimiento. Pero la podemos fijar a partir de algunos datos que nos proporciona: nos dice que murió «el año vigésimo de su conversión» (1C 119) o «cumplidos los veinte años de su total adhesión a Cristo» (1C 88), conversión que tuvo lugar a los veinticinco de su edad (1C 2). Como sabemos que su muerte ocurrió el 3 de octubre de 1226, su nacimiento ha de colocarse en 1181 ó 1182.

[3] Lo que Celano nos dice en esta *Vida primera* es muy distinto de lo que nos va a decir en la *Vida segunda* (3-5). La razón principal de estas diferencias es que el autor emplea en sus dos escritos esquemas teológicos distintos: mientras en la primera biografía se valdría de ciertos esquemas descriptivo-teológicos agustinianos, en los que se resalta el pecado para que luego destaque más la gracia, en la segunda quiere presentar una imagen de Francisco, destinado desde el principio a una santidad encumbrada.

[4] Séneca el filósofo, que en la Edad Media gozaba de gran prestigio como presunto corresponsal con San Pablo. Si Celano le da el título de poeta, es porque se le atribuyen varias tragedias. La cita está tomada de su correspondencia (*Ad Lucil. VI epist.* 8 n.1).

Mas, cuando han avanzado un poco mas en edad, ellos, por propio impulso, se van deslizando hacia obras peores. Y es que de raíz dañada nace árbol enfermo y lo que una vez se ha pervertido, difícilmente podrá ser reducido al camino del bien.

Y ¿cómo imaginas que han de ser cuando estrenan la adolescencia? En este tiempo, nadando en todo género de disolución, ya que les es permitido hacer cuanto les viene en gana, se entregan con todo ardor a una vida vergonzosa. Sujetos de este modo voluntariamente a la esclavitud del pecado, hacen de sus miembros armas de iniquidad; y, no poseyendo en sí mismos ni en su vida y costumbres nada de la religión cristiana, se amparan sólo con el nombre de cristianos. Alardean los desdichados con frecuencia de haber hecho cosas peores de las que realizaron, por que no sean tenidos como más despreciables cuanto más inocentes se conservan [5].

2. Estos son los tristes principios en los que se ejercitaba desde la infancia este hombre a quien hoy veneramos como santo —porque lo es—, y en los que continuó perdiendo y consumiendo miserablemente su vida hasta casi los veinticinco años de edad. Más aún, aventajando en vanidades a todos sus coetáneos, mostrábase como quien más que nadie incitaba al mal y destacaba en todo devaneo. Cautivaba la admiración de todos y se esforzaba en ser el primero en pompas de vanagloria, en los juegos, en los caprichos, en palabras jocosas y vanas, en las canciones y en los vestidos suaves y cómodos [6]; y, aunque era muy rico, no estaba tocado de avaricia, sino que era pródigo; no era ávido de acumular dinero, sino manirroto; negociante cauto, pero muy fácil dilapidador. Era, con todo, de trato muy humano, hábil y en extremo afable, bien que para desgracia suya. Porque eran muchos los que, sobre todo por esto, iban en pos de él obrando el mal e incitando a la corrupción; marchaba así, altivo y magnánimo en medio de esta cuadrilla de malvados, por las plazas de Babilonia, hasta que, fijando el Señor su mirada en él, alejó su cólera por el honor de su nombre y reprimió la boca de Francisco, depositando en ella su alabanza a fin de evitar su total perdición. Fue, pues, la mano del Señor la que se posó sobre él y la diestra del Altísimo la que lo transformó, para que, por su medio, los pecadores pudieran tener la confianza de rehacerse en gracia y sirviese para todos de ejemplo de conversión a Dios.

[5] San Agustín en sus *Confesiones*: «Fingía haber hecho lo que no había hecho para no parecer tanto más abyecto cuanto más inocente, y tanto más vil cuanto más casto» (II 3,7)

[6] Parece que el joven Francisco cultivó de modo particular la originalidad y la extravagancia en sus vestidos, valiéndose de los paños del negocio de su padre. Los *Tres compañeros* destacan el modo de vestir impropio a su condición, vanidoso y llamativo; a veces añadía retazos de paño valioso a vestidos de tela ordinaria (TC 2).

Capítulo II

Cómo Dios visitó su corazón por una enfermedad y por un sueño

3. En efecto, cuando por su fogosa juventud hervía aún en pecados y la lúbrica edad lo arrastraba desvergonzadamente a satisfacer deseos juveniles e, incapaz de contenerse, era incitado con el veneno de la antigua serpiente, viene sobre él repentinamente la venganza; mejor, la unción divina, que intenta encaminar aquellos sentimientos extraviados, inyectando angustia en su alma y malestar en su cuerpo, según el dicho profético: *He aquí que yo cercaré tus caminos de zarzas y alzaré un muro* [1]. Y así, quebrantado por larga enfermedad, como ha menester la humana obstinación, que difícilmente se corrige si no es por el castigo, comenzó a pensar dentro de sí cosas distintas de las que acostumbraba.

Y cuando, ya repuesto un tanto y apoyado en un bastón, comenzaba a caminar de acá para allá dentro de casa para recobrar fuerzas, cierto día salió fuera y se puso a contemplar con más interés la campiña que se extendía a su alrededor [2]. Mas ni la hermosura de los campos, ni la frondosidad de los viñedos, ni cuanto de más deleitoso hay a los ojos pudo en modo alguno deleitarle. Maravillábase de tan repentina mutación y juzgaba muy necios a quienes amaban tales cosas.

4. A partir de este día, comenzó a tenerse en menos a sí mismo y a mirar con cierto desprecio cuanto antes había admirado y amado. Mas no del todo ni de verdad, que todavía no estaba desligado de las ataduras de la vanidad ni había sacudido de su cerviz el yugo de la perversa esclavitud. Porque es muy costoso romper con las costumbres y nada fácil arrancar del alma lo que en ella ha prendido; aunque haya estado el espíritu alejado por mucho tiempo, torna de nuevo a sus principios, pues con frecuencia el vicio se convierte, por la repetición, en naturaleza.

Intenta todavía Francisco huir de la mano divina, y, olvidado algún tanto de la paterna corrección ante la prosperidad que le sonríe, se preocupa de las cosas del mundo, y, desconociendo los designios de Dios, se promete aún llevar a cabo las más grandes empresas por la gloria vana de este siglo. En efecto, un noble de la ciudad de Asís prepara gran aparato de armas, ya que, hinchado del viento de la vanidad, se había comprometido a marchar a la Pulla con el fin de acrecentar riquezas y honores [3]. Sa-

[1] Os 2,6.

[2] No más cruzar la Porta Nova, la más próxima a la casa paterna de Francisco, contempla uno un hermoso paisaje: a la izquierda queda la impresionante mole del monte Subasio; a la derecha, el valle umbro; de frente, el sinuoso camino que lleva a Foligno.

[3] Por aquellas fechas, un irreprimible frenesí guerrero quemaba a los italianos del centro contra los invasores alemanes, que se habían tornado cordialmente odiosos en todas partes. El gran senescal del imperio, Markwald de Anweiler, intentaba por las armas la tutela del futuro Federico II, confiada a Inocencio III. Este papa

bedor de todo esto Francisco, que era de ánimo ligero y no poco atrevido, se pone de acuerdo con él para acompañarle; que si inferior en nobleza de sangre, le superaba en grandeza de alma, y si *más corto en riquezas, era más largo en liberalidades.*

5. Cuando se había entregado con la mayor ilusión a planear todo esto y ardía en deseos de emprender la marcha, Aquel que le había herido con la vara de la justicia lo visita una noche en una visión, bañándolo en las dulzuras de la gracia; y, puesto que era ávido de gloria, a la cima de la gloria lo incita y lo eleva. Le parecía tener su casa llena de armas militares: sillas, escudos, lanzas y otros pertrechos; regodeábase, y, admirado y en silencio, pensaba para sí lo que podría significar aquello. No estaba hecho a ver tales objetos en su casa, sino, más bien, pilas de paño para la venta. Y como quedara no poco sobrecogido ante el inesperado acaecer de estos hechos, se le dijo que todas aquellas armas habían de ser para él y para sus soldados. Despertándose de mañana, se levantó con ánimo alegre, e, interpretando la visión como presagio de gran prosperidad, veía seguro que su viaje a la Pulla tendría feliz resultado.

Mas no sabía lo que decía, ni conocía de momento el don que se le había dado de lo alto. Con todo, podía sospechar que la interpretación que daba a la visión no era verdadera, pues si bien pudiera sugerir que se trataba de una hazaña, su ánimo no encontraba en ello la acostumbrada alegría. Es más, tenía que hacerse cierta violencia para realizar sus proyectos y llevar a buen término el viaje por el que había suspirado. Muy hermosamente se habla aquí por primera vez de las armas y *muy oportunamente* se hace entrega de ellas al caballero que va a combatir contra el fuerte armado, para que, cual otro David, en el nombre del Señor, Dios de los ejércitos, libere a Israel del inveterado oprobio de los enemigos.

Capítulo III

Cómo, cambiado en el interior, mas no en el exterior, habla alegóricamente del hallazgo de un tesoro y de una esposa

6. Cambiado ya, pero sólo en el interior y no externamente, renuncia a marchar a la Pulla y se aplica a plegar su voluntad a la divina [1]. Y así, retirándose un poco del barullo del mundo y del negocio, procura guardar en lo íntimo de su ser a Jesucristo. Cual prudente comerciante, oculta a los ojos de los ilusos la perla hallada y con toda cautela se esfuerza en adquirirla vendiéndolo todo.

encargó el mando de sus huestes a Gualterio de Brienne. Muchas ciudades, emborrachadas por los logros primeros de ese militar en la Pulla, se lanzaron a organizar levas de nuevas tropas. Cf. I.M 1,3 n.6.

[1] Noticias complementarias a este respecto en 2C 6. Fueron, sin duda, recogidas de las que transmitieron los *Tres Compañeros* (TC 5).

Tenía a la sazón en la ciudad de Asís un compañero, amado con predilección entre todos [2]; como ambos eran de la misma edad y una asidua relación de mutuo afecto le hubiera dado ánimo para confiarle sus intimidades, le conducía con frecuencia a lugares apartados y a propósito para tomar determinaciones y le aseguraba que había encontrado un grande y precioso tesoro. Gozábase este su compañero, y, picado de curiosidad por lo oído, salía gustoso con él cuantas veces era invitado.

Había cerca de la ciudad una gruta, a la que se llegaban muchas veces, platicando mutuamente sobre el tesoro. Entraba en ella el varón de Dios, santo ya por su santa resolución, mientras su compañero le aguardaba fuera. Lleno de un nuevo y singular espíritu, oraba en lo íntimo a su Padre. Tenía sumo interés en que nadie supiera lo que sucedía dentro [3], y, ocultando sabiamente lo que con ocasión de algo bueno le acaecía de mejor, sólo con su Dios deliberaba sobre sus santas determinaciones. Con la mayor devoción oraba para que Dios, eterno y verdadero, le dirigiese en sus pasos y le enseñase a poner en práctica su voluntad. Sostenía en su alma tremenda lucha, y, mientras no llevaba a la práctica lo que había concebido en su corazón, no hallaba descanso; uno tras otro se sucedían en su mente los más varios pensamientos, y con tal insistencia que lo conturbaban duramente. Se abrasaba de fuego divino en su interior y no podía ocultar al exterior el ardor de su espíritu. Dolíase de haber pecado tan gravemente y de haber ofendido los ojos de la divina Majestad; no le deleitaban ya los pecados pasados ni los presentes; mas no había recibido todavía la plena seguridad de verse libre de los futuros. He aquí por qué cuando salía fuera, donde su compañero, se encontraba tan agotado por el esfuerzo, que uno era el que entraba y parecía otro el que salía.

7. Cierto día en que había invocado la misericordia del Señor hasta la hartura, el Señor le mostró cómo había de comportarse [4]. Y tal fue el gozo que sintió desde este instante, que, no cabiendo dentro de sí de tanta alegría, aun sin quererlo, tenía que decir algo al oído de los hombres. Mas, si bien, por el ímpetu del amor que le consumía, no podía callar, con todo, hablaba con mucha cautela y enigmáticamente. Como lo hacía con su amigo predilecto, segun se ha dicho, acerca del tesoro escondido, así también trataba de hablar en figuras con los demás; aseguraba que no quería marchar a la Pulla y prometía llevar a cabo nobles y grandes gestas en su propia patria.

Quienes le oían pensaban que trataba de tomar esposa, y por eso le preguntaban: «¿Pretendes casarte, Francisco?» A lo que él respondía: «Me desposaré con una mujer la más noble y bella que jamás hayáis visto, y que superará a todas por su estampa y que

[2] Según conjetura de Sabatier (*Etudes inédites* p.163), se trataría de quien más tarde había de ser el hermano León.

[3] Compárese este pasaje con 2C 95.

[4] Cf. Test 14 y 2CtaCle 6.

entre todas descollará por su sabiduría». En efecto, la inmaculada esposa de Dios es la verdadera Religión que abrazó, y el tesoro escondido es el reino de los cielos, que tan esforzadamente él buscó; porque era preciso que la vocación evangélica se cumpliese plenamente en quien iba a ser ministro del Evangelio en la fe y en la verdad.

Capítulo IV

Cómo, vendidas todas las cosas, despreció el dinero recibido

8. He aquí que, constituido siervo feliz del Altísimo y confirmado por el Espíritu Santo, al llegar el tiempo establecido, secunda aquel dichoso impulso de su alma por el que, despreciado lo mundano, marcha hacia bienes mejores. Y no podía demorarse, porque un mal de muerte se había extendido en tal forma por todas partes y de tal modo se había apoderado de los miembros de muchos, que un mínimo de retraso de parte del médico hubiera bastado para que, cortado el aliento vital, se hubiera extinguido la vida.

Se levanta, protégese haciendo la señal de la cruz, y, aparejado el caballo, monta sobre él; cargados los paños de escarlata [1] para la venta, camina ligero hacia la ciudad de Foligno [2]. Vende allí, como siempre, todo el género que lleva y, afortunado comerciante, deja el caballo que había montado a cambio de su valor; de vuelta, abandonado ya el equipaje, delibera religiosamente qué hacer con el dinero. Y al punto, maravillosamente convertido del todo a la obra de Dios, no pudiendo tolerar el tener que llevar consigo una hora más aquel dinero y estimando como arena toda su ganancia, corre presuroso para deshacerse de él.

Regresando hacia Asís, dio con una iglesia, próxima al camino, que antiguamente habían levantado en honor de San Damián [3], y que de puro antigua amenazaba ruina inminente.

9. Acercóse a ella el nuevo caballero de Cristo [4], piadosamente conmovido ante tanta miseria, y penetró temeroso y reverente. Y, hallando allí a un sacerdote pobre, besó con gran fe sus

[1] *Escarlata:* palabra reservada hoy día al color rojo vivo, que hasta el siglo XVI designó un tinte brillante de color blanco, azul o verde. Los aires exóticos que influyeron en la moda occidental en tiempos de las Cruzadas trajeron del Oriente las primeras muestras de damasco, escarlata y carmesí. Todas estas telas raras eran muy apreciadas y muy costosas.

[2] Dista unos quince kilómetros, que Francisco, de regreso, tuvo que hacerlos a pie.

[3] «Nos es desconocida la época en que fue construida la iglesia; sabemos únicamente que aparece mencionada en un documento de la primera mitad del siglo XI. No hubiera quedado vestigio alguno de la misma si un día no hubiera entrado en ella San Francisco para orar» (A. MASSERON, *Assise* [París 1950] p.158).

[4] Para la Edad Media, el *miles* es el caballero que reviste su actividad política de sentido de humor y desinterés; gracias a los juglares, la idea de caballero penetró hasta en las menores aldeas. La palabra condensó el ideal de toda una época.

manos sagradas [5], le entregó el dinero que llevaba y le explicó ordenadamente cuanto se había propuesto.

Asombrado el sacerdote y admirado de tan inconcebible y repentina conversión, no quería dar crédito a lo que oía. Por temor de ser engañado, no quiso recibir el dinero ofrecido. Es que lo había visto, como quien dice ayer, vivir tan desordenadamente entre compañeros y amigos y superarlos a todos en vanidad. Mas él persiste más y más en lo suyo y trata de convencerle de la veracidad de sus palabras, y le ruega y suplica con toda su alma que le permita convivir con él por el amor del Señor. Por fin, el sacerdote se avino a que se quedase en su compañía; pero, por temor a sus parientes, no recibió el dinero, que el auténtico despreciador del vil metal arrojó a una ventana, sin preocuparse de él más que del polvo. Pues deseaba poseer la sabiduría, que vale más que el oro, y adquirir la prudencia, que es más preciosa que la plata [6].

Capítulo V

Cómo su padre lo persiguió y lo encerró

10. Mientras permanecía el siervo de Dios altísimo en el lugar mencionado, su padre, cual diestro explorador, rastrea por todas partes para conocer el paradero del hijo. Conocido que hubo el lugar y el género de vida que llevaba, doliéndose grandemente en su corazón, conturbado sobremanera por suceso tan inesperado, convoca a sus amigos y vecinos y corre veloz a donde mora el siervo de Dios. Mas éste, atleta novel aún de Cristo, al oír las voces amenazadoras de sus perseguidores y, presintiendo su llegada, por huir de sus iras, se esconde en una cueva bien disimulada que para esto él mismo se había preparado. Esta cueva estaba en una casa y posiblemente la conocía sólo uno [1]. En ella llegó a permanecer por un mes seguido, no atreviéndose a salir apenas, sino en caso de estricta necesidad. El alimento que de vez en vez se le daba lo comía en el interior de la cueva y todo servicio se le prestaba ocultamente. Y orando, bañado en lágrimas, pedía continuamente a Dios que lo librara de las manos de los perseguidores de su vida y que con su gracia diera benignamente cumplimiento a sus santos propósitos. En ayuno y llanto insistía suplicante ante la clemencia del Salvador, y, no fiándose de sí mismo, ponía todo su pensamiento en el Señor. Y, aunque estuviera encerrado en la cueva y envuelto en tinieblas, se sentía penetrado de una dulzura inefable, nunca gustada hasta entonces; todo inflamado en ella, abandonó la cueva y se puso al descubierto de los insultos de sus perseguidores.

[5] Francisco tuvo un gran respeto a los sacerdotes durante toda su vida. Cf. Test 6-10.

[6] Prov 16,16.

[1] Sin duda, del «amigo» del que habla en 1C 6.

11. Levantóse al momento diligente, presuroso y alegre, y, armándose con el escudo de la fe y fortalecido con las armas de una gran confianza para luchar las batallas del Señor, se encaminó hacia la ciudad, y, ardiendo en fuego divino, se reprochaba a sí mismo su pereza y poco valor.

En cuanto lo vieron quienes lo conocían, al comparar lo presente con lo que había sido, se desataron en insultos, saludándolo como a loco y demente y arrojándole barro y piedras del camino. Lo contemplaban tan otro de lo que antes había sido y tan consumido por la maceración de su carne, que cuanto hacía lo atribuían a debilidad y demencia. Mas, porque es mejor el paciente que el orgulloso, el siervo de Dios se hacía sordo y, sin abatirse lo más mínimo ni alterarse por los insultos, daba gracias al Señor por todo ello. Que en vano el malvado persigue a quien va tras el bien, pues cuanto más combatido sea, tanto más poderosamente triunfara. La humillación, como dice alguien, da nuevas fuerzas al ánimo generoso.

12. Extendiéndose durante largo tiempo este rumor y bullicio por las plazas y villas del poblado y corriendo de aquí para allá la voz de los que se burlaban de él, llegó esta fama a oídos de mucha gente y, por fin, a los de su propio padre. Al oír éste el nombre de su hijo, y como si tales injurias de los conciudadanos recayeran sobre él, se levantó en seguida, no para librarlo, más bien para hundirlo; y, sin guardar forma alguna, se lanza como el lobo sobre la oveja, y, mirándolo fieramente y con rostro amenazador, lo apresa entre sus manos, y, sin respeto ni decoro, lo mete en su propia casa.

Sin entrañas de compasión, lo tuvo encerrado durante muchos días en un lugar tenebroso [2], pensando doblegar la voluntad de su hijo a su querer; primero, a base de razonamientos, y luego, con azotes y cadenas. Mas el joven salía de todo esto más decidido y con más vigor para realizar sus santos propósitos, y no perdió la paciencia ni por los reproches de palabra ni por las fatigas de la prisión. Que no es posible doblegar, por medio de azotes y cadenas, los rectos propósitos del alma y su actitud. Ni puede ser arrancado de la grey de Cristo quien tiene el deber de alegrarse en la tribulación. Ni tiembla ante el diluvio de muchas aguas [3] quien tiene por refugio en los contratiempos al Hijo de Dios; para que no nos parezca áspero lo nuestro, nos pone ante los ojos lo que El padeció, inmensamente mayor.

[2] Probablemente, sería uno de esos rincones situados bajo la escalera, carente en absoluto de la más pequeña comodidad. Recuérdese la leyenda de San Aleio.

[3] Sal 31,6.

CAPÍTULO VI

Cómo su madre lo liberó y cómo se despojó de sus vestidos ante el obispo de Asís

13. Sucedió, pues, que, teniendo su padre que ausentarse de casa por algún tiempo a causa de urgentes asuntos familiares [1] y permaneciendo el varón de Dios encerrado en la carcel de la casa, su madre, que había quedado sola con él, desaprobando el modo de proceder de su marido, habló con dulces palabras a su hijo. Intuyendo ella la imposibilidad de que éste desistiera de su propósito, conmovidas las entrañas maternales, rompió las ataduras y lo dejó libre para marchar. El, dando gracias a Dios todopoderoso, volvió al instante al lugar donde había permanecido anteriormente. Muévese ahora con mayor libertad [2] probado en la escuela de la tentación; con los muchos combates ha adquirido un aspecto más alegre; las injurias han fortalecido su ánimo; y, caminando libre por todas partes, procede con más magnanimidad.

En el ínterin retorna el padre, y, no encontrándolo, se desfoga en insultos contra su mujer, sumando pecados sobre pecados. Bramando con gran alboroto, corre inmediatamente al lugar con el propósito, si no le es posible reducirlo, de ahuyentarlo, al menos, de la provincia. Mas como el temor del Señor es la confianza del fuerte, apenas el hijo de la gracia se apercibió de que su padre según la carne venía en su busca, decidido y alegre se presentó ante él y con voz de hombre libre le manifestó que ni cadenas ni azotes le asustaban lo más mínimo. Y que, si esto le parecía poco, le aseguraba estar dispuesto a sufrir gozoso, por el nombre de Cristo, toda clase de males.

14. Ante tal resolución, convencido el padre de que no podía disuadir al hijo del camino comenzado, pone toda su alma en arrancarle el dinero. El varón de Dios deseaba emplearlo todo en ayuda de los pobres y en restaurar la capilla; pero, como no amaba el dinero, no sufrió engaño alguno bajo apariencia de bien, y quien no se sentía atado por él, no se turbó lo más mínimo al perderlo. Por esto, habiéndose ya encontrado el dinero que el

[1] «En la ruta natural del Mediterráneo al Mar del Norte, ya desde fines del siglo XII se fijó la Champaña como centro principal de intercambio entre Oriente y Occidente. En Troyes, Provins, Bar-sur-Aube, Lagny, centros por los que sucesivamente se iban montando las ferias a lo largo del año, *los hombres de negocios italianos* eran los animadores y los que regulaban el tráfico... A veces cruzaban los Alpes o los Apeninos en el rigor de las estaciones; viajaban solos o en caravanas, con o sin conductores especializados. Eran muy frecuentes las emboscadas, ya que los mercaderes podían ser presa fácil y provechosa tanto de personas necesitadas como de bandidos profesionales. Mejor que nadie conocían ellos las posadas de la ruta, los almacenes en las villas, los albergues poco confortables, en que el buen humor de los viajantes apenas podía disipar la pena de estar lejos de los suyos» (Y. RENOUARD, *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Age* [Armand Colin 1950] p. 40-74).

[2] Como se ha visto (1C 10), Francisco, desconfiando de sus propias fuerzas, no osaba exponerse a la cólera de su padre, sino que prefería ocultarse en un escondrijo.

gran despreciador de las cosas terrenas y ávido buscador de las riquezas celestiales había arrojado entre el polvo de la ventana, se apaciguó un tanto el furor del padre y se mitigó algo la sed de su avaricia con el vaho del hallazgo. Después de todo esto, el padre lo emplazó a comparecer ante el obispo de la ciudad [3], para que, renunciando en sus manos a todos los bienes, le entregara cuanto poseía. A nada de esto se opuso; al contrario, gozoso en extremo, se dio prisa con toda su alma para hacer cuanto se le reclamaba.

15. Una vez en la presencia del obispo, no sufre demora ni vacila por nada; más bien, sin esperar palabra ni decirla, inmediatamente, quitándose y tirando todos sus vestidos, se los restituye al padre. Ni siquiera retiene los calzones, quedando ante todos del todo desnudo. Percatándose el obispo de su espíritu y admirado de su fervor y constancia, se levantó al momento y, acogiéndolo entre sus brazos, lo cubrió con su propio manto. Comprendió claramente que se trataba de un designio divino y que los hechos del varón de Dios que habían presenciado sus ojos encerraban un misterio. Estas son las razones por que en adelante será su protector. Y, animándolo y confortándolo, lo abrazó con entrañas de caridad.

Helo ahí ya desnudo luchando con el desnudo [4]; desechado cuanto es del mundo, sólo de la divina justicia se acuerda. Se esfuerza así por menospreciar su vida, abandonando todo cuidado de sí mismo, para que en este caminar peligroso se una a su pobreza la paz y sólo la envoltura de la carne lo tenga separado, entre tanto, de la visión divina.

Capítulo VII

Cómo, asaltado por los ladrones, fue arrojado a la nieve y cómo se entregó al servicio de los leprosos

16. Cubierto de andrajos el que tiempo atrás vestía de escarlata, marchaba por el bosque cantando en lengua francesa alabanzas al Señor [1]; de improviso caen sobre él unos ladrones. A la pregunta, que le dirigen con aire feroz, inquiriendo quién es, el

[3] *Guido secundus*, que fue obispo de Asís desde 1204 (?) hasta su muerte, el 30 de julio de 1228. El tribunal episcopal tenía sus competencias, y las decisiones que tomaba acarreaban efectos jurídicos. Pero un tribunal eclesiástico, ¿tenía autoridad para juzgar a un laico? Para Heimbucher (*Die Orden und Kongregationen der katolischen Kirche* [Paderborn 1935] I p.670), el mero hecho de ser ermitaño colocaba a Francisco bajo la jurisdicción episcopal. Según Hilarino Felder (*Der Christusritter aus Assisi*, Zurich 1941), Francisco debió de ser recibido como «oblato» de la iglesia de San Damian, y así obtendría el poder acogerse a la jurisdicción eclesiástica. Además, el que atendía a San Damián era, probablemente, un monje del monte Subasio.

[4] Tema familiar a la espiritualidad medieval, y, sobre todo, a la franciscana: 2C 12.194.214 y los paralelos de San Buenaventura: LM 2,4; 7,2; 14,3.

[1] Es signo manifiesto del gozo que embargaba a Francisco después de su definitiva renuncia. Solía cantar en francés cuando quería expresar la alegría interior. Cf 1C 16; 2C 127; LM 2,5; Lm 1,8; TC 33; EP 93.

varón de Dios, seguro de sí mismo, con voz llena les responde: «Soy el pregonero del gran Rey; ¿qué queréis?» Ellos, sin más, le propinaron una buena sacudida y lo arrojaron a un hoyo lleno de mucha nieve, diciéndole: «Descansa, rústico pregonero de Dios». El, revolviéndose de un lado para otro, sacudiéndose la nieve —ellos se habían marchado—, de un salto se puso fuera de la hoya, y, reventando de gozo, comenzó a proclamar a plena voz, por los bosques, las alabanzas del Creador de todas las cosas.

Así llegó, finalmente, a un monasterio [2], en el que permaneció varios días, sin más vestido que un tosco blusón, trabajando como mozo de cocina [3], ansioso de saciar el hambre siquiera con un poco de caldo. Y al no hallar un poco de compasión, y ante la imposibilidad de hacerse, al menos, con un vestido viejo, salió de aquí no movido de resentimiento, sino obligado por la necesidad, y llegó a la ciudad de Gubbio, donde un antiguo amigo [4] le dio una túnica. Como, pasado algún tiempo, se extendiese por todas partes la fama del varón de Dios y se divulgase su nombre por los pueblos, el prior del monasterio, recordando y reconociendo el trato que habían dado al varón de Dios, se llegó a él y le suplicó, en nombre del Salvador, le perdonase a él y a los suyos.

17. Después, el santo enamorado de la perfecta humildad se fue a donde los leprosos [5]; vivía con ellos y servía a todos por Dios con extremada delicadeza: lavaba sus cuerpos infectos y curaba sus ulceras purulentas, según él mismo lo refiere en el testamento: «Como estaba en pecado, me parecía muy amargo ver leprosos; pero el Señor me condujo en medio de ellos y practiqué con ellos la misericordia» [6]. En efecto, tan repugnante le había sido la visión de los leprosos, como él decía, que en sus años de vanidades, al divisar de lejos, a unas dos millas, sus casetas, se tapaba la nariz con las manos.

Mas una vez que, por gracia y virtud del Altísimo, comenzó a tener santos y provechosos pensamientos, mientras aún permanecía en el siglo, se topó cierto día con un leproso, y, superándose a sí mismo, se llegó a él y le dio un beso. Desde este momento

[2] Probablemente, de San Verecundo, un poco al sur de Gubbio. Hoy día, *Vallingegno*.

[3] *Garcio* es el término que emplea el texto original; encierra un sentido despreciativo, que se aplicaba en razón de las ocupaciones que se asignaban por motivos de incapacidad o malas costumbres.

[4] Sería uno de los tres hermanos Spadalunga, según un documento del 11 de abril de 1399, editado en AFH 1 (1908) y MF 5 (1890) 77.

[5] En el hospital de San Salvador de los Muros, en el lugar de la actual *Casa Gualdi*, a medio camino entre Asís y Santa María de los Angeles. ¿Qué es lo que a Francisco le impulsaba a ir a los leprosos? A ello le induciría la contemplación de Cristo doliente según Is 53 (*le tuvimos como leproso*...); las estatuas y vidrieras, que representaban al mismo Cristo con rasgos de leproso; la recomendación de Cristo en Mt 10,8, texto, por lo demás, decisivo en la vocación de Francisco, que dice: *limpiad los leprosos*. Acaso influyó también en él la leyenda de aquel monje que, creyendo que llevaba a un leproso a sus espaldas, vio que transportaba al mismo Cristo. San Francisco los amaba con un amor singular y les daba la designación de «mis hermanos cristianos» (LP 64; EP 58).

[6] Test 1-2.

comenzó a tenerse más y más en menos, hasta que, por la misericordia del Redentor, consiguió la total victoria sobre sí mismo.

También favorecía, aun viviendo en el siglo y siguiendo sus máximas, a otros necesitados, alargándoles, a los que nada tenían, su mano generosa, y a los afligidos, el afecto de su corazón. Pero en cierta ocasión le sucedió, contra su modo habitual de ser —porque era en extremo cortés—, que despidió de malas formas a un pobre que le pedía limosna; en seguida, arrepentido, comenzó a recriminarse dentro de sí, diciendo que negar lo que se pide a quien pide en nombre de tan gran Rey, es digno de todo vituperio y de todo deshonor. Entonces tomó la determinación de no negar, en cuanto pudiese, nada a nadie que le pidiese en nombre de Dios. Lo cumplió con toda diligencia, hasta el punto de llegar a darse él mismo todo en cualquier forma, poniendo en práctica, antes de predicarlo, el consejo evangélico que dice: *A quien te pida, dale, y a quien te pida un préstamo, no le des la espalda* [7].

Capítulo VIII

Cómo reparó la iglesia de San Damián y del tenor de vida de las señoras que moran en aquel lugar

18. La primera obra que emprendió el bienaventurado Francisco al sentirse libre de la mano de su padre carnal fue la construcción de una casa al Señor; pero no pretende edificar una nueva; repara la antigua, remoza la vieja. No arranca el cimiento sino que edifica sobre él, dejando siempre, sin advertirlo, tal prerrogativa para Cristo: *Nadie puede poner otro fundamento sino el que está puesto, que es Jesucristo* [1]. Como hubiese retornado al lugar donde, según se ha dicho, fue construida antiguamente la iglesia de San Damián, la restauró con sumo interés en poco tiempo, ayudado de la gracia del Altísimo.

Este es el lugar bendito y santo en el que felizmente nació la gloriosa Religión y la eminentísima Orden de señoras pobres y santas vírgenes por obra del bienaventurado Francisco, unos seis años después de su conversión. Fue aquí donde la señora Clara, originaria de Asís [2], como piedra preciosísima y fortísima, se constituyó en fundamento de las restantes piedras superpuestas. Cuando, después de iniciada la Orden de los hermanos, ella, por los consejos del Santo, se convirtió al Señor, sirvió para el pro-

[7] Mt 5,42.

[1] 1Cor 3,11.

[2] Celano anota este detalle porque la familia de Clara, expulsada de su casa de la plaza de San Rufino, en Asís, cuando el levantamiento popular de 1198-99, se había refugiado en su castillo de Cocorano, en territorio de Perusa. Cf.-P. Théobald, *Assise au temps de saint Francois:* EF sept. (1938) p.448s.

Acerca de la familia de Clara Favarone, cf. AFH 46 (1953) 4-9. Bibliografía acerca de Clara: L. Hardick, *Zur Chronologie im Leben der hl. Klara:* EF 35 (1953) 174-210; I. Omaechevarría, *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos* (Madrid, BAC, 1970).

greso de muchos y como ejemplo a incontables. Noble por la sangre, más noble por la gracia. Virgen en su carne, en su espíritu castísima. Joven por los años [3], madura en el alma. Firme en el propósito y ardentísima en deseos del divino amor. Adornada de sabiduría y singular en la humildad: Clara de nombre; más clara por su vida; clarísima por su virtud [4].

19. Sobre ella se levantó también el noble edificio de preciosísimas perlas, cuya alabanza no proviene de los hombres, sino de Dios, ya que ni la estrechez de nuestro entendimiento lo puede comprender ni podemos expresarlo en pocas palabras.

Antes de nada y por encima de todo, resplandece en ellas la virtud de una mutua y continua caridad, que de tal modo coaduna las voluntades de todas, que, conviviendo cuarenta o cincuenta en un lugar, el mismo querer forma en ellas, tan diversas, una sola alma.

En segundo lugar, brilla en cada una la gema de la humildad, que tan bien les guarda los dones y bienes recibidos de lo alto, que se hacen merecedoras de las demás virtudes.

En tercer lugar, el lirio de la virginidad y de la castidad en tal forma derrama su fragancia sobre todas, que, olvidadas de todo pensamiento terreno, sólo anhelan meditar en las cosas celestiales [5]; y de esta fragancia nace en sus corazones tan elevado amor del esposo eterno, que la plenitud de este sagrado afecto les hace olvidar toda costumbre de la vida pasada.

En cuarto lugar, en tal grado se hallan todas investidas del título de la altísima pobreza, que apenas o nunca se avienen a satisfacer, en lo tocante a comida y vestido, lo que es de extrema necesidad.

20. En quinto lugar, han conseguido la gracia especial de la mortificación y del silencio en tal grado, que no necesitan hacerse violencia para reprimir las inclinaciones de la carne ni para retrenar su lengua; algunas de ellas han llegado a perder la costumbre de conversar, hasta el extremo de que, cuando se ven precisadas a hablar, apenas si lo pueden hacer con corrección.

En sexto lugar, en todo esto vienen tan maravillosamente adornadas de la virtud de la paciencia, que ninguna tribulación o molestia puede abatir su ánimo ni aun inmutarlo.

[3] Clara Favarone tenía dieciocho años cuando la noche del 18 al 19 de marzo, la que siguió al domingo de Ramos de 1212, prometió obediencia a Francisco en Santa María de los Angeles. Después de una breve permanencia en el monasterio de benedictinas de Bastia y en el de Sant'Angelo in Panso, pasó a habitar con sus primeras seguidoras en el edificio adyacente a la capilla de San Damián, la primera restaurada por el Santo. En los tres primeros años, a lo que parece, la fraternidad femenina ensayó la aventura evangélica a base de la elemental «forma de vida» que les trazara Francisco, en retiro y en fidelidad gozosa a dama Pobreza; en 1215, según parece, sor Clara se vio obligada a acogerse a la Regla de San Benito.
Sal.

[4] Donde nosotros no vemos sino mero juego de palabras, Celano descubre el presagio de un destino; para ello se apoya en que, según la Escritura, el nombre encierra la vocación.

[5] Es la aplicación de la Adm 16.

Finalmente, en séptimo lugar, han merecido la más alta contemplación en tal grado, que en ella aprenden cuanto deben hacer u omitir, y se saben dichosas abstraídas en Dios, aplicadas noche y día a las divinas alabanzas y oraciones.

Dígnese el Dios eterno conceder, por su santa gracia, que tan santo principio concluya con un fin más santo. Por ahora será suficiente lo dicho sobre las vírgenes consagradas a Dios y sobre las devotas esclavas de Cristo, puesto que su maravillosa vida y gloriosa institución, que recibieron del señor papa Gregorio [6], a la sazón obispo ostiense, exigen una obra propia y tiempo disponible [7].

Capítulo IX

Cómo, cambiado el vestido, repara la iglesia de Santa María de la Porciúncula, y, oído el evangelio, deja todas las cosas y se confecciona el hábito para sí y sus hermanos

21. Entre tanto, el santo de Dios, cambiado su vestido exterior [1] y restaurada la iglesia ya mencionada, marchó a otro lugar próximo a la ciudad de Asís; allí puso mano a la reedificación de otra iglesia muy deteriorada y semiderruida [2]; de esta forma continuó en el empeño de sus principios hasta que dio cima a todo.

De allí pasó a otro lugar llamado Porciúncula, donde existía una iglesia dedicada a la bienaventurada Virgen Madre de Dios [3], construida en tiempos lejanos y ahora abandonada, sin que nadie se cuidara de ella. Al contemplarla el varón de Dios en tal estado, movido a compasión, porque le hervía el corazon en devoción hacia la madre de toda bondad, decidió quedarse allí mismo.

Cuando acabó de reparar dicha iglesia, se encontraba ya en el tercer año de su conversión. En este período de su vida vestía un hábito como de ermitaño, sujeto con una correa; llevaba un bastón en la mano, y los pies calzados.

22. Pero cierto día se leía en esta iglesia el evangelio que

[6] En 1218-19. Según las constituciones llamadas «hugolinas» (BF I p.263-67). Texto definitivamente aprobado por Inocencio IV (bula *Solet annuere*, del 13 de noviembre de 1245: BF I p.394-99).

[7] Parece que Celano concibe el propósito de escribirla. Hoy nos es conocida una *Vida de Santa Clara*, escrita por orden de Alejandro IV, que fue quien canonizó a la Santa en septiembre de 1255 (I. OMAECHEVARRÍA, *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos* [Madrid, BAC, 1970] p.125-99). ¿Es Celano su autor? La mayoría de los investigadores creen que ha de atribuírsele la paternidad de la obra (ID., ibid. p.121-22).

[1] Su descripción aparece en este mismo número. El llevarlo era suficiente para que se diera la *transformación* jurídica, señalada más arriba en 1C 14 n.2. Que la palabra *habitus* hay que interpretarla aquí en el sentido natural de vestido y no de comportamiento, nos lo garantizan Julián de Espira (título de los capítulos 2 y 3: AF 10 p.340-42) y Bernardo de Bessa (*Liber de laudibus*: AF 3 p.687).

[2] Se trata, probablemente, de la iglesia de San Pedro; no se conoce con precisión su ubicación.

[3] Esta iglesia dependía también de la abadía de Monte Subasio.

narra cómo el Señor había enviado a sus discípulos a predicar; presente allí el santo de Dios, no comprendió perfectamente las palabras evangélicas; terminada la misa, pidió humildemente al sacerdote que le explicase el evangelio. Como el sacerdote le fuese explicando todo ordenadamente, al oír Francisco que los discípulos de Cristo no debían poseer ni oro, ni plata, ni dinero; ni llevar para el camino alforja, ni bolsa, ni pan, ni bastón; ni tener calzado, ni dos túnicas, sino predicar el reino de Dios y la penitencia [4], al instante, saltando de gozo, lleno del Espíritu del Señor, exclamó: «Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica».

Rebosando de alegría, se apresura inmediatamente el santo Padre a cumplir la doctrina saludable que acaba de escuchar; no admite dilación alguna en comenzar a cumplir con devoción lo que ha oído. Al punto desata el calzado de sus pies, echa por tierra el bastón y, gozoso con una túnica, se pone una cuerda en lugar de la correa. Desde este momento se prepara una túnica en forma de cruz para expulsar todas las ilusiones diabólicas; se la prepara muy áspera, para crucificar la carne con sus vicios y pecados; se la prepara, en fin, pobrísima y burda, tal que el mundo nunca pueda ambicionarla. Todo lo demás que había escuchado se esfuerza en realizarlo con la mayor diligencia y con suma reverencia. Pues nunca fue oyente sordo del Evangelio sino que, confiando a su feliz memoria cuanto oía, procuraba cumplirlo a la letra sin tardanza [5].

Capítulo X

Predicación del Evangelio y anuncio de la paz y la conversión de los seis primeros hermanos

23. Desde entonces comenzó a predicar a todos la penitencia con gran fervor de espíritu y gozo de su alma, edificando a los oyentes con palabra sencilla y corazón generoso. Su palabra era como fuego devorador, penetrante hasta lo más hondo del alma, y suscitaba la admiración en todos. Parecía totalmente otro de lo que había sido, y, contemplando el cielo, no se dignaba mirar a la tierra. Y cosa admirable en verdad: comenzó a predicar allí donde, siendo niño, aprendió a leer y donde primeramente fue

[4] Celano no cita literalmente los textos evangélicos, sino que conglomera recomendaciones de textos tomados, indistintamente, de los tres sinópticos. Se señala de ordinario como fecha de este hecho el 24 de febrero de 1208. Pero se ha de observar que el 1 de febrero de ese año se celebró el primer domingo de cuaresma. Por otra parte, no parece probable que Francisco escuchara dicho evangelio en la fiesta de un apóstol, ya que los biógrafos se contentan con decir «quadam die» (1C 22; TC 25).

[5] Para los inicios de la Orden cf. K. ESSER, *La Orden franciscana. Orígenes e ideales* (Aranzazu 1976).

enterrado con todo honor [1]. De este modo, los venturosos comienzos quedaron avalados por un final, sin comparación, más venturoso. Donde aprendió, allí enseñó, y donde comenzó, allí felizmente terminó.

En toda predicación que hacía, antes de proponer la palabra de Dios a los presentes, les deseaba la paz, diciéndoles: «El Señor os dé la paz». Anunciaba devotísimamente y siempre esta paz a hombres y mujeres, a los que encontraba y a quienes le buscaban. Debido a ello, muchos que rechazaban la paz y la salvación, con la ayuda de Dios abrazaron la paz de todo corazón y se convirtieron en hijos de la paz y en émulos de la salvación eterna [2].

24. Entre éstos, un hombre de Asís, de espíritu piadoso y humilde, fue quien primero siguió devotamente al varón de Dios [3]. A continuación abrazó esta misión de paz y corrió gozosamente en pos del Santo, para ganarse el reino de los cielos, el hermano Bernardo. Este había hospedado con frecuencia al bienaventurado Padre; habiendo observado y comprobado su vida y costumbres, reconfortado con el aroma de su santidad, concibió el temor de Dios y alumbró el espíritu de salvación. Lo había visto que, sin apenas dormir, estaba en oración durante toda la noche, alabando al Señor y a la gloriosísima Virgen, su madre; y se admiraba y se decía: «En verdad, este hombre es de Dios».

Diose prisa, por esto, en vender todos sus bienes, y distribuyó a manos llenas su precio entre los pobres, no entre sus parientes; y, abrazando la norma del camino más perfecto, puso en práctica el consejo del santo Evangelio: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme* [4]. Llevado a feliz término todo esto, se unió a San Francisco en su hábito y tenor de vida, y permaneció con él continuamente, hasta que, habiéndose multiplicado los hermanos, pasó con la obediencia del piadoso Padre a otras regiones [5].

Su conversión a Dios sirvió de modelo, para quienes habían de convertirse en el futuro, en cuanto a la venta de los bienes y su distribución entre los pobres. San Francisco se gozó sobremanera con la llegada y conversión de hombre tan calificado, ya que esto

[1] La iglesia de San Jorge (en el lugar de su emplazamiento se encuentra hoy la capilla del Santísimo Sacramento de la basílica de Santa Clara) se hallaba a pocos pasos de la casa Bernardone; en ella había una escuela presbiterial que frecuentó Francisco; Santa Clara le escuchó predicar en ella; y fue también aquí donde en 1228 se desarrollaron las ceremonias de la canonización. Cuando Celano escribía estas líneas, Gregorio IX ordenaba la construcción de una iglesia destinada a acoger definitivamente el cuerpo del Santo (bula del 29 de abril de 1228).

[2] Paz y salvación: dos temas que aparecen ya unidos en aquel célebre versículo de Isaías: *¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia la salvación!* (Is 52,7), y que San Buenaventura lo comenta así: «Anunció la paz, predicó la salvación, y con moniciones saludables, a muchos que, separados de Cristo, antes habían estado lejos de la salvación, los reconcilió en la verdadera paz» (LM 3,2; cf. 2R 3,13).

[3] Cf. E. GRAU, *Die ersten Brüder des hl. Franziskus:* FS 49 (1958) p.132-62.

[4] Mt 19,21.

[5] Compostela; cf. más abajo 1C 30.

le demostraba que el Señor tenía cuidado de él, pues le daba un compañero necesario y un amigo fiel.

25. Inmediatamente le siguió otro ciudadano de Asís, digno de toda loa por su vida; comenzó santamente y en breve tiempo terminó más santamente [6]. No mucho después siguió a éste el hermano Gil, varón sencillo y recto y temeroso de Dios, que a través de su larga vida, santa, justa y piadosamente vivida, nos dejó ejemplos de perfecta obediencia, de trabajo manual, de vida solitaria y de santa contemplación [7]. A estos se une otro. Viene luego el hermano Felipe, con el que suman ya siete; a éste el Señor tocó los labios con la piedra de la purificación [8] para que dijese de El cosas dulces y melifluas; comprendía y comentaba las Sagradas Escrituras, sin que hubiera hecho estudios, como aquellos a quienes los príncipes de los judíos reprochaban de idiotas y sin letras [9].

Capítulo XI

Espíritu de profecía y predicciones de San Francisco

26. Día a día se iba llenando de consolación y gracia del Espíritu Santo el bienaventurado Francisco, y con la mayor vigilancia y solicitud iba formando a sus nuevos hijos con instrucciones nuevas, enseñándoles a caminar con paso seguro por la vía de la santa pobreza y de la bienaventurada simplicidad.

En cierta ocasión, admirando la misericordia del Señor en tantos beneficios como le había concedido y deseando que Dios le mostrase cómo habían de proceder en su vida él y los suyos, se retiró a un lugar de oración, según lo hacía muchísimas veces. Como permaneciese allí largo tiempo con temor y temblor ante el Señor de toda la tierra, reflexionando con amargura de alma sobre los años malgastados y repitiendo muchas veces aquellas palabras: *¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador!* [1], comenzó a derramarse poco a poco en lo íntimo de su corazón una indecible alegría e inmensa dulcedumbre. Comenzó también a sentirse fuera de sí; contenidos los sentimientos y ahuyentadas las tinieblas que se ha-

[6] Sin duda, Pedro Cattani, jurista, acaso canónigo de la catedral de Asís. Siguió a Francisco el mismo día que Bernardo de Quintavalle (TC 8). Gozó de la simpatía del Santo. Le acompañó en su viaje al Oriente en 1219 (cf. 2C 30 n.1). Es elegido vicario general (Lázaro Iriarte opina que con funciones de ministro general· cf LI 4 n 8) el 29 de septiembre de 1220. Ejerce el cargo hasta el 10 de marzo de 1221, fecha de su muerte en la Porciúncula, donde fue sepultado.

[7] Recibido en la Orden el 23 de abril de 1208, murió en 1262. La segunda parte de la frase está interpolada; Celano no podía hablar en 1229 de la larga vida del hermano Gil. Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen p.798.

[8] Alusión al relato de la vocación de Isaías (Is 6,6).

[9] Los apóstoles (Act 14,14).

[1] Es la oración del publicano (Lc 18,13). Según Wadding (*Annales* I a.1209 XXIV p.65), el hecho tuvo lugar en Poggio-Bustone. Tal es también la opinión de Cuthbert (*Vida de San Francisco de Asís* [Barcelona 1956] p.63).

bían ido fijando en su corazón por temor al pecado, le fue infundida la certeza del perdón de todos los pecados y se le dio la confianza de que estaba en gracia. Arrobado luego y absorto enteramente en una luz, dilatado el horizonte de su mente, contempló claramente lo que había de suceder. Cuando, por fin, desapareció aquella suavidad y aquella luz, renovado espiritualmente, parecía transformado ya en otro hombre.

27. Volvió lleno de gozo y habló así a los hermanos: «Confortaos, carísimos, y alegraos en el Señor; no os entristezcáis al veros tan pocos; ni os asuste mi simplicidad ni la vuestra, porque, como me ha mostrado en verdad el Señor, Dios nos hará crecer en gran multitud y nos propagará hasta los confines de la tierra. Para vuestro provecho, me siento forzado a manifestaros cuanto he visto; gustosamente lo callara, si la caridad no me obligara a comunicarlo. He visto una gran multitud de hombres que venían deseosos de convivir con nosotros bajo el mismo hábito de nuestra santa vida y bajo la Regla de la bienaventurada Religión [2]. Resuena todavía en mis oídos la algazara de quienes iban y venían según el mandato de la santa obediencia. He visto caminos atestados de gente de toda nación que confluía en estas regiones. Vienen los franceses; aceleran el paso los españoles; corren los alemanes y los ingleses, y vuela veloz una gran multitud de otras diversas lenguas».

Al escuchar todo esto, los hermanos se llenaron de gozo saludable, sea por la gracia que el Señor Dios había concedido a su Santo, sea porque, anhelando ardientemente el bien de sus prójimos, deseaban que éstos multiplicasen a diario el número de los hermanos para ser salvos todos juntos.

28. Luego añadió el Santo: «Hermanos, para que 'fiel y devotamente' [3] demos gracias al Señor Dios nuestro de todos sus dones y para que sepáis cómo hemos de comportarnos con los hermanos de hoy y con los del futuro, oíd la verdad de los acontecimientos que sucederán. Ahora, al principio de nuestra vida, encontramos frutos dulces y suaves sobremanera para comer; poco después se nos ofrecerán otros no tan suaves y dulces; pero al final se nos darán otros tan amargos, que no los podremos comer, pues, aunque tengan una presencia hermosa y aromática, nadie los podrá gustar por su desabrimiento. Y en verdad, como os he dicho, el Señor nos hará crecer hasta ser un gran pueblo. Pero al final sucederá como al pescador que lanza sus redes al mar o en un lago y captura una gran cantidad de peces; cuando los ha colocado en su navecilla, no pudiendo con todos por la

[2] Al mismo tiempo que Francisco deseaba sumamente el crecimiento de su Orden, temía sobremanera al número, que, como consecuencia, trae la decadencia (1C 28; 2C 23.70.158). Cf. también J. F. GILMONT, *Paternité et médiation du fondateur d'Ordre:* Rev. Asc. Myst. 40 (1964) p.393-426.

[3] *Fideliter et devote:* Celano aplica aquí estos dos adverbios a la oración, mientras San Francisco quiere expresar con ellos el modo de realizar el trabajo para que no se apague el espíritu de oración (2R 5,1-2).

multitud, recoge los mayores y los mejores en sus canastos y los demás los tira» [4].

Cuán cierto haya sido y cuán claramente se vaya cumpliendo todo esto que predijo el santo de Dios, está patente para cuantos lo miran con espíritu de verdad. He aquí cómo el espíritu de profecía reposó sobre San Francisco.

Capítulo XII

Cómo envió a sus hermanos de dos en dos y cómo poco tiempo después se reunieron nuevamente

29. Por este mismo tiempo ingresó en la Religión otro hombre de bien, llegando con él a ser ocho en número. Entonces, el bienaventurado Francisco los llamó a todos a su presencia y platicó sobre muchas cosas: del reino de Dios, del desprecio del mundo, de la negación de la propia voluntad y del dominio de la propia carne; los dividió en cuatro grupos de a dos y les dijo: «Marchad, carísimos, de dos en dos por las diversas partes de la tierra, anunciando a los hombres la paz y la penitencia para remisión de los pecados. Y permaneced pacientes en la tribulación, seguros, porque el Señor cumplirá su designio y su promesa. A los que os pregunten, responded con humildad; bendecid a los que os persigan; dad gracias a los que os injurien y calumnien [1], pues por esto se nos prepara un reino eterno».

Y ellos, inundados de gozo y alegría, se postraban en tierra ante Francisco en actitud de súplica, mientras recibían el mandato de la santa obediencia. Y Francisco los abrazaba, y con dulzura y devoción decía a cada uno: «Pon tu confianza en el Señor, que El te sostendrá». Estas palabras las repetía siempre que mandaba a algún hermano a cumplir una obediencia.

30. Por este tiempo, los hermanos Bernardo y Gil emprendieron el camino de Santiago; San Francisco, a su vez, con otro compañero, escogió otra parte del mundo [2]; los otros cuatro, de dos en dos, se dirigieron hacia las dos restantes.

Mas poco tiempo después, deseando San Francisco ver de nuevo a todos, rogaba al Señor, que reúne a los dispersos de Israel, que se dignara, en su misericordia, reunirlos prontamente. Así sucedió al poco, conforme a sus deseos: sin que nadie los llamara, se juntaron al mismo tiempo, dando gracias a Dios. Una vez congregados, celebran, repletos de gozo, ver al piadoso pastor y se maravillan de haber tenido todos el mismo deseo. Cuentan luego las bondades que el Señor misericordioso ha obrado en ellos, y, por si han sido negligentes e ingratos en alguna medida,

[4] Mt 13,47-50.

[1] Cf. 2R 10,10-12.

[2] El valle de Rieti (WADDING, *Annales* I a.1209 XXIV p.65).

humildemente piden corrección y penitencia a su santo Padre y la aceptan con amor [3].

Así acostumbraban hacerlo siempre que se llegaban a él, sin ocultar el más insignificante pensamiento, ni aun los primeros movimientos de su alma; y, cuando habían cumplido cuanto se les había ordenado, se consideraban siervos inútiles [4]. Era así como toda aquella primera escuela del bienaventurado Francisco estaba poseída del espíritu de pureza: sabían realizar obras útiles, santas y justas, pero desconocían del todo gozarse en ellas vanamente [5]. El bienaventurado Padre, abrazando a sus hijos con gran caridad, comenzó a exponerles sus propósitos y les dio a conocer cuanto el Señor le había revelado.

31. En breve se incorporaron a ellos otros cuatro hombres probos e idóneos, y siguieron al santo de Dios [6] Esto provocó entre la gente muchos comentarios, y la fama del varón de Dios se extendió más y más. Cierto que, en aquel tiempo, San Francisco y sus hermanos recibían muy grande alegría y gozo singular cuando alguno del pueblo cristiano, quienquiera que fuese y de cualquiera condicion —fiel, rico, pobre, noble, plebeyo, despreciable, estimado, prudente, simple, clérigo, iletrado, laico—, guiado por el Espíritu de Dios, venía a recibir el hábito de la santa Religión. Todo esto provocaba admiración en las personas del mundo y les servía de ejemplo, induciéndoles al camino de una vida más ajustada y a la penitencia de los pecados. Ni la condición más humilde ni la pobreza más desvalida eran obstáculo para que fuesen edificados en la obra de Dios aquellos a quienes Dios quería edificar, pues se complace con los despreciados por el mundo y con los sencillos.

Capítulo XIII

Cómo escribió por vez primera la Regla cuando tenía once hermanos y cómo se la aprobo el señor papa Inocencio y la visión del árbol

32. Viendo el bienaventurado Francisco que el Señor Dios le aumentaba de día a día el número de seguidores, escribió para sí y sus hermanos presentes y futuros, con sencillez y en pocas palabras [1], una forma de vida y regla, sirviéndose, sobre todo, de

[3] La práctica de estos «capítulos» se perpetuó; cf. JACOBO DE VITRY, *Carta 1* (en este volumen p.963 y 966) y Adm 22

[4] 1R 11,3; 23,7.

[5] Este comportamiento de los primeros hermanos corresponde a las admoniciones que les dirigía San Francisco, y de las que nos han quedado algunos textos: «Dichoso aquel siervo que no se enaltece más por el bien que el Señor dice y obra por su medio, que por el que dice y obra por medio de otro» (Adm 17).

[6] Eran Juan de San Constanzo, Bárbaro, un segundo Bernardo y Angel Tancredi. Cf. LP 7 n.2.

[1] Son los mismos términos con que San Francisco, en su testamento, califica esta primera redacción.

textos del santo Evangelio, cuya perfección solamente deseaba. Añadió, con todo, algunas pocas cosas más, absolutamente necesarias para poder vivir santamente. Entonces se trasladó a Roma con todos los hermanos mencionados queriendo vivamente que el señor papa Inocencio III le confirmase lo que había escrito.

Por aquellos días se encontraba en Roma el venerable obispo de Asís, Guido, que honraba en todo a San Francisco y a sus hermanos y los veneraba con especial afecto. Al ver a San Francisco y a sus hermanos, llevó muy a mal su presencia, pues desconocía el motivo; temió que quisieran abandonar su propia región, en la cual el Señor había comenzado a obrar cosas extraordinarias por medio de sus siervos. Mucho le alegraba el tener en su diócesis hombres tan excelentes, de cuya vida y costumbres se prometía grandes cosas. Mas, oído el motivo y enterado del propósito de su viaje, se gozó grandemente en el Señor, empeñando su palabra de ayudarles con sus consejos y recursos.

San Francisco se presentó también al reverendo señor obispo de Sabina, Juan de San Pablo, que figuraba entre los príncipes y personas destacadas de la curia romana como despreciador de las cosas terrenas y amador de las celestiales. Le recibió benigna y caritativamente [2] y apreció sobremanera su deseo y resolución.

33. Mas, como era hombre prudente y discreto, le interrogó sobre muchas cosas, y le aconsejó que se orientara hacia la vida monástica o eremítica [3]. Pero San Francisco rehusaba humildemente, como mejor podía, tal propuesta; no por desprecio de lo que le sugería, sino porque, guiado por aspiraciones más altas, buscaba piadosamente otro género de vida. Admirado el obispo de su fervor y temiendo decayese de tan elevado propósito, le mostraba caminos más sencillos. Finalmente, vencido por su constancia, asintió a sus ruegos y se ocupó con el mayor empeño, ante el papa, en promover esta causa.

Presidía a la sazón la Iglesia de Dios el papa Inocencio III, pontífice glorioso, riquísimo en doctrina, brillante por su elocuencia, ferviente por el celo de la justicia en lo tocante al culto de la fe cristiana. Conocido el deseo de estos hombres de Dios, previa madura reflexión, dio su asentimiento a la petición, y así lo demostró con los hechos. Y, después de exhortarles y aconsejarles sobre muchas cosas, bendijo a San Francisco y a sus hermanos, y les dijo: «Id con el Señor, hermanos, y, según El se digne inspiraros, predicad a todos la penitencia. Cuando el Señor omnipotente os multiplique en número y en gracia, me lo contaréis llenos de alegría, y yo os concederé más favores y con más seguridad os confiaré asuntos de más transcendencia» [4].

En verdad que el Señor estaba con San Francisco doquiera

[2] *Benigne et caritative:* son las disposiciones con que San Francisco quiere que un superior reciba a un hermano que se encuentre en dificultad (2R 10,15).

[3] Como se obligará, algunos años más tarde, a los «Pobres católicos».

[4] Inocencio III pensaba, tal vez, en la predicación de la cruzada o en la lucha contra los cataros.

fuese, recreándolo con revelaciones y animándolo con sus favores. Una noche durante el sueño le pareció recorrer un camino; a su vera había un árbol majestuoso; un árbol hermoso y fuerte, corpulento y muy alto; se acercó a él, y, mientras a su sombra admiraba la belleza y la altura del árbol, fue súbitamente elevado tan alto, que tocaba su cima, y, agarrándolo, lo inclinaba hasta el suelo.

Es lo que efectivamente sucedió cuando el señor Inocencio, árbol el más excelso y sublime del mundo [5], se inclinó con la mayor benevolencia a su petición y voluntad.

CAPÍTULO XIV

Retornan de la ciudad de Roma al valle de Espoleto y permanecen en el camino

34. San Francisco con sus hermanos, pletóricos de gozo por los dones y beneficios de tan gran padre y señor, dio gracias a Dios omnipotente, que ensalza a los humildes y hace prosperar a los afligidos. Inmediatamente fue a visitar el sepulcro del bienaventurado Pedro, y, terminada la oración, salió de Roma con sus compañeros, tomando el camino que lleva al valle de Espoleto. Durante el camino iban platicando entre sí sobre los muchos y admirables dones que el clementísimo Dios les había concedido, cómo el vicario de Cristo, señor y padre de toda la cristiandad, les había recibido con la mayor amabilidad; de qué forma podrían llevar a la práctica sus recomendaciones y mandatos; cómo podrían observar con sinceridad la Regla que habían recibido y guardarla indefectiblemente; de qué manera se conducirían santa y religiosamente en la presencia del Altísimo; en fin, cómo su vida y costumbres, creciendo en santas virtudes, servirían de ejemplo a sus prójimos. Y mientras los nuevos discípulos de Cristo iban así conversando ampliamente sobre estos temas en aquella escuela de humildad, avanzaba el día y pasaban las horas. Llegaron a un lugar solitario; estaban muy cansados por la fatiga del viaje; tenían hambre, y no podían hallar alimento alguno, porque aquel lugar estaba muy alejado de todo poblado. Pero al punto, por divina providencia, les salió al encuentro un hombre que traía en sus manos un pan; se lo dio y se fue. Ellos, que no lo conocían, quedaron profundamente maravillados, y mutuamente se exhortaban con devoción a confiar más y mas en la divina misericordia.

Tomado el alimento y ya confortados, llegaron a un lugar próximo a la ciudad de Orte, y allí permanecieron unos quince días. Algunos de ellos entraban en la ciudad en busca de lo nece-

[5] Ya que reyes y emperadores, vasallos suyos, recibían el poder, la «espada», a través de él y le rendían homenaje.

sario para la subsistencia, y lo poco que podían conseguir de puerta en puerta lo llevaban a los otros hermanos y lo comían en común, con acción de gracias y gozo del corazón. Si algo les sobraba, porque no encontraban a quién dárselo, lo depositaban en un sepulcro, que tiempo atrás había contenido cuerpos de difuntos, para comérselo más tarde. Aquel lugar estaba desierto y abandonado, y pocos, por no decir ninguno, se acercaban allí.

35. Grande era su alegría cuando no veían ni tenían nada que vana y carnalmente pudiera excitarles a deleite [1]. Comenzaron a familiarizarse con la santa pobreza [2]; y, sintiéndose llenos de consolación en medio de la carencia total de las cosas del mundo, determinaron vivir perpetuamente y en todo lugar unidos a ella, como lo estaban al presente. Ya que, depuesto todo cuidado de las cosas terrenas, les deleitaba sólo la divina consolación, establecieron —y se confirmaron en ello— no apartarse nunca de sus abrazos por muchas que fueran las tribulaciones que los agitasen y muchas las tentaciones que los importunaran.

Y aunque la belleza del lugar, que suele ejercer no pequeño influjo en la relajación del vigor del alma, no había cautivado su afecto, a fin de que ni siquiera una permanencia excesivamente prolongada pudiera suscitar en ellos apariencia de propiedad, abandonaron el lugar [3], y, siguiendo al Padre feliz, entraron en el valle de Espoleto.

Verdaderos amantes de la justicia, trataban también de si debían convivir con los hombres o retirarse a lugares solitarios. Mas San Francisco, que no confiaba en sí mismo y se prevenía para todos los asuntos con la santa oración, escogió no vivir para sí solo, sino para Aquel que murió por todos, pues se sabía enviado a ganar para Dios las almas que el diablo se esforzaba en arrebatárselas [4].

Capítulo XV

Fama del bienaventurado Francisco y conversión de muchos a Dios. Cómo la Orden se llamó de los Hermanos Menores y cómo educaba a los que ingresaban en la Religión

36. El muy valeroso caballero de Cristo Francisco recorría ciudades y castillos anunciando el reino de Dios, predicando la paz y enseñando la salvación y la penitencia para la remisión de los pecados; no con persuasivos discursos de humana sabiduría,

[1] Tanto en la vida real de los hermanos como en los escritos de San Francisco aparecían íntimamente relacionadas la pobreza y la alegría (cf. Adm 27).

[2] El autor del *Sacrum commercium* se ha inspirado, tal vez, en esto para el título.

[3] Para un franciscano, «instalarse» equivale a pegarse a algo, apropiarse de alguna cosa. Para Francisco, el ideal evangélico comporta principios tan simples como los siguientes: el mal consiste en la apropiación; el bien, en cambio, en la donación de lo que se tiene y de lo que se es. Cf el elogio del hermano Lúcido en EP 85

[4] Este caso de conciencia aparece desarrollado en LM 12,1-2. Y Jacobo de Vitry aporta una confirmación de la solución (*Carta I*; cf. en este mismo volumen p.963).

sino con la doctrina y poder del espíritu. En todo actuaba con gran seguridad por la autoridad apostólica que había recibido, evitando adulaciones y vanas lisonjas. No sabía halagar las faltas de algunos y las fustigaba; lejos de alentar la vida de los que vivían en pecado, la castigaba con ásperas reprensiones, ya que antes se había convencido a sí mismo viviendo lo que recomendaba con las palabras; no temiendo que le corrigieran, proclamaba la verdad con tal aplomo que hasta hombres doctísimos, ilustres por su fama y dignidad, quedaban admirados de sus sermones, y en su presencia se sentían sobrecogidos de un saludable temor. Corrían a él hombres y mujeres; los clérigos y los religiosos acudían presurosos para ver y oír al santo de Dios, que a todos parecía hombre del otro mundo [1] Gentes de toda edad y sexo dábanse prisa para contemplar las maravillas que el Señor renovaba en el mundo por medio de su siervo. Parecía en verdad que en aquel tiempo, por la presencia de San Francisco y su fama, había descendido del cielo a la tierra una luz nueva que disipaba aquella oscuridad tenebrosa que había invadido casi la región entera, de suerte que apenas había quien supiera hacia dónde tenía que caminar. Tan profundo era el olvido de Dios y tanto había cundido en casi todos el abandono indolente de sus mandatos, que era poco menos que imposible sacudirlos de algún modo de sus viejos e inveterados vicios.

37. Brillaba como fúlgida estrella en la oscuridad de la noche, y como la aurora en las tinieblas; y en breve cambió el aspecto de aquella región; superada la antigua fealdad, se mostró con rostro más alegre. Desapareció la primitiva aridez y al punto brotó la mies en aquel campo escuálido; también la viña inculta dejó brotar el germen del buen olor de Dios, y, rompiendo en suavísimas flores, dio frutos de bien y de honestidad.

Por todas partes resonaban himnos de gratitud y de alabanza; tanto que muchos, dejando los cuidados de las cosas del mundo, encontraron, en la vida y en la enseñanza del beatísimo padre Francisco, conocimiento de sí mismos y aliento para amar y venerar al Creador. Mucha gente del pueblo, nobles y plebeyos, clérigos y legos, tocados de divina inspiración, se llegaron a San Francisco, deseosos de militar siempre bajo su dirección y magisterio. Cual río caudaloso de gracia celestial, empapaba el santo de Dios a todos ellos con el agua de sus carismas y adornaba con flores de virtudes el jardín de sus corazones. ¡Magnífico operario aquél! Con sólo que se proclame su forma de vida, su regla y doctrina, contribuye a que la Iglesia de Cristo se renueve en los fieles de uno y otro sexo y triunfe la triple milicia de los que se han de salvar [2]. A todos daba una norma de vida y señalaba con acierto el camino de salvación según el estado de cada uno.

[1] *Homo alterius saeculi.* Cf. 1C 82; LM 4,5. Cf. K. ESSER, *Homo alterius saeculi:* WuW 20 (1957) p.180-97.

[2] ¿Alusión al triple grupo de clérigos, religiosos y laicos en la Iglesia o a las tres Ordenes franciscanas: hermanos menores, clarisas y terciarios?

38. Es particularmente conocido lo que se refiere a la Orden que abrazó y en la que se mantuvo con amor y por profesión. Fue él efectivamente quien fundó la Orden de los Hermanos Menores y quien le impuso ese nombre en las circunstancias que a continuación se refieren: se decía en la Regla: «Y sean menores» [3], al escuchar esas palabras, en aquel preciso momento exclamó: «Quiero que esta fraternidad se llame Orden de Hermanos Menores».

Y, en verdad, menores quienes, sometidos a todos [4], buscaban siempre el último puesto y trataban de emplearse en oficios que llevaran alguna apariencia de deshonra, a fin de merecer, fundamentados así en la verdadera humildad, que en ellos se levantara en orden perfecto el edificio espiritual de todas las virtudes.

De hecho, sobre el fundamento de la constancia se erigió la noble construcción de la caridad, en que las piedras vivas, reunidas de todas las partes del mundo, formaron el templo del Espíritu Santo. ¡En qué fuego tan grande ardían los nuevos discípulos de Cristo! ¡Qué inmenso amor el que ellos tenían al piadoso grupo! Cuando se hallaban juntos en algún lugar o cuando, como sucede, topaban unos con otros de camino, allí era de ver el amor espiritual que brotaba entre ellos y cómo difundían un afecto verdadero, superior a todo otro amor. Amor que se manifestaba en los castos abrazos, en tiernos afectos, en el ósculo santo, en la conversación agradable, en la risa modesta, en el rostro festivo, en el ojo sencillo, en la actitud humilde, en la lengua benigna, en la respuesta serena; eran concordes en el ideal, diligentes en el servicio, infatigables en las obras.

39. Al despreciar todo lo terreno y al no amarse a sí mismos con amor egoísta, centraban todo el afecto en la comunidad y se esforzaban en darse a sí mismos para subvenir a las necesidades de los hermanos. Deseaban reunirse, y reunidos se sentían felices; en cambio, era penosa la ausencia; la separación, amarga, y dolorosa la partida.

Pero nada osaban anteponer a los preceptos de la santa obediencia aquellos obedientísimos caballeros que, antes de que se hubiera concluido la palabra de la obediencia, estaban ya prontos para cumplir lo ordenado. No sabían hacer distingos en los preceptos; más bien, evitando toda resistencia, se ponían, como con prisas, a cumplir lo mandado.

Eran «seguidores de la altísima pobreza» [5], pues nada poseían ni amaban nada; por esta razón, nada temían perder. Estaban contentos con una túnica sola, remendada a veces por dentro y por fuera [6]; no buscaban en ella elegancia, sino que, despre-

[3] Cf. 2C 18.71.148.

[4] Cf. Test 19.

[5] Expresión tomada de 2R 5,4

[6] Test 16-17. A consecuencia de la extensión de la Orden, la 2R 2,14 admite, no obstante, una túnica suplementaria en razón de climas más rigurosos o salud corporal más frágil.

ciando toda gala, ostentaban vileza, para dar así a entender que estaban completamente crucificados para el mundo. Ceñidos con una cuerda, llevaban calzones de burdo paño; y estaban resueltos a continuar en la fidelidad a todo esto y a no tener otra cosa.

En todas partes se sentían seguros, sin temor que los inquietase ni afán que los distrajese; despreocupados aguardaban al día siguiente; y cuando con ocasión de los viajes, se encontraban frecuentemente en situaciones incómodas, no se angustiaban pensando dónde habían de pasar la noche. Pues cuando, en medio de los fríos más crudos, carecían muchas veces del necesario albergue, se recogían en un horno [7] o humildemente se guarecían de noche en grutas o cuevas.

Durante el día iban a las casas de los leprosos o a otros lugares decorosos y quienes sabían hacerlo trabajaban manualmente [8], sirviendo a todos humilde y devotamente. Rehusaban cualquier oficio del que pudiera originarse escándalo [9]; más bien, ocupados siempre en obras santas y justas, honestas y útiles, estimulaban a la paciencia y humildad a cuantos trataban con ellos.

40. De tal modo estaban revestidos de la virtud de la paciencia, que más querían morar donde sufriesen persecución en su carne que allí donde, conocida y alabada su virtud, pudieran ser aliviados por las atenciones de la gente. Y así, muchas veces padecían afrentas y oprobios, fueron desnudados, azotados, maniatados y encarcelados, sin que buscasen la protección de nadie; y tan virilmente lo sobrellevaban, que de su boca no salían sino cánticos de alabanza y gratitud.

Rarísima vez, por no decir nunca, cesaban en las alabanzas a Dios y en la oración. Se examinaban constantemente, repasando cuanto habían hecho, y daban gracias a Dios por el bien obrado, y reparaban con gemidos y lágrimas las negligencias y ligerezas. Se creían abandonados de Dios si no gustaban de continuo la acostumbrada piedad en el espíritu de devoción. Cuando querían darse a la oración, recurrían a ciertos medios que se habían ingeniado: unos se apoyaban en cuerdas suspendidas, para que el sueño no turbara la oración; otros se ceñían con instrumentos de hierro; algunos, en fin, se ponían piezas mortificantes de madera [10].

Si alguna vez, por excederse en el comer o beber, quedaba conturbada, como suele, la sobriedad, o si, por el cansancio del viaje, se habían sobrepasado, aunque fuera poco, de lo estrictamente necesario, se castigaban duramente con muchos días de abstinencia. En fin, tal era el rigor en reprimir los incentivos de la

[7] Muchas villas poseían un horno comunal.

[8] 1R 7; 2R 5. Y el testamento añade: «Y los que no lo saben, que lo aprendan» (v.21).

[9] Evitaban particularmente los trabajos de mayordomos y los que hubiera que hacer en compañía de mujeres o cátaros. La 1R 7 prohíbe también los empleos de mayordomo, canciller y todo puesto que implique alguna superioridad en una casa; y añade: «estén sujetos a todos los que se hallan en la misma casa».

[10] San Francisco se vio obligado a llamar la atención (cf. 2C 21).

carne, que no temían arrojarse desnudos sobre el hielo, ni revolcarse sobre zarzas hasta quedar tintos en sangre [11].

41. Tan animosamente despreciaban lo terreno, que apenas consentían en aceptar lo necesario para la vida, y, habituados a negarse toda comodidad, no se asustaban ante las más ásperas privaciones.

En medio de esta vida ejercitaban la paz y la mansedumbre con todos; intachables y pacíficos en su comportamiento, evitaban con exquisita diligencia todo escándalo. Apenas si hablaban cuando era necesario, y de su boca nunca salía palabra chocarrera ni ociosa, para que en su vida y en sus relaciones no pudiera encontrarse nada que fuera indecente o inhonesto.

Eran disciplinados en todo su proceder; su andar era modesto; los sentidos los traían tan mortificados, que no se permitían ni oír ni ver sino lo que se proponían de intento. Llevaban sus ojos fijos en la tierra y tenían la mente clavada en el cielo. No cabía en ellos envidia alguna, ni malicia, ni rencor, ni murmuración, ni sospecha, ni amargura; reinaba una gran concordia y paz continua; la acción de gracias y cantos de alabanza eran su ocupación.

Estas son las enseñanzas del piadoso Padre, con las que formaba a los nuevos hijos, no tanto de palabra y con la lengua cuanto de obra y de verdad.

Capítulo XVI

Su morada en Rivo Torto y observancia de la pobreza

42. Recogíase el bienaventurado Francisco con los suyos en un lugar, próximo a la ciudad de Asís, que se llamaba Rivo Torto [1]. Había allí una choza abandonada; en ella vivían los más valerosos despreciadores de las grandes y lujosas viviendas y a su resguardo se defendían de los aguaceros. Pues, como decía el Santo, «más presto se sube al cielo desde una choza que desde un palacio» [2]. Todos los hijos y hermanos vivían en aquel lugar con su Padre, padeciendo mucho y careciendo de todo; privados muchísimas veces del alivio de un bocado de pan, contentos con los nabos que mendigaban trabajosamente de una parte a otra por la llanura de

[11] *Procedimientos empleados corrientemente por los anacoretas.* Celano toma en este caso la expresión de San Gregorio (*Diálogos* II 2), que refiere cómo San Benito, para vencer una tentación, «se echó en unos espinos, de los que salió con el cuerpo rasgado».

[1] Hoy resulta muy difícil localizar Rivo Torto. Se encontraba en la llanada de Asís. Allí había una leprosería, llamada de Santa María Magdalena por el nombre de la capilla a ella adjunta. Fue la atracción por el servicio a los leprosos lo que le condujo a aquel lugar. En él estuvo hasta que los monjes benedictinos le cedieron Santa María de la Porciúncula.

[2] Sentencia atribuida por Pedro el Cantor a un ermitaño (*Verbum abbreviatum*: PL 205 p.257).

Asís. Aquel lugar era tan exageradamente reducido, que malamente podían sentarse ni descansar. Con todo, no se oía, por este motivo, murmuración o queja alguna; antes bien, con ánimo sereno y espíritu gozoso, conservaban la paciencia.

San Francisco practicaba con el mayor esmero todos los días, mejor, continuamente, el examen de sí mismo y de los suyos; no permitiendo en ellos nada que fuera peligroso, alejaba de sus corazones toda negligencia. Riguroso en la disciplina, para defenderse a sí mismo mantenía una vigilancia estricta. Si alguna vez la tentación de la carne le excitaba, cosa natural, arrojábase en invierno a un pozo lleno de agua helada y permanecía en él hasta que todo incentivo carnal hubiera desaparecido [3]. Ni qué decir tiene que ejemplo de tan extraordinaria penitencia era seguido con inusitado fervor por los demás.

43. Les enseñaba no tan sólo a mortificar los vicios y reprimir los estímulos de la carne, sino también los sentidos externos, por los cuales se introduce la muerte en el alma. Acaeció que por aquellos días y por aquellos lugares pasó el emperador Otón, con mucho séquito y gran pompa, a recibir la corona del imperio terreno [4]; el santísimo Padre y sus compañeros estaban en la aludida choza, junto al camino por donde pasaba; ni salió él a verlo ni permitió que saliera sino aquel que valientemente le había de anunciar lo efímero de aquella gloria [5].

El glorioso Santo preparaba en su interior una morada digna de Dios, viviendo dentro de sí y moviéndose en los amplios espacios de su corazón; el barullo exterior no era capaz de cautivar sus oídos, ni voz alguna podía hacerle abandonar ni siquiera interrumpir el gran negocio que traía entre manos. Estaba investido de la autoridad apostólica, y por eso se resistía en absoluto a adular a reyes y príncipes.

44. Vivía en el continuo ejercicio de la santa simplicidad y no dejaba que lo angosto del lugar estrechara la holgura de su corazón. Por esto escribía el nombre de los hermanos en los maderos de la choza para que, al querer orar o descansar, reconociera cada uno su puesto y lo reducido del lugar no turbase el recogimiento del espíritu.

Cuando moraban en aquel lugar, un día un hombre con su borrico llegó a la choza que habitaban el varón de Dios y sus compañeros; para impedir que le echaran, invitaba al borrico a entrar, diciendo: «Adelante, que así mejoraremos este lugar». Al oírlo Francisco, y percatándose de la intención, lo llevó muy a mal; se pensaba aquel hombre que los hermanos querían afincarse allí y añadir nuevas chozas a la existente. Y, sin más, San

[3] Cf. 1C 40 n.11.

[4] El emperador Otón IV (1198-1218) atravesó el ducado de Espoleto los últimos días de septiembre de 1209. Pero es probable que el suceso aquí referido tuviera lugar en 1210, durante otro viaje de Otón.

[5] Coronado en Roma el 4 de octubre de 1209, Otón IV fue destituido por Inocencio III el 18 de noviembre de 1210.

Francisco salió de aquel lugar, abandonó aquel chamizo a causa de las palabras del aldeano, y se trasladó a otro sitio, no lejos de allí, que se llama Porciúncula, donde, como queda dicho [6], había reparado, tiempo atrás, la iglesia de Santa María. No quería tener propiedad para poder poseer todo con plenitud en el Señor.

Capítulo XVII

Cómo el bienaventurado Francisco enseñó a orar a sus hermanos y la obediencia y pureza de éstos [1]

45. Por aquellos días, los hermanos le rogaron que les enseñase a orar, pues, caminando en simplicidad de espíritu, no conocían todavía el oficio eclesiástico [2]. El les respondió: «Cuando oréis, decid: 'Padre nuestro' [3] y 'Te adoramos, ¡oh Cristo! en todas tus iglesias que hay en el mundo entero y te bendecimos, pues por tu santa cruz redimiste al mundo'» [4]. Los hermanos, discípulos de tan piadoso maestro, se cuidaban de observar esto con suma diligencia, puesto que ponían el máximo empeño en cumplir no sólo aquello que el bienaventurado padre Francisco les decía aconsejándoles fraternamente o mandándoles paternalmente, sino también —si de alguna manera podían adivinarlo— lo que pensaba o estaba cavilando. El mismo bienaventurado Padre solía decirles que es tan verdadera obediencia la que ha sido proferida o expresada como la que no ha sido más que pensada; igual cuando es mandamiento como cuando es deseo; es decir: «Un hermano súbdito debe someterse inmediatamente todo él a la obediencia y hacer lo que por cualquier indicio ha comprendido que quiere el hermano prelado; no solamente cuando ha escuchado la voz de éste, sino incluso cuando ha conocido su deseo».

Y así, dondequiera que hubiese una iglesia que, aun no cogiéndoles de paso, pudieran siquiera divisarla de lejos, se volvían hacia ella y, postrados en tierra, decían: «Adorámoste, Cristo, en todas las iglesias», según les había enseñado el Padre santo. Y lo que no es menos digno de admirar: hacían esto mismo siempre que veían una cruz o un signo de la cruz, fuese en la tierra, en una pared, en los árboles o en las cercas de los caminos.

46. En tal medida estaban repletos de santa simplicidad, tal era su inocencia de vida y pureza de corazón, que no sabían lo

[6] Cf. 1C 21. Sobre la instalación en la Porciúncula, cf. LP 8.

[1] Tal como lo esclarecerá el fin del capítulo, se trata aquí de la «pura y santa simplicidad», a la que en el *Saludo a las virtudes* canta Francisco como hermana de la sabiduría.

[2] Sin embargo, pronto lo adoptarán (Test 18).

[3] Cf. la *Paráfrasis del Padrenuestro* en p.28-29 de este volumen. Tanto San Francisco como sus hermanos mantuvieron la costumbre de recitarla antes de cada hora del oficio coral; de esta forma, la alabanza oficial de la Iglesia no suplantó la oración espontánea de los inicios.

[4] Test 5.

que era doblez; pues, como era una la fe, así era uno el espíritu, una la voluntad, una la caridad; siempre en coherencia de espíritus, en identidad de costumbres; iguales en el cultivo de la virtud; había conformidad en las mentes y coincidencia en la piedad de las acciones.

Confesaban con frecuencia sus pecados a un sacerdote secular de muy mala fama, y bien ganada, y digno del desprecio de todos por la enormidad de sus culpas; habiendo llegado a conocer su maldad por el testimonio de muchos, no quisieron dar crédito a lo que oían, ni dejar por ello de confesarle sus pecados como solían, ni de prestarle la debida reverencia [5].

Y como cierto día este u otro sacerdote dijera a uno de los hermanos: «Mira, hermano, no seas hipócrita», aquel hermano, sin más, apoyado en la palabra del sacerdote, creyó ser efectivamente un hipócrita. Y, afectado de un profundo dolor, se lamentaba día y noche. Al preguntarle los hermanos por la causa de tanta tristeza y de tan desacostumbrada aflicción, les respondió: «Un sacerdote me ha dicho esto, y me apena tanto, que con dificultad consigo pensar en otra cosa». Consolábanle los hermanos y le animaban a no tomarlo tan en serio, pero él les respondía: «¿Qué estáis diciendo, hermanos? Es un sacerdote quien me lo ha dicho; ¿acaso puede mentir un sacerdote? Pues como un sacerdote no miente, se impone que creamos ser verdadero lo que ha dicho». Así continuó tiempo y tiempo en esta simplicidad, hasta que el beatísimo Padre le tranquilizó con sus palabras, explicándole el dicho del sacerdote y excusando sagazmente la intención de éste.

Difícilmente podía haber turbacion interior tan grande en un hermano que, como un nublado, no se disipara ante la palabra ardiente del Padre y que no diera paso a la serenidad.

Capítulo XVIII

El carro de fuego y el conocimiento de los ausentes que el bienaventurado Francisco tenía

47. Caminando los hermanos en simplicidad ante Dios y con confianza ante los hombres, merecieron por aquel tiempo el gozo de la divina revelación. Mientras, inflamados del fuego del Espíritu Santo, cantaban el *Pater noster* con voz suplicante, en melodía espiritual, no sólo en las horas establecidas, sino en todo tiempo, ya que ni la solicitud terrena ni el enojoso cuidado de las cosas les preocupaba, una noche el beatísimo padre Francisco se ausentó corporalmente de su presencia. Y he aquí que a eso de la media noche, estando unos hermanos descansando y otros orando fervorosamente en silencio, entró por la puertecilla de la casa un carro de fuego deslumbrador que dio dos o tres vueltas por la

[5] Cf. Test 6-9.

habitación; sobre él había un gran globo, que, semejándose al sol, hizo resplandeciente la noche. Quedaron atónitos cuantos estaban en vela y se sobresaltaron los que dormían; sintiéronse iluminados no menos en el corazón que en el cuerpo. Reunidos todos, se preguntaban qué podría significar aquello; mas por la fuerza y gracia de tanta claridad quedaban patentes las conciencias de los unos para los otros.

Comprendieron finalmente y descubrieron que era el alma del santo Padre, radiante con aquel inmenso fulgor, la cual, en gracia, sobre todo, a su pureza y a su gran piedad con sus hijos, había merecido del Señor don tan singular.

48. En verdad que muchas veces habían comprobado y experimentado con señales manifiestas que los secretos del corazón no se le ocultaban al altísimo Padre. ¡Cuántas veces, sin que nadie se lo contase, sólo por revelación del Espíritu Santo, conoció las acciones de los hermanos ausentes, descubrió los secretos del corazón y sondeó las conciencias! ¡Y a cuántos amonestó en sueños, mandándoles lo que debían hacer y prohibiéndoles lo que debían evitar! ¡Cuántos fueron los que externamente parecían buenos y cuyas malas obras futuras predijo! Como, asimismo, presintiendo el término de las maldades de muchos, anunció que recibirían la gracia de la salvación. Más aún: si alguno poseía el espíritu de pureza y simplicidad [1], disfrutó de la consolación singular de contemplarlo de un modo que a otros no les era dado. Referiré, entre otros hechos, uno que conocí por testigos fidedignos. El hermano Juan de Florencia, nombrado por San Francisco ministro de los hermanos en la Provincia, celebraba capítulo con ellos en dicha provincia [2]; el Señor Dios, con su piedad acostumbrada, le abrió la boca para la predicación e hizo a todos los hermanos atentos y benévolos para escuchar. Había entre éstos uno, sacerdote, ilustre por su fama y más por su vida, llamado Monaldo, cuya virtud estaba fundada en la humildad, alimentada por frecuente oración y defendida por el escudo de la paciencia. También estaba presente en aquel capítulo el hermano Antonio [3], a

[1] Celano nos dirá en el *Tratado de los milagros* 182 que San Francisco amaba la inocencia y sentía predilección por los niños, de los que ella es característica.

[2] El mismo San Francisco nombraba provinciales y convocaba a capítulo a toda la Orden. En un principio se celebraba éste dos veces al año en la Porciúncula: por Pentecostés y en San Miguel (TC 14); más tarde, una vez al año (JACOBO DE VITRY, *Carta 1;* cf. este volumen p.963 y 966). A partir de 1217, fecha de la gran dispersión, los hermanos se reunían una vez al año por provincias, por la fecha de San Miguel (1R 18), y sólo los ministros iban a la Porciúncula para celebrar capítulo general cada tres años en Pentecostés (2R 8). Según la *Crónica de los XXIV Generales,* el capítulo provincial del que aquí se habla se celebró en Arlés en 1224 (AF 3 p.23 y 230).

[3] San Antonio de Padua nació en Lisboa en 1195. Fue primero canónigo regular de San Agustín y en 1220 se hizo hermano menor. Asistió al capítulo general de 1221. Descubierta fortuitamente en 1222 su vasta ciencia de la Sagrada Escritura y su prodigiosa elocuencia, desarrolló una fecunda campaña de evangelización en Italia y en el mediodía de Francia. Murió en Arcella, cerca de Padua, el 13 de junio de 1231, a la edad de treinta y seis años. Antes de un año, el 30 de mayo de 1232, era canonizado por Gregorio IX. Su fama de taumaturgo, alimentada por la devoción popular, es, más bien, postuma. Pío XII lo declaró Doctor Evangélico en 1946.

quien el Señor abrió la inteligencia para que entendiese las Escrituras y hablara de Jesús en todo el mundo palabras más dulces que la miel y el panal. Predicando él a los hermanos con todo fervor y devoción sobre las palabras «Jesús Nazareno, Rey de los judíos», el mencionado Monaldo miró hacia la puerta de la casa en la que estaban reunidos, y vio con los ojos del cuerpo al bienaventurado Francisco, elevado en el aire, con las manos extendidas en forma de cruz y bendiciendo a los hermanos. Parecían todos llenos de la consolación del Espíritu Santo, y, por el gozo de la salvación que experimentaron, creyeron muy digno de fe cuanto oyeron sobre la visión y presencia del gloriosísimo Padre.

49. En muchas ocasiones conoció lo recóndito de los corazones. Son abundantes los testimonios y frecuentes los casos. Me ceñiré sólo a uno del que no queda lugar a dudas.

Un hermano llamado Ricerio, noble por su linaje y mucho más por sus costumbres, amador de Dios y despreciador de sí mismo y que se conducía en todo con espíritu de piedad y total entrega para ganarse y poseer plenamente la benevolencia del santo Padre, tenía gran temor de que San Francisco le aborreciera internamente, y quedase así excluido de la gracia de su amor. Pensaba este hermano —muy timorato— que quien era amado de San Francisco con íntimo amor, había de merecer también el divino favor; y, por el contrario, quien no lo hallase benévolo y propicio, incurriría en la ira del supremo Juez. Pensaba estas cosas en su interior, y frecuentemente se las repetía a sí mismo en el secreto de su corazón, sin que manifestara a nadie sus razonamientos.

50. Mas como cierto día estuviese el bienaventurado Padre orando en la celdilla y se acercase allí el hermano turbado por su idea fija, conoció el santo de Dios su llegada y lo que revolvía en la mente. Al instante lo hizo llamar y le animó: «Hijo, no te turbe ninguna tentación, ni pensamiento alguno te atormente, porque tú me eres muy querido, y has de saber que, entre los que estimo particularmente, eres digno de mi afecto y familiaridad. Llégate a mí confiado cuando gustes y háblame apoyado en la familiaridad que nos une» [4]. Quedó el hermano extraordinariamente maravillado, y a partir de este momento fue mayor su veneración; cuanto creció en favor ante el santo Padre, tanto más confiadamente se abandonó a la misericordia de Dios.

¡Cuán doloroso debe resultar, Padre santo, sufrir tu ausencia a quienes no esperan encontrar de nuevo en la tierra otro semejante a ti! Ayúdanos, te lo suplicamos, con tu intercesión a los que nos ves cubiertos de la funesta mancha del pecado. Cuando estabas ya repleto del espíritu de todos los justos, previendo lo futuro y con-

[4] Cf. 2C 44 bis. Es curioso constatar cómo se asemejan a éste dos episodios de la vida del hermano León: en primer lugar, aquella crisis que terminó con la recepción de un billete lleno de ternura y de tacto (CtaL); más tarde, otra crisis, que se desvaneció gracias al pergamino en que Francisco le transcribe las *Alabanzas*, acompañadas de la bendición. Cf. *en este volumen* p.25-26.

templando lo presente, aparecías siempre envuelto en la simplicidad para huir de toda ostentación.

Pero volvamos atrás para continuar el curso de la historia.

CAPÍTULO XIX

Solicitud por sus hermanos y desprecio de sí mismo y humildad verdadera

51. El beatísimo varón Francisco volvió corporalmente a sus hermanos, de los que, según queda dicho, jamás se alejaba en espíritu. Llevado siempre de santa curiosidad por los súbditos, informábase de las acciones de todos mediante diligente y minucioso examen, no dejando nada sin castigo, si algo aparecía menos perfecto. Fijaba la atención, ante todo, en las faltas espirituales; luego juzgaba las faltas externas, y, por último, trataba del modo de evitar las ocasiones que franquean la entrada al pecado.

Custodiaba, con todo interés y con la mayor solicitud, la santa y señora pobreza [1]; para que no se llegase a tener cosas superfluas, ni permitía siquiera que hubiera en casa un vaso, siempre que se pudiera pasar sin él sin caer en extrema necesidad. Solía decir que era imposible satisfacer la necesidad sin condescender con el placer [2]. Muy rara vez consentía en comer viandas cocidas, y, cuando las admitía, las componía muchas veces con ceniza o las volvía insípidas a base de agua fría. ¡Cuántas veces, mientras andaba por el mundo predicando el Evangelio de Dios, invitado a la mesa por grandes príncipes que le veneraban con afecto entrañable, gustaba apenas un poco de carne, por observar el santo Evangelio [3], y todo lo demás, que simulaba comer, lo guardaba en el seno, llevándose la mano a la boca para que nadie reparase lo que hacía! Y ¿qué diré del uso del vino, cuando ni bebía el agua suficiente aun en los casos en que se veía atormentado por la sed?

52. Dondequiera que se hospedase, no permitía que su lecho fuera cubierto de ropas, sino que sobre la desnuda tierra extendía la túnica, que recibía sus desnudos miembros. Cuando concedía al débil cuerpo el favor del sueño, dormía muchas veces sentado, y, cuando se tendía, lo hacía en la forma indicada, poniendo de cabezal un leño o una piedra [4].

Si, como ocurre, sentía despertársele el apetito de comer alguna cosa, difícilmente se avenía a satisfacerlo. Sucedió en cierta ocasión que, estando enfermo, comió un poco de carne de pollo;

[1] Era su denominación favorita (SalVir 2; 2C 84).

[2] Cf. LM 5,1

[3] Lc 10,8: *Comed lo que os presentan*; recomendación incluida en 1R 3,13 y 2R 3,14.

[4] Alimentos crudos, no condimentados ni acompañados de vino; una piedra por almohada: estos detalles se encuentran en el SC 59-63.

recobradas las fuerzas del cuerpo, entró en la ciudad de Asís. Al llegar a la puerta, mandó a un hermano que le acompañaba que, echándole una cuerda al cuello, lo llevase como a ladrón por toda la ciudad, proclamando en tono de pregonero: «Aquí lo tenéis; mirad a este glotón, que está bien cebado de carne de gallina sin que vosotros lo supierais». Ante semejante espectáculo, corría la gente y decían entre lágrimas y suspiros: «¡Pobres de nosotros, que pasamos toda la vida manchados con sangre y alimentamos nuestros corazones y cuerpos con lujurias y borracheras!» Así, compungidos de corazón ante ejemplo tan singular, se sentían arrastrados a mejorar su vida.

53. Casos como éste los repetía con frecuencia, ya para despreciarse a la perfección a sí mismo, ya también para estimular a los demás a apetecer los honores que no se acaban. Se miraba a sí mismo como objeto de desecho; libre de todo temor, de toda solicitud por su cuerpo, lo exponía a toda clase de afrentas para que su amor no le hiciera desear cosa temporal. Maestro consumado en el desprecio de sí mismo, a todos lo enseñaba con la palabra [5] y con el ejemplo. Celebrado por todos y por todos ensalzado, sólo para él era un ser vilísimo [6], sólo él se consideraba con todo ardor objeto de menosprecio. Con frecuencia se veía honrado de todos, y por ello se sentía tan profundamente herido, que, rehusado todo halago humano, se hacía insultar por alguien. Llamaba a un hermano y le decía: «Te mando por obediencia que me injuries sin compasión y me digas la verdad, contra la falsedad de éstos». Y mientras el hermano, muy a pesar suyo, le llamaba villano, mercenario, sinsubstancia, él, entre sonrisas y aplausos, respondía: «El Señor te bendiga, porque dices la verdad; esto es lo que necesita oír el hijo de Pedro Bernardone». De este modo traía a su memoria el origen humilde de su cuna.

54. Con objeto de probar que en verdad era digno de desprecio y de dar a los demás ejemplo de auténtica confesión, no tenía reparo en manifestar ante todo el público, durante la predicación, la falta que hubiera cometido. Más aún: si le asaltaba, tal vez, algún mal pensar sobre otro o sin reflexionar le dirigía una palabra menos correcta, al punto confesaba su culpa con toda humildad al mismo de quien había pensado o hablado y le pedía perdón [7]. La conciencia, testigo de toda inocencia, no le dejaba reposar, vigilándose con toda solicitud en tanto la llaga del alma no quedase enteramente curada. No le agradaba que nadie se apercibiera de sus progresos en todo género de empresas; sorteaba por todos los medios la admiración, para no incurrir en vanidad.

¡Pobres de nosotros! Te hemos perdido, digno Padre, ejemplar de toda bondad y de toda humildad; te hemos perdido por

[5] El resumen de sus exhortaciones lo encontramos en Adm 5; 13; 17; 19; 22; 23 y en varios lugares de las reglas y del testamento.

[6] Cf. Adm 12 y 18.

[7] Cf. Adm 22.

pista condena, pues, teniéndote con nosotros, no nos empeñamos en conocerte.

Capítulo XX

Cómo, llevado del deseo del martirio, se dirige primero a España y luego a Siria. Cómo, por su mediación, Dios, multiplicando los alimentos, salvó la vida de los navegantes

55. Inflamado en divino amor, el beatísimo padre Francisco pensaba siempre en acometer empresas mayores. Mantenía vivo el deseo de alcanzar la cima de la perfección, caminando con un corazón anchuroso por la vía de los mandamientos de Dios. El año sexto de su conversión [1], ardiendo en vehementes deseos de sagrado martirio, quiso pasar a Siria para predicar la fe cristiana y la penitencia a los sarracenos y demás infieles. Para conseguirlo se embarcó en una nave; pero, a causa de los vientos contrarios, se encontró, con los demás navegantes, en las costas de Eslavonia [2]. Viéndose defraudado en tan vivo deseo, poco después rogó a unos marineros que se dirigían a Ancona lo admitiesen en su compañía, pues aquel año apenas había nave que zarpara para Siria. Mas como ellos se negasen rotundamente a tal petición dada la insuficiencia de víveres, el santo de Dios, confiando plenamente en la bondad del Señor, se metió a escondidas en la nave con su compañero. Se presentó entonces, por divina providencia, uno que, sin que nadie lo supiera, traía alimentos; llamó a un marinero temeroso de Dios y le dijo: «Toma todo esto y, cuando surja la necesidad, entrégalo fielmente a los pobres que están ocultos en la nave». Sucedió, pues, que se levantó de improviso una furiosa tempestad, y, habiéndose prolongado los días de navegación, los marineros consumieron los víveres, y no quedaron más alimentos que los que tenía el pobre Francisco. Estos, por gracia y virtud divina, se multiplicaron de tal forma, que, aunque se dilató la travesía, cubrieron con abundancia las necesidades de todos hasta que llegaron al puerto de Ancona. Viéndose los marineros a salvo de los peligros del mar gracias al siervo de Dios Francisco, lo agradecieron al omnipotente Dios, que siempre se muestra admirable y amable con sus siervos.

56. El siervo del Dios excelso, Francisco, dejó el mar y se puso a recorrer la tierra y a trabajar con la reja de la palabra, sembrando la semilla de vida que da frutos de bendición. Al punto, muchísimos hombres buenos e idóneos, clérigos y laicos, huyendo del mundo y rompiendo virilmente con el diablo, por gracia y voluntad del Altísimo, le siguieron devotamente en su vida e ideales. Mas si bien el sarmiento evangélico producía

[1] Probablemente, en 1212.

[2] La actual Dalmacia. Habiendo partido de Ancona, San Francisco no había cubierto más de 150 kilómetros.

abundancia de frutos sabrosísimos, no por esto se enfrió su excelente propósito y ardiente deseo del martirio. Poco después se dirigió hacia Marruecos a predicar el Evangelio al Miramamolín y sus correligionarios [3]. Tal era la vehemencia del deseo que le movía, que a veces dejaba atrás a su compañero de viaje y no cejaba, ebrio de espíritu, hasta dar cumplimiento a su anhelo. Pero loado sea el buen Dios, que tuvo a bien, por su sola benignidad, acordarse de mí [4] y de otros muchos: y es que, una vez que entró en España, se enfrentó con él, y, para evitar que continuara adelante, le mandó una enfermedad que le hizo retroceder en su camino.

57. Volvióse a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, y al poco tiempo se le unieron, muy gozosos, algunos letrados y algunos nobles. Siendo él nobilísimo de alma y muy discreto, los trató con toda consideración y dignidad, dando con delicadeza a cada uno lo que le correspondía. Dotado de singular discreción, ponderaba con prudencia la dignidad de cada uno. Pero, a pesar de todo, no podía hallar sosiego mientras no llevase a feliz término el deseo de su corazón, ahora más vehemente. Por esto, en el año trece de su conversión marchó a Siria con un compañero [5], al tiempo en que la guerra entre cristianos y sarracenos crecía a diario en dureza y crueldad, y no temió presentarse ante el sultán de los sarracenos [6].

¿Quién será capaz de narrar la entereza de ánimo con que se mantuvo ante él, el acento que ponía en sus palabras, la elocuencia y seguridad con que respondía a quienes se mofaban de la ley cristiana? Antes de llegar al sultán fue apresado por sus satélites: colmado de ultrajes y molido a azotes, no tiembla; no teme ante la amenaza de suplicios, ni le espanta la proximidad de la muerte. Y he aquí que, si muchos le agraviaron con animosidad y gesto hostil, el sultán, por el contrario, lo recibió con los más encumbrados honores. Lo agasajaba cuanto podía y, presentándole toda clase de dones, intentaba doblegarle a las riquezas del mundo; ante el tesón con que lo despreciaba todo, como si fuera estiércol, estupefacto, lo miraba como a un hombre distinto de los demás; intensamente conmovido por sus palabras, le escuchaba con gran placer. Como se ve, el Señor no dio cumplimiento a los deseos del Santo, reservándole la prerrogativa de una gracia singular.

[3] San Francisco tomó, probablemente, el camino de Santiago.

[4] El comienzo del número siguiente da a entender que Tomás formaba parte de una promoción de nobles y letrados que tuvo el insigne honor de recibir el hábito de manos del seráfico Padre. Una alusión personal de este género es tanto más preciosa cuanto más rara resulta en la obra de Celano.

[5] El hermano Iluminado, robusto en lo físico y de muy buen sentido. Dante lo ha colocado en el Paraíso junto a San Buenaventura (*Paraíso* XII 126-32).

[6] Melek-el-Kamel (1218-38), que firmará en 1229 el tratado de Jaffa con Federico II. El primer sitio de Damieta terminó el 20 de agosto de 1219; se intentó negociar la paz, pero hubo que volver a tomar las armas el 26 de septiembre; durante ese tiempo de tregua, que duró como un mes, tuvo lugar este episodio.

Capítulo XXI

Su predicación a las aves y obediencia de las criaturas

58. Al tiempo que aumentaba el número de los hermanos, como queda dicho, el beatísimo padre Francisco recorría el valle de Espoleto. Llegó a un lugar cerca de Menavia donde se habían reunido muchísimas aves de diversas especies, palomas torcaces, cornejas y grajos [1]. Al verlas, el bienaventurado siervo de Dios Francisco, hombre de gran fervor y que sentía gran afecto de piedad y de dulzura aun por las criaturas irracionales e inferiores, echa a correr, gozoso, hacia ellas, dejando en el camino a sus compañeros. Al estar ya próximo, viendo que le aguardaban, las saludó según su costumbre [2]. Admirado sobremanera de que las aves no levantaran el vuelo, como siempre lo hacen, con inmenso gozo les rogó humildemente que tuvieran a bien escuchar la palabra de Dios. He aquí algunas de las muchas cosas que les dijo: «Mis hermanas aves: mucho debéis alabar a vuestro Creador y amarle de continuo, ya que os dio plumas para vestiros, alas para volar y todo cuanto necesitáis. Os ha hecho nobles entre sus criaturas y os ha dado por morada la pureza del aire. No sembráis ni recogéis, y, con todo, El mismo os protege y gobierna, sin preocupación alguna de vuestra parte». Al oír tales palabras, las avecillas —lo atestiguaba él y los hermanos que le acompañaban— daban muestras de alegría como mejor podían: alargando su cuello, extendiendo las alas, abriendo el pico y mirándole. Y él, paseando por en medio de ellas, iba y venía, rozando con la túnica sus cabezas y su cuerpo. Luego las bendijo y, hecho el signo de la cruz, les dio licencia para volar hacia otro lugar. El bienaventurado Padre reemprendió el camino con sus compañeros, y, gozoso, daba gracias a Dios, a quien las criaturas todas veneran con devota confesión.

Adquirida la simplicidad, no por naturaleza, sino por gracia, culpábase a sí mismo de negligencia por haber omitido hasta entonces la predicación a las aves, toda vez que habían escuchado la palabra de Dios con tanta veneración. A partir, pues, de este día, comenzó a exhortar con todo empeño a todas las aves, a todos los animales y a todos los reptiles, e incluso a todas las criaturas insensibles, a que loasen y amasen al Creador, ya que comprobaba a diario la obediencia de todos ellos al invocar el nombre del Salvador.

59. Un día llegó a una aldea llamada Alviano a predicar la palabra de Dios; subiéndose a un lugar elevado para que todos le pudiesen ver, pidió que guardasen silencio. Estando todos callados y en actitud reverente, muchísimas golondrinas que hacían sus nidos en aquellos parajes chirriaban y alborotaban no poco. Y

[1] El original dice: «et aliarum quae vulgo monaclae vocantur».
[2] «¡El Señor os conceda la paz!» (1C 23).

era tal el garlido de las aves, que el bienaventurado Francisco no lograba hacerse oír del pueblo; dirigióse a ellas y les dijo: «Hermanas mías golondrinas: ha llegado la hora de que hable yo; vosotras ya habéis hablado lo suficiente hasta ahora. Oíd la palabra de Dios y guardad silencio y estad quietecitas mientras predico la palabra de Dios». Y las golondrinas, ante el estupor y admiración de los asistentes, al momento enmudecieron y no se movieron de aquel lugar hasta que terminó la predicación. Contemplando semejante espectáculo, la gente, maravillada, se decía: «Verdaderamente este hombre es un santo y amigo del Altísimo». Y con toda devoción se apresuraban a tocarle siquiera el vestido, loando y bendiciendo al Señor.

En verdad, cosa admirable: las mismas criaturas irracionales percibían el afecto y barruntaban el dulcísimo amor que sentía por ellas.

60. Morando una vez en Greccio, un hermano le trajo una liebrecilla cazada a lazo. Al verla el beatísimo varón, conmovido de piedad, le dijo: «Hermana liebrezuela, ven a mí. ¿Por qué te has dejado engañar de este modo?» Luego, el hermano que la tenía la dejó en libertad, pero el animalito se refugió en el Santo, y, sin que nadie lo retuviera, se quedó en su seno, como en lugar segurísimo. Habiendo descansado allí un poquito, el santo Padre, acariciándolo con afecto materno, lo dejó libre para que volviera al bosque; puesto en tierra repetidas veces, otras tantas se volvía al seno del Santo; por fin tuvo que mandar a sus hermanos que lo llevaran a la selva, que distaba poco de aquel lugar.

Estando en la isla del lago de Perusa[1] le sucedió un caso semejante con un conejo, animal difícil de domesticar.

61. Idéntico afecto de piedad sentía para con los peces. Si le era posible, devolvía al agua, vivos, los peces que habían sido capturados, advirtiéndoles que tuvieran cuidado de no dejarse coger otra vez. Un día que se encontraba sentado en una barca cerca de un puerto en el lago de Rieti, un pescador cogió un pez grande, vulgarmente llamado tenca, y se lo ofreció devotamente. El lo recibió alegre y benignamente y comenzó a saludarlo con el nombre de hermano; volviéndolo nuevamente al agua, se puso a bendecir con devoción el nombre del Señor. Durante la oración del Santo, el pez no se apartaba del lugar en que había sido colocado, y, junto a la nave, retozaba en el agua; sólo marchó cuando, concluida la oración, recibió del Santo licencia para irse.

Fue así como el glorioso padre Francisco, caminando en la vía de la obediencia y en la absoluta sumisión a la divina voluntad, consiguió de Dios la alta dignidad de hacerse obedecer de las criaturas.

En cierta ocasión, estando enfermo de gravedad en el eremitorio de San Urbano, el agua se le convirtió en vino, y, no más gustarlo, se restableció tan presto, que todos creyeron ver, como

[1] Más conocido por lago Trasimeno.

así fue, un auténtico milagro. En verdad es santo aquel a quien obedecen las criaturas y el que, a voluntad, cambia el destino de los elementos.

Capítulo XXII

Su predicación en Ascoli y cómo por los objetos que sus manos habían tocado los enfermos recobraban la salud

62. Por aquellos días en que el venerable padre Francisco había predicado a las aves, según queda dicho, recorriendo ciudades y castillos y derramando por doquier la semilla de bendición, llegó a la ciudad de Ascoli. Predicando en la misma con grandísimo fervor la palabra de Dios, según su costumbre, por obra de la diestra del Excelso se llenó casi todo el pueblo de tanta gracia y devoción, que todos, ansiosos, se atropellaban para oírlo y verlo. Fue entonces cuando recibieron de sus manos el hábito de la santa Religión treinta entre clérigos y laicos.

Era tanta la fe de hombres y mujeres y tan grande su devoción hacia el santo de Dios, que se tenía por muy feliz quien podía tocar siquiera su vestido. Cuando entraba en una ciudad, se alegraba el clero, se volteaban las campanas, saltaban gozosos los hombres, congratulábanse las mujeres, los niños batían palmas, y muchas veces, llevando ramos de árboles en las manos, salían a su encuentro cantando.

Confundida la herética maldad [1], se ensalzaba la fe de la Iglesia, y mientras los fieles vitoreaban jubilosos, los herejes permanecían agazapados. No había quien osara objetar a sus palabras, pues, siendo tan grandes los signos de santidad que reflejaba, la gente que asistía centraba toda su atención sólo en él. Pensaba que, entre todas las cosas y sobre todas ellas, se había de guardar, venerar e imitar la fe de la santa Iglesia romana, en la cual solamente se encuentra la salvación de cuantos han de salvarse [2]. Veneraba a los sacerdotes [3], y su afecto era grandísimo para toda la jerarquía eclesiástica [4].

63. La gente le presentaba panes para que se los bendijese, y luego los conservaba por mucho tiempo, pues comiéndolos se curaban de varias enfermedades. También muchas veces, llevada

[1] Téngase en cuenta que el catarismo desbordó ampliamente en Italia las fronteras de Lombardía. Cf. A. DONDAINE, *La hiérarchie cathare en Italie:* Arch. Fr. Praed. 19 (1949) 290.

[2] Tal es el sentido de Iglesia que distingue a Francisco de todos los novadores liberales de su época, el sentido de la tradición, que le permite llevar a buen término una verdadera reforma La 1R 17 prescribe a todos los predicadores idéntica sumisión.

[3] Cf. 1C 44.

[4] Enumera sus grados en su 1R 23,7: sacerdotes, diáconos, subdiáconos, acólitos, exorcistas, lectores, ostiarios y todos los clérigos. A todos ellos exhorta a perseverar en la verdadera fe.

de su gran fe, cortaba pedazos a su túnica, dejándole en ocasiones medio desnudo. Y lo que es más de admirar: si el santo Padre había tocado alguna cosa con las manos, también, por medio de ella, recibían algunos enfermos la salud.

Vivía en una aldea de la comarca de Arezzo una mujer que estaba encinta; llegado el tiempo del parto, pasó varios días muy trabajosos sin poder dar a luz; tanto que, desfallecida por un dolor increíble, estaba entre la vida y la muerte. Vecinos y parientes habían oído que el bienaventurado Francisco iba a pasar por aquel camino hacia un eremitorio; pero, mientras ellos le esperaban, Francisco llegó a dicho lugar por otro camino, pues, débil y enfermo como estaba, tuvo que hacer el recorrido montado a caballo. Una vez en el retiro, devolvió el caballo al señor que se lo había prestado caritativamente, sirviéndose de un hermano llamado Pedro. Este, de vuelta con el caballo, pasó por donde vivía la tan angustiada mujer. Viéndolo venir los hombres del contorno, a toda prisa salieron a su encuentro, pensando que era el bienaventurado Francisco; mas, al comprobar que no era él, se llenaron de profunda tristeza. Por fin se les ocurrió pensar si por ventura podrían dar con algún objeto que el bienaventurado Francisco hubiera tocado con sus manos. En estas averiguaciones se iba pasando el tiempo, hasta que cayeron en la cuenta de que mientras cabalgaba había tenido las bridas del freno en las manos; sacando el freno de la boca del animal en que el Santo había montado, pusieron sobre la mujer las bridas que el Padre había tenido entre sus manos, y al momento, gozosa y sana, dio a luz fuera de todo peligro.

64. Gualfreducio, que moraba en Città della Pieve, hombre religioso y temeroso de Dios y que le daba culto con toda su familia, tenía en su poder una cuerda con la cual el bienaventurado Francisco se había ceñido alguna vez. Acaeció que en aquella región muchos hombres y mujeres sufrían de varias enfermedades y fiebres. Este buen hombre pasaba por las casas de los enfermos, dándoles a beber del agua en la que había metido la cuerda o a la que había echado algún pelillo de la misma, y todos recobraban la salud en el nombre de Cristo [5].

Tales milagros y muchos más que no nos sería posible exponer aunque alargásemos la narración, acontecían estando el bienaventurado Francisco ausente. Con todo, referiré brevemente ahora unos pocos de los que el Señor Dios nuestro se dignó obrar por su presencia.

[5] Según Canuti (*Memoria del B. Giacomo* [1904] p.15), este Gualfreducio sería tío del bienaventurado Jacobo, jurista y terciario, muerto hacia 1304 por haberse constituido en abogado de los pobres del hospital de Città della Pieve contra recaudadores sin escrúpulo. Cf WADDING, *Annales* VI 32-34 p.36-39.

Capítulo XXIII

Cómo curó a un cojo en Toscanella y a un paralítico en Narni

65. Recorría el santo de Dios en cierta ocasión algunas varias y extensas regiones anunciando el reino de Dios; llegó a una ciudad llamada Toscanela. Mientras esparcía la semilla de vida por esta ciudad según costumbre, se hospedó en casa de un caballero que tenía un hijo único, cojo y enclenque: había que tenerlo en la cuna, aun cuando, siendo todavía de poca edad, había dejado atrás los años del destete. Viendo su padre la gran santidad de que estaba adornado el varón de Dios, se arrojó humildemente a sus pies, pidiéndole la curación de su hijo. Considerábase el Santo indigno e incapaz de tanta virtud y gracia, y rehusó por algún tiempo el hacerlo. Al fin, vencido por la constante súplica del padre, hizo oración e impuso su mano sobre el niño, y, bendiciéndolo, lo levantó. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el niño se puso en pie al instante, sano, y echó a correr de aquí para allá por la casa ante la mirada gozosa de todos los presentes.

66. En otra ocasión, el varón de Dios Francisco llegó a Narni, donde permaneció varios días. Había en la ciudad un hombre llamado Pedro, que yacía en cama paralítico; hacía cinco meses que había perdido el uso de todos los miembros, de tal modo que no podía ni levantarse ni moverse lo más mínimo; imposibilitado de pies, manos y cabeza, sólo podía mover la lengua y abrir los ojos. Enterado de que San Francisco había llegado a Narni, mandó un recado al obispo de la ciudad para que, por divina piedad, se dignase enviarle al siervo del Dios altísimo, plenamente convencido de que la vista y presencia del Santo eran lo suficiente para curarle de su enfermedad. Y así fue; pues, habiendo llegado el bienaventurado Francisco a la casa del enfermo, hizo sobre él la señal de la cruz de la cabeza a los pies, y al punto desapareció el mal y recobró el enfermo la salud perdida.

Capítulo XXIV

Cómo devolvió la vista a una mujer y cómo en Gubbio sanó a una paralítica

67. A una mujer, también de la misma ciudad, que estaba ciega, hízole el bienaventurado Francisco la señal de la cruz sobre sus ojos, y al momento recuperó la vista tan deseada. En Gubbio vivía una mujer que tenía ambas manos entumecidas, sin poder hacer nada con ellas. Apenas supo que el santo Francisco había entrado en la ciudad, corrió a toda prisa a verlo, y con rostro lastimoso, llena de aflicción, mostróle las manos contrahechas y le pedía que se las tocara. El Santo, conmovido de piedad, le tocó las manos y se las sanó. Inmediatamente, la mujer volvió jubilosa a

su casa, hizo con sus propias manos un requesón y se lo ofreció al santo varón. Este tomó cortésmente un pedacito y le mandó que se comiese lo restante con su familia.

CAPÍTULO XXV

Cómo curó a un hermano de epilepsia o le libró del demonio [1] y cómo en San Gemini liberó a una endemoniada

68. Había un hermano que con frecuencia sufría una gravísima enfermedad, horrible a la vista; no sé qué nombre darle, ya que, en opinión de algunos, era obra del diablo maligno. Muchas veces, convulso todo él, con una mirada de espanto, se revolcaba, echando espumarajos; sus miembros, ora se contraían, ora se estiraban; ya se doblaban y torcían, ya se quedaban rígidos y duros. Otras veces, extendido cuan largo era y rígido, los pies a la altura de la cabeza, se levantaba en alto lo equivalente a la estatura de un hombre, para luego caer a plomo sobre el suelo. Compadecido el santo padre Francisco de tan gravísima enfermedad, se llegó a él y, hecha oración, trazó sobre él la cruz y lo bendijo. Al momento quedó sano, y nunca más volvió a sufrir molestia por esta enfermedad.

69. Pasando en cierta ocasión el beatísimo padre Francisco por el obispado de Narni, llegó a un lugar que se llama San Gemini [2] para anunciar allí el reino de Dios. Recibió hospedaje con otros tres hermanos en casa de un hombre temeroso y devoto de Dios, que gozaba de buen nombre en aquella tierra. Su mujer estaba atormentada por el demonio, cosa conocida de todos los habitantes de la región. Confiando su marido que pudiera recobrar la libertad por los méritos de Francisco, rogó al Santo por ella. Mas como éste, viviendo en simplicidad, gustase más en saborear desprecios que en sentirse ensalzado entre honores mundanos por sus obras de santidad, rehuía con firmeza complacerle en su petición. Por fin, puesto que de la gloria de Dios se trataba y siendo muchos los que le rogaban, asintió, vencido, a lo que le pedían. Hizo venir también a los tres hermanos que con él estaban, y, situándolos en cada ángulo de la casa, les dijo: «Oremos, hermanos, al Señor por esta mujer, a fin de que Dios, para alabanza y gloria suya, la libre del yugo del diablo». Y añadió: «Permanezcamos en pie, separados, cada uno en un ángulo de la casa, para que este maligno espíritu no se nos escape o nos engañe refugiándose en los escondites de los ángulos». Terminada la

[1] Los terrores supersticiosos de la antigüedad (una crisis de epilepsia era suficiente para interrumpir inmediatamente las asambleas o los comicios; de donde viene el nombre de «mal comicial») persisten en la Edad Media con las creencias de influencia demoníaca.

[2] Donde actualmente se alza una iglesia gótica del siglo XIV: «en el lugar en que estaba emplazado un pequeño oratorio y un humilde convento, edificado por el propio San Francisco en 1213» (CAVANNA, *L'Umbria francescana* p.191).

oración, el bienaventurado Francisco se acercó con la fuerza del Espíritu a la mujer, que lastimosamente se retorcía y gritaba horrorosamente, y le dijo: «En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, por obediencia te mando, demonio, que salgas de ella, sin que oses en adelante molestarla». Apenas había terminado estas palabras, cuando salió fuera con tal rapidez, con tanta furia y estrépito, que el santo Padre, ante la repentina curación de la mujer y la precipitada obediencia del demonio, creyó que había sufrido un engaño. De seguido marchó, avergonzado, de aquel lugar —disponiéndolo así la Providencia— para que en nada pudiera vanagloriarse.

Volvió a pasar en otra ocasión por el mismo lugar el bienaventurado Francisco en compañía del hermano Elías; enterada la mujer de su llegada, se levantó al punto y echó a correr por la plaza, clamando en pos del Santo para que se dignase dirigirle la palabra. Mas él se negaba a hablarle, conociendo que era la mujer de la que por divina virtud había arrojado, tiempo atrás, al demonio. Ella besaba las huellas de sus pies, dando gracias a Dios y a San Francisco, su siervo, que le había librado del poder de la muerte. Por fin, a instancias y ruegos del hermano Elías, el Santo, confirmado por el testimonio de muchos de la enfermedad que padeció la mujer, según queda referido, y de su curación, accedió a dirigirle la palabra.

Capítulo XXVI

Cómo lanzó también un demonio en Città di Castello

70. También en Città di Castello [1] había una mujer poseída del demonio. Estando el beatísimo padre Francisco en esta ciudad, llevaron a una mujer a la casa donde se hospedaba el Santo. La mujer estaba fuera, y, como suelen hacerlo los espíritus inmundos, rompió en un rechinar de dientes y con rostro feroz comenzó a dar gritos de espanto. Muchos hombres y mujeres de la ciudad que habían acudido, suplicaron a San Francisco en favor de aquella mujer, pues, al mismo tiempo que el maligno la atormentaba, a ellos los asustaba con sus alaridos. El santo Padre envió entonces a un hermano que estaba con él a fin de comprobar si era el demonio o un engaño mujeril. En cuanto lo vio ella, comenzó a mofarse, sabiendo que no era San Francisco. El Padre santo había quedado dentro en oración; una vez terminada ésta, salió fuera. No pudo la mujer soportar su virtud, y comenzó a estremecerse y a revolcarse por el suelo. San Francisco la llamó a sí, diciéndole: «En virtud de la obediencia te mando, inmundo

[1] A 50 kilómetros de Gubbio. Es el centro más importante del alto valle del Tíber; se encuentra en el camino más cómodo y directo de Santa María de los Ángeles al Alverna; Francisco debió de pasar por allí con alguna frecuencia.

espíritu, que salgas de ella». Al momento la dejó, sin ocasionarle mal alguno y dándose a la fuga de muy mal talante.

Gracias sean dadas a Dios omnipotente, que obra todo en todos. Mas como nos hemos propuesto exponer no los milagros, que, si reflejan la santidad, no la construyen [2], sino, más bien, la excelencia de su vida y su forma sincerísima de comportamiento, narraremos las obras de eterna salvación, omitiendo los milagros, que son muy numerosos.

Capítulo XXVII

Caridad [1] y constancia de espíritu. Cómo predicó ante el señor papa Honorio y se confiaron él y los suyos al cardenal Hugolino, obispo de Ostia

71. El varón de Dios Francisco había aprendido a no buscar sus intereses, sino a cuidarse de lo que miraba a la salvación de los demás; pero, más que nada, deseaba morir y estar con Cristo [2]. Por eso, su preocupación máxima era la de ser libre de cuanto hay en el mundo, para que ni por un instante pudiera el más ligero polvillo empañar la serenidad de su alma. Permanecía insensible a todo estrépito del exterior y ponía toda su alma en tener recogidos los sentidos exteriores y en dominar los movimientos del ánimo, para darse sólo a Dios; había hecho su nido en las hendiduras de las rocas, y su morada en las grietas de las peñas escarpadas [3]. Recorría con gozosa fruición las célibes mansiones [4] y, todo anonadado, permanecía largo tiempo en las llagas del Salvador.

Por esto escogía frecuentemente lugares solitarios [5], para dirigir su alma totalmente a Dios; sin embargo, no eludía perezosamente intervenir, cuando lo creía conveniente, en los asuntos del prójimo y dedicarse de buen grado a su salvación. Su puerto segurísimo era la oración; pero no una oración fugaz, ni vacía, ni presuntuosa, sino una oración prolongada, colmada de devoción y tranquilidad en la humildad. Podía comenzarla al anochecer y con dificultad la habría terminado a la mañana; fuese de camino o estuviese quieto, comiendo o bebiendo, siempre estaba entregado a la oración. Acostumbraba salir de noche a solas para orar en iglesias abandonadas y aisladas; bajo la divina gracia, superó en ellas muchos temores y angustias de espíritu.

[2] Cf. TC, carta introductoria.

[1] *Charitate* en lugar de *claritate*, según los mss. L y OX, que de esta forma hace que el título esté más en consonancia con el contenido del n.71.

[2] Flp 1,23.

[3] Ct 2,14.

[4] En latín: *caelibes mansiones*

[5] Greccio, Celle di Cortona, Le Carceri, el Alverna... jalonan los itinerarios de Francisco. Compuso, además, un reglamento particular para los hermanos que habían de vivir en los eremitorios.

72. Combatía cuerpo a cuerpo con el diablo, pues en estos lugares no sólo le excitaba interiormente con tentaciones, sino que lo amedrentaba externamente con estrépitos y sacudimientos. Pero, conocedor el fortísimo caballero de Dios de que su Señor todo lo puede en todo lugar, lejos de acobardarse ante tales temores, decía en su corazón: «No podrás, malvado, emplear contra mí las armas de tu malicia más de lo que podrías si estuviéramos en público delante de todos».

En verdad que su perseverancia era suma y a nada atendía fuera de las cosas de Dios. Predicaba muchísimas veces la divina palabra a miles de personas, y lo hacía con la misma convicción que si dialogara con un íntimo compañero. Las multitudes más numerosas las contemplaba como si fueran un solo hombre, y a un solo hombre le predicaba con tanto interés como si estuviera ante una muchedumbre. Aquella su seguridad en la predicación procedía de la pureza de su espíritu, y, aunque improvisara, decía cosas admirables e inauditas para todos. Mas, si alguna vez se recogía en meditación antes del sermón y le sucedía que ante el auditorio no recordaba nada de lo meditado y no se le ocurría de qué hablarles, entonces, sin rubor alguno, confesaba ante el pueblo que había pensado sobre muchas cosas con el objeto de predicárselas, pero que de todas ellas se había olvidado; y al momento se llenaba de tanta elocuencia, que dejaba admirados a los oyentes. Otras veces, en cambio, no sabiendo qué decirles, les daba la bendición y despedía a la gente, sobremanera evangelizada con sólo esto.

73. En cierta ocasión se llegó a Roma por asuntos de la Orden, y deseaba muy mucho predicar ante el papa Honorio y los venerables cardenales [6]. Conocedor de este deseo el señor Hugolino, ilustre obispo de Ostia, que veneraba al santo de Dios con singular afecto, sintióse poseído de temor y de alegría, admirando el fervor del santo varón y su ingenua simplicidad. Pero, confiando en la misericordia del Omnipotente, que nunca falta en tiempo de necesidad a los que piadosamente le honran, lo presentó al señor papa y a los reverendos cardenales. Hallándose Francisco ante tantos príncipes, obtenidas la licencia y la bendición, comenzó a predicar sin temor alguno. Y tal era el fervor de espíritu con que hablaba, que, no cabiendo en sí mismo de alegría, al tiempo que predicaba movía sus pies como quien estuviera saltando; no por ligereza, sino como inflamado en el fuego del divino amor, no incitando a la risa, sino arrancando lágrimas de dolor. Muchos de ellos sintiéronse compungidos de corazón, admirando la divina gracia y la seguridad de tal hombre. Entre tanto, el venerable señor obispo de Ostia, sobrecogido de temor, oraba al Señor de todo corazón a fin de que la simplicidad del bienaventurado varón no fuese menospreciada, pues lo mismo la

[6] Cf. 1C 100; 2C 25; y el testimonio de Esteban de Borbón, en este mismo volumen p.973.

gloria del Santo que su ignominia recaían sobre él, que se había constituido en padre de aquella familia.

74. En efecto, como es la unión entre hijo y padre y la de la madre con su hijo único, así era la de San Francisco con el obispo de Ostia; dormía y descansaba tranquilo en el seno de su clemencia. En verdad que hacía las veces de pastor y cumplía su misión, si bien reservaba este título para el santo varón. El bienaventurado Padre disponía las cosas necesarias, pero era el hábil señor quien hacía que se llevara a feliz termino lo dispuesto. ¡Cuántos eran, sobre todo en los comienzos en que acaecía todo esto, los que atentaban contra la nueva plantación de la Orden, para destruirla! ¡Cuántos trabajaban por sofocar la viña selecta que la mano del Señor, en su misericordia, había plantado de nuevo en el mundo! ¡Cuántos se esforzaban por robar y destruir sus primeros y purísimos frutos! Todos ellos fueron heridos por la espada de tan reverendo padre y señor y aniquilados. Era, evidentemente, un torrente de elocuencia, un bastión de la Iglesia, un paladín de la verdad y un servidor de los humildes. ¡Bendito y memorable el día en que el santo de Dios se confió a tan venerable señor!

Estaba éste en cierta ocasión desempeñando la misión de legado de la Sede apostólica —cosa frecuente— en Toscana [7] al tiempo que el bienaventurado Francisco, no contando todavía con muchos hermanos y deseoso de ir a Francia [8], llegó a Florencia, donde residía entonces el obispo. No existía aún entre ellos una profunda amistad; sólo el conocimiento mutuo de la santa vida que entrambos hacían los unía en afectuosa caridad.

75. Como era habitual, por lo demás, en el bienaventurado Francisco visitar a los obispos o sacerdotes al entrar en una ciudad o territorio, al enterarse aquí de la presencia de tan grande prelado, se presentó ante él con la mayor reverencia. Al verlo el señor obispo, lo acogió con humilde devoción, como lo hacía siempre con todos los que revelaban una vida religiosa, y más en particular con aquellos que ostentaban la noble enseña de la bienaventurada pobreza y de la santa simplicidad. Y puesto que se cuidaba de ayudar a los pobres en su necesidad y se interesaba de sus asuntos, se informó con diligencia sobre el motivo de su venida y captó con suma benignidad su propósito. Al contemplarlo despreciador más que nadie de todos los bienes terrenos y ferviente como ninguno en el fuego que Jesús trajo a la tierra [9], su

[7] Era la legación de 1217 para la predicación y organización de la cruzada (CALLEBAUT, en AFH 19 [1226] p.530-58). Según R. Brooke (*Early franciscan government: Elias to Bonaventura*, Cambridge 1959), dicha legación pudo haber sido en 1218.

[8] Francia, en este caso, no es la Provenza, como la *lengua francesa* (cf. 1C 16) no es el provenzal; se trata del dominio real propiamente dicho, llamado, a partir del siglo XIV, Ile de France; y es así como lo entendió el hermano Pacífico, designado como sustituto de Francisco; partió para Vézelay y París. Las *Florecillas* utilizan, anacrónicamente, la expresión «Provincia de Francia» (c.13) en oposición a «Provincia de Provenza»; pero son denominaciones posteriores al hecho.

[9] Lc 12,49.

alma quedó en aquel instante unida a la de Francisco; pidióle devotamente sus oraciones y él se ofreció, sumamente complacido, como su protector en todo. Por esto le aconsejó que no continuara el viaje emprendido, sino que cuidara y custodiara con solicitud a los que el Señor le había encomendado [10].

Alegróse en gran manera San Francisco al ver que tan reverendo señor le mostraba una actitud tan benévola, un afecto tan dulce y palabras tan persuasivas, y, postrado a sus pies, devotamente se entregó y se confió a su solicitud a sí mismo y a sus hermanos.

Capítulo XXVIII

Espíritu de caridad y afecto de compasión para con los pobres y lo que hizo con una oveja y con unos corderillos

76. El padre de los pobres, el pobrecillo Francisco, identificado con todos los pobres, no se sentía tranquilo si veía otro más pobre que él; no era por deseo de vanagloria, sino por afecto de verdadera compasión. Y si es verdad que estaba contento con una túnica extremadamente mísera y áspera [1], con todo, muchas veces deseaba dividirla con otro pobre [2].

Movido de un gran afecto de piedad y queriendo este pobre riquísimo socorrer de alguna manera a los pobres, en las épocas más frías solicitaba de los ricos del mundo que le dieran capas o pellicos. Como éstos lo hicieran devotamente y más a gusto de lo que él pedía de ellos, el bienaventurado Padre les decía: «Os lo recibo con esta condición: que no esperéis verlo más en vuestras manos». Y al primer pobre que encontraba en el camino lo vestía, gozoso y contento, con lo que había recibido [3].

No podía sufrir que algún pobre fuese despreciado, ni tampoco oír palabras de maldición contra las criaturas [4]. Ocurrió en cierta ocasión que un hermano ofendió a un pobre que pedía limosna, diciéndole estas palabras injuriosas: «¡Ojo, que no seas un rico y te hagas pasar por pobre!» Habiéndolo oído el padre de los pobres, San Francisco, se dolió profundamente, y reprendió con severidad al hermano que así había hablado, y le mandó que se desnudase delante del pobre y, besándole los pies, le pidiera

[10] En esta ocasión, la LP 108 l pone en labios de Hugolino las siguientes palabras: Hermano, no quiero que vayas a las partes ultramontanas, porque hay en la curia romana muchos prelados y otras gentes que muy a gusto impedirían el bien de tu Religión».

[1] Cf. 1C 39.

[2] Cf. 2C 5.90.

[3] Cf. 2C 86-87.

[4] Sin embargo, él mismo ha maldecido o considerado malditos a quienes «con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que ha sido edificado por los santos hermanos de esta Orden» (2C 156; cf. también LP 59). Maldijo también a Pedro Staccia, guardián del convento de Bolonia, por crimen de lesa pobreza.

perdón. Pues solía decir: «Quien dice mal de un pobre, ofende a Cristo, de quien lleva la enseña de nobleza y que se hizo pobre por nosotros en este mundo» [5].

Por eso, si se encontraba con pobres que llevaban leña u otro peso, por ayudarlos lo cargaba con frecuencia sobre sus hombros, en extremo débiles.

77. Su espíritu de caridad se derramaba en piadoso afecto, no sólo sobre hombres que sufrían necesidad, sino también sobre los mudos y brutos animales, reptiles, aves y demás criaturas sensibles e insensibles. Pero, entre todos los animales, amaba con particular afecto y predilección a los corderillos, ya que, por su humildad, nuestro Señor Jesucristo es comparado frecuentemente en las Sagradas Escrituras con el cordero y porque éste es su símbolo más expresivo. Por este motivo, amaba con más cariño y contemplaba con mayor regocijo las cosas en las que se encontraba alguna semejanza alegórica del Hijo de Dios.

De camino por la Marca de Ancona, después de haber predicado en la ciudad de este nombre, marchaba a Osimo junto con el señor Pablo, a quien había nombrado ministro de todos los hermanos en la dicha provincia; en el campo dio con un pastor que cuidaba un rebaño de cabras e irascos. Entre tantas cabras e irascos había una ovejita que caminaba mansamente y pacía tranquila. Al verla, el bienaventurado Francisco paró en seco y, herido en lo más vivo de su corazón, dando un profundo suspiro, dijo al hermano que le acompañaba: «¿No ves esa oveja que camina tan mansa entre cabras e irascos? Así, créemelo, caminaba, manso y humilde, nuestro Señor Jesucristo entre los fariseos y príncipes de los sacerdotes. Por esto, te suplico, hijo mío, por amor de Cristo, que, unido a mí, te compadezcas de esa ovejita y que, pagando por ella lo que valga, la saquemos de entre las cabras e irascos».

78. Maravillado de su dolor, comenzó también el hermano Pablo a compartirlo. Preocupado de cómo podrían pagar su precio y no disponiendo sino de las viles túnicas que vestían, se presentó al punto un mercader que estaba de camino y les ofreció las costas que buscaban. Dando gracias a Dios y llevándose consigo la oveja, llegaron a Osimo y se presentaron ante el obispo de la ciudad. Este los acogió con mucha veneración, y quedó sorprendido tanto por la oveja que acompañaba al varón de Dios como del afecto que éste sentía hacia ella. Mas luego que el siervo de Dios le hubo referido una larga parábola sobre la oveja, el obispo, todo

[5] Cita de 2R 6,3, inspirada, a su vez, en 2Cor 8,9. Episodio similar en 2C 85. La pobreza franciscana no es, ante todo, virtud *ascética* («más rico soy espiritualmente cuanto menos poseo»); ni es principalmente *condición para el apostolado* («cuanto más desligado de los bienes temporales, más dispuesto para trabajar por el reino»); es de naturaleza *teológica* o *mística:* si San Francisco amó la pobreza, fue porque contempló a un Cristo pobre. Cf. LM 7,1. Inútil intentar desengañarle. Ninguna otra razón lo haría más entusiasta de la pobreza, ningún argumento serviría para disuadirle de amarla y practicarla. Cf.

compungido, dio gracias al Señor por la simplicidad del varón de Dios.

Al día siguiente salió de la ciudad, y, pensando qué podría hacer de la oveja, por consejo de su compañero y hermano la dejó en el monasterio de las siervas de Cristo, cerca de San Severino [6], para que la cuidaran. También ellas recibieron gozosas la ovejuela, como un gran regalo que Dios les hacía. La cuidaron por mucho tiempo con todo mimo, y de su lana tejieron una túnica y se la enviaron al bienaventurado padre Francisco a Santa María de la Porciúncula mientras se celebraba un capítulo. El santo de Dios la recibió con gran reverencia y gozo de su alma, y, abrazándola, la besaba e invitaba a todos los presentes a compartir con él tanto gozo.

79. En otra ocasión, pasando de nuevo por la Marca con el mismo hermano, que gustoso le acompañaba, se encontró en el camino con un hombre que iba al mercado, llevando atados y colgados al hombro dos corderillos para venderlos. Al oírlos balar el bienaventurado Francisco, conmoviéronse sus entrañas, y, acercándose, los acarició como madre que muestra sus sentimientos de compasión con su hijo que llora. Y le preguntó al hombre aquel: «¿Por qué haces sufrir a mis hermanos llevándolos así atados y colgados?» «Porque los llevo al mercado —le respondió— para venderlos, pues ando mal de dinero». A esto le dijo el Santo: «¿Qué será luego de ellos?» «Pues los compradores —replicó— los matarán y se los comerán». «No lo quiera Dios —reaccionó el Santo—. No se haga tal; toma este manto que llevo a cambio de los corderos». Al punto le dio el hombre los corderos y muy contento recibió el manto, ya que éste valía mucho más. El Santo lo había recibido prestado aquel mismo día, de manos de un amigo suyo, para defenderse del frío. Una vez con los corderillos, se puso a pensar qué haría con ellos, y, aconsejado del hermano que le acompañaba, resolvió dárselos al mismo hombre para que los cuidara, con la orden de que jamás los vendiera ni les causara daño alguno, sino que los conservara, los alimentara y los pastoreara con todo cuidado.

Capítulo XXIX

Amor que tenía a todas las criaturas por el Creador. Su retrato físico y moral

80. Sería excesivamente prolijo, y hasta imposible, reunir y narrar todo cuanto el glorioso padre Francisco hizo y enseñó mientras vivió entre nosotros. ¿Quién podrá expresar aquel extraordinario afecto que le arrastraba en todo lo que es de Dios?

[6] Monasterio de clarisas en Colpersito, cerca de San Severino. Fue en este convento donde con un sermón convirtió Francisco al hermano Pacífico, entonces joven poeta cortesano y que había venido al monasterio a visitar a una pariente.

¿Quién será capaz de narrar de cuánta dulzura gozaba al contemplar en las criaturas la sabiduría del Creador, su poder y su bondad? En verdad, esta consideración le llenaba muchísimas veces de admirable e inefable gozo viendo el sol, mirando la luna y contemplando las estrellas y el firmamento. ¡Oh piedad simple! ¡Oh simplicísima piedad!

También ardía en vehemente amor por los gusanillos, porque había leído que se dijo del Salvador: *Yo soy gusano y no hombre* [1]. Y por esto los recogía del camino y los colocaba en lugar seguro para que no los escachasen con sus pies los transeúntes. ¿Y qué decir de las otras criaturas inferiores, cuando hacía que a las abejas les sirvieran miel o el mejor vino en el invierno para que no perecieran por la inclemencia del frío? Deshacíase en alabanzas, a gloria del Señor, ponderando su laboriosidad, y la excelencia de su ingenio; tanto que a veces se pasaba todo un día en la alabanza de estas y de las demás criaturas. Como en otro tiempo los tres jóvenes en la hoguera [2] invitaban a todos los elementos a loar y glorificar al Creador del universo, así este hombre, lleno del espíritu de Dios, no cesaba de glorificar, alabar y bendecir en todos los elementos y criaturas al Creador y Gobernador de todas las cosas [3].

81. ¿Quién podrá explicar la alegría que provocaba en su espíritu la belleza de las flores, al contemplar la galanura de sus formas y al aspirar la fragancia de sus aromas? Al instante dirigía el ojo de la consideración a la hermosura de aquella flor que, brotando luminosa en la primavera de la raíz de Jesé, dio vida con su fragancia a millares de muertos. Y, al encontrarse en presencia de muchas flores, les predicaba, invitándolas a loar al Señor, como si gozaran del don de la razón. Y lo mismo hacía con las mieses y las viñas, con las piedras y las selvas, y con todo lo bello de los campos, las aguas de las fuentes, la frondosidad de los huertos, la tierra y el fuego, el aire y el viento, invitándoles con ingenua pureza al amor divino y a una gustosa fidelidad. En fin, a todas las criaturas las llamaba hermanas, como quien había llegado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios, y con la agudeza de su corazón penetraba, de modo eminente y desconocido a los demás, los secretos de las criaturas [4].

Y ahora, ¡oh buen Jesús!, a una con los ángeles, te proclama admirable quien, viviendo en la tierra, te predicaba amable a todas las criaturas.

82. No hay inteligencia humana que pueda entender lo que

[1] Sal 21,7.

[2] Dan 3,17.

[3] Aquí, como en 1C 58, es clara la alusión al *Cántico de las criaturas;* cf. también 1C 109 y 2C 213 y 217. Las Alabanzas del padrenuestro parafraseado, sin hacer la enumeración de las diversas criaturas, revelan el mismo espíritu de alabanza y se inspiran en el texto del «cántico de los tres jóvenes».

[4] Aquí, como al principio del número siguiente («hombre nuevo», «hombre del otro mundo»), Francisco es considerado como quien ha reconquistado la inocencia original y como quien ha entrado ya en la eternidad bienaventurada. Cf. también 1C 36.

sentía cuando pronunciaba, santo Señor, tu nombre; aparecía todo él jubiloso, lleno de castísima alegría, como un hombre nuevo y del otro mundo. Por esto mismo, dondequiera se encontrase un escrito divino o humano, en el camino, en casa o sobre el suelo, lo recogía con grandísimo respeto y lo colocaba en lugar sagrado y decoroso, en atención a que pudiera estar escrito en él el nombre del Señor o algo relacionado con éste [5]. Como un religioso le preguntara en cierta ocasión para qué recogía con tanta diligencia también los escritos de los paganos y aquellos en que no se contenía el nombre del Señor, respondió: «Hijo mío, porque en ellos hay letras con las que se compone el gloriosísimo nombre del Señor Dios. Lo bueno que hay en ellos, no pertenece a los paganos ni a otros hombres, sino a sólo Dios, de quien es todo bien». Y cosa no menos de admirar: cuando hacía escribir algunas cartas de saludo o exhortación, no toleraba que se borrase una letra o sílaba, así fuera superflua o improcedente [6].

83. ¡Oh cuán encantador, qué espléndido y glorioso se manifestaba en la inocencia de su vida, en la sencillez de sus palabras, en la pureza del corazón, en el amor de Dios, en la caridad fraterna, en la ardorosa obediencia, en la condescendencia complaciente, en el semblante angelical! En sus costumbres, fino; plácido por naturaleza; afable en la conversación; certero en la exhortación; fidelísimo a su palabra; prudente en el consejo; eficaz en la acción; lleno de gracia en todo. Sereno de mente, dulce de ánimo, sobrio de espíritu, absorto en la contemplación, constante en la oración y en todo lleno de fervor. Tenaz en el propósito, firme en la virtud, perseverante en la gracia, el mismo en todo. Pronto al perdón, tardo a la ira, agudo de ingenio, de memoria fácil, sutil en el razonamiento, prudente en la elección, sencillo en todo. Riguroso consigo, indulgente con los otros, discreto con todos.

Hombre elocuentísimo, de aspecto jovial y rostro benigno, no dado a la flojedad e incapaz de la ostentación. De estatura mediana, tirando a pequeño; su cabeza, de tamaño también mediano y redonda; la cara, un poco alargada y saliente; la frente, plana y pequeña; sus ojos eran regulares, negros y candorosos; tenía el cabello negro; las cejas, rectas; la nariz, proporcionada, fina y recta; las orejas, erguidas y pequeñas; las sienes, planas; su lengua era dulce, ardorosa y aguda; su voz, vehemente, suave, clara y timbrada [7]; los dientes, apretados, regulares y blancos; los labios, pequeños y finos; la barba, negra y rala; el cuello, delgado; la espalda, recta; los brazos, cortos; las manos, delicadas; los dedos, largos; las uñas, salientes; las piernas, delgadas; los pies, pequeños; la piel, suave; era enjuto de carnes; vestía un hábito

[5] Cf. Test 12; CtaCle 12; CtaO 35-36; 1CtaCus 5.

[6] Tomás de Eccleston refiere que San Francisco había predicho el temblor de tierra del 25 de diciembre de 1222 y lo había anunciado a los ciudadanos de Bolonia en una carta «en que había faltas de latín» (*Tractatus de adventu Fratrum Minorum in Angliam* [ed. LITTLE] p.40).

[7] Idénticos adjetivos emplea en 1C 86.

burdo; dormía muy poco y era sumamente generoso. Y como era humildísimo, se mostraba manso con todos los hombres, haciéndose con acierto al modo de ser de todos. El que era el más santo entre los santos, aparecía como uno más entre los pecadores.

Tú, padre santísimo, que amas a los pecadores, ayúdales; y a los que ves miserablemente postrados en la abyección de la culpa, te pedimos, levántalos, misericordiosamente, con tu poderoso valimiento.

CAPÍTULO XXX

El pesebre que preparó el día de Navidad

84. La suprema aspiración de Francisco, su más vivo deseo y su más elevado propósito, era observar en todo y siempre el santo Evangelio [1] y seguir la doctrina de nuestro Señor Jesucristo y sus pasos con suma atención, con todo cuidado, con todo el anhelo de su mente, con todo el fervor de su corazón. En asidua meditación recordaba sus palabras y con agudísima consideración repasaba sus obras. Tenía tan presente en su memoria la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión, que difícilmente quería pensar en otra cosa.

Digno de recuerdo y de celebrarlo con piadosa memoria es lo que hizo tres años antes de su gloriosa muerte, cerca de Greccio, el día de la natividad de nuestro Señor Jesucristo. Vivía en aquella comarca un hombre, de nombre Juan, de buena fama y de mejor tenor de vida, a quien el bienaventurado Francisco amaba con amor singular, pues, siendo de noble familia y muy honorable [2], despreciaba la nobleza de la sangre y aspiraba a la nobleza del espíritu. Unos quince días antes de la navidad del Señor, el bienaventurado Francisco le llamó, como solía hacerlo con frecuencia, y le dijo: «Si quieres que celebremos en Greccio esta fiesta del Señor, date prisa en ir allá y prepara prontamente lo que te voy a indicar. Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos [3] lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno» [4]. En oyendo esto el hombre bueno y fiel, corrió presto y preparó en el lugar señalado cuanto el Santo le había indicado.

85. Llegó el día, día de alegría, de exultación. Se citó a hermanos de muchos lugares; hombres y mujeres de la comarca, re-

[1] Observar el santo Evangelio: es la definición, dada por el mismo San Francisco, de la «regla y vida de los hermanos menores» (1R 1,2; 2R 1,1).

[2] *Honorabilis:* adjetivo que connota también instrucción y cultura. San Buenaventura dice, refiriéndose a ese mismo Juan, que abandonó la carrera de las armas, y parece dar a entender que se hizo terciario; es también él quien precisa que obtuvo del papa la autorización para organizar esta paraliturgia (LM 10,7).

[3] La misma expresión en Adm 1,21.

[4] Cf. DOM GOUGAUD, *La Creche de Noel avant saint Francois d'Assise:* Rev. Sc. Rel 2 (1922) p.26-34.

bosando de gozo, prepararon, según sus posibilidades, cirios y teas para iluminar aquella noche que, con su estrella centelleante, iluminó todos los días y años. Llegó, en fin, el santo de Dios, y, viendo que todas las cosas estaban dispuestas, las contempló y se alegró. Se prepara el pesebre, se trae el heno y se colocan el buey y el asno. Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humildad, y Greccio se convierte en una nueva Belén. La noche resplandece como el día, noche placentera para los hombres y para los animales. Llega la gente, y, ante el nuevo misterio, saborean nuevos gozos. La selva resuena de voces y las rocas responden a los himnos de júbilo. Cantan los hermanos las alabanzas del Señor y toda la noche transcurre entre cantos de alegría. El santo de Dios está de pie ante el pesebre, desbordándose en suspiros, traspasado de piedad, derretido en inefable gozo. Se celebra el rito solemne de la misa sobre el pesebre [5] y el sacerdote goza de singular consolación.

86. El santo de Dios viste los ornamentos de diácono [6], pues lo era, y con voz sonora canta el santo evangelio. Su voz potente y dulce, su voz clara y bien timbrada, invita a todos a los premios supremos. Luego predica al pueblo que asiste, y tanto al hablar del nacimiento del Rey pobre como de la pequeña ciudad de Belén dice palabras que vierten miel. Muchas veces, al querer mencionar a Cristo Jesús, encendido en amor, le dice «el Niño de Bethleem», y, pronunciando «Bethleem» como oveja que bala, su boca se llena de voz; más aún, de tierna afección. Cuando le llamaba «niño de Bethleem» o «Jesús», se pasaba la lengua por los labios como si gustara y saboreara en su paladar la dulzura de estas palabras.

Se multiplicaban allí los dones del Omnipotente; un varón virtuoso [7] tiene una admirable visión. Había un niño que, exánime, estaba recostado en el pesebre; se acerca el santo de Dios y lo despierta como de un sopor de sueño. No carece esta visión de

[5] Como hace notar San Buenaventura, se obtuvo la autorización en Roma (LM 10,7). Entonces era muy raro el privilegio de poder celebrar la misa en altar portátil, es decir, la misa no «parroquial».

[6] Dice Bartolomé de Pisa que Francisco no quiso recibir el sacerdocio por humildad. San Benito, que era diácono, ejerció un gran influjo sobre el *Poverello* (cf. BIHL, en AFH 17 [1924] p.445-47).

El P. Callebaut (*Saint Francois levite:* AFH 20 [1927] p.193-96) compara de forma muy instructiva los textos en que San Francisco emplea la segunda persona para dirigirse a sus hermanos sacerdotes, pero pasa a la primera persona cuando se refiere a obligaciones que comparte el diácono: distribución del cuerpo del Señor, cuidado de los vasos sagrados, respeto a las palabras del evangelio, etc.

A propósito de San Francisco no-sacerdote se refiere una anécdota que nos daría la razón por la que el Santo no quiso ordenarse: un día que Francisco oraba en el convento de Vicalvi (cerca del Monte Casino), «se le apareció un ángel llevando en la mano una ampolla que contenía agua transparente: 'Mira, Francisco —le dijo el ángel—, ¡así ha de ser quien desea dar a los hombres el cuerpo y la sangre de Cristo!' El Santo, en su humildad, pensó que no podría jamás alcanzar tan alta perfección y renunció al sacerdocio» (E. MALE, *Art religieux* IV [París 1951] p.172; cf. también V. FACCHINETTI, *Saint François d'Assise* [Vanves 1926] p.445).

[7] El mismo Juan de Greccio (LM 10,7).

sentido [8], puesto que el niño Jesús, sepultado en el olvido en muchos corazones, resucitó por su gracia, por medio de su siervo Francisco, y su imagen quedó grabada en los corazones enamorados. Terminada la solemne vigilia, todos retornaron a su casa colmados de alegría.

87. Se conserva el heno colocado sobre el pesebre, para que, como el Señor multiplicó su santa misericordia, por su medio se curen jumentos y otros animales. Y así sucedió en efecto: muchos animales de la región circunvecina que sufrían diversas enfermedades, comiendo de este heno, curaron de sus dolencias. Más aún, mujeres con partos largos y dolorosos, colocando encima de ellas un poco de heno, dan a luz felizmente. Y lo mismo acaece con personas de ambos sexos: con tal medio obtienen la curación de diversos males.

El lugar del pesebre fue luego consagrado en templo del Señor [9]: en honor del beatísimo padre Francisco se construyó sobre el pesebre un altar y se dedicó una iglesia, para que, donde en otro tiempo los animales pacieron el pienso de paja, allí coman los hombres de continuo, para salud de su alma y de su cuerpo, la carne del Cordero inmaculado e incontaminado, Jesucristo, Señor nuestro, quien se nos dio a sí mismo con sumo e inefable amor y que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo y es Dios eternamente glorioso por todos los siglos de los siglos. Amén. Aleluya. Aleluya.

PARTE SEGUNDA

Comienza la segunda parte, que trata sólo de dos años de la vida de nuestro beatísimo padre Francisco y de su tránsito feliz

CAPÍTULO I

Tenor de esta segunda parte. Muerte feliz del Santo. Ejemplo de perfección de San Francisco

88. En la primera parte, que, por la gracia del Salvador, hemos llevado a feliz término, hemos descrito, de alguna manera, la vida y los hechos de nuestro beatísimo padre Francisco hasta el

[8] La significación de un hecho encierra tanto valor como su realidad histórica. También para San Buenaventura queda acreditada esta visión por la santidad del testigo y comprobada por los milagros que siguieron.

[9] «Sobre el fondo de esta capilla se ve un hermoso fresco, de autor desconocido, que representa toda la escena que tuvo lugar aquella noche memorable del 24 de diciembre de 1223. El profesor Lanzi afirma que, para la iconografía del belén franciscano, esta pintura constituye un documento de una importancia extraordinaria, y que, desde este punto de vista, su interés es superior al de las representaciones que de esta misma escena nos han dejado Giotto y Benozzo Gozzoli en las iglesias franciscanas de Asís y de Montefalco» (CAVANNA, o.c., p.212).

año dieciocho de su conversión. En esta segunda parte consignaremos con brevedad los demás hechos memorables ocurridos a partir del penúltimo año de su vida según hemos podido saberlos; pero de momento, queremos ceñirnos sólo a lo más importante, dejando que puedan añadir siempre cosas nuevas quienes quieran decirlas.

Nuestro beatísimo padre Francisco, cumplidos los veinte años de su total adhesión a Cristo en el seguimiento de la vida y huellas de los apóstoles y habiendo dado cima perfectamente a lo que había iniciado, salió de la cárcel de la carne y remontó felizmente el vuelo a las mansiones de los espíritus celestiales el año 1226 de la encarnación del Señor, en la indicción decimocuarta, el 4 de octubre, domingo [1], en la ciudad de Asís, lugar de su nacimiento, y cerca de Santa María de la Porciúncula, que fue donde primeramente estableció la Orden de los Hermanos Menores. Su sagrado y santo cuerpo fue colocado entre himnos y cánticos y guardado con todos los honores en esa misma ciudad, y en ella resplandece por sus muchos milagros. Amén.

89. Ya desde su primera juventud había recibido una instrucción deficiente o nula en cuanto a los caminos y conocimiento de Dios. Vivió no poco tiempo cediendo a sus tendencias naturales e impulsado por el hervor de las pasiones. Pero, justificado del pecado por obra de la diestra del Excelso, por gracia y virtud del Altísimo fue colmado de sabiduría divina más que todos sus contemporáneos. Como la doctrina evangélica, salvadas excepciones singulares, dejara mucho que desear en todas partes en cuanto a la conducta de la mayoría, Francisco fue enviado por Dios para dar, a imitación de los apóstoles, testimonio de la verdad a todos los hombres y en todo el mundo [2]. Así, sus enseñanzas pusieron en evidencia que la sabiduría del mundo no era más que necedad, y en poco tiempo, siguiendo a Cristo y por medio de la necedad de la predicación, atrajo a los hombres a la verdadera sabiduría de Dios.

Porque el nuevo evangelista de los últimos tiempos, como uno de los ríos del paraíso [3], inundó el mundo entero con las aguas vivas del Evangelio y con sus obras predicó el camino del Hijo de Dios y la doctrina de la verdad. Y así surgió en él, y por su medio resurgió en toda la tierra, un inesperado fervor y un renacimiento de santidad: el germen de la antigua religión renovó muy pronto a quienes estaban de tiempo atrás decrépitos y acabados. Un espíritu nuevo se infundió sobre los corazones de los elegidos, y se derramó en medio de ellos una saludable unción

[1] «A primeras horas de la noche», precisa el hermano Elías en su carta encíclica enviada a todos los provinciales para comunicarles el fallecimiento del Santo (AF 10 p. 527). Para nosotros, que contamos los días de medianoche a medianoche, San Francisco murió al anochecer del 3 de octubre; fue enterrado al día siguiente, domingo.

[2] Cf. CtaO 9.

[3] Gén 2,10: *De Edén salía un río que regaba el jardín, y desde allí se repartía en cuatro brazos.*

cuando este santo siervo de Cristo, cual lumbrera del cielo, resplandeció de lo alto con novedad de formas y nuevas señales. Ha renovado los antiguos portentos cuando en el desierto de este mundo, con nuevo orden, pero fiel al antiguo, se plantó la viña fructífera, portadora de flores suaves de santas virtudes, que extiende por doquier los sarmientos de la santa religión.

90. Y aunque, como nosotros, era frágil, no se contentó, sin embargo, con el solo cumplimiento de los preceptos comunes, sino que, ardiendo en fervorosísima caridad, emprendió el camino de la perfección cabal, alcanzó la cima de la perfecta santidad y vio el límite de toda consumación. Por eso, las personas de toda clase, sexo y edad encuentran en él enseñanzas claras de doctrina salvífica, así como espléndidos ejemplos de obras de santidad. Si algunos quieren emprender cosas arduas y se esfuerzan aspirando a carismas más elevados de caminos más excelentes, mírense en el espejo de su vida y aprenderán toda perfección. Si otros, por el contrario, temerosos de lanzarse por rutas más difíciles y de escalar la cumbre del monte, aspiran a cosas más humildes y llanas, también éstos encontrarán en él enseñanzas apropiadas. Quienes, en fin, buscan señales y milagros, contemplen su santidad, y conseguirán cuanto pidan.

Y, ciertamente, su vida gloriosa añade una luz más esplendente a la perfección de los primeros santos; lo prueba la pasión de Jesucristo y su cruz lo manifiesta colmadamente. En efecto, el venerable Padre fue marcado con el sello de la pasión y cruz en cinco partes de su cuerpo, como si hubiera estado colgado de la cruz con el Hijo de Dios. Gran sacramento es éste [4], que patentiza la sublimidad de la prerrogativa del amor; pero encierra un arcano designio y un misterio venerando, que creemos es conocido de Dios solamente [5] y en parte revelado por el mismo Santo a cierta persona. Por eso no hay que insistir mucho en sus alabanzas, ya que la alabanza de éste proviene de Aquel que es alabanza de todos, la fuente y el honor distinguidísimo que reparte premios de luz.

Bendiciendo, pues, al Dios santo, verdadero y glorioso, volvamos a la historia.

Capítulo II

El supremo anhelo del bienaventurado Francisco y cómo, abriendo el libro sagrado, descubrió el querer del Señor sobre sí

91. Una vez, el bienaventurado padre Francisco, separándose de la gente que a diario acudía devotísima a oírle y contemplarle, se retiró a un lugar tranquilo, secreto y solitario [1] para darse allí a Dios y sacudir el polvillo que se le pudiera haber pe-

[4] Ef 5,32. [5] Cf. 2C 203.

[1] Se refiere al Alverna, como se verá en el n.94.

gado en el trato con los hombres. Era costumbre suya distribuir el tiempo que le había sido otorgado para merecer la gracia, empleando parte, según lo creía conveniente, en bien del prójimo, y consagrando el resto al gozoso silencio de la contemplación.

Tomó, pues, consigo unos compañeros, muy pocos —los que mejor conocían su santa vida—, para que le protegieran del asedio y molestias de los hombres e, interesándose de su paz, la custodiaran.

Habiendo permanecido allí por algún tiempo y como por la continua oración y frecuente contemplación hubiese conseguido de modo inefable la divina familiaridad, sintió deseos de saber lo que el Rey eterno quería o podía querer de él. Con la mayor diligencia buscaba y con toda devoción anhelaba saber de qué manera, por qué camino y con qué deseo podría llegar a unirse más íntimamente al Señor Dios según el consejo y beneplácito de su voluntad. Esta fue siempre su más alta filosofía, ésta la suprema ilusión que mantuvo viva a lo largo de su vida: ir conociendo de los sencillos y de los sabios, de los perfectos y de los imperfectos, cómo pudiera entrar en el camino de la verdad y llegar a metas más altas.

92. El era, de hecho, perfectísimo entre los perfectos; pero, lejos de reconocerse tal, se consideraba imperfecto del todo. Había gustado y contemplado cuán dulce, suave y bueno es el Dios de Israel para los limpios de corazón, para los que le buscan con simplicidad pura y pureza verdadera.

La dulzura y suavidad infusas, que en raras ocasiones se conceden, y esto a personas muy contadas, y cuya comunicación él había sentido en su interior, le obligaban a desasirse por entero de sí mismo; y, rebosando de un gozo inmenso, aspiraba por todos los medios a llegar con todo su ser allí donde, fuera de sí, en parte ya estaba. Poseído del espíritu de Dios, estaba pronto a sufrir todos los padecimientos del alma, a tolerar todos los tormentos del cuerpo, si al fin se le concedía lo que deseaba: que se cumpliese misericordiosamente en él la voluntad del Padre celestial.

Se llegó un día ante el sagrado altar construido en el eremitorio en que moraba y, tomando el códice que contenía los sagrados evangelios, con toda reverencia lo colocó sobre él. Postrado en la oración de Dios, no menos con el corazón que con el cuerpo, pedía en humilde súplica que el Dios benigno, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, se dignara manifestarle su voluntad. Y para poder consumar perfectamente lo que simple y devotamente antes había comenzado, imploraba con humildad se le mostrase, en la primera apertura del libro, lo que tendría que hacer. Sin duda, era guiado por el espíritu de los varones santos y perfectísimos de quienes se lee que, en su afán de santidad, hicieron cosas semejantes con piadosa devoción [2].

[2] Procedimientos semejantes a éste los encontramos en los apóstoles (Hch 1,24-26), en San Antonio (*Vitae Patrum* I 2: PL 73,127), en San Agustín (*Confesiones* 8,12), en San Martín (SULPICIO SEVERO, *Vita:* PL 20,165), etc. Cf. también 2C 15.

93. Levantóse luego de la oración, con espíritu de humildad y contrito corazón; fortalecióse con la señal de la santa cruz, tomó el libro del altar y lo abrió con reverencia y temor. Lo primero con que dieron sus ojos al abrir el libro fue la pasión de nuestro Señor Jesucristo, y en ésta, el pasaje que anunciaba que había de padecer tribulación. Para que no se pudiera pensar que esto había sucedido por casualidad, abrió el libro por segunda y tercera vez, y dio con el mismo pasaje u otro parecido. Invadido del espíritu de Dios, comprendió que debía entrar en su reino a través de muchas tribulaciones, de muchas angustias y de muchos combates.

No se turba, empero, el fortísimo caballero ante las inminentes batallas, ni decae de ánimo si tiene que combatir las lides del Señor en el campo de este mundo.

No temió sucumbir ante el enemigo quien no había cedido ni ante sí mismo cuando por mucho tiempo había luchado sobre lo que permitían las fuerzas humanas. Era, ciertamente, ferventísimo; y si en siglos pasados hubo quien le emulase en cuanto a propósitos, no ha habido quien le haya superado en cuanto a deseos. Pues sabía mejor realizar cosas perfectas que decirlas: ponía siempre toda su alma no en palabras, que no tienen la virtud de obrar el bien, aunque lo manifiestan, sino en santas obras. Se mantenía firme y alegre, y en su corazón cantaba para sí y para Dios cantos de júbilo. Por eso fue hallado digno de mayor revelación [3] quien supo gozarse en otra revelación mínima, y mucho se le encomendó a quien fue fiel en lo poco [4].

Capítulo III

Visión de un hombre en figura de serafín crucificado

94. Durante su permanencia en el eremitorio que, por el lugar en que está, toma el nombre de Alverna [1], dos años antes de partir para el cielo tuvo Francisco una visión de Dios [2]: vio a un hombre que estaba sobre él; tenía seis alas, las manos extendidas y los pies juntos, y aparecía clavado en una cruz. Dos alas se alzaban sobre su cabeza, otras dos se desplegaban para volar, y con las otras dos cubría todo su cuerpo [3]. Ante esta contemplación, el bienaventurado siervo del Altísimo permanecía absorto en admiración, pero sin llegar a descifrar el significado de la visión. Se

[3] La estigmatización.
[4] Mt 25,21.

[1] En la montaña del Alverna (1.269 m.), en Toscana, diócesis de Arezzo. San Francisco lo recibió como regalo del conde Orlando de Chiusi en 1213.

[2] Tuvo lugar hacia el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz (LM 13,3).

[3] Cf. las visiones de Is 6,2, y, sobre todo, las de Ez 1,5-14.22-25. Cf. el estudio de Octavianus a Rieden, *De s. Francisci Assisiensis stigmatum susceptione:* Coll. Franc. 33(1963) p.210-66.392-422; 34(1964) p.5-62.241-338.

sentía envuelto en la mirada benigna y benévola de aquel serafín de inestimable belleza; esto le producía un gozo inmenso y una alegría fogosa; pero al mismo tiempo le aterraba sobremanera el verlo clavado en la cruz y la acerbidad de su pasión. Se levantó, por así decirlo, triste y alegre a un tiempo, alternándose en él sentimientos de fruición y pesadumbre. Cavilaba con interés sobre el alcance de la visión, y su espíritu estaba muy acongojado, queriendo averiguar su sentido. Mas, no sacando nada en claro y cuando su corazón se sentía más preocupado por la novedad de la visión, comenzaron a aparecer en sus manos y en sus pies las señales de los clavos, al modo que poco antes los había visto en el hombre crucificado que estaba sobre sí.

95. Las manos y los pies se veían atravesados en su mismo centro por clavos, cuyas cabezas sobresalían en la palma de las manos y en el empeine de los pies y cuyas puntas aparecían a la parte opuesta. Estas señales eran redondas en la palma de la mano y alargadas en el dorso; se veía una carnosidad, como si fuera la punta de los clavos retorcida y remachada, que sobresalía del resto de la carne. De igual modo estaban grabadas estas señales de los clavos en los pies, de forma que destacaban del resto de la carne. Y en el costado derecho, que parecía atravesado por una lanza, tenía una cicatriz que muchas veces manaba, de suerte que túnica y calzones quedaban enrojecidos con aquella sangre bendita.

¡Cuán pocos fueron los que, en vida del siervo crucificado del Señor crucificado, merecieron contemplar la sagrada herida del costado! Pero afortunado Elías, que de alguna manera pudo verla mientras vivía el Santo [4]; y no menos feliz Rufino, que la tocó con sus manos: en cierta ocasión metió éste la mano en el seno del santísimo varón para darle friegas; se le deslizó la mano, como muchas veces acaece, hacia el lado derecho, y llegó a tocarle la preciosa cicatriz. Este contacto produjo al santo de Dios tan agudo dolor, que, apartando la mano, pidió que el Señor se lo perdonara.

Con tal industria ocultaba esto a las miradas de los extraños y tan recatadamente lo velaba a los más allegados, que los hermanos que estaban a su lado y sus más fervientes seguidores, lo ignoraron por mucho tiempo. Y, aunque este siervo y amigo del Altísimo se veía engalanado de tantas y tales margaritas cual preciosas gemas, y más adornado de gloria y honor que todos los hombres, no obstante, su corazón no se envaneció ni buscó complacer a nadie para satisfacer deseos de vanagloria; antes bien, para evitar que el favor humano le robara la gracia donada [5], se esforzaba en ocultarlo por cuantos modos podía [6].

96. No solía revelar a nadie —si no es a alguno que otro— aquel importante secreto; temía que los predilectos, a título de

[4] Véase en 2C 138 la estratagema a que recurrió.
[5] Adm 28.
[6] 2C 135.

particular afecto, como ocurre muy a menudo, lo revelaran, y tuviera él que padecer algún menoscabo en la gracia que le había sido concedida. Conservaba siempre en su corazón, y con frecuencia lo tenía en sus labios, el dicho del profeta: *He escondido en mi corazón tus palabras con el fin de no pecar delante de ti* [7]. Para los casos en que, habiendo recibido a personas del mundo, quería cortar la conversación con éstas, había dado a los hermanos e hijos que con él moraban la consigna de que recitaría dicho versículo con la intención de que ellos manifestaran en seguida con toda cortesía a los visitantes que podían retirarse. Pues tenía la experiencia de que es un gran mal comunicar todo a todos y sabía que no puede ser hombre espiritual quien no tiene más secretos ni secretos más importantes que los que se reflejan en el rostro y que por lo que exteriorizan pueden ser juzgados en todas partes por los hombres. De hecho, había dado con algunos que, simulando estar de acuerdo, disentían interiormente; con quienes le aplaudían por delante y se burlaban a sus espaldas; con otros que, juzgando los hechos, habían difundido entre personas sencillas y buenas suspicacias respecto de él. Muchas veces la malicia trata de denigrar a la pureza, y, por ser familiar a muchos la mentira, no llega a darse crédito a la verdad de unos pocos.

Capítulo IV

Fervor del bienaventurado Francisco y la enfermedad de sus ojos

97. Por este mismo tiempo comenzó su cuerpo a sentirse atacado de varias dolencias, y con más vehemencia que de ordinario hasta entonces. Ciertamente, sus enfermedades eran frecuentes, como quiera que había castigado tanto a su cuerpo y lo había reducido a servidumbre hacía tantos años. A lo largo de dieciocho años ya cumplidos, rara vez, por no decir nunca, había dado descanso a su carne, recorriendo varias y muy dilatadas regiones con el fin de que aquel espíritu devoto, aquel espíritu ferviente que la habitaba, esparciera por doquier la semilla de la palabra de Dios. Difundía el Evangelio por toda la tierra; muchas veces en un solo día recorría cuatro o cinco castillos y aun pueblos, anunciando a todos el reino de Dios y edificando a los oyentes no menos con su ejemplo que con su palabra, pues había convertido en lengua todo su cuerpo [1].

Tal era la concordia entre carne y espíritu, tanta la obediencia, que, cuando el espíritu se esforzaba por alcanzar la santidad, la carne no sólo no oponía resistencia, sino que se empeñaba en adelantarse, según lo que está escrito: *Sedienta está mi alma; mi*

[7] Sal 118,11.

[1] Cf. M. Bihl, *De sancto Francisco praedicante ita ut de toto corpore faceret linguam:* AFH 20 (1927) p.196-99.

alma languidece en pos de ti [2]. El esfuerzo permanente de sumisión había hecho que la sujeción le resultara espontánea y a través de una docilidad continua había alcanzado el señorío de la virtud; es de saber que los hábitos engendran muchas veces naturaleza.

98. Mas como, por ley de la naturaleza y de la humana condición, el hombre exterior necesariamente se va consumiendo día a día, aunque el interior se vaya renovando, aquel preciosísimo vaso que contenía el tesoro celestial comenzó a quebrarse por todas partes y a sentirse falto de fuerzas. A la verdad que, cuando el hombre se acaba, es entonces cuando comienza y cuando llega a su término, entonces inicia su trabajo [3]. Por eso, a medida que el cuerpo iba perdiendo sus fuerzas, iba fortaleciéndose el espíritu. Deseaba en tanto grado la salvación de las almas y era tal la sed que sentía por el bien del prójimo que, no pudiendo caminar a pie, recorría los poblados montado en borriquillo.

Los hermanos le aconsejaban frecuentemente e insistentemente le rogaban que tratara de restablecer, con la ayuda de los médicos, su cuerpo, enfermo y debilitado en extremo. El, empero, hombre de noble espíritu, dirigido siempre al cielo, que no ansiaba otra cosa que morir y estar con Cristo [4], se negaba en redondo a tal plan. Y como no había cumplido en su carne lo que faltaba a la pasión de Cristo, aunque llevase en su cuerpo las llagas, le acometió una gravísima enfermedad de ojos al tiempo que Dios multiplicaba sobre él su misericordia. El mal iba creciendo de día en día, y, al parecer, la falta de cuidado lo agravaba. Por fin, el hermano Elías, a quien había escogido para sí como madre [5], y para los demás hermanos como padre [6], le indujo a que no rechazara la medicina, sino que la aceptara en el nombre del Hijo de Dios, por quien fue creada, según está escrito: *El Altísimo creó en la tierra la medicina, y el varón prudente no la desechará* [7]. El santo Padre asintió amablemente, y con toda humildad se sometió a quien se lo aconsejaba.

Capítulo V

Cómo fue recibido por el cardenal Hugolino, obispo de Ostia, en la ciudad de Rieti y cómo el Santo le predijo que llegaría a ser obispo de todo el mundo

99. Al no dar con un remedio eficaz entre los muchos que se le habían aplicado, marchó a la ciudad de Rieti, en la que residía,

[2] Sal 62,2.
[3] Eclo 18,6.
[4] Flp 1,23.
[5] Es decir, guardián, según el reglamento de la vida de los eremitorios. Cf. REr 8-10.
[6] Es decir, le había constituido vicario suyo para todos los hermanos; cf. Test 27.
[7] Eclo 38,4. Una vez más, hay que destacarlo, un versículo de la Escritura influye en una decisión de Francisco.

según decían, un gran especialista en dicha enfermedad. Al llegar a la ciudad, la curia romana, que moraba allí por aquellos días [1], le tributó un cálido recibimiento con todos los honores; se distinguió en la acogida el señor Hugolino, obispo de Ostia, destacado por la integridad de costumbres y santidad de vida [2]. Con el consentimiento y por voluntad del señor papa Honorio, el bienaventurado Francisco lo había escogido como padre y señor de toda la Religión y Orden de sus hermanos; lo recomendaba su gran interés por la bendita pobreza y su mucha estima de la santa simplicidad. Este gran señor se acomodaba a la vida de los hermanos; y, deseoso de santidad, era simple con los simples; con los humildes, humilde, y pobre con los pobres. Era un hermano entre los hermanos; entre los menores, mínimo, y, en cuanto le era permitido, se esforzaba en llevar la misma vida y costumbres como uno más entre ellos. Estaba empeñado en propagar por todas partes la sagrada Religión, y contribuyó muy mucho a la difusión de la Orden en tierras remotas la esclarecida fama de su distinguida vida.

El Señor le había adornado de docta palabra; con ella confundía a los adversarios de la verdad, refutaba a los enemigos de la cruz de Cristo, atraía a los extraviados al buen camino, pacificaba a los discordes, y a los concordes los unía más estrechamente en el vínculo de la caridad. En la Iglesia de Dios era lámpara que arde y luce y saeta elegida preparada para el tiempo oportuno. ¡Oh, cuántas veces, depuestas las ricas vestiduras, vestido con otras más humildes, con los pies descalzos, caminaba como uno más de los hermanos en busca de cuanto sirve a la paz! Siempre que era necesario trataba con solicitud de establecerla, ya entre un hombre y su prójimo, ya entre Dios y el hombre. Por todo ello lo eligió Dios poco después para pastor de toda su santa Iglesia y lo exaltó entre todos los pueblos.

100. Y que esto sucediese por inspiración divina y por voluntad de Jesucristo, lo prueba el hecho de que el bienaventurado Francisco, mucho tiempo antes, lo anunció de palabra y lo ratificó con los hechos. Cuando la Orden y Religión de los hermanos comenzaba ya a dilatarse mucho por obra de la divina gracia y, cual cedro en el paraíso de Dios [3], alcanzaba en los cielos el ápice en santos méritos y, como viña escogida, extendía sus sagrados sarmientos por toda la tierra, San Francisco se presentó ante el señor papa Honorio, en aquel entonces cabeza de la Iglesia romana, suplicandole con toda humildad que nombrara al señor

[1] Honorio III y la curia habían sido echados de Roma por una sedición popular. Es posible que el especialista en cuestión formara parte del grupo de los médicos pontificios

[2] Con el nombre de Gregorio IX, Hugolino gobernaba la Iglesia un año antes de que Celano escribiera esta frase halagadora, pero en gran parte merecida. Se sabe incluso cómo servía y cuidaba con sus propias manos a un leproso en su palacio (SAN BUENAVENTURA, *Serm.2 de S. Francisco:* Opera omnia 9 p.577).

[3] Habría que leer la magnífica alegoría del cedro (Ez 31,9), a la que Celano alude, para percibir toda la carga afectiva, poética y religiosa que lleva una simple alusión bíblica. Todo el contexto del profeta da a estas dos palabras un inmenso poder evocador.

Hugolino, obispo de Ostia, padre y señor suyo y de todos sus hermanos. Accedió el señor papa a las preces del Santo, y, condescendiendo benignamente, delegó en él toda su potestad sobre la Orden. Hugolino la recibió con reverencia y devoción, y, cual siervo fiel y prudente al frente de la familia del Señor, se esforzó por todos los medios en servir oportunamente el alimento de la vida eterna a cuantos tenía a su cuidado. Por este motivo, el santo Padre se sometía a él en todo y le veneraba con admirable y reverente afecto.

Conducido por el espíritu de Dios, del que estaba pleno, intuía con mucho tiempo de antelación lo que luego había de ocurrir públicamente. Cuantas veces quería escribirle, ya por motivo de su Religión, ya, más frecuentemente, por el ardiente amor de Cristo que le profesaba, no se resignaba en sus cartas a llamarlo obispo ostiense o veletrense [4], como lo hacían otros en sus saludos, sino que escribía así: «Al reverendísimo padre (o: Al señor Hugolino), obispo de todo el orbe». Frecuentemente, también lo saludaba con bendiciones extrañas, y, si bien se mostraba hijo por su devota sumisión, a veces, por inspiración del Espíritu Santo, lo consolaba con palabras de padre, *para reforzar las bendiciones de los padres hasta que llegase el deseado de los collados eternos* [5].

101. Este prelado sentía un amor extraordinario para con el Santo; cuanto el bienaventurado varón decía o hacía [6], lo encontraba bien, y con sólo su presencia se sentía muchas veces conmovido. Confesaba él mismo que, por muy perturbado o agitado de ánimo que estuviera, bastaba la presencia y el diálogo con San Francisco para disipar toda oscuridad en la mente y devolverle la serenidad, para ahuyentar toda tristeza y recuperar el gozo espiritual. Le servía al bienaventurado Francisco como siervo a su señor, y cuantas veces lo veía le mostraba reverencia, como a un apóstol de Cristo, e, inclinandose exterior e interiormente, a menudo le besaba las manos con sus labios sagrados.

Solícito y devoto se cuidaba de cómo el bienaventurado Padre podría recuperar la perdida salud de la vista, pues le reconocía santo y justo y en extremo necesario y útil para la Iglesia de Dios. A causa de Francisco se compadecía de toda la congregación de los hermanos, y en la persona del padre se apiadaba de los hijos. Por tanto, animaba al santo Padre a cuidarse y a no rechazar lo que necesitaba por la enfermedad, porque su negligencia podría ser juzgada pecado y no mérito. San Francisco observaba humildemente cuanto le venía ordenado por tan reverendo señor y carísimo padre, y en adelante se comportaba con más prudencia, y con mayor seguridad tomaba lo que era necesario para su curación. Mas en tal forma había penetrado el mal, que para remediarlo en algo se precisaba contar con un especialista extraordinario y echar mano de procedimientos dolorosísimos. De hecho su-

[4] Hugolino era obispo de estas dos diócesis a la vez.
[5] Gén 49,26.
[6] Salvo el viaje a Francia, como queda dicho en el n.75.

frió cauterios en varias partes de la cabeza, le sajaron las venas, le pusieron emplastos, le inyectaron colirios; en lugar de proporcionarle alivio, estas intervenciones le perjudicaban casi siempre.

Capítulo VI

Virtudes de los hermanos que servían a San Francisco y cómo quería que fuesen todos los hermanos

102. A lo largo de casi dos años soportó estos dolores con mucha paciencia y humildad, dando gracias a Dios en todo. A fin de poder dedicarse más libremente a Dios y en sus frecuentes éxtasis recorrer las mansiones celestiales y penetrar en ellas y poder también, por la abundancia de la gracia, comparecer ante el dulcísimo y serenísimo Señor de todo, confió el cuidado de su perna a algunos hermanos que le merecían un amor singular. Eran éstos hombres de virtud, devotos para con Dios, agraciados ante los santos y queridos de los hombres; como casa sobre cuatro columnas, descansaba sobre ellos el bienaventurado Francisco. En gracia a la modestia, que, cual corresponde a hombres espirituales, les era muy familiar, silencio ahora sus nombres. La modestia es el ornato de toda edad, testimonio de inocencia, indicio de espíritu pudoroso, control del comportamiento, gloria especial de la conciencia, custodia del buen nombre y divisa de toda honestidad. Esta virtud era su adorno, y ella los hacía amables y benévolos ante los hombres; era gracia que poseían todos; pero, a su vez, cada uno destacaba por su virtud personal. Era uno de muy distinguida discreción; otro mostraba singular paciencia; un tercero resplandecía por su simplicidad llamativa; el último era fornido de cuerpo y sereno y pacífico de espíritu [1]. Estos, con toda vigilancia, con el mayor interés, con toda su voluntad, velaban por el descanso espiritual del bienaventurado Padre y atendían a la debilidad de su cuerpo, sin recusar molestias o trabajos, consagrados por entero al servicio del Santo.

103. Y aunque el glorioso Padre estuviese ya consumado en gracia ante Dios y resplandeciese en santas obras entre los hombres del siglo, sin embargo, estaba siempre pensando en emprender cosas más perfectas, y, como peritísimo caballero en las milicias de Dios, desafiaba al adversario para reñir con él nuevas peleas. Se proponía llevar a cabo grandes proezas bajo la jefatura de Cristo, y, a pesar de irse descomponiendo sus miembros y muerto ya su cuerpo, esperaba que con una nueva batalla había de conseguir el triunfo sobre el enemigo. Es que la virtud no conoce el límite del tiempo, porque espera un premio eterno. Ardía por esto en deseos vehementes de poder volver a aquellos comienzos de humildad, y, gozoso en la esperanza por la inmensidad de su

[1] Según la tradición, estos cuatro hermanos serían, respectivamente, Angel Tancredi (cf. *1C 109*), Bernardo de Quintavalle, León y Rufino (o Juan de Lodi).

mor, cavilaba en reducir su cuerpo, ya extenuado, a la antigua servidumbre.

Alejaba de sí con la mayor decisión los estorbos de todos los afanes y ahogaba totalmente el estrépito de todas las preocupaciones. Y cuando por la enfermedad se veía precisado a mitigar el primitivo rigor, solía decir: «Comencemos, hermanos, a servir al Señor Dios, pues escaso es o poco lo que hasta ahora hemos adelantado». No pensaba haber llegado aún a la meta [2], y, permaneciendo firme en el propósito de santa renovación, estaba siempre dispuesto a comenzar nuevamente. Le hubiera gustado volver a servir a los leprosos y padecer desprecios, como en tiempos pasados. Le apetecía apartarse de las relaciones con los hombres y marchar a lugares muy retirados, para que, libre de todo cuidado y abandonada toda preocupación por los demás, no hubiera otro muro que le separara de Dios sino el de su propia carne.

104. Se daba cuenta de que muchos ambicionaban puestos de magisterio, y, detestando la temeridad de los tales, se empeñaba en apartarlos de semejante peste con su ejemplo. Solía decir que es cosa buena y agradable a Dios cuidar de los demás, y añadía que conviene que asuman la responsabilidad de las almas quienes en esto nada buscan para sí y están siempre y en todo pendientes de la divina voluntad; quienes nada anteponen a su propia salud espiritual y no fijan la atención en los aplausos de los súbditos, sino en su provecho; quienes no anhelan el honor humano, sino la gloria ante Dios; quienes no aspiran a la prelatura, antes bien la temen; quienes, teniéndola, no se encumbran, más bien se humillan, y, privados de ella, no se abaten, sino se sienten honrados [3].

Y decía que, particularmente en nuestros días, en los que creció la malicia y sobreabundó la iniquidad, era peligroso gobernar, y, por el contrario, era más útil ser gobernado. Dolíase de que algunos hubieran abandonado sus primeras obras y por nuevos descubrimientos hubiesen olvidado la primitiva simplicidad. Por eso se lamentaba de los que, habiendo aspirado tiempo atrás con toda su alma a cosas más elevadas, hubieran decaído hasta las más bajas y viles, y, abandonados los auténticos goces del alma, anduvieran vagando, entre frivolidades y vanidades, en el campo de una vacía libertad. Pedía, pues, a la divina clemencia por la liberación de sus hijos y le suplicaba devotísimamente que los conservara en la gracia que les había sido regalada.

[2] Celano alude a la metáfora paulina de quien corre en el estadio (1 Cor 9,24).
[3] Cf. Adm 4 y 19; 1R 17.

Capítulo VII

Cómo regresó de Siena a Asís. Encomio de la iglesia de Santa María de la Porciúncula. Bendición a todos los hermanos

105. Seis meses antes del día de su muerte, hallándose en Siena para poner remedio a la enfermedad de los ojos, comenzó a agravarse en todo su cuerpo: su estómago, deshecho por larga enfermedad, más la hepatitis y los fuertes vómitos de sangre, hacían pensar en la proximidad de la muerte. Al tener conocimiento de esto el hermano Elías, que se hallaba distante, púsose inmediatamente en camino. Con su venida, el santo Padre mejoró de tal forma, que, dejando Siena, marchó con él a Celle de Cortona. Estando aquí por algún tiempo, comenzó a hinchársele el vientre; la hinchazón se extendió a piernas y pies, y el estómago se le fue debilitando tanto, que apenas podía tomar alimento [1]. Rogó más tarde al hermano Elías que lo trasladase a Asís. El buen hijo hizo lo que el amoroso Padre le mandó, y, dispuesto todo lo necesario, lo llevó al lugar deseado. Se alegró la ciudad a la llegada del bienaventurado Padre y toda lengua loaba a Dios; el pueblo todo esperaba que presto había de morir el santo de Dios, y ésta era la causa de tan desbordante alegría.

106. Y por divino querer acaeció que aquella santa alma, desligada de la carne, pasara al reino de los cielos desde el lugar en que, todavía en vida, tuvo el primer conocimiento de las cosas sobrenaturales y le fue infundida la unción de la salvación. Pues, aunque sabía que en todo rincón de la tierra se encuentra el reino de los cielos y creía que en todo lugar se otorga la gracia divina a los elegidos de Dios, él había experimentado que el lugar de la iglesia de Santa María de la Porciúncula estaba henchido de gracia más abundante y que lo visitaban con frecuencia los espíritus celestiales. Por eso solía decir muchas veces a los hermanos: «Mirad, hijos míos, que nunca abandonéis este lugar. Si os expulsan por un lado, volved a entrar por el otro, porque este lugar es

[1] Luciano Canonici intenta hacer un recuento de las enfermedades que San Francisco padeció durante su vida. «Se alude a ellas en diversos lugares de las fuentes franciscanas. Las resumimos. La primera y la más conocida: oftalmía, degenerada en glaucoma secundario, contraída, probablemente, en Oriente. Hay quien habla de un nacimiento laborioso, en un parto difícil, después de una esterilidad primaria de siete años por parte de su madre Pica. Existen testimonios de la grave enfermedad que sufrió los años 1204-1205 después de la prisión en Perusa. En 1212, la malaria le impidió partir para Oriente y luego para España. En 1213, una faringelaringitis aguda le privó por algún tiempo del habla. En diversos lugares encontramos alusiones a enfermedades de estómago, de hígado y de bazo; se habla de hidropesía, de úlcera gástrica, de tumor al estómago. Añádase a todo esto la natural debilidad de su cuerpo, y ténganse en cuenta los muchos viajes, la precariedad de los alojamientos, la insuficiencia de los vestidos, la escasez del alimento, las cuaresmas continuas. En 1224, las llagas le supusieron enfermedades constantes y pérdida de sangre» (SAN BUENAVENTURA, *Vita di san Francesco d'Assisi* [Porziuncola 1974] p.192 n.1). El quirurgo Sante Cincarelli ha realizado un serio y detallado estudio de las enfermedades de San Francisco, y dice que la crisis final fue determinada, sobre todo, por la desnutrición (*Francesco di Pietro Bernardone malato e santo*, Firenze 1972).

verdaderamente santo y morada de Dios. Fue aquí donde, siendo todavía pocos, nos multiplicó el Altísimo; aquí iluminó el corazón de sus pobres con la luz de su sabiduría; aquí encendió nuestras voluntades en el fuego de su amor. Aquí el que ore con corazón devoto obtendrá lo que pida y el que profane este lugar será castigado con mucho rigor. Por tanto, hijos míos, mantened muy digno de todo honor este lugar en que habita Dios y cantad al Señor de todo corazón con voces de júbilo y alabanza».

107. A medida que se agravaba la enfermedad, iba languideciendo la fuerza corporal; y, carente ya de energías, no podía moverse en forma alguna. A un hermano que le preguntó si toleraba más a gusto esta larga y continua enfermedad que un violento martirio de mano de un verdugo cualquiera, le respondió: «Hijo mío, para mí lo más querido, lo más dulce, lo más grato, ha sido siempre, y ahora lo es, que se haga en mí y de mí lo que sea más del agrado de Dios. Sólo deseo estar en todo de acuerdo con su voluntad y obedecer a ella. Pero el sufrir tan sólo tres días esta enfermedad me resulta más duro que cualquier martirio. Lo digo no en atención al premio, sino a las molestias que trae consigo».

¡Oh mártir! Mártir que toleraba sonriente y lleno de gozo aquello que sólo verlo resultaba dolorosísimo y penosísimo a todos. No había quedado en él miembro que no sufriera intensamente [2]; y, perdiendo poco a poco el calor natural, día a día se iba avecinando el final. Los médicos se quedaban estupefactos y los hermanos maravillados de cómo un espíritu podía vivir en carne tan muerta, pues, consumida la carne, le restaba sólo la piel adherida a los huesos.

108. Al notar que era ya inminente el último día —de esto estaba advertido por revelación divina desde hacía dos años—, llamó a los hermanos que él quiso y bendijo a cada uno según le venía inspirado del cielo, como, tiempos atrás, el patriarca Jacob a sus hijos [3]; o mejor si se quiere, como otro Moisés, que, antes de subir al monte que le mostrara el Señor, colmó de bendiciones a los hijos de Israel [4]. Le rodeaban los hermanos; como el hermano Elías estaba a su izquierda, cruzó las manos [5] y puso la derecha sobre su cabeza; al estar privado de la luz de los ojos corporales, preguntó: «¿Sobre quién tengo mi mano derecha?» «Sobre el hermano Elías», le respondieron. «Sí, eso es lo que quiero», dijo. Y continuó: «A ti, hijo mío, te bendigo en todo y por todo. Y como bajo tu dirección el Altísimo ha multiplicado mis hermanos e hijos, así sobre ti y en ti los bendigo a todos. En el cielo y en la tierra te bendiga Dios, Rey de todo el universo. Te bendigo cuanto puedo y más de lo que yo puedo; y lo que yo no puedo, hágalo en ti quien todo lo puede. Acuérdese Dios de tus obras y

[2] Cf. la carta encíclica del hermano Elías anunciando la muerte de Francisco (AF 10 p.527).

[3] Gén 49,1-27.

[4] Dt 33,1.

[5] Como Jacob en el pasaje del Génesis al que acaba de hacerse alusión.

trabajos y en la retribución de los justos sea conservada tu herencia. Que halles toda bendición que deseas y que te sea concedido cuanto pides dignamente [6]. Adiós, hijos míos, vivid en el temor de Dios y permaneced siempre en él, porque vendrá sobre vosotros una terrible tentación y la tribulación está cerca. Dichosos los que perseveren en las obras que comenzaron; mas algunos las abandonarán por los escándalos que van a suceder. Yo me apresuro a ir al Señor, y confío en llegar a mi Dios, a quien con devoción he servido en mi espíritu».

Estaba entonces viviendo en el palacio del obispo de Asís [7], y por esto rogó a los hermanos que cuanto antes lo trasladaran a Santa María de la Porciúncula, pues deseaba entregar su alma a Dios donde, como se ha dicho, conoció claramente por primera vez el camino de la verdad.

Capítulo VIII

Lo que hizo y dijo en su preciosa muerte

109. Habían transcurrido ya veinte años desde su conversión. Quedaba así cumplido lo que por voluntad de Dios le había sido manifestado. En efecto, el bienaventurado Padre y el hermano Elías moraban en cierta ocasión en Foligno; una noche, mientras dormían, se apareció al hermano Elías un sacerdote vestido de blanco, de edad avanzada y de aspecto venerable, y le dijo: «Levántate, hermano, y di al hermano Francisco que se han cumplido dieciocho años desde que renunció al mundo y se unió a Cristo; que a partir de hoy le quedan todavía dos años en esta vida, y que, pasados éstos, le llamará el Señor a sí y entrará por el camino de todo mortal». Y sucedió que, terminado el plazo que mucho antes había sido fijado, se cumplió la palabra del Señor.

Había descansado ya unos pocos días en aquel lugar, para él tan querido; conociendo que la muerte estaba muy cercana, llamó a dos hermanos e hijos suyos preferidos [1] y les mandó que, espiritualmente gozosos, cantaran en alta voz las alabanzas del Señor [2] por la muerte que se avecinaba, o más bien, por la vida que era tan inminente. Y él entonó con la fuerza que pudo aquel salmo de David: *Con mi voz clame al Señor, con mi voz imploré piedad del Señor* [3]. Entre los presentes había un hermano a quien el Santo

[6] La misma escena y la misma bendición son relatadas en 2C 216; pero en este pasaje se silenciará el nombre del hermano Elías, ya apóstata. Cf. E. D'ALENÇON. *La bénédiction de saint François mourant a frère Elie:* EF 9 p.240-45 y FALOCI-PULIGNANI, *L'ultima benedizione di San Francesco:* MF 9 p.107.

[7] Para librar al Santo de todo intento de rapto. La Porciúncula, en descampado, no tenía apenas defensa.

[1] Angel Tancredi y León. Cf. *Legenda choralis umbra* 5: AF 10 p.545.

[2] Se trata del *Cántico de las criaturas,* que Francisco coronó con la célebre estrofa: «Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal» (LP 100).

[3] Sal 141.

amaba con un afecto muy distinguido [4]; era él muy solícito de todos los hermanos; viendo este hecho y sabedor del próximo desenlace de la vida del Santo, le dijo: «¡Padre bondadoso, mira que los hijos quedan ya sin padre y se ven privados de la verdadera luz de sus ojos! Acuérdate de los huérfanos que abandonas y, perdonadas todas sus culpas, alegra con tu santa bendición tanto a los presentes cuanto a los ausentes».

«Hijo mío —respondió el Santo—, Dios me llama. A mis hermanos, tanto a los ausentes como a los presentes, les perdono todas las ofensas y culpas y, en cuanto yo puedo, los absuelvo; cuando les comuniques estas cosas, bendícelos a todos en mi nombre».

110. Mandó luego que le trajesen el códice de los evangelios y pidió que se le leyera el evangelio de San Juan desde aquellas palabras: *Seis días antes de la Pascua, sabiendo Jesús que le era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre...* [5]. Era el mismo texto evangélico que el ministro había preparado para leérselo antes de haber recibido mandato alguno; fue también el que salió al abrir por primera vez el libro, siendo así que dicho volumen, del que tenía que leer el evangelio, contenía la Biblia íntegra [6]. Ordenó luego que le pusieran un cilicio y que esparcieran ceniza sobre él, ya que dentro de poco sería tierra y ceniza.

Estando reunidos muchos hermanos, de los que él era padre y guía, y aguardando todos reverentes el feliz desenlace y la consumación dichosa de la vida del Santo, se desprendió de la carne aquella alma santísima, y, sumergida en un abismo de luz, el cuerpo se durmió en el Señor. Uno de sus hermanos y discípulos —bien conocido por su fama y cuyo nombre opino se ha de callar, pues, viviendo aún entre nosotros, no quiere gloriarse de tan singular gracia— vio cómo el alma del santísimo Padre subía entre muchas aguas derecha al cielo [7]. Era como una estrella, parecida en tamaño a la luna, fúlgida como el sol, llevada en una blanca nubecilla.

111. Justamente por todo esto, podemos exclamar: ¡Oh cuán glorioso es este Santo, cuya alma vio un discípulo subir al cielo! ¡Bella como la luna, resplandeciente como el sol, que fulguraba de gloria mientras ascendía en una blanca nube! ¡Luz del mundo que en la Iglesia de Cristo iluminas más que el sol! ¡Nos has substraído los rayos de tu luz y has pasado a aquella patria esplendente donde, en lugar de nuestra pobre compañía, tienes la de

[4] El hermano Elías, como lo prueban la alusión a su solicitud por los hermanos (Celano no desaprovecha la ocasión de hacer un cumplido), la mención de su presciencia de la muerte del Santo y, por fin, las mismas palabras que se le atribuyen, citando la carta encíclica del ministro general.

[5] Celano une dos textos: la primera parte es de Jn 12,1 y la segunda está tomada de Jn 13,1.

[6] Sobre el sentido de la palabra *bibliotheca* del texto, cf. DE CHELLINCK, *En marge des catalogues des bibliotheques médiévales:* Mélanges Ehrle 5 (1924) V p.339.

[7] Según Bernardo de Bessa, se trata del «hermano Jacobo de Asís, que vio cómo subía al cielo el alma de nuestro santo padre cual si fuera una estrella tan esplendente como el sol» (*Liber de laudibus:* AF 3 p.668).

los ángeles y los santos! ¡Oh sustento glorioso digno de toda alabanza, no te desentiendas del cuidado de tus hijos aunque te veas ya despojado de su carne! Tú sabes, y bien que lo sabes, en qué peligros has dejado a los que sola tu dichosa presencia aliviaba siempre misericordiosamente en sus innumerables fatigas y frecuentes angustias. ¡Oh Padre santísimo, lleno de compasión, siempre pronto a la misericordia y a perdonar los extravíos de tus hijos! A ti, Padre dignísimo, te bendecimos; a ti, a quien bendijo el Altísimo, que es siempre Dios bendito sobre todas las cosas. Amén.

CAPÍTULO IX

Llanto y gozo de los hermanos al contemplar en él las señales de la cruz. Las alas del serafín

112. Conocido esto, se congregó una gran muchedumbre, que bendecía a Dios, diciendo: «¡Loado y bendito seas tú, Señor Dios nuestro, que nos has confiado a nosotros, indignos, tan precioso depósito! [1] ¡Gloria y alabanza a ti, Trinidad inefable!» La ciudad de Asís fue llegando por grupos, y los habitantes de toda la región corrieron a contemplar las maravillas divinas que el Dios de la majestad había obrado en su santo siervo. Cada cual cantaba su canto de júbilo según se lo inspiraba el gozo de su corazón y todos bendecían la omnipotencia del Salvador por haber dado cumplimiento a su deseo. Mas los hijos se lamentaban de la pérdida de tan gran padre, y con lagrimas y suspiros expresaban el íntimo afecto de su corazón.

No obstante, un gozo inexplicable templaba esta tristeza, y lo singular del milagro los había llenado de estupor. El luto se convirtió en cántico, y el llanto en júbilo [2]. No habían oído ni jamás habían leído en las Escrituras lo que ahora estaba patente a los ojos de todos; y difícilmente se hubiera podido persuadir de ello a nadie de no tener pruebas tan evidentes. Podía, en efecto, apreciarse en él una reproducción de la cruz y pasión del Cordero inmaculado que lavó los crímenes del mundo; cual si todavía recientemente hubiera sido bajado de la cruz, ostentaba las manos y pies traspasados por los clavos, y el costado derecho como atravesado por una lanza.

Además contemplaban su carne, antes morena, ahora resplandeciente de blancura; su hermosura venía a ser garantía del

[1] Se refiere al cuerpo del Santo. La Edad Media practicaba un culto exagerado a las reliquias, este mismo año (1226), los habitantes de Bettona habían llegado a Asís a hurtar el cuerpo de San Crispolto (supuesto discípulo de San Pedro y que habría evangelizado la Umbría después del año 50). Es conocido el descuartizamiento a que fueron sometidos, inmediatamente después, San Luis, rey de Francia, y Santa Isabel de Portugal.

[2] Todo el desarrollo, en su fondo y en su forma, está de nuevo inspirado en la carta encíclica del hermano Elías.

premio de la feliz resurrección. Su rostro era como rostro de ángel, como de quien vive y no de quien está muerto; los demás miembros quedaron blandos y frescos como los de un niño inocente. No se contrajeron los nervios, como sucede con los cadáveres, ni se endureció la piel; no quedaron rígidos los miembros, sino que, flexibles, permitían cualquier movimiento.

113. A la vista de todos resplandecía tan maravillosa belleza; su carne se había vuelto más blanca [3]; pero era sorprendente contemplar, en el centro de manos y pies, no vestigios de clavos, sino los clavos *mismos*, que, *hechos de su propia carne*, presentaban el color oscuro del hierro, y el costado derecho tinto en sangre. Estas señales de martirio no causaban espanto a quienes las veían; es más, prestaban a su carne mucha gracia y hermosura, como las piedrecillas negras en pavimento blanco. Llegábanse presurosos los hermanos e hijos, y, derramando lágrimas, besaban las manos y los pies del piadoso Padre que los había dejado, y el costado derecho, cuya herida recordaba la de Aquel que, derramando sangre y agua, reconcilió el mundo con el Padre. Muy honrada se sentía la gente; no sólo aquellos a quienes era dado el besar, sino también los que no podían más que ver las sagradas llagas de Jesucristo que San Francisco llevaba en su cuerpo.

¿Quién, ante semejante espectáculo, había de darse al llanto y no más bien al gozo? Y si llorase, ¿no serían sus lágrimas de alegría más que de dolor? ¿Quién podría tener un pecho tan de hierro que no rompiera en gemidos? O ¿quién podría tener un corazón tan de piedra que no se abriese a la compunción, que no ardiese en divino amor y que no se llenase de buena voluntad? ¿Quién sería tan rudo, tan insensible, que no llegara a comprender con toda claridad que un santo que había sido honrado con don tan singular en la tierra iba a ser ensalzado con inefable gloria en los cielos?

114. ¡Oh don singular, señal del privilegio del amor, que el caballero venga adornado de las mismas armas de gloria que por su excelsa dignidad corresponden únicamente al Rey! ¡Oh milagro digno de eterna memoria y sacramento que continuamente ha de ser recordado con admirable reverencia! De modo visible representa el misterio de la sangre del Cordero que, manando copiosamente de las cinco aberturas, lavó los crímenes del mundo ¡Oh sublime belleza de la cruz vivificante, que a los muertos da vida; tan suavemente oprime y con tanta dulzura punza, que en ella adquiere vida la carne ya muerta y el espíritu se fortalece! ¡Mucho te amó quien por ti fue con tanta gloria hermoseado!

¡Gloria y bendición al solo Dios sabio, que renueva los antiguos prodigios y repite los portentos para consolar con nuevas revelaciones las mentes de los débiles y para que por obra de las maravillas visibles sean sus corazones arrebatados al amor de las

[3] Sabemos, por otra parte, que su cuerpo era moreno tanto por la enfermedad cuanto por su color natural (LM 15,2). Cf. también el *niger natura* en la alegoría de la gallina *negra* (TC 63; 2C 24).

invisibles! [4] ¡Oh maravillosa y amable disposición de Dios, que, para evitar toda sorpresa sobre la novedad del milagro, mostró misericordiosamente, en primer lugar en quien venía del cielo [5], lo que más tarde había de obrarse milagrosamente en quien vivía en la tierra! Y, ciertamente, el verdadero Padre de las misericordias quiso indicarnos cuán gran premio merecerá el que se empeñe en amarle de todo corazón para verse colocado en el orden superior de los espíritus celestiales [6] y más próximo al propio Dios.

Sin duda alguna, lo podremos conseguir si, a semejanza del serafín [7], extendemos dos alas sobre la cabeza, y, a ejemplo del bienaventurado Francisco, buscamos en toda obra buena una intención pura y un comportamiento recto, y, orientado todo a Dios, tratamos infatigablemente de agradarle en todas las cosas. Estas dos alas se unen necesariamente al cubrir la cabeza, significando que el Padre de las luces no puede aceptar en modo alguno la rectitud en el obrar sin la pureza de intención; ni viceversa, pues El mismo nos lo asegura: *Si tu ojo fuese sencillo, todo tu cuerpo será lúcido; si, en cambio, fuese malo, todo el cuerpo será tenebroso* [8]. El ojo sencillo no es el que no ve lo que ha de ver, incapaz de descubrir la verdad, o el que ve lo que no ha de ver, careciendo de pureza de intención. En el primer caso tenemos no simplicidad, sino ceguera, y en el segundo, maldad. Las plumas de estas alas son: el amor del Padre, que misericordiosamente salva, y el temor del Señor, que juzga terriblemente; ellas han de mantener las almas de los elegidos suspendidas sobre las cosas terrenas reprimiendo las malas tendencias y ordenando los castos afectos.

El segundo par de ellas es para volar, esto es, para consagrarnos a un doble deber de caridad para con el prójimo, alimentando su alma con la palabra de Dios y sustentando el cuerpo con los bienes de la tierra. Estas dos alas muy raramente se juntan, porque difícilmente puede dar uno cumplimiento a entrambas cosas. Las plumas de estas dos alas son la diversidad de obras que se deben realizar para aconsejar y ayudar al prójimo.

Finalmente, con las otras dos alas se debe cubrir el cuerpo desnudo de méritos; esto se cumple debidamente cuando, al desnudarlo por el pecado, lo revestimos con la inocencia de la confesión y la contrición. Las plumas de estas dos alas son los varios afectos engendrados por la detestación del pecado y por el hambre de justicia.

115. Todo esto lo observó a perfección el beatísimo padre

[4] Reminiscencia del prefacio de Navidad: *per hunc in invisibilium amorem rapiamur*.

[5] El serafín, del que Celano va a hablar a continuación.

[6] Los serafines componen el último y supremo coro de los ángeles.

[7] Sigue una explicación alegórica de las visiones que aparecen en Is 6,1-3 y Ez 1,5-25; los elementos de interpretación estan tomados de San Gregorio (*Homil. in Ez.* hom.4,4-10 y hom.7,2-6)

[8] Mt 6,22-23.

Francisco, quien tuvo imagen y forma de serafín, y, perseverando en la cruz, mereció volar a la altura de los espíritus más sublimes. Siempre permaneció en la cruz, no esquivando trabajo ni dolor alguno con tal de que se realizara en sí la voluntad del Señor.

Bien lo saben cuantos hermanos convivieron con él: qué a diario, qué de continuo traía en sus labios la conversación sobre Jesús; qué dulce y suave era su diálogo; qué coloquio más tierno y amoroso mantenía. De la abundancia del corazón hablaba su boca, y la fuente de amor iluminado que llenaba todas sus entrañas, bullendo saltaba fuera. ¡Qué intimidades las suyas con Jesús! Jesús en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús presente siempre en todos sus miembros. ¡Oh, cuántas veces, estando a la mesa, olvidaba la comida corporal al oír el nombre de Jesús, al mencionarlo o al pensar en él! Y como se lee de un santo: «Viendo, no veía; oyendo, no oía» [9]. Es más: si, estando de viaje, cantaba a Jesús o meditaba en El, muchas veces olvidaba que estaba de camino y se ponía a invitar a todas las criaturas a loar a Jesús. Porque con ardoroso amor llevaba y conservaba siempre en su corazón a Jesucristo, y éste crucificado, fue señalado gloriosísimamente sobre todos con el sello de Cristo; con mirada extática le contemplaba sentado, en gloria indecible e incomprensible, a la derecha del Padre, con el cual, El, coaltísimo Hijo del Altísimo, en la unidad del Espíritu Santo, vive y reina, vence e impera, Dios eternamente glorioso por todos los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo X

Llanto de las señoras de San Damián y cómo fue sepultado con honor y gloria

116. Los hermanos e hijos, que habían acudido con multitud de gente de las ciudades vecinas —dichosa de poder asistir a tales solemnidades—, pasaron aquella noche del tránsito del santo Padre en divinas alabanzas; en tal forma que, por la dulzura de los cánticos y al resplandor de las luces, más parecía una vigilia de ángeles. Llegada la mañana, se reunió una muchedumbre de la ciudad de Asís con todo el clero; y, levantando el sagrado cuerpo del lugar en que había muerto, entre himnos y cánticos, al son de trompetas, lo trasladaron con todo honor a la ciudad. Para acompañar con toda solemnidad los sagrados restos, cada uno portaba ramos de olivo y de otros árboles, y, en medio de infinitas antorchas, entonaban a plena voz cánticos de alabanza. Los hijos llevaban a su padre y la grey seguía al pastor que se había apresurado más el pastor de todos; cuando llegaron al lugar donde por pri-

[9] Este santo personaje es San Bernardo (*Vita I* c.4,20: PL 185,238; *Vita II* c.4,16: PL 185,479).

mera vez había establecido la Religión y Orden de las vírgenes y señoras pobres, lo colocaron en la iglesia de San Damián, morada de las mencionadas hijas, que él había conquistado para el Señor; abrieron la pequeña ventana a través de la cual determinados días suelen las siervas de Cristo recibir el sacramento del cuerpo del Señor [1]. Descubrieron el arca que encerraba aquel tesoro de celestiales virtudes; el arca en que era llevado, entre pocos, quien arrastraba multitudes. La señora Clara, en verdad clara por la santidad de sus méritos, primera madre de todas las otras —fue la primera planta de esta santa Orden—, se acercó con las demás hijas a contemplar al Padre, que ya no les hablaba y que, habiendo emprendido otras rutas, no retornaría a ellas.

117. Al contemplarlo, rompieron en continuos suspiros, en profundos gemidos del corazón y copiosas lágrimas, y con voz entrecortada comenzaron a exclamar: «Padre, Padre, ¿qué vamos a hacer? ¿Por qué nos dejas a nosotras, pobrecitas? ¿A quién nos confías en tanta desolación? ¿Por qué no hiciste que, gozosas, nos adelantáramos al lugar a donde vas las que quedamos ahora desconsoladas? ¿Qué quieres que hagamos, encerradas en esta cárcel, las que nunca volveremos a recibir las visitas que solías hacernos? Contigo ha desaparecido todo nuestro consuelo, y para nosotras, sepultadas al mundo, ya no queda solaz que se le pueda equiparar. ¿Quién nos ayudará en tanta pobreza de méritos, no menos que de bienes materiales? ¡Oh padre de los pobres, enamorado de la pobreza! Tú habías experimentado innumerables tentaciones y tenías un tacto fino para discernirlas; ¿quién nos socorrerá ahora en la tentación? Tú nos ayudaste en las muchas tribulaciones que nos visitaron; ¿quién será el que, desconsoladas en ellas, nos consuele? ¡Oh amarguísima separación, oh ausencia dolorosa! ¡Oh muerte sin entrañas, que matas a miles de hijos e hijas arrebatándoles tal padre, cuando alejas de modo inexorable a quien dio a nuestros esfuerzos, si los hubo, máximo esplendor!»

Mas el pudor virginal se imponía sobre tan copioso llanto; muy inoportuno resultaba llorar por aquel a cuyo tránsito habían asistido ejércitos de ángeles y por quien se habían alegrado los ciudadanos de los santos y los familiares de Dios. Dominadas por sentimientos de tristeza y alegría, besaban aquellas coruscantes manos, adornadas de preciosísimas gemas y rutilantes margaritas; retirado el cuerpo, se cerró para ellas aquella puerta que no volvería a abrirse para dolor semejante. ¡Cuánta era la pena de todos ante los afligidos y piadosos lamentos de estas vírgenes! ¡Cuántos, sobre todo, los lamentos de sus desconsolados hijos! El dolor de cada uno era compartido por todos. Y era casi imposible que pudiera cesar el llanto cuando aquellos ángeles de paz tan amargamente lloraban.

[1] Esta reja de hierro por la que Santa Clara recibía la comunión, y que fue quitada con objeto de que las religiosas pudieran ver por última vez a su Padre, se encuentra actualmente en Asís, en la capilla del Santísimo Sacramento de la iglesia de Santa Clara.

118. Llegados, por fin, a la ciudad, con gran alegría y júbilo depositaron el santísimo cuerpo en lugar sagrado [2], y desde entonces más sagrado. A gloria del sumo y omnipotente Dios, ilumina desde allí el mundo con multitud de milagros, de la misma manera que hasta ahora lo ha ilustrado maravillosamente con la doctrina de la santa predicación. ¡Gracias a Dios! Amén.

Santísimo y bendito Padre: he aquí que he tratado de honrarte con justos y merecidos elogios, bien que insuficientes, y he narrado, como he podido, tus gestas. Concédeme por ello a mí, miserable, te siga en la presente vida con tal fidelidad, que, por la misericordia divina, merezca alcanzarte en la futura. Acuérdate, ¡oh piadoso!, de tus pobres hijos, a quienes después de ti, su único y singular consuelo, apenas si les queda alguno. Pues, aunque tú, la mejor parte de su herencia y la primera, te encuentres unido al coro de los ángeles y seas contado entre los apóstoles en el trono de la gloria, ellos, no obstante, yacen en el fango y están encerrados en cárcel oscura, desde donde claman a ti entre llantos: «Muestra, padre, a Jesucristo, Hijo del sumo Padre, sus sagradas llagas y presenta las señales de la cruz que tienes en tu costado, en tus pies y en tus manos, para que El se digne, misericordioso, mostrar sus propias heridas al Padre, quien ciertamente por esto ha de mostrarse siempre propicio con nosotros, pobres pecadores. Amén. Así sea. Así sea» [3].

PARTE TERCERA

Comienza la tercera parte, que trata de la canonización del bienaventurado Francisco y de sus milagros

119. Si felices fueron los inicios, mucho más feliz fue el final con que los remató el gloriosísimo padre Francisco el año vigésimo de su conversión, entregando felicísimamente su espíritu al cielo; coronado de gloria y honor, obtenido un puesto en medio de piedras de fuego [1], presente ante el trono de la divinidad, se ocupa eficazmente de los asuntos de aquellos que tuvo que dejar en el mundo. En efecto, ¿qué le podrá ser denegado a quien, por la impresión de las sagradas llagas, es figura de Aquel que, siendo igual al Padre, esplendor de su gloria e imagen de la substancia de Dios, se sienta en las alturas a la derecha de su Majestad, consiguiendo la purificación de los pecados? ¿Cómo no ha de ser escuchado quien, configurado con la muerte de Cristo Jesús en la

[2] La iglesia de San Jorge.

[3] Esta plegaria de los hermanos menores huérfanos está colocada (salvo la última frase: «nobis miseris revera propter hoc semper placabilis erit», que sustituye a «ut nobis reddat orphanis tanti patris vicarium») en una antífona compuesta por Gregorio IX inmediatamente después de la muerte de San Francisco: *Plange turba paupercula*. El P. Bihl ha demostrado que esta antífona data de 1227 y fue seguida de la elección de Juan Parenti, primer sucesor de San Francisco.

[1] Es decir, los santos. Cf. Ez 28,14; LM 9,3.

participación de sus sufrimientos, muestra sus sagradas llagas en manos, pies y costado?

Alegra ya, en verdad, al mundo entero que con gozo renovado experimenta la redención y a todos brinda los frutos de la verdadera salvación. Ilumina al mundo con la esplendorosa luz de sus milagros y alumbra el orbe entero con fulgor de auténtica estrella. Lloraba poco ha el mundo al verse privado de su presencia, y a su ocaso se veía sumergido como en abismo de tinieblas. Pero ahora, ante la aparición de la nueva luz, bañado, como en mediodía, de rayos más esplendentes, siente que toda oscuridad ha desaparecido. Cesó ya, ¡bendito sea Dios!, todo lamento, pues a diario y en todas partes se va viendo con nuevo regocijo que de él proviene copiosísima sobreabundancia de santas virtudes. Vienen del oriente y del occidente, del mediodía y del septentrión, quienes, favorecidos por su patrocinio, confirman con el testimonio de la verdad lo que yo digo. Amante distinguido como era de las cosas celestiales, mientras vivió en la carne no quiso aceptar propiedad alguna en el mundo, para poder así poseer más plenamente y con mayor gozo el bien total. Y ahora lo tiene todo quien no consintió estar dividido; cambió el tiempo por la eternidad. En todo lugar ayuda a todos, en todas partes está presente a todos y, amador verdadero de la unidad, no conoce los daños de la división.

120. Cuando todavía estaba entre los pecadores, recorría, predicando, el mundo entero; ahora que reina en el cielo, como heraldo del sumo Rey, vuela veloz, más que el pensamiento, y socorre con insignes favores a todos los pueblos. Todos le honran, le veneran, le glorifican y ensalzan. Todos participan del mismo bien. ¿Quién podrá enumerar y describir los milagros que el Señor se ha dignado obrar por su medio en todas partes?

¡Cuántos son los prodigios que obra Francisco aun sólo en Francia, donde el rey y la reina y todos los magnates acuden a besar y venerar el cabezal que usó el Santo durante su enfermedad! [2] ¡Cuántos los sabios del orbe y personas eminentísimas en letras —de los que París produce mayor número que ninguna otra ciudad de la tierra— que veneran, admiran y honran humilde y devotísimamente a Francisco, iletrado y amigo de la verdadera simplicidad y de toda sinceridad! Bien le cuadra el nombre de Francisco a quien se distinguía por su franqueza y la nobleza de su corazón [3]. Los que experimentaron su magnanimidad tuvieron pruebas de su libertad y liberalidad, de su seguridad e intrepidez en todo, de la energía y fervor de ánimo con que conculcó las cosas de este siglo.

[2] El rey de Francia al que alude es, probablemente, San Luis, y la reina, Blanca de Castilla, su madre; cuando escribía esto Celano, el rey no pasaba de los catorce años. La enfermedad de que habla el texto no ha de referirse necesariamente a aquella de que murió.

[3] El significado del nombre tenía una gran importancia en la Edad Media. Aquí, como más arriba en el nombre de Clara, Celano ve algo distinto a una etimología fantástica.

Y ¿qué diré de las otras partes del mundo, en las que, por virtud de sus prendas, se alejan los males, huyen las enfermedades y, a la sola invocación de su nombre, se ven libres de sus calamidades muchos hombres y mujeres?

121. También sobre su sepulcro tienen lugar, frecuentemente, nuevos milagros, y, a medida que aumentan las peticiones, se van alcanzando preclaros beneficios para almas y cuerpos. Los ciegos recobran la vista; los sordos, el oído; los cojos, el movimiento; habla el mudo, salta el gotoso, y el leproso queda limpio; el hidrópico adelgaza, y cuantos sufren de las más variadas y diversas dolencias a causa de sus enfermedades, obtienen la salud deseada; así, el cuerpo muerto sana los cuerpos vivos, como en vida daba vida a las almas muertas.

Tales maravillas llegan a conocimiento del romano pontífice; pontífice supremo, guía de los cristianos, señor del mundo, pastor de la Iglesia, ungido del Señor, vicario de Cristo. Gózase y exulta, se regocija y alegra, al ver que en su tiempo, y mediante el hijo de sus entrañas, a quien tuvo en el regazo, alimentó con la leche de la palabra y crió con manjares de salvación, la Iglesia de Dios se rejuvenece con nuevos misterios, pero con antiguas maravillas. Llegan también a oídos de los demás custodios de la Iglesia, pastores de la grey, defensores de la fe, amigos del esposo, coadjutores suyos, puntales del mundo, los venerables cardenales. Se congratulan con la Iglesia, comparten su gozo con el papa, glorifican al Salvador, que con suma e inefable sabiduría, por suma e incomparable gracia, con suma e inestimable bondad, escogió lo necio y despreciable del mundo para atraerse a sí todo lo poderoso. Los escucha igualmente y aplaude el orbe entero, y todos los príncipes, padres de la fe católica, sobreabundan en gozo y quedan colmados de santa consolación.

122. Mas, inesperadamente, las cosas cambian, y surge un nuevo problema en el mundo. Al gozo de la paz sucede la turbación y, encendida la llama de la envidia, la Iglesia se desgarra en luchas domésticas e intestinas. Los romanos, gente sediciosa y feroz, caen sobre sus vecinos, según costumbre, y, en su temeridad, ponen las manos sobre el santo [4]. El papa Gregorio hace cuanto puede para contener el mal, por reprimir la crueldad, por mitigar la violencia, y, como torre bien fortificada, defiende la Iglesia de Dios. Son muchos los peligros que surgen, multiplícanse los males, y, en el resto del orbe, los pecadores yerguen su cerviz contra Dios. ¿Qué es lo que puede hacer? Con certera visión del futuro, ponderando lo presente, decide abandonar la Urbe a los sedicio-

[4] Federico II, emperador de Alemania, poseía también la Italia del Norte, y, por parte de su madre, el reino de las Dos Sicilias; tenía como atenazados los territorios pontificios. Gregorio IX le iba recordando sin cesar su voto de partir a la cruzada; Federico simuló la partida, y fue excomulgado. El emperador invadió entonces los Estados pontificios e hizo que el pueblo romano se soliviantara, como en realidad sucedió el lunes de Pascua de 1228, durante la misa de Gregorio IX en la basílica de San Pedro (de ahí la frase de Celano: «ponen las manos sobre el santo»). El papa no volvió a entrar en Roma hasta 1230.

sos para defender y librar el orbe de las sediciones. Se dirige a Rieti, donde es recibido con los debidos honores; pasa luego a Espoleto, donde es también honrado con gran veneración. Breve es el tiempo que se detiene en esta ciudad; así y todo, tras haber informado de la situación de la Iglesia, tiene a bien visitar, en compañía de los venerables cardenales, a las siervas de Cristo, muertas y sepultadas para el mundo [5]. Su santa vida, su altísima pobreza, su gloriosa institución, mueven a lágrimas al pontífice y a sus acompañantes, los induce al desprecio del siglo y los enardece para una vida célibe.

¡Oh humildad amable, madre de todas las gracias! ¡El príncipe de todo el orbe, el sucesor del príncipe de los apóstoles, se digna visitar a unas pobrecitas mujeres, se llega a las despreciadas y humildes encarceladas! ¡Humildad verdaderamente digna de un justo elogio; pero, no obstante, poco practicada y desconocida en muchos de los siglos pasados!

123. Aligera el paso y se da prisa por llegar a Asís, donde se conserva aquel preclaro depósito para él tan querido; buscaba olvidarse de todos los sufrimientos y de las tribulaciones que le amenazaban. Toda la comarca se alegra con su llegada, la ciudad se ve inundada de gozo, el pueblo en masa lo celebra con regocijo, y aquel día luminoso resplandece con nuevas claridades. Salen todos a su encuentro y se forma un solemne cortejo. Le recibe la piadosa comunidad de hermanos pobres, que entonan dulces cantos al ungido del Señor [6]. Llega al lugar el vicario de Cristo, y, en cuanto se apea, saluda, reverente y feliz, el sepulcro de San Francisco. Rompe en suspiros, golpéase el pecho, llora, y con gran devoción inclina su veneranda cabeza.

Se tienen solemnes encuentros acerca de la canonización del Santo y frecuentemente se celebran reuniones de cardenales para tratar este asunto. Llegan de todas partes gentes que han sido liberadas de sus males por intercesión del santo de Dios, se ve que en todas partes resplandecen milagros numerosísimos; la asamblea aprueba unos, verifica otros, escucha más relatos y recibe nuevas noticias. Por razones de su cargo y por causas imprevistas, el bendito papa tiene que ir a Perusa [7]; pero retornará a Asís a tratar con benevolencia sobreabundante y singular de negocio tan importante. Establecido, por fin, en Perusa, se celebra la sagrada reunión de los venerables cardenales en la cámara del señor papa para resolver la causa. Todos estan acordes, y lo manifiestan unánimemente; leen los milagros con profunda veneración y con los más altos elogios ensalzan la vida del bienaventurado Padre y su conversión.

124. «No necesita —afirman todos— de atestación de mila-

[5] Las damas pobres, o clarisas del monasterio de San Pablo, cerca de Espoleto.

[6] Es decir, el papa; Cristo, etimológicamente, es quien ha recibido la unción. Según los documentos pontificios, Gregorio IX permaneció en Asís del 26 de mayo al 10 de junio de 1228.

[7] Del 13 de junio al 13 de julio de 1228.

gros la vida santísima de este santísimo varón, que hemos visto con nuestros propios ojos, que con nuestras manos hemos tocado y que, ilustrados por la verdad, hemos comprobado». Todos rebosan de alegría, gozan, lloran, y en su llanto encuentran amplia bendición. Fijan el día bendito en que el mundo todo se llenará de santa alegría. Se avecina el día augusto, por siempre venerable, que inunda de gozo inmenso no sólo la tierra, sino también las mansiones celestiales. Son convocados los obispos, llegan los abades, asisten prelados venidos de las más remotas tierras; está también representada la dignidad real [8]; acude una noble multitud de condes y señores. Cortejan luego todos al señor de todo el orbe y con él entran con gran pompa en la ciudad de Asís. Llegan al lugar preparado para tan solemne acto [9]; rodean al bienaventurado papa todos los eminentes cardenales, obispos y abades. Es de ver la magnífica concurrencia de sacerdotes y clérigos; la gozosa y sagrada aglomeración de religiosos; la afluencia de las que se distinguen por el hábito modesto y el velo sagrado; la inmensa muchedumbre de todos los pueblos; la casi innumerable multitud de ambos sexos. Vienen de todas partes, y con sumo placer están presentes en tan extraordinaria asamblea gentes de toda edad. Allí están el pequeño y el grande, el siervo y el libre.

125. Está presente el sumo pontífice, esposo de la Iglesia de Cristo, rodeado de tanta variedad de hijos; lleva en su cabeza la corona de gloria como signo de santidad; ostenta las insignias pontificales, está revestido de los ornamentos sagrados, con bordados de oro y recamados de piedras preciosas; es el Cristo del Señor, deslumbrante en la magnificencia de su gloria; cubierto de gemas radiantes de formas variadas, se atrae las miradas de todos. Le rodean cardenales y obispos, que lucen las más esplendentes joyas y van vestidos de un blanco de fulgor de nieve; ofrecen una imagen de belleza mayor que la celestial y encarnan el gozo de los bienaventurados. Todo el pueblo está suspenso esperando la palabra de gozo, la palabra de alegría, la palabra nueva, la palabra llena de toda suavidad, la palabra de alabanza y de perpetua bendición.

El papa Gregorio predica primero a la multitud; con dulce afecto y voz sonora, proclama las alabanzas de Dios; con magníficas palabras hace también el elogio del santo padre Francisco, y prorrumpe en lágrimas cuando recuerda y pregona la pureza de su vida. Su sermón comienza así: *Como la estrella de la mañana en medio de la niebla, y como la luna llena en sus días, y como el sol refulgente, así resplandeció este hombre en el templo de Dios* [10]. Terminada la prédica, puntualmente exacta y fidedigna en absoluto, uno de los subdiáconos del señor papa, llamado Octaviano [11], lee con voz

[8] Juan de Brienne, coronado rey de Jerusalén el 3 de octubre de 1210 y que acabará sus días revestido del hábito franciscano.

[9] Los alrededores de la iglesia de San Jorge, situada entonces fuera de las murallas

[10] Eclo 50,6-7.

[11] Pariente de Inocencio III; llegó a ser cardenal bajo Inocencio IV. Sabemos por Salimbene (*Chronica* p.385) que Gregorio IX le apreciaba particularmente.

potente, ante toda la asamblea, los milagros del Santo. El señor Raniero [12], cardenal diácono, hombre de sutil ingenio, ilustre por su piedad y costumbres, los ojos bañados en lágrimas, los explica con palabras sagradas. Gózase el pastor de la Iglesia, y entre profundos suspiros, que le brotan de lo más hondo, y repetidos sollozos, derrama lágrimas copiosas. Lloran también los demás prelados de la Iglesia; y tan abundantes son las lágrimas, que llegan a humedecer los ornamentos sagrados. Todo el pueblo, en fin, se deshace en llanto, y la misma ansiedad con que esperan intensifica su cansancio.

126. El bienaventurado papa levanta la voz, eleva los brazos al cielo y proclama: «Para alabanza y gloria de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la gloriosa Virgen María, y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y para honor de la gloriosa Iglesia romana, con el consejo de nuestros hermanos [13] y de los otros prelados, venerando en la tierra a quien Dios ha glorificado en el cielo, establecemos que el beatísimo padre Francisco sea inscrito en el catálogo de los santos y que su fiesta se celebre el día de su muerte».

Terminadas estas palabras, los reverendos cardenales, a una con el papa, entonaron en alta voz el *Te Deum laudamus*. Al punto, la multitud rompe en clamorosas alabanzas de Dios, y en la tierra resuenan sus voces, vibran en el aire cantos de alegría y el suelo se baña de lagrimas. Suenan cánticos nuevos [14] y los siervos de Dios regustan estas melodías del espíritu. Se escuchan dulces cánticos y con voces bien moduladas se cantan himnos espirituales. Se respira suavísimo perfume y se escuchan alegres melodías que conmueven los corazones de todos; resplandece aquel día, coloreado con los rayos más rutilantes; ondean verdes ramos de olivo y tiernas ramas de otros árboles; los adornos festivos del día hermosean a todos, iluminándolos con fúlgidas luces; y la bendición de la paz alegra los corazones de los presentes. Finalmente, el bienaventurado papa Gregorio baja del excelso solio y penetra en el santuario por las gradas inferiores [15] para ofrecer votos y sacrificios; besa con fruición la tumba que guarda el cuerpo santo y consagrado a Dios. Eleva repetidamente a Dios sus preces y celebra los misterios sagrados. Formando corona, le rodean los hermanos, que alaban, adoran y bendicen al Dios omnipotente, que

[12] Rainerio Cappoci de Viterbo, cisterciense, cardenal desde 1216 y gran amigo de la nueva Orden. Fue él quien compuso el himno *Plaude turba* y la antífona *Caelorum candor splenduit*, en alabanza de San Francisco.

[13] Los cardenales.

[14] Puede que la utilización de la expresión bíblica (Sal 32,3; 95,1; 97,1) no sea aquí sino retórica; no queda excluida necesariamente la hipótesis de una alusión a las piezas compuestas por el mismo Gregorio IX para la canonización: el himno *Proles de caelo* (vísperas del oficio del 4 de octubre), el responsorio *De paupertatis horreo* (responsorio octavo del mismo oficio) y la prosa *Caput draconis*.

[15] La iglesia de San Jorge. Celano precisa que el papa entró en ella *per inferiores gradus* (¿por el pequeño atrio? ¿aminorando el paso?); como la iglesia ya no existe, este detalle no nos dice nada. La precisión y abundancia de detalles podría indicar que Celano, entonces en Italia, asistió a las ceremonias que describe.

obra maravillas en toda la tierra. El pueblo entero se suma a las alabanzas de Dios, y, en honor de la excelsa Trinidad, rinde acciones de gracias a San Francisco. Amén.

Todo esto sucedió en la ciudad de Asís el día 16 de julio del segundo año del pontificado del señor papa Gregorio IX.

MILAGROS DE SAN FRANCISCO

En el nombre de Cristo, comienzan los milagros de nuestro santísimo padre Francisco

127. Invocando humildemente la gracia de nuestro Señor Jesucristo, para mover a ferviente devoción a los presentes y para corroborar la fe de los venideros, con la ayuda de Cristo transcribimos brevemente, pero según verdad, los milagros que, como queda dicho, se leyeron ante el señor papa Gregorio y se comunicaron al pueblo.

Contrahechos sanados

El mismo día en que el sacrosanto cuerpo del beatísimo padre Francisco, embalsamado más con aromas celestiales que con esencias terrenas, fue escondido como preciosísimo tesoro, llevaron a una niña que hacía un año tenía el cuello monstruosamente contrahecho y la cabeza inclinada hacia el hombro y pegada a él, de suerte que no podía mirar hacia arriba sino de soslayo. Tuvo durante un rato la cabeza bajo el arca que encerraba el precioso cuerpo del Santo, y de pronto, por los méritos de éste, enderezó el cuello y la cabeza recobró su posicion natural; tan sorprendida quedó de esta repentina mudanza, que, llorando, echó a correr. Debido a la enfermedad que le aquejó durante tan largo tiempo, le quedó una concavidad sobre el hombro en que había llevado cargada la cabeza.

128. En el condado de Narni había un criado con la pierna tan contrahecha, que de ningún modo podía caminar si no era con ayuda de dos muletas. Vivía de la mendicidad; tantos años llevaba así afectado de esta grave enfermedad, que ni siquiera conocía a sus propios padres. Quedó libre de dicho mal por los méritos de nuestro beatísimo padre Francisco, de manera que en adelante andaba siempre sin ayuda de las muletas, alabando y bendiciendo por ello a Dios y a su santo.

129. Un tal Nicolás, ciudadano de Foligno, tenía la pierna izquierda contrahecha; exasperado por agudísimos dolores, gastó tanto en médicos para recuperar la salud perdida, que se hallaba cargado de deudas, superiores a las que hubiera querido y a las que podía saldar. Como a la postre sus remedios no le aprovechaban en absoluto y sentía unos dolores tan intensos que con sus lastimeros gritos no dejaba dormir de noche a los vecinos, se ofreció a Dios y a San Francisco y se hizo llevar a su sepulcro. Pasó una noche en oración ante la tumba del Santo y se le curó la pierna; rebosante de gozo, regresó sin muletas a casa.

130. Había un niño que tenía una pierna tan contrahecha, que llevaba la rodilla pegada al pecho, y el calcañar a las nalgas. Mientras se dirigía al sepulcro del bienaventurado Francisco, su padre castigaba la propia carne con un cilicio y su madre se imponía duras penitencias para conseguir la curación del hijo. Tan plena y repentina fue la curación, que,

sano y alegre, dando gracias a Dios y a San Francisco, podía correr por las plazas.

131. Había en la ciudad de Fano un tullido que tenía las piernas tan contrahechas, que las llevaba pegadas a las nalgas, y tan llenas de úlceras, que, por el hedor que despedían, los hospitalarios en modo alguno lo querían recibir y tener en el hospital. Habiendo implorado la misericordia del beatísimo padre Francisco, se vio poco después, rebosante de alegría, curado por los méritos del Santo.

132. Una niña de Gubbio, de manos contrahechas, hacía un año tenía por completo imposibilitados todos sus miembros. La nodriza llevó a la niña y una imagen de cera [1] al sepulcro del beatísimo padre Francisco, impetrando la gracia de la curación. Estuvo allí por espacio de ocho días; al cabo de ellos recuperó de tal manera el ejercicio de todos sus miembros, que quedó capacitada para realizar los servicios que anteriormente solía.

133. Otro niño de Montenero [2] que, al estar privado de fuerzas y del uso de sus miembros de cintura abajo, no podía caminar ni sentarse, durmió por varios días ante las puertas de la iglesia en que reposa el cuerpo de San Francisco [3]. Un día entró en la iglesia, y, habiendo tocado el sepulcro del beatísimo padre Francisco, salió sano y salvo. Contaba el muchacho que, cuando yacía junto al sepulcro del glorioso Santo, se le presentó un joven, vestido con el hábito de los hermanos, que estaba sobre el sepulcro y tenía unas peras en sus manos; lo llamó, y, ofreciéndole una, le animó a que se levantase; tomando él la pera en las manos, le decía: «Mira, estoy paralítico y no me puedo mover». Comió la pera y alargó la mano para coger otra que le ofrecía el mismo joven. Fue invitado nuevamente a que se levantara; pero, incapacitado por la enfermedad, no lo hacía. Mas, al extender la mano hacia la pera, se la agarró el joven, y, sacándole fuera, desapareció de su vista. Al verse el niño sano y salvo, comenzó a dar voces, comunicando a todos cuanto había sucedido.

134. A una mujer del pueblo que se llama Coccorano la llevaron en una espuerta al sepulcro del glorioso Padre; tenía los miembros impedidos del todo, a excepción de la lengua. Habiendo permanecido algún tiempo ante la tumba del santísimo varón, quedó estupendamente curada.

Otro vecino de Gubbio que llevó en un cesto a su hijo lisiado al sepulcro del santo Padre, lo recuperó sano y salvo. Tan deforme estaba, que las piernas, totalmente secas, las llevaba pegadas a las nalgas.

135. Bartolomé, de la ciudad de Narni, en extremo pobre y necesitado, se durmió un rato a la sombra de un nogal; al despertar se encontró tan entumecido, que le era imposible caminar. El mal avanzaba lentamente: pierna y pie se fueron debilitando; la pierna se fue encorvando y adelgazando; no sentía las punzadas de cuchillo ni temía lo más mínimo las quemaduras. El enamorado de los pobres y padre de todos los necesitados, el santísimo Francisco, se le manifestó en sueños una noche, mandándole que se llegara a unos baños, en los que, apiadado de tanta miseria, quería curarlo de aquella enfermedad. Pero como al despertar no supiera qué determinación tomar, refirió detalladamente la visión al obispo de la ciudad. Este le animó a que fuera a los baños que se le habían indicado, y, haciendo sobre él la señal de la cruz, lo bendijo. Como mejor pudo comenzó a caminar hacia el lugar indicado, apoyándose en

[1] En la Edad Media era costumbre bastante extendida ofrecer en un santuario un peso de cera, de metal, de pan o de aceite equivalente al peso del enfermo por el que se rogaba.

[2] Existen dos Montenero en Umbría, y un tercero en el valle de Rieti.

[3] Donde entonces reposaba: la iglesia de San Jorge.

un bastón. Iba caminando triste y atormentado por intensos sufrimientos, cuando he aquí que oyó una voz que le decía: «Ve con la paz del Señor; yo soy aquel a quien tú te ofreciste». Próximo ya a los baños, erró el camino a causa de la oscuridad de la noche. Entonces volvió a escuchar la voz que le advertía que no iba por buen camino, y le enderezó hacia los baños. Llegado ya al lugar y penetrando en el baño, sintió que se le imponía una mano sobre el pie y otra sobre la pierna, al tiempo que ésta se la distendía suavemente. Al momento se curó, saltó fuera del baño, alabando y bendiciendo la omnipotencia del Creador y al bienaventurado Francisco, su siervo, que tanta gracia y fuerza le había concedido. Había vivido contrahecho y de la mendicación durante seis años cuando era ya de edad avanzada.

Ciegos que recobran la vista

136. A una mujer llamada Sibilia, ciega hacía muchos años y desconsolada por su ceguera, la llevaron al sepulcro del varón de Dios. Recobró la luz que había perdido, y, gozosa y alegre, volvió a su casa.

Un ciego de Spello recobró, ante el sepulcro del glorioso cuerpo, la vista, tiempo ha perdida.

Había otra mujer en Camerino privada por completo de la vista en el ojo derecho; sus padres colocaron sobre él un paño que había tocado el bienaventurado Francisco; oraron mientras esto hacían; y dieron gracias a Dios y al Santo por haberle restituido la luz.

Cosa parecida ocurrió a una mujer de Gubbio, que cuenta regocijada cómo, después que oró, recobró la vista de que antes disfrutaba.

Un ciudadano de Asís ciego hacía ya cinco años, que, habiendo gozado de la amistad del bienaventurado Francisco, la recordaba cada vez que se dirigía a él en oración, quedó curado al solo contacto de su sepulcro.

Hacía cosa de un año que un tal Albertino de Narni había quedado totalmente ciego, de modo que los párpados le caían hasta las mejillas. Se ofreció al bienaventurado Francisco, y, al punto, restablecida la vista, se dispuso a venir y vino a visitar su glorioso sepulcro.

Endemoniados

137. Había en la ciudad de Foligno un hombre llamado Pedro; en cumplimiento de un voto o de una penitencia impuesta por sus pecados, emprendió un viaje para visitar el santuario de San Miguel Arcángel [4]; de camino dio con una fuente. Sentía sed por la fatiga del viaje; al gustar el agua de la fuente, le pareció haber tragado demonios. Así fue en efecto: por tres años fue poseso de ellos, y hacía cosas tan horrorosas y malas para ser vistas, que no se pueden relatar. Se llegó a la tumba del santísimo Padre; los demonios, enfurecidos, lo desgarraban cruelmente; con sólo tocar el sepulcro, se obró un milagro manifiesto y quedó maravillosamente liberado.

138. Una mujer de la ciudad de Narni, impulsada por una furia brutal y privada de juicio, hacía cosas horribles y decía disparates. Apareció a le en visión el bienaventurado Francisco y le dijo: «Haz sobre ti la señal de la cruz». Y al responder: «No puedo», se la hizo el Santo, y desaparecieron de ella aquella pasión de locura y los engaños diabólicos.

[4] En el Monte Gargano, provincia de Foggia.

Muchos otros hombres y mujeres atormentados por los demonios con diversos suplicios y engañados con sus falacias, se vieron libres de su servidumbre por los méritos insignes del santo y glorioso Padre.

Y como esta clase de gente suele ser fácilmente víctima de ilusiones, es suficiente cuanto hemos referido, y pasamos a los hechos más importantes.

Enfermos salvados de la muerte,
un hidrópico, un artrítico,
algunos paralíticos y otros enfermos

139. Un niño llamado Mateo, de la ciudad de Todi, estuvo en cama, como muerto, durante ocho días; tenía la boca cerrada; los ojos, apagados; la piel del rostro, manos y pies, totalmente ennegrecidos como una olla; todos habían perdido las esperanzas de que recuperara la vida; pero, suplicándolo su madre, se repuso con rapidez sorprendente. Echaba por la boca sangre corrompida, y parecía que iba a arrojar hasta las entrañas. Puesta de rodillas su madre, invocó humildemente el nombre de San Francisco; no bien se levantó ella de la oración, comenzó el niño a abrir los ojos, a ver la luz y a tomar el pecho; y poco después, desapareciendo el color negro de la piel, recuperó su carne el color natural, y él la salud y las fuerzas. Cuando ya iba mejorando, le preguntó su madre: «Hijo mío: ¿quién te ha puesto bueno?» Y él, balbuciendo, respondía: «Ciccu, Ciccu». Volvían a preguntarle: «¿De quién eres tú servidor?» Y nuevamente replicaba» «Ciccu, Ciccu». Como era tan pequeñito, no sabía todavía hablar, y decía a medias el nombre de Francisco.

140. Estaba un joven en un lugar muy alto; cayó de él, y a consecuencia perdió el habla y quedó impedido en todos sus miembros. Se le creía ya muerto, pues pasó tres días sin comer ni beber y sin sentido alguno. Pero su madre, en lugar de requerir auxilio de ningún médico, pidió la salud de su hijo al bienaventurado Francisco. En respuesta a la oración, lo recibió vivo y sano, y prorrumpió en alabanzas del omnipotente Salvador.

Otro, de nombre Mancino, enfermó de muerte; nadie esperaba su curación; pero fue invocado el nombre del bienaventurado Francisco, y al punto recobró la salud.

Había un niño en Arezzo, llamado Gualtiero, aquejado de fiebres continuas y que padecía dos postemas; habiéndole deshauciado todos los médicos, sus padres rogaron al bienaventurado Francisco, y lograron de él la tan ansiada salud.

Otro estaba próximo a morir; pusiéronse a modelar la imagen de cera, y, antes de que estuviera concluida, se vio libre de todo dolor violento.

141. Una mujer postrada en el lecho desde hacía muchos años, sin poder darse la vuelta ni moverse, se ofreció a Dios y al bienaventurado Francisco, y, libre de todos sus males, pudo desempeñar los quehaceres de su vida.

En la ciudad de Narni había una mujer que hacía ocho años tenía una mano seca, inútil para todo trabajo. Al cabo se le apareció en visión el beatísimo padre Francisco, y, extendiéndole la mano enferma, se la dejó, como la otra, hábil para el trabajo.

En la misma ciudad había un joven que de hacía diez años sufría una gravísima enfermedad; estaba todo hinchado y no había medicina que le sirviera. A petición de su madre, recibió, por los méritos del bienaventurado Francisco, el bien de la salud.

En la ciudad de Fano había un hidrópico con los miembros horriblemente hinchados. Por la intercesión del bienaventurado Francisco mereció ser totalmente curado.

Un ciudadano de Todi sufría tan horriblemente de gota artrítica, que no podía sentarse ni reposar en modo alguno. Este agudo dolor le ocasionaba un frío tan persistente, que se sentía morir. Llamó a médicos, frecuentó baños, tomó medicamentos sin tasa; pero todo fue inútil para sus males. Hasta que cierto día, en presencia de un sacerdote, hizo una promesa para que San Francisco le restituyera la salud perdida. Habiendo suplicado al Santo, se vio en posesión de la salud.

142. Una mujer paralítica de la ciudad de Gubbio invocó por tres veces el nombre del bienaventurado Francisco, y fue abandonada de la enfermedad y quedó sana.

Un hombre llamado Bontadoso sufría tan agudos dolores en pies y manos, que no podía ni moverse, ni caminar; había perdido, además, el apetito y el sueño. Un día se llegó a él una mujer y le animó a que se ofreciera al bienaventurado Francisco con toda devoción, si quería verse libre inmediatamente de su enfermedad. El enfermo, como fuera de sí por dolor tan acerbo, le respondía: «No creo en su santidad». Mas, ante la repetida insistencia de la mujer, que le aconsejaba hiciese el ofrecimiento, el enfermo lo formuló en estos términos: «Me ofrezco a San Francisco y creo en su santidad si me libra de mi enfermedad en el espacio de tres días». Al poco, por los méritos del santo de Dios, curó, y pudo caminar, comer y descansar, dando gloria a Dios omnipotente.

143. Un hombre fue herido gravemente en la cabeza por una flecha de hierro; penetró ésta por el hueco del ojo y quedó clavada en la cabeza. En vista de que los médicos se declaraban incapaces de prestarle asistencia alguna, se ofreció devota y humildemente al santo de Dios, Francisco, en espera de quedar curado por su intercesión. Mientras descansaba y dormía un rato, oyó que San Francisco le decía que se hiciera extraer la flecha por la parte posterior de la cabeza. Al día siguiente hicieron lo que había visto en sueños, y sin gran dificultad quedó curado.

144. Un hombre del pueblo de Spello llamado Emperador sufrió durante dos años una hernia tal, que los intestinos todos le caían por el bajo vientre. No pudiendo introducirlos y retenerlos dentro por mucho tiempo, se veía obligado a llevar una almohadilla para sujetarlos. Recurrió a los médicos en demanda de ayuda; pero, al exigirle éstos unos honorarios que no estaban a su alcance, pues carecía de medios para los gastos y subsistencia de un día, desesperó decididamente de su asistencia. Ante esto, se volvió en demanda de auxilio al cielo, y comenzó a invocar con toda humildad, por el camino, en casa y en todo lugar, la ayuda del bienaventurado Francisco. Y sucedió que al poco tiempo, por la gracia de Dios y los méritos del bienaventurado Francisco, recobró la salud completamente.

145. Un hermano [5] que en la Marca de Ancona militaba bajo la obediencia de nuestra Religión sufría muchísimo por una fístula que tenía en la región ilíaca; tan grave estaba, que había perdido toda esperanza de que los médicos le curaran. Pidió por ello al ministro, bajo cuya obediencia estaba, permiso para visitar el lugar donde descansaba el cuerpo del beatísimo Padre, seguro de que por los méritos del Santo había de conseguir la gracia de la curación. Mas el ministro se lo negó por temor de que las nieves y lluvias propias del tiempo y las fatigas del viaje agravaran el mal.

[5] Es el único hermano menor que aparece en esta serie de milagros. De otro se ha tratado en el n.68.

Como el hermano quedara un tanto turbado por no habérsele otorgado la autorización, se le apareció una noche el santo padre Francisco y le dijo: «Hijo, no te turbes por esto; quítate la pelliza que vistes, tira ese emplasto con su vendaje, guarda tu Regla y curarás». Al levantarse por la mañana, hizo cuanto se le indicó, y dio gracias a Dios de la inmediata curación.

Leprosos curados

146. Había en San Severino, de la Marca de Ancona, un joven llamado Atto, tan llagado en todo el cuerpo, que, por el dictamen de los médicos, todos le tenían como leproso. Estaban sus miembros todos entumecidos e hinchados, y, debido a la inflamación de las venas, lo veía todo con una mirada extraña. No podía caminar, y el desdichado tenía que permanecer continuamente en el lecho del dolor, con inmensa amargura y tristeza de sus padres. Abatido sin tregua el padre por este inmenso dolor, no sabía qué hacer con el hijo. Hasta que cierto día le dio la corazonada de ofrecerlo de todos modos al bienaventurado Francisco, y habló así a su hijo: «¿Quieres, hijo mío, ofrecerte a San Francisco, que en todas partes obra tantos milagros, para que se digne librarte de este mal?» A lo que el hijo respondió: «Lo quiero, padre». Al momento hizo el padre que trajeran papel, y, habiendo tomado las medidas de altura y anchura del hijo, le dirigió estas palabras: «Levántate, hijo mío, y ofrécete al bienaventurado Francisco, y, cuando se te conceda la salud, le llevarás todos los años, mientras vivas, un cirio de tu altura». Al mandato del padre, se levantó el joven como pudo, y, juntas las manos, comenzó a invocar humildemente la misericordia del bienaventurado Francisco. Tomada la medida en el papel y concluida la oración, al instante quedó curado de la lepra, e, irguiéndose, glorificó a Dios y al bienaventurado Francisco y echó a andar con gran alegría.

Un joven de la ciudad de Fano llamado Buenhombre, paralítico y leproso a juicio de todos los médicos, fue ofrecido con devoción al bienaventurado Francisco por sus padres, y, limpio de la lepra y curado de la parálisis, consiguió plena salud.

Mudos que hablan
y sordos que oyen

147. En el castro de Pieve vivía un criado muy pobre y mendigo, del todo mudo y sordo de nacimiento. Tenía la lengua tan exageradamente corta, que, a juzgar por los repetidos exámenes que le hicieron, parecía cortada. Una tarde se acercó a la casa de un conciudadano del mismo pueblo llamado Marcos, pidiéndole por señas, como lo hacen los mudos, hospedaje: inclinó la cabeza hacia un lado, poniendo la mano bajo la mejilla, para darle a entender que aquella noche quería hospedarse en su casa. El señor lo recibió contento y lo tuvo consigo muy a gusto, porque veía que el mozo era hábil para lo que se le encomendaba. El criado era de buena índole, y, aunque sordo y mudo de nacimiento, comprendía por signos cuanto se le mandaba. Una noche, mientras el señor cenaba con su mujer, estando el criado con ellos, dijo aquél a ésta: «Sería para mí un milagro extraordinario que el bienaventurado Francisco le diera a este mozo el oído y la palabra».

148. Y añadió: «Prometo al Señor Dios que, si el bienaventurado Francisco se digna obrar tal prodigio, por su amor este criado será para mí muy querido y lo mantendré por mi cuenta durante toda su vida». ¡Maravilloso en verdad! Al terminar la última palabra de la promesa, reclamó el criado: «¡Vive San Francisco!» Y a continuación, volviendo a mirar, añadió: «Veo a San Francisco aquí, en lo alto; ha venido para darme el habla». Y luego prosiguió el criado: «¿Qué diré yo a la gente?» A lo que el hombre respondió: «Alabarás a Dios y salvarás a muchos hombres». Luego el señor, lleno de gozo y alegría, se levantó y publicó cuanto había sucedido. Llegáronse todos los que conocían anteriormente al joven sin habla, y, admirados y estupefactos, alabaron a Dios y al bienaventurado Francisco. Le creció la lengua y cobró proporciones apropiadas para poder hablar, y, como si nunca hubiese sido mudo, comenzó a pronunciar palabras bien articuladas.

149. Otro niño llamado Villa no podía hablar ni andar. Su madre preparó una imagen de cera al tiempo que hacía por él una promesa de fidelidad, y le llevó con gran reverencia al lugar en que reposa el bienaventurado Francisco. De regreso a su casa, se encontró con que su hijo andaba y hablaba.

Había en la diócesis de Perusa un hombre enteramente privado de la palabra; llevaba siempre la boca abierta, hacía horribles muecas y vivía en desasosiego completo. Es que tenía la garganta muy entumecida e inflamada. Habiendo venido al lugar en que descansa el cuerpo santísimo y queriendo llegarse hasta el sepulcro subiendo las escaleras, vomitó mucha sangre, y, totalmente restablecido, comenzó a hablar y a cerrar y abrir la boca como es normal.

150. Una mujer sufría un intenso dolor en la garganta; era tal el ardor que sentía, que su lengua, pegada al paladar, había quedado seca. No podía hablar, ni comer, ni beber, y no sentía mejoría ni alivio alguno con los emplastos y medicinas que se le aplicaban. Por último, desde su corazón —no podía expresarse con palabras— se ofreció a San Francisco, y en seguida sintió en su carne una convulsión, y notó que su garganta arrojaba una piedrecilla redonda —tomándola en sus manos, la mostró a todos—, y luego curó.

Había en el pueblo de Greccio un joven que había perdido el oído, la memoria y el habla, y no comprendía ni percibía cosa alguna. Sus padres, que tenían gran confianza en San Francisco, se lo ofrecieron con humilde devoción. Apenas terminado el acto de ofrecimiento, recuperó el joven, por gracia del santísimo y gloriosísimo padre Francisco, todos los sentidos de que carecía.

Para alabanza, gloria y honor de Jesucristo, Señor nuestro, cuyo reino e imperio, sólido e inmutable, permanece por todos los siglos de los siglos. Amén.

EPÍLOGO

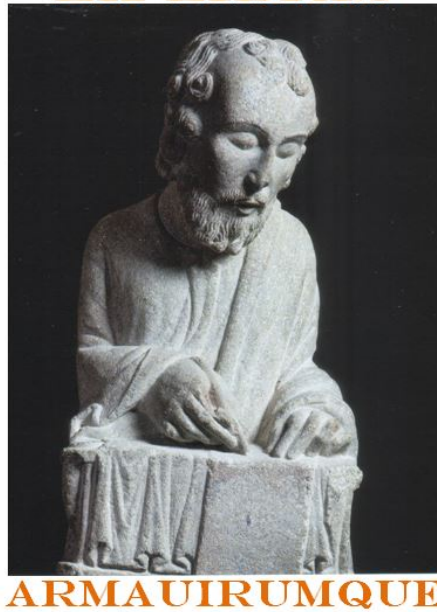
151. Es bien poco lo que hemos referido sobre los milagros de nuestro beatísimo padre Francisco, y mucho lo que hemos omitido; dejamos a los que quieran seguir sus huellas la tarea de buscar la gracia de nueva bendición, para que aquel que con su palabra y ejemplo, con su vida y doctrina, renovó gloriosamente

el mundo entero, se digne fecundar, con nuevas lluvias de celestiales carismas, las mentes de los que aman el nombre del Señor.

A cuantos lean, vean u oigan esto que he escrito, ruego, por el amor del pobre Crucificado y por sus llagas, que el bienaventurado padre Francisco llevó en su cuerpo, me tengan presente ante Dios a mí, pecador. Amén.

Bendición, honor y toda alabanza al Dios solo sabio, que a gloria suya obra siempre sabiamente todo en todos. Amén. Amén. Amén.

* EX LIBRIS *



ARMAUIRUMQUE

VIDA SEGUNDA

PRÓLOGO

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amen.

AL MINISTRO GENERAL DE LA ORDEN DE LOS HERMANOS MENORES

1. A la santa asamblea del capítulo general ya celebrado y a ti, reverendísimo padre [1], ha parecido bien encomendar, no sin disposición divina, a nuestra pequeñez que, para consuelo de los contemporáneos y recuerdo de los venideros, escribamos los hechos y también los dichos de nuestro glorioso padre Francisco; nosotros precisamente que, por la larga experiencia de asiduo trato y familiaridad con él, le hemos conocido más que los demás [2].

Acudimos, pues, con prontitud pía a obedecer los santos mandatos, que en modo alguno es permitido desoír; pero como la reflexión tira más fácil a mirar lo endeble de nuestras fuerzas, nos sacude el justo temor de que a asunto tan digno, por no haberlo tratado como merece, se le pegue algo nuestro que vaya a desagradar a los demás. Tememos mucho, queremos decir, que esta materia, digna de llevar en sí todo sabor de suavidad, se vuelva desabrida por incapacidad de quienes la tratan y que el mero hecho de haberlo intentado se atribuya más a presunción que a obediencia.

Porque si a este trabajo, fruto de muchos desvelos, sólo le esperase el juicio de tu benevolencia, venerable padre, que no creyese oportuno publicarlo, recibiríamos muy contentos igual la enseñanza de la corrección que el gozo de la aprobación. Desde luego, tan gran diversidad de dichos y de hechos, ¿quién puede pesarla en balanza de tanta precisión, de modo que la exposición de cada uno de ellos consiga de todos los oyentes un mismo y único juicio de aceptación?

Mas porque buscamos con sencillez el provecho de todos y de cada uno, exhortamos a los lectores a interpretar con benevolencia y a aceptar o llevar a bien la sencillez de los narradores, de manera que no venga a menos la reverencia que merece el personaje de quien se habla. Nuestra memoria, de hombres rudos al fin, más débil con el correr del tiempo, no puede abarcar cuantos dichos precisos del mismo circulan y los relatos que encomian sus hechos, ya que ni la agilidad de una mente avezada se valdría

[1] El capítulo general de Génova, en 1244; el ministro general era Crescencio de Jesi.

[2] Celano ingresó en la Orden en 1214 ó 1215 y pasó a Alemania en 1221; pudo, pues, conocer a San Francisco por seis años. Pero aquí, más que en nombre propio, habla en el de los que fueron compañeros del Santo por largo tiempo.

para grabarlos del todo aunque se los pusieran delante. Excuse, pues, todos los fallos de nuestra incompetencia la autoridad de quien así lo ha dispuesto reiteradamente.

2. Este opúsculo contiene, en primer lugar, algunos hechos maravillosos de la conversión de San Francisco, que, por no haber llegado de ninguna manera a noticia del autor, quedaron, por tanto, fuera de las leyendas que había escrito ya. A continuación intentamos decir y declarar con esmero cuál fuera la voluntad buena, grata y perfecta del santísimo Padre para consigo y para con los suyos en toda práctica de doctrina del cielo y en la tendencia a la más alta perfección, que mantuvo siempre en sus relaciones santamente amorosas con Dios y ejemplares con los hombres. Se intercalan algunos milagros que hacen al caso. Describimos, en fin, llanamente, sin alardes de estilo, cuanto se nos ofrece, queriendo, en lo posible, aficionar a los despreocupados y complacer a los entusiasmados.

Te pedimos, padre bondadosísimo, que te dignes consagrar con tu bendición los presentes, nada despreciables, que se recogen en este trabajo, y que hemos recopilado con no poco esfuerzo, corrigiendo los yerros y eliminando lo superfluo, para que cuanto tu autorizado criterio abone por bien dicho crezca en todas partes en consonancia con tu nombre de Crescencio, y se multiplique en Cristo. Amén.

PARTE PRIMERA

Comienza el memorial según los deseos de mi alma [1] *o reseña de los hechos y dichos de nuestro santísimo padre Francisco*

Su conversión

CAPÍTULO I

Cómo primero se llamó Juan y después Francisco. Lo que la madre profetizó de él y lo que predijo él de sí mismo y la paciencia que tuvo en la prisión

3. Francisco, siervo y amigo del Altísimo, a quien la Providencia divina impuso este nombre [2] para que, por lo singular y desacostumbrado de él, la fama de su ministerio se diese a conocer más pronto en el mundo entero, fue llamado Juan por su

[1] La expresión está tomada de Is 26,8.

[2] La «providencia» se representa aquí en Pedro Bernardone, que, en su alegría al volver de una expedición de Francia, hizo llamar Francisco a su hijo (TC 1). El nombre no era entonces muy usado; se generalizó después del Santo. Cf. el muy documentado artículo de BIHL, *De nomine sancti Francisci:* AFH 19 (1929) p.469-529.

madre cuando, renaciendo del agua y del Espíritu Santo, de hijo de ira pasó a ser hijo de gracia.

Esta mujer, amiga de toda honestidad, mostraba en las costumbres una virtud distinguida, como quien gozaba del privilegio de cierta semejanza con Santa Isabel así en la imposición del nombre al hijo como en el espíritu de profecía. Porque a los vecinos, que admiraban la grandeza de alma y limpieza de costumbres de Francisco, les respondía así, como inspirada por Dios: «¿Qué vendrá a ser este hijo mío? Veréis que por sus méritos llegará a ser hijo de Dios».

De hecho era ésta la opinión de algunos que veían complacidos que Francisco, ya algo mayor, se distinguía por aspiraciones muy buenas. Rechazaba en toda ocasión cuanto pudiera parecer injuria a alguno; y viéndole adolescente de modales finos, a todos parecía que no pertenecía al linaje de los que eran conocidos como padres suyos. Como el nombre de Juan dice referencia a la obra del ministerio que recibió, así el nombre de Francisco la dice a la difusión de su fama, la cual, después de haberse convertido él plenamente a Dios, se esparció pronto por todas partes.

Por eso, entre las fiestas de los santos, tenía como la más solemne la de San Juan Bautista; la dignidad de este nombre le imprimió un sello de virtud misteriosa. *Entre los nacidos de mujer, no ha parecido uno más grande que aquél* [3]; entre los fundadores de religiones, no ha parecido uno más perfecto que éste. Observación, por cierto, merecedora de encomio.

4. Profetizó Juan encerrado en lo secreto del útero materno; Francisco, preso en la cárcel del siglo, desconocedor aún de los designios divinos, anunció lo por venir.

Cuando, en efecto, se desencadena no poco estrago, por el conflicto de la guerra, entre los ciudadanos de Perusa y de Asís [4], Francisco, con otros muchos, cae prisionero, y, encadenado como ellos, experimenta las miserias de la cárcel. Los compañeros de infortunio se sumen en la tristeza, lamentándose desdichados de la desgracia de su prisión; Francisco se alegra en el Señor; se ríe de las cadenas; las desprecia. Dolidos, reprueban aquéllos la conducta del que se muestra alegre entre cadenas; lo juzgan exaltado y loco. Francisco responde en son de profecía: «¿De qué creéis que me alegro? Hay aquí escondido un presentimiento: todavía seré venerado como santo en todo el mundo». Y de hecho ha sucedido así: se ha cumplido al pie de la letra lo que dijo entonces.

[3] Mt 11,11.

[4] Al abatimiento del dominio imperial aparecen los contrastes entre los habitantes de Asís. La clase popular se levanta contra los nobles, que, solicitando ayuda, acuden a Perusa. No deseaba otra cosa esta ciudad. Pero la clase popular asisiense no se doblegó ni a los nobles conciudadanos ni a los perusinos. Las luchas duraron, con treguas intermedias, de 1202 a 1209. Entre los guerreros de Asís se encontraba también Francisco. Tras la batalla de 1202 en Ponte San Giovanni, a media altura entre las dos ciudades, fueron vencidos los asisienses, y Francisco cayó prisionero. Estuvo en prisión un año. El 31 de agosto de 1205 se llegó a una paz provisoria.

Había entre los compañeros de prisión un caballero soberbio e inaguantable. Mientras todos los demás se proponen hacerle el vacío, Francisco le sobrelleva siempre con paciencia. Aguanta al inaguantable, y gana a todos para reconciliarlos con el caballero. Capaz de toda gracia, vaso elegido de virtudes, rebosa ya de carismas.

CAPÍTULO II

El caballero pobre a quien vistió y la visión que, viviendo aún en el siglo, tuvo sobre su propia vocación

5. Liberado poco después [1] de la prisión, se vuelve más compasivo con los pobres. Decide, desde luego, no apartar los ojos del necesitado que al pedir invoque el amor de Dios.

Un día se encontró con un caballero pobre y casi desnudo. Movido a compasión, le dio generosamente, por amor de Cristo, los ricos vestidos que traía puestos. ¿Qué menos hizo que aquel varón santísimo, Martín? Sólo que, iguales los dos en la intención y en la acción, fueron diferentes en el modo. Este dio los vestidos antes que los demás bienes; aquél, después de haber dado los demás bienes, dio al fin los vestidos. El uno como el otro vivieron en el mundo siendo pobres y pequeños y el uno como el otro entraron ricos en el cielo [2]. Aquél, caballero, pero pobre, vistió a un pobre con la mitad de su vestido; éste, no caballero, pero sí rico, vistió a un caballero pobre con todos sus vestidos. El uno y el otro, luego de haber cumplido el mandato de Cristo, merecieron que Cristo los visitara en visión: el uno, para recibir la alabanza de lo que había hecho; el otro, para recibir amabilísima invitación a hacer lo que aún le quedaba.

6. Y así, poco después se le muestra en visión un suntuoso palacio, en el cual ve provisión abundante de armas y una bellísima esposa. Francisco es llamado por su nombre en sueños y alentado con la promesa de cuanto se le presenta. Con el objeto de participar en lances de armas, intenta marchar a la Pulla [3], y, preparados con exageración los arreos necesarios, se apresta a conseguir los honores de caballero. El espíritu carnal le sugería una interpretación carnal de la visión anterior, siendo así que en los tesoros de la sabiduría de Dios se escondía otra mucho más excelente.

Una noche, pues, mientras duerme, alguien le habla en visión por vez segunda y se interesa con detalle por saber a dónde intenta encaminarse. Y como él le contara su decisión y que se iba a la Pulla a hacer armas, insistió en preguntarle el de la visión:

[1] Su prisión duró un año.

[2] Frase tomada del oficio de San Martín: la liturgia aplica a San Francisco. *Franciscus pauper et humilis caelum dives ingreditur.*

[3] Cf. LM 1,3 n.6.

«¿Quién puede favorecer más, el siervo o el señor?» «El señor», respondió Francisco. Y el otro: «¿Por qué buscas entonces al siervo en lugar del señor?» Replica Francisco: «¿Qué quieres que haga, Señor?» Y el Señor a él: «Vuélvete a la tierra de tu nacimiento, porque yo haré que tu visión se cumpla espiritualmente».

Se vuelve sin tardanza, hecho ya ejemplo de obediencia, y, renunciando a la propia voluntad, de Saulo se convierte en Pablo. Es derribado éste en tierra, y los duros azotes engendran palabras acariciadoras; Francisco, empero, cambia las armas carnales en espirituales, y recibe, en vez de la gloria de ser caballero, una investidura divina.

A los muchos que se sorprendían de la alegría desacostumbrada de Francisco, respondía él diciendo que llegaría a ser un gran príncipe.

Capítulo III

Cómo un grupo de jóvenes lo nombró su señor para que les costeara el banquete, y el cambio obrado en él

7. Comienza a transformarse en varón perfecto [1] y a ser distinto de como era. De regreso ya en casa, le siguen los hijos de Babilonia y lo llevan, contra su gusto, a cosas contrarias a la orientación que había tomado. Un grupo de jóvenes de la ciudad de Asís, que en otro tiempo lo había tenido como abanderado de su vanidad, lo busca todavía para invitarlo a comidas de cuadrilla, en que siempre se sirve a la lascivia y a la chocarrería. Lo nombran jefe, por la mucha experiencia que tenían de su liberalidad, sabiendo, sin duda, que se iba a cargar con los gastos de todos. Se hacen obedientes por llenar el estómago, toleran la sujeción para poder saciarse. El, para no aparecer avaro, acepta el honor ofrecido, y entre sus reflexiones santas tiene en cuenta la cortesía. Hace preparar un gran banquete y repetir exquisitos manjares; saturados hasta el vómito, los jóvenes manchan las plazas de la ciudad con cantares de borrachos. Tras ellos va Francisco, llevando, como señor, un bastón en la mano. Pero el que interiormente se había hecho sordo por entero a todas estas cosas, va quedando poco a poco distanciado de ellos en el cuerpo, mientras canta al Señor en su corazón.

Como contó él mismo, fue tan grande la dulzura divina de que se vio invadido en aquella hora, que, incapaz de hablar, no acertaba tampoco a moverse del lugar en que estaba. Se enseñoreó de él una impresión espiritual que lo arrebataba a las cosas invisibles, por cuya influencia todas las de la tierra las tuvo como de ningún valor, más aún, del todo frívolas.

[1] Ef 4,13.

Estupenda dignación en verdad esta de Cristo, quien a los que ponen en práctica cosas pequeñas *hace merced de muy preciosas* y guarda y saca adelante a los suyos *en la inundación de copiosas aguas*. Cristo dio de comer pan y peces a las turbas [2] y no desdeñó en su mesa a los pecadores [3]. Buscado por las gentes para proclamarlo rey, huyó y subió a un monte a orar [4]. Son misterios de Dios que Francisco va descubriendo; y, sin saber cómo, es encaminado a la ciencia perfecta.

Capítulo IV

Cómo, vestido con los andrajos de un pobre, comió con los pobres ante la iglesia de San Pedro y la ofrenda que hizo en ésta

8. Pero ya se deja ver en él el primer amador de los pobres, ya las santas primicias preludian la perfección que logrará. Así es que muchas veces, despojándose de sus vestidos, viste con ellos a los pobres, a quienes, si no todavía de hecho, sí de todo corazón intenta asemejarse.

Una vez en Roma, adonde había llegado como peregrino, se quitó, por amor a la pobreza, el rico traje que llevaba puesto y, cubierto con el de un pobre, se sentó gozoso entre los pobres en el atrio de la iglesia de San Pedro (que era lugar de afluencia de pobres), y, teniéndose por uno de ellos, con ellos comió de buena gana. Y mucho más a menudo hubiera hecho esto de no haberlo impedido la vergüenza de ser visto de los conocidos. Al acercarse al altar del príncipe de los apóstoles, sorprendido de las escasas aportaciones que dejaban allí los concurrentes, arroja dinero a manos llenas, indicando que merecía especial honor de todos el que había sido honrado por Dios sobre los demás.

Proporcionaba también con frecuencia ornamentos de iglesia a sacerdotes pobres, dando el honor debido a todos, hasta a los de grado más humilde. El que había de recibir la investidura de embajador apostólico y ser todo íntegro en la fe católica, estuvo desde el principio lleno de reverencia para con los ministros y los ministerios de Dios.

Capítulo V

Cómo, estando él en oración, el diablo le mostró una mujer, y la respuesta que le dio Dios y lo que hizo con los leprosos

9. Francisco lleva alma de religioso bajo el traje seglar, y, huyendo del público a lugares solitarios, es instruido muchísimas

[2] Lc 9,12.
[3] Lc 7,36.
[4] Jn 6,15.

veces con visitas del Espíritu Santo. Lo abstrae y atrae aquella dulzura generosa que desde el principio experimentó penetrarle tan plenamente, que nunca más le faltó por toda la vida.

Cuando frecuenta lugares retirados, como más propicios a la oración, el diablo se esfuerza con sugestiones malignas en separarlo de allí. Le trae a la imaginación la figura de una mujer de Asís monstruosamente gibosa, que causaba horror a cuantos la veían. Lo amenaza con hacerlo semejante a ella si no desiste de sus propósitos. Pero, confortado por el Señor, experimenta el gozo de la respuesta de salvación y de gracia: «Francisco —le dice Dios en espíritu—, lo que has amado carnal y vanamente, cámbialo ya por lo espiritual, y, tomando lo amargo por dulce, despréciate a ti mismo, si quieres conocerme, porque sólo a ese cambio saborearás lo que te digo». Y de pronto es inducido a obedecer el mandato de Dios y guiado a probar la verdad de lo sucedido.

Si de algunos —entre todos los seres deformes e infortunados del mundo— se apartaba instintivamente con horror Francisco, era de los leprosos. Un día que paseaba a caballo por las cercanías de Asís le salió al paso uno. Y por más que le causara no poca repugnancia y horror, para no faltar, como transgresor del mandato, a la palabra dada, saltando del caballo, corrió a besarlo. Y, al extenderle el leproso la mano en ademán de recibir algo, Francisco, besándosela, le dio dinero. Volvió a montar el caballo, miró luego a uno y otro lado, y, aunque era aquél un campo abierto sin estorbos a la vista, ya no vio al leproso.

Lleno de admiración y de gozo por lo acaecido, pocos días después trata de repetir la misma acción. Se va al lugar donde moran los leprosos, y, según va dando dinero a cada uno, le besa la mano y la boca. Así toma lo amargo por dulce y se prepara varonilmente para realizar lo que le espera.

Capítulo VI

La imagen del crucifijo que le habló y el honor en que la tuvo

10. Ya cambiado perfectamente en su corazón, a punto de cambiar también en su cuerpo, anda un día cerca de la iglesia de San Damián, que estaba casi derruida y abandonada de todos. Entra en ella, guiándole el Espíritu, a orar, se postra suplicante y devoto ante el crucifijo [1], y, visitado con toques no acostumbrados en el alma, se reconoce luego distinto de cuando había entrado. Y en este trance, la imagen de Cristo crucificado —cosa nunca oída—, desplegando los labios, habla desde el cuadro a Francisco. Llamándolo por su nombre: «Francisco —le dice—, vete, repara

[1] Esta imagen, de estilo bizantino, se conserva en la iglesia de Santa Clara de Asís, a la que fue trasladada cuando las clarisas abandonaron San Damián en 1260.

mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo». Presa de temblor, Francisco se pasma y como que pierde el sentido por lo que ha oído. Se apronta a obedecer, se reconcentra todo él en la orden recibida.

Pero... nos es mejor callar, pues experimentó tan inefable cambio, que ni él mismo ha acertado a describirlo. Desde entonces se le clava en el alma santa la compasión por el Crucificado, y, como puede creerse piadosamente, se le imprimen profundamente en el corazón, bien que no todavía en la carne, las venerandas llagas de la pasión.

11. ¡Cosa admirable e inaudita en nuestros tiempos! ¿Cómo no asombrarse ante esto? ¿Quién ha pensado algo semejante? ¿Quién duda de que Francisco, al volver a la ciudad, apareciera crucificado, si aun antes de haber abandonado del todo el mundo en lo exterior, Cristo le habla desde el leño de la cruz con milagro nuevo, nunca oído? Desde aquella hora desfalleció su alma al oír hablar al Amado [2]. Poco más tarde, el amor del corazón se puso de manifiesto en las llagas del cuerpo.

Por eso, no puede contener en adelante el llanto; gime lastimeramente la pasión de Cristo, que casi siempre tiene ante los ojos. Al recuerdo de las llagas de Cristo, llena de lamentos los caminos, no admite consuelo. Se encuentra con un amigo íntimo, que, al conocer la causa del dolor de Francisco, luego rompe a llorar también él amargamente.

Pero no descuida por olvido la santa imagen misma, ni deja, negligente, de cumplir el mandato recibido de ella. Da, desde luego, a cierto sacerdote una suma de dinero con que comprar lámpara y aceite para que ni por un instante falte a la imagen sagrada el honor merecido de la luz. Después, ni corto ni perezoso, se apresura a poner en práctica lo demás, trabajando incansable en reparar la iglesia. Pues, aunque el habla divina se había referido a la Iglesia que había adquirido Cristo con su sangre, Francisco, que había de pasar poco a poco de la carne al espíritu, no quiso verse de golpe encumbrado.

Capítulo VII

La persecución del padre y del hermano

12. Pero el padre según la carne persigue al que se entrega a obras de piedad, y, juzgando locura el servicio de Cristo, lo lacera donde quiera con maldiciones. Entonces, el siervo de Dios llama a un hombre plebeyo y simple por demás, y, tomándolo por padre, le ruega que, cuando el padre lo acosa con maldiciones, él, por el contrario, lo bendiga. Evidentemente, lleva a la práctica el dicho

[2] Cf. Ct 5,4.

del profeta y declara con hechos lo que dice éste de palabra: *Maldicen ellos, pero tú bendecirás* [1].

Por consejo del obispo de la ciudad, que era piadoso de veras, devuelve al padre el dinero que el hombre de Dios habría querido invertir en la obra de la iglesia mencionada, pues no era justo gastar en usos sagrados nada mal adquirido. Y, oyéndolo muchos de los que se habían reunido, dijo: «Desde ahora diré con libertad: *Padre nuestro, que estás en los cielos* [2], y no padre Pedro Bernardone, a quien no sólo devuelvo este dinero, sino que dejo también todos los vestidos. Y me iré desnudo al Señor». ¡Animo noble el de este hombre, a quien ya sólo Cristo basta! Se vio entonces que el varón de Dios llevaba puesto un cilicio bajo los vestidos, apreciando más la realidad de las virtudes que su apariencia.

Un hermano carnal, a imitación de su padre, lo molesta con palabras envenenadas. Una mañana de invierno en que ve a Francisco en oración, mal cubierto de viles vestidos, temblando de frío, el muy perverso dice a un vecino: «Di a Francisco que te venda un sueldo de sudor». Oyéndolo el hombre de Dios, regocijado en extremo, respondió sonriente: «Por cierto que lo venderé a muy buen precio a mi Señor». Nada más acertado, porque recibió no sólo cien veces más, sino también mil veces más en este mundo y heredó en el venidero, para sí y para muchos, la vida eterna.

Capítulo VIII

La vergüenza vencida y la profecía de las vírgenes pobres

13. Se esfuerza de aquí en adelante por convertir en austera su anterior condición delicada y por reducir a la bondad natural su cuerpo, hecho ya a la molicie.

Andaba un día el hombre de Dios por Asís mendigando aceite para alimentar las lámparas de la iglesia de San Damián, que reparaba por entonces. Y como viese que un nutrido grupo de hombres se entretenía jugando a la puerta de la casa donde pensaba entrar, rojo de vergüenza, hace para atrás. Pero, vuelta luego su noble alma al cielo, se reprocha la cobardía y se juzga severamente. Vuelve en seguida sobre sus pasos, y, confesando ante todos con franqueza la causa de su vergüenza, como ebrio de espíritu, pide, expresándose en lengua francesa, la provisión de aceite, y la obtiene. En un transporte de fervor, alienta a todos a favorecer la obra de la iglesia, y en presencia de todos profetiza, hablando en francés con voz clara, que llegará a haber en ella un monasterio de santas vírgenes de Cristo. Y es que siempre que le penetraban los ardores del Espíritu Santo, comunicaba, expre-

[1] Sal 108,28.
[2] Respuesta ignorada por 1C 15.

sándose en francés, las ardientes palabras que le bullían dentro, conociendo de antemano que en aquella nación singularmente le habían de tributar honor y culto especial.

Capítulo IX

Los alimentos, mendigados de puerta en puerta

14. Desde que comenzó a servir al Señor de todos, quiso hacer también cosas asequibles a todos, huyendo en todo de la singularidad, que suele mancharse con toda clase de faltas.

Así, al tiempo en que se afanaba en la restauración de la iglesia que le había mandado Cristo, de tan delicado como era, iba tomando trazas de campesino por el aguante del trabajo. Por eso, el sacerdote encargado de la iglesia, que lo veía abatido por la demasiada fatiga, movido a compasión, comenzó a darle de comer cada día algo especial, aunque no exquisito, pues también él era pobre. Francisco, reflexionando sobre esta atención y estimando la piedad del sacerdote, se dijo a sí mismo: «Mira que no encontrarás donde quieras sacerdote como éste, que te dé siempre de comer así. No va bien este vivir con quien profesa pobreza; no te conviene acostumbrarte a esto; poco a poco volverás a lo que has despreciado, te abandonarás de nuevo a la molicie. ¡Ea!, levántate, perezoso, y mendiga condumio de puerta en puerta».

Y se va decidido a Asís, y pide cocido de puerta en puerta, y, cuando ve la escudilla llena de viandas de toda clase, se le revuelve de pronto el estómago; pero, acordándose de Dios y venciéndose a sí mismo, las come con gusto del alma. Todo lo hace suave el amor y todo lo dulce lo hace amargo.

Capítulo X

El desprendimiento de bienes del hermano Bernardo

15. Un hombre de Asís llamado Bernardo, que después fue un hijo perfecto, al decidir despreciar del todo el siglo a imitación del varón de Dios [1], pide consejo a éste. En la consulta se expresó en estos términos: «Padre, si alguien hubiera poseído por largo tiempo bienes de un señor y no quisiere retenerlos ya más, ¿cuál sería el partido más perfecto que tomaría acerca de ellos?»

El varón de Dios le respondió diciendo que el de devolverlos todos a su señor, de quien los había recibido. Y Bernardo: «Sé que cuanto tengo me lo ha dado Dios, y estoy ya dispuesto a devolverle todo, siguiendo tu consejo». «Si quieres probar con los hechos lo que dices —concluyó el Santo—, entremos mañana de

[1] Cf. 1C 24

madrugada en la iglesia y pidamos consejo a Cristo, con el evangelio en las manos» [2].

Entran, pues, en la iglesia con el amanecer, y, previa devota oración, abren el libro del evangelio, decididos a cumplir el primer consejo que encuentran. Ellos abren el libro; Cristo, su consejo: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres* [3]. Hacen lo mismo por segunda vez, y dan con esto: *No toméis nada para el camino* [4]. Lo repiten por tercera vez, y dan con esto otro: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo* [5]. Ninguna vacilación: Bernardo cumple todo al pie de la letra, sin dejar pasar ni una *iota*.

Muy pronto son muchísimos los que se desprenden de los espinosos cuidados del mundo y vuelven, tomando a Francisco por guía, a la patria, al bien infinito. Sería largo decir cómo cada uno de ellos ha logrado el premio de la vocación divina.

Capítulo XI

La parábola que propuso ante el papa

16. Cuando Francisco se presentó con los suyos al papa Inocencio para pedir la aprobación de la regla de su vida [1], viendo el papa que el plan propuesto por Francisco sobrepasaba las fuerzas normales, le dijo, como hombre muy discreto: «Hijo, pide a Cristo que nos manifieste por ti su voluntad, para que conociéndola accedamos con mayor seguridad a tus piadosos deseos». Acata el Santo la orden del pastor supremo, recurre confiado a Cristo, ora con insistencia y exhorta a los compañeros a orar devotamente a Dios. Es más: obtiene respuesta en la oración, y transmite a los hijos un mensaje de salud. La conversación familiar de Cristo se da a conocer mediante parábolas:

«Francisco —le dice—, así hablarás al papa: Había en un desierto una mujer pobre, pero hermosa. Por su mucha hermosura llegó a amarla un rey; convino gustoso con ella, y tuvo de ella hijos graciosísimos. Algo mayores ya éstos y educados en nobleza, la madre les dice: 'No os avergoncéis, queridos, de ser pobres, pues sois todos hijos de un gran rey. Idos en hora buena a su corte y pedidle cuanto necesitéis'. Ellos, al oír esto, se admiran y alegran, y, animados con que se les ha dado fe de su linaje real, sabedores de que son futuros herederos, la pobreza misma la miran ya como riqueza. Se presentan confiados al rey, sin temer severidad en él, cuyos rasgos ostentan. El rey se reconoce retra-

[2] Cf. 1C 92.
[3] Mt 19,21.
[4] Lc 9,3.
[5] Lc 9,23.

[1] *Ad petendam regulam:* Francisco no ha pedido una regla, sino la aprobación de la Regla ya compuesta. El verbo *petere* se usa aquí en sentido jurídico: pedir el reconocimiento de un derecho.

tado en ellos, y pregunta, sorprendido, de quién son hijos. Y como ellos aseguraran ser hijos de una mujer pobre que vive en el desierto, abrazándolos dice: 'Sois mis hijos y mis herederos; no temáis. Si los extraños comen de mi mesa, más justo es que me esmere yo en alimentar a quienes está destinada con todo derecho mi herencia'. Y el rey manda luego a la mujer que envíe a la corte, para que se alimenten en ella, todos los hijos tenidos de él».

El Santo se llena de alegría con la parábola y lleva luego al papa la respuesta divina [2].

17. Esta mujer representaba a Francisco, por la fecundidad en muchos hijos, no por lo que tienen de molicie los hechos; el desierto es el mundo, inculto entonces y estéril en enseñanzas virtuosas; la descendencia hermosa y numerosa de hijos, el gran número de hermanos, hermoseado con toda suerte de virtudes; el rey, el Hijo de Dios, a quien, por la semejanza que les da la santa pobreza, reproducen configurados con él, y se alimentan de la mesa real, sin avergonzarse de su pobreza, pues, contentos de imitar a Cristo y viviendo de limosna, están seguros de que a través de los desprecios del mundo llegarán a ser bienaventurados.

El señor papa se admira de la parábola propuesta y ve claro que Cristo mismo le ha hablado en este hombre. Se acuerda de una visión tenida pocos días atrás, que —afirma, ilustrado por el Espíritu Santo— se cumplirá precisamente en este hombre. Había visto en el sueño que la basílica de Letrán estaba a punto de arruinarse y que un religioso pequeño y despreciable, arrimando la espalda, la sostenía para que no cayera. «Ciertamente —dijo— es este quien con obras y enseñanzas sostendrá la Iglesia de Cristo». Por eso, el señor papa accede con facilidad a la petición de Francisco; por eso, lleno de devoción divina, amó siempre con amor especial al siervo de Dios. Y le otorgó luego lo pedido, y, ofrecido a él, prometió que le otorgaría aún mucho más.

Desde esa hora, en virtud de la facultad que se le había concedido [3], Francisco empezó a esparcir la semilla de virtudes y a predicar con mayor fervor por ciudades y castillos.

[2] Ni el episodio ni la parábola se encuentran en 1C. Son, con todo, anteriores, pues los consigna Odón de Chériton (condado de Kent) en su colección de sermones para los evangelios dominicales, compuesto en 1219 (BIHL, *Sancti Francisci parabola:* AFH 22 [1929] p.584-86).

[3] LM 3,10 indica que el papa hace tonsurar aun a los hermanos laicos para que puedan predicar sin que las autoridades eclesiásticas locales los tomen como sospechosos de herejía.

Santa María de la Porciúncula

CAPÍTULO XII

El amor del Santo a este lugar, la vida de los hermanos en él y el amor de la Virgen Santísima a él

18. El siervo de Dios Francisco, pequeño de talla, humilde de alma, menor por profesión, estando en el siglo, escogió para sí y para los suyos una porcioncilla del mundo, ya que no pudo servir de otro modo a Cristo sin tener algo del mundo. Pues no sin presagio divino se había llamado de antiguo Porciúncula este lugar [1] que debía caberles en suerte a los que nada querían tener del mundo.

Es de saber que había en el lugar una iglesia levantada en honor de la Virgen Madre, que por su singular humildad mereció ser, después de su Hijo, cabeza de todos los santos. La Orden de los Menores tuvo su origen en ella, y en ella, creciendo el número, se alzó, como sobre cimiento estable, su noble edificio.

El Santo amó este lugar sobre todos los demás, y mandó que los hermanos tuviesen veneración especial por él [2], y quiso que se conservase siempre como espejo de la Religión en humildad y pobreza altísima, reservada a otros su propiedad, teniendo el Santo y los suyos el simple uso [3].

19. Se observaba en él la más estrecha disciplina en todo, tanto en el silencio y en el trabajo como en las demás prescripciones regulares. No se admitían en él sino hermanos especialmente escogidos, llamados de diversas partes, a quienes el Santo quería devotos de veras para con Dios y del todo perfectos. Estaba también absolutamente prohibida la entrada de seglares. No quería el Santo que los hermanos que moraban en él, y cuyo número era limitado, buscasen, por ansia de novedades, el trato con los seglares, no fuera que, abandonando la contemplación de las cosas del cielo, vinieran, por influencia de charlatanes, a aficionarse a las de aquí abajo. A nadie se le permitía decir palabras ociosas ni contar las que había oído. Y si alguna vez ocurría esto por culpa de algún hermano, aprendiendo en el castigo, bien se precavía en adelante para que no volviera a suceder lo mismo. Los moradores de aquel lugar estaban entregados sin cesar a las alabanzas divinas día y noche y llevaban vida de ángeles, que difundía en torno maravillosa fragancia.

Y con toda razón. Porque, según atestiguan antiguos moradores, el lugar se llamaba también Santa María de los Angeles. El

[1] Un documento de 1160 confirma esta afirmación de Celano (A. FORTINI, *Nova vita di San Francesco* p.385).

[2] Cf. 1C 106.

[3] Cf. 1C 44; 2C 57 y 59. La distinción jurídica aquí utilizada se apoya en la bula *Quo elongati* (1230), de Gregorio IX.

dichoso Padre solía decir que por revelación de Dios sabía que la Virgen Santísima amaba con especial amor aquella iglesia entre todas las construidas en su honor a lo ancho del mundo, y por eso el Santo la amaba más que a todas.

Capítulo XIII

Cierta visión

20. Un hermano devoto de Dios había tenido, antes de convertirse, una visión, relativa a la misma iglesia, que es digna de ser contada. Veía alrededor de esta iglesia incontables hombres heridos de ceguera lastimosa, de rodillas, con la faz vuelta al cielo. Todos, con voz que movía a lágrimas, levantadas las manos al cielo, invocaban a Dios, pidiendo misericordia y luz. De pronto sobrevino del cielo un gran resplandor, que, difundiéndose sobre todos, comunicó luz y llevó la curación anhelada a cada uno.

Tenor de vida de San Francisco y de los hermanos

Capítulo XIV

El rigor de la disciplina

21. El bizarro caballero de Cristo no tenía miramiento alguno con su cuerpo, al cual, como a extraño, le exponía a toda clase de injurias de palabra y de obra. Quien intentara enumerar sus sufrimientos sobrepasaría el relato del Apóstol, que cuenta los que padecieron los santos [1]. Otro tanto habría que decir de toda aquella primera escuela de hermanos, que se sometía a toda clase de incomodidades, hasta el punto de considerar vicioso complacerse en algo que no fuera consuelo del espíritu. Y hubieran desfallecido muchas veces al rigor de los aros de hierro y cilicios con que se ceñían y vestían, de las prolongadas vigilias y continuos ayunos con que se maceraban, de no haberse atenuado, por reiterados avisos del piadoso pastor, la dureza de tan gran mortificación.

[1] Acaso los pasajes de Heb 11,33-38 y 2Cor 11,23-29.

Capítulo XV

La discreción de San Francisco

22. Una noche, mientras los demás descansan, una de sus ovejas rompe a gritar: «Hermanos, ¡que me muero, que me muero de hambre!» Se levanta luego el egregio pastor y corre a llevar el remedio conveniente a la oveja desfallecida. Manda preparar la mesa, y ésta bien provista de exquisiteces rústicas, en la que, como muchas otras veces, el agua suple la falta de vino. Comienza a comer él mismo, y, para que el pobre hermano no se avergüence, invita a los demás a hacer la misma obra de caridad. Después de comer en el temor del Señor, para que no falte nada a los servicios de caridad, propone a los hijos una parábola extensa acerca de la virtud de la discreción. Manda que siempre se ofrezca a Dios un sacrificio condimentado con sal [1] y les llama la atención para que cada uno sepa medir sus fuerzas en su entrega a Dios. Enseña que es el mismo pecado negar sin discreción al cuerpo lo que necesita y darle por gula lo superfluo. Y añade: «Sabed, carísimos, que, si he comido, lo he hecho por obligación [2] y no cediendo a mi deseo, ya que la caridad fraterna me lo ha dictado. Sea para vosotros ejemplo la caridad, no el hecho de comer, pues la caridad es pábulo del espíritu, y la comida lo es de la gula».

Capítulo XVI

La providencia que tomó para el porvenir, cómo encomienda la Religión a la Iglesia romana y una visión que tuvo

23. El Padre santo, que progresaba sin cesar en méritos y en virtud, viendo que sus hijos aumentaban en número y en gracia por todas partes y extendían sus ramos maravillosos por la abundancia de frutos hasta los confines de la tierra, se dio a pensar muchas veces con cuidado sobre el modo de conservar y de ayudar a crecer la nueva plantación teniéndola enlazada con lazo de unidad.

Observaba ya entonces que muchos se revolvían furiosos, como lobos, contra la pequeña grey, y que, envejecidos en la maldad, tomaban ocasión de hacer daño [1] por el solo hecho de su novedad. Preveía que entre los mismos hijos podrían ocurrir percances contrarios a la santa paz y a la unidad, y, como sucede muchas veces entre los elegidos, dudaba de si llegaría a haber algunos rebeldes, hinchados del sentimiento de su propia valía y dispuestos en su espíritu a discordias e inclinados a escándalos.

[1] *Sale conditum sacrificium:* la sal de la alianza de Dios (Lev 2,13).

[2] *Dispensatione:* administración, gestión económica, *cargo de mayordomo* o *de padre de familia.*

[1] Cf. 1C 74.

24. Y como el varón de Dios diese en su interior muchas vueltas a estas y parecidas preocupaciones, una noche mientras dormía tuvo la siguiente visión. Ve una gallina pequeña y negra, semejante a una paloma doméstica, con las piernas y las patas cubiertas de plumas. La gallina tenía incontables polluelos, que, rondando sin parar en torno a ella, no lograban todos cobijarse bajo las alas. Despierta el varón de Dios, repasa en su corazón lo meditado y se hace intérprete de su propia visión: «Esa gallina —se dice— soy yo, pequeño de estatura y de tez negruzca, a quien por la inocencia de vida debe acompañar la simplicidad de la paloma, la cual, siendo tan extraña al mundo, vuela sin dificultad al cielo. Los polluelos son los hermanos, muchos ya en número y en gracia, a los que la sola fuerza de Francisco no puede defender de la turbación provocada por los hombres, ni poner a cubierto de las acusaciones de lenguas enemigas. Iré, pues, y los encomendaré a la santa Iglesia romana, para que con su poderoso cetro abata a los que les quieren mal y para que los hijos de Dios tengan en todas partes libertad plena para adelantar en el camino de la salvación eterna. Desde esa hora, los hijos experimentarán las dulces atenciones de la madre y se adherirán por siempre con especial devoción a sus huellas venerandas [2]. Bajo su protección no se alterará la paz en la Orden ni hijo alguno de Belial [3] pasará impune por la viña del Señor. Ella que es santa emulará la gloria de nuestra pobreza y no consentirá que nieblas de soberbia desluzcan los honores de la humildad. Conservará en nosotros inviolables los lazos de la equidad y de la paz imponiendo severísimas penas a los disidentes. La santa observancia de la pureza evangélica florecerá sin cesar en presencia de ella y no consentirá que ni por un instante se desvirtúe el aroma de la vida».

Esto es lo que el santo de Dios únicamente buscó al decidir encomendarse a la Iglesia; aquí se advierte la previsión del varón de Dios, que se percata de la necesidad de esta institución para tiempos futuros.

Capítulo XVII

Cómo pidió que el obispo de Ostia hiciese las veces de papa

25. Al llegar el varón de Dios a Roma fue recibido con mucha devoción por el señor papa Honorio y por todos los cardenales. Y es que cuanto había difundido la fama brillaba en la vida, resonaba en el habla, y ante eso no podía faltar la devoción. Predica ante el papa y los cardenales con resolución y fervor, hablando de su plenitud cuanto el Espíritu le sugería. A su palabra

[2] Nótese cómo se aplica aquí a la *Iglesia* la frase usada: seguir las huellas de *Cristo*.

[3] Dt 13,13; 1Sam 2,13; 25,17. Cf. también 2Cor 6,15.

se conmueven los montes [1], y, prorrumpiendo éstos en profundos suspiros que brotan desde sus mismas entrañas, lavan con lágrimas al hombre interior.

Después de predicar conversa familiarmente por algún tiempo con el papa y le hace esta petición: «Como sabéis, señor, los pobres y despreciados no pueden llegar fácilmente a tan alta majestad. Tenéis el mundo entero en vuestras manos y las enormes preocupaciones no os dejan tiempo para ocuparos de asuntos de menos monta. Por eso, señor —concreta Francisco—, acudo a las entrañas de vuestra santidad, para que nos concedáis. con veces de papa, al señor obispo de Ostia aquí presente. para que, sin mengua de vuestra dignidad, que está sobre todas las demás, los hermanos puedan recurrir en sus necesidades a él y beneficiarse con su amparo y dirección».

Agradó al papa esta santa petición, y, como había pedido el varón de Dios, confió luego la Orden al señor Hugolino, que era entonces obispo de Ostia. El santo cardenal toma a su cuidado la grey que se le confía, y, hecho padre solícito de la misma, fue hasta su dichosa muerte su pastor y director [2].

A esta sumisión especial se debe la prerrogativa de amor y la solicitud que la santa Iglesia romana nunca cesa de manifestar a la Orden de los Menores.

PARTE SEGUNDA

Introducción

26. Dejar para recuerdo de los hijos constancia de las glorias de los padres que han precedido, indica honra de los padres, amor de los hijos. Quienes no llegaron a conocerles personalmente, al menos con sus hechos se sienten provocados al bien, se sienten promovidos a mejorar cuando los padres, distanciados por el tiempo, vuelven a recordar a sus hijos enseñanzas dignas de memoria.

Pero considero al bienaventurado Francisco como espejo santísimo de la santidad del Señor e imagen de su perfección. Quiero decir que todas sus palabras y acciones exhalan un aroma divino, y si dan con alguien que las considera atentamente y es discípulo humilde, muy pronto, imbuido de enseñanzas saludables, lo llevan a amar eso que es la más alta filosofía.

Después de haber adelantado ya, con sencillez y como de pasada, algunas cosas de San Francisco, creo que no estará de más

[1] Sal 17,8. *Montes* se aplica, metafóricamente, a los cardenales, ya que en ellos se apoya el papa para el gobierno de la Iglesia, como sobre siete colinas se apoya la ciudad de Roma.

[2] *Alumnus*, en la latinidad posterior, tiene este sentido activo y no el sentido clásico de *ser discípulo de otro.*

añadir unas cuantas entre muchas, de modo que el Santo quede avalado, y nuestro amor decaído, estimulado.

Espíritu de profecía que tuvo San Francisco

Capítulo I

27. Elevado, en cierto modo, sobre las realidades mundanas, el bienaventurado Padre había sometido con admirable eficacia las cosas de la tierra; y, teniendo puesta siempre la mirada de su entendimiento en la luz suprema, conocía por revelación no sólo lo que él había de hacer, sino que predecía muchos sucesos con espíritu de profecía, escudriñaba los secretos de los corazones, conocía las cosas lejanas, preveía y anunciaba de antemano el porvenir. Los ejemplos van a probar lo que decimos.

Capítulo II

Cómo descubre la impostura de un hermano tenido por santo

28. Había un hermano que, a juzgar por las apariencias, se distinguía por una vida de santidad excepcional; pero era él muy singular. Entregado a todas horas a la oración, guardaba un silencio tan riguroso, que tenía por costumbre confesarse no de palabra, sino con señas. Con las palabras de la Sagrada Escritura concebía un gran ardor, y, oyéndolas, se mostraba transido de extraña dulzura. Pero ¿a qué continuar? Todos lo tenían por tres veces santo.

Llegó un día al lugar el bienaventurado Padre, vio al hermano, escuchó al santo. Y como todos lo encomiaran y enalteciera, observó el Padre: «Dejadme, hermanos, y no me ponderéis en él las tretas del diablo. Tened por cierto que es caso de tentación diabólica y un engaño insidioso. Para mí esto es claro, y prueba de ello es que no quiere confesarse». Muy duro se les hacía a los hermanos oír esto, sobre todo al vicario del Santo. Y objetan: «¿Cómo puede ser verdad que entre tantas señales de perfección entren en juego ficciones engañosas?» Responde el Padre: «Amonestadle que se confiese una o dos veces a la semana; si no lo hace, veréis que es verdad lo que os he dicho».

Lo toma aparte el vicario y comienza por entretenerse familiarmente con él y le ordena después la confesión. El hermano la rechaza, y con el índice en los labios, moviendo la cabeza, da a entender por señas que en manera alguna se confesará. Callaron los hermanos, temiendo un escándalo del falso santo. Pocos días después abandona éste, por voluntad propia, la Religión, se vuelve al siglo, retorna a su vómito. Y, duplicada su maldad, quedó privado de la penitencia y de la vida.

Hay que evitar siempre la singularidad, que no es sino un precipicio atrayente. Lo han experimentado muchos tocados de singularidad, que suben hasta los cielos y bajan hasta los abismos. Atiende, en cambio, la eficacia de la confesión devota, que no sólo hace, sino que da a conocer al santo.

Capítulo III

Otro caso parecido contra la singularidad

29. Algo parecido ocurrió con otro hermano llamado Tomás de Espoleto. Todos lo tenían en buen concepto y emitían juicio seguro de su santidad. Mas la apostasía comprobó el juicio del santo Padre, que lo creía un perverso. No perseveró por mucho tiempo, como tampoco dura mucho la virtud que se disfraza con disimulo. Salió de la Religión, y, al morir fuera de ella, sólo entonces se dio cuenta de lo que había hecho.

Capítulo IV

Cómo predijo la derrota de los cristianos en Damieta

30. Cuando el ejército de los cristianos asediaba Damieta, estaba presente el santo de Dios con sus compañeros, que habían atravesado el mar con ansias de martirio [1].

Y como los nuestros se preparasen a la batalla para el día señalado, oyéndolo el Santo, se dolió en lo profundo. Y dijo al que le acompañaba: «Si el encuentro tiene lugar en ese día, me ha dado a entender el Señor que no se les resolverá en éxito a los cristianos. Pero, si descubro esto, me tomarán por fatuo; y, si me callo, la conciencia me lo reprochará. Dime: ¿qué te parece?» Respondió el compañero: «Padre, no se te dé nada ser juzgado por los hombres, que no es precisamente ahora cuando vas a empezar a ser tenido por fatuo. Descarga tu conciencia y teme, más bien, a Dios que a los hombres».

Corre luego el Santo y se enfrenta a los cristianos con consejos saludables, disuadiéndoles de la batalla, anunciándoles la derrota. Los cristianos hacen escarnio de la verdad: se endurecieron en su corazón y no quisieron tomar en consideración el aviso. Se van. Se entabla el combate. Se lucha. Muchos de los nuestros se ven acorralados por el enemigo. Durante el combate, el Santo, con el alma en vilo, hace que el compañero se levante a observar, y como ni a la primera ni a la segunda ha visto nada, le manda

[1] Acaecía esto el 29 de agosto de 1219. Cf. 1C 57. Los hermanos Pedro Cattani, Iluminado, Elías y Cesáreo de Espira acompañaban a San Francisco (cf. Jordán de Giano, *Chronica* 11.12.14 [ed. Böhmer] p.9-14.

observar por tercera vez. Y ve ahí que todo el ejército cristiano se da a la fuga, reportando de la batalla la deshonra en vez del triunfo. Y fue tal el desastre de los nuestros, que quedaron muy reducidos, pues entre muertos y cautivos perdieron 6.000. Consumía, por tanto, al Santo la compasión que sentía de ellos, y no menos a ellos el arrepentimiento de lo que habían hecho. Y lloraba, sobre todo, por los españoles, al ver que su arrojo los había diezmado [2].

Conozcan esto los príncipes de toda la tierra y sepan que no es fácil guerrear contra Dios, es decir, contra la voluntad del Señor. La obstinación —que al apoyarse en las propias fuerzas desmerece la ayuda del cielo— suele tener un fin desastrado. De esperar del cielo la victoria, hay que entablar las batallas con espíritu de sumisión a Dios.

Capítulo V

De un hermano cuyos secretos de alma conoció

31. Al volver de ultramar en compañía del hermano Leonardo de Asís, el Santo, por la fatiga del camino y por su debilidad, tuvo que montar por algún tiempo sobre un asno. El compañero que le seguía, fatigado también él, y no poco, comenzó a decir para sí, víctima de la condición humana: «Los padres de él y los míos no se divertían juntos. Y ahora él va montado y yo voy a pie conduciendo el asno».

Iba pensando esto el hermano, cuando de pronto se desmontó el Santo y le dijo: «No, hermano, no está bien que yo vaya montado y tú a pie, pues en el siglo tú eras más noble y poderoso que yo». Quedó sorprendido el hermano, y, todo ruborizado, se reconoció descubierto por el Santo. Se le postró a los pies, y, bañado en lágrimas, confesó su pensamiento, ya patente, y pidió perdón.

Capítulo VI

El hermano sobre quien vino el diablo. Contra los que se apartan de la comunidad

32. Había otro hermano famoso ante los hombres, más famoso aún ante Dios por la gracia. El padre de toda envidia, envidioso de las virtudes de aquél, intenta abatir el árbol que tocaba

[2] Una bula de Honorio III de 15 de marzo de 1219 confirma el testimonio de Celano: concede al arzobispo de Toledo la facultad de conmutar, a favor de la cruzada contra los moros de España, los votos de los que se habían alistado para la cruzada de Oriente, a excepción de los nobles y los caballeros. Atanasio López publicó la bula en AIA 14 (1920) p.498; cf. también DELORME, *Les espagnoles à la bataille de Damiette:* AFH 16 (1923) p.245-46.

en los cielos y arrebatar de las manos la corona: ronda, sacude, descubre y ventea las tendencias del hermano, tanteando el modo de ponerle un tropiezo que sea eficaz. Y, so pretexto de mayor perfección, le sugiere el deseo de apartarse de los demás, para hacerle al fin caer más fácil arremetiendo contra él al estar solo, ya que, caído y solo, no tenga quien lo levante [1]. ¿Qué pasó? Se aparta de la Religión de los hermanos y se va como peregrino y huésped por el mundo. Hizo del hábito una túnica corta, llevaba la capucha descosida de la túnica, y andaba en esa forma por la tierra, despreciándose en todo.

Pero andando así, al faltarle luego los consuelos divinos, comenzó a fluctuar en medio de tentaciones borrascosas. Le inundaron las aguas hasta el fondo del alma, y, sufriendo la desolación del hombre interior y exterior, corre como pájaro que se precipita en la red. Al borde casi del abismo, estaba ya en peligro de caer en él, cuando la mirada providente del Padre, compadecido del miserable, le miró con bondad. Y él, sacando lección de la acometida, vuelto por fin en sí, se dijo: «Torna, miserable, a la Religión, que en ella está tu salvación». No aguarda más: se levanta luego y corre al regazo de la madre.

33. Y cuando llegó a Siena, al lugar de los hermanos, San Francisco estaba allí. Y ¡cosa extraña! No bien lo vio, huyó de él el Santo y se encerró precipitadamente en la celda. Turbados los hermanos, indagan la causa de la huida. Les responde el Santo: «¿Por qué os sorprendéis sin saber la causa de la huida? He corrido a refugiarme en la oración para librar a este equivocado. He visto en el hijo algo que con razón me ha disgustado; pero, gracias a Cristo, el engaño se ha desvanecido ya del todo». El hermano se arrodilló, y, cubierto de rubor, se confesó culpable. El Santo le dijo: «Perdónete el Señor, hermano. Pero en adelante ten cuidado de no separarte de tu Religión y de tus hermanos ni con pretexto de santidad». Y, desde entonces, el hermano se hizo amigo de estar reunido y vivir en fraternidad, apreciando, sobre todo, los grupos en los que más brillaba la observancia regular.

¡Grandes son las obras del Señor en la congregación, en la asamblea de los santos! En ella los tentados resisten, los caídos se levantan, los tibios se animan, «el hierro con el hierro se aguza», y el hermano, al amparo del hermano, llega a tener la seguridad de una ciudad fuerte, y, aunque por la turbamulta del mundo no puedas ver a Jesús [2], en nada te estorba, por cierto, la de los ángeles del cielo. Tan sólo esto: no huyas, y, fiel hasta la muerte, recibirás la corona de la vida.

34. Un caso muy parecido ocurrió poco después con otro hermano. No se sometía éste al vicario del Santo, sino que tenía por maestro propio otro hermano. Pero, advertido —mediante un intermediario— por el Santo, que estaba allí [3], se echó luego a

[1] Eclo 4,10.
[2] Cf. Lc 19,3.
[3] El suceso tuvo lugar, según LM 11,11, en un capítulo.

los pies del vicario, y, abandonando al maestro de antes, se somete a la obediencia de aquel a quien el Santo le había señalado como prelado. En esto, el Santo suspiró profundamente y dijo al compañero que había hecho de mediador: «Hermano, he visto sobre los hombros del hermano desobediente al diablo, que le apretaba el cuello. Sometido a semejante caballero, despreciando el freno de la obediencia, seguía las bridas de sus sugestiones. Y —añadió— como rogara yo al Señor por él, al instante se alejó el demonio, abatido».

Tan grande era la penetración de este hombre, de ojos debilitados para ver las cosas corporales, perspicaces para las espirituales. Y ¿qué extraño, si se carga sobre sí un peso ignominioso quien no quiere llevar al Señor de la majestad? No hay término medio: o llevas la carga ligera [4], que, por mejor decir, te llevará a ti, o, colgada a tu cuello una muela de molino, la maldad te hunde a ti en un mar de plomo.

Capítulo VII

Cómo libró de lobos feroces y del granizo a la población de Greccio

35. El Santo moraba a gusto en Greccio, en el lugar de los hermanos, ya porque lo encontrara rico en pobreza, ya porque en una celdilla más apartada, adaptada en el saliente de una roca, se entregaba con más libertad a las ilustraciones del cielo. Este es el lugar en que, hecho niño con el Niño, celebró, tiempo ha, la navidad del Niño de Belén [1].

Sucedía por entonces que la población era acometida de muchas desgracias: bandadas de lobos rapaces devoraban no sólo animales, sino también hombres, y el granizo asolaba cada año mieses y viñedos. Predicando un día San Francisco, les dijo: «En honor y alabanza del Dios todopoderoso, oíd la verdad que os anuncio: si cada uno de vosotros confiesa sus pecados y hace dignos frutos de penitencia, yo os doy palabra de que todas esas plagas se alejarán y de que, mirándoos con amor el Señor, os enriquecerá con bienes temporales. Pero —añadió— oíd también esto: os anuncio asimismo que, si, desagradecidos a los beneficios, volviereis al vómito [2], sobrevendrá de nuevo la plaga, se duplicará el castigo, y la ira de Dios se encenderá aún más sobre vosotros».

36 Y, de hecho, por los méritos y las oraciones del Padre santo, cesaron desde entonces los desastres, se retiró el peligro y

[4] Mt 11,30.
[1] Cf. 1C 86.
[2] 2Pe 2,22.

los lobos y el granizo no les causaron ningún daño. Y lo que es más asombroso: si alguna vez caía granizo en campos vecinos, al acercarse a los de Greccio, o cesaba o se desviaba.

Ya tranquilos, los habitantes de Greccio crecieron mucho en número y se enriquecieron en demasía de bienes temporales. Pero pasó lo que pasa con la prosperidad: que los rostros se abotargan de gordura y se ciegan con la grosura, o, por mejor decir, con la basura de los bienes temporales. Cayendo, en fin, en culpas más graves, se olvidaron de Dios, que los había salvado. Mas no impunemente, porque la sanción de la justicia divina castiga menos la caída que la recaída. Se despierta, pues, la ira de Dios contra ellos, y a la vuelta de los males ahuyentados se unió ahora la espada de los hombres, y la mortandad ordenada por el cielo acabó con muchísimos; en una palabra, el castro entero quedó abrasado por las llamas vengadoras [1]. Es bien justo que a quienes vuelven las espaldas a los beneficios caiga sobre ellos la destrucción.

Capítulo VIII

Cómo, predicando a los habitantes de Perusa, les predijo una sedición que habría entre ellos, y recomendación de la concordia

37. Pocos días después, una vez que bajó de la mencionada celda, el bienaventurado Padre dijo con voz de queja a los hermanos que estaban allí: «Mucho mal han hecho los perusinos a sus comarcanos y su corazón se ha ensoberbecido, para deshonra suya. Pero el castigo de Dios se avecina, ya tiene puesta su mano en la espada». A los pocos días se levanta movido por el fervor del espíritu y se encamina hacia la ciudad de Perusa. Los hermanos pudieron apreciar claramente que había tenido alguna visión en la celda.

En cuanto llega a Perusa, se pone a predicar al pueblo, reunido de antemano; mas como unos caballeros corrieran, como es costumbre, en torneos y juegos de a caballo con lances de armas e impidieran oír la palabra de Dios, el Santo, vuelto a ellos, dijo entre sollozos: «¡Perversidad deplorable la vuestra, hombres dignos de compasión, que no reparáis ni teméis el juicio de Dios! Pero oíd lo que el Señor os hace saber por mí, pobrecillo. El Señor os ha encumbrado —añadió— sobre cuantos viven en vuestro derredor, por lo que deberíais ser mejores con los comarcanos y más agradecidos con Dios. Pero, ingratos al favor, acometéis con mano armada a los comarcanos, los matáis y los asoláis. Os ase-

[1] Puede que ocurriera en 1242, cuando Rieti, por su fidelidad al papa, fue asediada (1241-44) por las fuerzas de Federico II. Sabemos que, en mayo de 1242, Andrés de Ciccala, capitán del reino de Nápoles, asoló los alrededores de la ciudad de Rieti por orden del emperador.

guro que no quedaréis sin escarmiento, porque Dios hará que vosotros, para castigo más violento, caigáis en la ruina por una guerra civil, de modo que, amotinados, os levantéis el uno contra el otro. La indignación de Dios enseñará a quienes la dignación no enseñó».

No muchos días después, desencadenada entre ellos la discordia, empuñan las armas contra el prójimo: los del pueblo arremeten contra los caballeros, y los caballeros, espada en mano, contra los del pueblo. Se lucha, en fin, con tal fiereza y tanta mortandad, que hasta los comarcanos, a quienes habían hecho tanto mal, se compadecían de ellos [1].

¡Sanción digna de alabanza! Pues se habían apartado del que es uno y sumo, era inevitable que no hubiese unión entre ellos. No hay lazo capaz de unir más estrechamente a los hombres de un pueblo como el amor filial a Dios, y la fe no fingida, sino sincera.

Capítulo IX

Una mujer a la que predijo la conversión de su marido

38. Por aquellos días, el varón de Dios marchaba a Celle di Cortona; enterada una mujer noble del castillo llamado Volusiano, corre a su encuentro; fatigada por la larga caminata, ella, que era blanda ya de por sí y delicada, llegó por fin a donde el Santo. El Padre santísimo, al notar el cansancio y la respiración entrecortada de la mujer, compadecido, le dijo: «¿Qué quieres, señora?» «Padre, que me bendigas». Y el Santo: «¿Eres casada o no?» «Padre —respondió ella—, tengo un marido cruel, y sufro con él, porque me estorba en el servicio de Jesucristo. Este es mi dolor más grande: el de no poder llevar a la práctica, por impedírmelo el marido, la buena voluntad que Dios me ha inspirado. Por eso, te pido a ti, que eres santo, que ruegues por él, para que la misericordia divina le humille el corazón».

Admira el Santo la fortaleza viril de la mujer, la madurez de alma de la joven, y, movido a piedad, le dice: «Vete, hija bendita, y sábete que tu marido te dará muy pronto un consuelo. Dile, de parte de Dios y de la mía —añadió—, que ahora es el tiempo de salvación, y después el de la justicia».

Con la bendición del Santo, se vuelve la mujer, encuentra al

[1] Las discordias entre la nobleza y la clase popular en Perusa nacieron en 1214. Con ocasión de ellas se dieron diversas intervenciones de los romanos pontífices: de Inocencio III, en 1214; de Honorio III, en 1218. En 1223 hubo nuevos enfrentamientos; volvieron a repetirse en 1225. Puede que el hecho a que aquí se refiere tuviera lugar en 1213 (acaso en 1217), cuando todavía no se había impuesto la fama de Francisco. Bigaroni hace notar que, siendo los caballeros representantes de la clase alta, se oponían a la promoción de las clases populares; tal vez por eso no verían con buenos ojos la predicación de San Francisco al pueblo *(Compilatio Assisiensis* [Porziuncola 1975] p.213 n.129).

marido, le comunica el mensaje. De repente, el Espíritu Santo descendió sobre él, y, cambiándolo de hombre viejo en nuevo, le hace hablar con toda mansedumbre en estos términos: «Señora, sirvamos al Señor y salvemos nuestras almas en nuestra casa» [1]. Replicó la mujer: «Me parece que hay que poner la continencia por cimiento seguro del alma, y luego edificar sobre ella las demás virtudes». «Eso es —dijo él—; como a ti, también a mí me place». Y, llevando desde entonces, por muchos años, vida de célibes, murieron santamente en el mismo día, como holocausto de la mañana el uno y sacrificio de la tarde el otro.

¡Dichosa mujer, que ablandó así a su señor para la vida! Se cumple en ella aquello del Apóstol: *Se salva el marido infiel por la mujer fiel* [2]. Pero diré con un adagio popular: mujeres como ésa pueden contarse hoy con los dedos de una mano.

Capítulo X

Cómo supo en espíritu que un hermano había escandalizado a otro hermano y predijo de él que dejaría la Religión

39. Hace algún tiempo vinieron de la Tierra de Labor [1] dos hermanos, el mayor de los cuales dio muchos escándalos al joven. Había sido, por decirlo así, tirano y no compañero. Pero el joven lo sufría todo por Dios en silencio admirable. Habiendo llegado a Asís y entrando el joven a donde estaba San Francisco (le era, por cierto, familiar al Santo), le preguntó el Santo entre otras cosas: «¿Cómo se ha portado contigo el compañero en este viaje?» «De verdad que muy bien [2], amadísimo Padre». Y el Santo: «¡Cuidado, hermano! No mientas so capa de humildad, porque sé cómo se ha portado contigo; pero espera un poco y verás».

Mucho se admiró el hermano de que el Santo hubiese conocido por el Espíritu cosas sucedidas tan lejos. No muchos días después, en efecto, el que había escandalizado a su hermano sale de la Religión, despreciándola.

Indudablemente, es señal de maldad y argumento evidente de poco seso no llevar una misma voluntad llevando un mismo camino con un buen compañero.

[1] Sobre los penitentes «en su propia casa» cf. Meersseman, *Le dossier de l'Ordre de la Penitence au XIIIe siecle* (Fribourg 1961) p.4 y 5 (no obstante la interpretación equivocada respecto a San Francisco).

[2] 1Cor 7,14.

[1] La región de Nápoles.

[2] Cf. LM 11,13.

Capítulo XI

Cómo conoció que a un joven que vino a la Religión no le guiaba el espíritu de Dios

40. Por aquellos mismos días vino a Asís un muchacho noble de Luca que quería entrar en la Religión. Presentado a San Francisco, le pedía de rodillas y con lágrimas que le recibiera. Y, mirándolo detenidamente el varón de Dios, conoció al pronto, por inspiración del Espíritu, que no era buena la intención que animaba al muchacho. Y le dijo: «Desgraciado y carnal, ¿cómo crees poder engañar al Espíritu Santo y a mí? Tu llanto es carnal y tu corazón no está en Dios. Vete —intimó—, porque no gustas nada espiritualmente».

Apenas había dicho esto el Santo, avisan que los padres están a la puerta y buscan al hijo para llevarle consigo; y, saliendo luego éste, se volvió gustoso con ellos. Los hermanos quedan admirados del suceso, alabando al Señor en su santo.

Capítulo XII

Un clérigo curado por él, a quien, a causa de sus pecados, predijo males más graves

41. Cuando el santo Padre yacía enfermo en el palacio episcopal de Rieti, un canónigo de nombre Gedeón, sensual y mundano, guardaba cama, enfermo y aquejado de dolores en todo el cuerpo.

Haciéndose llevar a San Francisco, ruega con lágrimas que le haga sobre sí la señal de la cruz. Le replica el Santo: «¿Cómo quieres que te signe con la señal de la cruz, si has vivido satisfaciendo la concupiscencia de la carne, sin temor de los juicios de Dios? Te signo —añadió— en el nombre de Cristo; pero sábete que si, curado ya, vuelves al vómito, vendrán sobre ti males aún más graves». E insistió: «Por el pecado de ingratitud acaecen a la postre daños peores que a los comienzos». Hecha la señal de la cruz, el que había estado tullido, se levantó luego sano, y, prorrumpiendo en alabanzas, dijo: «Estoy curado». Y los huesos de la cintura hicieron chasquidos, que oyeron muchos, como cuando se rompe la leña seca con las manos.

Pero después de una corta temporada, olvidado de Dios, el clérigo se dio otra vez a los desórdenes carnales. Habiendo cenado una tarde en casa de un canónigo y durmiendo en ella aquella noche, se derrumbó inesperadamente el techo sobre todos los de la casa. Escaparon los demás de la muerte; sólo el miserable pereció aplastado.

No hay que extrañar que, como dijo el Santo, las postrimerías fuesen para el canónigo peores que los comienzos, pues el perdón

obtenido reclama agradecimiento y la recaída en la culpa ofende al doble.

Capítulo XIII

Un hermano tentado

42. Continuaba el Santo en el mismo lugar. Un hermano espiritual de la custodia de Márs ica [1], atormentado por tentaciones pesadas, se dijo para sí: «Si pudiera tener, al menos, un pedacito de las uñas de San Francisco, estoy seguro de que se desvanecería toda esta tempestad de tentaciones y, con el favor del Señor, volvería la calma».

Con el debido permiso, se va al lugar, expone el asunto a un compañero del Padre santo. Le responde el hermano: «No creo que me sea posible conseguírtelas, pues, aunque se las cortamos de vez en cuando, manda que las arrojemos, prohibiéndonos su conservación». De pronto llaman a este hermano y le ordenan que se presente al Santo, que lo busca. «Hijo —le dice—, hazte con unas tijeras para cortarme las uñas». Se las presenta el hermano, que previamente las había tomado con esa intención; y, recogiendo los recortes, se los entrega al hermano que los había solicitado. Este los recibe con devoción, con mayor devoción aún los conserva, y se ve luego libre de todo asalto.

Capítulo XIV

Un hombre que ofreció el paño según lo había pedido antes el Santo

43. Una vez, en el mismo lugar [1], el Padre de los pobres, que vestía una túnica vieja, dijo a uno de sus compañeros, a quien había nombrado su guardián [2]: «Hermano, quisiera que, si puedes, me busques paño para una túnica». Oído esto, el hermano se pone a pensar cómo pueda lograr el paño tan necesario y tan humildemente pedido.

Al día siguiente muy de mañana, ya en la puerta para salir a la villa en busca del paño, se da de cara con un hombre que estaba sentado a la entrada en espera de hablar con el hermano; y le dijo: «Recíbeme, por amor de Dios, este paño que da para seis túnicas, y, reservándote una, distribuye las demás como quieras, para bien de mi alma». Lleno de alegría, vuelve el hermano a donde Francisco y le da la noticia de la oferta hecha por el cielo. El Padre le dice: «Recibe las túnicas, pues fue enviado para aten-

[1] Al lado del lago Fucino, en el Abruzzo, al oeste del Lazio y sur de Sabina.

[1] En el palacio del obispo de Rieti (2C 41).

[2] Cf. Test 27-28.

der de esa manera a mi necesidad. Sean dadas gracias —añadió— a aquel que parece ocuparse de nosotros».

Capítulo XV

Cómo convidó a su médico a comer en ocasión en que los hermanos no tenían qué darle y cómo, de pronto, proveyó el Señor; y la providencia de Dios con los suyos

44. Mientras el bienaventurado varón moraba en un eremitorio cercano a Rieti, lo visitaba todos los días el médico para curarle los ojos. Un día dijo el Santo a los suyos: «Convidad al médico y dadle de comer muy bien». Le respondió el guardián: «Padre, confesamos con rubor: tan pobres como nos encontramos ahora, nos da vergüenza convidarlo».

El Santo le replicó: «¿Qué queréis, que os lo repita?» El médico, que estaba presente, observó: «Carísimos hermanos, para mí será un placer participar de vuestra pobreza».

Los hermanos se ponen en movimiento y colocan sobre la mesa cuanto hay en la despensa: un poco de pan, no mucho vino y, para más regalo, algunas legumbres que vienen de la cocina. Entretanto, *la mesa del Señor* se compadece de la mesa de los siervos: llaman a la puerta, se acude en seguida. Y he aquí que una mujer les obsequia con una cesta repleta de provisiones: una hogaza sabrosa, peces, ensaimadas de camarones y, para colmo, miel y racimos de uvas.

Ante esto, la mesa de los pobres se alegra, y, dejando para el día siguiente los alimentos de pobres, comen hoy los manjares exquisitos. Conmovido muy de veras, el médico exclamó: «Ni vosotros los hermanos, como debierais, ni nosotros los seglares comprendemos la santidad de este hombre». Cierto que hubieran podido hartarse comiendo, si el milagro no los hubiera llenado más que las viandas.

Es que la mirada del Padre no se despreocupa de los suyos, antes bien con mayor providencia mantiene a los que mendigan con mayor necesidad. Como quiera que Dios es más generoso en su liberalidad que el hombre, el pobre disfruta de una mesa más copiosamente abastecida que el tirano.

Cómo libró de una tentación al hermano Ricerio

44bis. Un hermano llamado Ricerio, noble de familia y de costumbres, esperaba tanto de los méritos del bienaventurado Francisco, que creía merecer, desde luego, la gracia de Dios el que tenía a favor la benevolencia del Santo, o la indignación de Dios el que carecía de ella. Y anhelaba de corazón alcanzar el favor de la confianza del Santo; pero temía mucho que éste descubriera en él cualquier asomo de defecto que le era imperceptible, y por eso se encontrase él más ajeno a su favor.

Sufriendo así esta aflicción continua y pesada, que no manifestaba a nadie, ocurrió un día que, turbado como solía estar el hermano, se acercó a la celda en que el bienaventurado Francisco hacía oración. El varón de Dios, que se dio cuenta a la par de su llegada y de su estado de ánimo, lo llamó afectuosamente y le dijo: «Hijo, en adelante no te turbe ningún temor, ninguna tentación, porque me eres muy amado y te distingo con especial aprecio entre los que me son más amados. Ven a mí con confianza cuando quieras, y libremente, cuando quieras, me dejas». Se admiró no poco el hermano y se alegró con las palabras del santo Padre; y en adelante, seguro del aprecio de éste, creció también, según había creído, en la gracia del Salvador [1].

Capítulo XVI

Dos hermanos a quienes, saliendo de la celda, bendijo, conocido por inspiración del espíritu el deseo que tenían

45. San Francisco acostumbraba pasar todo el día en la celda apartada, sin volverse a los hermanos más que cuando necesitaba tomar algún alimento; y no a las horas señaladas para la comida, porque más viva era en él el hambre de la contemplación, que lo reclamaba del todo para sí con mucha más frecuencia.

Un día llegaron de lejos al lugar de Greccio dos hermanos que vivían una vida grata a Dios. El único motivo del viaje era ver al Santo y recibir de él la bendición hacía tiempo deseada. Pero al llegar no lo encontraron, porque se había retirado de entre los hermanos a la celda, y se entristecieron notoriamente. Por otra parte, la incerteza de cuándo saldría suponía una larga espera. Se alejan, pues, ya, abatidos, echando la culpa del fracaso a habérselo merecido. Iban como a un tiro de piedra del lugar, acompañados de algunos que moraban con el bienaventurado Francisco y que trataban de consolarlos, cuando de pronto el Santo, que los sigue, llama y dice a uno de los compañeros: «Di a mis hermanos que han venido aquí que me miren». Y, al volver ellos la cara hacia él, los signó con la señal de la cruz y los bendijo con muchísimo afecto. Con esto, ellos, doblemente contentos, porque habían logrado con ventaja su intento y un milagro, se volvieron alabando y bendiciendo al Señor.

Capítulo XVII

Cómo por su oración sacó agua de la roca y la dio a beber a un campesino

46. Una vez, el bienaventurado Francisco quiso ir a cierto eremitorio [1] para darse allí más libremente a la contemplación;

[1] Cf. 1C 49-50.

[1] Al del monte Alverna, según Bartolomé de Pisa (AF 4 p.38).

sintiéndose bastante débil, obtuvo de un hombre pobre un asno para el viaje. Montaña arriba en días de verano, el campesino, fatigado por el camino escabroso y largo que hacía siguiendo al varón de Dios, se resiente y desfallece de sed antes de llegar al lugar. Comienza a gritar tras el Santo con vehemencia y pide que se le compadezca; asegura que se muere de sed si no se le reanima con el alivio de una bebida. El santo de Dios, compasivo siempre con los abatidos, saltó en seguida del asno e hincado de rodillas, alzando las manos al cielo, no cesó de orar hasta saberse escuchado. «Ven pronto —dijo después al campesino—, y encontrarás allí agua viva, que Cristo en su misericordia ha hecho brotar ahora de la piedra para que bebas tú».

¡Dignación estupenda de Dios, que se inclina tan fácil a sus siervos! Gracias a la oración del Santo, el campesino bebió del agua que había brotado de la piedra, apagó la sed en la roca durísima. Y aguas no las hubo allí antes, ni han sido descubiertas después, como se ha comprobado escrupulosamente. ¿Qué extraño que quien está lleno del Espíritu Santo reproduzca, a su vez, los prodigios obrados por todos los justos? Ni es para asombrarse si quien, por donación de gracia especial, es uno con Cristo, realiza prodigios semejantes a los de los otros santos.

Capítulo XVIII

Las avecillas que alimentó y cómo una de ellas pereció por voraz

47. Estaba un día el bienaventurado Francisco sentado a la mesa con los hermanos; aparecen dos avecillas, macho y hembra, que, solícitas por sus crías, a satisfacción de su deseo, recogen cada día de la mesa del Santo unas migajas. El Santo se alegra con las avecillas, las acaricia, como acostumbra, y cuida de darles de comer. Un buen día, la pareja presenta los pajarillos a los hermanos, como en señal de gratitud por haberlos alimentado, y, confiándoselos, desaparecen ya del lugar. Los pajarillos se hacen a los hermanos, y, posándose en sus manos, están en casa no como huéspedes, sino como quien habita junto a los hermanos. Huyen a la vista de los seglares; y se dan a conocer como quienes han sido criados tan sólo por los hermanos. Observa esto el Santo y queda asombrado, e invita a los hermanos a alegrarse: «Ved —dice— lo que han hecho nuestros hermanos petirrojos; ni que tuvieran inteligencia. Como que nos han dicho: 'Mirad, hermanos, os dejamos nuestros hijuelos que se han alimentado de vuestras migas. Haced de ellos lo que queráis; nosotros nos vamos a otros lares'». Así, pues, los pajarillos se familiarizan del todo con los hermanos y comen junto con ellos.

Pero la voracidad viene a deshacer la unión cuando la altanería de uno mayor persigue a los más pequeños. Comiendo él por

placer hasta hartarse, impide que los demás coman. «Mirad —dice el Padre— lo que hace ese glotón; pletórico él y harto, no puede ver que los hermanos que tienen hambre coman. Con muerte bien triste va a desaparecer». Al dicho del Santo sigue luego el castigo. El perturbador de los hermanos se posa, para beber, sobre una vasija, y, cayendo de improviso en el agua, perece ahogado; y ni gato ni bestia alguna osó tocar el ave que había incurrido en la maldición del Santo.

Horrenda tiene que ser la codicia en los hombres, cuando en las aves es castigada con tanto rigor. Y de temer también la condena de los santos, que atrae tan fácilmente el castigo.

Capítulo XIX

Cómo se cumplió al detalle cuanto predijo del hermano Bernardo

48. Otra vez habló así, en profecía, del hermano Bernardo, que fue el segundo en la Orden: «Os digo que para probar al hermano Bernardo han sido asignados demonios muy astutos y los más malos entre los malos; pero, por más que se empeñen incansables en hacer caer del cielo la estrella, el resultado, sin embargo, será muy otro. Cierto que será atribulado, aguijoneado, congojado, pero al fin triunfará de todo». Y añadió: «Al acercársele la muerte, calmada toda tempestad, ya vencida toda tentación, disfrutará de admirable serenidad y paz, y al término de la carrera de la vida volará felizmente a Cristo».

Y de hecho así fue: su muerte resplandeció en milagros, y tal como lo había predicho el varón de Dios, así sucedió al detalle; por lo que a su muerte dijeron los hermanos: «A la verdad, mientras vivía, no fue conocido este hermano». Pero dejamos a otros cantar las alabanzas del hermano Bernardo [1].

Capítulo XX

El hermano tentado que quería tener algún escrito de puño y letra del Santo

49. Sucedió al tiempo que vivía el Santo en el monte Alverna. El permanecía retirado en la celda. Uno de los compañeros [1] deseaba con mucho afán tener por escrito, para que le confortase, alguna de las palabras del Señor, acompañada de una breve anotación manuscrita de San Francisco. Creía, en efecto, que con eso desaparecería, o se aliviaría por lo menos, una tenta-

[1] Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen p.798.

[1] *Introducción* a la *Carta al hermano León* en este volumen p.73.

ción molesta —no de la carne, sino del espíritu— que lo atormentaba. Aunque se consumía con este deseo, le daba pavor descubrirlo al Padre santísimo; pero a quien no se lo manifestó el hombre, se lo reveló el Espíritu.

Y así, un día llama el bienaventurado Francisco al hermano y le dice: «Tráeme papel y tinta, porque quiero escribir unas palabras del Señor y sus alabanzas que he meditado en mi corazón». En cuanto los tuvo a mano, escribió de su puño y letra las alabanzas de Dios y las palabras que quiso, y, por último, la bendición para el hermano, a quien dijo: «Toma para ti este pliego y consérvalo cuidadosamente hasta el día de tu muerte». Al instante desaparece del todo la tentación; se guarda el pliego, que después ha hecho prodigios.

Capítulo XXI

El mismo hermano a quien, por satisfacerle, dio una túnica

50. Con el mismo hermano se manifestó otro caso maravilloso. Esto ocurrió mientras el Santo yacía enfermo en el palacio [1] de Asís. El mencionado hermano pensó para sí: «Ya el Padre se avecina a la muerte; mi alma experimentaría grandísimo consuelo si, una vez que haya muerto, lograra tener yo la túnica de mi Padre». Como si el deseo del corazón hubiera sido una petición hecha de palabra, lo llama poco después el bienaventurado Francisco y le dice: «Te doy esta túnica; tómala, que quede para ti; aunque yo la vista mientras vivo, sin embargo, que pase a ti después de mi muerte». El hermano, admirado de la profunda penetración del Padre, tomó al fin, consolado, la túnica, que más tarde, por santa devoción, fue llevada a Francia.

Capítulo XXII

El perejil que, a su mandato, se encontró de noche entre hierbas del campo

51. Hacia el fin de su enfermedad, una noche le apeteció comer perejil [1], y lo pidió humildemente. Llamado el cocinero para que se lo trajera, advirtió que a aquella hora no acertaría a encontrarlo en el huerto. «He cogido perejil —dijo— todos estos días y lo he cortado tanto, que aun de día me resultaría difícil acertar con él; cuánto más ahora, que es ya noche cerrada, no podré distinguirlo de otras plantas».

[1] En el palacio episcopal (AF 10 p.162 n.1).

[1] En la antigüedad se servían del perejil para reanimar a los moribundos, que es de lo que aquí se trata.

«Vete, hermano —replicó el Santo—; que no te sea enojoso, y trae las primeras hierbas que te vienen a las manos». Se fue el hermano al huerto, y, arrancando hierbas agrestes, las que de primero le venían a las manos —él no veía nada—, las llevó a casa. Miran los hermanos las hierbas silvestres, las remiran con más atención, y descubren entre ellas un perejil lozano y tierno.

El Santo, con lo poco que tomó, se reanimó mucho. Y les dijo el Padre: «Amadísimos hermanos, cumplid los preceptos a la primera indicación, sin esperar que se os repitan. Y no os defendáis con pretexto de imposibilidad, porque, aun cuando yo os mandase algo que está sobre vuestras fuerzas, no le faltarían fuerzas a la obediencia».

Hasta en esto el espíritu de profecía acreditó la prerrogativa del espíritu.

Capítulo XXIII

El hambre que predijo que sobrevendría después de su muerte

52. Los santos son a veces movidos por el Espíritu Santo a hablar de sí mismos algunas cosas admirables, es a saber, cuando la gloria de Dios exige que se revele lo que El ha dictado o cuando lo reclama la norma de la caridad para edificación del prójimo. Así es que, cierto día, el bienaventurado Padre contó a un hermano a quien amaba muchísimo esto que acababa de conocer en la intimidad familiar con Dios. «Hoy —dijo— hay en la tierra un siervo de Dios por quien el Señor no permite —mientras aquél viva— que el hambre haga estragos entre los hombres».

No hubo en esto asomo de vanidad, sino una manifestación virtuosa que la santa caridad, que no busca lo que sea para sí [1], descubrió con palabras de modestia y sencillez para nuestra edificación; ni debía ocultarse en inútil silencio la prerrogativa singular de tan pasmoso amor de Cristo a su siervo.

Los testigos de vista sabemos con cuánta tranquilidad y paz ha transcurrido el tiempo en vida del siervo de Cristo y cuán fecundo ha sido en toda clase de bienes. Ni hubo hambre de la palabra de Dios, porque entonces sobre todo la palabra de los predicadores estaba cargada de toda virtud y porque los corazones de todos los oyentes eran gratos a Dios. Brillaban ejemplos de santidad en quienes profesaban la vida religiosa y la hipocresía de los sepulcros blanqueados no había llegado a inficionar a tan señalados santos, ni las enseñanzas de los que se disfrazan habían despertado mucha curiosidad. Justamente había, pues, abundancia de bienes temporales cuando los eternos eran amados de veras por todos.

[1] 1Cor 13,5.

53. Después de su muerte, en cambio, la situación era del todo distinta: todo se alteró. Estallaron en todas partes guerras y revueltas, y la mortandad, en diversas formas desastradas, se enseñoreó pronto de muchos reinos [2]. Un hambre de muerte se extendió por todas partes, y su ferocidad, que supera toda calamidad, ¡a cuántos arrebató! [3] Debido a ella, la necesidad convirtió en alimento toda suerte de cosas e hizo que los hombres recurrieran a comer lo que ni los animales comían. Se llegó a elaborar pan con corteza de árboles y cáscaras de toda fruta dura; y hubo padre, acosado por el hambre, cuya piedad no hizo duelo por la muerte del hijo —por decirlo menos crudamente—, según es cierto por el testimonio de alguno. Mas para que apareciera a la vista quién había sido aquel servidor fiel por cuyo amor la cólera de Dios había retirado la mano del castigo, el bienaventurado padre Francisco puso de manifiesto pocos días después de su muerte —al hermano a quien había predicho en vida los desastres que sucederían— que el tal siervo del Señor era él mismo. Así fue que una noche, mientras el hermano dormía, lo llamó el Santo con voz perceptible y le dijo: «Hermano, llega ahora el hambre que el Señor no permitió que cayese sobre la tierra mientras viviera yo». Despertó el hermano a la llamada y contó después todo ce por be.Y a la tercera noche de esto, el Santo se le apareció otra vez y le repitió lo mismo.

Capítulo XXIV

La clarividencia del Santo y nuestra ignorancia

54. A nadie tiene que parecer extraño que destacara con tales privilegios el profeta de nuestros días, pues cierto es que su entendimiento, desprendido de las sombras de las cosas terrenas y no atado a los placeres de la carne, volaba a lo más alto, se sumergía puro en la luz. Embebido así en los resplandores de la luz eterna, atraía del Verbo lo que después resonaba en sus palabras.

¡Ay! ¡Cuán desemejantes somos hoy los que, envueltos en tinieblas, no sabemos ni lo necesario! Y ¿por qué así sino porque, complacientes con la carne, también nosotros quedamos envuel-

[2] Tal vez se expresa el autor en términos un poco exagerados. Con ocasión de la partida de Federico II para Tierra Santa, algunas fuerzas imperiales atacaron a la Marca de Ancona y al ducado de Espoleto, que estaban bajo el papa. En respuesta, el ejército pontificio invadió Nápoles, que dependía del emperador. Así nació la guerra. Hubo también guerras en otras regiones de Italia.

[3] En 1228 hizo su aparición el hambre en la Italia central, durante el conflicto entre Gregorio IX y Federico II. Salimbene cuenta en su *Crónica* (ed. Holder-Egger, p.35): «El precio corriente del trigo oscilaba entre 12 y 15 sueldos imperiales el sextario; una libra de carne de cerdo, 13 sueldos...» (el sextario de trigo daba para amasar siete panes, ración semanal por individuo; el sueldo imperial equivalía a 70 u 80 gramos de oro).

tos en el polvo de los mundanos? Ciertamente, si alzáramos nuestro corazón y nuestras manos al cielo, si nos decidiéramos a estar pendientes de las realidades eternas, acaso tendríamos noticia de lo que ignoramos: Dios y nosotros. Quien vive en el fango, no puede ver, de fuerza, otra cosa que fango; quien tiene los ojos puestos en el cielo, es imposible que no vea las cosas del cielo.

La pobreza

CAPÍTULO XXV

Encomio de la pobreza

55. El bienaventurado Padre, de paso por este valle de lágrimas, desdeña las riquezas pobres, que son patrimonio de los hijos de los hombres, ya que, ambicionando fortuna más cuantiosa, codicia de todo corazón ardientemente la pobreza. La mira, y la ve familiar del Hijo de Dios, pero ya repudiada de todo el mundo, y se empeña en desposarse con ella con amor eterno. Enamorado como estaba de su belleza, para estar más estrechamente unido a su esposa y ser los dos un mismo y solo espíritu, no sólo abandonó al padre y a la madre, sino que se desprendió también de todas las cosas. Así es que la estrecha con castos abrazos y ni por un momento se concede no serle esposo. Enseñaba a sus hijos que ella es el camino de la perfección, ella la prenda y arras de las riquezas eternas.

Nadie ha ansiado tanto el oro como él la pobreza; nadie ha puesto tantos cuidados en guardar su tesoro como él esta margarita evangélica. En esto principalmente se mostraba ofendido: si veía —en casa o fuera de casa— en los hermanos algo que contradecía la pobreza. El, en efecto, desde el principio de la Religión hasta la muerte, se tuvo por rico con sólo la túnica, el cordón y los calzones; no tuvo más. El hábito pobre indicaba en él dónde tenía amontonadas sus riquezas. Contento con esto, así seguro, ligero, por tanto, para la carrera, se sentía gozoso de haber cambiado las perecederas riquezas por el céntuplo.

La pobreza de los edificios

CAPÍTULO XXVI

56. Enseñaba a los suyos a hacer viviendas muy pobres, de madera, no de piedra, esto es, unas cabañas levantadas conforme a un diseño muy elemental.

Y, al hablar de la pobreza, solía repetir muchas veces a los hermanos aquello del Evangelio: *Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo de Dios no tiene dónde reclinar la cabeza* [1].

Capítulo XXVII

La casa que comenzó a destruir en la Porciúncula

57. Era el tiempo en que debía celebrarse el capítulo en Santa María de la Porciúncula. Se acercaban ya los días señalados. El pueblo de Asís, dándose cuenta de que les falta en el lugar una casa donde celebrarlo, la construye a toda prisa, ausente y desconocedor de ello el varón de Dios. En cuanto llegó éste al lugar vio la casa, y, disgustado, se dolió amargamente. A seguido se encarama para hacerla desaparecer; sube al tejado y con mano ágil arranca tejas y ladrillos. Manda que suban también los hermanos y que no quede nada hábil de aquello que es la abominación de la pobreza. Pues decía que pronto se divulgaría en toda la Orden, y todos habrían de tomar como modelo aquello que aparecía como tan atentatorio en aquel lugar [1].

Y hubiera destruido la casa hasta los cimientos de no haber estorbado el fervor de su espíritu los caballeros allí presentes, quienes aseguraban que la casa no era de los hermanos, sino del municipio [2].

Capítulo XXVIII

La casa de Bolonia de la que hizo salir aun a los enfermos

58. Volviendo un día de Verona con intención de pasar también por Bolonia, oye decir que recientemente habían construido allí la casa de los hermanos. En cuanto oyó la denominación «casa de los hermanos», volvió sobre sus pasos y se encaminó a otro lugar, sin acercarse a Bolonia. Manda luego que los hermanos salgan en seguida de la casa. Ante el mandato, se abandona la casa, de modo que ni los enfermos quedan, pues son desalojados con los demás. Y no hay permiso de volver a ella hasta que Hugolino, a la sazón obispo de Ostia y legado del papa en Lombardía [1], declara en público durante un sermón que la mencionada casa es propiedad suya.

[1] Mt 8,20; Lc 9,58. En ambos textos se lee «el Hijo del hombre».

[1] La Porciúncula era considerada como la cuna y modelo de la Orden, porque los postulantes eran admitidos allí a la Orden (LP 56) y allí se reunían todos los hermanos para el capítulo de Pentecostés.

[2] Cf. 2C 18 y 59.

[1] Sin duda, el episodio tiene lugar en 1221.

Atestigua y escribe esto uno que en aquella ocasión, con estar enfermo, fue desalojado de la casa [2].

Capítulo XXIX

La celda atribuida a él, donde no quiso entrar más

59. No quería que los hermanos habitasen en lugarejo alguno sin asegurarse antes de que era propiedad de un dueño determinado. Quiso siempre en los hijos la condición de peregrinos: acogerse bajo techo ajeno, caminar en paz de un lado a otro, anhelar la patria.

Sucedió, pues, en el eremitorio de Sarteano; un hermano preguntó a otro de dónde venía; éste respondió que de la celda del hermano Francisco. En oyéndolo el Santo, replicó: «Ya que has puesto a la celda el nombre de Francisco, atribuyéndome su propiedad, busca otro que viva en ella, pues yo no la habitaré en adelante». Y observó: «Cuando el Señor estuvo en la soledad [1], donde oró y ayunó por cuarenta días, no hizo construirse allí ni celda ni casa alguna, sino que estuvo al amparo de una roca de la montaña. Podemos seguirle nosotros en no tener nada en propiedad, como está prescrito, aunque no podamos vivir sin hacer uso de las casas».

La pobreza de los enseres

Capítulo XXX

60. Este hombre odiaba no sólo la ostentación de las casas, sino que detestaba profundamente que hubiese muchos y exquisitos enseres. Nada quería, en las mesas y en las vasijas, que recordase el mundo, para que todas las cosas que se usaban hablaran de peregrinación, de destierro.

Capítulo XXXI

El episodio de la mesa preparada el día de la Pascua en Greccio y modo en que, a imitación de Cristo, se presentó como peregrino

61. Un día de Pascua, los hermanos del eremitorio de Greccio habían preparado la mesa más esmeradamente que de cos-

[2] Esta víctima, más bien que Tomás de Celano, sería aquel de quien él recibió la noticia.

[1] *In carcere:* AF 10 p.167 n.5 sugiere que la evolución del sentido de la palabra *career* podría ser la siguiente: «cella, reclusorium, eremitorium, desertum».

tumbre, con manteles blancos y vasos de cristal. Baja de la celda el Padre y va a la mesa; la ve alzada y adornada con vana afectación; pero la mesa halagüeña no consigue halagarle. Disimuladamente, poco a poco se retira, se toca la cabeza con un sombrero de un pobre que estaba allí presente, y con un bastón en la mano sale afuera. Espera fuera, a la puerta, a que los hermanos comiencen a comer, pues no solían esperarlo si no llegaba a la llamada.

Comenzada ya la comida de los hermanos, el pobre de veras llama a la puerta y dice: «Una limosna, por amor del Señor Dios, para este peregrino pobre y enfermo». Responden los hermanos: «Pasa, hombre, por amor de Aquel a quien has invocado». Entra, pues, de imprevisto y se presenta a los comensales. ¿Quién imagina el estupor que sobrecoge a los ciudadanos ante el peregrino? [1] Danle una escudilla al que pide, y, sentado solo en el suelo, coloca el plato sobre la ceniza y dice: «Ahora estoy sentado como hermano menor» [2]. Y dirigiéndose a los hermanos: «Más que los otros religiosos, nosotros debemos sentirnos obligados a imitar los ejemplos de pobreza del Hijo de Dios. He visto la mesa abastecida y adornada, y no la he reconocido como mesa de pobres que van pidiendo de puerta en puerta».

El desarrollo de la anécdota comprueba que era éste semejante al peregrino aquel que, en día idéntico, era el único en Jerusalén. Logró, con todo, que mientras hablaba les ardiese el corazón a los discípulos.

Capítulo XXXII

Contra el deseo desordenado de los libros

62. Enseñaba también que en los libros debe buscarse el testimonio del Señor, no el valor material; la edificación, no la vistosidad. Y quería que fuesen pocos, y ellos a disposición de los hermanos que los necesitaban [1].

Por eso, un ministro que deseaba con ansia —y con su permiso— tener algunos libros de lujo y muy costosos, tuvo que oír que le decía: «No quiero perder, por tus libros, el libro del Evangelio que he prometido observar. Sí, tú harás lo que quieras; pero no te pondré un lazo con mi permiso» [2].

[1] *Ciudadano:* asentado, instalado, en contraposición a *peregrino,* que es la condición del hermano menor.

[2] Se sabe por LP 74 que los hermanos en la Porciúncula, conformándose al ejemplo y voluntad de su Padre, mientras éste vivió se sentaban en tierra para comer.

[1] Cf. 1C 180.

[2] LP 102 relaciona el episodio con una discusión referente al pasaje de la Regla que reproducía la prohibición del Evangelio: *No llevéis nada en el camino* (1R 14.1).

La pobreza en los lechos

Capítulo XXXIII

Un episodio del obispo de Ostia y su elogio

63. Tan abundante era la copiosa pobreza en petates y lechos, que quien tenía sobre las pajas unos paños remendados creía tener un lecho suntuoso.

Esto ocurrió durante un capítulo que se celebraba en Santa María de la Porciúncula. Llegó al lugar a visitar a los hermanos el señor obispo de Ostia con numeroso séquito de caballeros y clérigos. Al ver que los hermanos dormían en el suelo y reparando en los lechos —que bien podían tomarse por cubil de fieras—, deshecho en lágrimas, dijo delante de todos: «Mirad dónde duermen los hermanos». Y añadió: «¿Qué será de nosotros miserables, que abusamos de tantas cosas superfluas?» Todos los presentes, compungidos hasta llorar, se retiran edificados.

Este fue aquel señor ostiense que, habiendo llegado, finalmente, a ser la puerta principal de la Iglesia, se opuso siempre a los enemigos hasta que devolvió al cielo la hostia sagrada, es decir, aquella su alma bienaventurada [1]. ¡Hombre él de corazón piadoso, de entrañas de caridad! Elevado a lo excelso, se dolía de no tener alteza de merecimientos, estando como estaba, a la verdad, en mayor altura por sus virtudes que por la sede que ocupaba.

Capítulo XXXIV

Lo que le pasó una noche con la almohada de plumas

64. Ya que he mencionado los lechos, se me ocurre otro episodio cuyo relato puede ser útil.

Desde que este santo, convertido a Cristo, había dado al olvido las cosas del mundo, no quiso acostarse sobre colchón ni tener para la cabeza almohada de plumas. Y ni enfermedad ni hospedaje en casa ajena bastaban a aflojar el freno de esta norma estrecha. Pero sucedió que, hallándose en el eremitorio de Greccio, molestado de mal de ojos mucho más que de ordinario, fue obligado, contra su voluntad, a hacer uso de una pequeña almohada [1].

Así, pues, a la madrugada de la primera noche llama el Santo al compañero y le dice: «Hermano, esta noche no he podido ni dormir ni levantarme a orar. Siento vértigos en la cabeza, me flaquean las rodillas y todo el cuerpo se agita como si hubiera

[1] En el original se dan las aliteraciones entre *ostiensis, ostium, hostibus, hostia.*
[1] Que le había comprado el señor Juan de Greccio (cf. LP 119).

comido pan de cizaña [2]. Pienso —siguió diciendo— que en esta almohada que tengo bajo la cabeza está el diablo. Quítamela, que no quiero tener por más tiempo al diablo bajo mi cabeza».

Ante esta queja dolorosa, el hermano se compadece del Padre; toma, para llevársela, la almohada que le ha tirado; pero, al salir de la celda, pierde de inmediato el habla, y se siente oprimido y cohibido por terror tan espantoso, que no puede dar un paso ni mover para nada los brazos. Poco después, a la llamada del Santo, que ha tenido conocimiento de esto, se ve libre, vuelve y cuenta todo lo que ha padecido. El Santo le dijo: «Ayer por la noche, rezando las completas, tuve la certeza de que el diablo venía a la celda». Y añadió aún: «Nuestro enemigo es muy astuto y perspicaz, y, cuando no puede hacer mal dentro en el alma, da, por lo menos, al cuerpo ocasión de queja».

Reflexionen los que procuran almohadillas para todos los lados, con el fin de que, donde quiera que caigan, caigan sobre blando. El diablo va con gusto en compañía de la opulencia, se goza de hacerse presente ante los lechos suntuosos, sobre todo cuando no son necesarios o están en contradicción con la vida profesada. Pero no es menos verdad que la serpiente antigua huye del hombre despojado de todo, ya porque tiene a menos el trato con el pobre, ya porque le causa pavor la excelsitud de la pobreza. Si el hermano piensa en que el diablo se esconde entre plumas, contento recostará la cabeza sobre paja.

Algunos casos contra el dinero

Capítulo XXXV

Aspera corrección a un hermano que lo tocó con sus manos

65. El amigo de Dios, despreciando como despreciaba sobremanera todas las cosas del mundo, más que todas aún execraba el dinero. Desde el comienzo mismo de su conversión, lo menosprecia señaladamente y enseña siempre a sus seguidores que huyan de él como del diablo mismo. Este era el principio ocurrente que proponía a los suyos: que equiparasen el estiércol y el dinero en una misma apreciación y afecto.

Así, pues, un día entró a orar en la iglesia de Santa María de la Porciúncula un seglar, que como ofrenda depositó dinero junto a la cruz. Después que salió el seglar, un hermano tomó sencillamente el dinero y lo arrojó a la ventana. Llega a saber el Santo lo que ha hecho el hermano. Este, viéndose descubierto, se

[2] La cizaña contiene un elemento narcótico; algunas especies son venenosas; los síntomas que describe San Francisco corresponden justamente a los de una intoxicación alimenticia: cefalalgia, contracción espasmódica de los músculos, hormigueo, accesos convulsivos...

apresura a pedir perdón, y, postrado en tierra, se muestra pronto a recibir el castigo. El Santo lo reprende y le reprocha muy severamente por haber tocado el dinero. Le manda tomarlo de la ventana con la boca y depositarlo —llevado así, en la boca— sobre estiércol de asno fuera del seto del lugar. Y mientras el hermano cumple contento la orden, todos los demás que la han oído quedan llenos de temor. Por lo demás, todos aprenden a despreciar más de veras una cosa tan gráficamente rebajada a par del estiércol y se animan con nuevos ejemplos cada día a despreciarlo.

Capítulo XXXVI

Castigo de un hermano que toma dinero

66. Caminando un día juntos dos hermanos, se acercan a un hospital de leprosos. Encuentran dinero tirado en el camino. Se detienen y discuten sobre lo que han de hacer con semejante estiércol. Uno de ellos, dando vaya a la conciencia del otro, intenta tomarlo para llevarlo a los leprosos necesitados de dinero. Se le interpone el compañero, como a quien está engañado por una equivocada piedad, recordándole al temerario lo prescrito en la Regla, según la cual es evidente que el dinero que han hallado debe pisotearse como se pisotea el polvo [1]. Aquel, que fue siempre en su comportamiento de cerviz dura, se enterca en su opinión ante la advertencia, desprecia la Regla, se agacha y toma el dinero. Pero no se escapa del juicio de Dios: pierde al instante el habla, le rechinan los dientes, no acierta a hablar.

Así delata la pena al insensato, así enseña el castigo al soberbio a obedecer las leyes del Padre. Erradicada, en fin, la infección, los labios, lavados en las aguas de la penitencia, se abren a la alabanza. Un proverbio antiguo dice: «Corrige al necio, y te lo harás amigo».

Capítulo XXXVII

Reproche a un hermano que, so pretexto de necesidad, quería reservar dinero

67. El hermano Pedro Cattani, vicario del Santo, venía observando que eran muchísimos los hermanos que llegaban a Santa María de la Porciúncula y que no bastaban las limosnas para atenderlos en lo indispensable. Un día le dijo a San Francisco: «Hermano, no sé qué hacer cuando no alcanzo a atender como conviene a los muchos hermanos que se concentran aquí de todas partes en tanto número. Te pido que tengas a bien que se

reserven algunas cosas de los novicios que entran como recurso para poder distribuirlas en ocasiones semejantes». «Lejos de nosotros esa piedad, carísimo hermano —respondió el Santo—, que, por favorecer a los hombres, actuemos impíamente contra la Regla». «Y ¿qué hacer?», replicó el vicario. «Si no puedes atender de otro modo a los que vienen —le respondió—, quita los atavíos y las variadas galas de la Virgen. Créeme: la Virgen verá más a gusto observado el Evangelio de su Hijo y despojado su altar, que adornado su altar y despreciado su Hijo. El Señor enviará quien restituya a la Madre lo que ella nos ha prestado».

Capítulo XXXVIII

El dinero convertido en serpiente

68. El varón de Dios, de paso una vez con un compañero por la Pulla, en las cercanías de Bari halló en el camino una bolsa grande hinchada de monedas, que los negociantes llaman talego. El compañero aconseja e instiga con insistencia al Santo a tomar la bolsa que estaba en el suelo y a distribuir el dinero entre los pobres. Se pone de relieve la piedad para con los necesitados y queda avalorada la misericordia con esta distribución. Pero el Santo se niega en absoluto a hacer tal cosa y asegura ser un engaño del diablo. «Hijo —dice—, no es lícito llevarse lo ajeno; y darlo a otros conlleva castigo por pecado y no gloria por merecimiento».

Dejan atrás el lugar, se dan prisa por llegar al término del viaje. Pero el hermano, engañado por una piedad huera, no ceja; continúa aún sugiriendo la infracción. Condesciende el Santo en volver al lugar, no para complacer el deseo del hermano, sino para dar a conocer al inocente el misterio de Dios. Llama a un joven que estaba en el camino sentado en el brocal de un pozo, para que por la palabra de dos o tres testigos [1] brille el misterio de la Trinidad. Llegados los tres al lugar de la bolsa, la ven hinchada de monedas. El Santo no deja acercarse a ninguno de los dos, por que se descubra, mediante la oración, el engaño del diablo. Alejándose como a un tiro de piedra, se pone a orar devotamente. Vuelto de la oración, manda al hermano que levante la bolsa, la cual, en virtud de su oración, contenía una culebra en lugar de dinero.

El hermano se pone a temblar y se espanta, y —no sé qué presiente— reacciona en su interior contra lo acostumbrado. Desechando, por fin, del corazón la vacilación ante el temor a la santa obediencia, toma la bolsa en las manos. Y he ahí que sale de la bolsa una no pequeña serpiente, que hace ver al hermano el

[1] Cf. Mt 18,16.

engaño del diablo. Y el Santo comenta: «Hermano, para los siervos de Dios, el dinero es eso: un diablo, una serpiente venenosa».

La pobreza en los vestidos

CAPÍTULO XXXIX

Cómo reprendió el Santo, de palabra y con el ejemplo, a los que visten vestidos suaves y delicados

69. Revestido como estaba este hombre de la virtud de lo alto, era más el calor del fuego divino que sentía dentro que el que le daba por fuera la ropa con que abrigaba el cuerpo. Execraba a los que en la Orden llevaban vestidos por partida triple y a los que usaban sin necesidad prendas delicadas. Y aseguraba que una necesidad expuesta más por el capricho que por la razón, es señal de un espíritu apagado. Decía: «Cuando el espíritu se entibia y llega poco a poco a enfriarse en la gracia, por fuerza la carne y la sangre buscan sus intereses. Porque —observaba también—, si el alma no encuentra gusto, ¿qué queda sino que la carne se vuelva a lo suyo? Y entonces el instinto animal inventa necesidad, la inteligencia carnal forma conciencia». Y añadía aún: «Convengamos en que mi hermano tiene necesidad verdadera; que le afecta la falta de algo. Si se da prisa en remediarla y en echarla de sí, ¿qué premio recibirá? Hubo, ciertamente, ocasión de merecer; pero él ha dado bien a entender que le había disgustado». Con estas y parecidas observaciones flageló a los que no querían sufrir ninguna necesidad, pues no soportarlas con paciencia era, para él, igual que volverse a Egipto [1].

En fin, no quiere que los hermanos tengan en ningún caso más de dos túnicas; concede, sin embargo, que éstas pueden reforzarse cosiéndoles algunos retazos. Manda que se tenga horror a los paños finos, y a los contraventores censura acremente ante todos; y para confundirlos con el ejemplo, cose sobre la propia túnica un tosco retal de saco. Aun a la hora de la muerte misma, pide que la túnica de mortaja esté cubierta de tosco saco.

Permitía, con todo, a los hermanos a quienes asistía una razón de enfermedad o necesidad llevar sobre la carne una túnica más blanda, pero con tal que el hábito exterior fuese áspero y vil. Pues decía: «Vendrán días en que en tal grado se suavizará el rigor, dominará la tibieza hasta tal punto, que los hijos de un padre pobre no se avergonzarán ni en lo más mínimo de usar incluso paños de la calidad de la escarlata, distintos sólo en el color».

En todo esto, Padre, nosotros, hijos espúreos, no te engañamos a ti; es, más bien, nuestra maldad la que se engaña. Queda esto más claro que la luz y se agrava de día en día.

[1] Alusión a Núm 14,2-4 en que los hebreos añoran las cebollas de Egipto y querían recuperar lo que fue para ellos a la vez, tierra de placer y de esclavitud.

CAPÍTULO XL

Predice que los que se apartan de la pobreza tendrán el escarmiento de la indigencia

70. El Santo repetía, a veces, los avisos siguientes: «En la medida en que los hermanos se alejan de la pobreza, se alejará también de ellos el mundo; buscarán y no hallarán. Pero, si permanecieren abrazados a mi señora la pobreza, el mundo los nutrirá, porque han sido dados al mundo para salvarlo». Y éste: «Hay un contrato entre el mundo y los hermanos [1]: éstos deben al mundo el buen ejemplo; el mundo debe a los hermanos la provisión necesaria. Si los hermanos, faltando a la palabra, niegan el buen ejemplo, el mundo, en justa correspondencia, niega el sostenimiento».

Preocupado con la pobreza el hombre de Dios, temía que llegaran a ser un gran número, porque el ser muchos presenta, si no una realidad, sí una apariencia de riqueza. Por esto decía: «Si fuera posible, o, más bien, ¡ojalá pudiera ser que el mundo al ver hermanos menores en rarísimas ocasiones, se admire de que sean tan pocos!» [2] Atado de todos modos con vínculo indisoluble a la dama Pobreza, vive en expectación del dote que le va a legar ella no al presente, sino en el futuro. Solía cantar con más encendido fervor y júbilo más desbordante los salmos que hablan de la pobreza, como éste: *No ha de ser por siempre fallida la esperanza del pobre* [3]; y este otro: *Lo verán los pobres, y se alegrarán* [4].

La mendicación

CAPÍTULO XLI

Elogio de la mendicidad

71. El Padre santo se servía de las limosnas buscadas de puerta en puerta mucho más a gusto que de las ofrecidas espontáneamente. Decía que avergonzarse de mendigar es ir contra la salvación; aseguraba, en cambio, que el pudor al mendigar (la vergüenza que no le echa a uno para atrás) es santo. Aprobaba el rubor que sale a la cara por candidez, pero no al que da muestras de abatido por la vergüenza. En ocasiones, exhortando a los suyos a pedir limosna, hablaba así: «Id, porque los hermanos menores han sido dados al mundo en esta última hora para que los elegidos les provean a ellos, de suerte que el Juez los avale, diciendo: *Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores,*

[1] Cf. 1R 9,7.
[2] En 1C 27 aparece un deseo exactamente opuesto.
[3] Sal 9,19.
[4] Sal 68,33s. Francisco ha incluido este último verso en su OfP 14,5.

a mí me lo hicisteis» [1]. Por eso afirmaba que la Religión había sido aprobada [2] por el gran profeta [3], que expresó tan evidentemente el nombre de la misma. Quería, por tanto, que los hermanos conmorasen no sólo en las ciudades, sino también en los eremitorios; aquí se dará a todos ocasión de merecer y se quitará a los réprobos cualquier apariencia de excusa [4].

Capítulo XLII

Ejemplo del Santo en pedir limosna

72. Por no ofender ni una sola vez a esta santa esposa, el siervo del Dios altísimo solía hacer esto: cuando aceptaba de los señores el trato de distinción de sentarle a sus mesas espléndidas, de primero limosneaba en las casas vecinas unos mendrugos, y después iba pronto —así enriquecido en la pobreza— a sentarse a la mesa.

Cuando le preguntaban por qué hacía eso, respondía que por un feudo concedido para poco tiempo no quería renunciar a una herencia duradera por siempre [1]. «La pobreza —aseguraba— es la que nos hace herederos y reyes del reino de los cielos, y no vuestras riquezas engañosas» [2].

Capítulo XLIII

Ejemplo que dio en la curia del señor obispo de Ostia y la respuesta al obispo

73. En una visita que hizo San Francisco al papa Gregorio, cuya memoria es digna de veneración, cuando éste tenía aún una dignidad inferior, al acercarse ya la hora de comer, el Santo sale a pedir limosna; vuelve, y pone sobre la mesa del obispo unos pedazos de pan negro. Ante esto, el obispo se ruboriza algún tanto, más bien por motivo de los comensales, que no eran de los invitados habitualmente. El Padre, con aire de alegría, distribuye

[1] Mt 25,40 y 45. Los dos versículos han sido fundidos en uno solo por San Francisco, que ha reemplazado las palabras «a los más pequeños de entre los míos» por las del versículo 45, donde el comparativo *minoribus* permite una aplicación literal a los hermanos menores.

[2] *Privilegiare:* conceder una inmunidad, aprobar.

[3] El Cristo; cf. Lc 7,16.

[4] ¿Querrá, acaso, referirse a excusas respecto de la mendicación? La frase con que comienza el párrafo parece sugerir que hay situaciones en que las limosnas voluntariamente ofrecidas pueden llevar a los hermanos a no buscarlas. Tal podría ocurrir en las ciudades; por el contrario, la mendicidad era el único medio de sustento en los eremitorios.

[1] Para entender bien este párrafo y los tres siguientes hay que recordar toda la interpretación «caballeresca» del reino de Dios en el siglo XIII.

[2] Cf. 2R 6,4.

las limosnas recogidas a los caballeros y capellanes que están comiendo. Todos las reciben con muestras de devoción; unos las comen allí mismo, otros las guardan por veneración. Acabada la comida, se levantó el obispo y, llevando a un departamento interior al varón de Dios, lo apretó entre sus brazos y le dijo: «Hermano mío, ¿por qué me has avergonzado en mi casa —que es la tuya y la de tus hermanos— yendo a pedir limosna?» Le replicó el Santo: «Por lo contrario, os he honrado honrando a un Señor más grande. Pues ese Señor se complace con la pobreza, sobre todo con la que se practica en la mendicidad voluntaria. Y yo tengo por dignidad real y nobleza muy alta seguir a aquel Señor que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros» [1]. Y añadió: «Encuentro mayor placer en una mesa pobre abastecida de pequeñas limosnas que en las suntuosas, provistas de viandas en número casi incontable». El obispo —desde entonces mucho más edificado— dijo al Santo: «Haz lo que parezca bien a tus ojos, que el Señor está contigo».

Capítulo XLIV

Su exhortación, de palabra y de ejemplo, a pedir limosna

74. Es verdad que al principio, por mortificación propia y por consideración a la vergüenza de los hermanos, iba él —solamente él— no pocas veces a la limosna. Pero, observando que muchos no atendían a su vocación como era obligado, llegó a decir en una ocasión: «Amadísimos hermanos, el Hijo de Dios, que se hizo pobre en este mundo [1] por nosotros, era de condición más noble que la nuestra. Por amor a El hemos elegido el camino de la pobreza: no tenemos que sentirnos avergonzados de ir por limosna. No se conforma que los que han de heredar el Reino se avergüencen ni una sola vez de lo que son arras de la herencia del cielo. Os aseguro que vendrán a incorporarse en nuestra congregación muchos nobles y sabios, que tendrán a mucha honra el mendigar limosnas. Ya que vosotros sois las primicias, alegraos y regocijaos y no rehuséis hacer lo que transmitís para que esos santos lo hagan».

Capítulo XLV

Reprensión a un hermano que no quería mendigar

75. El bienaventurado Francisco solía decir con frecuencia que el verdadero hermano menor no debería estar mucho tiempo sin ir por limosna. «Y cuanto más noble es un hijo mío —obser-

[1] Cf. 2Cor 8,9.
[1] 2R 6.3.

vaba—, esté tanto más dispuesto a ir, porque con eso se le aumentan los méritos».

Había en cierto lugar un hermano que era un nadie para limosnear y una legión a la hora de la mesa. El Santo, que lo veía amigo del vientre, participando en el fruto y no en el trabajo, lo reprendió una vez con estas palabras: «Vete por tu camino, hermano mosca, pues quieres comer del sudor de tus hermanos y estarte ocioso en la obra de Dios. Te pareces al hermano zángano, que no aporta nada al trabajo de las abejas y pretende ser el primero en comer la miel». El hombre carnal —que ve descubierta su glotonería— vuelve al mundo, que por cierto no había abandonado de veras. Salió de la Religión, y el que era ninguno para la limosna, es ya ninguno entre los hermanos; el que era legión a la hora de la mesa, es ahora legión de demonios.

Capítulo XLVI

Cómo, saliéndole al encuentro, besó el hombro de un hermano que llevaba la limosna

76. Otra vez, un hermano que volvía con la limosna de Asís a la Porciúncula, cerca ya del lugar, rompió a cantar, alabando al Señor en voz alta. El Santo, que lo oye, se levanta de golpe, le sale corriendo al encuentro y, besándole el hombro, carga el saco en el suyo y exclama: «Bendito sea mi hermano que va presto, humilde pide, vuelve contento».

Capítulo XLVII

Cómo animó a unos caballeros seglares a pedir limosna

77. El bienaventurado Francisco, cargado de achaques y declinando ya casi hacia el final de la vida, estaba en el lugar de Nocera. El pueblo de Asís lo reclamaba. Había enviado una solemne embajada, pues no quería ceder a otros la gloria de poseer el cuerpo del varón de Dios. Los caballeros lo trasladaban a caballo con veneración. Llegaron a una villa pobrísima llamada Satriano [1]. La hora que era y el hambre les abrieron la gana de comer. Recorrieron la villa y no encontraron nada que comprar. Los caballeros volvieron a donde el bienaventurado Francisco y le dijeron: «Necesitamos que nos des de tus limosnas, porque aquí no hemos encontrado nada que comprar».

Respondióles el Santo: «Ya lo creo que no encontráis; y es que os fiáis más de vuestras moscas que de Dios». Daba el nombre de moscas a las monedas. «Pero volved —continuó— a las casas a las

[1] Esta localidad está situada cerca de San Giovanni dei Tre Fossi, a lo largo de la antigua ruta de Asís a Nocera Umbra.

que os acercasteis, y, ofreciendo el amor de Dios en lugar de las monedas, pedid limosna con humildad. No os avergoncéis, que después del pecado todas las cosas se nos dan como limosna, y el gran Limosnero reparte pródigo con piadosa clemencia a los que merecen y a los que desmerecen». Los caballeros se sobreponen al rubor, y, pidiendo limosna con decisión, adquieren más cosas por el amor de Dios que por el dinero. Y es que todos dieron con gesto risueño y a porfía. Y no prevaleció el hambre donde pudo más la pobreza opulenta.

Capítulo XLVIII

El trozo de capón cambiado en pez en Alejandría

78. A través de la ofrenda de la limosna, buscaba, más que el sustento del cuerpo, el ganar las almas; y lo mismo en darla que en recibirla, se mostraba él a los demás como ejemplo.

Acercándose a Alejandría de Lombardía con intención de predicar la palabra de Dios, lo hospedó en su casa con devoción un hombre temeroso de Dios y de fama reconocida. Invitado a comer de todo lo que se le pusiera delante (conforme al santo Evangelio) [1], accedió amable, vencido por la devoción del huésped. Se da prisa éste y prepara con esmero un capón de siete años escogido para el hombre de Dios. Sentado a la mesa el patriarca de los pobres y gozosa la familia, se presenta a buen punto a la puerta un hijo de Belial, un pobre de toda gracia, que simula pobreza de todo lo que es necesario. Para suplicar la limosna invoca con astucia el amor de Dios y con voz que mueve a lástima pide que se le atienda por Dios. El Santo repasa en su interior cuanto le dice el nombre sobre todas las cosas bendito y para él más dulce que la miel; con sumo placer toma el trozo de ave que le habían servido y, poniéndolo en una rebanada de pan, lo pasa al pordiosero. Y ¿qué sucedió? Que el infeliz lo guardó para desacreditar al Santo.

79. Al día siguiente, el Santo predica, como de costumbre, la palabra de Dios al pueblo reunido. De improviso, el malvado aquel lanza un grito y se empeña en dejar ver a todos el trozo de capón. «Sabed —dice en voz alta— quién es este Francisco que predica, a quien veneráis como santo: ved el trozo de carne que mientras comía me dio ayer al atardecer». Increpan todos al muy perverso y le echan en cara que está poseído del demonio. De hecho, en lo que él sostenía con empeño ser un trozo de capón, veían todos un pescado. Pero hasta el miserable, atónito ante el milagro, se vio obligado a reconocer lo que los demás atestiguaban. Se avergonzó, al cabo, el infeliz y lavó con la penitencia el delito descubierto. Y, hecha pública la infame intención que ha-

[1] Lc 10,8; texto consignado en 1 y 2R 3.

bía tenido, pidió perdón al Santo delante de todos. Después que el malsín vuelve en sí, la carne del capón vuelve a cobrar su apariencia normal.

Los que renuncian al mundo

CAPÍTULO XLIX

Ejemplo de un hombre que dejó sus bienes a los parientes y no a los pobres, a quien reprochó el Santo

80. A los que venían a la Orden enseñaba el Santo que, antes de nada, habían de dar el libelo de repudio [1] al mundo, y que a continuación habían de ofrecer a Dios primero sus bienes en los pobres de fuera, y luego, ya dentro, sus propias personas. No admitía a la Orden sino a los que se expropiaban de todo lo suyo y no se reservaban nada de nada, para cumplir así el santo Evangelio [2] y para evitar que las bolsas reservadas sirvieran para su ruina [3].

81. El hecho sucedió en la Marca de Ancona. Después de una predicación del Santo, se presentó a él uno que pidió con humildad el ingreso en la Orden. El Santo le dijo: «Si quieres asociarte a los pobres de Dios, distribuye antes tus bienes entre los pobres del mundo».

Oído esto, se fue el hombre; pero, guiado por el amor de la carne, distribuyó sus bienes entre los suyos, sin entregar nada a los pobres. Cuando volvió y contó al Santo su espléndida largueza, le dijo éste con un deje de burla: «Sigue por tu camino, hermano mosca, pues no has salido todavía de tu casa y de tu parentela. Has dado tus bienes a los parientes y has defraudado a los pobres; no eres digno de vivir entre los santos pobres. Has comenzado por la carne, has puesto al edificio espiritual un cimiento ruinoso». Vuelve el hombre carnal a los suyos y reclama sus bienes; pero como no quería dejarlos a los pobres, abandona muy luego sus propósitos de virtud.

Semejante modo de distribuir —digno de compasión— engaña hoy a muchos: pretenden una vida santa, y la inician sirviendo a la carne. Y no es así; que ninguno se consagra a Dios con el intento de hacer ricos a los suyos, sino para lograr la vida con el fruto de buenas obras, redimiendo los pecados a precio de misericordia.

Y aun para el caso de verse necesitados los hermanos, enseñó muchas veces que se recurra, más bien, a otros que no a los que

[1] Cf. Mt 5,31.
[2] Mt 19,21, reproducido en 1R 1.
[3] *Loculi:* cf. Jn 12,6; Adm 4,3.

entran en la Orden. Esto desde luego, en primer lugar, por el ejemplo, y después para evitar toda apariencia de torpe ganancia.

Una visión que se refiere a la pobreza

CAPÍTULO L

82. Me place contar aquí una visión del Santo digna de recordarse. Una noche, tras larga oración, adormeciéndose poco a poco, acabó por dormirse. Su alma santa es introducida en el santuario de Dios; y ve en sueños, entre otras cosas, una señora con estas características: cabeza, de oro; pecho y brazos, de plata; vientre, de cristal, y las extremidades inferiores, de hierro; alta de estatura, de presencia fina y bien formada. Y, sin embargo, esta señora de belleza singular se cubría con un manto sórdido. Al levantarse a la mañana el bienaventurado Padre, refiere la visión al hermano Pacífico —hombre santo—, pero no le revela lo que quiera significar.

Aunque muchos otros la han interpretado a su aire, no me parece fuera de razón mantener la interpretación del mencionado Pacífico, que, mientras la escuchaba, le sugirió el Espíritu Santo. Es ésta: «La señora de belleza singular es el alma hermosa de San Francisco. La cabeza de oro, la contemplación y sabiduría de las cosas eternas; el pecho y los brazos de plata, las palabras del Señor meditadas en el corazón y llevadas a la práctica; el cristal, por su dureza, designa la sobriedad; por su transparencia, la castidad; el hierro es la perseverancia firme; y el manto sórdido es el cuerpecillo despreciable —créelo— con que se cubre el alma preciosa».

Pero muchos en quienes reside el Espíritu de Dios interpretan que esa señora, en calidad de esposa del Padre, es la pobreza [1]: «A ésa —dicen— la hizo de oro el premio de la gloria; de plata, el encomio de la fama; de cristal, una misma y única profesión sin dineros fuera ni dentro [2]; de hierro, la perseverancia final. Mas el manto sórdido para esa esclarecida señora lo ha tejido la opinión de hombres carnales».

Son también muchos los que aplican este oráculo a la Religión, tratando de ajustar la sucesión de los tiempos al curso señalado por Daniel [3]. Pero que se refiera al Padre corre claro, si consideramos, sobre todo, que —en evitación del orgullo— se negó

[1] La pobreza es interpretada, de ordinario, como esposa del Hijo (2C 55; *Sacrum commercium* 18.20.23.62.64, etc.; aquí, en cambio, figura como esposa del padre. ¿Se referirá al Padre celestial o, más bien, al padre Francisco? Esta última interpretación quedaría abonada por las últimas palabras de este mismo número.

[2] Cf. 2C 80 n.3.

[3] Cf. Dan 2,31.

a dar ninguna interpretación. Y en verdad que, de referirse a la Orden, no la hubiera callado [4].

Compasión de San Francisco para con otros pobres

CAPÍTULO LI

La compasión que tuvo con los pobres y cómo envidiaba a los más pobres que él

83. ¿Qué lengua puede expresar la compasión que tuvo este hombre para con los pobres? Poseía, ciertamente, una clemencia ingénita, duplicada por una piedad infusa. Por eso, el alma de Francisco desfallecía a la vista de los pobres; y a los que no podía echar una mano, les mostraba el afecto. Toda indigencia, toda penuria que veía, lo arrebataba hacia Cristo, centrándolo plenamente en él. En todos los pobres veía al Hijo de la señora pobre llevando desnudo en el corazón a quien ella llevaba desnudo en los brazos. Y, aun cuando se había desprendido de toda envidia, no pudo desprenderse de una, la única: la envidia de la pobreza; si veía a alguien más pobre que él, de seguida lo envidiaba; y, en combate de emulación con la pobreza, temía quedar vencido en la lucha.

84. En una de sus correrías apostólicas, el varón de Dios topó un día en el camino con uno muy pobre. Viendo su desnudez, se vuelve compungido al compañero y le dice: «La pobreza de este hombre es motivo de mucha vergüenza para nosotros y una muy grande reprensión de nuestra pobreza».

«¿Por qué, hermano?», le replicó el compañero. Y el Santo responde con voz lastimera: «Yo he escogido la pobreza por todas mis riquezas, por mi señora; y ve ahí que la pobreza brilla más en él. ¿No sabes que se ha propagado por todo el mundo que somos los más pobres por amor de Cristo? Pero este pobre nos convence de que de lo dicho no hay nada».

¡Envidia nunca vista! ¡Emulación que había de ser emulada por los hijos! No es ésta aquella que se duele de los bienes ajenos, ni aquella a la que hacen sombra los rayos; no es aquella que se opone a la piedad, ni aquella que se corroe de livor. ¿Piensas que la pobreza evangélica no tiene nada que envidiar? Tiene a Cristo, y, por él, todo en todas las cosas [1]. ¿Por qué vives codicioso de los

[4] Se encuentran diferentes redacciones de este mismo episodio y diferentes interpretaciones de la visión en la corriente biográfica, de inspiración llamada leoniana (cf. *Actus* c.25). Wadding ha recogido y comentado uno de estos textos (*Annales I* a.1220 XXI p.378-79). Cf. también SABATIER, *Legendae veteris fragmenta quaedam:* Op. Crit. Hist. (1913) p.92-102.

[1] 1Cor 12,6

réditos, clérigo de hoy? Cuando mañana veas en tus manos las rentas de los tormentos, comprenderás las riquezas de Francisco.

Capítulo LII

Cómo reprendió al hermano que hablaba mal de un pobre

85. Uno de los días en que predicaba vino al lugar un pobrecillo que estaba además enfermo. Compadecido de la doble calamidad, es decir, de la pobreza y de la enfermedad, el Santo se puso a hablar con el compañero sobre la pobreza. Y, cuando la compasión con el paciente pasó a ser ya afecto de su corazón, le dijo el compañero al Santo: «Hermano, es verdad que es un pobre, pero no hay tal vez en toda la provincia otro más rico que él en deseo» [1]. Al momento, el Santo lo reprende con aspereza; y, cuando el compañero confesó la culpa cometida, le dijo: «Anda listo y quítate en seguida la túnica y, postrado a los pies del pobre, reconócete culpable. Y no sólo le pedirás perdón, sino también que ore por ti». El compañero obedeció; se fue a dar satisfacción y volvió. El Santo le dijo: «Hermano, cuando ves a un pobre, ves un espejo del Señor y de su madre pobre. Y mira igualmente en los enfermos las enfermedades que tomó él sobre sí por nosotros».

En suma: que Francisco llevaba siempre consigo el hacecillo de mirra [2]; que estaba siempre contemplando el rostro de su Cristo [3]; que estaba siempre acariciando al varón de dolores y conocedor de todo quebranto [4].

Capítulo LIII

El manto regalado a una viejecita en Celano

86. El hecho sucedió en Celano. Un día de invierno, San Francisco llevaba puesto, doblado en forma de manto, un paño que le había prestado cierto amigo de los hermanos de Tívoli [1]. Y, estando en el palacio del obispo de Marsi [2], se le presenta una viejecita que pedía limosna. En seguida suelta del cuello el paño y se lo alarga —aunque no es suyo— a la viejecita, diciéndole: «Anda, hazte un vestido, que bien lo necesitas». Sonríe la viejecita, y, sorprendida, no sé si de temor o de gozo, toma de las manos el paño. Se larga muy presta y, por que no se diera —si tardaba— el peligro de que lo reclamasen, lo corta con las tijeras.

[1] Esta misma anécdota se presenta de manera diversa en 1C 76.
[2] Ct 1,13.
[3] Sal 83,10.
[4] Is 53,3; Heb 4,15.
[1] A no ser que Tiburtino sea el nombre de pila del amigo de los hermanos.
[2] Diócesis situada cerca del lago Fucino; cf. también 2C 42.

Pero, al comprobar que el paño cortado no basta para una túnica, torna a donde el Santo, en las alas de la generosidad que había experimentado, y le hace ver lo insuficiente del paño. El Santo vuelve los ojos al compañero, que llevaba a la espalda otro de igual medida, y le dice: «¿Oyes, hermano, lo que dice esta pobrecilla? Suframos el frío por amor de Dios y da el paño a la pobrecilla para que complete la túnica». Dio él, da también el compañero; y, despojados el uno y el otro, visten a la viejecita.

Capítulo LIV

Otro pobre a quien dio también el manto

87. En otra ocasión, al volver de Siena, se encontró también con un pobre. El Santo dijo al compañero: «Es necesario que devolvamos el manto al pobrecillo, porque le pertenece. Lo hemos recibido prestado hasta topar con otro más pobre que nosotros». El compañero, que advertía cuánto lo necesitaba el compasivo Padre, se resistía a que, negligente consigo, se cuidara de otro. «Yo no quiero ser ladrón —le replicó el Santo—; se nos imputaría a hurto si no lo diéramos a otro más necesitado». Desistió aquél, éste regaló el manto.

Capítulo LV

Un caso parecido con otro pobre

88. Caso parecido ocurrió en Celle di Cortona [1]. El bienaventurado Francisco llevaba un manto nuevo, que con todo empeño habían procurado los hermanos para él. Llega al lugar un pobre lamentándose de la muerte de su mujer y de la orfandad en que quedaba la familia, muy pobre. Le dice el Santo: «Te doy, por amor de Dios, este manto con la condición de que no lo des tú a nadie, si no es a buen precio». Los hermanos se presentaron rápidos al momento con ánimo de quitarle el manto e impedir semejante donación. Pero el pobre, animado de coraje con la presencia del santo Padre, sacando las uñas, lo defendía como cosa que le pertenecía. Por fín, los hermanos rescataron el manto, y el pobre se fue una vez que le dieron su precio.

[1] *Le Celle* se llama un eremitorio situado a pocos kilómetros de la villa de Cortona.

Capítulo LVI

Cómo donó el manto a uno para que no odiase a su patrón

89. San Francisco encontró una vez en Colle, condado de Perusa [1], a uno muy pobre, a quien había conocido estando todavía en el siglo. Y le preguntó: «¿Cómo te va, hermano?» El pobre, irritado, comenzó a maldecir contra su señor, que le había despojado de todos los bienes. «Por culpa de mi señor —dijo—, a quien el Señor todopoderoso maldiga, no puedo por menos de estar mal».

Más compadecido del alma que del cuerpo del pobre, que persistía en su odio a muerte, el bienaventurado Francisco le dijo: «Hermano, perdona a tu señor por amor de Dios, para que libres tu alma de la muerte eterna, y puede ser que te devuelva lo arrebatado. Si no, tú, que has perdido tus bienes, perderás también tu alma». «No puedo perdonar de ninguna manera —replicó el pobre— si no me restituye primero lo que se ha llevado». El bienaventurado Francisco, que llevaba puesto un manto, le dijo: «Mira: te doy este manto y te pido que perdones a tu señor por amor del Señor Dios».

Amansado y conmovido por el favor, el pobre, en cuanto recibió el regalo, perdonó los agravios.

Capítulo LVII

Cómo dio el ruedo de su túnica a un pobre

90. Una vez, en cierta ocasión le ocurrió esto: le pidió un pobre, y como no tenía otra cosa de que echar mano, rasgó la fimbria de su túnica y se la entregó al pobre. En igual situación, otras veces se desprendió también de los calzones. Así se conmovían sus entrañas de piedad para con los pobres; seguía con estos sentimientos las huellas de Cristo pobre.

Capítulo LVIII

Cómo hizo dar a la madre pobre de dos hermanos el primer ejemplar del Nuevo Testamento que hubo en la Orden

91. Viene un día al Santo la madre de dos hermanos y le pide limosna confiadamente. Compadecido de ella, el Padre santo dijo a su vicario el hermano Pedro Cattani: «¿Podemos dar alguna limosna a nuestra madre?» Es de saber que llamaba su madre y madre de todos los hermanos a la madre de cualquier her-

[1] Probablemente, Collestrada, cerca del famoso Ponte San Giovanni, donde el ejército de Asís fue vencido en 1202 y Francisco hecho prisionero.

mano. Le respondió el hermano Pedro: «No queda en casa nada que se le pueda dar». Pero añadió: «Tenemos un ejemplar del Nuevo Testamento, por el que, al carecer de breviarios, leemos las lecciones de maitines». Le replicó el bienaventurado Francisco: «Da a nuestra madre el Nuevo Testamento, para que lo venda y remedie su necesidad, ya que en el mismo se nos amonesta que socorramos a los pobres. Creo por cierto que agradará más a Dios el don que la lectura».

Se le da, pues, el libro a la mujer; y así, el primer ejemplar del Testamento que hubo en la Orden fue a desaparecer en manos de esta santa piedad [1].

CAPÍTULO LIX

Cómo dio el manto a una mujer enferma de los ojos

92. Durante los días en que San Francisco se hospedaba en el palacio del obispo de Rieti buscando la curación de la enfermedad de los ojos, llegó al médico una pobrecilla mujer, de Machilone, que padecía también un mal parecido al del Santo [1].

El Santo habla confidencial con su guardián y le insinúa: «Hermano guardián, es necesario que devolvamos lo ajeno». «Padre —le respondió el guardián—, devuélvase en hora buena, si tenemos algo que es ajeno». «Restituyámosle —replicó el Santo— este manto, que hemos recibido, de prestado, de esa pobrecilla mujer, pues no tiene nada en la bolsa para sus gastos». «Hermano, ese manto es mío —observó el guardián— y no prestado por nadie. Usalo por el tiempo que quieras; cuando no quieras usarlo más, devuélvemelo».

Y es que el guardián lo había comprado poco antes, porque lo necesitaba San Francisco.

Insistió el Santo: «Hermano guardián, tú has sido siempre cortés conmigo; haz también ahora —te lo ruego— honor a tu cortesía». «Padre —respondió el guardián—, haz con libertad lo que te inspira el Espíritu».

Llama luego el Santo a un seglar muy devoto y le dice: «Toma este manto y doce panes y vete a aquella mujer pobrecilla y dile así: Un hombre pobre, a quien prestaste el manto, te da gracias por haberlo prestado; pero toma ya lo que es tuyo». Se fue el hombre y habló como se le había indicado. La mujer, creyendo que se burlaba de ella, dijo ruborizada al hombre: «Déjame en paz con tu manto. No entiendo lo que dices». Insiste el hombre, y le pone todas las cosas en sus manos. Al ver ella que no hay en-

[1] Muchas abadías imponían a sus religiosos el juramento de no vender, en provecho de los pobres, los libros de la comunidad. Los concilios de París y de Rouen (1213-14) lo prohibieron, porque «vender para dar es una de las obras de misericordia» (MANSI, XXII, p.832 y 900).

[1] Según LP 89, éste se preocupaba de que fuera atendida.

gaño en el caso, temerosa, por otra parte, de que le quiten lo que acaba de ganar tan fácilmente, se levanta de noche y, sin preocuparse de la curación de los ojos, se vuelve a casa con el manto.

Capítulo LX

Cómo se le aparecieron en el camino tres mujeres y después de haberlo saludado extrañamente desaparecieron

93. Contaré en pocas palabras un caso de significación poco clara, pero certísimo de toda certeza. Al tiempo en que Francisco, el pobre de Cristo, se dirigía con prisa de Rieti a Siena en busca de remedio para los ojos [1], atravesaba la llanura vecina a la Rocca Campiglia en compañía de un médico amigo de la Orden. Y he aquí que en el trayecto que recorría San Francisco aparecen tres mujeres pobrecitas a la vera del camino. Eran tan parecidas en estatura, edad y cara, que se diría que las tres habían salido del mismo molde. Cuando llega hasta ellas el Santo, inclinan éstas reverentes la cabeza y le enaltecen con un saludo nuevo: «Bienvenida sea la dama Pobreza». El Santo se llenó al instante de un gozo indecible, como quien no había encontrado saludo más placentero para dedicarlo a los hombres que el que ellas habían dictado. Y creyéndolas en un principio mujeres realmente muy pobres, vuelto al médico que le acompañaba, le dice: «Te lo pido en consideración a Dios: dame algo para esas pobrecillas». Nada más oírlo, se ofreció éste, se apeó volando del caballo y repartió a cada una unas monedas.

Apenas prosiguen ya el camino que llevaban, así que los hermanos y el médico extienden la vista en todo lo largo de aquella desierta llanura, no ven ni rastro de las mujeres. Asombrados en extremo con las maravillas del Señor, cuentan el episodio en la seguridad de que no fueron mujeres aquellas que habían transvolado más veloces que las aves.

El amor de San Francisco a la oración

Capítulo LXI

El tiempo, el lugar y el fervor de su oración

94. El varón de Dios Francisco, ausente del Señor en el cuerpo, se esforzaba por estar presente en el espíritu en el cielo; y al que se había hecho ya conciudadano de los ángeles, le separaba sólo el muro de la carne. Con toda el alma anhelaba con ansia a

[1] Sucedió en abril de 1226; cf. 1C 105.

su Cristo; a éste se consagraba todo él, no sólo en el corazón, sino en el cuerpo.

Como testigos presenciales [1] y en cuanto es posible comunicar esto a los humanos, relatamos las maravillas de su oración, para que las imiten los que han de venir.

Convertía todo su tiempo en ocio santo, para que la sabiduría le fuera penetrando en el alma, pareciéndole retroceder si no veía que adelantaba a cada paso. Si sobrevenían visitas de seglares u otros quehaceres, corría de nuevo al recogimiento, interrumpiéndolos sin esperar a que terminasen [2]. El mundo ya no tenía goces para él, sustentado con las dulzuras del cielo; y los placeres de Dios lo habían hecho demasiado delicado para gozar con los groseros placeres de los hombres.

Buscaba siempre lugares escondidos, donde no sólo en el espíritu, sino en cada uno de los miembros, pudiera adherirse por entero a Dios. Cuando, estando en público, se sentía de pronto afectado por visitas del Señor, para no estar ni entonces fuera de la celda hacía de su manto una celdilla; a veces —cuando no llevaba el manto— cubría la cara con la manga para no poner de manifiesto el maná escondido. Siempre encontraba manera de ocultarse a la mirada de los presentes, para que no se dieran cuenta de los toques del Esposo, hasta el punto de orar entre muchos sin que lo advirtieran en la estrechez de la nave [3]. En fin, cuando no podía hacer nada de esto, hacía de su corazón un templo. Enajenado, desaparecía todo carraspeo, todo gemido; absorto en Dios, toda señal de disnea, todo visaje [4].

95. Esto en casa. Pero, cuando oraba en selvas y soledades, llenaba de gemidos los bosques, bañaba el suelo en lágrimas, se golpeaba el pecho con la mano, y allí —como quien ha encontrado un santuario más recóndito [5]— hablaba muchas veces con su Señor. Allí respondía al Juez, oraba al Padre, conversaba con el Amigo, se deleitaba con el Esposo. Y, en efecto, para convertir en formas múltiples de holocausto las intimidades todas más ricas de su corazón, reducía a suma simplicidad lo que a los ojos se presentaba múltiple. Rumiaba muchas veces en su interior sin mover los labios, e, interiorizando todo lo externo, elevaba su espíritu a los cielos. Así, hecho todo él no ya sólo orante, sino oración, enderezaba todo en él —mirada interior y afectos— hacia lo único que buscaba en el Señor.

Y ¿acertarías tú a imaginar de cuánta dulzura estaba transido

[1] ¿Tomás de Celano o los informadores de que se sirvió?

[2] Este detalle está ya anotado en 1C 96.

[3] *In arcto navis plurimis insertus:* es difícil la compresión de la frase. Los escritores de Quaracchi sugieren que puede tratarse de lenguaje figurado. En *Saint François. Documents,* la traducción francesa toma *navis* como dativo de *navus* o *gnavus:* diligente, activo. Para Fagot, se trata de una nave de la Iglesia. Casolini propone una corrección: *quamvis* por *navis*. El autor de la traducción presente mantiene la palabra *nave,* conservando toda la oscuridad que encierra el texto original.

[4] Cf. LM 10,4.

[5] Cf. 2C 52.

quien así estaba habituado? El sí lo supo; yo no sé otra cosa si no es admirar. Lo sabrá el que lo experimenta; no se les da el saber a los inexpertos. Inflamado así el espíritu que bullía de fervor, bien sea en su aspecto exterior, bien en su alma toda entera derretida, moraba ya en la suprema asamblea del reino celeste.

El bienaventurado Padre no desatendía por negligencia ninguna visita del Espíritu; si se le ofrecía, respondía al regalo y saboreaba la dulzura así puesta delante por todo el tiempo que permitía el Señor. Aun cuando le apremiase algún asunto o se encontrase de viaje, al notar en lo profundo de grado en grado ciertos toques de la gracia, gustaba aquel maná dulcísimo reiterada y frecuentemente. Y en efecto: hasta de camino, dejando que se adelantasen los compañeros, se detenía él, y, quedándose a saborear la nueva iluminación, no recibía en vano la gracia [6].

Capítulo LXII

Se deben rezar con devoción las horas canónicas

96. En el rezo de las horas canónicas era temeroso de Dios a par de devoto. Aun cuando padecía de los ojos, del estómago, del bazo y del hígado, no se apoyaba en muro o pared durante el rezo de los salmos, sino que decía las horas siempre de pie, la cabeza descubierta, la vista recogida y sin languideces. Si cuando iba por el mundo caminaba a pie, se detenía siempre para rezar sus horas; y si a caballo, se apeaba. Un día volvía de Roma; no cesaba de llover; se apeó del caballo para rezar el oficio; pero, como se detuvo mucho, quedó del todo empapado en agua. Pues decía a veces: «Si el cuerpo toma tranquilamente su alimento, que más tarde, a una con él, se convertirá en pasto de gusanos, con cuánta paz y calma debe tomar el alma su alimento que es su Dios».

Capítulo LXIII

Cómo ahuyentaba las imaginaciones en la oración

97. Creía faltar gravemente si, estando en oración, se veía alguna vez agitado de vanas imaginaciones. En tales casos no difería la confesión, para expiar cuanto antes la falta. Le era tan habitual ese cuidado, que rarísimamente le molestaban semejantes moscas.

Durante una cuaresma, con el fin de aprovechar bien algunos ratos libres, se dedicaba a fabricar un vasito. Pero un día, mientras rezaba devotamente tercia, se deslizaron por casualidad los ojos a mirar detenidamente el vaso; notó que el hombre interior

[6] 2Cor 6,1. Cf. 1C 7; 2C 7.

sentía un estorbo para el fervor. Dolido por ello de que había interceptado la voz del corazón antes que llegase a los oídos de Dios, no bien acabaron de rezar tercia, dijo de modo que le oyeran los hermanos: «¡Vaya trabajo frívolo, que me ha prestado tal servicio, que ha logrado desviar hacia sí mi atención! Lo ofreceré en sacrificio al Señor, cuyo sacrificio ha estorbado». Dicho esto, tomó el vaso y lo quemó en el fuego. «Avergoncémonos —comentó— de vernos entretenidos por distracciones fútiles mientras hablamos con el gran Rey durante la oración».

Capítulo LXIV

Un éxtasis

98. Era levantado muchas veces a la dulzura de tan alta contemplación, que, arrebatado por encima de sí mismo, a nadie revelaba la experiencia que había vivido de lo que está más allá del humano sentido. Pero por un caso que fue notorio queda para nosotros claro con qué frecuencia quedaba enajenado en la dulcedumbre del cielo.

Una vez que tenía que pasar por Borgo San Sepolcro, lo llevaban sobre un asno. Y como quiera que había manifestado la voluntad de descansar en cierta leprosería, fueron muchos los que se enteraron que el varón de Dios había de pasar por allí. Corren de todas partes hombres y mujeres que quieren verlo y tocarlo, como es costumbre, por devoción. Y ¿qué pasa? Lo manosean, lo tiran de un lado y de otro; le cortan retazos de la túnica para guardarlos como recuerdo [1]; el hombre parece insensible a todo, y, como si estuviera muerto, no advierte nada de lo que sucede. Se acercan, por fin, al lugar [2]; y, mucho después de haber dejado atrás Borgo, el contemplador de las cosas del cielo —como quien vuelve de otro mundo— pregunta con interés si están cercanos a Borgo.

Capítulo LXV

Cómo se comportaba después de la oración

99. Al volver de sus oraciones particulares, en las cuales se transformaba casi en otro hombre, se esmeraba con el mayor

[1] Cf. 1C 63; muchas veces, la gente se abalanzaba sobre él y le cortaba tantos pedazos de su túnica, que lo dejaban casi desnudo. Cf. también 2C 94 n.2.

[2] Una vez más volvemos a encontrar un lugar de los hermanos menores identificado con una «leprosería»; cf. 1C 17 y 1R 9,2; 8,10, que prevé esta estancia entre los leprosos y la mendicidad en favor de ellos.—Entre Borgo y la abadía de San Justino se encuentra una iglesia pequeña dedicada a San Ladre o Lázaro; esta iglesia ocupa, probablemente, el lugar de la antigua leprosería (cf. V. CAVANNA, o.c., p.271).

cuidado en parecer igual a los demás, para no perder —con el aura de admiración que podría suscitar su aspecto inflamado [1]— lo que había ganado.

Lo explicó así muchas veces a sus familiares: «Cuando el siervo de Dios es visitado por el Señor en la oración con alguna nueva consolación, antes de terminarla debe levantar los ojos al cielo y, juntas las manos, decir al Señor: 'Señor, a mí, pecador e indigno, me has enviado del cielo esta consolación y dulcedumbre; te las devuelvo a ti para que me las reserves, pues yo soy un ladrón de tu tesoro'». Y más: «Señor, arrebátame tu bien en este siglo y resérvamelo para el futuro». «Así debe ser —añadió—; que, cuando sale de la oración, se presente a los demás tan pobrecillo y pecador como si no hubiera obtenido una gracia nueva». «Por una recompensa pequeña —razonaba aún— se pierde algo que es inestimable y se provoca fácilmente al Dador a no dar más» [2].

En fin, solía levantarse para la oración tan disimuladamente, tan sigilosamente, que ninguno de los compañeros advirtiese ni cuándo se levantaba ni cuándo oraba. En cambio, al ir a la cama por la noche, sacaba ruido casi estrepitoso para que los demás se dieran cuenta de que se acostaba.

Capítulo LXVI

Cómo un obispo que lo sorprendió en oración perdió el habla

100. Estaba San Francisco en oración —en el lugar de la Porciúncula—, cuando el obispo de Asís vino a hacerle, como de costumbre, una visita de amistad. En cuanto entra en el lugar, se acerca con poca consideración y sin ser llamado a la celda del Santo y, empujando la portezuela, hace por entrar. Apenas mete la cabeza y ve al Santo que ora, le sacude de pronto un temblor, y, paralizándosele los miembros, pierde también el habla. De repente, la voluntad del Señor lo echa violentamente hacia fuera y es alejado andando hacia atrás. Doy por sentado que, o éste no era digno de presenciar aquel misterio, o aquél —que lo experimentaba— era digno de experimentarlo por más tiempo. El obispo, estremecido, vuelve a los hermanos, y a la primera palabra de confesión de su culpa recobra el habla.

Capítulo LXVII

Cómo un abad experimentó la eficacia de su oración

101. Otra vez, el abad del monasterio de San Justino, del obispado de Perusa, se encontró con San Francisco; saltó en se-

[1] Cf. 1C 96.
[2] Cf. Adm 21 y 28.

guida del caballo y conversó un rato con él acerca de la salvación de su alma. Por último, al separarse, le pidió humildemente que rogara por él. San Francisco le respondió: «Señor, lo haré con gusto». Poco se había separado aún el abad, cuando San Francisco dijo al compañero: «Hermano, espérame un poco, que quiero pagar la deuda contraída». De hecho fue siempre ésta la costumbre del Santo: no echarse a las espaldas la oración que se le pedía, sino cumplir cuanto antes, como ahora, la promesa de hacerla. En consecuencia, mientras el Santo oraba a Dios, el abad sintió de súbito en el espíritu un ardor y una dulzura que no había experimentado hasta entonces, hasta el punto de que, extasiado, fue visto desvanecerse del todo. Permaneció así por muy poco espacio, y vuelto en sí comprobó la eficacia de la oración de San Francisco. Por eso, en adelante se encendió en un mayor amor a la Orden [1] y contó a muchos como milagro lo acaecido.

Estos son los pequeños mutuos regalos que convienen a los siervos de Dios; éste, el intercambio recíproco de dones que les cuadra. Este santo amor, que a las veces se llama espiritual, queda contento con el fruto de la oración; la caridad tiene a menos los pequeños regalos de la tierra. Creo que es característica del santo amor ayudar y ser ayudado en el combate espiritual, recomendar y ser recomendado ante el tribunal de Cristo. Y ¿hasta qué grados de oración piensas que pudo llegar aquel que por sus méritos pudo elevar tan alto a otro?

La inteligencia que de las Sagradas Escrituras tenía el Santo y la eficacia de sus palabras

CAPÍTULO LXVIII

La ciencia y la memoria que tuvo

102. Aunque este hombre bienaventurado no había hecho estudios científicos, con todo, aprendiendo de Dios la sabiduría que viene de lo alto e ilustrado con las iluminaciones de la luz eterna, poseía un sentido no vulgar de las Escrituras. Efectivamente, su ingenio, limpio de toda mancha, penetraba hasta lo escondido de los misterios, y su afecto de amante entraba donde la ciencia de los maestros no llegaba a entrar [1]. Leía a las veces en

[1] Donó a los hermanos menores el convento de Farneto, al sur de San Justino; es un convento muy rico en recuerdos franciscanos; cf. CAVANNA, o.c., p.131-36.

[1] «En San Francisco, las citas bíblicas no acuden por las palabras, sino por los sentimientos, por la experiencia religiosa. Cuando lee su biblia, no lee sólo las palabras, contempla la tradición de Israel o la tradición cristiana y las asimila. No piensa en amueblar su memoria, sino en encontrar una luz y una fuerza; intenta asimilar la vida eterna de la Iglesia» (SABATIER, *Allocution prononcee en la cathèdrale de Canterbury à la occasion du septieme centenaire de l'arrivee des Freres Mineurs en cette ville:* RHF 2 p.118). Cf. también *Introducción* general a los escritos de San Francisco en este volumen p.7-11.

los libros sagrados, y lo que confiaba una vez al alma le quedaba grabado de manera indeleble en el corazón. La memoria suplía a los libros [2]; que no en vano lo que una vez captaba el oído, el amor lo rumiaba con devoción incesante. Decía que le resultaba fructuoso este método de aprender y de leer y no el de divagar entre un millar de tratados. Para él era filósofo de veras el que no anteponía nada al deseo de la vida eterna. Y aseguraba que quien, en el estudio de la Escritura, busca con humildad, sin presumir, llegará fácilmente del conocimiento de sí al conocimiento de Dios. A menudo resolvía de palabra cuestiones difíciles, y, sin ser maestro en el hablar, ponía de manifiesto, a todas luces, su entendimiento y su virtud.

Capítulo LXIX

El dicho de un profeta, que expuso a petición de un hermano predicador

103. Durante su permanencia en Siena llegó uno de la Orden de los predicadores, varón ciertamente espiritual y doctor en sagrada teología. Así que visitó al bienaventurado Francisco, el uno y el otro se detuvieron largamente, disfrutando de una colación dulcísima sobre las palabras del Señor. Y el maestro se animó a preguntarle sobre aquel dicho de Ezequiel: *Si no le hablares para retraer al malvado de sus perversos caminos, yo te demandaré a ti de su sangre* [1]. «A propósito, mi buen padre —le dijo—, conozco a muchos a quienes, a pesar de saber que están en pecado mortal, no les hablo siempre de su maldad. ¿Se me pedirá, por eso, la cuenta de tales almas?»

El bienaventurado Francisco se le declaró iletrado [2], y, por tanto, en el puesto de aprender, que no en el de responder a la sentencia de la Escritura. El humilde maestro añadió: «Hermano, aunque tengo oído a algunos sabios exponer ese pasaje, me gustaría, no obstante, que me dijeras cómo lo entiendes tú». Le respondió el bienaventurado Francisco: «Si hay que entender el pasaje universalmente, yo le doy el sentido de que el siervo de Dios debe arder por su vida y santidad, de forma que con la luz del ejemplo y con el testimonio de la vida reprenda a todos los malvados. Quiero decir que el resplandor de su vida y el aroma de su fama harán saber a todos su iniquidad». Muy edificado, por consiguiente, aquel varón, dijo a los compañeros del bienaventurado Francisco al despedirse: «Hermanos míos, la teología de este varón, asegurada en la pureza y en la contemplación, es águila que vuela; nuestra ciencia, en cambio, queda a ras de tierra».

[2] Tomado textualmente de la *Vida de San Antonio Abad*, de San Atanasio (PG 73 p.128).

[1] Ez 3,18.

[2] *Idiota*. Cf. 1C 120.

Capítulo LXX

Algunos pasajes que aclaró a preguntas de un cardenal

104. En otra ocasión, huésped de un cardenal en Roma, las preguntas de éste sobre pasajes oscuros las aclaraba de tal modo, que se diría que era un hombre embebido de continuo en las Escrituras. El señor cardenal le dijo: «Yo no te pregunto como a letrado, sino como a hombre que tiene el espíritu de Dios, y así es que recibo con gusto tus interpretaciones, porque sé que proceden solamente de Dios».

Capítulo LXXI

A un hermano que le aconsejaba la lectura, explica el Santo cuál es su ciencia

105. Un compañero suyo, viéndolo enfermo y aquejado de dolores de parte a parte, le dijo una vez: «Padre, las Escrituras han sido siempre para ti un amparo; te han proporcionado siempre alivio en los dolores. Haz —te lo pido— que te lean ahora algo de los profetas; tal vez tu espíritu exultará en el Señor». Le respondió el Santo: «Es bueno recurrir a los testimonios de la Escritura, es bueno buscar en ellas al Señor Dios nuestro; pero estoy ya tan penetrado de las Escrituras, que me basta, y con mucho, para meditar y contemplar. No necesito de muchas cosas, hijo; sé a Cristo pobre y crucificado».

Capítulo LXXII

Las espadas que el hermano Pacífico [1] vio resplandecer en la boca del Santo

106. Había en la Marca de Ancona un seglar olvidado de su salvación e ignorante de Dios, que se había prostituido entero a la vanidad. Lo llamaban el «rey de los versos», por no tener rival en interpretar canciones lascivas y en componer cantares profanos. En suma, la gloria mundana había enaltecido tanto al hombre, que el emperador lo coronó con grandísima pompa. Mientras, caminando así en tinieblas, arrastraba la iniquidad con ligaduras

[1] Su nombre era Guillermo Divini; nació en Lisciano, cerca de Ascoli. Su conversión queda narrada en este mismo número. Fue poeta cortesano que mereció ser coronado por el emperador. Enviado en 1217 a Francia, en lugar de San Francisco, para establecer allí la Orden, fue el primer ministro provincial de la nación francesa. Vuelto a Italia en 1223, fue compañero de San Francisco en los últimos años de vida de éste. De 1226 a 1228 fue visitador de las clarisas. Retornó a Francia, donde murió el 1236. Entre las muchas casas que fundó está la de Vézelay, que fue donde murió.

de vanidad [2], la bondad divina, compadecida, decide llevarlo por otro camino para que no perezca el que vive abandonado [3].

Por disposición de la Providencia divina, el bienaventurado Francisco y él se encuentran en un monasterio de pobres enclaustradas [4]. El bienaventurado Padre había ido allí con sus compañeros a visitar a las hijas; éste había ido con muchos camaradas a visitar a una pariente. Y la mano de Dios fue sobre él: ve con los ojos corporales a San Francisco signado en forma de cruz por dos espadas transversas muy resplandecientes; la una, de la cabeza a los pies; la otra —transversal—, de mano a mano por el pecho. No conocía aún al bienaventurado Francisco, pero llega a conocerlo ahora a la luz de milagro tan patente. Y, sobrecogido por la visión, empieza a proponerse mejorar de conducta, pero a la larga [5].

El bienaventurado Padre, empero —que habla primero a todos en general—, vuelve después la espada de la palabra de Dios hacia el hombre. Y, aparte con él, lo amonesta amablemente de la vanidad del siglo y el desprecio del mundo; y le traspasa luego el corazón con la amenaza de los juicios de Dios. Responde él inmediatamente: «¿Para qué más palabras? Vayamos a los hechos. Sácame de entre los hombres y devuélveme al gran Emperador». Al día siguiente, el Santo le vistió el hábito, y, como a quien ha sido devuelto a la paz del Señor, le pone el nombre de hermano Pacífico. Su conversión fue para muchos tanto más edificante cuanto más numerosos habían sido sus camaradas en la vanidad.

Y gaudioso en la compañía del bienaventurado Padre, el hermano Pacífico comenzó a sentir una unción que nunca había conocido hasta entonces. Otra vez, en efecto, se le concede ver lo que a otros les quedaba velado. Pues poco después vio en la frente del bienaventurado Francisco la gran señal *tau*, que, por los anillos variopintos que la rodeaban, representaba la belleza del pavo.

Capítulo LXXIII

La eficacia de su palabra y el testimonio de un médico sobre esto

107. El predicador del Evangelio, Francisco, que a los rudos predicaba con recursos materiales y rudos, como quien sabía que la virtud es más necesaria que las palabras, usaba, en cambio, con los espirituales y más capaces un lenguaje más vivo y profundo. Sugería en pocas palabras lo que era inefable, y, acompañando las palabras con inflamados gestos y movimientos, arrebataba por en-

[2] Is 5,18.
[3] Cf. 2Sam 14,14.
[4] En el de las clarisas de Colpersito, cerca de San Severino. Cf. 1C 78.
[5] Véase más adelante, 2C 109, una visión casi igual del hermano Silvestre.

tero a los oyentes a las cosas del cielo [1]. No echaba mano de esquemas previos [2], pues nunca planeaba sermones que a él no le nacieran. El verdadero poder y sabiduría —Cristo—comunicaba a su lengua una palabra eficaz.

Un médico docto y elocuente dijo en cierta ocasión: «La predicación de otros la retengo palabra por palabra; se me escapan, en cambio, únicamente las que expresa San Francisco. Y, si logro grabar algunas en la memoria, no me parecen ya las mismas que sus labios destilaron».

Capítulo LXXIV

Cómo, en virtud de su palabra, ahuyentó de Arezzo los demonios mediante el hermano Silvestre

108. Las palabras de Francisco no sólo tenían eficacia cuando las decía, que a veces, aun transmitidas por otros, no volvían vacías.

Así sucedió una vez cuando llegó a la ciudad de Arezzo al tiempo en que toda la población, revuelta en guerra civil, estaba en trance de exterminio total. Con tal suerte, que el varón de Dios, huésped en un burgo fuera de la ciudad, ve que los demonios se alborozan por aquella tierra y excitan ciudadanos contra ciudadanos con el fin de que se maten. Llamó, pues, a un hermano llamado Silvestre, varón de Dios y de sencillez recomendable, y le mandó, diciendo: «Vete a la puerta de la ciudad y, de parte de Dios todopoderoso, intima a los demonios que salgan cuanto antes de ella». La sencillez piadosa se encamina pronta a cumplir la obediencia, y, dedicándose primero al Señor en alabanzas [1], grita con fuerza ante la puerta: «De parte de Dios y por mandato de nuestro padre Francisco, salíos, demonios todos, de aquí a muy lejos». Poco después, la ciudad vuelve a la paz, y sus moradores observan con gran calma el código de ciudadanía.

Por eso, el bienaventurado Francisco, predicándoles después un día, comenzó el sermón con estas palabras: «Hablo a vosotros como a quienes estuvisteis en una ocasión bajo el yugo y cadenas de los demonios, pero sé que al fin fuisteis liberados gracias a las plegarias de un pobre».

Capítulo LXXV

La conversión del hermano Silvestre mismo y una oración suya

109. Creo que no resultará impropio añadir a esta narración la conversión del mencionado Silvestre, cómo le movió el Espíritu

[1] Cf. 1C 73.
[2] Según el método escolástico enseñado a la sazón en las universidades.
[1] Sal 94,2.

a entrar en la Orden. En consecuencia: Silvestre era aquel sacerdote secular de la ciudad de Asís a quien el hombre de Dios había comprado en aquel entonces piedra para reparar una iglesia. Viendo en su día que el hermano Bernardo —la primera plantita de la Orden de los Menores después del santo de Dios [1]— se despojaba de todos los bienes y los daba a los pobres, atizado por voraz codicia, mueve pleito al varón de Dios acerca de las piedras que hacía tiempo le vendió, como si no las hubiera pagado como debía. Francisco sonríe viendo el ánimo del sacerdote, inficionado por el veneno de la avaricia. Pero con el fin de apagar de alguna manera la maldita pasión, le llena de monedas las manos, sin contarlas siquiera. Se alegró el presbítero Silvestre con lo que se le dio, pero se admiró aún más de la liberalidad del donante; de vuelta en casa, recapacita una y otra vez sobre el hecho, comenta entre sí con atinada acusación que él, siendo anciano, se ve amador del mundo, y queda estupefacto al observar de qué manera aquel joven llega a despreciarlo todo. Pero ya desde ahora, impregnado del buen olor [2], Cristo le abre el seno de su misericordia.

Le muestra en una visión cuánto valen las obras de Francisco, con cuánta prestancia brillan a los ojos de él, con cuánta magnificencia llenan el mundo entero. En efecto, ve en un sueño una cruz de oro que, saliendo de la boca de Francisco, tocaba con su cabecera los cielos; y cuyos brazos, extendidos a lo ancho, ceñían, abrazándolos, ambos lados del mundo. Compungido el sacerdote con la visión, sacude una demora —que puede resultarle perjudicial—, abandona el mundo y se hace perfecto imitador del varón de Dios. Este se inició en la Orden viviendo en perfección, y fue consumado en la más alta perfección por la gracia de Cristo [3].

Pero ¿qué hay de extraño en ver a Francisco en la forma del Crucificado, a quien no hizo otra cosa en todo momento si no es acompañarle con la cruz? Enraizada de tal modo en lo más profundo la cruz mirífica, ¿qué tiene de extraordinario si, brotando de buena tierra, ha dado flores, fronda y frutos vistosos? Ninguna cosa de otro género podía crearse en ella cuando ya desde los comienzos la había reivindicado de tan prodigioso modo toda entera para sí aquella cruz maravillosa. Pero ya es hora de que reanudemos el tema.

Capítulo LXXVI

Un hermano liberado de asaltos del demonio

110. Un hermano venía de mucho tiempo atrás molestado por una tentación espiritual, más sutil y dañosa que la del incentivo

[1] 1C 24 lo cataloga como segundo.
[2] Es decir, el buen ejemplo dado por el hermano Bernardo. Cf. 2Cor 2,15.
[3] Murió en 1246, poco antes de que se escribiera esta *Vida*. Cf. 3C 3.

de la carne. Acude al fin a San Francisco y se echa humildemente a sus pies. Pero, deshecho en lágrimas, no acertaba a decir palabra, por impedírselo los profundos sollozos. El Padre piadoso se compadece de él, y, conociendo que es molestado con instigaciones del maligno, dice: «Por el poder de Dios, os mando, demonios, que no combatáis más a mi hermano, como habéis osado hacerlo hasta ahora». Al punto, desvanecida la negrura de las tinieblas, el hermano se levanta librado, y ya más no sufrió la acometida; talmente como si no la hubiese sufrido nunca.

Capítulo LXXVII

La cerda cruel que se comió el cordero

111. Se ha puesto ya de relieve en otro lugar el poder admirable de su palabra respecto a los animales [1]. Contaré, con todo, un episodio que tengo a mano. Una noche en que el siervo del Excelso se hospedaba en el monasterio de San Verecundo, del obispado de Gubbio, una ovejita parió un corderillo. Había una cerda muy cruel, la cual, sin miramiento a una vida inocente, lo mató con una dentellada rapaz. Al levantarse de mañana los de casa, hallan el corderillo muerto. Se dan cuenta, desde luego de que la cerda es la causante del maleficio. A esta noticia, el Padre piadoso se mueve a compasión y, acordándose de otro Cordero [2], se lamenta del corderillo muerto, diciendo delante de todos: «¡Oh, hermano corderillo, animal inocente, que eres una representación siempre útil a los hombres! Maldita sea la impía que te mató. Ni hombre ni animal coma su carne». Y hubo prodigio: la puerca maléfica comenzó luego a sentirse mal, y, penando por tres días las torturas de unos padecimientos, terminó en una muerte vengadora. Tirada en la estacada del monasterio, arrojada allí durante largo tiempo, seca cual una tabla, no fue comida para ningún famélico.

Contra la familiaridad con las mujeres

Capítulo LXXVIII

Desaconseja la familiaridad con las mujeres. Cómo trataba con ellas

112. Mandaba que se evitasen a toda costa [1] las melosidades tóxicas, es decir, las familiaridades con mujeres, las cuales llegan a

[1] 1C 56-61; 2C 167-71.
[2] Cristo: cf. Jn 1,29.36; 1C 77-79.
[1] 1R 12 y 2R 11.

engañar aun a hombres santos. Temía de verdad que a causa de ellas se quebrase pronto el que es frágil, y el fuerte se fuese debilitando en el espíritu. De no ser uno varón probadísimo, no contaminarse en el trato con ellas es tan difícil como *andar alguien sobre brasas sin que se le abrasen los pies* [2], aseguraba el Santo recurriendo a la Escritura. Pero, con el fin de enseñar con la práctica, él mismo se mostraba modelo de toda virtud. Tan es así que le era una molestia la mujer, que pensaras tú que se trataba más de miedo y horror que de cautela y ejemplo. Cuando la locuacidad importuna de aquéllas suscitaba en la conversación temas que le resultaban fastidiosos, con palabra abreviada y humilde, con los ojos bajos, acudía al silencio. Y en ocasiones, levantando los ojos al cielo, parecía que sacaba de allí la respuesta que daba a quienes hablaban de cosas de la tierra.

En cambio, a aquellas cuyas mentes —dada su perseverancia en una devoción consagrada— había logrado que fuesen domicilio de la sabiduría, las amaestraba con alocuciones maravillosas, si bien breves. Cuando hablaba con alguna mujer, lo hacía en voz clara, de modo que pudieran oír todos lo que decía. Una vez llegó a decir al compañero: «Carísimo, te confieso la verdad: si las mirase, no las reconocería por la cara, si no es a dos. Me es conocida —añadió— la cara de tal y de tal otra; de ninguna más» [3].

Muy bien, Padre, pues nadie se santifica por mirarlas; muy bien —diré—, porque en ello no hay ganancia ninguna, sí muchísima pérdida; a lo menos, de tiempo. Son estorbo para quien quiere emprender el camino arduo y contemplar la faz llena de gracia.

Capítulo LXXIX

Parábola contra la falta de modestia en mirar a las mujeres

113. Solía flagelar los ojos no castos con esta parábola: «Un rey muy poderoso envió a la reina, uno tras otro, dos embajadores. Vuelve el primero, y refiere, no más, la respuesta estrictamente; y es que los ojos del sapiente habían estado en la cabeza [1] y no habían divagado. Vuelve el segundo, y, después de la respuesta breve y corta, se entretiene tejiendo todo un discurso sobre la hermosura de la señora: «Señor —dice—, en verdad que he visto una mujer bellísima. ¡Feliz quien la posee!» Le replica el rey: «Siervo malo [2], ¿has puesto en mi esposa tus ojos impúdicos? Está

[2] Prov 6,28.

[3] Angel Clareno, dependiente de los escritos de los hermanos León y Conrado de Offida, dice que San Francisco se refería a su madre y a Santa Clara (*Expositio Regulae*, ed. OLIGER [Quaracchi 1912] p.217). Pero el mismo Oliger indica que el texto de 2C 112, comparado con el de 3C 37-39 y EP 186, induce a concluir que se trata no de la señora Pica, sino de Jacoba de Settesoli.

[1] Cf. Eclo 2,14.

[2] Mt 18,32.

claro que hubieras querido poseer a la que has mirado con tanta atención».

Manda llamar otra vez al primero y le dice: «¿Qué te parece de la reina?» «Traigo muy buena impresión —dice—, porque ha escuchado en silencio el mensaje y ha respondido sabiamente». «Y de su hermosura —replica—, ¿no dices nada?» «Señor mío —responde—, a ti toca contemplarla; a mí llevarle tu embajada».

Y el rey dictamina: «Tú, el de ojos castos, como de cuerpo también casto, quédate de cámara; y salga de esta casa ese otro, no sea que contamine también mi tálamo».

Y solía decir el bienaventurado Padre: «Donde hay bien defendida seguridad, preocupa menos el enemigo. Si el diablo logra con su habilidad asirse de un cabello del hombre, lo transforma con presteza en viga. Ni desiste aunque no haya podido por muchos años derribar al que tentó, esperando que ceda al fin. Este es su quehacer; día y noche no tiene otra preocupación».

Capítulo LXXX

Ejemplo del Santo contra la demasiada familiaridad

114. Una vez que San Francisco se encaminaba a Bevagna, no pudo llegar al castro por la debilidad que le había causado el ayuno. Entonces, el compañero, pasando aviso a una señora espiritual, pidió humildemente pan y vino para el Santo. En cuanto lo oyó, ella, con una hija virgen consagrada a Dios [1], corrió a donde el Santo a llevarle lo que necesitaba. Mas el Santo, reanimado algún tanto con la refección, a la recíproca, confortó él a madre e hija con la palabra de Dios. Pero mientras les hablaba no miró a la cara de ninguna de las dos. Cuando ellas se fueron, el compañero le dijo: «Hermano, ¿por qué no has mirado a esa virgen santa que ha venido a ti con tanta devoción?» El Padre le respondió: «¿Quién no tendrá reparo en mirar a una esposa de Cristo? Porque, si los ojos y la cara dan expresión a la predicación, ella tenía que mirarme a mí y no yo a ella».

Y muchas veces, hablando de esto, afirmaba que es frivolidad toda conversación con mujeres, fuera de la confesión o de algún breve consejo que se acostumbra. Añadía: «¿De qué asuntos tiene que tratar el hermano menor con mujeres, si no es cuando, por motivos religiosos, pide la santa penitencia o un consejo para mejorar la vida?» [2]

[1] Esta «virgen consagrada a Dios» es, probablemente, la misma a quien San Francisco devolvió la vista: 3C 124.

[2] Cf. 1R 12,3.

Las tentaciones que padeció

CAPÍTULO LXXXI

Las tentaciones del Santo y de cómo venció una

115. Según aumentaban los méritos de San Francisco, aumentaba también la discordia con la antigua serpiente. A más excelentes carismas de aquél, seguían más sutiles tentaciones de ésta, y se entablaban combates más violentos. Y por más que hubiese comprobado que se las había con un hombre que era guerrero esforzado, que no había cedido ni por un momento en el combate, sin embargo, seguía todavía empeñado en presentar batallás al constante vencedor.

Por algún tiempo, en efecto, experimentó el Padre una pesadísima tentación espiritual, para enriquecimiento, por cierto, de su corona [1]. Por esta causa se angustiaba y se colmaba de dolores, maltrataba y maceraba el cuerpo, oraba y lloraba amargamente [2]. Tal combate se prolongaba por años; hasta que un día, mientras oraba en Santa María de la Porciúncula, oyó en espíritu una voz [3]: «Francisco, si tienes fe como un grano de mostaza, dirás a esta montaña que se traslade, y se trasladará». «Señor —respondió el Santo—, ¿cuál es la montaña que quisiera yo trasladar?» Y oyó de nuevo: «La montaña es tu tentación». Y él, llorando, dijo: «Señor, hágase en mí como has dicho».

Puesta en fuga al instante toda tentación, queda librado y se aquieta del todo en su interior.

CAPÍTULO LXXXII

Cómo el diablo, llamándolo, le tentó de lujuria y cómo lo venció el Santo

116. Sucedió en el eremitorio de los hermanos de Sarteano. El maligno aquel que envidia siempre los progresos de los hijos de Dios, osó tentar al Santo como sigue. Veía que el Santo se santificaba más y que no descuidaba por la de ayer la ganancia de hoy. Una noche en que se daba a la oración en una celdilla, el demonio lo llamó tres veces:

—Francisco, Francisco, Francisco.

[1] Vorreux opina que se trata del período que media entre la redacción de la 2R y la del Test: 1223-26 *(Saint François. Documents* p.443 n.1).

[2] LP 63 y EP 99 anotan aquí un detalle característico: cuando la tristeza era más fuerte e impedía a Francisco presentarse entre los hermanos con su habitual rostro alegre, evitaba aparecer entre ellos. Cf. también 2C 128 y 1R 7,16.

[3] Mt 17,19. El evangelio había anunciado a Francisco las penas que habría de sobrellevar (1C 92-93); un verso del evangelio señala también la desaparición definitiva de ellas.

—¿Qué quieres? —respondió éste.

—No hay en el mundo —replicó aquél— ni un pecador a quien, si se convierte, no perdone el Señor; pero el que se mata a fuerza de penitencias, nunca jamás hallará misericordia.

En seguida, una revelación hizo ver al Santo la astucia del enemigo, que se había esforzado para inducirlo a la tibieza. Pero ¿qué más? El enemigo no desiste de presentar nuevo combate. Y, viendo que no había acertado a ocultar el lazo, prepara otro: el incentivo de la carne. Pero en vano, porque quien había descubierto la astucia del espíritu, mal pudo ser engañado con el sofisma de la carne. El demonio desencadena, pues, contra él una tentación terrible de lujuria. Mas el bienaventurado Padre, en cuanto la siente, despojado del vestido, se azota sin piedad con una cuerda: «¡Ea, hermano asno! [1] —se dice—, te corresponde estar así, aguantar así los azotes. La túnica es la Religión, y no es lícito robarla; si quieres irte a otra parte, vete».

117. Mas como ve que las disciplinas no ahuyentan la tentación, y a pesar de tener todos los miembros cárdenos, abre la celda, sale afuera al huerto y desnudo se mete entre la mucha nieve. Y, tomando la nieve, la moldea entre sus manos y hace con ella siete bloques a modo de monigotes. Poniéndose ante éstos, comienza a hablar así el hombre: «Mira, este mayor es tu mujer; estos otros cuatro son tus dos hijos y tus dos hijas; los otros dos, el criado y la criada que se necesitan para el servicio. Pero date prisa —continúa— en vestir a todos, porque se mueren de frío. Y, si te molesta la multiplicada atención que hay que prestarles, sirve con solicitud al Señor sólo». El diablo huye al instante confuso y el Santo se vuelve a la celda glorificando al Señor. Un hermano piadoso que estaba en oración a aquella hora, fue testigo de todo gracias a la luz de la luna, que resplandecía más aquella noche. Mas el Santo, enterado después de que el hermano lo había visto aquella noche, le mandó que, mientras él viviese, no descubriera a nadie lo sucedido.

Capítulo LXXXIII

Cómo libró de la tentación a un hermano y los bienes de la tentación

118. Un hermano tentado que estaba una vez a solas con el Santo, le dijo: «Padre bueno, ruega por mí, pues creo que, si tienes a bien rogar por mí, me veré en seguida libre de mis tentaciones. Es que me siento tentado sobre mis fuerzas; y estoy seguro de que el caso no es cosa oculta para ti».

—Créeme, hijo —le dijo San Francisco—, que por eso mismo te tengo por mayor servidor de Dios, y sábete que cuanto más

[1] Sobre el hermano asno véase 2C 129 y 211.

tentado seas, te amaré más. Te digo en verdad —añadió— que nadie ha de creerse servidor de Dios hasta haber pasado por tentaciones y tribulaciones. La tentación vencida —añadió aún— es, en cierto modo, el anillo con que el Señor desposa consigo el alma de su siervo. Muchos se complacen de méritos acumulados por años y se alegran de no haber tenido ninguna tentación. Y porque el terror solo bastaría para hundirlos antes del combate, el Señor ha tomado en cuenta la debilidad de su espíritu. Que los combates fuertes rara vez se presentan si no es allí donde existe una virtud recia».

Cómo lo azotaron los demonios

CAPÍTULO LXXXIV

Cómo lo azotaron los demonios y que se ha de huir de los palacios

119. Este varón de Dios no sólo se enfrentaba con las acometidas de las tentaciones de Satanás, sino que luchaba con él cuerpo a cuerpo. Invitado en una ocasión por el señor León, cardenal de la Santa Cruz [1], a morar por algún tiempo con él en Roma, escogió para sí una torre apartada, que en una galería de nueve apartamentos con cubierta facilitaba unas estancias reducidas como de eremitorio. Sucedió, pues, la primera noche; después de una prolongada oración con Dios, cuando se disponía a reposar, vienen los demonios y entablan firmes contra el santo de Dios una lucha a muerte. Lo hostigan por muy largo tiempo y con extrema crueldad y lo dejan al fin medio muerto. Al retirarse los demonios, recobrado ya el aliento, el Santo llama a su compañero, que dormía en otra de las estancias, y al presentársele le dice: «Hermano, quiero que estés a mi lado, porque tengo miedo a quedarme solo. Hace poco que me han azotado los demonios». Y temblaba el Santo y sentía escalofríos como quien tiene fiebre altísima.

120. Pasada, pues, la noche sin pegar ojo, dijo San Francisco a su compañero: «Los demonios son ministros de nuestro Señor, que se sirve de ellos para castigar los excesos. Y es señal de gracia mayor que no deje nada sin castigo en su siervo mientras vive en el mundo. Mas yo no recuerdo falta que no haya lavado en la satisfacción por la misericordia de Dios, porque en su dignación paternal ha tenido a bien manifestarme siempre en la oración y en la meditación qué es lo que le agrada y desagrada. Pero puede ser que haya permitido a esos ministros echarse sobre mí por

[1] León Brancaleone, que intervendrá en los grandes negocios del papado al lado de Hugolino.

esto: el que yo me hospede en los palacios de los potentados no da buena idea de mí ante los demás. Mis hermanos, que conviven en lugares pobrecillos, al oír que yo estoy con cardenales, pensarán tal vez que nado en delicias. Por tanto, hermano, pienso que va mejor a quien está puesto como modelo [2] huir de los palacios y hacer fuertes a los que padecen penurias, padeciendo iguales privaciones». Así que de mañana se presentaron al cardenal, y, después de haberle contado todo, se despidieron de él.

Sirva esto de enseñanza a los hermanos palaciegos [3], y ténganse por abortivos, arrancados del seno de su madre. No condeno la obediencia, pero sí repruebo la ambición, la ociosidad, las comodidades. En suma, propongo de modo absoluto a Francisco por modelo para todas las obediencias. Pero en todo debe descartarse cuanto, por agradar a los hombres, desagrada a Dios.

Capítulo LXXXV

Un ejemplo a propósito

121. Revivo en este momento algo que, a mi parecer, de ninguna manera debe pasarse por alto. Un hermano, viendo que otros hermanos moraban en un palacio, halagado de no sé qué gloria, deseó hacerse también palaciego como ellos. Deseoso de conocer la vida de palacio, ve una noche, en sueños, que los que he mencionado están fuera del lugar de los hermanos y alejados del trato con ellos; los ve además comiendo de un dornajo muy tosco y asqueroso, en el que comían garbanzos mezclados con heces humanas. Este espectáculo desconcertó vivamente al hermano; y desde que se levantó, de madrugada, no pensó más en palacios.

Capítulo LXXXVI

Tentaciones que sufrió en un lugar solitario y de la visión de un hermano

122. El Santo con un compañero llegó un día a una iglesia situada lejos del poblado [1]. Deseando orar en soledad, advierte al

[2] 2C 188; EP 81.

[3] Acerca de los «palaciegos», o los hermanos que moraban en los palacios, cf. Salimbene, *Crónica* p.184-210. El hermano Hugo de Digne dijo al rey San Luis (que le insistía en que siguiera a su corte): «El religioso fuera del claustro es como el pez fuera del agua» (Joinville, *Histoire de Saint Louis:* Hist. Gaul. 20 p.2.28).

[1] Este compañero, cuyo nombre no menciona ni 2C ni LM 6,6, es el hermano Pacífico, según testimonio de LP 65 y EP 59. Ubertino de Casale dice que es el hermano Maseo (*Arbor vitae* v.4). Sobre la adjudicación de esta visión al hermano Leonardo de Asís, cf. AFH 20 (1927) p.107. La iglesia es la de Bovara; todavía se conserva el crucifijo, del siglo XII, ante el cual oró San Francisco.

compañero: «Hermano, quisiera estarme aquí a solas esta noche. Vete al hospital [2] y vuelve mañana muy temprano».

Y se mantiene solo en larga y devotísima oración con el Señor. Después tantea dónde reclinar la cabeza para dormir; y de pronto, turbado en su espíritu, comenzó a sentir pavor y tedio y a estremecerse en todo el cuerpo. Se daba cuenta notoriamente de los asaltos diabólicos contra él y de cómo catervas de demonios corrían de un lado a otro sobre el techo con estrépito. Así, pues, se levanta inmediatamente, sale fuera y, signándose en la frente, dice: «De parte de Dios todopoderoso, os digo, demonios, que hagáis en mi cuerpo cuanto os es permitido. Lo sufro con gusto, pues, como no tengo enemigo mayor que el cuerpo [3], me vengaréis de mi adversario cayendo sobre él en vez de mí». En consecuencia, los demonios que se habían adunado para aterrorizar el espíritu del Santo, viendo un espíritu muy decidido en carne flaca, se disipan al punto llenos de confusión.

123. A la madrugada siguiente vuelve el compañero; al ver al Santo postrado ante el altar, espera fuera del coro, y ora también entretanto con fervor delante de una cruz. E inesperadamente, arrebatado en éxtasis, ve en el cielo, entre muchos, un trono más distinguido que los otros, adornado con piedras preciosas y todo resplandeciente de gloria. Admira en su interior el precioso trono y se pregunta para sí de quién es. En esto oye una voz que le dice: «Este trono fue de uno de los que cayeron del cielo, y ahora está destinado al humilde Francisco». Vuelto luego en sí el hermano, ve que el bienaventurado Francisco sale de la oración; y sin más, tendido en el suelo con los brazos en cruz, le habla no como a quien vive en el mundo, sino como a quien ya reina en el cielo, y le dice: «Padre, ruega por mí al Hijo de Dios para que no me impute mis pecados». El varón de Dios, tendiéndole la mano, lo levanta, y comprende que algo le ha sido revelado en la oración.

Ya de regreso, el hermano pregunta al bienaventurado Francisco: «¿En qué concepto te tienes?» Responde: «Me parece que soy el más grande de los pecadores, porque, si Dios hubiese tenido con un criminal tanta misericordia como conmigo, sería diez veces más espiritual que yo» [4]. A esto, el Espíritu sugirió al momento en el interior del hermano: «Reconoce la verdad de la visión que has tenido, pues la humildad elevará al humildísimo al trono que perdió la soberbia».

[2] En las proximidades de la iglesia de San Pedro de Bovara, a unos tres kilómetros, había dos leproserías: la de Santo Tomás y la de San Lázaro. En una de ellas se alojarían San Francisco y el hermano Pacífico.

[3] Adm 10; SalVir 14-18; 2CtaF 37-38.

[4] Cf 2C 133.

Capítulo LXXXVII

Un hermano liberado de tentación

124. Un hermano espiritual y de muchos años en la Religión, afligido por una gran tribulación de la carne, parecía estar a punto de ser absorbido por el abismo de la desesperación. El dolor acrecentaba de día en día, porque su conciencia, más por mal formada que por discreta, le obligaba a confesarse por nada. Ciertamente, se legitimaría tanta ansia de confesión si hubiese cedido, aunque poco, a la tentación, mas no por haberla sentido. Pero era tanto el pudor que él tenía, que temiendo manifestar todo a un único sacerdote, aun a pesar de no existir pecado alguno, repartía incluso los pensamientos, confiando parte a unos y parte a otros.

Hasta que un día que iba con el bienaventurado Francisco le dijo el Santo: «Hermano, te digo que en adelante no debes confesar tu tribulación a nadie. Y no tengas miedo, ya que lo que te ocurre a ti sin consentirlo tú redundará para ti en corona, no en culpa. Y cuantas veces fueres molestado, di con mi autorización siete padrenuestros». Admirado de cómo el Santo hubiese llegado a conocer esto y regocijado y contento en extremo, evadió toda tribulación.

La verdadera alegría espiritual

Capítulo LXXXVIII

La alegría espiritual, su alabanza y el mal de la tristeza

125. Aseguraba el Santo que la alegría espiritual es el remedio más seguro contra las mil asechanzas y astucias del enemigo. Solía decir: «El diablo se alegra, sobre todo, cuando logra arrebatar la alegría del alma al siervo de Dios. Lleva polvo que poder colar —cuanto más sea— en las rendijas más pequeñas de la conciencia y con que ensuciar el candor del alma y la pureza de la vida. Pero —añadía—, cuando la alegría espiritual llena los corazones, la serpiente derrama en vano el veneno mortal. Los demonios no pueden hacer daño al siervo de Cristo, a quien ven rebosante de alegría santa. Por el contrario, el ánimo flebe, desolado y melancólico se deja sumir fácilmente en la tristeza o envolverse en vanas satisfacciones».

Por eso, el Santo procuraba vivir siempre con júbilo del corazón, conservar la unción del espíritu y el óleo de la alegría. Evitaba con sumo cuidado la pésima enfermedad de la flojera, de manera que, a poco que sentía insinuársele en el alma, acudía rapidísimamente a la oración. Y decía: «El siervo de Dios conturbado, como suele, por alguna cosa, debe inmediatamente recurrir

a la oración y permanecer ante el soberano Padre hasta que le devuelva la alegría de su salvación. Pues, si se detiene en la tristeza, adolecerá del mal babilónico, que al cabo, si no se purifica por medio de lágrimas, creará en su corazón una roña duradera».

Capítulo LXXXIX

La cítara que oyó tocar a un ángel

126. Durante su permanencia en Rieti para la cura de los ojos [1], llamó un día a uno de los compañeros, que en el mundo había sido citarista [2], y le dijo: «Hermano, los hijos de este siglo no entienden los misterios divinos. Hasta los instrumentos músicos, destinados en otros tiempos a las alabanzas de Dios, los ha convertido ahora la sensualidad de los hombres en placer de los oídos. Quisiera, pues, hermano, que trajeras en secreto de prestado una cítara y compusieras una bella canción [3], a cuyo son aliviaras un poco al hermano cuerpo, que está lleno de dolores». Le respondió el hermano: «Padre, me avergüenzo mucho por temor de que la gente vaya a sospechar que he sido tentado por esta minucia». «Dejémoslo entonces, hermano —replicó el Santo—, que es conveniente renunciar a muchas cosas para que no se resienta el buen nombre».

La noche siguiente, en vigilia el santo varón y meditando acerca de Dios, de pronto suena una cítara de armonía maravillosa, que enhila una melodía finísima. No se veía a nadie, pero el oído percibía por la localización del sonido que el que tañía y cantaba se movía de un lado a otro. Finalmente, arrebatado el espíritu a Dios, el Padre santo, al oír la dulcísona canción, goza de lleno tales delicias, que piensa haber pasado al otro siglo. Al levantarse al amanecer, el Santo llama al dicho hermano y, tras haberle contado al detalle lo sucedido, añade: «El Señor, que consuela a los afligidos, no me ha dejado nunca sin consuelo. Mira: ya que no he podido oír la cítara tocada por los hombres, he oído otra más agradable».

Capítulo XC

Que el Santo cantaba en francés cuando estaba más alegre

127. Algunas veces hacía también esto: la dulcísima melodía espiritual que le bullía en el interior, la expresaba al exterior en

[1] Entre junio de 1225 y enero de 1226.

[2] Este hermano músico era, sin duda, Pacífico. Cf. P. Octavio de Angers, *Du frère chatariste qui a Rieti se recusa:* EF (1932) p.549-56.

[3] *Versum honestum:* el adjetivo hay que tomarlo aquí en su acepción técnica; un canto es *honestus* cuando es fluido, de forma elegante.

francés [1], y la vena del susurro divino que su oído percibía en lo secreto rompía en jubilosas canciones en francés. A veces —yo lo vi con mis ojos— tomaba del suelo un palo y lo ponía sobre el brazo izquierdo; tenía en la mano derecha una varita curva con una cuerda de extremo a extremo, que movía sobre el palo como sobre una viola; y, ejecutando a todo esto ademanes adecuados, cantaba al Señor en francés. Todos estos transportes de alegría terminaban a menudo en lágrimas; el júbilo se resolvía en compasión por la pasión de Cristo. De ahí que este santo prorrumpía de continuo en suspiros, y al reiterarse los gemidos, olvidado de lo que de este mundo traía entre manos, quedaba arrobado en las cosas del cielo.

Capítulo XCI

Cómo reprochó a un hermano que estaba triste y le aconsejó el modo de portarse

128. Vio una vez a un compañero suyo con cara melancólica y triste, y, como le desagradaba esto, le dijo: «No va bien en el siervo de Dios presentarse triste y turbado ante los hombres, sino siempre amable. Tus pecados examínalos en la celda; llora y gime delante de tu Dios. Cuando vuelvas a donde están los hermanos, depuesta la melancolía, confórmate a los demás». Y poco después añadió: «Los enemigos de la salvación de los hombres me tienen mucha envidia y se esfuerzan siempre en turbarme a mí en mis compañeros, ya que no consiguen turbarme a a mí en mí mismo». Y amaba tanto al hombre lleno de alegría espiritual, que en cierto capítulo general hizo escribir, para enseñanza de todos, esta amonestación [1]: «Guárdense los hermanos de mostrarse ceñudos exteriormente e hipócritamente tristes; muéstrense, más bien, gozosos en el Señor, alegres y jocundos y debidamente agradables».

Capítulo XCII

Cómo ha de tratarse el cuerpo para que no proteste

129. Asimismo, el Santo dijo una vez: «Hay que atender con discreción al hermano cuerpo para que no provoque tempestades de flojera. Quítesele toda ocasión de protesta, no sea que llegue a sentir fastidio de velar y de perseverar reverente en la oración. Porque podría decir: 'Desfallezco de hambre [1], no aguanto sobre mí el peso de tus prácticas'. Pero, si protestase así después de ha-

[1] Cf. 1C 16 n.1.
[1] 1R 7,16.
[1] Cf. 2C 22.

berse alimentado lo bastante, sábete que el jumento perezoso necesita ser espoleado y que al asno flojo le aguarda el aguijón» [2].

Sólo en esta lección anduvieron discordes las palabras y las obras del santísimo Padre. Pues sometía su cuerpo —de veras inocente— a azotes y privaciones y multiplicaba sobre él los castigos sin motivo. Es que el ardor del espíritu había aligerado el cuerpo ya tanto, que, si el alma era sedienta de Dios, aquella carne santísima desfallecía de sed [3].

La falsa alegría

Capítulo XCIII

Contra la vanagloria y la hipocresía

130. Pero él, que se entregaba a la alegría espiritual, evitaba con cuidado la falsa, como quien sabía bien que debe amarse con ardor cuanto perfecciona y ahuyentar con esmero cuanto inficiona. Así, procuraba sofocar en germen la vanagloria, sin dejar subsistir ni por un momento lo que es ofensa a los ojos de su Señor. De hecho muchas veces, cuando era ensalzado, trocaba luego el aprecio en tristeza, doliéndose y gimiendo.

Un invierno en que por todo abrigo de su santo cuerpecillo llevaba una sola túnica con refuerzos de burdos retazos [1], su guardián, que era también su compañero, adquirió una piel de zorra, y, presentándosela, le dijo: «Padre, padeces del bazo y del estómago; ruego en el Señor a tu caridad que consientas que se cosa esta piel por dentro con la túnica. Y, si no la quieres toda, deja al menos coserla a la altura del estómago».

«Si quieres que la lleve por dentro de la túnica —le respondió Francisco—, haz que un retazo igual vaya también por fuera; que, cosido así por fuera, indique a los hombres la piel que se esconde dentro». El hermano oye, pero no lo acepta; insiste, pero no logra otra cosa. Cede al fin el guardián, y se cose retazo sobre retazo para hacer ver que Francisco no quiere ser uno por fuera y otro por dentro.

¡Oh identidad de palabra y de vida! ¡El mismo por fuera y por dentro! ¡El mismo de súbdito y de prelado! Tú que te gloriabas siempre en el Señor [2], no querías otra gloria ni de los extraños ni de los de casa. Y no se ofendan, por favor, los que llevan pieles preciosas si digo que se lleva también piel por piel, pues sabemos que los despojados de la inocencia tuvieron que cubrirse con túnicas de piel [3].

[2] Cf. 2C 116.
[3] Se ha visto ya en 1C 97 desarrollada la misma idea.
[1] Cf. 2C 69.
[2] 1Cor 1,31.
[3] Gen 3,21.

Capítulo XCIV

Una confesión suya de hipocresía

131. El episodio tuvo lugar en el eremitorio de Poggio, alrededor de la Navidad. El Santo comenzó su predicación a una gran multitud, convocada para oírlo, con estas palabras: «Vosotros me tenéis por santo, y por eso habéis venido con devoción. Pero yo os confieso que en toda esta cuaresma [1] he tomado alimentos preparados con tocino». Y así, atribuía muchas veces a gula lo que había tomado antes por razón de la enfermedad.

Capítulo XCV

Una confesión suya de vanagloria

132. Con igual fervor, si alguna vez sentía en su espíritu cualquier movimiento de vanagloria, lo manifestaba luego delante de todos con llaneza. Yendo una vez por la ciudad de Asís, se le acerca una viejecilla pidiendo limosna. Como no tenía otra cosa que darle fuera del manto, se lo entregó luego con pronta generosidad. Y como sintiera cierto cosquilleo de vanidad, confesó al punto ante todos que había tenido vanagloria.

Capítulo XCVI

Réplica suya a los que lo alaban

133. Procuraba guardar en lo secreto del alma los dones del Señor, no queriendo exponer a la gloria lo que podría ser causa de perdición. En efecto, como quiera que eran muchos los que lo alababan a menudo, les respondía con frases como éstas: «No queráis alabarme como a quien está seguro; todavía puedo tener hijos e hijas. No hay que alabar a ninguno cuyo fin es incierto. Si el que lo ha dado quisiera en algún momento llevarse lo que ha donado de prestado, sólo quedarían el cuerpo y el alma, que también el infiel posee». Hablaba de este modo a los que lo alababan. A sí mismo se decía: «Francisco, si un ladrón hubiera recibido del Altísimo tan grandes dones como tú, sería más agradecido que tú» [1].

[1] La Regla prescribe el ayuno desde Todos los Santos hasta Navidad. Es la cuaresma llamada de San Martín (LP 81) o de Adviento.

[1] Cf. 2C 123.

Capítulo XCVII

Dichos suyos contra los que se alaban a sí mismos

134. Decía muchas veces a sus hermanos: «Nadie debe halagarse, con jactancia injusta, de aquello que puede también hacer un pecador». Y se explicaba: «El pecador puede ayunar, orar, llorar, macerar el cuerpo. Esto sí que no puede: ser fiel a su Señor. Por tanto, en esto podremos gloriarnos: si devolvemos a Dios su gloria; si, como servidores fieles, atribuimos a él cuanto nos dona. La carne es el mayor enemigo del hombre [1]: no sabe recapacitar nada para dolerse; no sabe prever para temer; su afán es abusar de lo presente. Y lo que es peor —añadía—, usurpa como de su dominio, atribuye a gloria suya los dones otorgados al alma, que no a ella [2]; los elogios que las gentes tributan a las virtudes, la admiración que dedican a las vigilias y oraciones, los acapara para sí; y ya, para no dejar nada al alma, reclama el óbolo por las lágrimas».

Su cuidado en ocultar las llagas

Capítulo XCVIII

Lo que respondió a los que preguntaban por ellas y el esmero en ocultarlas

135. No deben silenciarse los disimulos que urdió alrededor y el empeño con que ocultó aquellas insignias del Crucificado, dignas de ser veneradas incluso por los espíritus más elevados. Desde que allí, a los principios, el verdadero amor de Cristo había transformado al amante en fiel imagen de él, fue tan grande la cautela del Santo en callar y ocultar el tesoro, que ni siquiera sus familiares se dieron cuenta por mucho tiempo [1]. Pero la Providencia no quiso que estuvieran escondidas por siempre sin que las vieran los más caros del Santo. Por otra parte, el estar en miembros del cuerpo que se llevan descubiertos, no consentía que permanecieran ocultas. Uno de sus compañeros que vio en cierta ocasión las llagas de los pies, le dice: «¿Qué es esto, buen hermano?» Y recibió esta respuesta: «Atiende a tus cosas».

136. Otra vez, el mismo hermano pide al Santo la túnica para sacudirla; viéndola con manchas de sangre, le dijo al Santo después de habérsela devuelto: «¿Qué manchas de sangre son esas de la túnica?» Pero el Santo, poniendo el índice sobre uno de los ojos, le respondió: «Pregunta qué es esto si no sabes que es un ojo».

[1] Cf. Adm 10 y 12; 1R 17,22; etc.
[2] Cf. Adm 7 y 11.

[1] La misma afirmación en 1C 95 y 98.

Por eso, rara vez se lava del todo las manos, sino sólo los dedos, para no descubrir el secreto a los que están cerca de él [2]; y rarísimas veces los pies, y todavía más a ocultas. Si se le pide la mano para besarla, da media mano, es decir, presenta al beso sólo los dedos, de modo que puedan depositar el beso; y a veces, en lugar de la mano, alarga la manga del hábito. Cubre —para no ser vistos— los pies con escarpines de lana, aplicada a las llagas una piel que mitigue la aspereza de la lana. Y, aunque el Padre santo no podía encubrir las llagas de los pies y de las manos a los compañeros, se disgutaba si alguien las miraba. Por eso, los compañeros mismos —llenos del espíritu de prudencia— ladeaban los ojos cuando él se veía en la precisión de descubrir las manos o los pies.

Capítulo XCIX

Un hermano las vio valiéndose de una treta piadosa

137. Mientras el varón de Dios residía en Siena [1], llegó a la ciudad un hermano de Brescia. Anheloso de ver las llagas del Padre santo, pide con insistencia al hermano Pacífico que esto le sea posible. Le propone éste: «A punto de partir del lugar, le pediré que me dé a besar las manos, y, cuando me las diere, te guiñaré, y verás las llagas».

Prontos para la salida, se van los dos a donde estaba el Santo, y Pacífico, puesto de rodillas, dice a San Francisco: «Bendícenos, madre amadísima [2], y dame a besar la mano». Alargada, bien que no a gusto, la besa, y guiña al compañero para que la vea. Pide también la otra, la besa y la muestra al compañero [3]. Al salir ellos, el Padre entró en sospecha de que había habido de por medio alguna treta santa, como la hubo de hecho. Y, juzgando impía la piadosa curiosidad, el Padre llama en seguida al hermano Pacífico y le dice: «Hermano, que el Señor te perdone, que a veces me causas mucha pena» [4]. Pacífico se postra luego en tierra y pregunta humildemente: «¿Qué pena te he causado, madre queridísima?» Y como San Francisco no dio respuesta alguna, el episodio se cierra con el silencio.

Capítulo C

La llaga del costado, vista por un hermano

138. Pero, aunque a algunos les fueron manifiestas las llagas de las manos y de los pies —ya que estos miembros quedan al

[2] Más tarde, Francisco lleva mitones (*LM* 13,8).
[1] Cf. 1C 105.
[2] Sobre esta denominación cf. REr.
[3] Casi ciego, Francisco no puede darse cuenta de la treta.
[4] San Francisco recuerda, acaso, el episodio reciente de la cítara en Rieti.

descubierto—, nadie, sin embargo, fue digno de ver la del costado mientras vivió, fuera de uno, y él una sola vez. Porque cuantas veces hacía sacudir la túnica, tapaba la llaga del costado con el brazo derecho; o en ocasiones, aplicando la mano izquierda al costado herido, tapaba aquella santa llaga. Mas a un compañero suyo, al hacerle masaje [1], se le deslizó la mano sobre la llaga y le produjo gran dolor. Otro hermano, empeñado con afanosa curiosidad en ver lo que estaba escondido a los demás, dijo un día al Padre santo: «Padre, ¿quieres que te sacuda la túnica?» El Santo le respondió: «El Señor te lo recompense, hermano, pues en verdad que lo necesito». Y, mientras el Padre se desvestía, el hermano miró con atención, y vio la llaga reproducida en el costado. Sólo éste la vio en vida del Santo; ningún otro hasta después de la muerte.

Capítulo CI

Cómo ocultaba las virtudes

139. En tal grado había renunciado este hombre a toda gloria que no supiera a Cristo; en tal grado había fulminado anatema eterno a todo favor humano. Sabía que el precio de la fama es la merma del secreto de la conciencia y que es mucho más perjudicial abusar de las virtudes que no tenerlas. Sabía que no es menor virtud salvaguardar las gracias adquiridas que procurar otras más.

Por desgracia, más la vanidad que la caridad nos empuja a muchas cosas; y el favor del mundo prevalece al amor de Cristo. No discernimos las inclinaciones, no examinamos los espíritus; y, cuando es la vanagloria la que nos ha impelido a actuar, nosotros pensamos que hemos sido movidos por la caridad. Además, si llegamos a hacer algún bien, por pequeño que sea, no acertamos a sostener su peso; sea cual fuere, lo descargamos en vida, y, por último, no arribamos a puerto. Soportamos con paciencia no ser buenos; pero nos es intolerable no parecer o no ser tenidos por buenos. Así, vivimos del todo pendientes de las alabanzas de los hombres; es que, al fin y al cabo, no somos sino hombres.

[1] Era el hermano Rufino (1C 95); el otro, del que se tratará en seguida, es Elías; el texto de Celano distingue bien entre Elías, que vio la herida, y Rufino, que la tocó.

La humildad

Capítulo CII

Humildad de San Francisco en el porte, en los sentimientos y en las costumbres y contra el sentir propio

140. La humildad es la salvaguardia y hermosura de todas las virtudes. Si el edificio espiritual no la tiene por cimiento, a medida que parece elevarse, va adelante su ruina.

Para que no faltara nada al varón tan rico de gracias, la humildad lo henchió con más copia de bienes. Por cierto, a su juicio, no era sino un pecador, cuando de verdad era un dechado esplendoroso de toda santidad. Se esforzó en edificarse a sí mismo sobre la humildad, para fundamentarse en la base que había aprendido de Cristo [1]. Olvidando lo que había ganado, ponía los ojos sólo en los fallos, convencido de que era más lo que le faltaba que lo que poseía. Sólo una pasión le urgió: la de hacerse mejor, la de adquirir nuevas virtudes, sin contentarse con las ya adquiridas.

Fue humilde en el hábito, más humilde en los sentimientos, humildísimo en el juicio de sí mismo. Este «príncipe de Dios» no se distinguía cual prelado sino por esta gema brillantísima: que era el mínimo entre los menores. Esta era la virtud, éste el título, ésta la insignia de ministro general. No había altanería en sus palabras, ni pompa en sus gestos, ni ostentación en sus obras.

Había comprendido por revelación el juicio que se ha de hacer de muchas cosas; pero, al tratarlas con otros, anteponía al suyo propio el juicio de los demás. Tenía por más seguro el consejo de los compañeros; mejor que el propio, el parecer ajeno. Solía decir que no ha dejado todas las cosas por el Señor quien se reserva la bolsa del juicio propio [2]. Respecto a sí, prefería la afrenta a la alabanza, porque la afrenta obliga a la enmienda, la alabanza empuja a la caída.

Capítulo CIII

Su humildad para con el obispo de Terni y para con un campesino

141. Una vez que el Santo predicaba al pueblo de Terni, el obispo de la ciudad —encomiándole delante de todos [1] al fin de

[1] Mt 2,29; cf. 1Cor 3,10; Heb 6,1.

[2] Adm 4.

[1] Rainerio, nombrado obispo de aquella diócesis por Honorio III en 1218. Ponemos de relieve, de pasada, este detalle: a diferencia de los herejes de su tiempo, Francisco predicaba delante de los obispos, nunca contra ellos, y muchas veces con su permiso. Cf 2C 147 y 2R 9.

la predicación— dijo lo siguiente: «En esta última hora, Dios ha ilustrado a su Iglesia con este pobrecillo y despreciado, simple e iletrado; por lo que estamos obligados a alabar siempre al Señor, que, como sabemos, no hizo tal a gente alguna». Al oírlo el Santo, aceptó con gratitud admirable que el obispo hubiese dicho de él en términos tan claros que era despreciable. Y, luego que entraron en la iglesia, se echó a sus pies, diciendo: «Verdaderamente me has dispensado un gran honor, señor obispo, ya que tú me has atribuido enteramente lo que me corresponde, mientras otros me lo quitan. Como dotado de discernimiento, has distinguido lo precioso de lo vil y has dado a Dios la alabanza, y a mí el desprecio».

142. Pero el varón de Dios no sólo se mostraba humilde con los mayores, sino también con los iguales y con los de condición inferior, más dispuesto siempre a recibir que a hacer observaciones y correcciones. Así, un día que, conducido en un asnillo —la debilidad y los achaques no le permitían andar a pie—, atravesaba por la heredad de un campesino que estaba trabajando en ella, corrió éste hacia el Santo y le preguntó con vivo interés si era él el hermano Francisco. Y como el varón de Dios respondiera con humildad que era el mismo por quien preguntaba, le dice el campesino: «Procura ser tan bueno como dicen todos que eres, pues son muchos los que tienen puesta su confianza en ti. Por lo cual te aconsejo que nunca te comportes contrariamente a lo que se espera de ti».

Mas el varón de Dios, Francisco, que oye eso, se desmonta del asno y, postrado delante del campesino, le besa humildemente los pies y le da gracias por el favor que le ha hecho con la advertencia. A pesar, pues, de ser tan celebrado por la fama —tanto que muchos lo tenían por santo—, él se juzgaba vil a los ojos de Dios y de los hombres, sin ensoberbecerse ni de la celebridad ni de la santidad que poseía, pero ni siquiera de los muchos y santos hermanos e hijos que se le habían dado como preludio de la remuneración de sus méritos.

Capítulo CIV

Cómo renunció al generalato en un capítulo y una oración suya

143. Por conservar la virtud de la santa humildad, a pocos años de su conversión renunció al oficio de prelado de la Religión en un capítulo delante de todos los hermanos, diciendo: «Desde ahora he muerto para vosotros. Pero —añadió— os presento al hermano Pedro Cattani [1], a quien obedeceremos todos: vosotros y yo». E, inclinándose en seguida ante él, le prometió obediencia y reverencia. En vista de esto, los hermanos lloraban, y se oían los

[1] 1C 25 n.6.

lamentos que arrancaba la pena al darse cuenta de que quedaban —*en cierto modo*— huérfanos al perder tan magnífico padre. El bienaventurado Francisco se levanta y, juntas las manos y alzados los ojos al cielo, dice: «Señor, te recomiendo la familia que me has confiado hasta ahora. Y porque no puedo tener el debido cuidado de ella por las enfermedades que tú, *dulcísimo* Señor, conoces, la dejo en manos de los ministros. Deberán dar cuenta delante de ti, Señor, en el día del juicio si —por negligencia o por mal ejemplo, o también por alguna corrección áspera de ellos— llegare a perderse algún hermano» [2]. Y ya, hasta la muerte, permaneció súbdito, portándose con mayor humildad que ningún otro [3].

Capítulo CV

Cómo renunció a los compañeros

144. Otra vez puso todos sus compañeros a disposición de su vicario [1], diciendo: «No quiero distinguirme por este privilegio de libertad singular; que en adelante los hermanos me acompañen de lugar a lugar como el Señor les inspirare. Vi, en cierta ocasión —añadió—, un ciego que en el camino era guiado por una perrita» [2]. Esta era, en efecto, su gloria: que, abandonando toda apariencia de singularidad y de jactancia, habitase en él la fuerza de Cristo [3].

Capítulo CVI

Sus dichos contra los que aman prelacías y descripción del hermano menor

145. Viendo que había quienes aspiraban a prelacías [1], de las cuales ya la ambición misma —sin mentar otras cosas— los hacía indignos, solía decir que esos tales no eran hermanos menores, sino que habían perdido la gloria por haber olvidado la vocación a la que eran llamados. Y confutaba en frecuentes pláticas a algunos —dignos de compasión— que llevaban a mal ser removidos de sus oficios, cuando lo que buscaban no era la carga, sino el honor.

Y una vez dijo a su compañero: «No me parece que sería hermano menor si no tuviera la disposición que te describiré. Voy,

[2] Cf. 1R 4,6.

[3] Cf. K. ESSER, *Das Mnisterium generale des hl. Franziskus von Assisi:* FS 33 (1951) p.329-48.

[1] Francisco, casi ciego y muy débil, estaba siempre escoltado por uno o varios hermanos, que le servían como guías y enfermeros. Cf 1C 102 n.1.

[2] «Yo no quiero ser de mejor condición», añade EP 40.

[3] 2Cor 12,9.

[1] Cf. 1C 104.

por ejemplo —añadió—, al capítulo como quien es prelado de los hermanos; predico; amonesto a los hermanos; y cuando termino replican: 'No nos conviene un iletrado y despeciable; por tanto, no queremos que tú reines sobre nosotros, porque tú no sabes hablar y eres un simple e ignorante'. Y, por último, teniéndome todos por vil, me echan afrentosamente. Te aseguro que, si no oyere estas palabras con el habitual semblante, con la acostumbrada alegría, con idéntico propósito de santidad, no soy, no, hermano menor» [2].

Y añadía aún: «En la prelacía acecha la caída; en la alabanza, el precipicio, en la humildad de súbdito, la ganancia del alma. ¿Por qué aplicarnos, pues, más a los peligros que a las ganancias, siendo así que hemos recibido el tiempo para ganar?»

Capítulo CVII

La sumisión para con los clérigos que quería en los hermanos y por qué

146. Y si bien quería que sus hijos tuvieran paz con todos y que se mostraran como niños a todos, así y todo enseñó de palabra y confirmó con el ejemplo que debían ser sumamente humildes con los clérigos.

Solía decir: «Hemos sido enviados en ayuda a los clérigos para la salvación de las almas, con el fin de suplir con nosotros lo que se echa de menos en ellos. Cada uno recibirá la recompensa conforme no a su autoridad, sino a su trabajo. Sabed, hermanos —añadía—, que el bien de las almas es muy agradable a Dios y que puede lograrse mejor por la paz que por la discordia con los clérigos. Y si ellos impiden la salvación de los pueblos, corresponde a Dios [1] dar el castigo, que por cierto les dará a tiempo. Así, pues, estaos sujetos a los prelados, para no suscitar celos en cuanto depende de vosotros. Si sois hijos de la paz [2], ganaréis pueblo y clero para el Señor, lo cual le será más grato que ganar a sólo el pueblo con escándalo del clero. Encubrid —concluyó— sus caídas, suplid sus muchas deficiencias; y, cuando hiciereis estas cosas, sed más humildes».

Capítulo CVIII

La reverencia que mostró al obispo de Imola

147. Cierta vez que San Francisco llegó a Imola, ciudad de la Romagna, se presentó al obispo del lugar para pedirle licencia de

[2] Cf. Adm 20; Flor 8.
[1] Adm 26.
[2] Lc 10,6.

predicar. «Hermano —le respondió el obispo—, basta que predique yo a mi pueblo». San Francisco —la cabeza baja— sale humildemente. Al poco rato vuelve a entrar. Le pregunta el obispo: «¿Qué quieres, hermano? ¿Qué buscas otra vez aquí?» Y el bienaventurado Francisco: «Señor, si un padre hace salir al hijo por una puerta, el hijo tiene que volver a él entrando por otra». El obispo, vencido por la humildad, lo abraza con cara alegre y le dice: «Predicad desde ahora, tú y tus hermanos, en mi obispado, pues tenéis mi licencia general; y conste que esto lo ha merecido tu santa humildad».

Capítulo CIX

Su humildad con Santo Domingo y la de Santo Domingo con él, y el mutuo afecto de ambos

148. Santo Domingo y San Francisco, las dos lumbreras resplandecientes del orbe, coincidieron en Roma con el señor ostiense —que más tarde fue sumo pontífice [1]—. Y según que alternaban los tres en hablar cosas melifluas acerca del Señor, les dijo, finalmente, el obispo: «En la Iglesia primitiva, los pastores de la Iglesia eran pobres, hombres que ardían en caridad y no en codicia. ¿Por qué no escoger para obispos y prelados aquellos de entre vuestros hermanos que destacan sobre los demás por la doctrina y por el ejemplo?»

Surge luego entre los dos santos porfía sobre la respuesta, no por quitársela de la boca el uno al otro, sino por cedérsela mutuamente, o mejor, por incitarse ambos a ser el otro el primero en responder. En efecto, por el aprecio mutuo que se profesaban, el uno para el otro resultaba ser el primero. La humildad venció por fin a Francisco, para no adelantarse; venció también a Domingo, para obedecer al ser el primero en responder.

Tomando, pues, la palabra el bienaventurado Domingo, dijo al obispo: «Señor, mis hermanos —si se dan cuenta— están ya bastante encumbrados, y, en cuanto depende de mí, no permitiré que obtengan otro género de dignidad».

Después de estas breves palabras, el bienaventurado Francisco se inclina ante el obispo y dice: «Mis hermanos se llaman menores precisamente para que no aspiren a hacerse mayores. La vocación les enseña a estar en el llano y a seguir las huellas de la humildad de Cristo para tener al fin lugar más elevado que otros en el premio de los santos. Si queréis —añadió— que den fruto en la Iglesia de Dios, tenedlos y conservadlos en el estado de su vocación y traed al llano aun a los que no lo quieren. Pido, pues, Padre, que no les permitas de ningún modo ascender a prelacías,

[1] El encuentro tuvo lugar al comienzo de 1221, algunos meses antes de la muerte de Santo Domingo (6 de agosto).

para que no sean más soberbios cuanto más pobres son y se insolenten contra los demás».

Estas fueron las respuestas de los dos santos.

149. ¿Qué decís vosotros, hijos de santos? Los celos y las envidias os delatan como degenerados; y no menos como bastardos la ambición de bienes. Os mordéis y devoráis mutuamente, pues las guerras y las contiendas no tienen otro origen que las ambiciones. Es incumbencia vuestra luchar contra los escuadrones de las tinieblas, en rudo combate contra los ejércitos de los demonios, pero volvéis vuestras espaldas los unos contra los otros. Los padres, llenos de sabiduría, se miran con familiaridad de cara [2], pero los hijos, llenos de envidia, no pueden ni soportar el verse los unos a los otros. ¿Qué hará el cuerpo si tiene dividido el corazón? Seguramente, la doctrina de la santidad daría más fruto en el mundo entero si el vínculo de la caridad uniese más estrechamente entre sí a los ministros de la palabra de Dios. De hecho, lo que hablamos o enseñamos se vuelve sumamente sospechoso desde el momento en que hay señales claras que evidencian que existe entre nosotros cierto fermento de odio. Yo bien sé de una y otra parte que no son responsables los buenos, sino los malos, quienes —para evitar el contagio de los santos— creería justo que fuesen expulsados.

¿Qué decir, en fin, de esos que saben cosas de alta sabiduría? Los padres llegaron al reino por el camino de la humildad y no de la altivez; los hijos, rondando la ambición, no buscan el camino de la ciudad que es su morada. Y ¿qué puede esperarse sino que, no siguiendo el camino de los padres, tampoco consigamos su gloria? ¡No sea así, Señor! Haz que bajo las alas de los maestros humildes sean humildes los discípulos; haz que se quieran bien los que son hermanos espirituales y veas los hijos de tus hijos como prenda de paz para Israel [3].

Capítulo CX

Cómo se recomendaron el uno al otro

150. Terminadas las respuestas de los dos santos —como dejamos dicho arriba—, el señor obispo de Ostia, muy edificado de ellas, dio gracias sin fin a Dios. Y, a la despedida, el bienaventu-

[2] Ex 25,17. El propiciatorio era una placa de oro macizo colocada encima del arca; en sus dos extremos había dos querubines mirándose frente a frente.

[3] Sal 127,6.—Precisamente cuando Celano escribe estas líneas, 1246, el maestro general de los Predicadores, Juan el Teutónico, acaba de expedir una encíclica exhortando a sus súbditos a la bienquerencia y comprensión respecto a los hermanos menores (B. M. Reichert, *Monumenta Ord. Fratr. Praedicatorum historica* V: *Litterae encyclicae Magistrorum gen.* [Roma 1900] p.7-9). En 1255, Juan de Parma, ministro general de los franciscanos, y Humberto de Romanis, maestro general de los dominicos, escribieron una circular común invitando paternal y severamente a la paz y a la unión a los miembros de ambas Ordenes (Id., ibid., p.25-31).

rado Domingo pidió a San Francisco que tuviera a bien darle la cuerda con que se ceñía. San Francisco no accedía, rehusando, con una humildad comparable con la caridad que mostraba Santo Domingo, en la petición. Pero venció al fin, afortunada, la devoción del que había pedido, y se ciñó devotamente la cuerda bajo la túnica interior. Por último, ambos santos se despiden dándose las manos y haciéndose dulcísimas recomendaciones. Y dice el Santo al Santo: «Hermano Francisco, quisiera que tu Religión y mi Religión se hicieran una sola y viviéramos en la Iglesia con la misma forma de vida». Después, ya que se separaron, dijo Santo Domingo a los circunstantes, que eran muchos: «En verdad os digo que los demás religiosos deberían seguir a este santo varón que es Francisco. ¡Tan alta es la perfección de su santidad!»

La obediencia

Capítulo CXI

Que por practicar la obediencia tuvo siempre un guardián

151. Este perspicacísimo negociante, puesta la mirada en ganar de muchas maneras y en convertir todo el tiempo presente en mérito, quiso ser guiado con el freno de la obediencia y someterse a sí mismo al gobierno de otros. De hecho, no sólo renunció al generalato, sino que, para mayor mérito de obediencia, pidió también un guardián particular [1], a quien venerase como a prelado suyo. Así, pues, dijo al hermano Pedro Cattani —a quien tiempo atrás había prometido obediencia [2]—: «Te ruego por Dios que confíes tus veces para conmigo a uno de mis compañeros, a quien pueda obedecer con la misma entrega que a ti. Sé —añadió— el fruto de la obediencia y que para quien doblega el cuello al yugo de otro no pasa un instante sin ganancia». De este modo —otorgada su instancia—, dondequiera permaneció obediente hasta la muerte, en obediencia reverente y constante a su guardián.

Llegó a decir una vez a sus compañeros: «Entre otras gracias que la bondad divina se ha dignado concederme, cuento ésta: que al novicio de una hora que se me diera por guardián, obedecería con la misma diligencia que a otro hermano muy antiguo y discreto. El súbdito —añadió— no tiene que mirar en su prelado al hombre, sino a aquel por cuyo amor se ha sometido. Cuanto es más desestimable quien preside, tanto más agradable es la humildad de quien obedece».

[1] Test 27.
[2] Cf. 2C 143.

Capítulo CXII

Cómo describió al verdadero obediente y tres clases de obediencia

152. Otra vez, el bienaventurado Francisco, sentado entre sus compañeros, dijo exhalando un suspiro: «Apenas hay en todo el mundo un religioso que obedezca perfectamente a su prelado». Conmovidos los compañeros, le replicaron: «Padre, dinos cuál es la obediencia más alta y perfecta». Y él, describiendo al verdadero obediente con la imagen de un cadáver, respondió: «Toma un cadáver y colócalo donde quieras. Verás que, movido, no resiste; puesto en un lugar, no murmura; removido, no protesta. Y, si se le hace estar en una cátedra, no mira arriba, sino abajo; si se le viste de púrpura, dobla la palidez. Este es —añadió— el verdadero obediente: no juzga por qué se le cambia, no se ocupa del lugar en que lo ponen, no insiste en que se le traslade. Promovido a un cargo, conserva la humildad de antes; cuanto es más honrado, se tiene por menos digno». Otra vez, hablando sobre el particular, dijo que las obediencias que se conceden por pedidas son propiamente licencias; llamó, en cambio. santas obediencias a las que se imponen sin haberlas pedido. Afirmaba que ambas son buenas [1], pero más segura la segunda. Pero consideraba máxima obediencia, y en la que nada tendrían la carne y la sangre, aquella en la que por divina inspiración se va entre los infieles, sea para ganar al prójimo, sea por deseo de martirio. Estimaba muy acepto a Dios pedir esta obediencia [2].

Capítulo CXIII

Que no se debe mandar por obediencia con motivos leves

153. Opinó que rara vez se ha de mandar por obediencia; y que de primeras no ha de lanzarse el dardo, cuando esto debería ser lo último. «No hay que darse prisa —decía— en llevar la mano a la espada» [1]. Pero de quien no corría a obedecer el precepto de la obediencia, opinaba que ni temía a Dios ni respetaba al hombre [2].

[1] Cf. 1C 45.

[2] Todo este párrafo juega continuamente sobre el doble sentido de la palabra *obediencia:* orden impuesta o acción de obedecer. San Francisco quiere decir aquí que el ir a misiones, aunque lo haya pedido el religioso mismo, no pertenece al rango de permisos o licencias, pues esta petición no la formula la carne, sino el espíritu. Cf. 1R 16 y 2R 12.

[1] Francisco tiene la misma actitud respecto a las peticiones «en nombre de Dios». «Le desagradaba sobremanera, y se lo corregía muchas veces a los hermanos, que se empleara inútilmente por cualquier bagatela la expresión 'por amor de Dios'. Y decía: 'Es tan sublime el amor de Dios, que no debería pronunciarse sino raras veces, con verdadera necesidad y con suma reverencia'» (EP 34).

[2] Lc 18,4. Este texto lo cita San Benito en su *Regla* 5.

Nada más verdadero que estas enseñanzas. ¿Qué es, en efecto, la autoridad de mandar en quien manda temerariamente sino espada en mano de un furioso? Y ¿qué desahucio hay comparable con el del religioso que desprecia la obediencia?

Capítulo CXIV

Cómo echó al fuego la capucha de un hermano porque había venido sin obediencia, aunque atraído por devoción

154. Manda una vez que se eche en medio de una gran fogata la capucha quitada a un hermano que había venido sin obediencia y solo. Y como nadie se atrevía a salvarla del fuego por el temor que les infundía un mínimo ceño del Padre, manda el Santo que la extraigan de las llamas y la sacan ilesa.

Aunque los méritos del Santo bastasen para lograr esto, tal vez medió también el haberlo merecido el hermano. Porque, por más que le faltara la discreción, única guía de las virtudes, lo había dominado la devoción de ver al Padre santísimo.

Los que dan ejemplo bueno o malo

Capítulo CXV

El ejemplo de un buen hermano y una costumbre de los hermanos antiguos

155. Afirmaba que los hermanos menores han sido enviados por el Señor en estos últimos tiempos para esto: para dar ejemplos de luz a los envueltos en las tinieblas de los pecados. Solía decir que se sentía penetrado de suavísima fragancia y ungido de ungüento precioso [1] cuando oía las proezas de los hermanos santos que hay esparcidos por el orbe.

Sucedió que un hermano llamado Bárbaro había disparado una palabra injuriosa contra otro hermano en presencia de un varón noble de la isla de Chipre. Pero al darse cuenta de que aquel choque había herido algún tanto al hermano, ardiendo en deseo de vindicta contra sí, toma estiércol de asno, lo mete en la boca para molerlo y se dice: «Mastique estiércol la lengua que ha lanzado el veneno de la iracundia contra mi hermano». El caballero, asombrado y maravillado ante lo que veía, marchó muy edificado, y desde aquella hora se puso a sí mismo con todos sus bienes, con liberalidad, a disposición de los hermanos.

Era costumbre inviolable de los hermanos que, si alguno decía

[1] Ex 29,18; Jn 12,3.

acaso a otro tal o cual palabra molesta, postrándose luego en el suelo, cubriera de besos santos los pies del ofendido, aunque éste se resistiese. Exultaba el Santo con estos casos, es decir, cuando oía que sus hijos sacaban de entre sí mismos ejemplos de santidad, y colmaba de bendiciones muy deseables a tales hermanos que de palabra o de obra inducían a los pecadores al amor de Cristo. Enteramente lleno como vivía del celo de las almas, quería que los hijos se le asemejasen de veras.

Capítulo CXVI

Cómo algunos daban mal ejemplo y la maldición del Santo contra ellos y cómo el mal ejemplo le era insoportable

156. Asimismo, quien profanaba la santa Religión con obras o ejemplos malos, incurría en terribilísima maldición de él. Le contaron, pues, un día que el obispo de Fondi [1] había dicho a dos hermanos que se le presentaron con una barba que, so pretexto de mayor desprecio de sí mismos, dejaban crecer más y más: «Tened cuidado, no vaya a deslustrarse la hermosura de la Religión con esas novedades presuntuososas».

Se levantó de pronto el Santo y, tendidas las manos al cielo, prorrumpió, bañado en lágrimas, en estas palabras de oración, o mejor, de imprecación: «Señor Jesucristo, que elegiste a los apóstoles en número de doce, del cual, si bien cayera uno, no obstante, los demás, unidos a ti, predicaron el santo Evangelio llenos de un mismo espíritu. Tú, Señor, acordándote de tu antigua misericordia, has plantado en esta hora postrera la Religión de los hermanos para sostenimiento de tu fe y para llevar a cabo por ellos el misterio de tu Evangelio. ¿Quién dará satisfacción por ellos en tu presencia si, en el ministerio para el que fueron enviados, no sólo no dan ejemplos de luz a todos, sino que les muestran obras de las tinieblas? De ti, santísimo Señor, y de toda la corte celestial y de mí, pequeñuelo tuyo, sean malditos los que con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que por los santos hermanos de esta Orden has edificado y no cesas de edificar».

¿Dónde están los que se dicen felices con la bendición de él y se jactan de gozar a su gusto de la intimidad de él? No lo quiera Dios; pero, si se encontraran, sin haberse arrepentido, con que han dado escándalo con obras de las tinieblas, ¡ay de ellos!, ¡ay de su condenación eterna! [2]

157. Solía decir: «Los hermanos mejores se cubren de vergüenza por las obras de los malos hermanos y, aunque no hayan pecado ellos, cargan con el juicio que se hace por el ejemplo de los depravados. Con

[1] En la provincia de Gaeta, al sur de Roma.

[2] Aquí, como más adelante en el n.216, se alude, sin duda, al hermano Elías, que, cuando escribía Celano, estaba todavía excomulgado. Pero los defensores del ex general consideran interpolados estos dos pasajes. Cf. 1C 108 n.5.

esto, me hunden una cruel espada y me la revuelven sin cesar en las entrañas». Por eso sobre todo se aislaba de la compañía de los hermanos, para no oír contar de uno o de otro algo malo, que le renovase el dolor.

Solía decir también: «Vendrá tiempo en que la Religión amada de Dios sea difamada por causa de los malos ejemplos, hasta el punto de avergonzarse de salir en público. Pero los que llegaren a entrar entonces en la Orden serán guiados por sola la operación del Espíritu Santo; la carne y la sangre no los mancharán en nada, y serán de veras benditos del Señor. Y, aunque no se hubiesen dado en ellos obras meritorias, enfriándose la caridad, que excita a los santos a actuar con fervor, les sobrevendrán inmensas tentaciones, y quienes fueren hallados a tal tiempo victoriosos en la prueba, serán mejores que los de antes. Pero ¡desdichados aquellos que, pagados de sólo la apariencia de vida religiosa, se engolfarán en el ocio y no resistirán constantes a las tentaciones permitidas para prueba de los elegidos!; porque sólo los que fueren probados recibirán la corona de la vida, a los cuales ejercita entre tanto la malicia de los réprobos».

Capítulo CXVII

La revelación que Dios le hizo acerca del estado de la Orden y de que la Orden no perecerá nunca

158. Mas recibía mucho consuelo con las visitas del Señor, en las cuales se le aseguraba que los fundamentos de su Religión permanecerían indefectiblemente firmes. Se le prometía también que al número de los que perecían sustituiría ciertamente otro igual de elegidos.

Como el Santo se turbara una vez de los malos ejemplos y se presentara turbado a la oración, recibió del Señor este reproche: «¿Por qué te conturbas, homúnculo? ¿Es que acaso te he escogido yo como pastor de mi Religión de suerte que no sepas que soy yo su principal dueño? A ti, hombre sencillo, te he escogido para esto: para que lo que yo vaya a hacer en ti con el fin de que los demás lo imiten, lo sigan quienes quieran seguirlo. Yo soy el que ha llamado, y yo el que defenderá y apacentará; y para reparar la caída de algunos suscitaré otros; y, si no hubieren nacido todavía, yo los haré nacer. No te inquietes, pues, antes bien trabaja por tu salvación, porque, aun cuando el número de la Religión se redujere a tres, la Religión permanecerá por siempre firme con mi protección». Desde entonces solía decir que la virtud de un solo santo podía más que una multitud de imperfectos, porque un solo rayo de luz hace desaparecer espesas tinieblas.

Contra el ocio y los ociosos

Capítulo CXVIII

La revelación que tuvo de cuándo sería servidor de Dios y cuándo no

159. Desde que este hombre, abandonando las cosas caducas, comenzó a adherirse al Señor, no consintió en desperdiciar ni la menor partecilla del tiempo. De hecho, aun después de haber acumulado en los tesoros del Señor méritos incontables, se le veía siempre con el mismo ánimo que al principio, cada vez más dispuesto a ejercitarse en las cosas del espíritu. Consideraba ofensa grave no estar haciendo algo bueno; tenía por retroceso no adelantar continuamente.

Una vez, mientas descansaba en la celda en Siena, llamó de noche a los compañeros que dormían y les dijo: «Hermanos, he rogado al Señor que me haga saber cuándo soy siervo suyo y cuándo no. Pues —añadió— no quisiera ser sino su siervo. Y el mismo benignísimo Señor acaba de responderme con su dignación: 'Sábete siervo mío verdadero cuando piensas, hablas y obras cosas santas'. Hermanos, os he llamado por esto: quiero quedar en vergüenza ante vosotros si dejo de hacer alguna vez una de esas tres cosas».

Capítulo CXIX

La penitencia impuesta en la Porciúncula por palabras ociosas

160. Otro día en Santa María de la Porciúncula, el hombre de Dios, que veía cómo la ganancia de la oración se perdía después en conversaciones ociosas [1], ordenó, para remedio de éstas, lo siguiente: «Cualquier hermano que incurriere en alguna palabra ociosa o inútil, está obligado a decir en seguida su culpa y a rezar un padrenuestro por cada palabra ociosa. Igualmente, es mi voluntad que, si el hermano se adelanta a acusar su falta, diga el padrenuestro por su propia alma; si se la reprocha antes algún otro hermano, lo dirá por el alma del que le ha reprochado» [2].

Capítulo CXX

Cómo, trabajando él, no podía ver a los ociosos

161. Solía decir que los perezosos que no se familiarizan con ninguno de los trabajos, serán vomitados de la boca del Señor [1].

[1] Cf 2C 19.
[2] EP 82 ofrece algunos otros artículos de esta legislación penal.
[1] Cf. Ap 3,16.

Ningún ocioso podía presentársele delante que no recibiese un reproche mordaz. Pues él, modelo de toda perfección, se ocupaba y trabajaba con sus manos, sin permitirse desperdiciar en nada el don precioso del tiempo [2]. Dijo también una vez: «Quiero que todos mis hermanos trabajen y se ocupen en algo, y que los que no saben ningún oficio, lo aprendan» [3]. Y, señalando el motivo, añadió: «Para ser menos gravosos a los hombres y para que el corazón y la lengua no divaguen, con el ocio, por cosas ilícitas». Y la ganancia o merced del trabajo no la quería a disposición del que trabaja, sino del guardián o de la familia.

Capítulo CXXI

Lamentación dirigida a él sobre los ociosos y los glotones

162. Séame permitido, Padre santo, elevar hoy al cielo una lamentación sobre los que se dicen tuyos. Muchos —que prefieren holgar y no trabajar— a quienes les resultan odiosas las prácticas de la virtud, demuestran que no son hijos de Francisco, sino de Lucifer. Hay entre nosotros más remisos que dispuestos al esfuerzo, siendo así que, habiendo nacido para el trabajo, debieran considerar su vida como milicia [1]. Ni gustan de progresar en la acción ni pueden adelantar en la contemplación. Después de haber escandalizado a todos por su singularidad, trabajando más con las fauces que con las manos, detestan al que pide cuenta en la puerta y no aguantan que se les toque ni con la punta de los dedos. Pero, como decía el bienaventurado Francisco, me sorprende más el descaro de los que en su casa no hubieran vivido sino del propio sudor, y ahora, sin trabajar, comen del sudor de los pobres. ¡Sagacidad extraña! Aunque no hacen nada, los creerías ocupados siempre. Saben los horarios de las comidas; y, si el hambre los acosa alguna vez, acusan al sol de haberse dormido.

¿Voy a creer, Padre bueno, que estos hombres abominables son dignos de tu gloria? ¡Ni siquiera de tu hábito! Tú has enseñado siempre a buscar las riquezas de los méritos en este tiempo falaz y fugaz, para no verse obligados a mendigar en el futuro. Y estos que han de acabar luego en el destierro, ni siquiera disfrutan en la tierra. Reina este mal en los súbditos porque los prelados lo disimulan, como si fuera posible no incurrir en el castigo de aquellos cuyos vicios toleran.

[2] Con todo, se encuentra en San Buenaventura el curioso detalle que sigue: «No hizo mucho caso del trabajo manual, si no por evitar la ociosidad; aunque ha sido el más perfecto observador de la Regla, no creo que ganase nunca, por el trabajo de sus manos, doce monedas o su equivalente en especie. Más bien advertía a los hermanos que tenían que orar, y no quería que, por ganar lo que es perecedero, se apague la oración» *(Epistola de tribus quaestionibus:* Opera omnia 8[1898] p.334).

[3] Cf. Test 20-21.

[1] Job 7,1; 5,7.

Los ministros de la palabra de Dios

Capítulo CXXII

Qué cualidades debe tener el predicador

163. A los ministros de la palabra de Dios los quería tales, que, dedicándose a estudios espirituales, no se embargasen con otras ocupaciones. Pues solía decir que los ha escogido un gran rey para transmitir a los pueblos las órdenes recibidas de boca de él. Observaba: «El predicador debe primero sacar de la oración hecha en secreto lo que vaya a difundir después por los discursos sagrados; debe antes enardecerse interiormente, no sea que transmita palabras que no llevan vida». Aseguraba que el oficio de predicador es digno de veneración; y cuantos lo ejercen, dignos de ser venerados por todos. «Ellos son —decía— la vida de la Iglesia [1], los debeladores de los demonios, la luz del mundo».

Dignos de mayor honor juzgaba aún a los doctores en sagrada teología. Por cierto que un día hizo escribir, dirigiéndose a todos [2]: «A todos los teólogos y a los que nos administran las palabras divinas debemos honrar y tener en veneración, como a quienes nos administran espíritu y vida». Una vez que escribió al bienaventurado Antonio, hizo comenzar la carta con estas palabras: «Al hermano Antonio, mi obispo» [3].

Capítulo CXXIII

Contra los que ambicionan vana alabanza. Exposición de un pasaje profético

164. Pero decía que son de llorar los predicadores que venden —muchas veces— lo que hacen a cambio de una alabanza vana. Y para curar los tumores de ésos les medicinaba de vez en cuando con este antídoto: «¿Por qué os gloriáis de haber convertido a quienes han sido convertidos por las oraciones de mis hermanos los simples?»

Y añadía aquel texto: *Parió la estéril muchos hijos* [1], con esta explicación: «Estéril es mi hermano pobrecillo, que no tiene el cargo de engendrar hijos en la Iglesia. Ese parirá muchos en el día del juicio, porque a cuantos convierte ahora con sus oraciones

[1] Literalmente: la vida del Cuerpo. Cf.Ef 1.23.

[2] Test 13.

[3] Cf. CtaAnt. «Los documentos de la Edad Media dan, a veces, a los monjes misioneros el nombre de obispos, que es como decir 'predicadores autorizados'. Así, se encuentran honrados con el título de *episcopoi* simples sacerdotes. San Francisco saludará a San Antonio llamándolo su obispo, en el sentido de predicador de la Orden de los Menores» (Schuster, *Vie de saint Benoît*, 12 p.153).

[1] 1Sam 2,5; cf. Is 54,1.

privadas, el Juez los inscribirá entonces a gloria de él. Y se marchitará la que muchos tiene, porque el predicador que se goza ahora de haber engendrado muchos él mismo, conocerá entonces que no hubo nada suyo en ellos».

Mas a los que pretenden ser alabados como retóricos más que como predicadores, hablando con elegancia, pero sin amor, no los quería mucho. Y decía que distribuyen mal el tiempo quienes se dan del todo a la predicación sin reservar nada a la devoción. Alababa al predicador —en concreto, a aquel predicador— que a tiempos se retiraba a gustar dentro de sí, a saborear dentro del alma.

La contemplación del Creador en las creaturas

Capítulo CXXIV

El amor del Santo a las creaturas sensibles e insensibles

165. Este feliz viador, que anhelaba salir de este mundo, como lugar de destierro y peregrinación, se servía, y no poco por cierto, de las cosas que hay en él. En cuanto a los príncipes de las tinieblas, se valía, en efecto, del mundo como de campo de batalla; y en cuanto a Dios, como de espejo lucidísimo de su bondad. En una obra cualquiera canta al Artífice de todas; cuanto descubre en las hechuras, lo refiere al Hacedor. Se goza en todas las obras de las manos del Señor [1], y a través de tantos espectáculos de encanto intuye la razón y la causa que les da vida. En las hermosas reconoce al Hermosísimo; cuanto hay de bueno le grita: «El que nos ha hecho es el mejor» [2]. Por las huellas impresas en las cosas sigue dondequiera al Amado [3], hace con todas una escala por la que sube hasta el trono.

Abraza todas las cosas con indecible afectuosa devoción y les habla del Señor y las exhorta a alabarlo. Deja que los candiles, las lámparas y las candelas se consuman por sí, no queriendo apagar con su mano la claridad, que le era símbolo de la luz eterna. Anda con respeto sobre las piedras, por consideración al que se llama Piedra [4]. Cuando ocurre decir el versículo *Me has exaltado en la piedra* [5], como para expresarlo con alguna mayor reverencia, dice: «Me has exaltado a los pies de la Piedra».

A los hermanos que hacen leña prohíbe cortar del todo el árbol, para que le quede la posibilidad de echar brotes. Manda al hortelano que deje a la orilla del huerto franjas sin cultivar,

[1] Sal 91,5.
[2] En San Agustín se encuentra el mismo camino ascensional (*Confesiones* I 4: II 6,12; III 6,10).
[3] Cf. Job 23,11; Ct 5,17.
[4] «Esta roca era el Cristo» (1Cor 10,4).
[5] Sal 60,3.

para que a su tiempo el verdor de las hierbas y la belleza de las flores pregonen la hermosura del Padre de todas las cosas. Manda que se destine una porción del huerto para cultivar plantas que den fragancia y flores, para que evoquen a cuantos las ven la fragancia eterna [6].

Recoge del camino los gusanillos para que no los pisoteen; y manda poner a las abejas miel y el mejor vino para que en los días helados de invierno no mueran de hambre. Llama hermanos a todos los animales, si bien ama particularmente, entre todos, a los mansos.

Pero ¿cómo decirlo todo? Porque la bondad fontal, que será todo en todas las cosas, éralo ya a toda luz en este Santo.

Capítulo CXXV

Cómo las creaturas le correspondían con amor y el fuego que no lo lastimó

166. De aquí que todas las creaturas se esmeran en corresponder con amor al amor del Santo y —como se merece— con muestras de agradecimiento. Cuando las acaricia, le sonríen; cuando les pide algo, acceden; obedecen cuando les manda. He aquí, para solaz, algunos casos.

Durante la enfermedad de los ojos, obligan al Santo a que se deje curar, y llaman al lugar a un cirujano [1]. Viene, pues, el cirujano, trayendo consigo un instrumento de hierro para cauterizar; y dispone que lo tengan al fuego hasta volverse incandescente. Mas el bienaventurado Padre, animando a su cuerpo, que temaba ya de horror, habla así al fuego: «Hermano mío fuego, el Altísimo te ha creado dotado de maravilloso esplendor sobre las demás creaturas, vigoroso, hermoso y útil. Sé ahora benigno conmigo, sé cortés, porque hace mucho que te amo en el Señor [2]. Pido al gran Señor que te ha creado que temple tu ardor en esta hora para que pueda soportarlo mientras me cauterizas suavemente». Al término de esta plegaria hace la señal de la cruz sobre el fuego y queda intrépido. El médico toma en las manos el hierro candente y tórrido, los hermanos huyen presa de la compasión, el Santo se ofrece, dispuesto y alegre, al hierro. Crepitante, penetra el hierro en la tierna carne, y el cauterio se extiende, sin solución de continuidad, de la oreja a la sobreceja.

Cuánto dolor le causara el fuego, lo testifican las palabras de quien mejor lo notó, es decir, del Santo. En efecto, sonriéndose, dijo el Padre a los hermanos que habían huido y volvían: «Pusilánimes, de corazón encogido, ¿por qué habéis huido? Os digo en verdad que no

[6] Cf. 1C 81.

[1] De hecho, es el hermano Elías quien le obliga (1C 98).

[2] Negándose, por ejemplo, a apagar las lámparas (2C 165) o los incendios (LP 86; EP 117).

he experimentado ni ardor de fuego ni dolor alguno en la carne». Y, dirigiéndose al médico, le dijo aún: «Si la carne no está todavía bien cauterizada, cauterízala de nuevo». El médico, que tenía experiencia de reacciones diferentes en casos parecidos, hizo valer el hecho como milagro divino, observando: «Hermanos, os digo que hoy he visto maravillas».

Creo yo que el Santo, a cuya voluntad se aplacaban creaturas inhumanas, había vuelto a la inocencia primera.

Capítulo CXXVI

La avecilla que vino a posarse en sus manos

167. San Francisco iba de paso, en una pequeña barca, por el lago de Rieti al eremitorio de Greccio. El pescador le ofreció una avecilla de río para que se solazara en el Señor con ella. Tomándola gozoso el bienaventurado Padre, la invitó mansamente, abiertas las manos, a marchar en libertad. Pero como ella no quería irse, sino que se recostaba en las manos del Santo como si estuviera en un nido pequeño, el Santo, con los ojos levantados, se sumergió en oración. Después de mucho tiempo, vuelto en sí como quien viene de otro mundo, mandó con dulzura a la avecilla que volviera sin temor a la libertad de antes. Con este permiso y una bendición marchó volando, mostrando, con un ademán del cuerpo, una alegría especial.

Capítulo CXXVII

El halcón

168. Mientras el bienaventurado Francisco, huyendo, según costumbre, de la vista y el trato con los hombres, estaba en cierto eremitorio [1], un halcón que había anidado en el lugar entabló estrecho pacto de amistad con él. Tanto que el halcón siempre avisaba de antemano, cantando y haciendo ruido, la hora en que el Santo solía levantarse a la noche para la alabanza divina. Y esto gustaba muchísimo al santo de Dios, pues con la solicitud tan puntual que mostraba para con él le hacía sacudir toda negligencia. En cambio, cuando al Santo le aquejaba algún malestar más de lo habitual, el halcón le dispensaba y no le llamaba a la hora acostumbrada de las vigilias; y así —cual si Dios lo hubiere amaestrado—, hacia la aurora pulsaba levemente la campana de su voz.

No es de maravillar que las demás creaturas veneren al que es el primero en amar al Creador.

[1] En el monte Alverna, según San Buenaventura (LM 8,10).

Capítulo CXXVIII

Las abejas

169. Una vez, el siervo de Dios se hizo construir en cierto monte una celdilla, en la que se entregó a penitencia muy rigurosa por cuarenta días. Al retirarse pasados los días, la celda quedó como en la soledad al no haber ningún sucesor. Había quedado en ella un vaso de arcilla, que el Santo usaba para beber. Como quiera que algunos acostumbraban ir a veces al lugar por veneración del Santo, encuentran un día el vaso lleno de abejas. Estaban éstas fabricando en él, con arte maravilloso, las celdillas de un panal, que simbolizaban de veras la dulzura de la contemplación que el santo de Dios había gustado en el lugar.

Capítulo CXXIX

El faisán

170. Cierto noble del condado de Siena envió al bienaventurado Francisco, que estaba enfermo, un faisán. En la alegría de recibirlo, no por el apetito de comerlo, sino por la costumbre que tenía de alegrarse siempre en tales casos por amor del Creador, le dijo al faisán: «Hermano faisán, alabado sea nuestro Creador». Y a los hermanos: «Hagamos ahora prueba de si el hermano faisán quiere quedarse con nosotros o volver a los lugares a los que está hecho y que le son más convenientes». Y, por orden del Santo, un hermano lo llevó lejos y lo dejó en una viña; pero el faisán volvió con paso veloz a la celda del Padre. El Santo ordena de nuevo que se le aleje más; pero el faisán volvió a toda prisa a la puerta de la celda y logró entrar en ella como forcejando, amparándose bajo las túnicas de los hermanos que estaban en la puerta. Después de esto, el Santo, abrazándolo y acariciándolo mientras le decía palabras de ternura, mandó que se le diese de comer con diligencia.

Presenciando esto un médico gran devoto del santo de Dios, pidió el faisán a los hermanos, no para comerlo, sino para alimentarlo por reverencia al Santo. Y ¿qué? Lo llevó consigo a casa; pero el faisán, igual que si hubiese recibido una injuria, al verse separado del Santo, no quiso comer nada todo el tiempo que estuvo separado de él. Se maravilló el médico, y, devolviendo en seguida el faisán al Santo, contó al detalle todo lo que había pasado. En cuanto el faisán, dejado en el suelo, vio a su padre, comenzó a comer con gusto.

Capítulo CXXX

La cigarra

171. En la Porciúncula, cerca de la celdilla del santo de Dios, una cigarra que se aposentaba en una higuera cantaba muchas veces con suave insistencia. La llamó un día bondadosamente hacia sí el bienaventurado Padre, extendiéndole la mano, y le dijo: «Hermana mía cigarra, ven a mí». La cigarra, como si estuviera dotada de razón, se pone al pronto en sus manos. Le dice: «Canta, hermana mía cigarra, y alaba jubilosa al Señor, tu creador». Obediente en seguida, la cigarra comenzó a cantar, y no cesó hasta que el varón de Dios, uniendo su alabanza al canto de ella, la mandó que volviese al lugar donde solía estar. Allí se mantuvo, como atada, por ocho días seguidos. Y el Santo, al bajar de la celda, la acariciaba con las manos, la mandaba cantar; a estas órdenes estaba siempre dispuesta a obedecer. Y dijo el Santo a sus compañeros: «Licenciemos a nuestra hermana cigarra, que bastante nos ha alegrado hasta ahora con su alabanza, para que nuestra carne no pueda vanagloriarse de eso». Y al punto, con el permiso del Santo, se alejó y no apareció más en el lugar. Los hermanos testigos del hecho quedaron admirados sobremanera.

La caridad

Capítulo CXXXI

Su caridad y cómo, para salvar las almas, quería mostrarse modelo de perfección

172. No es de extrañar que a quien la fuerza del amor había hecho hermano de las demás creaturas, la caridad de Cristo lo hiciera más hermano de las que están marcadas con la imagen del Creador. Solía decir al efecto que nada hay más excelente que la salvación de las almas. Y lo razonaba muchas veces recurriendo al hecho de que el unigénito de Dios se hubiese dignado morir colgado en la cruz por las almas. De aquí nacieron su recurso a la oración, sus correrías de predicación, sus demasías en dar ejemplo. No se creía amigo de Cristo si no amaba las almas que él ha amado. Y ésta era —en lo más íntimo de él— la razón principal de su veneración a los doctores [1], que, como colaboradores de Cristo, desempeñan la misma misión con Cristo. Y aun a los mismos hermanos —como a quienes profesaban juntos una misma fe singular y como a quienes unía una misma participación en la herencia eterna— los abrazaba con el más entrañable y total amor sobremanera.

[1] Cf. 2C 163.

173. Cuantas veces lo reprendían por la aspereza de su vida, respondía que había sido dado a la Orden como modelo, igual que el águila que incita a volar a sus polluelos [2]. Por eso, si bien su carne inocente, que se sometía ya espontánea al espíritu, no necesitara que se la azotase por pecados, con todo, el Santo le infligía nuevos malos tratos por la razón de ser modelo, recorriendo los caminos difíciles solamente por el ejemplo debido a los demás [3].

Con razón por cierto, pues se mira más a las obras que a las palabras de los prelados. Padre, con las obras perorabas con más suavidad, persuadías con más facilidad, probabas con más seguridad. Aunque los prelados hablen lenguas de hombres y de ángeles, si no dan ejemplos de caridad, poco me aprovecharán a mí, nada a sí mismos [4]. Pero si el que tiene que corregir no se da nada a temer y el capricho suplanta a la razón, ¿bastarán los sellos [5] para salvarse? Sin embargo, se ha de hacer lo que mandan con imperio [6], para que la corriente de agua, bien que pasando por canales enjutos, llegue a los cuadros del jardín. Y entre tanto recójanse rosas de las espinas, para que el mayor sirva al menor.

Capítulo CXXXII

El cuidado de los súbditos

174. Y hablando de esto, ¿quién ha llegado a tener la solicitud de Francisco por los súbditos? Alza en todo momento las manos al cielo por los verdaderos israelitas [1], y, aun olvidado de sí, busca, antes que todo, la salvación de los hermanos. Se postra a los pies de la Majestad, ofrece sacrificios espirituales por los hijos, mueve a Dios a hacerles bien. Lleno de temor, compadece con amor a la pequeña grey atraída en pos de sí, no sea que, después de haber perdido el mundo, pierda también el cielo. Le parecía desmerecer la gloria para sí si no hacía gloriosos a una consigo a los que se le habían confiado [2], a quienes su espíritu engendraba más trabajosamente que las entrañas de la madre cuando los había dado a luz.

Capítulo CXXXIII

Compasión para con los enfermos

175. Tenía mucha compasión de los enfermos, mucha solicitud por las necesidades de ellos. Si la caridad de los seglares le

[2] Dt 32, 11.
[3] Sal 16,4.
[4] 1Cor 13,1-3; Adm 5,5.
[5] Símbolo externo de su autoridad.
[6] Adm 3,5.
[1] Ap 10,5; Ex 17,11-13; LM 7,2.
[2] Cf. 1R 4,6.

enviaba alguna vez manjares selectos, aun necesitándolos él sobre todos, los daba a los demás enfermos. Hacía suyos los sufrimientos de todos los enfermos y les dirigía palabras de compasión cuando no podía prestarles otra ayuda. En días de ayuno comía también él, para que los enfermos no se avergonzaran de comer, y no tenía reparo en pedir carne por lugares públicos de la ciudad para el hermano enfermo.

Aconsejaba, con todo, a los enfermos sufrir con paciencia las privaciones y no dar mal ejemplo si no se les satisfacía en todo. Así, en una regla hizo escribir estas palabras [1]: «Ruego a todos mis hermanos enfermos que en sus enfermedades no se aíren ni se conturben contra Dios o contra los hermanos. No pidan medicinas con demasiado afán, ni tengan desordenado deseo de que sane la carne, que ha de morir pronto y es enemiga del alma. Den gracias a Dios por todo y quieran estar como Dios quiere que estén. Porque Dios ejercita con el aguijón de los castigos y de las enfermedades a cuantos ha ordenado para la vida eterna, como dice El mismo: *Yo reprendo y castigo a los que amo*» [2].

176. Enterado un día de las ganas de comer uvas que tenía un enfermo, lo llevó a la viña y, sentándose bajo una vid, comenzó a comerlas para animar al enfermo a que las comiera [3].

Capítulo CXXXIV

La compasión que tenía para con los enfermos de alma y cómo algunos se conducen contrariamente

177. Alentaba con mayor clemencia y soportaba con más paciencia a aquellos enfermos de quienes sabía que, como niños que fluctúan, estaban agitados por tentaciones y vivían con el ánimo apocado. Por eso, evitando con ellos las correcciones ásperas —si no veía peligro en esto—, se ahorraba la vara para guardar las almas. Decía que toca al prelado, que es padre [1] y no tirano, prevenir las ocasiones de pecar e impedir que caiga quien, una vez caído, difícilmente se levantaría.

¡Desdichada insensatez, digna de compadecerse, la de nuestros días! Y no se trata sólo de que no levantamos o no sostenemos a los débiles, sino que a veces los empujamos para que caigan. Tenemos en nada el sustraer al sumo Pastor una ovejuela, por la cual ofreció en la cruz poderosos clamores y lágrimas [2]. De diferente manera te portabas tú, Padre santo, que preferías la enmienda a la perdición. Sabemos, con todo, que el mal del amor

[1] Cf. 1R,10,3-4; 2R 6,9.
[2] Ap 3,19.
[3] V. Villibrord Lampen, *De fratribus aegrotis iuxta regulam s. Francisci:* AFH 23 (1930) p.239-40.

[1] Decía, con más frecuencia aún, que un superior debe ser una madre. Cf. CtaL; 1R 9,11; 2R 6,8; REr.
[2] Heb 5,7.

propio está muy arraigado en algunos, y que éstos necesitan cauterio y no ungüento. Está claro, pues, que para muchos es más saludable regirlos con cetro de hierro que pasarles la mano. Pero aceite y vino, vara y cayado, severidad y clemencia, cauterio y unción, cárcel y regazo, todo tiene su tiempo. Todo ello reclama el Dios de las venganzas y el Padre de las misericordias, quien, sin embargo, prefiere la misericordia al sacrificio [3].

Capítulo CXXXV

Los hermanos españoles

178. En ocasiones, este varón santísimo era arrebatado hacia Dios de modo maravilloso y experimentaba en su espíritu transportes de alegría cada vez que llegaba hasta él el buen olor de los hijos. Un clérigo español dado a Dios tuvo la dicha de ver y hablar con San Francisco. Y, entre otras noticias que le trajo de los hermanos de España, alegró al Santo con el siguiente relato:

—Tus hermanos, que viven en un eremitorio pobrecillo de nuestra tierra, se habían reglamentado su forma de vida de tal modo, que la mitad de ellos atendía a los quehaceres de casa, y la otra mitad a la contemplación. Así, cada semana la vida activa se tornaba contemplativa, y la quietud de los contemplativos activa [1]. Un día, puesta la mesa y hecha la señal de llamada, acuden todos menos uno de los contemplativos de turno. Después de alguna espera se van a la celda para llamarlo a la mesa, a tiempo en que él, en una mesa más espléndida, era alimentado por el Señor. Y así es como le encuentran postrado rostro en tierra, tendido en forma de cruz, sin respiración ni movimiento que diera señales de vida. A su cabeza y a sus pies ardían dos candelabros, que con su resplandor alumbraban maravillosamente la celda. Le dejan en paz para no estorbar la unción, *para no despertar a la amada hasta que ella quiera* [2]. Con este motivo, los hermanos tratan de espiar por los resquicios de la celda, estando detrás de las paredes y atisbando por entre las celosías. ¿Qué más? Mientras los amigos miraban a la que habita en los jardines, de pronto se desvanece la luz y el hermano vuelve en sí. Se levanta luego, y, acudiendo a la mesa, dice la culpa por la tardanza. Esto ha sucedido —concluyó el español— en nuestra tierra.

Rociado por la fragancia de los hijos, no podía San Francisco contener su gozo. Al instante prorrumpió en alabanzas, y, como si para él no hubiera otra gloria que la de oír buenas nuevas de los hermanos, desde lo más íntimo exclamó: «Gracias te doy, Señor,

[3] Mt 9,13.

[1] El mismo San Francisco había previsto, sin fijar el ritmo preciso para el intercambio de funciones: «Los hijos toman el oficio de madres como les pareciere establecer los turnos para alternarse» (REr 10).

[2] Ct 2,7. Las imágenes que siguen están tomadas también del Ct 2,9; 8,13.

santificador y guía de los pobres, que me has regocijado con tales noticias de mis hermanos. Bendice, te ruego, a aquellos hermanos *con amplísima* bendición y santifica con gracias especiales a cuantos por los buenos ejemplos hacen que su profesión sea fragante».

Capítulo CXXXVI

Contra los que viven mal en los eremitorios y que quería que todas las cosas fueran comunes

179. Aunque hayamos visto por estos episodios la caridad del Santo, que quiere que nos alegremos con él en los éxitos felices de los amados, creemos, con todo, que quedan reprendidos, y no poco, aquellos que viven diferentemente en los eremitorios. Pues son muchos los que convierten el lugar de contemplación en lugar de ocio, y del plan de vida eremítica —instaurada para llevar las almas a la perfección— *hacen una sentina* de placeres. Los anacoretas de hoy tienen como norma vivir cada uno a su gusto. No extiendo esto a todos, pues sabemos de santos de carne y huesos que viven en los eremitorios según normas estupendas. Como sabemos de los padres que precedieron, que fueron flores solitarias [1]. ¡Ojalá los eremitas de hoy no degeneren de la hermosura primitiva, la alabanza de cuya santidad perdura eterna!

180. Por lo demás, San Francisco, recomendando a todos la caridad, exhortaba a mostrar afabilidad e intimidad de familia. «Quiero —decía— que mis hermanos se muestren hijos de una misma madre; y que a uno que pidiere la túnica, la cuerda u otra cosa, se la dé el otro generosamente. Préstense también mutuamente los libros y cuanto puedan desear, para que nadie se vea forzado a quitárselo al otro». Y, con el fin de no decir tampoco en esto algo que Cristo no hiciera por él, era el primero en hacerlo.

Capítulo CXXXVII

Dos hermanos franceses a quienes dio su túnica

181. Dos hermanos franceses muy santos toparon con San Francisco en el camino. A los que experimentaban ya una alegría indecible por el encuentro, se les duplicó el gozo, según que había sido larga la fatiga por el deseo de verlo. Después de dulces demostraciones de afecto y de gratas conversaciones, su ardiente devoción pidió a San Francisco la túnica que vestía. Este, sacándola en seguida y quedándose desnudo, se la entregó con muchí-

[1] *Flores solitarios:* que también entonces eran flores extrañas; acaso quiera también sugerir Celano que fueron flores cultivadas en la soledad.

simo gusto, y se vistió —recibida en piadoso cambio— la de uno de ellos, más pobre que la suya [1]. No sólo hacía tales cosas, sino que estaba también pronto a entregarse por entero a sí mismo hasta agotarse; y daba muy gozosamente cuanto le pedían.

La detracción

CAPÍTULO CXXXVIII

Cómo quería que se castigase a los detractores

182. Si toda alma llena de caridad aborrece a los que Dios aborrece, así ocurría en San Francisco. Execrando, en efecto, de modo espantoso a los detractores más que a otra clase de viciosos, solía decir de ellos que llevan veneno en la lengua, con que inficionan a los demás [1]. Por eso, si los chismosos y pulgas mordaces hablaban alguna vez, los evitaba —como nosotros mismos lo vimos— y se apartaba por no prestarles oído, no fuera que se manchase oyéndolos.

Así, un día que oyó a un hermano denigrar la fama de otro, volviéndose a su vicario, el hermano Pedro Cattani, se expresó en estos términos terribles: «Amenazan divisiones a la Orden si no se hace frente a los detractores. El perfume suavísimo de muchos se tornará pronto hediondo si no se tapan las bocas de los hediondos [2]. Anda, anda, examina con cuidado, y si ves que el hermano acusado es inocente, haz saber a todos —por medio de una corrección severa— quién es el que ha acusado. Si tú no puedes castigarlo por ti mismo, ponlo en las manos del púgil florentino. (Es que llamaba púgil al hermano Juan de Florencia, que era hombre alto de estatura y muy forzudo [3].) Quiero —continuó— que tú, así como todos los ministros, tengáis sumo cuidado de que este mal pestífero no se difunda más».

Y a veces juzgaba que quien había arrancado el buen nombre de su hermano, merecía ser despojado del hábito, y que no podía elevar los ojos a Dios si primero no devolvía lo que había robado. Por eso —como muestra de una abominación más eficaz—, los hermanos de entonces habían dispuesto entre sí, con una sanción en firme, evitar cuidadosamente todo cuanto rebajara el honor de los demás o sonare a injuria. ¡Muy recta y acertadamente por cierto! Pues ¿qué es el detractor sino hiel entre los hombres, fer-

[1] Cf. 2C 50. Uno de los dos hermanos era, tal vez, Lorenzo de Beauvais (ECCLESTON, *De Adventu* 1 [ed. LITTLE] p.7).

[1] Cf. Adm 25.

[2] Cf. 2C 155.

[3] Este Juan de Florencia es, sin duda, el mismo Juan de Lodi; según EP 85, el verdadero hermano menor deberá tener, entre otras cualidades, «la fortaleza corporal y espiritual del hermano Juan de Lodi, que en su tiempo fue el más fuerte de todos los hombres».

mento de maldad, deshonra del universo? Y ¿qué es el hombre de lengua doble sino escándalo de la Religión, veneno del claustro, desintegración de la unidad? ¡Ay!, que la tierra está cubierta de animales venenosos, y ningún hombre de bien puede escapar de las mordeduras de los enemigos. Se prometen premios a los acusadores y, humillando la inocencia, se da, a las veces, la palma a la falsedad. Más: cuando alguien no es capaz de vivir de su hombría de bien, se gana con qué comer y con qué vestir destruyendo la de los demás.

183. A este propósito, San Francisco observaba a menudo: «El detractor se dice a sí: 'Me falta santidad de vida, no tengo el prestigio de la ciencia o de otra disposición peculiar, por lo que no encuentro puesto ni ante Dios ni ante los hombres. Ya sé qué he de hacer: pondré tacha en los elegidos y ganaré el favor de los grandes. Sé que mi prelado es un hombre y que echa a veces mano de este mismo procedimiento, es decir, de cortar los cedros y dejar ver sólo zarzales en el bosque'. ¡Ea, miserable! Saciate de carne humana, y pues no puedes vivir de otra manera, roe las entrañas de los hermanos. Esos tales se esfuerzan en parecer buenos, no en hacerse de veras; denuncian vicios y no se despojan de vicios. Alaban sólo a aquellos por cuya autoridad quieren verse protegidos y omiten toda alabanza si ésta no ha de llegar a oídos del interesado. Venden, a cambio de alabanzas dañosas, la palidez del rostro debida al ayuno con el fin de parecer espirituales que juzguen de todo, sin que ellos puedan ser juzgados por nadie [4]. Tienen la fama de la santidad, pero no las obras; nombre de ángeles, pero no la virtud de los mismos».

Descripción del ministro general y de otros ministros

Capítulo CXXXIX

Cómo debe portarse con los compañeros

184. Hacia el fin de su vida de entrega al Señor, un hermano solícito siempre de las cosas que se refieren a Dios, movido de amor hacia la Orden, inquirió: «Padre, tú te irás, y la familia que te ha seguido va a quedar en este valle de lágrimas. Indica, si lo ves en la Orden, alguno en cuya confianza pueda descansar tu ánimo, a quien pueda imponerse con seguridad el peso de ministro general». Respondió San Francisco, entrecortando sus palabras con suspiros: «Hijo, no veo ninguno capaz de ser caudillo de ejército tan diverso, pastor de grey tan numerosa. Pero quiero haceros su retrato, esto es, como dice el adagio, modelaros el tipo,

[4] Cf. 1Cor 2,15; Adm 14.

en el cual se vean las cualidades que ha de tener el padre de esta familia».

185. «Debe ser —dice— hombre de mucha reputación, de gran discreción, de fama excelente. Hombre sin amistades particulares, no sea que, inclinándose más a favor de unos, dé mal ejemplo a todos. Hombre amigo de entregarse a la santa oración, que dé unas horas a su alma y otras a la grey que se le ha confiado. Debe comenzar la mañana con la santa misa y encomendarse a sí mismo y la grey a la protección divina con devoción prolongada. Después de la oración —siguió diciendo— se pondrá a disposición de todos, pronto a ser importunado por todos, a responder a todos, a proveer con dulzura a todos.

»Debe ser hombre en quien no haya lugar para la sórdida acepción de personas, que tenga igual cuidado de los menores y de los simples que de los sabios y mayores. Hombre que, por más que se le haya dado distinguirse en letras, sin embargo, se distinga más como imagen de sencillez piadosa en la conducta y promotor de la virtud. Hombre que execre el dinero —corruptela principal de nuestra profesión y perfección— y que —cabeza de una Religión pobre, mostrándose modelo a la imitación de los demás— no use jamás de peculio.

»Debe bastarle para sí —añadió— el hábito y un pequeño libro de registros; y para los hermanos, un guardaplumas y el sello. No sea coleccionista de libros ni muy dado a la lectura, a fin de no sustraer al cargo lo que da de más al estudio. Hombre que consuele a los afligidos, como último asilo que es de los atribulados, no sea que, por no hallar en él remedios saludables, el mal de la desesperación domine a los enfermos. Para plegar los insolentes a la mansedumbre, abájese él; y, a fin de ganar las almas para Cristo, ceda algún tanto de su derecho. No cierre las entrañas de la misericordia, como a ovejas que se habían perdido, a los desertores de la Orden, sabedor de que se dan tentaciones muy fuertes, que pueden empujar a tan gran caída.

186. »Quisiera que todos lo veneraran como a quien hace las veces de Cristo y lo proveyeran con buena voluntad de todo cuanto necesita. No deberá, con todo, complacerse en los honores [1] ni contentarse más en los favores que en las injurias. Si alguna vez, por debilidad o por cansancio, necesitase más dieta, no la tome en lugar escondido, sino a la vista de todos, para que los demás no tengan reparo de atender al cuerpo en su flaqueza.

»A él sobre todo toca discernir las conciencias que se cierran y descubrir la verdad oculta en los pliegues más íntimos y no dar oídos a los charlatanes. Finalmente, debe ser tal, que, por la ambición de conservar el honor, no haga vacilar de ningún modo la indefectible norma de la justicia y que sienta que un cargo tan grande le resulta más peso que honor. En todo caso, ni la demasiada suavidad engendre indolencia, ni una indulgencia laxa, re-

[1] Adm 4.

lajación de la disciplina, de manera que, siendo amado de todos, llegue también a ser temido de los obradores del mal.

»Y quisiera verlo rodeado de compañeros virtuosos que —al igual que él— se mostraran ejemplo de toda buena obra: rigurosos contra las comodidades, fuertes en las dificultades y afables con tal oportunidad, que recibieran con santo agrado a cuantos acudieren a ellos.

»Ahí tenéis —concluyó— el tipo de ministro general de la Orden; tal como debe ser».

Capítulo CXL

Los ministros provinciales

187. El dichoso Padre requería también todas estas cualidades en los ministros provinciales, bien que en el ministro general deba destacar de modo singular cada una de ellas. Quería que sean afables con los menores y atrayentes por su mucha benevolencia, de modo que los culpables de algo no tengan reparo en confiarse al amor de ellos [1]. Los quería comedidos en las órdenes, indulgentes con las ofensas, dispuestos más bien a soportar las injurias que a devolverlas, enemigos de los vicios, médicos de los viciosos. Los quería, en fin, tales, que por su vida sean espejo de disciplina para los demás. Mas quería también que les preceda el honor que se les debe y que se los ame como a quienes soportan el peso de cuidados y trabajos. Aseguraba que los que gobiernan de ese modo y según estas normas las almas que se les confían, son, delante de Dios, dignos de los más grandes premios.

Capítulo CXLI

Lo que respondió el Santo acerca de los ministros

188. Cierto hermano preguntó una vez al Santo cómo así había privado de su cuidado a los hermanos y los había dejado en manos de otros, como si ya no le pertenecieran [1]. Le respondió: «Hijo, amo a los hermanos como puedo; pero, si siguiesen mis huellas, los amaría más, sin duda, y no me desentendería del cuidado de ellos. Hay prelados que los llevan por otros caminos, proponiéndoles ejemplos de antiguos [2] y teniendo en poco mis consejos. Pero cuál sea el resultado, se verá al final». Y poco después —en un momento en que se le agravó en extremo la enfermedad—, movido por la fuerza del espíritu, se incorporó en el lecho y dijo: «¿Quiénes son esos que me han arrebatado de las

[1] Cf. CtaM 9-11.

[1] 2C 143.

[2] De los antiguos fundadores de órdenes (cf. LP 18).

manos la Religión mía y de los hermanos? Si voy al capítulo general, ya les haré ver cuál es mi voluntad». Replicó el hermano: «¿Es que ya no vas a cambiar esos ministros provinciales que durante tanto tiempo han abusado de la libertad?» Y el Padre, lamentándose, dio esta terrible respuesta: «Vivan a su gusto, que al fin es menor daño la pérdida de unos pocos que la de muchos».

No decía esto de todos, sino de algunos que, por lo demasiado que duraban en el cargo, parecía que habían reivindicado la prelatura como derecho de herencia. A todos los prelados de regulares, cualquiera que fuese el cargo que ostentasen, recomendaba esto sobre todo: que no cambiasen las costumbres sino para mejorarlas, que no mendigasen favores negociados, que no pensasen en ejercer un poder, sino en cumplir un deber.

La santa simplicidad

Capítulo CXLII

Cuál es la verdadera simplicidad

189. El Santo procuraba con mucho empeño en sí y amaba en los demás la santa simplicidad, hija de la gracia, hermana de la sabiduría, madre de la justicia. Pero no daba por buena toda clase de simplicidad, sino tan sólo la que, contenta con Dios, estima vil todo lo demás. Esta se gloría en el temor de Dios, no sabe hacer ni decir nada malo. Porque se conoce a sí, no condena a nadie, cede a los mejores el poder, que no apetece para sí. Esta es la que, no considerando como máximo honor las glorias griegas [1], prefiere obrar a enseñar o aprender. Esta es la que, dejando para los que llevan camino de perderse los rodeos, florituras y juegos de palabras, la ostentación y la petulancia en la interpretación de las leyes, busca no la corteza, sino la médula; no la envoltura, sino el cogollo; no la cantidad, sino la calidad, el bien sumo y estable.

Esta la requería el Padre santísimo en los hermanos letrados y en los laicos, por no creerla contraria, sino verdaderamente hermana de la sabiduría; bien que los desprovistos de ciencia la adquieren más fácilmente y la usan más expeditamente. Por eso, en las alabanzas a las virtudes que compuso dice así: «¡Salve, reina sabiduría, el Señor te salve con tu hermana la pura santa simplicidad!» [2]

[1] Es una cita de 2Mac 4,15, en que se reprocha a los judíos por no apreciar los valores tradicionales y estimar, en cambio, los ajenos. Quiere decir Celano que la simplicidad anhela sólo los honores que engendra la vida y el obrar, y no los que nacen de la mera ciencia. Estos vendrían a ser, para un hermano menor, lo que las *glorias griegas* para un judío.

[2] SalVir 1.

CAPÍTULO CXLIII

El hermano Juan el simple

190. Mientras San Francisco pasaba junto a una villa vecina a Asís, un tal Juan, varón simplicísimo, que araba en la heredad, le salió al encuentro y le dijo: «Quiero que me hagas hermano, pues desde hace mucho tiempo deseo servir a Dios». El Santo se alegró a la vista de la simplicidad del hombre y correspondió al deseo de él con estas palabras: «Hermano, si quieres hacerte compañero nuestro, da a los pobres lo que tuvieres, y te recibiré en cuanto te despojes de los bienes». El hombre suelta al instante los bueyes y ofrece uno a San Francisco, diciendo: «Demos este buey a los pobres, porque tengo derecho a recibir tanto de mi padre en herencia». Sonríe el Santo y estima en mucho este rasgo de simplicidad. Pero los padres y los hermanos pequeños, luego que se enteran de esto, corren con lágrimas en los ojos, lamentando más la pérdida del buey que la del hombre. El Santo les dice: «Estaos tranquilos. Ved que os devuelvo el buey y me llevo al hermano» [1]. Toma, pues, consigo al hombre y, después de haberle vestido el hábito de la Religión, lo escoge por compañero especial en gracia de su simplicidad.

Y así fue: si San Francisco estaba —donde sea— meditando, Juan el simple repetía e imitaba de inmediato todos los gestos y posturas de aquél. Si el Santo escupía, él escupía; si tosía, él tosía; unía suspiros a suspiros y llanto a llanto; cuando el Santo levantaba las manos al cielo, levantaba también él las suyas, mirándolo con atención como a modelo y reproduciendo en sí cuanto él hacía. Advirtiéndolo éste, le pregunta un día por qué hace esas cosas. «He prometido —le responde— hacer todo cuanto haces tú; para mí es un peligro pasar por alto algo». El Santo se complace en la pura simplicidad, pero le prohíbe con dulzura que lo siga haciendo. Y así, no mucho después, el simple voló al Señor en esa puridad. El Santo, que proponía muchas veces su vida a la imitación, con muchísimo regocijo lo llamaba no hermano Juan, sino San Juan.

Obsérvese que es propio de la santa simplicidad ajustar la vida a las normas de los mayores, apoyarse siempre en los ejemplos y enseñanzas de los santos. ¿Quién dará a los sabios de este mundo ir con tal aplicación tras el que reina ya en los cielos, al igual que la santa simplicidad se conformaba con él en la tierra? En fin, que, habiendo seguido al Santo en vida, se le adelantó a la vida.

[1] LP 61 describe la comida de despedida, al fin de la cual Francisco pronuncia esta alocución: «Este hijo vuestro quiere servir a Dios; no debéis entristeceros por esta determinación, sino alegraros. Es un honor para vosotros, no sólo a los ojos de Dios, sino también a los de los hombres... Dios será honrado por uno de vuestra sangre y todos nuestros hermanos serán hijos y hermanos vuestros...»

Capítulo CXLIV

Cómo procuraba la unidad entre los hijos y cómo habló de ella en parábolas

191. El Santo tuvo siempre constante deseo y solicitud atenta de asegurar entre los hijos el vínculo de la unidad, para que los que habían sido atraídos por un mismo espíritu y engendrados por un mismo Padre, se estrechasen en paz en el regazo de una misma madre. Quería unir a grandes y pequeños, atar con afecto de hermanos a sabios y simples, conglutinar con la ligadura del amor a los que estaban distanciados entre sí.

Una vez propuso una parábola con moraleja rica de enseñanza: «Se celebra —dijo— un capítulo general de todos los religiosos que hay en la Iglesia. Y como quiera que concurren letrados y no letrados, sabios y quienes sin tener ciencia saben agradar a Dios, se encarga un discurso a uno de los sabios y a uno de los simples. Delibera el sabio, como sabio al fin, y piensa para sí: 'No ha lugar a ostentar ciencia donde hay perfectos sabios, ni está bien que, diciendo cosas sutiles ante personas agudísimas, destaque yo por mis alardes. Acaso consiga más fruto hablando con sencillez'.

»Amanece el día señalado, se reúne la asamblea de los santos, hay expectativa por oír los discursos. Se adelanta el sabio, vestido de saco, cubierta de ceniza la cabeza, y, predicando más ante la admiración de todos con su compostura, dice con brevedad de palabra: 'Grandes cosas hemos prometido, mayores nos están prometidas; guardemos éstas, suspiremos por aquéllas. El deleite es breve; la pena, perpetua; el padecimiento, poco; la gloria, infinita. De muchos la vocación, de pocos la elección, de todos la retribución'. Los oyentes compungidos de corazón rompen en llanto, y veneran como a santo al verdadero sabio. El simple dice para sí: 'El sabio me ha robado todo lo que yo había decidido hacer y decir. Pero ya sé qué he de hacer. Sé algunos versos de salmos; haré el papel de sabio, ya que él ha hecho el de simple'.

»Llega la hora de la sesión del día siguiente. Se levanta el simple, propone como tema el salmo escogido; e, impulsado por el Espíritu, habla tan fervorosa, sutil y devotamente merced a la inspiración divina, que todos, con asombro, confiesan convencidos: *'El Señor tiene sus intimidades con los simples'*» [1].

192. Esta parábola con moraleja, que narraba, como se ha dicho, el varón de Dios, la explicaba como sigue: «Nuestra Religión es la asamblea numerosísima y como un sínodo general, que reúne de todas las partes del mundo a los que siguen igual forma de vida. En ella, los sabios convierten en provecho suyo lo que poseen los simples, viendo que los idiotas buscan con fervor las cosas del cielo y que los iletrados, en cuanto hombres, saben gus-

[1] Prov 3,32.

tar las cosas espirituales, en cuanto promovidos por el Espíritu. Los simples, a su vez, aprovechan en ella lo propio de los sabios, viendo igualados a su nivel a hombres ilustres que habrían podido vivir con gran prestigio en cualquier parte del mundo. Resplandece así —concluía el Santo— la hermosura de esta familia dichosa, cuyo multiforme ornato agrada no poco al padre de familia».

Capítulo CXLV

Cómo quería el Santo que se le hiciera la tonsura

193. De cuando en cuando, San Francisco decía al peluquero que le iba a rasurar: «Ten cuidado de no hacerme una corona grande [1], pues quiero que mis hermanos simples tengan puesto en mi cabeza». Quería, en fin, que la Religión fuera lo mismo para pobres e iletrados que para ricos y sabios. Solía decir: «En Dios no hay acepción de personas, y el ministro general de la Religión —que es el Espíritu Santo— se posa igual sobre el pobre y sobre el rico». Hasta quiso incluir estas palabras en la Regla; pero no le fue posible, por estar ya bulada [2].

Capítulo CXLVI

Cómo quería que los grandes sabios que venían a la Orden se despojaran de todas las cosas

194. Dijo una vez que el clérigo encumbrado, cuando venía a la Orden, debía renunciar, en cierto modo, a la ciencia misma, para ofrecerse, expropiado de esa posesión, desnudo en los brazos del Crucificado.

«La ciencia —observaba— hace indóciles a muchos, impidiendo que cierto engolamiento que se da en ellos se pliegue a enseñanzas humildes. Por eso —continuó— quisiera que el hombre de letras me hiciese esta demanda de admisión: 'Hermano, mira que he vivido por mucho tiempo en el siglo y no he conocido bien a mi Dios. Te pido que me señales un lugar separado del estrépito del mundo donde pueda pensar con dolor en mis años pasados y, recogiéndome de las disipaciones del corazón, enderece mi espíritu hacia cosas mejores'. ¿Adonde creéis —añadió— que llegaría el que comenzara de esta manera? Sin duda, se lanzaría, como león desatado de cadenas, con fuerza para todo, y el gusto feliz experimentado al principio se incrementaría en continuos progresos. En fin, éste sí que se entregaría seguro al

[1] Como la que llevaban los doctores, los obispos, los prelados.
[2] El 29 de noviembre de 1223.

ministerio de la palabra, porque esparciría lo que le bulle dentro». ¡Enseñanza verdaderamente llena de piedad! ¿Qué otra cosa hay, en efecto, de más urgente necesidad —para el que viene de un mundo tan distinto— que eliminar y limpiar con prácticas de humildad los afectos mundanos fomentados y arraigados por mucho tiempo? Estos que así entran, pronto en la escuela de perfección llegarán a la meta de la perfección.

Capítulo CXLVII

Cómo quería que se instruyeran y cómo apareció a un compañero deseoso de darse a la perfección

195. Le dolía que se buscara la ciencia con descuido de la virtud, sobre todo si cada uno no permanecía en la vocación a la cual fue llamado desde el principio [1]. Decía: «Mis hermanos que se dejan llevar de la curiosidad de saber, se encontrarán el día de la retribución con las manos vacías. Quisiera más que se fortalecieran en la virtud, para que, al llegar las horas de la tribulación, tuviesen consigo al Señor en la angustia. Pues —añadió— la tribulación ha de sobrevenir, y en ella los libros para nada útiles serán echados en las ventanas y en escondrijos». No decía esto porque le desagradaban los estudios de la Escritura, sino para atajar en todos el afán inútil de aprender y porque quería a todos más buenos por la caridad que pedantes por la curiosidad.

Presentía, asimismo, tiempos inminentes, en que estaba seguro de que la ciencia sería ocasión de ruina [2], y, en cambio, el haberse dado a cosas espirituales, sostenimiento del espíritu.

A un hermano laico que quería un salterio y le pedía permiso de tenerlo, en lugar del salterio, le ofreció ceniza.

El Santo, después de su muerte, apareció en visión a uno de los compañeros que se dedicaba a veces a la predicación y se lo prohibió y le ordenó emprender el camino de la simplicidad. Testigo le es Dios de haber experimentado después de esta visión tan gran dulzura, que por muchos días el rocío de la alocución del Padre parecíale que se le instilaba al presente en sus oídos.

Las devociones especiales del Santo

Capítulo CXLVIII

Cómo se conmovía a la mención del amor de Dios

196. No resultará ni inútil ni impropio hablar brevemente de las devociones especiales de San Francisco. Aunque, como

[1] Cf. 1Cor 7,20 y 24.
[2] Adm 7,3.

quien gozaba de la unción del Espíritu, su devoción la extendía a todo, sentía, sin embargo, especial inclinación a ciertas devociones. Entre otras expresiones usuales en la conversación, no podía oír la del «amor de Dios» sin conmoverse hondamente. En efecto, al oír mencionar el amor de Dios, de súbito se excitaba, se impresionaba, se inflamaba, como si la voz que sonaba fuera tocara como un plectro la cuerda íntima del corazón. Solía decir que ofrecer ese censo a cambio de la limosna era una noble prodigalidad y que cuantos lo tenían en menor estima que el dinero eran muy necios. Y cierto es que él mismo observó inviolable hasta la muerte el propósito que —entretenido todavía en las cosas del mundo— había hecho de no rechazar a ningún pobre que pidiera por amor de Dios [1].

En una ocasión, no teniendo nada que dar a un pobre que pedía por amor de Dios, toma con disimulo las tijeras y se apresta a partir la túnica. Y lo hubiera hecho de no haberle sorprendido los hermanos, de quienes obtuvo que dieran otra cosa al pobre.

Solía decir: «Tenemos que amar mucho el amor del que nos ha amado mucho» [2].

Capítulo CXLIX

Su devoción a los ángeles y lo que hacía por amor de San Miguel

197. Tenía en muchísima veneración y amor a los ángeles, que están con nosotros en la lucha y van con nosotros entre las sombras de la muerte. Decía que a tales compañeros había que venerarlos en todo lugar; que había que invocar, cuando menos, a los que son nuestros custodios. Enseñaba a no ofender la vista de ellos y a no osar hacer en su presencia lo que no se haría delante de los hombres. Y porque en el coro se salmodia en presencia de los ángeles, quería que todos cuantos hermanos pudieran se reunieran en el coro y salmodiaran allí con devoción. Respecto a San Miguel, que tiene el encargo de conducir las almas a Dios [1], decía muchas veces que hay que venerarlo aún más. Y así, en honor de San Miguel ayunaba devotísimamente la cuaresma que media entre la fiesta de la Asunción y la de aquél. Solía decir: «Cada uno debería ofrecer alguna alabanza o alguna ofrenda especial a Dios en honor de tan gran príncipe» [2].

[1] 1C 17; 2C 5.

[2] La breve oración, familiar a San Francisco, *Absorbeat* desarrolla el mismo tema

[1] Dan 12,1.

[2] Willibrord Lampen, *De S. P. Francisci cultu angelorum et sanctorum:* AFH 20 (1927) p.3-23.

Capítulo CL

Su devoción a nuestra Señora, a quien encomendó especialmente la Orden

198. Rodeaba de amor indecible a la Madre de Jesús, por haber hecho hermano nuestro al Señor de la majestad. Le tributaba peculiares alabanzas [1], le multiplicaba oraciones, le ofrecía afectos, tantos y tales como no puede expresar lengua humana. Pero lo que más alegra es que la constituyó abogada de la Orden y puso bajo sus alas, para que los nutriese y protegiese hasta el fin, los hijos que estaba a punto de abandonar. ¡Ea, Abogada de los pobres!, cumple con nosotros tu misión de tutora hasta el día señalado por el Padre [2].

Capítulo CLI

La devoción a la navidad del Señor y cómo quería que se atendiera a todos en esa fiesta

199. Con preferencia a las demás solemnidades, celebraba con inefable alegría la del nacimiento del niño Jesús; la llamaba fiesta de las fiestas, en la que Dios, hecho niño pequeñuelo, se crió a los pechos de madre humana. Representaba en su mente imágenes del niño, que besaba con avidez; y la compasión hacia el niño, que había penetrado en su corazón, le hacía incluso balbucir palabras de ternura al modo de los niños. Y era este nombre para él como miel y panal en la boca [1].

Una vez que se hablaba en colación de la prohibición de comer carne en navidad, por caer esta fiesta en viernes, le rebatió al hermano Morico: «Hermano, pecas al llamar día de Venus [2] al día en que *nos ha nacido el Niño*. Quiero —añadió— que en ese día hasta las paredes coman carne; y ya que no pueden, que a lo menos sean untadas por fuera».

200. Quería que en ese día los ricos den de comer en abundancia a los pobres y hambrientos y que los bueyes y los asnos tengan más pienso y hierba de lo acostumbrado. «Si llegare a hablar con el emperador —dijo—, le rogaré que dicte una disposición general por la que todos los pudientes estén obligados a arrojar trigo y grano por los caminos, para que en tan gran solemnidad las avecillas, sobre todo las hermanas alondras, tengan en abundancia». No recordaba sin lágrimas la penuria que rodeó aquel día a la Virgen pobrecilla. Así, sucedió una vez que, al sentarse para comer, un hermano recuerda la pobreza de la bien-

[1] Cf. SalVM y OfP antíf.
[2] Gál 4,2.
[1] 1C 84-86 y 115; Prov 16,24.
[2] *Veneris dies:* tal es, en efecto, la etimología pagana de nuestro *viernes*.

aventurada Virgen y hace consideraciones sobre la falta de todo lo necesario en Cristo, su Hijo. Se levanta al momento de la mesa, no cesan los sollozos doloridos, y, bañado en lágrimas, termina de comer el pan sentado sobre la desnuda tierra. De ahí que afírmase que esta virtud es virtud regia, pues ha brillado con tales resplandores en el Rey y en la Reina. Y que a los hermanos —reunidos en capítulo— que le pedían su parecer acerca de la virtud que le hace a uno más amigo de Cristo respondiese —como confiando un secreto del corazón—: «Sabed, hijos, que la pobreza es camino especial de salvación, de frutos muy variados, bien conocidos por pocos».

Capítulo CLII

La devoción al cuerpo del Señor

201. Ardía en fervor, que le penetraba hasta la médula, para con el sacramento del cuerpo del Señor, admirando locamente su cara condescendencia y su condescendiente caridad [1]. Juzgaba notable desprecio no oír cada día, a lo menos, una misa, pudiendo oírla. Comulgaba con frecuencia y con devoción tal, como para infundirla también en los demás. Como tenía en gran reverencia lo que es digno de toda reverencia, ofrecía el sacrificio de todos los miembros, y al recibir al Cordero inmolado inmolaba también el alma en el fuego que le ardía de continuo en el altar del corazón.

Por esto amaba a Francia, por ser devota del cuerpo del Señor [2]; y deseaba morir allí, por la reverencia en que tenían el sagrado misterio.

Quiso a veces enviar por el mundo hermanos que llevasen copones preciosos, con el fin de que allí donde vieran que estaba colocado con indecencia lo que es el precio de la redención, lo reservaran en el lugar más escogido.

Quería que se tuvieran en mucha veneración las manos del sacerdote, a las cuales se ha concedido el poder tan divino de realizarlo. Decía con frecuencia: «Si me sucediere encontrarme al mismo tiempo con algún santo que viene del cielo y con un sacerdote pobrecillo, me adelantaría a presentar mis respetos al prebístero y correría a besarle las manos, y diría: '¡Oye, San Lorenzo [3], espera!, porque las manos de éste tocan al Verbo de vida y poseen algo que está por encima de lo humano'».

[1] Celano emplea aquí expresiones similares a las de la CtaO 27.

[2] Generalmente, se cree que el Santo conoció la devoción a la eucaristía en Francia por medio de Jacobo de Vitry, con quien se encontraría en Perusa con ocasión de los funerales de Inocencio III (ECCLESTON, o.c., 15 p.119) y de la consagración episcopal del mismo Jacobo.

[3] Que, como San Francisco, era diácono.

Capítulo CLIII

La devoción a las reliquias de los santos

202. El hombre amado de Dios, que se mostraba devotísimo del culto divino, no descuidada ni dejaba sin venerar cosa que se refiriera a Dios. Hallándose en Monte Casale, en la región de Massa, mandó a los hermanos que trajesen —de una iglesia que estaba abandonada de todos al lugar de los hermanos— con toda reverencia unas reliquias santas. Le dolía vivamente saber que desde hacía mucho tiempo no se les daba el honor debido. Pero, precisado él —por una causa que surgió— a irse a otro lugar, los hijos, olvidando el mandato del Padre, descuidaron el mérito de la obediencia. Mas un día que los hermanos querían celebrar misa, al quitar, como de costumbre, la sabanilla del altar, encontraron unos huesos muy bien conservados y extraordinariamente olorosos. Los hermanos quedaron muy sorprendidos al observar lo que no habían visto hasta entonces. De regreso poco después el santo de Dios, indaga con diligencia si se ha cumplido su orden referente a las reliquias. Mas, confesando humildemente los hermanos su negligencia en obedecer, obtuvieron el perdón mediante una penitencia. Y les dijo el Santo: «Bendito sea el Señor mi Dios, que ha hecho por sí lo que debisteis haber hecho vosotros».

Considera atentamente la devoción de Francisco, admira el beneplácito de Dios respecto al polvo de que estamos hechos y proclama la alabanza de la santa obediencia, pues Dios obedeció a los ruegos de aquel cuya voz no obedecieron los hombres.

Capítulo CLIV

La devoción a la cruz. Un misterio oculto

203. Y para terminar: ¿quién podría decir, quién podría comprender cuán lejos estaba de gloriarse si no es en la cruz del Señor? [1] Sólo a quien lo ha experimentado le es dado saberlo. De seguro que, aun cuando de alguna manera percibiéramos en nosotros aquellas cosas, no encontraríamos de ningún modo —para expresar realidades tan excelentes y maravillosas— palabras que están ya envilecidas por su aplicación a lo cotidiano y vulgar. Y tal vez por eso tuvo que ser revelado en la carne lo que no hubiera podido ser explicado con palabras. Hable, pues, el silencio donde falla la palabra, que también lo significado clama cuando falla el signo. Baste a los hombres saber sólo esto: que no está todavía del todo claro por qué apareció en el Santo aquel sacramento, pues, cuando él se ha dignado hacer alguna revelación, lo que se re-

[1] Gál 6,14; Adm 5.

fiere a la razón y a la finalidad nos lo ha dejado pendiente del futuro [2]. Resultará veraz y digno de fe quien tendrá por testigos la naturaleza, la ley y la gracia.

Las damas pobres

Capítulo CLV

Cómo quería que las trataran los hermanos

204. No está bien silenciar la memoria del edificio espiritual, mucho más noble que el material, que, después de reparar la iglesia de San Damián, levantó el bienaventurado Padre en aquel lugar, guiándolo el Espíritu Santo, para acrecentar la ciudad del cielo. No es de creer que para reparar una obra perecedera que estaba a punto de arruinarse le hubiera hablado —desde el leño de la cruz y de modo tan estupendo— Cristo, el cual infunde temor y dolor a los que le oyen. Pero, como el Espíritu Santo [1] había predicho ya anteriormente, debía fundarse allí una orden de vírgenes santas que, como un cuerpo de piedras vivas pulimentadas, un día habrán de ser llevadas para restauración de la casa celestial.

Después que las vírgenes de Cristo comenzaron a reunirse en el lugar, afluyendo de diversas partes del mundo, y a profesar vida de mucha perfección en la observancia de la altísima pobreza y con el ornato de toda clase de virtudes, aunque el Padre se retrajo poco a poco de visitarlas, sin embargo, su afecto en el Espíritu Santo no cesó de velar por ellas. En efecto, el Santo —que las veía abonadas por pruebas de muy alta perfección, prontas a soportar y padecer por Cristo toda suerte de persecuciones e incomodidades, decididas a no apartarse nunca de las santas ordenaciones recibidas— prometió prestar ayuda y consejo a perpetuidad, de su parte y de la de sus hermanos, a ellas y a las demás que profesaban firmemente la pobreza con el mismo tenor de vida [2]. Mientras vivió fue solícito en cumplirlo así, y, próximo ya a la muerte, mandó con interés que lo cumplieran por siempre, añadiendo que un mismo espíritu había sacado de este siglo a los hermanos y a las damas pobres [3].

[2] LM 13,4; 1C 90. Tomás de Eccleston dice que, cuando la aparición del serafín, «le fueron reveladas muchas cosas que no fueron comunicadas nunca a hombre alguno». Luego añade que al hermano Rufino le manifestó que se le habían hecho las revelaciones señaladas en EP 79 (ECCLESTON, o.c., 13 p.93-94).

[1] Cf. 1C 18-20 y 2C 13.

[2] «Y el bienaventurado Padre, viendo que ninguna pobreza, ni trabajo, ni tribulación, ni ignominia, ni desprecio del mundo temíamos.., nos escribió la forma de vida en estos términos: 'Ya que...'» (*Regla de Santa Clara* 6, en OMAECHEVARRÍA, *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos* [BAC, Madrid 1970] p.263-64).

[3] Cf. 2C 13. Según el P. Oliger (AFH 5 [1912] p.435), Santa Clara ha recibido de Celano los términos del capítulo 6 de la Regla.

205. A los hermanos que se sorprendían a veces de que no visitara personalmente más a tan santas servidoras de Cristo, decía: «Carísimos, no creáis que no las amo de veras. Pues si fuera culpa cultivarlas en Cristo, ¿no hubiese sido culpa mayor el haberlas unido a Cristo? Y si es cierto que el no haber sido llamadas, para nadie es injuria, digo que es suma crueldad el no ocuparse de ellas una vez que han sido llamadas. Pero os doy ejemplo para que vosotros hagáis también como yo hago. No quiero que nadie se ofrezca espontáneamente a visitarlas, sino que dispongo que se destinen al servicio de ellas a quienes no lo quieren y se resisten en gran manera: tan sólo varones espirituales, recomendables por una vida virtuosa de años».

Capítulo CLVI

Cómo reprendió a algunos que por voluntad propia iban a los monasterios

206. Aconteció, en efecto, a cierto hermano que tenía en un monasterio dos hijas de vida ejemplar; como dijera una vez que llevaría a gusto al monasterio un regalillo de nada de parte del Santo, éste lo increpó con muchísimo rigor, repitiéndole unas palabras que no es del caso referir ahora. Por lo que envió el presente con otro que no quería ir, pero que no se resistió muy obstinadamente.

Otro hermano se fue un día de invierno —movido a compasión— a un monasterio, no sabiendo que la voluntad del Santo era tan estrictamente contraria. Enterado de lo ocurrido, el Santo le obligó a andar muchas millas desnudo en el más crudo rigor de una nevada [1].

Capítulo CLVII

De una predicación que les hizo más con el ejemplo que con la palabra

207. Estando en San Damián el Padre santo, e incitado con incesantes súplicas del vicario [1] a que expusiera la palabra de Dios a las hijas, vencido al fin por la insistencia, accedió. Reunidas, como de costumbre, las damas para escuchar la palabra de Dios y no menos para ver al Padre, comenzó éste a orar a Cristo con los ojos levantados al cielo, donde tenía puesto siempre el corazón. Ordena luego que le traigan ceniza; hace con ella en el suelo un círculo alrededor de sí y la sobrante se la pone en la cabeza. Al ver ellas al bienaventurado Padre que permanece callado dentro

[1] Se trataría del hermano Felipe.
[1] El hermano Elías.

del círculo de ceniza, un estupor no leve sobresalta sus corazones. De pronto, se levanta el Santo y, atónitas ellas, recita el salmo *Miserere mei, Deus* por toda predicación. Terminado el salmo, sale afuera más que de prisa. Ante la eficacia de esta escenificación fue tanta la contrición que invadió a las siervas de Dios, que, llorando a mares, apenas si podían sujetar las manos que querían cargar sobre sí mismas la vindicta. Les había enseñado plásticamente que las consideraba como a ceniza y que —en relación con ellas— ningún sentimiento llegaba a su corazón que no correspondiera a la reputación presignificada.

Tal era su trato con las mujeres consagradas; tales las visitas, provechosísimas, pero motivadas y raras. Tal su voluntad respecto a todos los hermanos: quería que las sirvieran por Cristo —a quien ellas sirven—, cuidándose, con todo, siempre, como se cuidan las aves, de los lazos tendidos a su paso.

Recomendación de la Regla a los hermanos

Capítulo CLVIII

Recomendación de la Regla de San Francisco. El hermano que la llevaba consigo

208. Francisco tenía ardentísimo celo de la profesión común de una vida y de la Regla y distinguió con especial bendición a los celadores de ella [1]. Así es que decía a los suyos que la Regla es el libro de la vida, esperanza de salvación, médula del Evangelio, camino de perfección, llave del paraíso, pacto de alianza eterna. Quería que la tuvieran todos, que la supieran todos [2] y que en todas partes la confirieran con el hombre interior para razonamiento ante el tedio y recordatorio del juramento prestado. Enseñó que había que tenerla presente a todas horas, como despertador de la conducta que se ha de observar, y —lo que es más— que se debería morir con ella.

Un hermano laico (a quien —creemos— hay que venerarlo entre los mártires) que grabó en sí esta enseñanza, ha logrado la palma de una victoria gloriosa. En efecto, al conducirle los sarracenos al martirio, levantando en alto la Regla entre las manos, las rodillas humildemente dobladas, dijo al compañero: «Hermano carísimo, me acuso, ante los ojos de la Majestad y ante ti, de todas las faltas que he cometido contra esta santa Regla». A esta breve confesión siguió el golpe de espada, que puso fin a la vida con el martirio, realzado luego con prodigios y milagros. Había entrado

[1] Esta bendición cierra el testamento de San Francisco y sigue inmediatamente a una exhortación a observar la Regla «pura y simplemente».

[2] 1R 24,1.

en la Orden siendo aún tan joven, que apenas podía con el ayuno reglamentario; pero con ser tan tierno, llevaba, sin embargo, un cilicio sobre la carne. ¡Feliz muchacho, que comenzó felizmente y acabó más felizmente! [3]

Capítulo CLIX

Una visión que abona la Regla

209. El Padre santísimo tuvo, respecto a la Regla, una visión acompañada de una voz que venía del cielo. Era el tiempo en que se trataba entre los hermanos acerca de la confirmación de la Regla; al Santo, preocupado con vivo interés por este asunto, se le dio a ver en sueños lo que sigue: le parecía que había recogido del suelo pequeñísimas migajas de pan, que tenía que distribuir a numerosos hermanos que le rodeaban hambrientos. Temía mucho distribuir migajas tan menudas, ante el riesgo de que se le deslizasen por las manos partículas tan diminutas; pero una voz del cielo le animaba con voz poderosa: «Francisco, haz con todas las migajas una hostia y dala a comer a los que quieran comerla». Hizo el Santo como se le había dicho, y cuantos no la recibían devotamente o, recibida, tenían a menos el don, aparecían después notoriamente tocados de lepra. A la mañana siguiente, doliéndose el Santo de no poder descifrar el misterio de la visión, la refiere a los compañeros. Pero poco más tarde, permaneciendo él en vela en oración, se le dio a oír del cielo esta voz: «Francisco, las migajas de la noche pasada son las palabras del Evangelio; la hostia es la Regla; la lepra, la maldad».

Los hermanos de entonces, que estaban muy prontos a toda obra de supererogación, no juzgaban dura o difícil esta fidelidad que habían jurado. Y es que no hay lugar para la languidez y la desidia allí donde el estímulo del amor excita sin cesar a más y mejor.

Las enfermedades de San Francisco

Capítulo CLX

Cómo conversó con un hermano sobre la atención que se debe al cuerpo

210. Francisco, el pregonero de Dios, siguió las huellas de Cristo por el camino de innumerables contratiempos y enfermedades recias, pero no echó pie atrás hasta llevar a feliz término con toda perfección lo que con perfección había comenzado. Aun

[3] Se llamaba Electo y murió, probablemente, en vida de San Francisco.

estando agotado y deshecho corporalmente, no se detuvo nunca en el camino de la perfección, nunca consintió en disminuir el rigor de la disciplina. Pues ni era capaz de condescender en lo más mínimo con su cuerpo, ya exhausto, sin remordimiento de la conciencia. E incluso cuando, contra su voluntad, porque era necesario, hubo que aplicarle calmantes por los dolores corporales, superiores a sus fuerzas, habló con calma a un hermano, de quien sabía que iba a recibir un consejo leal: «¿Qué te parece, carísimo hijo, que mi conciencia protesta desde lo íntimo a menudo por el cuidado que tengo de mi cuerpo? Teme ella que soy yo demasiado indulgente con él, enfermo; que me preocupo de aliviarlo con fomentos que lo miman. No porque —acabado como está por largas enfermedades— se deleite ya en tomar algo que le resulte atractivo, pues ya hace tiempo que perdió la apetencia y el sentido del gusto».

211. El hijo, dándose cuenta de que el Señor le ponía en los labios la respuesta adecuada, le respondió con tino: «Dime, Padre, si tienes a bien, con cuánta diligencia te obedeció el cuerpo mientras pudo».

—Hijo, soy testigo —respondió él— de que me ha sido obediente en todo, de que no ha tenido miramiento alguno consigo, sino que iba, como precipitándose, a cumplir cuanto se le ordenaba. No ha recusado trabajo alguno, no se ha hurtado molestia alguna, todo para poder cumplir perfectamente lo mandado. Hemos estado de acuerdo yo y él en esto: en seguir sin resistencia alguna a Cristo el Señor.

—Padre —replicó el hermano—, y ¿dónde está entonces tu generosidad, tu piedad, tu mucha discreción? ¿Es acaso esta correspondencia digna de amigos fieles: recibir con gusto el favor y desatender en tiempo de necesidad al que lo hace? ¿En qué has podido servir hasta ahora a Cristo tu Señor sin la ayuda del cuerpo? Y ¿no se ha expuesto para eso a todo peligro, como confiesas tú mismo?

—Hijo —concede el Padre—, confieso que lo que dices es mucha verdad.

—Y ¿es esto razonable —insiste el hijo—: que desasistas, en necesidad tan manifiesta, a un amigo tan fiel, que se ha expuesto —por ti— a sí mismo con todo lo suyo a la muerte? Lejos de ti, Padre, que eres amparo y báculo de los afligidos; lejos de ti tamaño pecado contra el Señor.

—Bendito seas tú, hijo —replicó el Padre—, que has procurado tan sabios y saludables remedios a mis dificultades.

Comenzó luego a hablar con alegría al cuerpo: «Alégrate, hermano cuerpo, y perdóname, que ya desde ahora condesciendo de buena gana al detalle a tus deseos y me apresuro a atender placentero tus quejas».

Pero ¿que podía deleitar a aquel cuerpecillo ya extenuado? ¿Qué podía darle consistencia, si iba desmoronándose por todas partes? Francisco estaba ya muerto al mundo y Cristo vivía en él.

Los placeres del mundo le eran cruz, porque llevaba arraigada en el corazón la cruz de Cristo. Y por eso le brillaban las llagas al exterior —en la carne—, porque la cruz había echado muy hondas raíces dentro, en el alma.

Capítulo CLXI

Lo que el Señor le había prometido en las enfermedades

212. Era milagroso de veras que un hombre abrumado con dolores vehementes de parte a parte tuviera fuerzas suficientes para tolerarlos. Pero a estas sus aflicciones les daba el nombre no de penas, sino de hermanas. Eran, sin duda, muchas las causas de donde provenían. De hecho, para que alcanzase más gloria por sus triunfos, el Altísimo le preparó situaciones difíciles no sólo en sus comienzos, ya que, estando como estaba avezado en las lides, le proporcionaba todavía ocasiones de victoria. Los seguidores de él tienen también en esto un ejemplo, porque ni con los años moderó su actividad ni con las enfermedades su austeridad. Y no sin causa logró purificación completa en este valle de lágrimas hasta llegar a pagar el último ochavo [1] —si había algo en él que debiera ser purgado en el fuego—, para que finalmente —purificado del todo— pudiera subir de un vuelo al cielo. Pero, a mi juicio, la razón principal de sus sufrimientos era —como él aseguraba refiriéndose a otros— que en sobrellevarlos hay una gran recompensa.

213. Así, pues, una noche en que se sentía más agobiado que de ordinario por varias y dolorosas molestias, comenzó a compadecerse de sí en lo íntimo del corazón [2]. Mas para que su espíritu, que estaba pronto, no condescendiera, cual hombre sensual, con la carne, ni por un instante en cosa alguna, mantiene firme el escudo de la paciencia invocando a Cristo. Hasta que al fin, mientras oraba así puesto en trance de lucha, obtuvo del Señor la promesa de la vida eterna a la luz de este símil: «Si toda la tierra y todo el universo fueran oro precioso sobre toda ponderación; y —libre tú de los dolores— se te diera en recompensa, a cambio de las acerbas molestias que padeces, un tesoro de tan grande gloria, en comparación de la cual el oro propuesto no fuera nada, es más, ni siquiera mereciera nombrarse, ¿no te gozarías sufriendo de buena gana lo que ahora sufres por un poco de tiempo?» «Me gozaría —respondió el Santo—, me gozaría lo indecible». «¡Exulta, pues —le dijo el Señor—, porque tu enfermedad es prenda de mi reino, y espera seguro y cerciorado, por el mérito de la paciencia, la herencia de mi reino!»

[1] Mt 5,26.

[2] Sucedía en San Damián, durante el invierno de 1224; Francisco está más de cincuenta días sin ver la luz, que le molestaba en los ojos; ratones y musgaños le invadían la pequeña celda de ramaje, impidiéndole dormir y orar. Cf. EP 100 y 119; LP 83; Flor 19.

¡Cuán grande alegría debió de experimentar este hombre dichoso con la feliz promesa! ¡Con cuánto amor también, y no sólo con cuánta paciencia, debió de abrazar las molestias del cuerpo! Esto lo conoce él al presente a perfección; que entonces no le fue posible decir lo indecible. Alguna poca cosa dijo, con todo, a los compañeros, como pudo. Entonces compuso algunas *Alabanzas de las creaturas,* incitándolas a alabar a su modo al Creador [3].

Tránsito del Padre santo

Capítulo CLXII

Cómo exhortó y bendijo al fin a los hermanos

214. *El fin del hombre,* dice el sabio, *descubre lo que él es* [1]. Esto se ve gloriosamente cumplido en este santo. Corriendo por la vía de los mandamientos de Dios con alegría del alma, llegó, por los grados de todas las virtudes, a escalar la cima, y como obra dúctil, perfectamente elaborada a golpes de martillo de múltiples tribulaciones, conducido a la perfección, alcanzó el límite de su consumación. Precisamente sus obras maravillosas resplandecieron más, y apareció a la luz de la verdad que todo su vivir había sido divino cuando, vencidas ya las seducciones de la vida mortal, voló libre al cielo. Pues tuvo por deshonra vivir para el mundo, amó a los suyos en extremo [2], recibió a la muerte cantando.

De hecho, al acercarse a los últimos días, en los cuales a la luz temporal que se desvanecía sucedía la luz perpetua, demostró con ejemplo de virtudes que nada tenía de común con el mundo. Acabado, pues, con aquella enfermedad tan grave que puso fin a todos los dolores, hizo que lo pusieran desnudo sobre la desnuda tierra, para que en aquellas horas últimas, en que el enemigo podía todavía desfogar sus iras, pudiese luchar desnudo con el desnudo [3]. En verdad que esperaba intrépido el triunfo y estrechaba ya con las manos entrelazadas la corona de justicia. Puesto así en tierra, despojado de la túnica de saco, volvió, según la costumbre, el rostro al cielo y, todo concentrado en aquella gloria, ocultó con la mano izquierda la llaga del costado derecho para que no se viera. Y dijo a los hermanos: «He concluido mi tarea; Cristo os enseñe la vuestra».

215. A la vista de esto, los hijos se deshacen en lágrimas, y, entre continuados suspiros que les nacen de lo profundo del alma, desfallecen por la demasía de dolor y compasión. Entre

[3] Cf. *Selecciones de franciscanismo* 14, número monográfico acerca del Cántico.

[1] Eclo 11,29.

[2] Jn 13,1.

[3] Los vestidos simbolizan las diversas ataduras del alma al mundo. Esta misma idea se encuentra en 1C 15.

tanto, al contenerse algo los sollozos, el guardián, sabedor —más en verdad por inspiración divina— del deseo del Santo, se levantó de pronto y, tomando la túnica, los calzones y una capucha, dijo al Padre: «Reconoce que, por mandato de santa obediencia, se te prestan esta túnica, los calzones y la capucha. Y para que veas que no tienes propiedad sobre estas prendas te retiro todo poder de darlas a nadie». El Santo se goza y exterioriza el júbilo del corazón, porque ve que ha guardado fidelidad hasta el fin a la dama Pobreza. El no querer tener, ni siquiera al fin de su vida, hábito propio, sino prestado, lo hacía por el celo de la pobreza. La gorra de saco la solía llevar en la cabeza para cubrir las cicatrices que le dejó la curación de los ojos, aunque más necesitaba una de piel, liviana, con lana suave y exquisita.

216. Alza después el Santo las manos al cielo y canta a su Cristo, porque, exonerado ya de todas las cosas, se va libre a El. Pero, con el fin de mostrarse en todo verdadero imitador del Cristo de su Dios, amó en extremo a los hermanos e hijos, a quienes había amado desde el principio. Mandó, pues, que llamasen a todos los hermanos que estaban en el lugar para que vinieran a él, y, alentándolos con palabras de consolación ante el dolor que les causaba su muerte, los exhortó, con afecto de padre, al amor a Dios. Habló largo sobre la paciencia y la guarda de la pobreza, recomendando el santo Evangelio por encima de todas las demás disposiciones. Luego extendió la mano derecha sobre los hermanos que estaban sentados alrededor, y, comenzando por su vicario, la puso en la cabeza de cada uno, y dijo: «Conservaos, hijos todos, en el temor del Señor y permaneced siempre en El. Y pues se acercan la prueba y la tribulación, dichosos los que perseveraren en la obra emprendida. Yo ya me voy a Dios; a su gracia os encomiendo a todos»[4]. Y bendijo —en los hermanos presentes— también a todos los que vivían en cualquier parte del mundo y a los que habían de venir después de ellos hasta el fin de los siglos.

Nadie se acapare para sí esta bendición que el Santo dio en los presentes para los ausentes; como ha sido descrito en otro lugar, hubo en aquella ocasión una cláusula especial; pero de ella se hizo uso para viciar, más bien, el oficio[5].

Capítulo CLXIII

Su muerte y lo que hizo antes de la muerte

217. Como los hermanos lloraban muy amargamente y se lamentaban inconsolables, ordenó el Padre santo que le trajeran

[4] Esta despedida aparece casi textualmente en 1C 108.

[5] Este último pasaje ha dado lugar a numerosas discusiones. Parece apreciarse en él una acusación al hermano Elías por haberse servido de la bendición de San Francisco (cf. 1C 108) para un ejercicio arbitrario de autoridad. Los defensores del vicario del Santo creen que el pasaje está interpolado.

un pan. Lo bendijo y partió y dio a comer un pedacito a cada uno. Ordenando asimismo que llevaran el códice de los evangelios, pidió que le leyeran el evangelio según San Juan desde el lugar que comienza *Antes de la fiesta de la Pascua,* etc. Se acordaba de aquella sacratísima cena, aquella última que el Señor celebró con sus discípulos. Todo esto lo hizo, en efecto, en memoria veneranda de aquélla y para poner de manifiesto el afecto de amor que profesaba a los hermanos.

Así que los pocos días que faltaban para su tránsito los empleó en la alabanza, animando a sus amadísimos compañeros a alabar con él a Cristo. El, a su vez, prorrumpió como pudo en este salmo: *Clamé al Señor con mi voz, con mi voz supliqué al Señor* [1], etc. Invitaba también a todas las creaturas a alabar a Dios, y con unas estrofas que había compuesto anteriormente él las exhortaba a amar a Dios [2]. Aun a la muerte misma, terrible y antipática para todos, exhortaba a la alabanza, y, saliendo con gozo a su encuentro, la invitaba a hospedarse en su casa: «Bienvenida sea —decía— mi hermana muerte». Y al médico: «Ten valor para pronosticar que está vecina la muerte, que va a ser para mí la puerta de la vida». Y a los hermanos: «Cuando me veáis a punto de expirar, ponedme desnudo sobre la tierra —como me visteis anteayer—, y dejadme yacer así, muerto ya, el tiempo necesario para andar despacio una milla».

Llegó por fin la hora, y, cumplidos en él todos los misterios de Cristo, voló felizmente a Dios.

Cómo un hermano vio el alma del Padre santo en su tránsito

217a. Un hermano —uno de sus discípulos, célebre por la fama notable que disfrutaba— *vio el alma del Padre santísimo* que subía derecha al cielo, a modo de una estrella grande como la luna y luciente como el sol, avanzando sobre la inmensidad de las aguas llevada sobre una nube blanca.

Con este motivo se reunió numerosa multitud de pueblos, que alababan y glorificaban el nombre del Señor. La ciudad de Asís se lanza en tropel y toda la región corre a ver las maravillas de Dios, que el Señor había manifestado en su siervo. Los hijos se lamentaban de la orfandad de tan gran padre y hacían ver con lágrimas y suspiros los afectos de piedad del corazón. La novedad del milagro cambió, sin embargo, el llanto en júbilo; el luto, en fiesta. Veían el cuerpo del bienaventurado Padre condecorado con las llagas: veían en medio de las manos y de los pies, no ya las hendiduras de los clavos, sino los clavos mismos, formados de su carne, mejor aún, connaturales a la carne misma, que conservaban el color negruzco del hierro, y el costado derecho, enrojecido de sangre. Su carne, naturalmente morena antes, brillando ahora

[1] Sal 141.
[2] Cf. 1C 109.

con blancura extraordinaria, daba fe del premio de la resurrección. Sus miembros, en fin, se volvieron flexibles y blandos, sin la rigidez propia de los muertos, antes bien trocados en miembros como de niño.

Capítulo CLXIV

La visión que tuvo el hermano Agustín ya moribundo

218. Era por entonces ministro de los hermanos de la Tierra de Labor el hermano Agustín, que, moribundo ya, sin habla desde hacía algún tiempo, exclamo de pronto —de modo que oyeron los que estaban presentes—, diciendo: «Espérame, Padre, espérame. Mira que me voy contigo». Y a los hermanos que le preguntaban muy admirados a quién hablaba así: «¿No veis —respondió con animación— a nuestro padre Francisco, que se va al cielo?» Y al instante, su alma, dejando el cuerpo, siguió al Padre santísimo.

Capítulo CLXV

Cómo el Padre santo, después del tránsito, apareció a un hermano

219. A otro hermano de vida laudable que a la sazón estaba absorto en oración, se le apareció aquella misma noche y hora el glorioso Padre vestido de dalmática de púrpura, seguido de innumerable multitud de hombres. Muchos se separaron de la multitud y vinieron a preguntar al hermano: «Hermano, ¿no es éste el Cristo?» Respondió el hermano: «Sí que es él». Pero otros inquirían con nueva pregunta: «¿No es San Francisco?» Y el hermano respondía igualmente que sí. Y es que, igual al hermano que a la multitud que acompañaba a Francisco, les parecía que la persona de Cristo y la del bienaventurado Francisco era la misma.

Para quien quiera entender bien esto no es temerario, pues *quien se adhiere a Dios se hace un espíritu con él* [1] y el mismo Dios *será todo en todas las cosas* [2]. Finalmente llegó el bienaventurado Padre con el maravilloso cortejo a lugares amenísimos, que, regados por aguas cristalinas, verdeaban con la hermosura de toda clase de hierbas, y que constituían un plantío de toda clase de árboles deliciosos y de aspecto primaveral por la belleza de las flores. Se veía, asimismo, un palacio deslumbrante de magnificencia y hermosura singular, en donde entró con transportes de alegría el nuevo vecino del cielo; allí encontró a numerosísimos hermanos;

[1] 1Cor 6,17.
[2] 1Cor 12,6.

y, sentados a una mesa preparada con todo ornato y colmada de variedad de delicias, comenzó a una con ellos el banquete deleitable.

CAPÍTULO CLXVI

Visión del obispo de Asís acerca del tránsito del Padre santo

220. El obispo de Asís había ido por aquellos días en peregrinación a la iglesia de San Miguel [1]. Estando hospedado de regreso en Benevento, el bienaventurado padre Francisco se le apareció en visión la noche misma del tránsito y le dijo: «Mira, padre, dejando el mundo, me voy a Cristo». Al levantarse de mañana el obispo, contó a los compañeros lo que había visto, y ante notario —que para esto había sido citado— hizo constar el día y la hora del tránsito. Y así, del todo apenado y bañado en lágrimas, se dolía de haber perdido el mejor padre. De regreso ya en su ciudad, refirió al detalle lo sucedido y dio rendidas gracias sin fin al Señor por sus dones.

Canonización y translación de San Francisco

220a. En el nombre del Señor Jesús. Amén. En el año de su encarnación 1226, el 4 de octubre —el día que había predicho—, cumplidos veinte años desde que se adhirió con toda perfección a Cristo, el varón apostólico Francisco, seguidor de la vida y huellas de los apóstoles, libre de las cadenas de la vida mortal, pasó felizmente a Cristo; y, sepultado cerca de la ciudad de Asís [2], comenzó a brillar en todas partes con variedad de milagros, con tantos y tan admirables prodigios, que atrajo en breve tiempo a gran parte del mundo a lo que era la admiración del nuevo siglo. Como brillara ya en diversas partes con nueva luz de milagros y afluyeran de todas partes muchos que se alegraban de haber sido librados de sus desgracias por intervención de él, el señor papa Gregorio, que a la sazón estaba en Perusa con todos los cardenales y otros prelados de diversas iglesias, comenzó a mover el asunto de la canonización, hasta que, acordes todos, convinieron en ella. Leen y aprueban los milagros que había hecho el Señor por su siervo y enaltecen con ponderadísimos elogios la vida y conducta del bienaventurado Padre.

Convocados previamente a tan gran solemnidad los príncipes de la tierra y numerosos prelados, acompañados de multitud incontable del pueblo, haciendo corte al dichoso papa, entran el día señalado en la ciudad de Asís para celebrar en ella, para mayor

[1] Al Monte Gargano, en la Pulla.
[2] En San Jorge, que actualmente está dentro de la ciudad.

exaltación del Santo, su canonización. Al llegar todos al lugar preparado para tan solemne concentración, el papa Gregorio se dirige, en primer lugar, a todo el pueblo y narra con afecto melifluo las maravillas de Dios. Ensalza, asimismo, al santo padre Francisco en un discurso celebérrimo, bañado en lágrimas al dar a conocer la pureza de su vida. Y, acabado el discurso, el papa Gregorio, alzando las manos al cielo, proclamó con voz vibrante... [3]

Capítulo CLXVII

Oración de los compañeros al Santo

221. Henos aquí, bienaventurado Padre nuestro: el afán de la simplicidad se ha empeñado en cantar a su manera tus magníficas obras y en divulgar para tu gloria siquiera unas cuantas de las incontables virtudes de tu santidad. Sabemos que nuestras palabras —que no están a tono para cantar las excelencias de tan alta perfección— han dejado muy sombreadas tus esplendorosas maravillas. Te pedimos —a ti y a los lectores— que apreciéis nuestro afecto por el empeño que hemos puesto, alegrándonos de que el ápice de una vida maravillosa supere a la pluma humana.

Porque ¿quién, ¡oh insigne entre los santos!, podrá engendrar en sí mismo o comunicar a los demás aquellos fervores de tu espíritu?; y ¿quién será capaz de concebir aquellos inefables afectos que desde ti saltaban incesantemente hasta Dios? Pero hemos escrito lo que precede enfrascados en tu dulce memoria, intentando —mientras vivimos— darla a conocer a los demás siquiera balbuciendo. Te nutres ya de la flor de harina [1], tú en otro tiempo hambriento; te abrevas en el torrente de delicias [2], tú que hasta ahora tenías sed. No te creemos, con todo, saciado de la abundancia de la casa de Dios como para que te hayas olvidado de tus hijos, pues Aquel en quien te abrevas se acuerda también de nosotros. Llévanos, pues, en pos de ti, Padre venerado, para que corramos tras el suave perfume de tus ungüentos [3], nosotros a quienes ves tibios por la desidia, lánguidos por la pereza, semivivos por la negligencia. Ya la pequeña grey te sigue con paso vacilante, y la mirada deslumbrada de sus ojos enfermos no aguanta los destellos de tu perfección. Haz que nuestros días sean como los primeros, tú que eres espejo y modelo de perfectos, y no consientas que, siendo iguales a ti en la profesión, seamos desiguales en la vida.

222. Nos postramos ya ante la clemencia de la majestad eterna; presentamos ahora nuestras humildes oraciones por el

[3] El ms. M llega hasta aquí; el último folio del cuaderno ha sido arrancado.

[1] Sal 80,17

[2] Sal 35,9.

[3] Ct 1,3.

siervo de Cristo, nuestro ministro, sucesor tuyo en la santa humildad y émulo en el celo de la verdadera pobreza, el cual se cuida de tus ovejas con solicitud, con suave dulzura por amor de tu Cristo. Te pedimos, santo, que lo guíes y veles por él, para que, adherido siempre a tus mismas huellas, llegue a conquistar a perpetuidad la alabanza y la gloria que tú has conseguido.

223. Padre benignísimo, te suplicamos también con todo el afecto del corazón por aquel hijo tuyo que ahora —como ya en otras ocasiones— ha escrito con devoción tus loores. El se ofrece y consagra a ti, y a la par te presenta y dedica esta pequeña obra compilada, si no acreditado por méritos, sí, en cambio, por el empeño que ha puesto piadosamente. Dígnate defenderlo y guardarlo de todo mal, dale aumento de méritos en santidad y haz que por tus ruegos llegue a gozar por siempre de la compañía de los santos.

224. Padre, acuérdate de todos tus hijos, que, angustiados por indecibles peligros, sabes muy bien tú, santísimo, cuán de lejos siguen tus huellas. Dales fuerza, para que resistan; hazlos puros, para que resplandezcan; llénalos de alegría, para que disfruten. Impetra que se derrame sobre ellos el espíritu de gracia y de oración, para que tengan, como tú, la verdadera humildad; guarden, como tú, la pobreza; merezcan, como tú, la caridad con que amaste siempre a Cristo crucificado, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO I

Origen admirable de su Religión

1. Desde que recibimos el encargo de escribir los milagros de nuestro santísimo padre Francisco, ya en el primer plan que nos hicimos, determinamos señalar, antes que ningún otro, aquel milagro solemne que sirvió de lección al mundo, que lo conmovió y lo dejó sobrecogido. Fue el nacimiento de la Religión, la fecundidad de la estéril, el alumbramiento de una prole numerosa.

Parecía el viejo mundo maltrecho por la sarna de los vicios; diríase que las órdenes estaban cansadas en el seguimiento de las huellas apostólicas y que, *al mediar su carrera la noche* [1] de pecados, se había impuesto el silencio a las enseñanzas sagradas. De pronto se presenta en la tierra un hombre nuevo, y rápidamente se formó en torno a él un ejército nuevo, quedando todos sorprendidos por los signos de esta novedad apostólica. Luego, tras el eclipse que había sufrido, sale a plena luz la perfección de la Iglesia primitiva, cuyas maravillas leía el mundo sin que pudiera contemplar sus ejemplos. Siendo esto así, ¿por qué no habremos de decir que *los últimos son los primeros* [2], si vemos que de hecho se ha realizado aquello de que *el corazón de los padres se volverá a los hijos, y el de los hijos a los padres?* [3] ¿Se podrá despreciar el célebre y conocido mensaje de las dos Ordenes [4] sin que ello alcance al gran acontecimiento [5] que va a tener lugar en breve? Nunca hubo, desde los tiempos apostólicos, una lección al mundo tan sorprendente.

Se ha de admirar luego la fecundidad de la estéril. Estéril y seca esta pobrecilla religión que está lejos de toda humedad de las cosas terrenas. Estéril de veras, ya que *ni siega ni encierra en graneros* [6], *ni toma para el camino del Señor la alforja repleta* [7]. Y, no obstante, este santo *creyó contra toda esperanza* [8], *para llegar a ser heredero del mundo* [9], y *no vaciló al considerar su cuerpo sin vigor y estéril el seno de Sara* [10], seguro de que el poder divino le suscitaría por ella un pueblo de hebreos. No se gobierna con despensas llenas, ni con almacenes de provisiones, ni con vastas posesiones, sino con la pobreza, que a la par lo alimenta maravillosamente en el mundo y lo hace digno del cielo. ¡Oh flaqueza de Dios, más poderosa que los hombres, que comunica gloria a nuestra cruz y procura riquezas a nuestra pobreza!

Hemos visto, en fin, dilatarse en poco tiempo esta viña, *extendiendo sus*

[1] Sab 18,14-15.
[2] Mt 19,30; 20,16.
[3] Mal 4,6.
[4] No se sabe con seguridad si Celano quiere aquí referirse a las dos Ordenes que primeramente fundó San Francisco: Hermanos Menores y Clarisas, o a las dos grandes fundaciones de Hermanos Menores y Hermanos Predicadores.
[5] *Alicuius magni eventuri;* ¿habrá alguna alusión a esperanzas joaquinistas?
[6] Mt 6,26.
[7] Lc 9,3; 10,4.
[8] Rom 4,18.
[9] Rom 4,13.
[10] Rom 4,19.

ramas de mar a mar [11]. Concurrieron multitudes de todo el mundo, afluyeron en tropel, y se reunieron como por ensalmo las piedras vivas para la construcción de este templo esplendoroso. Y no sólo la hemos visto aumentada en poco tiempo por el número de sus hijos, sino también glorificada, pues sabemos que muchos de ellos han conseguido la palma del martirio [12]; a algunos los veneramos inscritos en el catálogo de los santos por el testimonio perfecto de una santidad acabada [13].

Pero volvamos a hablar del que es cabeza de todos ésos; de él intentamos hablar ahora.

Capítulo II

El milagro de las llagas. Cómo se le apareció el serafín

2. El hombre nuevo, Francisco, brilló por un prodigio nuevo y estupendo, pues apareció marcado con un privilegio singular, nunca concedido en los siglos pasados, es decir, fue distinguido con las sagradas llagas y *conformado en su cuerpo mortal al cuerpo del Crucificado* [1]. Todos los recursos del lenguaje humano no bastan a enaltecerlo como merece. Por otra parte, es inútil pedir las razones del milagro: hay que admirarlo; inútil buscar precedentes: es único.

Todos los afanes del hombre de Dios, en público como en privado, se centraban en la cruz del Señor; desde el momento en que comenzó a militar para el Crucificado, diversos misterios de la cruz resplandecieron en su persona. De hecho, cuando al principio de su conversión había decidido decir adiós a los placeres de esta vida, Cristo le habla durante la oración desde el leño de la cruz; de la boca de la imagen salen estas palabras: «Francisco, vete y repara mi casa que, como ves, se arruina». Desde aquel instante, la memoria de la pasión del Señor se le imprimió con caracteres profundos en el alma, y a medida que ahondaba en la conversión, *le desfallecía el alma cuando le hablaba el Amado* [2].

¿No buscó refugiarse en la cruz al escoger el hábito de penitencia, que reproduce la forma de la cruz? [3] Si bien ese hábito se adaptaba a su propósito tanto mejor cuanto eran mayores sus anhelos de pobreza, sin embargo, con ese mismo hábito mostraba con más claridad el misterio de la cruz: según había ido el alma revistiéndose interiormente del Señor crucificado, así había ido su cuerpo entero revistiéndose por fuera de la cruz de Cristo; como Dios había vencido a las potestades aéreas con este signo, de igual manera militaba con él para Dios el ejército de Francisco.

3. El hermano Silvestre, uno de los primeros hermanos, hombre de plena ejemplaridad en todo, ¿no vio, acaso, salir de la boca del Santo una

[11] Ez 17,6.7; 47,17; Sal 79,12.

[12] Los hermanos Berardo, Otón, Pedro, Adyuto y Acursio fueron muertos el 16 de enero de 1220. Cf. 2C 208, donde se habla de otro hermano martirizado por los sarracenos. Los hermanos Daniel y compañeros mártires murieron en Ceuta el 10 de octubre de 1227. Los hermanos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato dieron también su vida entre los moros de Valencia el año 1231.

[13] San Antonio de Padua fue canonizado en 1231; parece ser que Gregorio IX autorizó el culto a Rogerio de Todi; Santa Isabel de Hungría fue canonizada en 1235.

[1] Rom 7,24.

[2] Ct 5,6.

[3] 1C 22.

cruz de oro, que, con sus brazos extendidos, santiguaba maravillosamente el mundo entero? [4]

Se ha escrito también, con testimonio de relato fidedigno, cómo el hermano Monaldo, insigne por la pureza de costumbres y práctica de virtudes, vio con sus propios ojos a San Francisco crucificado durante un sermón de San Antonio cuyo tema versaba sobre la cruz [5].

Asimismo, era costumbre suya y había ordenado a sus primeros hijos que tributasen a las imágenes de la cruz, dondequiera que las vieran, el honor y la reverencia que se les debe [6].

La señal de *tau* le era preferida sobre toda otra señal; con ella sellaba las cartas y marcaba las paredes de las pequeñas celdas [7]. Y el hombre de Dios que se llamó Pacífico, favorecido con visiones celestiales, vio con sus propios ojos, sobre la frente de San Francisco, una gran señal de *tau* multicolor, que resplandecía con fulgores de oro [8].

Es, pues, muy conforme a razón y a la fe católica el hecho de que este hombre, a quien el amor maravilloso de la cruz prevenía de esta manera, llegara a ser objeto de admiración por el honor admirable de la cruz. Por eso, nada más verídico que lo relatado acerca de las llagas de la cruz.

4. He aquí como se desenvuelve el hecho... (= 1C 94-95) [9].

5. Finalmente, dos años después, Francisco cambia con su muerte feliz este valle de lágrimas por la patria bienaventurada; la fama asombrosa de este hecho glorioso llega a oídos del pueblo y la gente se conmueve y agolpa, alabando y glorificando el nombre del Señor. La ciudad de Asís y la región que la rodea se apresuran ávidas de ver el espectáculo nuevo, que por voluntad de Señor nuevamente se daba en este mundo. La novedad del milagro convertía el llanto en júbilo, y la visión de los ojos corporales, en estupor y arrebatos de éxtasis. Veían el santo cuerpo hermoseado con las llagas de Cristo, no con las heridas de los clavos en las manos y en los pies, sino con los clavos mismos maravillosamente plasmados, por virtud divina, con la carne misma, o, más bien, como brotados de la carne, los cuales, oprimidos de uno u otro lado, abultaban al instante en el opuesto como si se tratara de un único músculo.

Lo que decimos lo hemos visto; estas manos han escrito lo que estas manos han palpado; hemos acariciado con los ojos llenos de lágrimas lo que atestiguan nuestros labios, y lo que hemos jurado una vez, con la mano puesta sobre objeto sagrado [10] lo proclamamos a toda hora como verdadero. Varios hermanos nuestros han visto esto, con nosotros, en vida del Santo, y a su muerte, más de cincuenta, además de incontables seglares, lo han venerado. ¡No haya, pues, lugar para la duda; a nadie parezca incierto este gran don de la bondad eterna! Pluguiera a Dios que fueran muchos los que, como miembros, se unieran a Cristo Cabeza con igual amor seráfico, para que merecieran parecida armadura en las batallas de esta vida y gloria semejante en el reino de los cielos.

¿Quién que está en sus cabales osaría decir que todo esto no redunda en gloria de Cristo? Que la pena infligida a los incrédulos sirva de escarmiento a los tibios y dé nueva certeza a los devotos.

[4] 2C 109.
[5] 1C 48.
[6] 1C 45.
[7] 3C 159; 2C 49. Aparece este signo también en la BenL.
[8] 2C 106.
[9] Reproduce los números de 1C, tal como se dice, pero con la particularidad de que, si transcribe íntegro el testimonio del hermano Rufino, pasa por alto el del hermano Elías.
[10] Se refiere, probablemente, al juramento prestado con ocasión del proceso de canonización.

6. Había en Potenza, ciudad del reino de la Pulla, un clérigo llamado Rogerio, personaje venerable y canónigo de la iglesia principal. Aquejado de larga enfermedad, entró un día, con intención de orar para recobrar la salud, en una iglesia, en la cual había un cuadro de San Francisco con las sagradas llagas [11] Se acerca y se arrodilla ante la imagen en actitud muy devota de oración. Pero, fijando los ojos en las llagas del Santo, divaga en pensamientos vanos y no rechaza con prontitud conveniente el aguijón de la duda que insidiosamente se le insinúa. Al engaño del antiguo enemigo, comienza a decirse con el corazón detrozado: «¿Será verdad que este santo ha sido objeto de tamaño milagro o se tratará de una ilusión de los suyos? Ha sido —acosaba la duda— pura invención o, tal vez, un engaño tramado por los hermanos. Parece transcender los linderos de la inteligencia humana; estaría en contradicción con las exigencias de la racionabilidad».

¡Locura del hombre! ¡Necio! Deberías haber venerado el prodigio divino con humildad tanto más grande cuanto menos podías tu comprenderlo. Te tocaba saber, a poco que hubieras reflexionado, que le es muy fácil a Dios renovar constantemente el mundo con nuevos milagros, obrar entre nosotros, para su gloria, milagros que no ha hecho en otros tiempos.

Pero pasó que a quien acaricia tales pensamientos frívolos, Dios le inflige una herida dolorosa, para que, por los padecimientos que le causa, aprenda a no blasfemar. De improviso, se siente herido en la palma de la mano izquierda —siniestro como él era— y oye al mismo tiempo un silbido como de flecha lanzada por ballesta. Transido de dolor por la herida y asombrado por el sonido, saca luego de la mano el guante que llevaba puesto, y el que no había recibido antes ningún golpe en la palma de la mano, ve en medio de ésta una llaga que parecía abierta por una flecha y que le producía fiebre tan alta, que creía morirse. Y ¡cosa de admirar!: en el guante no se veía ninguna señal. Como para dar a entender que la herida que se escondía bajo el guante era un castigo simbólico de la que se escondía en el fondo del alma.

7. Pasa dos días entre quejidos y gritos que le hace dar el dolor fuerte de la llaga, y confiesa ante todos la falta de fe de su incrédulo corazón; protesta creer que San Francisco tuvo llagas verdaderas y asegura con juramento que se le han desvanecido ya las dudas. Pide con insistencia al santo de Dios que, por sus llagas sagradas, lo socorra, y une a las repetidas súplicas la ofrenda de abundantes lágrimas. ¡Portento! Al abjurar él su incredulidad, sigue la curación del cuerpo a la del alma. Cesa el dolor, desaparece la fiebre, se desvanece toda señal de herida. El hombre se torna humilde ante Dios, devoto para con el Santo, estrechamente ligado en adelante a la Orden de los hermanos menores.

Este milagro tan portentoso fue ratificado con testimonios jurados y de un modo especial confirmado con el del obispo del lugar. ¡Sea por todo bendita la potencia admirable de Dios, que brilla de modo tan llamativo en la ciudad de Potenza! [12]

8. Es costumbre de las nobles matronas romanas, viudas o desposadas, sobre todo de las que conservan el privilegio de la generosidad en medio de las riquezas y han sentido infundírseles el amor de Cristo, tener en sus casas alguna celdilla o lugar reservado a propósito para la oración, con un icono pintado, precisamente del santo de su devoción. Una señora

[11] Se conocen varias representaciones pictóricas de San Francisco estigmatizado anteriores al año 1250. Cf. M. BIHL, *Discussiones:* AFH 20 (1927), p.290-91.

[12] El autor ha buscado un juego de palabras a base del termino *Potentia,* que es el nombre de una ciudad, y que significa el poder de Dios.

de abolengo noble, noble también por sus virtudes, había escogido por su protector a Francisco. Tenía un cuadro de él en la cámara, donde *oraba al Padre que está en lo secreto* [13]. Un día, mientras oraba, sus ojos buscaban con todo empeño las sagradas llagas, pero en vano. Y esto la afligía, a la par que la asombraba. Pero no era de extrañar que las echase de menos, porque el pintor no las había representado. Por varios días guarda en su interior esta pena, sin manifestarla a nadie. Pero sigue mirando a menudo la imagen, y la pena va renovándose con eso. Inesperadamente aparecen un día aquellas maravillosas señales en las manos, como suelen verse en otras imágenes: el poder de Dios había suplido el descuido del artista.

9. Asustada y muy admirada, la mujer hace venir en seguida a su hija, que seguía a la madre en los santos propósitos, e, indicándole lo ocurrido, le pregunta con interés si de hecho había visto hasta entonces la imagen sin llagas. La niña afirma y jura que antes estaba sin llagas y ahora las tiene. Pero como la razón humana busca, más de una vez, tropiezos a sí misma y pone en duda lo que es verdad, la mujer deja entrar el escepticismo corrosivo en el alma, preguntándose si el cuadro no tendría pintadas las llagas desde que fue hecho. En respuesta, Dios, con su poder, añadió un segundo milagro para que no se menospreciara el primero: desaparecen, de pronto, las llagas, y el cuadro quedó despojado del privilegio. Así, el segundo milagro comprobaba el primero. Yo mismo conocí a esta mujer: estaba casada, era virtuosísima; bajo un vestido seglar llevaba el alma consagrada a Cristo Señor.

10. Desde sus primeros destellos se deja seducir la razón humana, ya por los atractivos de los sentidos, ya por groseras imaginaciones, hasta el punto de envolver en duda, por influencia de la imaginación inquieta, lo que debe ser creído. Por eso, no sólo nos cuesta creer los hechos maravillosos de los santos, sino que la fe misma halla no pocos estorbos en lo tocante a las verdades de la salvación.

Un hermano, menor por la Orden, predicador de oficio, recomendable por la vida, estaba firmemente persuadido de la realidad de las sagradas llagas de San Francisco; pero, bien por la dificultad de elevarse sobre lo ordinario o bien por el asombro que causa lo extraordinario, comienza a sentir la mordedura de la duda respecto al milagro acaecido en el Santo. Era de ver la lucha que se entabló en su alma entre la razón, que defendía la verdad, y la imaginación, que se empeñaba en contrariar a aquélla con sugestiones. La razón, apoyada en muchos argumentos, asegura que es como se dice, y, a falta de otras pruebas, apela a la verdad creída por la Iglesia. Se oponen los sentidos, que alcanzan sólo la sombra de las realidades, contra el milagro, so pretexto de que contraría las leyes naturales y de que no se habla de tamaña cosa en siglos pasados. Una tarde, cansado el hermano por la lucha, entra en la celda con la razón debilitada y con la fantasía abiertamente provocadora. Durante el sueño se le aparece San Francisco con los pies enlodados y le dice en tono de humilde dureza y de enojo contenido: «¿Qué luchas traes en tu alma? ¿Qué roña de dudas? Mira mis manos y mis pies». El hermano, que veía las manos atravesadas por los clavos, no veía las llagas de los pies enlodados. «Quita —insistió San Francisco— el lodo de mis pies y mira el lugar de los clavos». El hermano, en sueños, le pone las manos en los pies, los lava del lodo y toca con las manos las heridas de los clavos. Al despertarse después, el hermano llora, y, por una confesión pública, logra limpiar su alma, embarrada, por decirlo así, con el lodo de la duda.

[13] Mt 6,6.

11. No se piense que las sagradas llagas del invicto caballero de Cristo son tan sólo signo de una prerrogativa y privilegio otorgado a un amor supremo. A más de esto poseen una gran fuerza, como se deja ver en la novedad de un milagro evidente acaecido en España, en el reino de Castilla [14]. Son armas poderosas al servicio de Dios.

Había dos hombres que venían injuriándose por largo tiempo, igualmente implacables en el odio. Su irritación no conocía sosiego, ni había lugar a templanza duradera en las injurias mutuas ni a un pasajero remedio de aquel dolor que cada uno llevaba dentro, si no moría uno de los dos con la más cruel de las muertes. En la imposibilidad de cometer un asesinato público, cada uno, precavido con una coraza, preparaba de muchas maneras frecuentes asechanzas a su contrario. Una tarde, avanzado el crepúsculo, un hombre de vida muy honesta y de fama intachable acertó a pasar por el camino en que uno de los enemigos tenía tendidas asechanzas para matar al rival. El hombre, como de costumbre, iba deprisa, después de la hora de completas, a la iglesia de los hermanos menores, por la mucha devoción que tenía a San Francisco. *Los hijos de las tinieblas* se precipitan de sopetón sobre *el hijo de la luz* [15], creyéndolo, sin duda, el enemigo esperado, para darle muerte; lo asaltan por todas partes con espadas y lo dejan medio muerto. Finalmente, el cruelísimo enemigo le hunde profundamente la espada en la garganta, e, incapaz de sacarla, se la deja en la herida.

12. Se acude de todas partes, y la vecindad entera llora la muerte del inocente con gritería que llega al cielo. El pobre tenía todavía un soplo de vida, y, conforme al consejo de los médicos, no se le saca de la garganta la espada. Tal vez lo hacían en razón de la confesión, siquiera por alguna señal. Toda la noche, hasta la hora de maitines, los médicos se empeñaron en limpiarle de la sangre y en curarle las heridas; pero, viendo que, por ser éstas muchas y profundas, no conseguían nada, cesaron de curarlas. Con los médicos estaban también a la cabecera los hermanos menores, muy apenados, en espera del último suspiro del amigo.

En esto, suena la campana de los hermanos para maitines. La esposa del herido que la oye, corre al lecho y grita: «Señor mío, levántate pronto; vete a maitines, que tu campana te llama». El que se creía morir, da al instante dos suspiros profundos, trata de balbucir algunas palabras entrecortadas. Levanta la mano en dirección de la espada hundida en la garganta y parece indicar a alguien que se la saque. ¡Cosa maravillosa! A la vista de todos, la espada vuela de pronto y, como lanzada por alguien de mucha fuerza, se clava en la puerta de la casa. Se levanta el hombre en perfecta salud, como despertando de un sueño, y cuenta los prodigios de Dios.

13. Era tal el espanto que había sobrecogido a todos, que, como fuera de sí, creían estar alucinados. Pero el curado les dice: «No temáis; no creáis que es alucinación lo que veis: San Francisco, a quien siempre he tenido devoción, acaba de irse de aquí y es él quien me ha curado del todo. Aplicó sus llagas sacratísimas a cada una de mis heridas; su suavidad fue una caricia sobre ellas; su contacto bastó, como veis, a rehacer todas las fracturas. Cuando oíais el murmullo de mi agitado pecho, parecía que el Padre santísimo quería irse después de haber curado todas las heridas, pero dejándome la espada en la garganta. Yo le hacía señas con

[14] El hecho es objeto de un fresco de Giotto. Este milagro es, posiblemente, el referido en LM mil 1,5, que lo sitúa en Lérida, siendo su beneficiario Juan de Castro.

[15] 1 Tes 5,5.

la mano, en la imposibilidad de hablar, para que me sacase la espada, que era el verdadero peligro de muerte inminente. Y él, asiéndola, la lanzó con fuerza, como habéis visto todos. Acarició luego y tocó, como antes en las otras heridas, con sus sagradas llagas la garganta herida, y la sanó tan perfectamente, que la carne herida no se diferencia en nada de la que nunca fue tocada».

¿Cómo no asombrarse ante esto? Y ¿quién sostendrá que cuanto se dice de las llagas de San Francisco no es todo de Dios y sólo de Dios?

Capítulo III

El poder que tuvo sobre las creaturas insensibles, y, en primer lugar, sobre el fuego

14. La cauterización sin dolor (= 2C 166).
15. El agua que brotó de la roca (= 2C 46).
16. La fuente milagrosa de Gagliano (= LM mil 10,1).
17. El agua cambiada en vino en San Urbino (1C 61).
18. La epizootia del valle de Rieti (= LM 13,6).
19. Panes bendecidos que curan enfermedades (= 1C 63). Tempestades y granizos rechazados (= 2C 35-36). Poderes milagrosos de su cordón (= 1C 64); de retazos de sus hábitos (= 1C 63); y del heno de la gruta de Greccio (= 1C 84-87).

Capítulo IV

Poder que tuvo sobre las creaturas sensibles

20. Sermón de las avecillas en Bevagna (= 1C 58).
21. Silencio impuesto a las golondrinas en Alviano (= 1C 59).
22. El mismo milagro obrado en su nombre en Parma (= LM 12,5).
23. Diálogo y oración con un pájaro en el lago de Rieti (= 2C 167).
24. Idéntica escena con un pez en el mismo lago (= 1C 61).
25. El halcón despertador de maitines (= 2C 168).
26. El faisán domesticado (= 2C 170).
27. La cigarra que cantaba con él en la Porciúncula (= 2C 171).
28. Las abejas que hacen miel en su taza (= 2C 169).
29. La liebre mansa, en Greccio (= 1C 60).
30. La misma escena con un conejo en el lago de Perusa (= 1C 60).
31. Un rebaño de ovejas le hace fiesta en el camino de Siena a Espoleto (= LM 8,7).
32. Vuelo de alondras en la tarde de su muerte (= LM 14,6).

Capítulo V

Cómo la bondad de Dios se ponía a disposición de Francisco

33. Multiplicación de víveres en una travesía (= 1C 55).
34. De regreso de España, Dios le proporciona un ave (= 1C 56).
35. Dios le provee de vestidos en Rieti (= 2C 43).
36. Multiplicación de víveres en favor de su médico (= 2C 44).

CAPÍTULO VI

La señora Jacoba de Settesoli

37. Jacoba de Settesoli, dama romana noble y santa [1] había merecido el privilegio de un amor singular de parte de Francisco. No tengo por qué referir, en alabanza de ella, su linaje ilustre, la gloria de su familia, el esplendor de sus riquezas, ni, en fin, la perfección de sus virtudes ni su castidad durante la prolongada viudez.

Postrado ya Francisco en aquella enfermedad que, cerrando el paso al dolor, había de poner fin glorioso a la feliz carrera de la santidad, pocos días antes de la muerte quiso enviar un mensaje a Roma para la señora Jacoba de Settesoli, avisándole que se diera prisa, si quería ver el regreso a la patria del que ella había amado tanto en la condición de desterrado. Se escribe una carta [2], se busca un mensajero veloz, y, hallado, se dispone a partir. De pronto hay a la puerta traqueteo de caballos, estrépito de soldados, rumor de escolta notable. Un compañero del Santo, el que precisamente daba las últimas instrucciones al mensajero, va a abrir la puerta, y se encuentra cara a cara con la que se buscaba en lugares remotos.

Vivamente sorprendido, corre en seguida hacia el Santo y, sin poder contener la alegría, le dice: «Padre, una buena noticia». Y el Santo, cortándole la palabra al instante, exclama por toda respuesta: «¡Bendito sea Dios, que a nuestro hermano señora Jacoba le ha encaminado hacia nosotros! Abrid las puertas y haced pasar a la que está ya entrando, porque la disposición que prohíbe la entrada a las mujeres no reza con fray Jacoba».

38. Todo el noble cortejo de huéspedes se sintió muy dichoso y conmovido; gozo y consolación espiritual que se desataron luego en lágrimas. Y, para que no faltara nada al milagro, la santa mujer había traído todo cuanto se le avisaba por la carta que trajera para las exequias del Padre: un paño ceniciento para mortaja de su cuerpecillo, cantidad de cirios, una muselina que cubriese la cara, una almohadilla para la cabeza [3] y un pastel [4] que el Santo había deseado comer. Todo lo que había deseado Francisco, Dios mismo había sugerido a esta señora.

Mas voy a continuar el relato de esta peregrinación —fue, en efecto, una verdadera peregrinación— para consuelo de quien la hizo. Una gran multitud del pueblo, sobre todo la fervorosa población de Asís, espera el próximo nacimiento del bienaventurado para el cielo. Pero, fortalecido

[1] Cf. LM 8,7. Ella era de origen normando; su esposo era Gracián de Settesoli. Trabó amistad con San Francisco en 1212; habiendo quedado viuda desde muy joven, vivió en Roma; después de la muerte de San Francisco se estableció en Asís, donde fue enterrada en la basílica inferior. Los Settesoli eran una rama de los Frangipani. Tenían sus propiedades entre el Palatino y el Circo Máximo. Cf. E.D'ALENÇON, *Frère Jacqueline. Recherches historiques sur Jacqueline de Settesoli, l'amie de saint Francois:* EF 2 (1899) p.5-20 y 227-42. Cf. También AFH 3 (1910) p.183 y 583-85; (1916) p.443-44.

[2] No ha llegado a nosotros esta carta. Sobre este tema cf. LP 8 y EP 112.

[3] La iglesia de San Francisco de Cortona conserva una almohadilla, espléndidamente bordada, según se dice, por la misma Jacoba después de la muerte del Santo (cf. SABATIER, *Op. de crit. hist.* fas. 3 t.1 p.135). Se la habría entregado al hermano Elías, a quien tan atento había visto a la cabecera del amigo común. Sabatier dice que fue un gesto de fidelidad al Elías excomulgado *(Vie de Saint Francois* p.535); pero es insostenible esta afirmación, dado que Jacoba no sobrevivió al 1239, fecha de la excomunión del hermano Elías (E. D'ALENCON, *Frère Jacqueline* [París 1927] p.58).

[4] Cf. LP 8 y EP 112.

con la llegada de los piadosos romanos, parece que va a prolongar un poco su vida. Al ver esto, la señora quería despedir su séquito y quedarse con sus hijos y con algunos escuderos. El Santo la disuade, diciéndole: «No hagas eso, que yo me voy el sábado; tú volverás el domingo con todo tu séquito».

Todo acaece así: el que había servido valientemente en las filas de la Iglesia militante, hace su entrada en la Iglesia triunfante a la hora predicha. Paso por alto el concurso de pueblos, los cantos de gloria, el volteo solemne de las campanas, los raudales de lágrimas [5]; callo el llanto de sus hijos, los sollozos de sus amigos, los suspiros de sus compañeros. Quiero llegar cuanto antes a lo que puede consolar a la peregrina destituida del consuelo de su padre.

39. Deshecha en lágrimas como está, el vicario del Santo la hace entrar discretamente y, puesto en brazos de ella el cadáver de su amigo, le dice: «Helo aquí; ten después de su muerte al que has amado en vida». Con llanto más pronunciado aún y con lágrimas más ardientes, Jacoba lo abraza y besa entre sollozos y voces de lástima; levanta el paño que lo cubre para verlo, y contempla el vaso precioso en que se había escondido el precioso tesoro, y lo contempla enriquecido con cinco perlas; considera las cinceladas, que sólo la mano del Todopoderoso había verificado para asombro del mundo, y, no obstante la muerte del amigo, se siente envuelta en gozo desacostumbrado. Decide luego que no hay que disimular ni esconder por más tiempo el inaudito prodigio, sino ponerlo resueltamente a la vista de todos. Corren todos a porfía para admirar este espectáculo, y, llenos de estupor, comprueban y admiran que es verdad que Dios *no hizo tal a nación alguna* [6].

Pero no continúo; no quiero balbucir lo que no sabría explicar. Juan Frangipani [7], joven a la sazón, futuro procónsul de los romanos y conde del sacro palacio, atestigua con juramento y confirma espontáneamente, para prueba de los que dudan, cuanto, a una con su madre, vio y tocó entonces con sus manos.

Dejemos que, confortada con esa inmensa gracia, la peregrina vuelva a su patria, y pasemos a otros hechos que siguieron a la muerte del Santo.

Capítulo VII

Los muertos resucitados por los méritos de San Francisco

40. Voy a hablar de los muertos resucitados por los méritos del confesor de Cristo, y pido atención a lectores y oyentes. Por brevedad, omitiré muchas circunstancias y manifestaciones de los que testifican admirados y anotaré sólo los hechos milagrosos.

En el castro del Monte Marano, cerca de Benevento, una señora de linaje noble, y más noble aún por sus virtudes, tenía particular devoción a San Francisco y le mostraba no poca reverencia. Agravada por enfermedad y reducida al extremo, *se fue por el camino de toda carne* [1]. Como murió al atardecer, se difiere hasta el día siguiente la sepultura, para dar tiempo de llegar a sus muchos familiares. Por la noche llega el clero para celebrar

[5] Cf. 1C 112-18.

[6] Sal 147,20.

[7] El hijo mayor de Jacoba. Cf. P. FEDELE, *Il leopardo e l'agnello di casa Frangipane:* Archivio d.R.Società Romana di storia patria 28 (1905) p.207-17.

[1] Jos 23,14.

las exequias y cantar los maitines; rodea a la muerta una multitud de hombres y mujeres en oración. De pronto, a la vista de todos, la mujer se levanta sobre el lecho y llama a uno de los sacerdotes presentes, padrino suyo, y le dice: «Padre, quiero confesarme. Oye mi pecado. Porque yo me he muerto, y debería estar encerrada en una oscura cárcel por no haber confesado el pecado que te descubriré. Pero San Francisco, de quien he sido siempre muy devota, ha orado por mí, y se me ha concedido volver de nuevo al cuerpo para poder confesarme y obtener el perdón de mi pecado. En cuanto te lo habré confesado, me iré, a vuestra vista, al descanso prometido». Temblando, se confiesa con el sacerdote, que también tiembla, y, recibida la absolución, vuelve a recostarse sobre el lecho y se duerme felizmente en el Señor [2].

Ante este milagro, ¿quién puede alabar dignamente la bondad de Cristo? Y ¿quién enaltecer como se merecen la eficacia de la confesión y los méritos del Santo?

41. En Celano, un caballero (= LM 11,4).
42. En Roma, un niño de siete años (= LM mil 2,4).
43. En Nocera Umbra, un niño (= LM mil 2,3).
44. En Capua, un niño ahogado (= LM mil 2,5).
45. En Sesa Aurunca, un joven aplastado (= LM mil 2,6).
46. En Pomarico, una niña (= LM mil 2,2).
47. En Sicilia, un joven aplastado en un lagar (= LM mil 2,7).
48. En Alemania resucita un muerto (= LM mil 2,8).

CAPÍTULO VIII

Accidentes evitados por su intercesión

49. En Roma, caída de un hombre de lo alto de una torre (= LM mil 3,1).
50. En Pofi, un sacerdote en peligro de ahogarse (= LM mil 3,2).
51. En Celano, caída de un niño al pozo (= LM mil 3,3).
52. En Ancona, curación de una niña (= LM mil 3,11).
53. En Nettuno, una mujer salvada en el derrumbamiento de una casa.
54. En Corneto, un niño salvado en iguales circunstancias (= LM mil 3,5).
55. En Corneto, un niño que había tragado una hebilla.
56. En Ceprano, un herido grave (= LM mil 3,9).
57. En Lentini, un cantero aplastado (= LM mil 3,6).
58. En San Severino, idéntica escena (= LM mil 3,7).
59. En Gaeta, un albañil aplastado por una viga (= LM mil 3,8).
60. En Peschici, abasto de piedras para la construcción de la iglesia.
61. En San Geminiano, curación de un joven moribundo (= LM mil 3,10).
62. En Piazza Armerina, idéntico milagro.
63. En el mismo lugar, caída de un joven en una torrentera.
64. En el mismo lugar, una mujer enferma de tisis.
65. En Rete, un niño enfermo.
66. En Trapani, un moribundo.
67. En Todi, un niño a punto de muerte (= 1C 139).
68. Caída grave de un joven (= 1C 140).
69. En Arezzo, un niño con tumores y fiebre (= 1C 140).

[2] La escena está ilustrada en un fresco de Giotto en la basílica de Asís.

Capítulo IX

Hidrópicos y paralíticos

70. Un hidrópico, en Fano (= 1C 141).
71. Un paralítico, en Gubbio (= 1C 142).
72. Una joven paralítica de Arpino, curada en Vicalvi.
73. Un joven paralítico, en Arpino.
74. Una joven epiléptica, en Poggibonsi.
75. Pedro Mancanella, paralítico, en Gaeta.
76. Un artrítico, en Todi.
77. Bontadoso, curado de gota (= 1C 142).
78. Una paralítica (= 1C 141).
79. Un joven hidrópico, en Narni (= 1C 141).
80. Una mujer de mano seca, en Narni (= 1C 141).

Capítulo X

Naufragios

81. Navío en peligro, en las proximidades de Barletta (= LM mil 4,1).
82. Milagro del agua dulce y de la tempestad apaciguada (= LM mil 4,2).
83. El hermano Jacobo de Rieti, salvado de peligro de ahogarse (= LM mil 4,3).
84. Cinco pasajeros salvados de naufragio en el lago de Rieti.
85. Una tripulación de Ancona salvada de la tempestad (= LM mil 4,5).
86. El hermano Buenaventura. Un hermano de Ascoli (= LM mil 4,4).
87. Un ciudadano de Pisa y toda la tripulación.

Capítulo XI

Presos puestos en libertad

88. En Grecia, un hombre injustamente condenado (= LM mil 5,1).
89. En Massa Trabaria, un pobre encarcelado por deudas (= LM mil 5,2).
90. Evasión milagrosa de cinco dignatarios.
91. Alberto de Arezzo, encarcelado injustamente por deudas (= LM mil 5,3).
92. Un joven de Città di Castello.
93. Ocupando la sede del bienaventurado Pedro el señor papa Gregorio IX [1], fue necesario volver a emprender en varios países la cruzada contra los herejes. Entre ellos fue capturado en Roma un tal Pedro, de la ciudad de Alifia, acusado de herejía. El señor papa Gregorio se lo confió para su custodia al obispo de Tívoli. Este, como quiera que se le encomendó bajo pena de perder su diócesis, le puso en cadenas.

[1] De 1227 a 1241. Este relato ha inspirado un fresco de Giotto en la basílica de San Francisco.

Pero la simplicidad del preso abogaba en favor de su inocencia, por lo que se le mitigó la prisión. Algunos nobles de la ciudad, que, según dicen, por inveterado odio contra el obispo, querían ver a éste incurso en la pena con que el papa le había amenazado, aconsejaron secretamente a Pedro que huyese de la cárcel. El preso los atiende, y una noche huye presurosamente muy lejos.

Cuando el obispo se dio cuenta del suceso, lo llevó a mal, así por la pena que le esperaba como por el deseo de sus enemigos que se había cumplido. Toma diligente las precauciones debidas, envía emisarios en todas direcciones, da por fin con el pobre hombre, y, por ingrato, lo somete a una prisión vigiladísima. Manda preparar una cárcel oscura, rodeada de muros gruesos, y protegerlo dentro con gruesas tablas cosidas con clavos de hierro. Tenía los pies impedidos con grilletes de hierro de muchas libras y el pan y el agua eran tasados.

Sin esperanza de liberación el pobre, Dios, que no consiente que perezca el inocente, *viene luego*, por su bondad, *en ayuda de él*. El pobre hombre, que se entera de que aquel día es víspera de la fiesta de San Francisco, comienza a invocarlo con plegarias mezcladas con lágrimas, pidiéndole que se compadezca de él. Era grande la confianza que tenía en el Santo, porque, como decía, había oído a los herejes hablar muy mal de él. Al caer la noche de su fiesta, Francisco, compadecido, baja a la cárcel y, llamando al preso por su nombre, le ordena que se levante rápidamente. Despavorido, pregunta el preso quién es el que le habla. Oye que se le dice que es Francisco. Se levanta, llama a un guardia y le dice «Tengo mucho miedo; alguien me ordena que me levante. Y dice ser San Francisco». «Acuéstate en paz, desgraciado —le responde el guardia—, y duerme. Deliras, porque apenas has comido hoy».

Pero como el santo de Dios insistía en ordenarle que se levantara, el preso ve al mediodía que las cadenas de sus pies caen al suelo en pedazos; vuelto a la cárcel advierte que las tablas se sueltan por sí, saltando los clavos al aire, y que tiene abierto delante de sí el camino de la libertad. Libre, no acertaba, en su asombro, a escaparse; continuaba a la puerta gritando. Los guardias estaban también espantados. Corren a avisar al obispo que el preso está libre. El obispo, desconocedor aún del milagro, cree que el preso ha huido, y, sobrecogido de temor, cae de su sitial, pues había estado enfermo. Pronto se entera, con todo, de lo sucedido; se va, movido de devoción, a la cárcel, reconoce una evidente manifestación del poder de Dios, y adora allí al Señor.

Por último, se presentan al papa y a los cardenales las cadenas; viendo lo que había sucedido, se admiran y bendicen a Dios.

94. Guidalotto, de San Geminiano, falsamente acusado de envenenamiento (= LM mil 5,5).

Capítulo XII

Mujeres libradas de peligros de parto. Algunos que no guardaban su fiesta

95. Una condesa dálmata (= LM mil 6,1).
96. Una romana, Beatriz de nombre (= LM mil 6,2).
97. Juliana, de Calvi, de la Umbría (= LM mil 6,3).
98. Una mujer de Viterbo (= LM mil 6,4).
99. La esposa de un juez de Tívoli (= LM mil 6,3).
100. Parálisis padecida por una sirvienta en Mans (= LM mil 9,2).

101. El mismo castigo en una mujer de Campagna.
102. Locura súbita y curación de una mujer de Valladolid (= LM mil 9,2).
103. Parálisis facial en una hija de Piglio (= LM mil 10,3).
104. Enfermedad de la hija de Mateo de Tolentino.
105. En Pisa, un recién nacido que su madre quiso que se llamara Francisco.
106. Una mujer de Arezzo (= LM mil 6,5).
107. En Sicilia, milagro de la sangre en la harina.
108. Una mujer de Arezzo (= 1C 63).

Capítulo XIII

Hernias curadas

109. El hermano Jacobo de Iseo (= LM mil 8,2).
110. Un ciudadano de Pisa.
111. Un morador de Cisterna de Roma.
112. Nicolás, capellán de Ceccano.
113. Un habitante de Spello (= 1C 144).
114. Juan, joven de la diócesis de Sora.
115. Pedro, siciliano.

Capítulo XIV

Ciegos, sordos y mudos

116. El hermano Roberto, ciego, en Nápoles (= LM mil 7,1).
117. El caballero Gerardo, ciego, en Zancati (= LM mil 7,7).
118. Una mujer ciega, en Tebas, Grecia (= LM mil 7,2).
119. Un chico de catorce años, tuerto, en Pofi (= LM mil 7,3).
120. Un sacerdote, tuerto en accidente, en Castro dei Volsci (= LM mil 7,4).
121. Una mujer ciega, en Narni.
122. Pedro Romano, ciego, en Monte Gargano (= LM mil 7,5).
123. Un joven ciego de nacimiento (= LM mil 7,6) [1].
124. Una joven ciega, en Bevagna (= LM 12,10).
125. Un joven sordomudo, en Castel della Pieve (= 1C 147-48: LM mil 8,1).
126. Una mujer muda, en la Pulla.
127. Una mujer muda, en la diócesis de Arezzo.
128. El juez Alejandro, mudo (=LM mil 9,4).
129. Castigo del caballero Gineldo, de Borgo San Sepolcro (= LM mil 9,3).
130. Sibilia, ciega, curada en el sepulcro del Santo (= 1C 136).
131. Una joven ciega de nacimiento, en Vicalvi.
132. Una ciega, en Arezzo.
133. Un joven ciego, en Arezzo.
134. Un ciego de Spello (= 1C 136).
135. Una ciega, en Poggibonsi.

[1] Se hizo hermano menor y tomó el nombre de Iluminado. Acaso sea el compañero de San Francisco en su viaje a Oriente. Cf. LM 9,8 y 13,4.

136. Una ciega de Camerino (= 1C 136).
137. Una ciega de Gubbio (= 1C 136).
138. Un ciego de Asís (= 1C 136).
139. Albertino de Narni, ciego (=1C 136).
140. La joven Villa, paralítica y muda (= 1C 149).
141. Un mudo, de la diócesis de Perusa (= 1C 149).
142. Una mujer con la garganta obstruida por una piedrezuela (= 1C 150).
143. Bartolomé de Arpino, curado de sordera.
144. Una muda, en Piazza Armerina (Sicilia).
145. Un sacerdote, loco y mudo, en Nicosia (Sicilia).

Capítulo XV

Leprosos y afectados de hemorragia

146. En San Severino, el joven Atto, leproso (= 1C 146).
147. Buonuomo, de Fano, paralítico y leproso (= 1C 146).
148. Rogata, mujer noble, de la diócesis de Sora (= LM mil 8,6).
149. Una mujer de Sicilia.

Capítulo XVI

Locos y posesos

150. Pedro de Foligno, poseso (= 1C 137).
151. Una mujer de Narni, posesa (= 1C 138).
152. Una loca y epiléptica, en Marítima (= LM mil 8,3).
153. Una joven posesa, en Norcia.
154. Una joven epiléptica.
155. Una posesa, en San Gemini (= 1C 69).
156. Una posesa, en Città di Castello (= 1C 70).

Capítulo XVII

Deformaciones y fracturas

157. Un bebé de pie deforme, en el condado de Parma.
158. Un pequeño monstruo, en Scoppito, en los Abruzzos (= LM mil 10,5).
159. Un morador de Cori, en la diócesis de Ostia, había perdido del todo el uso de una pierna; no podía ni andar ni moverse. Su estado le sumía en profunda tristeza, y no cabía esperar remedio humano. Una noche, como si viera de veras delante a San Francisco, se dirigió a él en la forma siguiente: «Ayúdame, San Francisco, en memoria de los servicios que te he prestado y de la devoción que te he mostrado. Yo te he llevado sobre mi asno, he besado tus santos pies y tus santas manos; he sido siempre devoto tuyo y te he querido bien, y ves cómo ahora me muero con agudísimos dolores».

San Francisco, movido por estas quejas, recordó los favores recibidos; agradecido de la devoción, se aparece con otro compañero mientras el

hombre está de vela. Le dice que viene respondiendo a su llamada y que le trae el remedio para curarlo. Le toca en el lugar del dolor con un pequeño bastón, rematado con el signo de la *tau* que tiene consigo. Se deshace al momento la postema, sana el enfermo, y hasta hoy puede verse la señal de la *tau* en el lugar donde el Santo le había tocado.

Esta señal utilizaba el Santo para firmar sus cartas cada vez que, por deber o por caridad, tenía que despachar algún mensaje.

160. Una formación defectuosa de cerviz (= 1C 127).
161. Un criado cojo, del condado de Narni (= 1C 128).
162. Nicolás de Foligno, lisiado (= 1C 129).
163. Un niño contrahecho (= 1C 130).
164. Un contrahecho, con las piernas adheridas a las nalgas, en Fano (= 1C 131).
165. Una niña paralizada, en Gubbio (= 1C 132).
166. Un niño paralizado, en Montenero (= 1C 133).
167. Un tullido, en Gubbio (= 1C 134).
168. Riccomagno, con elefancía, en la diócesis de Volterra.
169. Dos mujeres de la misma diócesis, Verde y Sanguigna, paralizadas.
170. Jacobo de Poggibonsi, disforme.
171. Una mujer de mano seca, en Vicalvi.
172. Una mujer paralítica, en Capua.
173. Bartolomé de Narni, tullido (= 1C 135).
174. Un hidrópico de ocho años, en la diócesis de Rieti (= LM 12,9).
175. Un niño tullido, en Toscanella (= 1C 65).
176. Pedro de Narni, paralítico (= 1C 66).
177. Una mujer de manos retorcidas, en Gubbio (= 1C 67).
178. Jacobo, niño ovillado, en Orte (= LM 12,9).
179. Un escrofuloso, en Orte.
180. Un joven tullido, en Città di Castello.
181. Práxedes, famosísima entre las religiosas de Roma y del imperio romano, se esconde desde muy tierna niñez en un encierro austero y vive en él por cuarenta años por amor de su Esposo eterno, merecedora por esto de singular confianza de San Francisco. Francisco la recibe a la obediencia —cosa no otorgada a ninguna otra mujer— y le concede el hábito de la Religión, es decir, túnica y cordón.

Habiendo subido un día a la terraza de su celdilla para algún quehacer, se le fue la cabeza, dio un paso fatal y cayó cruelmente a tierra, y quedó con pie y pierna fracturados y un hombro completamente desviado. Mas la virgen consagrada a Cristo, que había vivido por muchos años sin querer poner los ojos en creatura alguna y con propósito firme de no mirarla en adelante, se encuentra ahora tendida en el suelo como un tronco, rechazando toda ayuda y sin saber a quién dirigirse. Le habían aconsejado ya algunos religiosos y un cardenal le había mandado que dejase aquel aislamiento y se acompañase de alguna mujer consagrada a Dios, porque estaba expuesta a morir por cualquier descuido; pero ella rehusaba absolutamente esa propuesta y resistía, como le era posible, por no faltar al voto en lo más mínimo.

Ahora se vuelve con insistencia a la bondad misericordiosa de Dios, y, a la caída de la tarde, se queja afectuosamente a San Francisco y le dice: «Padre mío santísimo, tú que acudes bondadoso a aliviar a tantos a quienes ni siquiera conociste en tu vida, ¿por qué no vienes a socorrer a esta miserable, que ya cuando vivías en este mundo mereció de alguna manera tu dulcísima gracia? Como ves, Padre santo, estoy en la alternativa de faltar al voto o de morir».

Mientras revolvía en su interior y expresaba a su modo estas reflexiones y manifestaba con reiterados suspiros sus sentimientos dignos de compasión, de pronto se encuentra dominada de profundo sueño y cae en éxtasis. Y he aquí que el benignísimo Padre, revestido de relucientes blancas vestes de gloria, baja al oscuro encierro y le habla con ternura: «Levántate —le dice—, hija bendita; levántate y no temas. ¡Recibe la señal de la recuperación total de tu salud y continúa guardando inviolable tu propósito!» La toma de la mano, la levanta y desaparece.

Ella va de acá para allá en su pequeña celda, sin acabar de comprender lo que le ha hecho el siervo de Dios. Piensa que está viendo una visión. Se vuelve, por fin, hacia la ventana y hace la señal de costumbre. Llega apresuradamente un monje y con indecible sorpresa le pregunta: «¿Qué ha pasado, madre, para que hayas podido levantarte de esta manera?» Pero ella, pensando que todavía sigue soñando y que no está allí tal monje, pide que le enciendan el fuego. Una vez que han traído la lumbre, vuelve ella en sí, y, sin sentir dolor alguno, cuenta ordenadamente todo lo ocurrido.

Capítulo XVIII

Milagros varios

182. Había en la diócesis de Sabina una anciana octogenaria, madre de dos hijas. Murió una de ellas, dejando un niño, que la abuela confió a la otra hija para criarlo; pero, encinta después ésta, tampoco podía amamantarlo. No había quien atendiera al pobre huerfanito, no había quien diera leche al niño sediento. Se lamenta y sufre la anciana por el nietecillo. Angustiada por aquella extrema pobreza, no sabe a quién dirigirse. El niño se debilita y desfallece, y, con él, la abuela. Se echa ésta a la calle, llama a las puertas de las casas, y nadie escapa de sus voces lastimeras. Una noche, en su deseo de mitigar los vagidos de la creatura, le aplica los labios al propio marchito pecho, y, bañada en lágrimas, pide ayuda y solución a San Francisco. Acude sin tardar el que amaba la inocencia de los niños, y con la piedad de siempre se apiada de los desdichados. «Mujer —dice—, soy Francisco, a quien has invocado con tantas lágrimas. Pon tus pechos en la boca del niño, que el Señor te dará leche abundante». Obedece la abuela al dicho del Santo, y en seguida los pechos de la abuela octogenaria dan leche abundante.

El caso fue conocido de todos, porque los ojos hacen fe, y todos quedan llenos de estupor cuando ven que la ancianidad decaída recobra lozanía juvenil. Acuden muchísimos a observarlo; entre ellos se encuentra el conde de la provincia, que, no habiendo dado crédito al rumor que circulaba, hubo de rendirse ante la evidencia. Porque la anciana rugosa lanzó un chorro de leche sobre el conde, que allí presente inquiría de este modo sobre el caso, y lo ahuyentó de allí con semejante aspersión.

Bendicen todos al Señor, que hace grandes portentos y veneran con diligencia a su siervo San Francisco. Con este admirable alimento, el niño fue creciendo rápidamente, y más de lo que correspondía a su edad.

183. Curación de un buey (= LM mil 10,3).

184. En Espoleto, restitución de una acémila robada (= LM mil 10,3).

185. En Antrodoco, reparación de una bacía rota (= LM mil 10,3).

186. En Monte dell'Olmo, reparación de una reja de arado (= LM mil 10,3).

187 Curación de Mateo, clérigo de Vicalvi, envenenado (= LM mil 3,12).
188. En Siena, curación de Nicolás (de un tumor a la mandíbula).
189. En Sahagún, un cerezo reverdecido (= LM mil 10,2).
190. En Villasilos, desaparición del mildiu (= LM mil 10,2).
191. En Palencia, saneamiento del gorgojo en un granero de trigo (= LM mil 10,2).
192. En Petramala, contención de una invasión de sapos (= LM mil 10,2).
193. En Galete, curación de una fístula mamaria.
194. En Grecia, curación de una úlcera.
195. Un hermano epiléptico curado con la señal de la cruz (= 1C 68).
196. Un hermano curado de fístula inguinal.
197. Curación de un hombre herido con flecha (= 1C 143).

Capítulo XIX

Conclusión

198. Puesto que la inmensa piedad de Cristo el Señor confirma con los prodigios que acompañan cuanto se ha escrito y divulgado acerca de su santo y padre nuestro y con razón parece absurdo someter a juicio humano lo que ha sido corroborado con milagros divinos, yo, suplicante y humilde hijo de dicho Padre, ruego a todos que lo acepten favorablemente y lo escuchen con reverencia. Y aun cuando no haya acertado a expresarlo como se debiera, sin embargo, los hechos en sí son dignísimos de toda veneración. No vayan, pues, a despreciar la falta de habilidad del narrador, antes bien consideren su fidelidad, su empeño, su trabajo. No podemos estar anotando cada día novedades, no podemos cambiar lo cuadrado por lo redondo, no podemos adaptar a la múltiple variedad de tiempos y quereres lo que se nos ha transmitido en un momento determinado. No nos hemos lanzado a escribir este relato por vanidad culpable, ni nos hemos engolfado en materia tan rica y varia a impulsos de la propia voluntad, sino que nos forzaron a ello las repetidas instancias de los hermanos y nos obligó a llevarlo a cabo la autoridad de nuestros prelados. Esperamos de Cristo Señor la recompensa; a vosotros, hermanos y padres, pedimos benevolencia y caridad. Sea, pues, así. Amén.

Con esto termina el libro. En alabanza y gloria de Cristo.

SAN BUENAVENTURA, BIOGRAFO E INTERPRETE DE SAN FRANCISCO

Buenaventura de Bagnoregio nació hacia el 1217. A la edad de once o doce años fue curado milagrosamente por intercesión de San Francisco, recién canonizado. Educado por los hermanos menores como puer oblatus, *debió de iniciar el noviciado a la edad de veintiún años. En 1242 fue enviado al estudio general de París; en el ambiente de aquel centro del saber fue formándose intelectual y espiritualmente hasta obtener el grado de maestro. El capítulo general de 1257 le eligió ministro general. Gobernó la Orden por espacio de diecisiete años, hasta su elevación al cardenalato. Murió durante el segundo concilio de Lyón, el 15 de julio de 1274.*

Por su formación y por su talla intelectual, Buenaventura se sitúa en la línea de los que, admirando y venerando a San Francisco y amantes de su ideal evangélico, no recelan de una aceptación serena de la evolución de la Orden. Siendo general, se hizo respetar y amar de todos, aun de los celantes, por sus dotes humanas y por su profunda espiritualidad, no menos que por el prestigio que daba a la Orden.

La «Leyenda mayor» (1262)

Entre los puntos que formaban el programa de gobierno del nuevo general, expuestos por él en la circular de 23 de abril de 1257, uno era el de establecer una observancia común de la Regla [1]. *Para ello no bastaban las declaraciones de autoridad obtenidas de la Sede Apostólica. San Francisco continuaba siendo la Regla viva,* forma minorum, *pero cada cual trataba de tener al Fundador por su parte. La* Vida segunda *de Celano había servido en realidad para avivar el interés por las «intenciones» del Santo, pero no para aproximar los espíritus. Era preciso dar a la Orden una interpretación oficial y única de la vida y del pensamiento de Francisco.*

A esto se debió el encargo dado a San Buenaventura por el capítulo general de 1260 de reducir a una sola biografía definitiva cuanto se había escrito hasta entonces o se había transmitido por tradición oral sobre el Fundador. En 1263 pudo presentar al capítulo el fruto de su trabajo: la Leyenda mayor. *El capítulo de 1266 le dio carácter oficial e impuso por obediencia a todos los religiosos la destrucción de todas la biografías anteriores.*

En el prólogo afirma Buenaventura que se pone a escribir el libro movido del afecto a los hermanos y de las instancias del capítulo general, pero también, y aun principalmente, por la especial devoción que personalmente profesa al Santo desde que, siendo niño, fue librado de la

[1] *Opera omnia* 8 (Quaracchi 1898) 468s.

muerte por su intercesión (Pról. 3). Y por lo que hace a las fuentes de información, añade: «Con el fin de adquirir un conocimiento más completo y seguro, fui a los lugares donde el Santo nació, vivió y murió, y me informé detenidamente hablando con los compañeros suyos todavía en vida, en especial con los que tuvieron una experiencia mayor de su santidad y mejor le han imitado» (Pról. 4).

La verdad es que, desde el punto de vista informativo, la Leyenda *apenas añade nada nuevo; sigue la trilogía de Celano. Quizá la única novedad son los numerosos milagros —unos quince— que sólo conocemos por Buenaventura. De ciertos episodios, como la visita de Francisco al sultán de Egipto, recoge pormenores que no se hallan en las fuentes anteriores (LM 9,7).*

Pero ha sabido ofrecer una elaboración totalmente nueva. Lo que principalmente se propone es trazar en toda su grandeza la personalidad de Francisco como santo predestinado, el «ángel del sexto sello». Pone de relieve su trayectoria espiritual, su vida de oración, sus ascensiones místicas, y no tanto sus ideales como fundador. En esa dimensión ascensional hay un núcleo particularmente caro a Buenaventura: la configuración con Cristo crucificado. No pierde ocasión de introducir este elemento místico como componente de la vocación personal del Santo y de su misión en la Iglesia. Con ello, el sabio general no sólo entona con su propia manera de ver la vida interior, sino que responde a otra finalidad perseguida con fina destreza: la de sustraer la persona del Fundador a la polémica de los partidos internos de la Orden, eliminando en el relato cuanto pudiera alentar a los celantes en su desacuerdo con la evolución [2]. *Más tarde, Ubertino de Casale le acusará de haber omitido calculadamente muchas cosas y de haber orillado muchas opiniones del Fundador que contenían las antiguas biografías* [3].

Y no le faltaba razón al corifeo de los «espirituales». En la Leyenda mayor *no aparece nada, por ejemplo, de la prevención de Francisco contra los estudios, de sus preferencias por la vida sencilla e itinerante, de sus reacciones ante una posible desviación del espíritu de la Regla. Buenaventura selecciona hechos y expresiones de Francisco, pero no falsea la historia. En lo que refiere es leal.*

La biografía de Buenaventura se impuso no sólo por la fuerza del decreto capitular, sino aun por su perfección de estilo y de contenido. Se revela, sí, el hombre de escuela, con sus conceptos teológicos a veces estereotipados, pero se manifiesta más el predicador acostumbrado a redondear el período. Y no falta el efectismo retórico en los juegos de conceptos y de vocablos, muy del gusto de los latinistas del tiempo. Ello hace que la traducción, si quiere ser fiel al original, ofrezca a nuestros oídos la impresión de algo afectado y convencional. Hay que saber ir más allá de la envoltura retórica.

[2] S. CLASEN, *S. Bonaventura S. Francisci Legendae maioris compilator:* AFH 54 (1961) 241-72; 55 (1962) 3-58.289-319; *Franziskus, Engel des sechsten Siegels. Sein Leben nach den Schriften des hl. Bonaventura* (Werl Vestf. 1962); STANISLAO DA CAMPAGNOLA, *L'Angelo del Sesto Sigillo e l'Alter Christus* (Roma 1971); L. IRIARTE, *La imagen de San Francisco tal como nos la delinea San Buenaventura:* Naturaleza y Gracia 21 (1974) 183-220.

[3] *Arbor vitae crucifixae Iesu* (Venetiis 1485) l.5 c.4 f.434a; c.5 f.445b.

La Leyenda mayor *sirvió de texto a Giotto para la galería de frescos de la basílica superior de Asís, que relatan la vida de San Francisco. Durante siglos fue la vida del Santo más divulgada, si bien las comunidades franciscanas preferían los relatos más fantaseados de las crónicas barrocas. Hoy, muy pocos de los estudiosos de San Francisco la citan como fuente de información; prefieren alegar las fuentes anteriores de las que depende. Pero queda siempre la caracterización que nos ha dejado del Santo, al que amaba sinceramente y con cuyos ideales fundamentales, como el de la pobreza interior, estaba totalmente identificado; y queda su visión teológica de la historia, aspecto al que han dado gran importancia estudios recientes.*

El libro está estructurado en quince capítulos, cuatro de los cuales narran la conversión de Francisco y los orígenes de la Orden; los ocho siguientes le presentan como modelo en varias virtudes evangélicas, en la experiencia de oración, en el anhelo del martirio, en la penetración del sentido de la Escritura, don de profecía y milagros; los tres últimos describen la estigmatización, la muerte y la canonización. El libro se cierra con un apéndice de milagros.

La «Leyenda menor» (1263)

Poco después de la composición de la obra principal redactó San Buenaventura la llamada Leyenda menor, *un resumen destinado a uso coral, que debía sustituir al que había compuesto, con la misma finalidad, Tomás de Celano a raíz de la canonización. Se leía en el oficio nocturno de maitines durante la octava de la fiesta de San Francisco; por esto consta de siete capítulos, simétricamente distribuidos en nueve párrafos. Es obra maestra de concisión y de densidad histórica y teológica, y aun de belleza de dicción* [4].

[4] Edición crítica de las dos *Leyendas:* AF 10 557-626.653-78.
Auxiliar precioso para un estudio científico, el trabajo, realizado electrónicamente, de J.F. GODET, *Sancti Bonaventurae Legendae maior et minor s. Francisci... Corpus des Sources Franciscaines* II (Louvain 1975).

PRÓLOGO [1]

1. *Ha aparecido la gracia de Dios, salvador nuestro,* en estos últimos tiempos, en su siervo Francisco, y a través de él se ha manifestado a todos los hombres verdaderamente humildes y amigos de la santa pobreza, los cuales, al venerar en su persona la sobreabundante misericordia de Dios, *son amaestrados* con su ejemplo *a renunciar* por completo *a la impiedad y a los deseos mundanos,* a llevar una vida en todo conforme a la de Cristo y a anhelar con sed insaciable la gran *dicha que se espera* [2]. El Altísimo, en efecto, fijó su mirada en Francisco como en el verdadero *pobrecillo y abatido* [3] con tal efusión de benignidad y condescendencia, que no sólo *lo levantó,* como *al desvalido, del polvo* de la vida contaminada del mundo [4], sino que, convirtiéndole en seguidor, adalid y heraldo de la perfección evangélica, lo puso como luz de los creyentes, *a fin de que, dando testimonio de la luz* [5], preparase al Señor un camino de luz y de paz en los corazones de los fieles.

En verdad, Francisco, cual *lucero del alba en medio de la niebla matinal* [6], irradiando claros fulgores con el brillo rutilante de su vida y doctrina, orientó hacia la luz *a los que estaban sentados en tinieblas y en sombras de muerte* [7]; y *como arco iris que reluce entre nubes de gloria* [8], mostrando en sí la señal de la alianza del Señor [9], anunció a los hombres la buena noticia de la paz y de la salvación, siendo él mismo *ángel* de verdadera *paz* [10], destinado por Dios —a imitación y semejanza del Precursor— a predicar la penitencia con el ejemplo y la palabra, preparando en el desierto el camino de la altísima pobreza.

Francisco —según aparece claramente en el decurso de toda su vida— fue prevenido desde el principio con los dones de la gracia divina, enriquecido después con los méritos de una virtud nunca desmentida, colmado también del espíritu de profecía y destinado además a una misión angélica, todo él abrasado en ar-

[1] El prólogo abarca dos partes muy distintas: los dos primeros apartados constituyen como una síntesis de toda la espiritualidad del libro; los apartados 3 al 5 señalan la finalidad que el autor se propone, las fuentes de que se va a servir y el plan que ha de seguir.

[2] Tit 2,11-13.

[3] Is 66,2.

[4] 1Sam 2,8.

[5] Jn 1,7.

[6] Eclo 50,6.

[7] Lc 1,79.

[8] Eclo 50,8.

[9] Por sus llagas, que, al ser reproducción de las llagas de Cristo, son señal viva de la nueva y eterna alianza por El establecida.

[10] Is 33,7.

dores seráficos y elevado a lo alto en carroza de fuego [11] como un hombre jerárquico [12]. Por todo lo cual, bien puede concluirse que estuvo investido *con el espíritu y poder de Elías* [13]. Asimismo, se puede creer con fundamento que Francisco fue prefigurado en aquel ángel que subía del oriente llevando impreso el sello de Dios vivo, según se describe en la verídica profecía del otro amigo del Esposo: Juan, apóstol y evangelista. En efecto, al abrirse el sexto sello —dice Juan en el Apocalipsis—, *vi otro ángel que subía del oriente llevando el sello de Dios vivo* [14].

2. Que este embajador de Dios tan amable a Cristo, tan digno de imitación para nosotros y digno objeto de admiración para el mundo entero fuese el mismo Francisco, lo deducimos con fe segura si observamos el alto grado de su eximia santidad, pues, viviendo entre los hombres, fue un trasunto de la pureza angélica y ha llegado a ser propuesto como dechado de los perfectos seguidores de Cristo.

A interpretarlo así fiel y piadosamente nos induce no sólo la misión que tuvo de llamar a los hombres *al llanto y luto, a raparse y ceñirse de saco* [15] y a *grabar en la frente de los que gimen y se duelen* el signo *tau* [16], como expresión de la cruz de la penitencia y del hábito conformado a la misma cruz, sino que aún más lo confirma como testimonio verdadero e irrefragable el sello de su semejanza con el Dios viviente, esto es, con Cristo crucificado, sello que fue impreso en su cuerpo no por fuerza de la naturaleza ni por artificio del humano ingenio, sino por el admirable poder *del Espíritu de Dios vivo* [17].

3. Mas, sintiéndome indigno e incapaz de escribir la vida de este hombre tan venerable, dignísima, por otra parte, de ser imitada por todos, confieso sinceramente que de ningún modo hubiera emprendido tamaña empresa si no me hubiese impulsado el ardiente afecto de mis hermanos, el apremiante y unánime ruego del capítulo general y la especial devoción que estoy obligado a profesar al santo Padre. En efecto, gracias a su invocación y sus méritos, siendo yo niño —lo recuerdo perfectamente— fui librado de las fauces de la muerte; por tanto, si yo me resistiera a publicar sus glorias, temo ser acusado de crimen de ingratitud. Este ha sido, pues, el motivo principal que me ha inducido a asu-

[11] LM 4,4.

[12] El mismo San Buenaventura explica el término, diciendo: «*jerárquica*, esto es, purgada, iluminada y perfecta» (*Itinerario* 4,4: *Obras 1* [BAC, 1945] p.607). En el vocabulario bonaventuriano, la palabra *hierarchia* se aplica primero a Dios, ejemplar supremo de todo lo creado; en segundo lugar se aplica al orden creado, y en él a los hombres; el hombre se va *jerarquizando* en la medida en que se va asemejando a Dios en sus hábitos y en sus actos (cf. *Lexicon bonaventurianum*, en SAN BUENAVENTURA, *Obras* 3 [BAC, 1947] p.766-67).

[13] Lc 1,17.

[14] Ap 7,2; 6,12.

[15] Is 22,12.

[16] Ez 9,4. Letra del alfabeto hebreo en forma de cruz. Acerca del origen de esta devoción en Francisco cf. BenL n.3.

[17] 2Cor 3,3.

mir el presente trabajo: el reconocimiento de que Dios me ha conservado la salud del cuerpo y del alma por intercesión de Francisco, cuyo poder he llegado a experimentar en mi propia persona. Por todo lo cual me he afanado en recoger por doquiera —no plenamente, que es imposible [18], sino como en fragmentos— los datos referentes a las virtudes, hechos y dichos de su vida que se habían olvidado o se hallaban diseminados por diversos lugares, con objeto de que no se perdieran para siempre una vez desaparecidos de este mundo los que habían convivido con el siervo de Dios.

4. Para adquirir un conocimiento más claro y seguro de la verdad acerca de su vida y poder transmitirlo a la posteridad, he acudido a los lugares donde nació, vivió y murió el Santo; y he tratado de informarme diligentemente sobre el particular conversando con sus compañeros que aún sobreviven [19], especialmente con aquellos que fueron testigos cualificados de su santidad y sus seguidores más fieles, a quienes debe darse pleno crédito, no sólo por haber conocido ellos de cerca la verdad de los hechos, sino también por tratarse de personas de virtud bien probada.

En la descripción de todo aquello que el Señor se dignó realizar mediante su siervo, he optado por prescindir de las formas galanas de un estilo florido [20], ya que un lenguaje sencillo ayuda más a la devoción del lector que el ataviado con muchos adornos. Además, al narrar la historia, con el fin de evitar confusiones, no he seguido siempre un orden estrictamente cronológico, sino que he procurado guardar un orden que mejor se adaptara a relacionar unos hechos con otros, en cuanto que sucesos acaecidos en un mismo tiempo parecía más conveniente insertarlos en materias distintas, al par que acontecimientos sucedidos en diversos tiempos correspondía mejor agruparlos en una misma materia.

5. El principio, desarrollo y término de la vida de Francisco están descritos en los quince distintos capítulos que se señalan a continuación:

Capítulo 1. Vida de Francisco en el siglo.
Capítulo 2. Perfecta conversión a Dios y restauración de tres iglesias.
Capítulo 3. Fundación de la Religión y aprobación de la Regla.
Capítulo 4. Progreso de la Orden durante el gobierno del Santo y confirmación de la Regla ya aprobada.

[18] De esta forma se disculpa San Buenaventura por anticipado del posible reproche de haber suprimido algunos hechos. El ha preferido la pacificación de la Orden a la documentación exhaustiva.

[19] Habían transcurrido treinta y cuatro años tras la muerte de San Francisco. Entre las fuentes utilizadas por San Buenaventura, destaquemos, como una de las mejores, al glorioso hermano Gil, a quien conoció personalmente el autor (cf. infra 3,4). El hermano, hombre sensato y de gran santidad, testigo, asimismo, de la hora primera, ha ayudado inmensamente a San Buenaventura en la tarea de pergeñarnos con verdad el retrato de San Francisco.

[20] Ahora bien, si estudiamos el estilo de San Buenaventura, caeremos en la cuenta de que se atiene rigurosamente a las leyes del *cursus rhythmicus*.

Capítulo 5. Austeridad de vida y consuelo que le daban las criaturas.
Capítulo 6. Humildad y obediencia del Santo y condescendencia divina a sus deseos.
Capítulo 7. Amor a la pobreza y admirable solución en casos de penuria.
Capítulo 8. Sentimiento de piedad del Santo y afición que sentían hacia él los seres irracionales.
Capítulo 9. Fervor de su caridad y ansias de martirio.
Capítulo 10. Vida de oración y poder de sus plegarias.
Capítulo 11. Inteligencia de las Escrituras y espíritu de profecía.
Capítulo 12. Eficacia de su predicación y don de curaciones.
Capítulo 13. Las sagradas llagas.
Capítulo 14. Paciencia del Santo y su muerte.
Capítulo 15. Canonización. Traslado de su cuerpo [21].

Por último, se insertan algunos milagros realizados después de su dichosa muerte.

Capítulo I

Vida de Francisco en el siglo

1. Hubo en la ciudad de Asís un hombre llamado Francisco, *cuya memoria es bendita* [1], pues, habiéndose Dios complacido en *prevenirlo con bendiciones de dulzura* [2], no sólo le libró, en su misericordia, de los peligros de la vida presente, sino que le colmó de copiosos dones de gracia celestial. En efecto, aunque en su juventud se crió en un ambiente de mundanidad entre los vanos hijos de los hombres y se dedicó —después de adquirir un cierto conocimiento de las letras— a los negocios lucrativos del comercio, con todo, asistido por el auxilio de lo alto, no se dejó arrastrar por la lujuria de la carne en medio de jóvenes lascivos, si bien era él aficionado a las fiestas; ni por más que se dedicara al lucro conviviendo entre avaros mercaderes, *jamás puso su confianza en el dinero y en los tesoros* [3].

[21] Como se puede ver:

a) Los primeros y últimos capítulos de esta *Leyenda* están colocados donde por su contenido les correspondía cronológicamente:

—Capítulo 1-4: juventud y conversión.

—Capítulo 14-15: enfermedad y muerte.

b) El cuerpo central de la obra, dividida en una triple serie de tres capítulos cada una, presenta hechos por supuesto históricos, pero dispuestos según el esquema bonaventuriano del itinerario del alma:

—Capítulo 5-7: vía purgativa (las virtudes ascéticas y su recompensa).

—Capítulo 8-10: vía iluminativa (su triple objeto: las criaturas, los hombres y Dios).

—Capítulo 11-13: vía unitiva (los dones preternaturales, incluido el de las llagas).

[1] Eclo 45,1.
[2] Sal 20,4.
[3] Eclo 31,8.

Había Dios infundido en lo más íntimo del joven Francisco una cierta compasión generosa hacia los pobres, la cual, creciendo con él desde la infancia, llenó su corazón de tanta benignidad [4], que convertido ya en un oyente no sordo del Evangelio, se propuso dar limosna a todo el que se la pidiere, máxime si alegaba para ello el motivo del amor de Dios.

Mas sucedió un día que, absorbido por el barullo del comercio, despachó con las manos vacías, contra lo que era su costumbre, a un pobre que se había acercado a pedirle una limosna por amor de Dios. Pero, vuelto en sí al instante, corrió tras el pobre y, dándole con clemencia la limosna, prometió al Señor Dios que, a partir de entonces, nunca jamás negaría el socorro —mientras le fuera posible— a cuantos se lo pidieran por amor suyo. Dicha promesa la guardó con incansable piedad hasta su muerte, mereciendo con ello un aumento copioso de gracia y amor de Dios. Solía decir, cuando ya se había revestido perfectamente de Cristo, que, aun cuando estaba en el siglo, apenas podía oír la expresión «amor de Dios» sin sentir un profundo estremecimiento.

Además, la suavidad de su mansedumbre, unida a la elegancia de sus modales; su paciencia y afabilidad, fuera de serie; la largueza de su munificencia, superior a sus haberes —virtudes estas que mostraban claramente la buena índole de que estaba adornado el adolescente—, parecían ser como un preludio de bendiciones divinas que más adelante sobre él se derramarían a raudales. De hecho, un hombre muy simple de Asís, inspirado, al parecer, por el mismo Dios, si alguna vez se encontraba con Francisco por la ciudad, se quitaba la capa y la extendía a sus pies, asegurando que éste era digno de toda reverencia, por cuanto en un futuro próximo realizaría grandes proezas y llegaría a ser honrado gloriosamente por todos los fieles.

2. Ignoraba todavía Francisco los designios de Dios sobre su persona, ya que, volcada su atención —por mandato del padre— a las cosas exteriores y arrastrado además por el peso de la naturaleza caída hacia los goces de aquí abajo, no había aprendido aún a contemplar las realidades del cielo ni se había acostumbrado a gustar las cosas divinas. Y como quiera que el azote de la tribulación abre el entendimiento al oído espiritual, de pronto se hizo sentir sobre él la mano del Señor y la diestra del Altísimo operó en su espíritu un profundo cambio, afligiendo su cuerpo

[4] San Buenaventura quiere velar por la reputación de Francisco, que era entonces contrapuesta a la del «angélico Domingo». Celano (1C 2), a fin de poner de relieve la acción de la gracia, había oscurecido el cuadro. Como Julián de Espira siguiese ciegamente esta opinión en la composición de una antífona del *Oficio de San Francisco* (AF 10 p.379, primera antífona del primer nocturno), hubo luego otra mano que la retocó (OLIGER, *De ultima mutatione Officii S. Francisci:* AFH 1 [1908] p.45-49) en conformidad con los testimonios de los *Tres compañeros,* que, más moderadamente, nos informan de la verdad. De acuerdo con esta idea, la cuarta consideración acerca de las llagas refiere que el hermano León tuvo una visión según la cual la carne que estaba destinada a recibir los estigmas fue preservada de la contaminación del pecado carnal.

con prolijas enfermedades [5] para disponer así su alma a la unción del Espíritu Santo.

Una vez recobradas las fuerzas corporales y cuando —según su costumbre— iba adornado con preciosos vestidos, le salió al encuentro un caballero noble, pero pobre y mal vestido. A la vista de aquella pobreza, se sintió conmovido su compasivo corazón, y, despojándose inmediatamente de sus atavíos, vistió con ellos al pobre, cumpliendo así, a la vez, una doble obra de misericordia: cubrir la vergüenza de un noble caballero y remediar la necesidad de un pobre.

3. A la noche siguiente, cuando estaba sumergido en profundo sueño, la clemencia divina le mostró un precioso y grande palacio, en que se podían apreciar toda clase de armas militares, marcadas con la señal de la cruz de Cristo, dándosele a entender con ello que la misericordia ejercitada, por amor al gran Rey, con aquel pobre caballero sería galardonada con una recompensa incomparable. Y como Francisco preguntara para quién sería el palacio con aquellas armas, una voz de lo alto le aseguró que estaba reservado para él y sus caballeros.

Al despertar por la mañana —como todavía no estaba familiarizado su espíritu en descubrir el secreto de los misterios divinos e ignoraba el modo de remontarse de las apariencias visibles a la contemplación de las realidades invisibles— pensó que aquella insólita visión sería pronóstico de gran prosperidad en su vida. Animado con ello y desconociendo aún los designios divinos, se propuso dirigirse a la Pulla con intención de ponerse al servicio de un gentil conde [6], y conseguir así la gloria militar que le presagiaba la visión contemplada. Emprendió poco después el viaje, dirigiéndose a la próxima ciudad, y he aquí que de noche oyó al Señor que le hablaba familiarmente: «Francisco, ¿quién piensas podrá beneficiarte más: el señor o el siervo, el rico o el pobre?» A lo que contestó Francisco que, sin duda, el señor y el rico. Prosiguió la voz del Señor: «¿Por qué entonces abandonas al Señor por el siervo y por un pobre hombre dejas a un Dios rico?» Contestó Francisco: *«¿Que quieres, Señor, que haga?»* [7] Y *el Señor le dijo: «Vuélvete a tu tierra* [8], porque la visión que has tenido es figura de

[5] San Buenaventura pasa por alto la guerra contra Perusa y la prisión de Francisco. Tan sólo anota la enfermedad que siguió a estas pruebas.

[6] Cf. 1C 4 n.3. *Ad quemdam liberalem comitem*, dice San Buenaventura. Se trata, sin duda, de Gualterio de Brienne, famoso por su magnificencia y sus hazañas militares en la Pulla (1201-1205), y que estaba al frente de las milicias de Inocencio III. El papa le había concedido llevar la cruz como distintivo de sus armas. Los TC 5, refiriéndose a este mismo personaje sin duda, dicen que se llamaba Gentil. Pero se ha de advertir que otros documentos históricos conocidos de la época no mencionan a conde alguno que lleve tal nombre. Se ha de decir que posiblemente es una filtración de la expresión «gentil conde» de los cantares de gesta en ciertas narraciones históricas. Esta hipótesis quedaría avalada si la expresión *ad quemdam comitem Gentilem* del *Anónimo de Perusa* 5 la leyéramos tomando *gentilem* como adjetivo. La observación había sido hecha ya por Wadding *(Annales Minorum* I 27 p.30) y admitida por el bolandista Suyskens (AASS, 4 de octubre, *Comment. praevium* p.104).

[7] Hch 9,6. [8] Gén 32,9.

una realidad espiritual que se ha de cumplir en ti no por humana, sino por divina disposición».

Al despuntar el nuevo día, lleno de seguridad y gozo, vuelve apresuradamente a Asís, y, convertido ya en modelo de obediencia, espera que el Señor le descubra su voluntad.

4. Desentendiéndose desde entonces de la vida agitada del comercio, suplicaba devotamente a la divina clemencia se dignara manifestarle lo que debía hacer. Y, en tanto que crecía en él muy viva la llama de los deseos celestiales por el frecuente ejercicio de la oración y reputaba por nada —llevado de su amor a la patria del cielo— las cosas todas de la tierra, creía haber encontrado el tesoro escondido, y, cual prudente mercader, se decidía a vender todas las cosas para hacerse con la preciosa margarita [9]. Pero todavía ignoraba cómo hacerlo; lo único que vislumbraba su espíritu era que el negocio espiritual exige desde el principio el desprecio del mundo y que la milicia de Cristo debe iniciarse por la victoria de sí mismo.

5. Cierto día, mientras cabalgaba por la llanura que se extiende junto a la ciudad de Asís, inopinadamente se encontró con un leproso, cuya vista le provocó un intenso estremecimiento de horror. Pero, trayendo a la memoria el propósito de perfección que había hecho y recordando que para ser caballero de Cristo debía, ante todo, vencerse a sí mismo, se apeó del caballo y corrió a besar al leproso. Extendió éste la mano como quien espera recibir algo, y recibió de Francisco no sólo una limosna de dinero, sino también un beso. Montó de nuevo, y, dirigiendo en seguida su mirada por la planicie, amplia y despejada por todas partes, no vio más al leproso. Lleno de admiración y gozo, se puso a cantar devotamente las alabanzas del Señor, proponiéndose ya escalar siempre cumbres más altas de santidad.

Desde entonces buscaba la soledad, amiga de las lágrimas; allí, dedicado por completo a la oración acompañada *de gemidos inefables* [10] y tras prolongadas e insistentes súplicas, mereció ser escuchado por el Señor. Sucedió, pues, un día en que oraba de este modo, retirado en la soledad, todo absorto en el Señor por su ardiente fervor, que se le apareció Cristo Jesús en la figura de crucificado. A su vista *quedó su alma como derretida* [11]; y de tal modo se le grabó en lo más íntimo de su corazón la memoria de la pasión de Cristo, que desde aquella hora —siempre que le venía a la mente el recuerdo de Cristo crucificado— a duras penas podía contener exteriormente las lágrimas y los gemidos, según él mismo lo declaró en confianza poco antes de morir. Comprendió con esto el varón de Dios que se le dirigían a él particularmente aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres venir en pos de mí, niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme* [12].

[9] Mt 13,44-46.
[10] Rom 8,26.
[11] Ct 5,6.
[12] Mt 16,24.

6. Revistióse, a partir de este momento, del espíritu de pobreza, del sentimiento de la humildad y del afecto de una tierna compasión. Si antes, no ya el trato de los leprosos, sino el sólo mirarlos, aunque fuera de lejos, le estremecía de horror, ahora, por amor a Cristo crucificado, que, según la expresión del profeta, apareció despreciable como un *leproso* [13], con el fin de despreciarse completamente a sí mismo, les prestaba con benéfica piedad a los leprosos sus humildes y humanitarios servicios. Visitaba frecuentemente sus casas, les proporcionaba generosas limosnas y con gran afecto y compasión les besaba la mano y hasta la misma boca.

En cuanto se refiere a los pobres mendigos, no sólo deseaba entregarles sus bienes, sino incluso su propia persona, llegando, a veces, a despojarse de sus vestidos, y otras, a descoserlos o rasgarlos cuando no tenía otra cosa a mano.

A los sacerdotes pobres los socorría con reverencia y piedad, sobre todo proveyéndoles de ornamentos de altar, para participar así de alguna manera en el culto divino y remediar la pobreza de los ministros del culto.

Por este tiempo visitó con religiosa devoción el sepulcro del apóstol Pedro [14], y, viendo a la puerta de la iglesia una multitud de pobres, movido por una afectuosa compasión hacia ellos y atraído por su amor a la pobreza, entregó sus propios vestidos a uno que parecía ser más necesitado, y, cubierto con sus harapos, pasó todo aquel día en medio de los pobres con extraordinario gozo de espíritu. Buscaba con ello despreciar la gloria mundana y ascender gradualmente a la perfección evangélica.

Ponía gran cuidado en mortificar la carne, para que la cruz de Cristo que llevaba impresa dentro de su corazón rodease también al exterior todo su cuerpo. Todo esto lo practicaba ya el varón de Dios Francisco cuando todavía no se había apartado del mundo ni en su vestido ni en su modo de vivir.

Capítulo II

Perfecta conversión a Dios y restauración de tres iglesias

1. Como quiera que el siervo del Altísimo no tenía en su vida más maestro que Cristo [1], plugo a la divina clemencia colmarlo de nuevos favores visitándole con la dulzura de su gracia.

[13] Is 53,3-4.

[14] Se necesitaba casi una semana para ir a pie desde Asís a Roma. Se tomaba la *Via Francesca*, que bordeaba la falda de la colina de Asís.

[1] Y después de formar la primera fraternidad, «nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el *Altísimo mismo* me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio» (Test 14). Este escoger a Cristo como único «director espiritual» no quiere decir eliminar el recurso a la jerarquía. Francisco, por ejemplo, pide al sacerdote de Santa María de la Porciúncula que le explique el evangelio que acaba de escuchar. Más tarde someterá, asimismo, su Regla a la aprobación del papa.

Prueba de ello es el siguiente hecho. Salió un día Francisco al campo a meditar, y al pasear junto a la iglesia de San Damián, cuya vetusta fábrica amenazaba ruina, entró en ella —movido por el Espíritu— a hacer oración; y mientras oraba postrado ante la imagen del Crucificado, de pronto se sintió inundado de una gran consolación espiritual. Fijó sus ojos, arrasados en lágrimas, en la cruz del Señor, y he aquí que oyó con sus oídos corporales una voz procedente de la misma cruz que le dijo tres veces: «¡Francisco, vete y repara mi casa, que, como ves, está a punto de arruinarse toda ella!» Quedó estremecido Francisco, pues estaba solo en la iglesia, al percibir voz tan maravillosa, y, sintiendo en su corazón el poder de la palabra divina, fue arrebatado en éxtasis [2]. Vuelto en sí, se dispone a obedecer, y concentra todo su esfuerzo en la decisión de reparar materialmente la iglesia, aunque la voz divina se refería principalmente a la reparación de la Iglesia que Cristo adquirió con su sangre, según el Espíritu Santo se lo dio a entender y el mismo Francisco lo reveló más tarde a sus hermanos.

Así, pues, se levantó, armándose con la señal de la cruz, tomó consigo diversos paños dispuestos para la venta y se dirigió apresuradamente a la ciudad de Foligno, y allí lo vendió todo, incluso el caballo que montaba. Tomando su precio, vuelve el afortunado mercader a la ciudad de Asís y se dirige a la iglesia, cuya reparación se le había ordenado. Entró devotamente en su recinto, y, encontrando allí a un pobrecillo sacerdote, tras rendirle cortés reverencia, le ofreció el dinero obtenido a fin de que lo destinara para la reparación de la iglesia y el alivio de los pobres. Luego le pidió humildemente que le permitiera convivir por algún tiempo en su compañía. Accedió el sacerdote al deseo de Francisco de morar en su casa, pero rechazó el dinero por temor a los padres. Entonces, el verdadero despreciador de las riquezas, sin dar más valor al dinero que al vil polvo, lo arrojó a una ventana.

2. Moraba el siervo de Dios en casa de dicho sacerdote, y, habiéndose informado de ello su padre, corrió, todo enfurecido, al lugar. Francisco, empero, todavía novel atleta de Cristo, al oír los gritos y amenazas de los perseguidores y presentir su llegada, con intención de dar tiempo para que se calmara su ira, se escondió en una oculta cueva. Refugiado allí unos cuantos días, pedía incesantemente al Señor con los ojos bañados en lágrimas que librase su vida de las manos de sus perseguidores y se dignase benignamente llevar a feliz término los piadosos deseos que le

[2] Para San Buenaventura, el segundo grado de amor a Dios «es la avidez, que consiste en que, cuando el alma ha empezado a acostumbrarse a aquella suavidad [la del conocimiento de Dios mediante la meditación], nace en ella un violento apetito, que nada lo puede satisfacer si no llega a poseer perfectamente a Aquel a quien ama; y porque esto no lo puede conseguir en esta vida, pues está tan lejos, padece continuos excesos y *sale fuera de sí por el amor extático*» *(De triplici via* en SAN BUENAVENTURA, *Obras* 4 [BAC, 1963] p.120). La palabra «éxtasis» en San Buenaventura es un conocimiento experimental de Dios que trae consigo la suspensión de todo acto natural humano.

había inspirado. Como fruto de esta oración se apoderó de todo su ser una extraordinaria alegría y comenzó a reprenderse a sí mismo por su cobarde pusilanimidad. En consecuencia, abandonó la cueva, y, desechando de sí todo temor, dirigió sus pasos hacia la ciudad de Asís. Al verle sus conciudadanos en aquel extraño talante: con el rostro escuálido y cambiado en sus ideas, pensaban que había perdido el juicio, arremetían contra él, arrojándole piedras y lodo de la calle, y, como a loco y demente, le insultaban con gritos desaforados. Mas el siervo de Dios, sin descorazonarse ni inmutarse por ninguna injuria, lo soportaba todo haciéndose el sordo.

Tan pronto oyó su padre este clamoreo, acudió presuroso; pero no para librarlo, sino, más bien, para perderlo. Sin conmiseración alguna lo arrastró a su casa, atormentándolo primero con palabras, y luego con azotes y cadenas. Francisco, empero, se sentía desde ahora más dispuesto y valiente para llevar a cabo lo que había emprendido, recordando aquellas palabras del Evangelio: *Dichosos los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* [3].

3. No mucho después se vio precisado el padre a ausentarse de Asís, y la madre, que no aprobaba la conducta del marido y veía imposible doblegar la constancia inflexible del hijo, lo libró de la prisión, dejándole partir. Y Francisco, dando gracias al Señor todopoderoso, retornó al lugar en que había morado antes.

Pero volvió el padre, y, al no encontrar en casa a su hijo, después de desatarse en insultos y denuestos contra su esposa, corrió bramando al lugar indicado para conseguir, si no podía apartarlo de su propósito, al menos alejarlo de la provincia. Pero Francisco, confortado por Dios, salió espontáneamente al encuentro de su enfurecido padre, clamando con toda libertad que nada le importaban sus cadenas y azotes y que estaba además dispuesto a sufrir con alegría cualquier mal por el nombre de Cristo. Viendo, pues, el padre que le era del todo imposible cambiarle de su intento, dirigió sus esfuerzos a recuperar el dinero. Y, habiéndolo encontrado, por fin, en el nicho de una pequeña ventana, se apaciguó un tanto su furor. Dicho hallazgo fue como un trago que en cierto sentido atemperó su sed de avaricia.

4. Intentaba después el padre según la carne llevar al hijo de la gracia —desposeído ya del dinero— ante la presencia del obispo de la ciudad, para que en sus manos renunciara a los derechos de la herencia paterna y le devolviera todo lo que tenía. Se manifestó muy dispuesto a ello el verdadero enamorado de la pobreza, y, llegando a la presencia del obispo, no se detiene ni vacila por nada, no espera órdenes ni profiere palabra alguna, sino que inmediatamente se despoja de todos sus vestidos y se los devuelve al padre. Se descubrió entonces cómo el varón de Dios, debajo de los delicados vestidos, llevaba un cilicio ceñido a la

[3] Mt 5,10.

carne. Además, ebrio de un maravilloso fervor de espíritu [4], se quita hasta los calzones y se presenta ante todos totalmente desnudo, diciendo al mismo tiempo a su padre: «Hasta el presente te he llamado padre en la tierra, pero de aquí en adelante puedo decir con absoluta confianza: *Padre nuestro, que estás en los cielos* [5], en quien he depositado todo mi tesoro y toda la seguridad de mi esperanza».

Al contemplar esta escena el obispo, admirado del extraordinario fervor del siervo de Dios, se levantó al instante y —piadoso y bueno como era— llorando lo acogió entre sus brazos y lo cubrió con el manto que él mismo vestía [6]. Ordenó luego a los suyos que le proporcionaran alguna ropa para cubrir los miembros de aquel cuerpo. En seguida le presentaron un manto corto, pobre y vil, perteneciente a un labriego que estaba al servicio del obispo. Francisco lo aceptó muy agradecido, y con una tiza que encontró allí lo marcó con su propia mano en forma de cruz, haciendo del mismo el abrigo de un hombre crucificado y de un pobre semidesnudo. Así, quedó desnudo el siervo del Rey altísimo para poder seguir al Señor desnudo en la cruz, a quien tanto amaba. Del mismo modo se armó con la cruz, para confiar su alma al leño de la salvación y lograr salvarse del naufragio del mundo.

5. Desembarazado ya el despreciador del siglo de la atracción de los deseos mundanos, deja la ciudad y —libre y seguro— se retira a lo escondido de la soledad para escuchar solo y en silencio la voz misteriosa del cielo. Y mientras el varón de Dios Francisco atravesaba el bosque bendiciendo al Señor en francés con cánticos de júbilo, unos ladrones irrumpieron desde la espesura, arrojándose sobre él. Preguntáronle con ánimo feroz quién era, y Francisco, lleno de confianza, les respondió con palabras proféticas: «Yo soy el pregonero del gran Rey». Pero ellos, golpeándole, lo arrojaron a una fosa llena de nieve mientras le decían: «¡Quédate ahí, rústico pregonero de Dios!» Al desaparecer los ladrones, salió de la hoya, y, lleno de un intenso gozo, se puso a cantar con voz más vibrante todavía, a través del bosque, las alabanzas al Creador de todos los seres.

6. Llegó después a un monasterio próximo, y pidió allí limosna como un mendigo, y la recibió como un desconocido y despreciado [7]. De aquí marchó a Gubbio, donde un antiguo

[4] San Buenaventura presenta la *embriaguez* como cuarto grado del amor a Dios; la describe como sigue: «consiste en amar a Dios tanto y con un amor tan grande, que ya no sólo llega el alma a sentir hastío y náuseas de los consuelos y placeres terrenos, sino que aun se goza y busca sufrimientos en vez de placeres; por amor de Aquel a quien ama, deleitase en los tormentos, oprobios y azotes, en padecer y ser despreciado y flagelado... De manera que así como un ebrio se desnuda sin vergüenza y sufre llagas y tormentos sin dolor, en forma parecida procede aquí el alma» (*De triplici via:* ibid., p.120-21).

[5] Mt 6,9.

[6] Podríamos ver en esta acogida del obispo la acogida que por su medio hace la Iglesia. Entonces, en que existía un derecho canónico menos preciso y completo que ahora, era éste el procedimiento de admitir a ermitaños y reclusos.

[7] 1C 16 es más explícito respecto a la permanencia de Francisco en este monasterio.

amigo suyo le reconoció y recibió en su casa, y además le cubrió, como a pobrecillo de Cristo, con una corta y pobre túnica.

El amante de toda humildad se trasladó de Gubbio a los leprosos, y convivió con ellos, prestándoles con suma diligencia sus servicios por Dios [8]. Les lavaba los pies, vendaba sus heridas, extraía el pus de las úlceras y limpiaba la materia hedionda, y hasta besaba con admirable devoción las llagas ulcerosas el que había de ser después el médico evangélico. Por lo cual consiguió del Señor el extraordinario poder de curar prodigiosamente las enfermedades espirituales y corporales.

Referiré tan sólo uno de los muchos hechos prodigiosos acaecidos cuando la fama del Santo se había ya divulgado.

Una horrible enfermedad iba de tal modo devorando y corroyendo la boca y la mejilla de un hombre del condado de Espoleto, que no había medicina alguna para curarla. Ante esta situación apurada, se fue a visitar el sepulcro de los santos apóstoles para impetrar por sus méritos la gracia de la curación; y cuando regresaba de su peregrinación, he aquí que se encuentra con el siervo de Dios. El enfermo, movido por su devoción, quiso besarle los pies, pero el humilde varón no se lo consintió; más aún, él mismo le dio un ósculo en la boca al que quería besar las plantas de sus pies. Y al tiempo que Francisco, el siervo de los leprosos, en un rasgo maravilloso de piedad, tocaba con sus labios aquella horrible llaga, desapareció al punto la enfermedad y aquel hombre recobró la salud deseada. No sé qué se ha de admirar más en esto: si la profunda humildad en un beso tan cariñoso o la portentosa virtud en milagro tan estupendo.

7. Asentado ya Francisco en la humildad de Cristo, trae a la memoria la orden que se le dio desde la cruz de reparar la iglesia de San Damián; y, como verdadero obediente, vuelve a Asís, dispuesto a someterse a la voz divina, al menos mendigando lo necesario para dicha restauración. Así, depuesta toda vergüenza por amor al pobre crucificado, pedía limosna a aquellos entre los que antes vivía en la abundancia y arrimaba al peso de las piedras los hombros de su débil cuerpo, extenuado por los ayunos.

Una vez restaurada esta iglesia con la ayuda de Dios y la piadosa colaboración de los ciudadanos, con objeto de que no se entorpeciera el cuerpo por la pereza después de aquel trabajo, comenzó a reparar otra iglesia, dedicada a San Pedro, que se hallaba algo distante de la ciudad. La devoción especial que con fe pura y sincera profesaba al príncipe de los apóstoles le movió a emprender dicha obra [9].

8. Cuando hubo concluido esta reconstrucción, llegó a un lugar llamado Porciúncula, donde había una antigua iglesia construida en honor de la beatísima Virgen María, que entonces se hallaba

[8] «El Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué con ellos la misericordia» (Test 2).

[9] La ermita de San Pedro, restaurada por San Francisco; de ella hoy no quedan rastros. No están los autores de acuerdo respecto a su localización precisa.

abandonada, sin que nadie se hiciera cargo de la misma. Al verla el varón de Dios en semejante situación, movido por la ferviente devoción que sentía hacia la Señora del mundo, comenzó a morar de continuo en aquel lugar con intención de emprender su reparación. Al darse cuenta de que precisamente, de acuerdo con el nombre de la iglesia, que se llamaba Santa María de los Angeles, eran frecuentes allí las visitas angélicas, fijó su morada en este lugar tanto por su devoción a los ángeles como, sobre todo, por su especial amor a la madre de Cristo [10]. Amó el varón santo dicho lugar con preferencia a todos los demás del mundo, pues aquí comenzó humildemente, aquí progresó en la virtud, aquí terminó felizmente el curso de su vida [11]; en fin, este lugar lo encomendó encarecidamente a sus hermanos a la hora de su muerte, como una mansión muy querida de la Virgen.

A propósito de lo dicho es digna de notarse una visión que tuvo un devoto hermano antes de su conversión. Veía una ingente multitud de hombres heridos por la ceguera que, con el rostro vuelto al cielo y las rodillas hincadas en el suelo, se hallaban en torno a esta iglesia. Todos ellos, con las manos en alto, clamaban entre lágrimas a Dios pidiendo misericordia y luz. De pronto descendió del cielo un extraordinario resplandor, que, envolviendo a todos en su claridad, otorgó a cada uno la vista y la salud deseada.

Este es el lugar en que San Francisco —siguiendo la inspiración divina [12]— dio comienzo a la Orden de Hermanos Menores. Por designio de la divina Providencia, que guiaba en todo al siervo de Cristo, antes de fundar la Orden y entregarse a la predicación del Evangelio, reconstruyó materialmente tres iglesias, procediendo de este modo no sólo para ascender, en orden progresivo, de las cosas sensibles a las inteligibles, y de las menores a las mayores, sino también para manifestar misteriosamente al exterior, mediante obras perceptibles, lo que había de realizar en el futuro. Pues al modo de las tres iglesias restauradas bajo la guía del santo varón, así sería renovada la Iglesia de triple manera, según la forma, regla y doctrina de Cristo dadas por el mismo Santo, y triunfarían las tres milicias [13] de los llamados a la salvación tal como hoy día vemos que se ha cumplido.

[10] La restauración de las tres ermitas y la vida eremítica de Francisco en la Porciúncula abarcan los años 1206-1208. Podemos, pues, decir que su «conversión» duró tres años.

[11] Aquí San Buenaventura sugiere las tres vertientes del único y triple camino: la purificación, la iluminación y la perfección.

[12] El día que escuchó el fragmento del evangelio que narra la misión de los apóstoles (cf. LM 3,1).

[13] Los varones, las mujeres y los laicos casados. Para todos ellos creó Francisco sus tres Ordenes.

CAPÍTULO III

Fundación de la Religión y aprobación de la Regla

1. Mientras moraba en la iglesia de la Virgen, madre de Dios, su siervo Francisco insistía, con continuos gemidos ante aquella que engendró al Verbo *lleno de gracia y de verdad* [1], en que se dignara ser su abogada, al fin logró —por los méritos de la madre de misericordia— concebir y dar a luz el espíritu de la verdad evangélica.

En efecto, cuando en cierta ocasión asistía devotamente a una misa que se celebraba en memoria de los apóstoles, se leyó aquel evangelio en que Cristo, al enviar a sus discípulos a predicar, les traza la forma evangélica de vida que habían de observar, esto es, que *no posean oro o plata, ni tengan dinero en los cintos, que no lleven alforja para el camino, ni usen dos túnicas ni calzado, ni se provean tampoco de bastón* [2].

Tan pronto como oyó estas palabras [3] y comprendió su alcance, el enamorado de la pobreza evangélica se esforzó por grabarlas en su memoria, y lleno de indecible alegría exclamó: «Esto es lo que quiero, esto lo que de todo corazón ansío». Y al momento se quita el calzado de sus pies, arroja el bastón, detesta la alforja y el dinero y, contento con una sola y corta túnica, se desprende la correa, y en su lugar se ciñe con una cuerda, poniendo toda su solicitud en llevar a cabo lo que había oído y en ajustarse completamente a la forma de vida apostólica.

2. Desde entonces, el varón de Dios, fiel a la inspiración divina, comenzó a plasmar en sí la perfección evangélica y a invitar a los demás a penitencia. Sus palabras no eran vacías ni objeto de risa, sino llenas de la fuerza del Espíritu Santo, calaban muy hondo en el corazón, de modo que los oyentes se sentían profundamente impresionados.

Al comienzo de todas sus predicaciones saludaba al pueblo, anunciándole la paz con estas palabras: *«¡El Señor os dé la paz!»* [4] Tal saludo lo aprendió por revelación divina, como él mismo lo confesó más tarde. De ahí que, según la palabra profética [5] y movido en su persona del espíritu de los profetas, anunciaba la paz, predicaba la salvación y con saludables exhortaciones reconciliaba en una paz verdadera a quienes, siendo contrarios a Cristo, habían vivido antes lejos de la salvación.

3. Así, pues, tan pronto como llegó a oídos de muchos la noticia de la verdad, tanto de la sencilla doctrina como de la vida del varón de Dios, algunos hombres, impresionados con su ejem-

[1] Jn 1,14.
[2] Mt 10,9-10. Cf. lo que en 1C 22 n.4 se dice acerca de la fecha en que tuvo lugar este hecho.
[3] 1C 21 nos indica que Francisco pidió al sacerdote encargado le aclarara el texto; el sacerdote cumplió al detalle el deseo de Francisco.
[4] 2Tes 3,16; Jn 14,27.
[5] Is 52,7.

plo, comenzaron a animarse a hacer penitencia, y, abandonadas todas las cosas, se unieron a él, acomodándose a su vestido y vida.

El primero de entre ellos fue el venerable Bernardo, quien, hecho partícipe de la vocación divina, mereció ser el primogénito del santo Padre tanto por la prioridad del tiempo como por la prerrogativa de su santidad. En efecto, habiendo descubierto Bernardo la santidad del siervo de Dios, decidió, a la luz de su ejemplo, renunciar por completo al mundo, y acudió a consultar al Santo la manera de llevar a la práctica su intención. Al oírlo, el siervo de Dios se llenó de una gran consolación del Espíritu Santo por el alumbramiento de su primer vástago, y le dijo: «Es a Dios a quien en esto debemos pedir consejo».

Así que, una vez amanecido, se dirigieron juntos a la iglesia de San Nicolás, donde, tras una ferviente oración, Francisco, que rendía un culto especial a la Santa Trinidad, abrió por tres veces el libro de los Evangelios, pidiendo a Dios que, mediante un triple testimonio, confirmase el santo propósito de Bernardo.

En la primera apertura del libro apareció aquel texto: *Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres* [6]. En la segunda: *No toméis nada para el camino* [7]. Finalmente, en la tercera se les presentaron estas palabras: *El que quiera venirse conmigo, que cargue con su cruz y me siga* [8]. «Tal es —dijo el Santo— nuestra vida y regla [9], y la de todos aquellos que quieran unirse a nuestra compañía. Por tanto, si quieres ser perfecto, vete y cumple lo que has oído».

4. No mucho después, se sintieron llamados por el mismo Espíritu otros cinco hombres, con los que llegó a seis el número de los hijos de Francisco; entre éstos ocupó el tercer lugar el santo padre Gil [10], varón lleno de Dios y digno de gloriosa memoria. De hecho destacó en el ejercicio de sublimes virtudes, tal como había predicho de él el siervo del Señor, y, aunque sencillo y sin letras, fue elevado a la cumbre de una alta contemplación. Entregado por largos y continuados espacios de tiempo a la sobreelevación [11], de tal modo era arrebatado hasta Dios con frecuentes éxtasis —como yo mismo lo presencié y puedo dar fe de ello—, que su vida entre los hombres parecía más angélica que humana.

[6] Mt 19,21.

[7] Lc 9,3.

[8] Mt 16,24.

[9] Estos textos tuvieron mucha importancia para San Francisco, y la tienen para sus seguidores. El primero aparece en 1R 1,2 y 2R 2,5; el segundo, en 1R 14,1; el tercero, en 1R 1,3. Si hemos de dar fe a lo que nos dicen LP 103 y EP 3, estos textos fueron objeto de litigio ya en los albores de la historia franciscana.

[10] Muerto en Perusa el 22 de abril de 1262, precisamente cuando San Buenaventura se hallaba ocupado en la redacción de esta *Leyenda*.

[11] San Buenaventura emplea el término *sursumactio* = sobreelevación. «Sobre» = que, estando el alma sobre las cosas visibles y sobre sí misma, se traslada a Dios; «elevación» = que el alma es llevada o elevada a Dios no por su acción ascética, sino por la acción de Dios, significando así el carácter pasivo y místico que expresa la palabra *sursumactio* (*Lexicon bonaventurianu*, en SAN BUENAVENTURA, *Obras* 3 [BAC, 1947] p.773).

5. Por este mismo tiempo, el Señor le mostró a un sacerdote de Asís llamado Silvestre, hombre de vida honesta, una visión que no debe silenciarse. Dicho sacerdote —llevado de criterios meramente humanos— sentía aversión por la forma de vida de Francisco y de sus hermanos, y para que no se dejara arrastrar por la temeridad en sus juicios fue benignamente visitado por la gracia de lo alto. Veía, en efecto, en sueños cómo rondaba por toda la ciudad un dragón descomunal, ante cuya extraordinaria magnitud parecía estar abocada al exterminio toda aquella región. A continuación vio salir de la boca de Francisco una cruz de oro: su extremidad tocaba los cielos, y sus brazos, extendidos a los lados, parecían llegar hasta los confines del mundo. A vista de esta cruz resplandeciente huía velozmente aquel espantoso y terrible dragón. Al mostrársele por tres veces esta visión, pensó que se trataba de un oráculo divino, y por ello lo refirió detalladamente al varón de Dios y a sus hermanos. Poco después abandonó el mundo, y tal fue su constancia en seguir de cerca las huellas de Cristo, que su vida en la Orden demostró ser auténtica la visión que había tenido en el siglo [12].

6. No se dejó llevar de vanagloria el varón de Dios al oír el relato de dicha visión, antes por el contrario, reconociendo la bondad de Dios en sus beneficios, se sintió más animado a rechazar la astucia del antiguo enemigo y a predicar la gloria de la cruz de Cristo.

Cierto día en que reflexionaba en un lugar solitario sobre los años de su vida pasada, deplorándolos con amargura, de pronto se sintió lleno de gozo del Espíritu Santo, y fue cerciorado entonces de que se le habían perdonado completamente todos sus pecados. Luego fue arrebatado en éxtasis, todo sumergido en una luz maravillosa, y, dilatada la pupila de su mente, vio con claridad el porvenir suyo y el de sus hijos. Vuelto seguidamente a sus hermanos, les dijo: «*Confortaos,* carísimos, y *alegraos en el Señor* [13], no estéis tristes porque sois pocos, ni os amedrente mi simplicidad ni la vuestra, ya que —según me ha sido mostrado realmente por el Señor— El nos hará crecer en una gran muchedumbre y con la gracia de su bendición nos expandirá de mil formas por el mundo entero».

7. En aquellos mismos días, con la entrada en la Religión de otro buen hombre, ascendió a siete miembros la bendita familia del varón de Dios. Entonces llamó junto a sí el piadoso Padre a todos sus hijos y, después de hablarles largo y tendido acerca del reino de Dios, del desprecio del mundo, de la abnegación de la propia voluntad y de la mortificación del cuerpo, les manifestó su proyecto de enviarlos a las cuatro partes del mundo. Ya la estéril y pobrecita simplicidad del santo Padre había engendrado siete

[12] La incorporación de un sacerdote al grupo de Francisco significa que en éste podían ser admitidos lo mismo sacerdotes que laicos, a condición de que aceptaran la forma de vida.

[13] Ef 6,10; Flp 3,1; 4,4.

hijos [14], y ansiaba dar a luz para Cristo el Señor al conjunto de todos los fieles, llamándolos a los gemidos de la penitencia. «Id —les dijo el dulce Padre a sus hijos—, anunciad la paz a los hombres y *predicadles la penitencia para la remisión de los pecados* [15]. Sed sufridos en la tribulación, vigilantes en la oración, fuertes en los trabajos, modestos en las palabras, graves en vuestro comportamiento y agradecidos en los beneficios; y sabed que por todo esto os está reservado el reino eterno».

Ellos entonces, humildemente postrados en tierra ante el siervo de Dios, recibieron, con gozo del espíritu, el mandato de la santa obediencia. Entre tanto decía a cada uno en particular: «*Descarga en el Señor todos tus afanes, que El te sustentará*». [16] Francisco solía repetir estas palabras siempre que sometía a algún hermano a la obediencia. Pero, consciente de que había sido puesto para ejemplo de los demás, de suerte que *enseñara antes con las obras que con las palabras* [17], se encaminó con uno de sus compañeros hacia una parte del mundo, asignando en forma de cruz las otras tres partes a los seis restantes hermanos.

Bien pronto sintió el bondadoso Padre deseos vehementes de encontrarse con su querida prole, y, al no poder reunirla por sí mismo, pedía le concediera esta gracia Aquel *que congrega a los dispersos de Israel* [18]. Y así sucedió al poco tiempo que —sin haber mediado ninguna llamada humana—, inesperadamente y con gran sorpresa se encontraran todos juntos, conforme al deseo de Francisco, haciéndose patente en ello la intervención de la divina clemencia.

En aquellos días se les agregaron otros cuatro hombres virtuosos, con los que se completó el número de doce.

8. Viendo el siervo de Cristo que poco a poco iba creciendo el número de los hermanos, escribió con palabras sencillas, para sí y para todos los suyos, una pequeña forma de vida, en la que puso como fundamento inquebrantable la observancia del santo Evangelio, e insertó otras pocas cosas que parecían necesarias para un modo uniforme de vida. Deseando, empero, que su escrito obtuviera la aprobación del sumo pontífice, decidió presentarse con aquel grupo de hombres sencillos ante la Sede Apostólica, confiando únicamente en la protección divina. Y el Señor, que miraba desde lo alto el deseo de Francisco, confortó los ánimos de sus compañeros, atemorizados a vista de su simplicidad, mostrando al varón de Dios la siguiente visión.

Parecíale que andaba por cierto camino a cuya vera se erguía un árbol gigantesco y que se acercaba a él; estaba cobijado bajo el mismo árbol, admirando sus dimensiones, cuando de repente se sintió elevado por divina virtud a tanta altura, que tocaba la cima

[14] 1Sam 2,5.
[15] Mc 1,4; Lc 3,3.
[16] Sal 54,23.
[17] Hch 1,1.
[18] Sal 146,2.

del árbol y muy fácilmente lograba doblegar su punta hasta el suelo. Al comprender el varón lleno de Dios que el presagio de aquella visión se refería a la condescendencia de la dignidad apostólica, quedó inundado de alegría espiritual, y, confortando en el Señor a sus hermanos, emprendió con ellos el viaje.

9. Una vez que hubo llegado a la curia romana [19] y fue introducido a la presencia del sumo pontífice, le expuso su objetivo, pidiéndole humilde y encarecidamente le aprobara la sobredicha forma de vida. Al observar el vicario de Cristo, el señor Inocencio III —hombre distinguido por su sabiduría—, la admirable pureza y simplicidad de alma del varón de Dios [20], el decidido propósito y encendido fervor de su santa voluntad, se sintió inclinado a acceder piadosamente a las súplicas de Francisco. Con todo, difirió dar cumplimiento a la petición del pobrecillo de Cristo, dado que a algunos de los cardenales les parecía una cosa nueva y tan ardua, que sobrepujaba las fuerzas humanas.

Pero había entre los cardenales un hombre venerable, el señor Juan de San Pablo, obispo de Sabina, amante de toda santidad y protector de los pobres de Cristo, el cual —inflamado en el fuego del Espíritu divino— dijo al sumo pontífice y a sus hermanos [21]: «Si rechazamos la demanda de este pobre como cosa del todo nueva y en extremo ardua, siendo así que no pide sino la confirmación de la forma de vida evangélica, guardémonos de inferir con ello una injuria al mismo Evangelio de Cristo. Pues si alguno llegare a afirmar que dentro de la observancia de la perfección evangélica [22] o en el deseo de la misma se contiene algo nuevo, irracional o imposible de cumplir, sería convicto de blasfemo contra Cristo, autor del Evangelio». Al oír tales consideraciones, volvióse al pobre de Cristo el sucesor del apóstol Pedro y

[19] Detalle característico que diferenciaba a Francisco de otros reformadores contemporáneos.

En este mismo punto se intercaló un texto, cuyo autor es Jerónimo de Ascoli, ministro general y luego papa con el nombre de Nicolás IV († 1294): «*Habiendo llegado a la curia* y siendo presentado al sumo pontífice, cuando el vicario de Cristo, ocupado en profundas meditaciones, se paseaba por el lugar denominado Espejo, despachó éste indignado al siervo de Dios como si le fuera desconocido. Francisco salió fuera humildemente, y la noche siguiente el sumo pontífice recibió de Dios esta revelación: veía que entre sus pies crecía poco a poco un arbusto, y que, elevándose, se iba convirtiendo en un hermosísimo árbol; extrañado de lo que pudiera querer significar esta visión, una luz divina penetró en el alma del vicario de Cristo y le hizo saber que el arbusto representaba a aquel pobre que había rechazado la víspera. La mañana siguiente ordenó a sus servidores que buscaran por la ciudad a aquel pobre. En cuanto lo encontraron en el hospital de San Antonio, junto a Letrán, dispuso que inmediatamente lo trajeran a su presencia. *Siendo introducido a...*» (AF 10 p.570).

El hospital de San Antonio a que se alude estaba dirigido por los hospitalarios de San Antonio; se encontraba entre el acueducto y la iglesia de los santos Pedro y Marcelino (cf. L. OLIGER, *S. Francesco a Roma: L'Italia francescana* [1927] p.67s).

[20] Para San Buenaventura como para San Francisco, simplicidad y pureza van siempre unidas. Cf. SalVir: «La pura simplicidad...».

[21] Los cardenales.

[22] La Regla de San Francisco se abre con estas palabras: «La regla y vida de los hermanos menores es ésta: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo...» Cuanto sigue no es sino su explicitación.

le dijo: «Ruega, hijo, a Cristo que por tu medio nos manifieste su voluntad, a fin de que, conocida más claramente, podamos acceder con mayor seguridad a tus piadosos deseos».

10. Entregóse de lleno a la oración el siervo de Dios omnipotente, y con sus devotas plegarias obtuvo para sí el conocimiento de las palabras que debía proferir, y para el papa, los sentimientos que debía abrigar en su interior.

En efecto, le narró —tal como se lo había inspirado el Señor— la parábola de un rey rico que se complació en casarse con una mujer hermosa pero pobre, y de los hijos tenidos, que se parecían al rey su padre, y a quienes, por tanto, debía alimentarles de su propia mesa. Interpretando esta parábola, añadió: «No hay por qué temer que perezcan de hambre los hijos y herederos del Rey eterno, los cuales —nacidos, por virtud del Espíritu Santo, de una madre pobre, a imagen de Cristo Rey— han de ser engendrados en una religión pobrecilla por el espíritu de la pobreza. Pues si el Rey de los cielos promete a sus seguidores el reino eterno, ¿con cuánta más razón les suministrará todo aquello que comúnmente concede a buenos y malos?»

Escuchó con gran atención el Vicario de Cristo esta parábola y su interpretación, quedando profundamente admirado; y reconoció que, sin duda alguna, Cristo había hablado por boca de aquel hombre. Además les manifestó una visión celestial que había tenido esos mismos días, asegurando —iluminado por el Espíritu Santo— habría de cumplirse en Francisco. En efecto, refirió haber visto en sueños cómo estaba a punto de derrumbarse la basílica lateranense y que un hombre pobrecito, de pequeña estatura y de aspecto despreciable, la sostenía arrimando sus hombros a fin de que no viniese a tierra [23]. Y exclamó: «Este es, en verdad, el hombre que con sus obras y su doctrina sostendrá a la Iglesia de Cristo». Por eso, lleno de singular devoción, accedió en todo a la petición del siervo de Cristo, y desde entonces le profesó siempre un afecto especial. De modo que le otorgó todo lo que le había pedido y le prometió que le concedería todavía mucho más. Aprobó la Regla, concedió al siervo de Dios y a todos los hermanos laicos que le acompañaban la facultad de predicar la penitencia y ordenó que se les hiciera tonsura para que libremente pudieran predicar la palabra de Dios [24].

[23] Los hermanos predicadores, por su parte, han perpetuado este sueño pontificio poniendo de protagonista a Santo Domingo (E. GEBHART, *La vieille Église* [París 1910] p.79).

[24] Esta tonsura los constituía clérigos, sustrayéndolos a la jurisdicción de los príncipes y poniéndolos bajo la tutela de la Iglesia.

El aprobar oralmente una regla no significaba entonces una especie de simple tolerancia. Venía a ser una verdadera aprobación, gracias a la cual no afectó a los hermanos menores la prohibición de que se redactaran nuevas reglas monásticas, dictada por el concilio IV de Letrán en 1215. La Orden de Santo Domingo, aprobada más tarde, tendrá que aceptar la Regla de San Agustín.

Capítulo IV

Progreso de la Orden durante el gobierno del Santo y confirmación de la Regla ya aprobada

1. Así, pues, apoyado Francisco en la gracia divina y en la autoridad pontificia, emprendió con gran confianza el viaje de retorno hacia el valle de Espoleto, dispuesto ya a *practicar y enseñar* [1] el Evangelio de Cristo. Durante el camino iba conversando con sus compañeros sobre el modo de observar fielmente la Regla recibida, sobre la manera de proceder ante Dios en toda *santidad y justicia* [2] y cómo podrían ser de provecho para sí mismos y servir de ejemplo a los demás. Y, habiéndose prolongado mucho en estos coloquios, se les hizo una hora tardía. Fatigados y hambrientos después de la larga caminata, se detuvieron en un lugar solitario [3]. No había allí modo de proveeerse del alimento necesario. Pero bien pronto vino en su socorro la divina Providencia, pues de improviso apareció un hombre con un pan en la mano y se lo entregó a los pobrecillos de Cristo, desapareciendo súbitamente sin que se supiera de dónde había venido ni a dónde se dirigía. Comprendieron con esto los pobres hermanos que se les hacía presente la ayuda del cielo en la compañía del varón de Dios, y se sintieron más reconfortados con el don de la liberalidad divina que con los manjares que se habían servido. Además, repletos de consolación divina, decidieron firmemente —confirmando su determinación con un propósito irrevocable— no apartarse nunca, por más que les apremiara la escasez o la tribulación, de la santa pobreza que habían prometido.

2. Deseosos de cumplir tan santo propósito, volvieron de allí al valle de Espoleto, donde se pusieron a deliberar sobre la cuestión de si debían vivir en medio de la gente o más bien retirarse a lugares solitarios. Mas el siervo de Cristo Francisco, que no se fiaba de su propio criterio ni del de sus hermanos, acudió a la oración, pidiendo insistentemente al Señor se dignara manifestarle su beneplácito sobre el particular. Iluminado por el oráculo de la divina revelación, llegó a comprender que él había sido enviado por el Señor a fin de que ganase para Cristo las almas que el diablo se esforzaba en arrebatarle. Por eso prefirió vivir para bien de todos los demás antes que para sí solo, estimulado por el ejemplo de Aquel que se dignó morir él solo por todos.

3. En consecuencia, se recogió el varón de Dios con otros compañeros suyos en un tugurio abandonado [4] cerca de la ciudad de Asís, donde, con harta fatiga y escasez, se mantenían al dic-

[1] Hch 1,1.
[2] Lc 1,75.
[3] Según la tradición, el lugar idílico donde los hermanos discutieron sobre su futuro estaría en las cercanías de Orte, en la confluencia del Nera con el Tíber (1C 34).
[4] Rivo Torto (cf. 1C 42 n.1).

tado de la santa pobreza, procurando alimentarse más con el pan de las lágrimas que con el de las delicias.

Se entregaban allí de continuo a las preces divinas, siendo su oración devota más bien mental que vocal, debido a que todavía no tenían libros litúrgicos para poder cantar las horas canónicas. Pero en su lugar repasaban día y noche con mirada continua el libro de la cruz de Cristo, instruidos con el ejemplo y la palabra de su Padre, que sin cesar les hablaba de la cruz de Cristo.

Suplicáronle los hermanos les enseñase a orar, y él les dijo: «*Cuando oréis decid: Padre nuestro* [5]; y también: Te adoramos, Cristo, en todas las iglesias que hay en el mundo entero y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo» [6].

Les enseñaba, además, a alabar a Dios en y por todas las criaturas, a honrar con especial reverencia a los sacerdotes, a creer firmemente y confesar con sencillez las verdades de la fe tal y como sostiene y enseña la santa Iglesia romana. Ellos guardaban en todo las instrucciones del santo Padre, y así, se postraban humildemente ante todas las iglesias y cruces que podían divisar de lejos, orando según la forma que se les había indicado.

4. Mientras moraban los hermanos en el referido lugar, un día de sábado se fue el santo varón a Asís para predicar —según su costumbre— el domingo por la mañana en la iglesia catedral. Pernoctaba, como otras veces —entregado a la oración—, en un tugurio sito en el huerto de los canónigos. De pronto, a eso de media noche sucedió que, estando corporalmente ausente de sus hijos —algunos de los cuales descansaban y otros perseveraban en oración—, penetró por la puerta de la casa un carro de fuego de admirable resplandor que dio tres vueltas a lo largo de la estancia; sobre el mismo carro se alzaba un globo luminoso, que, ostentando el aspecto del sol, iluminaba la oscuridad de la noche.

Quedaron atónitos los que estaban en vela, se despertaron llenos de terror los dormidos; y todos ellos percibieron la claridad, que no sólo alumbraba el cuerpo, sino también el corazón, pues, en virtud de aquella luz maravillosa, a cada cual se le hacía transparente la conciencia de los demás. Comprendieron todos a una —leyéndose mutuamente los corazones— que había sido el mismo santo Padre —ausente en el cuerpo, pero presente en el espíritu y transfigurado en aquella imagen— el que les había sido mostrado por el Señor en el luminoso carro de fuego, irradiando fulgores celestiales e inflamado por virtud divina en un fuego ardiente, para que, como verdaderos israelitas, caminasen tras las huellas de aquel que, cual otro Elías, había sido constituido por Dios en carro y auriga de varones espirituales [7].

Se puede creer que el Señor, por las plegarias de Francisco, abrió los ojos de estos hombres sencillos para que pudieran contemplar las maravillas de Dios, del mismo modo que en otro

[5] Mt 6,9; Lc 11,2.
[6] Test 5.
[7] 2Re 2,12.

tiempo abrió los ojos del criado de Eliseo para que viese el monte *lleno de caballos y carros de fuego que estaban alrededor del profeta* [8].

Vuelto el santo varón a sus hermanos, comenzó a escudriñar los secretos de sus conciencias, procuró confortarlos con aquella visión maravillosa y les anunció muchas cosas sobre el porvenir y progresos de la Orden. Y al descubrirles estos secretos que transcendían todo humano conocimiento, reconocieron los hermanos que realmente descansaba el Espíritu del Señor en su siervo Francisco con tal plenitud, que podían sentirse del todo seguros siguiendo su doctrina y ejemplos de vida.

5. Después de esto, Francisco, pastor de la pequeña grey, condujo —movido por la gracia divina— a sus doce hermanos a Santa María de la Porciúncula, con el fin de que allí donde, por los méritos de la madre de Dios, había tenido su origen la Orden de los Menores, recibiera también —con su auxilio— un renovado incremento.

Convertido en este lugar en pregonero evangélico, *recorría las ciudades y las aldeas anunciando el reino de Dios* [9], no *con palabras doctas de humana sabiduría, sino con la fuerza del Espíritu* [10]. A los que lo contemplaban, les parecía ver en él a un hombre de otro mundo [11], ya que —con la mente y el rostro siempre vueltos al cielo— se esforzaba por elevarlos a todos hacia arriba. Así, la viña de Cristo comenzó a germinar brotes de fragancia divina y a dar frutos ubérrimos tras haber producido *flores de suavidad, de honor y de vida honesta* [12].

6. En efecto, numerosas personas, inflamadas por el fuego de su predicación, se comprometían a las nuevas normas de penitencia, según la forma recibida del varón de Dios. Dicho modo de vida determinó el siervo de Cristo se llamara Orden de Hermanos de Penitencia. Pues así como consta que para los que tienden al cielo no hay otro camino ordinario que el de la penitencia, se comprende cuán meritorio sea ante Dios este estado que admite en su seno a clérigos y seglares, a vírgenes y casados de ambos sexos [13], como claramente puede deducirse de los muchos milagros obrados por algunos de sus miembros.

Convertíanse también doncellas a perpetuo celibato, entre las cuales destaca la virgen muy amada de Dios, Clara [14], la primera plantita de éstas, que —cual flor blanca y primaveral— exhaló singular fragancia, y, como rutilante estrella, irradió claros fulgores. Clara, glorificada ya en los cielos, es dignamente venerada en

[8] 2Re 6,17.
[9] Mt 9,35.
[10] 1Cor 2,13.14.
[11] Cf 1C 36 n.1.
[12] Eclo 24,23.
[13] Dejando de lado las discusiones acerca de la originalidad franciscana de la tercera orden, subrayamos la afirmación de San Buenaventura: muchos aceptaban la forma de vida predicada por San Francisco, y recibieron el nombre de Orden de los «Hermanos de la Penitencia».
[14] Tenía entonces dieciocho años. Sobre Santa Clara, cf. 1C 18 n.1.

la tierra por la Iglesia. Ella que fue hija en Cristo del pobrecillo padre San Francisco, es, a su vez, madre de las Señoras pobres.

7. Asimismo, otras muchas personas, no sólo compungidas por devoción, sino también inflamadas en el deseo de avanzar en la perfección de Cristo, renunciaban a todas las vanidades del mundo y se alistaban para seguir las huellas de Francisco; y en tal grado iban aumentando los hermanos con los nuevos candidatos que diariamente se presentaban, que bien pronto llegaron hasta los confines del orbe.

En efecto, la santa pobreza, que llevaban como su única provisión, los convertía en hombres dispuestos a toda obediencia, fuertes para el trabajo y expeditos para los viajes. Y como nada poseían sobre la tierra, nada amaban y nada temían perder en el mundo, se sentían seguros en todas partes, sin que les agobiase ninguna inquietud ni les distrajese preocupación alguna. Vivían como quienes no sufren en su espíritu turbación de ningún género, miraban sin angustias el día de mañana y esperaban tranquilos el albergue de la noche.

Es cierto que en diversas partes del mundo se les inferían atroces afrentas como a personas despreciables y desconocidas; pero el amor que profesaban al Evangelio de Cristo los hacía tan sufridos, que buscaban preferentemente los lugares donde pudiesen padecer persecución en su cuerpo más que aquellos otros donde —reconocida su santidad— recibieran gloria y honor de parte del mundo. Su misma extremada penuria de las cosas les parecía sobrada abundancia, pues —según el consejo del sabio— *en lo poco se conformaban de igual modo que en lo mucho* [15].

Como prueba de ello sirva el siguiente hecho. Habiendo llegado algunos hermanos a tierra de infieles, sucedió que un sarraceno —movido a compasión— les ofreció dinero para que pudieran proveerse del alimento necesario. Pero al ver que se negaban a recibirlo —pese a su gran pobreza— quedó altamente admirado. Averiguando después que se habían hecho pobres voluntarios por amor a Cristo y que no querían poseer dinero, sintió por ellos un afecto tan entrañable, que se ofreció a suministrarles —en la medida de sus posibilidades— todo lo que les fuera necesario.

¡Oh inestimable preciosidad de la pobreza, por cuya maravillosa virtud la bárbara fiereza de un alma sarracena se convirtió en tamaña dulzura de conmiseración! Sería, por tanto, un horrendo y detestable crimen que un cristiano llegase a pisotear esta noble margarita, cuando hasta un sarraceno la exaltó con tan gran veneración.

8. En aquel tiempo se hallaba en un hospital próximo a Asís cierto religioso de la Orden de los crucíferos llamado Morico [16].

[15] Eclo 29,30.

[16] Morico pertenecía, sin duda, a la rama italiana de los Crucíferos o religiosos de la Santa Cruz; esta rama italiana recibió de Alejandro III en 1169 una regla y constituciones. Se trataba de una orden militar; de ahí la comparación que emplea luego San Francisco.

Sufría una enfermedad tan grave y prolija, que los médicos pronosticaban muy inminente su desenlace final. Ante esta situación apurada, el enfermo acudió suplicante al varón de Dios: envió un emisario a Francisco para que le suplicara encarecidamente se dignase interceder por él ante el Señor. Accedió benignamente el santo Padre a tal petición y, después de haberse recogido en oración, tomó unas migas de pan, las mezcló con aceite extraído de la lámpara que ardía junto al altar de la Virgen y envió este mejunje al enfermo en propias manos de los hermanos, diciéndoles: «Llevad a nuestro hermano Morico esta medicina, por cuyo medio la fuerza de Cristo no sólo le devolverá por completo la salud, sino que, convirtiéndolo en robusto guerrero, le hará incorporarse para siempre en las filas de nuestra milicia».

Tan pronto como el enfermo gustó aquel antídoto, confeccionado por inspiración del Espíritu Santo, se levantó del todo sano y con tal vigor de alma y cuerpo, que, ingresando poco después en la Religión del santo varón, tuvo fuerzas para llevar en ella una vida muy austera. En efecto, cubría su cuerpo con una sola y corta túnica, debajo de la cual llevó por largo tiempo un cilicio adosado a la carne; en la comida se contentaba exclusivamente con alimentos crudos, es decir, con hierbas, legumbres y frutas; no probó durante muchos lustros ni pan ni vino; y, no obstante, se conservó siempre sano y robusto.

9. Crecían también en méritos de una vida santa los pequeñuelos de Cristo, y el olor de su buena fama —difundida por el mundo entero— atraía a multitud de personas que venían de diversas partes con ilusión de ver personalmente al santo Padre.

Entre éstos cabe destacar a un célebre compositor de canciones profanas que en atención a sus méritos había sido coronado por el emperador, y era llamado desde entonces «el rey de los versos». Se decidió, pues, a presentarse al siervo de Dios, al despreciador de los devaneos mundanales; y lo encontró mientras se hallaba predicando en un monasterio situado junto al castro de San Severino. De pronto se hizo sentir sobre él la mano de Dios. En efecto, vio a Francisco predicador de la cruz de Cristo, marcado, a modo de cruz, por dos espadas transversales muy resplandecientes; una de ellas se extendía desde la cabeza hasta los pies, la otra se alargaba desde una mano a otra, atravesando el pecho. No conocía personalmente al siervo de Cristo, pero, cuando se le mostró de aquel modo maravilloso, lo reconoció al instante. Estupefacto ante tal visión, se propuso emprender una vida mejor. Finalmente, compungido por la fuerza de la palabra de Francisco —como si le hubiera atravesado la espada del espíritu que procedía de su boca—, renunció por completo a las pompas del siglo y se unió al bienaventurado Padre, profesando en su Orden. Y viéndolo el Santo perfectamente convertido de la vida agitada del mundo a la paz de Cristo, lo llamó hermano Pacífico [17]. Avanzando después en toda santidad y antes de ser nom-

[17] El hermano Pacífico. Cf. 2C 106 n.1.

brado ministro en Francia —él fue el primero que ejerció allí este cargo—, mereció ver de nuevo en la frente de Francisco una gran *tau*, que, adornada con variedad de colores, embellecía su rostro con admirable encanto.

Se ha de notar que el Santo veneraba con gran afecto dicho signo: lo encomiaba frecuentemente en sus palabras y lo trazaba con su propia mano al pie de las breves cartas [18] que escribía, como si todo su cuidado se cifrara en *grabar el signo tau* —según el dicho profético— *sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen* [19], convertidos de veras a Cristo Jesús.

10. Con el correr del tiempo fue aumentando el número de los hermanos, y el solícito pastor comenzó a convocarlos a capítulo general en Santa María de los Angeles con el fin de asignar a cada uno —según la medida de la distribución divina— la porción que la obediencia le señalara en el campo de la pobreza. Y si bien había allí escasez de todo lo necesario y a pesar de que alguna vez se juntaron más de cinco mil hermanos [20], con el auxilio de la divina gracia no les faltó el suficiente alimento [21], les acompañó la salud corporal y rebosaban de alegría espiritual.

En lo que se refiere a los capítulos provinciales, como quiera que Francisco no podía asistir personalmente a ellos, procuraba estar presente en espíritu mediante el solícito cuidado y atención que prestaba al régimen de la Orden, con la insistencia de sus oraciones y la eficacia de su bendición, aunque alguna vez —por maravillosa intervención del poder de Dios— apareció en forma visible.

Así sucedió, en efecto, cuando en cierta ocasión el insigne predicador y hoy preclaro confesor de Cristo Antonio predicaba a los hermanos en el capítulo de Arlés acerca del título de la cruz: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos:* un hermano de probada virtud llamado Monaldo miró —por inspiración divina— hacia la puerta de la sala del capítulo, y vio con sus ojos corporales al bienaventurado Francisco, que, elevado en el aire y con las manos extendidas en forma de cruz, bendecía a sus hermanos. Al mismo tiempo se sintieron todos inundados de un consuelo espiritual tan intenso e insólito, que por iluminación del Espíritu Santo tuvieron en su interior la certeza de que se trataba de una verdadera presencia del santo Padre. Más tarde se comprobó la verdad del hecho no sólo por los signos evidentes, sino también por el testimonio explícito del mismo Santo.

[18] Al decir que trazaba la *tau* con su propia mano, quiere quizás insinuar que se servía de secretarios para redactar sus escritos aun antes de que por sus llagas hubiera quedado físicamente imposibilitado [19] Ez 9,4.

[20] Esta cifra la confirma Eccleston *(De adventu* [ed. LITTLE], p.40), como también Angel Clareno *(Expositio Regulae* ed. OLIGER [Quaracchi 1912] p.128 y 190). Jordán de Giano habla de 3.000 tan sólo *(Chronica* 16, ed. BÖHMER, p.16).

[21] Verdaderos grupos acudían de Perusa, Espoleto, Foligno, Spello y de Asís para procurar a los pobres de Cristo todo género de comestibles; traían incluso manteles y vajilla; «se consideraba feliz el que podía llevar más cosas o servirles con más diligencia» (Flor 18). El cardenal Jacobo de Vitry habla de los capítulos (cf. en este mismo volumen p.963 y 966). Cf. también Flor 18 n.1.

Se puede creer, sin duda, que la omnipotencia divina —que concedió en otro tiempo al santo obispo Ambrosio la gracia de asistir al entierro del glorioso Martín para que con su piadoso servicio venerase al santo pontífice— concediera también a su siervo Francisco poder estar presente a la predicación de su veraz pregonero Antonio para aprobar la verdad de sus palabras, sobre todo en lo referente a la cruz de Cristo, cuyo portavoz y servidor era.

11. Estando ya muy extendida la Orden, quiso Francisco que el papa Honorio le confirmara para siempre la forma de vida que había sido ya aprobada por su antecesor el señor Inocencio. Se animó a llevar adelante dicho proyecto, gracias a la siguiente inspiración que recibiera del Señor.

Parecíale que recogía del suelo unas finísimas migajas de pan que debía repartir entre una multitud de hermanos suyos famélicos que le rodeaban. Temeroso de que al distribuir tan tenues migajas se le deslizaran por las manos, oyó una voz del cielo que le dijo: «Francisco, con todas las migajas haz una hostia y da de comer a los que quieran». Hízolo así, y sucedió que cuantos no recibían devotamente aquel don o que lo menospreciaban después de haberlo tomado, aparecían todos al instante visiblemente cubiertos de lepra.

A la mañana siguiente, el Santo dio cuenta de todo ello a sus compañeros, doliéndose de no poder comprender el misterio encerrado en aquella visión. Pero, perseverando en vigilante y devota oración, sintió al otro día esta voz venida del cielo: «Francisco, las migajas de la pasada noche son las palabras del Evangelio; la hostia representa a la Regla; la lepra, a la iniquidad».

Ahora bien, queriendo Francisco —según se le había mostrado en la visión— redactar la Regla que iba a someter a la aprobación definitiva en forma más compendiosa que la vigente, que era bastante profusa a causa de numerosas citas del Evangelio, subió —guiado por el Espíritu Santo— a un monte con dos de sus compañeros [22] y allí, entregado al ayuno, contentándose tan sólo con pan y agua, hizo escribir la Regla tal como el Espíritu divino se lo sugería en la oración.

Cuando bajó del monte, entregó dicha Regla a su vicario [23] para que la guardase; y al decirle éste, después de pocos días, que se había perdido por descuido la Regla, el Santo volvió nuevamente al mencionado lugar solitario y la recompuso en seguida de forma tan idéntica a la primera como si el Señor le hubiera ido sugiriendo cada una de sus palabras. Después —de acuerdo con sus deseos— obtuvo que la confirmara el susodicho señor papa Honorio en el octavo año de su pontificado.

Cuando exhortaba fervorosamente a sus hermanos a la fiel observancia de la Regla, les decía que en su contenido nada había

[22] León y Bonicio. El lugar es Fonte Colombo.

[23] El hermano Elías. San Buenaventura pasa por alto discretamente la parte del hermano Elías en este incidente.

puesto de su propia cosecha, antes, por el contrario, la había hecho escribir toda ella según se lo había revelado el mismo Señor. Y para que quedara una constancia más patente de ello con el mismo testimonio divino, he aquí que, pasados unos pocos días, le fueron impresas, por el dedo de Dios vivo, las llagas del Señor Jesús, como si fueran una bula del sumo pontífice Cristo para plena confirmación de la Regla y recomendación de su autor, según se dirá en su debido lugar después de narrar las virtudes del Santo [24].

Capítulo V

Austeridad de vida y consuelo que le daban las criaturas

1. Viendo el varón de Dios Francisco que eran muchos los que, a la luz de su ejemplo, se animaban a llevar con ardiente entusiasmo la cruz de Cristo, enardecíase también él mismo —como buen caudillo del ejército de Cristo— por alcanzar la palma de la victoria [1] mediante el ejercicio de las más excelsas y heroicas virtudes.

Por eso tenía ante sus ojos las palabras del Apóstol: *Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias* [2]. Y con objeto de llevar en su cuerpo la armadura de la cruz, era tan rigurosa la disciplina con que reprimía los apetitos sensuales, que apenas tomaba lo estrictamente necesario para el sustento de la naturaleza, pues decía que es difícil satisfacer las necesidades corporales sin condescender con las inclinaciones de los sentidos [3]. De ahí que, cuando estaba bien de salud, rara vez tomaba alimentos cocidos [4], y, si los admitía, los mezclaba con ceniza o —como sucedía muchas veces— los hacía insípidos añadiéndoles agua.

Y ¿qué decir del uso del vino, si apenas bebía agua en suficiente cantidad cuando estaba abrasado de sed? Inventaba nuevos modos de abstinencia más rigurosa y cada día adelantaba en su ejercicio. Y, aunque hubiese alcanzado ya el ápice de la perfección, descubría siempre —como un perpetuo principiante— nuevas formas para castigar y mortificar la liviandad de la carne.

Mas cuando salía afuera, por conformarse a la palabra del Evangelio, se acomodaba en la calidad de los manjares a la gente que le hospedaba [5]; pero tan pronto como volvía a su retiro, rea-

[24] Cf. LM 13,3-8.

[1] Ap 7,2.

[2] Gál 5,24.

[3] 1C 51 dice: «Solía decir que era imposible satisfacer la necesidad sin condescender con el placer».

[4] Antigua tradición ascética: entre los anacoretas sirios, «comer un manjar cocido» se consideraba falta contra la templanza» (SAN JERÓNIMO, *Carta 27 a Eustoquio* 7).

[5] Cf. 1R 3,13 y 2R 3,14.

nudaba estrictamente su sobria abstinencia. De este modo, siendo austero consigo mismo, humano para con los demás y fiel en todo al Evangelio de Cristo, no sólo con la abstinencia, sino también con el comer, daba a todos ejemplos de edificación.

La desnuda tierra servía ordinariamente de lecho a su cuerpecillo fatigado [6]; la mayoría de las veces dormía sentado, apoyando la cabeza en un madero o en una piedra, cubierto con una corta y pobre túnica; y así servía al Señor en desnudez y en frío.

2. Preguntáronle en cierta ocasión cómo podía defenderse con vestido tan ligero [7] de la aspereza del frío invernal, y respondió lleno de fervor de espíritu: «Nos sería fácil soportar exteriormente este frío si en el interior estuviéramos inflamados por el deseo de la patria celestial».

Aborrecía la molicie en el vestido, amaba su aspereza, asegurando que precisamente por esto fue alabado Juan Bautista de labios del mismo Señor [8]. Si alguna vez notaba cierta suavidad en la túnica que se le había dado, le cosía por dentro pequeñas cuerdas, pues decía que —según la palabra del que es la verdad [9]— no se ha de buscar la suavidad de los vestidos en las chozas de los pobres, sino en los palacios de los príncipes. Ciertamente, había aprendido por experiencia que los demonios sienten terror a la aspereza, y que, en cambio, se animan a tentar con mayor ímpetu a cuantos viven en la molicie y entre delicias.

Así sucedió, en efecto, cierta noche en que, a causa de un fuerte dolor de cabeza y de ojos, le pusieron de cabecera —fuera de costumbre— una almohada de plumas. De pronto se introdujo en ella el demonio, quien de mil maneras le inquietó hasta el amanecer, estorbándole en el ejercicio de la santa oración, hasta que, llamando a su compañero, mandó que se llevara muy lejos de la celda aquella almohada juntamente con el demonio. Pero, al salir de la celda el hermano con dicha almohada, perdió las fuerzas y se vio privado del movimiento de todos sus miembros, hasta tanto que a la voz del santo Padre, que conoció en espíritu cuanto le sucedía, recobró por completo el primitivo vigor de alma y cuerpo [10].

3. Riguroso en la disciplina, estaba en continua vigilancia sobre sí mismo, prestando gran atención a conservar incólume la pureza del hombre interior y exterior. De ahí que en los comienzos de su conversión se sumergía con frecuencia durante el tiempo de invierno en una fosa llena de hielo [11], con el fin de

[6] En varios eremitorios se suelen enseñar «lechos» de San Francisco (Alverna, Greccio). Auténticos o no, son sencillamente rincones en roca desnuda y defendidos a veces de la exagerada devoción de los fieles por un enrejado.

[7] Se veneran varios hábitos de San Francisco; por ejemplo, el de la sacristía del sacro convento de Asís. Son, probablemente, auténticos y están confeccionados de lana basta clara y gris.

[8] Mt 11,8; Lc 7,25.

[9] Mt 11,8.

[10] La LP 119, en un relato más pintoresco y amplio, localiza en Greccio la historia de la almohada.

[11] IC 42 sitúa en Rivo Torto estas austeridades invernales.

someter perfectamente a su imperio al enemigo que llevaba dentro [12] y preservar intacta del incendio de la voluptuosidad la cándida vestidura de la pureza. Aseguraba que al hombre espiritual debe hacérsele incomparablemente más llevadero sufrir un intenso frío en el cuerpo que sentir en el alma el más leve ardor de la sensualidad de la carne.

4. Cuando una noche estaba entregado el Santo a la oración en una celdita del eremitorio de Sarteano, le llamó su antiguo enemigo por tres veces, diciendo: «¡Francisco, Francisco, Francisco!» Preguntóle el Santo qué quería, y prosiguió el demonio muy astutamente: «No hay pecador en el mundo que, si se arrepiente, no reciba de Dios el perdón. Pero todo el que se mata a sí mismo con una cruel penitencia, jamás hallará misericordia».

Al punto, el varón de Dios, iluminado de lo alto, conoció el engaño del demonio, que pretendía sumirle en la flojedad y tibieza. Así lo puso de manifiesto el siguiente suceso. En efecto, poco después de esto, por instigación de aquel *cuyo aliento hace arder a los carbones* [13], fue acometido por una violenta tentación carnal. Pero apenas sintió sus primeros atisbos este amante de la castidad, se despojó del hábito y comenzó a flagelarse muy fuertemente con la cuerda, diciendo: «¡Ea, hermano asno, así te conviene permanecer, así debes aguantar los azotes! El hábito está destinado al servicio de la Religión y es divisa de la santidad. No le es lícito a un hombre lujurioso apropiarse de él. Pues, si quieres ir por otro camino, ¡vete!»

Además, movido por un admirable fervor de espíritu, abrió la puerta de la celda, salió afuera al huerto y, desnudo como estaba, se sumergió en un montón de nieve [14]. A manos llenas comenzó a forjar la nieve haciendo con ella siete figuras. Y, presentándoselas a sí mismo, hablaba de este modo a sus sentimientos naturales: «Mira, esta figura mayor es tu mujer; estas otras cuatro son tus dos hijos y tus dos hijas; las dos restantes, el criado y la criada que conviene tengas para tu servicio. Ahora, pues, date prisa en vestirlos, que se están muriendo de frío. Pero, si te resulta gravosa la múltiple preocupación por los mismos, entrégate con toda solicitud a servir sólo a Dios». Al instante desapareció vencido el tentador y el santo varón regresó victorioso a la celda; pues si externamente padeció un frío tan atroz, en su interior se apagó de tal suerte el ardor libidinoso, que en adelante no llegó a sentir nada semejante.

Un hermano, que entonces estaba haciendo oración, fue testigo ocular de todo lo sucedido gracias al resplandor de la luna, en fase creciente. Enterado de ello el varón de Dios, le reveló todo

[12] De una manera gráfica ilustra aquí San Francisco la teoría que había presentado en Adm 10.

[13] Job 41,12.

[14] A algunos kilómetros al sudoeste de Chiusi y del lago Trasimeno, en la provincia de Siena, distrito de Montepulciano; a más de 300 metros de altura y al pie de montes que rebasan los 1.000 metros; la nieve suele ser allí copiosa.

el proceso de la tentación, ordenándole al mismo tiempo que mientras él viviera no revelase a nadie lo que había visto aquella noche.

5. Enseñaba que no sólo se deben mortificar los vicios de la carne y frenar sus incentivos, sino que también deben guardarse con suma vigilancia los sentidos exteriores, por los que entra la muerte en el alma. Recomendaba evitar con gran cautela las familiaridades, conversaciones y miradas de las mujeres, que para muchos son ocasión de ruina, asegurando que a consecuencia de ello suelen claudicar los espíritus débiles y quedan con frecuencia debilitados los fuertes. Y añadía que el que trata con ellas —a excepción de algún hombre de muy probada virtud—, difícilmente evitará su seducción, pues —según la Escritura— es como *caminar sobre brasas y no quemarse la planta de los pies* [15].

Por eso, él mismo de tal suerte *apartaba sus ojos para no ver la vanidad* [16], que manifestó en cierta ocasión a un compañero suyo que no reconocería casi a ninguna mujer por las facciones de su rostro [17]. Creía, en efecto, peligroso grabar en la mente la imagen de sus formas, que fácilmente pueden reavivar la llama libidinosa de la carne ya domada o también mancillar el brillo de un corazón puro.

Afirmaba, de igual modo, ser una frivolidad conversar con las mujeres, excepto el caso de la confesión o de una brevísima instrucción referente a la salvación y a una vida honesta. «¿Qué asuntos —decía— tendrá que tratar un religioso con una mujer, si no es el caso de que ésta le pida la santa penitencia o un consejo de vida más perfecta? A causa de una excesiva confianza, uno se precave menos del enemigo; y, si éste consigue apoderarse de un solo cabello del hombre, pronto lo convierte en una viga».

6. Enseñaba, asimismo, la necesidad de evitar a toda costa la ociosidad, sentina de todos los malos pensamientos; y demostraba con su ejemplo cómo debe domarse la carne rebelde y perezosa mediante una continua disciplina y una actividad provechosa [18]. De ahí que llamaba a su cuerpo con el nombre de hermano asno, al que es preciso someterle a cargas pesadas, castigarlo con frecuentes azotes y alimentarlo con vil pienso.

Si veía a alguno entregado a la ociosidad y vagabundeo, pretendiendo comer a costa del trabajo de los demás, pensaba que se le debía llamar hermano mosca, pues ese tal, que no hace nada bueno y estropea las obras buenas de los demás, se convierte para todos en una persona vil y detestable. Por eso dijo en alguna ocasión: «Quiero que mis hermanos trabajen y se ejerciten en alguna ocupación, no sea que, entregados a la ociosidad, sean arrastrados a deseos o conversaciones malas».

[15] Prov 6,27s. [16] Sal 118,37.

[17] Cf. 2C 112 n.3.

[18] Lo que no quiere decir que sea necesariamente manual. Según el mismo San Buenaventura, San Francisco no hubiera ganado con todo su trabajo el equivalente a 12 denarios (*Espístola de tribus quaestionibus:* Opera omnia 8 [1898] p.334). Véase, no obstante, el episodio del vaso (LM 10,6).

Quería que sus hermanos observaran el silencio evangélico, es decir, que se abstuvieran siempre solícitamente de toda palabra ociosa, teniendo conciencia de que de ello *se ha de rendir cuenta en el día del juicio* [19]. Y si encontraba a algún hermano habituado a palabras inútiles, lo reprendía con acritud. Afirmaba que la modesta taciturnidad guarda puro el corazón y es una virtud de no pequeña valía, puesto que —como está escrito— *la vida y la muerte están en poder de la lengua* [20], no tanto por razón del gusto como por ser el órgano de la palabra.

7. Y aunque el Santo animaba con todo su empeño a los hermanos a llevar una vida austera, sin embargo, no era partidario de una severidad intransigente, que no se reviste de entrañas de misericordia ni está sazonada con la sal de la discreción. Prueba de ello es el siguiente hecho:

Cierta noche, un hermano —entregado en demasía al ayuno— se sintió atormentado con un hambre tan terrible, que no podía hallar reposo alguno. Dándose cuenta el piadoso pastor del peligro que acechaba a su ovejuela, llamó al hermano, le puso delante unos manjares y —para evitarle toda posible vergüenza— comenzó él mismo a comer primero, invitándole dulcemente a hacer otro tanto. Depuso el hermano la vergüenza y tomó el alimento necesario, sintiéndose muy confortado, porque, gracias a la circunspecta condescendencia del pastor, había no sólo superado el desvanecimiento corporal, sino también recibido no pequeño ejemplo de edificación.

A la mañana siguiente, el varón de Dios convocó a sus hermanos y les refirió lo sucedido a la noche, añadiéndoles esta prudente amonestación: «Hermanos, que os sirva de ejemplo en este caso no tanto el alimento como la caridad». Les enseñó además a guardar la discreción, como reguladora que es de las virtudes; pero no la discreción que sugiere la carne, sino la que enseñó Cristo, cuya vida sacratísima consta que es un preclaro ejemplo de perfección [21].

8. Pero como quiera que al hombre, rodeado de la debilidad de la carne, no le es posible seguir perfectamente al Cordero sin mancilla muerto en la cruz sin que al mismo tiempo contraiga alguna mancha, aseguraba como verdad indiscutible que cuantos se afanan por la vida de perfección deben todos los días purificarse en el baño de las lágrimas. El mismo Francisco —aunque había ya conseguido una admirable pureza de alma y cuerpo—, con todo, no cesaba de lavar constantemente con copiosas lágrimas los ojos interiores, no importándole mucho el menoscabo que a consecuencia de ello pudieran sufrir sus ojos corporales. Y como hubiese contraído, por el continuo llanto, una gravísima enfermedad de la vista, le advirtió el médico que se abstuviera de

[19] Cf. Mt 12,36.

[20] Prov 18,21. Respecto a las penitencias establecidas por San Francisco para quienes faltaban al silencio o a la modestia, cf. 2C 160; LP 107; EP 82.

[21] La LP 50 coloca el episodio en Rivo Torto.

llorar, si no quería quedar completamente ciego; mas el Santo le replicó: «Hermano médico, por mucho que amemos la vista, que nos es común con las moscas, no se ha de desechar en lo más mínimo la visita de la luz eterna, porque el espíritu no ha recibido el beneficio de la luz por razón de la carne, sino la carne por causa del espíritu». Prefería, en efecto, perder la luz de la vista corporal antes que reprimir la devoción del espíritu y dejar de derramar lágrimas, con las que se limpia el ojo interior para poder ver a Dios.

9. Ante el consejo de los médicos [22] y las reiteradas instancias de los hermanos, que le persuadían a someterse al cauterio, se doblegó humildemente el varón de Dios, porque pensaba que dicha operación no sólo sería saludable para el cuerpo, sino desagradable para la naturaleza [23].

Así, pues, llamaron al cirujano, el cual, tan pronto como vino, puso al fuego el instrumento de hierro para realizar el cauterio. Mas el siervo de Cristo, tratando de confortar su cuerpo, estremecido de horror, comenzó a hablar así con el fuego, como si fuera un amigo suyo: «Mi querido hermano fuego, el Altísimo te ha creado poderoso, bello y útil [24], comunicándote una deslumbrante presencia que querrían para sí todas las otras criaturas. ¡Muéstrate propicio y cortés conmigo en esta hora! Pido al gran Señor que te creó tempere en mí tu calor, para que, quemándome suavemente, te pueda soportar».

Terminada esta oración, hizo la señal de la cruz sobre el instrumento de hierro incandescente, y desde entonces se mantuvo valiente.

Penetró a todo crujir el hierro en aquella carne delicada, extendiéndose el cauterio desde el oído hasta las cejas. El mismo Santo expresó del siguiente modo el dolor que le había producido el fuego: «Alabad al Altísimo —dijo a sus hermanos—, pues, a decir verdad, no he sentido el ardor del fuego ni he sufrido dolor alguno en el cuerpo». Y dirigiéndose al médico añadió: «Si no está bien quemada la carne, repite de nuevo la operación». Al observar el médico la presencia, en aquel cuerpo endeble, de una fuerza tan poderosa del espíritu, quedó profundamente maravillado, y no pudo menos de manifestar que se trataba de un verdadero milagro de Dios, diciendo: «Os aseguro, hermanos, que hoy he visto maravillas».

Y como había llegado a tan alto grado de pureza que, en admirable armonía, la carne se rendía al espíritu, y éste, a su vez, a Dios, sucedió por designio divino que *la criatura que sirve a su*

[22] Humildemente, es decir, con espíritu de obediencia, ya que Celano asegura (1C 98) que el hermano Elías, a la sazón ministro general, había suplicado al Santo que no repudiara por más tiempo las ayudas de la medicina. San Buenaventura omite su nombre, porque entonces era objeto de acaloradas discusiones.

[23] El EP 115 sitúa el hecho en Fonte Colombo, cerca de Rieti.

[24] Nótese esta especie de extracto del *Cántico de las criaturas*, del que San Buenaventura no habla explícitamente en ninguna parte.

Hacedor [25] se sometiera de modo tan maravilloso a la voluntad e imperio del Santo.

10. En otra ocasión, el siervo de Dios se hallaba muy gravemente enfermo en el eremitorio de San Urbano [26], y, sintiendo el desfallecimiento de la naturaleza, pidió un vaso de vino. Al responderle que les era imposible acceder a su deseo, puesto que no había allí ni una gota de vino, ordenó que se le trajera agua. Una vez presentada, la bendijo haciendo sobre ella la señal de la cruz. De pronto, lo que había sido pura agua, se convirtió en óptimo vino, y lo que no pudo ofrecer la pobreza de aquel lugar desértico, lo obtuvo la pureza del santo varón. Apenas gustó el vino, se recuperó con tan gran presteza, que la novedad del sabor y la salud restablecida —fruto de una acción renovadora sobrenatural en el agua y en el que la gustó— confirmaron con doble testimonio cuán perfectamente estaba el Santo despojado del hombre viejo y revestido del nuevo.

11. Pero no sólo se sometían las criaturas a la voluntad del siervo de Dios, sino que la misma providencia del Creador condescendía con sus deseos doquiera que se encontrara.

Cierta vez, por ejemplo, en que estaba abrumado su cuerpo por la presencia de tantas enfermedades, sintió vivos deseos de oír los acordes de algún instrumento músico para alegrar su espíritu; y, pensando que no sería correcto ni conveniente interviniera en ello alguna persona humana, he aquí que acudieron los ángeles a brindarle este obsequio y satisfacer su ilusión. En efecto, mientras estaba velando cierta noche, puesto el pensamiento en el Señor, de repente oyó el sonido de una cítara de admirable armonía y melodía suavísima. No se veía a nadie, pero las variadas tonalidades que percibía su oído insinuaban la presencia de un citarista que iba y venía de un lado a otro. Fijo su espíritu en Dios, fue tan grande la suavidad que sintió a través de aquella dulce y armoniosa melodía, que se imaginó haber sido transportado al otro mundo [27].

No permaneció esto oculto a los más íntimos de sus compañeros, quienes frecuentemente observaban, mediante indicios ciertos, que Francisco era visitado por Dios con extraordinarias y frecuentes consolaciones en tal grado, que no las podía ocultar del todo.

12. Sucedió también en otra ocasión que, viajando el varón de Dios con un compañero suyo, con motivo de predicación, entre Lombardía y la Marca Trevisana, junto al río Po, les sorprendió la espesa oscuridad de la noche. El camino que debían recorrer era sumamente peligroso a causa de las tinieblas, el río y los

[25] Sab 16,24.

[26] El eremitorio del Speco San Urbano está ubicado a pocos kilómetros al sudeste de Narni. Es uno de los eremitorios, en que vivió San Francisco, mejor conservados.

[27] La LP 66 sitúa el episodio en Rieti, en casa de Tabaldo «el Sarraceno», médico que atendió a San Francisco. Cf. también 2C 126.

pantanos. Viéndose en tal situación apurada, dijo el compañero al Santo: «Haz oración, Padre, para que nos libremos de los peligros que nos acechan». Respondióle el varón de Dios lleno de una gran confianza: «Poderoso es Dios, si place a su bondad, para disipar las sombrías tinieblas y derramar sobre nosotros el don de la luz».

Apenas había terminado de decir estas palabras, cuando de pronto —por intervención divina— comenzó a brillar en torno suyo una luz tan esplendente, que, siendo oscura la misma noche en otras partes, al resplandor de aquella claridad distinguían no sólo el camino sino también otras muchas cosas que estaban a su alrededor. Guiados materialmente y reconfortados en el espíritu por esta luz, después de haber recorrido gran trecho del camino entre cantos y alabanzas divinas, llegaron por fin sanos y salvos al lugar de su hospedaje.

Pondera, pues, qué niveles tan maravillosos de pureza y de virtud alcanzó este hombre, a cuyo imperio modera su ardor el fuego, el agua cambia de sabor, las melodías angélicas le proporcionan consuelo y la luz divina le sirve de guía en el camino. Todo ello parece indicar que la máquina entera del mundo estaba puesta al servicio de los sentidos santificados de este varón santo.

Capítulo VI

Humildad y obediencia del Santo y condescendencia de Dios a sus deseos

1. La humildad, guarda y decoro de todas las virtudes, llenó copiosamente el alma del varón de Dios. En su opinión, se reputaba un pecador, cuando en realidad era espejo y preclaro ejemplo de toda santidad. Sobre esta base trató de levantar el edificio de su propia perfección, poniendo —cual sabio arquitecto— el mismo fundamento que había aprendido de Cristo. Solía decir que el hecho de descender el Hijo de Dios desde la altura del seno del Padre hasta la bajeza de la condición humana tenía la finalidad de enseñarnos —como Señor y Maestro, mediante su ejemplo y doctrina— la virtud de la humildad.

Por eso, como fiel discípulo de Cristo, procuraba envilecerse ante sus ojos y en presencia de los demás, recordando el dicho del soberano Maestro: *Lo que los hombres tienen por sublime, es abominación ante Dios* [1]. Solía decir también estas palabras: «Lo que es el hombre delante de Dios, eso es, y no más».

De ahí que juzgara ser una necedad envanecerse con la aprobación del mundo, y, en consecuencia, se alegraba en los oprobios y se entristecía en las alabanzas. Prefería oír de sí más

[1] Lc 16,15.

bien vituperios que elogios, consciente de que aquéllos le impulsaban a enmendarse, mientras que éstos podían serle causa de ruina. Y así, muchas veces, cuando la gente enaltecía los méritos de su santidad, ordenaba a algún hermano que repitiese insistentemente a sus oídos palabras de vilipendio en contra de las voces de alabanza. Y cuando el hermano —si bien muy a pesar suyo— le llamaba rústico, mercenario, inculto e inútil, lleno de íntima alegría, que se reflejaba en su rostro, le respondía: «Que el Señor te bendiga, hijo carísimo, porque lo que dices es la pura verdad, y tales son las palabras que debe oír el hijo de Pedro Bernardone».

2. Y, con objeto de hacerse despreciable a los ojos de los demás, no se avergonzaba de manifestar ante todo el pueblo sus propios defectos en la predicación.

Sucedió una vez que, abrumado por la enfermedad, tuvo que mitigar algo el rigor de la abstinencia con el fin de recobrar la salud. Mas, apenas recobró un tanto las fuerzas corporales, el verdadero despreciador de sí mismo, llevado por el deseo de humillar su persona, se dijo: «No está bien que el pueblo me tenga por penitente, cuando yo me refocilo ocultamente a base de carne». Levantóse, pues, al instante, inflamado en el espíritu de la santa humildad, y —convocado el pueblo en la plaza de la ciudad de Asís— entró solemnemente en la iglesia catedral acompañado de muchos hermanos que había llevado consigo. Iba con una soga atada al cuello y sin más vestido que los calzones. En esa forma se hizo conducir, a la vista de todos, a la piedra donde se solía colocar a los malhechores para ser castigados. Subido a ella, no obstante ser víctima de fiebres cuartanas y de una gran debilidad corporal y bajo la acción de un frío intenso, predicó con gran vigor de ánimo, diciendo a los oyentes que no debían venerarle como a un hombre espiritual, antes, por el contrario, todos deberían despreciarlo como a carnal y glotón.

Ante semejante espectáculo quedaron atónitos los congregados en la iglesia, y como tenían bien comprobada la austeridad de su vida, devotos y compungidos, proclamaban que tal humildad era digna, más bien, de ser admirada que imitada. Y aunque este hecho, más que ejemplo, parece *un portento* semejante al que narra el vaticinio profético [2], queda ahí como verdadero documento de perfecta humildad, por el que todo seguidor de Cristo es instruido en la forma de despreciar los honores y alabanzas efímeras, a reprimir la altanería y jactancia, a desechar la mentira de una falsa hipocresía [3].

3. Solía realizar otras muchas acciones similares a ésta con objeto de aparecer al exterior como un vaso de perdición; si bien en su interior poseía el espíritu de una alta santidad. Procuraba esconder en lo más recóndito de su pecho los bienes recibidos del Señor, no queriendo exponerlos a una gloria que pudiera serle

[2] Is 20,3.

[3] 1C 52 y LP 80. Celano anota que el «pecado» de Francisco había consistido en comer un pedazo de pollo.

ocasión de ruina. De hecho, cuando con frecuencia era ensalzado por muchos como santo, solía expresarse así: «No me alabéis como si estuviera ya seguro, que todavía puedo tener hijos e hijas [4]. Nadie debe ser alabado mientras es incierto su desenlace final [5]».

De este modo respondía a los que lo elogiaban; hablando, empero, consigo mismo, se decía: «Francisco, si el Altísimo le hubiera concedido al ladrón más perdido los beneficios que te ha hecho a ti, sin duda que sería mucho más agradecido que tú».

Repetía frecuentemente a sus hermanos la siguiente consideración: «Nadie debe complacerse con los falsos aplausos que le tributan por cosas que puede realizar también un pecador. Este —decía— puede ayunar, hacer oración, llorar sus pecados y macerar la propia carne. Una sola cosa está fuera de su alcance: permanecer fiel a su Señor. Por tanto, hemos de cifrar nuestra gloria en devolver al Señor su honor y en atribuirle a El —sirviéndole con fidelidad— los dones que nos regala [6]».

4. Con el fin de aprovechar de mil variadas formas y hacer meritorios todos los momentos de la vida presente, este mercader evangélico [7] prefirió ser súbdito que presidir, obedecer antes que mandar. Por eso, al renunciar al oficio de ministro general, pidió se le concediera un guardián, a cuya voluntad estuviera sujeto en todo. Aseguraba ser tan copiosos los frutos de la santa obediencia, que cuantos someten el cuello a su yugo están en continuo aprovechamiento. De ahí que acostumbraba prometer siempre obediencia al hermano que solía acompañarle y la observaba fielmente.

A este respecto dijo en cierta ocasión a sus compañeros: «Entre las gracias que el bondadoso Señor se ha dignado concederme, una es la de estar dispuesto a obedecer con la misma diligencia al novicio de una hora —si me fuere dado como guardián— que al hermano más antiguo y discreto. El súbdito —añadía— no debe mirar en su prelado tanto al hombre como a Aquel por cuyo amor se ha entregado a la obediencia. Cuanto más despreciable es la persona que preside, tanto más agradable a Dios es la humildad del que obedece».

Preguntáronle en cierta ocasión quién debía ser tenido, a su juicio, por verdadero obediente, y él por toda respuesta les propuso como ejemplo la imagen del cadáver: «Tomad —les dijo— un cadáver y colocadlo donde os plazca. Veréis que no se opone si se le mueve, ni murmura por el sitio que se le asigna, ni reclama si es que se le retira. Si lo colocáis sobre una cátedra, no mirará arriba, sino abajo; si lo vestís de púrpura, doblemente se acentuará su palidez. Así es —añadió— el verdadero obediente: no

[4] La misma reflexión en 2C 133 y LP 10.
[5] Eclo 11,30.
[6] Idéntica doctrina en Adm 2 y 5.
[7] El mercader que ha dado con una perla y liquida todo su haber para poder comprarla (Mt 13,45).

juzga por qué le trasladan de una parte a otra; no se preocupa del lugar donde vaya a ser colocado ni insiste en que se le cambie de sitio; si es promovido a un alto cargo, mantiene su habitual humildad; cuanto más honrado se ve, tanto más indigno se siente [8]».

5. Dijo una vez a su compañero: «No me consideraría verdadero hermano menor si no me encontrare en el estado de ánimo que te voy a describir. Figúrate que, siendo yo prelado, voy a capítulo y en él predico y amonesto a mis hermanos, y al fin de mis palabras éstos dicen contra mí: 'No conviene que tú seas nuestro prelado, pues eres un hombre sin letras, que no sabe hablar, idiota y simple'. Y, por último, me desechan ignominiosamente, vilipendiado de todos. Te digo que, si no oyere estas injurias con idéntica serenidad de rostro, con igual alegría de ánimo y con el mismo deseo de santidad que si se tratara de elogios dirigidos a mi persona, no sería en modo alguno hermano menor». Y añadía: «En la prelacía acecha la ruina; en la alabanza, el precipicio; pero en la humildad del súbdito es segura la ganancia del alma. ¿Por qué, pues, nos dejamos arrastrar más por los peligros que por las ganancias, siendo así que se nos ha dado este tiempo para merecer?»

De ahí que Francisco, ejemplo de humildad, quiso que sus hermanos se llamaran *menores,* y los prelados de su Orden, *ministros,* para usar la misma nomenclatura del Evangelio [9], cuya observancia había prometido [10], y a fin de que con tal nombre se percataran sus discípulos de que habían venido a la escuela de Cristo humilde para aprender la humildad. En efecto, el maestro de la humildad, Cristo Jesús, para formar a sus discípulos en la perfecta humildad, dijo: *El que quiera ser entre vosotros el mayor, sea vuestro servidor, y el que entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro esclavo* [11].

Un día, el señor Ostiense —protector y promotor principal de la Orden de los Hermanos Menores, que más tarde, según le había predicho el Santo, fue elevado a la categoría de sumo pontífice bajo el nombre de Gregorio IX— preguntó a Francisco si le agradaba que fueran promovidos sus hermanos a las dignidades eclesiásticas. Este le respondió: «Señor, mis hermanos se llaman menores precisamente para que no presuman hacerse mayores. Si queréis que den fruto en la Iglesia de Dios, mantenedlos en el estado de su vocación y no permitáis en modo alguno que sean ascendidos a las prelacías eclesiásticas».

[8] Cf. EP 48.

[9] El Evangelio dice en efecto: *El mayor entre vosotros sea como el menor* (Lc 22,26), de donde el nombre de *hermanos menores; El que quiere llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor* (Mt 20,26), de donde el nombre de *ministro* dado a los superiores. Estos dos textos los cita San Francisco en la 1R 5,14-15. En sentido sociológico, en la Edad Media recibían el nombre de *minores* los que pertenecían al pueblo bajo.

[10] Es a lo que se compromete el hermano menor al profesar la Regla: «La regla y vida de los hermanos menores es ésta: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucrito» (2R 1,1). [11] Mt 20,26-27.

6. Y como quiera que, tanto en sí como en todos sus súbditos, prefería Francisco la humildad a los honores, Dios —que ama a los humildes— lo juzgaba digno de los puestos más encumbrados, según le fue revelado en una visión celestial a un hermano, varón de notable virtud y devoción [12]. Iba dicho hermano acompañando al Santo, y, al orar con él muy fervorosamente en una iglesia abandonada [13], fue arrebatado en éxtasis, y vio en el cielo muchos tronos, y entre ellos uno más relevante, adornado con piedras preciosas y todo resplandeciente de gloria. Admirado de tal esplendor, comenzó a averiguar con ansiosa curiosidad a quién correspondería ocupar dicho trono. En esto oyó una voz que le decía: «Este trono perteneció a uno de los [ángeles] caídos, y ahora está reservado para el humilde Francisco».

Vuelto en sí de aquel éxtasis, siguió acompañando —como de costumbre— al Santo, que había salido ya afuera. Prosiguieron el camino, hablando entre sí de cosas de Dios; y aquel hermano, que no estaba olvidado de la visión tenida, preguntó disimuladamente al Santo qué es lo que pensaba de sí mismo. El humilde siervo de Cristo le hizo esta manifestación: «Me considero como el mayor de los pecadores». Y como el hermano le replicase que en buena conciencia no podía decir ni sentir tal cosa, añadió el Santo: «Si Cristo hubiera usado con el criminal más desalmado la misericordia que ha tenido conmigo, estoy seguro que éste le sería mucho más agradecido que yo».

Al escuchar una respuesta de tan admirable humildad, aquel hermano se confirmó en la verdad de la visión que se le había mostrado y comprendió lo que dice el santo Evangelio [14]: que el verdadero humilde será enaltecido a una gloria sublime, de la que es arrojado el soberbio.

7. En otra ocasión en que Francisco oraba en una iglesia desierta de Monte Casale, en la provincia de Massa [15], conoció por inspiración divina que había allí depositadas unas sagradas reliquias. Al advertir —no sin dolor— que dichas reliquias habían permanecido por mucho tiempo privadas de la debida veneración, mandó a sus hermanos que las trasladasen reverentemente a su propio lugar. Pero, habiéndose ausentado de sus hijos por una causa apremiante, éstos olvidaron el mandato del Padre, descuidando el mérito de la obediencia. Mas un día en que quisieron celebrar los sagrados misterios, al remover el mantel superior del altar, encontraron, con gran admiración, unos huesos muy hermosos que exhalaban una fragancia suavísima, y contemplaron aquellas reliquias, que habían sido llevadas allí no por mano hu-

[12] Según la tradición, el hermano Pacífico. Cf. 2C 106 n.1.

[13] El EP 59 y 60 señala como lugar del episodio la pequeña iglesia de Bovara.

[14] Mt 23,12.

[15] El eremitorio de Monte Casale es localizado por Celano (2C 202), y aquí por San Buenaventura, en la provincia de Massa. Está situado a pocos kilómetros de Borgo San Sepolcro. Era uno de los lugares de paso de San Francisco en su itinerario de Asís al Alverna. Cf. AF 10 p.246 n.2.

mana, sino por una poderosa intervención divina. Vuelto poco después el devoto varón de Dios, comenzó a indagar diligentemente si se habían cumplido sus disposiciones respecto a las reliquias. Confesaron humildemente los hermanos su culpa de haber descuidado el cumplimiento de dicha obediencia, por lo cual obtuvieron el perdón, juntamente con una penitencia. Y dijo el Santo: «Bendito el Señor Dios mío, que se dignó hacer por sí mismo lo que vosotros debíais haber hecho».

Considera atentamente el solícito cuidado que tiene la divina Providencia respecto al polvo de nuestro cuerpo y reconoce, por otra parte, la excelencia de la virtud del humilde Francisco ante los ojos de Dios, pues el Señor condescendió con los deseos del Santo, a cuyos mandatos no se había sometido el hombre.

8. Llegado un día a Imola [16], se presentó ante el obispo de la ciudad y humildemente le suplicó le diera su beneplácito para convocar al pueblo y predicarle la palabra de Dios. El obispo le respondió con aspereza: «Me basto yo, hermano, para predicar a mi pueblo».

Inclinó la cabeza el verdadero humilde y salió afuera; mas al poco tiempo volvió a entrar. Al verlo de nuevo en su presencia, el obispo le preguntó, algo turbado, qué es lo que quería; a lo que respondió Francisco con un corazón y un tono de voz que rezumaban humildad: «Señor, si un padre despide por una puerta a su hijo, éste debe volver a entrar por otra».

Vencido por semejante humildad, el obispo, con una gran alegría que se reflejaba en su rostro, le dio un abrazo, diciéndole: «Tú y todos tus hermanos tenéis en adelante licencia general para predicar en mi diócesis, pues bien se merece esta concesión tu santa humildad».

9. Sucedió también que en cierta ocasión llegó Francisco a Arezzo cuando toda la ciudad se hallaba agitada por unas luchas internas tan espantosas, que amenazaban hundirla en una próxima ruina.

Alojado en el suburbio, vio sobre la ciudad unos demonios que daban brincos de alegría y azuzaban los ánimos perturbados de los ciudadanos para lanzarse a matar unos a otros. Con el fin de ahuyentar aquellas insidiosas potestades aéreas, envió delante de sí —como mensajero— al hermano Silvestre, varón de columbina simplicidad, diciéndole: «Marcha a las puertas de la ciudad y, de parte de Dios omnipotente, manda a los demonios, por santa obediencia, que salgan inmediatamente de allí».

Apresúrase el verdadero obediente a cumplir las órdenes del Padre, y, prorrumpiendo en alabanzas ante la presencia del Señor, llegó a la puerta de la ciudad y se puso a gritar con voz potente: «¡De parte de Dios omnipotente y por mandato de su siervo Francisco, marchaos lejos de aquí, demonios todos!»

Al punto quedó apaciguada la ciudad, y sus habitantes, en

[16] Imola es una ciudad a 34 kilómetros al sudeste de Bolonia.

medio de una gran serenidad, volvieron a respetarse mutuamente en sus derechos cívicos [17]. Expulsada, pues, la furiosa soberbia de los demonios —que tenían como asediada la ciudad— por intervención de la sabiduría de un pobre, es decir, de la humildad de Francisco, tornó la paz y se salvó la ciudad. En efecto, por los méritos de sus heroicas virtudes de humildad y obediencia había conseguido Francisco un dominio tan grande sobre aquellos espíritus rebeldes y protervos, que le fue dado reprimir su feroz arrogancia y desbaratar sus importunos y violentos asaltos.

10. Es cierto que los soberbios demonios huyen de las excelsas virtudes de los humildes, fuera de aquellos casos en que la divina clemencia permite que éstos sean abofeteados para guarda de su humildad, como de sí mismo escribe el apóstol Pablo [18]. y Francisco llegó a probarlo por propia experiencia.

Así sucedió, en efecto, cuando fue invitado por el señor León, cardenal de la Santa Cruz [19], a permanecer por algún tiempo consigo en Roma. El Santo condescendió humildemente con sus deseos movido por la reverencia y amor que le profesaba. Mas he aquí que la primera noche, cuando después de la oración quiso entregarse al descanso, se presentaron los demonios en plan de atacar ferozmente al caballero de Cristo, al que le azotaron tan duramente y por tan largo espacio de tiempo, que le dejaron medio muerto. Apenas huyeron los demonios, el Santo llamó a su compañero, a quien refirió todo lo sucedido, y añadió después: «Pienso, hermano, que el hecho de haberme atacado tan cruelmente en esta ocasión los demonios —que nada pueden hacer fuera de lo que la divina Providencia les permite— es una prueba de que no causa buena impresión mi estancia en la curia de los grandes. Mis hermanos, que moran en lugares pobrecillos [20], al enterarse de que estoy viviendo con los cardenales, quizás vayan a sospechar que me ocupo de asuntos mundanos, que me dejo llevar de los honores y que lo estoy pasando muy bien. Por lo cual, juzgo ser mejor que el que está puesto para ejemplo de los demás huya de las curias y viva humildemente entre los humildes en lugares humildes, para fortalecer el ánimo de los que sufren penuria, compartiéndola también él mismo».

Así que, a la mañana siguiente, el Santo presenta humildemente sus excusas y se despide del cardenal juntamente con su compañero.

11. Si grande era, en verdad, el aborrecimiento que el Santo tenía a la soberbia, origen de todos los males, y a su pésima prole, la desobediencia, no era menor el aprecio que sentía por la humildad y penitencia.

[17] Todavía hoy, al sur de la villa de Arezzo se señala la capilla que rememora este hecho. La muralla se encontraba a unos cientos de metros, más o menos donde se encuentra el ferrocarril.

[18] 2Cor 12,7. [19] Cf. 2C 119 n.1.

[20] La palabra *locus* es la usada por las fuentes franciscanas para designar las moradas sencillas y provisionales de los primeros tiempos. Sólo más tarde adquirió el significado de convento.

Sucedió una vez que le presentaron un hermano que había cometido alguna falta contra la obediencia, a fin de que se le aplicara un justo castigo. Mas, viendo el varón de Dios que aquel hermano daba señales evidentes de un sincero arrepentimiento, en atención a su humildad, se sintió movido a perdonarle la desobediencia. Con todo, para que la facilidad del perdón no se convirtiera para otros en incentivo de transgresión, mandó que le quitasen al hermano la capucha y la arrojasen al fuego, dando con ello a entender cuán grave castigo merece toda falta de obediencia. Después que la capucha estuvo un tiempo en medio de las llamas, ordenó que la sacaran del fuego y se la restituyesen al hermano humildemente arrepentido. Y ¡oh prodigio! Sacaron la capucha de en medio de las llamas, sin que se hallara en ella el menor rastro de quemadura. Con tan singular milagro aprobaba el Señor la virtud y la humildad de la penitencia del santo varón [21].

Es, pues, digna de ser imitada la humildad de Francisco, que ya en la tierra consiguió la maravillosa prerrogativa de rendir al mismo Dios a sus deseos, de cambiar la disposición afectiva de un hombre, de avasallar con su mandato la protervia de los demonios y refrenar con un simple gesto de su voluntad la voracidad de las llamas.

Ciertamente, ésta es la virtud que exalta a los que la poseen [22], y, al par que muestra a todos la reverencia debida, se hace digna de que todos la honren.

Capítulo VII

Amor a la pobreza y admirable solución en casos de penuria

1. Entre los diversos dones y carismas que obtuvo Francisco del generoso Dador de todo bien, destaca, como una prerrogativa especial, el haber merecido crecer en las riquezas de la simplicidad mediante su amor a la altísima pobreza.

Considerando el Santo que esta virtud había sido muy familiar al Hijo de Dios y al verla ahora rechazada casi en todo el mundo, de tal modo se determinó a desposarse [1] con ella mediante los lazos de *un amor eterno* [2], que por su causa no sólo abandonó al padre y a la madre, sino que también se desprendió de todos los bienes que pudiera poseer. No hubo nadie tan ávido

[21] San Buenaventura habla aquí mucho más largo y tendido que 2C 154. ¿Había podido entrevistar directamente a la víctima durante su viaje de información por Italia?

[22] Según la sentencia evangélica de Mt 23,12; Lc 14,11; 18,14.

[1] Fue Celano el primero que habló de desposorios de Francisco con la pobreza (2C 55.72.82). Aquí San Buenaventura expresa la misma idea, utilizando el verbo «desposar» y citando los términos que Gén 2,24 emplea al hablar del matrimonio. Cf. *Introducción* al *Sacrum commercium* en este mismo volumen, p.931 .

[2] Jer 31,3.

de oro como él de la pobreza, ni nadie fue jamás tan solícito en guardar un tesoro como él en conservar esta margarita evangélica [3]. Nada había que le alterase tanto como el ver en sus hermanos algo que no estuviera del todo conforme con la pobreza. De hecho, respecto a su persona, se consideró rico con una túnica, la cuerda y los calzones desde el principio de la fundación de la Religión hasta su muerte y vivió contento con eso sólo [4].

Frecuentemente evocaba —no sin lágrimas— la pobreza de Cristo Jesús y de su madre; y como fruto de sus reflexiones afirmaba ser la pobreza la reina de las virtudes, pues con tal prestancia había resplandecido en el Rey de los reyes y en la Reina, su madre [5].

Por eso, al preguntarle los hermanos en una reunión cuál fuera la virtud con la que mejor se granjea la amistad de Cristo, respondió como quien descubre un secreto de su corazón: «Sabed, hermanos, que la pobreza es el camino especial de salvación, como que fomenta la humildad y es raíz de la perfección, y sus frutos —aunque ocultos— son múltiples y variados. Esta virtud es el *tesoro escondido del campo* evangélico [6], por cuya adquisición merece la pena vender todas las cosas, y las que no pueden venderse han de estimarse por nada en comparación con tal tesoro».

2. Decía también: «El que quiera llegar a la cumbre de esta virtud debe renunciar no sólo a la prudencia del mundo, sino también —en cierto sentido— a la pericia de las letras, a fin de que, expropiado de tal posesión, *pueda adentrarse en las obras del poder del Señor* [7] y entregarse desnudo en los brazos del Crucificado [8], pues nadie abandona perfectamente el siglo mientras en el fondo de su corazón se reserva para sí la bolsa de los propios afectos» [9].

Cuando hablaba con sus hermanos acerca de la pobreza —que lo hacía a menudo—, les inculcaba aquellas palabras del Evangelio: *La zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza* [10]. Por esta razón enseñaba a sus hermanos que las casas que edificasen fueran humildes, al estilo de los pobres; que no las habitasen como propietarios, sino como inquilinos, considerándose *peregrinos y advenedizos* [11], pues constituye norma en los peregrinos —decía— ser alojados en casa

[3] Mt 13,45-46.

[4] Test 16.

[5] Jamás habla Francisco de la pobreza de Jesús sin que asocie a ella el recuerdo de la pobreza de la Virgen, su Madre (1R 9,5; UltVol 1).

[6] Mt 13,44.

[7] Sal 70,15-16. La conciencia de que está bajo la protección y la acción del Omnipotente se deja ver en ese estribillo, tan repetido en su testamento: «El Señor me dio», «El Señor me condujo... me manifestó...» Cf. también las Adm 7,4; 8,3; 17,1; 28,2. Consciente de la acción poderosa de Dios en su vida, dirá que sus hermanos tienen que proclamar la omnipotencia de Dios (cf. CtaO 9).

[8] Cf. más arriba 2,4. Celano (2C 194) utiliza la misma imagen. Para la fórmula *nudus luctari* cf. más abajo 14,3.

[9] Cf. Adm 4.14.19.

[10] Mt 8,20; Lc 9,58.

[11] 1Pe 2,11.

ajena, anhelar ardientemente la patria y pasar en paz de un lugar a otro [12].

A veces ordenaba derribar las casas edificadas o mandaba que las abandonaran sus hermanos si en ellas observaba algo que —por razón de la apropiación o de la suntuosidad— era contrario a la pobreza evangélica. Decía que esta virtud es el fundamento de la Orden, sobre el cual se apoya primordialmente toda la estructura de la Religión; pero, si se resquebrajara la base de la pobreza, sería totalmente destruido el edificio de la Orden.

3. Por tanto, enseñaba —ilustrado por revelación— que el ingreso en la santa Religión debía comenzar dando cumplimiento a aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres* [13]. De ahí que no admitía en la Orden sino a los que se habían expropiado de todo y nada retenían para sí, ya para observar la palabra del Evangelio, ya también para evitar que los bienes reservados les sirvieran de piedra de escándalo.

Así procedió el verdadero patriarca de los pobres con uno que en la Marca de Ancona le pidió ser recibido en la Orden. «Si quieres unirte a los pobres de Cristo —le dijo—, distribuye tus bienes entre los pobres del mundo». Al oír esto, se fue el hombre, y, movido del amor carnal, repartió entre sus parientes todos sus bienes, pero no dio nada a los pobres. Vuelto al santo varón, le refirió lo que había hecho con sus bienes. En oyéndolo Francisco, le increpó con áspera dureza, diciendo: «Sigue tu camino, hermano mosca, porque todavía *no has salido de tu casa y de tu parentela* [14]. Repartiste tus bienes entre tus consanguíneos, y has defraudado a los pobres; no eres digno de convivir con los santos pobres. Has comenzado por la carne, y, por tanto, has puesto un fundamento ruinoso al edificio espiritual».

Este hombre, que actuaba guiado por criterios naturales, volvió a los suyos y recuperó sus bienes, que había rehusado dar a los pobres; y bien pronto abandonó sus ideales de virtud.

4. En otra ocasión, en Santa María de la Porciúncula había tanta escasez, que no se podía atender convenientemente —según lo exigía la necesidad— a los hermanos huéspedes que llegaban. Acudió entonces el vicario al Santo, y, alegándole la penuria de los hermanos, le pidió que permitiese reservar algo de los bienes de los novicios que ingresaban para poder recurrir a dicho fondo en caso de necesidad [15].

El Santo, que no ignoraba los designios divinos, le contestó:

[12] Es el código del peregrino. Cf. también 2C 59. Sobre este tema trata el mismo San Buenaventura en *Epistola de tribus quaestionibus:* Opera omnia 8 (1898) p.333-34. Una aplicación concreta de lo que aquí dice se tiene en este mismo capítulo n.9.

[13] Mt 19,21.

[14] Cf. Gén 12,1.

[15] La Regla de 1221 permitía que los hermanos, como los otros pobres, pudieran recibir alguna cosa necesaria de los bienes de los novicios (1R 2); pero la Regla de 1223 suprimiría incluso esta concesión.—Se lee en 2C 67 que el vicario en cuestión era Pedro Cattani.

«Lejos de nosotros, hermano carísimo, proceder infielmente contra la Regla por condescender a cualquier hombre. Prefiero que despojes el altar de la gloriosa Virgen, cuando lo requiera la necesidad, antes que faltar en lo más mínimo contra el voto de pobreza y la observancia del Evangelio. Más le agradará a la bienaventurada Virgen que, por observar perfectamente el consejo del santo Evangelio, sea despojado su altar, que, conservándolo bien adornado, seamos infieles al consejo de su Hijo, que hemos prometido guardar».

5. Pasaba una vez el varón de Dios con su compañero por la Pulla, cerca de Bari [16], y encontraron en el camino una gran bolsa —llamada vulgarmente funda—, bien hinchada, por lo que parecía estar repleta de dinero. El compañero dio cuenta de ello al pobrecillo de Cristo y le insistió en que se recogiera del suelo la bolsa para entregar el dinero a los pobres. Rehusó el hombre de Dios acceder a tales deseos, receloso de que en aquella bolsa pudiera esconderse algún ardid diabólico y pensando que lo que le sugería el hermano no era cosa meritoria, sino pecaminosa, porque era apoderarse de lo ajeno para dárselo a los pobres. Se apartan del lugar, apresurándose a continuar el camino emprendido.

Mas no quedó tranquilo el hermano, engañado por una falsa piedad; incluso echaba en cara al siervo de Dios su proceder, como que se despreocupaba de socorrer la penuria de los pobres.

Consintió, al fin, el manso varón de Dios en volver al lugar, no ciertamente para hacer la voluntad del hermano, sino para ponerle de manifiesto el engaño diabólico. Vuelto, pues, al lugar donde estaba la bolsa con su compañero y un joven que encontraron en el camino, oró primero y después mandó al compañero que levantara la bolsa. Se llenó de temor y temblor el hermano, como si ya presintiese al monstruo infernal. Con todo, impulsado por el mandato de la santa obediencia, desechó toda duda y extendió la mano para recoger la bolsa. De pronto salió de la bolsa un culebrón, que desapareció súbitamente junto con la misma bolsa. De este modo le hizo ver al hermano el engaño diabólico que estaba allí encerrado.

Desenmascarada, pues, la falacia del astuto enemigo, dijo el Santo a su compañero: «Hermano, para los siervos de Dios el dinero no es sino un demonio y una culebra venenosa».

6. Después de esto, al trasladarse el Santo requerido por un asunto a la ciudad de Siena, le sucedió un caso admirable [17].

En una gran planicie que se extiende entre Campillo y San Quirico le salieron al encuentro tres pobrecillas mujeres del todo semejantes en la estatura, edad y facciones del rostro, las cuales le

[16] Francisco recorrió un número sorprendente de ciudades de Italia; incluso algunas muy alejadas de Asís. Este es uno de los casos, ya que Bari está en la costa adriática meridional de la península.

[17] Celano (1C 105; 2C 93 y 137) nos dirá que el motivo era el cuidado de los ojos. Por este motivo iba de Rieti a Siena. En las proximidades de esta ciudad queda localizado este lugar (cf. 2C 93).

brindaron un saludo muy original, diciéndole: «¡Bienvenida sea dama Pobreza!»

Al oír tales palabras, llenóse de un gozo inefable el verdadero enamorado de la pobreza, pues pensaba que no podía haber otra forma más halagüeña de saludarse entre sí los hombres que la empleada por aquellas mujeres. Al desaparecer rápidamente éstas, y considerando los compañeros de Francisco la extraña novedad que en ellas se apreciaba por su semejanza, su forma de saludar, su encuentro y desaparición, concluyeron —no sin razón— que todo aquello encerraba algún misterio relacionado con el santo varón.

En efecto, aquellas tres pobrecillas mujeres de idéntico aspecto, con su forma tan insólita de saludar y su desaparición tan repentina, parecían indicar bien a las claras que en el varón de Dios resplandecía perfectamente y de igual modo la hermosura de la perfección evangélica en lo que se refiere a la castidad, obediencia y pobreza, aunque prefería gloriarse en el privilegio de la pobreza, a la que solía llamar con el nombre unas veces de madre; otras, de esposa, así como, de señora [18].

En esta virtud deseaba sobrepujar a todos el que por ella había aprendido a considerarse inferior a los demás. Por esto, si alguna vez le sucedía encontrarse con una persona más pobre que él en su porte exterior, al instante se reprochaba a sí mismo, animándose a igualarla, como si al luchar en esta emulación temiera ser vencido en el combate.

Le sucedió efectivamente encontrarse en el camino con un pobre, y, al ver su desnudez, se sintió compungido en el corazón, y con acento lastimoso dijo a su compañero: «Gran vergüenza debe causarnos la indigencia de este pobre. Nosotros hemos escogido la pobreza como nuestra más preciada riqueza, y he aquí que en éste resplandece más que en nosotros».

7. Por amor a la santa pobreza, el siervo de Dios omnipotente tomaba más a gusto las limosnas mendigadas de puerta en puerta que las ofrecidas espontáneamente. Por eso si, invitado alguna vez por grandes personajes, iba a ser obsequiado con una mesa rica y abundante, primero mendigaba por las casas vecinas algunos mendrugos de pan, y, enriquecido así con tal indigencia, se sentaba a la mesa.

Habiendo procedido de esta manera en una ocasión en que fue convidado por el señor Ostiense, que distinguía al pobre de Cristo con un afecto especial, quejósele el obispo por la injuria hecha a su honor, pues, siendo huésped suyo, había ido a pedir limosna. Pero el siervo de Dios le repuso: «Gran honor os he tributado, señor mío, al honrar a otro Señor más excelso. En efecto, el Señor se complace en la pobreza; máxime en aquella que, por amor a Cristo, se manifiesta en la voluntaria mendicidad. No quiero cambiar por la posesión de las falsas riquezas, que os han

[18] SalVir 2, por ejemplo.

sido concedidas para poco tiempo, aquella dignidad real que asumió el Señor Jesús, *haciéndose pobre por nosotros a fin de enriquecernos con su pobreza* [19] y constituir a los verdaderos pobres de espíritu *en reyes y herederos del reino de los cielos*» [20].

8. Cuando a veces exhortaba a sus hermanos a pedir limosna, les hablaba así: «Id, porque en estos últimos tiempos los hermanos menores han sido dados al mundo para que los elegidos cumplan con ellos las obras por las que serán elogiados por el Juez, escuchando estas dulcísimas palabras: *Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*» [21]. Por eso afirmaba que debía ser muy gozoso mendigar con el título de *hermanos menores*, ya que el maestro de la verdad evangélica expresó tan claramente dicho título al hablar de la retribución de los justos.

Aun en las fiestas importantes, si es que se le presentaba la oportunidad, solía salir a mendigar, pues aseguraba que entonces se cumplía en los santos pobres aquel dicho profético: *El hombre comió pan de ángeles* [22]. De hecho, afirmaba ser verdadero pan angélico aquel que, pedido por amor de Dios y donado por su amor mediante la inspiración de los bienaventurados ángeles, recoge de puerta en puerta la santa pobreza.

9. Hallábase una vez en la solemnidad de Pascua en un eremitorio [23] tan separado de todo consorcio humano, que difícilmente podía ir a mendigar, y, recordando a Aquel que ese mismo día se apareció en traje de peregrino a los discípulos que iban de camino a Emaús, también él —como peregrino y pobre— comenzó a pedir limosna a sus hermanos. Y, habiéndola recibido humildemente, los instruyó en las Sagradas Escrituras, animándoles a pasar *como peregrinos y advenedizos* [24] por el desierto de este mundo y a celebrar continuamente en pobreza de espíritu, como verdaderos hebreos, *la Pascua del Señor*, esto es, *el paso de este mundo al Padre* [25]. Y como a pedir limosna no le movía la ambición del lucro, sino la libertad de espíritu, por eso, Dios, *Padre de los pobres* [26], parecía tener de él un cuidado especial.

10. Habiéndose enfermado gravemente el siervo del Señor en Nocera, fue trasladado a Asís por ilustres embajadores, enviados expresamente por la devoción del pueblo asisiense [27].

De camino a Asís, llegaron a un pueblo pobrecito llamado Satriano, donde, apremiados por el hambre y por ser ya hora de comer, fueron a comprar alimentos; pero, no habiendo nadie que los vendiese, regresaron de vacío.

Entonces les dijo el Santo: «No habéis encontrado nada por-

[19] Cf. 2Cor 8,9.
[20] Mt 5,3; 2R 6,4
[21] Mt 25,40.
[22] Sal 77,25.
[23] Greccio.
[24] 1Pe 2,11.
[25] Cf. Jn 13,1.
[26] Job 29,16.
[27] La escolta, enviada por las autoridades de Asís, tenía como finalidad oponerse a todo intento de rapto; no quería Asís dejarse arrebatar las reliquias de Francisco por ninguna otra ciudad.

que confiáis más en vuestras moscas que en Dios. (Llamaba moscas a los dineros.) Pero volved —añadió— por las casas que habéis recorrido, y, ofreciéndoles por precio el amor de Dios, pedid humildemente limosna. Y no juzguéis, llevados de una falsa apreciación, que esto sea algo vil o vergonzoso, porque, después del pecado, el gran Limosnero, con generosa misericordia, reparte todos los bienes como limosna tanto a dignos como a indignos». Deponen la vergüenza aquellos caballeros y piden espontáneamente limosna, consiguiendo, por amor de Dios, mucho más de lo que hubieran podido comprar con sus dineros. Efectivamente, los pobres habitantes de aquel poblado, tocados en su corazón por moción divina, no sólo les ofrecieron sus cosas, sino que se pusieron generosamente a disposición de ellos. Y así resultó que la necesidad que no pudo ser remediada por el dinero, la solucionara la opulenta pobreza de Francisco.

11. Durante un tiempo en que yacía enfermo en un eremitorio cercano a Rieti, le visitaba frecuentemente un médico que le prestaba sus servicios [28]. No pudiendo el pobre de Cristo pagarle sus trabajos con una condigna recompensa, Dios —liberalísimo— en lugar del pobrecillo vino a compensar esos piadosos servicios —para que no quedaran sin una presente remuneración— con el siguiente singular beneficio.

Acababa de construir el médico una casa de nueva planta, gastando en ello todos sus ahorros, y he aquí que aparecieron en sus paredes unas profundas grietas que se extendían de arriba abajo, amenazando una ruina tan inminente, que no se veía ningún medio humano que pudiera evitar su caída. Pero, confiando plenamente en los méritos del Santo, pidió a sus compañeros, con gran fe y devoción, el favor de darle algo que hubiese tocado con sus manos el varón de Dios. Tras reiteradas instancias, pudo obtener un poco del cabello de Francisco, que él mismo colocó al atardecer en una de las grietas de la pared. Al levantarse a la mañana siguiente, comprobó que se había cerrado tan estrecha y fuertemente la grieta, que no pudo extraer las reliquias que había depositado ni encontrar rastro alguno de la anterior hendidura. Y sucedió esto así para que quien había cuidado tan diligentemente del ruinoso cuerpecillo del siervo de Dios se librara del peligro de ruina que amenazaba su propia casa.

12. Quiso en otra ocasión el varón de Dios trasladarse a un eremitorio [29] para dedicarse allí más libremente a la contemplación; pero, como estaba muy débil, se hizo llevar en el asnillo de un pobre campesino. Era un día caluroso de verano. El hombre subía a la montaña siguiendo al siervo de Cristo, y, cansado por la áspera y larga caminata, se sintió desfallecer por una sed abrasadora. En esto comenzó a gritar insistentemente detrás del Santo:

[28] Venía todos los días, dice 2C 44. Según el EP 110, el episodio tuvo lugar en Fonte Colombo. El médico podía ser Tabaldo «el Sarraceno» (LP 66).

[29] El monte Alverna.

«¡Eh, que me muero de sed, me muero si inmediatamente no tomo para refrigerio algo de beber!»

Sin tardanza, se apeó del jumentillo el hombre de Dios, e, hincadas las rodillas en tierra y alzadas las manos al cielo, no cesó de orar hasta que comprendió haber sido escuchado. Acabada la oración, dijo al hombre: «Corre a aquella roca y encontrarás allí agua viva, que Cristo en este momento ha sacado misericordiosamente de la piedra para que bebas».

¡Estupenda dignación de Dios, que condesciende tan fácilmente con los deseos de sus siervos! Bebió el hombre sediento del agua brotada de la piedra [30] en virtud de la oración del Santo y extrajo el líquido de una roca durísima [31]. No hubo allí antes ninguna corriente de agua; ni, por más diligencias que se han hecho, se ha podido encontrar posteriormente [32].

13. Como más adelante, en su debido lugar [33], se hará mención de cómo Cristo, en atención a los méritos de su pobrecillo, multiplicó los alimentos durante una travesía por el mar, bástenos ahora recordar tan sólo que, gracias a una pequeña limosna que le habían entregado, pudo librar por espacio de muchos días a los que navegaban con él del peligro del hambre y de la muerte. Bien puede deducirse de estos hechos que, así como el siervo de Dios todopoderoso fue semejante a Moisés en sacar agua de la piedra, así se pareció también a Eliseo en la multiplicación de los alimentos [34].

Que desechen, pues, los pobres de Cristo toda suerte de desconfianza. Porque si la pobreza de Francisco fue de una suficiencia tan copiosa que su admirable virtud vino a socorrer las necesidades que se presentaban, de modo que no faltó ni comida, ni bebida, ni casa cuando fallaron los poderes del dinero, de la inteligencia y de la naturaleza, ¿con cuánta más razón obtendrá todo aquello que comúnmente se concede en el orden habitual de la divina Providencia? Pues si una árida roca —repito—, a la voz del pobrecillo, proporcionó agua abundante a aquel campesino sediento, ninguna criatura negará ya su obsequio a los que han dejado todo por el Autor de todas las cosas.

Capítulo VIII

Sentimiento de piedad del Santo y afición que sentían hacia él los seres irracionales

1. La verdadera *piedad*, que, según el Apóstol, *es útil para todo* [1], de tal modo había llenado el corazón y penetrado las en-

[30] Sal 77,16.
[31] Dt 32,13.
[32] Esta escena ocurrió entre Borgo San Sepolcro y el Alverna, según Ll 1.
[33] LM 9,5.
[34] Sal 77,16; Ex 17,1-7; 2Re 4,1s.
[1] 1Tim 4,8.

trañas de Francisco, que parecía haber reducido enteramente a su dominio al varón de Dios. Esta piedad es la que por la devoción le remontaba hasta Dios; por la compasión, le transformaba en Cristo; por la condescendencia, lo inclinaba hacia el prójimo, y por la reconciliación universal con cada una de las criaturas, lo retornaba al estado de inocencia.

Sin duda, la piedad lo inclinaba afectuosamente hacia todas las criaturas, pero de un modo especial hacia las almas, redimidas con la sangre preciosa de Cristo Jesús. En efecto, cuando las veía sumergidas en alguna mancha de pecado, lo deploraba con tan tierna conmiseración, que bien podía decirse que, como una madre [2], las engendraba diariamente en Cristo.

Esta era la causa principal de su veneración por los ministros de la palabra de Dios, porque ellos —mediante la conversión de los pecadores— *suscitan* con piadosa solicitud *la descendencia a su hermano difunto* [3], es decir, a Cristo, crucificado por los mismos pecadores, y con solícita piedad gobiernan dicha descendencia.

Afirmaba que este oficio de misericordia es más acepto *al Padre de las misericordias* [4] que cualquier otro *sacrificio* [5], sobre todo si se cumple con espíritu de perfecta caridad, de suerte que este trabajo se realice más con el ejemplo que con la palabra, más con plegarias bañadas de lágrimas que con largos discursos.

2. Por eso decía que es lamentable, como falto de verdadera piedad, el predicador que en su oficio no busca la salvación de las almas, sino su propia alabanza, o que con su vida depravada destruye lo que edifica con la verdad de su doctrina. Y añadía que a tal predicador se debe preferir el hermano sencillo y sin elocuencia, que con su buen ejemplo arrastra a los demás a la práctica del bien. Aducía para ello las palabras de la Escritura: *La estéril dio a luz muchos hijos* [6], y las explicaba así: La estéril es el hermano pobrecillo que en la Iglesia no tiene cargo de engendrar hijos; pero dará a luz numerosos hijos en el día del juicio, pues los que ahora convierte para Cristo con sus oraciones privadas, se los imputará entonces el Juez para su gloria. En cambio, *la que tiene muchos hijos quedará baldía,* es decir el predicador vano y locuaz, que ahora se goza como de haber engendrado él mismo muchos hijos, conocerá entonces que no tuvo arte ni parte en su alumbramiento [7].

3. Como quiera que deseaba con entrañable piedad la salvación de las almas y sentía por ellas un ardiente celo, decía que se llenaba de suavísima fragancia —cual si se le ungiera con un precioso ungüento— cuando oía que muchos se convertían al camino

[2] Muchas veces aduce el ejemplo de una «madre», ya sea aplicándoselo a sí mismo, ya aplicándolo a los hermanos. Cf. 2C 137; CtaL 2; REr 2.4.8-10; 1R 9.14; 2R 6,8.

[3] Dt 25,5.

[4] 2Cor 1,3

[5] Os 6,6.

[6] 1Sam 2,5.

[7] Francisco afirma aquí, una vez más, la primacía de la oración y del ejemplo por encima de toda acción. Cf. LP 71.

de la verdad gracias a la odorífera fama de los santos hermanos diseminados por el mundo. Al oír tales noticias, se embriagaba de alegría su espíritu y colmaba de bendiciones dignísimas de toda estimación a aquellos hermanos que con su palabra o ejemplo inducían a los pecadores a amar a Cristo.

Por el contrario, todos aquellos que con sus malas obras mancillaban la sagrada Religión, incurrían en la gravísima sentencia de su maldición: «De ti, santísimo Señor —decía—, y de toda la corte celestial, y de mí, pobrecillo, sean malditos los que con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que por los santos hermanos de esta Orden edificaste y no cesas de edificar».

Tan grande era la tristeza que con frecuencia sentía al comprobar el escándalo de la gente sencilla, que se creía morir, de no ser confortado por la consolación de la divina clemencia. En cierta ocasión en que, turbado por los malos ejemplos, rogaba con angustia al Padre misericordioso en favor de sus hijos, recibió esta contestación del Señor: «¿Por qué te turbas, pobre hombrecillo? ¿Por ventura te he constituido pastor sobre mi Religión de modo que ignores que soy yo su principal protector? Te he escogido a ti, hombre simple, para esta obra, a fin de que todo lo que hiciere en ti, no se atribuya a humana industria, sino a la gracia divina. Yo te llamé, te guardaré y te alimentaré; y si algunos hermanos apostataren, los sustituiré por otros, de suerte que, si no hubiesen nacido todavía, los haré nacer; y por más recios que fueran los ataques con que sea sacudida esta pobrecilla Religión, permanecerá siempre en pie gracias a mi protección» [8].

4. Aborrecía —cual si fuera mordedura de serpiente venenosa— el vicio de la detracción, enemigo de la fuente de piedad y de gracia, y afirmaba ser una peste atrocísima y abominable a Dios, sumamente piadoso, por razón de que el detractor se alimenta con la sangre de las almas, a las que mata *con la espada de la lengua* [9].

Al oír en cierta ocasión a un hermano que denigraba la fama de otro, volviéndose a su vicario, le dijo: «¡Levántate con toda presteza e investiga diligentemente el asunto, y, si descubres que es inocente el hermano acusado, corrige severamente al acusador y ponlo al descubierto delante de todos!»

E incluso pensaba a veces que quien privaba a su hermano del honor de la fama, merecía ser despojado del hábito, y que no era digno de elevar los ojos a Dios si antes no hacía lo posible para devolver lo robado [10]. «Tanto mayor es —decía— la impiedad de los detractores que la de los ladrones, en cuanto que la ley de Cristo, que se cumple con las obras de piedad, nos obliga a desear más la salud de las almas que la de los cuerpos».

[8] LP 63 localiza esta «respuesta» del Señor en la Porciúncula. Cf. también LP 112, que desarrolla las ideas contenidas en este párrafo.

[9] Sal 56,5.

[10] 2C 182 añade que el hermano murmurador será puesto en manos del «púgil florentino»; se trata del hermano Juan de Florencia, de notable altura y de una fuerza hercúlea. Cf. LM 13,8 n.24.

5. Admirable era la ternura de compasión con que socorría a los que estaban afligidos de cualquier dolencia corporal; y si en alguno veía una carencia o necesidad, llevado de la dulzura de su piadoso corazón, lo refería a Cristo mismo. Y en verdad poseía una natural clemencia, que se duplicaba con la piedad de Cristo, que se le había copiosamente infundido. De ahí que su alma se derretía de compasión a vista de los pobres y enfermos, y a quienes no podía echarles una mano, les ofrecía su cordial afecto.

Sucedió una vez que uno de los hermanos respondió con cierta dureza a un pobre que importunamente pedía limosna. Al enterarse de ello el piadoso amigo de los pobres, mandó al hermano que, despojado de su hábito, se postrara a los pies de aquel pobre, confesase su culpa y le pidiese el perdón y el sufragio de sus oraciones. Habiendo cumplido humildemente el hermano dicha orden, añadió con dulzura el Padre: «Cuando veas a un pobre, querido hermano, piensa que en él se te propone, como en un espejo, la persona del Señor y de su Madre, pobre. Del mismo modo, al ver a los enfermos, considera las dolencias que él cargó sobre sí».

Y como este pobre muy cristiano veía en cada menesteroso la imagen misma de Cristo, resultaba que, si alguna vez le daban cosas necesarias para la vida, no sólo las entregaba generosamente a los pobres que le salían al paso, sino que incluso juzgaba que debían serles devueltas, como si fueran de su propiedad.

Al volver en cierta ocasión de la ciudad de Siena, llevando —por razón de enfermedad— vestido sobre el hábito un corto manto, se encontró con un pordiosero. Viendo con ojos compasivos su miseria, dijo al compañero: «Es menester que le devolvamos a este pobrecillo el manto, porque es suyo, pues lo hemos recibido prestado hasta tanto no encontráramos otra persona más pobre». Pero el compañero, viendo la necesidad en que se encontraba el piadoso Padre, se oponía tenazmente a que socorriera al pobre, descuidándose de sí mismo. El Santo, empero, le contestó: «Creo que el gran Limosnero me imputaría como verdadero robo si no entregara el manto que llevo a una persona más necesitada que yo».

Por esta causa, cuando le daban algo para alivio de las necesidades de su cuerpo, solía pedir licencia a los donantes para poder distribuirlo lícitamente, si es que se le presentaba otro más necesitado que él. Y cuando se trataba de hacer una obra de misericordia, no perdonaba nada: ni mantos, ni túnicas, ni libros, ni siquiera ornamentos del altar, hasta llegar a entregar todas estas cosas, en la medida de sus posibilidades, a los pobres.

Muchas veces, al encontrarse en el camino con pobres abrumados con pesadas cargas, arrimaba sus débiles hombros para aligerarles el peso [11].

[11] LP 64 nos presenta a Francisco comiendo con un leproso en la Porciúncula. El hecho ha sido maravillosamente narrado y ampliado en Flor 25. LP 114 nos cuenta

6. La piedad del Santo se llenaba de una mayor terneza cuando consideraba el primer y común origen de todos los seres, y llamaba a las criaturas todas —por más pequeñas que fueran— con los nombres de hermano o hermana, pues sabía que todas ellas tenían con él un mismo principio. Pero profesaba un afecto más dulce y entrañable a aquellas criaturas que por su semejanza natural reflejan la mansedumbre de Cristo y queda constancia de ello en la Escritura. Muchas veces rescató corderos que eran llevados al matadero, recordando al mansísimo Cordero, que quiso ser conducido a la muerte [12] para redimir a los pecadores.

Hospedándose en cierta ocasión el siervo de Dios en el monasterio de San Verecundo, del obispado de Gubbio, sucedió que aquella misma noche una ovejita parió un corderillo. Había allí una cerda ferocísima que, sin ninguna compasión de la vida del inocente animalito, lo mató de una salvaje dentellada. Enterado de ello el piadoso Padre, se sintió estremecido por una extraordinaria conmiseración, y, recordando al Cordero sin mancha, se lamentaba delante de todos por la muerte del corderillo, exclamando: «¡Ay de mí, hermano corderillo, animal inocente, que representas a Cristo entre los hombres; maldita sea la impía que te mató; que ningún hombre ni bestia se aproveche de su carne!» ¡Cosa admirable! Al instante comenzó a enfermar la cerda maléfica, y, después de haber pagado su acción con penosos sufrimientos durante tres días, terminó por sucumbir al filo de la muerte vengadora. Arrojada en la fosa del monasterio, permaneció allí largo tiempo, sin que a ningún hambriento sirviera de comida [13].

Considere, pues, la impiedad humana de qué forma será al fin castigada, cuando con una muerte tan horrenda fue sancionada la ferocidad de una bestia; reflexionen también los fieles devotos con qué admirable virtud y copiosa dulzura estuvo adornada la piedad del siervo de Dios, que mereció incluso que los animales la reconocieran a su modo.

7. Mientras iba de camino, junto a la ciudad de Siena, encontró pastando un gran rebaño de ovejas. Las saludó afectuosamente como de costumbre, y todas, dejando el pasto, corrieron hacia Francisco, y alzando sus cabezas, quedaron con los ojos fijos en él. Lo rodearon con tal ruidoso agasajo, que estaban admirados tanto los pastores como los hermanos al ver brincando de regocijo en torno al Santo no sólo los corderillos, sino hasta los mismos carneros.

En otra ocasión, en Santa María de la Porciúncula ofrecieron al varón de Dios una oveja, que aceptó muy complacido por su amor a la inocencia y sencillez, que naturalmente representa la

cómo Francisco impuso una penitencia a un hermano que había menospreciado a un pobre. En LP 89 aparece Francisco entregando un manto y doce panes a una mujer enferma.

[12] Is 53,7.

[13] Cf. *Pasión de San Verecundo*, en este mismo volumen p.971.

oveja. Exhortaba el piadoso varón a la ovejita a que atendiera a las alabanzas divinas y se abstuviera de ocasionar la menor molestia a los hermanos. Y la oveja, como si se diese cuenta de la piedad del varón de Dios, guardaba puntualmente sus advertencias. Pues, cuando oía cantar a los hermanos en el coro, también ella entraba en la iglesia y, sin que nadie la hubiese amaestrado, doblaba sus rodillas y emitía un suave balido ante el altar de la Virgen, Madre del Cordero, como si tratara de saludarla. Más aún, cuando dentro de la misa llegaba el momento de la elevación del sacratísimo cuerpo de Cristo, se encorvaba doblando las rodillas, como si el reverente animal reprendiese la irreverencia de los indevotos e invitase a los devotos de Cristo a venerar el sacramento del altar.

Durante un tiempo, llevado de la devoción que sentía por el mansísimo Cordero, tuvo consigo en Roma un corderillo, que entregó, para que lo cuidara en su apartamento, a una noble matrona: a la señora Jacoba de Settesoli. El cordero, como si estuviera aleccionado por el Santo en las cosas espirituales, no se apartaba de la compañía de la señora lo mismo cuando iba a la iglesia que cuando permanecía en ella o volvía a casa. Si sucedía que a la mañana tardaba la señora en levantarse, incorporándose junto al lecho, la empujaba con sus cuernecillos y la despertaba con sus balidos, exhortándola con sus gestos y movimientos a darse prisa para ir a la iglesia. Por lo cual, el cordero —discípulo de Francisco y convertido ya en maestro de vida devota— era guardado por la dama con admiración y afecto.

8. En otra ocasión le ofrecieron en Greccio un lebratillo vivo, el cual, dejado en el suelo con posibilidad de ir a donde quisiera, nada más sentir la llamada del piadoso Padre, dio un brinco y corrió a refugiarse en su regazo. Y acariciándolo tiernamente, se parecía a una madre compasiva y amorosa. Le advirtió con dulces palabras que en lo sucesivo no se dejara cazar y lo soltó para que se marchara libremente. Pero, aunque repetidas veces fue puesto en tierra para que escapara, siempre retornaba al regazo del Padre, como si por un secreto instinto percibiera el amor bondadoso de su corazón. Al fin, por orden del Padre, lo llevaron los hermanos a un lugar más seguro y solitario.

De modo parecido, en la isla del lago de Perusa le ofrecieron al varón de Dios un conejo que había sido cazado, el cual, a pesar de que huía de todos, se refugió confiadamente en las manos y en el regazo de Francisco.

En otra ocasión en que se dirigía presuroso por el lago de Rieti hacia el eremitorio de Greccio, un pescador —llevado de su veneración al Santo— le ofreció un ave acuática. La recibió con agrado, y, abriendo las manos, la invitó a que se fuera. Pero, al no querer marcharse la avecilla, el Santo permaneció largo rato en oración con los ojos fijos en el cielo, y cuando volvió en sí, como quien retorna de la lejanía después de mucho tiempo, mandó dulce y repetidamente a la avecilla que se alejase y conti-

nuase alabando al Señor. Recibió la bendición y licencia del Santo, y, dando muestras de alegría con los movimientos de su cuerpo, remontó el vuelo.

En el mismo lago le ofrecieron, igualmente, un gran pez vivo, al que, después de haberle llamado —como de costumbre— con el nombre de hermano, puso en el agua junto a la barca. El pez jugueteaba en el agua delante del varón de Dios; diríase que se sentía atraído por su amor; no se apartaba un punto de la barca, hasta tanto que con su bendición le dio licencia para marcharse.

9. Viajaba otro día con un hermano por las lagunas de Venecia [14], cuando se encontró con una gran bandada de aves que, subidas a las enramadas, entonaban animados gorjeos. Al verlas dijo a su compañero: «Las hermanas aves alaban a su Creador. Pongámonos en medio de ellas y cantemos también nosotros al Señor, recitando sus alabanzas y las horas canónicas».

Y, adentrándose entre las avecillas, éstas no se movieron de su sitio. Pero como, a causa de la algarabía que armaban, no podían oírse uno a otro en la recitación de las horas, el santo varón se volvió a ellas para decirles: «Hermanas avecillas, cesad en vuestros cantos mientras tributamos al Señor las debidas alabanzas». Inmediatamente callaron las aves, permaneciendo en silencio hasta tanto que, recitadas sosegadamente las horas y concluidas las alabanzas [15], recibieron del santo de Dios licencia para cantar. Y así reanudaron al instante sus acostumbrados trinos y gorjeos.

En Santa María de la Porciúncula se había instalado una cigarra sobre una higuera cercana a la celda del varón de Dios, y desde allí daba sus conciertos. El siervo de Dios, que había aprendido a admirar, aun en las cosas pequeñas, la magnificencia del Creador, se sentía movido con aquel canto a alabar más frecuentemente al Señor. Un día llamó Francisco a la cigarra, y ésta, como amaestrada por el cielo, voló a sus manos. Al decirle: «¡Canta, mi hermana cigarra, y alaba jubilosamente al Señor!», ella —obediente— comenzó en seguida a cantar, y no cesó de hacerlo hasta que, por mandato del Padre, remontó el vuelo hacia su lugar propio. Permaneció allí durante ocho días, cumpliendo diariamente la orden de venir a sus manos, de cantar y volver a la higuera. Por fin, el varón de Dios dijo a sus compañeros: «Demos ya licencia a nuestra hermana cigarra para que pueda alejarse. Bastante nos ha alegrado con su canto, y realmente nos ha animado a alabar al Señor durante estos ocho días». Y, puesta en libertad, se retiró al momento de allí y no volvió a aparecer, como si temiera quebrantar en algo el mandato del siervo de Dios.

10. Cuando el siervo de Dios se hallaba enfermo en Siena, un noble señor le regaló un faisán vivo recientemente capturado [16]. Nada más oír y ver al Santo sintió por él tan gran afición,

[14] Francisco pasó por lo menos una vez por las lagunas de Venecia, de regreso del Oriente.

[15] Cf. las AlHor en este volumen p.30.

[16] El hecho ocurrió en Alberino, fuera de las murallas de Siena, donde Francisco estaba enfermo.

que de ningún modo acertaba a separarse de su compañía, pues repetidas veces lo colocaron en una viña fuera de la pequeña morada de los hermanos para que pudiera escapar si quería, pero siempre volvía en rápido vuelo al lado del Padre, como si por él hubiera sido domesticado durante toda su vida. Entregado más tarde a un hombre [17] que solía visitar al siervo de Dios por la devoción que le profesaba, dicho faisán rehusó tomar alimento alguno, como si le resultara molesto hallarse alejado de la presencia del bondadoso Padre. Por fin tuvieron que devolverlo al siervo de Dios, a quien tan pronto como le vio, entre grandes muestras de alegría, comenzó a comer con toda voracidad.

Cuando llegó al retiro del Alverna para celebrar la cuaresma en honor del arcángel San Miguel, aves de diversa especie aparecieron revoloteando en torno a su celdita, y con sus armoniosos conciertos y gestos de regocijo, como quienes festejaban su llegada, parecía que invitaban encarecidamente al piadoso Padre a establecer allí su morada. Al ver esto, dijo a su compañero: «Creo, hermano, ser voluntad de Dios que permanezcamos aquí por algún tiempo, pues parece que las hermanas avecillas reciben un gran consuelo con nuestra presencia».

Fijando, pues, allí su morada, un halcón que anidaba en aquel mismo lugar se le asoció con un extraordinario pacto de amistad. En efecto, todas las noches, a la hora en que el Santo acostumbraba levantarse para los divinos oficios, el halcón le despertaba con sus cantos y sonidos. Este gesto agradaba sumamente al siervo de Dios, ya que semejante solicitud ejercida con él le hacía sacudir toda pereza y desidia. Mas, cuando el siervo de Cristo se sentía más enfermo de lo acostumbrado, el halcón se mostraba comprensivo, y no le marcaba una hora tan temprana para levantarse, sino que al amanecer —como si estuviera instruido por Dios— pulsaba suavemente la campana de su voz.

Ciertamente, parece que tanto la alegría exultante de la variada multitud de aves como el canto del halcón fueron un presagio divino de cómo el cantor y adorador de Dios —elevado sobre las alas de la contemplación— había de ser exaltado en aquel mismo monte mediante la aparición de un serafín.

11. Mientras estaba morando una temporada en el eremitorio de Greccio, los habitantes de aquel lugar se veían atormentados por muchos males. Por una parte, manadas de lobos rapaces [18] hacían grandes estragos no sólo entre los animales, sino en los mismos hombres; por otra, anualmente, las tempestades de granizo devastaban los campos y viñedos.

Estando, pues, tan afligidos, el pregonero del santo Evangelio les predicó en los siguientes términos: «Para honor y alabanza de Dios omnipotente, os aseguro que desaparecerán todas estas calamidades y que el Señor, vuelto a vosotros, os multiplicará los bienes temporales si, dando crédito a mis palabras, reconocéis

[17] Un médico, dirá Celano (2C 170).

[18] El episodio de los lobos nos es contado más al detalle en LP 74.

vuestra lamentable situación y —previa una sincera confesión de vuestros pecados— *haceis dignos frutos de penitencia* [19]. Pero además os anuncio que si, mostrándoos ingratos a los beneficios recibidos, *volveis al vómito* de vuestros pecados [20], se renovarán las pestes, se duplicará el castigo y se *descargará sobre vosotros una ira mayor* [21]».

Siguiendo las amonestaciones del Santo, los moradores de Greccio hicieron penitencia de sus pecados, y desde aquel día cesaron las plagas, desaparecieron los peligros y ni los lobos ni el granizo volvieron a causarles daño alguno. Es más, si alguna vez el granizo llegaba a devastar los campos vecinos, al acercarse a los términos de Greccio, se disipaba allí mismo la tempestad o tomaba otra dirección. El granizo y los lobos guardaron el pacto del siervo de Dios, y nunca intentaron contravenir las leyes de la piedad ensañándose con los hombres, convertidos también a la piedad, mientras éstos no violaron el acuerdo actuando impíamente contra las piadosísimas leyes de Dios.

Así, pues, debe ser objeto de piadosa admiración la piedad de este bienaventurado varón, que estuvo revestida de tan admirable dulzura y poder, que amansó a las bestias feroces, domesticó a los animales salvajes, amaestró a los mansos y sometió a su obediencia la naturaleza de los brutos, rebeldes al hombre después de su caída en el pecado. Realmente, la piedad —reconciliando entre sí a todas las criaturas— *es útil para todo, pues tiene una promesa para esta vida y para la futura* [22].

Capítulo IX

Fervor de su caridad y ansias de martirio

1. ¿Quién será capaz de describir la ardiente caridad en que se abrasaba Francisco, el amigo del Esposo? Todo él parecía impregnado —como un carbón encendido— de la llama del amor divino. Con sólo oír la expresión «amor de Dios», al momento se sentía estremecido, excitado, inflamado, cual si con el plectro del sonido exterior hubiera sido pulsada la cuerda interior de su corazón. Afirmaba ser una noble prodigalidad ofrecer tal censo de amor a cambio de las limosnas y que son muy necios cuantos lo cotizan menos que el dinero, puesto que el imponderable precio del amor de Dios basta para adquirir el reino de los cielos y porque mucho ha de ser amado el amor de Aquel que tanto nos amó.

Mas para que todas las criaturas le impulsaran al amor divino,

[19] Mt 3,8.
[20] Prov 26,11.
[21] Jos 22,18.
[22] 1Tim 4,8.

exultaba de gozo en cada una de *las obras de las manos del Señor* [1] y por el alegre espectáculo de la creación se elevaba hasta la razón y causa vivificante de todos los seres. En las cosas bellas contemplaba [2] al que es sumamente hermoso y mediante las huellas impresas en las criaturas buscaba por doquier a su Amado, sirviéndose de todos los seres como de una escala para subir hasta Aquel que es *todo deseable* [3]. Impulsado por el afecto de su extraordinaria devoción, degustaba la bondad originaria de Dios en cada una de las criaturas, como en otros tantos arroyos derivados de la misma bondad; y, como si percibiera un concierto celestial en la armonía de las facultades y movimientos que Dios les ha otorgado, las invitaba dulcemente —cual otro profeta David— a cantar las alabanzas divinas [4].

2. Cristo Jesús crucificado *moraba* de continuo, *como hacecillo de mirra,* en la mente y corazón de Francisco [5], y en El deseaba transformarse totalmente por el incendio de su excesivo amor [6]. Impulsado por su singular devoción a Cristo, desde la fiesta de la Epifanía se apartaba a lugares solitarios durante cuarenta días continuos, en recuerdo del tiempo que Cristo estuvo retirado en el desierto, y, encerrado en una celda, observaba la mayor estrechez que le permitían sus fuerzas en el comer y beber, entregándose sin interrupción al ayuno [7], a la oración y a las alabanzas divinas.

Era tan ardiente el afecto que le arrebataba hacia Cristo y, por otra parte, tan cariñoso el amor con que le correspondía el Amado, que daba la impresión de que el siervo de Dios sentía continuamente ante sus ojos la presencia del Salvador, según lo reveló alguna vez en confianza a sus compañeros más íntimos.

Su amor al sacramento del cuerpo del Señor era un fuego que abrasaba todo su ser, sumergiéndose en sumo estupor al contemplar tal condescendencia amorosa y un amor tan condescendiente. Comulgaba frecuentemente y con tal devoción, que contagiaba su fervor a los demás, y al degustar la suavidad del *Cordero inmaculado* [8], era muchas veces, como ebrio de espíritu, arrebatado en éxtasis.

[1] Sal 91,5.

[2] *Contueri:* cointuir. Significa conocimiento indirecto que el alma obtiene de Dios en los seres en cuanto son signos de El, en los efectos de la gracia o en las especies innatas del ser divino (cf. *Lexicon bonaventuriano,* en SAN BUENAVENTURA, *Obras* I p.728).

[3] Ct 5,16.

[4] Sal 148,1-14.

[5] Ct 1,12.

[6] *Excessivi amoris incendium. Exceso* y su correspondiente adjetivo es un término corriente en la mística bonaventuriana. Designa un acto místico. Viene a significar el amor extático, que, por la conmoción fortísima del Espíritu Santo, traslada totalmente el amante al amado y es el punto culminante de la subida del alma a Dios (*Lexicon bonaventuriano,* en SAN BUENAVENTURA, *Obras* I pág.731).

[7] La práctica de este ayuno ha pasado a la Regla franciscana, que prevé, sin obligar a ello, la observancia de esta cuaresma «durante los cuarenta días que nuestro Señor ha consagrado por su santo ayuno» (2R 3,6).

[8] 1Pe 1,19.

3. Amaba con indecible afecto a la Madre del Señor Jesús, por ser ella la que ha convertido en hermano nuestro al Señor de la majestad y por *haber nosotros alcanzado misericordia* [9] mediante ella. Después de Cristo, depositaba principalmente en la misma su confianza; por eso la constituyó abogada suya y de todos sus hermanos, y ayunaba en su honor con suma devoción desde la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo hasta la fiesta de la Asunción.

Con vínculos de amor indisoluble se sentía unido a los espíritus angélicos, que arden en un fuego mirífico, con el que se elevan hasta Dios e inflaman las almas de los elegidos. Por devoción a ellos ayunaba durante cuarenta días a partir de la Asunción de la gloriosa Virgen, entregándose a una ininterrumpida oración. Pero profesaba un especial amor y devoción al bienaventurado Miguel Arcángel, por ser el encargado de presentar las almas a Dios [10]. Impulsábale a ello el ferviente celo que sentía por la salvación de cuantos han de salvarse.

Al recuerdo de todos los santos, como *piedras de fuego* [11], se recalentaba en su corazón un incendio divino. Cultivaba una gran devoción a todos los apóstoles, especialmente a Pedro y Pablo, por la ardiente caridad con que amaron a Cristo; y en reverencia y amor hacia los mismos dedicaba al Señor el ayuno de una cuaresma especial [12].

El Pobrecillo no tenía para ofrecer con liberal generosidad más que *dos moneditas* [13]: su cuerpo y su alma. Y ambas las tenía ofrecidas tan de continuo a Cristo, que se diría que en todo momento inmolaba su cuerpo con el rigor del ayuno, y su espíritu con ardorosos deseos, sacrificando en el atrio exterior el *holocausto* y quemando en el interior de su templo el *timiama* [14].

4. Si, por una parte, su intensa devoción y ferviente caridad lo elevaban hacia las realidades divinas, por otra, su afectuosa bondad lo lanzaba a estrechar en dulce abrazo a todos los seres, hermanos suyos por naturaleza y gracia. Pues si la ternura de su corazón lo había hecho sentirse hermano de todas las criaturas, no es nada extraño que la caridad de Cristo lo hermanase más aún con aquellos que están marcados con la imagen del Creador y *redimidos con la sangre* del Hacedor [15].

No se consideraba amigo de Cristo si no trataba de ayudar a

[9] 1Pe 2,10.
[10] Dan 12,1.
[11] Ez 28,14-16.
[12] Durante los cuarenta días que preceden a la fiesta de San Pedro y San Pablo.—San Francisco ayunaba, por consiguiente: —del 7 de enero al 15 de febrero; —desde el miércoles de Ceniza a Pascua; —del 20 de mayo al 29 de junio; —del 29 de junio al 15 de agosto; —del 15 de agosto al 25 de septiembre; —desde Todos los Santos a Navidad. En total, 231 días al año; más de las dos terceras partes del año. La lección que se desprende es, quizás, menos la mortificación que la incorporación a los misterios, para cuya celebración nunca se sentía suficientemente preparado.
[13] Mc 12,42.
[14] Ex 30,1-28.
[15] Ap 5,9.

las almas que por El han sido redimidas. Y afirmaba que nada debe preferirse a la salvación de las almas, aduciendo como prueba suprema el hecho de que el Unigénito de Dios se dignó morir por ellas colgado en el leño de la cruz. De ahí su esfuerzo en la oración, de ahí sus correrías apostólicas y su celo por dar buen ejemplo. Por eso, cuando se le reprendía por la demasiada austeridad que usaba consigo mismo, respondía que había sido puesto como ejemplo para los demás.

Y aunque su inocente carne, sometida ya espontáneamente al espíritu, no necesitaba del flagelo de la penitencia para expiar sus propios pecados, no obstante —para dar buen ejemplo—, volvía a imponerle cargas y castigos, recorriendo, por el bien de los demás, los duros caminos de la mortificación. Pues solía decir: *Aunque hablara las lenguas de los ángeles y de los hombres, si no tengo* en mí *caridad* y no doy ejemplo de virtud a mis prójimos, muy poco será lo que aproveche a los otros, nada a mí mismo [16].

5. Enfervorizado en el incendio de la caridad, se esforzaba por emular el glorioso triunfo de los santos mártires, en quienes nadie ni nada pudo extinguir la llama del amor ni debilitar su fortaleza en el sufrir. Inflamado, pues, en esa caridad perfecta *que arroja de sí todo temor* [17], deseaba ofrecerse él mismo en persona —mediante el fuego del martirio— *como hostia viva* [18] al Señor, para corresponder de este modo al amor de Cristo, muerto por nosotros en la cruz, y para incitar a los demás al amor divino. En efecto, ardiendo en deseos de martirio, al sexto año de su conversión resolvió embarcarse a Siria a fin de predicar la fe cristiana y la penitencia a los sarracenos y otros infieles.

Así, pues, embarcó en una nave que se dirigía a aquellas tierras; pero, a causa de los fuertes vientos contrarios, se vio obligado a desembarcar en las costas de Eslavonia [19]. Permaneció allí algún tiempo, y, al no poder encontrar una embarcación que se hiciera entonces a la mar, se sintió defraudado en sus deseos y rogó a unos navegantes que salían para Ancona que por amor de Dios lo llevasen a bordo. Mas ellos se negaron rotundamente a su petición, alegando el motivo de la escasez de víveres. Con todo, el varón de Dios, confiando plenamente en la bondad divina, se metió a ocultas con su compañero en el barco. En esto se presentó un individuo, enviado por Dios —según se cree— en ayuda del Pobrecillo, el cual llevaba consigo el necesario avituallamiento y, llamando aparte a uno de los marineros, temeroso de Dios, le dijo: «Guarda fielmente estos víveres para los pobres hermanos que están escondidos en la nave y suminístraselos amigablemente en tiempo de necesidad».

Y así sucedió que, a causa del fuerte temporal, no pudieron durante muchos días los tripulantes arribar a ningún puerto; y

[16] 1Cor 13,1-3.
[17] 1Jn 4,18.
[18] Rom 12,1.
[19] La Eslavonia, es decir, la costa dálmata.

entre tanto se agotaron todos los alimentos, quedando sólo la limosna concedida milagrosamente al pobre Francisco, la cual, no obstante ser insignificante, por virtud divina aumentó tan considerablemente, que, teniendo que permanecer muchos días en el mar debido al continuo temporal, antes de llegar al puerto de Ancona, bastó para proveer plenamente a las necesidades de todos. Al ver entonces los tripulantes que por el siervo de Dios se habían librado de tantos peligros de muerte, como que habían sufrido los horribles riesgos del mar y visto las maravillosas *obras del Señor en medio del piélago* [20], dieron gracias a Dios omnipotente, que siempre se manifiesta admirable y digno de amor en sus amigos y siervos.

6. Tan pronto como dejó el mar y puso pie en tierra, comenzó a sembrar la semilla de la palabra de salvación, recogiendo apretado manojo de frutos espirituales. Mas como le atraía tanto la idea de la consecución del martirio, que prefería una preciosa muerte por Cristo a todos los méritos de las virtudes, emprendió viaje hacia Marruecos [21] con objeto de predicar el Evangelio de Cristo a Miramamolín y su gente, y poder conseguir de algún modo la deseada palma del martirio. Y era tan ardiente este deseo, que, a pesar de su debilidad corporal, se adelantaba a su compañero de peregrinación [22], y, como ebrio de espíritu, volaba presuroso a la realización de su proyecto.

Pero cuando llegó a España [23], por designio de Dios, que lo reservaba para otras muy importantes empresas, le sobrevino una gravísima enfermedad que le impidió llevar a cabo su anhelo.

Comprendiendo, pues, el hombre de Dios que su vida mortal era aún necesaria para la prole que había engendrado, aunque para sí reputaba la muerte como una ganancia, tornó de su camino para ir a apacentar las ovejas encomendadas a su solicitud.

7. Pero como el ardor de su caridad lo apremiaba insistentemente a la búsqueda del martirio, intentó aún por tercera vez

[20] Sal 106,24.

[21] Segunda expedición fracasada. Parece que Francisco entró en España por tierra y no por mar. Se han estudiado las numerosas tradiciones locales que pretenden jalonar este viaje de Francisco. Atanasio López *(Viaje de San Francisco a España:* AIA 1 [1914] t.1 p.13-45) piensa que acerca del recorrido de este viaje por España no hay sino probabilidades. Por lo que respecta al sur de Francia, se puede decir que, si, como puede ser, hizo Francisco este viaje el año 1213, acaso tendría que juntarse a algún grupo de peregrinos que iban camino de Santiago, y que recibirían protección de templarios y hospitalarios, ya que la cruzada contra los albigenses hacía estragos y no se podía viajar solo por estas regiones.

Se ha de ser muy cauto al aceptar que durante este viaje fundara Francisco conventos por los lugares por los que pasó, cuando en esta misma época no permitía moradas estables. No se ha de olvidar que más tarde, y por diversas razones, hubo interés en afirmar la antigüedad de ciertos conventos, y que para ello resultaba muy cómodo referir su fundación a este viaje de Francisco.

[22] Cf. Flor 4 n.2. Los primeros hermanos tenían la costumbre de caminar uno tras otro. Dante sigue a Virgilio, «como hacen los hermanos menores cuando van de camino» *(Divina comedia, Infierno* 23,1,3).

[23] Según *Acta Sanctorum* (t.50 p.699 d), San Francisco habría fundado en Vitoria una casa, dedicada a Santa María Magdalena. Es una tradición local muy arraigada. Sus restos desaparecieron totalmente en 1945.

marchar a tierra de infieles para propagar, con la efusión de su sangre, la fe en la Trinidad.

Así es que el año decimotercero de su conversión partió a Siria [24], exponiéndose a muchos y continuos peligros en su intento de llegar hasta la presencia del sultán de Babilonia.

Se entablaba entonces entre cristianos y sarracenos una guerra [25] tan implacable, que —estando enfrentados ambos ejércitos en campos contrarios— no se podía pasar de una parte a otra sin exponerse a peligro de muerte, pues el sultán había hecho promulgar un severo edicto, en cuya virtud se recompensaba con un besante de oro [26] al que le presentara la cabeza de un cristiano.

Pero el intrépido caballero de Cristo Francisco, con la esperanza de ver cumplido muy pronto su proyecto de martirio, se decidió a emprender la marcha sin atemorizarse por la idea de la muerte, antes bien estimulado por su deseo. Y así, después de haber hecho oración y confortado por el Señor, cantaba confiadamente con el profeta: *Aunque camine en medio de las sombras de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo* [27].

8. Acompañado, pues, de un hermano llamado Iluminado —hombre realmente iluminado y virtuoso—, se puso en camino, y de pronto le salieron al encuentro dos ovejitas, a cuya vista, muy alborozado, dijo el Santo al compañero: «Confía, hermano, en el Señor, porque se cumple en nosotros el dicho evangélico: *He aquí que os envío como ovejas en medio de lobos*» [28]. Y, avanzando un poco más, se encontraron con los guardias sarracenos, que se precipitaron sobre ellos como lobos sobre ovejas y trataron con crueldad y desprecio a los siervos de Dios salvajemente capturados, profiriendo injurias contra ellos, afligiéndoles con azotes y atándolos con cadenas. Finalmente, después de haber sido maltratados y atormentados de mil formas, disponiéndolo así la divina Providencia, los llevaron a la presencia del sultán, según lo deseaba el varón de Dios.

Entonces el jefe les preguntó quién los había enviado, cuál era su objetivo, con qué credenciales venían y cómo habían podido llegar hasta allí; y el siervo de Cristo Francisco le respondió con intrepidez que había sido enviado no por hombre alguno, sino por el mismo Dios altísimo, para mostrar a él y a su pueblo el camino de la salvación y anunciarles el Evangelio de la verdad. Y predicó

[24] Partió para Egipto en junio de 1219 y volvió a Italia en la primavera de 1220. Estuvo presente en el asalto de Damieta el 29 de agosto de 1219; después de haber visitado Siria estuvo con los cruzados hasta febrero de 1220. Cf. Flor 24 y testimonios del hermano Iluminado y Jacobo de Vitry en este mismo volumen p.975 y 967.

[25] Durante el asedio de Damieta. «Babilonia» era el nombre que se daba en Europa a la capital de Egipto. San Buenaventura emplea en su texto latino la palabra *guerra*, término vulgar, que extrañamente escapó de la pluma clásica de nuestro doctor.

[26] El «byzantium aureum» que dice el autor era un talento de oro o plata acuñado en Bizancio (de donde le venía el nombre); era una moneda muy extendida y cotizada.

[27] Sal 22,4.

[28] Mt 10,16.

ante dicho sultán sobre Dios trino y uno y sobre Jesucristo salvador de todos los hombres con tan gran convicción, con tanta fortaleza de ánimo y con tal fervor de espíritu, que claramente se veía cumplirse en él aquello del Evangelio: *Yo os daré palabras y sabiduría, a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro* [29].

De hecho, observando el sultán el admirable fervor y virtud del hombre de Dios, lo escuchó con gusto y le invitó insistentemente a permanecer consigo.

Pero el siervo de Cristo, inspirado de lo alto, le respondió: «Si os resolvéis a convertiros a Cristo tú y tu pueblo, muy gustoso permaneceré por su amor en vuestra compañía. Mas, si dudas en abandonar la ley de Mahoma a cambio de la fe de Cristo, manda encender una gran hoguera, y yo entraré en ella junto con tus sacerdotes, para que así conozcas cuál de las dos creencias ha de ser tenida, sin duda, como más segura y santa». Respondió el sultán: «No creo que entre mis sacerdotes haya alguno que por defender su fe quiera exponerse a la prueba del fuego, ni que esté dispuesto a sufrir cualquier otro tormento». Había observado, en efecto, que uno de sus sacerdotes, hombre íntegro y avanzado en edad, tan pronto como oyó hablar del asunto, desapareció de su presencia. Entonces, el Santo le hizo esta proposición: «Si en tu nombre y en el de tu pueblo me quieres prometer que os convertiréis al culto de Cristo si salgo ileso del fuego, entraré yo solo a la hoguera. Si el fuego me consume, impútese a mis pecados; pero, si me protege el poder divino, reconoceréis a Cristo, *fuerza y sabiduría de Dios* [30], verdadero Dios y Señor, salvador de todos los hombres».

El sultán respondió que no se atrevía a aceptar dicha opción, porque temía una sublevación del pueblo. Con todo, le ofreció muchos y valiosos regalos, que el varón de Dios —ávido no de los tesoros terrenos, sino de la salvación de las almas— rechazó cual si fueran lodo.

Viendo el sultán en este santo varón un despreciador tan perfecto de los bienes de la tierra, se admiró mucho de ello y se sintió atraído hacia él con mayor devoción y afecto. Y, aunque no quiso, o quizás no se atrevió a convertirse a la fe cristiana, sin embargo, rogó devotamente al siervo de Cristo que se dignara aceptar aquellos presentes y distribuirlos —por su salvación— entre cristianos pobres o iglesias. Pero Francisco, que rehuía todo peso de dinero y percatándose, por otra parte, que el sultán no se fundaba en una verdadera piedad, rehusó en absoluto condescender con su deseo.

9. Al ver que nada progresaba en la conversión de aquella gente y sintiéndose defraudado en la realización de su objetivo del martirio, avisado por inspiración de lo alto, retornó a los países cristianos.

[29] Lc 21,15.
[30] 1Cor 1,24.

Y resultó, de un modo misericordioso y admirable a la vez —por disposición de la clemencia divina y mediante los méritos de las virtudes del Santo—, que este amigo de Cristo buscara con todas sus fuerzas morir por El y no lo consiguiera, para así lograr, por una parte, el mérito del deseado martirio, y, por otra, quedar reservado para un privilegio singular con el que sería distinguido más adelante [31]. De ahí que aquel fuego divino llameó con más intensidad en su corazón para que después se manifestase con mayor evidencia en su carne.

¡Oh dichoso varón, cuya carne no fue herida por el hierro del tirano y, sin embargo, no quedó privada de la semejanza con el Cordero degollado! ¡Oh varón —repetiré— verdadera y perfectamente feliz, cuya alma, si bien no fue arrancada por la espada del perseguidor, no perdió la palma del martirio!

Capítulo X

Vida de oración y poder de sus plegarias

1. Como quiera que el siervo de Cristo Francisco se sentía en su cuerpo como un *peregrino alejado del Señor* [1] —si bien, por la caridad de Cristo, se había ya totalmente insensibilizado a los deseos terrenos—, para no verse privado de la consolación del Amado, se esforzaba, orando sin intermisión, por mantener siempre su espíritu unido a Dios.

Ciertamente, la oración era para este hombre contemplativo un verdadero solaz, mientras, convertido ya en conciudadano de los ángeles dentro de las mansiones celestiales, *buscaba* con ardiente anhelo *a su Amado* [2], de quien solamente le separaba el muro de la carne. Era también la oración para este hombre dinámico un refugio, pues, desconfiando de sí mismo y fiado de la bondad divina, en medio de toda su actividad *descargaba en el Señor* —por el ejercicio continuo de la oración— *todos sus afanes* [3].

Afirmaba rotundamente que el religioso debe desear, por encima de todas las cosas, la gracia de la oración; y, convencido de que sin la oración nadie puede progresar en el servicio divino, exhortaba a los hermanos, con todos los medios posibles, a que se dedicaran a su ejercicio. Y en cuanto a él se refiere, cabe decir que ora caminase o estuviese sentado, lo mismo en casa que afuera, ya trabajase o descansase, de tal modo estaba entregado a la oración, que parecía consagrar a la misma no sólo su corazón y su cuerpo, sino hasta toda su actividad y todo su tiempo.

2. No dejaba pasar por alto —llevado de la negligencia— ninguna visita del Espíritu. En efecto, cuando recibía una tal vi-

[31] Los estigmas.
[1] 2Cor 5,6.8.
[2] Ct 3,1.
[3] Sal 54,23.

sita, prestábale gran atención, y en tanto que el Señor se la concedía, saboreaba la dulcedumbre ofrecida.

Por eso, cuando, estando en camino, sentía algún soplo del Espíritu divino, se detenía al punto dejando pasar adelante a sus compañeros, y así se reconcentraba para convertir en fruición la nueva inspiración; en verdad, *no recibía en vano la gracia de Dios* [4].

Sumergíase muchas veces en el éxtasis de la contemplación de tal modo, que, arrebatado fuera de sí y percibiendo algo más allá de los sentidos humanos, no se daba cuenta de lo que acontecía al exterior en torno suyo.

Así sucedió una vez en Borgo San Sepolcro, un castro muy poblado. Al atraversarlo sentado en un jumentillo, a causa de la debilidad del cuerpo, se encontró con una muchedumbre, que, llevada de la devoción, se abalanzó sobre él. Detenido por la turba, que le empujaba y asediaba de mil maneras, parecía insensible a todo, y como si su cuerpo estuviera muerto a todo lo que sucedía a su lado, no se dio cuenta absolutamente de nada. Por eso, después de haber dejado muy atrás el poblado y la gente, al llegar a una casa de leprosos, el contemplativo de las cosas celestiales —como volviendo de otro mundo— preguntó con interés cuánto faltaba para llegar a Borgo. Y es que su espíritu, anclado en los esplendores del cielo, no había reparado en la variedad de lugares y tiempos, ni en las personas que habían salido a su encuentro. Y que esto le sucedió con alguna frecuencia, lo sabemos por varios testimonios de sus compañeros.

3. Y como había aprendido en la oración que el Espíritu Santo hace sentir tanto más íntimamente su dulce presencia a los que oran cuanto más alejados los ve del mundanal ruido, por eso buscaba lugares apartados y se dirigía a la soledad o a las iglesias abandonadas para dedicarse de noche a la oración. Allí sostenía frecuentes y horribles luchas con los demonios, que, atacándole sensiblemente [5], se esforzaban por perturbarlo en el ejercicio de la oración. El empero, defendido con las armas del cielo, cuanto más duramente le asaltaban los enemigos, tanto más fuerte se hacía en la virtud y más fervoroso en la oración diciendo confiadamente a Cristo: *A la sombra de tus alas escóndeme de los malvados que me asaltan* [6].

Después se dirigía a los demonios y les decía: «¡Espíritus malignos y falsos, haced en mí todo lo que podáis! Bien sé que no podéis hacer más de lo que os permita la mano del Señor. Por mi parte, estoy dispuesto a sufrir con sumo gusto todo lo que El os asigne infligirme». No pudiendo soportar los arrogantes demonios tal constancia de ánimo, se retiraban llenos de confusión.

4. Y, cuando el varón de Dios quedaba solo y sosegado, llenaba de gemidos los bosques, bañaba la tierra de lágrimas, se golpeaba con la mano el pecho, y, como quien ha encontrado un

[4] 2Cor 6,1.
[5] Cf. 2C 119.
[6] Sal 16,8-9.

santuario íntimo, conversaba con su Señor. Allí respondía al Juez, allí suplicaba al Padre, allí hablaba con el Amigo [7], allí también fue oído algunas veces por sus hermanos —que con piadosa curiosidad lo observaban— interpelar con grandes gemidos a la divina clemencia en favor de los pecadores, y llorar en alta voz la pasión del Señor como si la estuviera presenciando con sus propios ojos.

Allí lo vieron orar de noche, con los brazos extendidos en forma de cruz, mientras todo su cuerpo se elevaba sobre la tierra y quedaba envuelto en una nubecilla luminosa, como si el admirable resplandor que rodeaba su cuerpo fuera una prueba de la maravillosa luz de que estaba iluminada su alma.

Allí también —según está comprobado por indicios ciertos— se le descubrían misteriosos secretos de la divina sabiduría [8], que no los hacía públicos sino en el grado que le urgía la caridad de Cristo o se lo exigía el bien del prójimo. Solía decir a este propósito: «Sucede que por una ligera satisfacción llega a perderse un don inapreciable y se provoca a Aquel que lo dio a no concederlo en adelante con tanta facilidad».

Cuando volvía de su oración privada —en la que venía a quedar como transformado en otro hombre—, tenía sumo cuidado en adaptarse a los demás, no fuese que las exteriorizaciones le granjeasen el aplauso humano, y quedara por ello desprovisto del premio en su interior.

Si en público le sorprendía de improviso la visita del Señor, siempre encontraba algún medio para evadir la atención de los presentes [9] de forma que no apareciesen al exterior sus familiares encuentros con el Esposo. Cuando oraba en compañía de sus hermanos, trataba de evitar por completo los ruidos de toses, los gemidos, los fuertes suspiros y otros gestos exteriores [10]; y esto lo hacía tanto por su amor al secreto como porque, adentrado profundamente en su interior, estaba todo él transportado en Dios. Muchas veces dijo a sus compañeros más íntimos: «Cuando el siervo de Dios recibe durante la oración una visita de lo alto, debe decir: 'Señor, pecador e indigno como soy, me has enviado del cielo este consuelo; yo lo encomiendo a tu custodia, porque me reconozco ladrón de tu tesoro'. Y cuando vuelve de la oración debe mostrarse de tal modo pobrecillo y pecador cual si no hubiera conseguido ninguna nueva gracia [11]».

5. Sucedió una vez que, mientras oraba el varón de Dios en la Porciúncula, vino a visitarle —como de costumbre— el obispo

[7] 2C 95.

[8] Sal 50,8.

[9] Protegiéndose a veces con la manga o el manto (2C 94).

[10] Genuflexiones, postraciones, signos de la cruz, besar el suelo, etc.; en aquel entonces, todo esto resultaba normal y espontáneo. Salimbene nos cuenta cómo en el convento de Sens, el rey San Luis esperó pacientemente a su hermano Carlos de Anjou, que no acababa de rezar y de hacer interminables genuflexiones delante del altar.

[11] Cf. Adm 28.

de Asís. Apenas entró en el lugar, se acercó con más confianza que la debida a la celda en que oraba el siervo de Cristo; llamó a la puerta y fue a pasar adelante. Nada más introducir la cabeza y ver al Santo en oración, de repente quedó sobrecogido de espanto, se le paralizaron los miembros y hasta perdió el habla; y súbitamente, por designio divino, fue expulsado con violencia hacia afuera, viéndose obligado a retroceder y alejarse de allí. Estupefacto el obispo, se apresuró, tan pronto como pudo, a presentarse a los hermanos; y, al devolverle Dios el habla, sus primeras palabras fueron para confesar la culpa.

Sucedió en cierta ocasión que el abad del monasterio de San Justino, del obispado de Perusa, se encontró con el siervo de Cristo. Apenas lo vio, el devoto abad se apeó rápidamente del caballo para rendir reverencia al varón de Dios y conversar con él de cosas referentes a la salvación de su alma. Al término del dulce coloquio, a la hora de despedirse, el abad le pidió humildemente que rogara por él. El hombre amado de Dios le respondió: «Lo haré de buen grado».

Cuando se hubo alejado un poco el abad, el fiel Francisco dijo a su compañero: «Aguarda un momento, hermano, que quiero cumplir lo prometido». Y, mientras oraba el Santo, súbitamente sintió el abad en su espíritu un calor tan inusitado y una tal dulzura no experimentada hasta entonces, que, arrebatado en éxtasis, quedó totalmente absorto en Dios. Permaneció así un breve espacio de tiempo, y —vuelto en sí— reconoció la eficacia de la oración de San Francisco. Por eso en adelante profesó una simpatía mayor a la Orden y contó a muchos este hecho que consideraba milagroso.

6. Solía el Santo rendir a Dios el tributo de las horas canónicas con no menor reverencia que devoción. Pues, aunque estaba enfermo de los ojos, del estómago, del bazo y del hígado, con todo, no quería —mientras salmodiaba— apoyarse en el muro o en la pared, sino que recitaba siempre las horas de pie y sin cubrir la cabeza con la capucha, con la mirada recogida y sin ninguna interrupción.

Si alguna vez iba de camino, se detenía a la hora de rezar el oficio, y no omitía esta respetuosa y santa costumbre ni siquiera cuando le alcanzaba una lluvia torrencial. Solía decir en efecto: «Si el cuerpo toma tranquilamente su alimento, con el que se ha de convertir algún día en pasto de gusanos, ¿con cuánta mayor paz y sosiego debe recibir el alma su alimento de vida?»

Creía faltar gravemente si, entregado a la oración, se dejaba distraer interiormente por vanas imaginaciones. Cuando algo de esto le sucedía, no quedaba tranquilo hasta confesar su culpa y expiarla con una adecuada penitencia. Y de tal modo llevó a la práctica esta costumbre, que rarísimamente fue molestado por tales moscas de vanas imaginaciones.

Durante una cuaresma, en su afán de aprovechar hasta los últimos segundos de tiempo, hizo un pequeño vaso. Y sucedió

que al rezo de tercia le vino a la cabeza su recuerdo, distrayéndolo un poco. Movido por el fervor del espíritu, arrojó al fuego dicho vaso, diciendo: «Lo sacrificaré al Señor, puesto que ha sido un obstáculo para rendirle el debido sacrificio».

Recitaba los salmos con tal atención de mente y de espíritu cual si tuviese a Dios presente ante sus ojos; y cuando en ellos venía el nombre del Señor, parecía relamerse los labios por la suave dulzura que experimentaba [12].

Queriendo, asimismo, honrar con singular reverencia el nombre del Señor, no sólo cuando era recordado en la mente, sino también cuando era pronunciado o aparecía escrito, recomendó alguna vez a sus hermanos recoger, doquiera encontraren, todo papel escrito y colocarlo en lugar decente, no se diera el caso de conculcarse el sagrado nombre de Dios que tal vez estuviera allí escrito.

Cuando pronunciaba u oía pronunciar el nombre de Jesús, se llenaba en su interior de un gozo inefable, y en su exterior aparecía todo conmocionado, cual si su paladar saborease manjares exquisitos o su oído percibiera sonidos armoniosos.

7. Tres años antes de su muerte se dispuso a celebrar en el castro de Greccio, con la mayor solemnidad posible, la memoria del nacimiento del niño Jesús, a fin de excitar la devoción de los fieles.

Mas para que dicha celebración no pudiera ser tachada de extraña novedad, pidió antes licencia al sumo pontífice [13]; y, habiéndola obtenido, hizo preparar un pesebre con el heno correspondiente y mandó traer al lugar un buey y un asno.

Son convocados los hermanos, llega la gente, el bosque resuena de voces, y aquella noche bendita, esmaltada profusamente de claras luces y con sonoros conciertos de voces de alabanza, se convierte en esplendorosa y solemne.

El varón de Dios estaba lleno de piedad ante el pesebre, con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón inundado de gozo. Se celebra sobre el mismo pesebre la misa solemne, en la que Francisco, levita de Cristo, canta el santo evangelio. Predica después al pueblo allí presente sobre el nacimiento del Rey pobre, y cuando quiere nombrarlo —transido de ternura y amor—, lo llama «Niño de Bethlehem».

Todo esto lo presenció un caballero virtuoso y amante de la verdad: el Señor Juan de Greccio, quien por su amor a Cristo había abandonado la milicia terrena y profesaba al varón de Dios una entrañable amistad. Aseguró este caballero haber visto dormido en el pesebre a un niño extraordinariamente hermoso, al que, estrechando entre sus brazos el bienaventurado padre Francisco, parecía querer despertarlo del sueño.

[12] Cf. 1C 86; 2C 199.

[13] Cautela ignorada por los otros biógrafos. Quizás el Santo conocía la prohibición de los *ludi theatrales*, hecha por una decretal de Inocencio III y que data de 1207 (AFH 19 [1926] p.135).

Dicha visión del devoto caballero es digna de crédito no sólo por la santidad del testigo, sino también porque ha sido comprobada y confirmada su veracidad por los milagros que siguieron. Porque el ejemplo de Francisco, contemplado por las gentes del mundo, es como un despertador de los corazones dormidos en la fe de Cristo, y el heno del pesebre, guardado por el pueblo, se convirtió en milagrosa medicina para los animales enfermos y en revulsivo eficaz para alejar otras clases de pestes. Así, el Señor glorificaba en todo a su siervo y con evidentes y admirables prodigios demostraba la eficacia de su santa oración [14].

Capítulo XI

Inteligencia de las Escrituras y espíritu de profecía

1. El incesante ejercicio de la oración, unido a la continua práctica de la virtud, había conducido al varón de Dios a tal limpidez y serenidad de mente, que —a pesar de no haber adquirido, por adoctrinamiento humano, conocimiento de las sagradas letras—, iluminado con los resplandores de la luz eterna, llegaba a sondear, con admirable agudeza de entendimiento, las profundidades de las Escrituras. Efectivamente, su ingenio, limpio de toda mancha, penetraba los más ocultos misterios, y allí donde no alcanza la ciencia de los maestros, se adentraba el afecto del amante.

Leía algunas veces los libros sagrados, y lo que una vez se había depositado en su alma, se gravaba tenazmente en su memoria; no en vano percibía con atento oído de su mente lo que después rumiaba sin cesar con devoción y afecto.

Preguntáronle en cierta ocasión los hermanos si sería de su agrado que los letrados admitidos ya en la Orden se aplicasen al estudio de la Sagrada Escritura, y Francisco respondió [1]: «Sí, me place [2], pero a condición de que, a ejemplo de Cristo, de quien se dice que se dedicó más a la oración que a la lectura [3], no descuiden el ejercicio de la oración, ni se entreguen al estudio sólo para saber cómo han de hablar, sino, más bien, para practicar lo que han escuchado, y, practicándolo, lo propongan a los demás para

[14] Mucho mejor que el fresco de la serie de Giotto en Asís, nos evoca la escena del pesebre de Greccio el fresco primitivo (del siglo XIV o XV) que adorna todavía el muro del lugar del pesebre mismo en Greccio.

[1] Cf. 2C 102.163.189.194; cf. también 1C 57.

[2] Cf. 2C 195. Cf. San Buenaventura, *Epistola de tribus quaestionibus:* Opera omnia 8 (1898) p.334: «Para que sepas en qué medida agradaba [a San Francisco] el estudio de la Sagrada Escritura, he oído a un hermano que todavía vive que, habiendo llegado a sus manos el Nuevo Testamento y no pudiendo muchos hermanos tenerlo íntegro, lo dividía por hojas y se las entregaba para que todos lo estudiaran y no fueran unos impedimento para los otros». Cf. 2C 91.

[3] Oró: Mt 14,23; 19,13; Mc 1,35; Lc 5,16; 6,12. Estudió: Lc 4,16; 2,46. El meollo de esta respuesta la encontramos en la carta de San Francisco a San Antonio de Padua.

que lo pongan por obra. Quiero —añadió— que mis hermanos sean discípulos evangélicos y de tal modo progresen en el conocimiento de la verdad, que crezcan en pura simplicidad, sin separar la sencillez columbina de la prudencia de la serpiente [4], virtudes que el soberano Maestro conjuntó en la enseñanza de sus benditos labios».

2. Preguntado en la ciudad de Siena por un religioso, doctor en sagrada teología [5], acerca de algunas cuestiones muy difíciles de entender, le puso al descubierto con tanta claridad los misterios de la divina sabiduría, que se llenó de asombro aquel hombre sabio. Por eso exclamó todo admirado: «En verdad, la teología de este santo Padre, elevada a lo alto, como sobre alas, por su pureza y contemplación, se parece a un águila que se remonta a los cielos, mientras nuestra ciencia se arrastra por el suelo».

Aunque no era un experto en hablar [6], sin embargo, dotado del don de la ciencia, resolvía cuestiones dudosas y *hacía luz en los puntos oscuros* [7]. Nada extraño que el Santo recibiera de Dios la inteligencia de las Escrituras, ya que por la perfecta imitación de Cristo llevaba impresa en sus obras la verdad de las mismas, y por la plenitud de la unción del Espíritu Santo poseía dentro de su corazón al Maestro de las sagradas letras.

3. Brilló también en Francisco el espíritu de profecía en tal grado, que preveía las cosas futuras y descubría los secretos de los corazones; veía, asimismo, las cosas ausentes como si estuvieran presentes y se aparecía maravillosamente a los que estaban lejos.

En ocasión en que el ejército cristiano sitiaba la ciudad de Damieta, se encontraba allí el varón de Dios, protegido no con el poder de las armas, sino con la coraza de la fe. Al escuchar el día mismo de la batalla que los cristianos se preparaban a la lucha, el siervo de Cristo se afligió muy profundamente y dijo a su compañero [8]: «El Señor me ha revelado que, si se enfrentan los dos ejércitos, el resultado será desfavorable para los cristianos; pero, si les digo esto, me tomarán por mentecato, y, si me callo, no podré evitar los remordimientos de conciencia. ¿Qué opinas tú sobre el particular?» Le respondió su compañero: «Hermano, no te importe ni mucho ni poco el juicio de los hombres, pues no es ahora cuando comienzas a ser considerado como loco. Descarga tu conciencia y teme más a Dios que a los hombres».

Al oír tal contestación, se marcha en seguida el heraldo del Evangelio, exhorta con saludables consejos a los cristianos, les disuade a presentar batalla y les predice la derrota.

Mas los soldados tomaron la verdad como si fuera un cuento, endurecieron su corazón y no quisieron retroceder de sus planes.

[4] Mt 10,16.

[5] Celano nos dice que este religioso era un dominico y que el texto discutido fue Ez 3,18 (2C 103).

[6] 2Cor 11,6.

[7] Job 28,11.

[8] Fue el hermano Iluminado quien zanjó el caso de conciencia con todo este aplomo (cf. LM 9,8).

Avanzan, chocan las armas, se entabla la batalla, y todo el ejército cristiano se bate en retirada, obteniendo como resultado no el triunfo, sino una vergonzosa derrota. Con este lamentable desastre quedó diezmado el ejército cristiano, de modo que el número de muertos y cautivos ascendió a cerca de seis mil. Así se puso de manifiesto que no debía haberse despreciado la sabiduría del pobre, porque el *alma del justo anuncia, a veces, la verdad mejor que siete vigías puestos en atalaya para vigilar* [9].

4. En otra ocasión, después de haber regresado de su viaje a ultramar, llegó a Celano a predicar; y allí un devoto caballero le invitó insistentemente a quedarse a comer con él. Vino, pues, a su casa, y toda la familia se llenó de gozo a la llegada de los pobres huéspedes. Pero, antes de ponerse a comer, el devoto varón —siguiendo su costumbre— se detuvo un poco con los ojos elevados al cielo, dirigiendo a Dios súplicas y alabanzas. Al concluir la oración llamó aparte en confianza al bondadoso señor que lo había hospedado y le habló así: «Mira, hermano huésped; vencido por tus súplicas, he entrado en tu casa para comer. Ahora, pues, escucha y sigue con presteza mis consejos, porque no es aquí, sino en otro lugar, donde vas a comer hoy. Confiesa en seguida tus pecados con espíritu de sincero arrepentimiento y que en tu conciencia no quede nada que haya de manifestarse en una buena confesión. Hoy mismo te recompensará el Señor la obra de haber acogido con tanta devoción a sus pobres».

Aquel señor puso inmediatamente en práctica los consejos del Santo: hizo con el compañero de éste una sincera confesión de todos sus pecados, puso en orden todas sus cosas y se preparó —como mejor pudo— a recibir la muerte. Finalmente, se sentaron todos a la mesa. Apenas habían comenzado los otros a comer, cuando el dueño de la casa, con una muerte repentina, exhaló su espíritu, según le había anunciado el varón de Dios.

Así, la misericordiosa hospitalidad obtuvo su premio merecido, verificándose la palabra de la Verdad: *Quien recibe a un profeta tendrá paga de profeta* [10]. En efecto, merced al anuncio profético del Santo, aquel piadoso caballero se previno contra una muerte imprevista, y, defendido con las armas de la penitencia, pudo evitar la condenación eterna y entrar en las eternas moradas.

5. Cuando el siervo de Dios yacía enfermo en Rieti, le llevaron en una camilla —víctima de grave enfermedad— a un prebendado de nombre Gedeón, hombre lascivo y mundano. Con lágrimas en los ojos rogaba a Francisco, a una con los presentes, que trazase sobre él la señal de la cruz. Le repuso el Santo: «¿Cómo quieres que te bendiga con la señal de la cruz después que has vivido en el pasado según los antojos de tu carne, sin temer los juicios de Dios? No obstante, en atención a las devotas

[9] Eclo 37,18.—Estos acontecimientos se desarrollaron el 4 y 5 de febrero de 1219.

[10] Mt 10,41.

súplicas de los presentes, haré sobre ti la señal de la cruz en nombre del Señor. Mas tenlo presente: si una vez curado vuelves de nuevo *al vómito del pecado* [11], sufrirás desgracias mayores, pues por el pecado de la ingratitud se infligen siempre castigos más graves que los precedentes».

Hecha, pues, la señal de la cruz sobre el enfermo, éste, que había estado postrado con los miembros agarrotados, se levantó al instante del todo sano, y, prorrumpiendo en alabanzas a Dios, exclamó: «¡Ya estoy libre de mi enfermedad!»

Crujieron entonces los huesos de la cintura —ruido que oyeron todos— con un chasquido semejante al que se produce cuando con la mano se parte leña seca.

Mas poco tiempo después, olvidándose de Dios, volvió a entregarse a la vida licenciosa. Y he aquí que cierta tarde en que había cenado en casa de un canónigo y quedado aquella noche allí a dormir, de pronto se derrumbó la techumbre del edificio sobre los que estaban en la misma casa. Pero mientras los demás se escaparon de la muerte, sólo el miserable murió sepultado entre las ruinas.

Por justo juicio de Dios, *el final de aquel hombre vino a ser peor que el principio* [12] a causa del vicio de la ingratitud y del desprecio de Dios. Porque es necesario ser agradecido por el perdón recibido y doblemente se desagrada a Dios con el pecado reiterado.

6. En otra ocasión, una noble y piadosa señora se llegó al Santo para exponerle el dolor que la afligía y pedirle remedio. Su marido era un hombre de extremada crueldad, que le ponía obstáculos en el servicio de Cristo. Por eso pedía dicha mujer al Santo que hiciera oración por él, a fin de que el Señor, en su clemencia, se dignase ablandar su corazón. Después que la escuchó, le respondió el Santo: «Vete en paz, que, sin duda alguna, recibirás muy pronto un gran consuelo de tu marido». Y añadió: «Dile de parte de Dios y de parte mía que ahora es tiempo de misericordia y que luego será el de la justicia».

Recibida la bendición, la mujer vuelve a su casa, encuentra a su marido y le comunica las palabras del Santo. De pronto *descendió* sobre aquel hombre *el Espíritu Santo* [13], y, convertido de su condición antigua en un hombre nuevo, el mismo Espíritu le mueve a contestar así con toda dulzura a su mujer: «Señora, sirvamos a Dios y salvemos nuestras almas». En efecto, por insinuación de la santa mujer, vivieron durante muchos años en perfecta continencia y al fin ambos entregaron en el mismo día sus almas al Señor.

Maravilloso, en verdad, el poder del espíritu profético de este varón de Dios, que restituía el vigor a los miembros a punto de secarse e imprimía sentimientos de ternura en los corazones endurecidos. Pero no fue menos estupenda la clarividencia de su

[11] Prov 26,11.
[12] Mt 12,45.
[13] Hch 10,44.

espíritu, en cuya virtud no sólo conocía de antemano acontecimientos futuros, sino que también escrutaba los secretos de las conciencias, como si, a imitación de Eliseo, hubiera heredado las dos partes del espíritu del profeta Elías [14].

7. Hallándose Francisco en Siena, predijo a un señor, amigo suyo, algunas cosas que habían de sucederle al fin de su vida. Y, habiéndose enterado de ello aquel hombre docto —de quien antes hemos hecho mención diciendo que alguna vez conversó con el santo Padre sobre cuestiones de la Sagrada Escritura—, preguntó al Santo, para salir de dudas, si realmente él había anunciado aquellas cosas que conocía por referencias de dicho hombre. Y Francisco no sólo le confirmó la verdad de lo que había escuchado, sino que además al curioso investigador de hechos ajenos le predijo el día de su propia muerte. Y para cerciorarle mejor de lo que le anunciaba, le reveló un secreto escrúpulo de conciencia que aquel doctor no había manifestado a ningún viviente; le resolvió maravillosamente sus dudas, dejándole del todo tranquilo con sus saludables consejos. En confirmación de lo dicho, aquel religioso acabó sus días tal como se lo había profetizado el siervo de Cristo [15].

8. En aquel mismo tiempo en que Francisco volvía de ultramar acompañado por el hermano Leonardo de Asís [16], sucedió que —por estar fatigado y rendido de cansancio —hubo de montar durante un breve espacio de tiempo sobre un asnillo. Le seguía su compañero, muy cansado también, que, sintiendo el peso de la humana flaqueza, comenzó a decir entre sí: «No eran de la misma condición social los padres de éste y los míos; y he aquí que él va montado, mientras yo camino a pie guiando su asno» [17].

Iba rumiando tales pensamientos, cuando de pronto se apeó el Santo y le dijo: «No es justo, hermano, que yo cabalgue y que tu vayas a pie, porque en el siglo fuiste mucho más noble y poderoso que yo».

Lleno de estupor y vergüenza al verse descubierto en su conciencia, el hermano se arrojó al instante a los pies del Santo y, todo bañado en lágrimas, le manifestó sinceramente sus pensamientos y le pidió perdón.

9. Había un hermano [18], devoto de Dios y del siervo de Cristo, que frecuentemente daba vueltas a este pensamiento: que podría considerarse digno de la gracia divina todo aquel a quien el Santo le distinguiese con una especial amistad, y que, por el

[14] 2Re 2,9s.

[15] Un pasaje de Bartolomé de Pisa da a entender que este religioso debió de abandonar la Orden (*De conformitatibus* 18: AF 5 p.176).

[16] Parece que el hermano Leonardo pertenecía a la familia de los señores de Gislerio de Alberico, condes de Sassorosso, el castillo más poderoso de los alrededores de Asís (entre Asís y Spello) en tiempos de Francisco.

[17] La Regla prohibía el uso del caballo, montura utilizada en aquel tiempo únicamente por gente rica.

[18] Ricerio.

contrario, debería reputarse como excluido por Dios del número de los elegidos aquel a quien el Santo mirase como a un extraño. Atormentado muchas veces con tales pensamientos, ardía en deseos de gozar de la familiaridad del varón de Dios. A nadie había revelado su secreto; pero un día el bondadoso Padre, llamándolo dulcemente junto a sí, le habló de esta manera: «Hijo mío, no te dejes turbar por ningún pensamiento; te aseguro que eres uno de entre mis predilectos y que muy gustoso te brindo el favor de mi intimidad y afecto».

Maravillado el hermano por esta revelación, se hizo todavía más devoto del Santo, y no sólo creció en el afecto de éste, sino que, por una gracia singular del Espíritu Santo, fue también enriquecido con mayores dones.

En otra ocasión en que Francisco moraba en el monte Alverna recluido en su celda, uno de sus compañeros [19] sintió deseos de poseer algún escrito del Santo con palabras del Señor y breves anotaciones de su propia mano. Creía que de este modo se vería libre de una grave tentación —no de la carne, sino del espíritu— que lo atormentaba, o que al menos le sería más fácil superarla. Ardiendo en tales deseos, vivía interiormente angustiado, porque, vencido por la vergüenza, no se atrevía a manifestar su problema al venerable Padre. Pero lo que el hombre no le descubrió, se lo reveló el Espíritu. Mandó a dicho hermano le trajera tinta y papel y —conforme a su deseo— escribió de su propia mano las alabanzas del Señor, añadiendo al fin su bendición, y le dijo: «Toma para ti este escrito y guárdalo con cuidado hasta el día de tu muerte».

Se hizo el hermano con aquel don tan deseado, y al punto desapareció por completo su tentación. Todavía se conserva este escrito [20], y, a causa de los estupendos prodigios que posteriormente realizó, permanece como testimonio de las virtudes de Francisco.

10. Había un hermano que, según las apariencias externas, era de una santidad relevante y de intachable conducta, pero muy dado a singularidades. Entregado continuamente a la oración, observaba tal estricto silencio, que incluso acostumbraba confesarse no de palabra, sino con señas.

Acertó a pasar por aquel lugar el santo Padre. Vio a este hermano y habló sobre él a la fraternidad. Todos ponderaban con grandes elogios la virtud de dicho hermano, mas el hombre de Dios les dijo: «Dejad, hermanos, de alabarme lo que en este hermano no es más que una ficción diabólica. Pues sabed que todo es tentación diabólica y fraude engañoso».

Muy dura les pareció a los hermanos esta apreciación, creyendo imposible que en tantos indicios de perfección se escondiera el menor atisbo de hipocresía. Pero, al cabo de no muchos

[19] El hermano León. Cf. 2C 49.

[20] En el «sacro convento» de Asís. La bendición se encuentra al dorso de las *Alabanzas a Dios*. Cf. en este volumen p.26.

días, dicho hermano salió de la Religión, y así se puso de manifiesto con cuánta penetración interior descubrió el varón de Dios los secretos de su corazón.

Del mismo modo, anunciando de antemano con toda certeza la ruina de muchos que al parecer estaban firmes en la virtud, así como la conversión a Cristo de numerosos pecadores, parecía que contemplaba de cerca el espejo de la luz eterna, con cuyo resplandor admirable su mirada interna veía las cosas corporalmente ausentes como si le estuviesen presentes.

11. En cierta ocasión, su vicario [21] celebraba capítulo, mientras él permanecía en oración retirado en la celda, haciendo de intermediario entre los hermanos y Dios.

Resultó que uno de éstos —aduciendo especiosas razones en propia defensa— se negaba a someterse a la disciplina. Viendo en espíritu el Santo esta actitud, llamó a uno de sus hermanos y le dijo: «He visto al diablo sobre la espalda de ese hermano desobediente, teniéndole apretado por el cuello. Dicho hermano, sometido a las órdenes de tal jinete, se deja guiar por las bridas de sus sugestiones, una vez que ha despreciado el freno de la obediencia. He rogado a Dios por él, y el diablo ha huido en seguida totalmente confuso. Anda, pues, y dile al hermano que sin dilación someta su cerviz al yugo de la santa obediencia».

Tan pronto como el hermano recibió por intermediario esta amonestación de Francisco, convirtiéndose inmediatamente a Dios, se arrojó con humildad a los pies del vicario.

12. Sucedió también en otra ocasión que dos hermanos llegaron de lejanas tierras al eremitorio de Greccio con el fin de ver al varón de Dios y recibir su bendición, tan deseada desde hacía tiempo. Al llegar no encontraron al Santo, porque se había ya retirado del público a la celda, por lo que marchaban desconsolados. Mas he aquí que al irse, sin que el Santo pudiera tener por medio humano conocimiento de su llegada ni de su partida, salió —contra su costumbre— de la celda, los llamó y, tal como lo deseaban, los bendijo en el nombre de Cristo, haciendo sobre ellos la señal de la cruz.

13. Una vez vinieron dos hermanos de la Tierra de Labor [22]. El más antiguo de ellos había dado durante el viaje algunos escándalos al más joven [23].

Al presentarse al Padre, éste le preguntó al más joven cómo se había comportado con él su compañero a lo largo del camino. Respondió el hermano: «¡Muy bien por cierto!» A lo que el Santo le contestó: «¡Cuida, hermano, de no mentir so capa de humildad! Sí, lo sé todo. Espera un poco y lo verás».

Quedó muy sorprendido el hermano al comprobar cómo el Santo conocía en espíritu hechos tan distantes.

[21] El hermano Elías.

[22] La Tierra de Labor era entonces la región de Nápoles.

[23] «Había sido, por así decirlo, tirano y no compañero. Pero el joven lo sufría todo por Dios en silencio admirable» (2C 39).

Pocos días después, el hermano causante de los escándalos, despreciando la Religión, se salía de ella, sin pedir perdón al Padre ni aceptar la debida corrección y penitencia. Dos cosas se hicieron patentes a un mismo tiempo en la ruina de este hermano: la equidad de la justicia divina y la perspicacia del espíritu de profecía del Santo.

14. Que Francisco —por intervención del poder de Dios— se hizo presente a los ausentes, queda fuera de duda por lo que más arriba se ha dicho. Basta para ello recordar cómo, estando ausente, se apareció transfigurado a sus hermanos en un carro de fuego y de qué modo se presentó en el capítulo de Arlés con los brazos en forma de cruz.

Se ha de creer que todo esto sucedió por disposición divina, para que, mediante las maravillosas apariciones de presencia corporal, se viera con claridad meridiana cuán presente y abierto estaba su espíritu a la luz de la sabiduría eterna, que *es más móvil que cualquier movimiento y, en virtud de su pureza, lo atraviesa y lo penetra todo; y, entrando en las almas buenas de cada generación, va haciendo amigos de Dios y profetas* [24]. El soberano Maestro, en efecto, suele descubrir sus misterios *a los sencillos y pequeñuelos* [25], como primeramente se vio en David, eximio entre los profetas; después, en Pedro, el príncipe de los apóstoles, y, finalmente, en Francisco, el pobrecillo de Cristo. Todos ellos eran sencillos e iletrados, pero llegaron a ser ilustres con una erudición infundida por el Espíritu Santo: el primero, como pastor, para apacentar el rebaño de la sinagoga sacada de Egipto; el segundo, como pescador, para llenar la red de la Iglesia con multiforme variedad de creyentes, y el tercero, como negociante, para comprar la margarita de la vida evangélica, vendiendo y distribuyendo todas las cosas por Cristo.

Capítulo XII

Eficacia de su predicación y don de curaciones

1. Francisco, fiel siervo y ministro de Cristo, en su anhelo de hacerlo todo con fidelidad y perfección, se esforzaba en ejercitarse muy especialmente en aquellas virtudes que, al dictado del Espíritu Santo, conocía ser más del agrado de su Dios.

Por esto sucedió que le asaltara una angustiosa duda que le atormentaba en gran manera, y muchos días, al salir de la oración, se la proponía a sus compañeros más íntimos con objeto de encontrar una solución a su problema. «Hermanos —les decía—, ¿qué me aconsejáis? ¿Qué os parece más laudable: que me entregue del todo al ejercicio de la oración o que vaya a predicar por el mundo? Ciertamente, yo, pequeñuelo, simple e inexperto en el

[24] Sab 7,24.27.
[25] Mt 11,25; Prov 3,32.

hablar, he recibido una mayor gracia para la oración que para la palabra. Me parece también que en la oración hay más ganancia y aumento de gracias; en la predicación, en cambio, más bien se distribuyen los dones recibidos del cielo. En la oración, además, se purifican los afectos interiores y se une el alma con el único, verdadero y sumo Bien, fortaleciéndose en la virtud; mas en la predicación se empolvan los pies del espíritu, se distrae la atención en muchas cosas y se rebaja la disciplina. Finalmente, en la oración hablamos con Dios y lo escuchamos, y, llevando una vida cuasi angélica, vivimos entre los ángeles; en la predicación, empero, nos vemos obligados a usar de gran condescendencia con los hombres, y —teniendo que convivir con ellos— se hace forzoso pensar, ver, hablar y oír muchas cosas humanas.

»Pero hay algo que contrasta con lo dicho y parece que ante Dios prevalece sobre todas estas cosas, y es que el Hijo unigénito de Dios, Sabiduría eterna, descendió del seno del Padre por la salvación de las almas: para amaestrar al mundo con su ejemplo y predicar el mensaje de salvación a los hombres, a quienes había de redimir con el precio de su sangre divina, purificarlos con el baño del agua y sustentarlos con su cuerpo y sangre, sin reservarse para sí mismo [1] cosa alguna que no hubiese entregado generosamente por nuestra salvación. Y como nosotros debemos obrar en todo conforme al ejemplo de lo que vemos en El, como modelo mostrado en lo alto del monte [2], parece ser más del agrado de Dios que, interrumpiendo el sosiego de la oración, salga afuera a trabajar».

Y, por más que durante muchos días anduvo dando vueltas al asunto con sus hermanos, Francisco no acertaba a ver con toda claridad cuál de las dos alternativas debería elegir como más acepta a Cristo. El, que en virtud del espíritu de profecía llegaba a conocer cosas maravillosas, no era capaz en absoluto de resolver por sí mismo esta cuestión. Lo dispuso así la divina Providencia para que se pusiera de manifiesto, por un oráculo divino, la excelencia de la predicación y al mismo tiempo quedara a salvo la humildad del siervo de Cristo.

2. Francisco, que había aprendido lecciones sublimes del soberano Maestro, no se avergonzaba, como verdadero menor, de consultar sobre cosas menudas a los más pequeños. En efecto, su mayor preocupación consistía en averiguar el camino y el modo de servir más perfectamente a Dios conforme a su beneplácito. Esta fue su suprema filosofía, éste su más vivo deseo mientras vivió: preguntar a sabios y sencillos, a perfectos e imperfectos, a pequeños y grandes, cómo podría llegar más eficazmente a la cumbre de la perfección.

Así, pues, llamó a dos de sus compañeros y los envió al hermano Silvestre, aquel que había visto un día salir de la boca de Francisco una cruz, y que a la sazón se encontraba en un monte

[1] Desarrollo paralelo en CtaO 27-29, con la conclusión: «Nada de vosotros retengáis para vosotros mismos, para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega».

[2] Ex 25,40.

cercano a la ciudad de Asís [3] consagrado de continuo a la oración. Dichos hermanos le llevaban el encargo de que consultase con el Señor cuál era su voluntad sobre la duda expuesta y comunicase después la respuesta dada de lo alto.

Idéntico encargo confió a la santa virgen Clara, encareciéndole que averiguase la voluntad del Señor sobre el particular, ya por medio de alguna de las más puras y sencillas vírgenes que vivían bajo su obediencia, ya también uniendo su oración a la de las otras hermanas [4].

Tanto el venerable sacerdote como la virgen consagrada a Dios —inspirados por el Espíritu Santo— coincidieron de modo admirable en lo mismo, a saber, que era voluntad divina que el heraldo de Cristo saliese afuera a predicar.

Tan pronto como volvieron los hermanos y le comunicaron a Francisco la voluntad del Señor tal como se les había indicado, se levantó en seguida el Santo, se ciñó y sin ninguna demora emprendió la marcha. Caminaba con tal fervor a cumplir el mandato divino y corría tan apresuradamente cual si —actuando sobre él la mano del Señor— hubiera sido revestido de una nueva fuerza celestial.

3. Acercándose a Bevagna, llegó a un lugar donde se había reunido una gran multitud de aves de toda especie. Al verlas el santo de Dios, corrió presuroso a aquel sitio y saludó a las aves como si estuvieran dotadas de razón. Todas se le quedaron en actitud expectante, con los ojos fijos en él, de modo que las que se habían posado sobre los árboles, inclinando sus cabecitas, lo miraban de un modo insólito al verlo aproximarse hacia ellas. Y, dirigiéndose a las aves, las exhortó encarecidamente a escuchar la palabra de Dios, y les dijo: «Mis hermanas avecillas, mucho debéis alabar a vuestro Creador, que os ha revestido de plumas y os ha dado alas para volar, os ha otorgado el aire puro y os sustenta y gobierna, sin preocupación alguna de vuestra parte».

Mientras les decía estas cosas y otras parecidas, las avecillas —gesticulando de modo admirable— comenzaron a alargar sus cuellecitos, a extender las alas, a abrir los picos y mirarle fijamente. Entre tanto, el varón de Dios, paseándose en medio de ellas con admirable fervor de espíritu, las tocaba suavemente con la fimbria de su túnica, sin que por ello ninguna se moviera de su lugar, hasta que, hecha la señal de la cruz y concedida su licencia y bendición, remontaron todas a un mismo tiempo el vuelo.

Todo esto lo contemplaron los compañeros que estaban esperando en el camino. Vuelto a ellos el varón simple y puro, comenzó a inculparse de negligencia por no haber predicado hasta entonces a las aves [5].

[3] Parece referirse al eremitorio de Le Carceri.

[4] Es de advertir que Francisco consulta a dos contemplativos sobre la vida activa. Cf. supra 4,2. Sobre este particular cf. también Flor 16 n.1.

[5] Mientras San Antonio, si hemos de creer a las Flor 40, no habría predicado a los peces sino para sonrojar a los cátaros, que rehusaban escucharle, Francisco ha

4. Mientras recorría después los lugares vecinos predicando en ellos, llegó a un punto llamado Alviano, donde reunió al pueblo e impuso silencio; pero apenas se le podía oír, a causa de las golondrinas que tenían allí sus nidos, y armaban gran estrépito con sus penetrantes chirridos.

El varón de Dios se dirigió a las golondrinas —de modo que le oyeran también todos los presentes— y les dijo: «Mis hermanas golondrinas, ahora me toca a mí hablar; vosotras habéis hablado ya bastante. Escuchad la palabra de Dios, guardando silencio hasta que termine la predicación».

Al punto, las golondrinas, como si tuvieran entendimiento, enmudecieron y no se movieron de sus puestos todo el tiempo que duró el sermón.

Cuantos presenciaron este hecho, llenos de estupor, glorificaban a Dios. La fama de tal milagro, difundida por todas partes, encendió en muchos la reverencia y una confiada devoción al Santo.

5. Sucedió otro caso parecido al anterior en la ciudad de Parma. Un estudiante, cuando se dedicaba con diligente aplicación al estudio juntamente con otros compañeros, era molestado por los importunos chirridos de una golondrina; por lo que, vuelto a los compañeros, comenzó a decirles: «Esta golondrina debe de ser alguna de aquellas que molestaban al varón de Dios Francisco mientras predicaba, hasta que les impuso silencio». Y, dirigiéndose a la golondrina, le dijo lleno de confianza: «En nombre del siervo de Dios Francisco, te mando que te calles al momento y que vengas a donde mí». La golondrina, nada más oír el nombre de Francisco —como si estuviera adoctrinada con las enseñanzas del varón de Dios—, calló al punto y se posó, como en seguro refugio, en las manos del estudiante, el cual, todo estupefacto, la dejó inmediatamente en libertad, sin que volviera a ser molestado con sus garlidos.

6. En otra ocasión, cuando predicaba el siervo de Dios en Gaeta, a orillas del mar, una gran muchedumbre, llevada de la devoción, se precipitó sobre él para tocarle. Sintiendo horror el siervo de Cristo a tan extraordinarias muestras de veneración de las gentes, corrió a refugiarse él solo en una barca que estaba junto a la orilla. Y he aquí que la barca, como si fuera movida por un motor interior dotado de razón, sin remero alguno, se apartó de la tierra mar adentro ante la mirada y asombro de todos. Alejada a cierta distancia en medio del mar, permaneció inmóvil entre las olas el tiempo en que el Santo estuvo predicando a la muchedumbre que le esperaba en la orilla. Una vez que la muchedumbre escuchó el sermón, presenció el milagro y, recibida la bendición, se retiró para no molestar más al Santo, entonces la barca por sí sola retornó a tierra.

bría hablado a los pajarillos por motivos de fraternidad espiritual con ellos, y tal vez también en atención al texto evangélico: *Mirad las avecillas del cielo* (Mt 6,26-30). Cf. Flor 16.

¿Quién sería, pues, tan obstinado e impío que despreciase la predicación de Francisco, cuyo maravilloso poder hacía que no sólo los seres irracionales se sometieran a su obediencia, sino también que los mismos cuerpos inanimados se pusieran al servicio del predicador, como si estuvieran dotados de vida?

7. En verdad, asistían al siervo Francisco —adondequiera que se dirigiese— *el Espíritu del Señor, que le había ungido y enviado,* y el mismo *Cristo, fuerza y sabiduría de Dios* [6], para que abundase en palabras de sana doctrina y resplandeciera con milagros de gran poder.

Su palabra era como fuego ardiente que penetraba hasta lo más íntimo del ser y llenaba a todos de admiración, por cuanto no hacía alarde de ornatos de ingenio humano, sino que emitía el soplo de la inspiración divina.

Así sucedió una vez que debía predicar en presencia del papa y de los cardenales por indicación del obispo ostiense. Francisco aprendió de memoria un discurso cuidadosamente compuesto. Pero, cuando se puso en medio de ellos para dirigirles unas palabras de edificación, de tal modo se olvidó de cuanto llevaba aprendido, que no acertaba a decir palabra alguna. Confesó el Santo con verdadera humildad lo que le había sucedido, y, recogiéndose en su interior, invocó la gracia del Espíritu Santo. De pronto comenzó a hablar con afluencia de palabras tan eficaces y a mover a compunción con fuerza tan poderosa las almas de aquellos ilustres personajes, que se hizo patente que no era él el que hablaba, sino el Espíritu del Señor.

8. Y como primero se convencía a sí mismo con las obras de lo que quería persuadir a los demás de palabra, sin que temiera reproche alguno, predicaba la verdad con plena seguridad. No sabía halagar los pecados de nadie, sino que los fustigaba; ni adular la vida de los pecadores, sino que la atacaba con ásperas reprensiones. Hablaba con la misma convicción a grandes que a pequeños y predicaba con idéntica alegría de espíritu a muchos que a pocos.

Hombres y mujeres de toda edad corrían a ver y oír a este hombre nuevo, enviado al mundo por el cielo. El, recorriendo diversas regiones, anunciaba con ardor el Evangelio, y *el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que la acompañaban* [7].

Pues, en virtud del nombre del Señor, Francisco —pregonero de la verdad— lanzaba los demonios, sanaba a los enfermos y, lo que es más, con la eficacia de su palabra ablandaba los corazones obstinados, moviéndolos a penitencia, y devolvía, al mismo tiempo, la salud del cuerpo y del alma, como lo comprueban algunos hechos que, como muestra, vamos a referir a continuación.

9. En la ciudad de Toscanella fue hospedado devotamente por un caballero cuyo hijo único estaba contrahecho desde su nacimiento. A las reiteradas instancias del padre, el Santo, levantando con la mano al niño, lo curó al instante: *se le consolidaron,* a la vista de los presentes, todos los miembros del cuerpo, y el niño

[6] Is 61,1; Lc 4,18; 1Cor 1,24.
[7] Mc 16,20.

—sano y robusto— se incorporó en seguida y *echó a andar, dando brincos y alabando a Dios* [8].

En Narni, a instancias del obispo, trazó la señal de la cruz, desde la cabeza hasta los pies, sobre un paralítico privado del ejercicio de todos los miembros, y el enfermo quedó completamente sano.

En la diócesis de Rieti, una madre le presentó entre sollozos a su niño, que desde hacía cuatro años padecía una hinchazón tan grande, que ni siquiera podía ver sus propias rodillas. Nada más tocarle el Santo con sus benditas manos, se curó el niño.

Había en Orte un niño tan contrahecho, que llevaba la cabeza pegada a los pies, y además tenía algunos huesos rotos. Movido el Santo por los ruegos y lágrimas de sus padres, hizo sobre él la señal de la cruz, y al punto se enderezó y se vio libre del mal.

10. Una mujer de Gubbio tenía ambas manos tan contrahechas y secas, que no podía realizar con ellas trabajo alguno. Apenas Francisco hizo sobre ella, en el nombre del Señor, la señal de la cruz, recobró tan perfectamente la salud, que, vuelta en seguida a casa, preparó con sus propias manos —cual otra suegra de Simón— la comida para el Santo y los pobres.

A una niña del pueblo de Bevagna que estaba completamente ciega, le ungió tres veces con su propia saliva los ojos en nombre de la Trinidad, y le restituyó la deseada vista.

Había en Narni una mujer privada de la luz de los ojos. Apenas recibió la señal de la cruz trazada por el Santo, recuperó la ansiada vista.

Un niño de la ciudad de Bolonia tenía uno de sus ojos de tal modo cubierto por una mancha, que no podía ver con él absolutamente nada, ni se vislumbraba remedio alguno para su curación. El Santo trazó una señal de la cruz a lo largo de todo su cuerpo, y recuperó el enfermo una visión tan clara, que —ingresando después en la Orden de los hermanos menores— afirmaba que veía mucho mejor del ojo antes enfermo que del que siempre había tenido sano.

En el castro de San Gemini se hospedó el siervo de Dios en casa de un hombre devoto, cuya mujer era atormentada por el demonio. Francisco —después de haber orado— mandó al diablo, por santa obediencia, que saliera de aquella mujer. Y así, con el poder divino, lo ahuyentó tan rápidamente, que se hizo patente con claridad meridiana que la contumacia diabólica no es capaz de resistir al poder de la santa obediencia.

En Città di Castello, un furioso y maligno espíritu se había posesionado de una mujer. Intimó el Santo al demonio con el mandato de la obediencia, y éste marchó indignado, dejando libre en el espíritu y en el cuerpo a la mujer que había tenido posesa.

11. Un hermano era víctima de una enfermedad tan horri-

[8] Hch 3,7-8.

ble, que, a juicio de muchos, se trataba, más que de una enfermedad natural, de una actuación maléfica del demonio. En efecto, con frecuencia caía al suelo y se revolcaba echando espumarajos, quedando los miembros de su cuerpo ya contraídos, ya extendidos; ahora plegados, luego torcidos, y tan pronto rígidos como duros. Estando así algunas veces su cuerpo todo erguido y rígido, de repente se alzaba en alto, juntando los pies con la cabeza, para volver a caer de nuevo en tierra de una forma horrible. El siervo de Cristo, lleno de misericordia, se compadeció de este enfermo, atormentado por una dolencia tan lastimosa e irremediable, y le alargó un pedazo de pan, del mismo que él estaba comiendo. Apenas gustó el pan, sintió en sí el enfermo tal fuerza, que de allí en adelante no sufrió más las dolencias de aquella enfermedad.

En el condado de Arezzo, una mujer se debatía por largos días en medio de los dolores de parto, y estaba ya a las puertas de la muerte, sin que para ella hubiese ninguna esperanza ni remedio humano, sino el de Dios. Acertó a pasar por aquella región el siervo de Cristo, montado a caballo a causa de su enfermedad corporal, y sucedió que el animal retornó por la casa donde se encontraba la enferma. Viendo los hombres de aquel lugar el caballo que había montado el Santo, le quitaron el freno para aplicárselo a la mujer. A su contacto desapareció prodigiosamente todo peligro, y la señora al punto dio a luz, quedando sana y salva.

Un hombre de Castello della Pieve muy religioso y temeroso de Dios conservaba consigo el cordón que había ceñido el Padre santo. Como muchos hombres y mujeres de aquella región eran atacados por diversas enfermedades [9], este buen hombre recorría las casas de los enfermos y, mojando el cordón en agua, daba de beber a los pacientes, y de este modo muchos quedaban curados.

Asimismo, enfermos que gustaban el pan tocado por las manos del varón de Dios, por virtud divina conseguían al punto el remedio y la salud.

12. Al ir acompañada la predicación del pregonero de Cristo con el fulgor de estos y otros muchos estupendos milagros, la gente escuchaba sus palabras como si *las hablara un ángel del Señor* [10].

En efecto, la excelente prerrogativa de sus virtudes, el espíritu de profecía, el don de hacer milagros, el oráculo recibido del cielo en orden a la predicación, la obediencia de las criaturas irracionales, el profundo cambio de los corazones al escuchar su palabra, la ciencia infundida por el Espíritu Santo fuera de todo humano adoctrinamiento, la facultad de predicar concedida, no sin divina revelación, por el sumo pontífice, y además la Regla, confirmada por el mismo vicario de Cristo, en la que se expresa la

[9] Wadding nos informa de que Città della Pieve poseía un gran hospital (*Annales* VI 32-34 p.36-39).

[10] Jue 2,4.

forma de predicar, y, finalmente, las señales del Rey soberano, impresas a modo de sello en su cuerpo, son como diez testimonios que proclaman de manera inequívoca al mundo entero que Francisco, pregonero de Cristo, fue digno de veneración por su oficio, auténtico en su doctrina y admirable por su santidad; y que por esto predicó el Evangelio de Cristo como verdadero enviado de Dios.

CAPÍTULO XIII

Las sagradas llagas [1]

1. Era costumbre en el angélico varón Francisco no cesar nunca en la práctica del bien, antes, por el contrario, a semejanza de los espíritus celestiales en *la escala de Jacob,* o *subía* hacia Dios o *descendía* hasta el prójimo [2]. En efecto, había aprendido a distribuir tan prudentemente el tiempo puesto a su disposición para merecer, que parte de él lo empleaba en trabajosas ganancias en favor del prójimo y la otra parte la dedicaba a las tranquilas elevaciones de la contemplación. Por eso, después de haberse empeñado en procurar la salvación de los demás según lo exigían las circunstancias de lugares y tiempos, abandonando el bullicio de las turbas, se dirigía a lo más recóndito de la soledad, a un sitio apacible, donde, entregado más libremente al Señor, pudiera sacudir el polvo que tal vez se le hubiera pegado en el trato con los hombres.

Así, dos años antes de entregar su espíritu a Dios y tras haber sobrellevado tantos trabajos y fatigas, fue conducido, bajo la guía de la divina Providencia, a un monte elevado y solitario llamado Alverna. Allí dio comienzo a la cuaresma de ayuno que solía practicar en honor del arcángel San Miguel [3], y de pronto se sintió recreado más abundantemente que de ordinario con la dulzura de la divina contemplación; e, inflamado en deseos más ardientes del cielo, comenzó a experimentar en sí un mayor cúmulo de dones y gracias divinas. Se elevaba a lo alto no como curioso *escudriñador de la majestad divina para ser oprimido por su gloria* [4], sino como *siervo fiel y prudente* [5], que investiga el beneplácito divino, al que deseaba vivamente conformarse en todo.

2. Conoció por divina inspiración que, abriendo el libro de los santos evangelios [6], le manifestaría Cristo lo que fuera más

[1] Este capítulo viene a ser la cumbre de todo el itinerario espiritual de San Francisco, según la concepción del Doctor Seráfico. San Buenaventura mismo nos dice en el prólogo de su *Itinerario* que en 1259 se retiró al Alverna para allí meditar despaciosamente el misterio de las llagas.

[2] Gén 28,12.

[3] Cf. 1C 94 n.1.

[4] Prov 25,27.

[5] Mt 24,45.

[6] Los inicios y el término de la vida religiosa de Francisco están marcados por una revelación a través del santo Evangelio. Cf. Test 14.

acepto a Dios en su persona y en todas sus cosas. Después de una prolongada y fervorosa oración, hizo que su compañero, varón devoto y santo, tomara del altar el libro sagrado de los evangelios y lo abriera tres veces en nombre de la santa Trinidad. Y como en la triple apertura apareciera siempre la pasión del Señor, comprendió el varón lleno de Dios que como había imitado a Cristo en las acciones de su vida, así también debía configurarse con El en las aflicciones y dolores de la pasión antes de pasar de este mundo.

Y aunque, por las muchas austeridades de su vida anterior y por haber llevado continuamente la cruz del Señor, estaba ya muy debilitado en su cuerpo, no se intimidó en absoluto, sino que se sintió aún más fuertemente animado para sufrir el martirio. En efecto, en tal grado había prendido en él el incendio incontenible de amor hacia el buen Jesús hasta convertirse en una gran llamarada de fuego, que *las aguas torrenciales no serían capaces de extinguir su caridad* tan apasionada [7].

3. Elevándose, pues, a Dios a impulsos del ardor seráfico de sus deseos y transformado por su tierna compasión en Aquel que a causa de su extremada caridad, quiso ser crucificado: cierta mañana de un día próximo a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz [8], mientras oraba en uno de los flancos del monte [9], vio bajar de lo más alto del cielo a un serafín que tenía seis alas tan ígneas como resplandecientes. En vuelo rapidísimo avanzó hacia el lugar donde se encontraba el varón de Dios, deteniéndose en el aire. Apareció entonces entre las alas la efigie de un hombre crucificado, cuyas manos y pies estaban extendidos a modo de cruz y clavados a ella. Dos alas se alzaban sobre la cabeza, dos se extendían para volar y las otras dos restantes cubrían todo su cuerpo.

Ante tal aparición quedó lleno de estupor el Santo y experimentó en su corazón un gozo mezclado de dolor. Se alegraba, en efecto, con aquella graciosa mirada con que se veía contemplado por Cristo bajo la imagen de un serafín; pero, al mismo tiempo, el verlo clavado a la cruz era como una *espada de dolor* compasivo que *atravesaba su alma* [10].

Estaba sumamente admirado ante una visión tan misteriosa, sabiendo que el dolor de la pasión de ningún modo podía avenirse con la dicha inmortal de un serafín. Por fin, el Señor le dio a entender que aquella visión le había sido presentada así por la divina Providencia para que el amigo de Cristo supiera de antemano que había de ser transformado totalmente en la imagen de

[7] Ct 8,6-7.

[8] Festejada el 14 de septiembre.

[9] Es un abrupto vertical, a ratos en plomada, con rocas casi enteramente separadas de la tierra firme; no se podía ir a ellas sino mediante un tronco puesto sobre simas profundas. Francisco escogió un lugar así para pasar la cuaresma de devoción que consagraba al arcángel San Miguel.

[10] Cf. Lc 2,35.

Cristo crucificado no por el martirio de la carne, sino por el incendio de su espíritu. Así sucedió, porque al desaparecer la visión dejó en su corazón un ardor maravilloso, y no fue menos maravillosa la efigie de las señales que imprimió en su carne.

Así, pues, al instante comenzaron a aparecer en sus manos y pies las señales de los clavos, tal como lo había visto poco antes en la imagen del varón crucificado. Se veían las manos y los pies atravesados en la mitad por los clavos, de tal modo que las cabezas de los clavos estaban en la parte inferior de las manos y en la superior de los pies, mientras que las puntas de los mismos se hallaban al lado contrario. Las cabezas de los clavos eran redondas y negras en las manos y en los pies; las puntas, formadas de la misma carne y sobresaliendo de ella, aparecían alargadas, retorcidas y como remachadas. Así, también el costado derecho —como si hubiera sido traspasado por una lanza— escondía una roja cicatriz, de la cual manaba frecuentemente sangre sagrada, empapando la túnica y los calzones.

4. Viendo el siervo de Cristo que no podían permanecer ocultas a sus compañeros más íntimos aquellas llagas tan claramente impresas en su carne y temeroso, por otra parte, de publicar el secreto del Señor, se vio envuelto en una angustiosa incertidumbre, sin saber a qué atenerse: si manifestar o más bien callar la visión tenida.

Por eso llamó a algunos de sus hermanos, y, hablándoles en términos generales, les propuso la duda y les pidió consejo. Entonces, uno de los hermanos, Iluminado por gracia y de nombre, comprendiendo que algo muy maravilloso debía de haber visto el Santo, puesto que parecía como fuera de sí por el asombro, le habló de esta manera: «Has de saber, hermano, que los secretos divinos te son manifestados algunas veces no sólo para ti, sino también para provecho de los demás. Por tanto, parece que debes de temer con razón que, si ocultas el don recibido para bien de muchos, seas juzgado digno de reprensión por haber ocultado el talento a ti confiado» [11]. Animado el Santo con estas palabras, aunque en otras ocasiones solía decir: *Mi secreto para mí* [12], esta vez relató detalladamente —no sin mucho temor— la predicha visión; y añadió que Aquel que se le había aparecido le dijo algunas cosas que jamás mientras viviera revelaría a hombre alguno.

Se ha de creer, sin duda, que las palabras de aquel serafín celestial aparecido admirablemente en forma de cruz eran tan misteriosas, que tal vez no era lícito comunicarlas a los hombres.

5. Después que el verdadero amor de Cristo había transformado en su propia imagen a este amante suyo, terminado el plazo de cuarenta días que se había propuesto pasar en soledad y próxima ya la solemnidad del arcángel Miguel [13], *bajó del monte* el

[11] Una vez más se señala el hermano Iluminado por sus cualidades de perspicacia, de decisión y de franqueza (cf. supra 4,3).

[12] Is 24,16.

[13] El 29 de septiembre.

angélico varón Francisco llevando consigo la efigie del Crucificado, no esculpida por mano de algún artífice *en tablas de piedra* o de madera [14], sino impresa *por el dedo de Dios vivo* [15] en los miembros de su carne. Y como *es bueno ocultar el secreto del rey* [16], consciente el Santo de ser depositario de un secreto real, trataba de esconder con toda diligencia aquellas sagradas señales. Pero como también es propio de Dios revelar para su gloria las grandes maravillas que realiza, el mismo Señor que había impreso secretamente aquellas señales, mostró abiertamente por ellas algunos milagros, para que con la evidencia de los signos se hiciera patente la fuerza oculta y maravillosa de aquellas llagas.

6. En la provincia de Rieti se había propagado una peste tan devastadora, que arrasaba despiadadamente todo ganado lanar y vacuno, hasta el punto de no poder encontrarse remedio alguno.

Pero un hombre temeroso de Dios fue advertido por medio de una visión nocturna que se llegase apresuradamente al eremitorio de los hermanos, donde a la sazón moraba Francisco, y que, tomando el agua en que se había lavado las manos y los pies el siervo de Dios, rociase con ella todos los animales.

Levantándose muy de mañana, se fue a dicho lugar, y, obtenida ocultamente el agua mediante los compañeros del Santo, roció con ella las ovejas y bueyes enfermos. Y ¡oh maravilla! Tan pronto como el agua, aun en pequeña cantidad, llegaba a tocar a los animales enfermos y postrados en tierra, se levantaban al punto, recobrando el vigor de antes, y, como si no hubiesen sufrido mal alguno, corrían a pastar en los campos.

Así, resultó que, por el admirable poder de aquella agua que había tocado las sagradas llagas, cesara del todo la plaga y huyera de los rebaños la mortífera peste.

7. Antes de la permanencia del Santo en el monte Alverna, solía suceder que una nube formada cerca del mismo monte desencadenaba en las cercanías tan violenta tempestad de granizo, que devastaba periódicamente los frutos de la tierra. Pero después de aquella feliz aparición cesó el granizo, no sin admiración de los habitantes del lugar, de modo que el mismo cielo, serenando su rostro como no era costumbre, ponía de manifiesto la excelencia de aquella celeste visión y el poder de las llagas que allí fueron impresas.

Sucedió también que, caminando el Santo durante el invierno montado en el jumentillo de un hombre pobre a causa de la debilidad del cuerpo y de la aspereza de los senderos, hubo de pernoctar al cobijo de la prominencia de una roca para evitar de algún modo las incomodidades de la nieve y de la noche, que se le echaban encima y le impedían llegar al lugar del albergue. Notando el santo varón que el hombre que le acompañaba se revolvía de una parte a otra murmurando quedamente con quejum-

[14] Ex 31,18.
[15] Jn 11,27.
[16] Tob 12,7.

brosos gemidos, como quien mal abrigado no podía estar quieto a causa de la atrocidad del frío, encendido en el fervor del amor divino, extendió su mano y le tocó con ella. ¡Cosa admirable! De repente, al contacto de aquella mano sagrada, que portaba en sí el fuego recibido de *la brasa del serafín* [17], huyó todo frío y se vio envuelto en tanto calor, dentro y fuera, como si lo hubiese invadido una bocanada salida del respiradero de un horno. Porque, confortado al instante en el alma y en el cuerpo, durmió hasta el amanecer tan suavemente entre piedras y nieve como jamás había descansado en su propio lecho, según el mismo declaraba más tarde.

Consta, pues, con pruebas ciertas que las sagradas llagas fueron impresas por el poder de Aquel que, mediante el amor seráfico, limpia, ilumina e inflama [18], puesto que dichas llagas con admirable eficacia contribuyeron a dar salud a los animales, limpiándolos de la peste; devolvieron la serenidad del cielo, ahuyentando la tormenta, y prestaron calor a los cuerpos, ateridos por el frío. Todo esto se puso de manifiesto con más evidentes prodigios después de la muerte del Santo, como se anotará más tarde en su debido lugar.

8. Por más diligencia que ponía el Santo en tener oculto *el tesoro encontrado en el campo* [19], no pudo evitar que algunos llegaran a ver las llagas de sus manos y pies, no obstante llevar casi siempre cubiertas las manos y andar desde entonces con los pies calzados.

Muchos hermanos vieron las llagas durante la vida del Santo; y aunque por su santidad relevante eran dignos de todo crédito, sin embargo, para eliminar toda posible duda, afirmaron bajo juramento, con las manos puestas sobre los evangelios, ser verdad que las habían visto.

Las vieron también algunos cardenales que gozaban de especial intimidad con el Santo, los cuales, consignando con toda veracidad el hecho, enaltecieron dichas sagradas llagas en prosa, en himnos y antífonas que compusieron en honor del siervo de Dios, y tanto de palabra como por escrito dieron testimonio de la verdad [20].

Asimismo, el sumo pontífice señor Alejandro, una vez que predicaba al pueblo en presencia de muchos hermanos —entre ellos me encontraba yo—, afirmó haber visto con sus propios ojos las sagradas llagas mientras vivía aún el Santo [21].

[17] Is 6,6-7.

[18] Ya el prólogo nos presenta a Francisco como al hombre *jerárquico*, es decir, «purgado, iluminado y perfecto» (*Itinerario* IV 4: *Obras* 1 [BAC] p.607).

[19] Mt 13,44.

[20] Los cardenales que atestiguaron la verdad de las llagas son Hugolino, Tomás de Capua, Rainerio de Viterbo y Esteban de Casa Nova, que compusieron algunos de los himnos y antífonas del oficio litúrgico de San Francisco.

[21] Alejandro IV, papa de 1254 a 1261. Se halla la misma afirmación en dos bulas emanadas durante su pontificado: *Benigna operatio* (19-10-1255) y *Quia longum*

Las vieron, con ocasión de su muerte, más de cincuenta hermanos, y la virgen devotísima de Dios Clara, junto con sus hermanas de comunidad y un grupo incontable de seglares, muchos de los cuales —como se dirá en su lugar—, movidos por la devoción y el afecto, llegaron a besar y tocar con sus propias manos las llagas para confirmación testimonial.

En cuanto a la llaga del costado, la ocultó tan sigilosamente el Santo, que nadie pudo verla mientras él vivió, si no era de manera furtiva. Así sucedió cuando un hermano que solía atenderle con gran solicitud le indujo con piadosa cautela a quitarse la túnica para sacudirla; entonces miró atentamente y le vio la llaga [22], incluso llegó a tocarla aplicando rápidamente tres dedos. De este modo pudo percibir no sólo con el tacto, sino también con la vista, la magnitud de la herida.

Valiéndose de parecida estratagema, la vio también aquel hermano que a la sazón era su vicario [23].

En otra ocasión, uno de los compañeros del Santo [24], hombre de extraordinaria simplicidad, al frotarle, por causa de la enfermedad, la espalda dolorida, extendió la mano por debajo de la capucha, y casualmente la deslizó hasta la sagrada llaga, produciéndole un intenso dolor. A raíz de esto llevó unos calzones que le llegaban hasta el arranque de los brazos, para cubrir así la llaga del costado.

Asimismo, los hermanos que lavaban la ropa del Santo o sacudían a su tiempo la túnica porque las encontraban con algunas manchas de sangre, llegaron a conocer palpablemente por estos signos evidentes la existencia de la sagrada llaga, que después, al ser amortajado el cadáver del Santo, contemplaron y veneraron.

9. ¡Ea, pues, valerosísimo caballero de Cristo, empuña las armas del muy invicto capitán! Defendido con ellas de modo tan insigne, vencerás a todos los adversarios. ¡Enarbola el estandarte del Rey altísimo, a cuya vista cobren valor los combatientes todos del ejército divino! ¡Ostenta el sello del sumo pontífice Cristo, con el que todos reconozcan como irreprensibles y auténticas tus palabras y tus hechos! Por *las marcas del Señor Jesús* que *llevas en tu cuerpo, nadie* debe *serte molesto* [25], antes bien todo siervo de Cristo está obligado a profesarte singular afecto y devoción. Estas señales evidentísimas, que han sido comprobadas no justamente *por dos o tres testigos* [26], sino superabundantemente por muchísimos,

esset (28-6-1259). Siendo todavía cardenal, ejercía las funciones de cardenal protector de la Orden. El mismo Alejandro IV dictó la excomunión contra los pintores que representaran a San Francisco sin las llagas.

[22] San Francisco, casi ciego, no podía darse cuenta de ello.

[23] El hermano Elías (cf. 1C 95; 2C 138).

[24] Rufino (cf. 1C 95), o acaso el hermano Juan de Lodi (cf. BIHL, *La questione francescana riveduta dal sign. Barbi:* Studi franc. 2 [1935] 2 p.133-34). Este hermano Juan era, posiblemente, uno de los enfermeros de San Francisco; de fuerza hercúlea, podía llevarle como a un niño en sus brazos. Cf. 2C 182 y *Catalogus friburgensis Sanctorum fr. minorum:* AFH 4 (1911) p.550.

[25] Gál 6,17.

[26] Dt 19,15.

hacen que las manifestaciones de Dios en ti y por ti sean tan dignas de crédito, que quitan a los incrédulos la más leve excusa, mientras los creyentes se afianzan en la fe, se elevan con una fundada esperanza y se inflaman en el fuego de la caridad.

10. Ya se ha cumplido verdaderamente aquella primera visión en que contemplaste cómo llegarías a ser caudillo en la milicia de Cristo y se te aseguró que serías decorado con armas celestes selladas con la insignia de la cruz.

Ya puede tenerse por verdadera, sin ningún género de duda, aquella visión del Crucificado que tuviste al principio de tu conversión, y que traspasó tu alma con la espada de una dolorosa compasión, así como también aquella voz que escuchaste, procedente de la cruz como del trono sublime de Cristo y de su secreto propiciatorio, según tú mismo lo afirmaste con tus sagradas palabras.

Ya también se puede creer y asegurar con certeza que no fueron puras visiones imaginarias, sino verdaderas revelaciones del cielo, aquellos hechos acaecidos durante el desarrollo de tu conversión: la cruz que el hermano Silvestre vio salir prodigiosamente de tu boca; las espadas en forma de cruz que vio atravesar tu cuerpo el santo hermano Pacífico, y tu misma aparición en figura de cruz elevada en el aire cuando San Antonio predicaba acerca del título de la cruz, conforme a la visión tenida por el angélico varón Monaldo.

Ya por fin, hacia los últimos días de tu vida, el habérsete mostrado en una misma visión la sublime imagen del Serafín y la humilde efigie del Crucificado, que te abrasó en el interior y te signó al exterior como a *otro ángel que sube del oriente* para que lleves en ti *el sello de Dios vivo* [27]: todo ello corrobora más y más la fe en las cosas antes referidas y, a su vez, recibe de éstas un testimonio de su veracidad.

He aquí las siete maravillosas apariciones de la cruz de Cristo verificadas en ti y en torno a tu persona y mostradas según el orden cronológico. A través de las seis primeras, como por otras tantas gradas, llegaste a la séptima, donde hallarías finalmente reposo. En efecto, la cruz de Cristo, que en los inicios de tu conversión te fue propuesta y que tú asumiste; esa cruz que después a lo largo de tu existencia llevaste continuamente en ti con una vida santísima y la mostraste para ejemplo de los demás, deja entrever con tal claridad y certeza el hecho de haber tú alcanzado finalmente el ápice de la perfección evangélica, que ninguna persona verdaderamente devota puede rechazar esta demostración de la sabiduría cristiana esculpida en el polvo de tu carne, ningún verdadero fiel la puede impugnar, ni despreciarla ninguno que sea verdaderamente humilde, porque se trata de una demostración expresada por el mismo Dios, y digna, por tanto, de ser plenamente aceptada.

[27] Ap 7,2.

CAPÍTULO XIV

Paciencia del Santo y su muerte

1. *Clavado* ya en cuerpo y alma *a la cruz juntamente con Cristo* [1], Francisco no sólo ardía en amor seráfico a Dios, sino que también, a una con Cristo crucificado, estaba devorado por la sed de acrecentar el número de los que han de salvarse. No pudiendo caminar a pie a causa de los clavos que sobresalían en la planta de sus pies, se hacía llevar su cuerpo medio muerto a través de las ciudades y aldeas para animar a todos a llevar la cruz de Cristo.

Y, dirigiéndose a sus hermanos, les decía: «Comencemos, hermanos, a servir al Señor nuestro Dios, porque bien poco es lo que hasta ahora hemos progresado».

Se abrasaba también en el ardiente deseo de volver a la humildad de los primeros tiempos, para servir, como al principio, a los leprosos y reducir a la antigua servidumbre su cuerpo, desgastado ya por el trabajo y sufrimiento.

Proponíase, bajo la guía de Cristo, llevar a cabo cosas grandes, y, aunque sumamente débil en su cuerpo, pero vigoroso y férvido en el espíritu, soñaba con nuevas batallas y nuevos triunfos sobre el enemigo, pues no hay lugar para la flojedad y la pereza allí donde el estímulo del amor apremia siempre a empresas mayores.

Era tal la armonía que reinaba entre su carne y su espíritu, tal la prontitud de mutua obediencia, que, cuando el espíritu se esforzaba por tender a la cima más alta de la santidad, la carne no sólo no le ponía el menor obstáculo, sino que procuraba adelantarse a sus deseos.

2. A fin de que el varón de Dios fuera creciendo en el cúmulo de méritos que hallan su verdadera consumación en la *paciencia* [2], comenzó a padecer tantas y tan graves enfermedades, que apenas quedaba en su cuerpo miembro alguno sin gran dolor y sufrimiento. Al fin fue reducido a tal estado por estas variadas, prolongadas y continuas dolencias, que, *consumidas* ya *sus carnes*, sólo parecía quedársele *la piel adherida a los huesos* [3]. Y, a pesar de sufrir en su cuerpo tan acerbos dolores, pensaba que a sus angustias no se les debía llamar penas, sino hermanas.

Cierto día en que se veía más fuertemente afligido que de ordinario por las punzadas del dolor, le dijo un hermano de gran simplicidad: «Hermano, ruega al Señor que te trate con mayor suavidad, pues parece que hace sentir sobre ti más de lo debido el peso de su mano». Al oír estas palabras, exclamó el Santo con un gran gemido: «Si no conociera tu cándida simplicidad, desde ahora detestaría tu compañía, porque te has atrevido a juzgar re-

[1] Gál 2,19.
[2] Sant 1,4.
[3] Job 19,20; Lam 4,8.

prensibles los juicios de Dios respecto de mi persona». Y, aunque estaba su cuerpo triturado por las prolijas y graves dolencias, se arrojó al suelo, recibiendo sus débiles huesos en la caída un duro golpe. Y, besando la tierra, dijo: «Gracias te doy, Señor Dios mío, por todos estos dolores, y te ruego, Señor mío, que los centupliques, si así te place; porque me será muy grato que *no me perdones afligiendome con el dolor* [4], siendo así que mi supremo consuelo se cifra en cumplir tu santa voluntad». Por ello les parecía a sus hermanos ver en él a un nuevo Job, en quien, a medida que crecía la debilidad de la carne, se intensificaba el vigor del espíritu.

El Santo tuvo con mucha antelación conocimiento de la hora de su muerte, y, estando cercano el día de su tránsito, comunicó a sus hermanos que muy pronto iba a abandonar la tienda de su cuerpo, según se lo había revelado el mismo Cristo.

3. Probado, pues, con múltiples y dolorosas enfermedades durante los dos años que siguieron a la impresión de las sagradas llagas y trabajado a base de tantos golpes, como piedra destinada a colocarse en el edificio de la Jerusalén celeste y como material dúctil fabricado hasta la perfección con el martillo de numerosas tribulaciones, el vigésimo año de su conversión Francisco pidió ser trasladado a Santa María de la Porciúncula para exhalar el último aliento de su vida allí donde había recibido el espíritu de gracia. Habiendo llegado a este lugar, con el fin de mostrar con un ejemplo de verdad que nada tenía él de común con el mundo en medio de aquella enfermedad tan grave que dio término a todas sus dolencias, llevado del fervor de su espíritu, se postró totalmente desnudo sobre la desnuda tierra, dispuesto en aquel trance supremo —en que el enemigo podía aún desfogar sus iras— a luchar desnudo con el desnudo [5].

Postrado así en tierra y despojado de su vestido de saco, elevó, en la forma acostumbrada, su rostro al cielo, y, fijando toda su atención en aquella gloria, cubrió con la mano izquierda la herida del costado derecho a fin de que no fuera vista. Y, vuelto a sus hermanos, les dijo: «Por mi parte he cumplido lo que me incumbía; que Cristo os enseñe a vosotros lo que debéis hacer».

4. Lloraban los compañeros del Santo, con el corazón traspasado por el dardo de una extraordinaria compasión, y uno de ellos, a quien Francisco llamaba su guardián, conociendo por divina inspiración los deseos del enfermo, corrió presuroso en busca de la túnica, la cuerda y los calzones, y, ofreciendo estas prendas al pobrecillo de Cristo, le dijo: «Te las presto como a pobre que eres y te mando por santa obediencia que las recibas».

Se alegra de ello el santo varón y su corazón salta de júbilo al comprobar que hasta el fin ha guardado fidelidad a dama Pobreza y, elevando las manos al cielo, glorifica a su Cristo, porque, despojado de todo, se dirige libremente a su encuentro. Todo

[4] Job 6,10.

[5] Desnudo, para expresar el despojo de cuanto puede ser atadura a este mundo.

esto lo hizo llevado de su ardiente amor a la pobreza, de modo que no quiso tener ni siquiera el hábito sino prestado.

Ciertamente, quiso conformarse en todo con Cristo crucificado, que estuvo colgado en la cruz: pobre, doliente y desnudo. Por esto, al principio de su conversión permaneció desnudo ante el obispo, y, asimismo, al término de su vida quiso salir desnudo de este mundo. Y a los hermanos que le asistían les mandó por obediencia de caridad [6] que, cuando le viesen ya muerto, le dejasen yacer desnudo sobre la tierra tanto espacio de tiempo cuanto necesita una persona para recorrer pausadamente una milla de camino.

¡Oh varón cristianísimo, que en su vida trató de configurarse en todo con Cristo viviente, que en su muerte quiso asemejarse a Cristo moribundo y que después de su muerte se pareció a Cristo muerto! ¡Bien mereció ser honrado con una tal explícita semejanza!

5. Acercándose, por fin, el momento de su tránsito, hizo llamar a su presencia a todos los hermanos que estaban en el lugar y, tratando de suavizar con palabras de consuelo el dolor que pudieran sentir ante su muerte, los exhortó con paterno afecto al amor de Dios. Después se prolongó, hablándoles acerca de la guarda de la paciencia, de la pobreza y de la fidelidad a la santa Iglesia romana, insistiéndoles en anteponer la observancia del santo Evangelio a todas las otras normas.

Sentados a su alrededor todos los hermanos, extendió sobre ellos las manos, poniendo los brazos en forma de cruz por el amor que siempre profesó a esta señal, y, en virtud y en nombre del Crucificado, bendijo a todos los hermanos tanto presentes como ausentes. Añadió después: «Estad firmes, hijos todos, en el temor de Dios y permaneced siempre en él. Y como ha de sobrevenir la prueba y se acerca ya la tribulación, felices aquellos que perseveraren en la obra comenzada. En cuanto a mí, yo me voy a mi Dios, a cuya gracia os dejo encomendados a todos».

Concluida esta suave exhortación, mandó el varón muy querido de Dios se le trajera el libro de los evangelios y suplicó le fuera leído aquel pasaje del evangelio de San Juan que comienza así: *Antes de la fiesta de Pascua* [7]. Después de esto entonó él, como pudo, este salmo: *A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor*, y lo recitó hasta el fin, diciendo: *Los justos me están aguardando hasta que me des la recompensa* [8].

6. Cumplidos, por fin, en Francisco todos los misterios, liberada su alma santísima de las ataduras de la carne y sumergida en

[6] *In oboedientia caritatis iniunxit.* Resulta una expresión extraña. Acaso quiere decir que les impuso lo que a continuación se explicita no en virtud de autoridad jurídica, sino en virtud del amor que le deben. También en la Adm 3 se habla de «obediencia caritativa».

[7] Jn 13,1.

[8] Sal 141

el abismo de la divina claridad, se durmió en el Señor este varón bienaventurado [9].

Uno de sus hermanos y discípulos [10] vio cómo aquella dichosa alma subía derecha al cielo en forma de una estrella muy refulgente, transportada por una blanca nubecilla sobre muchas aguas. Brillaba extraordinariamente, con la blancura de una sublime santidad, y aparecía colmada a raudales de sabiduría y gracia celestiales, por las que mereció el santo varón penetrar en la región de la luz y de la paz, donde descansa eternamente con Cristo.

Asimismo, el hermano Agustín, ministro a la sazón de los hermanos en la Tierra de Labor, varón santo y justo —que se encontraba a punto de morir y hacía ya tiempo que había perdido el habla—, de pronto exclamó ante los hermanos que le oían: «¡Espérame, Padre, espérame, que ya voy contigo!» Pasmados los hermanos, le preguntaron con quién hablaba de forma tan animada; y él contestó: «Pero ¿no veis a nuestro padre Francisco que se dirige al cielo?» Y al momento aquella santa alma, saliendo de la carne, siguió al Padre santísimo.

El obispo de Asís había ido por aquel tiempo en peregrinación al santuario de San Miguel, situado en el monte Gargano. Estando allí, se le apareció el bienaventurado Francisco la noche misma de su tránsito y le dijo: «Mira, dejo el mundo y me voy al cielo». Al levantarse a la mañana siguiente, el obispo refirió a los compañeros la visión que había tenido de noche, y vuelto a Asís comprobó con toda certeza, tras una cuidadosa investigación, que a la misma hora en que se le presentó la visión había volado de este mundo el bienaventurado Padre.

Las alondras, amantes de la luz y enemigas de las tinieblas crepusculares, a la hora misma del tránsito del santo varón, cuando al crepúsculo iba a seguirle ya la noche, llegaron en una gran bandada por encima del techo de la casa y, revoloteando largo rato con insólita manifestación de alegría, rendían un testimonio tan jubiloso como evidente de la gloria del Santo, que tantas veces las había solido invitar al canto de las alabanzas divinas.

Capítulo XV

Canonización. Traslado de su cuerpo

1. Francisco, siervo y amigo del Altísimo, fundador y guía de la Orden de los hermanos menores, seguidor de la pobreza, modelo de penitencia, pregonero de la verdad, espejo de santidad

[9] Francisco murió a unos metros de su querida capilla de Santa María de los Angeles, en un tugurio que servía de enfermería y cuyo emplazamiento podemos ver en el interior de la gran basílica.

[10] Jacobo de Asís.

y ejemplar de toda perfección evangélica, prevenido por la gracia divina, ascendió, en forma progresiva y ordenada, de los grados más ínfimos a las cimas más altas.

El Señor, que esclareció portentosamente en su vida a este hombre admirable, por cuanto lo hizo muy rico en la pobreza, sublime en la humildad, vigoroso en la mortificación, prudente en la simplicidad e insigne por la integridad y pureza de costumbres, en su muerte lo hizo aún incomparablemente más glorioso.

Pues, al emigrar de este mundo el bienaventurado varón y penetrar su bendita alma en la morada de la eternidad para gustar plenamente de la fuente de vida transformado en un ser glorioso, dejó impresas en su cuerpo unas señales de su futura gloria, de modo que aquella carne santísima que, *crucificada con los vicios, se había convertido en una nueva criatura* [1], no sólo llevase grabada, por singular privilegio, la efigie de la pasión de Cristo, sino que también anunciase, por la novedad del milagro, una cierta especie de resurrección.

2. Se veían en aquellos dichosos miembros unos clavos de su misma carne, fabricados maravillosamente por el poder divino y tan connaturales a ella, que, si se les presionaba por una parte, al momento sobresalían por la otra, como si fueran nervios duros y de una sola pieza. Apareció también muy visible en su cuerpo la llaga del costado —no infligida ni producida por mano humana—, semejante a la del costado herido del Salvador, que hizo patente en el mismo Redentor nuestro el sacramento de la redención y regeneración de los hombres.

El aspecto de los clavos era negro, parecido al hierro; mas la herida del costado era rojiza y formaba, por la contracción de la carne, una especie de círculo, presentándose a la vista como una rosa bellísima. El resto de su cuerpo —antes, tanto por la enfermedad como por su modo natural de ser, era de color moreno— brillaba ahora con una blancura extraordinaria, como dando a entender la hermosura de su vestido de gloria.

3. Los miembros de su cuerpo se mostraban al tacto tan blandos y flexibles, que parecían haber vuelto a ser tiernos como los de la infancia y se presentaban adornados con algunas señales evidentes de inocencia.

En su carne blanquísima contrastaba la negrura de los clavos, mientras la herida del costado aparecía rubicunda como una rosa de primavera. No es extraño que tan bella y prodigiosa variedad suscitara en cuantos la contemplaban sentimientos de gozo y admiración.

Lloraban los hijos por la pérdida de tan amable Padre, pero al mismo tiempo experimentaban no pequeña alegría al besar en aquel cuerpo las señales del Rey soberano. La novedad del milagro convertía el llanto en júbilo, y el entendimiento se llenaba de estupor al indagar el hecho. Era, en efecto, un espectáculo tan

[1] Gál 5,24; 2Cor 5,17.

insólito y sorprendente, que para cuantos lo contemplaban constituía un afianzamiento en la fe y un incentivo de amor; y para quienes solamente oían hablar de él, se convertía en objeto de admiración, que despertaba un vivo deseo de verlo.

4. Tan pronto como se tuvo noticia del tránsito del bienaventurado Padre y se divulgó la fama del milagro de la estigmatización, el pueblo en masa acudió en seguida al lugar para ver con sus propios ojos aquel portento, que disipara toda duda de sus mentes y colmara de gozo sus corazones afectados por el dolor. Muchos ciudadanos de Asís fueron admitidos para contemplar y besar las sagradas llagas.

Uno de ellos llamado Jerónimo [2], caballero culto y prudente además de famoso y célebre, como dudase de estas sagradas llagas, siendo incrédulo como Tomás, movió con mucho fervor y audacia los clavos y con sus propias manos tocó las manos, los pies y el costado del Santo en presencia de los hermanos y de otros ciudadanos; y resultó que, a medida que iba palpando aquellas señales auténticas de las llagas de Cristo, amputaba de su corazón y del corazón de todos la más leve herida de duda. Por lo cual desde entonces se convirtió, entre otros, en un testigo cualificado de esta verdad conocida con tanta certeza, y la confirmó bajo juramento poniendo las manos sobre los libros sagrados.

5. Los hermanos e hijos, que fueron convocados para asistir al tránsito del Padre a una con la gran masa de gente que acudió, consagraron aquella noche en que falleció el santo confesor de Cristo a la recitación de las alabanzas divinas, de tal suerte que aquello, más que exequias de difuntos, parecía una vigilia de ángeles.

Una vez que amaneció, la muchedumbre que había concurrido tomó ramos de árboles y gran profusión de velas encendidas y trasladó el sagrado cadáver a la ciudad de Asís entre himnos y cánticos.

Al pasar por la iglesia de San Damián, donde moraba enclaustrada, junto con otras vírgenes, aquella noble virgen Clara, ahora gloriosa en el cielo, se detuvieron allí un poco de tiempo y les presentaron a aquellas vírgenes consagradas el sagrado cuerpo, adornado con perlas celestiales, para que lo vieran y lo besaran.

Llegados por fin, radiantes de júbilo, a la ciudad, depositaron con toda reverencia el precioso tesoro que llevaban en la iglesia de San Jorge [3]. Este era precisamente el lugar en que siendo niño aprendió las primeras letras y donde más tarde comenzó su predicación; aquí mismo, finalmente, encontró su primer lugar de descanso.

[2] Antes de ser elegido *podestà* en 1230, Jerónimo había sido jefe de la milicia de Asís en 1228, enviado por Gregorio IX contra las tropas de Federico II, que infestaban el ducado de Espoleto (AFH 33 [1940] p.219-20).

[3] Francisco fue enterrado provisionalmente en la iglesia de San Jorge, en donde tiempos atrás había aprendido a leer. Esta iglesia se convirtió en anejo de la basílica de Santa Clara el día en que (a.1260), por motivos de seguridad, las clarisas tuvieron que abandonar San Damián y establecerse dentro de las murallas.

6. El venerable Padre pasó del naufragio de este mundo el día 3 de octubre del año 1226 de la encarnación del Señor al atardecer del sábado, y fue sepultado al día siguiente, domingo.

Muy pronto el bienaventurado varón —como si irradiara desde lo alto el resplandor de su visión de la faz divina— comenzó a brillar con grandes y numerosos milagros, Así, aquella sublime santidad de Francisco, que mientras vivió en carne mortal se había hecho patente al mundo con ejemplos de una perfecta justicia, convirtiéndolo en guía de virtud, ahora que reinaba con Cristo venía corroborada por el cielo mediante los milagros que realizaba la omnipotencia divina para una absoluta confirmación de la fe.

Los gloriosos milagros que se realizaron en diversas partes del mundo y los abundantes beneficios obtenidos por intercesión de Francisco, encendían a muchos en el amor a Cristo y los movían a venerar al Santo, a quien aclamaban no sólo con el lenguaje de las palabras, sino también con el de las obras. De este modo, las maravillas que Dios realizaba mediante su siervo Francisco llegaron a oídos del mismo sumo pontífice señor Gregorio IX.

7. En verdad, el pastor de la Iglesia conocía con plena fe y certeza la admirable santidad de Francisco, no sólo por los milagros de que había oído hablar después de su muerte, sino también por todas aquellas pruebas que en vida del Santo había visto con sus propios ojos y palpado con sus manos. Por esto, no abrigaba la menor duda de que hubiera sido ya glorificado por el Señor en el cielo. Así, pues, para proceder en conformidad con Cristo, cuyo vicario era, y guiado por su piadoso afecto a Francisco, se propuso hacerlo célebre en la tierra, como dignísimo que era de toda veneración.

Mas para ofrecer al orbe entero la indubitable certeza de la glorificación de este varón santísimo, ordenó que los milagros ya conocidos, documentados por escrito y certificados por testigos fidedignos, los examinaran aquellos cardenales que parecían ser menos favorables a la causa.

Discutidos diligentemente dichos milagros y aprobados por todos, teniendo a su favor el unánime consejo y asentimiento de sus hermanos [4] y de todos los prelados que entonces se hallaban en la curia, el papa decretó la canonización. Para ello se trasladó personalmente a la ciudad de Asís, y el domingo día 16 de julio del año 1228 de la encarnación del Señor, en medio de unos solemnísimos actos que sería prolijo narrar, inscribió al bienaventurado Padre en el catálogo de los santos.

8. El día 25 de mayo del año del Señor de 1230, con la asistencia de los hermanos que se habían reunido en capítulo general celebrado en Asís, fue trasladado aquel cuerpo, que vivió consagrado al Señor, a la basílica construida en su honor [5]. Y mientras

[4] Estos «hermanos» del papa son los cardenales.

[5] Se ha criticado acerbamente esta basílica, apodándola incluso mausoleo de dama Pobreza. Pero desde otro punto de vista, no ha de olvidarse que ella consti-

llevaban el sagrado tesoro sellado con la bula del Rey altísimo, Aquel cuya efigie ostentaba se dignó obrar numerosos milagros, a fin de que, al olor salvífico que despedía, se sintieran atraídos los fieles a correr en pos de Cristo. Y en verdad, si Dios hizo que Francisco durante su vida le agradara tanto y lo convirtió en tan amado suyo que, como a Henoc [6], lo transportó al paraíso por el don de la contemplación, y como a Elías lo arrebató al cielo *en una carroza de fuego* [7] por el celo de la caridad, justo era que los dichosos huesos de quien verdeaba ya entre las flores celestiales del vergel eterno exhalaran desde el sepulcro su aroma en florecimiento maravilloso.

9. Por último, de la misma manera que este bienaventurado varón resplandeció en vida por sus admirables ejemplos de virtud, así desde su muerte hasta el día de hoy brilla en diversas partes del mundo por sus estupendos milagros y prodigios, recibiendo con ello gloria el divino poder. En efecto, gracias a sus méritos encuentran remedio los ciegos y los sordos, los mudos y los cojos, los hidrópicos y los paralíticos, los endemoniados y los leprosos, los náufragos y los cautivos, y se presta socorro a todas las enfermedades, necesidades y peligros; y los muchos muertos prodigiosamente resucitados por su mediación patentizan a los fieles la magnificencia y el poder del Altísimo, que glorifica a su Santo. A El honor y gloria por infinitos siglos de los siglos. Amén.

tuye una de las obras maestras del arte italiano, tanto por su arquitectura, uno de los espléndidos ejemplos del gótico en este país, como por sus frescos, que constituyen un repertorio de arte y de teología franciscana incomparable. Fue proyectada para las grandes concentraciones; con doble iglesia, para poderse así celebrar simultáneamente las ceremonias. También el sacro convento adyacente fue proyectado para alojar a la curia romana, obligada muchas veces a salir de Roma por motivo de diversas calamidades.

[6] Gén 5,24.

[7] 2Re 2,11.

RELACIÓN DE ALGUNOS MILAGROS DE SAN FRANCISCO DESPUÉS DE SU MUERTE

1. MILAGROS DE LAS SAGRADAS LLAGAS

1. Al disponerme a narrar, para honor de Dios omnipotente y gloria del bienaventurado padre Francisco después de su glorificación en los cielos, algunos de los milagros aprobados [1], he pensado que es obligado dar comienzo por aquel en que de modo particular se pone de relieve el poder de la cruz de Jesús y se renueva su gloria.

Porque este hombre nuevo Francisco resplandeció con un nuevo y estupendo milagro, apareció distinguido con un privilegio singular no concedido en tiempos pasados, es decir, fue condecorado con las sagradas llagas y su cuerpo —cuerpo de muerte— fue *configurado al cuerpo del Crucificado* [2]. Todo lo que sobre esto se diga quedará siempre por bajo de la alabanza que se merece.

Ciertamente, todo el interés del varón de Dios, lo mismo pública que privadamente, se centró en la cruz del Señor. Y para que el cuerpo quedara marcado exteriormente con el signo de la cruz, impreso ya en su corazón desde el principio de su conversión, envolviéndose en la misma cruz, adoptó un hábito de penitencia en forma de cruz, y así quiso que, como su alma se había revestido interiormente de Cristo crucificado, su Señor, del mismo modo su cuerpo quedara revestido de la armadura de la cruz, y que al igual que Dios había abatido a los poderes infernales con este signo, con él militara su ejército para el Señor.

Desde los primeros tiempos en que comenzó a militar en servicio del Crucificado resplandecieron en torno a su persona diversos misterios de la cruz, como más claramente se pone de manifiesto al que considera el desarrollo de su vida: cómo, en efecto, a través de siete manifestaciones de la cruz del Señor, fue totalmente transformado, mediante la virtud de su amor extático, tanto en sus pensamientos como en sus afectos y acciones, en la efigie del Crucificado.

Justamente, pues, la clemencia del sumo Rey, condescendiendo generosamente en favor de sus amantes en medida que supera todo lo que el hombre puede pensar, imprimiéndola en su cuerpo, lo hizo portador de la insignia de la cruz, para que aquel que había sido previamente distinguido con un prodigioso amor a la cruz, fuera también glorificado con el prodigioso honor de la misma [3].

2. A corroborar la firmeza indestructible de este estupendo milagro de las llagas y a alejar de la mente toda sombra de duda, no sólo contribuyen los testimonios, dignos de toda la fe, de aquellos que las vieron y

[1] Se trata de la aprobación que precedió a la canonización, y de la que se habla en esta *Leyenda* 15,6 (cf. 1C 123). En consecuencia, hubieron de tener lugar entre el 3 de octubre de 1226 y el 16 de julio de 1228. Pero aparecen también algunos obrados después de la canonización. En este elenco, San Buenaventura, invirtiendo algunas partes, sigue el *Tratado de los milagros*, escrito anteriormente por Tomás de Celano. Tomás de Celano presenta en los capítulos 1-7 también los realizados por San Francisco en vida; San Buenaventura se ciñe a los ocurridos sólo después de su muerte.

[2] Flp 3,10.21 y Rom 7,24.

[3] Los estigmas, como «sello» de identificación con Cristo: es el tema constante de la primitiva literatura franciscana.

palparon, sino también las maravillosas apariciones y milagros que resplandecieron después de su muerte.

El señor papa Gregorio IX, de feliz memoria, a quien el varón santo había anunciado proféticamente que sería sublimado a la dignidad apostólica, antes de inscribir al portaestandarte de la cruz en el catálogo de los santos llevaba en su corazón alguna duda respecto de la llaga del costado.

Pero una noche, según lo refería con lágrimas en los ojos el mismo feliz pontífice, se le apareció en sueños el bienaventurado Francisco con una cierta severidad en el rostro, y, reprendiéndole por las perplejidades de su corazón, levantó el brazo derecho, le descubrió la llaga del costado y le pidió una copa para recoger en ella la sangre que abundante manaba de su costado. Ofrecióle el sumo pontífice en sueños la copa que le pedía, y parecía llenarse hasta el borde de la sangre que brotaba del costado.

Desde entonces sintióse atraído por este sagrado milagro con tanta devoción y con un celo tan ardiente, que no podía tolerar que nadie con altiva presunción tratase de impugnar y oscurecer la espléndida verdad de aquellas señales sin que fuese objeto de su severa reprensión [4].

3. Había un hermano, menor por su orden, predicador de oficio, distinguido por su virtud y fama, firmemente persuadido de las llagas del Santo. Como quisiera penetrar humanamente las razones de este milagro, comenzó a ser agitado por las molestias de una cierta duda. Durante largos días sufrió él la lucha interior, a la par que su curiosidad natural iba tomando cuerpo; cierta noche mientras dormía se le apareció Francisco con los pies enlodados; presentaba un rostro humildemente severo y pacientemente airado; y le dijo: «¿Qué clase de luchas y conflictos y qué sucias perplejidades traes dentro de ti? Mira mis manos y mis pies». Observa el hermano las manos traspasadas, pero no ve las llagas en los pies enlodados. «Aparta —le dijo el Santo— el lodo de mis pies y reconoce el lugar de los clavos».

Habiendo tomado devotamente los pies entre sus manos, le parecía que limpiaba el lodo en que estaban envueltos y que con sus manos tocaba el lugar de los clavos. Al despertar se deshace en lágrimas, y con un copioso llanto y una confesión pública limpia aquellos sentimientos anteriores, en cierto modo manchados con el lodo de las dudas.

4. Había en la ciudad de Roma una matrona, noble por la pureza de sus costumbres y por el glorioso linaje de sus padres, que había escogido a San Francisco por abogado suyo. En la alcoba en que en lo escondido oraba al Padre, tenía ella una imagen pintada del Santo.

Un día, mientras estaba entregada a la oración, se dio cuenta de que en la imagen faltaban las sagradas señales de las llagas, y comenzó a afligirse no poco y a admirarse. Pero nada extraño que en la pintura no hubiera lo que el pintor había omitido. Durante muchos días estuvo dando vueltas en su cabeza al asunto y preguntándose cuál podía ser la causa de aquella falta en la imagen; y, de repente, un día aparecieron en la pintura las maravillosas señales, tal como suelen estar representadas en otras pinturas del mismo Santo.

Estremecida por la novedad, llamó inmediatamente a una hija suya, también ella consagrada a Dios, y le preguntó si la imagen había estado hasta entonces sin las llagas. La hija afirma y jura que la imagen no tenía antes las llagas y que ahora ciertamente las lleva. Pero como frecuentemente la mente humana va por sí misma al precipicio y pone en duda la verdad, penetra de nuevo en el corazón de aquella matrona la duda per-

[4] En BF (1 p.211-14) aparecen tres bulas del mismo papa, del año 1237, en que se defienden las llagas contra quienes las impugnan.

niciosa de si la imagen no habría estado desde el principio en la forma en que ahora aparecía.

Entonces, el poder de Dios añade al primero un segundo milagro: al punto se borraron las señales de las llagas y la imagen quedó despojada del privilegio de las mismas para que por este segundo prodigio quedara confirmado el primero.

5. En la ciudad de Lérida, en Cataluña [5], tuvo lugar también el siguiente hecho. Un hombre llamado Juan, devoto de San Francisco, atravesaba de noche un camino donde acechaban para dar muerte a un hombre que ciertamente no era él, que no tenía enemigos. Pero el hombre a quien querían matar le era muy parecido y en aquella sazón formaba parte de su acompañamiento.

Saliendo un hombre de la emboscada preparada y pensando que el dicho Juan era su enemigo, le hirió tan de muerte con repetidos golpes de espada, que no había esperanza alguna de que recobrase la salud. En el primer golpe le cercenó casi por completo el hombro con el brazo; en un segundo golpe le hizo debajo de la tetilla una herida tan profunda y grande, que el aire que de ella salía podría ser bastante para apagar unas seis velas que ardieran juntas. A juicio de los médicos, la curación era imposible porque, habiéndose gangrenado las heridas, despedían un hedor tan intolerable, que hasta a su propia mujer le repugnaba fuertemente; en lo humano no les quedaba remedio alguno.

En este trance se volvió con toda la devoción que pudo al bienaventurado padre Francisco para impetrar su patrocinio; ya antes, en el momento de ser golpeado, le había invocado con inmensa confianza, como había invocado también a la Santísima Virgen.

Y he aquí que, mientras aquel desgraciado estaba postrado en el lecho solitario de la calamidad y, velando y gimiendo, invocaba frecuentemente el nombre de Francisco, de pronto se le hace presente uno, vestido con el hábito de hermano menor, que, a su parecer, había entrado por la ventana. Llamándole éste por su nombre, le dijo: «Mira, Dios te librará, porque has tenido confianza en mí». Preguntóle el enfermo quién era, y el visitante le contestó que él era Francisco. Al punto se le acercó, le quitó las vendas de las heridas y, según parecía, ungió con un ungüento todas las llagas.

Tan pronto como sintió el suave contacto de aquellas manos sagradas, que en virtud de las llagas del Salvador tenían poder para sanar, desaparecida la gangrena, restablecida la carne y cicatrizadas las heridas, recobró íntegramente su primitiva salud. Tras esto desapareció el bienaventurado Padre.

Sintiéndose sano y prorrumpiendo alegremente en alabanzas de Dios y de San Francisco, llamó a su mujer. Ella acude velozmente a la llamada, y al ver de pie a quien creía iba a ser sepultado al día siguiente, impresionada enormemente por el estupor, llena de clamores todo el vecindario. Presentándose los suyos, se esforzaban en encamarlo como si se tratase de un frenético. Pero, él, resistiéndose, aseguraba que estaba curado, y así se mostraba.

El estupor los dejó tan atónitos, que, como si hubieran sido privados de la mente, creían que lo que estaban viendo era algo fantástico. Porque aquel a quien poco antes habían visto desgarrado por atrocísimas heridas y ya todo putrefacto, lo veían alegre y totalmente incólume. Dirigiéndose

[5] En 3C 11-13 se habla del «reino de Castilla»; San Buenaventura, también en Lm 6,7, habla de Lérida. Se trata de Juan de Castro. Existen divergencias entre las narraciones de San Buenaventura y Celano.

a ellos el que había recuperado la salud, les dijo: «No temáis y no creáis que es falso lo que veis, porque San Francisco acaba de salir de este lugar y con el contacto de sus sagradas manos me ha curado totalmente de mis heridas».

A medida que crece la fama del milagro, va acudiendo presuroso el pueblo entero que, comprobando en un prodigio tan evidente el poder de las llagas de San Francisco, se llena de admiración y gozo a un tiempo y glorifica con grandes alabanzas al portador de las señales de Cristo.

Justo era, en verdad, que el bienaventurado Padre, muerto ya a la carne y viviendo con Cristo, diera la salud a aquel hombre mortalmente herido con la admirable manifestación de su presencia y con el suave contacto de sus manos sagradas, ya que llevaba en su cuerpo las llagas de Aquel que, muriendo por misericordia y resucitando maravillosamente, sanó, por el poder de sus llagas, al género humano, que estaba herido y medio muerto yacía abandonado.

6. En Potenza, ciudad de la Pulla, vivía un clérigo, Rogero de nombre, varón honorable y canónigo de la iglesia mayor.

Atormentado por la enfermedad, entró para orar en una iglesia; había en ella un cuadro de San Francisco, representado con las llagas gloriosas. Al verlas comenzó a dudar de aquel sublime milagro, como cosa del todo insólita e imposible.

De repente, mientras su mente, herida por la duda, divagaba en pensamientos insensatos, se sintió fuertemente golpeado en la palma de la mano izquierda, cubierta con un guante, al tiempo que oyó el silbido como de flecha que es despedida por una ballesta. Al punto, lacerado por la herida y estupefacto por el sonido, se quita el guante de la mano para ver con sus propios ojos lo que había percibido por el tacto y el oído. Sin que antes hubiera en la palma lesión alguna, observó que en medio de la mano tenía una herida que parecía producida por una flecha; de ella salía un ardor tan violento, que creía desfallecer.

¡Cosa maravillosa! En el guante no había ninguna señal, para que se viera que el castigo de la herida infligida misteriosamente correspondía a la herida oculta del corazón.

Estimulado por agudísimo dolor, clama y ruge durante dos días y descubre a todos el velo de su incrédulo corazón. Confiesa y jura creer que ciertamente en el Santo existieron las sagradas llagas y asegura que en su mente han desaparecido todas las sombras de dudas. Suplicante, se dirige al santo de Dios para rogarle que le ayude por sus sagradas llagas, bañando las insistentes plegarias del corazón con un río de lágrimas en los ojos.

¡Prodigioso! Desechada la incredulidad, a la salud del alma sigue la del cuerpo. Se calma del todo el dolor, se apaga el ardor, no queda vestigio alguno de lesión. La divina Providencia quiso en su misericordia curar la oculta enfermedad del espíritu por medio del cauterio exterior de la carne. Curada el alma, quedó también sanada la carne.

El hombre aprende a ser humilde, se convierte en devoto de Dios y queda vinculado al Santo y a la Orden de los hermanos por una perpetua familiaridad.

Este ruidoso milagro fue confirmado con juramento y ratificado con documento sellado por el obispo, y así ha llegado su noticia hasta nosotros.

A nadie, pues, le sea dado dudar de la autenticidad de las sagradas llagas. Nadie, porque Dios es bueno, mire este hecho con ojos maliciosos [6], como si la dádiva de este don cuadrara mal con la sempiterna bon-

[6] Cf. Mt 20,15.

dad de Dios. Porque, si fueron muchos los miembros que con el mismo amor seráfico se unieron a Cristo cabeza para que fuesen hallados dignos de ser revestidos en la batalla con una armadura semejante y dignos de ser elevados en el reino a una gloria semejante, nadie de sano juicio dejaría de afirmar que esto pertenece a la gloria de Cristo.

2. Muertos resucitados

1. En la población de Monte Marano, cerca de Benevento, murió una mujer particularmente devota de San Francisco.

Durante la noche, reunido el clero para celebrar las exequias y hacer vela cantando salmos, de repente, a la vista de todos, se levantó del túmulo la mujer y llamó a un sacerdote de los presentes, padrino suyo, y le dijo: «Quiero confesarme, padre; oye mi pecado. Ya muerta, iba a ser encerrada en una cárcel tenebrosa, porque no me había confesado todavía de un pecado que te voy a descubrir. Pero rogó por mí San Francisco, a quien serví con devoción durante mi vida, y se me ha concedido volver ahora al cuerpo, para que, revelando aquel pecado, merezca la vida eterna. Y una vez que confiese mi pecado, en presencia de todos vosotros marcharé al descanso prometido».

Habiéndose confesado, estremecida, al sacerdote, igualmente estremecido, y, recibida la absolución, tranquilamente se tumbó en el lecho y se durmió felizmente en el Señor.

2. En Pomarico, castro situado en las montañas de la Pulla, vivía con sus padres una hija única de corta edad, querida tiernísimamente por ellos. Muerta a consecuencia de grave enfermedad, sus padres, que no tenían ya esperanza de sucesión, se consideraban como muertos con ella.

Reunidos los parientes y amigos para asistir a aquel tristísimo funeral, yacía la desgraciada madre oprimida por indecible dolor y sumergida en suprema tristeza, sin darse cuenta en absoluto de lo que sucedía a su alrededor.

En esto, San Francisco, acompañado de un solo compañero, se dignó aparecer y visitar a la desconsolada mujer, a la que reconocía como devota suya. Dirigiéndose a ella, le dijo estas consoladoras palabras: «No llores, porque la luz de tu antorcha que crees se ha apagado, te será devuelta por mi intercesión».

Se levantó al instante la mujer, y, manifestando a todos lo que el Santo le había dicho, no permitió que se llevaran el cuerpo muerto de su hija, sino que, invocando con gran fe a San Francisco, tomó a su hija muerta y, viéndolo todos y admirándolo, la levantó viva y completamente sana.

3. Los hermanos de Nocera necesitaban por algún tiempo un carro, y se lo pidieron a un hombre llamado Pedro. En vez de acceder a la petición, neciamente se desató en palabras ofensivas, y, en lugar de prestar lo que en honor de San Francisco de él se solicitaba, hasta vomitó una blasfemia contra el nombre del Santo. En seguida le pesó su necedad y le dominó un terror divino, temiendo que se descargara sobre su persona la ira de Dios, como efectivamente bien presto sucedió: enfermó súbitamente su hijo primogénito y después de breve tiempo falleció.

El desgraciado padre se revolvía por tierra, e, invocando sin cesar al santo de Dios Francisco, exclamaba entre lágrimas: «Yo soy el que he pecado, yo el que he hablado inicuamente; debiste haber cargado sobre mi persona tus azotes. Devuelve, ¡oh santo! al arrepentido lo que arrebataste al blasfemo impío. Yo me consagro a ti, me pongo para siempre a tu servicio; en tu honor ofreceré de continuo a Cristo un devoto sacrificio de alabanza».

¡Maravilloso! A estas palabras resucitó el niño, y, pidiendo que dejaran de llorar, aseguró que al morir, después de salido del cuerpo, fue acogido por el bienaventurado Francisco y que por él mismo había sido devuelto a la vida.

4. Un niño de apenas siete años, hijo de un notario de la ciudad de Roma, quería —cosa muy propia de niños— seguir a su madre, que iba a la iglesia de San Marcos [7]; al obligarlo ella a quedar en casa, se arrojó por una ventana del palacio, y con el último golpe quedó muerto instantáneamente.

La madre, que todavía no se había alejado mucho, al oír el ruido del golpe, sospechando que su hijo se había caído, volvió apresuradamente, y, comprobando que le había sido arrebatado su hijo con tan lamentable accidente, al punto se lo recriminó a sí misma, y con gritos dolorosos sobresaltó a toda la vecindad, moviéndola al lamento.

Un hermano de la Orden de los Menores llamado Raho, que iba a predicar y en aquel momento pasaba por allí, se acercó al niño y lleno de fe dijo al padre: «¿Crees que el santo de Dios Francisco, por el amor que siempre tuvo a Cristo, muerto en la cruz para devolver la vida a los hombres, puede resucitar a tu hijo?» Respondióle que lo creía firmemente y lo confesaba con fe y que se pondría para siempre al servicio del Santo si por los méritos del mismo lograba obtener de Dios una gracia tan grande. Postróse aquel hermano con su compañero en actitud de oración, exhortando a todos los presentes a que se asociaran a ella.

Terminada la oración, el niño comenzó a bostezar levemente, luego abrió los ojos y levantó los brazos; en seguida se puso de pie por sí mismo y se paseó ante todos totalmente restablecido; devuelto a la vida y a la salud por el poder maravilloso del Santo.

5. Ocurrió en la ciudad de Capua que, jugando un niño con otros muchos a la orilla del río Volturno, por imprudencia cayó a lo profundo de las aguas, y, siendo devorado rápidamente por la corriente impetuosa, quedó muerto y enterrado en el fango [8].

A los gritos de los otros niños que con él jugaban a la orilla del río, se agolpó allí una gran multitud de gente. Se pusieron todos a invocar humilde y devotamente al bienaventurado Francisco, y pedían que, mirando la fe de sus devotos padres, librase al niño del peligro de muerte; un nadador que estaba algo alejado oyó los gritos de la gente y se acercó al lugar. Después de una pesquisa, invocó la ayuda del bienaventurado Francisco, y dio con el lugar donde el fango, a modo de sepulcro, había cubierto el cadáver del niño. Al desenterrarlo y sacarlo fuera, miró con dolor al difunto. Aunque el pueblo que estaba presente veía muerto al pequeño, sin embargo, entre sollozos y gemidos, continuaba clamando: «¡San Francisco, devuelve el niño a su padre!» Y hasta los judíos que se habían acercado, conmovidos por natural piedad, decían: «¡San Francisco, devuelve el niño a su padre!»

Súbitamente, el niño, con alegría y admiración de todos, se levantó enteramente sano y pidió le llevasen a la iglesia de San Francisco para dar gracias devotamente al Santo, por cuya virtud reconocía haber sido resucitado milagrosamente.

6. En la ciudad de Sessa, en una aldea denominada Alle Colonne, al desplomarse repentinamente una casa, engulló bajo sus escombros a un joven y lo dejó muerto en el acto.

[7] Se trata de la iglesia de San Marcos, sita en la actual plaza de Venecia.

[8] En 3C 44 se precisa que el padre y el abuelo del niño estaban trabajando en la construcción de la iglesia de San Francisco en Capua.

Alertados por el estruendo del derrumbe, acudieron de todas partes hombres y mujeres, que, removiendo maderos y piedras, hallaron el cadáver del joven y se lo entregaron a su desgraciada madre. Sumergida en amarguísimos sollozos, exclamaba como podía con voces lastimeras: «¡San Francisco, San Francisco, devuélveme a mi hijo!» Pero no sólo ella, sino todos los circunstantes imploraban con ardor el valimiento del bienaventurado Padre. Como no se notaba ningún movimiento ni voz en el cadáver, lo depositaron en el lecho en espera de enterrarlo al día siguiente.

Pero la madre, que tenía confianza en el Señor por los méritos de San Francisco, hizo voto de cubrir el altar de San Francisco con un mantel nuevo si le devolvía la vida a su hijo. He aquí que hacia la media noche comenzó el joven a bostezar y, entrando en calor sus miembros, se levantó vivo y sano, y prorrumpió en palabras de alabanza. Y movió también al clero, que se había reunido a alabar y a dar gracias con alegría interior a Dios y a San Francisco.

7. Un joven llamado Gerlandino, oriundo de Ragusa, se fue a las viñas en tiempo de vendimia. Cuando se colocaba en el depósito de vino debajo de la prensa para llenar odres, de improviso, a causa del movimiento de unos maderos, se desprendieron unas enormes piedras, que cayeron sobre su cabeza y se la golpearon mortalmente.

Acudió en seguida el padre en su ayuda; pero, desesperado al verlo sepultado, lo dejó como estaba. Oyendo las voces y el lúgubre clamor del padre, se presentaron rápidamente los vendimiadores, que, identificados con su gran dolor, extrajeron el cadáver del joven de entre las piedras.

El padre, postrado a los pies de Jesús, humildemente pedía que por los méritos de San Francisco, cuya fiesta se avecinaba, se dignase devolverle su único hijo. Redoblaba las súplicas, prometía obras de piedad e incluso visitar el sepulcro del Santo con su hijo, si lo resucitaba de entre los muertos. ¡Prodigioso en verdad! En seguida, el joven, cuyo cuerpo había sido del todo aplastado, fue devuelto a la vida y a una salud perfecta. Gozoso, se levantó a la vista de todos. Reprendió a los que lloraban y les aseguró que había vuelto a la vida por intercesión de San Francisco.

8. En Alemania resucitó el Santo a otro muerto. Fue un hecho que el papa Gregorio IX certificó para alegría de todos al tiempo de la traslación del cuerpo de San Francisco, mediante letras apostólicas que dirigió a todos los hermanos que se habían reunido en Asís para asistir al capítulo y a la traslación.

No he narrado este milagro en sus detalles, porque los desconozco, pensando que el testimonio papal sobrepuja en validez a toda otra afirmación [9].

3. Salvados de peligros de muerte

1. En los alrededores de la ciudad de Roma, cierto varón noble, por nombre Rodolfo, a una con su devota mujer hospedó en su casa a unos hermanos menores tanto por espíritu de hospitalidad como por reverencia y amor a San Francisco.

En aquella noche, estando dormido el centinela del castro en lo alto de la torre, tumbado sobre un armazón de maderos en el mismo estribo del muro, suelta la trabazón de los mismos, se precipitó sobre la techumbre del palacio, y de allí al pavimento.

[9] Cf. 3C 48. La bula de Gregorio IX es la *Mirificans*, del 16 de mayo de 1230 (BF I p.64-65).

Toda la familia se despertó al estruendo de la caída, y, enterados de la desgracia del centinela, acudieron a auxiliarle el señor del castillo, su señora y los hermanos. Pero el centinela, que había caído de lo alto, estaba sumergido en un sopor tan profundo, que no se despertó ni a los golpes de la caída ni al estrépito de la familia que acudía gritando.

Despertado por fin a fuerza de agitarlo, se puso a quejarse de que le hubiesen privado de un dulce descanso, asegurando que se hallaba plácidamente dormido entre los brazos de San Francisco. Siendo informado de la propia caída por los demás y viéndose en tierra cuando se sabía acostado en lo alto, estupefacto de lo sucedido sin haberse dado cuenta, prometió delante de todos que haría penitencia por reverencia de Dios y del bienaventurado Francisco.

2. En el castro de Pofi, en la Campania [10], un sacerdote llamado Tomás fue a reparar un molino que era propiedad de la iglesia. Caminando sin precaución por el borde del canal, por el que corrían aguas profundas y abundantes, de improviso vino a caer y ser atrapado de forma extraña en el rodezno que movía el molino. Prendido por el rodezno, quedó allí boca arriba, recibiendo el impetuoso torrente de las aguas.

Ya que no podía con la lengua, interiormente invocaba gimiendo la ayuda de San Francisco. Mucho tiempo permaneció en aquella situación, que sus compañeros consideraban ya completamente desesperada.

En un extremo intento de salvación, movieron con violencia la muela en sentido contrario, logrando que dicho sacerdote fuera despedido a las aguas, donde se revolvía agitado en la corriente. Fue entonces cuando un hermano menor, vestido de túnica blanca y ceñido con un cordón, tomándole por el brazo con mucha suavidad, lo sacó del río, diciendo: «Yo soy Francisco, a quien tú invocaste». Liberado de esta forma y fuera de sí por el estupor, quería besar las huellas de sus pies; ansioso, discurría de una a otra parte, preguntando a los compañeros: «¿Dónde está? ¿Adonde fue el Santo? ¿Por qué camino desapareció?»

Y aquellos hombres, asustados, se postraron en tierra, glorificando las grandezas del Dios excelso y los méritos y virtudes de su humilde siervo.

3. Unos jóvenes de Celano [11] salieron a cortar hierba en unos campos. Había allí un viejo pozo oculto, cubierto en su boca con hierbas verdes. Tenía este pozo cerca de cuatro pasos en profundidad. Estando los jóvenes trabajando separadamente por el campo, uno de ellos cayó de improviso en el pozo; mientras las profundidades del pozo engullían el cuerpo, su alma se elevaba buscando la ayuda de San Francisco y exclamando fiel y devotamente durante la misma caída: «¡San Francisco, ayúdame!» Los compañeros van de aquí para allá, y, comprobando que el otro joven no comparece, lloran y lo buscan llamándolo a gritos y recorriendo el campo de un extremo a otro. Descubrieron al fin que había caído al pozo; apresuradamente se dirigieron al pueblo, comunicaron lo acontecido y pidieron auxilio. De retorno al pozo en unión de muchos hombres, uno de ellos, atado a una cuerda, fue bajado pozo adentro, y vio al joven sentado en la superficie de las aguas y sin que hubiera sufrido lesión alguna.

Extraído del pozo, dijo el joven a todos los presentes: «Cuando súbitamente caí, invoqué la ayuda de San Francisco; mientras me iba sumergiendo, se me hizo él presente, me alargó la mano, me sujetó suavemente

[10] Campagna Romana, actual Ciociaria, en contraposición a «Maritima», que constituye el Lazio septentrional o tirrénico.

[11] Se trata del pueblecillo de Monte Celano, parte de San Marcos in Lamis, en la provincia de Foggia.

y no me abandonó en ningún momento hasta que, juntamente con vosotros, me sacó del pozo.»

4. Mientras el señor obispo de Ostia, luego sumo pontífice con el nombre de Alejandro [12], predicaba en la iglesia de San Francisco de Asís en presencia de la curia romana, una grande y pesada piedra dejada descuidadamente en el pulpito, que era alto y de piedra, vino a caer, a consecuencia de un fuerte empujón, sobre la cabeza de una mujer.

Creyendo los circunstantes que había quedado muerta y con la cabeza del todo aplastada, la cubrieron con el manto que ella misma llevaba puesto, para sacar el cadáver de la iglesia una vez terminado el sermón. Mas ella se encomendó fielmente a San Francisco, ante cuyo altar se encontraba. Y he aquí que, acabada la predicación, la mujer se levantó ante todos totalmente sana, hasta el punto de que no se veía en ella el más leve vestigio de lesión.

Pero hay todavía algo que es más admirable. Durante largo tiempo había sufrido ella dolores casi continuos de cabeza, y —según confesión propia posterior—, a partir de aquel momento, se vio libre de toda molestia de enfermedad.

5. En Corneto, habiéndose reunido varios hombres devotos en el lugar de los hermanos para fundir una campana, un muchacho de ocho años llamado Bartolomé llevó a los hermanos algunos alimentos para los trabajadores. De pronto, un viento impetuoso, que estremeció la casa, echó sobre el muchacho una de las puertas, grande y pesada; todos creían que, aplastado por tan enorme peso, había perecido. De tal modo lo cubría la ingente carga, que nada de él se veía.

Concurrieron todos los presentes e invocaban la diestra poderosa del bienaventurado Francisco. El mismo padre del muchacho, que, paralizados los miembros por el dolor, no se podía mover, ofrecía con el corazón y de palabra su hijo a San Francisco.

Fue por fin levantada la funesta carga de encima del muchacho, y aquel a quien creían muerto apareció lleno de alegría, como quien se despierta del sueño, no mostrando en su cuerpo lesión alguna.

Más tarde, a la edad de catorce años, este muchacho se hizo hermano menor y llegó a ser letrado y famoso predicador.

6. Unos hombres de Lentini cortaron una enorme piedra del monte para ser colocada en el altar de una iglesia de San Francisco, que muy pronto iba a ser consagrada. Unos cuarenta hombres trataban de colocar la ingente mole sobre un vehículo; en uno de los esfuerzos, cayó la piedra sobre uno de los hombres, cubriéndolo como losa de muerte.

Desconcertados, no sabían qué hacer. La mayor parte de los hombres se alejaron desesperados. Pero diez hombres que quedaron invocaban con voz lastimosa a San Francisco, pidiéndole no permitiera que un hombre entregado a su servicio muriese de modo tan horrible. Recobraron el ánimo y movieron la piedra con tanta facilidad, que nadie duda que allí estuvo presente el poder de San Francisco.

Se levantó el hombre incólume en todos sus miembros; e incluso obtuvo el beneficio de recuperar la vista, que la tenía un tanto perdida. De esta forma se daba a entender a todos cuán eficaz es, aun en casos desesperados, el poder de los méritos del bienaventurado Francisco.

7. Un caso semejante sucedió en San Severino, en la Marca de Ancona. Una piedra gigantesca, traída desde Constantinopla, era transpor-

[12] Rainaldo dei Conti di Segni, nepote de Gregorio IX, fue papa, con el nombre de Alejandro IV, de 1254 a 1261.

El episodio que aquí se narra, y que no lo refiere Celano, hace sospechar que todavía no estaba concluida la iglesia y ni siquiera el pulpito.

tada, con el esfuerzo de muchos hombres, a la basílica de San Francisco. En un momento, deslizándose rápidamente, se precipitó sobre uno de los hombres que la traían. Cuando todos pensaban que estaba no sólo muerto, sino desmenuzado, le asistió el bienaventurado Francisco, que levantó la piedra. Quitándose de encima el peso de la piedra, saltó sano e incólume, sin lesión alguna.

8. Un ciudadano de Gaeta llamado Bartolomé trabajaba con todo afán en la construcción de una iglesia de San Francisco. Se desprendió de pronto una viga mal colocada, que, oprimiendo la cabeza, se la golpeó gravemente. Como hombre fiel y piadoso que era, viendo inminente la muerte, pidió el viático a un hermano que allí estaba.

Creyendo el hermano que iba a morir inmediatamente y que no le daba tiempo para traerle el viático antes de que expirase, le recordó aquellas palabras de San Agustín, diciéndole: «Cree, y ya lo recibiste en alimento». La próxima noche se le apareció San Francisco con otros once hermanos y, llevando un corderito en sus brazos, se acercó al lecho y, llamándole por su nombre, le dijo: «Bartolomé, no tengas miedo, porque no ha prevalecido contra ti el enemigo, que pretendía impedir que trabajaras en mi servicio. Este es el cordero que pedías te fuese dado, y que recibiste por el buen deseo; por su poder recibirás también la doble salud del alma y del cuerpo». Le pasó luego la mano por las heridas y le mandó volviera al trabajo que había comenzado.

Levantóse muy de mañana, y, presentándose alegre e incólume ante aquellos que le habían dejado medio muerto, los llenó de admiración y de estupor, excitándolos, tanto por su ejemplo como por el milagro, a la reverencia y al amor del bienaventurado Padre.

9. Cierto día, un hombre de Ceprano llamado Nicolás cayó en manos de crueles enemigos. Con salvaje ferocidad lo cosieron a puñaladas, y hasta tal punto se encarnizaron con él, que lo dejaron por muerto o próximo a morir.

El dicho Nicolás, al recibir los primeros golpes, había exclamado en alta voz: «¡San Francisco, socórreme! ¡San Francisco, ayúdame!» Muchos oyeron desde lejos estas palabras, pero no podían ellos auxiliarle.

Llevado a su casa, todo cubierto en su propia sangre, afirmaba confiadamente que no vería la muerte por aquellas heridas y que desde aquel momento no sentía dolores, porque San Francisco le había socorrido y le había conseguido de Dios el poder hacer penitencia.

Los hechos confirmaron su aserto, porque, apenas se le limpió la sangre, contra toda esperanza humana, quedó en seguida libre de todo mal.

10. El hijo de un noble del castro de San Geminiano era víctima de una grave enfermedad, y, desesperado de toda posible curación, había llegado al extremo de su vida. De sus ojos brotaba un chorro de sangre como cuando se abre una vena en el brazo; viéndosele en el resto de su cuerpo todos los demás signos de una muerte próxima, se le juzgaba como muerto. Además, privado del uso de los sentidos y del movimiento por la debilidad del espíritu y de sus fuerzas, parecía difunto del todo.

Reunidos, como de costumbre, los parientes y amigos para celebrar el duelo, y hablando de la sepultura, su padre, que tenía confianza en el Señor, corrió con paso ligero a la iglesia de San Francisco que había en aquel lugar y, colgada una cuerda al cuello, con toda humildad se postró en tierra. De esta forma, haciendo votos e intensificando sus rezos con suspiros y gemidos, mereció tener a San Francisco como abogado ante Cristo.

Volvió el padre al lado de su hijo, y, encontrándolo totalmente curado, el luto se convirtió en alegría.

11. Un prodigio semejante realizó el Señor por los méritos del Santo en Cataluña en favor de una niña de la villa de Tamarit y de otra de cerca de Ancona; estando ellas en el último trance a causa de la enfermedad, sus padres invocaron con fe a San Francisco, quien al momento las restituyó a una perfecta salud.

12. Cierto clérigo de Vicalvi llamado Mateo ingirió un día un veneno mortífero; de tal manera se agravó, que, no siéndole ya posible hablar, le quedaba sólo exhalar el último suspiro. Un sacerdote le aconsejó que se confesara, pero no pudo conseguir de él palabra alguna.

El sacerdote pedía en su corazón humildemente a Cristo que se dignase librarle de las fauces de la muerte por los méritos de San Francisco. Al momento, como confortado por el Señor, pronunció con fe y devoción el nombre de San Francisco ante los circunstantes, vomitó el veneno y dio gracias a su libertador.

4. Náufragos salvados

1. Unos navegantes se encontraban en gran peligro de naufragio distantes diez millas del puerto de Barletta. Arreciando la tempestad y dudando ya de poder salvarse, echaron anclas. Pero, agitándose furiosamente el mar por la fuerza del huracán, rotas las amarras y perdidas las anclas, eran juguete de las olas, navegando sin rumbo fijo por las aguas.

Por fin, amainada la tempestad por designio divino, se dispusieron con todo esfuerzo a recobrar las anclas, cuyos cabos flotaban en la superficie de las aguas. No logrando su intento con sus propias fuerzas, acudieron a la ayuda de muchos santos; pero, agotados por el sudor, no consiguieron durante todo el día recuperar siquiera una sola de las anclas.

Había un marinero, Perfecto de nombre e imperfecto en las costumbres; con aire de burla dijo a sus compañeros: «Mirad, habéis invocado el auxilio de todos los santos y, lo estáis viendo, no hay ninguno que nos socorra. Invoquemos a ese Francisco, santo nuevo. Veamos si se sumerge en el mar y nos recupera las anclas perdidas.»

Accedieron los otros marineros, no en plan de burla, sino de verdad a la sugerencia de Perfecto, y, reprendiéndole por sus palabras burlonas, concertaron espontáneamente un voto con el Santo. Al momento, sin otra ayuda, nadaron las anclas sobre las aguas, como si la naturaleza del hierro hubiera adquirido la ligereza de la madera.

2. A bordo de una nave venía de ultramar un peregrino, del todo extenuado por el agotamiento de su cuerpo a causa de unas altísimas fiebres que había padecido. Se sentía atraído al bienaventurado Francisco por un gran afecto de devoción y le había elegido por abogado suyo delante del Rey del cielo.

Todavía no estaba repuesto perfectamente de la enfermedad; angustiado por los ardores de la sed y faltando ya el agua, comenzó a gritar a grandes voces. «Id con confianza; dadme de beber, que San Francisco ha llenado de agua mi vaso».

¡Qué sorpresa cuando encontraron lleno de agua el recipiente que antes había quedado vacío!

Otro día se desencadenó una tempestad, y la nave era cubierta por las aguas y hasta tal punto era azotada por olas gigantescas, que temieron ya el naufragio. Entonces aquel enfermo comenzó a gritar por la nave: «Levantaos todos y salid al encuentro de San Francisco que viene a nosotros.

Está aquí presente para salvarnos». Y, postrándose en tierra entre grandes voces y lágrimas, le rindió culto.

Al instante, con la visión del Santo, recobró del todo la salud y se hizo la tranquilidad en el mar.

3. El hermano Jacobo de Rieti, atravesando en una pequeña barca un río juntamente con otros hermanos, desembarcaron primero éstos en la orilla y, por último, se dispuso a hacerlo él. Pero infortunadamente, dio vuelta el pequeño bote, y nadando el que lo dirigía, el hermano Jacobo se hundio en lo profundo de las aguas.

Invocaban los hermanos que se hallaban en la orilla al bienaventurado Francisco con súplicas nacidas del corazón y pedían con gemidos y lágrimas que socorriese a aquel hijo suyo.

También el hermano sumergido en aquellas aguas profundas imploraba como le era posible con el corazón, ya que no podía hacerlo con la boca, el auxilio del piadoso Padre. De pronto, San Francisco se le hizo presente, y con su ayuda caminaba por las profundidades de las aguas como por tierra seca; y, tomando la barca hundida, llegó con ella sano y salvo a la orilla.

¡Oh extraña maravilla! Sus vestidos no estaban mojados y ni siquiera una gota de agua se posó en su túnica.

4. Un hermano llamado Buenaventura navegaba con dos hombres por un lago; rompióse en parte la barca a causa del ímpetu de las aguas, y se hundió él en lo profundo con la barca y los compañeros. Del fondo de aquel lago de miseria invocaron con grande confianza al misericordioso padre Francisco, y súbitamente flotó la barca llena de agua, y, conducida por el Santo, llegó con los náufragos a bordo al puerto.

Del mismo modo, un hermano de Ascoli [13], sumergido en un río, fue salvado por los méritos de San Francisco.

También ocurrió en el lago de Rieti que, encontrándose unos hombres y mujeres en un aprieto semejante, invocaron el nombre de San Francisco, y salieron ilesos del peligro de naufragio en aguas profundas.

5. Unos navegantes de Ancona, combatidos por una peligrosa tempestad, se veían ya en riesgo de sufrir un naufragio. Cuando, sin esperanzas de vida, invocaron suplicantes a San Francisco, apareció en la nave una gran luz, y, como si el santo varón por su milagrosa influencia tuviese poder para imperar a los vientos y al mar, sobrevino con aquella luz de cielo la tranquilidad en las aguas.

Creo que no es posible relatar uno por uno todos los casos en que con milagros prodigiosos ha brillado y sigue brillando el poder divino de este santo Padre en los azares del mar y cuántas veces ha ofrecido su ayuda a los que se encontraban en situación desesperada.

En verdad, no debe sorprendernos el poder concedido por Dios sobre las aguas a quien reina ya en el cielo, si consideramos que, mientras vivía en carne mortal, le servían maravillosamente todas las criaturas corporales vueltas a su estado original.

5. Presos y encarcelados puestos en libertad

1. Sucedió en Romania que un griego que servía a un señor fue falsamente acusado de hurto. El dueño de la tierra mandó que fuera encerrado en una estrecha cárcel y cargado de cadenas.

Mas la señora de la casa, compadecida del siervo, a quien consideraba

[13] No se sabe si es Ascoli Piceno (Las Marcas) o Ascoli Satriano (Pulla).

inocente del delito que se le imputaba, insistía ante el señor con ardientes suplicas para que fuera liberado. Obstinado en su dureza, el marido no accedió a los ruegos. Entonces, la señora recurrió humildemente a San Francisco, y, haciendo un voto, encomendó a su piedad al inocente. Pronto acudió el abogado de los desgraciados y visitó en la cárcel misericordiosamente al siervo castigado. Rompió las cadenas, abrió la cárcel y, tomando de la mano al inocente, lo sacó fuera y le dijó: «Yo soy aquel a quien tu señora te ha encomendado devotamente». Sobrecogido por un gran temor el siervo y teniendo que bajar de una altísima roca bordeando la sima, en un momento, por el poder de su libertador, se encontró en el llano.

Volvió a su señora, y, contándole por su orden el suceso milagroso, encendió con renovado fervor en la devota señora el amor a Cristo y la veneración a su siervo Francisco.

2. En Massa de San Pedro [14], un pobrecillo debía una cantidad de dinero a un caballero. No pudiendo pagarle de momento por su gran pobreza, apresado por el caballero, le rogaba suplicante que tuviese misericordia y que por amor a San Francisco le diese un plazo de espera.

El soberbio caballero desechó las súplicas del pobre y desconsideradamente despreció lo del amor del Santo como algo inútil y vano. Altivamente le contestó: «Te encerraré en tal lugar y te recluiré en tal cárcel que ni San Francisco ni ningún otro te podrán ayudar». Procuró cumplir lo que dijo. Encontró una cárcel oscura, donde encadenado encerró al pobre.

Poco despues se presentó San Francisco y, abriendo la cárcel y rompiendo los grillos de los pies, lo devolvió, sin ningún daño, a su casa.

Así, el poder de Francisco conquistó al soberbio caballero, libertó de la desgracia al cautivo que se había confiado a su valimiento, y, mediante un admirable milagro, convirtió la protervia del caballero en mansedumbre.

3. Alberto de Arezzo, puesto en durísima prisión a causa de deudas que injustamente le reclamaban, humildemente encomendó su inocencia a San Francisco. Amaba de modo extraordinario a la Orden de los hermanos menores, y entre los santos veneraba con especial afecto a San Francisco.

Su acreedor, con palabras blasfemas, afirmó que ni San Francisco ni Dios le podrían librar de sus manos. Sucedió que el encarcelado no probó bocado la vigilia de San Francisco y por su amor dio el alimento a un indigente, anocheciendo ya y estando en vela, se le apareció San Francisco; a su entrada en la cárcel se desprendieron los cepos de sus pies y cayeron las cadenas de sus manos, se abrieron por sí las puertas, saltaron las tablas del techo, y, libre ya el preso, volvió a su casa.

Cumplió desde entonces el voto de ayunar la vigilia de San Francisco, y en testimonio de su creciente devoción al Santo fue añadiendo cada año una onza al cirio que solía ofrecer anualmente.

4. Ocupando el solio pontificio el papa Gregorio IX, un hombre llamado Pedro, de la ciudad de Alife, fue acusado de hereje y apresado en Roma, y, por orden del mismo pontífice, entregado al obispo de Tívoli para su custodia. El obispo, que debía guardarlo so pena de perder su sede, para que no pudiera escapar lo hizo encerrar, cargado de cadenas, en una oscura cárcel, dándole *el pan estrictamente pesado, y el agua rigurosamente tasada* [15].

Habiendo oído que se aproximaba la vigilia de la solemnidad de San

[14] Massa Trabaria, cerca de San Sepolcro (Arezzo)
[15] Ez 4,16.

Francisco, aquel hombre se puso a invocarle con muchas súplicas y lágrimas y a pedirle que se apiadara de él. Y por cuanto por la pureza de la fe había renunciado a todo error de herética pravedad y con perfecta devoción del corazón se había adherido al fidelísimo siervo de Cristo Francisco, por la intercesión del Santo y por sus méritos mereció ser oído por Dios. Echándose ya la noche de su fiesta, San Francisco, compadecido, descendió hacia el crepúsculo a la cárcel y, llamándole por su nombre, le mandó que se levantase rápidamente. Temblando de temor, preguntole quién era, y escuchó una voz que le decía que era Francisco. Vio que a la presencia del santo varón se desprendían rotas las cadenas de sus pies y que saltando los clavos, se abrían las puertas de la cárcel, ofreciéndosele franco el camino de la libertad. Pero, libre ya y estupefacto, no acertaba a huir, y gritaba a la puerta, infundiendo el pavor entre todos los custodios.

Estos anunciaron al obispo que el preso se hallaba libre de las cadenas; y, después de cerciorarse del asunto, acudió devotamente a la cárcel y reconoció abiertamente el poder de Dios, y allí adoró al Señor.

Fueron llevadas las cadenas ante el papa y los cardenales, quienes, viendo lo que había sucedido, admirados extraordinariamente, bendijeron a Dios.

5. Guidoloto de San Geminiano fue acusado falsamente de haber dado muerte a un hombre envenenándolo y que pensaba dar muerte también al hijo del mismo y a toda su familia con el mismo procedimiento. Apresado por el *podesta* y cargado de cadenas, fue encerrado en una torre Pero, seguro de su inocencia, confiando en el Señor, encomendó la causa de su defensa al patrocinio de San Francisco. El *podesta* pensaba en los tormentos que iba a aplicarle para conseguir la confesion del crimen que se le imputaba y en los castigos con que haría morir al confeso. Pero la noche aquella que precedía a la mañana en que había de ser llevado al suplicio, fue visitado por San Francisco, y, rodeado por un inmenso y radiante fulgor hasta la mañana, lleno de alegría y confianza, obtuvo la seguridad de ser liberado.

Llegaron de mañana los verdugos, y, sacándolo de la carcel, lo suspendieron en el potro, cargando sobre él muchas pesas de hierro. Muchas veces fue levantado y bajado de nuevo para provocar más acerbos dolores, y así obligarle a confesar su delito.

Pero su rostro reflejaba la alegría de la inocencia, no mostrando ninguna tristeza en medio de las torturas. Luego, suspendido cabeza abajo, encendieron debajo de él una fogata, y ni siquiera se chamuscó uno de sus cabellos.

Al fin le rociaron con aceite hirviendo, y, por el poder del abogado a quien había confiado su defensa, superó todas las pruebas, y, dejado en libertad, marchó salvo.

6. Mujeres salvadas en su alumbramiento

1. Había en Eslavonia una condesa que, tan ilustre por su nobleza como eminente por su virtud, se distinguía por su férvida devoción a San Francisco y por su piadosa solicitud por los hermanos.

Presa de acerbos dolores en la hora de su alumbramiento, hasta tal punto estaba agobiada por la angustia, que el inminente nacimiento de la prole hacía temer la muerte de la madre. No parecía que pudiera alumbrar la prole a la vida sin perder ella misma la suya. El esfuerzo del alumbramiento, más que a dar a luz parecía conducirle a morir.

Recordó entonces la fama, el poder y la gloria de San Francisco, y con

ello se excitó su fe y se encendió su devoción. Se volvió al que es auxilio eficaz, amigo fiel, consuelo de sus devotos, refugio de los afligidos, y dijo: «San Francisco, todos mis huesos imploran tu misericordia y prometo en el corazón lo que no puedo explicar». ¡Admirable presteza de la misericordia! El fin de la plegaria fue el fin de los dolores, el término de la gestación y el principio del alumbramiento. Al punto, cesando toda angustia, dio a luz felizmente.

No se olvidó de su voto ni soslayó el cumplimiento de su compromiso. Hizo construir una preciosa iglesia, y, una vez construida, la encomendó a los hermanos para honor del Santo.

2. Había en las cercanías de Roma[16] una mujer llamada Beatriz que, próxima al alumbramiento y llevando en su seno el feto muerto hacía cuatro días, era atormentada por terribles angustias y dolores mortales. El feto muerto arrastraba a la muerte a la madre, y antes de que saliera a la luz originaba un peligro evidente a la que le había engendrado.

Probaba la ayuda de los médicos, pero los esfuerzos humanos resultaban inútiles. Así, la primera maldición recaía sobre la pobre con mayor dureza, porque convertida en sepulcro del fruto de sus entrañas, ella misma pronto, sin remedio, sería devorada por el sepulcro.

Por último, confiándose, mediante intermediarios, con profunda devoción a los hermanos menores, humildemente y llena de fe pidió una reliquia de San Francisco. Sucedió que por voluntad divina se halló un pedacito de cuerda con la que el Santo alguna vez se había ceñido.

Apenas fue puesta la cuerda sobre la doliente, con sorprendente facilidad desapareció el dolor, y, expulsado el feto muerto, causa de muerte, quedó perfectamente restablecida en su salud.

3. La mujer de un noble varón de Calvi, llamada Juliana, durante años tenía el alma sumida en lúgubre tristeza a causa de la muerte de sus hijos, y continuamente estaba lamentando estos desventurados hechos; todos los hijos que sufridamente había llevado en sus entrañas, al poco tiempo, con dolor más agudo, los había tenido que entregar a la sepultura. Como llevase ahora en su seno un nuevo fruto de cuatro meses y viviese más preocupada de la muerte de la nueva prole que de su nacimiento a causa del historial pasado, confiadamente rogaba al padre San Francisco por la vida del nuevo fruto de sus entrañas que no había nacido todavía.

Y he aquí que una noche se le apareció en sueños una mujer que llevaba en sus brazos un hermoso niño y se lo ofreció con extrema alegría. Recusando ella recibirlo, porque temía que pronto lo había de perder, aquella mujer le dijo: «Recíbelo sin temor; el santo Francisco, compadecido de tu tristeza, te envía este niño, que vivirá y gozará de excelente salud.»

Despertando al punto la mujer, comprendió por la visión celestial contemplada que le asistía el apoyo del bienaventurado Francisco. Desde aquel momento, llena de más intensa alegría, multiplicó sus plegarias y promesas para recibir la prole prometida. Por fin llegó el tiempo de dar a luz, y alumbró un niño varón, que, al crecer lleno de vigor juvenil, como si por méritos de San Francisco estuviera recibiendo el aliento de la vida, resultaba para sus padres estímulo para una devoción más viva a Cristo y al Santo.

Algo semejante realizó el bienaventurado Padre en la ciudad de Tí-

[16] El texto latino dice «in partibus Romanis». Fausta Casolini *(Trattato dei miracoli di Tommaso de Celano* [Porziuncola 1971] p.471 n.4) piensa que se trata de las tierras que pertenecían al patrimonio de San Pedro; pero sospecha que la indicación podría también referirse, en sentido lato, a las tierras del imperio romano de Oriente.

voli. Una mujer que había tenido numerosas hijas ardía en deseos de un niño varón. Acudió a San Francisco, redoblando sus plegarias y promesas. Por los méritos del Santo concibió la mujer y dio a luz no ya el mno varon que había pedido, sino dos niños gemelos.

4. Había en Viterbo una mujer que, próxima a dar a luz, parecia estar más próxima a la muerte. Estaba torturada por los dolores que sufría en sus entrañas y toda atormentada por las calamidades inherentes a la condición femenina.

Agotadas las fuerzas de la naturaleza y comprobada la inutilidad de la pericia médica, invocó el nombre de San Francisco, y en un momento, liberada de sus angustias, llevó a feliz término su alumbramiento.

Pero después de conseguir lo que deseaba, se olvidó del beneficio que había recibido, y, no rindiendo al Santo el debido honor, se dedicó a trabajos serviles el día de su fiesta.

De pronto, al extender para el trabajo su brazo derecho, quedó éste seco y sin movimiento. Al intentar atraerlo hacia sí con el izquierdo, también éste, con igual castigo, quedó paralizado.

Sobrecogida la mujer por el temor divino, renovó la promesa que había hecho, y por los méritos del misericordioso y humilde santo, a quien se ofreció de nuevo en devoto servicio, mereció recuperar el uso de los miembros que por su ingratitud y desprecio había perdido.

5. Una mujer de la región de Arezzo se debatía durante siete dias en los peligrosos dolores del parto. Ya su cuerpo había tomado un color oscuro y su situación parecía desesperada para todos.

En esta situación hizo un voto al Santo, y, en trance de muerte, se puso a invocar su auxilio. Emitido el voto, se durmió en seguida, y vio en sueños que San Francisco le hablaba dulcemente y le preguntaba si reconocía su rostro y si sabía recitar aquella antífona: *Salve, reina de misericordia,* en honor de la Virgen gloriosa. Al contestar ella que reconocia el rostro y se sabía la antífona, le dijo el Santo: «Comienza a recitar la sagrada antífona, y antes de acabarla darás felizmente a luz».

A estas palabras despertó la mujer, y con temor comenzó a decir «Salve, reina de misericordia». Cuando llegó a la invocación de «ésos tus ojos misericordiosos» y recordó el fruto del seno virginal, al instante fue liberada de sus angustias y dio a luz un precioso niño, dando gracias a la Reina de la misericordia, que por los méritos del bienaventurado Francisco se había dignado compadecerse de ella.

7. Ciegos que recuperan la vista

1. En el convento de hermanos menores de Nápoles vivió ciego durante muchos años un hermano llamado Roberto. Se extendió sobre sus ojos una excrecencia carnosa que le impedía el movimiento y el uso de los párpados.

Habiéndose reunido en aquel convento muchos hermanos forasteros que se dirigían a diversas partes del mundo, el bienaventurado padre Francisco, espejo de santa obediencia, para animarlos al viaje con la novedad de un milagro, ante la presencia de todos curó a dicho hermano del modo siguiente.

Una noche en que el mencionado hermano estaba postrado en el lecho enfermo y en trance de muerte, hasta el punto de habérsele hecho la recomendación del alma, de pronto se le presentó el bienaventurado Padre junto con otros tres hermanos, perfectos en toda santidad, a saber,

San Antonio, el hermano Agustín [17] y el hermano Jacobo de Asís [18], que así como le habían seguido perfectamente mientras vivieron en la tierra, así también le seguían fielmente después de la muerte.

Tomando San Francisco un cuchillo, cortó la excrecencia carnosa, le devolvió la visión primitiva y le arrancó de las fauces de la muerte, diciéndole: «Hijo mío Roberto, esta gracia que te he dispensado es para los hermanos que parten a lejanos países señal de que yo iré delante de ellos y guiaré sus pasos. Vayan, pues, contentos y cumplan con ánimo gozoso la obediencia que se les ha impuesto.

2. Había una mujer ciega en Tebas, en Romania [19], que, habiendo ayunado a pan y agua en la vigilia de la fiesta de San Francisco, en la mañana de la fiesta fue conducida por su marido a la iglesia de los hermanos menores. Al tiempo que se celebraba la misa, en el momento de la elevación del cuerpo de Cristo, abrió los ojos, vio claramente y adoró devotísimamente. En este momento de la adoración exclamó en alta voz y dijo: «Gracias a Dios y a su santo, porque veo el cuerpo de Cristo». Y todos prorrumpieron en aclamaciones de alegría.

Concluida la sagrada función, volvió la mujer a su casa embargada espiritualmente por el gozo y con la luz en los ojos. Gozábase aquella mujer no sólo por haber recobrado la vista material, sino también porque, antes de nada, por los méritos de San Francisco y en virtud de la fe, había merecido contemplar aquel admirable sacramento que es la luz viva y verdadera de las almas.

3. Un muchacho de catorce años de Poli, en la Campania, atacado súbitamente por una angustiosa dolencia, perdió del todo el ojo izquierdo. Por la violencia del dolor salió el ojo de su lugar; y, debido a la relajación del nervio, el ojo estuvo durante ocho días colgado sobre las mejillas con la largura de un dedo y quedó casi seco. Como sólo restaba la amputación y para los médicos resultaba un caso desesperado, el padre del joven se dirigió con toda el alma al bienaventurado Francisco para implorar su auxilio. El incansable abogado de los desgraciados no defraudó las plegarias del suplicante. Porque con maravilloso poder colocó de nuevo el ojo seco en su lugar, le devolvió el primitivo vigor y lo iluminó con los rayos de la apetecida luz.

4. En la población de Castro, en la misma provincia, se desprendió de lo alto una viga de gran peso, y, golpeando muy gravemente la cabeza de un sacerdote, éste quedó ciego del ojo izquierdo. Derribado en tierra, el sacerdote comenzó a llamar angustiosamente a grandes voces a San Francisco, diciendo: «Socórreme, Padre santísimo, para que pueda ir a tu fiesta, como lo prometí a tus hermanos». Era la vigilia de la festividad del Santo.

A continuación de sus palabras se levantó rápidamente, totalmente restablecido, prorrumpiendo en voces de alabanza y de gozo. Todos los circunstantes, que se condolían de su desgracia, fueron embargados por el estupor y el júbilo. Acudió a la fiesta contando a todos la clemencia y el poder del Santo, que había experimentado en sí mismo.

5. Estando un hombre del Monte Gargano trabajando en su viña, al cortar con el hacha un madero, golpeó con tan mala fortuna su propio ojo, que lo partió por medio, y como una mitad del mismo pendía al exterior. Perdiendo la esperanza de que en tan extremado peligro pudiese encontrar remedio humano, prometió a San Francisco que, si le

[17] Cf. supra LM 14,6; 2C 218. Murió en Nápoles.
[18] Cf. 2C 217a 1C 110.
[19] Es decir, Grecia.

socorría, ayunaría en su fiesta. Al momento, el santo de Dios devolvió el ojo a su debido lugar, y, partiendo como estaba, de tal manera lo rejuntó de nuevo, que el hombre recuperó la visión perdida y no le quedó la más leve huella de la lesión.

6. El hijo de un noble varón, ciego de nacimiento, recibió, por los méritos de San Francisco, la luz deseada. A partir de este suceso, y en memoria del mismo, se le conoció con el nombre de Iluminado [20].

Más tarde, al alcanzar la edad conveniente, agradecido del beneficio recibido, ingresó en la Orden del bienaventurado Francisco. Progresó tanto en la luz de la gracia y de la virtud, que parecía un hijo de la luz verdadera. Por último, por los méritos del bienaventurado Padre, coronó los santos principios con un fin más santo todavía.

7. En Zancato, que es una población que está junto a Anagni, un caballero llamado Gerardo había perdido totalmente la luz de los ojos. Sucedió que, viniendo de lejanas tierras dos hermanos menores, llegaron a su casa buscando hospedaje. Recibidos devotamente por toda la familia por reverencia a San Francisco y tratados con todo cariño, dando gracias a Dios y al señor que les había acogido, se encaminaron al próximo lugar de los hermanos.

Una noche se apareció el bienaventurado Francisco en sueños a uno de ellos, diciéndole: «Levántate, date prisa y vete con tu compañero a la casa del señor que os hospedó, puesto que recibió a Cristo y a *mí* en vosotros; quiero recompensarle su gesto de caridad. Quedó ciego ciertamente porque lo mereció por sus culpas, que no procuró expiar con la confesión y la penitencia».

Al desaparecer el padre, se levantó rápidamente el hermano para cumplir con su compañero a toda prisa el mandato. Una vez en la casa del bienhechor, le contaron detalladamente lo que uno de ellos había visto en sueños. Estupefacto al confirmar ser verdad lo que escuchaba, movido a compunción, se sometió con lágrimas y voluntariamente a una confesión de sus pecados. Por último, prometiendo la enmienda y renovado interiormente en otro hombre, también exteriormente fue renovado, pues recuperó la perfecta visión de los ojos.

La fama de este milagro, difundido por todas partes, incitó a muchos no sólo a la reverencia del Santo, sino también a la confesión humilde de los pecados y a valorar la gracia de la hospitalidad.

8. Enfermos curados de varias enfermedades

1. En Città della Pieve vivía un joven mendigo sordo y mudo de nacimiento que tenía la lengua tan corta y delgada, que a muchos que la habían examinado muchas veces les parecía que estaba completamente cortada.

Un hombre llamado Marcos lo acogió en su casa por amor de Dios. El joven, notando que aquel hombre le favorecía, comenzó a vivir con él de modo permanente. Cenando una tarde dicho señor con su mujer en presencia del joven, dijo el marido a ésta: «Consideraría como el mayor milagro si el bienaventurado Francisco consiguiera para este joven el habla y el oído». Y añadió: «Hago voto a Dios que, si San Francisco se digna realizar esto, por amor suyo daré a este joven todo lo que necesite mientras viva».

¡Ciertamente maravilloso! Inmediatamente creció la lengua del joven

[20] Cf. LM 13,4.

y éste habló diciendo: «Gracias a Dios y a San Francisco, que me ha proporcionado el habla y el oído».

2. Siendo niño y viviendo todavía en su casa el hermano Jacobo de Iseo, se le produjo una hernia muy grave. Movido por el Espíritu Santo, aunque joven y enfermo, ingresó con ánimo devoto en la Orden de San Francisco, sin descubrir a nadie la enfermedad que le aquejaba. Sucedió que al tiempo de la traslación del cuerpo de San Francisco al lugar en que ahora está depositado el precioso tesoro de sus huesos sagrados, tomó parte también dicho hermano en las alegres funciones de la traslación para rendir el debido honor al santísimo cuerpo del Padre glorificado.

Acercándose al sagrado túmulo en que fueron colocados los santos restos, se abrazó al mismo movido por la devoción del espíritu, y de repente, de modo maravilloso, se sintió curado. Tornó a su lugar la víscera dislocada y desapareció toda lesión. Se desprendió del cinto con que se protegía, y desde entonces se vio libre de todos los dolores pasados.

Por la misericordia de Dios y los méritos de San Francisco, se vieron libres milagrosamente de un mal semejante el hermano Bartolo de Gubbio, el hermano Angel de Todi, Nicolás, sacerdote de Ceccano; Juan de Sora, un habitante de Pisa y otro del castro de Cisterna, lo mismo que Pedro de Sicilia y un hombre de Spello, junto a Asís, y muchísimos más.

3. Una mujer de Maremma sufrió durante cinco años de enajenación mental. A esto se añadió la pérdida de la vista y del oído. Arrebatada por la locura, se rasgaba los vestidos con los dientes, y no temía el peligro del fuego y del agua, y era víctima de extremados y horribles ataques de epilepsia.

Pero una noche, disponiendo la divina misericordia compadecerse de ella, iluminada por intervención celestial con los rayos de una luz salvadora, vio que San Francisco se sentaba en un trono sublime, y que ella, postrada ante él, le pedía humildemente la salud. Como el Santo no atendiera todavía a su demanda, la mujer prometió con voto que no negaría limosna a los que se la pidiesen por amor de Dios y del Santo, siempre que tuviera algo que darles. Entonces, el Santo reconoció en esta promesa aquella que él mismo había formulado de modo semejante en otro tiempo, y, haciendo sobre ella la señal de la cruz, le devolvió íntegramente la salud.

Consta también por testimonios dignos de crédito que San Francisco curó misericordiosamente de una dolencia semejante a una niña de Nursia, y al niño de un noble señor y a otro más.

4. En cierta ocasión, Pedro de Foligno se dirigía a visitar en peregrinación el santuario de San Miguel [21]. No habiéndose comportado en ella con el debido respeto, al gustar agua de una fuente fue poseído de los demonios. A partir de entonces quedó poseso durante tres años; se desgarraba el cuerpo, hablaba cosas nefandas y realizaba acciones horrendas. Tenía a veces momentos de lucidez; en uno de ellos acudió humildemente al poder del Santo, de cuya eficacia para ahuyentar demonios había oído hablar, y fue a visitar el sepulcro del misericordioso Padre. Tan pronto como tocó el sepulcro con su mano, prodigiosamente quedó libre de los demonios que tan cruelmente le atormentaban.

De igual modo, la misericordia de San Francisco vino en ayuda de una mujer de Narni que estaba endemoniada, y de otros muchos. Pero sería largo de contar en sus circunstancias y detalles los tormentos y las vejaciones de que fueron objeto y los modos de curación.

5. Un tal Buonomo, de la ciudad de Fano, paralítico y leproso, lle-

[21] En el monte Gargano.

vado por sus padres a la iglesia de San Francisco, consiguió una perfecta salud de las dos enfermedades.

También otro joven llamado Atto, de San Severino, todo cubierto de lepra: hizo un voto, fue llevado al sepulcro del Santo, y por los méritos de éste fue limpiado de la enfermedad. En verdad tuvo el Santo un extraordinario poder para curar este mal, por cuanto en su vida, por amor a la humildad y a la piedad, se había entregado a sí mismo al servicio de los leprosos [22].

6. En la diócesis de Sora, una mujer llamada Rogata hubo de sufrir de un flujo de sangre durante veintitrés años. Había tenido que soportar muchísimos sufrimientos en el tratamiento a que había sido sometida por muchos médicos. Muchas veces parecía llegar a morirse por la gravedad del mal. Y, si alguna vez se detenía el flujo, se hinchaba todo su cuerpo.

Oyendo a un niño que en lengua romana [23] cantaba los milagros que Dios había realizado por medio del bienaventurado Francisco, estremecida por agudísimo dolor, se desató en lágrimas y con encendida fe interiormente comenzó a decir: «¡Oh bienaventurado padre Francisco, que brillas con tantos milagros! Si te dignas librarme de esta dolencia, se acrecentará en gran manera tu gloria, puesto que hasta ahora no has realizado un milagro semejante». Dichas estas palabras, se sintió curada por los méritos de San Francisco.

También un hijo de esta mujer, llamado Mario, que tenía un brazo contracto, fue curado por el Santo después de haberle hecho un voto.

Asimismo, una mujer de Sicilia que durante siete años había padecido flujo de sangre, fue curada por el feliz heraldo de Cristo.

7. Había en la ciudad de Roma una mujer de nombre Práxedes. Célebre por su religiosidad, ya desde niña se había encerrado en una estrecha cárcel; en ella vivió durante casi cuarenta años. Dicha Práxedes obtuvo una gracia singular de parte del bienaventurado Francisco.

Como un día hubiese subido en busca de algunas cosas necesarias a la terraza de su celdita, sufriendo un desvanecimiento, cayó al suelo con tan mala fortuna, que fracturó el pie con la rótula y se dislocó además el húmero. En este trance se le apareció el benignísimo Padre, vestido con las blancas vestiduras de la gloria, y con dulces palabras comenzó a hablarle así: «Levántate, hija bendita; levántate y no temas». La tomó de la mano, y, levantándola, desapareció.

Pero ella, volviéndose de una a otra parte en su celdita, pensaba ver una visión. Cuando, a sus voces, aportaron los suyos una luz viéndose perfectamente curada por el siervo de Dios Francisco, contó por su orden todo lo sucedido.

9. Profanadores de la fiesta del Santo y enemigos de su gloria

1. En la villa de Le Simon, en la región de Poitiers, un sacerdote llamado Reginaldo, devoto del bienaventurado Francisco, había ordenado a sus parroquianos que la fiesta de San Francisco debía ser celebrada con toda solemnidad.

Pero uno de los feligreses, que no conocía el poder del Santo, menos-

[22] Cf. LM 1,5 y 6; 2,6.

[23] Esta precisación hace pensar en algún juglar que recitaba ya sea la *Legenda versificata*, de Enrique d'Avranches (AF 10 p.405-91), o la *rítmica*, de Julián de Espira (ibid., p.372-88), o alguna otra, de carácter popular, que no ha llegado a nosotros. En todo caso, estamos documentados acerca de que en el repertorio juglaresco había entrado también la leyenda de San Francisco; acaso sea así como se inició la redacción de los *Actus-Fioretti*, como también la primitiva iconografía franciscana.

preció el mandato de su párroco. Salió, pues, fuera al campo a cortar leña; y, cuando se preparaba ya para el trabajo, oyó por tres veces una voz que decía: «Hoy es fiesta; no es lícito trabajar».

Como la terca temeridad de aquel hombre no se dejase frenar ni por el mandato del sacerdote ni por la voz del cielo, para gloria de Francisco se manifestó sin tardanza el poder divino mediante un milagro y el azote de un castigo. Porque, apenas había tomado con una mano la horca y había elevado la otra con el instrumento de hierro para iniciar el trabajo, de tal modo quedaron adheridos los dedos a ambos instrumentos, que no le era posible soltarlos de los mismos.

Lleno de estupor por ello y no sabiendo qué hacer, se dirigió corriendo a la iglesia, reuniéndose muchos de todas partes para ver el prodigio.

El hombre, profundamente arrepentido en su corazón, por consejo de uno de los sacerdotes allí presentes —eran muchos los que invitados habían acudido a la fiesta—, puesto ante el altar, se consagró humildemente al bienaventurado Francisco, y así como por tres veces había oído la voz del cielo, se comprometió con tres votos, que fueron: primero, celebrar siempre su fiesta; segundo, venir el día de su fiesta a la iglesia en que se hallaba en aquel momento; tercero, visitar personalmente el sepulcro del Santo.

¡Prodigio maravilloso! En presencia del gran gentío reunido, que imploraba devotísimamente la clemencia del Santo, cuando el hombre hizo el primer voto quedó libre uno de los dedos; al emitir el segundo voto, se le soltó otro, y, pronunciado el tercer voto, se libertó el tercero, y en seguida también una de las manos, y, por último, la otra.

Libre ya del todo, por sí mismo pudo desprenderse de los instrumentos, mientras todos alababan a Dios y el poder prodigioso del Santo, que tan admirablemente podía castigar y sanar. En recuerdo del hecho, los instrumentos del trabajo están todavía hoy pendientes delante del altar levantado allí en honor del bienaventurado Francisco.

Muchos milagros realizados allí y en los lugares vecinos muestran que el Santo es glorioso en el cielo y que en la tierra ha de celebrarse su fiesta con veneración.

2. En la ciudad de Le Mans, una mujer se disponía a trabajar en la festividad de San Francisco; extendió sus manos en la rueca y cogió con sus dedos el huso. En el mismo momento, sus manos quedaron yertas y un intenso ardor comenzó a atormentarle en los dedos.

Amaestrada con el castigo, reconociendo el poder del Santo y arrepentida de corazón, se fue corriendo a los hermanos. Implorando los devotos hijos la clemencia del Padre en favor de la salud de la mujer, se vio al instante curada, sin que quedase en ella más que la huella de una quemadura en memoria del hecho.

Cosa semejante sucedió con una mujer de Campania Mayor, y con otra de Valladolid [24], y con una tercera de Piglio; negándose ellas, por menosprecio, a celebrar la fiesta del Santo, primero fueron castigadas de un modo sorprendente por su desacato, y luego, arrepentidas, fueron, de un modo más admirable todavía, liberadas de sus males por los méritos de San Francisco.

3. Un caballero de Borgo, en la provincia de Massa, denigraba con

[24] El texto dice «in Valle Oleti», que puede corresponder a Valladolid, donde había un convento de la custodia palentina perteneciente a la provincia de Castilla, o también a Olite, donde había un convento franciscano de la custodia de Navarra en la provincia de Aragón (cf. AF 4 p.536-37).

descarada impudencia las obras y milagros del bienaventurado Francisco. Se desataba en insultos contra los peregrinos que venían a celebrar la memoria del Santo y propalaba cosas absurdas contra los hermanos [25].

Combatiendo una vez la gloria del Santo, acumuló sobre sus pecados esta detestable blasfemia: «Si es verdad que este Francisco es un santo, que muera yo hoy atravesado por una espada. Pero, si no es santo, que permanezca sin ningún daño».

No tardó la ira de Dios en darle su merecido castigo al convertirse su oración en pecado. Al poco, este blasfemo injurió a un sobrino suyo, y éste tomó una espada y con ella atravesó las entrañas de su tío.

Aquel mismo día murió el malvado, esclavo del infierno e hijo de las tinieblas. Provechosa enseñanza para que todos aprendieran no a blasfemar las obras maravillosas del Santo, sino a honrarlas con devotas alabanzas.

4. Mientras un juez llamado Alejandro, con lengua envenenada apartaba a todos los que podía de la devoción de San Francisco, por designio divino fue privado del uso de la lengua, y quedó mudo durante seis años. Este hombre que se veía atormentado en aquello mismo con lo que había pecado, convertido a una seria penitencia, se dolía de haber hablado contra los milagros del Santo.

Por eso cesó la indignación del Santo misericordioso, y, recibiendo en su gracia al hombre arrepentido que le invocaba humildemente, le devolvió el uso de la lengua. Habiendo recibido, por medio del castigo, la devoción y una buena enseñanza, dedicó desde entonces su lengua blasfema a las alabanzas de Francisco.

10. Otros milagros de diversa índole

1. En el castro de Gagliano, de la diócesis de Valva, había una mujer llamada María, dedicada al devoto servicio de Cristo Jesús y de San Francisco. Un día de verano salió a ganarse el alimento necesario con sus propias manos.

Con el exagerado calor que hacía comenzó a desfallecer por los ardores de la sed. Sola en un árido monte y privada del alivio de toda bebida, casi exánime, caída en tierra, invocaba con encendido afecto del corazón a su abogado San Francisco. Mientras la mujer permanecía en humilde y ardiente súplica, extenuada por el trabajo, la sed y el calor, se durmió un poco. He aquí que, viniendo San Francisco a ella y llamándola por su nombre, le dijo: «Levántate y bebe el agua que por regalo de Dios se te brinda a ti y a otros muchos».

Al oír aquella voz despertó la mujer del sueño muy confortada; y, tirando de un helecho que había junto a ella, lo arrancó de raíz. Cavando luego alrededor con un palito, encontró agua viva, que al principio parecía sólo destilar como un hilo cristalino, y súbitamente se convirtió, por el poder de Dios, en una fuente.

Bebió, pues, la mujer hasta saciarse y lavó los ojos, que tenía antes oscurecidos por el largo penar, y que desde aquel momento sintió inundados de luz. Con paso ligero se dirigió la mujer a su casa, comunicando a todos, para gloria de San Francisco, tan estupendo milagro.

Concurrieron muchos al lugar atraídos por la fama del prodigio, y comprobaron por la experiencia el admirable poder de aquella agua; mu-

[25] Santo Sepolcro, en Massa Trabaria, se encuentra en el camino de Asís al Alverna. Es el motivo de frecuentes grupos de peregrinos, que dan ocasión a Gineldo (el nombre lo conocemos por 3C 129) de hablar contra San Francisco y sus hermanos.

chísimos, previa la confesión de sus pecados, al contacto de la misma, han quedado libres de las consecuencias desastrosas de varias enfermedades.

Persiste todavía visible aquella fuente, y junto a ella ha sido construida una pequeña ermita en honor a San Francisco.

2. En Sahagún, villa de España, el Santo hizo reverdecer milagrosamente, contra toda esperanza, un cerezo que, estando completamente seco, se cubrió de hojas, flores y frutos. También a los habitantes de Villasilos, de modo milagroso, los liberó de una peste de gusanos que corroían los viñedos de sus confines.

Junto a Palencia, atendiendo a las confiadas súplicas de un sacerdote, limpió completamente un hórreo, que le pertenecía, de los gusanos del grano que todos los años lo infestaban.

En las tierras de cierto señor de Petramala, en la Pulla, confiadas humildemente al cuidado del Santo, hizo éste desaparecer completamente la peste de la langosta; con la particularidad de que todas las otras tierras colindantes fueron devoradas por dicha plaga.

3. Un hombre llamado Martín había llevado sus bueyes a pastar lejos del castro. Uno de los bueyes se accidentó con tan mala fortuna, que se rompió una pata. Como no había ninguna esperanza de remedio para el caso, resolvió desollarlo. Al no tener a mano instrumento adecuado para hacerlo, retornó a su casa, dejando el buey al cuidado del bienaventurado Francisco. Se lo encomendó a su fiel custodia para que no fuese devorado por los lobos antes de su regreso.

A la mañana siguiente, muy temprano, volvió con el desollador al lugar donde dejó al buey, y lo encontró paciendo tan por completo curado que no se distinguía en él ninguna diferencia entre una y otra pata.

Dio el hombre gracias al buen pastor San Francisco, que tan diligente cuidado tuvo de su buey proveyéndole de medicina.

El humilde Santo sabe socorrer a todos los que le invocan y no se desdeña en atender las más pequeñas necesidades de los hombres.

Así, a un hombre de Amiterno le devolvió un asno que le habían robado. A una mujer de Antrodoco le reintegró, perfectamente compuesto, un plato nuevo que se había caído y se había hecho añicos. A otro hombre de Montolmo, en la Marca de Ancona, le reparó un arado que quedaba inservible por habérsele roto.

4. En la diócesis de Sabina vivía una viejecita octogenaria, cuya hija dejó al morir un niño de pecho. La pobrecita anciana, sin recursos económicos y falta de leche, no podía encontrar mujer alguna que diese de mamar al sediento pequeñito tal como lo exigía la necesidad. La anciana no sabía a dónde dirigirse en aquel trance.

Debilitado el nietecito, una noche en que se hallaba desprovista de todo posible recurso humano, bañada en lágrimas, se dirigió con todo su corazón al bienaventurado Francisco para implorar auxilio. En seguida acudió el amante de los inocentes y le dijo: «Mujer, yo soy Francisco, a quien con tantas lágrimas invocaste. Pon tu pecho a la boca del niño, porque el Señor te dará leche en abundancia».

Cumplió la abuelita el mandato del Santo, y al momento los pechos de la octogenaria dieron leche abundante. Se hizo manifiesto a todos el don admirable del Santo, y muchos hombres y mujeres se dieron prisa para verlo. Y como lo que veían los ojos no podía negarlo la lengua, todos se movían a alabar a Dios por el poder prodigioso y por la dulce misericordia del Santo.

5. Había en Scoppito [26] un matrimonio que, no teniendo sino un

[26] En la provincia de Aquila.

solo hijo, todos los días lo deploraba como oprobio de la familia. Tenía el pequeño los brazos como encadenados al cuello; las rodillas, pegadas al pecho, y los pies, a las nalgas. Más que una persona humana, parecía un monstruo. La mujer, a quien afectaba más profundamente esta desgracia, clamaba con continuos gemidos a Cristo, invocando el auxilio de San Francisco y pidiéndole se dignase socorrerla en aquella desgracia y librarla de aquel oprobio.

Una noche en que por esta desgracia estaba sumida en tristeza, se abandonó a un triste sueño. Se le apareció San Francisco, y, hablándole con dulces palabras, la persuadió a que llevase el niño a un lugar próximo consagrado a su nombre. Le anunció que el niño recibiría una completa curación si era rociado en nombre de Dios con el agua del pozo que había en aquel lugar.

Ante la negligencia de la madre en cumplir lo prescrito por el Santo, volvió éste a renovar su mandato. Por tercera vez se le apareció el Santo, y, haciendo él mismo de guía, condujo a la madre con el niño hasta la puerta del dicho lugar. Llegaron a él, movidas por la devoción, algunas nobles matronas, a quienes la mujer expuso diligentemente la visión que había tenido. Estas, a una con la madre, presentaron al niño a los hermanos. Sacaron agua del pozo, y la más noble entre las matronas lavó con sus propias manos al niño. Al punto, éste recuperó la posición natural de todos sus miembros y apareció totalmente curado.

Todos quedaron impresionados de admiración por la grandeza de este milagro.

6. En el castro de Cera, diócesis de Ostia, había un hombre con la pierna en tal estado, que no podía ni caminar ni moverse.

Perdida toda esperanza en los remedios humanos y abrumado por la angustia, una noche, tal como si viese presente al bienaventurado Francisco, comenzó a querellarse con estas palabras: «Ayúdame, santo mío Francisco; recuerda mis servicios y la devoción que te he tenido. Te llevé en mi jumento y besé tus pies y tus santas manos, siempre fui devoto tuyo y siempre te quise; mira que me muero con el atrocísimo tormento de este dolor».

Movido por estas quejas el Santo, que recuerda los beneficios y se complace en la devoción de sus fieles, acompañado de otro, se apareció a aquel hombre, todavía en vela. Le dijo que había venido a su llamamiento y a traerle el remedio de la salud. Le tocó en el lugar del dolor con un pequeño bastoncito en forma de *tau*, y, reventando al punto la apostema, le dio una perfecta salud. Y lo que es más admirable: para recuerdo del milagro dejó impreso el signo *tau* sobre el lugar de la úlcera curada. Con este signo firmaba San Francisco sus cartas siempre que por motivo de caridad enviaba algún escrito.

7. Pero advierte que, mientras la mente, distraída por la variedad de lo que se narra, va discurriendo por los diversos milagros del glorioso padre Francisco, por mérito del portador del signo de la cruz se encuentra, guiada por Dios, con el emblema de la salvación, la *tau*. Esto sucede para que caigamos en la cuenta de que como la cruz fue, para quien militó tras de Cristo, el más alto mérito para la salvación, de la misma manera es, para quien triunfa con Cristo, el más firme testimonio de su honor.

8. Ciertamente, este grande y admirable misterio de la cruz, en que los carismas de las gracias y los méritos de las virtudes y los *tesoros de la sabiduría y de la ciencia* [27] se esconden tan profundamente, que quedan ocultos a los *sabios y prudentes* [28] de este mundo, le fue revelado plena-

[27] Col 2,3.

[28] Cf. Mt 11,25; Lc 10,21.

mente a este pobrecillo de Cristo: toda su vida se cifra en seguir las huellas de la cruz, en gustar la dulzura de la cruz y en predicar la gloria de la cruz. Por eso pudo en verdad decir, en el principio de su conversión, con el Apóstol: *Lejos de mí el gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.* Con no menos verdad pudo también añadir durante su vida: *Paz y misericordia sobre aquellos que siguieron esta regla.* Y con plenísima verdad pudo afirmar al fin de su vida: *Llevo en mi cuerpo las llagas del Señor Jesús.*

Por lo que a nosotros se refiere, deseamos oír de él todos los días aquellas palabras: *Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo con vuestro espíritu. Amen* [29].

9. Gloríate, ya seguro, en la gloria de la cruz tú que fuiste glorioso portador de los signos de Cristo; diste comienzo a tu vida en la cruz, caminaste según la regla de la cruz y en la cruz diste cima a tu carrera, manifestando a todos los fieles, por el testimonio de la cruz, la gloria de que disfrutas en el cielo.

Sígante confiadamente los que salen de Egipto, porque, dividido el mar por el báculo de la cruz de Cristo, atravesarán el desierto, y, pasado el Jordán de esta mortalidad, ingresarán, por el admirable poder de la cruz, en la prometida tierra de los vivientes.

Que el verdadero guía y Salvador del pueblo, Cristo Jesús crucificado, por los méritos de su siervo Francisco, se digne introducirnos en la tierra de los vivientes para alabanza y gloria de Dios uno y trino, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

[29] Gal 6,14.16-18.

EX LIBRIS ARMAVIRUMQUE

LEYENDA MENOR

1. Conversión de Francisco

1. *Ha aparecido la gracia de Dios, Salvador nuestro* [1], en estos últimos tiempos en su siervo Francisco, a quien el Padre de las misericordias y de las luces *previno con* tan copiosas *bendiciones de dulzura* [2], que —según se desprende claramente de todo el decurso de su vida— no sólo le sacó de las tinieblas del mundo a la luz, sino que lo hizo insigne por la prerrogativa y méritos de sus excelsas virtudes y lo esclareció de forma extraordinaria mediante los preclaros misterios de la cruz manifestados en torno a su persona.

Oriundo de la ciudad de Asís —región del valle de Espoleto—, fue llamado primeramente *Juan* por su madre, luego *Francisco* por su padre; y, aunque conservó el nombre impuesto por el padre, no abandonó el significado que contenía el nombre [3] señalado por su madre. Y si bien en su juventud se crió en un ambiente de mundanidad entre los vanos hijos de los hombres y se dedicó —después de adquirir un cierto conocimiento de las letras— a los negocios lucrativos del comercio, con todo, asistido por el auxilio de lo alto, no se dejó arrastrar por la lujuria de la carne en medio de jóvenes lascivos, ni en el trato con avaros mercaderes *puso su confianza en el dinero y en los tesoros* [4].

2. Había Dios infundido en lo íntimo del joven Francisco una cierta generosa compasión hacia los pobres, unida a una suave mansedumbre, la cual, creciendo con él desde la infancia, llenó su corazón de tanta benignidad, que —convertido ya en un oyente nó sordo del Evangelio— se propuso dar limosna a todo el que se la pidiere, máxime si alegaba el motivo del amor de Dios. En la misma flor de su juventud se obligó con firme promesa ante el Señor a no negar nunca jamás —en cuanto le fuera posible— la limosna a los que se la pidieran por amor de Dios. No dejó de cumplir hasta su muerte tan noble promesa, y con ello llegó a conseguir un aumento copioso de gracia y amor de Dios. Aunque continuamente ardía en su corazón la llama del amor divino, con todo, en su adolescencia —implicado como estaba en las preocupaciones terrenas— ignoraba todavía los secretos arcanos del lenguaje celestial, hasta que, haciéndose sentir sobre él la mano del Señor, fue afligido exteriormente con las molestias de una larga enfermedad, al tiempo que en el interior de su alma fue iluminado con la unción del Espíritu Santo.

[1] Tit 2,11-13.
[2] Sal 20,4.
[3] Juan, cuyo significado es «gracia del Señor», según explica San Jerónimo en *De nominibus hebraeis Novi Testamenti* 1 s.v. (PL 23,841).
[4] Eclo 31,8.

3. Después que hubo recuperado un tanto las fuerzas corporales y cambiado a mejor su disposición interior, inesperadamente le salió al encuentro en su camino un caballero, noble por su linaje, pero pobre de bienes materiales. Recordando entonces al Rey generoso y al Cristo pobre, se sintió tan movido a compasión de aquel hombre, que —despojándose de los vestidos elegantes con que de nuevo se había engalanado— cubrió al punto con ellos al caballero necesitado.

A la noche siguiente, cuando estaba sumido en profundo sueño, Aquel por cuyo amor había socorrido al pobre caballero se dignó mostrarle en revelación un precioso y grande palacio lleno de armas militares, marcadas con la enseña de la cruz. Además se le prometió y se le aseguró con toda certeza que todo cuanto había contemplado en aquella visión sería suyo y de sus caballeros si es que enarbolaba con firme decisión el estandarte de la cruz. A partir de este momento, retrayéndose de la vida agitada del comercio, buscaba la soledad, amiga de corazones adoloridos. Allí se dedicaba, incesantemente y con gemidos inefables, a pedir al Señor que le mostrara el camino de la perfección, y, tras largas y reiteradas plegarias, mereció ser escuchado en sus deseos.

4. Un día en que oraba así, retirado en la soledad, se le apareció Cristo Jesús en la figura de crucificado, penetrándole tan eficazmente aquellas palabras del Evangelio: *El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga* [5], que su alma se sintió abrasada en un incendio de amor, al mismo tiempo que fue colmada del ajenjo de la compasión. En efecto, ante tal visión quedó su alma derretida, y tan entrañablemente se le grabó en la médula de su corazón la memoria de la pasión de Cristo, que casi de continuo veía con los ojos del alma las llagas del Señor crucificado y apenas podía contener externamente las lágrimas y los gemidos.

Una vez que por amor de Cristo Jesús había *despreciado la hacienda toda de su casa, reputándola por nada* [6], creía haber encontrado *el tesoro escondido* y el brillo de *la perla preciosa* [7]; y, atraído por su deseo, se disponía a desprenderse de todos los bienes y a permutar —al modo divino de comerciar— el negocio mundano por el evangélico.

5. Salió un día al campo a meditar, y, paseando junto a la iglesia de San Damián —que por su excesiva antigüedad amenazaba ruina—, movido por el Espíritu, entró en ella a orar. Postrado ante una imagen del Crucificado, se sintió inundado durante la oración de una gran dulcedumbre y consolación. Fijó sus ojos, arrasados de lágrimas, en la cruz del Señor, y he aquí que oyó con sus oídos corporales una voz salida de modo maravilloso desde la misma cruz, que por tres veces le dijo: «¡Francisco, vete, repara mi casa, que —como ves— está a punto de derrumbarse

[5] Mt 16,24.
[6] Cf. Ct 8,7.
[7] Mt 13,44-46.

toda ella!» Ante la admirable advertencia de voz tan singular, el varón de Dios se sintió al principio estremecido de terror, luego se llenó de gozo y asombro, y se levantó en seguida, todo dispuesto a dar cumplimiento al mandato de reparar la fábrica material de la iglesia, aunque aquellas palabras se referían principalmente a la Iglesia, que Cristo había adquirido con el precioso intercambio de su sangre, según el Espíritu Santo se lo dio a entender y él mismo lo reveló más tarde a sus compañeros más íntimos.

6. Poco después, desprendiéndose —como pudo—, por amor a Cristo, de todas las cosas, ofreció dinero al pobrecillo sacerdote de dicha iglesia, encargándole lo invirtiera en su reparación y en la ayuda de los pobres. Al mismo tiempo le pidió humildemente que le permitiera convivir con él durante algún tiempo. El sacerdote accedió a esto último, pero rehusó el dinero por temor a los padres. Entonces aquel verdadero despreciador ya de las riquezas arrojó el peso del metal a una ventana, estimándolo cual si fuera vil lodo.

Pensando, empero, que con esto se habría granjeado contra sí el furor de su padre, para dar tiempo a que se calmara su ira, se escondió en lo oculto de una cueva, entregándose al ayuno, a la oración y a las lágrimas. Por fin, inundado de una inefable alegría espiritual y *revestido de la fuerza de lo alto* [8], salió confiadamente afuera y entró con decisión en la ciudad. Al verle los jóvenes con el rostro escuálido y cambiado en sus ideas, pensaban que había perdido el juicio, y —como a loco— le arrojaban el lodo de las calles y lo insultaban con voces desaforadas. Mas el siervo de Dios, sin descorazonarse ni inmutarse en absoluto por ninguna injuria, lo soportaba todo, haciéndose el sordo.

7. Pero el más furioso y frenético de todos se mostraba su propio padre, el cual —como si hubiera olvidado la compasión natural— arrastró a su hijo a casa y comenzó a atormentarlo con azotes y cadenas, a fin de que, agobiando el cuerpo con molestias, moviera su ánimo a anhelar las delicias del mundo.

Pero, convencido del todo por experiencia de que el siervo de Dios estaba muy dispuesto a sufrir por Cristo cualquier clase de vejaciones, y viendo además claramente que era imposible apartarlo de su propósito, se puso a insistirle vivamente a que fuera consigo al obispo de la ciudad para hacer en sus manos renuncia al derecho de la herencia paterna. El siervo de Dios aceptó sin resistencia alguna esta propuesta; y tan pronto como llegó ante la presencia del prelado, sin ninguna tardanza ni vacilación, sin pedir explicaciones ni proferir palabra alguna, se despojó hasta tal punto de todos sus vestidos, que incluso se desprendió de los calzones, y —como ebrio de espíritu— no sintió horror a quedar ante todos completamente desnudo por amor de Aquel que por nosotros colgó desnudo de la cruz.

[8] Lc 24,49.

8. Desembarazado ya el despreciador del mundo de la atracción de los deseos terrenos, abandona la ciudad, y mientras —seguro y libre— cantaba en lengua francesa, a través de los bosques, las alabanzas del Señor, saliéronle al encuentro unos ladrones; pero el pregonero del gran Rey no se atemorizó ni dejó de cantar, puesto que era un caminante semidesnudo, desprovisto de todo, y además porque, a imitación de los apóstoles, *se alegraba en la tribulación* [9].

De allí, el amante de toda humildad se dirigió a prestar sus servicios a los leprosos. Pretendía con ello someterse al yugo de la servidumbre en favor de las personas miserables y despreciadas y aprender el perfecto desprecio de sí mismo y del mundo antes que enseñarlo. Al principio, los leprosos le producían una repugnancia superior a la que pudiera causarle cualquier otra clase de gente; pero, infundiéndole el Señor una gracia muy copiosa, se entregó a su servicio con un corazón tan humilde, que les lavaba los pies, les vendaba las heridas, les extraía la podre y les limpiaba las llagas purulentas. Embriagado por un inaudito y extremado fervor, se lanzaba a besar las llagas ulcerosas, *poniendo su boca en el polvo,* para que, *saturado de oprobios* [10], pudiera someter la arrogancia de la carne a la ley del espíritu y, abatido el enemigo doméstico, conseguir pacíficamente el dominio de sí mismo.

9. Consolidado ya en la humildad de Cristo y hecho rico en la pobreza, aunque nada tenía en absoluto, comenzó —siguiendo la orden que se le había dado desde la cruz— a reparar la iglesia con tal solicitud, que sometía al peso de las piedras su cuerpo extenuado por los ayunos y no sentía vergüenza de pedir ayuda y limosna incluso a aquellos entre quienes había vivido en abundancia. Asistido por la devoción de los fieles, que ya empezaban a reconocer la singular virtud del varón de Dios, reparó no sólo la iglesia de San Damián, sino también las iglesias ruinosas y abandonadas del príncipe de los apóstoles y de la Virgen gloriosa, quedando así significado misteriosamente, mediante obras materiales y externas, lo que Dios se disponía a realizar más tarde espiritualmente por medio de su siervo. Pues al modo de las tres iglesias restauradas bajo la guía del santo varón, así sería renovada de triple manera la Iglesia según la forma, regla y doctrina de Cristo dada por el mismo Francisco. Del mismo modo, la voz que se le dirigió desde la cruz instándole por tres veces el mandato de reparar la casa de Dios, era ya un signo y preludio de lo que hoy vemos realizado en las tres Ordenes por él fundadas.

2. Fundación de la Religión y eficacia de la predicación

1. Concluida ya la obra de restauración de las tres iglesias y morando de continuo en la que estaba dedicada a la Virgen, por

[9] Hch 5,41; 2Cor 1,4; 7,4.
[10] Lam 3,29-30.

los méritos e intercesión de aquella que nos entregó al que es el precio de nuestra salvación, logró encontrar el camino de la perfección mediante el espíritu de la verdad evangélica que le había infundido el mismo Dios.

En efecto, cuando un día, dentro de la celebración de la misa, se leía aquel texto del evangelio en que se prescribe a los discípulos enviados a predicar la forma evangélica de vida, esto es, que *no posean oro ni plata, ni tengan dinero en sus fajas;* que *no lleven alforja para el camino, ni usen dos túnicas, ni calzado, ni se provean tampoco de bastón* [1], nada más oír estas palabras, el Espíritu de Cristo lo ungió y lo revistió de tal fuerza, que lo transformó en copia viva de la predicha forma de vida, no sólo por el conocimiento y afecto, sino hasta en su conducta y en el modo de vestir. Pues al momento se quitó el calzado, arrojó el bastón, abandonó la alforja y el dinero y, contento con una sola túnica, se despojó de la correa, y en lugar del cinto tomó una cuerda, poniendo toda su solicitud en llevar a cabo lo que había oído y en ajustarse completamente a la forma de vida apostólica.

2. Así, pues, todo abrasado por la ardiente fuerza del Espíritu de Cristo, comenzó —cual otro Elías [2]— a ser celoso pregonero de la verdad, comenzó a animar a algunos a la práctica de la justicia perfecta y a invitar a todos a la penitencia. Sus palabras no eran vacías ni objeto de risa, sino llenas de fuerza del Espíritu Santo, que penetraban hasta la médula del corazón en tal grado, que los oyentes se sentían altamente impresionados, y con su poderosa eficacia quedaban ablandadas las mentes obstinadas. Habiendo llegado a conocimiento de muchos los sublimes y santos ideales de Francisco tanto por la verdad de su sencilla doctrina como de su vida, a la luz de su ejemplo comenzaron algunos a animarse a hacer penitencia y a unírsele a él, adoptando su género de vida y su vestido, habiendo dejado antes todas las cosas. El humilde varón decidió dar a éstos el nombre de «hermanos menores».

3. Completado ya el número seis con los hermanos que respondieron a la llamada de Dios, su piadoso padre y pastor se estableció en un lugar solitario, donde con gran amargura de corazón deploraba la vida de su adolescencia, transcurrida no sin culpa, y pedía perdón y gracia para sí y para la prole que *había engendrado en Cristo* [3]. De pronto le sobrevino un extraordinario gozo y fue cerciorado de haber sido perdonados plenamente —*hasta el último cuadrante* [4]— todos sus pecados. Arrebatado luego fuera de sí, todo envuelto en una luz vivificante, vio con claridad lo que había de suceder en el futuro respecto a su persona y a sus hermanos. El mismo, hablando familiarmente, manifestó dicha visión para confortar a su pequeña grey, anunciando el desarrollo

[1] Cf. Mt 10,9-10.
[2] Cf. 1Re 18,7ss.
[3] Cf. 1Cor 4,15.
[4] Mt 5,26.

y la dilatación de la Orden, que, por la clemencia de Dios, iba a producirse muy próximamente.

No pasaron muchos días y ya se les agregaron algunos otros hermanos, hasta completar el número doce. Entonces decidió el siervo del Señor presentarse con aquel grupo de hombres sencillos ante la Sede Apostólica para pedir humilde e insistentemente a la misma autoridad de la Santa Sede que otorgara la plena confirmación de la norma de vida que el Señor le había mostrado y que él mismo había compuesto en pocas palabras.

4. Apresurándose, pues —conforme a la decisión tomada—, a comparecer, junto con sus compañeros, ante el sumo pontífice el señor Inocencio III, *Cristo, fuerza y sabiduría de Dios* [5], se dignó en su clemencia prevenirle a su vicario, advirtiéndole mediante una visión que prestase favorable audiencia y benigno asentimiento a las súplicas del Pobrecillo. En efecto, vio en sueños el romano pontífice cómo estaba a punto de derrumbarse la basílica lateranense y que un hombre pobrecito, de pequeña estatura y aspecto despreciable, la sostenía, arrimando sus hombros a fin de que no viniese a tierra. Al observar el sabio prelado la pureza y sencillez de alma del siervo de Dios, su desprecio del mundo, su amor a la pobreza, la firmeza en su propósito de perfección, su celo por las almas y el encendido fervor de su santa voluntad, exclamó: «¡Este es, en verdad, el que con sus obras y su doctrina sostendrá la Iglesia de Cristo!» Por eso se sintió desde entonces atraído hacia él por una especial devoción, y, accediendo en todo a sus peticiones, aprobó la Regla, le dio la encomienda de predicar la penitencia, le otorgó todo lo que se le había pedido y prometió que más tarde le concedería generosamente otros muchos beneficios.

5. Apoyado entonces Francisco en la gracia celestial y en la autoridad del sumo pontífice, emprendió con gran confianza el camino de retorno al valle de Espoleto, dispuesto ya a poner en práctica y predicar con la palabra la verdad de la perfección evangélica que había concebido en su mente y prometido en su profesión.

Suscitóse entre Francisco y sus compañeros la cuestión de si debían vivir en medio de la gente o más bien retirarse a lugares solitarios. Habiendo indagado con insistentes plegarias el beneplácito del Señor sobre el particular, iluminado por el oráculo de la divina revelación, llegó a comprender que había sido enviado por Dios a fin de ganar para Cristo las almas que el demonio trataba de arrebatarle. Discerniendo de ahí que debía preferir vivir para bien de los demás antes que para sí solo, se recogió en un tugurio abandonado, que estaba cerca de Asís, con objeto de vivir allí con sus hermanos según la forma de la santa pobreza en el estricto rigor de su Religión y salir a predicar la palabra de Dios a los pueblos conforme a las exigencias de lugares y tiempos. Conver-

[5] Cf. 1Cor 1,24.

tido, pues, en pregonero de Cristo, *recorría las ciudades y aldeas anunciando el reino de Dios* [6] *no con palabras doctas de humana sabiduría, sino con la fuerza del Espíritu* [7]. El Señor con previas revelaciones dirigía a su heraldo y *confirmaba la palabra con las señales que la acompañaban* [8].

6. Una vez en que, alejado corporalmente de sus hermanos, vigilaba, como de costumbre, en oración, a eso de media noche, cuando algunos de los hermanos estaban entregados al sueño y otros a la oración, penetró por la portezuela de la habitación de los mismos hermanos un carro de fuego de admirable resplandor, sobre el que se alzaba un globo luminoso como el sol, el cual dio tres vueltas a lo largo de la estancia. Ante tal prodigiosa y refulgente visión, quedaron estupefactos los que estaban en vela, se despertaron llenos de terror los dormidos, y todos ellos percibieron la claridad que alumbraba no sólo el cuerpo, sino también el alma, pues a través de aquella luz a cada cual se le hacía transparente la conciencia de los otros. Coincidieron todos —al leerse mutuamente los corazones— en que había sido el mismo santo padre Francisco el que, transfigurado en aquella forma, les había mostrado el Señor, como que, viniendo *en espíritu y poder de Elías* [9] y convertido en caudillo de la milicia espiritual, había sido constituido como *carro de Israel y su auriga* [10].

Vuelto el Santo a los hermanos, comenzó a confortarlos, hablándoles de la visión celestial que se les había mostrado; comenzó también a escudriñar los secretos de sus conciencias y a anunciarles cosas futuras; y de tal suerte comenzó a brillar por los milagros, que se hacía patente comprobar que sobre él descansaba el doble espíritu de Elías [11] con tanta plenitud, que podían sentirse muy seguros quienes marchaban tras su doctrina y ejemplos de vida.

7. En aquel tiempo yacía enfermo en un hospital próximo a Asís un religioso de la Orden de los crucíferos llamado Morico, el cual sufría una enfermedad tan grave y prolongada, que se le creía ya próximo a la muerte. En tal situación acudió suplicante al Santo por medio de un enviado, rogándole insistentemente se dignara interceder por él ante el Señor. Accediendo benignamente a sus súplicas el varón piadoso, después de haberse recogido en oración, tomó unas migas de pan, las mezcló con aceite recogido de la lámpara que ardía junto al altar de la Virgen y, haciendo con ello una especie de electuario, lo envió al enfermo por medio de los hermanos, diciéndoles: «Llevad a nuestro hermano Morico esta medicina, por cuyo medio la fuerza de Cristo no sólo le devolverá por completo la salud, sino que, convirtiéndolo en robusto guerrero, le hará incorporarse para siempre en las filas de nuestra milicia». Tan pronto como gustó el enfermo

[6] Mt 9,35; Lc 9,60.
[7] 1Cor 2,13.
[8] Mc 16,20.
[9] Lc 1,17.
[10] 2Re 2,12.
[11] 2Re 2,9.

aquel antídoto confeccionado por inspiración del Espíritu Santo, se levantó del todo sano, y obtuvo tal vigor de alma y cuerpo, que, ingresando poco después en la Religión del Santo, llevó durante largo tiempo un cilicio sobre la carne, y, contentándose exclusivamente con viandas crudas, no tomó vino ni probó nada cocido.

8. Por aquel mismo tiempo, un sacerdote de la ciudad de Asís llamado Silvestre, varón de vida honesta y simplicidad columbina, vio en sueños cómo toda aquella región estaba cercada por un inmenso dragón, ante cuya espantosa y horrenda figura se vislumbraba inminente un total exterminio para algunas partes del mundo. A continuación vio salir de la boca de Francisco una refulgente cruz de oro: su extremidad tocaba los cielos, y sus brazos, extendidos a los lados, parecían llegar hasta los confines del orbe; a la vista de esta cruz luminosa, se daba totalmente a la fuga aquel horroroso y terrible dragón. Al mostrársele por tres veces dicha visión, comprendió el piadoso y devoto varón que Francisco había sido destinado por el Señor para que —enarbolando el estandarte de la gloriosa cruz— destruyera el poder del dragón maligno y para iluminar las mentes de los fieles con los claros fulgores de la verdad tanto de su doctrina como de su vida. Todo esto se lo contó detallada y ordenadamente al varón de Dios y a los hermanos. Poco después abandonó el mundo, y tal fue su perseverancia en seguir de cerca —a ejemplo del bienaventurado Padre— las huellas de Cristo, que su vida en la Orden demostró ser auténtica la visión que había tenido en el siglo.

9. Un hermano llamado Pacífico, cuando aún vivía de seglar, encontró al siervo de Dios al tiempo en que predicaba en un monasterio sito junto al castro de San Severino. Allí se hizo sentir sobre él la mano del Señor. En efecto, vio a Francisco marcado, a modo de cruz, por dos espadas transversales muy resplandecientes, una de las cuales se extendía desde la cabeza hasta los pies, y la otra se alargaba desde una mano a otra, atravesando el pecho. No conocía personalmente al Santo; pero, cuando se le mostró de aquel modo maravilloso, lo reconoció al instante. Ante su vista, quedó estupefacto, y, compungido y atemorizado por el poder de sus palabras —como si hubiera sido atravesado por la espada del espíritu que procedía de su boca—, despreciando todas las pompas del siglo, se unió al santo Padre, profesando en su Orden.

Avanzando después en la Religión en toda santidad, y antes de ser nombrado ministro en Francia —él fue el primero que ejerció allí este cargo—, mereció ver de nuevo en la frente de Francisco una gran *tau,* que, adornada con variedad de colores, embellecía su rostro con admirable encanto. Dicho signo lo veneraba con gran afecto el varón de Dios, lo encomiaba frecuentemente en sus palabras, lo trazaba al principio de sus acciones y lo marcaba con su propia mano al pie de las breves cartas que escribía por caridad, como si todo su cuidado se cifrara en grabar el

signo *tau* —según el dicho profético— *sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen* [12], convertidos de verdad a Cristo Jesús.

3. Prerrogativa de sus virtudes

1. El insigne seguidor de Jesús crucificado y varón de Dios Francisco, desde los comienzos de su conversión *crucificaba la carne con los vicios* [1] mediante una disciplina tan rígida y frenaba los movimientos sensuales con unas normas tan estrictas de moderación, que apenas tomaba lo necesario para el sustento de la naturaleza. De ahí que, cuando estaba bien de salud, rara vez comía alimentos cocidos, y, si los admitía, los hacía amargos mezclándolos con ceniza, o los convertía en insípidos —como sucedía frecuentemente— derramando agua sobre ellos. Cuán austera parquedad observara en la bebida —*privando a su carne del vino para elevar el espíritu a* la luz *de la sabiduría* [2]—, podemos deducirlo claramente del hecho de que apenas se atrevía a tomar agua fresca en suficiente cantidad cuando le abrasaba el ardor de la sed. La desnuda tierra servía, las más de las veces, de lecho para su fatigado cuerpo, su almohada era una piedra o un madero, y sus cobertores, ropas sencillas, burdas y ásperas, pues había aprendido por experiencia que los enemigos malignos se ahuyentan con prendas incómodas y toscas, y que, por el contrario, se animan a tentar con más ímpetu a los que usan vestidos delicados y muelles.

2. Rígido en la disciplina, prestaba gran atención a la vigilancia sobre sí mismo, teniendo especial cuidado de la guarda del inapreciable *tesoro* que llevamos *en vasijas de barro* [3], es decir, la castidad, que procuraba *poseer en santo honor* [4] por una pureza integérrima de alma y cuerpo. Por eso, al principio de su conversión, en días de frío invernal se sumergía muchas veces en una fosa llena de hielo o de nieve para someter a su perfecto dominio al enemigo doméstico y preservar incólume del incendio de la voluptuosidad la cándida vestidura de la pureza. Mediante estos ejercicios comenzó a resplandecer en sus sentidos con tal brillo el pudor, que, habiendo conseguido un pleno dominio sobre la carne, parecía *haber hecho un pacto con sus ojos* [5] no sólo de evitar toda mirada carnal, sino también de no fijar la vista en todo aquello que fuera curioso o vano.

3. Mas, aunque con la consecución de la pureza de alma y cuerpo se acercaba, en cierto sentido, a la cima de la santidad, sin embargo, no cesaba de purificar continuamente los ojos del alma con torrentes de lágrimas, ansiando las limpias claridades del cielo y dando poca importancia al detrimento que pudiera sufrir en sus ojos corporales. Y como por el continuo llanto hubiese

[12] Ez 9,4.
[1] Gal 5,24.
[2] Ecl 2,3.
[3] 2Cor 4,7.
[4] 1Tes 4,4.
[5] Cf. Job 31,1

contraído una gravísima enfermedad de la vista, el médico le advirtió que se abstuviera de llorar, si quería evitar la ceguera de su vista corporal. El Santo, empero, no se avino en modo alguno a los consejos del médico, asegurando que prefería perder la luz de sus ojos corporales antes que reprimir la devoción del espíritu y dejar de derramar lágrimas, con las que se limpia el ojo interior para poder ver más claramente a Dios. En medio del celeste riego de lágrimas, el varón devoto de Dios se mostraba jocundo y sereno tanto en su interior como en su semblante, como que por el brillo de una conciencia santa estaba impregnado de la unción de una alegría tan intensa, que con su mente se elevaba sin cesar a Dios y *exultaba* de continuo en la contemplación de *todas las obras de sus manos* [6].

4. La humildad, guarda y decoro de todas las virtudes, de tal modo se había posesionado del varón de Dios, que —si bien brillaba en él la prerrogativa de múltiples virtudes— parecía que ésta había adquirido un dominio especial sobre Francisco, el mínimo entre los menores. En su opinión, se reputaba como el mayor de los pecadores, se consideraba como *un vaso frágil y sórdido* [7] cuando en realidad era un vaso elegido de santidad, resplandeciente por el multiforme adorno de virtud y de gracia; un vaso consagrado por la santidad de su vida.

Ponía sumo empeño en aparecer despreciable ante sus propios ojos y a la vista de los demás, descubriendo en pública confesión sus defectos ocultos y escondiendo en lo más recóndito de su pecho los dones recibidos del Dador para no exponerlos a una gloria que pudiera serle ocasión de ruina.

Ciertamente, para *cumplir toda justicia* en el ejercicio de la perfecta humildad [8], se esforzó hasta tal punto en someterse no sólo a los superiores, sino también a los inferiores, que solía prometer obediencia al compañero de viaje, por más sencillo que fuera, para no mandar como prelado investido de autoridad, sino —como ministro y siervo— obedecer por humildad aun a los súbditos.

5. El perfecto seguidor de Cristo de tal modo procuró desposarse con amor eterno con la excelsa pobreza, compañera de la santa humildad, que por ella no sólo abandonó al padre y a la madre, sino que también se desprendió de todo lo que pudo poseer. Nadie hubo tan codicioso del oro como él de la pobreza, nadie fue tan solícito en guardar un tesoro como él en guardar esta margarita evangélica. Desde la fundación de su Religión —considerándose rico con la túnica, la cuerda y los calzones— sólo parecía gloriarse en la penuria y alegrarse en la escasez.

Si alguna vez veía a alguno más pobre que él en el porte exte-

[6] Sal 91,5.

[7] Jer 22,28.

[8] Mt 3,15. San Bernardo en *Sermo in octava Epiphaniae* n.4 (PL 133,154) enseña que el tercer grado de justicia es «mostrarse inferior incluso respecto al mismo inferior».

rior, se reprochaba inmediatamente a sí mismo y se animaba a igualarlo, como si, en lucha con una pobreza que le emulaba, por su nobleza de espíritu temiera perder el combate. En efecto, habiendo preferido la pobreza —como arras de la herencia eterna— a todas las cosas caducas, reputaba en nada las falaces riquezas —un feudo concedido para una hora—; amaba la pobreza sobre todos los tesoros, y quería sobrepujar a todos en su práctica el que por ella había aprendido a ser inferior a los demás.

6. Creció el varón de Dios —mediante su amor a la altísima pobreza— en las espléndidas riquezas de la santa simplicidad, de modo que, no teniendo absolutamente nada propio en la tierra, parecía poseer todos los bienes en el mismo Autor de este mundo. En efecto, como quiera que con ojos de paloma, esto es, con sencilla intención de la mente y con pura mirada de la especulación [9], lo refería todo al supremo artífice y en todas las criaturas reconocía, amaba y alababa al mismo Hacedor, por una concesión de la divina clemencia llegaba a poseer todas las cosas en Dios, y a Dios en todas las cosas.

En consideración al primer origen de todos los seres, llamaba a las criaturas todas —por más pequeñas que fueran— con el nombre de hermano o hermana, como procedentes, al igual que él, de un idéntico principio, si bien profesaba un afecto más dulce y entrañable a aquellas criaturas que reflejan, por semejanza natural, la compasiva mansedumbre de Cristo y aparecen en las Escrituras con esa significación. Por lo cual resultaba, en virtud de un influjo sobrenatural, que la naturaleza de los brutos sintiera, en cierto sentido, afición por él y que hasta los seres inanimados obedecieran a sus deseos, cual si el mismo santo varón —como *simple y recto*— hubiese sido ya reintegrado al estado de *inocencia* [10].

7. De la fuente de la misericordia se había derramado sobre el siervo de Dios la dulzura de la piedad en tan desbordante plenitud, que parecía llevar entrañas de madre para aliviar las miserias de las personas afligidas por alguna desgracia. Poseía una clemencia congénita, que se duplicaba mediante la piedad infundida por el mismo Cristo. Se derretía su corazón a la vista de los enfermos y de los pobres, y a quienes no podía echarles una mano, les ofrecía su cordial afecto; y es que cualquier necesidad o deficiencia que viera en alguna persona, llevado de la dulzura de su piadoso corazón, la refería al mismo Cristo. Como en todos los pobres veía la efigie de Cristo, al encontrarse con ellos, no sólo les daba liberalmente aun aquellas cosas necesarias para la vida que a él le habían proporcionado, sino hasta juzgaba debían serles restituidas como si fueran propiedad suya. Por eso nada se reservaba,

[9] El original latino dice: «speculationis contuitu». *Especulación*, en lenguaje bonaventuriano, es una operación del entendimiento, que, inspirado por el amor, lleva a la unión del alma con Dios por el amor (cf. *Lexicon bonaventurianum*, en SAN BUENAVENTURA, *Obras* 1 [BAC 1945] p.730). Respecto a la palabra *contuitus*, cf. LM 9 n.2.

[10] Job 2,3.

ni manteles, ni túnicas, ni libros, ni ornamentos del altar; si le era posible, todas estas cosas se las entregaba a los pobres, deseando cumplir el deber de la perfecta piedad hasta *desgastarse a sí mismo* [11]

8. El celo por la salvación de los hermanos, que procede del horno de la caridad, de tal modo penetró como espada aguda y llameante el corazón de Francisco, que este varón celoso parecía estar todo él inflamado en el ardor y deseo de ganar almas, así como también llagado por el dolor de compasión. En efecto, cuando veía las almas redimidas por la preciosa sangre de Cristo manchadas con alguna inmundicia de pecado, traspasado de un indecible y agudo dolor, lo deploraba con tan tierna conmiseración, que bien podía decirse que, como una madre, las engendraba diariamente en Cristo.

De ahí su esfuerzo en la oración, de ahí sus correrías apostólicas en la predicación, de ahí también su extremado empeño en dar buen ejemplo, pues no se consideraba amigo de Cristo si no trataba de ayudar a las almas que por El han sido redimidas. Por eso también, aunque su inocente carne, sometida ya espontáneamente al espíritu, no necesitaba del flagelo para expiar los propios pecados, no obstante —para dar ejemplo—, le imponía nuevas cargas y castigos, *recorriendo* por otros *los duros caminos* [12], con objeto de seguir perfectamente las huellas de Aquel que por la salvación de los demás *entregó su alma a la muerte* [13].

9. Puede uno darse cuenta del fervor de perfecta caridad con que era arrastrado hacia Dios este amigo del Esposo si considera, sobre todo, el siguiente hecho: su ardentísimo deseo de ofrecerse a Dios como hostia viva mediante el fuego del martirio. Por esta causa, tres veces emprendió viaje a tierra de infieles, pero dos veces por disposición divina encontró obstáculos para realizar su objetivo, hasta que la tercera vez —tras haber sufrido muchos oprobios, cadenas, azotes e innumerables trabajos— fue conducido, con la ayuda de Dios, hasta la presencia del sultán de Babilonia. Allí anunció el Evangelio de Jesús con tal eficaz demostración de la fuerza del Espíritu, que el mismo sultán quedó admirado, y, amansado por intervención divina, escuchó benignamente al siervo de Dios. Y, viendo el fervor de espíritu de Francisco, su profunda convicción, su desprecio de la vida presente y la eficacia de la palabra divina, sintió tan gran devoción hacia él, que lo juzgó digno de un singular honor, le ofreció valiosos regalos y le invitó con insistencia a morar en su compañía. Pero el verdadero despreciador del mundo y de sí mismo rehusó todos los ofrecimientos como si fueran lodo; y al ver que no podía lograr la realización de su objetivo —después que sinceramente había hecho lo que pudo—, advertido por una revelación, retornó a tierra de cristianos.

[11] 2Cor 12,15.
[12] Sal 16,4.
[13] Is 53,12.

Y así resultó que el amigo de Cristo buscara con todas sus fuerzas morir por El y no lo consiguiera, para de este modo lograr, por una parte, el mérito del deseado martirio, y, por otra, quedar reservado para un privilegio singular con el que sería distinguido más adelante.

4. Vida de oración y espíritu de profecía

1. Como quiera que el siervo de Cristo se sentía en su cuerpo como *un peregrino alejado del Señor* [1], si bien por la caridad de Cristo se había ya totalmente insensibilizado a los deseos terrenales, para no verse privado de la consolación del Amado, se esforzaba —orando sin intermisión— por mantener siempre unido su espíritu a Dios. Pues ora caminase o estuviese sentado, lo mismo en casa que afuera, ya trabajase o descansase, de tal modo estaba entregado a la oración, que parecía consagrar a la misma no sólo su corazón y su cuerpo, sino hasta toda su actividad y todo su tiempo. Sumergíase muchas veces en el éxtasis de la contemplación de tal modo, que, arrebatado fuera de sí y percibiendo algo más allá de los sentidos humanos, no se daba cuenta en absoluto de lo que acontecía al exterior en torno suyo.

2. Para recibir con mayor sosiego los raudales de las consolaciones espirituales, de noche se dirigía a la soledad y a las iglesias abandonadas; aunque allí sostenía horribles luchas contra los demonios, que, combatiendo con él como mano a mano, se esforzaban por perturbarlo en el ejercicio de la oración. Mas, ahuyentados éstos con la virtud de sus incesantes y fervorosas plegarias y quedando solo y apaciguado el varón de Dios, llenaba de gemidos los bosques, bañaba la tierra de lágrimas, se golpeaba con la mano el pecho, y como si hubiera hallado un santuario íntimo, ora respondía al Juez, ora suplicaba al Padre, ya se recreaba con el Esposo, ya hablaba al Amigo. Allí lo vieron orar de noche con las manos y los brazos extendidos en forma de cruz, mientras todo su cuerpo se elevaba sobre la tierra y quedaba envuelto en una nubecilla luminosa, como si la maravillosa luz y elevación del cuerpo fueran una prueba de su admirable iluminación interior y de la elevación de su espíritu.

3. Por la virtud sobrenatural de estas sobreelevaciones, según está comprobado por indicios ciertos, se le descubrían ocultos misterios de la divina sabiduría; aunque no los hacía públicos sino en cuanto se lo urgía el celo por la salvación de los hermanos o se lo dictaba la inspiración de la superna revelación. El incansable ejercicio de la oración, unido a la continua práctica de la virtud, había conducido al varón de Dios a tal limpidez y serenidad de mente, que, a pesar de no haber adquirido por el estudio y adoctrinamiento humano el conocimiento de las sagradas letras, ilu-

[1] 2Cor 5,6.8.

minado por los fulgores de la luz eterna, llegaba a sondear con clara agudeza de entendimiento las profundidades de las Escrituras.

Reposó también sobre él el múltiple espíritu de los profetas en tan pluriforme plenitud de gracia, que con su maravilloso poder el varón de Dios se hacía presente a los ausentes, tenía conocimiento cierto de los que estaban lejos, descubría los secretos de los corazones y anunciaba acontecimientos futuros, cosa que comprueban con evidencia muchos ejemplos, algunos de los cuales consignamos a continuación.

4. En cierta ocasión, el santo varón Antonio —entonces egregio predicador, hoy ya preclaro confesor de Cristo— disertaba a los hermanos reunidos en el capítulo provincial de Arlés sobre el título de la cruz: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos* [2]. Mientras de su boca fluían melifluas palabras, el santo varón de Dios Francisco, que entonces se hallaba lejos del lugar, apareció de pronto a la puerta de la sala capitular elevado en el aire, bendiciendo con las manos extendidas en forma de cruz a los hermanos, y colmándolos de tan copiosa consolación espiritual, que por iluminación del Espíritu Santo tuvieron en su interior certeza de que en aquella admirable aparición estaba actuando el poder divino. Además —como esto no se le quedó oculto al bienaventurado Padre—, se deduce claramente de ahí cuán presente y abierto estaba su espíritu a la luz de la *Sabiduría* eterna, que *es más móvil que cualquier movimiento, y, en virtud de su fuerza, lo atraviesa y lo penetra todo; y, entrando en las almas buenas de cada generación, va haciendo amigos de Dios y profetas* [3].

5. Una vez en que —según costumbre— se hallaban reunidos los hermanos en capítulo en Santa María de la Porciúncula, uno de ellos, aduciendo especiosas razones en propia defensa, se negaba a someterse a la disciplina. Viéndolo en espíritu el santo varón, que estaba recogido en oración en la celda haciendo de *intercesor y medianero* entre sus hermanos y Dios [4], mandó llamar a uno de éstos y le dijo: «He visto al diablo sobre la espalda de ese hermano desobediente, teniéndole apretado por el cuello. Dicho hermano, sometido a las órdenes de tal jinete, se deja guiar por las bridas de sus sugestiones una vez que ha despreciado el freno de la obediencia. Anda, pues, y dile al hermano que sin dilación someta su cerviz a la santa obediencia, que esto es lo que le sugiere hacer aquel [5] por cuyas insistentes oraciones ha marchado confuso el diablo». Advertido el hermano mediante este enviado, se sintió compungido en su espíritu, y, percibiendo la luz de la verdad, se arrojó a los pies del vicario del Santo, se reconoció culpable, pidió perdón, aceptó y cumplió la penitencia y en adelante obedeció humildemente en todo.

[2] Jn 19,19.
[3] Sab 7,24.27.
[4] Dt 5,5.
[5] Es decir, San Francisco.

6. Cuando estaba morando en el monte Alverna retirado en la celda, uno de sus compañeros [6] sintió vivos deseos de tener algún escrito del Santo con palabras del Señor y breves anotaciones de su propia mano. Creía que de este modo se vería libre de una grave tentación —no de la carne, sino del espíritu— que lo atormentaba, o que al menos le sería más fácil superarla. Ardiendo en tales deseos, vivía interiormente angustiado, porque —como era humilde, pudoroso y sencillo—, vencido por la vergüenza, no se atrevía a manifestar su problema al venerable Padre. Pero lo que el hombre no le descubrió, se lo reveló el Espíritu. Mandó a dicho hermano le trajera tinta y papel, y, conforme a su deseo, escribió de su propia mano las alabanzas del Señor, añadiendo al fin su bendición. Le ofreció generosamente lo que había escrito, y desapareció por completo aquella tentación. Esta pequeña carta, conservada para la posteridad, concedió a muchos el remedio y la salud, de suerte que se hace patente a todos el gran mérito que tendrá ante Dios su redactor, el cual dejó tan poderosa eficacia en el billete que escribió.

7. En otro tiempo, una noble y piadosa mujer acudió confiada al Santo, pidiéndole insistentemente que se dignara interceder ante el Señor en favor de su marido, para que, con una abundante efusión de gracia, Dios le ablandara su duro corazón. En efecto, se mostraba muy cruel con ella, contrariándola y poniéndole obstáculos en el servicio de Cristo. Habiéndola escuchado el varón santo y compasivo, la confirmó en el bien con palabras sagradas y le aseguró que pronto conseguiría el consuelo apetecido, y al fin le mandó que anunciase a su marido, de parte de Dios y de la suya, que ahora es el tiempo de la clemencia y que luego será el de la justicia.

Dio fe la mujer a las palabras del siervo de Dios, y, recibida la bendición, volvió con presteza a su casa, encontró a su marido y le comunicó el mensaje recibido, confiando plenamente que se cumpliría la deseada promesa del Santo. Tan pronto como sus palabras llegaron a oídos de su marido, descendió sobre él el espíritu de gracia, ablandando de tal manera su corazón, que desde entonces permitió a su devota cónyuge servir libremente a Dios, y, junto con ella, se ofreció también él al servicio del Señor. Por insinuación de la santa mujer vivieron durante muchos años en perfecta continencia y finalmente ambos emigraron el mismo día al Señor; la mujer a la mañana y el hombre a la tarde; ella como *sacrificio matutino*, él como *ofrenda de la tarde* [7].

8. Cuando el siervo de Dios yacía enfermo en Rieti, le presentaron en una camilla —víctima de grave enfermedad— a un prebendado de nombre Gedeón, hombre lascivo y mundano. Con lágrimas en los ojos le rogaba, junto con los presentes, que trazase sobre él la señal de la cruz. Le repuso el Santo: «Has vivido en el pasado según los antojos de la carne, sin temer los

[6] El hermano León.
[7] Núm 28,8.23; Sal 140,2.

juicios de Dios. Mira: no por tus súplicas, sino por las devotas plegarias de los que interceden en favor tuyo, haré sobre ti la señal de la cruz; mas te aseguro desde ahora que, si *vuelves otra vez al vómito* del pecado [8], sufrirás mayores males».

Hecha la señal de la cruz sobre el enfermo desde la cabeza hasta los pies, crujieron los huesos de su cintura —ruido que oyeron todos— con un chasquido semejante al que se produce cuando con la mano se rompe leña seca. Al instante, el que había estado postrado con los miembros agarrotados, se levantó sano y salvo, prorrumpiendo en alabanzas a Dios, y exclamó: «¡Ya estoy curado!»

Mas poco después, olvidándose de Dios, volvió a entregarse a la vida de impureza. Y he aquí que cierta tarde en que había cenado en casa de un canónigo y se había quedado aquella noche a dormir allí, de pronto se derrumbó sobre todos ellos la techumbre del edificio. Todos escaparon a la muerte, excepto aquel miserable, que pereció. Así se puso de manifiesto al mismo tiempo con este singular acontecimiento cuán severo es el celo de la justicia de Dios para con los ingratos y cuán veraz y cierto en las dudas fue el espíritu de profecía de que estaba lleno Francisco.

9. En aquel mismo tiempo, después de haber regresado de su viaje a ultramar, llegó a Celano a predicar; y allí, un caballero, movido por la devoción, le invitó insistentemente a quedarse a comer con él, y casi le forzó al que se resistía. Pero antes de ponerse a comer, al dirigir el devoto varón —según su costumbre— preces y alabanzas a Dios, vio en espíritu que a aquel hombre se le aproximaban la muerte y el consiguiente juicio, y con la mente fija en Dios tenía los ojos vueltos al cielo. Concluida por fin la oración, llamó a solas al bondadoso huésped y le predijo la cercanía de su muerte, le exhortó a que se confesara y le animó —cuanto pudo— a hacer el bien. Accedió en seguida el hombre a las palabras del Santo y descubrió en confesión todos sus pecados al compañero de éste, puso en orden su casa, se encomendó a la divina misericordia y se preparó, en cuanto pudo, a recibir la muerte.

Mientras los demás tomaban la refección corporal, aquel caballero que parecía tan sano y robusto, súbitamente exhaló su espíritu —según se lo había anunciado el varón de Dios—, siendo arrebatado por una muerte repentina. Con todo, gracias al espíritu profético del Santo, fue confortado de antemano con las armas de la penitencia, para evitar así la condenación eterna y poder entrar —conforme a la promesa evangélica [9]— en las moradas eternas.

[8] Prov 26,11.
[9] Mt 25,34ss.

5. Obediencia de las criaturas y condescendencia divina

1. En verdad, asistía al siervo de Dios *el Espíritu del Señor, que lo había ungido,* y el mismo *Cristo, fuerza y sabiduría de Dios* [1], por cuyo poder y gracia no sólo le eran descubiertos los arcanos misterios, sino que también le obedecían los elementos de este mundo.

En una ocasión en que le aconsejaban los médicos y le persuadían los hermanos con insistentes súplicas a que se sometiera a la operación del cauterio para curar la enfermedad de los ojos, el varón de Dios se avino humildemente a ello, considerando que sería no sólo remedio para la dolencia corporal, sino también materia para ejercitarse en la virtud. Estremecida su carne con un sentimiento natural de horror a la vista del instrumento de hierro ya incandescente, comenzó a hablar al fuego como a un hermano suyo, mandándole, en nombre y poder del Creador, que atemperase su ardor, para que, quemando suavemente, fuera él capaz de soportarlo. Penetró crujiente el hierro en aquella carne delicada, extendiéndose el cauterio desde el oído hasta las cejas. Al término de la operación, el varón lleno de Dios, exultando en su espíritu, dijo a sus hermanos: «Alabad al Altísimo, pues —a decir verdad— ni el ardor del fuego me ha producido molestia alguna ni me ha afectado en lo más mínimo el dolor de la carne».

2. Encontrándose el siervo de Dios bajo el peso de una gravísima dolencia en el eremitorio de San Urbano, y al sentir el desfallecimiento de la naturaleza, pidió un vaso de vino. Al responderle que era imposible acceder a su deseo, puesto que no había allí ni una gota de vino, ordenó que se le trajera agua. Una vez presentada, la bendijo, haciendo sobre ella la señal de la cruz. De pronto, lo que había sido pura agua, se convirtió en óptimo vino, y lo que no pudo ofrecer la pobreza de aquel lugar desértico, lo obtuvo la pureza del Santo. Apenas gustó el vino, se recuperó de su enfermedad con tan gran presteza, que se puso claramente en evidencia que aquella deseada bebida le fue concedida por el generoso Dador no tanto para satisfacer el sentido de su gusto como para ofrecerle una eficaz medicina para su salud.

3. En otro tiempo, quiso el varón de Dios trasladarse a un eremitorio para dedicarse allí más libremente a la contemplación, y, como estaba débil, se hizo llevar en el asnillo de un pobre campesino. Era un día caluroso de verano. El hombre seguía al siervo de Dios en la ascensión de la montaña, iba cansado por la áspera y larga caminata y se sentía desfallecer por una sed abrasadora. Sin poder resistir, comenzó a gritar reiteradamente, diciendo que, si no bebía algo, exhalaría pronto su espíritu. Sin tardanza, se apeó del jumentillo el varón de Dios, e, hincadas las rodillas en el suelo y alzadas las manos al cielo, no cesó de orar hasta que comprendió haber sido escuchado. Terminada la oración, dijo al

[1] Lc 4,18; 1Cor 1,24.

hombre sediento: «Corre a aquella roca, y encontrarás allí agua viva que Cristo en este momento ha sacado misericordiosamente de la piedra para que tú bebas de ella». Corrió el hombre al lugar señalado, y bebió del agua brotada de la roca en virtud de la oración del Santo y extrajo el líquido que Dios le proporcionara de una peña durísima.

4. En cierta ocasión en que el siervo del Señor predicaba en Gaeta, a orillas del mar, queriendo esquivar los aplausos de la turba, que, llevada de la devoción, se precipitaba sobre él, corrió a refugiarse él solo en una barca que estaba junto a la orilla. Y he aquí que la barca —como si fuera movida por un motor interior dotado de razón—, sin remero alguno, se apartó de la tierra mar adentro ante la mirada y asombro de todos. Alejada a cierta distancia en medio del mar, permaneció inmóvil entre las olas todo el tiempo en que el varón de Dios quiso predicar a la muchedumbre que le miraba desde la orilla. Cuando la gente que había escuchado el sermón y contemplado el prodigio, se retiró de allí, a ruegos del Santo, después de haber recibido su bendición, arribó a la orilla la barca, impulsada no por otras órdenes que las del cielo, como si *la criatura que sirve a su Hacedor* [2] se sometiese sin rebeldía a este perfecto adorador del Creador y le obedeciese sin tardanza.

5. Mientras estaba morando una temporada en el eremitorio de Greccio, los habitantes de aquel lugar se veían atormentados por muchos males. Por una parte, las tempestades de granizo devastaban anualmente los campos y viñedos; por otra, manadas de lobos rapaces hacían grandes estragos no sólo entre los animales, sino hasta en los mismos hombres. Compadecido en su bondad el siervo del Señor omnipotente de aquellas gentes tan gravemente afligidas, en una predicación les prometió públicamente —y salió fiador de ello— que desaparecerían todas aquellas calamidades si, confesados sus pecados, estaban dispuestos a *hacer dignos frutos de penitencia* [3].

Siguiendo las amonestaciones del Santo, hicieron penitencia, y desde aquel día cesaron las plagas, desaparecieron los peligros, y ni los lobos ni el granizo volvieron a causarles daño alguno. Es más, si alguna vez el granizo llegaba a devastar los campos vecinos, al acercarse a los terminos de Greccio, se disipaba allí mismo la tempestad o tomaba otra dirección.

6. En otra ocasión, cuando el varón de Dios recorría predicando el valle de Espoleto, al acercarse a Bevagna llegó a un punto donde se había reunido una gran bandada de aves de toda especie. Se detuvo a mirarlas con ojos piadosos, e, invadido por el Espíritu del Señor, se dirigió velozmente hacia ellas y, saludándolas alegremente, les impuso silencio y les mandó que oyeran con atención la palabra de Dios. Después de haberles hablado largamente de los beneficios que el Señor prodiga a las criaturas y de

[2] Sab 16,24.
[3] Mt 3,8.

las alabanzas que éstas deben rendirle, las avecillas, gesticulando de modo admirable, comenzaron a alargar sus cuellecitos, a extender las alas, abrir los picos y a mirarle fijamente, como si se esforzaran en sentir el poder maravilloso de sus palabras.

Y era justo, en verdad, que el varón lleno de Dios, que sentía una inclinación piadosa y humana hacia las criaturas carentes de razón, fuera, a su vez, correspondido por éstas, aficionándosele de modo tan admirable, que le escuchaban cuando las instruía, le obedecían cuando les daba órdenes, se posaban con confianza en sus manos y permanecían sin dificultad con quien las retenía.

7. En aquel tiempo en que, por conseguir la palma del martirio, intentara pasar a tierras de ultramar —proyecto que no pudo llevar a feliz término impedido por las tempestades marinas—, de tal modo le asistió la amorosa providencia de Aquel que lo dirige todo, que le libró de los peligros de muerte juntamente con otros muchos y realizó, en atención a él, obras maravillosas en medio del mar. Efectivamente, al proponerse volver de Eslavonia a Italia, embarcó en una nave sin avituallamiento alguno. Ahora bien, nada más subir a bordo, se presentó un desconocido enviado por Dios en favor del pobrecillo de Cristo, que traía consigo los alimentos necesarios para la travesía, y, llamando aparte a un marinero temeroso de Dios, se los entregó para que en tiempo oportuno los distribuyera entre aquellos pobrecillos que nada tenían.

Y sucedió que a causa del fuerte temporal no pudieron arribar los tripulantes a ningún puerto. Entre tanto se consumieron todos los víveres, quedando tan sólo la pequeña porción de limosna prodigiosamente otorgada para el dichoso varón. Por las plegarias y méritos de Francisco, hizo el poder divino que se multiplicara tan considerablemente esa insignificante cantidad, que, a pesar de tener que estar muchos días en el mar debido al continuo temporal, fue suficiente para llenar cumplidamente las necesidades de todos hasta que llegaron al ansiado puerto de Ancona.

8. Aconteció también otra vez que, viajando el varón de Dios con un compañero suyo, por motivo de predicación, entre Lombardía y la Marca Trevisana, junto al río Po, les sorprendió la espesa oscuridad de la noche. El camino que debían recorrer era sumamente peligroso a causa de las tinieblas, el río y los pantanos. Viéndose en tan apretada coyuntura, el compañero le rogó al Santo que implorase el auxilio divino. Respondióle el varón de Dios lleno de una gran confianza: «Poderoso es Dios —si place a su bondad— para disipar las sombrías tinieblas y concedernos el beneficio de su luz». ¡Cosa admirable! Apenas había terminado de hablar, cuando de pronto —por intervención del cielo— comenzó a brillar en torno suyo una luz tan esplendente, que, siendo oscura la noche en otras partes, al resplandor de aquella claridad ellos distinguían no sólo el camino, sino también muchas cosas que se presentaban en torno suyo al otro lado del río.

9. Ciertamente, en medio de las densas tinieblas de la noche, les precedía el fulgor de la claridad celeste, para que con ello se

hiciera patente que no pueden ser envueltos *en la oscuridad de la muerte* [4] quienes por senda recta siguen *la luz de la vida* [5]. Así sucedió que, dirigidos corporalmente y reconfortados en el espíritu con el maravilloso resplandor de aquella luz, recorrieron gran parte de la ruta cantando himnos y alabanzas hasta que llegaron al lugar del hospedaje.

¡Oh varón preclaro y admirable!, para quien el fuego atempera su ardor, el agua cambia su gusto, la roca brinda bebida abundante, le sirven los seres inanimados, se le amansan las bestias feroces y le atienden con interés las criaturas irracionales; el mismo Señor del universo se pliega benignamente a sus deseos cuando con liberalidad le prepara el alimento, le guía por el camino con la claridad de su luz, de suerte que —como a varón de eximia santidad— toda criatura se pone a su servicio y hasta el mismo Creador de cielo y tierra condesciende a sus deseos.

6. Las sagradas llagas

1. Francisco, fiel siervo y ministro de Cristo, dos años antes de entregar su espíritu a Dios, habiendo iniciado en un lugar elevado y solitario, llamado monte Alverna, la cuaresma de ayuno en honor del arcángel San Miguel —inundado más abundantemente que de ordinario por la dulzura de la superna contemplación y abrasado en una llama más ardiente de deseos celestiales—, comenzó a experimentar un mayor cúmulo de dones y gracias divinas.

Elevándose, pues, a Dios a impulsos del ardor seráfico de sus deseos y transformado, por el afecto de su tierna compasión, en Aquel que, en aras de su extremada caridad, aceptó ser crucificado, una mañana próxima a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, mientras oraba en uno de los flancos del monte, vio bajar de lo más alto del cielo así como la figura de un serafín, que tenía seis alas tan ígneas como resplandecientes [1]. En vuelo rapidísimo avanzó hacia el lugar donde se hallaba el varón de Dios, deteniéndose en el aire. Y apareció no sólo alado, sino también crucificado: tenía las manos y los pies extendidos y clavados a la cruz, y las alas dispuestas, de una parte a otra, en forma tan maravillosa, que dos de ellas se alzaban sobre su cabeza, las otras dos estaban extendidas para volar, y las dos restantes rodeaban y cubrían todo el cuerpo.

2. Ante tal visión quedó lleno de estupor y experimentó en su corazón un gozo mezclado de dolor. En efecto, el aspecto gracioso de Cristo, que se le presentaba de forma tan misteriosa como familiar, le producía una intensa alegría, al par que la con-

[4] Job 10,21.
[5] Jn 8,12.
[1] Is 6,2.

templación de la terrible crucifixión *atravesaba* su *alma con la espada de un dolor* compasivo [2].

Comprendió entonces —instruido interiormente por aquel que se le aparecía al exterior— que, si bien la debilidad de la pasión en modo alguno se avenía con la inmortalidad del espíritu de un serafín, se le había presentado a sus ojos aquella visión para que el amigo de Cristo supiese de antemano que debía ser del todo transformado en una clara imagen de Cristo Jesús crucificado no por el martirio de la carne, sino mediante el incendio de su espíritu. Y así sucedió, porque, al desaparecer la visión después de un arcano y familiar coloquio, quedó su alma interiormente inflamada en ardores seráficos y exteriormente se le grabó en su carne la efigie conforme al Crucificado, como si a la previa virtud licuefactiva del fuego le hubiera seguido una cierta grabación configurativa.

3. Al instante comenzaron a aparecer en sus manos y pies las señales de los clavos, viéndose las cabezas de los mismos en la parte interior de las manos y en la superior de los pies, mientras que sus puntas se hallaban al lado contrario. Las cabezas de los clavos eran redondas y negras en las manos y en los pies; las puntas aparecían alargadas, retorcidas y remachadas y, sobresaliendo de la misma carne, rebasaban el resto de ella. Y, en verdad, las puntas de los clavos remachadas debajo de los pies eran tan destacadas y prominentes hacia el exterior, que no sólo no le permitían fijar libremente las plantas en el suelo, sino que —según me informaron los que lo vieron con sus propios ojos— se podía introducir fácilmente un dedo a través de la curva en arco que formaban las dichas puntas.

Asimismo, el costado derecho —como si hubiera sido traspasado por una lanza— llevaba una roja cicatriz, que, derramando con frecuencia sangre sagrada, empapaba tan copiosamente la túnica y los calzones, que, al lavarlos luego a su tiempo los compañeros del Santo, advertían sin duda que así como en las manos y en los pies, también en el costado tenía el siervo del Señor impresa la semejanza con el Crucificado.

4. Viendo el varón lleno de Dios que no podían permanecer ocultas a sus compañeros más íntimos aquellas llagas tan claramente impresas en su carne y temeroso, por otra parte, de publicar el secreto del Señor, se vio envuelto en una angustiosa incertidumbre, sin saber a qué atenerse: si manifestar o más bien callar la visión tenida. Por fin, estimulado por el aguijón de la conciencia, refirió detalladamente —no sin mucho temor— la dicha visión a algunos de sus compañeros más íntimos; y añadió que Aquel que se le había aparecido le reveló algunas cosas que jamás, mientras él viviera, descubriría a hombre alguno.

Después que el verdadero amor de Cristo había transformado en su propia imagen a este amante suyo, terminado el plazo de

[2] Lc 2,35.

cuarenta días que se había propuesto pasar en aquella soledad de Alverna y próxima ya la solemnidad del arcángel Miguel, descendió del monte el angélico varón Francisco, llevando consigo la efigie del Crucificado, no esculpida por mano de algún artífice *en tablas de piedra* o de madera, sino impresa *por el dedo de Dios vivo* [3] en los miembros de su carne.

5. Como quiera que el varón santo y humilde se esforzaba por encubrir con toda diligencia aquellas sagradas señales, plugo al Señor realizar para su gloria, mediante las mismas, algunos patentes prodigios, para que, poniendo en evidencia por estos claros signos el poder oculto de dichas llagas, resplandeciese como astro brillantísimo en medio de las densas oscuridades de este siglo tenebroso. Sirva como prueba de ello el siguiente hecho.

Antes de la permanencia del Santo en el mencionado monte Alverna, se solía formar en el mismo monte una oscura nube, que desencadenaba en las cercanías una violenta tempestad, devastando periódicamente los frutos de la tierra. Pero a partir de aquella dichosa aparición cesó el acostumbrado granizo, no sin admiración y gozo de los habitantes del lugar, de modo que el mismo aspecto del cielo, serenado como no era costumbre, ponía de manifiesto la excelencia de aquella visión celeste y el poder de las llagas que allí fueron impresas.

6. En aquel mismo tiempo se había propagado en la provincia de Rieti una grave peste, que en tal grado comenzó a infestar todo ganado lanar y vacuno, que casi todo él parecía estar atacado de una enfermedad sin remedio. Pero un hombre temeroso de Dios fue advertido en una visión nocturna que se acercara apresuradamente al eremitorio de los hermanos donde a la sazón moraba el bienaventurado Padre y que, consiguiendo de sus compañeros el agua en que el Santo se había lavado las manos y los pies, rociara con ella los animales enfermos; de este modo desaparecería toda aquella peste. Habiendo cumplido diligentemente dicho encargo aquel hombre, Dios infundió tal poder al agua que había tocado las sagradas llagas, que por poco que alcanzase su aspersión a los animales enfermos, se alejaba al punto la plaga pestilencial y, recuperando los animales su primitivo vigor, salían corriendo a pastar, como si antes no hubieran padecido mal alguno.

7. Aquellas manos consiguieron desde entonces un poder tan maravilloso, que a su contacto salutífero devolvían a los enfermos una sólida fortaleza, y a los paralíticos la recuperación del sentido y movimiento en sus miembros ya áridos; y lo que es mucho más prodigioso que todo esto: otorgaban a los mortalmente heridos la reintegración a una vida totalmente sana. De entre sus muchos prodigios voy a adelantar dos en forma resumida.

En Lérida, un hombre llamado Juan, devoto del bienaventu-

[3] Ex 31,18; Jn 11,27.

rado Francisco, una tarde fue tan atrozmente cosido de heridas, que se creía difícil pudiera sobrevivir hasta el día siguiente. Entonces se le apareció de modo admirable el santísimo Padre, y, tocándole en las heridas con sus sagradas manos, en el mismo *momento* recuperó *tan* por completo su salud, que toda aquella región proclamaba al prodigioso portaestandarte de la cruz como dignísimo de toda veneración. Pues ¿quién podría contemplar sin admiración a un hombre no desconocido que unos segundos antes se encontraba desgarrado por heridas gravísimas y que ahora aparecía gozando de perfecta salud? ¿Quién no recordarlo sin acción de gracias? En fin, ¿qué alma fiel puede ponderar sin devoción un milagro tan lleno de piedad, tan poderoso y preclaro?

8. En Potenza, ciudad de la Pulla, un clérigo llamado Rogerio, mientras pensaba con ligereza acerca de los sagrados estigmas del bienaventurado Padre, de improviso fue herido en su mano izquierda debajo del guante que llevaba puesto, como si le hubiera alcanzado una saeta despedida por una ballesta; el guante, empero, permaneció intacto. Atormentado durante tres días por agudísimos dolores y sinceramente arrepentido ya de su comportamiento, invocó al bienaventurado Francisco y le conjuró por sus gloriosas llagas que viniera en su auxilio; y obtuvo una curación tan cabal, que desapareció todo dolor y no le quedó la más leve huella de la lesión. De lo cual se deduce claramente que aquellas sagradas señales fueron grabadas con el poder y dotadas de la virtud de Aquel de quien es propio infligir heridas y proporcionar su curación, vulnerar a los obstinados y *sanar a los contritos de corazón* [4].

9. Era justo que este afortunado varón apareciera distinguido con tan singular privilegio, ya que todo su empeño —lo mismo en público que en privado— se cifró en la cruz del Señor. En efecto, tanto su admirable suavidad y mansedumbre como su austeridad de vida, su profunda humildad, su pronta obediencia, su eximia pobreza y su castidad incontaminada; su amarga compunción, el torrente de sus lágrimas y su piedad entrañable; el ardor de su celo, su anhelo de martirio, el exceso de su caridad, y, en fin, la múltiple prerrogativa de sus virtudes cristiformes, ¿qué otra cosa pretenden ser en él sino un asimilar a Cristo y como una especie de preparación para recibir sus sagradas llagas? Por eso, desde su conversión y en el decurso de su vida toda fue adornado con los gloriosos misterios de la cruz de Cristo, y, por último, a la vista del sublime Serafín y del humilde Crucificado, fue todo él transformado —mediante una fuerza deiforme e ígnea— en la efigie que se le había aparecido, según han testimoniado quienes vieron, tocaron y besaron las sagradas llagas; y, jurando —con las manos puestas sobre los libros sagrados— que así sucedió y que ellos contemplaron dichos estigmas, confirmaron el hecho con una mayor garantía de certeza.

[4] *Lc* 4,18.

cuarenta días que se había propuesto pasar en aquella soledad de Alverna y próxima ya la solemnidad del arcángel Miguel, descendió del monte el angélico varón Francisco, llevando consigo la efigie del Crucificado, no esculpida por mano de algún artífice *en tablas de piedra* o de madera, sino impresa *por el dedo de Dios vivo* [3] en los miembros de su carne.

5. Como quiera que el varón santo y humilde se esforzaba por encubrir con toda diligencia aquellas sagradas señales, plugo al Señor realizar para su gloria, mediante las mismas, algunos patentes prodigios, para que, poniendo en evidencia por estos claros signos el poder oculto de dichas llagas, resplandeciese como astro brillantísimo en medio de las densas oscuridades de este siglo tenebroso. Sirva como prueba de ello el siguiente hecho.

Antes de la permanencia del Santo en el mencionado monte Alverna, se solía formar en el mismo monte una oscura nube, que desencadenaba en las cercanías una violenta tempestad, devastando periódicamente los frutos de la tierra. Pero a partir de aquella dichosa aparición cesó el acostumbrado granizo, no sin admiración y gozo de los habitantes del lugar, de modo que el mismo aspecto del cielo, serenado como no era costumbre, ponía de manifiesto la excelencia de aquella visión celeste y el poder de las llagas que allí fueron impresas.

6. En aquel mismo tiempo se había propagado en la provincia de Rieti una grave peste, que en tal grado comenzó a infestar todo ganado lanar y vacuno, que casi todo él parecía estar atacado de una enfermedad sin remedio. Pero un hombre temeroso de Dios fue advertido en una visión nocturna que se acercara apresuradamente al eremitorio de los hermanos donde a la sazón moraba el bienaventurado Padre y que, consiguiendo de sus compañeros el agua en que el Santo se había lavado las manos y los pies, rociara con ella los animales enfermos; de este modo desaparecería toda aquella peste. Habiendo cumplido diligentemente dicho encargo aquel hombre, Dios infundió tal poder al agua que había tocado las sagradas llagas, que por poco que alcanzase su aspersión a los animales enfermos, se alejaba al punto la plaga pestilencial y, recuperando los animales su primitivo vigor, salían corriendo a pastar, como si antes no hubieran padecido mal alguno.

7. Aquellas manos consiguieron desde entonces un poder tan maravilloso, que a su contacto salutífero devolvían a los enfermos una sólida fortaleza, y a los paralíticos la recuperación del sentido y movimiento en sus miembros ya áridos; y lo que es mucho más prodigioso que todo esto: otorgaban a los mortalmente heridos la reintegración a una vida totalmente sana. De entre sus muchos prodigios voy a adelantar dos en forma resumida.

En Lérida, un hombre llamado Juan, devoto del bienaventu-

[3] Ex 31,18; Jn 11,27.

rado Francisco, una tarde fue tan atrozmente cosido de heridas, que se creía difícil pudiera sobrevivir hasta el día siguiente. Entonces se le apareció de modo admirable el santísimo Padre, y, tocándole en las heridas con sus sagradas manos, en el mismo momento recuperó tan por completo su salud, que toda aquella región proclamaba al prodigioso portaestandarte de la cruz como dignísimo de toda veneración. Pues ¿quién podría contemplar sin admiración a un hombre no desconocido que unos segundos antes se encontraba desgarrado por heridas gravísimas y que ahora aparecía gozando de perfecta salud? ¿Quién no recordarlo sin acción de gracias? En fin, ¿qué alma fiel puede ponderar sin devoción un milagro tan lleno de piedad, tan poderoso y preclaro?

8. En Potenza, ciudad de la Pulla, un clérigo llamado Rogerio, mientras pensaba con ligereza acerca de los sagrados estigmas del bienaventurado Padre, de improviso fue herido en su mano izquierda debajo del guante que llevaba puesto, como si le hubiera alcanzado una saeta despedida por una ballesta; el guante, empero, permaneció intacto. Atormentado durante tres días por agudísimos dolores y sinceramente arrepentido ya de su comportamiento, invocó al bienaventurado Francisco y le conjuró por sus gloriosas llagas que viniera en su auxilio; y obtuvo una curación tan cabal, que desapareció todo dolor y no le quedó la más leve huella de la lesión. De lo cual se deduce claramente que aquellas sagradas señales fueron grabadas con el poder y dotadas de la virtud de Aquel de quien es propio infligir heridas y proporcionar su curación, vulnerar a los obstinados y *sanar a los contritos de corazon* [4].

9. Era justo que este afortunado varón apareciera distinguido con tan singular privilegio, ya que todo su empeño —lo mismo en público que en privado— se cifró en la cruz del Señor. En efecto, tanto su admirable suavidad y mansedumbre como su austeridad de vida, su profunda humildad, su pronta obediencia, su eximia pobreza y su castidad incontaminada; su amarga compunción, el torrente de sus lágrimas y su piedad entrañable; el ardor de su celo, su anhelo de martirio, el exceso de su caridad, y, en fin, la múltiple prerrogativa de sus virtudes cristiformes, ¿qué otra cosa pretenden ser en él sino un asimilar a Cristo y como una especie de preparación para recibir sus sagradas llagas? Por eso, desde su conversión y en el decurso de su vida toda fue adornado con los gloriosos misterios de la cruz de Cristo, y, por último, a la vista del sublime Serafín y del humilde Crucificado, fue todo él transformado —mediante una fuerza deiforme e ígnea— en la efigie que se le había aparecido, según han testimoniado quienes vieron, tocaron y besaron las sagradas llagas; y, jurando —con las manos puestas sobre los libros sagrados— que así sucedió y que ellos contemplaron dichos estigmas, confirmaron el hecho con una mayor garantía de certeza.

[4] Lc 4,18.

7. El tránsito

1. *Clavado* ya *a la cruz, juntamente con Cristo* [1]. tanto en su carne como en su espíritu, el varón de Dios no sólo se elevaba a Dios por el incendio del amor seráfico, sino que, atravesado su corazón por un ferviente celo de las almas, a una con el Señor crucificado anhelaba la salvación de todos los que han de salvarse. Y, no pudiendo caminar a causa de los clavos que sobresalían en la planta de sus pies, se hacía llevar su cuerpo medio muerto a través de las ciudades y aldeas para que —como aquel otro *ángel que subía del oriente* [2]— encendiera en la llama del fuego divino los corazones de los siervos de Dios, *para dirigir sus pasos por el camino de la paz* [3] y *marcar sus frentes con el sello de Dios vivo* [4]. Se abrasaba también en el ardiente deseo de volver a la humildad de los primeros tiempos, dispuesto a servir —como al principio— a los leprosos y a someter a la servidumbre de antes su cuerpo, desgastado ya por el trabajo y sufrimiento.

2. Se proponía —teniendo a Cristo de guía— realizar cosas grandes, y, aunque sumamente débil en su cuerpo, pero vigoroso y férvido en el espíritu, soñaba con nuevas batallas y nuevos triunfos sobre el enemigo. Y, en verdad, para que en el pequeñuelo de Cristo se acrecentase el cúmulo de méritos que tienen su real consumación en la perfecta paciencia, comenzó a sufrir tantas y tan graves enfermedades, que se extendieron las dolorosas molestias a cada uno de los miembros de su cuerpo, y, consumidas ya sus carnes, parecía como si sólo le quedara la piel adherida a los huesos.

Y, a pesar de verse atormentado con tan acerbos dolores, decía que aquellas sensibles angustias no eran penas, sino hermanas suyas, y, sobrellevándolas alegremente, dirigía tan ardientes alabanzas y acciones de gracias a Dios, que a los hermanos que le asistían les parecía ver a otro Pablo, en su gozoso y humilde gloriarse ante la debilidad [5], o a un nuevo Job, en el imperturbable vigor de su ánimo.

3. El Santo tuvo, con mucha antelación, conocimiento de la hora de su muerte, y, estando cercano el día de su tránsito, comunicó a sus hermanos que pronto iba a abandonar la tienda de su cuerpo, según se lo había manifestado el mismo Cristo.

Así, pues, dos años después de la impresión de las sagradas llagas, es decir, al vigésimo año de su conversión, pidió ser trasladado a Santa María de la Porciúncula, para que allí donde por mediación de la Virgen madre de Dios había concebido el espíritu de perfección y de gracia, en el mismo lugar —rindiendo tributo a la muerte— llegase al premio de la eterna retribución.

[1] Gal 2,19.
[2] Ap 7,2.
[3] Lc 1,79.
[4] Ap 7,3.
[5] 2Cor 11,30; 12,5.9.

Conducido, pues, a dicho lugar y para demostrar con un ejemplo de verdad que nada tenía él de común con el mundo, en medio de aquella enfermedad tan grave que dio término a todas sus dolencias, se postró totalmente desnudo sobre la desnuda tierra, dispuesto en este trance supremo —en que el enemigo podía aún desfogar sus iras— a luchar desnudo con el desnudo. Tendido así en tierra y desnudado como atleta en la arena, cubrió con la mano izquierda la herida del costado derecho para que no fuera vista, elevó en la forma acostumbrada su sereno rostro al cielo y, fijando toda su atención en la gloria, comenzó a bendecir al Altísimo, porque, desembarazado de todas las cosas, podía ya libremente sumergirse en El.

4. Acercándose ya, por fin, el momento de su tránsito, hizo llamar a su presencia a todos los hermanos que estaban en el lugar y, tratando de suavizar con palabras de consuelo el dolor que sentían ante su muerte, los exhortó con paterno afecto a amar a Dios. Además les dejó, como legado y herencia, la posesión de la pobreza y de la paz, les recomendó encarecidamente que aspiraran a los bienes eternos precaviéndose de los peligros de este mundo, y con toda la fuerza persuasiva de que fue capaz los indujo a seguir perfectamente las huellas de Jesús crucificado.

Sentados los hijos en torno al patriarca de los pobres, cuya *vista se había* ya *debilitado* no por *vejez* [6], sino por las lágrimas, el santo varón —medio ciego y próximo ya a la muerte— extendió las manos sobre ellos, teniendo los brazos en forma de cruz por el amor que siempre había profesado a esta señal, y bendijo, en virtud y en nombre del Crucificado, a todos los hermanos tanto presentes como ausentes.

5. A continuación pidió que se le leyera el pasaje del evangelio según San Juan que comienza así: *Antes de la fiesta de Pascua* [7], para escuchar en esa palabra *la voz de su Amado que lo llamaba* [8], de quien tan sólo le separaba la débil pared de la carne. Por fin, cumplidos en él todos los misterios, orando y cantando salmos, se durmió en el Señor este afortunado varón, y su alma santísima —liberada ya de las ataduras de la carne— se sumergió en el abismo de la claridad eterna.

En aquel mismo momento, un hermano y discípulo suyo, varón insigne por su santidad, vio subir derecha al cielo aquella dichosa alma bajo la forma de una estrella fulgentísima, transportada hacia arriba por una blanca nubecilla sobre un mar de agua. Efectivamente, aquella alma —brillante por el candor de su conciencia y la prerrogativa de sus virtudes— se remontaba a lo alto con tal empuje por la afluencia de gracias y de virtudes conformantes con Dios, que no se le podía retardar ni siquiera un momento la visión de la luz y de la gloria celestes.

6. Asimismo, el ministro a la sazón de los hermanos en la

[6] Gén 27,15; 48,10.
[7] Jn 13,1.
[8] Ct 5,2.

Tierra de Labor, de nombre Agustín, varón amado de Dios, que se encontraba a las puertas de la muerte y que tiempo atrás había perdido el habla, de pronto exclamó de forma que le oyeran los que estaban presentes: «¡Espérame, Padre; espera, que ya voy contigo!» Al preguntarle admirados los hermanos a quién hablaba así, aseguró que veía ir al cielo al bienaventurado Francisco; y nada más decir estas palabras, él mismo también descansó felizmente en paz.

En aquel mismo tiempo, el obispo de Asís había ido en peregrinación al santuario de San Miguel, sito en el monte Gargano. Estando allí, se le apareció, lleno de júbilo, el bienaventurado Francisco a la hora misma de su tránsito, y le dijo que dejaba el mundo y que se iba muy contento al cielo. Al levantarse a la mañana siguiente, el obispo refirió a los compañeros la visión que había tenido, y, vuelto a Asís, comprobó con toda certeza —tras una cuidadosa investigación— que a la misma hora en que se le presentó dicha visión había emigrado de este mundo el bienaventurado Padre.

7. Cuán eximia fuera la santidad de este preclaro varón, Dios —en su inmensa bondad— se dignó darlo a conocer mediante muchos y estupendos milagros realizados también después de su tránsito. En efecto, a su invocación y por sus méritos la fuerza todopoderosa de Dios otorgó vista a los ciegos, oído a los sordos, la palabra a los mudos, el andar a los cojos, el sentido y movimiento a los paralíticos; restituyó una completa salud a los miembros áridos, contraídos y rotos, libertó a los encarcelados, condujo a puerto de salvación a los náufragos, facilitó el alumbramiento a las que peligraban en el momento del parto, ahuyentó los demonios de los cuerpos posesos; finalmente, concedió limpieza y sanidad a los que padecían flujo de sangre y a los leprosos, hizo recobrar el perfecto estado de salud a los mortalmente heridos y, lo que todavía es mucho más prodigioso que todo eso, devolvió la vida a muertos.

8. Innumerables son también los beneficios de Dios que por su intercesión no cesan de derramarse a raudales en diversas partes del mundo; yo mismo, que he descrito todo lo anterior, lo he comprobado por propia experiencia en mi persona. Pues, estando muy gravemente enfermo cuando aún era niño pequeño, mi madre hizo una promesa en favor mío al bienaventurado padre Francisco, y me libré de las fauces de la muerte, quedando completamente restablecido. Y, conservando un vivo recuerdo de ello, ahora lo confieso sincera y abiertamente, no sea que, silenciando tamaño beneficio, se me tache de crimen de ingratitud.

Recibe, pues, Padre bienaventurado —aunque pobres y por mucho inferiores a tus méritos y beneficios—, nuestras acciones de gracias, y, cuando acojas nuestros votos, excusa nuestras culpas y ruega para que tus fieles devotos se vean libres de los males presentes y lleguen a los bienes eternos.

9. Para concluir el tema con un epílogo que sea como una

recapitulación de todo lo anteriormente escrito: quienquiera haya leído estas reflexiones, considere finalmente que la conversión del bienaventurado Francisco, acaecida de modo maravilloso; su eficacia en la predicación de la palabra divina, la prerrogativa de sus excelsas virtudes, su espíritu de profecía, unido a la inteligencia de las Escrituras; la obediencia de las criaturas irracionales, la impresión de las sagradas llagas y su glorioso tránsito de este mundo al cielo son como siete testimonios que muestran y confirman claramente ante el mundo entero que Francisco —como preclaro heraldo de Cristo, *que lleva* en sí mismo *el sello de Dios vivo* [9]— es digno de veneración por su oficio, auténtico en su doctrina y admirable por su santidad.

Que le sigan, pues, seguros quienes salen de Egipto, porque, dividido el mar con el báculo de la cruz de Cristo, atravesarán el desierto, pasando el Jordán de la mortalidad, para entrar —gracias al prodigioso poder de la misma cruz— en la tierra prometida de los vivientes, donde se digne introducirnos, por los sufragios del bienaventurado Padre, el ínclito salvador y guía Jesús, a quien con el Padre y el Espíritu Santo en trinidad perfecta se tribute toda alabanza, *honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén* [10].

[9] Ap 7,2.
[10] Rom 16,27.

LEYENDA DE LOS TRES COMPAÑEROS

A juzgar por el número de manuscritos que la han transmitido y por el tipo de variantes de los mismos, la Leyenda de los tres compañeros [1] *gozó de gran estima al menos desde comienzos del siglo XIV. Bartolomé de Pisa, en su obra* De conformitate, *escrita entre 1385 y 1390, la cita con mucha frecuencia. Esta importancia como fuente biográfica hizo que los Bolandistas le dieran cabida, junto a la* Vida primera *de Celano, y a la* Leyenda mayor *de San Buenaventura, en* Acta Sanctorum, *en 1768, al documentar la vida de San Francisco.*

Fue a raíz del cotejo crítico de las antiguas biografías, iniciado por Paul Sabatier, cuando el relato de los «Tres compañeros» entró a formar parte de la «cuestión franciscana» como pieza fundamental. Se trabaron en una polémica vivaz, pero fecunda, el mismo Sabatier, defensor de la autenticidad del opúsculo, y el bolandista Van Ortroy, que la negaba, considerando la Leyenda *como un plagio desacertado de fines del siglo XIII a base de las biografías oficiales.*

Tres han sido los intentos de realizar una edición crítica. En 1898 apareció la de M. Faloci-Pulignani, quien se sirvió de un manuscrito del siglo XV conservado hoy en el archivo provincial de los capuchinos de Asís [2]. En 1939 el P. Giuseppe Abate publicó otra edición utilizando el manuscrito de Sarnano, de comienzos del siglo XIV; iba acompañada de un amplio estudio, alarde de erudición y de técnica paleográfica, en que trataba de demostrar que el autor de la Leyenda *había manipulado todas las biografías anteriores —primera y segunda de Celano, San Buenaventura, el* Anónimo de Perusa—, *y que, por lo mismo, no pudo ser compuesta sino a fines del siglo XIII [3]. Finalmente, el P. Théophile Desbonnets, después de someter a crítica la posición del P. Abate y de otros estudiosos, y entrando a fondo en la confrontación de las familias de manuscritos, ofreció en 1974 la edición que consideramos definitiva [4].*

Teniendo en cuenta las conclusiones a que llega Desbonnets, podemos resumir así el estado del problema:

1) La carta de los «tres compañeros», León, Rufino y Angel, fechada en Greccio el 11 de agosto de 1246, es ciertamente auténtica. La contienen todos los manuscritos y no aparece nunca ni sola ni unida a otro documento. Pero su redacción denota, a todas luces, una mano diferente de la del texto de la Leyenda *que sigue a continuación. Cabe la hipótesis de que dicha carta acompañara un conjunto más extenso de informaciones escritas remitidas a Crescencio de Jesi. Los «tres compañeros» las habían redactado obedeciendo la orden dada por el capítulo de*

[1] S. CLASEN, *Die Dreigefährtenlegende des hl. Franziskus* (Werl-Westf. 1972); TH. DESBONNETS, *La Légende des trois compagnons:* Saint Francois d'Assise. Documents... (París 1968) 763-95; *La Légende des trois compagnons. Nouvelles recherches sur la généalogie des biografies primitives de saint Francois:* AFH 65 (1972) 66-106.

[2] *Legenda trium Sociorum ex cod. Fulgmatensi:* Miscell. Franc. 7 (1898) 81-107.

[3] *Legenda s. Francisci tribus ipsius sociis hucusque adscripta. Redactio antiquior iuxta cod. Sarnanensem:* Miscell. Franc. 39 (1939) 375-432.

[4] *Legenda trium sociorum. Édition critique:* AFH 67 (1974) 38-144.

1244 y por el mismo ministro general; pero ellos mismos afirman: «No va escrito en forma de leyenda, puesto que ya existen leyendas de su vida y de los milagros que Dios ha obrado por él; lo que hemos hecho es recoger, como de un ameno jardín, las flores más hermosas, según nos parecía, sin seguir un orden histórico...» (TC 1). Ahora bien, esta noción de florilegio se aplica muy bien al texto de la Leyenda de Perusa, *como veremos, pero no a la titulada* Leyenda de los tres compañeros, *que es verdadera «leyenda», es decir, una biografía estructurada según la sucesión de los hechos.*

La conclusión más aceptable parece ser que el texto en cuestión formaba parte del envío, pero no del «florilegio». Al quedar separado, probablemente por obra del mismo Celano, que lo utilizó ampliamente en toda la primera parte de su Vida segunda, *pero no en el resto del libro, la carta continuó unida, y fue transcrita en adelante tal como estaba por los copistas.*

2) ¿Quien es el autor? No, ciertamente, el mismo que el de la Leyenda de Perusa. *Un cotejo somero de los dos textos basta para demostrarlo. Desbonnets apunta la hipótesis de que fuera uno de los tres compañeros; no el hermano León, cuya manera de escribir es conocida, sino, quizá, el hermano Angel. Siempre en el supuesto de que debe ser considerada como obra de alguno de los «tres compañeros».*

3) ¿Cuándo fue escrita? Para responder a esta pregunta hay que afrontar en serio el problema de la interdependencia de las varias fuentes. Existe entre la Leyenda *y Celano,* Vida primera *y* segunda, *Julián de Espira, el* Anónimo de Perusa *y la* Leyenda mayor *de San Buenaventura. ¿Quien depende de quién?*

Examinando los lugares paralelos, parece fuera de duda que el autor de la Leyenda de los tres compañeros *ha tenido delante la primera de Celano, completándola en muchos detalles de interés, y, asimismo, la* Vita sancti Francisci, *de Julián de Espira, escrita entre 1232 y 1239 siguiendo la de Celano* [5]. *En cambio, es patente la dependencia de la segunda de Celano respecto de la* Leyenda. *El biógrafo oficial logra, con la ayuda del texto de ésta, llenar lagunas y precisar pormenores de la juventud y conversión de San Francisco que había omitido en la* Vida primera. *Veamos algunas concordancias significativas, que ponen de manifiesto la transformación sufrida por el texto en las hábiles manos de Celano.*

La sencilla noticia de que el primer nombre del Santo fue Juan, *que Pedro Bernardone cambió por el de* Francesco *al regresar de Francia (TC 2), se convierte en una señal de predestinación, y la respuesta de la madre a los vecinos, en una profecía, todo ello según el esquema del relato de Juan el Precursor (Lc 1,66) (2C 3). El paralelismo forzado con el Precursor sigue en el relato de la prisión de Francisco en Perusa (2C 4), cuando en la* Leyenda *todo es natural y sencillo (TC 4). En ésta (TC 7) se describe el episodio de la ronda de Francisco por las calles de Asís, ya en vías de conversión: se va quedando atrás abstraído; de improviso queda fuera de sí por la dulzura, «hasta el punto de que* —como él

[5] Ed. en AF 10 (Quaracchi 1941) 333-88.

mismo lo afirmó más tarde—, *aunque lo hubieran despedazado entonces, no hubieran podido moverlo del sitio». En Celano (2C 7), el relato toma forma rebuscada, de predicación moralizante. El éxtasis es descrito en términos de escuela. La referencia al recuerdo personal de Francisco se reduce a un* ut idem retulit *sin relieve. En el encuentro con el leproso (TC 11), según la* Leyenda, *Francisco, después del beso con él, monta de nuevo a caballo y prosigue su camino. En Celano (2C 9), montando de nuevo, «mira a una y otra parte, y no ve leproso alguno en toda la amplia llanura despejada».*

En todos los relatos, el estilo natural y aun arcaico de la Leyenda *contrasta con la manera culta y teológica de Celano, que tiende a comunicar a los hechos un sentido de algo prodigioso.*

No puede dudarse que los 16 primeros capítulos (n.1-67) son anteriores a la Vida segunda *de Celano, y posteriores a la* primera *de Celano y a la* Vida *de Julián de Espira. Precisando más, diremos que es posterior a la muerte del papa Gregorio IX (1241). El texto (n.67) se cierra con estas palabras: «El papa Gregorio IX se distinguió como principal bienhechor y defensor así de los hermanos como de los demás religiosos, sobre todo de los pobres de Cristo,* hasta el final de su vida. *Por lo cual con razón se cree que ha sido asociado a la compañía de los santos». Era, pues, reciente el fallecimiento del papa amigo de la Orden.*

Queda el espacio de cinco años para datar la composición de esos dieciséis capítulos de la Leyenda de los tres compañeros. *Lo que significa lo mismo que hacerla contemporánea del florilegio de Greccio.*

El manuscrito de Sarnano, el más antiguo, y los que de él derivan terminan ahí. Los demás manuscritos añaden otros dos capítulos sobre la estigmatización, muerte y canonización de Francisco. El estilo es muy diferente. Y hay una patente dependencia del capítulo 13 de la Leyenda mayor, *de San Buenaventura. Son, por lo tanto, posteriores a 1266.*

En conclusión, creemos que es necesario devolver a la Leyenda de los tres compañeros, *tan denigrada por Van Ortroy y otros investigadores aun recientes, su verdadero puesto entre las fuentes biográficas de mayor solvencia, descartados los dos últimos capítulos. Junto con la primera de Celano, debe ser considerada como la información más segura sobre la juventud y la conversión de Francisco y sobre los primeros años de la Orden. Escrita por alguien que conoció de cerca al Santo y que escuchó de su propia boca muchos de los relatos, nos ha transmitido, en un lenguaje de gran naturalidad y objetividad, sin recursos retóricos, sin afán de sobrenaturalizar gratuitamente los hechos, un número considerable de datos de sumo interés* [6].

[6] También de los *Tres Compañeros* existen las concordancias realizadas por calculador electrónico: J. F. GODET - G. MAILLEUX, *Legenda trium Sociorum, Anonymus Perusinus... Corpus des Sources Franciscaines* 3 (Louvain 1976).

Son éstas unas páginas escritas por tres compañeros del bienaventurado Francisco. En ellas se cuenta su vida y comportamiento mientras vestía de seglar, su admirable y perfecta conversión, así como la perfección de los orígenes y fundamentos de la Orden tanto en él como en sus primeros hermanos

CARTA

1. El hermano León, el hermano Rufino y el hermano Angel, compañeros en otro tiempo, aunque indignos, del beatísimo padre Francisco, le presentan al reverendo padre en Cristo, hermano Crescencio, ministro general por la gracia de Dios, la debida y devota reverencia en el Señor.

Puesto que, en virtud del mandato del recién celebrado capítulo general [1] y por disposición vuestra, están los hermanos obligados a presentar a vuestra paternidad los portentos y prodigios del bienaventurado Francisco que ellos puedan saber o recoger, nosotros, que, aunque indignos, convivimos con él largo tiempo, hemos pensado comunicar a vuestra santidad, teniendo la verdad por norte, algunas de sus muchas gestas que nosotros mismos vimos o que pudimos conocer mediante otros santos hermanos, especialmente por el hermano Felipe, visitador de las damas pobres; por el hermano Iluminado de Arce, por el hermano Maseo de Marignano, por el hermano Juan, compañero del hermano Gil, y que conoció muchas de estas cosas a través del mismo hermano Gil y del hermano Bernardo, de santa memoria y primer compañero del bienaventurado Francisco.

No nos contentaremos con sólo narrar milagros, que no constituyen la santidad, aunque la demuestran; queremos también poner de manifiesto lo más destacado de su santa vida y los ideales de su piadosa voluntad, para alabanza y gloria del sumo Dios, del dicho Padre santísimo y para edificación de los que desean seguir sus pasos. Y no escribimos estas cosas a modo de leyenda, pues acerca de su vida y de los milagros que por él ha obrado el Señor, ya se han confeccionado leyendas; más bien, como si de un ameno jardín se tratase, escogemos algunas flores que nos parecen más hermosas, sin seguir el hilo de la historia y dejando muy de propósito muchas cosas que ya están escritas en las mencionadas leyendas en lenguaje tan veraz como elegante.

Si vuestra discreción lo considera razonable, podéis incluir en ellas lo poco que os escribimos. Pues pensamos que, si los venerables varones que escribieron las mencionadas leyendas hubieran conocido estos hechos, no los hubieran pasado por alto [2], sino que, arropándolos en pulcro lenguaje, los hubieran dejado, al menos en parte, para memoria de la posteridad.

Que vuestra paternidad se conserve bien en el Señor Jesu-

[1] El capítulo de Genova, en 1244. [2] Cf. 2C 2.

cristo. En El nos encomendamos humildemente a vuestra paternidad, atentos y devotos hijos.

En Greccio, 11 de agosto de 1246.

CAPÍTULO I

Nacimiento de San Francisco. Su vanidad, elegancia y prodigalidad y cómo pasó a ser espléndido y caritativo con los pobres

2. Francisco nació en la ciudad de Asís, sita en los confines del valle de Espoleto. Como hubiese nacido en ausencia de su padre, su madre le puso el nombre de Juan [1]; pero su padre, de regreso de Francia, le llamó luego Francisco. Siendo ya adulto y dotado de sutil ingenio, ejerció el oficio de su padre, o sea, el comercio, pero de forma muy diferente: fue mucho más alegre y generoso que él, dado a juegos y cantares, de ronda noche y día por las calles de Asís con un grupo de compañeros; era tan pródigo en gastar, que cuanto podía tener y ganar lo empleaba en comilonas y otras cosas.

Por eso, sus padres le reprendían muchas veces por los despilfarros que hacía con su persona y con sus compañeros, pues más que hijo suyo, parecía el de un gran príncipe. Mas como sus padres eran muy ricos y le tenían mucho cariño, no querían disgustarlo y le consentían tales demasías. Cuando las vecinas comentaban la prodigalidad de Francisco, su madre replicaba: «¿Qué pensáis de mi hijo? Aún será un hijo de Dios por su gracia».

Francisco, más que generoso, era en todo esto derrochador; se excedía también de formas diversas en lo tocante a vestidos, escogiendo telas mucho más caras de lo que convenían a su condición. Y en punto a elegancia era tan dado a la vanidad, que en ocasiones mandaba coser retazos de telas preciosas en vestidos de paño vilísimo.

3. Era como naturalmente cortés en modales y palabras; según el propósito de su corazón, nunca dijo a nadie palabras inju-

[1] El manuscrito *Vat.* 7739, que data del siglo XVI, inserta en este lugar el episodio siguiente:

«El mismo día en que San Francisco, recién nacido, recibió el nombre de Juan, llegó un peregrino a pedir limosna a la puerta de la casa. El peregrino dijo a la criada que le dio la limosna: 'Yo quisiera ver al niño que ha nacido hoy, y le ruego lo traiga para verlo'. La criada se excusó; pero él insistía diciendo que, si no, no se marcharía. Ella, enfadada, lo echó fuera y se metió en casa. La señora Pica, considerando el suceso, quedó admirada y mandó a la criada que mostrara el niño al peregrino. Así lo hizo. Y como Simeón en otro tiempo hizo con el Niño Jesús, ahora el peregrino, tomando con alegría y devoción al pequeño Francisco, dijo: 'En esta calle han nacido hoy dos niños. El primero, es decir, éste, será de los mejores del mundo, y el otro, de los peores'. Por lo que hace a Francisco, la cosa es evidente; por lo que hace al otro, es por lo menos un aviso para muchos».

¿A qué época se remonta la redacción de este episodio? Se encuentra en Bartolomé de Pisa (AF 4 p.109), en *De cognatione sancti Francisci*, de Arnaldo de Sarrant (MP 42 [1942] p.125), en un manuscrito de fines del siglo XIII (AF 4 p.108 n.2 y en *Antonianum* 2 [1927] 116 p.262).

De todas maneras, se trata de una interpolación manifiesta, que resulta todavía más sospechosa por las tentativas que se han hecho por identificar al segundo niño.

riosas o torpes; es más, joven juguetón y divertido, se comprometió a no responder a quienes le hablasen de cosas torpes. Por todo esto corrió su fama por toda la provincia, y muchos que le conocían decían que llegaría a ser algo grande.

De este nivel de virtudes naturales fue elevado al de la gracia, pudiendo decirse a sí mismo: «Pues eres generoso y afable con los hombres, de los cuales nada recibes, sino favores transitorios y vanos, justo es que por amor de Dios, que es generosísimo en dar la recompensa, seas también generoso y afable con los pobres». Y desde entonces veía con satisfacción a los pobres y les daba limosna abundantemente. Y, a pesar de ser comerciante, era despilfarrador facilísimo de la opulencia mundana.

Un día en que, embebido en el negocio, estaba al mostrador en que vendía telas, se le presentó un pobre que le pedía limosna por amor de Dios; mas, cautivado como estaba por el ansia de riquezas y por las preocupaciones del comercio, le negó la limosna. Iluminado luego por la gracia divina, se reconvino a sí mismo de censurable rusticidad, diciéndose: «Si el pobre te hubiera pedido algo en nombre de algún gran conde o barón, de seguro que se lo hubieras dado; pues ¡con cuánta más razón debiste hacerlo por el Rey de reyes y Señor de todo!»

Como consecuencia, propuso en su corazón no negar nada en adelante a quien le pidiera algo por amor de tan gran Señor.

Capítulo II

Cómo cayó prisionero en Perusa y dos visiones que tuvo al querer hacerse caballero

4. Cuando la guerra entre las ciudades de Perusa y Asís [1] fueron apresados Francisco y otros muchos conciudadanos suyos. Pero como era noble por sus costumbres, lo tuvieron junto con los caballeros.

Un día en que sus compañeros de cautiverio estaban tristes, él, que de su natural era alegre y jovial, lejos de aparecer ceñudo, se mostraba, más bien, dicharachero y gozoso. Uno de ellos le afeó su proceder, cual propio de insensatos, pues se alegraba estando encarcelado. A esto respondió Francisco con voz firme: «¿Qué os figuráis de mí? Todavía he de ser honrado en el mundo entero». Como uno de los caballeros de su grupo hubiera injuriado a otro cautivo, todos los demás se propusieron hacerle el vacío; sólo Francisco no le negó su compañía y exhortó a los otros a que obraran como él.

Pasado un año y firmada la paz entre las dos ciudades, Francisco volvió a Asís con sus compañeros de prisión.

5. Pocos años después, un noble de Asís se preparó con armas militares para marchar a la Pulla a conquistar dinero y honor. Cuando lo supo Francisco, quiso irse con él; aspiraba a ser

[1] La guerra entre Perusa y Asís duró de 1202 a 1209, interrumpida por varias treguas. Cf. 2C 4 n.1.

armado caballero por un conde de nombre Gentil [2]; para ello se vistió de las ropas más preciosas que pudo, de suerte que, aun siendo más corto en riquezas que su conciudadano, le aventajaba en que era más largo en prodigalidad.

Cierta noche en que cavilaba, completamente embebido en sus pensamientos, acerca del cumplimiento de sus propósitos y ardía en deseos de emprender el viaje, fue visitado por el Señor, que, viéndolo tan ansioso de gloria, lo atrae en visión hacia ella y lo ensalza hasta su cumbre más alta. Durante el sueño de aquella noche se le apareció un personaje que lo llamó por su nombre y lo condujo a un palacio, de una hermosa esposa, amplio y magnífico, lleno de armas militares, tales como relucientes escudos y otras piezas, que pendían de los muros, trofeos todos de glorias militares. Y, admirando gozosamente en silencio qué podría ser eso, preguntó de quién eran armas tan relucientes y palacio tan hermoso. Y tuvo por respuesta que todo aquello más el palacio eran suyos y de sus soldados.

Al despertarse por la mañana, se levantó con especial alegría, pensando a lo mundano —como quien no había gustado todavía plenamente del espíritu de Dios— que con todo esto debería ser honrado como un príncipe magnífico. Y, juzgando la visión como presagio de bienandanza, se determinó a hacer el viaje a la Pulla para ser nombrado caballero por el referido conde. Tan inusitado era el gozo que le invadió, que producía admiración en muchos. A los que, extrañados de ello, le preguntaban por los motivos, les respondía: «Sé que he de llegar a ser gran príncipe».

6. Ya el día inmediatamente anterior a la visión mencionada hubo en él un rasgo de gran cortesía y nobleza que se cree pudo acaso ser ocasión de la misma. Todos los vestidos elegantes y costosos que recientemente se había hecho los había regalado aquel mismo día a un caballero pobre.

Luego de emprender el viaje y de haber llegado a Espoleto para continuar hasta la Pulla, se sintió enfermo. Empeñado, con todo, en llegar hasta la Pulla, se echó a descansar, y, semidormido, oyó a alguien que le preguntaba a dónde se proponía caminar. Y como Francisco le detallara todo lo que intentaba, aquél añadió: «¿Quién te puede ayudar más, el señor o el siervo?» Y como respondiera que el señor, de nuevo le dijo: «¿Por qué, pues, dejas al señor por el siervo, y al príncipe por el criado?» Y Francisco contestó: «Señor, ¿qué quieres que haga?» «Vuélvete —le dijo— a tu tierra, y allí se te dirá lo que has de hacer, porque la visión que has visto es preciso entenderla de otra manera».

Cuando se despertó empezó a pensar con suma diligencia en la visión. Y así como en la primera visión había quedado como fuera de sí por la gran alegría y soñando en prosperidad temporal, en ésta, en cambio, se recogió todo él interiormente, maravillado de la fuerza de la visión; y con tal viveza la meditó, que aquella noche no pudo conciliar el sueño.

[2] Cf. LM 1,3 n.6.

Luego que amaneció, alegre y sumamente gozoso se volvió a Asís a toda prisa, esperando se le declarara la voluntad del Señor, que le había mostrado estas cosas, y aguardando a que el mismo Señor le descubriera sus designios acerca de su salvación. Y, cambiando por completo de parecer, desistió de ir a la Pulla, deseoso de conformarse a la voluntad divina.

CAPÍTULO III

Cómo el Señor visitó primero su corazón con admirable dulcedumbre, y en virtud de ella empezó a progresar por medio del desprecio de sí mismo y de todas las vanidades y por medio de la práctica de la oración, de las limosnas y del amor a la pobreza

7. Al cabo de no muchos días de su regreso a Asís, una tarde fue elegido por sus compañeros jefe de cuadrilla para que a su gusto hiciera los gastos [1]. Mandó entonces preparar una opípara merienda, como tantas veces lo había hecho.

Cuando después de merendar salieron de la casa, los amigos se formaron delante de él e iban cantando por las calles; y él, con un bastón en la mano como jefe, iba un poco detrás de ellos sin cantar y meditando reflexivamente. Y sucedió que súbitamente lo visitara el Señor, y su corazón quedó tan lleno de dulzura, que ni podía hablar, ni moverse, ni era capaz de sentir ni de percibir nada, fuera de aquella dulcedumbre. Y quedó de tal suerte enajenado de los sentidos, que, como él dijo más tarde, aunque lo hubieran partido en pedazos, no se hubiera podido mover del lugar.

Como los amigos miraran atrás y le vieran bastante alejado de ellos, se volvieron hasta él; atemorizados, lo contemplaban como hombre cambiado en otro. Uno de ellos le preguntó, diciéndole: «¿En qué pensabas, que no venías con nosotros? ¿Es que piensas, acaso, casarte?» A lo cual respondió vivazmente: «Decís verdad, porque estoy pensando en tomar una esposa tan noble, rica y hermosa como nunca habéis visto otra». Pero ellos lo tomaron a chacota. El, sin embargo, no lo dijo por sí, sino inspirado por Dios; porque la dicha esposa fue la verdadera religión que

[1] Todos los detalles recogidos al principio de este capítulo por los *Tres Compañeros* son exactos. A. Fortini ha encontrado en los archivos municipales de Asís documentos que demuestran la existencia en Asís, hasta los siglos XV-XVI, de una cuadrilla de jóvenes que se reunían para comer, beber y cantar.

El jefe —o *podesta*— de esta cuadrilla era elegido y llevaba un bastón como insignia de su mando; debido a este detalle, la cuadrilla era llamada también la «Cuadrilla del bastón». El jefe tenía la potestad de obligar a pagar a uno de los comensales todos los gastos del banquete; mas para que este derecho no llegara a ser origen de excesos, los estatutos municipales habían ordenado que los gastos no debían pasar de 10 sueldos bajo pena de una multa de 25 libras.

Parece claro que, eligiendo a Francisco como *podesta* de la cuadrilla, sus compañeros sabían que él, como gran caballero, pagaría la cuenta y que, antes de ordenar arbitrariamente el pago, trataría de pulsar la disposición de los amigos (cf. A. FORTINI, *Nova Vita di San Francesco II* [Asís 1959] p.115-29).

abrazó, entre todas la más noble, la más rica y la más hermosa en su pobreza.

8. Desde este momento empezó a mirarse como vil y a despreciar todo aquello en que antes había tenido puesto su corazón; todavía no de una manera plena, pues aún no había logrado librarse del todo de las vanidades mundanas. Mas, apartándose poco a poco del bullicio del siglo, se afanaba por ocultar a Jesucristo en su interior, y, queriendo ocultar a los ojos de los burlones aquella margarita que deseaba comprar a cambio de vender todas las cosas, se retiraba frecuentemente y casi a diario a orar en secreto. A ello le instaba, en cierta manera, aquella dulzura que había pregustado; visitábalo con frecuencia, y, estando en plazas u otros lugares, lo arrastraba a la oración.

Aunque ya de tiempo atrás era dadivoso con los pobres, sin embargo, desde entonces se propuso en su corazón no sólo no negar la limosna a ningún pobre que se la pidiese por amor de Dios, sino dársela con mayor liberalidad y abundancia de lo que acostumbraba. Así, siempre que algún pobre le pedía limosna hallándose fuera de casa, le socorría con dinero, si podía; si no llevaba dinero, le daba siquiera la gorra o el cinto, para que no marchara con las manos vacías. Mas, si no tenía nada de eso, se apartaba a un lugar oculto, se desnudaba de la camisa, y hacía ir con disimulo al pobre a ese lugar para que por Dios la recogiera. También compraba objetos propios para el decoro de las iglesias y secretamente los enviaba a los sacerdotes pobres.

9. Cuando, en ausencia de su padre, se quedaba en casa, aunque comiese él solo con su madre, partía para la mesa tanto pan como si la preparara para toda la familia. Si la madre le preguntaba por qué ponía tanto pan en la mesa, respondía que lo hacía así para poder dar limosna a los pobres, porque había hecho propósito de dar limosna a todo el que se la pidiera por amor de Dios. Su madre, que le amaba más que a los demás hijos, le permitía obrar así, no sin observar lo que hacía y admirándolo detenidamente en su corazón.

Pues así como antes le gustaba salir con los amigos cuando lo llamaban y tanto le atraía su compañía que muchas veces se levantaba de la mesa a medio comer, causando gran pena a sus padres por estas intempestivas salidas, así ahora tenía todo su corazón pendiente de ver u oír a algún pobre para darle limosna.

10. Tocado así por la gracia divina, aunque vestía todavía de seglar, deseaba estar en alguna ciudad donde, pasando por desconocido, pudiera despojarse de sus ropas para vestirse de préstamo con las de algún pobre y probar lo que era pedir limosna por amor de Dios.

Y sucedió que por entonces fuera como peregrino a Roma. Y, entrando en la iglesia de San Pedro, se paró a observar que los donativos de algunos eran exiguos, y se dijo para sí: «Mereciendo el príncipe de los apóstoles ser honrado con magnificencia, ¿cómo es que éstos ofrecen limosnas tan escasas en la iglesia donde re-

posa su cuerpo?» Y así, con gran fervor, metiendo la mano en su bolsa, la sacó con cuantas monedas pudo arramblar, y, echándolas por la ventanilla del altar, produjeron tanto ruido, que todos los presentes se quedaron admirados de la espléndida limosna.

Saliendo fuera de las puertas de la iglesia, donde había muchos pobres pidiendo limosna, recibió de prestado y secretamente los andrajos de un hombre pobrecillo, y, quitándose sus vestidos, se vistió los de aquél; y se quedó en la escalinata de la iglesia con otros pobres, pidiendo limosna en francés, pues le gustaba hablar esta lengua aunque no la hablaba correctamente.

Después, despojándose de estos vestidos del pobre, se vistió los suyos y retornó a Asís; y empezó a pedir al Señor que se dignara dirigir sus pasos. A nadie manifestaba su secreto, ni se valía en todo esto de otro consejo que el de sólo Dios, que había comenzado a dirigir sus pasos, y, a veces, del que pudiera darle el obispo de Asís. Es que entonces no veía en ninguno la verdadera pobreza, que buscaba por encima de todas las cosas de este mundo y en la cual deseaba vivir y morir.

Capítulo IV

Cómo empezó a vencerse a sí mismo con los leprosos y a sentir dulzura en lo mismo que antes le causaba amargura

11. Como cierto día rogara al Señor con mucho fervor, oyó esta respuesta: «Francisco, es necesario que todo lo que, como hombre carnal, has amado y has deseado tener, lo desprecies y aborrezcas, si quieres conocer mi voluntad. Y después que empieces a probarlo, aquello que hasta el presente te parecía suave y deleitable, se convertirá para ti en insoportable y amargo, y en aquello que antes te causaba horror, experimentarás gran dulzura y suavidad inmensa».

Alegre y confortado con estas palabras del Señor, yendo un día a caballo por las afueras de Asís, se cruzó en el camino con un leproso. Como el profundo horror por los leprosos era habitual en él, haciéndose una gran violencia, bajó del caballo, le dio una moneda y le besó la mano. Y, habiendo recibido del leproso el ósculo de paz, montó de nuevo a caballo y prosiguió su camino. Desde entonces empezó a despreciarse más y más, hasta conseguir, con la gracia de Dios, la victoria total sobre sí mismo.

A los pocos días, tomando una gran cantidad de dinero, fue al hospital de los leprosos, y, una vez que hubo reunido a todos, les fue dando a cada uno su limosna, al tiempo que les besaba la mano. Al salir del hospital, lo que antes era para él repugnante, es decir, ver y palpar a los leprosos, se le convirtió en dulzura. De tal manera le echaba atrás el ver los leprosos, que, como él dijo, no sólo no quería verlos, sino que evitaba hasta el acercarse al lazareto. Y si alguna vez le tocaba pasar cerca de sus casas o ver

los, aunque la compasión le indujese a darles limosna por medio de otra persona, siempre lo hacía volviendo el rostro y tapándose las narices con las manos. Mas por la gracia de Dios llegó a ser tan familiar y amigo de los leprosos, que, como dice en su testamento, entre ellos moraba y a ellos humildemente servía.

12. Transformado hacia el bien después de su visita a los leprosos, decía a un compañero suyo, al que amaba con predilección y a quien llevaba consigo a lugares apartados, que había encontrado un tesoro grande y precioso. Lleno de alegría este buen hombre, iba de buen grado con Francisco cuantas veces éste lo llamaba, Francisco lo llevaba muchas veces a una cueva cerca de Asís, y, dejando afuera al compañero que tanto anhelaba poseer el tesoro, entraba él solo; y, penetrado de nuevo y especial espíritu, suplicaba en secreto al Padre, deseando que nadie supiera lo que hacía allí dentro, sino sólo Dios, a quien consultaba asiduamente sobre el tesoro celestial que había de poseer.

Advirtiendo esto el enemigo del género humano, se eforzó en apartar a Francisco del bien emprendido haciéndole presa de temores y miedos. Había en Asís una mujer con una joroba muy deforme, y el demonio, apareciéndose al varón de Dios, le representaba la contrahecha mujer y le amenazaba con la maldición de semejante joroba si no desistía de su propósito. Pero el valerosísimo caballero de Cristo, con menosprecio de las amenazas del diablo, oraba con fervor dentro de la cueva para que Dios se dignara encaminar sus pasos.

Sufría grandes padecimientos y perplejidad de alma, y no podría descansar hasta que viera realizado el ideal concebido; era sacudido por diversos pensamientos que se iban sucediendo y perturbado duramente por su impertinencia. Ardía, con todo, en su interior el fuego divino, y no podía ocultar exteriormente el ardor de su alma; se dolía de haber pecado tan gravemente; ya no le deleitaban los males pasados ni presentes, pero todavía no había recibido la seguridad de preservarse de los futuros. Por eso, cuando salía de la cueva e iba donde su compañero, parecía transformado en otro hombre.

Capítulo V

Cómo le habló por primera vez el crucifijo y cómo desde entonces llevó en su corazón la pasión de Cristo hasta su muerte

13. Un día en que invocaba con más fervor la misericordia de Dios, le manifestó el Señor que en breve se le diría lo que había de hacer. Con esto se llenó de tal gozo, que, no pudiendo contener la alegría, aun sin querer decía al oído de los hombres algo de estos secretos. Pero hablaba con cautela y enigmáticamente, diciendo que no quería ir a la Pulla y que en su patria llevaría a cabo cosas grandes y nobles.

Sus compañeros, que lo veían tan cambiado y tan alejado de ellos en sus pensamientos, aunque a veces los acompañara corporalmente, de nuevo le preguntaron, como chanceándose: «Pero ¿es que piensas en casarte, Francisco?» A lo que contestó con palabras enigmáticas, como arriba queda dicho.

A los pocos días, cuando se paseaba junto a la iglesia de San Damián, percibió en espíritu que le decían que entrara a orar en ella. Luego que entró se puso a orar fervorosamente ante una imagen del Crucificado, que piadosa y benignamente le habló así: «Francisco, ¿no ves que mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala». Y él, con gran temblor y estupor, contestó: «De muy buena gana lo haré, Señor». Entendió que se le hablaba de aquella iglesia de San Damián, que, por su vetusta antigüedad, amenazaba inminente ruina. Con estas palabras fue lleno de tan gran gozo e iluminado de tanta claridad, que sintió realmente en su alma que había sido Cristo crucificado el que le había hablado.

Saliendo de la iglesia, encontró a un sacerdote sentado junto a ella, y, metiendo la mano en su bolsa, le ofreció cierta cantidad de dinero, diciéndole: «Te ruego, señor, que compres aceite y cuides de que luzca continuamente una lámpara ante este crucifijo. Y, cuando se acabe este dinero, yo te daré de nuevo lo que fuere necesario para lo mismo».

14. Desde aquel momento quedó su corazón llagado y derretido de amor ante el recuerdo de la pasión del Señor Jesús, de modo que mientras vivió llevó en su corazón las llagas del Señor Jesús, como después apareció con toda claridad en la renovación de las mismas llagas admirablemente impresas en su cuerpo y comprobadas con absoluta certeza.

Después fueron tantas las mortificaciones con que maceró su cuerpo, que, así sano como enfermo, fue austerísimo y apenas o nunca condescendió en darse gusto. Por esto, estando ya para morir, confesó que había pecado mucho contra el hermano cuerpo.

Un día iba solo cerca de la iglesia de Santa María de la Porciúncula llorando y sollozando en alta voz. Un hombre espiritual que lo oyó, pensó que sufriría alguna enfermedad o dolor. Y, movido de compasión, le preguntó por qué lloraba. Y él le contestó: «Lloro la pasión de mi Señor, por quien no debería avergonzarme de ir gimiendo en alta voz por todo el mundo». Y el buen hombre comenzó, asimismo, a llorar, juntamente con él, también en alta voz.

Muchas veces, cuando se levantaba de orar, aparecían sus ojos recargados de sangre, porque había llorado amargas lágrimas. Y no sólo se afligía llorando, sino que se privaba de comida y de bebida en memoria de la pasión del Señor.

15. Así, cuando se sentaba a la mesa de seglares y le presentaban viandas gustosas al paladar, apenas las probaba, alegando alguna excusa para que no pareciese que las dejaba por mortificación. Y, cuando comía con los hermanos, muchas veces echaba

ceniza en la comida, diciéndoles, como tapadera de su mortificación, que la hermana ceniza es casta.

Una vez que se sentó a comer le dijo un hermano que la Santísima Virgen era tan pobrecilla, que a la hora de comer no tenía nada que dar a su Hijo. Oyendo esto el varón de Dios, suspiró con gran angustia, y, apartándose de la mesa, comió el pan sobre la desnuda tierra.

Muchas veces, cuando se sentaba a comer, al poco de empezar se paraba y ni comía ni bebía, suspendido en la consideración de cosas celestiales; entonces no quería que le importunaran con palabras, y exhalaba profundos suspiros del corazón. Avisaba a sus hermanos que siempre que le oyeran dar tales suspiros, alabaran a Dios y rogaran por él con fidelidad.

Hemos dicho incidentalmente estas cosas acerca de sus llantos y abstinencia para demostrar que, desde la visión y alocución de la imagen del crucifijo, fue hasta su muerte imitador de la pasión de Cristo.

Capítulo VI

Cómo primeramente huyó de la persecución de su padre y de sus parientes cuando vivía con el sacerdote de San Damián, en cuya ventana había arrojado cierta cantidad de dinero

16. Con gran alegría se levantó de la sobredicha visión y alocución del crucifijo, protegiéndose con la señal de la cruz; montó en el caballo con telas de diversos colores y llegó a la ciudad que se llama Foligno. Aquí vendió el caballo y todo cuanto había llevado, y regresó a continuación a la iglesia de San Damián.

Habiendo encontrado allí al pobrecillo sacerdote, le besó las manos con fe y reverencia, y le ofreció el dinero que llevaba, y le fue contando ordenadamente el propósito que acariciaba. Atónito el sacerdote y asombrado de su repentina conversión, no le quiso creer; y, pensando que se trataba de una burla, tampoco quiso aceptarle el dinero. Mas él se esforzaba con viva insistencia en convencer al sacerdote de lo que le decía y le rogaba con gran interés que le permitiera morar con él.

Accedió, por fin, el sacerdote a que se quedara con él, pero no se dignó recibir el dinero por miedo a sus padres. Por lo cual aquel verdadero despreciador del dinero lo arrojó a una ventana, como si fuera vil polvo.

Como se iba prolongando su permanencia en este lugar, su padre indagaba solícito y preguntaba por el paradero de su hijo; y, como oyese que había cambiado por completo de porte y que vivía de esa manera en aquel lugar, herido súbitamente en lo más íntimo de su corazón y contrariado por los inesperados acontecimientos, llamó a sus amigos y vecinos y marchó a toda prisa a buscarlo.

Mas Francisco, caballero novel de Cristo, tan pronto como se enteró de las amenazas de los que le perseguían y tuvo noticia de la llegada de los mismos, quiso sustraerse a la ira de su padre y se refugió en una cueva oculta que para esto se había preparado, y allí permaneció escondido durante todo un mes. Tan sólo uno de la casa paterna conocía la cueva, en que ocultamente comía lo que de tanto en tanto se le traía. Allí oraba sin cesar bañado en copiosas lágrimas y pedía al Señor que le librara de esa persecución dañosa e hiciese complir con benigno favor sus piadosos deseos.

17. Orando así, continua y ardorosamente con ayunos y lágrimas, y desconfiando de su virtud y fuerza, puso totalmente su confianza en el Señor, que, a pesar de las tinieblas en que estaba envuelto, le había hecho rebosar de inefable alegría y le había inundado de maravillosa claridad.

Enardecido todo él interiormente, salió de la cueva y, animoso, ligero y alegre, emprendió el camino de Asís. Defendido con las armas de la confianza en Cristo y caldeado por el amor divino, recriminándose a sí mismo de desidia y de vano temor, se ofreció a pecho abierto a las manos y acometidas de sus perseguidores.

Y al verlo los que anteriormente le habían conocido, lo afrentaban villanamente, llamándolo loco y demente, y le arrojaban lodo y cantos de las plazas. Contemplándolo tan cambiado de su primitivo porte y consumido por la penitencia corporal, achacaban todo cuanto hacía a desnutrición y locura. Mas el caballero de Cristo, haciéndose el sordo a todo esto, sin claudicar ni titubear por ninguna clase de injurias, daba gracias a Dios.

El rumor de estos sucesos corría por plazas y barrios de la ciudad, y no tardó en llegar a oídos de su padre. Enterado de que tales vilipendios le hacían sus conciudadanos, marchó precipitadamente a buscarlo, no para librarlo de las afrentas, sino para perderlo. Y, sin guardar la menor moderación, se arrojó sobre él como lobo contra la oveja, y, mirándolo con ojos fieros y rostro amenazador, puso con impiedad las manos sobre él. Y, conduciéndolo a su casa, lo encerró durante muchos días en una cárcel tenebrosa, y puso todo su empeño en convencerlo con argumentos y azotes a que volviera a las vanidades del mundo.

18. Mas él, ni conmovido por las palabras ni cansado de la prisión ni de los azotes, todo lo soportaba con admirable paciencia y se mostraba más decidido y valiente para llevar a efecto su santa determinación.

Apremiado su padre por urgente necesidad, tuvo que ausentarse de casa. Entonces su madre, que no aprobaba la conducta de su marido, se quedó sola con el hijo y le habló dulcemente. Mas, como palpara que era imposible hacerle mudar de propósito, se le conmovieron las entrañas y lo soltó de la prisión, dejándolo salir libremente. Francisco, dando gracias a Dios omnipotente volvió al mismo retiro donde había estado antes; y en uso

de mayor libertad, como bien probado en las tentaciones del demonio y aleccionado con las enseñanzas de las mismas, y conseguida una mayor seguridad gracias a las injurias sufridas, caminaba con más independencia y magnanimidad.

Mientras tanto volvió el padre, y, no encontrando allí a su hijo, ensartó pecados a pecados, desatándose en improperios contra su esposa.

19. Después se presentó en el palacio del común y formuló querella ante los cónsules contra su hijo, reclamando que le fuera devuelto el dinero que le había sido sustraído de su casa. Los cónsules, viéndolo tan enojado, citan o mandan llamar por pregón a Francisco para que comparezca ante ellos. Como respuesta al pregón, dijo éste que por la gracia de Dios era ya libre y no estaba bajo la jurisdicción de los cónsules, porque era siervo del solo altísimo Dios. Los cónsules no quisieron hacerle violencia y dieron al padre esta contestación: «Desde que se ha puesto al servicio de Dios ha quedado emancipado de nuestra potestad».

Viendo el padre que nada conseguía de los cónsules, presentó la misma querella ante el obispo de la ciudad. El obispo, empero, discreto y sabio, lo citó en la debida forma para que compareciera y respondiera a la demanda del padre. Francisco contestó así a quien le llevó la citación: «Compareceré ante el señor obispo, que es padre y señor de las almas».

Se presentó, pues, ante el señor obispo, y éste lo recibió con gran alegría. Luego le dijo: «Tu padre está enojado contra ti y muy escandalizado. Si, pues, deseas servir a Dios, devuélvele el dinero que tienes; y como quiera que, tal vez, esté adquirido injustamente, no es agradable a Dios que lo entregues como limosna para obras de la Iglesia, debido a los pecados de tu padre, cuyo furor se mitigará si recibe ese dinero. Hijo, ten confianza en el Señor y obra con hombría y no temas, porque él será tu mejor ayuda y te proporcionará con abundancia todo lo que necesites para las obras de su Iglesia».

20. El varón de Dios se levantó rebosando de alegría y confortado con las palabras del obispo; y, llevando ante él el dinero, le dijo: «Señor, no sólo quiero devolverle con gozo de mi alma el dinero adquirido al vender sus cosas, sino hasta mis propios vestidos». Y, entrando en la recámara del obispo, se desnudó de todos sus vestidos y, colocando el dinero encima de ellos, salió fuera desnudo en presencia del obispo y de su padre y demás presentes y dijo: «Oídme todos y entendedme: hasta ahora he llamado padre mío a Pedro Bernardone; pero como tengo propósito de consagrarme al servicio de Dios, le devuelvo el dinero por el que está tan enojado y todos los vestidos que de sus haberes tengo; y quiero desde ahora decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, y no padre Pedro Bernardone». Y entonces se vio que el siervo de Dios llevaba bajo sus vestidos de colores un cilicio a raíz de la carne.

Levantándose su padre, enfurecido de íntimo dolor y de ira,

cogió el dinero y todos los vestidos y se los llevó a su casa. Pero aquellos mismos que habían presenciado la escena, se indignaron contra él por no haber dejado ni una mínima prenda a su hijo. Y, movidos a compasión por Francisco, empezaron a llorar abundantemente.

Mas el obispo, considerando atentamente el coraje del varón de Dios y admirando con asombro su fervor y constancia, lo acogió entre sus brazos y lo cubrió con su capa. Comprendía claramente que lo había hecho por inspiración divina y reconocía que en lo que acababa de ver se encerraba no pequeño misterio. Y desde este momento se constituyó en su protector, exhortándolo, animándolo, dirigiéndolo y estrechándolo con entrañas de caridad.

Capítulo VII

Su gran fatiga y pena en la reparación de la iglesia de San Damián y cómo empezó a vencerse a sí mismo yendo a pedir limosna

21. Despojado el siervo de Dios Francisco de todo lo que es propio del mundo, se consagra a la justicia divina, y, menospreciando su propia vida, se entrega al servicio divino por todos los medios que están a su alcance. De vuelta a la iglesia de San Damián, gozoso y ferviente, se hizo un hábito a manera de ermitaño, y reconfortó al sacerdote de esta iglesia con las mismas palabras con que él había sido confortado por el obispo.

Luego, entrando en la ciudad, como ebrio de espíritu, empieza a cantar alabanzas al Señor por plazas y barrios. Terminadas estas alabanzas, se pone a pedir piedras para reparar la dicha iglesia, diciendo: «Quien me diere una piedra, recibirá una merced; quien me diere dos, dos mercedes tendrá; quien me diere tres, recibirá otras tantas».

Y así, por este estilo, decía otras muchas palabras sencillas con fervor de espíritu; pues, elegido por Dios siendo idiota y simple, se conducía en todo no con palabras elocuentes de humana sabiduría, sino con absoluta sencillez. Muchos se burlaban de él, teniéndolo por loco; otros, movidos a piedad, no podían dejar de llorar al ver que en tan poco tiempo había llegado de tanta liviandad y vanidad mundanas a tanta hartura de amor de Dios. Pero él, menospreciando las burlas, daba gracias a Dios con gran fervor de espíritu.

Cuánto hubo de trabajar en la reparación de la iglesia, sería largo y difícil de contar. Porque él, que había vivido en casa de su padre rodeado de delicadezas, transportaba sobre sus hombros las piedras, soportando mil suertes de penalidades en el servicio de Dios.

22. El referido sacerdote, viendo aquel trabajo, es decir, con

qué ánimo tan fervoroso trabajaba sobre sus fuerzas en el divino servicio, procuraba, aunque pobrecillo, prepararle algo especial en las comidas, pues sabía que en el siglo había vivido entre delicadezas. Porque, como más tarde manifestó el mismo siervo de Dios, comía frecuentemente cosas escogidas y bien condimentadas y se abstenía de comidas que no fueran así.

Como quiera que un día se detuviese a reflexionar sobre lo que el sacerdote hacía por él, hablándose a sí mismo, se dijo: «¿Encontrarás en cualquier lugar a que vayas un sacerdote como éste, que te trate con tan obsequiosa atención? No es ésta la vida de hombre pobre que has resuelto elegir; sino que como el pobre, que, yendo de puerta en puerta, lleva en su mano el plato y, obligado por la necesidad, mezcla en él diversos alimentos, así es preciso que voluntariamente vivas por amor de Aquel que nació pobre, vivió pobrísimamente en el mundo y quedó desnudo y pobre en el patíbulo y fue sepultado en sepulcro ajeno».

Y, decidido, tomó un plato, marchó a la ciudad y fue pidiendo limosna de puerta en puerta. Luego que mezcló en la escudilla los diversos alimentos, muchos que conocían la delicadeza con que había vivido quedaron maravillados al ver el admirable cambio que había hecho, hasta menospreciarse de aquella manera. Mas, cuando se puso a comer aquella bazofia, su primer impulso fue de asco, porque no sólo no tenía costumbre de comer aquellos comistrajos, pero ni los podía ver. Pero, haciéndose violencia, empezó a comer, y le pareció que ni en las comidas más exquisitas había experimentado jamás tanto placer.

Con esto se regocijó de tal manera en el Señor, que su cuerpo, débil y extenuado, sintió fortaleza para sobrellevar por el Señor con alegría todo lo más áspero y amargo.

Y dio gracias a Dios por haberle cambiado lo amargo en dulce y por haberle confortado de múltiples maneras. Y pudo decir al presbítero aquel que en adelante no preparara ni hiciera preparar para él manjar alguno.

23. Su padre, en cambio, viéndolo en tan abyecta condición, se requemaba de sentimiento; y, por lo mismo que le había amado mucho, se avergonzaba tanto y tanto sufría al contemplar la carne de su hijo extenuada por la excesiva penitencia y por el frío, que dondequiera lo encontraba lo maldecía.

Dándose cuenta el varón de Dios de las maldiciones de su padre, se buscó un hombre pobrecillo y humilde que hiciera de padre, y le dijo: «Ven conmigo y repartiré contigo las limosnas que me den. Y cuando vieres que mi padre me maldice y yo te dijere a ti: Padre, bendíceme, tú harás sobre mí la señal de la cruz y me bendecirás en vez de él». Así, cuando aquel pobre hombre le daba la bendición, el varón de Dios decía a su padre: «¿No piensas que Dios puede darme un padre que me bendiga contra tus maldiciones?»

Por otra parte, muchos que primero se burlaban de él, viendo que sobrellevaba con tanta paciencia los insultos y escarnios, que

daban profundamente admirados. Y sucedió que un día de invierno, como estuviera a la mañana haciendo oración cubierto con escasa ropa y muy pobre, acertó a pasar cerca de él su hermano carnal, y, dirigiéndose a un vecino, le dijo con ironía: «Ve y di a Francisco que te venda un céntimo siquiera de sudor». Al oírlo el varón de Dios, inundado del gozo de la salvación, le dijo en francés con fervor de espíritu: «Yo venderé muy caro este sudor a mi Señor».

24. Mientras trabajaba asiduamente en reparar la iglesia antes mencionada, deseando que luciera de continuo en ella una lámpara, salía a la ciudad a pedir aceite. Al acercarse a una casa y ver que estaba reunido un grupo de hombres jugando, sintió vergüenza de pedir limosna ante ellos y retrocedió. Reflexionando al pronto, se censuró de pecado y volvió corriendo al lugar donde se desarrollaba el juego y confesó delante de todos su culpa por haberse avergonzado de pedir limosna por respeto humano. Y, llegándose a aquella casa con ánimo ferviente y hablando en francés, pidió, por amor de Dios, aceite para alumbrar la lámpara de la dicha iglesia.

Continuando con otros trabajadores la obra a que nos hemos referido, lleno de gozo espiritual y con voz bien puesta, clamaba dirigiéndose a los que vivían y pasaban cerca de la iglesia, y les decía en francés: «Venid y prestadme ayuda en la obra de la iglesia de San Damián, que ha de ser monasterio de señoras, con cuya fama y vida será glorificado en la Iglesia universal nuestro Padre que está en el cielo». ¡Es de admirar cómo, lleno de espíritu profético, predijo verdaderamente el futuro! Porque éste es el lugar sagrado donde la gloriosa Religión y preclarísima Orden de las señoras pobres y vírgenes santas tuvo su feliz comienzo por mediación del bienaventurado Francisco, a los seis años apenas de su conversión. La vida admirable de estas señoras y su glorioso instituto quedaron plenamente confirmados con la autoridad de la Sede Apostólica por el señor papa Gregorio IX, de santa memoria, que a la sazón era obispo de Ostia [1].

CAPÍTULO VIII

Cómo, luego de haber escuchado y entendido los consejos de Cristo en el Evangelio, cambió su vestido externo, e interior y exteriormente se vistió de nuevo hábito de perfección

25. Cuando el bienaventurado Francisco acabó la obra de la iglesia de San Damián, vestía hábito de ermitaño, llevaba bastón y

[1] Como la aprobación definitiva no se otorgó sino en 1253 y por Inocencio IV, el P. Van Ortroy ve en esta frase un anacronismo. Ya P. Sabatier *(De l'authenticité de la Légende dite des Trois Compagnons* p.21) ha refutado este reparo. Entre otros argumentos, él aduce que Inocencio IV en su encíclica *Solet annuere*, de 13 de noviembre de 1245, dirigida a las clarisas, emplea exactamente la misma frase de los *Tres compañeros*.

calzado y se ceñía con una correa. Habiendo escuchado un día en la celebración de la misa lo que dice Cristo a sus discípulos cuando los envía a predicar, es a saber, que no lleven para el camino ni oro ni plata, ni alforja o zurrón, ni pan ni bastón, y que no usen calzado ni dos túnicas; y como comprendiera esto más claro por la explicación del sacerdote, dijo transportado de indecible júbilo: «Esto es lo que ansío cumplir con todas mis fuerzas».

Y, grabadas en la memoria cuantas cosas había escuchado, se esforzó en cumplirlas con alegría: se despojó al momento de los objetos duplicados y no usó en adelante de bastón, calzado, zurrón o alforja; y, haciéndose él una túnica muy basta y rústica, abandonó la correa y se ciñó con una cuerda. Adhiriéndose de todo corazón a las palabras de nueva gracia y pensando en cómo llevarlas a la práctica, empezó, por impulso divino, a anunciar la perfección del Evangelio y a predicar en público con sencillez la penitencia. Sus palabras no eran vanas ni de risa, sino llenas de la virtud del Espíritu Santo, que penetraban hasta lo más hondo del corazón y con vehemencia sumían a los oyentes en estupor.

26. Como más tarde él mismo atestiguó [1], había aprendido, por revelación divina, este saludo: «El Señor te dé la paz». Por eso, en toda predicación suya iniciaba sus palabras con el saludo que anuncia la paz.

Y es de admirar —y no se puede admitir sin reconocer en ello un milagro— que antes de su conversión había tenido un precursor, que para anunciar la paz solía ir con frecuencia por Asís saludando de esta forma: «Paz y bien, paz y bien». Se creyó firmemente que así como Juan, que anunció a Cristo, desapareció al empezar Cristo a predicar, de igual manera este precursor, cual otro Juan, precedió al bienaventurado Francisco en el anuncio de la paz y no volvió a comparecer cuando éste estuvo ya presente.

Dotado de improviso el varón de Dios del espíritu de los profetas, en cuanto desapareció su heraldo, comenzó a anunciar la paz, a predicar la salvación; y muchos que habían permanecido enemistados con Cristo y alejados del camino de la salvación, se unían en verdadera alianza de paz por sus exhortaciones.

27. Cuando fueron conociendo ya muchos la verdad tanto de la doctrina sencilla cuanto de la vida del bienaventurado Francisco, hubo algunos que, al cabo de dos años de su conversión, comenzaron a animarse a seguir su ejemplo de penitencia, y, despojados de todos sus bienes, se adhirieron a él con el mismo hábito y en el mismo género de vida. El primero de todos fue el hermano Bernardo, de santo recuerdo.

Reflexionando en la constancia y fervor con que el bienaventurado Francisco servía a Dios, a saber, cómo restauraba con tanto trabajo iglesias derruidas y llevaba una vida tan rigurosa, en contraposición a las delicadezas con que había vivido en el

[1] Test 23.

mundo, resolvió en su corazón repartir todo lo que tenía a los pobres y seguirle con firmeza en su vida y modo de vestir.

Cierto día se acercó al varón de Dios secretamente y le reveló su propósito; los dos convinieron en que fuera Francisco una tarde determinada a su casa. Este dio gracias a Dios y se alegró profundamente, pues no tenía todavía ningún compañero, y, sobre todo, porque el señor Bernardo era de vida muy edificante.

28. Fue, pues, el bienaventurado Francisco a su casa la tarde convenida, todo rebosante de gozo, y quedó con él toda la noche. El señor Bernardo le propuso esto, entre otras cosas: «Si alguno tuviere de su señor muchas o pocas cosas y las hubiese poseído durante muchos años y no las quisiere retener por más tiempo, ¿cuál sería el mejor modo de disponer de ellas?» El bienaventurado Francisco le respondió que debería devolverlas al dueño, del cual las había recibido. El señor Bernardo añadió: «Yo quisiera, hermano, distribuir todos mis bienes temporales, por amor de mi Señor que me los ha dado, como mejor a ti te parezca». A lo cual replicó el Santo: «Mañana muy temprano iremos a la iglesia y conoceremos por el libro de los evangelios lo que el Señor enseñó a sus discípulos».

Se levantaron, pues, muy de mañana y con otro señor llamado Pedro, que también quería hacerse hermano, fueron a la iglesia de San Nicolás, junto a la plaza de la ciudad de Asís. Entraron en ella para hacer oración; y como eran simples y no sabían encontrar el lugar donde habla el Evangelio de la renuncia del siglo, suplicaron al Señor devotamente que, a la primera vez que abrieran el libro, se dignara manifestarles su voluntad.

29. Terminada la oración, el bienaventurado Francisco tomó el libro cerrado y, puesto de rodillas ante el altar, lo abrió, y a la primera vez le salió este consejo del Señor: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo* [2].

Descubierto esto, el bienaventurado Francisco se alegró íntimamente y dio gracias a Dios. Pero, como era muy devoto de la Santísima Trinidad, se quiso confirmar con un triple testimonio, abriendo el libro segunda y tercera vez. La segunda vez le salió esto: *Nada llevéis en el camino,* etc. [3] Y en la tercera: *Aquel que quiera venir en pos de mí, nieguese a sí mismo,* etc. [4]

El bienaventurado Francisco, tras haber dado gracias a Dios en cada una de las veces que había abierto el libro por la confirmación de su propósito y deseo concebido de hacía tiempo, ahora tres veces manifestada y comprobada divinamente, dijo a los mencionados varones, Bernardo y Pedro: «Hermanos, ésta es nuestra vida y regla y la de todos los que quisieran unirse a nuestra compañía. Id, pues, y obrad como habéis escuchado».

Marchó el señor Bernardo, que era muy rico, y, una vez que hubo vendido todo lo que tenía y hubo reunido de ello gran cantidad de dinero, lo repartió todo a los pobres de la ciudad. Pedro cumplió también el consejo evangélico según sus posibilidades.

[2] Mt 19,21. [3] Lc 9,3. [4] Lc 9,23.

Abandonadas todas las cosas, se vistieron los dos el mismo hábito que hacía poco había vestido el Santo después de dejar el hábito de ermitaño; y desde entonces vivieron unidos según la forma del santo Evangelio que el Señor les había manifestado. Por eso, el bienaventurado Francisco escribió en su testamento: «El mismo Señor me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio».

Capítulo IX

Cómo nació la vocación del hermano Silvestre y visión que tuvo antes de entrar en la Orden

30. Cuando el señor Bernardo distribuía sus bienes a los pobres —como queda dicho— estaba presente el bienaventurado Francisco, que, viendo la poderosa obra del Señor, glorificaba y alababa de todo corazón al mismo Señor. Vino entonces un sacerdote llamado Silvestre, a quien el bienaventurado Francisco había comprado unas piedras para la reparación de la iglesia de San Damián. Y, observando que todo el dinero se repartía según el consejo del varón de Dios, enardecido por el fuego de la codicia, le dijo: «Francisco, date cuenta de que no me pagaste bien las piedras que me compraste». Oyendo el despreciador de la avaricia la injusta murmuración del sacerdote, se acercó al señor Bernardo y, metiendo la mano en su capa, donde estaba el dinero, con gran fervor de espíritu la sacó llena de monedas y se las dio al sacerdote quejumbroso. Y, sacando por segunda vez la mano repleta de dinero, le dijo: «¿Estáis bien pagado, señor sacerdote?» Y él respondió: «Lo estoy plenamente, hermano». Y, rebosando de alegría, se fue a casa con el dinero.

31. A los pocos días, el mismo sacerdote, tocado de la gracia de Dios, empezó a reflexionar sobre lo que había hecho el bienaventurado Francisco, y se dijo para sí: «¡Qué hombre tan miserable soy, que, siendo ya anciano, ambiciono y busco las cosas temporales; y él, joven aún, las desprecia y aborrece por amor de Dios!»

A la noche siguiente vio en sueños una gran cruz, cuya cima tocaba los cielos, y cuyo pie se apoyaba en la boca de Francisco, y cuyos brazos se extendían de una a otra parte del mundo.

Cuando se despertó el sacerdote, conoció y firmemente se convenció de que Francisco era un verdadero amigo y siervo de Cristo y que la Religión que empezaba a nacer se había de propagar prontamente por el mundo entero. Así comenzó a sentir el temor de Dios y a hacer penitencia en su casa. Por fin, poco tiempo después, ingresó en la naciente Orden, en la que vivió de manera irreprochable, y su muerte fue gloriosa.

32. El varón de Dios Francisco, que —como hemos dicho [1]—

[1] Cf. más arriba n.º 29.

vivía en compañía de estos dos hermanos, no tenía lugar donde morar con ellos, y se trasladaron juntos a una iglesia pobre y abandonada que se llamaba Santa María de la Porciúncula, e hicieron allí una casuca donde poder vivir en común algunas veces.

A los pocos días vino a ellos un varón de Asís, llamado Gil, y, puesto de rodillas, pedía al varón de Dios, con gran reverencia y devoción, que lo recibiera en su compañía. Viendo el varón de Dios que Gil era fidelísimo y devoto y que podía alcanzar muchas mercedes de Dios, como se vio después por los efectos, lo admitió con el mayor agrado. Unidos los cuatro con indecible alegría y gozo del Espíritu Santo, se dispersaron, para su mayor provecho, de la manera siguiente:

33. El bienaventurado Francisco tomó consigo al hermano Gil y se encaminaron a la Marca de Ancona. Los otros dos se dirigieron a otra región. Yendo para la Marca, se regocijaban vehementemente en el Señor, y el santo varón, cantando en francés en voz alta y clara las alabanzas del Señor, bendecía y glorificaba la bondad del Altísimo. Tan íntima era su alegría, que parecía como que hubieran encontrado un gran tesoro en el campo evangélico de la dama Pobreza, por cuyo amor habían dejado libre y gozosamente todas las cosas temporales como si fueran basura.

Dijo el Santo al hermano Gil: «Nuestra Religión será semejante a un pescador que echa sus redes al mar y atrapa gran cantidad de peces, y, dejando los pequeños en el agua, selecciona los grandes para sus banastas». De esta manera profetizó la prodigiosa propagación de la Orden.

Aunque todavía el siervo de Dios no predicaba propiamente al pueblo, sin embargo, cuando pasaba por ciudades y castillos, exhortaba a todos a que amaran y temieran a Dios e hicieran penitencia por sus pecados. Y el hermano Gil amonestaba luego a que dieran fe a lo que Francisco decía, porque les aconsejaba de forma inmejorable.

34. Cuantos los oían decían: «¿Quiénes son éstos y qué es lo que hablan?» Por entonces, el temor y amor de Dios estaban por todas partes como apagados y se desconocía por completo el camino de la penitencia; es más, era considerado como necedad. Porque a tal grado habían llegado los placeres de la carne, la avaricia del mundo y el orgullo de la vida, que todos parecían enredados en las mallas de la triple concupiscencia.

Y por eso se opinaba muy diversamente sobre estos varones evangélicos. Así, unos los tenían por necios y borrachos, otros decían que tales palabras no podían proceder de necedad. Uno de los que los escuchaban dijo: «O se han unido al Señor con deseo de la suma perfección, o en verdad son unos locos, pues su vida parece propia de quien carece de esperanza, cuando apenas se sirven de comida, andan a pie descalzo y se cubren de vilísimos vestidos».

Mientras tanto, aunque algunos se sentían sobrecogidos de te-

mor en vista de la vida que llevaban, ninguno les seguía; las jóvenes, en viéndolos a lo lejos, huían despavoridas, no fuera que se contagiaran de aquella necedad y locura. Y después de haber recorrido aquella provincia, volvieron al lugar de Santa María.

35. Pasados unos días, se llegaron a ellos otros tres varones de Asís, a saber: Sabbatino, Morico y Juan de Capella, pidiendo al bienaventurado Francisco los recibiera entre los hermanos. El los recibió con humildad y benignamente.

Cuando salían a pedir limosna por la ciudad, apenas ninguno les daba nada; por el contrario, se mofaban de ellos, echándoles en cara que habían dado sus bienes propios para consumir los ajenos; y tenían que pasar mucha penuria. Sus mismos parientes y consanguíneos los hacían blanco de su persecución. Otros ciudadanos hacían burla de ellos, como de memos y locos, porque en aquellos tiempos a nadie se le ocurría dejar sus propios bienes para luego pedir limosna de puerta en puerta.

El obispo de la ciudad de Asís, a quien el varón de Dios acudía con frecuencia para aconsejarse de él, acogiéndole amablemente, le dijo: «Vuestra vida me parece muy rigurosa y áspera al no disponer de nada en el mundo». A lo cual respondió el Santo: «Señor, si tuviéramos algunas posesiones, necesitaríamos armas para defendernos. Y de ahí nacen las disputas y los pleitos, que suelen impedir de múltiples formas el amor de Dios y del prójimo; por eso no queremos tener cosa alguna temporal en este mundo». Al obispo agradó sobremanera la respuesta del varón de Dios, que despreció todo lo caduco de este mundo, y en especial el dinero. En tal grado, que en todas las reglas recomendó principalmente la pobreza y que fueran muy diligentes sus hermanos en rechazar la pecunia.

Escribió, en efecto, varias reglas, que estuvieron como de prueba antes de que escribiera la que, por fin, dejó a sus hermanos; y en una de ellas escribía como execración del dinero: «Guardémonos los que lo hemos dejado todo de perder por tan poquita cosa el reino de los cielos. Y, si en algún lugar encontráramos dinero, no le demos más importancia que al polvo que pisamos» [2].

Capítulo X

Cómo predijo a sus seis compañeros todo lo que les había de ocurrir al ir por el mundo y les exhortó a llevarlo con paciencia

36. San Francisco, lleno ya de la gracia del Espíritu Santo, reunió ante sí a los dichos seis hermanos y les anunció lo que les había de ocurrir. «Consideremos —dijo—, hermanos queridos, nuestra vocación, a la cual por su misericordia nos ha llamado el Señor, no tanto por nuestra salvación cuanto por la salvación de muchos otros, a fin de que vayamos por el mundo exhortando a

[2] 1R 8,5-6.

los hombres más con el ejemplo que con las palabras, para moverlos a hacer penitencia de sus pecados y para que recuerden los mandamientos de Dios. No temáis porque aparezcáis pequeños e ignorantes; más bien anunciad con firmeza y sencillamente la penitencia, confiando en que el Señor, que venció al mundo, habla con su espíritu por vosotros y en vosotros para exhortar a todos a que se conviertan y observen sus mandamientos.

»Encontraréis hombres fieles, mansos y benignos, que os recibirán con alegría y acogerán vuestras palabras; y otros muchos infieles, soberbios y blasfemos, que con sarcasmo os resistirán, como también a vuestras palabras. Formad en lo más hondo del corazón el propósito de soportarlo todo con paciencia y humildad».

Al oír todo esto los hermanos, comenzaron a temer. Entonces, el Santo continuó: «No temáis, porque, sin que pase mucho tiempo, vendrán a nosotros muchos sabios y nobles, y estarán con nosotros predicando a reyes y príncipes y a muchos pueblos. Y muchos se convertirán al Señor, que se dignará extender y aumentar su familia por todo el mundo».

37. Luego de haberles dicho esto y haberles dado la bendición, marcharon los hombres de Dios y observaron las exhortaciones de Francisco. Cuando encontraban alguna iglesia o cruz, se inclinaban para orar y decían devotamente: «Adorámoste, Cristo, y te bendecimos por todas tus iglesias que hay en el mundo entero, porque por tu santa cruz has redimido al mundo». Pues creían encontrar siempre un lugar sagrado allí donde se levantaba una cruz o una iglesia.

Cuantos los veían se extrañaban mucho, pues caían en la cuenta de la diferencia que existía respecto de los demás en cuanto a su hábito y manera de vivir y porque les parecían como unos hombres selváticos. Dondequiera que entraban, fuera ciudad o castillo, villa o casa, anunciaban la paz y exhortaban a todos a temer y amar al Creador de cielo y tierra y a cumplir sus mandamientos.

Algunos los escuchaban de buena gana; otros, por el contrario, se burlaban de ellos; y muchos los acosaban a preguntas, diciendo: «¿De dónde venís?» Otros les preguntaban a qué Orden pertenecían. Como les fuese molesto contestar a tantas preguntas, decían sencillamente que eran varones penitentes oriundos de la ciudad de Asís; pues su Religión todavía no se llamaba Orden.

38. Otros muchos los juzgaban impostores o fatuos y no los querían recibir en sus casas, no fuera que resultaran ladrones y les robaran sus cosas. Por eso, en muchos lugares, tras haber sido colmados de injurias, se veían obligados a guarecerse en pórticos de iglesias o de casas.

Por este tiempo, dos de ellos estaban en Florencia pidiendo limosna y no podían encontrar dónde hospedarse. Llegaron, por fin, a una casa que tenía un pórtico, y en él un horno, y se dijeron mutuamente: «Aquí podríamos recogernos». Rogaron a la dueña que los recibiera dentro de la casa, pero ella se lo negó. Entonces

le pidieron humildemente que les permitiera al menos descansar la noche junto al horno.

La dueña se lo consintió, pero vino su marido y le reconvino: «¿Por qué has admitido en nuestro portal a estos maleantes?» Se excusó ella diciendo que no había querido admitirlos dentro de la casa, pero les había permitido acostarse en el portal, donde no podrían robar sino leña. Pero el marido no quiso que se les prestara ni un sencillo cobertor para abrigarse, aunque hacía mucho frío, porque pensaba que eran maleantes y ladrones.

Apenas pudieron dormir aquella noche. Descansaron junto al horno, sin otro calor que el divino y sin otro abrigo que el de dama Pobreza. A la hora de maitines se fueron a la iglesia más próxima para asistir al oficio.

39. Después de amanecer fue la mujer a la misma iglesia. Vio allí que los dos hermanos continuaban en devota oración, y se dijo para sí: «Si estos hombres fueran maleantes y ladrones, como decía mi marido, no estarían tan recogidos en oración». Y, mientras pensaba en esto, un hombre llamado Guido daba limosna a los pobres que había en la iglesia.

Cuando llegó a los hermanos, les quiso dar dinero a cada uno de ellos, como acostumbraba hacer con los otros pobres, pero ellos rehusaron recibirlo. Entonces él les preguntó: «¿Por qué vosotros, siendo pobres, no recibís dinero como los demás?» El hermano Bernardo le respondió: «Es cierto que somos pobres, pero a nosotros no nos pesa la pobreza, como a otros pobres, pues por la gracia de Dios, cuyo consejo de pobreza cumplimos, nos hemos hecho voluntariamente pobres». Admirado el señor de lo que estaba oyendo, les preguntó de nuevo si en algún tiempo habían poseído algo. Ellos le contestaron que habían tenido mucho, pero que lo habían dado a los pobres por amor de Dios. Quien así habló fue el hermano Bernardo, el primer discípulo del bienaventurado Francisco, a quien hoy consideramos en verdad como padre santísimo. El fue el primero que, acogiendo el mensaje de paz y penitencia, vendido cuanto tenía y entregado a los pobres según el consejo de perfección evangélica, corrió tras el santo de Dios, perseverando hasta el fin en la santísima pobreza.

Observando aquella mujer que los hermanos no quisieron aceptar dinero, se acercó a ellos y les dijo que de muy buena gana los recibiría en su casa, si gustaran de hospedarse en ella. Los hermanos le respondieron con humildad: «El Señor se lo pague por la buena voluntad». Y, habiendo oído dicho señor que los hermanos no podían encontrar alojamiento, los llevó a su casa y les dijo: «Aquí tenéis el hospedaje preparado por el Señor; quedaos el tiempo que queráis». Ellos, dando gracias a Dios, se quedaron en su casa algunos días, edificándole en el temor de Dios con el ejemplo y de palabra, de tal modo que en adelante hizo muchas limosnas a los pobres.

40. Pero es de notar que, aunque los hermanos fueron tratados por este señor con tanta caridad, otros los consideraban

como los más abyectos, y muchos, grandes y pequeños, se mofaban de ellos y los injuriaban y les quitaban a veces las ropas vilísimas que llevaban. Cuando los siervos de Dios quedaban desnudos, porque, según el consejo evangélico, llevaban una sola túnica, no por eso reclamaban lo que les habían quitado. Si algunos, movidos de compasión, se lo devolvían, lo recibían de buen grado.

Algunos les arrojaban barro; otros, poniéndoles dados en la mano, los invitaban a jugar con ellos; y otros, agarrándolos por detrás de la capucha, los llevaban colgando a su espalda.

Estas y otras cosas parecidas hacían con ellos, y los consideraban tan despreciables, que los molestaban sin miramiento cuanto querían. Sobre esto, tuvieron que pasar hambre y sed, frío y desnudez y otras indecibles tribulaciones y angustias. Y todo lo sobrellevaban con inmutable paciencia, de conformidad con la instrucción dada por el bienaventurado Francisco. Y jamás manifestaban tristeza ni turbación, ni maldecían a los que los ofendían, sino, por el contrario, cual perfectos varones evangélicos y dispuestos a conseguir grandes ganancias, se alegraban hondamente en el Señor y miraban como motivo de gozo las pruebas y tribulaciones que, como las ya dichas, se les presentaban, y, según el santo Evangelio, rogaban con solicitud y fervor por sus perseguidores.

Capítulo XI

Admisión de otros cuatro hermanos. Ardiente caridad que se tenían los primeros hermanos, su anhelo de trabajar y orar y su perfecta obediencia

41. Cuando se vio que los hermanos se alegraban en sus tribulaciones; que se dedicaban diligente y devotamente a la oración; que no recibían dinero ni lo llevaban; que se querían mutuamente con inmenso amor —señal por la que se daban a conocer como verdaderos discípulos del Señor—, muchos venían a ellos cordialmente compungidos por las ofensas que les habían inferido y les pedían perdón. Ellos los perdonaban de corazón, diciéndoles: «El Señor os perdone»; y les daban oportunos consejos en orden a la salvación.

Algunos pedían que los admitieran en su compañía; como, por la escasez de hermanos, tenían facultad del bienaventurado Francisco para recibir en la Orden, recibieron a algunos, y en el término establecido regresaron con ellos a Santa María de la Porciúncula. Cuando volvían a verse juntos, disfrutaban de tanta alegría y regocijo cual si no recordaran nada de cuanto habían sufrido de los malvados.

Todos eran solícitos en hacer oración todos los días y en ocuparse en trabajos manuales para evitar en absoluto la ociosidad, que es enemiga del alma. Se levantaban con toda diligencia a me-

dia noche y oraban devotísimamente, con lágrimas copiosas y suspiros; se amaban con íntimo y mutuo amor, se servían unos a otros y se atendían en todo, como una madre lo hace con su único hijo queridísimo. Era su caridad tan ardorosa, que les parecía cosa fácil entregar su cuerpo a la muerte, no sólo por amor de Cristo, sino también por el bien del alma o del cuerpo de sus cohermanos.

42. Y, en efecto, cierto día en que dos de estos hermanos iban de camino, se encontraron con un demente, que empezó a tirarles cantos. Luego que se dio cuenta uno de ellos que los cantos iban a pegar al otro, al momento se interpuso para que los golpes dieran contra él, prefiriendo recibir él los cantazos a que los recibiera el hermano, por la mucha caridad que se tenían; tan dispuestos estaban a dar la vida el uno por el otro.

Estaban tan bien fundados y arraigados en humildad y caridad, que cada uno reverenciaba al otro como si fuera padre y señor; y aquellos que, por su oficio o una cualidad, tenían alguna preeminencia sobre los demás, parecían de situación más humilde y baja. Todos estaban prontos a obedecer y dispuestos siempre a cumplir la voluntad del que mandaba; no se paraban a discernir si el mandato era justo o injusto, porque pensaban que todo mandato era conforme a la voluntad del Señor. Con esta disposición era para ellos fácil y agradable cumplir los mandatos. Se abstenían de las apetencias de la carne, juzgándose a sí mismos con rigor y evitando ofender de cualquier modo al hermano.

43. Y si a veces sucedía que uno decía a otro alguna palabra que le pudiera molestar, tanto le remordía la conciencia, que no paraba hasta que confesaba su culpa y, echándose humildemente en tierra, lograba que el hermano ofendido pusiera el pie sobre su boca. Y, caso de que el hermano ofendido no quisiera poner el pie en la boca del otro hermano, sucedía entonces que, si el ofensor era prelado, le mandaba al otro que lo pisara; y si era súbdito, el ofensor conseguía que le mandara el prelado. De esta manera se ingeniaban para que todo rencor o maldad huyera de ellos y reinara siempre entre ellos la perfecta caridad, procurando siempre contraponer, todo cuanto podían, virtudes particulares a vicios particulares, ayudados y prevenidos de la gracia de Jesucristo.

Nada reclamaban como propio. Los libros y demás objetos que les habían sido dados, los usaban según la forma transmitida y observada por los apóstoles. A la par que en ellos y entre ellos reinaba una verdadera pobreza, eran liberales y generosos con todo lo que les había sido entregado por Dios, y por su amor daban de buena gana a cuantos se las pedían, y particularmente a los pobres, las limosnas que ellos habían recibido.

44. Cuando iban de camino y se encontraban con pobres que les pedían algo por amor de Dios, si no llevaban ninguna otra cosa que darles, les entregaban parte de sus vestidos, aunque viles. A veces les daban el capucho, separándolo de la túnica; a

veces, una manga; a veces, otra pieza, descosiéndola de la túnica, en cumplimiento de lo que dice el Evangelio: *A todo el que te pide, dale* [1]. Cierto día vino un pobre a pedir limosna a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, donde a temporadas moraban los hermanos. Había allí una capa que había usado un hermano siendo todavía seglar. Como le dijese el bienaventurado Francisco que se la diera a aquel pobre, a.prisa y corriendo fue por ella y se la dio lleno de alegría. Y en el instante le pareció a aquel hermano que, por el amor y devoción con que había dado la capa al pobre, la limosna había subido hasta el cielo, y quedó embriagado de nuevo gozo.

45. Cuando recibían visitas de los ricos de este mundo, los recibían alegre y benignamente y procuraban apartarlos del mal y moverlos a penitencia. Pedían también con sumo interés que no fueran enviados a tierras de donde eran oriundos, para evitar la familiaridad y el trato con sus consanguíneos, y así cumplir la palabra profética: *Me he hecho forastero con mis hermanos, y peregrino con los hijos de mi madre* [2].

Se gozaban cordialmente en la pobreza, pues no ambicionaban riquezas, sino que despreciaban todo lo caduco que pueden codiciar los amantes de este mundo. Sobre todo, miraban el dinero como polvo que pisaban, y, aleccionados por el Santo, ponderaban su precio y valor al igual que el boñigo de asno.

Se alegraban de continuo en el Señor y no encontraban entre sí ni dentro de sí motivo de tristeza. Cuanto más apartados del mundo, tanto más unidos estaban con Dios; y, caminando siempre por la senda de la cruz y de la justicia, apartaban del camino estrecho de la penitencia y observancia del Evangelio cualquiera clase de tropiezos, a fin de que los sucesores encontraran llano y seguro el sendero.

Capítulo XII

Cómo el bienaventurado Francisco fue con los once compañeros a la curia del papa para exponerle sus ideales y para que le confirmara la Regla que había escrito

46. Viendo el bienaventurado Francisco que el Señor aumentaba el número de los hermanos y los hacía crecer en méritos y que eran ya doce varones perfectísimos con un mismo sentir, dijo a los otros once el que hacía el número doce y era su jefe y padre: «Veo, hermanos, que quiere el Señor aumentar misericordiosamente nuestra congregación. Vayamos, pues, a nuestra santa madre la Iglesia de Roma y manifestemos al sumo pontífice lo que el Señor empieza a hacer por nosotros, para que de voluntad y mandato suyo prosigamos lo comenzado».

Agradó a los otros hermanos lo que proponía el Padre; cuando todos juntos se encaminaron a la curia, les dijo: «Señalemos uno de nosotros que sea nuestro guía y tengámoslo como

[1] Lc 6,30. [2] Sal 68,9.

vicario de Jesucristo, para que vayamos a donde él quiera y nos hospedemos cuando él disponga». Eligieron al hermano Bernardo, el primero después del bienaventurado Francisco, y se atuvieron a lo que el Padre había propuesto.

Caminaban alegres, hablaban palabras de Dios, sin que osaran decir nada que no se refiriera a la alabanza y gloria de Dios y a la utilidad del alma, y frecuentemente se dedicaban a la oración. El Señor les preparaba siempre lugar donde hospedarse y hacía que les sirvieran lo necesario.

47. Al llegar a Roma se encontraron allí con el obispo de la ciudad de Asís. Este los recibió con mucha alegría, pues veneraba con particular afecto al bienaventurado Francisco y a todos los hermanos. Pero como no sabía la causa de su venida, se turbó un poco, temiendo que pensaran abandonar la propia tierra, donde el Señor empezaba a obrar cosas maravillosas por ellos, y porque él sentía gozo sincero de tener en su diócesis varones tan excelentes, de cuya vida y costumbres tanto se prometía. Enterado del motivo y de lo que se proponían conseguir, su gozo fue mayor y les prometió consejo y ayuda para su empeño.

Este señor obispo era conocido de un cardenal, obispo de Santa Sabina, que se llamaba Juan de San Pablo, varón lleno de gracia de Dios y muy amante de los siervos de Dios. El mencionado obispo había hablado al cardenal de la vida del bienaventurado Francisco y de sus hermanos, y estas noticias habían hecho nacer en el cardenal el deseo de ver al varón de Dios y a algunos de sus hermanos.

Así que, cuando se enteró de que estaban en la Urbe, mandó llamarlos y los recibió con gran veneración y amor.

48. Durante los pocos días que estuvieron con él quedó tan edificado de sus palabras y ejemplos, que, viendo que sus obras eran fiel trasunto de lo que le habían contado, se encomendó a sus oraciones humilde y devotamente y les pidió por gracia especial que lo contaran desde entonces como uno de los hermanos. Luego preguntó al bienaventurado Francisco por el motivo de su venida y, cuando hubo escuchado de sus labios lo que intentaba y deseaba, se ofreció a hacer de procurador suyo en la curia.

Fue, pues, a la curia el dicho cardenal y expuso al señor papa Inocencio III: «He encontrado un varón perfectísimo que quiere vivir según la forma del santo Evangelio y guardar en todo la perfección evangélica, y creo que el Señor quiere reformar por su medio la fe de la santa Iglesia en todo el mundo».

Oyendo esto el papa, quedó muy admirado, y mandó al señor cardenal que trajera al bienaventurado Francisco a su presencia.

49. Al día siguiente fue presentado el varón de Dios por el señor cardenal al sumo pontífice, y Francisco le expuso todos sus santos propósitos. El sumo pontífice, dotado de singular discreción, accedió en la forma debida a los deseos del Santo, y, exhortando a éste y a sus hermanos acerca de muchas cosas, les dio la bendición y les dijo: «Id con Dios, hermanos, y predicad a todos

la penitencia, como El se dignare inspiraros. Y cuando Dios todopoderoso os aumente en número y gracia, comunicádnoslo, y Nos os concederemos más cosas y con mayor seguridad os encomendaremos otras más importantes».

Quería el señor papa saber si todo lo concedido y lo que pensaba conceder era conforme a la voluntad de Dios, y, antes que el Santo se retirase, le dijo a él y a sus compañeros: «Queridos hijos nuestros, vuestro tenor de vida nos parece sobradamente riguroso y austero; y, aunque os vemos tan animosos que de vosotros no cabe la menor duda, sin embargo, debemos pensar en aquellos que os han de seguir, y puede ser que esta vida les parezca demasiado austera». Mas como viera la constancia de su fe y el ancla de su esperanza firmemente sujeta en Cristo, de modo que por nada querían apartarse de su generoso fervor, dijo al bienaventurado Francisco: «Hijo, ve y pide a Dios que se digne revelarte si esto que buscáis procede de su voluntad, para que, siendo Nos sabedor del divino beneplácito, accedamos a vuestros deseos».

50. El santo de Dios se puso en oración, como le había indicado el señor papa, y el Señor le habló en espíritu por medio de esta parábola: «Vivía en el desierto una mujer pobrecilla y hermosa; prendado un rey poderoso de su hermosura, quiso tomarla como esposa, porque creía que de ella podría tener hijos hermosos.

»Contraído y consumado el matrimonio, nacieron muchos hijos. Ya adultos, les habló su madre, diciéndoles: 'Hijos míos, no os avergoncéis, pues sois hijos del rey. Id, pues, a su corte, y él os dará todo lo que necesitéis'. Cuando se presentaron ante el rey, éste quedó cautivado de su hermosura, y, reconociendo en ellos su verdadero retrato, les preguntó: '¿De quién sois hijos?'

»Y como le contestasen que eran hijos de una mujer pobrecita que vivía en el desierto, el rey los abrazó con íntima complacencia y les dijo: 'Nada temáis, porque sois hijos míos. Así, pues, si los extraños se alimentan de mi mesa, con mayor razón vosotros, que sois mis hijos legítimos'. Y mandó el rey a aquella mujer que le enviara a palacio a todos los hijos procreados con él, para que allí se criaran».

El varón de Dios comprendió que, por cuanto se le había mostrado en visión mientras oraba, él estaba representado por aquella pobrecita mujer.

51. Cuando acabó la oración, se presentó de nuevo al sumo pontífice y le relató ordenadamente la alegoría que el Señor le había mostrado, y le dijo: «Yo soy, señor, esta mujer pobrecita a quien el amantísimo Señor, por su misericordia, ha honrado de esta manera y de la que ha querido procrear para él hijos legítimos. Y me dijo el Rey de los reyes que criaría a todos los hijos que por mi medio procreara, porque, si alimenta a los extraños, con mayor razón ha de alimentar a los legítimos. Si Dios concede a los pecadores bienes temporales por amor a los hijos que han de

criar, mucho más los otorgará a los varones evangélicos, a quienes por mérito se les deben tantos bienes».

Oyendo esto el señor papa, quedó profundamente maravillado, y principalmente porque antes de la venida del bienaventurado Francisco había tenido también él una visión en la que veía que la iglesia de San Juan de Letrán se desplomaba y que un hombre religioso, desmedrado y despreciable, la sostenía con sus propias espaldas. Se despertó atónito y atemorizado. Pero hombre discreto y sabio como era, consideraba qué significaría la visión. Como a los pocos días se presentase ante él el bienaventurado Francisco y le expusiese su plan de vida, como queda dicho, y le suplicase que le confirmara la Regla que había escrito con palabras sencillas [1], entreveradas de sentencias del Evangelio, a cuya perfección aspiraba con todas sus fuerzas, viéndolo el papa tan fervoroso en el servicio de Dios y comentando su propia visión y la alegoría mostrada al varón de Dios, comenzó a decirse para sus adentros: «Verdaderamente éste es aquel varón religioso y santo por el que la Iglesia de Dios se levantará y se sostendrá».

Luego lo abrazó y le aprobó la Regla que había escrito. Le dio también licencia, lo mismo que a sus hermanos, para predicar la penitencia en todo el mundo, pero con la condición de que los que habían de predicar obtuvieran primero autorización del bienaventurado Francisco. Todo esto lo aprobó después en consistorio.

52. Obtenida esta concesión, el bienaventurado Francisco dio gracias a Dios y, puesto de rodillas, prometió humilde y devotamente al señor papa obediencia y reverencia. Los otros hermanos prometieron obediencia y reverencia al bienaventurado Francisco, como lo había mandado el señor papa. Recibieron la bendición del sumo pontífice, visitaron los sepulcros de los apóstoles, y, por diligencias de dicho cardenal, les fue conferida la tonsura al bienaventurado Francisco y a los otros once hermanos, para que todos ellos, los doce, fueran clérigos.

53. Extrañado de la facilidad con que había logrado lo que deseaba, el varón de Dios dejó la Urbe y con los dichos hermanos marchó por el orbe. De día en día le iba creciendo la esperanza y la confianza en el Salvador, que previamente se había adelantado a demostrarle con santas revelaciones lo que después habría acaecido. Pues, en efecto, antes de haber conseguido todo lo dicho, cierta noche mientras dormía le pareció ver que viajaba por un camino y que junto a él había un árbol muy frondoso, hermoso, robusto y grueso. Como se acercara al árbol y se pusiera debajo admirando su altura y hermosura, de repente creció tanto el Santo, que llegaba a lo más alto del árbol y fácilmente lo doblaba hasta el suelo. Y en verdad así sucedió cuando el señor Inocencio, árbol el más sublime, hermoso y robusto en el mundo, se doblegó tan benignamente a la petición y querer del Santo.

[1] Cf. Test 15.

Capítulo XIII

Eficacia de su predicación. El primer lugar que habitó, cómo vivían en él y cómo salieron de él

54. Desde entonces comenzó el bienaventurado Francisco a predicar más y mejor en sus correrías por ciudades y castros; no lo hacía con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino que anunciaba con confianza el reino de Dios con la doctrina y fuerza del Espíritu Santo. Era un verdadero predicador fortalecido con la autoridad apostólica. No empleaba palabras de adulación y rehuía todo halago de expresiones lisonjeras, porque, para poder decir la verdad con plena confianza, primero se persuadía a sí mismo con las obras de aquello de que tenía que persuadir a los demás con la palabra. Y aun los letrados y doctos quedaban admirados de la fuerza y verdad de sus sermones, que no había aprendido de maestro humano; y muchos corrían a verlo y oírlo como a hombre de otro mundo. Así comenzaron muchos, nobles y plebeyos, clérigos y seglares, impelidos por inspiración divina, a seguir los pasos del bienaventurado Francisco y, abandonando los cuidados y vanidades del siglo, a vivir el mismo tenor de vida bajo su dirección.

55. Vivía entonces el Padre feliz con sus hijos en un lugar cerca de Asís llamado Rivo Torto, donde había una choza abandonada de todos; tan reducida era, que no podían apenas sentarse y descansar. Cuando allí carecían de pan —lo que ocurría frecuentemente—, comían tan sólo algunos nabos que a duras penas conseguían de limosna. El varón de Dios tenía escritos los nombres de los hermanos en los travesaños de la choza, para que cada uno, al tratar de descansar o de orar, reconociese su sitio, y, dada la estrechez y pequeñez del lugar, no fuera perturbado el silencio del alma por cualquier ruido indebido.

Viviendo en este lugar los hermanos, sucedió cierto día que un rústico llegó allí con su asno para cobijarse dentro con el animal. Y para que no fuera rechazado por los hermanos, se metió con el asno, diciendo: «¡Entra, entra, porque haremos un favor a este lugar!» [1] Oyendo esto el Padre santo y penetrando la intención de aquel rústico, se conturbó a causa de él, sobre todo porque había armado gran estrépito con el asno e inquietado a los hermanos, que estaban entonces haciendo oración en absoluto silencio. Entonces dijo el varón de Dios a los hermanos: «Bien sé, hermanos, que el Señor no nos ha llamado para preparar albergue a ningún asno ni para recibir frecuentes visitas de hombres, sino para que nos dediquemos principalmente a la oración y acción de gracias, predicando de tanto en tanto a los hombres el camino de la salvación y dándoles consejos saludables».

[1] Tomás de Celano añade estas palabras: «se pensaba aquel hombre que los hermanos querían afincarse allí y añadir nuevas chozas a la existente» (1C 44).

Dejaron aquel lugar para albergue de pobres leprosos, y ellos se trasladaron a Santa María de la Porciúncula, junto a la cual habían morado algunas veces en una casuca antes de que hubieran conseguido la iglesia.

56. Más tarde, impulsado el bienaventurado Francisco por la inspiración y voluntad de Dios, consiguió con mucha humildad que el abad de San Benito del monasterio del monte Subasio, cerca de Asís, le cediera la iglesia. El Santo recomendó esta iglesia con señalado y especial afecto al ministro general y a todos los hermanos como el lugar más amado de la gloriosa Virgen entre todos los lugares y entre todas las iglesias del mundo.

Mucho contribuyó para recomendar y amar tanto este lugar la visión que tuvo un hermano cuando todavía vivía en el siglo, y a quien el bienaventurado Francisco amó con singular afecto y le mostró particular familiaridad mientras vivieron juntos. Este varón, que anhelaba servir a Dios, como después efectivamente le sirvió fielmente en la Religión, vio en una visión que todos los hombres de este siglo eran ciegos y estaban de rodillas en torno a Santa María de la Porciúncula con las manos juntas y los rostros vueltos al cielo. En esta actitud pedían al Señor con voz clamorosa y lacrimosa que se dignara, por su gran misericordia, dar vista a todos. Estando éstos en oración, le pareció ver que un gran resplandor salía del cielo y descendía sobre ellos, iluminándolos con una luz salvadora.

Luego que se despertó, tomó la firme resolución de servir al Señor; y poco después, abandonando este mundo malvado con todas sus vanidades, entró en la Religión, en la que se consagró humilde y devotamente al servicio de Dios.

Capítulo XIV

Dos veces al año celebraban capítulo en Santa María de la Porciúncula

57. Después de haber obtenido este lugar de Santa María del referido abad, dispuso el bienaventurado Francisco que se celebrara allí capítulo dos veces al año, a saber, en Pentecostés y en la Dedicación de San Miguel. En Pentecostés se reunían todos los hermanos en Santa María y trataban de cómo observar con mayor perfección la Regla, y destinaban hermanos a diversas provincias para que predicaran al pueblo y para que, a su vez, colocaran a otros hermanos en sus provincias. San Francisco amonestaba, reprendía y daba órdenes, como mejor le parecía según el beneplácito divino. Cuanto decía de palabra, lo manifestaba en sus obras con afecto y solicitud. Veneraba a los prelados y sacerdotes de la santa Iglesia y honraba a los ancianos, nobles y ricos; también a los pobres los amaba de lo íntimo de su corazón y se compadecía de ellos entrañablemente. De todos se mostraba súbdito. A pesar de ser el hermano de puesto más alto, nombraba,

sin embargo, a uno de los hermanos con quienes vivía por su guardián y señor y a él obedecía humilde y devotamente para evitar toda ocasión de soberbia. Y entre los hombres, humillaba su cabeza hasta la tierra, a fin de merecer ser exaltado algún día ante la mirada divina entre los santos y elegidos de Dios.

Exhortaba con solicitud a los hermanos a que guardaran fielmente el santo Evangelio y la Regla que habían prometido. Y, sobre todo, a que tuvieran gran reverencia y devoción a los divinos oficios y ordenaciones eclesiásticas, oyendo devotamente la misa y adorando con rendida devoción el cuerpo del Señor. Quería también que los sacerdotes que administran los sacramentos venerandos y augustos fueran singularmente honrados por los hermanos, de suerte que donde los encontraran les hicieran inclinación de cabeza y les besaran las manos; y si los encontraban cabalgando, deseaba que no sólo les besaran las manos, sino hasta los cascos de los caballos sobre los que cabalgaban, por reverencia a sus poderes.

58. Amonestaba también a los hermanos que no juzgaran a nadie, ni despreciaran a los que viven con regalo y se visten con lujo y vanidad [1], porque Dios es Señor nuestro y de ellos, y los puede llamar hacia sí, y, una vez llamados, justificarlos. Decía también que quería que los hermanos respetaran a estos hombres como a hermanos y señores suyos, pues son hermanos, en cuanto han sido creados por el mismo Creador, y son señores, en cuanto que, proveyéndoles de lo necesario para el cuerpo, ayudan a los buenos a hacer penitencia. Y seguía diciendo: «Tal debería de ser el comportamiento de los hermanos entre los hombres, que cualquiera que los oyera o viera, diera gloria al Padre celestial y le alabara devotamente».

Todo su afán era que así él como los hermanos estuvieran tan enriquecidos de buenas obras, que el Señor fuera alabado por ellas. Y les decía: «Que la paz que anunciáis de palabra, la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones. Que ninguno se vea provocado por vosotros a ira o escándalo, sino que por vuestra mansedumbre todos sean inducidos a la paz, a la benignidad y a la concordia. Pues para esto hemos sido llamados: para curar a los heridos, para vendar a los quebrados y para corregir a los equivocados. Pues muchos que parecen ser miembros del diablo, llegarán todavía a ser discípulos de Cristo».

59. Por otra parte, el piadoso Padre censuraba a los hermanos que se trataban con demasiada austeridad y se recargaban con vigilias, ayunos y mortificaciones corporales. Pues algunos se mortificaban tan despiadadamente para extinguir en sí todo incentivo carnal, que había quien parecía que se tenía odio a sí mismo. A éstos les prohibía tales excesos con exhortaciones benignas y razonables reprensiones y vendaba sus heridas con las vendas de saludables preceptos.

[1] 2R 2,17.

Ninguno de los hermanos que venía al capítulo se atrevía a tratar negocios seculares, sino que todos conversaban acerca de las vidas de los santos y de cómo podrían hallar mejor y más perfectamente la gracia del Señor Jesucristo. Si algunos de los hermanos que llegaban al capítulo tenían alguna tentación o tribulación, al oír hablar al bienaventurado Francisco con tanta dulzura y fervor y al ver su penitencia, se veían libres de las tentaciones y consolados maravillosamente en las tribulaciones. Compadecido de ellos, les hablaba no como juez, sino como padre misericordioso con sus hijos, como buen médico con los enfermos, enfermando con los enfermos y afligido con los atribulados. Sin embargo, corregía en la debida forma a los delincuentes y reprimía con el merecido castigo a los contumaces y rebeldes.

Acabado el capítulo, daba la bendición a los hermanos y destinaba a cada uno a su provincia. A los que tenían espíritu de Dios y la conveniente elocuencia, fueran clérigos o laicos, les daba licencia para predicar. Una vez recibida su bendición, marchaban con gran alegría por el mundo como peregrinos y forasteros, sin llevar otra cosa para el camino que los libros para rezar las horas. Dondequiera que encontraran algún sacerdote, rico o pobre, bueno o malo, le hacían humilde reverencia con inclinación de cabeza. Y, cuando llegaba la hora de hospedarse, de mejor gana se quedaban en casa de sacerdotes que de seglares.

60. Pero, cuando no podían hospedarse en casa de sacerdotes, buscaban a las personas más espirituales y temerosas de Dios, para poder hospedarse en sus casas más decorosamente; esto lo hicieron hasta que el Señor inspiró a algunos temerosos de Dios, de las ciudades o castros que los hermanos solían visitar, que les prepararan hospedaje; a éste se acogían mientras para ellos no fueron edificados lugares en las ciudades y en los castros.

Según la oportunidad de cada momento, el Señor les daba palabra y espíritu para expresar pensamientos agudísimos que penetraban los corazones de jóvenes y ancianos; de tal forma calaban en ellos, que, abandonando padre y madre y cuanto tenían, seguían a los hermanos y tomaban el hábito de su Religión. Verdaderamente fue enviada entonces a la tierra la espada de separación, cuando los jóvenes venían a la Orden dejando a sus padres en la hediondez del pecado. A los que admitían a la Orden los llevaban a donde el bienaventurado Francisco para que de él recibieran humilde y devotamente el hábito de la Religión.

Y no eran sólo los hombres los que se convertían a la Orden; había también muchas vírgenes y viudas que, movidas a compunción por la predicación de los hermanos, por consejo suyo se recluían a hacer penitencia en monasterios creados en ciudades y castros. Para ellas fue instituido visitador y corrector uno de los hermanos [2]. Igualmente, hombres y mujeres casados, a quienes la

[2] Se trata de la Orden de las *Señoras Pobres*, que más tarde se llamó de las *Clarisas*, del nombre de Santa Clara.

ley matrimonial impedía separarse, se dedicaban, por saludable consejo de los hermanos, a una vida de austera penitencia en sus mismas casas [3]. De esta manera, por medio del bienaventurado Francisco, devotísimo de la santa Trinidad, se renueva la Iglesia de Dios a través de tres Ordenes, como quedó significado en la reparación de tres iglesias que llevó a cabo anteriormente [4]. Cada una de estas Ordenes fue confirmada en su momento oportuno por el sumo pontífice.

Capítulo XV

Muerte del señor Juan, primer protector, y designación del señor Hugolino, obispo de Ostia, como padre y protector de la Orden

61. El ya mencionado venerable padre señor Juan de San Pablo, cardenal, que con frecuencia dispensaba al bienaventurado Francisco consejo y protección, se complacía también en recomendar a los otros cardenales la vida y las obras del Santo y de sus hermanos. Y despertó en ellos tanto afecto hacia el varón de Dios y sus hermanos, que todos querían tener en su palacio a alguno de ellos, no para que les prestaran servicios, sino debido a su santidad y por la devoción que les habían cobrado.

Muerto el señor Juan de San Pablo [1], inspiró el Señor a uno de los cardenales, llamado Hugolino y entonces obispo de Ostia, que pusiera su afecto en amar al bienaventurado Francisco y a sus hermanos y los protegiera y animara. Y tanta ilusión mostró con ellos como si fuera padre de todos; es más, en mayor grado que el amor del padre carnal se extiende naturalmente a sus hijos carnales, ardía el suyo espiritual para amar en el Señor y favorecer al varón de Dios y a sus hermanos. Habiendo llegado a oídos del varón de Dios la célebre fama de este cardenal, entre todos el más famoso, se presentó ante él con sus hermanos. El los recibió con alegría y les dijo: «Me tenéis a vuestra disposición; dispuesto a daros mi apoyo, consejo y protección según vuestra voluntad; y quiero en correspondencia que por Dios me encomendéis en vuestras oraciones».

Entonces, el bienaventurado Francisco, dando gracias a Dios, dijo al señor cardenal: «Señor, con muchísimo agrado quiero teneros por padre y protector de nuestra Religión y quiero que todos mis hermanos os tengan presente en sus oraciones». Luego le pidió el bienaventurado Francisco que se dignara intervenir en

[3] Se trata de la tercera Orden franciscana.

[4] Los *Tres compañeros*, que no han hablado más que de la restauración de la iglesia de San Damián, hacen también alusión, sin duda, a una iglesia dedicada a San Pedro y a la iglesia de Santa María de la Porciúncula.

[1] Murió pocos meses antes del concilio Lateranense IV, que se inició el 11 de noviembre de 1215.

el capítulo de Pentecostés. Accedió complacido al momento, y desde entonces participó cada año en el capítulo de los hermanos.

Cuando venía al capítulo, salían procesionalmente a su encuentro todos los hermanos reunidos en él. Mas él, al verlos acercarse, se bajaba del caballo e iba a pie con ellos hasta la iglesia de Santa María. Después les predicaba el sermón y celebraba la misa, en la que el varón de Dios Francisco cantaba el evangelio.

Capítulo XVI

Elección de los primeros ministros y cómo fueron enviados por el mundo

62. Pasados once años del comienzo de la Religión y habiéndose multiplicado los hermanos en número y crecido en méritos, fueron elegidos los ministros y enviados con algunos hermanos a casi todas las partes del mundo en las que se cultiva y se conserva la fe católica. En algunas provincias eran recibidos, pero no se les permitía edificar casas; de otras eran expulsados por temor de que fueran herejes. Pues es de advertir que, aunque el referido papa Inocencio III les aprobó la Orden y la Regla, no dejó constancia de su confirmación en documento alguno suyo. Por eso, los hermanos tuvieron que sufrir muchas tribulaciones de parte de los clérigos y de los seglares, y, en consecuencia, se vieron obligados a huir de diversas provincias. Y, angustiados y afligidos, e incluso despojados y azotados a mano de ladrones, volvieron con gran amargura al bienaventurado Francisco. A este tenor fueron tratados en casi todas las regiones ultramontanas, como Alemania, Hungría [1] y otras muchas partes.

Habiendo comunicado todo esto al dicho señor cardenal, mandó éste llamar al bienaventurado Francisco y lo presentó al señor papa Honorio, pues el señor Inocencio era ya difunto [2]. E hizo que el señor Honorio, con bula que pendía del documento, confirmara solemnemente otra Regla [3] compuesta por el bienaventurado Francisco, instruido por Cristo. En esta Regla se espa-

[1] Cf. Jordán de Giano, *Chronica* 5-61, ed. Böhmer, p.5-6.

[2] Murió en Perusa, el 16 de julio de 1216, y Honorio III fue elegido papa dos días después.

[3] Si se tiene en cuenta que esta bula es la *Solet annuere*, de 29 de noviembre de 1223, y esta «otra Regla» es la que de ordinario se designa con el nombre de segunda Regla o Regla bulada, este párrafo contiene un anacronismo, porque en 1223 la provincia de Alemania había alcanzado ya un importante desarrollo (cf. Jordán de Giano, o. c. 19-30 p.21-23).

Esta es la opinión del P. Van Ortroy; pero P. Sabatier *(De l'authenticite...* p.22-30) ha demostrado que esta opinión contiene un error de perspectiva. Para quienes habían vivido estos primeros sucesos, la bula *Quum dilecti*, de 11 de junio de 1219, había tenido mucha más importancia que la bula *Solet annuere*, a pesar de que ésta era más solemne, pues estaba dirigida a los obispos de todo el mundo. De ella se trata aquí, y, por consiguiente, no hay en ello anacronismo alguno. Véase también S. Clasen, *Zur Kritik Van Ortroys an der «Legenda 3 Sociorum»*: Miscellanea Melchor de Pobladura 1 p.64).

ció el plazo entre los capítulos, para evitar las molestias de los hermanos que vivían en regiones remotas.

63. El bienaventurado Francisco se propuso pedir al señor papa Honorio un cardenal de la Iglesia romana, es decir, el mencionado señor obispo de Ostia, que fuera como el papa de su Orden y al que los hermanos pudieran recurrir para sus asuntos.

El bienaventurado Francisco tuvo una visión que pudo haberle inducido a pedir un cardenal protector y a recomendar la Orden a la Iglesia romana. Había visto, en efecto, una gallina pequeña y negra con plumas en las piernas y con los pies a modo de paloma doméstica, que tenía tal número de polluelos, que no podía cobijarlos bajo sus alas; giraban en torno a ella y siempre quedaban fuera.

Cuando se despertó empezó a pensar sobre el significado de la visión e, iluminado súbitamente por el Espíritu Santo, reconoció que era él el representado figurativamente en aquella gallina. Y se dijo: «Yo soy esa gallina: pequeño de estatura y moreno; debo ser sencillo como la paloma y remontar el vuelo hasta el cielo por medio de los afectos, que son las plumas de las virtudes. Pero el Señor, por su gran misericordia, me ha dado y me dará muchos hijos, a quienes por mis solas fuerzas no podré proteger. Así, pues, es necesario que yo se los recomiende a la santa Iglesia para que los proteja bajo sus alas y los gobierne».

64. A los pocos años de esta visión vino a Roma y visitó al señor obispo de Ostia, quien ordenó al bienaventurado Francisco que al día siguiente por la mañana fuera con él a la curia, pues quería que predicara ante el papa y los cardenales y les recomendara su Religión devota y vivamente. Aunque el bienaventurado Francisco se excusó, diciendo que era hombre simple e idiota, tuvo que acompañar al cardenal a la curia.

Cuando el bienaventurado Francisco se presentó ante el papa y los cardenales, se alegraron mucho al verlo. Y, puesto en pie, predicó ante ellos según le iba adoctrinando la unción del Espíritu Santo. Acabada la predicación, recomendó su Religión al señor papa y a todos los cardenales. De la predicación quedaron altamente edificados tanto el señor papa como los cardenales, y se sintieron movidos en lo íntimo de su corazón a amar con mayor afecto a la Orden.

65. Luego dijo el bienaventurado Francisco al sumo pontífice: «Señor, me causáis compasión por la solicitud y desvelos con que tenéis que velar por la Iglesia de Dios, y me da vergüenza que por nosotros, hermanos menores, mostréis tanto interés y cuidado. Cuando hay tantos nobles y ricos y tantos religiosos que no pueden tener audiencia con vos, nosotros, que somos los más pobres y despreciables entre todos los religiosos, deberíamos estar sobrecogidos de temor y avergonzados viendo que no sólo se nos permite llegar hasta vos, sino estar ante vuestra puerta y presumir pulsar el tabernáculo que encierra el poder de los cristianos. Por eso, me atrevo a suplicar humilde y devotamente a vuestra san-

tidad que tengáis a bien concedernos que el señor obispo de Ostia haga con nosotros las veces de papa, para que en tiempos de necesidad puedan los hermanos recurrir a él, salva siempre la dignidad de vuestra preeminencia».

Agradó al señor papa esta petición, y concedió al bienaventurado Francisco el mencionado señor ostiense, instituyéndolo dignísimo protector de su religión.

66. Recibido este mandamiento del señor papa, como buen protector, extendió su mano para defender a los hermanos: escribió a muchos prelados, que habían perseguido a los hermanos, que en adelante no se les opusieran, sino que más bien, como a santos y buenos religiosos que eran, aprobados con la autoridad de la Sede Apostólica, les ayudaran con su consejo y tutela para que predicaran y moraran en sus provincias. También otros muchos cardenales escribieron cartas con el mismo fin.

En el siguiente capítulo, el bienaventurado Francisco dio autoridad a los ministros para que recibieran hermanos a la Orden, y los envió a las sobredichas provincias provistos de cartas de los cardenales y de la Regla confirmada por bula apostólica. Viendo todo esto los antedichos prelados y reconociendo por verdaderos los documentos presentados por los hermanos, les dieron amplia licencia para edificar casas, habitarlas y predicar en sus provincias. Establecidos en aquellas provincias y dedicados a la predicación, muchos que veían la humilde y santa vida de los hermanos y escuchaban sus palabras dulcísimas, que, inflamándolos, movían los corazones al amor de Dios y a hacer penitencia, vinieron a ellos y recibieron humilde y devotamente el habito de la santa Religión.

67. Viendo el bienaventurado Francisco la fidelidad y el amor que el señor ostiense mostraba a los hermanos, lo amaba afectuosísimamente de lo más íntimo de su corazón. Y porque le había sido previamente revelado por Dios que dicho obispo llegaría a ser sumo pontífice, se lo insinuaba siempre en las cartas que le escribía, llamándolo padre de todo el mundo. Las cartas las encabezaba así: «Al venerable en Cristo, padre de todo el mundo», etc.

Muerto al poco tiempo el señor papa Honorio III, fue nombrado sumo pontífice el señor ostiense, y se llamó Gregorio IX [4]. Este fue, hasta el fin de su vida, bienhechor señalado y defensor tanto de los hermanos como de los otros religiosos, y, sobre todo, de los pobres de Cristo. Con toda razón se puede creer que ha sido asociado a la compañía de los santos.

[4] Fue elegido papa el 19 de marzo de 1227, cinco meses y medio después de la muerte de San Francisco. Reinó más de catorce años, muriendo el 22 de agosto de 1241.

CAPÍTULO XVII

Muerte sacratísima del bienaventurado Francisco y cómo dos años antes había recibido las llagas de nuestro Señor Jesucristo

68. A los veinte años de haberse unido totalmente a Cristo en el seguimiento de la vida y huellas de los apóstoles [1], el varón apostólico Francisco voló felicísimamente a Cristo, y, después de incontables trabajos, alcanzó el descanso eterno y fue presentado dignamente a la presencia del Señor el día 4 de octubre, domingo, del año de la encarnación 1226.

Uno de sus discípulos, célebre por su santidad, vio el alma del Santo que, como si fuera una estrella del tamaño de la luna, resplandeciente con claridades de sol y sostenida por una nubecilla blanca entre aguas inmensas, ascendía derecha al cielo.

Había trabajado mucho en la viña del Señor: empeñado y fervoroso en oraciones, ayunos, vigilias, predicaciones y caminatas apostólicas, perseverante en el cuidado y compasión del prójimo y en el desprecio de sí mismo, desde el momento de su conversión hasta su tránsito a Cristo, a quien había amado de todo corazón, mantuvo continuamente vivo su recuerdo, le alabó con la boca y lo glorificó con sus obras fructuosas. Tan de corazón y con tanto ardor amó a Dios, que, oyendo su nombre, se derretía interiormente y prorrumpía externamente, diciendo que el cielo y la tierra deberían inclinarse al nombre del Señor.

69. Quiso el mismo Señor manifestar a todo el mundo el fervor de caridad y el continuo recuerdo de la pasión de Cristo que fomentaba en su corazón, y, todavía en vida, condecoró de forma maravillosa su cuerpo con la prerrogativa admirable de un singular privilegio.

Pues, como se sintiera arrebatado hacia Dios por seráficos y ardorosos deseos y, por dulce amor de compasión, se fuese transformando en quien, por su inmensa caridad, quiso ser crucificado, —dos años antes de su muerte, próxima ya la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, estando una mañana en oración en la falda del monte Alverna— se le apareció un serafín con seis alas, que exhibía entre ellas la figura de un hermosísimo hombre crucificado, con las manos y los pies extendidos en forma de cruz, y que claramente descubría la imagen del Señor Jesús. Dos alas cubrían su cabeza; otras dos, el resto del cuerpo hasta los pies; y las otras dos se extendían para volar.

Al desaparecer la visión, quedó su alma prendida de un admirable ardor de caridad, y en su cuerpo apareció la impresión, to-

[1] Los sucesos evocados en el capítulo precedente tuvieron lugar en 1221; de aquí se salta directamente a la muerte de San Francisco en 1226, con un breve relato de las llagas. El silencio de la *Leyenda de los tres compañeros* sobre los acontecimientos intermedios plantea un problema, que no ha encontrado todavía una explicación satisfactoria (cf. T. DESBONNETS-D. VORREUX, *Saint Francois. Documents: Legende des trois compagnons*, Introduction p.763-95).

davía más admirable, de las llagas del Señor Jesucristo. El varón de Dios las ocultó cuanto pudo hasta su muerte, resistiéndose a manifestar el sacramento del Señor, aunque no pudo ocultarlas del todo y sin que quedaran de manifiesto a algunos de sus compañeros más familiares.

70. Pero después de su felicísimo tránsito, todos los hermanos que estaban presentes y muchos seglares vieron manifiestamente su cuerpo condecorado con las llagas de Cristo. Percibían claramente en sus manos y pies no los agujeros hechos por los clavos, sino los mismos clavos, de color negruzco como el del hierro, formados de su propia carne y adheridos a la misma; y el costado derecho, como traspasado por una lanza, con la cicatriz rojiza de una herida verdadera y manifiesta, de la que muchas veces incluso manaba sangre bendita.

La irrefutable verdad de las llagas no sólo quedó demostrada con toda claridad en vida y muerte del Santo por cuantos las vieron y tocaron, sino que después de su muerte quiso el Señor patentizarla con más claridad por medio de muchos milagros obrados en diversas partes del mundo. Estos milagros sirvieron también para que muchos, que no habían pensado rectamente del varón de Dios y habían dudado de sus llagas, cambiaran de tal manera y llegaran a tal certeza, que de detractores que habían sido, se convirtieron, por fuerza de la bondad de Dios y de la misma verdad, en panegiristas y predicadores fidelísimos.

Capítulo XVIII

Su canonización

71. Como ya en todas las partes del mundo brillaba el varón de Dios por la nueva luz de sus milagros y eran muchos los que de todos los lugares concurrían a su sepulcro por haber alcanzado grandes y singulares beneficios, el mencionado papa Gregorio, de consejo de los cardenales y de otros muchos prelados, una vez estudiados y aprobados los milagros que el Señor había obrado por su medio, lo inscribió en el catálogo de los santos y mandó que se celebrara solemnemente su fiesta en el día en que aconteció su muerte.

Sucedió todo esto en la ciudad de Asís, en presencia de muchos prelados, de gran multitud de príncipes y de barones y de innumerables fieles llegados de diversas partes del mundo, a los cuales el mismo señor papa había invitado a concurrir a la solemnidad, el año del Señor de 1228, segundo de su pontificado.

72. Sobre esto, el mismo sumo pontífice, que en vida había amado tan cordialmente al Santo, no solamente lo honró celebrando la canonización de manera tan suntuosa, sino que también enriqueció con presentes y preciosísimos ornamentos la iglesia construida en su honor y en cuyos fundamentos el mismo

papa había colocado la primera piedra; pasados dos años de la canonización, su sacrosanto cuerpo fue trasladado a ella con todo honor desde el lugar donde primero había sido sepultado.

Regaló a la misma iglesia una cruz de oro adornada con piedras preciosas, que contenía un trozo del *lignum crucis* del Señor; también regaló manteles y vasos sagrados y muchos otros utensilios para servicio del altar, y abundantes ornamentos preciosos y solemnes.

Eximió a la iglesia de cualquier otra jurisdicción inferior y la constituyó, con su autoridad apostólica, en cabeza y madre de toda la Orden de los Hermanos Menores, como aparece en privilegio público y bulado, en el que signaron también todos los cardenales.

73. Pero sería poco que el santo de Dios recibiera honores materiales si el Señor no se valiera de él, muerto ya corporalmente, pero espiritualmente vivo en la gloria, para convertir y salvar a muchos; por eso, después de su muerte y por sus méritos, no sólo se convirtieron al Señor personas de uno u otro sexo, sino que muchos magnates y nobles recibieron con sus hijos el hábito de la Orden, mientras sus mujeres e hijas se encerraban en los monasterios de las damas pobres.

Asimismo, muchos varones sabios y letrados, tanto seglares como clérigos prebendados, despreciando los atractivos de la carne y renunciando a la impiedad y deseos del siglo, ingresaron en la Orden de los menores, siguiendo en todo la pobreza y las huellas de Cristo y de su siervo el bienaventurado Francisco, según la medida de la gracia divina.

Por eso, no sin razón, se puede decir del Santo lo que se escribe de Sansón: quien en verdad vive para siempre con la vida de la gloria, mató muchos más al morir que cuando estaba en vida. Que por los méritos de nuestro santísimo padre Francisco nos lleve a esa misma gloria el que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

ANONIMO DE PERUSA

Bajo el nombre de Anónimo de Perusa *se designa el opúsculo conservado en un códice del siglo XV de la biblioteca conventual de San Francesco al Prato, en Perusa. El título verdadero es* De inceptione vel fundamento Ordinis et actibus illorum qui fuerunt primi in religione et socii beati Francisci.

El manuscrito, estudiado ya por los Bolandistas en 1768, fue editado por primera vez en 1902 por Francisco Van Ortroy [1]. *Los estudiosos le dedicaron, en general, poca atención, por suponerlo obra muy de segunda mano. Pero recientemente le ha devuelto su verdadero valor el estudio exhaustivo realizado, junto con la edición crítica, por el P. Lorenzo Di Fonzo* [2].

Es innegable el parentesco del texto con la mayoría de las fuentes biográficas del siglo XIII, de manera especial con la Leyenda de los tres compañeros; *tanto, que todo el problema estriba, prácticamente, en determinar cuál de estos dos escritos depende del otro. Di Fonzo los ha sometido a una confrontación meticulosa, y ha llegado a la conclusión de que el* Anónimo de Perusa *es anterior, si bien no identificable con el florilegio de Greccio; posterior, por lo tanto, a 1246 e independiente de la* Vida segunda *de Celano.*

Como dijimos en su lugar, creemos que la llamada Leyenda de los tres compañeros *formaba parte del material consignado por León, Rufino y Angel al ministro general en 1246. Un cotejo sencillo basta para caer en la cuenta de que el* Anónimo *ha elaborado el texto de los tres compañeros, y no al contrario. Por otro lado, no faltan puntos de dependencia respecto a la* Leyenda mayor, *de San Buenaventura, mientras parece haber influido en Bernardo de Bessa. Con el citado Di Fonzo, no vemos dificultad en situar la composición entre esas dos últimas fuentes, es decir, entre 1266 y 1280.*

La sucesión cronológica de los hechos es paralela a la de la Leyenda de los tres compañeros. *Consta de doce capítulos, el último de los cuales relata la muerte y la canonización del Santo. El estilo arcaico y la ausencia de alusiones polemicas, junto con la narrativa sencilla y llana, da al opúsculo un tono de objetividad y de neutralismo, por decirlo así, que hace su lectura grata. En cambio, es casi nulo su valor informativo, ya que apenas hay dato alguno que no se halle en la primera de Celano, en Julián de Espira o en los «Tres compañeros».*

El autor se presenta a sí mismo como «discípulo» de los compañeros de San Francisco (Pról.), es decir, perteneciente a la segunda generación franciscana. No es un compilador, sino un redactor personal que da unidad a los datos con individualidad propia. Di Fonzo ha creído poder identificar el misterioso autor con Juan de Perusa, compañero y confesor

[1] *La leggenda latina di s. Francesco secondo l'Anonimo Perugino:* Miscell. Franc. 9 (1902) 33-52.

[2] *L'Anonimo Perugino tra le fonti francescane del sec. XIII. Rapporti letterari e testo critico:* Miscell. Franc. 72 (1972) 117-483.

del hermano Gil, muerto hacia 1270. Le supone autor de la Vida segunda, *de Gil, lo que explicaría las coincidencias de expresión entre este opúsculo y el* Anónimo, *y autor, asimismo, de la vida del hermano Bernardo, incorporada a la* Crónica de los 24 Generales.

El exiguo número de manuscritos que han transmitido el texto es prueba clara de la poca fortuna que tuvo el opúsculo. Sólo se tiene noticia de cuatro, todos del siglo XV; entre ellos, una versión castellana de la segunda mitad del mismo siglo en la compilación titulada El Floreto de sant Francisco [3]. *El hecho de que hubiera sido difundido en el siglo de la «Observancia», al igual que otras fuentes no oficiales, se debe al interés de los promotores de la reforma por exhumar todos los testimonios de los ideales primitivos de la Orden que habían sido caros a los «espirituales».*

Los comienzos y fundación de la Orden y los hechos de aquellos hermanos menores que fueron los primeros en la Religión y compañeros del bienaventurado Francisco

PRÓLOGO [1]

2. No deben los siervos de Dios desconocer las enseñanzas y el camino seguido por santos varones, ya que también a ellos los pueden llevar a Dios. Por lo cual, para honra de Dios y edificación de los lectores y de los oyentes, yo que les he visto actuar, les he oído hablar e incluso fui discípulo suyo, según las luces que me impartió la gracia divina he relatado y recopilado unos cuantos hechos de nuestro beatísimo padre Francisco y de algunos hermanos que se le juntaron en los comienzos de la Religión.

CAPÍTULO I

Cómo el bienaventurado Francisco empezó a servir a Dios

3. Cumplidos 1207 años desde la encarnación del Señor, en el mes de abril, el 16 de las calendas de mayo [1], viendo Dios que su pueblo, redimido por la preciosa sangre de su Hijo único, había olvidado sus preceptos y correspondía a sus beneficios con ingrati-

[3] Cf. L. DI FONZO, l.c., 409-27.

[1] La numeración de los párrafos del opúsculo empieza con el número 2, siguiendo la que porporciona el P. Di Fonzo en su edición crítica *(L'Anonimo Perugino tra le fonti francescane del sec. XIII:* MF 72 [1972] p.117-483). Con toda razón, éste excluye como espurio el *Protoprólogo* que el P. Van Ortroy incluía en su edición anterior del *Anónimo* (1902) con el número 1. Sin embargo, para no confundir al lector, el P. Di Fonzo —y nosotros con él— acertadamente conserva la numeración de la primera edición crítica hecha por el P. Van Ortroy.

[1] Probablemente el 16 de abril de 1208, dado que el autor señala que ya se hallaban cumplidos 1207 años desde la encarnación del Señor. En aquel día se juntaron con Francisco sus dos primeros discípulos, Bernardo y Pedro. Es la fecha tradicional de la fundación de la Orden de los hermanos menores.

tud; habiéndole tenido compasión largo tiempo, pese a que fuera digno de muerte, y no queriendo todavía que el pecador muera, sino que se convierta y viva; movido por su clementísima misericordia, Dios acordó enviar obreros a su mies [2].

Iluminó a un varón que vivía en la ciudad de Asís, de nombre Francisco, de oficio mercader, derrochador vanísimo de las riquezas de este mundo.

4. Cierto día, estando en la tienda donde solía vender paños y ensimismado en reflexiones relativas a su comercio, se le presentó un pordiosero pidiéndole limosna en nombre del Señor. Absorto en sus afanes de lucro y en las preocupaciones de su negocio, el dicho Francisco lo despidió negándole la limosna. Mas, al salir el pobre, movido por la gracia divina, empezó a reprocharse su actitud como grave falta de cortesía. Se reprendía: «Si este pordiosero te hubiera pedido en nombre de algún conde o barón de fama, le hubieras dado cuanto te pedía. ¡Con mayor razón debiste hacerlo cuando te pedía en nombre del Rey de reyes y Señor de todos!»

Con motivo de tal suceso, desde aquel momento se comprometió a no negar nunca nada en adelante a cualquiera que le pidiese en nombre de tan glorioso Señor. Y, llamando al pobre, le dio cuantiosa limosna.

¡Qué corazón tan lleno de gracia, tan pródigo en frutos e iluminado! ¡Qué propósito más firme y santo aquel al que siguió una admirable, inesperada y singular ilustración del futuro! Ni hay por qué admirarse. Ya lo proclamaba Isaías con voz inspirada por el Espíritu Santo: *Si te desvives por el hambriento y dejas saciado al desconsolado, una luz resplandecerá para ti en las tinieblas, y la sombra se tornará como mediodía* [3]. Y también: *Si partes tu pan al hambriento, como aurora brotará una luz para ti, y tu buena obra te abrirá un camino* [4].

5. Pasando el tiempo, a este bienaventurado varón le sucedió algo extraordinario que creo digno de mencionar. Una noche, dormido en su cama, se le apareció un desconocido, le llamó por su nombre y lo llevó a un palacio de indecible y espléndida belleza lleno de armas de caballeros e incluso de resplandecientes escudos marcados con la cruz que colgaban de todas las paredes.

Francisco preguntó de quién eran tan refulgentes armas y tan espléndido palacio. Su guía le respondió: «Todas ellas y el palacio son tuyos y de tus caballeros».

Al despertar, como hombre mundano que todavía no había gustado plenamente el Espíritu de Dios, Francisco interpretó este sueño como augurio de que llegaría a ser un gran príncipe. Volviendo y revolviendo el asunto en su mente, resolvió hacerse caballero, para tener así la oportunidad de alcanzar aquella dignidad de príncipe. Se hizo, pues, confeccionar la indumentaria

[2] Ez 33,11; Mt 9,38.
[3] Is 58,10.
[4] Is 58,7-8.

más suntuosa que pudo y se dispuso a marchar para la Pulla a reunirse con el conde Gentil [5], con miras a que éste le armara caballero.

Por lo cual se mostraba más festivo que nunca y llamaba la atención de todos. A quienes le preguntaban el motivo de tan extraordinaria alegría, les contestaba: «Es que ya sé que voy a ser un gran príncipe».

6. Contrató un escudero, montó a caballo y se encaminó a la Pulla.

Llegó a Espoleto, no pensando más que en su expedición, y, caída la noche, se retiró a descansar. Entre sueños oyó entonces una voz que le preguntaba a dónde pretendía llegar. Él le expuso punto por punto todo su proyecto. Y la voz de nuevo: «Dime: ¿quién te puede valer mejor, el amo o el criado?» Francisco le contestó: «El amo». «¿Por qué, pues, dejas al amo, para seguir al criado, y al príncipe, para seguir al vasallo?» Entonces le preguntó Francisco: «Señor, ¿qué quieres que haga?» «Vuelve a tu tierra —le dijo la voz— para cumplir lo que te revele el Señor».

Y de pronto, por efecto de la gracia divina, se sintió cambiado en otro hombre.

7. Al amanecer, acatando lo mandado, emprendió el viaje de regreso a su casa.

De camino, llegado que hubo a Foligno, vendió el caballo que montaba y la vestimenta con que se había engalanado para ir a la Pulla, y se vistió ropas más viles.

Hecho lo cual, caminando de Foligno a Asís con el dinero de la venta, pasaba cerca de una capilla levantada en honor de San Damián; encontró a un sacerdote pobre llamado Pedro, que residía allí. Le entregó el dinero para que lo guardara, pero el sacerdote, que no tenía un lugar a satisfacción donde colocarlo, se negó a recibirlo. Ante la negativa, el varón de Dios Francisco, con gesto de desprecio, arrojó el dinero a una ventana de dicha capilla.

Notando que ella estaba próxima a derrumbarse y era bien miserable, llevado por el Espíritu divino, se propuso consagrar aquel dinero para la restauración, e incluso instalarse allí, a fin de repararla y salvarla de la ruina. Más tarde, de hecho, llevó a cabo tal obra con el favor de Dios.

8. Al enterarse de su proyecto, movido por el amor carnal que le tenía y la codicia de recuperar el dinero, su padre empezó a maltratarlo, y abrumándolo de reproches, le exigía la devolución.

En presencia del obispo de Asís, Francisco gozosamente entregó a su padre no sólo el dinero, sino también la ropa que llevaba, quedándose desnudo bajo la pelliza del obispo, que lo abrazó para cubrir su desnudez.

Desprovisto ya de cosas temporales, vestido de ropas vilísimas y despreciables, de regreso a la mencionada capilla para vivir en

[5] Cf. LM 1,3 n.6.

ella, el Señor colmó de riquezas al que era pobre y estaba ultrajado: llenándolo de su Espíritu Santo, puso en sus labios un mensaje de vida para que proclamara y anunciara entre la gente el juicio y la misericordia, el castigo y la gloria [6], y para que les trajese a la memoria los mandamientos de Dios que habían echado en olvido. El Señor le estableció *príncipe sobre innumerables naciones* [7], y, por medio de él, Dios las congregó en una de todas las partes del mundo.

El Señor lo llevó por un camino recto y estrecho: Francisco se negó a poseer oro, plata, dinero o cosa alguna, antes bien siguió al Señor en humildad, pobreza y sencillez de corazón.

9. Caminaba descalzo, vestía un hábito despreciable y ceñíase con un cinto también vilísimo.

Lleno de extremo rencor, su padre le maldecía cada vez que lo encontraba. Mas el bienaventurado varón se hacía acompañar de un anciano pobre llamado Alberto, a quien le pedía entonces que lo bendijera.

También muchos otros lo escarnecían y le lanzaban palabras afrentosas. Casi todos lo tenían por loco. El no les hacía ningún caso, ni siquiera les contestaba. Más bien, con todo esmero procuraba poner en práctica cuanto Dios le manifestaba. Se desenvolvía no apoyado en doctas sentencias de humana sabiduría, sino en la demostración y fuerza del Espíritu [8].

Capítulo II

Los primeros hermanos que siguieron al bienaventurado Francisco

10. Testigos presenciales de esos acontecimientos, dos varones de aquella ciudad, visitados e inspirados por la gracia divina, se presentaron humildemente al bienaventurado Francisco. Uno de ellos fue el hermano Bernardo, y el otro, el hermano Pedro. Ambos sencillamente le declararon: «Queremos vivir contigo en adelante y conformar nuestra vida con la tuya. Dinos, pues, lo que hemos de hacer de nuestros bienes». El se regocijó mucho de su venida y propósito y les respondió con bondad: «Vayamos y pidamos consejo al Señor».

Fueron, pues, a cierta iglesia de la ciudad de Asís, entraron, se arrodillaron y humildemente rezaron así: «Señor Dios, Padre glorioso, te rogamos que por tu clemencia nos manifiestes lo que hemos de hacer». Y, terminada su oración, pidieron al sacerdote allí presente: «Señor, déjanos ver el evangelio de nuestro Señor Jesucristo».

11. El sacerdote abrió el libro, pues ellos no sabían todavía

[6] 2R 9,4; cf. 1R 21,2-9.
[7] Gén 17,4; Eclo 44,20.
[8] 1Cor 2,4.

manejarlo debidamente. Y en el acto dieron con el texto en que está escrito: *Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo.* Al consultar otra vez el libro, toparon con el texto: *Quien quiere venir en pos de mí,* etc. Por último, se les presentó éste: *No toméis nada para el camino* [1]. Al oírlos experimentaron inmensa alegría y exclamaron: «¡Ahí está lo que anhelábamos! ¡Ahí está lo que buscábamos!» Y el bienaventurado Francisco agregó: «Esta será nuestra Regla» [2]. Luego mandó a sus dos compañeros: «Id y cumplid el consejo del Señor tal como lo oísteis».

Se marchó, pues, el hermano Bernardo, y, como era rico, sacó mucho dinero de la venta de sus propiedades. En cambio, el hermano Pedro era pobre de bienes materiales, pero se había enriquecido ya en los espirituales. Cumple también el consejo recibido del Señor: ambos, reuniendo a los pobres de la ciudad, se pusieron a distribuirles el dinero que habían conseguido de la venta de sus posesiones.

12. Mientras lo hacían en presencia de Francisco, acertó a pasar por allí un sacerdote llamado Silvestre. El bienaventurado Francisco le había comprado piedras para la restauración de la capilla de San Damián. (Vivía junto a ella ya antes de que tuviera hermanos que le hicieran compañía.)

Violes el sacerdote derrochando así el dinero, y, quemado del fuego de la codicia, quiso que se le diera también a él parte del mismo. En tono de queja, dijo: «Francisco, no me cancelaste lo debido por las piedras que me compraste». Al oírle murmurar de manera tan injusta, el bienaventurado Francisco, que había arrancado de sí toda avaricia, se acercó al hermano Bernardo y metió la mano en el manto donde éste tenía el dinero. Sacó un puñado de monedas y se las dio al sacerdote. Metió de nuevo la mano en el manto, sacó monedas como la primera vez, y asimismo se las entregó, preguntándole: «¿Están debidamente canceladas ahora?» «Debidamente», respondió el sacerdote, que en el acto volvió feliz a su casa.

13. Pocos días después, por inspiración divina, el mismo sacerdote se puso a pensar en lo que había hecho el bienaventurado Francisco, y se decía: «¿No seré yo un desgraciado, como que, anciano ya, sigo ansiando y rebuscando bienes temporales, mientras que ese joven los desprecia y abomina por amor de Dios?»

La noche siguiente vio en sueños una cruz inmensa cuya cima alcanzaba el cielo, cuyo pie salía de la boca del bienaventurado Francisco y cuyos brazos se extendían de una extremidad del mundo hasta la otra.

Al despertar, se convenció de que el bienaventurado Francisco era realmente un amigo de Dios y que la Religión iniciada por él debía propagarse por el mundo entero. Así, empezó desde

[1] Mt 19,21; Mt 16,24; Lc 9,3.
[2] Cf. 1R Prol 2: 1.2-3: 2.4: 14.1: 2R 1.1: 2.5: 12.4: Test 14.

entonces a temer a Dios y a hacer penitencia en su casa. Y poco tiempo después entró en la Orden de los hermanos, en la cual vivió santamente y gloriosamente perseveró hasta su muerte [3].

Capítulo III

La primera residencia de los hermanos y cómo les hostigaban sus familiares

14. Vendidos sus bienes y distribuido el producto a los pobres —como queda dicho—, los hermanos Bernardo y Pedro se vistieron con el mismo hábito del varón de Dios, el bienaventurado Francisco, y compartieron su forma de vida.

No teniendo dónde cobijarse, fueron en busca de algún techo. Hallaron una capilla muy pobre, casi abandonada, denominada Santa María de la Porciúncula. Levantaron allí una cabañita, en la cual vivían juntos.

A los ocho días se les presentó otro ciudadano de Asís llamado Gil, varón piadoso y recto, a quien el Señor concedió muchos favores. Con gran fervor y reverencia, se arrodilló ante el bienaventurado Francisco y le pidió se dignase aceptarlo en su compañía. Al oír y ver aquello el bienaventurado Francisco, se puso muy contento y lo recibió con mucho gusto y alegría. Los cuatro sintieron una inmensa satisfacción y gustaron un profundo gozo espiritual.

15. Luego, el bienaventurado Francisco tomó al hermano Gil y lo llevó de compañero a la Marca de Ancona. Los otros dos se quedaron en Santa María de la Porciúncula. De camino alborozábanse no poco en el Señor. El varón de Dios expresaba su júbilo con voz brillante y en francés, alabando y bendiciendo al Señor.

Realmente rebosaban de gozo igual que si hubiesen logrado el más rico de los tesoros. Y de veras no podían menos de regocijarse, ya que, considerándolas como estiércol, habían abandonado muchas cosas que suelen apesadumbrar a los hombres. Se daban cuenta de las penas y amarguras que los placeres de este mundo ocasionan a quienes los apetecen, como también de los desencantos y tristezas que muchas veces los acompañan.

En cierta ocasión, el bienaventurado Francisco declaró al hermano Gil, su compañero: «Nuestra Religión se asemejará a un pescador; lanza sus redes al agua y recoge gran multitud de peces. Al ver tanta cantidad, selecciona los de mayor tamaño y los echa en sus cestos, soltando a los más chicos en el agua» [1]. El dicho Gil se asombró mucho de aquella profecía salida de labios del Santo, puesto que conocía lo muy poco numerosos que eran los hermanos.

[3] Murió en Asís, el 4 de marzo de 1240.

[1] Cf. Mt 13,47-49.

A la sazón, el varón de Dios todavía no predicaba al pueblo. Sin embargo, al pasar por ciudades y castillos, exhortaba a hombres y mujeres a temer y amar al Creador del cielo y de la tierra y a hacer penitencia de sus pecados [2]. En cuanto al hermano Gil, remataba la plática con esta cantinela: «¡Muy bien dicho! ¡Fiaos de él!»

16. Los oyentes se preguntaban unos a otros: «¿Quiénes son éstos y de qué están hablando?»

Algunos entre ellos decían que parecían locos o borrachos. Mas otros replicaban: «No son boberías las palabras que salen de su boca». Uno de ellos sentenció: «O es gente que se ha unido al Señor por amor de la más alta perfección, o bien se han vuelto locos de remate, pues su vida en lo externo parece desesperada: caminan descalzos, visten ropas viles y apenas si comen». Con todo, la gente desconfiaba de ellos. Incluso, al divisarlos de lejos, las muchachas huían despavoridas para no ser contagiadas de su locura. Es verdad que la gente no se decidía a seguirles, pero quedaba impresionada por la forma de vida santa, con la que parecían marcados por el Señor.

Luego de recorrida aquella comarca, ambos volvieron al dicho lugar de Santa María de la Porciúncula.

17. Pocos días después acudieron a ellos otros tres varones de la ciudad de Asís. Fueron los hermanos Sabbatino, Juan y Morico el Chico. Humildemente le rogaron al bienaventurado Francisco que por favor les acogiera en su compañía. Y él los recibió con bondad y contento [3].

En cambio, cuando recorrían las calles de Asís pidiendo limosna, casi nadie quería dársela. Más bien les decían: «¡Habéis despilfarrado los bienes propios y queréis ahora devorar los ajenos!» Por lo cual sufrían extrema penuria. Incluso sus familiares y los de su propia sangre los perseguían, y los conciudadanos, pequeños y grandes, hombres y mujeres, los tenían en nada y los escarnecían como a necios y estólidos. La única excepción era el obispo de Asís, a quien el bienaventurado Francisco acudía con frecuencia en demanda de consejo.

Lo que incitaba a los parientes y consanguíneos a perseguirles y a otros a burlarse de ellos era que entonces no había quien, abandonando lo suyo, se pusiese a pedir limosna de puerta en puerta [4].

En cierta ocasión que el bienaventurado Francisco fue a visitarlo, el propio obispo le declaró: «Muy dura y áspera me parece vuestra forma de vida en lo que se refiere a no poseer ni tener nada en este mundo». Le contestó el santo de Dios: «Señor, si tuviésemos algunas propiedades, necesitaríamos también armas para defenderlas. Pues son ellas motivo de un sinfín de querellas y pleitos, que suelen estorbar al amor de Dios y del prójimo. Esta es

[2] Cf. 1R 21,2-3.
[3] Cf. 1R 2,1.3.
[4] Cf. Test 22.

la razón por la cual no queremos poseer ningún bien material en este mundo».

Tal respuesta gustó al obispo.

Capítulo IV

Cómo exhortó a sus hermanos y los envió por el mundo

18. Lleno ya de la gracia del Espíritu Santo, San Francisco predijo a sus hermanos lo que les iba a suceder. Reuniendo en torno a sí a los seis hermanos que tenía, en el bosque colindante con la capilla de Santa María de la Porciúncula, al que se llegaban con frecuencia para orar, les dijo: «Hermanos carísimos, hemos de tener en cuenta nuestra vocación; Dios en su misericordia nos ha llamado no solamente en beneficio nuestro, sino también para provecho e incluso salvación de muchos. Vayamos, pues, por el mundo exhortando y aleccionando a hombres y mujeres con nuestra palabra y ejemplo para que hagan penitencia de sus pecados y traigan a su memoria los mandamientos que por tanto tiempo echaron al olvido».

Y agregó: «*No temáis, pequeño rebaño* [1], antes bien tened confianza en el Señor. No os digáis: '¿Cómo vamos a predicar, ignorantes e iletrados como somos?' Antes acordaos de las palabras del Señor a sus discípulos: *No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros* [2]. Es el mismo Señor, pues, quien os dará su Espíritu y sabiduría para exhortar y predicar a hombres y mujeres el camino y la práctica de sus mandamientos. Hallaréis hombres fieles, mansos, humildes y benignos, que os recibirán y escucharán vuestras palabras con gusto y cariño. También hallaréis a otros, infieles, soberbios y blasfemos, que os resistirán y os rechazarán a vosotros y vuestras palabras. Por lo cual afirmad en vuestros corazones el propósito de aguantarlo todo con paciencia y humildad» [3].

Al oír esto último, los hermanos decayeron de ánimo. Advirtiendo el bienaventurado Francisco su temor, añadió: «*¡No os espantéis!* [4] Sabed que dentro de no mucho tiempo acudirán a nosotros numerosos sabios, prudentes y nobles, y compartirán nuestra vida. Predicarán a naciones y pueblos, a reyes y príncipes, y convertirán a muchos al Señor. Y el Señor multiplicará y acrecentará su familia por el mundo entero».

Al terminar esta exhortación, los bendijo y se marcharon.

[1] Lc 12,32.
[2] Mt 10,20.
[3] Cf 1R 16,10-21; 2R 10,10-11.
[4] Mc 16,6.

Capítulo V

Las persecuciones que sufrieron los hermanos al ir por el mundo

19. Cuando en sus correrías los devotísimos siervos del Señor encontraban alguna iglesia en buenas condiciones o abandonada, o alguna cruz a la vera del camino, inclinándose devotísimamente en dirección a ellas, oraban diciendo: «Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, como también en todas tus iglesias que hay en todo el mundo, porque por tu santa cruz redimiste al mundo» [1]. Y creían y pensaban que allí habían dado con un lugar del Señor.

Los que los veían se admiraban y exclamaban: «Jamás hemos visto religiosos así vestidos». Al ser distintos de todos los demás en el hábito y en la vida, les parecían salvajes. Cuando entraban en alguna ciudad, castillo o casa, proclamaban la paz [2]. Y dondequiera encontraban a hombres o mujeres, en las calles o las plazas, los animaban a temer y amar al Creador del cielo y de la tierra, a recordar sus mandamientos, que habían echado al olvido, y a esforzarse en adelante en ponerlos en práctica [3].

Algunos de los oyentes les escuchaban con gusto y gozo. Otros, en cambio, se mofaban de ellos. Abrumados por muchos a preguntas, los hermanos se encontraban incómodos para dar respuesta a ellas, tantas y tan variadas, pues los nuevos asuntos provocan muchas veces nuevas cuestiones. Algunos les interrogaban: «¿De dónde sois?» Otros: «¿A qué Orden pertenecéis?» Ellos respondían llanamente: «Somos penitentes, oriundos de la ciudad de Asís». Pues la Religión de hermanos no se llamaba todavía Orden.

20. Muchos de los que les veían y oían los tenían por embaucadores o necios. Alguno decía: «¡Ni pensar en recibirlos en casa, que podrían robarme mis cosas!» Por lo cual en muchas partes los trataban muy mal, y con frecuencia tenían que pasar la noche en los pórticos de iglesias o casas.

Fue en aquel tiempo cuando dos hermanos llegaron a la ciudad de Florencia. Recorrían las calles buscando alojamiento, sin poder encontrarlo en ninguna parte. Se llegaron a una casa que tenía un pórtico, en que había un horno, y se dijeron: «Aquí podremos pernoctar». Y pidieron a la dueña que les hiciera el favor de recibirlos en su casa. Ella, sin más, se lo negó. Le suplicaron entonces que, al menos, les permitiese pasar aquella noche junto al horno.

La mujer accedió. Pero luego llegó su esposo, se fijó en los hermanos instalados en el soportal, junto al horno, y la riñó: «¿Qué es eso de cobijar a esos bellacos?» Ella alegó: «Les negué hospedaje en la casa. Sólo les permití pasar la noche afuera, en el

[1] Test 5.
[2] 1R 14,2; 2R 3,13; Test 23.
[3] Cf. 1R 21,2-9; supra 18.

pórtico, que de allí no podrán llevarse nada; todo lo más, un poco de leña». Por ese recelo no quisieron prestarles una manta o cualquier otro abrigo, a pesar de que hacía entonces mucho frío.

Siendo todavía de noche, los hermanos se levantaron para asistir al rezo de las horas matutinas, y fueron a la iglesia que les quedaba más cercana.

21. Amanecido ya el día, la mujer acudió a la iglesia para oír misa. Observó a los hermanos, que estaban sumidos en devota y humilde oración, y se dijo para sus adentros: «Si los tales fueran malhechores, como aseveraba mi esposo, no se dedicarían a rezar con tanta reverencia».

Mientras daba vueltas al asunto, cierto varón llamado Guido se puso a recorrer la iglesia, distribuyendo limosnas a los pobres que en ella había. Llegó a los hermanos, y quiso darles una moneda a cada uno, como lo hacía con los demás. Pero ellos se negaron a recibirla. Entonces les preguntó: «¿Por qué no aceptáis dinero como los otros pobres, siendo, por lo que veo, tan indigentes y necesitados como ellos?» Uno de los hermanos, Bernardo, le contestó: «Bien cierto es que somos pobres, pero nuestra pobreza no nos pesa como a los demás la suya, pues, por gracia de Dios y cumpliendo su consejo, nos hicimos pobres».

22. Extrañado de lo que oía, aquel hombre les preguntó si antes habían poseído algo en este mundo. Respondieron que sí: habían tenido algunos bienes, pero los habían distribuido a los pobres por amor de Dios.

Considerando la mujer que los hermanos habían rechazado el dinero, se acercó a ellos y les dijo: «Cristianos, si queréis volver y aceptar mi hospitalidad, con mucho gusto os recibiré en mi casa». Con toda humildad, los hermanos le contestaron: «¡Dios te lo pague!» El dicho Guido cayó entonces en cuenta de que los hermanos no habían podido encontrar alojamiento; los tomó consigo y se los llevó a su casa. Les dijo: «¡Este es el hospedaje que el Señor os ha preparado! Quedaos aquí todo el tiempo que gustéis». Dieron gracias a Dios por haber sido compasivo con ellos y haber oído el clamor de sus pobres, Y permanecieron en aquella casa algunos días. Gracias a lo que de ellos oyó y a los buenos ejemplos de que fue testigo, en adelante el señor Guido distribuyó muchos bienes entre los pobres.

23. Pese a que éste los hubiese tratado con tanta amabilidad, los demás tenían, por lo general, a los hermanos por tan viles, que muchos, pequeños y grandes, los trataban y les hablaban como los señores a sus siervos [4]. No obstante las vilísimas y pobrecitas ropas que vestían [5], muchos se complacían en quitárselas. Al quedarse así desnudos, ya que no llevaban más que una sola túnica, se atenían siempre a la enseñanza evangélica, y no se las pedían a los que se las arrebataban [6]. A veces, movidos a compa-

[4] Cf. 2R 10,5.
[5] Cf. 1R 2,14; 2R 2,16.
[6] Lc 6,29-30; cf. 1R 14,6.

sión, los ladrones se las devolvían; entonces, sí, ellos las recibían de buen grado.

A algunos hermanos les arrojaban fango a la cara; a un hermano le pusieron los dados en la mano preguntándole si quería jugar. Hubo quien, cogiendo a un hermano de la capucha, lo arrastró a su espalda cuanto le plugo. Estas son algunas de las muchas vejaciones que les infligían; no relatamos todas por no alargar en demasía la narración. La gente los consideraba tan despreciables, que los maltrataba con el mismo aplomo y atrevimiento que si fuesen malhechores. Ni mencionemos las innumerables molestias y estrecheces que sufrían a consecuencia del hambre, de la sed, del frío y de la escasez de ropa [7].

Todo esto lo aguantaban con entereza y paciencia, según se lo había recomendado el bienaventurado Francisco. No se entristecían ni turbaban, antes bien se alborozaban en los sufrimientos, como hombres que hicieran un gran negocio. Rebosaban de alegría y con fervor pedían a Dios por sus perseguidores [8].

24. La gente iba notando que los hermanos se alegraban en las tribulaciones y las llevaban con paciencia por el Señor [9]. Iba notando que perseveraban en continua y devotísima oración [10]; que, a diferencia de los demás pobres necesitados, no recibían ni llevaban dinero [11]; y que mutuamente se querían con entrañable cariño, señal distintiva de que eran discípulos del Señor [12]. Por todo lo cual, con la gracia divina, se ablandaron los corazones de muchos; venían a ellos y les pedían perdón de las afrentas que les habían hecho. Los hermanos, perdonándoles de corazón, les respondían alegres: «El Señor os lo perdone». Y así les escuchaban luego de buena gana.

Algunos les pedían se dignasen recibirlos en su compañía, y de ellos aceptaron a varios, pues en aquel tiempo, en razón del escaso número de hermanos, el bienaventurado Francisco les había dado a todos licencia para admitir a los que bien les pareciere [13]. Finalmente, en el plazo convenido entre ellos, regresaron a Santa María de la Porciúncula.

Capítulo VI

La vida de los hermanos y su amor mutuo

25. Cuando volvían a verse, rebosaban de tanta jovialidad y júbilo espiritual [1], que para nada se acordaban de las adversidades y pobreza extrema que padecían.

Todos los días se dedicaban a la oración y al trabajo manual para ahuyentar hasta la sombra de la ociosidad, enemiga del

[7] Cf. 2Cor 11,27.
[8] Cf. 2R 10,10-12.
[9] Cf. 1R 17,8.
[10] Cf. 1R 22,29; 2R 10,9.
[11] Cf. 1R 8,38; 2R 4,1.
[12] Jn 13,35; cf. 1R 11,5-6.
[13] Cf. 1R 2,2; 2R 2,1.
[1] Cf. 1R 7,15-16.

alma [2]. Por las noches, con igual solicitud, se levantaban a media noche, según la palabra del profeta: *A media noche me levantaba para celebrarte* [3], y rezaban con mucha devoción y a menudo con lágrimas.

Se querían mutuamente con amor entrañable; mutuamente se servían y se preocupaban los unos de los otros, como una madre sirve a su hijo y se cuida de él [4]. Tan ardiente resultaba en ellos el fuego de la caridad, que les parecía cosa fácil entregar la propia persona no sólo por el nombre de nuestro Señor Jesucristo [5], sino también unos por otros. Y lo hacían gustosos.

26. Cierto día, por ejemplo, transitando dos hermanos por una calle, toparon con un loco, que se puso a lanzarles piedras. Uno de ellos, al ver que las piedras daban a su hermano, al punto se adelantó para cubrirlo contra los tiros; su encendida caridad mutua le hacía preferir recibir los golpes a dejarlos para su hermano. Estas y otras cosas parecidas hacían ellos con frecuencia.

Arraigados y cimentados en el amor y la humildad [6], uno reverenciaba a otro como si fuera su señor. Si uno descollaba entre ellos por su oficio o sus dotes, parecía más humilde y despreciable que los otros [7].

Además, todos se entregaban por entero a la obediencia; no bien se abría la boca del que mandaba, de inmediato disponían sus pies para emprender la marcha, y sus manos para trabajar. Cuanto se les ordenaba lo consideraban mandado conforme a la voluntad del Señor. Por lo cual les resultaba placentero y fácil cumplir cualquier mandato.

Se abstenían de los deseos egoístas y se juzgaban severamente a sí mismos con el objeto de no ser juzgados [8].

27. Pues si, acaso, uno decía a otro una palabra que quizá pudiese molestarle, tanto le remordía la conciencia, que no lograba sosegarse hasta confesar su culpa y hasta conseguir que, echado en tierra, el ofendido, a disgusto por supuesto, le pisase en la boca. Y en caso de que éste se negase en absoluto a hacer tal cosa, si el ofensor era su prelado, se lo mandaba, y si no lo era, hacía que el prelado se lo mandara, para así evitar en ellos la malicia y para mantener siempre entre ellos un amor pleno. De esta misma forma se esforzaban por contrarrestar cada vicio con la virtud opuesta [9].

Cuanto tenían, libro o túnica, todo lo usaban en común. A semejanza de lo practicado en la primitiva Iglesia apostólica, nadie reivindicaba cosa alguna como suya [10].

A pesar de que abundaban en extrema pobreza, eran siempre espléndidos y compartían de buen grado sus limosnas con quienes se las pidiesen por amor de Dios.

[2] 1R 7,10-12; 2R 5,1-2; cf. Test 20-21.
[3] Sal 119, 62.
[4] 1R 9,11; 2R 6,8; cf. 1R 5,14; 11,6.
[5] Cf. 1R 16,10-11.
[6] Ef 3,17.
[7] Cf. 1R 5,12.
[8] Cf. 1R 11,11-12.
[9] Cf. Adm 27; SalVir 9-14.
[10] Hch 4,32.

28. Cuando iban por los caminos y encontraban mendigos que les pedían, algunos de ellos, no teniendo otra cosa que ofrecerles, les daban una pieza de su vestido. Uno arrancó de la túnica su capucha para entregársela al pobre que mendigaba. Otro descosió una manga y la dio. Había quienes daban algún trozo de la túnica, para así cumplir la palabra del Evangelio, que dice: *A todo el que te pide, dale* [11].

Un día se presentó un pobre en la capilla de Santa María de la Porciúncula, donde residían los hermanos, y les pidió limosna. Había allí un manto que había pertenecido a uno de ellos cuando todavía estaba en el siglo. El bienaventurado Francisco dijo al hermano de quien había sido el manto que se lo regalara a dicho pobre. Por la reverencia y devoción con que hizo el donativo, creyó ver entonces mismo que aquella limosna subía al cielo [12], y de repente se sintió lleno de un nuevo espíritu.

29. Cuando los ricos de este mundo se dignaban venir a ellos, los acogían con alegría y amabilidad y les instaban para apartarles del mal y provocarles a hacer penitencia.

En aquellos tiempos, los hermanos pedían con interés que no se les enviase a las comarcas de las que eran oriundos. Pretendían con esto evitar el trato y la familiaridad de su parentela y cumplir lo dicho por el profeta: *Desconocido me he hecho para mis hermanos, y forastero para los hijos de mi madre* [13].

Se alegraban sobremanera en la pobreza, pues no anhelaban otras riquezas que las eternas. Nunca tenían oro ni plata; desechaban, sí, todos los bienes de este mundo, pero el dinero, más que cualquier otra cosa, lo conculcaban bajo sus pies [14].

30. Residiendo ellos en Santa María de la Porciúncula, vinieron un día algunos visitantes, entraron en la capilla y, sin saberlo los hermanos, dejaron unas monedas sobre el altar. Entrando luego en la capilla, un hermano las vio, las recogió y las dejó en una ventana de la capilla. Allí las encontró otro hermano y se lo contó a San Francisco.

Al oír esto el bienaventurado Francisco, hizo averiguar diligentemente qué hermano había puesto allí aquellas monedas. Una vez descubierto, le mandó que viniera a su presencia y le dijo: «¿Por qué has hecho tal cosa? ¿No sabías tú que es voluntad mía que los hermanos se abstengan no sólo de usar dinero, sino hasta de tocarlo?» Oyólo el hermano; se inclinó y, puesto de rodillas, confesó su culpa y pidió que se le impusiera una penitencia. El le ordenó que, tomándolas con la boca, las sacara de la capilla, las llevara hasta el lugar en que encontrara estiércol de asno y con su propia boca las colocara encima. El hermano lo cumplió puntualmente. Fue con motivo de aquel suceso cuando San Fran-

[11] Lc 6,30; cf. 1R 14,6.
[12] Cf. 1R 9,9; 2CtaF 30-31.
[13] Sal 69,9: OfP 5,8.
[14] Cf. 1R 8,6.

cisco exhortó a los hermanos a que, en cualquier lugar en que hallaren dinero, debían despreciarlo y tenerlo en nada [15].

Así, pues, vivían en continua alegría, no teniendo motivo alguno de turbación. En efecto, cuanto más estaban apartados del mundo, tanto más unidos estaban a Dios. Se introdujeron por el sendero, se estrecharon el camino [16] y sufrieron sus asperezas. Quebrantaron rocas, hollaron y trituraron espinas, y así nos dejaron un camino llano a nosotros que seguimos sus huellas.

Capítulo VII

Cómo fueron a Roma y el señor papa les permitió seguir su Regla y predicar

31. Viendo el bienaventurado Francisco que por la gracia del Salvador iban los hermanos aumentando en número y creciendo en méritos, les dijo: «Por lo visto, hermanos, el Señor quiere hacer de nosotros una gran agrupación. Vayamos, pues, a nuestra madre la Iglesia romana e informemos al sumo pontífice de cuanto Dios obra por medio de nosotros, para que sigamos, con su aprobación y mandato, la obra que hemos emprendido». Como les gustó la proposición, tomó a los doce hermanos y partieron para Roma [1].

De camino, les dijo: «Nombremos guía nuestro a uno del grupo, y sea para nosotros como el lugarteniente de Jesucristo; la ruta que quiera él tomar, la tomaremos, y cuando quiera detenerse para albergarnos, nos detendremos». Designaron al hermano Bernardo, que fue el primero en ser recibido por el bienaventurado Francisco, y se atuvieron a lo dicho.

Caminaban alegres, y su conversación giraba en torno a las palabras del Señor. Ninguno de ellos osaba decir nada que no atañese a la alabanza y gloria de Dios y al provecho de sus almas. A ratos se dedicaban a la oración. Y, a su debido tiempo, el Señor les facilitaba el alojamiento y la comida que necesitaban

32. Habiendo llegado a Roma, se encontraron con el obispo de Asís, que a la sazón se hallaba en la Ciudad Eterna. Al verlos, los acogió con inmenso gozo.

El obispo era conocido de cierto cardenal llamado señor Juan de San Pablo; éste era varón probo y religioso y amaba mucho a los siervos de Dios. El obispo le puso al tanto del proyecto y forma de vida del bienaventurado Francisco y de sus hermanos. Oído su

[15] 1R 8,3.6-8.11; cf. 1R 2,6; 2R 4,1.3; 5,3.

[16] Mt 7,14; 1R 11,13; cf. supra 8.

[1] Parece, en realidad, que eran *once* los hermanos; *doce* contando a Francisco (cf. 1C 32; Julián de Espira 21; TC 46). El probable error del *Anónimo* puede originarse en un *lapsus calami*, procedente, él mismo, de la reminiscencia del repetido texto evangélico: Jesús llevó consigo a los doce» (Mt 20,17; Mc 10,32; Lc 9,10.12; 18,31). Más abajo (36) el *Anónimo* ya no mencionará más que «doce hermanos», incluyendo al parecer a San Francisco en este número.

relato, el cardenal manifestó gran deseo de conocerlo personalmente a él y a algunos de sus hermanos. Al enterarse de que estaban en Roma, les mandó un mensajero y los invitó a su presencia. Los vio y los acogió con devoción y amor.

33. Pasaron ellos unos pocos días en compañía del cardenal; comprobando éste que en las obras de los hermanos resplandecía lo que de su vida había oído decir, llegó a profesarles profundo cariño. Dijo al bienaventurado Francisco: «Me encomiendo a vuestras oraciones y quiero que en adelante me consideréis como uno de vuestros hermanos. Ahora bien, contadme: ¿a qué habéis venido a Roma?» Entonces, el bienaventurado Francisco le descubrió todo su proyecto y le manifestó que quería hablar con el señor apostólico [2] para seguir, con su aprobación y mandato, lo que había emprendido. El cardenal le respondió: «Quiero ser yo vuestro procurador en la curia del señor papa».

Acudió, pues, a la curia y expuso al señor papa Inocencio III: «He encontrado a un varón de gran perfección, que quiere vivir según la forma del santo Evangelio y practicar la perfección evangélica [3]. Por mi parte, estoy convencido de que por su medio quiere el Señor renovar cabalmente su Iglesia en el mundo entero». Oyéndolo el papa, se admiró y le dijo: «Tráemelo».

34. Así, pues, al día siguiente, el cardenal lo llevó a la presencia del papa. El bienaventurado Francisco expuso claramente todo su propósito al sumo pontífice, tal como antes lo había hecho con el cardenal.

El señor papa le arguyó: «Demasiado dura y áspera es vuestra vida, si, queriendo formar una agrupación, os proponéis no poseer nada en este mundo [4]. ¿Y de dónde sacaréis cuanto necesitéis?» El bienaventurado Francisco le respondió: «Señor, confío en mi Señor Jesucristo, pues quien se comprometió a darnos vida y gloria en el cielo, no nos privará, al debido tiempo, de lo que necesitan nuestros cuerpos en la tierra». Le replicó el papa: «Está muy bien lo que dices, hijo; pero la naturaleza humana es frágil y jamás persevera en un mismo ánimo. Vete y de todo corazón pide al Señor que se digne inspirarte miras más sensatas y más provechosas para vuestras almas. Cuando vuelvas, comunícamelas, y yo entonces te las aprobaré».

35. Se fue a rezar, y con pureza de corazón pidió al Señor que, por su inefable bondad, se dignara inspirarle aquellas miras. Prolongada ya su oración y reconcentrado todo su corazón en el Señor, éste le habló interiormente y le dijo en forma de parábola: «En el reino de cierto rey poderoso había una mujer en extremo pobre, pero hermosa. El rey quedó prendado de la mujer y tuvo de ella muchos hijos. Un día esta mujer se puso a pensar y a decir para sus adentros: '¿Qué voy a hacer yo, tan pobre como soy y con tantos hijos y sin bienes para mantenerlos?' Daba vueltas a

[2] Era una manera de denominar al papa en la Edad Media.
[3] Cf. 1R Pról 2; 1,1; 5,17; 2R 1,1; 12,4; Test 14.
[4] 2R 6,6. Cf. supra 17.

tales pensamientos en su interior, y su semblante se tornaba melancólico de tanta preocupación. En aquel momento llegó el rey y le preguntó: '¿Qué te pasa, que te veo pensativa y afligida?' Ella le contó todas sus cuitas. Entonces, el rey la serenó con estas palabras: 'No te asustes de tu excesiva pobreza, ni temas por los hijos que tienes y por los sucesivos que vas a tener. Pues si a mi numerosa servidumbre le sobra comida en mi palacio, ¡qué voy a permitir que mis hijos se mueran de hambre! ¡Antes que a otros, quiero que les sobre a ellos!'»

En el acto comprendió el varón de Dios, Francisco, que aquella mujer paupérrima le representaba a él. De lo cual salió fortalecido en su propósito de guardar siempre la santísima pobreza [5].

36. Se puso de pie, y al instante fue a ver al señor apostólico y le comunicó cuanto Dios le había manifestado.

Al oírlo el señor papa, se quedó muy asombrado de que el Señor revelara su voluntad a hombre tan simple. Y reconoció que ese varón no se movía guiado por sabiduría humana, sino en la inspiración y poder del Espíritu [6].

Entonces, el bienaventurado Francisco se inclinó ante el señor papa y con tanta humildad como devoción le profesó obediencia y reverencia. Y como los otros hermanos todavía no habían prometido obediencia, asimismo profesaron obediencia y reverencia al bienaventurado Francisco, según se lo mandó el señor papa [7].

Y el señor papa le concedió la Regla a él y a los hermanos presentes y futuros [8]. Y le dio licencia de predicar en todas partes según la gracia del Espíritu Santo que se le concediese. Otorgó también que pudieran predicar todos aquellos hermanos a quienes el bienaventurado Francisco les confiase el ministerio de la predicación [9].

Desde entonces, el bienaventurado Francisco empezó a predicar al pueblo por ciudades y castillos según se lo inspiraba el Espíritu del Señor. Y el Señor puso en sus labios palabras tan apropiadas, suaves y sabrosas, que era prácticamente imposible cansarse de oírlo.

En cuanto al cardenal Juan de San Pablo, movido por el cariño que tenía al hermano [10], hizo conferir la tonsura a todos los doce hermanos.

Más tarde, el bienaventurado Francisco prescribió que se celebrase capítulo dos veces al año: en Pentecostés y en la fiesta de San Miguel, en el mes de septiembre [11].

[5] Cf. 2R 12,4.
[6] 1 Cor 2,4. Cf. supra 9.
[7] Cf. 1R Pról 3-4; 2R 1,2-3.
[8] Cf. 1R Pról 2.
[9] 1R 17,1; 2R 9,2.
[10] Así se designaba a San Francisco en la fraternidad: «el hermano» por excelencia (cf. JORDÁN DE GIANO, *Chronica* 17, ed. BÖHMER, p.18).
[11] Cf. 1R 18.

Capítulo VIII

Cómo prescribió que se celebrase capítulo y de lo que se trataba en él

37. En Pentecostés, todos los hermanos se reunían para el capítulo en torno a la capilla de Santa María de la Porciúncula [1]. En este capítulo trataban sobre la manera de mejor observar la Regla., Además, para cada comarca destinaban hermanos que predicaran al pueblo y señalaban quienes distribuyeran los hermanos en su provincia [2].

San Francisco exhortaba, reprendía y mandaba según le parecía conveniente después de consultarlo con el Señor. Y cuanto les enseñaba con sus palabras, ponía todo cuidado y cariño en demostrárselo primero con sus obras.

Reverenciaba a los prelados y a los sacerdotes de la santa Iglesia. Respetaba también a los señores, honraba a los nobles y a los pudientes. También a los pobres los amaba entrañablemente y se condolía con ellos. En una palabra, se comportaba como el súbdito de todos [3].

Si bien era el más eminente de los hermanos, nombraba como guardián y señor suyo a uno de los hermanos que con él vivían, y le obedecía humilde y puntualmente para apartar de sí cualquier motivo de soberbia [4]. Este santo se humillaba entre los hombres hasta la tierra; por eso, el Señor lo elevó en el cielo entre sus santos y elegidos.

Exhortaba a los hermanos a observar fielmente el santo Evangelio y la Regla que habían profesado [5]. Muy en especial les recomendaba que venerasen los ministerios y ordenanzas eclesiásticas [6]; que oyeran misa y contemplaran el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con atención y devoción [7]; que reverenciaran a los sacerdotes, que administran este venerable y augusto sacramento [8], y que dondequiera los encontraren, inclinaran la cabeza ante ellos y les besaran la mano. Y si se los encontrasen montados a caballo, por la veneración de sus poderes habrán de hacerles una reverencia y besar no sólo su mano, sino hasta los cascos de la cabalgadura.

38. También les exhortaba a que no juzgasen ni despreciasen a nadie, ni siquiera a los que paladean bebidas y manjares exquisitos o visten con lujo, tal como se dice en la Regla [9]. «Pues

[1] Cf. 1R 18,2.

[2] Cf. 1R 4,2. Dice Di Fonzo: «De lo que se afirma en AP 37a parece concluirse que antes de la institución formal de los ministros el año 1217 (AP 44a), San Francisco encomendó este oficio a algunos 'como ministros'» *(L'Anonimo perugino tra le fonti francescane del s. XIII:* MF 72 [1972] p.456 n.68). La palabra *provincia* no tiene necesariamente el sentido técnico de uno de los territorios en que se divide la Orden (este sentido lo adquirirá más tarde). En todo caso, al decir *su* parece indicar que el que ejerce la función indicada tiene a su cargo una zona de límites más o menos fijos.

[3] Cf. 1R 7,2; 16,6; Test 19.

[4] Test 27-28.

[5] 1R 5,17; 24,1-4; 2R 12,4.

[6] 1R 19,3; 2R 12.4.

[7] Cf. CtaO 26-27; Adm 1,14-21.

[8] Test 6-11; 2CtaF 33.

[9] 1R 11 7-12· 2R 2.17

nuestro Señor es también señor de ellos, y el que nos llamó a nosotros, puede también llamar a ellos, y el que se dignó justificarnos a nosotros, puede también hacerlo con ellos».

Asimismo agregaba: «Por mi parte, quiero honrarlos como a hermanos y señores míos. Hermanos míos son, porque todos fuimos hechos por el mismo Creador [10]. Señores míos son, porque, subviniendo a nuestras necesidades materiales, nos permiten dedicarnos a vivir en penitencia». A lo cual añadía esta recomendación: «Tal debe ser vuestra vida entre los hombres, que, al yeros u oíros, todos glorifiquen y alaben a nuestro Padre que está en los cielos».

En efecto, su mayor anhelo era que él y sus hermanos siempre realizaran obras que procurasen alabanza al Señor. Les decía: «La paz que proclamáis con la boca, debéis tenerla desbordante en vuestros corazones, de tal suerte que para nadie seáis motivo de ira ni de escándalo, antes bien por vuestra paz y mansedumbre invitéis a todos a la paz y a la benignidad. Para esto hemos sido llamados, para curar a los heridos, vendar las fracturas y atraer a los descarriados. Muchos hay que creemos miembros del diablo y que algún día serán discípulos de Cristo».

39. Les censuraba sus excesivas penitencias corporales, pues en aquel entonces los hermanos se consumían en demasiados ayunos, vigilias y maceraciones, con miras a reprimir en ellos cualquier apetito sensual. Se castigaban tan cruelmente, que parecían odiarse a sí mismos [11]. Habiéndolo oído y visto el bienaventurado Francisco, les reprendía según queda dicho, y les mandaba que no hiciesen tales cosas. Tan lleno estaba de la gracia y sabiduría del Salvador, que amonestaba con devoción, corregía con cordura y mandaba con afabilidad.

Ninguno de los hermanos que se reunían en capítulo se atrevía a entablar conversaciones sobre asuntos mundanos, sino que platicaban sobre las vidas de los santos padres, las virtudes de tal o cual hermano o el mejor modo de congraciarse con nuestro Señor [12].

Aquellos que acudían al capítulo afligidos por alguna tentación de la carne o del mundo, o por cualquier otra tribulación, al oír al bienaventurado Francisco hablar con tanto fervor y suavidad y al verlo en persona, se sentían librados de sus angustias. Es que sabía hablarles compasivamente; no como juez, sino como padre a sus hijos, como médico al enfermo. Así se cumplía en él la palabra del Apóstol: *¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quien sufre turbación sin que se me queme la sangre?* [13]

[10] 1R 22, 33-34.
[11] Cf. 1R 22,5; 2CtaF 37.40.
[12] Cf. 1R 18,1.
[13] 2Cor 11,29.

Capítulo IX

Cuando fueron enviados los hermanos por todas las tierras del mundo

40. Terminado el capítulo, bendecía a todos los hermanos presentes y asignaba a cada uno la región a donde quería que fuese. A quienes poseían el Espíritu del Señor y don de palabra para la predicación, fueran clérigos o laicos, les daba licencia y misión de predicar. Los hermanos recibían su bendición con gran alegría y gozo en el Señor Jesucristo. Iban por el mundo como extranjeros y peregrinos [1], no llevando nada para el camino, sino solamente los libros con que poder rezar las horas [2].

Doquiera que encontraban a un sacerdote, fuese pobre o rico, se inclinaban y reverentemente lo saludaban, como les había enseñado el bienaventurado Francisco [3].

A la hora de buscar alojamiento, se hospedaban preferentemente en casa de éstos más bien que en la de los seglares.

41. Cuando no conseguían hospitalidad en casa de un sacerdote, preguntaban por alguno del lugar que fuese hombre piadoso y temeroso de Dios y en cuya casa pudiesen hospedarse convenientemente. Poco después movió el Señor a algunos, temerosos de Dios, a que prepararan alojamiento a los hermanos en las ciudades y castillos a donde éstos habían de venir; esto se mantuvo hasta que más tarde los mismos hermanos se edificaron sus propios lugares en ciudades y castros.

El Señor les dio un hablar y un espíritu apropiados a cada momento para que pronunciaran palabras oportunas que traspasasen los corazones de los oyentes, más los de los jóvenes que los de los ancianos. Dejando ellos padre y madre y cuanto tenían, seguían a los hermanos y tomaban el hábito de la santa Religión. Entonces sobre todo se cumplió en esta Religión la palabra evangélica del Señor: *No he venido a traer la paz a la tierra, sino la espada, porque he venido a enemistar al hombre con su padre, y a la hija con su madre* [4]. Y a los que recibían, los hermanos los llevaban al bienaventurado Francisco para que éste les diese el hábito [5].

Asimismo, muchas mujeres, doncellas y viudas, conmovido el corazón por la predicación de los hermanos, acudían a preguntarles: «¿Y nosotras, qué hemos de hacer, ya que no podemos seguiros? Decidnos cómo podemos alcanzar la salvación de nuestras almas». Para darles satisfacción, en cada ciudad donde les fue factible, los hermanos fundaron monasterios cerrados para en ellos hacer penitencia. Y se nombró a uno de los hermanos para que los visitase y corrigiese.

[1] 2R 6,2; Test 24.
[2] Cf. 1R 14,1; 3,7; 2R 3,2.
[3] Cf. supra, 37.
[4] Mt 10,34-35.
[5] Cf. 1R 2,2.8; 2R 2,1.

También hombres casados les decían: «Tenemos esposas que no nos permiten dejarlas. Enseñadnos, pues, un camino que podamos tomar para llegar a la salvación». Y los hermanos fundaron con ellos una orden que se llama de penitentes, y que la hicieron confirmar por el sumo pontífice.

Capítulo X

Cuando los cardenales cobraron afecto a los hermanos, comenzaron a aconsejarles y ayudarles

42. El venerable padre, señor cardenal Juan de San Pablo, que a menudo aconsejaba al bienaventurado Francisco y lo protegía, encarecía ante los demás cardenales el mérito y las obras del bienaventurado Francisco y de todos los hermanos. Tales elogios les impresionaron y les hicieron cobrar afecto a los hermanos; cada cual deseaba tener a algunos en su palacio, no por los servicios que éstos podrían prestarles [1], sino por motivo de la singular devoción y cariño que les profesaban.

Cierto día que el bienaventurado Francisco acudió a la curia, varios cardenales le pidieron que a cada uno les diera hermanos, y él accedió benévolamente a su deseo.

Finalmente, murió y descansó en paz el dicho señor Juan, que tanto amó a aquellos santos pobres [2].

43. Después de su muerte, el Señor movió a otro cardenal llamado Hugolino, obispo de Ostia, que tuvo por el bienaventurado Francisco y sus hermanos entrañable cariño, no solamente de amigo, sino, más bien, de padre. Afectado por su renombre, el bienaventurado Francisco fue a visitarlo. Al verlo, el cardenal lo acogió con gozo y le declaró: «Me pongo a vuestra disposición para cualquier consejo, ayuda y protección según gustéis. En cambio, os ruego que me encomendéis en vuestras oraciones».

El bienaventurado Francisco dio gracias al Altísimo por haber inclinado el corazón del cardenal a ofrecerle consejo, ayuda y protección y contestó a éste: «Con mucho gusto os tendré por padre y señor mío y de todos mis hermanos. Y quiero que todos ellos estén obligados a rogar por vos al Señor». Luego le pidió que se dignase asistir al capítulo de Pentecostés. El cardenal asintió, y desde entonces acudía cada año.

Al llegar él, todos los hermanos reunidos en el capítulo salían procesionalmente a su encuentro. Al juntarse con ellos, el cardenal se apeaba del caballo y, por la devoción que les profesaba, les acompañaba a pie hasta la capilla. Luego les dirigía una plática y celebraba la misa, en la cual el bienaventurado Francisco proclamaba el evangelio.

[1] Cf. 1R 7,1-2.
[2] Cf. TC 61 n.1.

Capítulo XI

Cómo les amparó la Iglesia contra los ataques de quienes los perseguían

44. Cumplidos once años desde el inicio de la Religión y multiplicado el número de los hermanos, se eligieron ministros y se les envió con algunos hermanos por casi todas las regiones del mundo en que estaba implantada la fe católica.

En ciertas regiones los acogieron, pero les prohibían terminantemente construir pequeñas residencias. De otras los expulsaron, recelosa la gente de que no fuesen verdaderos cristianos, dado que el papa todavía no había confirmado, sino sólo concedido, la Regla. Por esta particularidad, los hermanos sufrieron muchos vejámenes tanto por parte del clero como de los laicos. Algunos fueron desnudados a manos de ladrones. Volvieron al bienaventurado Francisco muy angustiados y desalentados. Les acaecieron aquellas tribulaciones en Hungría, en Alemania y en otros países transalpinos.

Pusieron al tanto de lo sucedido al dicho señor cardenal ostiense. El mandó llamar al bienaventurado Francisco y lo llevó a la presencia del señor papa Honorio, pues ya había muerto el señor Inocencio [1]. Hizo que redactara otra Regla y que el papa la confirmara y la ratificara con la autoridad del sello pontificio.

En esta Regla determinó que se espaciaran las celebraciones capitulares, con el fin de evitar mayores molestias a los hermanos que vivían en regiones lejanas [2].

45. Además, el bienaventurado Francisco pidió al señor papa que uno de los cardenales fuera gobernador, protector y corrector de la Religión, según se dice en la misma Regla [3]. Y el papa les concedió como tal al señor cardenal ostiense.

Entonces, por disposición del señor papa, el señor ostiense extendió su mano para proteger a los hermanos y envió cartas a muchos prelados en cuyas circunscripciones habían sido perseguidos los hermanos para que, lejos de oponerse a ellos, como a hombres buenos y religiosos y aprobados por la Iglesia, les prestaran consejo y auxilio, y así pudieran predicar y habitar en sus regiones. Asimismo, otros varios cardenales enviaron cartas con el mismo fin.

Y así, en otro capítulo, habiendo dado Francisco a los ministros autorización para recibir candidatos a la Orden [4], fueron enviados hermanos a dichas regiones, llevando consigo la Regla confirmada y las cartas del cardenal a que hemos aludido. Al ver los prelados la Regla confirmada por el papa y el testimonio del señor cardenal ostiense y de los otros cardenales en favor de los

[1] Cf. TC 62 n.2.
[2] 2R 8,3. Ya se había previsto algo parecido en 1R 18,2.
[3] 2R 12,3; Test 33.
[4] 2R 2,1; cf. 1R 2,2.8.

hermanos, les dieron permiso para construir, residir y predicar en sus circunscripciones.

Establecidos y predicando allí los hermanos, muchos que fueron testigos de su vida humilde, de la honestidad de su conducta y de sus palabras dulcísimas [5], vinieron a ellos y tomaron el hábito de la santa Religión.

El bienaventurado Francisco, que pudo comprobar la lealtad y el cariño del señor ostiense para con los hermanos, lo quería de todo corazón; y, cuando le escribía, empezaba así sus cartas: «Al venerable padre en Cristo, obispo del mundo entero».

Y, de hecho, poco tiempo después, conforme a tal augurio del bienaventurado Francisco, el dicho señor cardenal ostiense fue elegido para la Sede Apostólica, tomando el nombre de papa Gregorio IX [6].

Capítulo XII

Tránsito del bienaventurado Francisco. Sus milagros y canonización

46. Cumplidos veinte años desde que el bienaventurado Francisco abrazó la perfección evangélica, Dios misericordioso acordó que descansara de sus trabajos, pues había sufrido mucho en vigilias, oraciones, ayunos, súplicas, predicaciones, correrías, en celo y compasión por el prójimo [1]. Había entregado todo su corazón a Dios creador y le había amado con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus entrañas [2]. Llevaba a Dios en su corazón, lo alababa con la boca, lo glorificaba en sus obras. Y cuando alguien pronunciaba el nombre de Dios, decía: «Al oír este nombre, cielo y tierra deberían prosternarse».

Queriendo manifestar el amor que le tenía, el Señor imprimió en sus miembros y costado las llagas de su muy amado Hijo. Y como el siervo de Dios Francisco anhelaba llegar a la casa de Dios y al lugar donde habita su gloria [3], lo llamó a sí, y el bienaventurado voló gloriosamente al Señor.

Después de su muerte aparecieron en el pueblo muchas señales y milagros. Debido a éstos, se ablandaron los corazones de muchos que eran reacios a prestar fe a cuanto se había dignado el Señor manifestar en su siervo. Entonces confesaban: «¡Muy necios fuimos! ¡Locura nos parecía su vida, y su muerte digna de desprecio! ¡Y ahora resulta que está contado entre los hijos de Dios y participa en la herencia de los santos!» [4]

47. El venerable señor y padre, el señor papa Gregorio, veneró como santo después de muerto a quien había amado en

[5] Cf. 1R 7,16; 11,9; 2R 3,11.
[6] Cf. TC 67 n.4.
[1] Cf. 2 Cor 6,5; 11,26-28.
[2] 1R 23,8.
[3] Sal 26,8.
[4] Sab 5,4-5.

vida. Con una comitiva de cardenales acudió a la tumba donde estaba inhumado el cuerpo del Santo y lo inscribió en el catálogo de los santos.

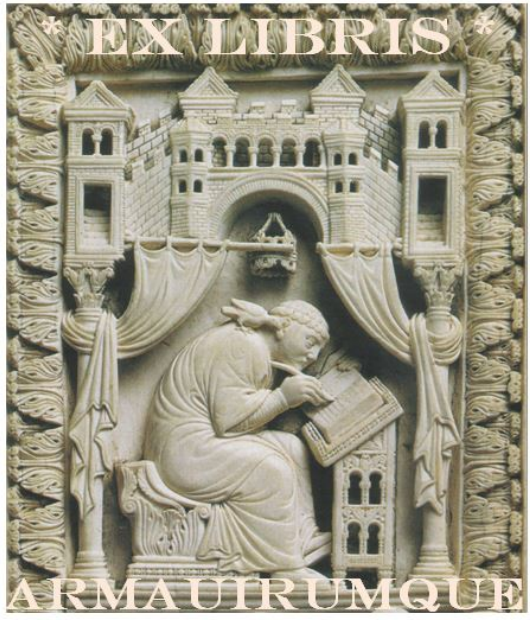
Con esta ocasión, muchos magnates y nobles con sus esposas, hijos e hijas y la familia entera, abandonaron todo y se convirtieron al Señor. Las mujeres e hijas se recluyeron en monasterios. Los maridos e hijos tomaban el hábito de hermanos menores.

Así se cumplió la profecía hecha por el bienaventurado Francisco a sus hermanos: «Dentro de no mucho tiempo acudirán a nosotros numerosos varones sabios, discretos y nobles, y compartirán nuestra vida» [5].

Epílogo

Ahora bien, hermanos carísimos, os ruego que meditéis atentamente, comprendáis debidamente y os esforcéis en poner en práctica cuanto hemos escrito [6] acerca de nuestros padres y hermanos queridísimos, para que merezcamos participar con ellos en la gloria celestial. A ella nos lleve nuestro Señor Jesucristo.

[5] Cf. supra, 18.
[6] Cf. 1R 24,1-2; CtaO 47; Test 39.



EDICIONES DE LA «LEYENDA DE PERUSA» [1]

Desde que en 1922 publicó el P. Delorme la edición de la Legenda antiqua, *contenida en el manuscrito 1046 de la biblioteca comunal de Perusa* [2], *este texto ha venido despertando la atención de todos cuantos tratan de aclarar el problema del paradero del florilegio de los tres compañeros. Y no han faltado intentos de reconstruirlo a base del manuscrito de Perusa, como el realizado en 1967 por el P. Jacques Cambell, tratando, incluso en el título* —Flores—, *de identicarlo, o mejor, reconstruirlo, según un criterio de afinidad de estilo y de contenido de las varias fuentes* [3]. *El trabajo de Cambell no convenció a la crítica, como tampoco convenció el otro intento similar de Rosalind B. Brooke en 1970* [4].

Delorme distinguió cinco partes en el original de Perusa. La segunda parte, compuesta de 20 números, está totalmente copiada de la segunda de Celano, por lo que juzgó inútil publicarla en su edición. Identico criterio han seguido quienes lo editaron después de él.

Fue tambien Delorme el que en la edición de 1926 dio al conjunto una numeración —nueva respecto a la de 1922—, que ha sido la que hasta ahora generalmente se ha seguido en las citas.

El año 1975, Marino Bigaroni prefirió transcribir el original íntegramente, titulándolo Compilatio Assisiensis, *por el hecho de que el códice del que forma parte el manuscrito mencionado debió de pertenecer al sacro convento de Asís al menos hasta el 1381* [5] *y numerándolo según el orden en que se desarrolla el original.*

En la presente edición continuaremos llamando a este escrito Leyenda de Perusa *o* Leyenda perusina, *por no contribuir a crear nuevas confusiones en torno a las denominaciones de las fuentes y porque consideramos que esto no afecta a la substancia del contenido. No obstante, en atención a que Bigaroni ha publicado el manuscrito tal cual es, hemos preferido adoptar la numeración que él ha señalado. Para ayuda del lector y para evitar enredos, ponemos en la página siguiente una tabla sinóptica en que paralelamente figuran la numeración de Delorme y la presente tal como se corresponden.*

[1] S. CLASEN, *Legenda antiqua s. Francisci. Untersuchung über die nachbonaventurianischen Franziskusquellen...* (Leiden 1967); TH. DESBONNETS, *Légende de Perouse: Saint François d'Assise. Documents* (París 1968) 859-72.

[2] *La «Legenda antiqua sancti Francisci» du ms. 1046 de la Bibliotheque Communale de Perouse:* AFH 15 (1922) 23-70.278-332. Edición aparte, París 1926.

[3] *I Fiori dei tre compagni. Testi francescani latini ordinati...*, da Fr. Jacques Cambell. Versione italiana di Nello Vian (Milano 1967).

[4] *Scripta Leonis, Rufini et Angeli sociorum s. Francisci* (Oxford 1970).

[5] *«Compilatio Assisiensis» dagli scritti di fr. Leone e compagni su san Francesco...* (Porziuncola 1975).

La presente edición	*Edición Delorme 1926*
1	
2	
3	
4	98
5	99
6	100a
7	100b
8	101
9	102
10	103-104
11	105-106
12	107-108
13	109
14	110
15	111
16	112
17	113
18	114
19	
20	115
21	116
22	117
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	
30	
31	
32	
33	
34	
35	
36	
37	
38	
39	
40	

La presente edición	*Edición Delorme 1926*
41	
42	
43	
44	
45	
46	
47	
48	
49	
50	1-2
51	3
52	4
53	5
54	6
55	7
56	8-12
57	13
58	14-16
59	17
60	18
61	19
62	20
63	21
64	22
65	23
66	24
67	25
68	26
69	27
70	28
71	29
72	30
73	31
74	32-34
75	35
76	36
77	37a
78	37b
79	38
80	39

La presente edición	*Edición Delorme 1926*
81	40
82	41
83	42-43
84	44
85	45
86	46-49
87	50
88	51
89	52
90	53
91	54
92	55
93	56
94	57
95	58
96	59-60
97	61-62
98	63
99	64
100	65
101	66-68
102	69
103	70-72
104	73
105	74
106	75-77
107	78
108	79-82
109	83
110	84
111	85
112	86-87
113	88
114	89
115	90
116	91
117	92
118	93
119	94-95a
120	95b-97

FECHA DE COMPOSICIÓN. AUTOR

Si descartamos los pasajes abiertamente tomados de la segunda de Celano por algún copista de principios del siglo XIV, hallamos, en cambio, que el mismo Celano ha tenido delante el texto fundamental transmitido por el manuscrito de Perusa; todo induce a admitir que formaba parte del florilegio de Greccio, puesto en manos de Celano por Crescencio de Jesi en 1246.

No puede negarse la unidad de estilo y de latinidad; hay expresiones características que se repiten: laetitia utriusque hominis *(8 veces),* nos

qui cum eo fuimus *(18 veces)*, multotiens *(21 veces)*, maxime quia *(46 veces)* [6]. *Esto supone un solo redactor. En general, se admite que este fuera el hermano León; al menos es seguro que él fue el inspirador de la mayor parte de los relatos. Pero habla siempre en plural, en nombre de los «compañeros» de Francisco.*

Los corifeos de los espirituales —Pedro Juan Olivi, Ubertino de Casale y Angel Clareno— alegan frecuentemente escritos del hermano León, llamados rotuli *(es decir, conservados en rollos); y Ubertino cita incluso «un libro conservado en el armario de los hermanos de Asís» con textos escritos de mano del hermano León. Entre estos recuerdos del confidente de San Francisco figuran, sobre todo, los conocidos bajo el título de* Verba sancti Francisci *e* Intentio Regulae*; el primero, citado por Angel Clareno; el segundo, por Ubertino* [7].

El hecho de que esos dos fragmentos corrieran aparte en el siglo XIV, no debe llevar a la conclusión de que no formaran parte de la obra original de 1246; era frecuente esa multiplicación de extractos, con fines incluso polémicos. Tampoco hemos de deducir que formaran parte del conjunto por el hecho de que se hallen en el manuscrito de Perusa, ya que éste data, con toda probabilidad, del año 1311. Pudieron haber sido escritos por el hermano León en fecha posterior al florilegio. Pero hay una sucesión patente entre los relatos anteriores, ocurridos cuando el Santo «se hallaba enfermo en el palacio episcopal de Asís» (n.99 y 100), y el comienzo de la parte correspondiente a la Intentio Regulae *(n.101-106).*

Otra cosa es el fragmento que contiene el opúsculo Verba sancti Francisci *(n.15-21), que el P. Cambell eliminó de su edición por considerarlo de composición tardía dado su estilo y su contenido. En efecto, el hermano León es nombrado dos veces, contra lo que ocurre en el resto de la* Leyenda. *Los relatos, abiertamente polemicos, reflejan un nuevo estadio de la tensión interna de la Orden, ya en pleno choque entre los «espirituales» y la «comunidad»; en especial, el episodio sucedido en Fonte Colombo en ocasión de la composición de la Regla definitiva, cuando se produjo el rudo encuentro entre Francisco y los ministros, y se dejó oír la voz de Cristo: «Francisco, nada hay en la Regla que sea tuyo. Todo cuanto hay en ella es mío. Y quiero que esta Regla sea observada a la letra, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa, sin glosa» (n.17)* [8].

Con toda probabilidad, esos números, que sólo hallan concordancia en el Espejo de perfección, *proceden de alguna compilación tendenciosa que circulaba en los medios espirituales a nombre del hermano León a fines del siglo XIII y que tuvo entre manos Angel Clareno.*

[6] I. CAMBELL, o.c., XVII.

[7] ANGEL CLARENO, *Expositio Regulae*, ed. L. OLIGER (Quaracchi 1912) 126-30, UBERTINO DE CASALE, *Arbor vitae* l.5 c.3.

[8] Lo reproduce Angel Clareno en la *Expositio Regulae*, ed. cit., 9,127, y en la *Historia septem tribulationum*, ed. A. GHINATO (Roma 1959) 58-61. Aparece también en la *Chronica XXIV Generalium:* AF 3 (Quaracchi 1897) 29.

VALOR HISTÓRICO

La Leyenda de Perusa, *en su núcleo original, constituye una de las fuentes imprescindibles para conocer la vida de San Francisco y sus ideales como fundador. Obra del hermano León y sus colaboradores, todos «compañeros» del Santo, ofrece la garantía del testimonio inmediato, pero con un contexto redaccional y una visión retrospectiva condicionada por la evolución de la Orden. Esos «compañeros», pertenecientes a la fraternidad de los tiempos heroicos, se mueven en un ambiente espiritual y comunitario marcadamente conventual, desde el cual añoran «aquel tiempo». Con el avance hacia las comunidades estables y la llegada de nuevas generaciones han ido penetrando las tradiciones monásticas, y, con ellas, una ascética y una pedagogía de familia que en muchos aspectos se halla en contradicción no sólo con la primitiva espontaneidad, sino aun con la misma orientación del Fundador.*

Un ejemplo típico del influjo de tales condicionamientos ascéticos es la consideración que ponen en labios de Francisco al final del episodio del hermano que una noche, en el tugurio de Rivo Torto, sobresalió a los demás gritando que se moría de hambre. El Santo manda poner la mesa, y, para que el hambriento no se avergüence, todos comen con él. Luego les amonesta con un sentido de amplitud y de discreción: «Hermanos: cada cual mida sus posibilidades; nadie se exponga a debilitarse por imitar la rigidez de otro de más fuerte complexión». Hasta aquí todo encaja perfectamente en la mentalidad y en el estilo de Francisco. Pero luego le hacen añadir, como justificándose de un acto de caridad tan suavemente evangélico: «Hermanos carísimos: lo que acabo de hacer lo he hecho sólo movido de caridad para con el hermano necesitado; pero os digo que ya no volveré a hacerlo, porque no sería religioso ni honesto» *(n.50).*

En muchas de esas páginas no falta la actitud reaccionaria de los moradores de los eremitorios, también ellos dominados de los valores de forma, contra el rumbo tomado por la «comunidad». Con todo, tanto los hechos referidos como las expresiones atribuidas a San Francisco con mayor o menor fidelidad, nos dan una visión histórica de gran valor sabiendo leerlos más allá de la superposición ascética y de la intención polémica.

Es claro que los textos de la segunda de Celano, cuya fuente de información es la Leyenda de Perusa, *deben interpretarse teniendo ésta a la vista; ella lleva la preferencia.*

Hay, sobre todo, un aspecto biográfico que sólo conocemos en toda su dramática realidad por los relatos de la compilación perusina, y es el sufrimiento íntimo del Fundador ante la actitud del sector de los prudentes y ante los problemas que surgían con la evolución inevitable de la fraternidad; esa «grave tentación espiritual» que le traía «turbado interior y exteriormente, hasta el punto de rehuir la compañía de los hermanos, porque le resultaba imposible ofrecerles su sonrisa habitual...» (n.63). Esta realidad de la gran purificación de Francisco aparece, sobre todo, en los relatos que integran la Intentio Regulae.

Pero el conjunto presenta en toda su frescura el ambiente de espontaneidad y de alegría que caracterizó los primeros tiempos. Gracias a la

Leyenda de Perusa, *tenemos conocimiento de episodios llenos de poesía, que nada tienen que envidiar a las páginas de las* Florecillas, *superándolas en sobriedad y plasticidad, de las circunstancias en que Francisco compuso el* Cántico del hermano sol *y el otro cántico para las damas pobres (n.83-85) y de su «respeto hacia todas las creaturas» (n.86-88); concepto este muy a tono con la actitud de gratitud y obediencia que el Santo tomaba ante ellas, mientras que Celano y San Buenaventura, con una concepción teológica de escuela, ven en ese fenómeno como un «dominio sobre las cosas creadas»* [9].

No se debe recurrir al precepto de la obediencia con ligereza

1. (= 2C 153.)

Previsión del futuro de la Orden

2. (= 2C 157: «Solía decir... réprobos».)

Se le revela cuándo será verdadero siervo de Dios

3. Decía también: (= 2C 159: «Hermanos, he rogado... tres cosas».)

Su cuerpo será honrado después de la muerte

4. Un día, mientras el bienaventurado Francisco yacía enfermo en el palacio episcopal de Asís [1], un hermano, hombre espiritual y santo, le dijo en son de broma y riendo: «¿Por cuánto vendes tus sayales al Señor? Muchos baldaquines y paños de seda se alzarán y se extenderán sobre este tu cuerpo, vestido ahora de saco». El santo Francisco llevaba entonces, por razón de la enfermedad, una gorra de piel recubierta del mismo sayal que el vestido. El bienaventurado Francisco, o, más bien, el Espíritu Santo hablando por su boca, respondió con un gran fervor de espíritu y con alegría: «Dices la verdad, porque así será».

Bendice la ciudad de Asís mientras es llevado a la Porciúncula

5. El bienaventurado Francisco permanecía todavía en el mismo palacio; pero, viendo que su mal empeoraba de día en día, hizo que le llevasen en camilla a la iglesia de Santa María de

[9] Para el estudio filológico de la *Leyenda de Perusa* son muy útiles las concordancias, realizadas por calculador electrónico, de J. F. GODET - G. MAILLEUX, en *Corpus des Sources Franciscaines* III (Louvain 1976).

[1] Debe tratarse, a lo que parece, de la última permanencia en el palacio episcopal de Asís antes de morir.

la Porciúncula, pues no podía ir a caballo, ya que se había agravado su enfermedad.

Al pasar junto al hospital [1], pidió a los que lo llevaban que dejaran la camilla en el suelo; y como, a consecuencia de la gravísima y larga enfermedad de los ojos, apenas podía ver, pidió que le giraran la camilla de suerte que quedara con el rostro vuelto a la ciudad de Asís. Enderezándose un poco, bendijo la ciudad, diciendo: «Señor, creo que esta ciudad fue en tiempos antiguos morada y refugio de hombres malos e injustos, mal vistos en todas estas provincias; pero veo que, por tu misericordia sobreabundante, cuando tú has querido, le has manifestado las riquezas de tu amor, para que ella sea estancia y habitación de quienes te conozcan, den gloria a tu nombre y difundan en todo el pueblo cristiano el perfume de una vida pura, de una doctrina ortodoxa y de una buena reputación. Te pido, por tanto, Señor Jesucristo, Padre de las misericordias [2], que no tengas en cuenta nuestra ingratitud, sino que recuerdes siempre la abundante misericordia que has mostrado en esta ciudad, para que ella sea siempre morada y estancia de quienes te conozcan y glorifiquen tu nombre bendito y glorioso en los siglos de los siglos. Amén». Acabada esta plegaria, le llevaron a Santa María de la Porciúncula.

Busca siempre la voluntad del Señor

6. Desde el día de su conversión hasta el de su muerte, el bienaventurado Francisco estuvo siempre —en salud o enfermedad— atento a conocer y a cumplir la voluntad del Señor.

Al anuncio de su próxima muerte, se hace cantar el cántico de las criaturas

7. En cierta ocasión dijo un hermano [1] al bienaventurado Francisco: «Padre, tu vida y tu proceder fueron, y son ahora, una luz y un espejo no sólo para tus hermanos, sino también para la Iglesia universal de Dios. Así será también tu muerte. Ella causará a los hermanos y a innumerables personas gran dolor y tristeza, mas para ti será un inmenso consuelo y gozo infinito. Tú pasarás, en efecto, de un gran trabajo, a un gran reposo; de un mar de dolores y tentaciones, al gozo infinito; de la estricta po-

[1] El hospital de San Salvador, a cargo de los crucíferos, del que quedan todavía algunos vestigios en los muros de la Casa Gualdi.

[2] Extrañamente, se da el título de «Padre de las misericordias» a Jesucristo, cuando en 2Cor 1,3 este mismo título se le confiere al «Padre de nuestro Señor Jesucristo».

[1] Puede que sea el hermano Elías. Pueden indicarlo las semejanzas de este relato con el de LP 99.

breza —que siempre has amado y practicado voluntariamente desde tu conversión hasta el último día—, a riquezas inmensas, verdaderas e infinitas; de la muerte temporal, a la vida eterna, donde verás sin cesar, cara a cara, al Señor tu Dios, a quien has contemplado en este mundo con tanto fervor, deseo y amor». Y añadió, ya sin rodeos: «Padre, es necesario que sepas que, si el Señor no envía desde el cielo un remedio para tu cuerpo, tu enfermedad es incurable y vas a vivir poco tiempo, según dijeron ya los médicos. Te hablo así para confortar tu espíritu, para que te alegres de continuo en el Señor interior y exteriormente; sobre todo, para que los hermanos y cuantos vienen a verte te encuentren alegre en el Señor, pues saben y están persuadidos de que vas a morir muy pronto; y con el fin de que, para los que presencien esto y para los que lo oigan, tu muerte constituya un memorial, como lo ha sido para todos tu vida y tu conducta». Entonces, el bienaventurado Francisco, aunque se encontraba consumido por las enfermedades, alabó al Señor con ardiente fervor de espíritu y gozo interior y exterior, y dijo: «Pues, si pronto voy a morir, llamad al hermano Angel [2] y al hermano León para que me canten a la hermana muerte».

Acudieron en seguida estos hermanos, y, derramando abundantes lágrimas, entonaron el cántico del hermano sol y de las otras criaturas del Señor, que el Santo había compuesto durante su enfermedad para gloria de Dios y consuelo suyo y de los demás. A este canto, antes de la última estrofa, añadió estos versos sobre la hermana muerte:

«Loado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquel que muera en pecado mortal!
Bienaventurado aquel a quien encontrare
en tus santísimas voluntades,
pues la muerte segunda no le hará mal».

Ultima visita del «hermano Jacoba»

8. Un día llamó el bienaventurado Francisco a sus compañeros y les dijo: «Vosotros sabéis que la señora Jacoba de Settesoli [1]

[2] Bigaroni opina que en las fuentes primitivas se pueden reconocer al menos tres hermanos que llevan el nombre de Angel: Angel Tancredi, caballero de Asís, Angel de Rieti y Angel de Borgo San Sepolcro. El piensa que, en este caso, el texto se refiere al hermano Angel de Rieti, confidente del Santo, compañero suyo en muchas peregrinaciones, presente en el momento de la estigmatización y en el momento de la muerte de Francisco (*Compilatio Assisiensis* [Porzioncola 1975] p.13 n.9). Sin embargo, Lázaro Iriarte piensa que el hermano Angel Tancredi es el de Rieti (cf. Flor 16 n.3).

[1] Cf. 3C 37-39.

fue siempre y es muy fiel a nuestra Religión y devota de la misma. Creo que, si le informáis de mi estado, esto será para ella una delicadeza y un gran consuelo. Decidle en especial que os envíe, para una túnica, un paño monástico de color ceniza como el que fabrican los cistercienses en los países de ultramar; que os envíe también aquel manjar que tantas veces me preparaba cuando estuve en Roma». Los romanos llaman a este pastel «mostaccioli», y se hace con almendras, azúcar o miel y otros ingredientes.

Esta señora era una viuda muy piadosa y entregada a Dios; estaba emparentada con las familias más nobles y ricas de Roma. Era tan abundante la gracia conseguida de Dios por los méritos y predicación del bienaventurado Francisco, que parecía otra Magdalena, que continuamente lloraba y vivía devotamente por el amor de Dios.

Escrita la carta, conforme al deseo del santo Padre, un hermano andaba en busca de otro que pudiese llevarla, cuando de pronto llaman a la puerta. Acude un hermano a abrirla, y se encuentra con la señora Jacoba, que había venido de prisa desde Roma para visitar al bienaventurado Francisco; corrió alegre a comunicarle que acababa de llegar para verle la señora Jacoba, acompañada de su hijo y de muchas otras personas. Y le preguntó: «¿Qué haremos, Padre? ¿Le permitiremos entrar y que venga hasta aquí para verte?» Preguntaba esto porque, por voluntad del bienaventurado Francisco, estaba establecido desde tiempos antiguos que, por el honor y dignidad de aquel lugar, ninguna mujer debía ser introducida en el claustro [2]. El respondió: «Esta regla no es aplicable a esta señora, a quien tal fe y devoción ha hecho venir de tan lejos». Pasó la señora a donde el bienaventurado Francisco, y, al verle, rompió a llorar copiosamente. ¡Oh maravilla! Había traído un paño mortuorio de color ceniza para hacer una túnica y todo lo que en la carta se le pedía que trajera. Al ver esto, todos los hermanos pensaron, con la más viva admiración, en la santidad del bueno de Francisco.

Y la señora Jacoba dijo: «Hermanos, estando en oración, oí en mi interior una voz que me dijo: 'Marcha y visita a tu Padre, el bienaventurado Francisco; apresúrate y no pierdas un instante, pues, si tardas, no le hallarás vivo. Debes llevar tal calidad de paño para hacerle una túnica y lo necesario para hacerle tal manjar. Toma también para las velas gran cantidad de cera, e igualmente de incienso'».

El bienaventurado Francisco no había ordenado que en el escrito se pidiera incienso, pero el Señor había inspirado a esta señora, para recompensa y consuelo de su alma y para que nosotros conociéramos mejor cuán grande era la santidad de aquel pobrecillo a quien el Padre celestial quería rodear de tanto honor en el

[2] Bigaroni observa que la clausura, siendo costumbre antiquísima en el monaquismo, no fue ley canónica hasta Bonifacio VIII (o.c., p.19 n.14).

momento de su muerte. El que había inspirado a los reyes que llegaran con regalos para honrar al Niño, su Hijo amado, en los días del nacimiento de su pobreza, habló a esta noble señora, que residía lejos, para que viniese con regalos a venerar y honrar al glorioso y santo cuerpo de su santo siervo, que con tanta entrega y fervor amó e imitó, en la vida y en la muerte, la pobreza de su Hijo amado.

Esta señora preparó el manjar que el santo Padre había deseado. Pero él comió poco, porque su cuerpo iba desfalleciendo cada día más a causa de su gravísima enfermedad y acercándose a la muerte. Mandó también fabricar muchas velas para que, después de su tránsito, ardieran ante el santo cuerpo. Con el paño que ella había traído, los hermanos hicieron la túnica con que fue enterrado. El mismo ordenó a los hermanos que la cosiesen, superpuesta, una tela burda en señal y ejemplo de la santísima humildad y pobreza. Y sucedió que, según la voluntad de Dios, dentro de la misma semana en que vino la señora Jacoba, el bienaventurado Francisco pasó al Señor.

QUIERE QUE SUS HERMANOS SIRVAN A LOS LEPROSOS

9. Ayudado de Dios y procediendo con sabiduría desde el principio de su conversión, el bienaventurado Francisco se fundamentó a sí mismo y fundamentó la Religión sobre piedra firme, es decir, sobre la excelsa humildad y pobreza del Hijo de Dios, llamándola Religión de los Hermanos Menores [1].

Sobre la más profunda humildad: por tanto, desde el principio de la Religión, después que los hermanos empezaron a multiplicarse, quiso que viviesen en los hospitales de los leprosos para servir a éstos. En aquella época, cuando se presentaban postulantes, nobles y plebeyos, se les prevenía, entre otras cosas, que habrían de servir a los leprosos y residir en sus casas [2].

Sobre la mayor pobreza: se dice efectivamente en la Regla que los hermanos deben habitar las casas como extranjeros y peregrinos y que nada deben desear tener bajo el cielo si no es la santa pobreza, gracias a la cual el Señor les proporcionará en este siglo alimentos para el cuerpo y virtudes para el alma, y en el futuro conseguirán la herencia celestial [3].

Para sí mismo quiso como fundamento la más perfecta pobreza y humildad, y así, aunque era gran prelado en la Iglesia de Dios, quiso, por libre elección, ser tenido como el último, no sólo en la Iglesia, sino también entre sus hermanos.

[1] 1R 7,2; cf. también 1C 37.

[2] La asistencia a los leprosos fue la primera ocupación de los primeros hermanos. San Francisco establece una relación entre el cuidado de los leprosos y la conversión de los hermanos (Test 1-3). La primera leprosería atendida por ellos fue la de San Lázaro de Arce, llamada luego de Santa María Magdalena por la capilla que allí había. Cf. 1R 9,3 y Flor 25 n.2.

[3] Cf. 2R 6,2.6.

Se humilla ante el obispo de Terni

10. Un día en que predicó al pueblo de Terni en la plaza delante del palacio episcopal, asistía a la predicación el obispo de la ciudad [1], hombre de discreción y de vida interior. Al terminar el sermón, el obispo se levantó y dirigió al pueblo, entre otras, las siguientes palabras: «Desde el día en que plantó y edificó su Iglesia, el Señor la ha adornado siempre con santos varones, que la han hecho crecer con su palabra y ejemplo. En estos últimos tiempos la ha enriquecido con este hombre pobrecillo, humilde e iletrado (al decir esto, señalaba con el dedo al bienaventurado Francisco ante todo el pueblo). Por eso debéis amar y honrar al Señor y guardaros de todo pecado, pues *no ha favorecido tanto a todas las naciones* [2].

Acabada la predicación, descendió del lugar desde donde había hablado; el señor obispo y el bienaventurado Francisco entraron en la catedral. Allí, el bienaventurado Francisco se inclinó ante el señor obispo y se arrojó a sus pies, diciéndole: «En verdad os digo, señor obispo, que ningún hombre me ha hecho tanto honor en este mundo como vos ahora. Pues los demás hombres dicen: '¡Este es un santo!', atribuyendo la gloria y la santidad a la criatura y no al Creador. Vos, en cambio, como hombre discreto, habéis sabido distinguir lo que es precioso y lo que es vil».

Cuando le prodigaban honores y proclamaban su santidad, el bienaventurado Francisco replicaba frecuentemente: «No puedo asegurar que no tendré hijos e hijas». Y añadía: «Si en un momento dado el Señor quisiera quitarme el tesoro que me ha confiado, ¿qué quedaría? Un cuerpo y un alma. También los infieles tienen esto. Debo estar convencido de que, si el Señor hubiera concedido a un ladrón, y hasta a un infiel, bienes tan grandes como a mí, serían más fieles al Señor de lo que soy yo». Y decía también: «En una pintura en tabla representando a nuestro Señor o a la bienaventurada Virgen, honramos a éstos y les recordamos; sin embargo, la tabla y la pintura nada se atribuyen por ser tabla y pintura. De igual manera, el siervo de Dios viene a ser una pintura, es decir, una criatura de Dios, en la que éste es honrado por razón de sus beneficios. A ejemplo de la madera y de la pintura, el siervo de Dios nada debe atribuirse a sí mismo, sino que ha de rendir honor y gloria a Dios sólo, y reservarse para sí, mientras viva, vergüenza y tribulación, pues, mientras vive, la carne es siempre enemiga de los beneficios de Dios» [3].

[1] Cf. 2C 141 n.1.
[2] Sal 147,20.
[3] Doctrina expuesta con energía en Adm 5 y 10.

Renuncia al gobierno de la Orden y quiere estar siempre en dependencia de un guardián

11. El bienaventurado Francisco quiso permanecer humilde entre los hermanos. Para vivir en mayor humildad renunció, pocos años después de su conversión, al cargo de superior en un capítulo que se celebró en Santa María de la Porciúncula [1]. En presencia de todos los hermanos habló así: «A partir de ahora, yo estoy muerto para vosotros; pero aquí tenéis al hermano Pedro Cattani [2], a quien yo y vosotros obedeceremos». Entonces, todos los hermanos prorrumpieron en llanto y derramaron abundantes lágrimas. Luego, el bienaventurado Francisco, inclinándose ante el hermano Pedro, le prometió obediencia y reverencia. Desde entonces hasta su muerte fue un súbdito más, como cualquiera de los hermanos. Súbdito del ministro general, quiso también serlo de los ministros provinciales: obedecía al ministro de la provincia en que moraba o a la que iba por motivo de predicación; pero, para mayor perfección y humildad, ya mucho antes de su muerte dijo en cierta ocasión al ministro general: «Quiero que confíes para siempre tu representación a uno de mis compañeros; le obedeceré como a ti, pues, por el bien y el valor de la obediencia, quiero que en vida y en muerte estés siempre conmigo».

Desde entonces hasta su muerte, tuvo siempre por guardián [3] a uno de sus compañeros, y a él obedecía como a representante del ministro general. En cierta ocasión dijo a sus compañeros: «Entre otras gracias, el Altísimo me ha concedido la de obedecer tan diligentemente a un novicio de un día, si él fuese mi guardián, como al primero o más anciano en la vida y religión de los hermanos. El súbdito debe ver, en efecto, en su prelado no al hombre, sino a Dios, por cuyo amor se hizo súbdito». También decía: «No hay prelado en todo el mundo que se haga temer por sus súbditos y por sus hermanos tanto como haría el Señor que me temieran mis hermanos, si yo me lo propusiera; pero el Altísimo me ha otorgado la gracia de estar contento con todos como quien es el menor en la Religión».

Nosotros que hemos vivido con él hemos visto muchas veces con nuestros propios ojos que, como él mismo lo asegura, si algún hermano no le atendía en lo que necesitaba o le decía alguna palabra que suele molestar a cualquiera, se retiraba en seguida a orar, y al volver no quería recordar lo sucedido ni decía: «Tal hermano no me ha atendido o me ha dicho tal palabra».

Cuando más cercano estaba a la muerte, tanto más atento se mostraba a descubrir la mejor manera de vivir y morir en toda humildad y pobreza.

[1] Probablemente, el 29 de septiembre de 1220, después del regreso de Oriente.
[2] Cf. 1C 25 n.6.
[3] El término «guardián» designa aquí una autoridad *personal;* más tarde tendrá un sentido *local,* de presidente y superior de una fraternidad.

ULTIMA BENDICIÓN AL HERMANO BERNARDO

12. Cuando la señora Jacoba preparó aquel pastel para el bienaventurado Francisco, el Padre se acordó del hermano Bernardo [1] y dijo a sus compañeros: «Este pastel le gustaría al hermano Bernardo». Indicó a un hermano que se acercara y le encargó: «Vete y di al hermano Bernardo que venga en seguida».

El hermano partió y volvió donde el bienaventurado Francisco con el hermano Bernardo, quien, sentándose a los pies del lecho, dijo: «Padre, te ruego que me bendigas y me muestres tu afecto, pues, si tú me lo manifiestas con ternura paternal, creo que Dios mismo y los otros hermanos de la Religión me amarán más».

El bienaventurado Francisco no podía verle, pues hacía muchos días que había perdido la vista. Extendió la mano derecha y la puso sobre la cabeza del hermano Gil [2], que fue el tercer hermano y se encontraba entonces sentado junto al hermano Bernardo, creyendo que la ponía sobre la cabeza de éste. Mas al palpar, como hacen los ciegos, la cabeza del hermano Gil, reconoció su error por virtud del Espíritu Santo, y le dijo: «Esta no es la cabeza del hermano Bernardo» [3].

Entonces éste se acercó más al bienaventurado Francisco, quien posó las manos sobre su cabeza y le bendijo. Luego dijo a uno de sus compañeros: «Escribe lo que voy a dictarte. El primer hermano que me dio el Señor fue el hermano Bernardo. Fue él quien primero comenzó y puso en práctica con toda diligencia la perfección del santo Evangelio distribuyendo sus bienes entre los pobres. Por eso y por otras muchas prerrogativas, estoy obligado a amarle más que a cualquier otro hermano de toda la Religión. Quiero, pues, y ordeno, en cuanto está en mi poder, que el ministro general, cualquiera que sea, le ame y le honre como a mí mismo y que los ministros provinciales y los hermanos de toda la Religión lo miren como si de mí se tratara». Estas palabras fueron, para el hermano Bernardo y para los demás hermanos allí presentes, motivo de gran consuelo.

e Un día, el bienaventurado Francisco, teniendo en cuenta la altísima perfección del hermano Bernardo, profetizó acerca de él ante algunos hermanos: «Os digo que para ejercitar al hermano Bernardo le han sido puestos algunos de los más importantes y sutiles demonios, con el objeto de crearle muchas tribulaciones y provocarle a tentación. Pero el Señor, que es misericordioso, le librará, al acercarse su muerte, de toda tentación y de toda prueba interior y exterior, y concederá a su alma y a su cuerpo tal paz, serenidad y consuelo, que todos los hermanos que lo vean y lo oigan quedarán maravillados y tendrán lo acaecido como mila-

[1] Cf. *Introducción* a las *Florecillas* en este volumen, p.798.
[2] Cf. *Introducción* a las *Florecillas* en este volumen, p.798.
[3] 1C 108 hace recaer una bendición sobre el hermano Elías. Las Flor 6 dan otra versión (cf. Flor 6 n.1).

gro. En esta paz, serenidad y consuelo del hombre interior y exterior pasará todo su ser de este mundo al Señor».

Estas palabras fueron para todos los que las escucharon objeto de gran admiración, porque lo que el bienaventurado Francisco había predicho bajo la inspiración del Espíritu Santo, se cumplió a la letra y punto por punto. En su última enfermedad, el hermano Bernardo tenía el espíritu tan sosegado y tranquilo, que no quería acostarse. Y, si se acostaba, lo hacía como si se sentase, a fin de que ni el más ligero vapor de los humores que le subiera a la cabeza le trajera imágenes y sueños ajenos a lo que estaba pensando de Dios. Si alguna vez sucedía esto, en seguida se levantaba y se agitaba, diciendo: «¿Qué me pasa? ¿Por qué pienso así?» Para reanimarse le gustaba aspirar el aroma de agua de rosas; pero, conforme se acercaba su fin, ya no acudía a este recurso, porque estaba continuamente en la meditación de Dios. Si alguno le ofrecía el agua de rosas, decía: «No me distraigáis».

Para poder morir tranquilo, sosegado y sereno, encomendó totalmente el cuidado de su cuerpo a un hermano que era médico y estaba a su servicio. Le dijo: «Ya no quiero preocuparme de la comida o bebida. Te confío este cuidado. Si me das algo, lo tomaré; si no, no». Desde que cayó enfermo quiso que lo acompañara siempre, hasta la hora de su muerte, un hermano sacerdote. Y, cuando le asaltaba algún pensamiento por el que luego le reprochaba su conciencia, en seguida se confesaba y acusaba su culpa.

Luego de morir, su carne quedó blanca y relajada, y el semblante, sonriente. Parecía entonces más hermoso que cuando vivía, y cuantos le contemplaban, hallaban más encanto viéndolo muerto que vivo, pues parecía un santo que sonreía.

Predicción a la hermana Clara

13. La misma semana en que murió el bienaventurado Francisco, la señora Clara [1], primera plantita de la Orden de las hermanas, abadesa de las señoras pobres de San Damián de Asís, émula de San Francisco en la continua observancia de la pobreza del Hijo de Dios, estaba también muy enferma y temía morir antes que el bienaventurado Francisco. Lloraba amargamente y no se podía consolar, pues creía que antes de morir no podría ver a quien, después de Dios, consideraba como a padre suyo, es decir, al bienaventurado Francisco; él había sido el consolador del hombre interior y exterior y él quien primero la cimentó en la gracia de Dios.

Se le hizo saber al bienaventurado Francisco por medio de un hermano. Al oírlo tuvo compasión de ellas; es que las amaba, a ella y a sus hermanas, con afecto paternal por la santa vida que

[1] Cf. 1C 18 n.1.

llevaban y, sobre todo, porque, a los pocos años de haber comenzado a tener hermanos, se convirtió Clara, con la gracia del Señor, mediante las exhortaciones del bienaventurado Francisco; su conversión constituyó motivo de gran edificación no sólo para la Religión de los hermanos, sino para toda la Iglesia de Dios.

Mas, considerando el bienaventurado Francisco que lo que ella deseaba, verle a él, no era entonces posible por estar ambos gravemente enfermos, para consolarla le dio por escrito su bendición y la absolución de todas las faltas posibles a sus órdenes y deseos y a los mandamientos y deseos del Hijo de Dios. Además, para que disipara toda tristeza y se consolase en el Señor, dijo —no él, sino el Espíritu Santo por medio de él— al hermano que Clara había enviado: «Ve y lleva este escrito a la señora Clara. Le dirás que no sufra ni esté triste, porque no pueda verme ahora; pero que esté segura de que, antes de su muerte, ella y sus hermanas me verán y les proporcionaré un gran consuelo».

Poco después, el bienaventurado Francisco falleció durante la noche. A la mañana siguiente, todo el pueblo de Asís, hombres y mujeres, y todo el clero, tomando el santo cuerpo del lugar donde había fallecido y entonando himnos y alabanzas, con ramos de árboles en las manos, le llevaron, por voluntad divina, a San Damián, para que se cumpliera la palabra que el Señor había pronunciado por boca de su Santo para consuelo de sus hijas y servidoras.

Se quitó la reja de hierro de la ventana, a través de la cual suelen comulgar las hermanas y a veces escuchan la palabra de Dios; los hermanos tomaron de la camilla el santo cuerpo y lo sostuvieron en sus brazos delante de la ventana durante largo rato. La señora Clara y sus hermanas se consolaron muy mucho viéndole, aunque derramaron abundantes lágrimas y sintieron gran dolor, pues después de Dios era él, en este mundo, su único consuelo.

Las alondras

14. Era la tarde del sábado anterior a la noche en que el bienaventurado Francisco pasó al Señor; después de las vísperas vino una bandada de pájaros llamados alondras, que, a poca altura sobre el techo de la casa en que él yacía, volaban y revoloteaban cantando.

Nosotros que hemos vivido con el bienaventurado Francisco y hemos escrito estas cosas sobre él, damos testimonio de que muchas veces le oímos decir: «Si yo hablase al emperador [1], le suplicaría que, por amor de Dios y en atención a mi ruego, firmara un decreto ordenando que ningún hombre capture a las hermanas alondras ni les haga daño alguno; que todas las autoridades de las ciudades y los señores de los castros y de las villas deban obligar a que, en la Navidad del Señor de cada año, los hombres

[1] Entonces Federico II.

derramen trigo y otros granos por los caminos fuera de las ciudades y castillos, para que, en día de tanta solemnidad, todas las aves, y particularmente las hermanas alondras, tengan qué comer; que, por respeto al Hijo de Dios, a quien tal noche la bienaventurada Virgen María, su madre, reclinó en un pesebre entre el asno y el buey, estén obligados todos a dar esa noche a nuestros hermanos bueyes y asnos abundante pienso; y, por último, que en este día de Navidad todos los pobres sean saciados por los ricos».

El bienaventurado Francisco, efectivamente, celebraba la fiesta de Navidad con mayor reverencia que cualquier otra fiesta del Señor, porque, si bien en las otras solemnidades el Señor ha obrado nuestra salvación, sin embargo, como él decía, comenzamos a ser salvos desde el día en que nació el Señor. Por eso quería que en ese día todo cristiano se alegrase en el Señor y que, por amor de Aquel que se nos dio a sí mismo, todo hombre fuese alegremente dadivoso no sólo con los pobres, sino también con los animales y las aves.

Y decía de la alondra: «Nuestra hermana la alondra lleva un capuchón como los religiosos y es un ave humilde, que va gozosa por los caminos buscando algunos granos, y, aunque los encuentre entre el estiércol, los saca y los come. Cuando vuela, alaba al Señor, como los buenos religiosos, que menosprecian lo terreno y tienen su conversación en el cielo. Además, su vestido, es decir, su plumaje, es de color de tierra; así da buen ejemplo a los religiosos, que no deben llevar vestidos de colores y delicados, sino de color pardo como la tierra». Como el bienaventurado Francisco veía todo esto en las hermanas alondras, las amaba mucho y las contemplaba de buen grado.

Consideraba un robo recibir más limosnas de las necesarias

15. El bienaventurado Francisco decía frecuentemente a los hermanos: «Jamás fui ladrón; quiero decir que de las limosnas, que son la herencia de los pobres, siempre acepté menos de lo que me tocaba, a fin de no lesionar el derecho de los otros pobres, pues hacer lo contrario es cometer un robo».

Dios sale fiador de los que confían en El

16. Como los hermanos ministros tratasen de persuadir al bienaventurado Francisco de que concediese el tener algo, al menos en común, para que la gran multitud de hermanos tuviera a qué recurrir, San Francisco acudió a Cristo en su oración y le consultó sobre este punto. El Señor le respondió en seguida que rechazase todo, tanto individualmente como en común; que esta

familia era suya, y que, por mucho que creciera, estaba siempre dispuesto a socorrerla y que siempre la protegería si confiaba en El.

Respuesta que dio al hermano Elías y a los demás que no querían obligarse a la Regla que estaba escribiendo

17. Estando el bienaventurado Francisco con el hermano León [1] y el hermano Bonicio de Bolonia [2] retirado en un monte[3] para componer la Regla[4] (pues se había perdido la primera, escrita bajo el dictado de Cristo), muchos de los ministros se reunieron en torno al hermano Elías [5], vicario del bienaventurado Francisco, y le dijeron: «Hemos oído que ese hermano Francisco está componiendo una nueva Regla. Tememos que la haga tan dura, que no la podamos observar. Queremos que vayas donde él y le digas que nosotros no queremos obligarnos a esa Regla. ¡Que la componga para él, no para nosotros!»

El hermano Elías les respondió que no quería ir, porque temía la reprensión del hermano Francisco. Como ellos insistían en que fuese, les contestó que en todo caso iría, si ellos le acompañaban. Partieron, pues, todos juntos. Cuando el hermano Elías, acompañado de los mencionados ministros, llegó al lugar en que se encontraba el bienaventurado Francisco, le llamó. Este respondió al ver a los ministros: «¿Qué desean estos hermanos?» Replicó el hermano Elías: «Son ministros que, habiendo oído que estás componiendo una nueva Regla, y, temerosos de que la hagas demasiado estrecha, dicen y reafirman que no quieren obligarse a ella; que la hagas para ti, no para ellos».

Entonces, el bienaventurado Francisco levantó su rostro hacia el cielo y le habló así a Cristo: «Señor, ¿no dije bien que no te creerían?» Y se escuchó en lo alto la voz de Cristo, que respondía: «Francisco, nada hay en la Regla que proceda de ti; todo lo que ella contiene viene de mí. Quiero que esta Regla sea observada a la letra, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa, sin glosa». Y añadió la voz: «Sé lo que puede la debilidad humana y lo que yo quiero ayudarles. Los que no quieren observarla, que se salgan de la Orden». El bienaventurado Francisco se volvió a aquellos

[1] Cf. *Introducción* a las *Florecillas* en este volumen, p.799.

[2] Sabemos de él que era de Bolonia, que fue compañero del Santo en esta ocasión y que Francisco se le apareció después de muerto para mostrarle las llagas, y que murió en Bolonia en 1236.

[3] Fonte Colombo, cerca de Rieti.

[4] En cuanto a la sucesión de los diversos textos de la Regla, cf. *Introducción* a las *Reglas* en este mismo volumen, p.88. La intervención del hermano Elías y los ministros estaría ocasionada por la redacción de la Regla definitiva (cf. en este volumen *Introducción* p.88-89).

[5] El hermano Elías ingresó en la Orden en 1211; provincial de Tierra Santa; vicario general de la Orden de 1221 a 1227; ministro general de 1232 a 1239. Depuesto de su cargo, en 1240 se puso del lado del emperador Federico II, en la lucha que mantuvieron éste y el papa. Fue excomulgado por ello; reconciliado más tarde, murió en Cortona el 22 de abril de 1253. Es figura muy discutida.

hermanos y les dijo: «¿Habéis oído? ¿Habéis oído? ¿Queréis que consiga que se os repita?» Los ministros se retiraron confusos y reconociendo su culpa.

Se niega a aceptar ninguna de las reglas monásticas existentes

18. Hallábase el bienaventurado Francisco en el capítulo general de Santa María de la Porciúncula llamado capítulo de las esteras [1]. Asistían a él cinco mil hermanos, muchos de ellos hombres sabios y muy doctos; rogaron al señor cardenal, el futuro papa Gregorio, que estaba presente en el capítulo [2], que persuadiese al bienaventurado Francisco a seguir los consejos de los hermanos sabios y a dejarse dirigir por ellos. Invocaban las Reglas de San Benito, de San Agustín, de San Bernardo, que determinan detalladamente las normas de vida.

El bienaventurado Francisco escuchó la advertencia del cardenal sobre este asunto; tomándole de la mano, le condujo a la asamblea del capítulo y habló a los hermanos en estos términos: «Hermanos míos, hermanos míos, Dios me llamó a caminar por la vía de la simplicidad. No quiero que me mencionéis regla alguna, ni la de San Agustín, ni la de San Bernardo, ni la de San Benito. El Señor me dijo que quería hacer de mí un nuevo loco [3] en el mundo, y el Señor no quiso llevarnos por otra sabiduría que ésta. De vuestra ciencia y saber se servirá Dios para confundiros; y confío en que el Señor se servirá de sus mandatarios [4] para castigaros. Y todavía, para vergüenza vuestra, volveréis a vuestro primer estado; de buena o mala gana».

El cardenal, estupefacto, nada replicó, y todos los hermanos quedaron asustados.

Relaciones entre los hermanos y el clero secular

19. (= 2C 146).

Se niega a conseguir privilegios de la curia romana

20. Ciertos hermanos dijeron al bienaventurado Francisco: «Padre, ¿no ves que los obispos no nos permiten a veces predicar, y nos obligan así a estar largos días ociosos antes de poder diri-

[1] Cf. Flor 18 n.1.

[2] Cf. 2C 63 y, sobre todo, 188.

[3] En el original, *pazzus*, que es un italianismo de *pazzo:* loco. Su empleo podría garantizar la autenticidad del discurso. Todo ello evoca 1Cor 1,20s.

[4] *Castaldus:* término de las leyes de los longobardos que designa una persona cualquiera dotada de autoridad y poder coercitivo para castigar a la plebe.

girnos al pueblo? Sería conveniente que consiguieras del señor papa un privilegio en favor de los hermanos, mirando así por la salvación de las almas».

Les respondió, reprendiéndoles fuertemente: «Vosotros, hermanos menores, no conocéis la voluntad de Dios y no me permitís convertir al mundo entero, como Dios quiere. Mi deseo es que primeramente convirtamos a los prelados con nuestra humildad y nuestra reverencia para con ellos. Cuando vean la vida santa que llevamos y el respeto que les profesamos [1], ellos mismos os pedirán que prediquéis y convirtáis al pueblo, y lo congregarán, para que os oiga, mucho mejor que los privilegios que pedís, y que os llevarían al orgullo. Si sois ajenos a toda avaricia e inculcáis al pueblo que entreguen a las iglesias sus derechos, los obispos os rogarán que oigáis las confesiones de su pueblo, aunque de esto no debéis preocuparos, pues, si los pecadores se convierten, ya encontrarán confesores. Para mí, el privilegio que pido al Señor es el no recibir privilegio alguno de los hombres, sino mostrar reverencia a todos y convertirlos, mediante el cumplimiento de la santa Regla, más con el ejemplo que con las palabras».

Reproches de Cristo por la ingratitud de los hermanos

21. En cierta ocasión dijo nuestro Señor Jesucristo al hermano León, compañero del bienaventurado Francisco: «Me lamento de los hermanos». A lo que respondió el hermano León: «¿Por qué, Señor?» «Por tres razones —replicó el Señor—. Primeramente, porque no reconocen los beneficios que, como sabes, les otorgo con largueza cada día sin que siembren ni recojan. Después, porque pasan todo el día murmurando y sin hacer nada. Por último, porque con frecuencia se provocan mutuamente a la cólera y no se reconcilian ni perdonan las injurias que han recibido».

Paraliturgia de la última cena y muerte

22. Una noche, el bienaventurado Francisco se vio tan fuertemente atacado por los dolores de las enfermedades, que le era casi imposible descansar y dormir. Habiendo aminorado el dolor, por la mañana hizo llamar a todos los hermanos de aquel lugar. Cuando los tuvo sentados frente a él, posó su mirada sobre ellos, considerándoles representantes de todos los hermanos. Luego, comenzando por un hermano [1], bendijo sucesivamente a todos, poniendo su mano derecha sobre la cabeza de cada uno. Bendijo

[1] Era la diferencia que existía entre Francisco y los herejes: éstos atacaban al clero y sus costumbres, Francisco lo respetaba sinceramente y se le mostraba sumiso.

[1] Compárese con LP 12 y con 2C 216.

así a todos los que vivían entonces en la Religión y a los que habían de vivir en ella hasta el fin del mundo. Y parecía compadecerse de sí mismo, porque no podía ver a todos sus hijos y hermanos antes de morir.

Luego mandó traer panes y los bendijo. Como, a causa de la enfermedad, no podía partirlos, hizo que un hermano los partiera en muchos trozos; y, tomando de ellos, entregó a cada uno de los hermanos su trozo, ordenándoles que lo comieran entero. Pues así como el Señor el jueves santo quiso cenar con los apóstoles antes de su muerte, del mismo modo —así les pareció a aquellos hermanos— el bienaventurado Francisco quiso antes de su muerte bendecirles a ellos, y en ellos, a todos los demás hermanos, y quiso también que comieran de aquel pan bendito como si realmente lo comieran con todos los demás hermanos.

Creemos que ésta fue su intención, pues, aunque ese día no era jueves, había dicho a los hermanos que creía que era jueves.

Uno de los hermanos guardó un trozo de aquel pan y, después de la muerte del bienaventurado Francisco, algunos enfermos que comieron de él se vieron inmediatamente libres de sus males.

Pobreza en las casas y en los utensilios

23. (= 2C 56 y 59: «Enseñaba... piedra» y «No quería... peregrinos».)
24. (= 2C 60.)
25. (= 2C 62: «*Enseñaba... los necesitaban*».)
26. (= 2C 63: «Tan abundante... suntuoso».)

Aborrecimiento del dinero

27. (= 2C 65.)

Austeridad en los vestidos

28. (= 2C 69: «Revestido... cubría el cuerpo».)
29. (= 2C 69: «Execraba... conciencia».)
30. (= 2C 69: «Convengamos en que... en el color».)

Se priva de un manto para dárselo a una pobre

31. (= 2C 86.)

Retornando de Siena, da el manto a un pobre

32. (= 2C 87.)

LOS HERMANOS SE VEN OBLIGADOS A RESCATAR UN MANTO QUE HABÍA DADO A UN POBRE

33. (= 2C 88.)

DA EL MANTO A OTRO POBRE

34. (= 2C 89.)

EXPLICA A UN HERMANO PREDICADOR UN TEXTO BIBLICO

35. (= 2C 103: «Durante... palabras del Señor».)
36. (= 2C 103: «Y el maestro... de tierra».)

PARÁBOLA CONTRA LAS MIRADAS POCO RECATADAS

37. (= 2C 113 y 114: «Solía... tálamo. Y solía decir» y «Quién no tendrá... de Cristo».)

EXPRESA SU GOZO INTERIOR

38. (= 2C 127.)

RUEGA POR SU ORDEN

39. (= 2C 143.)

RENUNCIA A QUE LE ACOMPAÑEN COMPAÑEROS PARTICULARES

40. (= 2C 144.)

PENITENCIAS QUE SE IMPONÍAN LOS HERMANOS PARA EXPIAR FALTAS DE CARIDAD

41. (= 2C 155.)

RETRATO DEL MINISTRO GENERAL

42. (= 2C 184 y 185: «Hacia el fin... de esta familia» y «Debe ser... use jamás de peculio».)
43. (= 2C 185 y 186: «Debe bastarle... caída» y «Quisiera... más íntimos. No haga vacilar... de la Orden».)

Por qué San Francisco abandonó el gobierno de la Orden

44. (= 2C 188: «Cierto hermano... es mi voluntad».)

Recoge incluso carne para los hermanos enfermos

45. (= 2C 175: «Y no tenía reparo... a los que amo».)

Elogio de la Regla

46. (= 2C 208.)

Reprueba el afán por la ciencia

47. (= 2C 195: «Le dolía... ruina. El Santo después... simplicidad».)

Detesta el ocio y quiere que sus hermanos trabajen

48. (= 2C 161.)

San Francisco y Santo Domingo, huéspedes del cardenal Hugolino

49. (=2C 148 y 150: «Santo Domingo y... contra los demás» y «Terminadas... de su santidad».)

Penitencia excesiva. Necesidad de discreción

50. En cierta ocasión, al principio de la Orden, cuando el bienaventurado Francisco empezó a tener hermanos, moraba con ellos en Rivo Torto [1]. Una vez a media noche, cuando los hermanos descansaban en sus yacijas, un hermano exclamó, diciendo: «¡Me muero! ¡Me muero!» Todos los hermanos se despertaron aturdidos y asustados.

El bienaventurado Francisco se levantó y dijo: «Levantaos, hermanos, y encended la lámpara». Cuando tuvieron luz, preguntó Francisco: «¿Quién es el que ha gritado: 'Me muero'?» Un hermano respondió: «He sido yo». El bienaventurado Francisco le dijo: «¿Qué te ocurre, hermano? ¿Por qué te vas a morir?» «Me muero de hambre», contestó él. El bienaventurado Francisco,

[1] Cf. 1C 42 n.1.

hombre lleno de caridad y discreción, no quiso que aquel hermano pasase vergüenza de comer solo. Mandó preparar en seguida la mesa, y todos comieron con aquel hermano.

Hay que tener en cuenta que tanto éste como los demás hermanos eran recién conversos y con indiscreto fervor se entregaban a grandes penitencias corporales. Después de la comida, habló así el bienaventurado Francisco a los hermanos: «Hermanos míos, entendedlo bien: cada uno ha de tener en cuenta su propia constitución física. Si uno de vosotros puede pasar con menos alimento que otro, no quiero que el que necesita más intente imitar al primero. Cada uno, según su naturaleza, dé a su cuerpo lo necesario. Pues, si hemos de evitar la demasía en el comer y beber, igualmente, e incluso más, hemos de librarnos del excesivo ayuno, ya que el Señor quiere la misericordia y no el sacrificio» [2]. Y añadió: «Mis queridos hermanos, lo que he hecho, es decir, el que, por amor de mi hermano, hemos comido con él a fin de que no pasara vergüenza de comer él solo, lo he hecho impulsado por su gran necesidad y por caridad. Pero os digo que, por lo demás, no quiero hacerlo, pues no sería ni religioso ni honesto. Mas quiero y os ordeno que cada uno, teniendo en cuenta nuestra pobreza, satisfaga a su cuerpo según le fuere necesario» [3].

Los primeros hermanos, en efecto, y los que durante mucho tiempo se les unirían, mortificaban sus cuerpos no sólo con una excesiva abstinencia en la comida y bebida, sino también durmiendo poco, pasando frío y trabajando con sus manos. Llevaban, a raíz de la carne, cinturones de hierro y cotas de malla que podían procurarse, así como los cilicios más punzantes que pudieran conseguir.

Por eso, el santo Padre, pensando que con este proceder los hermanos podían caer enfermos, como efectivamente ya había acaecido con algunos poco tiempo antes, prohibió en un capítulo que los hermanos llevaran sobre la carne otra cosa que la túnica [4].

Nosotros que vivimos con él podemos dar este testimonio: ,si bien desde el momento en que tuvo hermanos y durante toda su vida practicó con ellos la virtud de la discreción, procuró, con todo, que se guardasen siempre, en cuestión de alimentos y de cosas, la pobreza y la virtud requeridas por nuestra Religión y que eran tradicionales a los hermanos más antiguos; sin embargo, en cuanto a él, tenemos que decir que trató a su cuerpo con dureza tanto desde los inicios de su conversión, cuando todavía no contaba con hermanos, como durante toda su vida, a pesar que desde joven fue de constitución delicada y frágil, y en el mundo no podía vivir sino rodeado de cuidados [5].

[2] Mt 9,13 y 12,7. Cita de Os 6,6.

[3] Decía Alberto de Pisa que, estando en un hospital junto con San Francisco, le obligó éste a comer el doble de lo que acostumbraba (ECCLESTON, *De adventu* 14, ed. LITTLE, p.106).

[4] Quizá en el capítulo de las esteras: TC 59; Flor 18.

[5] Afirmación que se repite en el número siguiente y que confirma 1C 3.

Un día, juzgando que sus hermanos empezaban a quebrantar la pobreza y exagerar en materia de alimentos y de cosas [6], dijo a algunos hermanos, pero refiriéndose a todos: «¿No creen los hermanos que mi cuerpo tiene necesidad de un régimen especial? [7] Sin embargo, porque debo ser modelo y ejemplo para todos los hermanos, quiero usar alimentos y cosas pobres y no delicadas y estar contento con ellos» [8].

Elogio de la mendicidad

51. Cuando el bienaventurado Francisco comenzó a tener hermanos, se alegraba tanto de su conversión y de que el Señor le hubiera dado tan buena compañía y tanto les quería y veneraba, que no les enviaba a pedir limosna, sobre todo porque pensaba que se avergonzarían de hacerlo. Y, para ahorrarles esa vergüenza, salía él solo todos los días a pedir. Pero esto le fatigaba demasiado (ya en el siglo era delicado y débil de contextura, y se fue debilitando cada vez más, desde que abandonó el siglo, por las excesivas abstinencias y por las mortificaciones que se imponía). Comprendió que no podía él soportar trabajo tan pesado. Por otra parte, ésta era la vocación de los hermanos, aunque se avergonzasen. Como pensase que no caían en la cuenta y que todavía no tenían discreción suficiente como para adelantarse a decirle: «Nosotros queremos ir a mendigar», les habló así: «Mis queridos hermanos e hijitos míos, no os avergoncéis de ir a pedir limosna, pues por nosotros el Señor se hizo pobre en este mundo [1]. Por eso, a ejemplo suyo y de su santísima Madre, hemos escogido el camino de la auténtica pobreza. Esta es nuestra herencia, que ganó y dejó nuestro Señor Jesucristo para nosotros y para todos los que, siguiendo su ejemplo, quieren vivir en santa pobreza» [2].

Y añadió: «En verdad os digo que muchos de los más nobles y sabios de este mundo vendrán a esta congregación y se tendrán por muy honrados al ir a mendigar. Id, pues, a pedir limosna, confiadamente y con el corazón alegre, con la bendición del Señor Dios. Debéis ir a pedir limosna con más presteza y alegría que un hombre que ofreciera cien denarios por uno, pues vosotros, a los que pedís limosna, ofrecéis el amor de Dios, diciéndoles: 'Dadnos limosna por el amor del Señor Dios'; el cielo y la tierra son nada en comparación de este amor».

Como todavía eran muy pocos, no les podía enviar de dos en

[6] Aunque no haya aquí una alusión a la comida del día de Pascua en Greccio (2C 61), este episodio da a conocer perfectamente el comportamiento de algunos hermanos y la reacción de Francisco, tal como la describen aquí sus compañeros.

[7] El texto usa *pitantia*, palabra del vocabulario monástico; designa, en sentido propio, un suplemento de la comida, una sobrealimentación.

[8] Afirmación que hace muchas veces San Francisco; cf. también LP 117.

[1] Cf. 2R 6,3.

[2] Cf. 1R 9,4-9.

dos; envió a cada uno individualmente por los castillos y villas. Al regreso, cada uno enseñaba al bienaventurado Francisco las limosnas que había recibido, y se decían uno a otro: «Yo he traído más que tú». Y el bienaventurado Francisco se alegraba viéndoles tan contentos y felices. Desde entonces, cada uno pedía más a gusto permiso para salir a la limosna.

No quiere que los hermanos se inquieten por el mañana

52. En la misma época, cuando el bienaventurado Francisco vivía con los hermanos que tenía entonces, su alma era de una pureza admirable: desde el momento en que el Señor le reveló que él y sus hermanos debían vivir conforme al santo Evangelio [1], resolvió hacerlo así, y procuró observarlo a la letra todo el tiempo de su vida.

Por eso, cuando el hermano que se cuidaba de la cocina quiso preparar a sus hermanos legumbres, no le permitió que las pusiera de víspera a remojo en agua caliente para el día siguiente, como es costumbre, para que los hermanos observaran la palabra del santo Evangelio: *No os inquietéis por el mañana* [2]. Y así, aquel hermano las ponía a reblandecer después que los hermanos habían dicho los maitines. Por la misma razón, muchos hermanos, por largo tiempo y en muchos lugares en que tenían que cuidarse sólo de sí mismos, y, sobre todo, en las ciudades, por observar esto, no querían mendigar ni recibir más limosnas de las necesarias para el día.

Delicadeza con un enfermo

53. En cierta ocasión, morando el bienaventurado Francisco en el mismo lugar [1], había allí un hermano, hombre de profunda vida interior y además antiguo en la Orden, que estaba muy débil y enfermo. Haciéndose cargo de su estado, el bienaventurado Francisco tuvo compasión de él. Pero como entonces los hermanos, sanos o enfermos, con gozo y paciencia tomaban la pobreza como abundancia y en sus enfermedades no usaban medicinas, sino que más a gusto hacían lo que era contrario al cuerpo, se dijo a sí mismo el bienaventurado Francisco: «Si este hermano comiese, bien de mañana, unas uvas maduras, yo creo que le haría bien». Un día se levantó muy temprano y, sin hacer ruido, llamó al hermano y le llevó a una viña que hay cerca de aquella iglesia.

[1] Test 14.
[2] Mt 6,34.

[1] Bigaroni cree que estas palabras han de referirse a Santa María de la Porciúncula, que es lo que parece sugerir el contexto, a pesar de que LP 50 parezca indicar que se refiere a Rivo Torto. Aquí no había sino un tugurio sin iglesia ni capilla (o.c., p. 119 n.76).

El mismo escogió una vid que tenía racimos hermosos y maduros. Sentándose con el hermano junto a la cepa, empezó a comer uvas para que el hermano no tuviese vergüenza de comérselas solo. Y, estando comiendo los dos, aquel hermano alabó al Señor Dios. Mientras vivió refería frecuentemente a los hermanos, con mucha devoción y saltándosele las lágrimas, esta delicadeza que el santo Padre había tenido con él.

PODER DE SU PLEGARIA

54. En cierta época, viviendo el bienaventurado Francisco en el mismo lugar [1], para orar se retiraba a una celda que estaba situada detrás de la casa. Estando un día en ella, llegó el obispo de Asís [2] para visitarle. Al entrar en la casa llamó a la puerta con el fin de llegarse al bienaventurado Francisco. Se la abrieron y entró en la celda (dentro de ésta se había construido con esteras otra celdilla muy pequeña; en la misma estaba el bienaventurado Francisco). Y como sabía el obispo que el santo Padre le profesaba confianza y amor, se acercó con libertad y abrió la estera de la celdilla para verle. Pero, apenas metió la cabeza en ella, súbitamente —quieras que no— fue repelido con fuerza por voluntad del Señor, porque no era digno de ver al Santo, y retrocedió de espaldas. En seguida salió de la celda temblando y estupefacto. Delante de los hermanos manifestó su falta y su pesar de haber venido en aquella ocasión a aquel lugar.

LIBERA A UN HERMANO DE GRAVES TENTACIONES DIABÓLICAS

55. Había un hermano, hombre espiritual y antiguo en la Religión [1], que gozaba de la amistad del bienaventurado Francisco. Pues bien, en cierta ocasión venía sufriendo por largos días muy graves y crueles sugestiones del diablo, que le tenía como postrado en la más profunda desesperación. Tal agitación sufría a diario, que sentía vergüenza de confesarse todos los días. En esta situación se mortificaba excesivamente con abstinencias, vigilias, llantos y disciplinas. Mucho tiempo llevaba en este cotidiano tormento, cuando, por disposición divina, llegó a aquel lugar el bienaventurado Francisco. Paseándose un día el bienaventurado Francisco por las cercanías con otro hermano y con este que así era atormentado, separándose un poco del primero, se aproxima al que era tentado y le dice: «Hermano muy querido, quiero y te digo que en adelante no te consideres con la obligación de confe-

[1] La Porciúncula.

[2] Guido II, el mismo que estuvo presente en la renuncia total de Francisco (1C 14).

[1] ¿Acaso Bernardo de Quintavalle?

sar a nadie esas sugestiones y tentaciones del diablo. No tengas miedo: ellas no han hecho mal a tu alma. Cada vez que te veas turbado por esas sugestiones, te autorizo a que reces siete veces el padrenuestro».

El hermano se alegró mucho, porque le había dicho que no tenía necesidad de confesar aquellas tentaciones; sobre todo, porque sufría gran confusión al tener que confesarse todos los días; esto agravaba su sufrimiento. Aquel hermano quedó admirado de la santidad del santo Padre, que, por inspiración del Espíritu Santo, había conocido sus tentaciones; pues él a nadie las había confesado, sino a los sacerdotes; y con frecuencia cambiaba de sacerdote, porque le daba vergüenza el que un único sacerdote conociera todas sus flaquezas y tentaciones. Desde el momento en que le habló el bienaventurado Francisco, se vio libre de aquella gran prueba interior y exterior que había sufrido durante tanto tiempo. Por la gracia de Dios y por los méritos del bienaventurado Francisco, recibió gran paz y tranquilidad de alma y cuerpo.

La Porciúncula, espejo de la Orden

56. Viendo el bienaventurado Francisco que Dios quería multiplicar el número de los hermanos, les dijo: «Mis queridos hermanos e hijitos míos, veo que el Señor quiere multiplicarnos. Por eso creo conveniente y religioso conseguir de nuestro obispo o de los canónigos de San Rufino o del abad del monasterio de San Benito [1] una iglesia pequeña y muy pobre donde los hermanos puedan recitar sus horas, y tener, junto a la misma, solamente una casa pequeña y pobrecilla, construida de barro y madera, donde los hermanos puedan descansar y dedicarse a lo que han menester. El lugar en que moramos [2] no es, en efecto, adecuado, y, desde que al Señor place multiplicarnos, esta casa es excesivamente pequeña para vivir en ella, y, sobre todo, porque no tenemos iglesia donde puedan los hermanos recitar sus horas; si alguno muriese, no estaría bien enterrarlo aquí o en una iglesia de los clérigos seculares». Estas palabras fueron del agrado de los demás hermanos.

Lo que había propuesto, se lo propuso al obispo. El obispo le respondió: «Hermano, no tengo iglesia alguna que pueda daros». Acudió a los canónigos de San Rufino y les hizo el mismo ruego, y ellos le respondieron lo mismo que el obispo.

Entonces se encaminó al monasterio de San Benito de Monte Subasio y expuso al abad lo mismo que había dicho al obispo y a los canónigos y la respuesta que de unos y otros había recibido. El abad, conmovido, consultó con sus hermanos; y, por ser voluntad

[1] Sobre la abadía de San Benito de Monte Subasio, cf. CAVANNA, *Ombrie franciscaine* p.5 y 99-100.

[2] Se está refiriendo a Rivo Torto.

del Señor, hicieron cesión al bienaventurado Francisco y a sus hermanos de la iglesia de Santa María de la Porciúncula, la más pobre de las que ellos poseían. Era también la más pobre de todos los alrededores de la ciudad de Asís. Era lo que de tiempo atrás había deseado el bienaventurado Francisco. El abad le dijo: «Hermano, te concedemos lo que pides. Pero queremos que, si el Señor acrecienta vuestra congregación, este lugar sea la cabeza de todos los vuestros». Estas palabras agradaron al bienaventurado Francisco y a sus demás hermanos.

Y quedó muy contento del lugar donado a los hermanos, sobre todo porque la iglesia llevaba el nombre de la madre de Cristo, porque era muy pobre y por el sobrenombre con que se la conocía. Se la llamaba, en efecto, iglesia de la Porciúncula, lo que presagiaba que ella había de ser la madre y cabeza de los pobres hermanos menores. Este nombre de la Porciúncula fue dado a la iglesia porque el lugar donde fue construida desde antiguo era llamado «Porciúncula». El bienaventurado Francisco solía decir: «El Señor no quiso que se les diera a los hermanos ninguna otra iglesia [3], ni permitió que los primeros hermanos construyesen o poseyesen una nueva, porque ésta venía a ser una profecía que se cumplió con la llegada de los hermanos menores». Aunque era muy pobre y por el transcurso del tiempo estaba semiderruida, los habitantes de la ciudad de Asís y su comarca habían tenido por esta iglesia una devoción singular, que ha ido creciendo hasta nuestros días. Desde que los hermanos llegaron y se establecieron en aquel lugar, casi todos los días el Señor aumentaba su número. La noticia de los hermanos y su fama se extendió por todo el valle de Espoleto. Antiguamente, esta iglesia recibía la denominación de Santa María de los Angeles; luego, la gente de la provincia la llamó Santa María de la Porciúncula. Por eso, cuando los hermanos comenzaron a repararla, los hombres y mujeres de aquella provincia decían: «Vamos a Santa María de los Angeles».

El abad y los monjes habían dado esta iglesia al bienaventurado Francisco y a sus hermanos sin condición alguna y no les habían exigido pago alguno o renta anual. Sin embargo, el bienaventurado Francisco, como bueno y experimentado maestro, que quiso construir una casa sobre roca firme [4], y su congregación sobre gran pobreza, en señal de mayor humildad y pobreza enviaba cada año a los monjes una canastilla de peces pequeños que se llaman lochas, para que los hermanos no tuviesen ningún lugar como propio, ni habitasen lugar alguno que no fuese ajeno; lo que buscaba era que los hermanos no tuvieran derecho a venderlo o enajenarlo de manera alguna. Y cuando los hermanos llevaban los pececillos a los monjes, éstos, en razón de la humildad del bienaventurado Francisco, que por iniciativa propia tenía este gesto, enviaban a él y a sus hermanos una vasija de aceite.

[3] Francisco descubre en la negativa a las peticiones señaladas más arriba la voluntad de Dios; no le interesa analizar la de los hombres.

[4] Cf. Mt 7,24.

Y nosotros que hemos vivido con el bienaventurado Francisco, damos testimonio de que decía expresamente acerca de esta iglesia que, por las muchas gracias que el Señor le mostró allí y por lo que le fue revelado en aquel lugar, la bienaventurada Virgen ama esta iglesia con predilección sobre todas las iglesias que ella ama en el mundo. Por esta razón, durante toda su vida tuvo a este lugar gran devoción y reverencia. Y para que los hermanos tuvieran este recuerdo en su corazón, próximo ya a la muerte, quiso que en su testamento se escribiera que ellos hicieran lo mismo.

g Pues, cuando se avecinaba la muerte, dijo delante del ministro general y de otros hermanos: «Quiero tomar ciertas disposiciones acerca del lugar de Santa María de la Porciúncula y dejarlas en testamento a los hermanos [5] para que este lugar sea tenido siempre por ellos en gran veneración y devoción. Es lo que hicieron nuestros antiguos hermanos: aunque este lugar ya era santo, ellos, sin embargo, conservaban su santidad con la continua oración de día y de noche y observando constantemente el silencio; y, si alguna vez hablaban después de la hora fijada para el silencio, era para tratar, con la mayor devoción y del modo más discreto, de las cosas que se referían a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. Cuando acontecía —lo que era raro— que algún hermano iniciaba una conversación inútil u ociosa, en seguida era advertido por otro. Mortificaban su cuerpo no sólo con el ayuno, sino también con frecuentes vigilias, el frío, la desnudez y el trabajo de sus manos. Con frecuencia, para no estar ociosos, iban a ayudar a los pobres en sus campos; y éstos alguna vez les daban pan por el amor de Dios.

»Con estas y otras virtudes se santificaban a sí mismos y el lugar. Los que les sucedieron vivieron durante muchos años de forma parecida, aunque sin llegar a equipararse a los primeros.

»Pero después, con ocasión de que muchos hermanos y otros visitaban el lugar más de lo acostumbrado, y particularmente porque todos los hermanos, e igualmente cuantos quieren ingresar en la Religión, tienen que llegarse allí [6], mas también porque los hermanos son más tibios en la oración y en otras obras buenas y más disipados que antes para proferir palabras ociosas e inútiles y comunicar nuevas de este mundo, aquel lugar no es tenido por los hermanos que moran en él y por los otros religiosos en la reverencia y devoción que conviene y que yo querría.

»Es mi deseo que esté siempre bajo la autoridad directa del ministro general, para que así tenga un cuidado y solicitud mayor de atender el lugar, sobre todo constituyendo en el mismo una familia buena y santa. Los clérigos sean escogidos entre los hermanos más santos y honestos y entre los que, de toda la Orden, sepan decir mejor el oficio, a fin de que no sólo los demás hom-

[5] El testamento de San Francisco no contiene nada referente a esto.

[6] Cada año se reunían para el capítulo de Pentecostés. Cf. más abajo en este mismo número.

bres, sino también los hermanos, los oigan con agrado y mucha devoción. Sean elegidos para servirles algunos de entre los hermanos y laicos santos, hombres discretos y honestos.

»Quiero que ningún hermano ni otra persona entre a este lugar, salvo el ministro general y los hermanos que les sirven. Los moradores de él no hablen con persona alguna, a excepción de los hermanos que les sirven y del ministro cuando les visite.

»Quiero igualmente que los hermanos laicos que les sirven estén obligados a que no les refieran las noticias o novedades de este siglo que han oído y que no han de ser convenientes para sus almas [7]. Y, por eso, quiero especialmente que nadie entre a este lugar, para que mejor conserven la pureza y santidad, y que en este lugar no se profiera palabra alguna vana o perjudicial al alma y se conserve todo puro y santo cantando los himnos y las alabanzas del Señor. Y cuando alguno de estos hermanos muera, para cubrir la plaza del difunto, el ministro general llamará, de dondequiera que esté, a otro hermano santo. Porque, si los hermanos y los lugares donde residen se apartaren algún día de la pureza, santidad y honestidad que deben tener, quiero que al menos este lugar sea espejo y buen ejemplo para toda la Orden, un candelabro delante del trono de Dios y delante de la bienaventurada Virgen, y que, gracias a él, el Señor tenga piedad de los defectos y culpas de los hermanos y guarde y proteja siempre su Religión y su plantita».

Se aproximaba la fecha del capítulo, que en aquel tiempo se celebraba todos los años en Santa María de la Porciúncula [8]. Viendo el pueblo de Asís que los hermanos, por la gracia de Dios, se habían multiplicado y se multiplicaban cada día, y que, particularmente al reunirse allí todos a capítulo, no tenían más que una cabaña muy pobre y pequeña, techada de paja, con paredes de madera y barro, tal como la habían construido los hermanos cuando se establecieron en aquel lugar, tuvieron una reunión general, y en pocos días con rapidez y devoción levantaron una casa grande, con muros de piedra y cal, sin el consentimiento del bienaventurado Francisco, que estaba ausente. II

Cuando, de vuelta de una provincia, vino el bienaventurado Francisco al capítulo y vio la casa construida en aquel lugar, quedó extrañado. Pensó que aquella casa podría ser ocasión de que los hermanos, en los lugares en que estaban o habrían de estar, levantaran o hicieran levantar casas grandes. Y como, sobre todo, quería que aquel lugar fuese modelo y ejemplar de todos los lugares de los hermanos, un buen día, antes de finalizar el capítulo, subió al tejado de aquella casa y mandó a algunos hermanos que también subieran. Con ayuda de éstos empezó a arrojar al suelo las tejas de que estaba cubierta la casa, con el propósito de destruirla.

[7] Cf. REr 8.

[8] Para lo referente a la fecha, cf. JACOBO DE VITRY, *Primera carta* (HUYGENS, *Lettres* p.75); en cuanto al lugar, cf. 1R 18,2.

Se hallaban allí unos caballeros y otros ciudadanos de Asís; el común les había encargado proteger aquel lugar, pues eran muchísimos los de la ciudad y los extraños que de todas partes habían venido para presenciar el capítulo de los hermanos, y se habían reunido en sus proximidades; viendo que el bienaventurado Francisco y los otros hermanos querían demoler aquella casa, corrieron donde ellos y dijeron al bienaventurado Francisco: «Hermano, esta casa es del común de Asís y nosotros somos sus representantes; por eso, te ordenamos que no destruyas nuestra casa». El bienaventurado Francisco les respondió: «Está bien; si esta casa es vuestra, no quiero tocarla». En seguida bajó del tejado, y lo mismo hicieron los que con él estaban.

Por eso, el pueblo de Asís, durante mucho tiempo, observó el acuerdo de que cada año el *podestà*, cualquiera que fuera, tendría la obligación de mandar retejar la casa y efectuar los trabajos de reparación que fueran necesarios.

p En otra época, el ministro general[9] proyectó construir una pequeña casa para los hermanos de aquel lugar, a fin de que pudieran descansar y decir las horas. Como por aquel entonces todos los hermanos de la Orden y los postulantes venían y acudían a aquel lugar, sus moradores sufrían muchas molestias casi todos los días. No tenían dónde dormir y decir sus horas en aquel lugar, pues debían ceder las celdillas donde descansaban a los muchos hermanos que venían.

De ahí el mucho trastorno que con frecuencia tenían que padecer, ya que, después del mucho trabajo, les resultaba difícil atender a las necesidades del cuerpo y a la vida del alma. Estaba casi terminada la casa aquella, cuando el bienaventurado Francisco regresó a aquel lugar. Una mañana oyó, desde la celdilla donde había pasado la noche, el ruido que hacían los hermanos en el trabajo. Se sorprendió de lo que sería aquello y preguntó a su compañero: «¿A qué se debe este ruido? ¿En qué trabajan esos hermanos?» Su compañero le contó lo que ocurría.

Francisco inmediatamente mandó llamar al ministro y le dijo: «Hermano, este lugar es modelo y espejo de toda la Religión. Por lo tanto, a fin de que los hermanos de toda la Orden que vienen acá lleven a sus lugares el buen ejemplo de la pobreza, prefiero que los hermanos de este lugar soporten, por el amor del Señor Dios, molestias y penurias a que disfruten de satisfacciones y consuelos y a que los demás hermanos de nuestra Religión imiten el ejemplo y edifiquen en sus lugares, diciendo: 'En Santa María de la Porciúncula, primer lugar de los hermanos, se han levantado edificios buenos y grandes; lo mismo podemos hacer en nuestros lugares, pues tenemos malos alojamientos'».

[9] Cotejando con EP 8, se puede conjeturar que se trata del hermano Elías.

RECHAZA HABITAR UNA CELDA QUE SE DICE SUYA

57. Un hermano, hombre de profunda vida interior, con quien el bienaventurado Francisco tenía gran amistad, vivía en un eremitorio [1]. Pensando que si alguna vez venía allí el bienaventurado Francisco, no tendría un sitio apropiado para estar, mandó construir, en un rincón solitario próximo al lugar de los hermanos, una celdilla donde pudiese dedicarse a la oración cuando llegase. Efectivamente, pocos días después vino el bienaventurado Francisco. El hermano le llevó a ver aquella celdilla; el bienaventurado Francisco le dijo: «Esta celdilla me parece muy hermosa; pero, si quieres que pase aquí unos días, haz que la revistan interior y exteriormente de cascotes de piedra y de ramas de árboles».

Pues, aunque las paredes no eran de piedra, sino de madera, como ésta era lisa, trabajada con hacha y azuela, le pareció demasiado elegante la celdilla al bienaventurado Francisco. El hermano se apresuró a que la arreglaran según el deseo del Santo.

Cuanto más pobres y religiosas eran las celdas y las casas de los hermanos, con tanto más agrado las miraba y se hospedaba a veces en ellas. Llevaba algún tiempo viviendo y orando en aquella celdilla, cuando un día, estando fuera y cerca del lugar de los hermanos, se le acercó uno de los que vivían allí. El bienaventurado Francisco le preguntó: «¿De dónde vienes, hermano?» «De tu celda», respondió el hermano. El bienaventurado Francisco replicó inmediatamente: «Porque has dicho que esta celda es mía, en adelante será otro el que la habite, que yo no».

Los que vivimos con él le oímos repetir muchas veces aquella frase del santo Evangelio: *Las zorras tienen sus cuevas, los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza* [2].

Decía también: «Cuando el Señor se retiró a la soledad para orar y ayunar durante cuarenta días y cuarenta noches, no mandó que le preparasen celda ni casa alguna, sino que se cobijó bajo una roca del monte». Por eso, a ejemplo suyo, nunca quiso tener celda ni casa, ni que se la hicieran. Es más, si ocurría que alguna vez decía a los hermanos: «Preparadme tal celda», no quería luego habitarla, recordando las palabras del santo Evangelio: *No seáis solícitos* [3]. Próximo a la muerte, quiso que se escribiera en su testamento que todas las celdas y casas de los hermanos deberían construirse solamente con barro y maderas, para guardar mejor la pobreza y humildad [4].

[1] Celano precisa que se trata del eremitorio de Sarteano (2C 59).
[2] Mt 8,20; cf. 2C 56.
[3] Lc 12,22.
[4] En su Test 24 dice: «Guárdense los hermanos de recibir en absoluto iglesias, moradas pobrecillas, ni nada de lo que se construye para ellos, si no son como conviene a la santa pobreza que prometimos en la Regla».

CÓMO QUIERE QUE SEAN LOS LUGARES PREPARADOS PARA LOS HERMANOS

58. Estando en cierta ocasión en Siena [1] para curar sus ojos (habitaba él una celda donde, después de su muerte, se edificó en memoria suya un oratorio), el señor Buenaventura, que había dado el terreno donde se edificó el lugar de los hermanos, dijo al bienaventurado Francisco: «¿Qué te parece este lugar?» El le respondió: «¿Quieres que te diga cómo deben construirse los lugares de los hermanos?»

Dijo él: «Sí, Padre». El bienaventurado Francisco añadió: «Cuando los hermanos llegan a una ciudad donde no tienen lugar y encuentran quien quiera darles terreno suficiente para edificar el lugar, tener huerta y cuanto necesiten, lo primero que han de ver es cuánto terreno les basta, teniendo en cuenta siempre la santa pobreza que prometimos observar y el buen ejemplo que hemos de dar a los demás».

El santo Padre hablaba así porque quería librar a los hermanos de todo pretexto para violar la regla de la pobreza en sus casas, iglesias, huertas y demás cosas de su uso. Quería que no fuesen propietarios de ningún lugar, sino que siempre viviesen en ellos como peregrinos y forasteros [2]. Quería por ello que en cada lugar no fuesen colocados muchos hermanos, porque le parecía difícil para una comunidad numerosa observar la pobreza. Desde el principio de su conversión hasta el día de su muerte, su deseo constante fue que se guardara perfectamente la santa pobreza.

«Luego deberían ir al obispo y dirían: 'Señor, fulano de tal quiere, por amor del Señor Dios y bien de su alma, darnos el terreno necesario para la construcción de un lugar. Nuestra primera diligencia es acudir a vos, sobre todo porque sois el padre y maestro de las almas que forman la grey que se os ha confiado, así como también de las nuestras y de las de los hermanos que permanecieren en este lugar. Con la bendición del Señor Dios y la vuestra, queremos edificar en dicho lugar'».

Hablaba así el Santo pensando que el bien de las almas que los hermanos desean conseguir en el pueblo, se consigue mejor viviendo en paz con los prelados y los clérigos, pues así ganan para Dios a éstos y al pueblo, que no ganando sólo al pueblo, con escándalo de los prelados y clérigos.

f Decía él: «El Señor nos ha llamado en ayuda de su fe y de los prelados y clérigos de nuestra madre la santa Iglesia. Por eso debemos, en la medida de lo posible, amarlos siempre, honrarlos y venerarlos. Los hermanos se llaman menores porque, de la misma manera que por el nombre, también por su conducta y ejemplo deben ser humildes con todos los demás hombres de este

[1] Bigaroni dice que se trata del último viaje de San Francisco a Siena. El lugar en que estaba sería Rivacciano o Alberino, un poco a las afueras de Siena (o.c., p.145 n.87).

[2] Test 24 y 2R 6,2.

mundo. Cuando al principio de mi conversión me separé del mundo y de mi padre carnal, el Señor puso sus palabras en boca del obispo de Asís para darme consejo y ánimo en el servicio de Cristo. Por esta razón y por otras muchas cualidades eminentes que aprecio en los prelados, quiero amarlos, venerarlos y tenerlos como a mis señores; y no sólo a los obispos, sino también a los pobrecitos sacerdotes [3].

»Después de recibir la bendición del obispo, vayan y hagan que se les abra una zanja larga alrededor del terreno recibido para la construcción del lugar, y, en vez de levantar una tapia, planten un buen seto en señal de pobreza y humildad. Luego hagan que les construyan casas pobrecitas, de barro y maderas, y algunas celdillas donde los hermanos puedan orar algunas veces, morar más honestamente y trabajar libres de toda palabra ociosa.

»También harán que les construyan las iglesias; no han de hacer que les levanten grandes iglesias con el pretexto de predicar al pueblo o alegando otros motivos, pues la humildad será mayor y el ejemplo más atrayente si los hermanos van a otras iglesias para predicar por mantenerse fieles a la santa pobreza, a la humildad y a su estado.

»Y si aconteciere que algunos prelados o clérigos regulares vienen a sus lugares, las casas pobrecitas, las celdillas y las iglesias que hay allí les servirán de verdadera predicación y marcharán edificados».

Y añadió: «Con demasiada frecuencia, los hermanos hacen construir grandes edificios, con quebranto de nuestra santa pobreza, para perjuicio y mal ejemplo del prójimo. Luego, con el fin de hallar un lugar mejor y más santo, abandonan esos lugares y edificios. Entonces, los bienhechores que les habían dado las limosnas, y también los demás que ven y oyen esto, se escandalizan y se turban gravemente. Por eso, es preferible que los hermanos se hagan construir lugares y edificios pequeños y pobres, siendo fieles a su profesión religiosa y al deber de dar buen ejemplo al prójimo, a que procedan contra su profesión y den mal ejemplo a los otros. Si alguna vez los hermanos abandonasen los lugares pequeños y los edificios pobres por razón de hallar un lugar más conveniente a su vida, el mal ejemplo será menos pernicioso y el escándalo menor».

Testamento de Siena

59. En los días y en la misma celda en que el bienaventurado Francisco había dicho estas cosas al señor Buenaventura, una tarde sintió ganas de vomitar debido a sus males de estómago. Los esfuerzos que hizo fueron tan grandes, que empezó a echar sangre, y continuó echándola durante toda la noche hasta la madrugada.

[3] Compárese con Adm 26, Test 6-10 y 2CtaF 33.

Viendo sus compañeros que casi moría por la debilidad y por los dolores de la enfermedad, con inmensa pena y llorando le dijeron: «Padre, ¿qué quieres que hagamos? Bendícenos y bendice a todos tus hermanos. Deja también a tus hermanos un memorial de tu última voluntad, para que, si el Señor quiere llevarte de este mundo, tus hermanos puedan decir y recordar: 'Estas son las palabras que nuestro Padre dijo a sus hijos y hermanos al morir'».

Y él les dijo: «Que se acerque a mí el hermano Benito de Piratro» [1]. Este hermano era sacerdote, prudente y santo y antiguo en la Religión. En algunas ocasiones celebraba la misa para el bienaventurado Francisco en aquella celda, pues el Santo, aunque enfermo, de buen grado quería oír devotamente la misa siempre que le era posible.

Acercándose el hermano, el bienaventurado Francisco le dijo: «Escribe que bendigo a todos mis hermanos, a los que están en la Religión y a los que vendrán a ella hasta el fin del mundo». El bienaventurado Francisco tenía por costumbre en tiempo del capítulo, cuando los hermanos estaban reunidos, al final del mismo, bendecir y absolver a todos los hermanos presentes y a los demás que estaban en la Religión, y bendecía también a los que en lo venidero habían de entrar en ella. Y no sólo lo hacía en los capítulos, sino también en otras muchas ocasiones bendecía a todos los hermanos que vivían en la Religión y a los que habían de ser sus miembros. El bienaventurado Francisco continuó: «Ya que la debilidad y los dolores de mi enfermedad me impiden hablar, voy a dejar expresada a mis hermanos mi última voluntad en tres frases: que, en señal del recuerdo de mi bendición y testamento, se amen y se respeten siempre unos a otros; que amen y respeten siempre a nuestra señora la santa pobreza; que sean siempre fieles y sumisos a los prelados y a todos los clérigos de la santa madre Iglesia».

Recomendaba a los hermanos que temieran y evitaran el mal ejemplo. Por fin, maldecía a aquellos que con sus perversos y malos ejemplos fuesen causa de que los hombres hablen mal de la Religión, de la vida de los hermanos y de los buenos y virtuosos hermanos, que por eso sufren vergüenza y aflicción [2].

FRANCISCO BARRE LAS IGLESIAS

60. En cierta ocasión, estando el bienaventurado Francisco junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula cuando todavía

[1] Este es el único testimonio sobre la existencia y actividad de este hermano. El hermano León estaba, probablemente, ausente. El hermano Pacífico está presente a la escena (cf. 2C 137).

[2] Bendijo, exhortó y maldijo. Todavía hoy es práctica habitual leer la bendición, exhortación y maldición después de haber leído públicamente la Regla y el testamento. Cf. sobre este tema J. GARRIDO, *La forma de vida franciscana* (Aránzazu 1975) p 443-47

eran pocos los hermanos, salía de vez en cuando a visitar las aldeas y las iglesias de los alrededores de Asís, anunciando y predicando a los hombres la penitencia. Llevaba consigo una escoba para barrer las iglesias, pues sufría mucho cuando, al entrar en ellas, las encontraba sucias. Por eso, cuando terminaba de predicar al pueblo, reunía a todos los sacerdotes que se encontraban allí en un local apartado para no ser oído por los seglares. Les hablaba de la salvación de las almas, y, sobre todo, les recomendaba mucho el cuidado y diligencia que debían poner para que estuvieran limpias las iglesias, los altares y todo lo que sirve para la celebración de los divinos misterios.

Vocación del hermano Juan el simple

61. Un día, el bienaventurado Francisco entró en la iglesia de una aldea de la ciudad de Asís y se puso a barrerla. En seguida corrió la noticia de su llegada por toda la aldea, pues sus habitantes gustaban mucho de verle y oírle.

Un hombre llamado Juan, de admirable simplicidad, estaba arando en un campo suyo cercano a la iglesia; tan pronto supo que había llegado, corrió a él y le halló barriendo la iglesia. Le dijo: «Hermano, quiero ayudarte; déjame la escoba». El se la dio, y Juan barrió lo que faltaba. Luego, sentándose los dos, aquel hombre habló al bienaventurado Francisco: «Hermano, desde hace tiempo deseo dedicarme al servicio de Dios; sobre todo desde que oí hablar de ti y de tus hermanos; pero no encontraba ocasión de acercarme a ti. Ahora que al Señor plugo que te viera, quiero hacer lo que tú me digas».

Al ver tanto fervor, el bienaventurado Francisco se llenó de alegría en el Señor, sobre todo porque todavía eran pocos los hermanos y porque le pareció que aquel hombre, dada su pura simplicidad [1], sería un buen religioso. Le dijo: «Hermano, si quieres llevar nuestra vida y unirte a nosotros, has de expropiarte de todos los bienes que hayas adquirido sin escándalo y dárselos a los pobres, según el consejo del Evangelio, pues es lo que han hecho aquellos de mis hermanos a quienes les ha sido posible».

Oído esto, marchó presuroso al campo donde había dejado los bueyes, les desuncio y, presentando uno de ellos al bienaventurado Francisco, le dijo: «Hermano, durante tantos años he servido a mi padre y a los de mi casa. Aunque es pequeña esta parte de la herencia que me corresponde, quiero tomarme este buey como porción mía y darlo a los pobres en el modo que, según Dios, te parezca mejor».

Cuando vieron que se disponía a abandonarles, sus padres y e
sus hermanos, que todavía eran pequeños, ellos y todos los de la casa, se echaron a llorar y gemir fuertemente. Ante este espec-

[1] Para San Francisco, esta virtud es hermana de la *reina Sabiduría;* cf. SalVir 1.

táculo el bienaventurado Francisco se movió a compasión; sobre todo, porque la familia era numerosa y sin recursos. Les dijo: «Preparad la comida y disponed la mesa para que comamos todos juntos. Cesen los llantos, porque os he de dejar alegres». Dispusieron en seguida la mesa y comieron todos con alegría general. Después de comer, el bienaventurado Francisco les habló: «Este hijo vuestro quiere servir a Dios; no debéis entristeceros por esta determinación, sino alegraros. Es un honor para vosotros, no sólo a los ojos de Dios, sino también a los ojos del mundo. Sacaréis provecho para vuestras almas y para vuestros cuerpos, pues Dios será honrado por uno de vuestra sangre y todos nuestros hermanos serán hijos y hermanos vuestros. Aquí tenéis una criatura de Dios que quiere servir al Creador, y como ser servidor de Cristo es reinar, no puedo ni debo devolvéroslo. Mas, para que recibáis y conservéis de él algún consuelo, quiero que se desprenda de este buey en vuestro favor, ya que sois pobres, aunque, según el Evangelio, debería dárselo a otros pobres».

Quedaron consolados con estas palabras, y, sobre todo, se alegraron de habérseles entregado el buey, pues eran pobres. El bienaventurado Francisco, que amaba mucho en sí y en los otros la pura y santa simplicidad y se complacía siempre en ella, desde que vistió a Juan con el hábito religioso le llevaba consigo como compañero. Era éste de tanta simplicidad, que creía que debía hacer todo cuanto el bienaventurado Francisco hiciera.

Cuando éste estaba en una iglesia o en un lugar apartado para orar, lo quería ver y observar para poder copiar todos sus gestos. Si el bienaventurado Francisco se arrodillaba o levantaba al cielo sus manos juntas, si escupía o tosía, otro tanto hacía el hermano. El bienaventurado Francisco, con mucha alegría, comenzó a reprenderle de tales simplezas. Mas el otro respondía: «Hermano, yo prometí hacer todo lo que tú hagas; quiero, por consiguiente, hacer lo que tú haces».

El bienaventurado Francisco quedaba admirado y contento de ver en él tanta pureza y simplicidad. Este hermano hizo tales progresos en todas las virtudes y buenas costumbres, que el bienaventurado Francisco y los otros hermanos estaban muy admirados de su perfección. Poco tiempo después murió sin desviarse de ella. Por eso, el bienaventurado Francisco, con gran alegría interior y exterior, contaba su vida a los hermanos y le llamaba no «hermano Juan», sino «San Juan».

El hermano «Mosca» da sus bienes a sus parientes

62. En cierta época, el bienaventurado Francisco recorría predicando la provincia de la Marca. Un día en que hablaba a los habitantes de una villa, se le acercó uno para decirle: «Hermano, quiero dejar el mundo y entrar en tu Religión». El bienaventurado Francisco le respondió: «Hermano, si quieres entrar en la

Religión de los hermanos, primero debes, según la perfección del santo Evangelio, distribuir todos tus bienes a los pobres y luego renunciar completamente a tu voluntad».

Oído esto, el hombre se marchó de prisa, y, guiado por amor carnal, no espiritual, distribuyó sus bienes entre sus parientes. Volvió donde el bienaventurado. Francisco para decirle: «Hermano, ya está hecho; me he despojado de todos mis bienes». Francisco le preguntó: «¿Cómo lo has hecho?» «Hermano —respondió—, he dado todas mis cosas a algunos de mis parientes que estaban necesitados».

El bienaventurado Francisco, conociendo, por iluminación del Espíritu Santo, que era un hombre carnal, le replicó: «Continúa tu camino, hermano mosca; has dejado lo tuyo a tus parientes y quieres vivir de las limosnas entre los hermanos». El hombre volvió presuroso por el camino que había traído, negándose a dar sus bienes a los pobres.

«Ese monte es tu tentación»

63. En la misma época, durante su estancia en el mismo lugar de Santa María, el bienaventurado Francisco fue víctima, para bien de su alma, de una grave tentación de espíritu [1]. Se encontraba fuertemente turbado interior y exteriormente, en su alma y en su cuerpo. Algunas veces hasta huía de la compañía de los hermanos, porque no podía, a causa de aquella tentación, presentarse con su sonrisa habitual. Se mortificaba privándose de comer y hasta de hablar. Frecuentemente se retiraba a orar a un bosque cercano a la iglesia. Allí podía dar curso libre a su pena y derramar abundantes lágrimas en la presencia del Señor, para que El, que todo lo puede, se dignase enviar del cielo el remedio contra tan grande tribulación.

Durante más de dos años, día y noche, fue atormentado por aquella tentación. Un día, estando en oración en la iglesia de Santa María, se le dijo en su interior aquella frase del Evangelio: *Si tuvieras fe como un grano de mostaza y dijeras a este monte que se trasladase de aquí allá, se iría* [2]. El bienaventurado Francisco preguntó: «¿Cuál es ese monte?» «Ese monte es tu tentación», escuchó. «Entonces, Señor, que suceda en mí según tu palabra», dijo Francisco. Y al instante se halló tan tranquilo, que le parecía que jamás había padecido semejante tentación.

Come con un leproso

64. Un día, al volver el bienaventurado Francisco a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, encontró allí, en compañía

[1] Cf. EP 99 n.1.
[2] Mt 17,20.

de un leproso cubierto de úlceras, al hermano Jacobo el Simple [1], que había llegado aquel mismo día. El santo Padre le había recomendado aquel leproso, y particularmente todos los demás leprosos que estuvieran más llagados. Hay que tener en cuenta que en aquel tiempo los hermanos habitaban en las leproserías [2]. Este hermano Jacobo era como el médico de los muy ulcerados, y así, con todo cariño tocaba y curaba las llagas y cambiaba el vendaje.

El bienaventurado Francisco dijo al hermano Jacobo en tono de reproche: «Tú no deberías llevar contigo a los hermanos cristianos, pues no está bien ni para ti ni para ellos». («Hermanos cristianos» era el nombre que Francisco daba a los leprosos.)

El santo Padre le hizo esta advertencia porque, aunque estaba muy contento de que el hermano les ayudara y sirviera, sin embargo, no quería que sacara del hospital a los más llagados, y en especial porque el hermano Jacobo era muy simple, y con frecuencia iba con algún leproso a la iglesia de Santa María, y, sobre todo, porque las gentes, en general, sienten horror a los enfermos que están muy cubiertos de úlceras.

e No bien hubo terminado la amonestación, el bienaventurado Francisco se acusó a sí mismo y confesó su culpa al hermano Pedro Cattani, que entonces era ministro general; más que todo, porque creyó que su reprensión al hermano Jacobo había avergonzado al leproso; dijo su falta con la intención de repararla ante Dios y ante el leproso.

Habló así al hermano Pedro: «Te pido que apruebes, y en manera alguna me la niegues, la penitencia que quiero hacer». El hermano Pedro respondió: «Como te agrade, hermano».

Pues era tal la veneración, respeto y sumisión que el hermano Pedro tenía al bienaventurado Francisco, que jamás osaba cambiar su obediencia, aunque entonces, como en muchas otras ocasiones, quedara por ello afligido interior y exteriormente.

El bienaventurado Francisco dijo: «Mi penitencia será comer de un mismo plato con el hermano cristiano».

Cuando se sentó a la mesa para comer con el leproso y con otros hermanos, puso la escudilla entre los dos. El leproso era todo llaga y úlcera; los dedos con los que tomaba la comida estaban contraídos y sangrantes; y así, cada vez que los metía en la escudilla, caía en ella la sangre.

Ante esta escena, el hermano Pedro y los otros hermanos estaban estremecidos de pena; pero no se atrevían a decir palabra por respeto al santo Padre. El que escribe estas líneas vio la escena y da testimonio.

[1] Es lo único que de él se conoce.

[2] Esta indicación nos sitúa en fechas muy remotas. Si, como el texto dice, estaba presente Pedro Cattani, «entonces ministro general», se justificaría la hipótesis de Delorme, según la cual Pedro Cattani había estado al frente de los hermanos del 29 de septiembre de 1220 hasta el 10 de marzo de 1221, fecha de su muerte (cf. 1C 25 n.6).

VISIÓN DEL HERMANO PACÍFICO EN LA IGLESIA DE BOVARA

65. El bienaventurado Francisco caminaba en cierta ocasión por el valle de Espoleto, y le acompañaba el hermano Pacífico [1], natural de la Marca de Ancona; en el siglo había sido conocido con el nombre de «el rey de los versos». Este maestro de cantores era de la clase noble y cortesano. Se hospedaron en la leprosería de Trevi [2]. El bienaventurado Francisco dijo al hermano Pacífico: «Vamos a la iglesia de San Pedro de Bovara [3], pues quiero pasar allí la noche».

Esta iglesia estaba situada no lejos de la leprosería; nadie la habitaba, pues en aquella época Trevi estaba en ruinas y nadie vivía en este castro o villa [4].

Por el camino dijo el bienaventurado Francisco al hermano Pacífico: «Vuelve al hospital; quiero estar solo esta noche. Mañana al amanecer vienes donde mí».

Ya solo, recitó completas y otras oraciones, y luego trató de descansar y de dormir. En vano, pues se vio sobrecogido interiormente de temor y sintió tentaciones diabólicas. Se levantó al punto, salió fuera de la iglesia y se santiguó, diciendo: «Demonios, yo os mando de parte de Dios todopoderoso: podéis hacer sufrir a mi cuerpo todo lo que os conceda nuestro Señor Jesucristo; estoy dispuesto a soportarlo, pues no tengo mayor enemigo que mi cuerpo [5]; vosotros me vengaréis así de este adversario y enemigo mío». Al instante desaparecieron las tentaciones. Vuelto al lugar donde se había acostado, descansó y durmió apaciblemente.

A la madrugada estaba de regreso el hermano Pacífico. El bienaventurado Francisco estaba ante el altar en el interior del coro; el hermano Pacífico quedó y le esperó fuera del coro, orando también él al Señor delante del crucifijo. Cuando se puso a orar el hermano Pacífico, fue arrebatado en éxtasis, *si con su cuerpo o sin él, Dios lo sabe* [6]; vio en el cielo gran número de tronos, y entre ellos uno más elevado, glorioso y radiante de luz y adornado con toda clase de piedras preciosas. Admirado de su esplendor, se preguntaba qué clase de sede era aquélla y a quién le pertenecía. Oyó al punto una voz que le dijo: «Este trono fue de Lucifer, y en su lugar se sentará en él el bienaventurado Francisco». Cuando el hermano Pacífico recobró sus sentidos, el bienaventurado Francisco salió inmediatamente del coro y se le aproximó. Súbitamente se postró el hermano a los pies del bienaventurado Francisco, extendidos los brazos en forma de cruz, juz-

[1] Cf. 2C 106 n.1; LM 4,9 n.17.
[2] 2C 122 n.2.
[3] La iglesia de San Pedro de Bovara, cerca de las fuentes de Clitunno.
[4] Trevi fue destruida por Diebold de Sweinspeunt, duque de Espoleto, en septiembre de 1213. Cedida a Foligno en 1215, fue entonces reconstruida. La visión del hermano Pacífico tuvo lugar en 1214 (AFH 20 [1927] p.483). Cf. CAMBELL, *I Fiori* 4(14
[5] Cf. Adm 10,2.
[6] Cf. 2Cor 12,2.

gándole, a causa de la visión, como habitante del cielo. Y le dijo: «Padre, perdóname los pecados y ruega al Señor que me perdone y tenga piedad de mí». Francisco, tendiéndole la mano, le levantó, y comprendió que había tenido alguna visión durante la oración.

Parecía todo transformado y hablaba al bienaventurado Francisco no como a un hombre que vive en carne, sino como a quien reina en el cielo. Luego, como inquiriendo de lejos y no queriendo manifestar la visión al bienaventurado Francisco, le preguntó: «Hermano, ¿qué piensas de ti mismo?» El bienaventurado Francisco respondió: «Yo pienso que soy el más grande pecador que hay en este mundo».

En el mismo momento sintió en su interior el hermano Pacífico una voz que le decía: «Aquí tienes la señal de que es verdad la visión que has tenido, pues como Lucifer fue precipitado de aquel trono a causa de su orgullo, así el bienaventurado Francisco, por su humildad, merecerá ser exaltado y sentarse en él» [7].

UN SER MISTERIOSO LE REGALA CON UN CONCIERTO

66. En cierta ocasión en que el bienaventurado Francisco estaba en Rieti y se había hospedado durante unos días en casa de Tabaldo «el Sarraceno» a causa de la enfermedad de sus ojos [1], dijo a uno de sus compañeros que en el mundo había aprendido a tocar la cítara: «Hermano, los hijos de este mundo no comprenden las cosas de Dios. Antiguamente, los instrumentos músicos, como cítaras, salterios de diez cuerdas y otros, servían a los santos para la alabanza a Dios y para consuelo de sus almas; pero ahora los emplean los hombres para la vanidad y el pecado, en contra de la voluntad del Señor. Quisiera que te procuraras en secreto de algún buen hombre una cítara y con ella me cantases algún verso bello y honesto, y luego, acompañados de ella, dijésemos las palabras y alabanzas del Señor [2], pues mi cuerpo está afligido por esta gran enfermedad y dolores. Querría que de esta forma se redujera el dolor del cuerpo para alegría y consuelo del espíritu».

Es de saber que durante su enfermedad el bienaventurado Francisco había compuesto las *Alabanzas del Señor,* que las hacía cantar, a veces, a sus hermanos para gloria de Dios, consuelo de su alma y también para edificación del prójimo.

El hermano respondió: «Padre, me da vergüenza ir a pedir la cítara; más que nada, porque los habitantes de esta ciudad saben

[7] Combate de Miguel contra Lucifer: Ap 20,2-4 y Jds 9.

[1] Era, quizás, médico y remotamente de origen árabe. Pero era canónigo de Rieti y vivía, probablemente, en el palacio episcopal (cf. FORTINI, *Nuova Vita* 1b p.304-306). La fecha sería el otoño de 1225.

[2] Se trata de las *Alabanzas del Dios Altísimo* para el hermano León, o de las *Alabanzas para todas las horas,* que seguían al *Padrenuestro,* o, más probablemente, del *Cántico de las criaturas* (cf. más abajo LP 83). EP 121 dice que durante sus dos últimos años hacía cantar a menudo estas *Alabanzas del Señor,* con escándalo del hermano Elías.

que, estando en el mundo, la tocaba, y ahora temo que sospechen que he sido tentado de volver a tocar la cítara» [3]. «Está bien, hermano —dijo el bienaventurado Francisco—, no hablemos más de esto».

Hacia la media noche siguiente, estando despierto el bienaventurado Francisco, oyó al lado de la casa donde descansaba el punteo de una cítara que acompañaba un poema bello, tan agradable como nunca en su vida había escuchado. El músico se paseaba, alejándose primero hasta donde podía ser oído y volviendo luego sin dejar de tocar. Así estuvo durante una hora larga.

El bienaventurado Francisco comprendió que todo aquello era merced de Dios y no obra del hombre; quedó anegado de alegría, y su corazón se desbordó con gran entusiasmo en alabanzas al Señor, que se había dignado consolarle tan abundantemente. Por la mañana al levantarse dijo a su compañero: «Hermano, te hice un ruego, y no me complaciste; pero el Señor, que consolará a sus amigos en las tribulaciones [4], se ha dignado complacerme esta noche». Y le contó lo sucedido.

Los hermanos, al enterarse, admirados, consideraron lo acaecido como un gran milagro. Estaban seguros de que Dios había intervenido para consolar al bienaventurado Francisco, porque, por decreto del *podesta* que estaba en vigor, nadie podía transitar por la ciudad, no ya a media noche, pero ni siquiera después del tercer toque de la campana. Y además porque, como lo declaró el bienaventurado Francisco, fue en el silencio, sin palabras ni estrépito de voces —porque era obra de Dios—, como el músico iba y venía tocando durante una larga hora para consuelo de su alma.

La viña de Rieti

67. Por el mismo tiempo [1], a causa de la enfermedad de los ojos, el bienaventurado Francisco vivió junto a la iglesia de San Fabián, situada en las cercanías de la misma ciudad [2] y servida por un sacerdote secular pobre. El señor papa Honorio con otros cardenales residía entonces allí [3]. Muchos de los cardenales y otros de la alta clerecía, llevados por la veneración y devoción que tenían al Santo, iban casi todos los días a visitarle. La iglesia tenía una pequeña viña junto a la casa donde descansaba el bienaventurado Francisco. La casa tenía una puerta por la que pasaban a la viña casi todos los que le visitaban, máxime porque en aquella

[3] Parece tratarse del hermano Pacífico.

[4] 2Cor 1,4.

[1] Si lo que refiere en el número anterior tuvo lugar en 1225, esa misma fecha sería esta a que ahora se refiere.

[2] A 4 kilómetros y medio al norte de Rieti.

[3] Residió allí del 23 de junio de 1225 al 31 de enero de 1226 (A. POTTHAST, *Regesta Romanorum Pontificum* n.7434-526). Entre los miembros de la curia figuraba el cardenal Hugolino (1C 99).

época las uvas estaban maduras y el lugar invitaba a descansar. La viña, pues, fue por este motivo casi del todo saqueada: unos cogían los racimos y se los comían, otros se los llevaban, y había quien los pisoteaba.

El sacerdote, a la vista de esto, estaba escandalizado y turbado. «Este año —decía— mi cosecha está perdida. Mi viña es pequeña, pero me da todos los años el vino que necesito». Enterado de esto el bienaventurado Francisco, le hizo llamar para decirle: «No estés turbado y escandalizado, pues no podemos cambiar ya lo hecho. Pon tu confianza en el Señor, que por mí, su siervecillo, puede repararte el daño. Dime: ¿Cuántas cántaras de vino te dio la viña cuando más te dio?» «Trece, Padre», respondió el sacerdote. «No te dejes llevar de la tristeza —repuso el bienaventurado Francisco—, ni injuries a nadie, ni presentes queja contra alguno. Ten confianza en el Señor y en mis palabras. Si recoges menos de veinte cántaras, yo haré que te las llenen».

El sacerdote quedó tranquilo y calló. Pues bien; por voluntad de Dios, sucedió que recogió veinte cántaras, no menos, según la promesa del bienaventurado Francisco. Quedó maravillado el sacerdote, así como todos los que tuvieron conocimiento de lo sucedido, considerándolo como un gran milagro en atención a los méritos del bienaventurado Francisco, no sólo porque la viña había sido devastada, sino también porque, aunque hubiera estado cargada de racimos y no hubiera desaparecido uno solo, al sacerdote y a los demás les parecía imposible que produjera veinte cántaras de vino.

Nosotros que hemos vivido con él podemos testimoniar que, cuando decía: «Así es o así será», su palabra se cumplía siempre. Nosotros hemos visto cómo se han cumplido sus promesas, bien durante su vida, bien después de su muerte.

El banquete ofrecido al médico

68. Durante el mismo tiempo [1], el bienaventurado Francisco residió en el eremitorio de los hermanos de Fonte Colombo, cerca de Rieti, a causa de la enfermedad de los ojos. El médico de los ojos vino un día a visitarle y se entretuvo con él, como de costumbre, cosa de una hora. Se disponía ya a marchar, cuando el bienaventurado Francisco dijo a uno de sus compañeros: «Id y servid al médico una buena comida». Le respondió su compañero: «Padre, te lo decimos avergonzados: estamos tan pobres en este momento, que nos da vergüenza invitarle y darle ahora de comer». «Hombres de poca fe [2] —dijo el bienaventurado Francisco—, no me hagáis hablar más».

[1] Teniendo en cuenta que el Santo estuvo en San Damián «más de cincuenta días» (LP 83) y que aguardó al «tiempo favorable» para el tratamiento de los ojos (LP 86), iría a Fonte Colombo en febrero o marzo de 1225. El cauterio le fue practicado en la primavera o a comienzos del verano de este mismo año (Bigaroni, o.c., p.181 n.108).

[2] Cf. Mt 14,31.

El médico, dirigiéndose al bienaventurado Francisco y a sus compañeros, dijo: «Hermano, precisamente porque los hermanos son tan pobres, será para mí un placer comer con ellos». Este señor era muy rico, y, aunque el Santo y sus compañeros le habían invitado muchas veces, nunca había querido quedarse a comer.

Fuéronse los hermanos y prepararon la mesa, y, avergonzados, sacaron el poco pan y vino que tenían y la escasa ración de hortalizas que habían cocido para ellos. Y se sentaron a comer. Apenas habían empezado la comida, llamaron a la puerta del eremitorio. Se levantó uno de los hermanos y fue a abrirla. Esperaba una mujer que traía un gran canasto lleno de hermoso pan, peces, pasteles de camarones, miel y uvas que parecían recién cogidas. Se lo enviaba al bienaventurado Francisco una señora de un pueblo distante del eremitorio casi siete millas.

Al ver esto, los hermanos y el médico quedaron muy asombrados, reconociendo que el bienaventurado Francisco era un santo. Por eso, el médico dijo a los hermanos: «Hermanos míos, ni vosotros ni yo apreciamos lo que es debido la santidad de este hombre».

Anuncia una conversión

69. Dirigiéndose en cierta ocasión el bienaventurado Francisco hacia Celle di Cortona, seguía el camino que pasa al pie de un castro que se llama Limisiano, y que está cerca del lugar de los hermanos de Pregio. Una señora noble del castro se iba acercando muy aprisa para hablar con él. Uno de los compañeros vio a la señora, que, muy fatigada por el caminar, corría para alcanzarlos; se acercó presuroso al bienaventurado Francisco y le dijo: «Padre, por amor de Dios, vamos a esperar a esta señora que nos sigue, muy fatigada ya, con el deseo de hablarte». El bienaventurado Francisco, lleno de caridad y piedad, la esperó. Cuando la vio tan acalorada y que venía con gran fervor de espíritu y devoción, le preguntó: «¿Qué deseas, señora?» «Padre, te pido que me bendigas». «¿Eres casada o soltera?» «Padre, hace mucho que el Señor me dio el buen deseo de servirle. He tenido y tengo gran deseo de salvar mi alma; mas tengo un marido tan cruel, que es un verdadero obstáculo en el servicio a Cristo, tanto para mí como para él; por eso, mi alma se aflige de gran dolor y de angustia de muerte». El bienaventurado Francisco, viendo su fervor y, sobre todo, su juventud y su complexión delicada, apiadado, la bendijo. Y dijo: «Vete, encontrarás a tu marido en casa; dile de mi parte que a él y a ti os pido, por el amor de aquel Señor que para salvarnos sufrió el tormento de la cruz, que salvéis vuestras almas en vuestra casa».

Ella marchó, y al entrar en casa halló allí a su marido, como le había dicho el bienaventurado Francisco. «¿De dónde vienes?», le

preguntó él. «Vengo de ver al bienaventurado Francisco. Me ha bendecido, y con sus palabras he quedado consolada y alegre en el Señor. Además me ha mandado que te diga y te ruegue de su parte que salvemos nuestras almas en nuestra casa».

No bien hubo dicho estas palabras, la gracia de Dios vino a él por los méritos del bienaventurado Francisco, y respondió con mucha dulzura y bondad, completamente transformado de repente por el Señor: «Desde ahora, señora, sirvamos a Cristo como te agrade y salvemos nuestras almas, según te ha dicho el bienaventurado Francisco». Su mujer le propuso: «Señor, me parece bien que vivamos en castidad, pues ésta es una virtud muy agradable al Señor y que nos procura grande recompensa». «Me agrada, señora —dijo el marido—, ya que es lo que a ti te agrada; y en esto como en toda obra buena deseo unir mi voluntad a la tuya».

A partir de aquel día y durante muchos años guardaron castidad e hicieron muchas limosnas a los hermanos y a otros pobres, de suerte que no sólo los seglares, sino incluso los religiosos, admiraban su santidad; más que nada, porque él había sido muy mundano y tan de repente se había convertido en espiritual. Marido y mujer perseveraron hasta el fin de sus días en estas y otras muchas buenas obras y murieron con muy pocos días de intervalo. Su muerte fue muy llorada por el perfume de buena vida que habían difundido a lo largo de sus días, alabando y bendiciendo al Señor, que les había concedido muchas gracias, la pureza y la concordia en su servicio. Ni la muerte les distanció, ya que murió el uno poco después del otro. Hasta el día de hoy los recuerdan como a santos los que los conocieron.

Rechaza a un joven que se inspira en móviles humanos

70. En el tiempo en que todavía nadie era admitido a llevar la vida de los hermanos sin el permiso del bienaventurado Francisco [1], un día vino a verle, con otros compañeros que querían entrar en la Religión, el hijo de un señor de Lucca [2], noble según el mundo. Francisco estaba entonces enfermo y se hospedaba en el palacio del obispo de Asís. Cuando los hermanos presentaron a aquéllos al bienaventurado Francisco, el hijo del noble se inclinó ante él y comenzó a llorar con grandes gemidos, suplicando que le aceptara.

El bienaventurado Francisco, mirándole fijamente, le dijo:

[1] Es difícil señalar la fecha según esta expresión; al principio tenían facultad para recibir hermanos todos los hermanos; luego sólo San Francisco; cuando en 1219 pasó éste a ultramar, designó al hermano Mateo de Narni como vicario para esta misión; pronto vemos que los ministros provinciales admiten en sus provincias.

[2] Cambell interpreta *De Luca* como un nombre de familia (en lugar de ciudad) y hace notar que el primer terciario franciscano (que murió el mismo día que su mujer como los personajes del párrafo anterior) se llamaba *Lucensis* o Luquesio.

«Hombre miserable y carnal, *¿por qué mientes al Espíritu Santo y me mientes a mí?* [3] Lloras carnalmente y no espiritualmente».

Acababa de decir esto, cuando llegaron a la puerta del palacio los parientes del joven, que venían a caballo para apoderarse de él y volverlo a casa. En cuanto oyó el estrépito de los caballos y, mirando por una ventana del palacio, vio a sus parientes, se levantó al instante, salió a su encuentro y volvió al siglo con ellos, como el Espíritu Santo le había dado a conocer al bienaventurado Francisco. Los hermanos y todos los presentes quedaron admirados, ensalzando y alabando a Dios en su Santo.

Provisto de un pez lucio en invierno

71. Estando en cierta ocasión muy enfermo en el palacio del obispo de Asís [1], sus hermanos le rogaban y animaban para que comiera algo. Les respondió: «Hermanos míos, no tengo gana alguna de comer; pero, si hubiera algo del pescado lucio [2], tal vez lo comería...»

Acababa de decir esto, cuando se presentó un hombre con una canasta en que traía tres lucios bien aderezados y platos de camarones, de los que el santo Padre comía a gusto. Todo se lo enviaba el hermano Gerardo, ministro de Rieti [3].

Los hermanos se maravillaron viendo su santidad y alabaron al Señor, porque así dio gusto a su siervo con lo que los hombres no podían proporcionarle; sobre todo, porque era invierno y en aquella región no se podían proveer de aquellos peces.

Penetra las conciencias

72. Un día, el bienaventurado Francisco iba de camino con un hermano de Asís [1], hombre espiritual, originario de una familia noble y poderosa. El bienaventurado Francisco, muy débil y enfermo, montaba un asno. El hermano, cansado por el viaje, decía para sus adentros: «Su familia no puede compararse con la mía, y, sin embargo, él va montado, y yo, detrás, a pie, fatigado, arreando a la bestia».

Esto pensaba, cuando Francisco de pronto se apea del asno y le dice: «No es justo ni conveniente que yo cabalgue y tú vayas a pie, pues en el mundo tú eras más noble y más poderoso que yo». El hermano, asombrado y confuso, se echó llorando a sus pies y

[3] Cf. Hch 5,3.

[1] En el palacio del obispo de Rieti.

[2] Quizás resulte interesante aquí la nota de Salimbene: «Se ofreció al rey [San Luis] un lucio grande vivo. En Francia, el lucio es considerado como un pez muy fino y caro» (*Chronica*, en MGH SS 32).

[3] Tal vez se trata aquí de Gerardo de Módena, sobre quien el mismo Salimbene suministra preciosos informes (*Chronica*, en MGH SS 32,75).

[1] Probablemente, el hermano Leonardo de Asís (2C 31).

confesó sus pensamientos secretos y su culpa. Estaba maravillado de la santidad de Francisco, que conoció al instante lo que él estaba pensando en su interior.

Cuando los hermanos se presentaron en Asís al señor papa Gregorio y a los cardenales para pedir la canonización del bienaventurado Francisco, este hermano atestiguó ante ellos la autenticidad de este hecho.

Bendice a un hermano que venía a verle

73. Un hermano [1], hombre espiritual y amigo de Dios, vivía en el lugar de los hermanos de Rieti. Un buen día, impulsado por el deseo de ver a Francisco y de recibir su bendición, se encaminó con gran devoción al eremitorio de los hermanos de Greccio, donde estaba entonces el Santo. Este, después de comer, se había retirado a la celda en que oraba y descansaba. Como era tiempo de cuaresma, no bajaba de la celda más que a la hora de la comida y en seguida volvía a ella. Muy triste por no haberle hablado y, sobre todo, porque debía volver a su convento aquel mismo día, achacaba el contratiempo a sus pecados.

Cuando los compañeros del bienaventurado Francisco trataban de consolarle y él había andado apenas la distancia de un tiro de piedra para volverse a su lugar, el bienaventurado Francisco, por voluntad de Dios, salió de la celda y llamó a uno de sus compañeros (el que solía acompañarle en su paseo hasta la fuente del lago) y le mandó: «Di a ese hermano que se vuelva hacia mí». El hermano volvió su mirada hacia el bienaventurado Francisco, quien hizo sobre él la señal de la cruz y lo bendijo. Luego marchó con gran alegría interior y exterior y alabó al Señor, que le había complacido en su deseo. Su consuelo fue tan grande porque a sus ojos había sido voluntad de Dios que él recibiera esta bendición sin haberla pedido por sí ni por otro.

Los compañeros del Santo y los otros hermanos del eremitorio quedaron asombrados, considerando el caso como muy milagroso, pues nadie había dado cuenta a Francisco de la llegada de aquel hermano. Ni sus compañeros ni los otros hermanos se atrevían a acercarse a él sin ser llamados. Tanto aquí como en cualquier otro lugar en que el bienaventurado Francisco se dedicaba a la oración, quería estar apartado de todos y quería que nadie se le acercara sin ser llamado.

[1] Probablemente, el hermano Ricerio. Episodios semejantes en 2C 44 bis y 45. Noticias sobre el hermano Ricerio, en LP 101 n.2.

Lecciones de pobreza en Greccio y la Porciúncula. Elogio de los habitantes de Greccio. El milagro de los lobos

74. Estando el bienaventurado Francisco en este mismo lugar, vino para celebrar con él la fiesta de la Navidad del Señor un ministro de los hermanos [1]. Estos, con ocasión de la venida de este ministro y para honrarle, preparaban el mismo día de la Navidad una mesa cubierta de hermosos y blancos manteles que habían adquirido, y vasos de cristal para beber.

Cuando baja el bienaventurado Francisco de la celda para comer y ve la mesa elevada y adornada con refinamiento, se aleja sin ser visto y pide a un pobre, que había llegado aquel día al eremitorio, prestados el sombrero y el bastón que había llevado en sus manos. Llama silenciosamente a uno de sus compañeros y sale al exterior del eremitorio sin notarlo los otros hermanos.

Estos se sentaron a la mesa sin esperarle; más que nada, porque el santo Padre los tenía habituados —y es lo que quería— a que, si él no llegaba puntualmente a la hora de la refección y los hermanos querían comer, comenzasen la comida. Su compañero cerró la puerta y quedó por dentro junto a ella.

El bienaventurado Franciso llamó, e inmediatamente el hermano le franqueó la entrada. Avanzó —el sombrero echado a la espalda y el bastón en la mano como un peregrino— hasta la puerta de la casa donde estaban comiendo los hermanos y dijo como suelen los mendigos: «Por el amor de Dios, dad una limosna a este peregrino pobre y enfermo».

El ministro, como los demás hermanos, lo reconocieron inmediatamente. El ministro respondió: «Hermano, también nosotros somos pobres, y, siendo muchos, nos son necesarias las limosnas que comemos. Pero, por el amor de aquel Señor a quien has invocado, entra y te daremos una porción de las limosnas que el Señor nos ha proporcionado». Entró y se quedó de pie frente a la mesa. El ministro le tendió la escudilla en que estaba comiendo y un trozo de su pan. Recibiólos y se sentó en el suelo junto al fuego y de cara a los hermanos, sentados ya a la mesa, que estaba elevada. Les dijo suspirando: «Cuando he visto esta mesa suntuosa y refinada, he pensado que no era la mesa de los pobres religiosos que diariamente piden de puerta en puerta. Ciertamente, a nosotros nos toca dar ejemplo en todo de humildad y de pobreza más que los otros religiosos, pues a este género de vida hemos sido llamados y a él nos hemos comprometido delante de Dios y de los hombres. Ahora me parece que estoy sentado como debe estar un hermano».

Quedaron avergonzados los hermanos, pues consideraban que les había dicho la verdad, y algunos se echaron a llorar amargamente viéndole sentado en el suelo y advirtiendo que les corregía tan santa y cuidadosamente.

[1] Según 2C 61 y LM 7,9, se trataría de la fiesta de Pascua.

Decía el bienaventurado Francisco que los hermanos debían tener mesas tan humildes y sencillas, que pudiera edificarse la gente del mundo; y que, si un pobre era invitado por los hermanos, pudiera sentarse junto a ellos, y no en el suelo, mientras los hermanos estaban en sus asientos.

h El señor papa Gregorio, cuando era obispo de Ostia, vino un día al lugar de los hermanos en Santa María de la Porciúncula. Entró en la casa y, junto con muchos caballeros, monjes y otros clérigos de su comitiva, se fue a ver el dormitorio de los hermanos. Cuando vio que dormían en el suelo, sin que tuvieran debajo otra cosa que un poco de paja, sin almohada y cubiertos con unos trozos de manta pobres y deshilachados, rompió a llorar en presencia de todos y dijo: «¡Mirad dónde duermen los hermanos! Nosotros, miserables, nos rodeamos de tantas cosas superfluas; ¿qué será de nosotros?» El y los demás marcharon edificados. No vio mesa alguna, pues los hermanos comían sentados en el suelo. Y, aunque este lugar desde su fundación había sido siempre visitado por los hermanos durante mucho tiempo más frecuentemente que ninguno otro de la Religión (porque era aquí donde vestían el hábito los que entraban en la Religión), los hermanos de aquel lugar, lo mismo cuando eran pocos que cuando eran muchos, comían siempre sentados en el suelo. Mientras vivió el santo Padre, siguiendo su ejemplo y deseo, los hermanos de aquel lugar comían sentados en el suelo.

i Viendo el bienaventurado Francisco que el lugar de los hermanos en Greccio [2] era adecuado y pobre y gustándole los habitantes de aquel castro, si bien eran pobrecitos y simples, más que los demás de la provincia, con frecuencia descansaba y moraba en este lugar, en razón, sobre todo, de que había una celda pobre y retirada, en la que se solía alojar el santo Padre.

Su ejemplo, su predicación y la de sus hermanos movieron, por la gracia del Señor, a muchos del pueblo a ingresar en la Religión [3]. Muchas mujeres guardaban la castidad viviendo en sus casas, vestidas con el hábito religioso. Y, aunque cada una de ellas permanecía en su casa, vivían honestamente una vida de comunidad y afligían sus cuerpos en ayuno y oración; de suerte que, aun cuando eran jóvenes y sencillas, su manera de comportarse parecía, a los hombres y a los hermanos, propia no de personas seglares y de personas de su parentela, sino de personas santas y religiosas que hubiesen servido largos años al Señor. Muchas veces, el bienaventurado Francisco solía decir a los hermanos cuando les hablaba de los hombres y mujeres de aquel lugar: «En ninguna otra ciudad se ha convertido a la penitencia tanta gente como en Greccio, no obstante ser éste un poblado pequeño».

[2] Las primeras veces que estuvo en Greccio se retiraba a una chabola en la cima del monte; luego se estableció en un lugar menos distante.

[3] Es importante este pasaje para la historia de la Tercera Orden, a la que LP 69 podría hacer alusión. Se señalan aquí algunos rasgos comunes con las beguinas.

En aquella época, los hermanos del lugar, lo mismo que los de otros muchos lugares, solían alabar al Señor al atardecer. Con frecuencia, hombres y mujeres, grandes y pequeños, salían de sus casas, y de pie en el camino, ante el castro, alternaban con los hermanos, respondiendo en alta voz: «Loado sea el Señor Dios». Hasta los niños pequeños que no sabían hablar bien, cuando veían a los hermanos, alababan al Señor a su manera.

Desde hacía muchos años, esta buena gente sufría una gran calamidad: grandes lobos devoraban a los hombres y todos los años el granizo devastaba viñas y sembrados. Un día les dijo el bienaventurado Francisco en la predicación: «Oíd lo que os anuncio por el honor y la gloria de Dios: si cada uno de vosotros se enmienda de sus pecados y se convierte a Dios de todo corazón con el firme propósito y la voluntad de perseverar, tengo la seguridad de que nuestro Señor Jesucristo, por su gran misericordia, os librará de la calamidad de los lobos y del granizo que venís sufriendo desde hace mucho tiempo. Y aumentará y multiplicará en vuestro favor los bienes espirituales y temporales. Pero también os prevengo que, si volvéis a vuestro vómito [4] —Dios no lo permita—, este castigo y esta calamidad volverán y aún padeceréis catástrofes más terribles».

Desde aquel día y hora, por providencia divina y los méritos del santo Padre, cesó aquella tribulación. Cosa más extraordinaria y milagro más asombroso aún: cuando venía la granizada y arrasaba los campos de los pueblos vecinos, ni siquiera tocaba los de Greccio que lindaban con aquéllos. Durante dieciséis o veinte años se vieron colmados de bienes espirituales y temporales.

Mas por la riqueza comenzaron a enorgullecerse y a odiarse mutuamente, a herirse y hasta a matarse a espada, a matar a escondidas a animales del vecino, a saquear y a robar de noche y a cometer otras muchas fechorías. Cuando el Señor vio que sus obras eran perversas y que no cumplían las condiciones señaladas por su siervo, su celo se indignó contra ellos, apartó de ellos la mano de su misericordia, y el castigo del granizo y de los lobos cayó de nuevo sobre el pueblo, como les había amenazado el santo Padre; y se vieron afligidos por otros males mayores que los de antes. Al ser destruido por el fuego el pueblo entero, perdieron todos sus bienes, salvando tan sólo la vida [5]. Los hermanos y cuantos oyeron al santo Padre predecir la prosperidad y la adversidad, admiraron su santidad al comprobar cómo sus palabras se cumplieron a la letra.

Predice infortunios sobre Perusa

75. Un día [1] en que predicaba el bienaventurado Francisco en la plaza de Perusa a una gran multitud que allí se había con-

[4] Cf. 2Pe 2,22.

[5] Cf. 2C 36 n.5.

[1] 2C 37 señala que, dejando su celda de Greccio, de la que se venía hablando, Francisco se dirigió a Perusa.

gregado, unos caballeros de Perusa se pusieron a correr con unos caballos simulando un torneo de armas, e impedían con ello la predicación [2]. Hombres y mujeres, deseosos de escuchar la palabra del Santo, les llamaron la atención; pero ellos continuaron en su juego. Volviéndose a los caballeros el bienaventurado Francisco, les dijo con todo el ardor de su alma: «Escuchad y entended bien las cosas que el Señor os anuncia por mí, su siervo. Y no digáis: '¡Bah!, éste es un hombre de Asís'».

El bienaventurado Francisco dijo esto porque de antiguo existía gran enemistad entre asisienses y perusinos. Y añadió lo que sigue: «El Señor os ha exaltado y engrandecido sobre todos los pueblos vecinos, por lo que debierais estar reconocidos a vuestro Creador y mostraros humildes no solo ante el Dios omnipotente, sino también ante vuestros mismos vecinos. Mas vuestro corazón está hinchado de arrogancia y soberbia por vuestra fortaleza. Saqueáis a vuestros vecinos y matáis a muchos de ellos. Por eso os digo que, si no os convertís pronto a El y no dais satisfacción a aquellos a quienes habéis ofendido, el Señor, que no deja sin castigo injusticia alguna, os prepara una terrible venganza, castigo y humillación: hará que os levantéis unos contra otros, estallará la discordia y guerra civil y os sobrevendrán mayores males que los que os pudieran causar vuestros vecinos».

El bienaventurado Francisco, en efecto, no pasaba por alto en su predicación los vicios de la gente que ofendían públicamente a Dios o al prójimo. Mas el Señor le había dado tanta gracia, que cuantos le veían o escuchaban, pequeños o grandes, sentían hacia él respeto y veneración por razón de la riqueza de gracias que había recibido de Dios, y, cuando les reprendía, sentían vergüenza, pero quedaban edificados; e incluso a veces con esta ocasión, y para que orase por ellos con más fervor, se convertían al Señor.

Pocos días después sucedió, por permisión divina, que se desencadenó una lucha entre los caballeros y el pueblo. Este echó fuera de la ciudad a los caballeros, quienes, con ayuda de la Iglesia, arrasaron muchos sembrados, viñas y árboles y causaron al pueblo todos los males que pudieron. Los plebeyos, en revancha, asolaron los campos, viñas y árboles de los caballeros. Así, los habitantes de Perusa, en castigo, sufrieron más que sus vecinos a quienes habían molestado. Se cumplió a la letra la predicación hecha por el bienaventurado Francisco.

Eficacia de su oración

76. En el curso de uno de sus viajes por una provincia, el bienaventurado Francisco se encontró con el abad de un monasterio que le tenía mucho afecto y veneración [1]. El abad se apeó

[2] 2C 37 n.1.

[1] El abad de San Justino, en la diócesis de Perusa, según 2C 101.

del caballo y habló con él, aproximadamente durante una hora, sobre el estado de su alma. Al despedirse, el abad le pidió con gran devoción que orase por él. «De buena gana lo haré», dijo el bienaventurado Francisco. Cuando el abad se había alejado un tanto, el Santo dijo a su compañero: «Hermano, esperemos un poco; voy a rogar por el abad, como le he prometido». Y rezó por él.

Era costumbre del bienaventurado Francisco, cuando alguien por devoción le suplicaba que pidiese por el bien de su alma, hacer oración por él cuanto antes, para que no se olvidara. El abad continuaba su camino, y no estaba todavía muy distante del bienaventurado Francisco, cuando recibió en su corazón la visita del Señor. Un dulce calor inundó su rostro y quedó enajenado un instante. Cuando volvió en sí, conoció que el bienaventurado Francisco había rogado por él. Alabó a Dios y sintió la alegría interior y exterior. Desde entonces tuvo todavía mayor devoción al santo Padre, pues había comprobado él mismo la excelencia de su santidad. Durante su vida refirió este suceso muchas veces a los hermanos y a otras gentes, pues lo consideraba como un gran milagro.

Olvida sus propios dolores recordando los de Cristo

77. El bienaventurado Francisco padeció durante mucho tiempo y hasta su muerte del hígado, del bazo y del estómago. Y, cuando marchó a ultramar para predicar al sultán de Babilonia y Egipto [1], contrajo una grave enfermedad de la vista a consecuencia de lo que sufrió por la fatiga del viaje, en el que, tanto de ida como de vuelta, tuvo que soportar grandes calores [2]. Y era tal el fervor de su espíritu desde su conversión a Cristo, que, a pesar de los ruegos de los hermanos y de otras personas, por la compasión que les producía, no quiso preocuparse con que fuera atendida alguna de estas enfermedades. Se portaba así porque, gracias a la gran dulzura y compasión que a diario percibía en la meditación de la humildad y los pasos del Hijo de Dios, lo que para la carne era amargo, se le hacía dulce para el espíritu [3]. Es más: de tal manera se dolía a diario de los sufrimientos y amarguras que Cristo toleró por nosotros y de tal manera se afligía de ellos interior y exteriormente, que no se preocupaba de sus propias dolencias.

Llora la pasión de Cristo

78. En cierta ocasión, a los pocos años de su conversión, mientras caminaba solo no lejos de la iglesia de Santa María de la

[1] Cf. Flor 24 n.1.
[2] Cf. 1C 105 n.1.
[3] Cf. Test 3.

Porciúncula, iba llorando y sollozando en alta voz. Yendo así Francisco, tropezó con él un hombre piadoso —le conocemos y de él escuchamos este relato— que le había ayudado mucho y consolado cuando todavía no tenía hermano alguno e incluso más tarde. Conmovido de piedad para con él, le preguntó: «¿Qué te pasa, hermano?» Pues pensaba que sufría dolores a causa de alguna enfermedad. Respondió Francisco: «De esta manera debería ir yo, sin vergüenza alguna, por todo el mundo llorando y sollozando la pasión de mi Señor». Y aquel hombre comenzó a llorar y a derramar lágrimas abundantes a una con Francisco.

Medita los ejemplos de humildad del Hijo de Dios

79. Otra vez, durante su enfermedad de la vista sufría tan grandes dolores, que un día le dijo un ministro: «Hermano, ¿por qué no dices a tu compañero que te lea algún pasaje de los profetas o algún otro capítulo de las Escrituras? Tu alma se recreará en el Señor y hallará gran consuelo». Sabía que se alegraba mucho en el Señor cuando escuchaba la lectura de las divinas Escrituras. Mas él respondió: «Hermano, siento todos los días tanta dulzura y consuelo en el recuerdo y meditación de la humildad manifestada en la tierra por el Hijo de Dios, que podría vivir hasta el fin del mundo sin mucha necesidad de escuchar o meditar otros pasajes de las Escrituras».

Con frecuencia recordaba y luego recitaba a los hermanos aquel verso de David: *Mi alma no quiere otro consuelo* [1]. Por eso, queriendo ser, como él decía frecuentemente a los hermanos, ejemplo y modelo para todos ellos, rehusaba no sólo los medicamentos, sino también la alimentación, que le era necesaria por sus achaques. Y como lo que acabamos de decir lo tenía en cuenta no sólo cuando parecía estar sano —que siempre estaba débil y enfermo—, sino también en sus enfermedades, era siempre austero con su cuerpo.

Severidad consigo mismo durante la enfermedad

80. Estando convaleciente de una grave enfermedad, le pareció, examinándose, que durante ella había sido un tanto complaciente en la comida, por más que apenas había comido, porque los muchos, diversos y prolongados males no se lo permitían.

Un buen día se levanta, aunque todavía estaba con fiebres cuartanas, y ordena que convoquen a los habitantes de Asís en la plaza para predicarles. Terminado el sermón, les ruega que nadie se marche, porque en seguida va a volver. Entra en la iglesia de San Rufino y baja a la confesión [1] con el hermano Pedro Cattani,

[1] Sal 76,3.

[1] La «confesión» era el sepulcro del Santo, al que estaba dedicada la iglesia.

el primer ministro general elegido por él mismo, y con otros hermanos. Ordena al hermano Pedro que le obedezca y no se oponga a lo que quiere decir y hacer. El hermano Pedro responde: «Hermano, yo no puedo, no debo hacer sino lo que deseas, tanto en lo concerniente a ti como a mí».

Entonces, el bienaventurado Francisco se despoja de su túnica y manda al hermano Pedro que le conduzca así, desnudo, con la cuerda al cuello, delante del pueblo. A otro hermano le ordena que tome una escudilla llena de ceniza y que, subiendo al lugar desde donde había predicado, arroje y esparza la ceniza sobre su cabeza; pero este hermano, por piedad y compasión que se le despertó para con él, no le obedece. El hermano Pedro sí le conduce tal como le había ordenado, sollozando fuertemente, y con él los otros hermanos.

Cuando está de nuevo, así desnudo, delante del pueblo y en el lugar desde donde había predicado, habla en estos términos: «Vosotros y los que, siguiendo mi ejemplo, dejan el mundo, entran en la Religión de los hermanos y siguen su vida, me creéis un hombre santo. Pues bien, yo confieso delante de Dios y de vosotros que durante esta mi enfermedad he comido carne y caldo de carne».

Casi todos se echan a llorar de piedad y compasión de él, sobre todo porque hacía mucho frío y era invierno y él no se había curado todavía de la calentura cuartana. Se golpeaban el pecho y se acusaban, diciendo: «Si este santo, cuya vida conocemos y a quien vemos vivo en una carne ya casi muerta por el exceso de la abstinencia y por la austeridad que ha mantenido respecto del cuerpo desde el comienzo de su conversión a Cristo, se acusa con un gesto corporal de tanta humildad de un caso de clara y justa necesidad, ¿qué hemos de hacer nosotros, miserables, que hemos vivido o querido vivir todo el tiempo de nuestra vida según los caprichos y deseos de la carne?»

Aborrece la hipocresía en el vestido y en la alimentación

81. También aconteció que, durante la cuaresma de San Martín, que hizo en un eremitorio [1], los hermanos, a causa de su enfermedad, le sirvieran los alimentos condimentados con tocino, porque el aceite le hacía mucho mal. Terminada la cuaresma, y con ocasión de predicar a una gran muchedumbre congregada cerca del eremitorio, comenzó con estas palabras: «Vosotros venís a mí con gran devoción y creyendo que soy un santo; mas yo confieso ante Dios y ante vosotros que durante esta cuaresma que he pasado en este eremitorio he tomado alimentos condimentados con tocino».

Más aún, rara era la vez en que, si los hermanos o los amigos de éstos, cuando comía en sus casas, le daban algún manjar espe-

[1] En Poggio Bustone y hacia Navidad, según 2C 131.

cial en atención a manifiesta necesidad de su cuerpo por sus enfermedades, no dijera en seguida y en público, ya en casa, ya fuera de ella, delante de los hermanos o de los seglares que ignorasen el detalle: «Hoy he comido tal o cual manjar», pues no quería ocultar a los hombres lo que era conocido por Dios.

Es más: dondequiera o ante cualesquiera, religiosos o seglares, que estuviere, si su espíritu se veía alguna vez agitado por sentimientos de vanagloria o soberbia o por cualquier otro vicio, inmediatamente lo confesaba ante ellos con claridad y sin paliativos. Un día dijo a sus compañeros: «Quiero ser ante Dios, lo mismo cuando estoy en eremitorios que en otros lugares, como los hombres me ven y me consideran, porque, si ellos me creen santo y no vivo como tal, sería un hipócrita».

Una vez en invierno, en atención a su enfermedad del bazo y al frío del estómago, uno de sus compañeros, que era su guardián, le procuró, porque entonces hacía mucho frío, una piel de zorro y le rogó que le permitiera cosérsela a la túnica por su parte interior y en el lugar que abrigaba el bazo y el estómago. Hay que tener en cuenta que el bienaventurado Francisco, desde que se entregó al servicio de Cristo hasta el día de su muerte, no quiso vestir más que una sola túnica, remendada cuando quería remendarla [2]. El bienaventurado Francisco respondió: «Si quieres que lleve esta piel bajo la túnica, que cosan también un trozo de ella por el exterior, para que todos se den cuenta de que llevo una piel bajo mi hábito». Así se hizo. Pero no la llevó muchos días, aunque la necesitaba por sus enfermedades.

Se acusa de vanagloria

82. En otra ocasión iba por la ciudad de Asís y le seguía mucha gente. Una anciana muy pobre le pidió limosna por el amor de Dios. Rápidamente le da el manto con que cubría sus espaldas. Y a continuación declara delante de todos que aquel gesto había producido en él un sentimiento de vanagloria. Los que vivimos con él vimos y oímos otros muchos ejemplos semejantes, pero no podemos citarlos, porque sería muy largo escribirlos y narrarlos. Su principal y sumo cuidado fue siempre no ser hipócrita a los ojos de Dios. Su enfermedad hacía necesarios ciertos cuidados en la comida, pero él se creía en la obligación de dar buen ejemplo a los hermanos y a los demás para evitar toda ocasión de murmuración y escándalo. Por eso prefería soportar pacientemente y de buena gana las molestias de su cuerpo —esto lo hizo hasta el día de su muerte— antes de poner remedio a las mismas, aunque lo hubiera podido hacer según Dios y el buen ejemplo que debía dar.

[2] 1R 2,14; 2R 2,16; Test 16.

El cardenal Hugolino le exhorta a que se deje curar. Composición del Cántico de las criaturas

83. Viendo que el bienaventurado Francisco continuaba siendo duro con su cuerpo, como lo había sido siempre, y, sobre todo, que, estando perdiendo la luz de los ojos, rehusaba que se los curaran, el obispo de Ostia, que después fue papa, le hizo esta advertencia con mucho amor y compasión: «Hermano, no obras bien al no cuidar de ser ayudado en la enfermedad de los ojos, pues tu salud y tu vida son muy útiles a ti y a los demás. Si te compadeces de los hermanos enfermos y has sido siempre misericordioso con ellos y continúas siéndolo, ahora no debes ser cruel contigo, porque tu enfermedad es grave y te encuentras en una evidente necesidad. Por eso te ordeno que te dejes ayudar y curar».

Dos años antes de su muerte [1], estando ya muy enfermo y padeciendo, sobre todo, de los ojos, habitaba en San Damián, en una celdilla hecha de esteras. Viéndole el ministro general [2] tan afligido por la enfermedad de los ojos, le mandó que se hiciera y se dejara ayudar y cuidar; incluso le dijo que deseaba estar presente cuando el médico comenzase el tratamiento, sobre todo para que con mayor seguridad se dejara medicinar y para animarle en aquel gran sufrimiento. Pero entonces hacía mucho frío y el tiempo no era propicio para empezar la cura [3].

Yacía en este mismo lugar el bienaventurado Francisco y llevaba más de cincuenta días [4] sin poder soportar de día la luz del sol, ni de noche el resplandor del fuego. Permanecía constantemente a oscuras tanto en la casa como en aquella celdilla. Tenía, además, grandes dolores en los ojos [5] día y noche, de modo que casi no podía descansar ni dormir durante la noche; lo que dañaba mucho y perjudicaba a la enfermedad de sus ojos y sus demás enfermedades. Y lo que era peor: si alguna vez quería descansar o dormir, había tantos ratones en la casa y en la celdilla donde yacía —que estaba hecha de esteras y situada a un lado de la casa—, que con sus correrías encima de él y a su derredor no le dejaban dormir, y hasta en el tiempo de la oración le estorbaban sobremanera. Y no sólo de noche, sino también le molestaban de día: cuando se ponía a comer, saltaban sobre su mesa; lo cual indujo a sus compañeros y a él mismo a pensar que se trataba de una tentación diabólica, como era en realidad.

En esto, cierta noche, considerando el bienaventurado Francisco cuántas tribulaciones padecía, sintió compasión de sí mismo y se dijo: «*Señor, ven en mi ayuda* [6] en mis enfermedades para que

[1] Es decir, en otoño de 1224.
[2] A partir de 1221 era vicario general el hermano Elías.
[3] Por consiguiente, en invierno de 1224-25.
[4] Después de los cincuenta días en San Damián, cuando mitigaron algo los fríos, marchó a Fonte Colombo (cf. LP 68 n.1).
[5] Sobre la enfermedad de los ojos, cf. Flor 19 n.1.
[6] Sal 70,12.

pueda soportarlas con paciencia». De pronto le fue dicho en espíritu: «Dime, hermano: si por estas enfermedades y tribulaciones alguien te diera un tesoro tan grande que, en su comparación, consideraras como nada el que toda la tierra se convirtiera en oro; todas las piedras, en piedras preciosas, y toda el agua, en bálsamo; y estas cosas las tuvieras en tan poco como si en realidad fueran sólo pura tierra y piedras y agua materiales, ¿no te alegrarías por tan gran tesoro?» Respondió el bienaventurado Francisco: «En verdad, Señor, ése sería un gran tesoro, inefable, muy precioso, muy amable y deseable». «Pues bien, hermano —dijo la voz—; regocíjate y alégrate en medio de tus enfermedades y tribulaciones, pues por lo demás has de sentirte tan en paz como si estuvieras ya en mi reino».

e Por la mañana al levantarse dijo a sus compañeros: «Si el emperador diera un reino entero a uno de sus siervos, ¿no debería alegrarse sobremanera? Y si le diera todo el imperio, ¿no sería todavía mayor el contento?» Y añadió: «Pues yo debo rebosar de alegría en mis enfermedades y tribulaciones, encontrar mi consuelo en el Señor y dar rendidas gracias al Padre, a su Hijo único nuestro Señor Jesucristo y al Espíritu Santo, porque El me ha dado esta gracia y bendición; se ha dignado en su misericordia asegurarme a mí, su pobre e indigno siervo, cuando todavía vivo en carne, la participación de su reino. Por eso, quiero componer para su gloria, para consuelo nuestro y edificación del prójimo una nueva alabanza del Señor [7] por sus criaturas. Cada día ellas satisfacen nuestras necesidades; sin ellas no podemos vivir, y, sin embargo, por ellas el género-humano ofende mucho al Creador. Cada día somos ingratos a tantos dones y no loamos como debiéramos a nuestro Creador y al Dispensador de todos estos bienes».

Se sentó, se concentró un momento y empezó a decir: «Altísimo, omnipotente, buen Señor...» Y compuso para esta alabanza una melodía que enseñó a sus compañeros para que la cantaran. Su corazón se llenó de tanta dulzura y consuelo, que quería mandar a alguien en busca del hermano Pacífico, en el siglo rey de los versos y muy cortesano maestro de cantores, para que, en compañía de algunos hermanos buenos y espirituales, fuera por el mundo predicando y alabando a Dios.

Quería, y es lo que les aconsejaba, que primero alguno de ellos que supiera predicar lo hiciera y que después de la predicación cantaran las *Alabanzas del Señor,* como verdaderos juglares del Señor. Quería que, concluidas las alabanzas, el predicador dijera al pueblo: «Somos juglares del Señor, y la única paga que deseamos de vosotros es que permanezcáis en verdadera penitencia». Y añadía: «¿Qué son, en efecto, los siervos de Dios sino unos

[7] Se emplea aquí el singular; en lo restante del número se empleará el plural: *Alabanzas del Señor,* como título del *Cántico de las criaturas.—Nueva:* ¿el adjetivo sugiere que se trata de un género literario cultivado ya otras veces por San Francisco? (cf. también más arriba LP 66).

juglares que deben mover los corazones para encaminarlos a las alegrías del espíritu?» [8] Y lo decía en particular de los hermanos menores, que han sido dados al pueblo para su salvación.

A estas alabanzas del Señor, que empiezan por «Altísimo, omnipotente, buen Señor...», les puso el título de *Cántico del hermano sol,* porque él es la más bella de todas las criaturas y la que más puede asemejarse a Dios.

Solía decir: «Por la mañana, a la salida del sol, todo hombre debería alabar a Dios que lo creó, pues durante el día nuestros ojos se iluminan con su luz; por la tarde, cuando anochece, todo hombre debería loar a Dios por esa otra criatura, nuestro hermano el fuego, pues por él son iluminados nuestros ojos de noche». Y añadió: «Todos nosotros somos como ciegos, a quienes Dios ha dado la luz por medio de estas dos criaturas. Por eso debemos alabar siempre y de forma especial al glorioso Creador por ellas y por todas las demás de las que a diario nos servimos».

El así lo hizo, y lo hacía con alegria en la salud y en la enfermedad, e invitaba a los demás a que alabaran al Señor. Y, cuando arreciaban sus dolores, él mismo entonaba las alabanzas del Señor y hacía que las continuaran sus compañeros, para que, abismado en la meditación de la alabanza del Señor, olvidara la violencia de sus dolores y males. Así perseveró hasta el día de su muerte.

Restablece la paz entre el obispo y el «podestà» de Asís

84. En este mismo tiempo, estando enfermo y predicadas y compuestas ya las alabanzas [1], el obispo a la sazón de Asís excomulgó al *podestà* [2]; éste, enemistado con aquél, había hecho, con firmeza y de forma curiosa, anunciar por la ciudad de Asís que nadie podía venderle o comprarle, ni hacer con él contrato alguno. De esta forma creció el odio que mutuamente se tenían. El bienaventurado Francisco, muy enfermo entonces, tuvo piedad de ellos, particularmente porque nadie, ni religioso ni seglar, intervenía para establecer entre ellos la paz y armonía.

Dijo, pues, a sus compañeros: «Es una gran vergüenza para vosotros, siervos de Dios, que nadie se preocupe de restablecer entre el obispo y el *podestà* la paz y concordia, cuando todos vemos cómo se odian». Por esta circunstancia añadió esta estrofa a aquellas alabanzas:

«Loado seas tú, mi Señor,
por aquellos que perdonan por tu amor
y soportan enfermedad y tribulación.

[8] Cf. Adm 20,1-2.

[1] ¿No será una corrupción del texto original, que acaso diría «praedictis laudibus iam compositis»? En su paralelo de EP 101 se dice: «Después de haber compuesto las predichas alabanzas».

[2] No es seguro que el *podestà* fuera Opórtolo.

Bienaventurados aquellos que las sufren en paz,
pues de ti, Altísimo, coronados serán».

Después llamó a uno de sus compañeros y le dijo: «Vete donde el *podesta* y dile de mi parte que acuda al obispado con los notables de la ciudad y con toda la gente que pueda reunir».

Cuando el hermano partió, dijo a otros dos compañeros: «Id y, en presencia del obispo, del *podestà* y de toda la concurrencia, cantad el *Cántico del hermano sol.* Tengo confianza de que el Señor humillará sus corazones, y, restablecida la paz, volverán a su anterior amistad y afecto».

e Cuando todo el mundo estaba reunido en la plaza del claustro del obispado, los dos hermanos se levantaron y uno de ellos tomó la palabra: «El bienaventurado Francisco ha compuesto en su enfermedad las alabanzas del Señor por las criaturas para gloria de Dios y edificación del prójimo. El os pide que las escuchéis con gran devoción». Y empezaron a cantarlas. El *podesta* en seguida se pone en pie, junta sus brazos y manos y con gran devoción y hasta con lágrimas escucha atentamente como si fuera el Evangelio del Señor, pues sentía hacia el bienaventurado Francisco gran confianza y veneración.

Al final de las alabanzas del Señor, el *podestà* habló al pueblo: «En verdad os digo que no sólo perdono al señor obispo, al que debo reconocer por mi señor, sino que perdonaría al asesino de mi hermano o de mi hijo». Y, arrojándose a los pies del señor obispo, le dijo: «Por el amor de nuestro Señor Jesucristo y de su siervo el bienaventurado Francisco, estoy dispuesto a daros por todas mis ofensas la satisfacción que deseéis». El obispo le tendió las manos y le levantó, diciendo: «Mi cargo exige en mí humildad, pero tengo un carácter pronto a la cólera; te pido me perdones». Los dos se abrazaron y besaron con gran ternura y afecto.

Los hermanos admiraron, una vez más, la santidad del bienaventurado Francisco, pues se había cumplido a la letra lo que había predicho acerca de la paz y concordia de aquellos dos personajes. Todos los testigos de la escena consideraron como un gran milagro, por los méritos del bienaventurado Francisco, el que tan pronto los visitara el Señor y el que, sin recordar palabra alguna ofensiva, hubieran pasado de tan gran escándalo a tan leal avenencia. Nosotros que hemos vivido con el bienaventurado Francisco, damos fe de que, si él decía: «Tal cosa está sucediendo o sucederá», su palabra se cumplía casi a la letra. Con nuestros ojos hemos contemplado lo que sería muy largo de escribir y narrar.

CÁNTICO-EXHORTACIÓN A LAS DAMAS POBRES

85. Aquellos mismo días y en el mismo lugar, el bienaventurado Francisco, después de haber compuesto las alabanzas del Señor por sus criaturas, compuso también unas letrillas santas

con música, para mayor consuelo de las damas pobres del monasterio de San Damián, particularmente porque sabía que estaban muy afectadas por su enfermedad [1]

Como no podía, a causa de la enfermedad, visitarlas y consolarlas personalmente, hizo que sus compañeros les transmitieran la letra que había compuesto para ellas. Con estas palabras, como siempre, les quiso manifestar brevemente su voluntad: que debían tener una sola alma y vivir unidas en caridad, ya que, por su predicación y ejemplo, ellas se habían convertido a Cristo cuando los hermanos eran todavía pocos. Su conversión y su vida eran prestigio y edificación no sólo de la Religión de los hermanos, de la que eran su plantita, sino de la Iglesia entera de Dios.

Conocedor el bienaventurado Francisco de que desde el principio de su conversión, por voluntad y necesidad, llevaban una vida muy austera y pobre, sentía siempre gran piedad por ellas.

Por eso, en el mensaje les ruega también que, como el Señor las había congregado de muchas partes para unirlas en la santa caridad, en la santa pobreza y en la santa obediencia, mantengan hasta morir fidelidad a éstas. Les pide especialmente que con alegría y acción de gracias provean discretamente a sus necesidades corporales, sirviéndose de las limosnas que el Señor les proporcionaba; y, sobre todo, recomienda que tengan paciencia las sanas por los trabajos que soportan por sus hermanas enfermas, y éstas en las enfermedades y necesidades que sufren.

Cauterización de Francisco en Fonte Colombo

86. El tiempo favorable para el tratamiento de los ojos se aproximaba [1]. El bienaventurado Francisco, aunque sufría mucho de los ojos, dejó aquel lugar y se puso en camino. Llevaba la cabeza cubierta con un capuchón que le habían confeccionado los hermanos; y, como no podía soportar la claridad del día por los insufribles dolores provenientes de la enfermedad de los ojos, tapaba sus ojos con una venda de lana y lino cosida al capuchón. Sus compañeros le condujeron en una cabalgadura al eremitorio de Fonte Colombo, cerca de Rieti, para consultar con un médico de esta villa, especialista de los ojos.

Vino éste a visitar al bienaventurado Francisco y le dijo que era necesario cauterizar la parte superior de la mejilla hasta el entrecejo del ojo que estaba más afectado por el mal. Pero el bienaventurado Francisco no quiso que empezara el tratamiento hasta que llegara el hermano Elías [2].

Esperó algún tiempo; pero como no llegaba, retenido por toda suerte de impedimentos, Francisco dudaba si someterse al tratamiento; pero, obligado por la necesidad, y, más que nada, por

[1] Cf. en este mismo volumen p.127 el texto al que aquí se refiere.

[1] La primavera de que se habla en esta misma LP 83.

[2] Que quería estar presente a la operación (cf. más arriba LP 83).

obediencia al señor obispo de Ostia y al ministro general, se decidió a obedecerles; como le resultaba muy gravoso el cuidarse de sí mismo de esta manera, por eso quería que interviniera su ministro.

d Más tarde, una noche que los dolores no le dejaban dormir, piadosamente y compadecido de sí mismo, dijo a sus compañeros: «Mis queridos hermanos e hijitos míos, no os moleste ni os pese el tener que ocuparos en mi enfermedad. El Señor os dará por mí, su siervecillo, en este mundo y en el otro, el fruto de las obras que no podéis realizar por vuestras atenciones y por mi enfermedad; obtenéis incluso una recompensa más grande que aquellos que prestan sus servicios y cuidados a toda la Religión y a la vida de los hermanos. Debíais decirme: 'Contigo haremos nuestros gastos y por ti será el Señor nuestro deudor'».

Hablaba así el santo Padre para alentar y sostener su pusilanimidad de espíritu y su debilidad, no fuera que, tentados por todo aquello, dijeran alguna vez: «Ni podemos orar ni tampoco tolerar tanto trabajo». Quería prevenirles contra la tristeza y el desaliento, que les llevarían a perder el mérito de sus trabajos.

f Un día vino el médico provisto de un hierro con que solía cauterizar en casos de enfermedad de los ojos. Mandó hacer fuego para calentarlo; encendido el fuego, puso en él el hierro. El bienaventurado Francisco, para reconfortar su ánimo y apartar todo temor, dijo al fuego: «Hermano mío fuego, el Señor te ha creado noble y útil entre todas las criaturas. Sé cortés conmigo en esta hora, ya que siempre te he amado y continuaré amándote por el amor del Señor que te creó. Pido a nuestro Creador que aminore tu ardor para que yo pueda soportarlo». Terminada la súplica, hizo la señal de la cruz sobre el fuego.

Nosotros que estábamos con él, nos retiramos por el amor que le teníamos y la compasión que nos producía; sólo el médico quedó con él. Cuando el médico concluyó su trabajo, volvimos a él y nos dijo: «¡Cobardes! ¡Hombres de poca fe! ¿Por qué habéis huido? En verdad os digo que no he sentido dolor alguno, ni siquiera el calor del fuego; y si esto no está bien quemado, que lo queme mejor».

El médico, al ver que ni siquiera se había movido, consideró esto como un gran milagro y dijo: «Os digo, hermanos míos, con la experiencia que tengo, que temería pudiera soportar semejante quemadura no sólo uno que es débil y enfermo, sino el que sea fuerte y sano de cuerpo». La quemadura era muy extensa: iba desde la oreja hasta el entrecejo, pues durante muchos años, día y noche, le lagrimeaban los ojos. Por eso, a juicio del médico, era necesario abrir todas las venas, aunque, en opinión de otros médicos, la operación era completamente inconveniente. Y así fue, pues de nada le aprovechó. También otro médico le perforó las dos orejas, sin resultado alguno positivo.

No nos debe asombrar que el fuego y las demás criaturas se mostraran algunas veces atentas con él. Pues, como pudimos

comprobarlo nosotros que estuvimos con él, con tan gran sentimiento de caridad las amaba y veneraba y de tal manera gozaba con ellas y con tanto cariño y simpatía las quería, que se turbaba cuando alguien no las trataba con delicadeza. Les hablaba con gran alegría interior y exterior, como si ellas tuvieran conocimiento de Dios, como si entendieran y hablaran. Con frecuencia, en esos coloquios quedaba arrebatado en la contemplación de Dios.

Sentándose un día junto al fuego, sin que se diera cuenta, el j fuego prendió en sus paños de lino en la parte que cubría su pierna. Sintió el calor del fuego; mas cuando uno de sus compañeros, que se dio cuenta que se le quemaban las ropas, corrió a apagárselas, le dijo: «No, mi querido hermano, no hagas mal a nuestro hermano fuego». Y no le permitió apagarlo. Entonces, el otro corrió a donde el hermano que era el guardián y le trajo consigo. Y así, aunque contra la voluntad de Francisco, apagó sus vestidos.

Tampoco le gustaba que se apagaran las velas, las lámparas o el fuego, como suele hacerse cuando es necesario: tanta era la ternura y piedad que sentía por el fuego.

Ni quería que el hermano arrojara, como se hace muchas veces, las brasas o tizones, sino que los dejara delicadamente extendidos sobre la tierra, por respeto de Aquel de quien es criatura.

NO QUIERE SERVIRSE DE UNA PIEL QUE HABÍA SUSTRAÍDO AL FUEGO

87. Durante una cuaresma que pasó en el monte Alverna, aconteció un día que su compañero prendió el fuego para la hora de la comida en la celda donde solía comer. Luego se dirigió a la celda que el bienaventurado Francisco empleaba habitualmente para su oración y descanso, a fin de leerle el evangelio de la misa del día. El bienaventurado Francisco, en efecto, cuando no podía acudir a la misa, quería oír el evangelio del día antes de la comida.

Cuando se dirige Francisco para comer a la celda donde el compañero había preparado el fuego, ve que las llamas alcanzan la cumbre de la celda y que está ardiendo. El compañero trata de apagar el incendio como puede; pero él solo nada consigue. El bienaventurado Francisco no quiere ayudarle. Toma una piel con que se cubría de noche y marcha al bosque.

Los hermanos del lugar, aunque estaban lejos de la celda, pues la celda estaba distante del lugar de los hermanos, tan pronto como se dieron cuenta del incendio, vinieron y sofocaron el fuego. El bienaventurado Francisco volvió luego para comer. Después de la comida dijo a su compañero: «No quiero abrigarme en adelante con esta piel, pues he pecado de avaricia al no querer que el hermano fuego la destruyera».

Amor a las criaturas

88. Cuando se lavaba las manos, escogía un lugar donde el agua de las abluciones no fuera luego pisada. Cuando tenía que caminar sobre las piedras, su paso era tímido y respetuoso por amor de aquel que es llamado piedra [1].

Si recitaba el pasaje del salmo: *Me pusiste en alto sobre la roca* [2], por reverencia y devoción lo cambiaba, diciendo: «Bajo los pies de la roca me has levantado».

Al hermano que hacía leña para el fuego le recomendaba que no cortase el árbol entero, sino una parte tan sólo, para que continuara viviendo la planta. Esto mismo mandó a un hermano del lugar donde él residía.

Al hermano que cultivaba el huerto le decía que no dedicara todo el terreno al cultivo de verduras comestibles, sino que reservara parte de él, para que produjera hierba verde y a su tiempo las hermanas flores. Más aún: decía que el hermano hortelano debía tener en algún lugar del huerto un hermoso jardín donde cultivase toda clase de hierbas aromáticas y de plantas de bellas flores, a fin de que en su estación invitasen a la alabanza de Dios a cuantos las contemplasen, porque toda criatura dice y proclama: «Es Dios quien me creó para ti, ¡oh hombre!»

Nosotros que hemos vivido con él hemos podido apreciar cómo hallaba en casi todas las criaturas un motivo de alegría íntima, que se manifestaba exteriormente; cómo las acariciaba y las contemplaba amorosamente como si su espíritu estuviera no en la tierra, sino en el cielo. Y es verdadero y manifiesto que, a causa de los muchos consuelos que había recibido y recibía en las criaturas de Dios, compuso poco antes de su muerte unas *Alabanzas del Señor* por sus criaturas, para mover los corazones de los que las escuchasen a la alabanza de Dios y a fin de que el Señor fuera alabado por todos en sus criaturas [3].

Desapego y generosidad

89. Por este mismo tiempo, una mujer muy pobre de Machilone [1] vino a Rieti para curar sus ojos. Un día en que el médico visitó al bienaventurado Francisco, le dijo: «Hermano, una mujer que sufre de la vista ha venido a verme; pero es tan pobre, que me creo en la obligación de ayudarle y de pagar sus gastos».

En seguida, el bienaventurado Francisco, movido a compasión

[1] 1Cor 10,4.

[2] Sal 27,5.

[3] *Deus ab omnibus laudetur*. Aquí, como en EP 118, podemos tener una clave de interpretación del *Cántico de las criaturas*, donde el pasivo *Laudato si* tiene por complemento agente *hombres* (sobrentendido en LP y explícito en EP) y no el nombre de la criatura, que figura en cada estrofa con la preposición *per*.

[1] Hoy Posta, a 30 kilómetros de Rieti.

por esta mujer, llamó a uno de sus compañeros, que era su guardián, para decirle: «Hermano guardián, tenemos que restituir lo ajeno». «¿De qué se trata, hermano?» «Este manto que recibimos prestado de una mujer muy pobre y que sufre de la vista, es preciso devolvérselo». Le dijo el guardián [2]: «Hermano, haz lo que te parezca mejor». El bienaventurado Francisco, lleno de alegría, llamó a uno de sus íntimos, hombre espiritual, y le mandó: «Toma este manto y también doce panes; vete y di a la mujer pobre y enferma que te indicará el médico que la atiende: 'Un hombre pobre a quien prestaste este manto te da las gracias por el préstamo que le hiciste; ahora toma lo que es tuyo'».

Fue el hermano y transmitió a la mujer las palabras del bienaventurado Francisco. Ella, creyendo que se le burlaba, replicó tímida y avergonzada: «Déjame en paz; no sé de qué me hablas». El otro puso en manos de la mujer el manto y los doce panes. Viendo la mujer que era verdad lo que decía el hermano, aceptó todo temblorosa, pero radiante de gozo. Mas, temiendo que le robaran el obsequio, se levantó por la noche sin ser notada y regresó contenta a su casa.

El bienaventurado Francisco había dicho a su guardián que por amor de Dios socorriese diariamente a la mujer mientras permaneciese allí. Nosotros que hemos vivido con el bienaventurado Francisco damos testimonio de que, estando sano, tenía tanta caridad y piedad no sólo hacia sus hermanos, sino también hacia los pobres, sanos o enfermos, que, halagándonos primero a nosotros, para que no nos disgustáramos, con gran gozo interior y exterior daba a otros lo que necesitaba su propio cuerpo, y que los hermanos conseguían a veces con gran solicitud y devoción; privaba a su cuerpo de cosas que le eran muy necesarias.

Por eso, el ministro general [3] y su guardián le tenían mandado que no diera la túnica a ningún hermano sin su permiso, pues algunas veces los hermanos se la pedían por devoción, y él al momento se la daba. También sucedía que, al ver él a un hermano enfermizo o mal vestido, a veces le daba su túnica; otras, como nunca llevó ni quiso tener para sí más que una túnica, la partía, para dar un trozo al hermano y quedarse él con el resto.

Por socorrer a los pobres daba hasta su propia túnica

90. Recorría cierta provincia predicando, cuando se encontraron con él dos hermanos franceses, que quedaron muy contentos de la entrevista. Antes de despedirse, por la veneración que le profesaban, le pidieron su túnica «por el amor de Dios». En cuanto oyó que invocaban el amor de Dios, se despojó de su túnica, quedando desnudo durante un rato [1].

[2] Angel de Rieti; cf. LP 7 n.2.

[3] Bigaroni opina que se trata del hermano Elías (o.c., p.261 n.166).

[1] Eccleston narra la historia y da el nombre del hermano Lorenzo de Bauvais (o.c., 1 p.7).

(Pues el bienaventurado Francisco tenía la costumbre de que, cuando se le decía: «Por el amor de Dios, dame la túnica, la cuerda» u otra cosa que tuviera, en seguida la daba por respeto a aquel Señor que se llama Amor [2]. Se disgustaba mucho, y por eso reprendía a los hermanos cuando observaba que alguno de ellos invocaba por una bagatela el amor de Dios. Decía: «El amor de Dios es algo tan sublime, que no se debe nombrar sino raramente, en caso de gran necesidad y con profundo respeto».)

Uno de los hermanos franceses se quitó su túnica y se la dio a Francisco.

Con frecuencia se veía en gran apuro y necesidad por haber dado a alguien su túnica o parte de ella, pues no le era tan fácil volver a encontrar o hacerse preparar otra; sobre todo, porque siempre quería que fuese muy pobre, hecha de trozos de tela, y algunas veces hasta remendada por dentro y por fuera [3]. Rara vez, o, mejor dicho, nunca, consintió en tener o llevar una túnica de paño nuevo; él se ingeniaba para que algún hermano que la llevaba usada de muchos años se la cediera; y en ocasiones recibía de un hermano una parte de la túnica, y de otro el resto. A causa de sus enfermedades y por motivo del frío, algunas veces reforzaba interiormente su túnica con un trozo de tela nueva.

Observó esta práctica de la pobreza en el vestir hasta que volvió al Señor. Como era hidrópico y estaba casi del todo escuálido [4] y tenía otras muchas enfermedades, pocos días antes de su muerte los hermanos le prepararon varias túnicas para poder cambiárselas de día y de noche cuando fuera necesario.

Quiere socorrer a un pobre con un pedazo de su túnica

91. Otra vez se acercó a un eremitorio de los hermanos un pobre, vestido de ropas miserables, y pidió a los hermanos por el amor de Dios un pedazo de tela pobre. El bienaventurado Francisco dijo a un hermano que viese si en casa había un paño o un retazo que darle. Buscó el hermano por toda la casa, y nada encontró.

Pero, no queriendo que el pobre se volviese con las manos vacías, el bienaventurado Francisco, a ocultas, para que su guardián no se lo prohibiese, tomó un cuchillo y, sentado en un lugar escondido, comenzó a cortar un pedazo de su túnica, el que llevaba cosido interiormente a ésta, para así dárselo en secreto a aquel pobre. En seguida cayó en cuenta el guardián de lo que quería hacer, y, acercándose, le prohibió entregar aquello al po-

[2] 1Jn 4,8.16.

[3] Cf. más arriba LP 81.

[4] Octavianus a Rieden cree que no se trata de hidropesía, sino de desnutrición (*De infirmitatibus s. Francisci Assisiensis:* Miscellanea Melchor de Pobladura [Roma 1964] p.122). Cf. 1C 105 n.1.

bre; más que nada, porque hacía mucho frío y él estaba enfermo y aterido.

Replicó el bienaventurado Francisco: «Si quieres que no se lo dé, es del todo necesario que le proporciones algún pedazo de tela a este hermano pobre». Y así, por razón del bienaventurado Francisco, los hermanos le dieron alguna tela de sus propios vestidos.

Si los hermanos le procuraban un manto, sea cuando iba a predicar por el mundo a pie o a lomo de asno (desde que comenzó a enfermar no podía ir a pie, y por eso tenía a veces que viajar en asno, ya que no quería cabalgar a caballo sino por estricta y muy grande necesidad, como fue poco antes de la muerte, al írsele agravando la enfermedad), sea cuando estaba en algún lugar, no quería recibirlo sino a condición de que pudiera dárselo al pobre que encontrara o que viniera en su busca, si, a su juicio, estaba evidentemente necesitado de él.

Ruega al hermano Gil que dé su manto a un pobre

92. Cierta vez, en los comienzos de la Religión, viviendo él en Rivo Torto con los dos únicos hermanos que entonces tenía [1], un hombre, que sería el tercer compañero [2], dejó el siglo para abrazar aquel género de vida. Durante algunos días llevó las mismas ropas con que había venido del siglo; y aconteció que vino un pobre pidiendo limosna al bienaventurado Francisco.

Este dice al que fue su tercer hermano: «Da tu capa a este hermano pobre». Al instante, gozoso, se la quita de los hombros y la entrega al pobre. Sintió entonces que el Señor inundaba su corazón de una nueva gracia, porque había dado con alegría la capa al pobre.

Hace que se dé el Nuevo Testamento a la madre de dos hermanos

93. Otra vez, estando junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, llegó una pobrecita anciana, que tenía dos hijos en la Religión de los hermanos, a aquel lugar para pedir al bienaventurado Francisco que la socorriese, ya que aquel año no tenía lo necesario para vivir.

El bienaventurado Francisco preguntó al hermano Pedro Cat-

[1] Bernardo y Pedro.

[2] Fue el hermano Gil, convertido el 24 de abril de 1209. Mientras aquí se afirma que fue admitido en Rivo Torto, otras fuentes afirman que esto acaeció en la Porciúncula. Sabatier intenta salvar esta aparente contradicción diciendo que los primeros hermanos iban a trabajar entre los leprosos a Rivo Torto y se retiraban a orar a Santa María de los Angeles (*Le Speculum perfectionis* 2 [Manchester 1931] p.87-90).

tani [1], que entonces era ministro general: «¿Tenemos alguna cosa para darla a nuestra madre?» (A la madre de cualquier hermano llamaba su madre y madre de todos los hermanos de la Religión.)

El hermano Pedro respondió: «Nada tenemos en casa que podamos darle, máxime teniendo en cuenta que desearía una limosna tal, que pudiese con ella adquirir las cosas necesarias a su cuerpo. Tan sólo tenemos en la iglesia un Nuevo Testamento, del que hacemos las lecturas en maitines». (En aquel tiempo, los hermanos no tenían breviarios, ni siquiera muchos salterios.)

El bienaventurado Francisco le dijo: «Da a nuestra madre el Nuevo Testamento para que lo venda y remedie su necesidad. Creo firmemente que agradará más al Señor y a la bienaventurada Virgen, su madre, que demos el Nuevo Testamento que el que leamos de él». Y se lo dio.

Se puede decir y escribir del bienaventurado Francisco lo que se dijo y escribió de Job: *La misericordia salió del seno de mi madre y ha crecido al mismo tiempo conmigo* [2]. Para nosotros que hemos vivido con él sería muy largo de escribir y narrar, no ya lo que hemos escuchado a otros acerca de su caridad y bondad, sino solamente lo que hemos visto con nuestros propios ojos.

Curaciones milagrosas

94. Por la misma época, viviendo el bienaventurado Francisco en el eremitorio de San Francisco de Fonte Colombo, la peste bovina, vulgarmente llamada «basabove», y de la que ningún vacuno suele librarse, atacó a todos los bueyes de San Elías, villa situada en las proximidades del eremitorio. Todos los bueyes contrajeron la enfermedad y comenzaron a morir.

Una noche, un habitante del pueblo, hombre espiritual, tuvo una visión y escuchó una voz que le decía: «Vete al eremitorio donde está el bienaventurado Francisco y procúrate el agua con que se haya lavado las manos y los pies y rocía con ella a los bueyes; quedarán curados al instante. Se levantó muy temprano, marchó al eremitorio y contó la visión a los compañeros del bienaventurado Francisco.

A la hora de la comida, éstos recogieron en un recipiente el agua con que se había lavado las manos. Por la tarde le rogaron que les permitiese lavarle los pies, sin manifestarle el motivo de su deseo. Dieron luego esta agua al hombre, quien la llevó, y, como si fuera agua bendita, roció con ella a los bueyes que yacían medio muertos y a los demás. En seguida, por gracia del Señor y por los méritos del bienaventurado Francisco, todos quedaron curados del mal. En este tiempo, el bienaventurado Francisco llevaba ya las llagas en sus manos, pies y costado.

[1] El dato del generalato de Pedro Cattani nos obliga a colocar este hecho entre el 29 de septiembre de 1220, fecha en que fue elegido para dicho cargo, y el 10 de marzo de 1221, fecha en que murió.

[2] Job 31,18.

El canónigo Gedeón de Rieti

95. Por estos mismos tiempos, cuando el bienaventurado Francisco, por causa de la enfermedad de la vista, residía por algunos días en el palacio del obispo de Rieti, un clérigo de la diócesis llamado Gedeón [1], hombre muy mundano, se encontraba muy enfermo y con grandes dolores en los riñones, que le tenían postrado en cama desde hacía tiempo. Le era imposible moverse o volverse en su cama sin ayuda; no podía levantarse ni caminar sino llevado por varios; y aun así, iba encorvado y como encogido por los dolores de los riñones, sin ser capaz de ponerse tieso.

Un día se hizo llevar a donde el bienaventurado Francisco, se arrojó a sus pies [2] y con abundantes lágrimas le suplicó que trazara sobre él la señal de la cruz. El bienaventurado Francisco le respondió: «¿Cómo voy a signarte con la señal de la cruz a ti que de tiempo atrás vienes viviendo según tus deseos carnales, sin meditar ni temer los juicios de Dios?» Pero, viéndole tan afligido por su enfermedad y por los dolores, se compadeció y le dijo: «Te signo en el nombre del Señor. Pero, si El se digna curarte, guárdate de volver a tu vómito [3], porque en verdad te digo que, si vuelves a él, te abrumarán mayores males que los anteriores [4] y recibirás un castigo terrible por tus pecados y por tu ingratitud y tu desprecio de la bondad del Señor». E hizo la señal de la cruz sobre el clérigo, quien al momento se puso recto y se levantó curado interiormente. Al erguirse se oyó cómo crujían sus huesos de la parte de los riñones, como crujen las ramas secas al partirlas con las manos.

Como, pasados algunos años, volvió él a su mala vida sin atender a las recomendaciones que el Señor le hizo por medio de su siervo Francisco, sucedió que, habiendo cenado cierto día en casa de otro canónigo y habiendo quedado a dormir en ella, de repente cayó sobre todos el techo de la casa. Los demás pudieron escapar. Sólo quedó atrapado y murió el miserable.

Elogio de la mendicidad

96. A su regreso de Siena y de Celle di Cortona, el bienaventurado Francisco vino junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula; marchó luego a vivir en Bagnaia, encima de Nocera, donde acababan de construir una casa para los hermanos y donde éstos moraban. Permaneció allí bastante tiempo.

Pero, como comenzaron a hinchársele los pies y las piernas a causa de la hidropesía, comenzó a sentirse muy mal. Al tener noticia las gentes de Asís de que estaba muy enfermo, vinieron en

[1] Un canónigo, según 2C 41.

[2] Difícil de interpretar a la letra, estando afectado por el mal descrito poco más arriba. Se alude a un gesto exterior y corporal para expresar una actitud interior.

[3] 2Pe 2,22. [4] Mt 12,45.

seguida a aquel lugar unos caballeros para llevarle a Asís [1]. Temían que muriese allí y que otros se adueñaran de su santísimo cuerpo.

Cuando le llevaban enfermo, se detuvieron para comer en un castro del común de Asís [2]. El bienaventurado Francisco con sus compañeros descansó en casa de un hombre que le recibió con mucha alegría y cariño. Los caballeros recorrieron todo el poblado para comprar lo que necesitaban, pero no encontraron cosa alguna. Volviéndose a donde el bienaventurado Francisco, le dijeron bromeando: «Hermano, vas a tener que darnos parte de tus limosnas, porque nada hemos hallado para comer». El bienaventurado Francisco respondió con gran fervor de espíritu: «Si no habéis hallado cosa alguna, ha sido porque habéis puesto la confianza en vuestras moscas, es decir, en vuestros dineros y no en Dios. Volved a las mismas casas donde quisisteis comprar y, sin avergonzaros, pedid limosna por el amor de Dios. El Espíritu Santo les inspirará y recibiréis todo en abundancia». Marcharon y pidieron limosna, como les había recomendado el santo Padre. Todos, hombres y mujeres, les dieron en abundancia y con gran alegría de lo que tenían. Regresaron muy contentos y contaron al bienaventurado Francisco todo lo sucedido.

Consideraron el caso como un gran milagro, pues todo había acaecido exactamente como él les había anunciado.

Pedir limosna por el amor del Señor Dios era, para el bienaventurado Francisco, una acción de la más alta nobleza, dignidad y distinción ante los ojos de Dios, y también ante los del mundo [3]. En efecto, todo lo que el Padre celestial creó para utilidad del hombre, continúa concediéndolo después del pecado, gratuitamente y a título de limosna, a dignos e indignos, por el amor que tiene a su querido Hijo.

Por eso decía el bienaventurado Francisco que el siervo de Dios ha de pedir limosna por el amor del Señor Dios con mayor confianza y alegría que quien, queriendo comprar algo, por su generosidad y liberalidad fuese proclamando: «A quien me dé una moneda, le daré cien marcos de plata y hasta mil veces más». Pues el siervo de Dios ofrece el amor de Dios como pago a quien hace limosna; y, en su comparación, son nada todas las cosas que hay en la tierra y hasta las que hay en el cielo.

g Tanto cuando eran pocos los hermanos como cuando fueron muchos, si, al ir por el mundo predicando el bienaventurado Francisco, algún noble o rico le invitaba por devoción a que quedara a comer en su casa y a hospedarse en ella (en muchas de las ciudades y castros a los que iba a predicar no había entonces lugares de los hermanos), aun cuando supiera que el que le había invitado había preparado por amor de Dios abundantemente todo lo necesario para el cuerpo, por motivo del buen ejemplo

[1] Tenían que hacer unos treinta kilómetros.
[2] Satriano, según 2C 77.
[3] Cf. LP 51.

que debía dar a los hermanos y por la nobleza y dignidad de la dama Pobreza, a la hora de comer salía por limosna, y a veces decía al que le había invitado: «Jamás renunciaré a mi dignidad real, a mi herencia [4], a mi vocación y profesión y a la de todos los hermanos menores: ir a pedir limosna, aunque no recoja más que tres mendrugos, pues quiero ejercer mi oficio».

Y, contra la voluntad del anfitrión, salía por limosna. El que le había invitado le acompañaba en la mendicación, recogía las limosnas que daban al bienaventurado Francisco y luego las conservaba como reliquias por devoción a él.

El que esto escribe lo ha visto muchas veces, y de ello da testimonio.

Hospedado por el cardenal Hugolino, va por limosna antes de la comida

97. Un día en que el bienaventurado Francisco visitaba al señor obispo de Ostia —que más tarde fue papa—, salió a la hora de comer a pedir limosna, mas lo hizo a escondidas para no molestar a dicho señor. Cuando regresó Francisco, el obispo estaba sentado a la mesa y había empezado a comer, pues aquel día tenía invitados unos caballeros parientes suyos. El bienaventurado Francisco puso la limosna sobre la mesa del señor obispo y se sentó junto a él (el señor obispo quería que el bienaventurado Francisco ocupara ese puesto cuando estaba a su mesa). El obispo estaba un tanto confuso por esta salida a mendigar, pero nada le dijo; sobre todo, en atención a los invitados.

Después de comer algo, el bienaventurado Francisco tomó sus limosnas y les fue dando un poco, de parte del Señor Dios, a los caballeros y a los capellanes del obispo. Todos recibieron su parte con gran respeto: unos la comieron; otros, por devoción a Francisco, la guardaron, y todos se descubrían la cabeza al recibir la limosna por devoción al santo Francisco. El señor obispo se alegró al observar la veneración que manifestaban los comensales, máxime teniendo en cuenta que el pan que recibían no era de trigo.

Terminada la comida, se retiró el señor obispo a su habitación, llevándose consigo al bienaventurado Francisco; elevó sus brazos y le abrazó allí con alegría y gozo desbordante, diciéndole: «Hermano mío simplón, ¿por qué me has afrentado saliendo a pedir limosna, cuando mi casa es la casa de tus hermanos?» El bienaventurado Francisco respondió: «Al contrario, señor, yo os he hecho un gran honor. En efecto, cuando un inferior cumple con su oficio y obedece a su señor, rinde homenaje al Señor y a su prelado». Y añadió: «Yo debo ser ejemplo y modelo de vuestros pobres [1]. Sé que en la vida y religión de los hermanos hay y

[4] Cf. 2R 6,4.

[1] *Vuestros pobres:* la Orden había sido puesta bajo la protección del cardenal Hugolino, que era «gobernador, protector y corrector de toda la fraternidad» (2R 12,3 y Test 33).

habrá hermanos menores de nombre y de hecho que, por el amor del Señor Dios y por la unción del Espíritu Santo que les instruye e instruirá en todas las cosas, se abajarán a toda humildad, sumisión y servicio de sus hermanos. Pero hay y habrá otros que, por vergüenza o por malas costumbres, rehúsan y rehusarán humillarse y abajarse para mendigar y para desempeñar trabajos serviles. Por eso debo enseñar con mi comportamiento a quienes están en la Religión y a los que vendrán a la misma para que no tengan excusa delante de Dios ni en este mundo ni en el otro. Así, pues, cuando estoy en vuestra casa, señor nuestro y papa nuestro [2], y en la de los grandes y de los ricos de este mundo, que por el amor del Señor Dios no sólo me reciben en sus casas con mucha devoción, sino que me obligan a quedarme con ellos, no quiero avergonzarme de ir a pedir limosna. Más bien, quiero tenerlo, según Dios, como gran nobleza, como dignidad real y honor de aquel soberano Rey que, siendo Señor de todos, quiso hacerse por nosotros servidor de todos, y, siendo rico y glorioso en su majestad, vino a ser pobre y despreciado en nuestra humanidad. Por eso quiero que los hermanos presentes y los venideros sepan que para mí es mayor consuelo interior y exterior cuando me siento a la mesa pobre de los hermanos y contemplo ante mí las pobres limosnas que recogen pidiendo de puerta en puerta por el amor del Señor Dios, que cuando me siento a vuestra mesa o a la de otros señores y la veo cubierta abundantemente de toda clase de manjares, aunque sé que me los ofrecéis con gran devoción. El pan de la limosna es pan santo, santificado por la alabanza y por el amor de Dios, pues el hermano que va a mendigar debe empezar por decir: 'Alabado y bendito sea el nombre de Dios', y luego debe pedir: 'Dadnos una limosna por el amor del Señor Dios'».

El señor obispo, muy edificado de esta conversación con el santo Padre, le dijo: «Hijo mío, haz como bien te parezca, pues el Señor está contigo y tú con El».

e El bienaventurado Francisco quería —y lo decía con frecuencia— que ningún hermano estuviera mucho tiempo sin salir a mendigar, para que luego no sintiera vergüenza cuando tuviera que hacerlo. Es más: cuanto más grande y noble había sido un hermano en el mundo, tanto más edificado quedaba y mayor alegría sentía al verle ir por limosna y desempeñar los trabajos humildes, por el buen ejemplo que daba a los demás. Es lo que se practicaba en los primeros tiempos.

f En los comienzos de la Religión, cuando los hermanos moraban en Rivo Torto, había entre ellos uno que oraba poco y no trabajaba ni quería tampoco ir por limosna, porque le daba vergüenza, pero comía bien. El bienaventurado Francisco, considerando esta conducta, fue advertido por el Espíritu Santo de que

[2] *Apostolicus:* palabra empleada con frecuencia en la Edad Media con la significación de *papa* (SABATIER, *Le Speculum perfectionis* [Manchester 1928] p.64).

se trataba de un hombre carnal. Por lo que le dijo: «Anda tu camino, hermano mosca, que quieres comer a costa del trabajo de tus hermanos y quieres vivir ocioso en el servicio de Dios, como el hermano zángano entre las abejas, que no recoge ni trabaja, y come el fruto y trabajo de las buenas abejas». Aquel hermano marchó por su camino, y, como era un hombre carnal, no imploró misericordia.

Besa el hombro de un hermano que trae limosna

98. Durante una de las permanencias del bienaventurado Francisco junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, volvía un varón espiritual de pedir limosna en Asís. Al llegar cerca de la iglesia, empezó a alabar a Dios en alta voz y con gran alegría.

Al oírle el bienaventurado Francisco, salió de casa, corrió hacia él con gran alborozo y le besó en el hombro del que colgaba la alforja de las limosnas. Luego le arrebató la alforja y, cargándosela, la llevó a la casa de los hermanos y dijo ante ellos: «Así quiero ver a mi hermano al ir por limosna y al regresar con ella: contento y alegre».

Serenidad y alegría en vísperas de morir

99. Aquellos días en que, de regreso de Bagnaia [1], el bienaventurado Francisco estaba en cama muy enfermo en el palacio episcopal de Asís, los habitantes de la ciudad, temiendo que, si moría de noche, los hermanos llevasen secretamente el santo cuerpo para enterrarlo en otra ciudad, decidieron hacer guardia diligentemente todas las noches en torno al palacio. El bienaventurado Francisco estaba muy enfermo. Para confortar su espíritu y para evitar que decayera su ánimo por las muchas y diversas dolencias, con frecuencia mandaba por el día a sus compañeros que cantaran las alabanzas del Señor que había compuesto mucho antes durante su enfermedad. También les hacía cantar por la noche, para edificación de los que, por él, montaban guardia alrededor del palacio.

El hermano Elías, viendo que el bienaventurado Francisco encontraba así contento y fortaleza en el Señor para sobrellevar tantas dolencias, le dijo un día: «Carísimo hermano, me consuela y edifica inmensamente la alegría que muestras por ti y tus compañeros en medio de tanta aflicción y dolor. Sin duda, los habitantes de esta ciudad te veneran como a un santo en vida y lo harán después que mueras; pero, como están convencidos de que tu enfermedad es grave e incurable y que pronto morirás, podrán

[1] Cf. más arriba LP 96.

pensar y decirse al oír cantar estas alabanzas: '¿Cómo puede mostrar tanta alegría próximo a morir? Debería pensar en la muerte'».

El bienaventurado Francisco le respondió: «¿Recuerdas la visión que tuviste en Foligno, en la que, según me dijiste, una voz te advirtió que yo no viviría más que dos años? [2] Antes de tu visión, con frecuencia, de día y de noche, pensaba en la muerte, por la gracia del Espíritu Santo, que despierta todo buen pensamiento en la mente de sus fieles y pone toda palabra buena en sus labios. Pero después de tu visión he procurado con mayor solicitud pensar en la hora de mi muerte». Y añadió con gran fervor de espíritu: «Deja, hermano, que me alegre en el Señor y que cante sus alabanzas en medio de mis dolencias; por la gracia del Espíritu Santo estoy tan íntimamente unido a mi Señor, que, por su misericordia, bien puedo alegrarme en el mismo Altísimo».

¡Bienvenida la hermana muerte!

100. En otra ocasión y por aquellos días vino al mismo palacio para visitar al bienaventurado Francisco un conocido y amigo, médico de Arezzo, llamado Buen Juan. El Santo le preguntó sobre su enfermedad: «¿Qué opinas, hermano Juan, de mi hidropesía?» (El bienaventurado Francisco no quería designar por su nombre a los que se llamaban Bueno, por respeto al Señor, que dijo: *Nadie es bueno, sino sólo Dios* [1]. Asimismo, ni de palabra ni por escrito quería llamar a persona alguna «padre» o «maestro», por respeto al Señor, que dijo: *A nadie deis en este mundo el nombre de padre, ni permitáis que os llamen maestros,* etc.) [2]

El médico le respondió: «Hermano, con la gracia de Dios te irá bien». No quería decirle que pronto iba a morir.

El bienaventurado Francisco insistió: «Hermano, dime la verdad; yo no soy un cobarde que teme a la muerte. El Señor, por su gracia y misericordia, me ha unido tan estrechamente a El, que me siento tan feliz para vivir como para morir».

Entonces, el médico le dijo claramente: «Padre, según nuestros conocimientos médicos, tu mal es incurable, y morirás a fines de septiembre o el 4 de octubre». El bienaventurado Francisco, que yacía enfermo, extendió los brazos y levantó sus manos hacia el cielo con gran devoción y reverencia y exclamó con gozo inmenso interior y exterior: «Bienvenida sea mi hermana la muerte».

[2] Cf. 1C 109.

[1] Lc 18,19. El cronista Salimbene cuenta que también a él (que se llamaba antes Ognibene), y por la misma razón, le fue cambiado el nombre por el último hermano al que San Francisco había impuesto el hábito de la Orden (*Chronica*, en MGH SS 32 p.38).

[2] Mt 23,1-10.

ULTIMAS VOLUNTADES DE SAN FRANCISCO [1]

101. El hermano Ricerio, de la Marca de Ancona, noble por su nacimiento y más noble por su santidad, a quien el bienaventurado Francisco tenía gran afecto [2], vino un día al mismo palacio para visitarle. En el curso de la conversación, que versó sobre el hecho de la Religión y la observancia de la Regla, le suplicó: «Dime, Padre: ¿cuáles fueron tus intenciones cuando empezaste a tener hermanos y cuáles son las que ahora tienes y las que crees has de mantener hasta el día de tu muerte? Quisiera estar seguro de tus intenciones y de tu voluntad primera y última, para saber si nosotros hermanos clérigos, que tenemos tantos libros, los podemos guardar aunque digamos que pertenecen a la Orden».

El bienaventurado Francisco le contestó: «Hermano, ésta fue mi primera y última intención y voluntad, si mis hermanos me hubieran creído: ningún hermano debería tener otra cosa que el hábito, como se nos concede en la Regla, con la cuerda y los calzones».

Por lo que un día dijo a sus hermanos: «La religión y vida de los hermanos menores es un pequeño rebaño que el Hijo de Dios pidió en estos últimos tiempos a su Padre celestial, diciéndole: 'Padre, yo quisiera que suscitaras y me dieras un pueblo nuevo y humilde que en esta hora se distinga por su humildad y su pobreza de todos los que le han precedido y que se contente con poseerme a mí solo'». El Padre dijo a su Hijo amado: «Hijo, lo que pides queda cumplido».

«Por eso —añadió el bienaventurado Francisco—, quiso el Señor que los hermanos se llamasen hermanos menores, pues ellos son este pueblo que el Hijo de Dios pidió a su Padre, y del que el mismo Hijo de Dios dice en el Evangelio: *No temáis, pequeño rebaño, porque el Padre se ha complacido en daros el reino* [3]; y también: *lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis* [4]. Sin duda, se ha de entender que el Señor habló así refiriéndose a todos los pobres espirituales, pero principalmente predijo el nacimiento en su Iglesia de la Religión de los hermanos menores».

Tal como le fue revelado al bienaventurado Francisco que su Religión debía llamarse la de los hermanos menores, hizo él insertar este nombre en la primera regla [5] que presentó al señor papa Inocencio III, y que éste aprobó y le concedió y luego anunció a todos en el consistorio [6]. El Señor le reveló también el sa-

[1] El número 101 constituye la *Intentio Regulae*.

[2] Ricerio, nacido en Muccia, no lejos de Camerino, muerto en 1236. Es uno de los dos estudiantes convertidos en Bolonia por un sermón de San Francisco, que no se sabe si situarlo en 1213 o en 1218; acaso, en 1222, cuando la predicación de la que Tomás de Spalato fue testigo (en este mismo volumen, p.970s). Sobre Ricerio léase Flor 27 n.3.

[3] Lc 12,32. [4] Mt 25,40.45. [5] 1R 6,3.

[6] Tal vez, el concilio IV de Letrán, en 1215. A no ser que *in concilio* quiera decir *en su consejo*, a lo que dan pie ciertos manuscritos que dicen *in consistorio*.

ludo que debían emplear los hermanos, como hizo consignar en su testamento: «El Señor me reveló que para saludar debía decir: 'El Señor te dé la paz'».

f En los comienzos de la Religión, yendo de viaje el bienaventurado Francisco con un hermano que fue uno de los doce primeros, éste saludaba a los hombres y mujeres que se le cruzaban en el camino y a los que trabajaban en el campo diciéndoles: «El Señor os dé la paz» [7].

Las gentes quedaban asombradas, pues nunca habían escuchado un saludo parecido de labios de ningún religioso. Y hasta algunos, un tanto molestos, preguntaban: «¿Qué significa esta manera de saludar?» El hermano comenzó a avergonzarse y dijo al bienaventurado Francisco: «Hermano, permíteme emplear otro saludo».

Pero el bienaventurado Francisco le respondió: «Déjales hablar así; ellos no captan el sentido de las cosas de Dios. No te avergüences, hermano, pues te aseguro que hasta los nobles y príncipes de este mundo ofrecerán sus respetos a ti y a los otros hermanos por este modo de saludar». Y añadió: «¿No es maravilloso que el Señor haya querido tener un pequeño pueblo, entre los muchos que le han precedido, que se contente con poseerle a El solo, altísimo y glorioso?»

i Mas, si alguno quisiera preguntar por qué el bienaventurado Francisco no obligó en su tiempo a los hermanos a observar una pobreza tan estricta como aquella de la que habló al hermano Ricerio, ni ordenó que la observasen los hermanos, nosotros que vivimos con él respondemos, tal como lo oímos de su boca, que él había dicho a los hermanos eso mismo y otras muchas cosas, e hizo también escribir en la Regla muchas cosas que pedía al Señor en asidua oración y meditación para utilidad de la Religión, afirmando que ésa era absoluta voluntad del Señor.

Pero, cuando las exponía a los hermanos, éstos las consideraban pesadas e insoportables, ignorando ellos entonces lo que había de sobrevenir a la Religión después de su muerte. No quiso entrar en lucha con los hermanos, ya que temía mucho el escándalo en sí como en los hermanos, y así cedió, a disgusto suyo, a la voluntad de ellos. Y se excusaba delante del Señor. Mas, a fin de que la palabra que el Señor había puesto en su boca para bien de los hermanos no volviera vacía al Señor [8], él quería cumplirla en sí mismo, y así obtener del Señor la recompensa. Con esto, finalmente, encontraba su espíritu descanso y paz.

«Hemos prometido la observancia del santo Evangelio»

102. En cierta ocasión y por los días en que acababa de regresar de ultramar, un ministro hablaba con él del capítulo de la

[7] Cf. Test 23.
[8] Cf. Is 55,11.

pobreza con el deseo de conocer su voluntad y pensamiento en esta materia. Le preguntó, sobre todo, para que le esclareciese aquel pasaje de la Regla que cita las prohibiciones del Evangelio: *No llevéis cosa alguna para el camino,* etc. [1] El bienaventurado Francisco le respondió: «Mi pensamiento es que los hermanos no deberían tener más que el hábito con la cuerda y los calzones, como se prescribe en la Regla; y, en caso de necesidad, calzado». El ministro replicó: «¿Qué he de hacer yo, que tengo tantos libros que suponen un valor superior a las cincuenta libras?»

Preguntó esto porque quería tenerlos con seguridad de conciencia y, sobre todo, porque tenía remordimientos de poseer tantos libros, sabiendo que el bienaventurado Francisco interpretaba estrictamente el capítulo de la pobreza.

El bienaventurado Francisco le dijo: «Hermano, yo no puedo ni debo obrar contra mi conciencia, ni contra la observancia del santo Evangelio que hemos prometido». Al oír estas palabras, el ministro quedó triste. Viéndole tan turbado, el bienaventurado Francisco le dijo con fervor de espíritu, dirigiéndose en él a todos los hermanos: «Vosotros los hermanos menores queréis que los hombres os consideren y os llamen los observadores del santo Evangelio, pero en la práctica queréis tener bolsas» [2].

Los ministros sabían muy bien que, según la Regla, los hermanos estaban obligados a observar el santo Evangelio. Sin embargo, hicieron que se suprimiese el pasaje de la Regla que dice: *No llevéis cosa alguna para el camino,* etc., juzgando que ellos no estaban obligados a observar la perfección del santo Evangelio. Por eso, el bienaventurado Francisco, advertido por el Espíritu Santo, se expresó así delante de algunos hermanos: «Los ministros, ¿piensan burlarse de Dios y de mí? Pues bien, a fin de que todos los hermanos sepan y queden advertidos de que están obligados a observar la perfección del santo Evangelio, quiero que se escriba al principio y al fin de la Regla: Los hermanos están obligados a observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Y para que los hermanos nunca tengan excusa ante Dios, quiero mostrarles con las obras y observar siempre, con la ayuda del Señor, las prescripciones que El ha puesto en mi boca, como ya les dije y ahora les anuncio, para salud y bien de mi alma y de mis hermanos».

Efectivamente, él observó a la letra el santo Evangelio desde el día en que empezó a tener hermanos hasta la hora de su muerte.

[1] Lc 9,3; 1R 14,1.

[2] *Loculos:* con este término se quiere señalar toda clase de riquezas y la apropiación de toda clase de bienes materiales o espirituales.

Eficacia apostólica de los santos hermanos

103. Hubo una vez un hermano novicio [1] que sabía leer el salterio, pero no bien. Como gustaba mucho de la lectura, pidió al ministro general permiso para tener un salterio. El ministro se lo concedió. Sin embargo, el novicio no quiso tener el salterio sin haber obtenido el consentimiento del bienaventurado Francisco, principalmente porque había oído decir que no quería que sus hermanos estuvieran ansiosos de ciencia y de libros, sino, más bien, los quería ver —como les predicaba— apasionados por la pura y santa simplicidad [2], por la santa oración y por la dama Pobreza. En ella se habían formado los santos y primeros hermanos, y creía el bienaventurado Francisco que éste es el camino más seguro para la salvación del alma. Y no es que despreciase o mirase con malos ojos la ciencia sagrada; al contrario, profesaba un afectuoso respeto a los sabios de la Religión y a todos los sabios, como lo dice en su testamento: «A todos los teólogos y a los que nos administran las palabras divinas les debemos honrar y tener en veneración, como a quienes nos administran el espíritu y la vida» [3].

Mas, mirando al futuro, sabía por el Espíritu Santo, y lo decía muchas veces a los hermanos, que muchos, con el pretexto de edificar a los demás, abandonarían su vocación, es decir, la pura y santa simplicidad, la santa oración y nuestra dama Pobreza; les sucedería que, creyendo iban a ser más devotos e iban a sentirse más inflamados en el amor de Dios por sus conocimientos de la Escritura, precisamente por este saber se encontrarían interiormente fríos y vacíos, y no podrían volver a su primera vocación por haber dejado pasar el tiempo que se les había dado para vivir su vocación. «Y temo mucho —concluía— que les sea quitado lo que creían tener [4], porque abandonaron su vocación».

c Decía también: «Muchos son los hermanos que de día y de noche ponen todo su afán y empeño en la adquisición del saber, olvidando su santa vocación y la devota oración. Cuando hablan con algunos o predican al pueblo y ven o conocen que las gentes quedan edificadas o se convierten a penitencia al oír sus palabras, se hinchan y enorgullecen del trabajo y ganancia de otros. Ellos creen que los hombres se han edificado o convertido a penitencia por sus discursos, cuando ha sido el Señor quien les ha edificado y convertido por las oraciones de los santos hermanos, aunque éstos lo ignoren, porque Dios quiere que no lo adviertan para que no encuentren en ello ocasión de orgullo. Estos son mis caballeros de la Tabla Redonda: los hermanos que viven ignorados en

[1] La anécdota queda así delimitada en el tiempo: fue el 22 de septiembre de 1220, cuando se instituyó el noviciado por la bula *Cum secundum consilium*, de Honorio III. El ministro general era, probablemente, el hermano Elías.
[2] SalVir 1.
[3] Test 13.
[4] Cf. Mt 13,12.

lugares desiertos y apartados para dedicarse con mayor diligencia a la plegaria y meditación, para llorar por sus pecados y por los de otros. Su santidad es conocida por Dios, aunque algunas veces sea ignorada por los hermanos y por las gentes. Cuando sus almas sean presentadas por los ángeles al Señor, éste les hará conocer el fruto y recompensa de sus trabajos, es decir, la multitud de almas salvadas por sus oraciones: *puesto que habéis sido fieles en las cosas pequeñas, yo os constituiré sobre las grandes* [5].

He aquí cómo explicaba el bienaventurado Francisco aquel **d**
texto: *La mujer estéril dio a luz muchos hijos y la madre de muchos se vio abandonada* [6]. «La mujer estéril —decía— es el religioso que por sus oraciones y virtudes se santifica y edifica a los demás».

Repetía frecuentemente estas palabras en sus coloquios con los hermanos, y, sobre todo, en el capítulo, junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, ante los ministros y los demás hermanos. De esta manera formaba a los ministros y a los predicadores para que obraran bien. Les inculcaba que la prelatura y el oficio y la solicitud de predicar jamás les debía llevar a abandonar la santa y devota oración, el ir por limosna y el trabajar con sus manos, como hacen los otros hermanos, por el buen ejemplo y para ganar sus almas y las de los demás.

Y añadía: «Los hermanos súbditos se edifican en gran manera al ver que sus ministros y los predicadores se entregan con gusto a la oración y se abajan y se humillan».

Como fiel discípulo de Cristo, él mismo, mientras tuvo salud, hacía lo que enseñaba a sus hermanos.

Llegó cierto día el bienaventurado Francisco al eremitorio **h**
donde vivía el novicio de quien se ha hablado más arriba. Este se le acercó para decirle: «Padre, sería para mí un consuelo muy grande tener un salterio; pero, aunque el ministro general haya querido concedérmelo, quiero tenerlo de acuerdo con tu conciencia».

La respuesta del bienaventurado Francisco fue ésta: «El emperador Carlos, Rolando y Oliverio y todos los paladines y valientes guerreros, que fueron esforzados en el combate, persiguieron a los infieles hasta la muerte, sin ahorrar sudores y fatigas, y consiguieron sobre ellos una victoria gloriosa y memorable; y, por fin, los mismos santos mártires murieron en la lucha por la fe de Cristo. Son muchos los que buscan el honor y la alabanza de los hombres por la sola narración de estas gestas que aquéllos realizaron». Por eso, escribió la explicación de estas palabras en sus admoniciones, donde escribe: «Los santos hicieron las obras, y nosotros, con narrarlas y predicarlas, queremos recibir honor y gloria» [7]. Es como si dijera: *La ciencia hincha y la caridad edifica* [8].

[5] Mt 25,23.
[6] Is 54,1.
[7] Adm 6,3.
[8] 1Cor 8,1.

Dichoso quien se hace estéril por Dios

104. En otra ocasión, estando el bienaventurado Francisco sentado y calentándose junto a la lumbre, volvió el novicio a hablarle del salterio. El bienaventurado Francisco le dijo: «Cuando tengas un salterio, anhelarás tener un breviario; y, cuando tengas un breviario, te sentarás en un sillón como un gran prelado y dirás a tu hermano: 'Tráeme mi breviario'». Diciendo esto, con gran fervor de espíritu tomó ceniza con la mano, la esparció sobre su cabeza y la restregó en la misma como quien la lava, mientras decía: «¡Quiero breviario! ¡Quiero breviario!» Y repitió muchas veces estas palabras mientras continuaba haciendo el mismo gesto de la mano en la cabeza. El hermano quedó confuso y avergonzado.

Luego continuó el bienaventurado Francisco: «También yo, hermano, sufrí la tentación de tener libros; pero para conocer la voluntad del Señor sobre este punto tomé el libro de los evangelios y le pedí al Señor que me diera a conocer, en la primera página que yo abriese al azar, lo que El quería de mí. Terminada mi plegaria, abrí el libro, y ante mis ojos apareció este versículo: *A vosotros se os ha dado conocer el misterio del reino de Dios, pero a los otros todo se les dice en parábolas*» [1]. Continuó: «Son tantos los que desean adquirir ciencia, que es dichoso quien se hace estéril por amor del Señor Dios».

El novicio que quiere un salterio

105. Muchos meses más tarde, estando el bienaventurado Francisco junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, se hallaba cerca de su celdilla en el camino que pasa detrás de la casa, cuando de pronto viene aquel hermano a hablarle otra vez del salterio. Le dijo el Santo: «Vete y haz lo que tu ministro te diga». Apenas oyó esto el hermano, inició el regreso por el mismo camino que había traído.

Quedóse el bienaventurado Francisco en el mismo sitio y se puso a reflexionar sobre lo que había dicho al hermano. Y en seguida le gritó: «Espera, hermano, espera». Y se le acercó para decirle: «Vuelve conmigo a indicarme el sitio donde te he dicho, en cuanto a tu salterio, que hagas lo que tu ministro te diga». Cuando retornaron al lugar, el bienaventurado Francisco se arrodilló ante el hermano, diciéndole: «*Mea culpa,* hermano, *mea culpa.* Quien quiera ser hermano menor, no debe tener sino las túnicas que concede la Regla, la cuerda y los calzones, y el calzado, si la manifiesta necesidad o la enfermedad lo exigen» [1]

Cada vez que un hermano venía a pedirle consejo de este gé-

[1] Mc 4,11.

[1] 1R 2.13-14; 2R 2.14-15.

nero, le daba la misma respuesta. Por lo que decía: «Tanto sabe el hombre, cuanto obra; y tanto sabe orar un religioso, cuanto practica». Como si dijera: Al buen árbol no se le conoce sino por sus frutos [2].

POR QUÉ TOLERABA CIERTOS ABUSOS

106. En los días en que el bienaventurado Francisco residía de nuevo en el mismo palacio, uno de sus compañeros le habló en cierta ocasión: «Padre, perdóname, porque lo que voy a decirte, ya lo han advertido otros muchos. Tú sabes cómo en tiempos anteriores, por la gracia de Dios, floreció toda la Religión en la pureza de la perfección, cómo los hermanos observaban con celo y fervor la santa pobreza en todas las cosas: en casas pequeñas y pobres, en utensilios pequeños y pobres, en libros pequeños y pobres y en vestidos pobres. En esto como en las demás cosas exteriores eran todos de una sola voluntad, decididos a observar cuanto se refiere a nuestra profesión y vocación y al buen ejemplo; y así eran también unánimes en el amor a Dios y al prójimo. Ahora bien, desde hace poco tiempo esta pureza y esta perfección comenzaron a deteriorarse, aunque los hermanos, excusándose, repitan que todo esto no se puede observar por la multitud de los hermanos; muchos hermanos creen que hasta el pueblo está más edificado por esta nueva manera de vivir y les parece que así se vive de manera más conveniente. Menosprecian el camino de la simplicidad y de la pobreza, que fueron origen y fundamento de nuestra Religión. Viendo todo esto, creemos que te disgusta; pero estamos sorprendidos de cómo lo soportas y no lo corriges, si es que te disgusta». El bienaventurado Francisco respondió: «Hermano, que el Señor te perdone por haber intentado ser mi contrario y adversario y por mezclarme en cuestiones que no son de mi incumbencia». Y añadió: «Mientras tuve el gobierno de los hermanos y ellos permanecieron fieles a su vocación y profesión, a pesar de que desde los comienzos de mi conversión a Cristo era yo enfermizo, a poco que me preocupaba, les satisfacía con mi ejemplo y mis exhortaciones. Pero cuando vi que el Señor multiplicaba cada día el número de los hermanos, y que éstos, por tibieza y por falta de espíritu, empezaban a desviarse del camino recto y seguro por el que antes andaban y a tomar, como dices, otro más ancho, sin tener en cuenta ni su profesión, ni su vocación, ni el buen ejemplo; cuando me apercibí de que ni mis consejos ni mi modo de vivir podían apartarles de ese camino emprendido, entonces puse la Religión en manos del Señor y de los ministros. Yo renuncié a mi cargo, y me excusé ante los hermanos en el capítulo general de no poder, a causa de mi enfermedad, ocuparme del cuidado de los hermanos. Sin embargo, si los her-

[2] Cf. Lc 6,44; Adm 7.

manos vivieran ahora y hubiesen vivido antes según mi voluntad, no querría, para su consolación, que tuvieran otro ministro que yo hasta el día de mi muerte. En efecto, cuando el súbdito fiel y bueno conoce y observa la voluntad de su prelado, no tiene éste que preocuparse mucho de él. Hasta experimentaría yo tanta alegría por la bondad de los hermanos y recibiría tan gran consuelo a la vista de nuestras ganancias, mías y suyas, que no me resultaría gravoso complacerlos aunque estuviera postrado en el lecho por la enfermedad».

Y dijo: «Mi cargo es espiritual: estar sobre los hermanos para contener los vicios y corregirlos. Y, si no puedo reprimirlos y enmendarlos con mis exhortaciones y mi ejemplo, no quiero convertirme en verdugo que castigue y flagele, como hacen los poderes de este mundo. Confío en el Señor que caerán sobre ellos los enemigos invisibles (funcionarios del Señor encargados de castigar en este mundo y en el otro a los transgresores de los mandamientos divinos), y se vengarán haciendo que sean castigados por los hombres de este siglo, con gran vergüenza y confusión suya, y así volverán a su vocación y profesión. Sin embargo, hasta el día de mi muerte no cesaré de enseñar con mi ejemplo y mi vida cómo han de marchar los hermanos por el camino que el Señor me mostró, y que yo les mostré y les enseñé a fin de que no hallen excusa delante del Señor, ni yo tenga que rendir cuentas más tarde ante Dios ni de ellos ni de mí mismo».

Por eso, hizo escribir en su testamento que todas las casas de los hermanos debían fabricarse de arcilla y madera, en señal de santa pobreza y humildad, y que las iglesias que habían de construirse para los hermanos fuesen pequeñas [1]. Es más: quiso que todo esto, y particularmente lo referente a la construcción de las casas de madera y barro y cuanto hacía a los buenos ejemplos, comenzara a aplicarse en el lugar de Santa María de la Porciúncula, que fue el primer lugar donde, después que estuvieron los hermanos, el Señor comenzó a multiplicarlos; quería que por siempre constituyera un memorial para los hermanos presentes y para los que en el futuro han de entrar en la Religión.

d Hubo quienes le dijeron que no les parecía bien que las casas se hicieran de barro y madera, porque la madera resultaba más cara que la piedra en muchos lugares y provincias. (El bienaventurado Francisco no quería discutir con ellos, pues estaba muy enfermo y a las puertas de la muerte; efectivamente, murió poco después.)

Pero escribió luego en su testamento: «Guárdense los hermanos de recibir en absoluto iglesias y moradas, ni nada de lo que se construye para ellos, si no son como conviene a la santa pobreza que prometimos en la Regla, hospedándose siempre allí como forasteros y peregrinos».

[1] Test 24. Pero no se mencionan en él la madera y la arcilla. Cf. más arriba LP 57-58.

Nosotros que estuvimos con él cuando compuso la Regla y casi todos sus escritos, damos testimonio de que en la Regla y otros escritos suyos hizo poner muchas cosas de las que eran contrarios algunos hermanos, particularmente prelados. Y sucede que hoy, después de la muerte del bienaventurado Francisco, serían muy útiles a toda la Religión aquellas cosas a las que algunos hermanos se opusieron. Pero, como tenía tanto horror al escándalo, condescendía de mal grado a los deseos de los hermanos.

Decía con frecuencia: «¡Ay de los hermanos que se *oponen* a lo que sé que es voluntad de Dios para el mayor bien de la Orden! Aunque muy a pesar mío, condescenderé a sus deseos». Y muchas veces decía a sus compañeros: «Este es mi dolor y mi aflicción: que aquellas cosas que consigo de Dios a fuerza de mucha oración y meditación para utilidad actual y futura de toda la Religión y de las que he sido confirmado por El que son según su voluntad, las quitan algunos hermanos valiéndose de su autoridad y de las luces de la ciencia, diciendo: 'Tales prescripciones se deben guardar y observar; tales otras, no'». Sin embargo, temía tanto el escándalo, como hemos dicho, que transigía en muchas cosas y condescendía a deseos que iban en contra de su voluntad.

Reparación de las palabras ociosas e inútiles

107. Estaba nuestro Padre junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula. Tenía la costumbre de ocuparse en algún trabajo a una con sus hermanos después de comer, para que ni él ni sus hermanos perdieran, por medio de palabras ociosas e inútiles después de la oración, el bien que con la asistencia de Dios habían ganado en ella. Por eso, un día, para evitar ese lapso de palabras ociosas e inútiles, mandando a sus hermanos que lo observaran, ordenó lo que sigue: «Si un hermano, estando entre los hermanos sin hacer nada o haciendo algo, profiriese alguna palabra ociosa o inútil, esté obligado a recitar una vez el padrenuestro, alabando a Dios al principio y al final de esa su oración. Pero con esta condición: si el transgresor, consciente de su falta, se acusa de ella antes de ser corregido, dirá el padrenuestro y las alabanzas de Dios [1] en bien de su alma; si es advertido por otro hermano antes de que se acuse él mismo, dirá el padrenuestro por el hermano que le ha corregido, según el modo antes indicado. Pero si, advertido por un hermano, trata de excusarse y no quiere recitar el padrenuestro, lo dirá dos veces por el hermano corrector, si del testimonio de éste o tal vez del de otro tercero constase que la palabra vana o inútil había sido pronunciada. Recitará estas alabanzas de Dios al principio y al final de esa oración tan fuerte y clamante, que todos los hermanos presentes las oigan y entien-

[1] Debe hacer referencia a las *Alabanzas para todas las horas* (cf. en este mismo volumen, p.29-30).

dan; éstos durante tal recitación deben callar y escuchar. Si alguno no guarda silencio y habla mientras el otro reza, deberá decir el padrenuestro con las alabanzas de Dios por el rezador. Siempre que un hermano entra a una celda, casa u otro lugar y encuentra allí o en otro sitio a uno o más hermanos, debe alabar y bendecir a Dios diligentemente». El muy santo Padre acostumbraba recitar siempre estas alabanzas, y su gran deseo y voluntad era que también los otros hermanos las dijeran igualmente con fervor y devoción.

Devoción a la eucaristía

108. Después del capítulo [1], celebrado en el mismo lugar y en el que por primera vez fueron enviados hermanos a algunos países de ultramar, el bienaventurado Francisco, que había quedado allí con algunos hermanos, les dijo: «Mis muy queridos hermanos, yo debo ser modelo y ejemplo para todos los hermanos. Por tanto, si he enviado a mis hermanos a países lejanos, donde sufrirán fatigas, humillaciones, hambre y pruebas de toda clase, es justo y me parece muy conveniente que también yo vaya a alguna comarca lejana para que mis hermanos puedan sobrellevar con mayor paciencia los sufrimientos y privaciones, sabiendo que también yo los soporto».

Y les ordenó: «Id y pedid al Señor para que acierte yo con la provincia donde pueda trabajar para mejor gloria suya, provecho y salvación de las almas y buen ejemplo de nuestra Religión».

Era, en efecto, costumbre del santísimo Padre, cuando se proponía partir a predicar no sólo en una provincia lejana, sino también en las provincias vecinas, orar y hacer orar a los hermanos para que el Señor le inspirase a dónde debía encaminarse según el deseo de Dios.

Los hermanos se retiraron, y, concluida la oración, volvieron donde el bienaventurado Francisco, que les habló así: «En nombre de nuestro Señor Jesucristo, de la gloriosa Virgen, su madre, y de todos los santos, escojo la provincia de Francia. Es una nación católica que, entre todas las naciones católicas de la santa Iglesia, profesa la más grande veneración al cuerpo de Cristo [2], lo que me complace sobremanera. Por eso, me será muy grato estar con sus gentes».

e El bienaventurado Francisco tenía, en efecto, grandísima reverencia y devoción al cuerpo de Cristo. Por ello, quiso escribir en la Regla que, en las provincias donde morasen, los hermanos debían tener cuidado y preocupación del mismo, y debían predicar y exhortar a los clérigos y sacerdotes a que tuviesen el cuerpo de Cristo en lugar decente y conveniente; si éstos no lo hacían, quería que lo hicieran los hermanos [3].

[1] En 1217.
[2] Cf. 2C 201 n.2.
[3] CtaCle 4-5.8; Test 11-13.

Y en cierta ocasión quiso también enviar por todas las provincias algunos hermanos con copones para que colocasen en ellos con respeto el cuerpo de Cristo cuando lo hallasen colocado en contra de las normas. Por reverencia al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, quiso también insertar en la Regla que, «si los hermanos hallan escritos con las palabras y los nombres del Señor por los que se confecciona el santísimo sacramento no bien colocados o tirados indecorosamente por el suelo, los recojan y levanten, honrando de esta manera al Señor en las palabras que El pronunció; muchas cosas se santifican, en verdad, por las palabras de Dios, y el sacramento del altar se realiza por la virtud de las palabras de Cristo».

Y aunque no escribió esta prescripción en la Regla, sobre todo porque los ministros no juzgaron oportuno ponerla como precepto, el santo Padre quiso manifestar a los hermanos en su testamento y en sus escritos su voluntad a este respecto. Quiso también enviar hermanos a todas las provincias con buenos y hermosos utensilios de hierro para la elaboración de las hostias.

Escogió el bienaventurado Francisco los hermanos que debían **h**
acompañarle y les ordenó: «En el nombre del Señor, id de dos en dos en compostura y, sobre todo, en silencio, orando al Señor en vuestros corazones desde la mañana hasta después de tercia [4]. Evitad las palabras ociosas o inútiles, pues, aunque vayáis de camino, vuestro comportamiento debe ser tan digno como cuando estáis en el eremitorio o en la celda. Pues dondequiera que estemos o a dondequiera que vayamos, llevamos nuestra celda con nosotros; nuestra celda, en efecto, es el hermano cuerpo, y nuestra alma es el ermitaño, que habita en ella para orar a Dios y para meditar. Si nuestra alma no goza de la quietud y soledad en su celda, de poco le sirve al religioso habitar en una celda fabricada por mano del hombre».

Cuando llegaron a Arezzo, casi la ciudad entera era presa de **i**
un escándalo espantoso y de una guerra que se mantenía día y noche. Había, en efecto, dos facciones que se odiaban desde tiempos atrás. El bienaventurado Francisco se alojó en un hospital a las afueras de la ciudad. En seguida se percató de la situación, y, al oír tanto alboroto y fragor durante el día y durante la noche, se persuadió de que eran los demonios quienes gozaban de ello e incitaban a todos los habitantes de la ciudad a destruirla por el fuego y otros medios peligrosos.

Movido a piedad en favor de la ciudad, llamó al hermano Silvestre, sacerdote, hombre de Dios, de fe sólida y de una simplicidad y pureza admirables. El santo Padre le veneraba como a santo. «Vete —le dijo— a la puerta de la ciudad y en alta voz ordena a los demonios que salgan todos ellos de esta ciudad». El hermano Silvestre se levantó, marchó a la entrada de la ciudad y gritó con todas sus fuerzas: «Loado y bendito sea el Señor Jesu-

[4] Cf. REr 4.

cristo. De parte de Dios todopoderoso y en virtud de la santa obediencia a nuestro santísimo padre Francisco, ordeno a todos los demonios que salgan de esta ciudad».

Y gracias a la bondad de Dios y a la plegaria del bienaventurado Francisco, sin más predicación, se restablecieron al poco tiempo la paz y concordia entre aquellos ciudadanos. Al no poder predicarles en esta ocasión, el bienaventurado Francisco les dijo más tarde en el primer sermón que les dirigió: «Vengo a hablaros como a gente encadenada por los demonios. Vosotros mismos, por vuestra miseria, os encadenasteis y os vendisteis, como se vende a los animales en el mercado; os entregasteis en manos de los demonios al someteros a la voluntad de aquellos que se destruyen a sí mismos y continúan destruyéndose y quieren vuestra ruina y la de toda la ciudad. Sois miserables e ignorantes, pues no reconocéis los beneficios de Dios; pues, aunque algunos de vosotros lo ignoren, en cierta ocasión liberó a esta ciudad por los méritos de un hermano muy santo llamado Silvestre».

1 Habiendo llegado el bienaventurado Francisco a Florencia, encontró allí al señor Hugolino, obispo de Ostia, que más tarde fue papa. Este había sido enviado por el papa Honorio como legado al Ducado, a Toscana, Lombardía y la Marca de Treviso hasta Venecia [5]. El señor obispo se alegró mucho de la llegada del santo Padre.

Pero, cuando le oyó que quería ir a Francia, se lo prohibió, diciéndole: «Hermano, no quiero que vayas a las partes ultramontanas, pues hay en la curia romana prelados y otras gentes que muy a gusto impedirían el bien de tu Religión. Otros cardenales y yo que la amamos, de muy buena gana la protegeremos y ayudaremos si permaneces en los alrededores de esta provincia».

El bienaventurado Francisco le respondió: «Señor, es muy vergonzoso para mí quedarme en estas provincias mientras he enviado a mis hermanos a países lejanos». El señor obispo le replicó en son de reproche: «¿Por qué enviaste a tus hermanos tan lejos a morir de hambre y a sufrir tantas calamidades?» El bienaventurado Francisco respondió con gran fervor y con espíritu de profecía: «Señor, ¿pensáis y creéis que el Señor Dios ha enviado a los hermanos sólo para estas provincias? Os digo de verdad: Dios ha elegido y enviado a los hermanos para provecho y salvación de todos los hombres del mundo entero; serán recibidos no sólo en los países de fieles, sino también de infieles. Y, con tal de que observen lo que prometieron al Señor, El les proveerá de lo necesario tanto en tierra de infieles como en la de fieles».

El señor obispo quedó admirado de estas palabras y reconoció que tenía razón, pero no le permitió marchar a Francia; el bienaventurado Francisco envió a aquel país al hermano Pacífico con otros hermanos [6], regresando él al valle de Espoleto.

[5] El cardenal Hugolino recibe la bula de legado el 23 de enero de 1217. Cf. CALLEBAUT, *Autour de la rencontre à Florence de s. François et du cardinal Hugolino:* AFH 19 (1926) p.530-40.

[6] Cf. LM 4,9 n.17.

RETRATO DEL VERDADERO HERMANO MENOR

109. Como se aproximaba la celebración del capítulo que se había de celebrar junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, el bienaventurado Francisco dijo un día a su compañero: «No me consideraré hermano menor mientras no tenga lo que te voy a decir: piensa que los hermanos vienen con gran devoción y veneración a visitarme y me invitan al capítulo, y yo, conmovido por su devoción, voy al capítulo con ellos. Estando todos reunidos, me piden que anuncie la palabra de Dios a toda la asamblea. Me levanto y hablo según me inspira el Espíritu Santo. Supongamos que al término de mi sermón reflexionan y se levantan contra mí, diciendo: 'No queremos que reines sobre nosotros [1], no tienes elocuencia, eres muy simple; nos avergonzamos de tener por superior a uno tan simple y despreciable; en adelante no tengas la pretensión de decir que eres nuestro prelado'. Y me desprecian y me expulsan del capítulo. Pues bien, no me consideraría hermano menor si no me siento tan gozoso cuando me vilipendian y me arrojan vergonzosamente porque no me quieren de superior, como cuando me honran y veneran, a condición de que el provecho de ellos sea igual en entrambos casos. Pues, si me congratulo de su aprovechamiento y devoción cuando me exaltan y honran —que en esto puede correr peligro mi alma—, más he de alegrarme y regocijarme, por mi aprovechamiento y el bien de mi alma cuando me vituperan y arrojan vergonzosamente, ya que esto es para mí una ganancia».

LA HERMANA CIGARRA

110. Era en verano. El bienaventurado Francisco moraba en el mismo lugar y habitaba la última celda, cerca del seto del jardín detrás de la casa; la misma celda que, después de la muerte del Santo, habitaba el hermano Rainerio el hortelano. Un día, al bajar de aquella celdilla, vio al alcance de su mano una cigarra posada en una rama de la higuera que hay junto a la celda. Extendió la mano hacia la cigarra y le habló: «Ven, mi hermana cigarra». En seguida ésta trepa a lo largo de sus dedos; mientras la acaricia con un dedo de la otra mano, le dice: «Canta, mi hermana cigarra». Ella le obedeció en seguida y se puso a cantar, lo cual inundó de consuelo al bienaventurado Francisco, que también se puso a alabar a Dios. Así transcurrió una hora larga. Luego la colocó en la misma rama de la higuera de donde la había tomado.

Cada vez que el Santo bajaba de su celda durante ocho días, la hallaba en el mismo sitio, la ponía en su mano, y tan pronto le decía, acariciándola, que cantase, ella cantaba. Pasados los ocho

[1] Cf. Lc 19,14.

días, dijo a sus compañeros: «Vamos a dar permiso a la hermana cigarra para que vaya a donde quiera. Nos ha consolado bastante. Y podría ser ocasión de vanagloria para nuestra carne». Recibido el permiso, partió la cigarra y no volvió a aparecer.

Los compañeros admiraron la obediencia y la mansedumbre que mostró la cigarra al bienaventurado Francisco. Tanta alegría encontraba él en las criaturas por amor del Creador, que el Señor, para consuelo de su alma y de su cuerpo, amansaba las criaturas que para el resto de los hombres son salvajes.

Quiere ser ejemplo para todos los hermanos

111. En cierta ocasión, el bienaventurado Francisco residía en la ermita de San Eleuterio, cerca del castro llamado Condigliano, en la comarca de Rieti. Como no vestía más que una túnica, por razón del frío intenso que hacía y de la necesidad manifiesta reforzó interiormente con algunos retazos su túnica y la de su compañero. Con ello encontró algún alivio su cuerpo.

Poco después, al regresar un día de la oración, con gran alegría dijo a su compañero: «Debo ser modelo y ejemplo para todos los hermanos. Por tanto, aunque mi cuerpo necesite llevar la túnica reforzada con retazos, debo pensar en mis hermanos, que, teniendo esta misma necesidad, acaso no tienen ni pueden tener la posibilidad de hacer otro tanto. Entonces yo debo ponerme en su situación y soportar sus privaciones, a fin de que ellos las sobrelleven más pacientemente viendo mi modo de obrar».

Nosotros que hemos vivido con él no podríamos contar cuántas fueron las veces que negó a su cuerpo lo necesario en la comida y en el vestido para dar buen ejemplo a los hermanos, y para ayudarles así a soportar más pacientemente su indigencia. En todo tiempo, pero especialmente cuando el número de hermanos comenzó a crecer y él renunció al cargo de superior, el principal y supremo cuidado del bienaventurado Francisco fue enseñar a sus hermanos, con las obras más que con las palabras, lo que debían hacer y lo que debían evitar.

«¿Quién ha plantado la Religión de los hermanos?»

112. Un día, viendo y oyendo que algunos hermanos daban mal ejemplo en la Orden y que otros hermanos se apartaban de la cima de su profesión, con el corazón dolorido se dirigió al Señor en la oración para decirle: «Señor, te confío la familia que me diste».

El Señor le respondió: «Dime: ¿por qué estás tan triste cuando un hermano abandona la Religión u otros no van por el camino que te mostré? Dime: ¿quién ha plantado la Religión de los hermanos? ¿Quién hace que el hombre se convierta para que en la

Religión haga penitencia? ¿Quién da la fuerza para perseverar? ¿No soy yo?»

Y le fue dicho en espíritu: «No escogí en tu persona a un sabio, ni a un hombre elocuente para gobernar mi familia religiosa, sino a un hombre simple, para que sepas tú y sepan los demás que soy yo quien vigilaré sobre mi grey. Te puse en medio de los hermanos como un signo para que las obras que hago en ti las vean ellos y las pongan, a su vez, en práctica. Los que andan por mis caminos me poseen y me poseerán más plenamente aún; pero los que no quieren andar por ellos serán desposeídos de lo que creen tener [1]. Por eso, te digo que no te aflijas tanto; haz bien lo que haces, trabaja bien lo que trabajas, pues yo he plantado la Religión de los hermanos en la caridad perpetua. Has de saber que la amo tanto, que, si alguno de los hermanos vuelve a su vómito y muere fuera de la Religión, llamaré a otro para que reciba la corona que le estaba designada a aquél. Y, aun en el caso de que ese otro no hubiera nacido, haré que nazca. Y has de saber que amo de corazón la vida y religión de los hermanos; y tanto la amo, que, aun en la hipótesis de que en la Religión de los hermanos no quedaran más que tres, no la abandonaré jamás».

Estas palabras confortaron el ánimo del bienaventurado Francisco, que quedaba muy contristado cada vez que tenía noticias de que los hermanos habían dado algún mal ejemplo. Y, aunque no podía impedir del todo la tristeza cuando le contaban alguna falta de los hermanos, sin embargo, después que el Señor le animó con las dichas palabras, las evocaba en su recuerdo y se las repetía a sus hermanos.

Les decía también muchas veces en los capítulos y en las exhortaciones: «He resuelto y he prometido guardar la Regla; los hermanos se obligaron también a observarla. Desde que renuncié al cargo de superior de los hermanos, no me siento obligado, en razón de mis enfermedades, sino a darles buen ejemplo para mayor utilidad de mi alma y de la de todos ellos. Pues he aprendido del Señor, y estoy seguro de ello, que, aunque la enfermedad no fuera razón suficiente para retirarme, el mayor servicio que puedo prestar a la Religión es pedir al Señor todos los días que la gobierne, la conserve, la proteja y la defienda, pues a esto me obligué ante el Señor y ante los hermanos: quiero tener que rendir cuentas al Señor si algún hermano se perdiere por mi mal ejemplo». Cuando algún hermano venía a decirle que debía ocuparse más de los asuntos de la Religión, le contestaba: «Los hermanos tienen su Regla; incluso se comprometieron a ella. Y para que ellos no tengan excusa, volví a prometerla ante ellos cuando plugo al Señor hacerme su superior, y quiero continuar en su observancia hasta el fin de mi vida. Por eso, desde que los hermanos saben lo que han de hacer y han de evitar, no me queda sino predicarles con el ejemplo, ya que para esto les he sido dado durante mi vida y después de mi muerte».

[1] Mt 13,12 y Lc 8,18-26.

NO SUFRE QUE HAYA OTRO MÁS POBRE QUE ÉL

113. Yendo en cierta ocasión de predicación por una provincia el bienaventurado Francisco, se encontró con un hombre muy pobre. Ante el espectáculo de tanta pobreza, dijo a su compañero: «La pobreza de este hombre nos avergüenza y nos reprocha nuestra pobreza». «¿Cómo, hermano?», preguntó el compañero. «Es para mí —dijo él— una gran vergüenza el encuentro con uno que es más pobre que yo. He escogido la santa pobreza para hacerla mi señora, mis delicias, mi tesoro espiritual y temporal. Sepa todo el mundo que he hecho profesión de pobreza ante Dios y los hombres. Por eso, debo sentir vergüenza cuando hallo otro más pobre que yo».

CORRIGE A UN HERMANO QUE PIENSA MAL DE UN POBRE

114. El bienaventurado Francisco había llegado al eremitorio de los hermanos de Rocca di Brizio [1] para predicar a las gentes de aquella provincia; el día del sermón se le acercó un hombre pobre y enfermizo. Al verlo, se fijó en su pobreza y enfermedad, y, compadecido, comentaba con su compañero la desnudez y enfermedad del pobre.

Su compañero le dijo: «Hermano, es verdaderamente muy pobre, pero puede ser que no haya en toda la provincia otro que sea más rico que él en el deseo». El bienaventurado Francisco le reprendió por no haber hablado bien, y el hermano reconoció su falta. Entonces le preguntó: «¿Quieres hacer la penitencia que te indique?» «Con mucho agrado», contestó. «Pues bien: despójate de la túnica y vete desnudo a postrarte a los pies del pobre; dile cómo has pecado contra él calumniándole y ruégale que ore por ti para que Dios te perdone».

Fue el hermano e hizo lo que le había ordenado; luego se levantó, se puso la túnica y regresó. El bienaventurado Francisco le dijo: «¿Quieres que te diga cómo has pecado contra ese pobre y hasta contra el mismo Cristo?»

Y añadió: «Cuando ves a un pobre, debes pensar en Aquel en cuyo nombre se te acerca, es decir, en Cristo, que vino a tomar sobre sí nuestra pobreza y nuestras dolencias. La pobreza y la enfermedad de este hombre son un espejo en el que debemos ver piadosamente la pobreza y el dolor que nuestro Señor Jesucristo sufrió en su cuerpo para salvar al género humano».

[1] Puede ser Rocca S. Angelo, al noroeste de Asís, o la villa de Brizignano, al norte de Asís.

UNOS BANDIDOS SE CONVIERTEN

115. En el eremitorio que los hermanos tienen encima de Borgo San Sepolcro [1], sucedió que venían, a veces, unos ladrones a pedir pan a los hermanos; vivían escondidos en los grandes bosques de la provincia, pero de vez en cuando salían de ellos para despojar a los viajeros en la calzada o en los caminos. Algunos hermanos del lugar decían: «No está bien que les demos limosnas, ya que son bandidos que infieren tantos y tan grandes males a los hombres». Otros, teniendo en cuenta que pedían limosna con humildad y obligados por gran necesidad, les socorrían algunas veces, exhortándoles, además, a que se convirtieran e hicieran penitencia.

Entre tanto llegó el bienaventurado Francisco al eremitorio. Y como los hermanos le pidieron su parecer sobre si debían o no socorrer a los bandidos, respondió: «Si hacéis lo que voy a deciros, tengo la confianza de que el Señor hará que ganéis las almas de esos hombres». Y les dijo: «Id a proveeros de buen pan y de buen vino y llevadlos al bosque donde sabéis que ellos viven y gritad: '¡Venid, hermanos bandidos. Somos vuestros hermanos y os traemos buen pan y buen vino'. En seguida acudirán a vuestra llamada. Tended un mantel [2] en el suelo y colocad sobre él el pan y el vino y servídselos con humildad y buen talante. Después de la comida exponedles la palabra del Señor y por fin hacedles, por amor del Señor, un primer ruego: que os prometan que no golpearán ni harán mal a hombre alguno en su persona. Si pedís de ellos todo de una vez, no os harán caso. Los bandidos os lo prometerán al punto movidos por vuestra humildad y por el amor que les habéis mostrado. Al día siguiente, en atención a la promesa que os hicieron, les llevaréis, además de pan y vino, huevos y queso, y les serviréis mientras comen. Terminada la comida, les diréis: '¿Por qué estáis aquí todo el día pasando tanta hambre y tantas calamidades, maquinando y haciendo luego tanto mal? Si no os convertís de esto, perderéis vuestras almas. Más os valdría servir al Señor, que os deparará en esta vida lo necesario para vuestro cuerpo y luego salvará vuestras almas'. Y el Señor, en su misericordia, les inspirará que se conviertan por la humildad y caridad que habéis tenido con ellos».

Se levantaron los hermanos y obraron según el consejo del bienaventurado Francisco. Los bandidos, por la gracia y la misericordia de Dios, que descendió sobre ellos, aceptaron y cumplieron a la letra punto por punto todas las peticiones hechas por los hermanos; y, agradecidos a la familiaridad y caridad que les mostraron los hermanos, empezaron a llevar a hombros leña para el

[1] En el eremitorio de Monte Casale, a dos horas de Borgo San Sepolcro, en la montaña (cf. RENÉ NANTES, *L'ermitage de Monte Casale:* EF 24 [1910] p.353-65).

[2] Quería que los hermanos tuvieran con los ladrones atenciones que no le agradaba las tuvieran consigo mismos (cf. LP 74).

eremitorio. Así, por la misericordia de Dios y gracias a la caridad y bondad que los hermanos tuvieron con ellos, unos ingresaron en la Religión, otros se convirtieron a la penitencia y prometieron ante los hermanos no cometer más tales fechorías y vivir en adelante del trabajo de sus manos.

Mucho se admiraron los hermanos y cuantos oyeron y conocieron lo sucedido con los ladrones; les hacía ver la santidad del bienaventurado Francisco: tan pronto se convirtieron al Señor quienes eran pérfidos e inicuos, según él lo había anunciado.

Descubre el engaño de un hermano que pasaba por santo

116. Había un hermano que llevaba una vida santa y ejemplar: día y noche se dedicaba a la oración y guardaba un silencio tan riguroso, que, a veces, cuando se confesaba con un hermano sacerdote, lo hacía por señas, sin decir una sola palabra.

Parecía ser muy devoto y fervoroso en el amor de Dios: cuando se sentaba con los hermanos, aunque no hablase, manifestaba tanta alegría interior y exterior al escuchar cualquiera conversación piadosa, que movía a devoción a los hermanos y a todos los que le veían. Todos le miraban como a un santo.

Llevaba este hermano muchos años en este género de vida cuando llegó el bienaventurado Francisco al lugar donde él moraba. Al enterarse de su manera de actuar, dijo a los otros hermanos: «Sabed en verdad que es una tentación diabólica y un engaño, pues no quiere confesarse».

Llegó allí el ministro general [1] para visitar al bienaventurado Francisco, y ante éste comenzó a elogiar al hermano. El bienaventurado Francisco le dijo: «Créeme, hermano, que éste está engañado y es conducido por el espíritu maligno». A lo que el ministro general respondió: «Me parece asombroso y casi increíble que un hombre en el que vemos tantas señales y obras de santidad, pueda ser lo que dices». «Haz la prueba —replicó Francisco—. Mándale que se confiese dos veces, o al menos una cada semana. Si no te hace caso, sábete que es verdad lo que te he dicho».

Un día en que el ministro general hablaba con este hermano, aprovechó la ocasión para decirle: «Hermano, quiero firmemente que te confieses dos veces, o al menos una por semana». El hermano puso un dedo sobre los labios y movió la cabeza, dando a entender con los gestos que no lo haría. El ministro no insistió más por temor a escandalizarle.

Pocos días después, este hermano abandonó voluntariamente la Religión y tornó al siglo vistiendo de seglar.

Cierto día, dos de los compañeros del bienaventurado Francisco que iban de camino encontraron a este hombre que andaba solo, como un pobrísimo peregrino. Compadecidos, le dijeron:

[1] 2C 28 dice «vicario del Santo». ¿Pedro Cattani o el hermano Elías?

«Pobrecito, ¿dónde está la vida piadosa y santa que tú llevabas? No querías darte a conocer a tus hermanos ni les hablabas, amante de la vida solitaria. Y ahora vas por el mundo como hombre que no conoce a Dios y a sus siervos». Comenzó a hablarles, perjurando como suelen los hombres del mundo. Dijéronle los hermanos: «Desgraciado, ¿por qué perjuras como los hombres del mundo, cuando en otro tiempo, estando en la Religión, te abstenías no sólo de palabras ociosas, sino incluso de las buenas?» A lo que respondió: «No puede ser de otro modo». Y se separaron. Pocos días después murió.

Los hermanos y otras personas admiraron el hecho y se percataron de la santidad del bienaventurado Francisco, que había anunciado su caída cuando era considerado como un santo por los hermanos y otros hombres.

Persecuciones diabólicas y consuelos

117. Una vez, el bienaventurado Francisco fue a Roma [1] para visitar al señor Hugolino, obispo de Ostia, que más tarde fue papa. Después de estar con él unos días, y con su anuencia, fue a visitar al señor León, cardenal de Santa Cruz [2].

Era éste muy afable y cortés y tenía sumo gusto en estar con el bienaventurado Francisco, a quien veneraba profundamente. Por eso, suplicó a éste con entera devoción que se quedara algunos días con él, pues, siendo invierno, arreciaba el frío y casi todos los días corría un viento fuerte y llovía mucho, como suele ocurrir en esa época del año. «Hermano —le dijo—, este tiempo no es bueno para viajar. Es mi deseo que, si no tienes inconveniente, te quedes en mi casa hasta que el tiempo mejore para viajar; como todos los días doy de comer a cierto número de pobres, recibirás la comida en lugar de uno de ellos». El señor cardenal le hablaba así porque sabía que, aun siendo de tanta santidad que era venerado como santo por el señor papa, por los cardenales y por todos los magnates de este mundo que le conocían, el bienaventurado Francisco en su humildad quería ser recibido siempre como un pobrecillo dondequiera le ofrecieran hospitalidad [3]. Y añadió: «Voy a poner a tu disposición una buena casa retirada, donde podrás comer y orar según lo desees».

Estaba con el señor cardenal el hermano Angel Tancredi [4], c
uno de los doce primeros hermanos; dijo éste al bienaventurado Francisco: «Hermano, hay cerca de aquí, en la muralla de la ciudad, una bella torre amplia y espaciosa, con nueve galerías. Allí podrás encontrarte tan apartado del bullicio como en un eremitorio». «Vamos a verla», respondió el bienaventurado Francisco.

[1] Sabatier opina que se puede situar la fecha en el invierno de 1223-24.
[2] Cf. 2C 119 n.1.
[3] Cf. esta misma LP 97.
[4] Respecto del hermano Angel, cf. LP 7 n.2.

Cuando la vio le agradó, y, volviendo a donde el señor cardenal, le dijo: «Señor, acaso quede con vos algunos días». El señor cardenal se alegró.

Fuese el hermano Angel y dispuso la torre de manera que el bienaventurado Francisco con su compañero pudieran habitarla de día y de noche, pues, en tanto fuese huésped del cardenal, no quería bajar de allí ni de día ni de noche; el hermano Angel se ofreció a darles la comida al bienaventurado Francisco y a su compañero desde fuera, pues ni él ni otro debía llegarse a donde él.

f Marchó el bienaventurado Francisco con su compañero a establecerse en la torre. La primera noche, cuando se disponía a conciliar el sueño, cayeron sobre él los demonios y le apalearon fuertemente. En seguida gritó a su compañero, que estaba alejado de él: «Ven aquí». El hermano se levantó y acudió presuroso. El bienaventurado Francisco le dijo: «Hermano, los demonios me han golpeado con dureza; quiero que quedes aquí conmigo, porque tengo miedo de estar solo». El hermano permaneció junto a él toda la noche. El bienaventurado Francisco temblaba como quien tiene fiebre. Los dos estuvieron de vigilia toda la noche.

El bienaventurado Francisco hablaba con su compañero y le decía: «¿Por qué me habrán apaleado los demonios? ¿Por qué habrán recibido del Señor permiso para hacerme mal?» Y proseguía así en su reflexión: «Los demonios son mandatarios de nuestro Señor. Lo mismo que el *podesta* envía sus guardias para castigar a un culpable, tambien el Señor corrige y castiga a los que ama por medio de sus guardias, es decir, los demonios, que en esta función son sus ministros. Ocurre frecuentemente que aun el religioso perfecto peca por ignorancia [5].

»Por eso, como ignora su pecado, es castigado por el diablo, para que por este castigo vea y considere diligentemente en su interior y exterior en qué ha ofendido, pues nada queda impune en aquellos a quienes ama el Señor más tiernamente en esta vida. En cuanto a mí, puedo decir que, por la gracia y bondad de Dios, no veo falta alguna de la que no me haya purificado por la confesión y satisfacción.

i »Más aún, en su misericordia, me ha concedido el don de conocer en la oración las cosas en que le puedo agradar o desagradar. Mas puede ser, según pienso, que el Señor ha querido castigarme por medio de sus mandatarios por el motivo siguiente: sin duda, el señor cardenal me trata con bondad de buen grado; mi cuerpo tiene necesidad de cuidados, y yo los puedo aceptar de él con confianza; pero mis hermanos, que andan por el mundo sufriendo hambre y toda clase de tribulaciones y los que viven en casas pobrecillas y en los eremitorios, al oír que soy huésped del

[5] Otra teoría corriente: se distinguían tres modos de pecar: por debilidad, por ignorancia y por malicia. Cada especie era enfocada en relación con una de las personas de la Trinidad, según Mt 12,32. Cf. *Liber de modo bene vivendi* c.26 *De peccato;* PL 184,1246.

señor cardenal, podrán tener pretexto para murmurar contra mí. Podrán decir: 'Mientras nosotros sufrimos toda suerte de privaciones, él tiene sus consuelos'.

»Por esto, tengo que darles siempre buen ejemplo; maxime teniendo en cuenta que para eso les he sido dado. Los hermanos quedan más edificados cuando vivo con ellos en lugares pobrecillos que cuando estoy en otros lugares; sobrellevan sus tribulaciones con más paciencia cuando oyen y saben que también yo las sufro con ellos». Y, aunque el bienaventurado Francisco fuese enfermo de siempre —estando en el siglo era ya delicado y endeble de constitución— y día a día hasta su muerte fuese enfermo cada vez más, sin embargo, consideraba que tenía que dar buen ejemplo a los hermanos y que debía evitar siempre a éstos todo motivo de murmuración, de suerte que no pudieran decir: «El tiene todo lo necesario y nosotros no lo tenemos». Y fueron tantas las privaciones, que, sano o enfermo, se quiso imponer hasta el día de su muerte, que cuantos tuvieren noticia de ellas —como la tenemos nosotros que por algún tiempo convivimos con el hasta el fin de sus días— y las quisieren recordar, no podrán contener sus lágrimas, y, si sufren necesidades y tribulaciones, las soportarán con mayor paciencia.

El bienaventurado Francisco bajó muy temprano de la torre y se fue a contar al señor cardenal todo lo que había pasado y todo lo que había comentado con su compañero. Y añadió. «Las gentes tienen gran confianza en mí y me creen un santo. Pero ahora sucede que los demonios me han arrojado de la cárcel». El quería vivir, en efecto, retirado en aquella torre como en una cárcel, sin hablar con nadie más que con su compañero. Mucho se alegró el señor cardenal de verle otra vez; pero, porque le reconocía y veneraba como a un santo, quedó satisfecho de su decisión de no permanecer allí más tiempo.

Habiendo conseguido el bienaventurado Francisco el consentimiento para partir, volvió al eremitorio de San Francisco de Fonte Colombo, cerca de Rieti.

La visión del serafín en el monte Alverna

118. El bienaventurado Francisco llegó un día al eremitorio del monte Alverna, lugar que le agradó tanto por su aislamiento, que decidió hacer allí una cuaresma en honor de San Miguel. Había llegado al lugar antes de la fiesta de la Asunción de la gloriosa Virgen María; contó los días que separaban la fiesta de Santa María de la de San Miguel: eran cuarenta. Entonces dijo: «En honor de Dios y de la bienaventurada Virgen María, su madre, y del bienaventurado Miguel, príncipe de los ángeles y de las almas [1], quiero hacer aquí una cuaresma»

[1] Doble afirmación, basada en la Escritura y en la liturgia: *príncipe de los angeles:* Dan 10,13; *jefe de la milicia celestial:* Ap 12,7; *príncipe de las almas,* que el conduce al paraíso: antes ofertorio de la misa de difuntos.

Entró en la celda que pensaba ocupar continuamente durante todo ese tiempo; la primera noche rogó al Señor que le diera una señal de si era voluntad divina que él se quedara allí.

Es que, cuando el bienaventurado Francisco se detenía en algún lugar para orar o cuando iba por el mundo a predicar, se preocupaba siempre de conocer la voluntad del Señor para poder agradarle más. Temía algunas veces que, so pretexto de retirarse a la soledad para orar, su cuerpo buscase en realidad descansar y rehuir las fatigas de ir por el mundo a predicar, que es por lo que Cristo bajó del cielo a este mundo. Incluso hacía que los que él estimaba queridos del Señor rogaran para que les revelara si su deseo era que fuese a predicar por el mundo o si en alguna ocasión quería que quedara en un lugar solitario para dedicarse a la oración [2].

Estaba orando al despuntar el día, cuando pájaros de todas clases vinieron a posarse sobre la celda que habitaba. Pero no todos al mismo tiempo: venía uno, que desgranaba su dulce melodía y se retiraba; venía otro, cantaba y remontaba el vuelo, y así los demás. Este hecho fue para el bienaventurado Francisco motivo de gran admiración y de inmenso consuelo. Como quería saber lo que esto significaba, oyó interiormente la voz del Señor: «Esto es señal de que el Señor te hará bien en esta celda y en ella te concederá muchos consuelos». Y así fue en verdad. Efectivamente, entre otras muchas consolaciones ocultas o manifiestas que le otorgó el Señor, destaca la visión del serafín: inundó su alma de un inmenso consuelo, que, renovando los lazos de sus relaciones con el Señor, perduró a lo largo de su vida. Cuando su compañero le trajo la comida aquel día, le contó todo lo acontecido.

Fueron muchas las consolaciones que conoció en esta celda; pero, según refirió a su compañero, los demonios le hicieron sufrir muchas tribulaciones por las noches. Por eso dijo una vez: «Si supieran los hermanos todo lo que me hacen sufrir los demonios, ninguno de ellos me negaría su piedad y compasión». Por eso, según hizo saber muchas veces a sus compañeros, no podía él prestar a sus hermanos la atención que requerían ni mostrarles la familiaridad que deseaban.

El episodio de la almohada en Greccio

119. En cierta ocasión, el bienaventurado Francisco moraba en el eremitorio de Greccio. Día y noche permanecía para orar en la celda del fondo, la que está detrás de la celda mayor. Una noche, durante el primer sueño, llamó a su compañero, que ocupaba la celda grande y más antigua. Este se levantó en seguida, se

[2] El mismo procedimiento para averiguar la voluntad de Dios (cf. LP 108 y, sobre todo, LM 12,2).

fue a él y entró en el zaguán junto a la puerta de la celdilla en que estaba acostado el bienaventurado Francisco. Este le habló: «Hermano, esta noche ni he podido dormir ni estar erguido para hacer oración [1], pues la cabeza me da vueltas y me tiemblan las piernas; parece como que hubiera comido pan de cizaña». Su compañero trataba de consolarle con palabras de compasión.

El bienaventurado Francisco dijo: «Yo creo que el demonio se ha metido en la almohada en que apoyo la cabeza». Esta almohada de plumas se la había adquirido de víspera el señor Juan de Greccio, a quien el Santo quería con gran cariño y a quien durante toda su vida dio muestras de mucha familiaridad. Desde que salió del siglo, nunca quiso dormir el bienaventurado Francisco en colchón o usar almohada de plumas ni por motivo de enfermedad ni por ningún otro motivo. Mas esta vez los hermanos le habían obligado, contra su voluntad, a aceptar la almohada por causa de la muy grave enfermedad de los ojos.

Tiró, pues, la almohada a su compañero. Este la recogió con la mano derecha, se la colocó en el hombro izquierdo teniéndola asida con la mano derecha y salió fuera del zaguán. Al instante perdió el habla, y no podía mover los brazos ni las manos ni desprenderse de la almohada. Estaba en pie, rígido, como un hombre privado del sentido, e inconsciente de lo que pasaba en él y a su alrededor. Llevaba así, más o menos, una hora, cuando, por la misericordia de Dios, le llamó el bienaventurado Francisco. Al instante volvió en sí y tiró la almohada tras sus espaldas y se acercó al bienaventurado Francisco y le contó cuanto había ocurrido.

El bienaventurado Francisco le dijo: «Esta tarde, cuando rezaba completas, sentí que el diablo entraba en la celda». Pero después que descubrió ser verdad que era el diablo quien le había impedido dormir o estar erguido para orar, dijo a su compañero: «El demonio es muy astuto y sagaz. Puesto que, por la misericordia y gracia de Dios, no puede hacer mal a mi alma, quiere impedir que satisfaga las necesidades del cuerpo, no dejándome ni dormir ni estar erguido para orar. Lo que busca es quitarme la devoción y la alegría del corazón para que me queje de la enfermedad».

Durante largos años sufrió mucho del estómago, del bazo, del hígado y de los ojos. Sin embargo, tenía tanto fervor y oraba con tanta reverencia, que no se permitía, durante la plegaria, apoyarse en el muro o tabique; se mantenía siempre de pie, con la cabeza descubierta, y algunas veces de rodillas, sobre todo cuando pasaba en oración la mayor parte del día y de la noche.

Incluso cuando iba a pie por el mundo, se detenía siempre para rezar las horas. Si, por sus continuas enfermedades, cabalgaba, se apeaba para decir las horas.

[1] Cf. más abajo en esta misma página. Para los síntomas de la enfermedad, cf. 2C 64.

CÓMO REZABA EL OFICIO DIVINO. LA ALEGRÍA ESPIRITUAL

120. Volvía en cierta ocasión de Roma —era cuando se hospedó por algunos días en casa del señor León [1]—; el día en que salió de la ciudad llovió de la mañana a la noche. Como estaba muy enfermo, iba a caballo; pero para recitar sus horas se apeó y se mantuvo de pie a la orilla del camino a pesar de la lluvia, que le calaba completamente.

El decía: «Si el cuerpo quiere estar sosegado y tranquilo para tomar un alimento que vendrá a ser comida de los gusanos juntamente con él, con cuánta paz y serenidad debe tomar el alma su alimento, que es Dios mismo».

c Decía también: «El diablo se alegra mucho cuando puede apagar o impedir la devoción y el gozo interior producido en el siervo de Dios por una oración pura o por otras buenas obras. Cuando el demonio consigue apropiarse algo del siervo de Dios y éste no tiene la sabiduría de anularlo o destruirlo cuanto antes por medio de la confesión, contrición y satisfacción, en breve el primer cabello, al que irán sumándose otros nuevos, lo convertirá en viga».

d Y afirmaba: «El comer, dormir y otras necesidades corporales deben ser satisfechas con discreción por el siervo de Dios, para que el hermano cuerpo no pueda murmurar: 'No puedo estar erguido y dedicarme a la oración, ni alegrarme en las tribulaciones, ni realizar otras buenas obras, porque no me das lo que necesito».

Decía también: «Si el siervo de Dios atiende con discreción a su cuerpo y lo cuida de modo conveniente y honesto, y, no obstante, el hermano cuerpo es perezoso, negligente o somnoliento en la oración, las vigilias y otras buenas obras del alma, lo debe castigar como a bestia mala y perezosa que quiere comer y se niega a ganar y a llevar la carga. Y si, por escasez y pobreza, el hermano, sano o enfermo, no puede tener las cosas necesarias y, pidiéndoselas por amor de Dios correctamente y con humildad a su hermano o a su prelado, no se las dan, sufra pacientemente por el amor del Señor, y El le concederá el mérito del martirio. Y por cuanto hizo lo que dependía de él, es a saber, por haber pedido lo que necesitaba, se le excusa de pecado, aun cuando el cuerpo se enferme más gravemente a causa de esa privación».

f A pesar de que el bienaventurado Francisco fue siempre, desde el principio de su conversión hasta el día de su muerte, muy duro con su cuerpo, su principal y supremo cuidado fue tener y conservar en todo momento, interior y exteriormente, la alegría espiritual. Decía que, si el siervo de Dios se esforzase en poseer y conservar la alegría interior y exterior que procede de la pureza del corazón, los demonios no podrán hacerle mal alguno; por el contrario, se verán obligados a decir: «Como este siervo de

[1] Cf. LP 117.

Dios conserva su alegría tanto en la tribulación como en la prosperidad, no podemos hallar entrada alguna para penetrar en él ni nos es posible dañarle».

En cierta ocasión reprendió a uno de sus compañeros, al que veía triste y con el semblante sombrío, y le dijo: «¿Por qué manifiestas así la tristeza y el dolor que sientes por tus pecados? Esto es asunto para vosotros dos: Dios y tú. Pídele que te devuelva, por su misericordia, el gozo de su salvación [2]. Delante de mí y de los otros, trata de mostrarte siempre alegre, porque no es conveniente que un siervo de Dios aparezca ante su hermano u otro cualquiera agrio y con el semblante acongojado.

»Yo sé que los demonios tienen envidia de mí por todas las gracias que he recibido de la misericordia del Señor. Como no pueden hacerme daño directamente en mi persona, se esfuerzan en hacérmelo en mis compañeros. Pero, si no pueden conseguir su propósito ni en mí ni en mis compañeros, se retiran llenos de confusión. Si alguna vez me encontrara yo tentado y abatido, pienso que sería suficiente ver la alegría de mi compañero para pasar, por este motivo, de la tentación y abatimiento a la alegría interior y exterior».

[2] Sal 50,14.

ESPEJO DE PERFECCION

Después de la Leyenda mayor *de San Buenaventura, ninguna fuente biográfica ha tenido la difusión manuscrita alcanzada por el* Speculum perfectionis, *a favor de la aceptación que tuvo, primero, entre los «espirituales» y, a fines del siglo XIV y primera mitad del XV, entre los varios grupos reformados de la «Observancia». Sabatier llegó a examinar hasta 45 códices que lo contienen.*

Y fue este gran iniciador de la crítica histórica franciscana quien con la edición de 1898 volvió a darle actualidad al presentarlo como la Leyenda más antigua *de San Francisco* [1]. *Partiendo de un error de transcripción del códice utilizado por él, que databa el* explicit *a 11 de mayo de 1227 en lugar de 11 de mayo de 1318, dio por demostrado que el* Espejo *era obra del hermano León y que ofrecía el retrato espiritual auténtico de San Francisco y la visión más inmediata y fiel de los orígenes de la Orden, en oposición a la imagen oficial y deformada presentada por Celano y San Buenaventura. Tal es la tesis mantenida substancialmente por Sabatier aun en la segunda edición, postuma, preparada por A. G. Little* [2].

La posición de Sabatier despertó, junto con una viva polémica, el afán por descubrir nuevos testimonios del material contenido en el Espejo. *Primero fue la publicación del* Anónimo de Perusa, *hecha en 1902 por Van Ortroy, y después, la de la* Leyenda antigua de Perusa, *dada a conocer en 1922 por Delorme, los dos nuevos descubrimientos que acabaron por minar la tesis del profesor protestante. Sobre todo, el manuscrito de Delorme demostraba, sin género de duda, que el autor del* Espejo *había utilizado la misma fuente de la que ya se había servido anteriormente Celano para su* Vida segunda. *Más aún, un análisis atento del texto vino a demostrar que 29 de los 124 capítulos estaban tomados directamente de la obra de Celano; otros 90 derivaban de la* Leyenda de Perusa *o, al menos, de una fuente común. Son muy contados los capítulos originales, o, mejor, no identificados en otras fuentes biográficas: el capítulo 73, sobre las virtudes necesarias a los superiores y predicadores; el 79, que contiene los «cuatro privilegios» de la Orden* [3]; *el 84, que es un poema en hexámetros leonianos a la gloria de la Porciúncula; el 85, con la descripción del verdadero hermano menor; el 119, que contiene el elogio del sol y del fuego; finalmente, el 120, que ofrece el texto del* Cántico del hermano sol.

Entre el capítulo 71 y el 72 hay una interpolación posterior, con unas palabras proféticas sobre el futuro de la Orden, recogidas por el hermano León y escritas por éste al hermano Conrado de Offida. El contenido y el tono de este pasaje, como otros atribuidos al mismo Conrado, denuncian patente origen «espiritual».

[1] *Speculum perfectionis seu s. Francisci Assisiensis legenda antiquissima* (París 1898) CCXIV-376 págs.

[2] *Le Speculum perfectionis ou Mémoires de frere Leon*, 2 vols. (Mánchester 1928-31).

[3] Se hallan ya en Tomás de Eccleston, *De adventu fratrum minorum in Angliam* c.13, ed. LITTLE, p.93-94.

El compilador del Espejo, *ya que de autor no puede hablarse, se limita, en general, a agrupar los relatos tal como los halla. Imitando el método adoptado por Celano en su* Vida segunda *y por San Buenaventura, organiza la materia en trece partes, sin preocuparse de seguir orden cronológico alguno.*

Hay una finalidad, contenida en el mismo título: Espejo de perfección del estado del hermano menor. *Ya Celano y Buenaventura habían presentado a San Francisco como «espejo de perfección» y modelo de todos los hermanos. El compilador, con no velada intención crítica, intenta obligar a la «comunidad» a revisar su propio estado, poniéndole delante los hechos y, sobre todo, las máximas del Fundador que mejor evidencian la distancia entre la vida real de la mayoría y el ideal evangélico tal como se vivió en los comienzos y tal como lo quiso San Francisco.*

No puede dudarse que el libro fue compuesto en el ambiente de los «espirituales» y para hacerlo circular entre ellos en los años de la máxima tensión, es decir, a principios del siglo XIV.

El capítulo más polemico es el primero, que relata la escena de Fonte Colombo, cuando los ministros se enfrentaron a Francisco por causa de la redacción de la Regla definitiva y se dejó oír la voz de Cristo aprobando lo escrito en ella. El relato, como ya lo hicimos notar, fue añadido en epoca tardía a la Leyenda de Perusa *y muy explotado por Angel Clareno* [4]. *El modo como aparece este capítulo da pie para pensar que fue antepuesto cuando ya todo el libro estaba escrito. Se trata, por consiguiente, de un relato independiente que gozó de gran boga en los círculos espirituales, como la tendría también en las reformas posteriores, porque venía a corroborar el origen divino de la Regla y la observancia* literal *de ésta.*

De todo lo dicho se deduce el valor que debe atribuirse al Espejo de perfección *como fuente histórica. Desde el punto de vista informativo, ese valor es muy escaso, ya que son conocidos los textos precedentes que el compilador ha manipulado. Cabe un valor complementario. Pero merece figurar con honor en la literatura del primer siglo franciscano como testimonio vibrante de las aspiraciones más puras del sector fervoroso de la Orden; esa especie de sacudida saludable que produjo la querella de los «espirituales», y que volvería a producirse siempre que un movimiento de reforma viniera a renovar la actualidad perenne del ideal de San Francisco.*

El Espejo, *aun en su intencionalidad tendenciosa, no nos ofrece una historia deformada; los hechos están ahí, en toda la fuerza explosiva de su mismo contenido, tal como los han transmitido los compañeros del Fundador; esos recuerdos directos, elaborados con frecuencia, eso sí, por la fantasía o por la añoranza de los tiempos heroicos. Pero también es historia esa tensión sostenida por la minoría de los celantes. La visión histórica completa del hecho franciscano se obtiene sólo cuando se acierta a valorar, de una parte, la perspectiva de la línea oficial, Celano-Buenaventura-Bernardo de Bessa, y, de la otra, la línea espontánea, casi clandestina, de las añoranzas de los sencillos, cuya sistematización más completa es el* Espejo de perfección.

[4] Cf. *supra*, p.597 n.8.

CAPITULO I

COMIENZA EL ESPEJO DE PERFECCIÓN DEL ESTADO DEL HERMANO MENOR

1. Después que se perdió la segunda regla compuesta por el bienaventurado Francisco, subió éste a un monte con el hermano León de Asís y con el hermano Bonizio de Bolonia para redactar otra Regla [1]. La hizo escribir según Cristo se lo iba mostrando.

Pero muchos ministros se reunieron con el hermano Elías [2], que era vicario del bienaventurado Francisco, y le dijeron: «Nos hemos enterado que el hermano Francisco está componiendo una nueva Regla, y tememos que sea tan severa, que no podamos observarla. Queremos, por tanto, que vayas a decirle que no nos queremos obligar a esa Regla. Que la haga para él, no para nosotros».

El hermano Elías les respondió que no se atrevía a ir, porque temía la reprensión del bienaventurado Francisco. Mas como los ministros insistieran, repuso que no iría solo, sino acompañado de ellos. Entonces fueron todos juntos. Cuando el hermano Elías llegó cerca del lugar donde se hallaba el bienaventurado Francisco, lo llamó. El Santo acudió a la llamada, y, viendo ante sí a los ministros, preguntó: «¿Qué quieren estos hermanos?» El hermano Elías respondió: «Estos son ministros que se han enterado que estás haciendo una nueva Regla, y, temiendo que sea demasiado austera, dicen y protestan que no quieren someterse a la misma; que la hagas para ti, no para ellos».

Entonces, el bienaventurado Francisco, con el rostro vuelto al cielo, habló así con Cristo: «Señor, ¡bien te decía que no me harían caso!»

Y al momento oyeron todos la voz de Cristo, que respondía desde lo alto: «Francisco, en la Regla nada hay tuyo, sino que todo lo que hay en ella es mío; y quiero que la Regla sea observada así: a la letra, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa, sin glosa». Y añadió: «Yo sé de cuánto es capaz la flaqueza humana y cuánto les quiero ayudar. Por tanto, los que no quieren guardarla, salgan de la Orden».

Entonces, el bienaventurado Francisco, volviéndose a los hermanos, les dijo: «¡Lo habéis oído! ¡Lo habéis oído! ¿Queréis que os lo haga repetir de nuevo?»

Y los ministros, reconociendo su culpa, se marcharon confusos y aterrados.

[1] Cf. LP 17 n.1.2.3 y 4.
[2] Cf. LP 17 n.5.

CAPITULO II

La perfección de la pobreza

Cómo el bienaventurado Francisco declaró la voluntad e intención que tuvo, desde el principio hasta el fin, sobre la observancia de la pobreza

2. El hermano Ricerio de la Marca[1], noble de nacimiento y más noble por la santidad, a quien el bienaventurado Francisco amaba mucho, lo visitó un día en el palacio del obispo de Asís, y, entre otras cosas que habló con él acerca del estado de la Religión y de la observancia de la pobreza, le hizo una pregunta particular, diciendo: «Padre, dime cuáles fueron tu voluntad e intención cuando comenzaste a tener hermanos, las que tienes hoy y las que esperas mantener hasta el día de tu muerte. Yo quisiera poder atestiguar tu intención y voluntad, tanto la primera como la última, porque nosotros los hermanos clérigos, que tenemos tantos libros, ¿los podremos tener tranquilamente, aunque digamos que pertenecen a la Religión?»

El bienaventurado Francisco le respondió: «Mira, hermano, éstas son mi primera y última voluntad e intención: si los hermanos hubieran querido hacerme caso, no tendría ninguno más que el hábito, el cordón y los calzones, como la Regla nos concede».

Si alguno pusiere la objeción de por qué el bienaventurado Francisco no hizo guardar a los hermanos de su tiempo una pobreza tan estrecha, como había dicho al hermano Ricerio, y por qué no impuso precepto de guardarla así, nosotros que estuvimos con él respondemos con palabras oídas de sus labios: que él ya dijo estas y otras muchas cosas a sus hermanos, y quiso también que en la Regla constaran muchas de ellas que con asidua oración y meditación pedía al Señor para utilidad de la Religión; y afirmaba que todo ello era absolutamente según la voluntad de Dios. Pero, cuando lo comunicaba a los hermanos, les parecía a éstos carga pesada e imposible de soportar. Ignoraban entonces lo que había de sobrevenir a la Religión después de la muerte del Santo.

No quiso entrar en lucha con los hermanos, ya que temía mucho el escándalo en sí como en los hermanos, y condescendía, mal de su grado, con ellos, excusándose de esto ante el Señor. Mas para que la palabra que el Señor había puesto en sus labios para bien de los hermanos no volviera a El vacía, se afanaba por cumplirla en sí mismo con la esperanza de alcanzar del Señor la recompensa. Y al fin su espíritu quedaba sosegado y consolado.

[1] Cf. LP 101 n.2.

Cómo respondió a un ministro que quería tener libros con su licencia y cómo los ministros, a espaldas de él, hicieron que se suprimiera en la Regla el capítulo de las prohibiciones evangélicas

3. Aconteció, al tiempo que el bienaventurado Francisco regresó de ultramar [1], que un ministro cavilaba entre sí acerca del capítulo de la pobreza, y deseaba conocer en esto el pensamiento y voluntad del Santo; y, ante todo, porque entonces había en la Regla un capítulo que contenía algunas prohibiciones del santo Evangelio, como ésta: *Nada llevéis para el camino,* etc. [2]

El bienaventurado Francisco le respondió: «Yo lo entiendo así: que los hermanos no deben tener nada, sino el vestido con el cordón y los calzones, como dispone la Regla; y los que estén necesitados pueden llevar calzado».

El ministro repuso: «¿Qué haré entonces yo, que tengo tantos libros, que valen más de cincuenta libras?» Hablaba así porque quería tenerlos con su consentimiento, pues tenía remordimiento de conciencia, sabedor de que el bienaventurado Francisco interpretaba estrechamente el capítulo de la pobreza. Francisco le respondió: «Yo no quiero, ni debo, ni puedo ir contra mi conciencia ni contra la perfección del santo Evangelio, que hemos prometido observar». Oyendo esto el ministro, quedó triste.

El bienaventurado Francisco que lo vio tan contrariado, le dijo con gran fervor de espíritu, dirigiéndose en él a todos los hermanos: «¡Vosotros queréis aparecer a los ojos de los hombres como hermanos menores y ser llamados observantes del santo Evangelio, pero en la práctica queréis estar provistos de bolsas!»

Con todo, y a pesar de saber los ministros que los hermanos estaban obligados a guardar el santo Evangelio según el tenor de la Regla, lograron quitar de ella el capítulo donde se escribía: *Nada llevéis para el camino,* etc., pensando que con esto quedaban desligados de la obligación de observar la perfección del Evangelio.

Cerciorado de ello el bienaventurado Francisco por gracia del Espíritu Santo, dijo delante de algunos hermanos: «Piensan los hermanos ministros que nos engañan al Señor y a *mí.* Pues para que sepan todos los hermanos que están obligados a observar la perfección del santo Evangelio, quiero que al principio y al fin de la Regla se escriba esto: que los hermanos están firmemente obligados a observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Y para que los hermanos no puedan alegar jamás excusa alguna, desde el momento en que les comuniqué y les comunico lo que el Señor puso en mis labios para mi salvación y la suya, yo quiero demostrarlo ante Dios con mis obras, y, con su ayuda, quiero observarlo por siempre jamás».

[1] A fines de julio, a su regreso de Siria.
[2] Lc 9,3; 1R 14,1

En efecto, él observó a la letra e íntegramente el santo Evangelio desde que empezó a tener hermanos hasta el día de su muerte.

Un novicio quería tener un salterio con consentimiento del Santo

4. En otra ocasión, un novicio [1] que malamente sabía leer el salterio obtuvo licencia del ministro general [2] para tener uno. Mas, como oía decir a los hermanos que el bienaventurado Francisco no quería a sus hijos ansiosos ni de ciencia ni de libros, no estaba tranquilo, y quería obtener su consentimiento.

Como pasara el bienaventurado Francisco por el lugar donde estaba el novicio, éste le dijo: «Padre, me serviría de gran consuelo tener mi salterio. Tengo ya el permiso del ministro general, pero quisiera también tu consentimiento».

El bienaventurado Francisco le respondió: «El emperador Carlos, Rolando y Oliverio y todos los capitanes y esforzados caballeros que lucharon de firme contra los infieles, sin perdonarse fatigas y grandes trabajos, hasta exponerse a la muerte, consiguieron resonantes victorias, dignas de perpetuarse para siempre. Igualmente, los santos mártires dieron su vida luchando por la fe de Cristo. En cambio, ahora hay muchos que pretenden honra y gloria con sólo contar las hazañas que ellos hicieron. Así, también entre nosotros hay muchos que sólo por contar y pregonar las maravillas que hicieron los santos quieren recibir honra y gloria» [3]. Que es como si dijera: No hay por qué desvivirse por adquirir libros y ciencia, sino por hacer obras virtuosas, porque *la ciencia hincha y la caridad edifica* [4].

Pocos días después, estando el bienaventurado Francisco sentado al amor de la lumbre, volvió el novicio a hablarle del salterio. Francisco le dio por respuesta: «Después que tengas el salterio, ansiarás tener y querrás el breviario; y, cuando tengas el breviario, te sentarás en el sillón como gran prelado, y mandarás a tu hermano, diciendo: ¡Tráeme el breviario!»

Mientras esto decía con gran fervor de espíritu, el bienaventurado Francisco tomó ceniza, y, esparciéndola sobre su cabeza, movía la mano en círculo como quien se lava la cabeza, y decía: «¡Yo el breviario! ¡Yo el breviario!» Y lo repitió muchas veces girando la mano sobre su cabeza. El novicio quedó estupefacto y avergonzado.

Luego, el bienaventurado Francisco le dijo: «Hermano, también yo he tenido tentaciones de tener libros; mas para conocer la

[1] LP 103 n.1.
[2] En vida del Santo ejercieron el cargo sólo los hermanos Cattani y Elías.
[3] Cf. Adm 6.
[4] 1Cor 8,1.

voluntad de Dios acerca de esto tomé el libro de los evangelios del Señor y le rogué que, al abrirlo por primera vez, me manifestara su voluntad. Hecha mi súplica y abierto el libro, me salió este pasaje del santo Evangelio: *A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de Dios; a los demás sólo en parábolas»* [5]. Y añadió: «Hay muchos que se afanan de buen grado por adquirir ciencia, pero feliz el que se hace estéril por amor del Señor Dios».

Transcurridos muchos meses, estando el bienaventurado Francisco en Santa María de la Porciúncula cerca de la celda, por detrás de la casa y a la vera del camino, el mismo hermano le volvió a importunar con lo del salterio. El bienaventurado Francisco le dijo: «Vete y haz lo que el ministro disponga». Con esto se volvía el hermano por donde había venido.

El bienaventurado Francisco se quedó pensativo en el mismo lugar y empezó a reflexionar sobre lo que acababa de decir a aquel hermano; y súbitamente le gritó siguiéndole: «Hermano, espérame, espera». Se acercó a él y le dijo: «Vuélvete conmigo, hermano, y señálame el lugar donde te he dicho que hagas del salterio lo que disponga tu ministro».

Desandando el camino hasta el mismo lugar, el bienaventurado Francisco se puso de rodillas delante del hermano y dijo: «Confieso mi falta, hermano, confieso mi falta; pero has de saber que cualquiera que desea ser hermano menor, no debe tener más que la túnica, el cordón y los calzones, según en la Regla se concede; y, en caso de verdadera necesidad, calzado».

En adelante, a cuantos hermanos le venían a consultar sobre esto, les daba la misma respuesta. Y repetía muchas veces: «Tanto sabe el hombre cuanto obra, y en tanto el religioso ora bien en cuanto practica, pues sólo por el fruto se conoce al árbol» [6].

La observancia de la pobreza en libros, camas, casas y enseres

5. El bienaventurado Padre enseñaba a los hermanos a buscar en los libros no el valor material, sino el testimonio del Señor; no la pulcritud, sino la edificación. Quería que se tuviesen pocos libros y en común y a disposición de los hermanos que necesitaran de ellos.

La pobreza reinaba con opulencia en camas y cobertores, y así, el que tenía sobre la paja algunos paños raídos, creía disponer de lecho nupcial.

Enseñaba también a sus hermanos a edificar viviendas muy pobres y casitas de madera, que no de piedra, y a construirlas según planos muy elementales. Y no sólo aborrecía la ostentación en las casas, sino que también reprobaba tener muchos y finos enseres.

[5] Lc 8,9-10; Mt 13,11; Mc 4,11.
[6] Mt 12,13.

Nada quería en las mesas y en los utensilios que remedara lo mundano y recordara el mundo, con el fin de que todo aclamara la pobreza y pregonara peregrinación y destierro [1].

Cómo hizo salir a todos los hermanos de una casa que se decía casa de los hermanos

6. De paso por Bolonia, oyó decir que los hermanos habían construido allí una casa para ellos. Tan pronto como se enteró que se decía que la casa era de los hermanos, se volvió y salió de la ciudad; y mandó con todo rigor que todos los hermanos la abandonaran cuanto antes y que bajo ningún pretexto moraran en ella.

Salieron, pues, todos, sin dejar ni a los enfermos, que se los llevaron consigo, hasta que el señor obispo de Ostia, Hugolino, legado en Lombardía, hizo público que la casa era suya.

Un hermano enfermo que entonces fue sacado de la casa, da testimonio de ello, y fue él quien lo escribió [1].

Cómo quiso derribar una casa que el pueblo de Asís había levantado en Santa María de la Porciúncula

7. Acercándose el tiempo del capítulo general, que se celebraba todos los años en Santa María de la Porciúncula, el pueblo de Asís, en atención a que los hermanos se multiplicaban de día a día y se reunían allí todos los años —y porque no tenían sino una casuca con paredes de mimbre y de barro y techo de paja—, de común acuerdo construyó en pocos días, con igual prisa que devoción, una casa grande de cal y canto en ausencia del bienaventurado Francisco y sin consentimiento suyo.

Y, regresando el bienaventurado Francisco de una provincia para el capítulo, se vio muy sorprendido por la casa construida. Temió que los hermanos que la vieran tomaran ocasión de hacerse construir, igualmente, casas grandes en los lugares que habitaban o habían de habitar. Y como quería que aquel lugar fuera siempre forma y ejemplo para todos los otros lugares de la Orden, antes de acabar el capítulo subió al tejado y mandó a los hermanos que subieran con él. Con ellos empezó a tirar al suelo las tejas con que estaba retejada, con intención de demolerla hasta los cimientos [1].

Algunos caballeros de Asís que estaban allí para velar por el orden a causa del gran número de forasteros que se habían reunido para presenciar el capítulo, al ver que el bienaventurado

[1] Test 24; 2C 59.

[1] El relato se puede situar, probablemente, en el verano de 1220, cuando San Francisco, a su regreso de Siria a Asís, pudo ver en Bolonia al cardenal Hugolino.

[1] Eccleston cuenta también el relato *(De adventu,* 6 ed. LITTLE, p.39-40).

Francisco y los hermanos querían destruir la casa, fueron en seguida a hablar con él y le dijeron: «Hermano, esta casa es del municipio de Asís y nosotros somos sus representantes. Nosotros te prohibimos que destruyas nuestra casa». Oyéndolo el bienaventurado Francisco, respondió: «Está bien; si la casa es vuestra, no la quiero tocar». E inmediatamente bajó de ella con sus hermanos.

Por eso, el municipio de Asís tomó la resolución de que, quienquiera fuera el *podesta* de la ciudad, estaría obligado a reparar la casa. Y durante mucho tiempo se ha venido cumpliendo todos los años este acuerdo.

Cómo reprendió a su vicario, que hacía edificar allí una pequeña casa para rezar el oficio

8. En otra ocasión, el vicario del bienaventurado Francisco [1] empezó a edificar en la Porciúncula una pequeña casa donde los hermanos pudieran descansar y rezar sus horas, porque era grande el número de hermanos que afluían allí y no tenían dónde rezar el oficio. Es de saber que acudían allí todos los hermanos de la Orden y era aquél el único lugar donde eran admitidos a ella.

Cuando la casa estaba a punto de ser rematada, regresó al lugar el bienaventurado Francisco; desde la celda oía los ruidos de los que trabajaban en la obra. Llamó a su compañero y le preguntó qué hacían allí los hermanos. El compañero le contó lo que sucedía.

Al momento mandó llamar a su vicario y le dijo: «Hermano, este lugar ha de ser forma y ejemplo para toda la Religión, y quiero, más bien, que los moradores de este lugar soporten, por amor del Señor Dios, estrecheces e incomodidades y que los hermanos que vienen de paso vuelvan a sus lugares edificados con el buen ejemplo de la pobreza; no sea que, teniendo los de este lugar cubiertas a satisfacción todas sus necesidades, los transeúntes tomen de ahí pie para las edificaciones que han de hacer en sus lugares, diciendo: En Santa María de la Porciúncula, que es el principal lugar de la Orden, se levantan edificios que tienen tales dimensiones y presentan tales ventajas; bien podremos también nosotros construirlos en nuestros lugares».

No quería morar en celda curiosa o que llamaran suya

9. Un hermano muy espiritual y muy familiar del bienaventurado Francisco hizo construir en el eremitorio donde vivía [1]

[1] Podría tratarse del hermano Elías.
Cf. LP 57 n.1. Sarteano, según precisa Celano.

una celdilla un poco apartada, donde el bienaventurado Francisco pudiera entregarse a la oración cuando viniera.

La primera vez que vino al eremitorio, lo llevó aquel hermano a la celda. El bienaventurado Francisco, al verla, le dijo: «¡Demasiado curiosa es!» Y eso que estaba construida con sólo madera trabajada a sierra y a azuela. «Si quieres que me quede aquí, recúbrela por dentro y por fuera con helechos y con ramas de árboles». Es de saber que cuanto más pobres eran las casas y las celdas, con tanto más gusto moraba en ellas. Realizado por el hermano el rústico arreglo, permaneció allí el bienaventurado Francisco por algunos días.

Un día, estando él fuera de la celda, otro hermano fue a verla y luego vino hacia donde estaba el bienaventurado Francisco. Al verlo venir, le dijo: «¿De dónde vienes, hermano?» «De tu celda», le respondió. Al oírlo, respondió el bienaventurado Francisco: «Porque has dicho que es mía la celda, otro la ocupará en adelante, que no yo».

Nosotros que vivimos con él le oímos decir frecuentemente: «*Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza*» [2].

Decía también: «Cuando el Señor se fue al desierto [3] y ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches, no se fabricó ni casa ni celda, sino que moró entre peñascos del monte». Y, a ejemplo suyo, no quiso nunca tener casa ni celda que llamaran suya, ni consintió que la hicieran jamás. Y si acontecía que alguna vez decía por casualidad a los hermanos: «Id y preparad aquella celda», no quería luego estar en ella, por reverencia a estas palabras del santo Evangelio: *No os inquietéis...*, etc. [4]

Y, cercano ya a su muerte, quiso que se escribiera en su testamento que todas las celdas y casas de los hermanos fueran sólo de madera y de barro, para salvaguardar mejor la pobreza y la humildad.

Cómo recibir lugares en las ciudades y cómo edificarlos según la intención del bienaventurado Francisco

10. Estando en cierta ocasión en Siena a causa de la enfermedad de los ojos, el señor Buenaventura, que había donado el terreno donde los hermanos habían edificado el lugar, le preguntó: «¿Qué te parece, Padre, de este lugar?» El bienaventurado Francisco le respondió: «¿Deseas que te diga cómo deben construirse los lugares de los hermanos?» «Sí, Padre», contestó. Entonces el bienaventurado Francisco prosiguió: «Cuando los hermanos llegan a una ciudad donde tienen un lugar y encuentran a

[2] Mt 8,20; Lc 9,58.

[3] El texto dice *in carcere;* un copista ha corregido en uno de los manuscritos la expresión por *in deserto.*

[4] Lc 20,22s.

alguien que les ofrece terreno suficiente para el lugar y huerto y otras cosas necesarias, deben, ante todo, pensar en cuánto terreno les bastará, mirando siempre a la santa pobreza y al buen ejemplo que estamos obligados a dar en todo».

Hablaba así porque no quería en absoluto que los hermanos rebasaran la medida de la pobreza ni en las casas, ni en las iglesias, ni en los huertos, ni en las demás cosas que usan; ni quería que ocuparan ningún lugar a título de propiedad, sino que vivieran en ellos «como peregrinos y forasteros» [1]. Ni quería tampoco que fueran establecidos muchos hermanos en cada lugar, porque le parecía difícil que, siendo muchos, se guardara la pobreza. Y ésta fue su intención desde el día de su conversión hasta el fin de su vida: que absolutamente se guardara la pobreza en todo.

Viendo los hermanos cuánto terreno les era necesario para el lugar, deberían presentarse al señor obispo de la ciudad y decirle: «Señor, tal vecino nos quiere dar, por amor de Dios y la salvación de su alma, tanto terreno con el fin de que podamos edificar allí un lugar. Primeramente recurrimos a vos, porque sois el padre y señor de todas las almas confiadas a vuestro cuidado pastoral y de todas las nuestras y de las de nuestros hermanos que han de vivir en este lugar. Por eso, queremos edificar allí con la bendición de Dios y la vuestra».

Hablaba de esta manera porque el bien de las almas que los hermanos intentan conseguir, más eficazmente lo consiguen viviendo en santa paz con el clero, ganando así a clero y pueblo, que no escandalizando a aquél, aunque se atraigan al pueblo. Y añadía: «Dios nos ha llamado para ayuda de su fe y de los clérigos y prelados de la santa Iglesia. Por tanto, estamos obligados a amarlos cuanto podamos, a honrarlos y a respetarlos. Se llaman hermanos menores porque, al igual que por su título, por el ejemplo y las obras han de ser los más humildes de todos los hombres. Y porque, desde el día de mi conversión, el Señor puso en boca del obispo de Asís su palabra, con que me aconsejó acertadamente y me confortó en el servicio de Cristo nuestro Señor, por esto y por otras muchas excelencias que contemplo en los prelados, quiero amar, y venerar, y tener por mis señores no solamente a los obispos, sino hasta a los pobrecillos sacerdotes [2].

»Después de haber recibido la bendición del obispo, vayan y hagan que se les abra una zanja larga por los límites del terreno que reciben para edificar, y planten allí un buen seto, en vez de pared, en señal de pobreza y humildad. Luego háganse construir casas pobres, de ramas y de barro, y algunas celdas donde los hermanos puedan a veces orar y dedicarse al trabajo, para ocupar mejor el tiempo y evitar la ociosidad. Háganse también edificar iglesias pequeñas. Ni deben construirse iglesias grandes con motivo de predicar al pueblo o con otros pretextos, porque mayor

[1] Test 24. Cf. VAN CORSTANJE, *Un peuple de pélerins. Essai d'interprétation du Testament de saint François* (París 1964).
[2] Cf. 2C 146.

humildad y mejor ejemplo supone salir a predicar a otras iglesias. Y si alguna vez los prelados y los clérigos, religiosos o seculares, vinieren a estos lugares, las casas pobrecillas, las celdillas e iglesias pequeñas les servirán de predicación, y quedarán más edificados con esto que con palabras».

Y añadía: «Muchas veces los hermanos hacen construir edificios grandes, con detrimento de nuestra santa pobreza, y dan con ello ocasión de murmurar y mal ejemplo al prójimo. Llevados a veces de codicia y ambición, abandonan estos lugares y edificios por otros mejores y más santos o de mayor concurrencia de fieles, o los derriban y levantan en su lugar otros grandes y excesivos; entonces, los bienhechores que les habían dado limosnas y otros que lo ven quedan muy contrariados y escandalizados. Por eso, es siempre preferible que los hermanos construyan edificios pequeños y muy pobres, como fieles cumplidores de su profesión y dando buen ejemplo al prójimo, a que procedan contra lo que profesaron, y den a los demás mal ejemplo. Porque, si sucediera alguna vez que los hermanos dejaran los lugares pobrecitos por motivo de ir a otro lugar más apropiado, sería menor el escándalo que de ahí se derivara».

Cómo los hermanos, en especial superiores e intelectuales, le fueron contrarios en cuanto a la construcción de lugares y edificios pobres

11. Habiendo ordenado el bienaventurado Francisco que las iglesias de los hermanos fueran pequeñas y que las casas se construyeran sólo de madera y de barro en señal de pobreza y humildad, quiso que la reforma, máxime en lo referente a la construcción de edificios de madera y barro, se iniciase en Santa María de la Porciúncula, con el fin de que este lugar, el primero y más importante de toda la Orden, fuera un memorial perenne para todos los hermanos, presentes y venideros. Pero algunos hermanos se le oponían en esto, argumentando que en algunas provincias la madera era más cara que la piedra, y por eso no les parecía bien que las casas fueran de madera y de barro.

El bienaventurado Francisco, ya muy enfermo y cercano a la muerte, rehuía discutir con ellos; por eso, quiso que en su testamento se escribiera: «Guárdense los hermanos en absoluto de recibir iglesias y moradas ni nada de lo que se construya para ellos, si no son como conviene a la santa pobreza, hospedándose siempre allí como forasteros y peregrinos» [1].

Nosotros que estuvimos con él cuando escribó la Regla y casi todos los demás escritos, somos testigos de que tanto en la Regla como en sus otros escritos hizo poner muchas cosas a las que se opusieron muchos hermanos, principalmente prelados e intelec-

[1] Test 24.

tuales; hoy serían muy útiles y necesarias para toda la Religión. Mas, como temía mucho el escándalo, condescendía, no de voluntad, con el querer de ellos. No obstante, repetía frecuentemente: «¡Ay de los hermanos que me llevan la contra en lo que yo veo claramente ser la voluntad de Dios para mayor utilidad y por necesidad de toda la Religión, aunque yo condescienda con ellos muy a pesar mío!»

Por esta razón se desahogaba así con frecuencia con nosotros sus compañeros: «Esto es lo que me duele en el alma y me apena grandemente: que en aquellas cosas que, con mucha oración y meditación, consigo de Dios por su misericordia para utilidad presente y futura de toda la Religión, y que son —como lo sé cerciorado por El— según su voluntad, algunos hermanos, apoyados en la autoridad de su ciencia y en falsa providencia, me las impugnan y las rechazan, diciendo: 'Esto ha de mantenerse y observarse y aquello no'».

Consideraba robo recibir o usar más limosnas de las necesarias

12. El bienaventurado Francisco decía con frecuencia a sus hermanos: «Yo no he sido ladrón de limosnas, recibiéndolas o empleándolas en más de lo que la necesidad exigía. Siempre me he contentado con recibir menos de lo que me tocaba, para que otros pobres no quedaran privados de su porción; obrar de otra manera sería hurto».

Cómo Cristo le manifestó que no quería que los hermanos poseyeran nada ni en común ni en particular

13. Como los ministros intentaran persuadirle de que permitiera a los hermanos tener algunas posesiones al menos en común, con el fin de que tan gran multitud contara con algunos bienes a que recurrir, el bienaventurado Francisco se puso en oración, invocó en ella a Cristo nuestro Señor y se lo consultó. La respuesta no se hizo tardar: «Yo les proveeré —dijo— de todo en particular y en común; siempre estaré dispuesto a mirar por esta familia por más que aumente y siempre le dispensaré mi favor mientras ella tenga puesta la confianza en mí».

Cómo abominaba el dinero y cómo castigó a un hermano que lo tocó

14. El verdadero amigo e imitador de Cristo, Francisco, despreciaba a la perfección todas las cosas del mundo; pero, tratándose del dinero, lo abominaba sobre todo, e inducía siempre a sus hermanos, de palabra y ejemplo, a huir de él como del mismo

diablo. Les había dado la consigna de que valoraran en el mismo precio el dinero y la basura.

Sucedió que cierto día entró un seglar a orar en Santa María de la Porciúncula y depositó al pie de la cruz una moneda como ofrenda. Luego que salió el devoto, la vio un hermano, y, de la manera más inocente, la cogió con la mano y la arrojó a una ventana. El hecho llegó a conocimiento del bienaventurado Francisco, y el hermano, viéndose descubierto, acudió cuanto antes a pedir perdón, y, postrado en tierra, se ofreció a recibir el castigo. Arguyóle el Santo y le reprendió muy duramente por haber tocado la moneda, y le mandó que tomara de la ventana la moneda con la boca, la sacara fuera del seto del lugar y la pusiera con la boca en unos boñigos de jumento.

Al tiempo que aquel hermano cumplía con alegría lo que le había sido impuesto, todos los que lo vieron y oyeron quedaron sobrecogidos de gran temor, y desde entonces menospreciaron más el dinero, comparado a un boñigo de asno, y cada día se reafirmaban con nuevos ejemplos a menospreciar totalmente el dinero.

Cómo enseñaba a evitar el regalo, a no tener muchas túnicas y a sobrellevar con paciencia las contrariedades

15. Revestido este hombre *de la virtud de lo alto* [1], más se caldeaba interiormente con el fuego divino que exteriormente con el abrigo del cuerpo. Vituperaba a los que veía vestidos con más de dos túnicas y a los que sin necesidad vestían en la Orden ropas muelles. Toda necesidad que no era medida por la razón, sino formulada por el deleite, la consideraba como prueba de espíritu apagado. «Si el alma —decía— cae en la tibieza y va enfriándose poco a poco por la disminución de la gracia, por fuerza la carne y la sangre buscarán lo suyo».

Y añadía: «¿Qué se puede esperar, cuando el alma no vive el gozo espiritual, sino que la carne busque su propio placer? Entonces, el instinto animal simula necesidades y la inteligencia carnal forma conciencia. Si algún hermano padece verdadera necesidad y se apresura a encontrar pronto remedio, ¿qué recompensa recibirá? Tuvo, en verdad, ocasión de merecer, pero demostró afanosamente que no le agradaba. No sobrellevar con paciencia las necesidades, no es otra cosa que retornar a Egipto» [2].

Finalmente, no quería que por motivo alguno llevaran los hermanos más de dos túnicas, si bien permitía que se les cosiera algunos retazos. Decía que debían ser mirados con horror los paños elegantes y zaherría ásperamente a cuantos obraban en con-

[1] Lc 24,49.

[2] Aludiendo a las quejas que proferían los israelitas por haber salido de Egipto (Núm 11,20; Ex 16,2-3).

trario. Para confundir a los tales con su ejemplo, siempre llevaba cosido sobre la túnica un áspero saco. Y así, en la hora de la muerte, mandó que la túnica que le servía de mortaja fuera cubierta de saco.

En cambio, a los hermanos que padecían enfermedad u otra necesidad permitía vestir otra túnica más blanda a raíz de la carne, debiendo guardar siempre en lo exterior la aspereza y vileza del vestido. Solía decir también con gran pena: «Se relajará de tal suerte la austeridad y dominará tanto la tibieza, que los hijos de un padre pobre no tendrán rubor de usar hasta paños de escarlata, mudado sólo el color».

No quería satisfacer a su cuerpo en aquellas necesidades que otros hermanos padecían

16. Viviendo el bienaventurado Francisco en el eremitorio de San Eleuterio, frente a Rieti, a causa del frío que hacía forró interiormente con algunos retazos su túnica y la de su compañero. Con esto, ya que él no acostumbraba usar más que una túnica, su cuerpo comenzó a sentirse un tanto aliviado.

Al volver poco después de la oración, dijo con gran alegría a su compañero: «Es preciso que yo sea forma y ejemplo para todos los hermanos; aunque necesita mi cuerpo de túnica reforzada de retazos, tengo que considerar, sin embargo, que otros hermanos míos padecen la misma necesidad, y acaso no tienen con qué ni pueden remediarla. Debo, pues, ponerme yo en su situación y soportar las mismas necesidades, para que, viendo ellos mi ejemplo, las soporten con más paciencia».

¡Cuántas y qué grandes necesidades desatendió en su cuerpo, a fin de que, dando buen ejemplo a sus hermanos, sobrellevaran más pacientemente toda deficiencia! ¡Nosotros que vivimos con él no tenemos palabras para expresarlo! Y cuando los hermanos empezaron a aumentar, éste fue su primero y principal afán: enseñarles, más con obras que con palabras, qué debían hacer o evitar.

Se avergonzaba al encontrar a otro más pobre que él

17. Como un día se encontrase en el camino con un hombre muy pobre, se quedó contemplando su pobreza, y dijo a su compañero: «La pobreza de este hombre es para nosotros motivo de gran sonrojo y reprende mucho la nuestra. Para mí, no hay mayor bochorno que encontrar a alguno más pobre que yo, porque he escogido a la pobreza por mi dama, por mis delicias y mis riquezas espirituales y corporales, y porque ha corrido por todo el mundo la voz de que yo he hecho profesión de ser pobre ante Dios y ante los hombres».

Cómo animó y enseñó a los primeros hermanos, que se avergonzaban de pedir limosna, a que fueran a pedirla

18. Cuando el bienaventurado Francisco empezó a tener hermanos, se regocijaba tanto de su conversión y de que el Señor le hubiera dado esa buena compañía, y tanto los amaba y veneraba, que se abstenía de decirles que fueran a pedir limosna. La razón era que creía que se avergonzaban de ir a mendigar. En atención a ello, iba él solo todos los días en busca de limosnas.

La ocupación le resultaba demasiado fatigosa, pues en el mundo había vivido entre delicadezas y era flaco de complexión, y, por otro lado, sus excesivas privaciones y sacrificios le habían debilitado en demasía. Así, considerando que él solo no podía sobrellevar tanto trabajo y que ellos habían sido llamados también a la misma vida, aunque ahora se avergonzaran de hacerlo, porque no conocían bien su vocación ni tenían discreción suficiente para adelantarse y decir: «También nosotros queremos ir a pedir limosna», les habló de esta manera: «Carísimos hermanos e hijitos míos, no tenéis por qué avergonzaros de ir a pedir limosna, pues el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo, y nosotros, a ejemplo suyo, hemos elegido el camino de la verdadera pobreza. Esta es nuestra herencia; la adquirió nuestro Señor Jesucristo y nos la dejó a nosotros y a cuantos, por imitarle, quieren vivir en santísima pobreza. Os digo en verdad que muchos nobles y sabios del siglo vendrán a nosotros y tendrán a gran honor y gloria el ir a pedir limosna. Id, pues, confiados y gozosos en busca de limosna con la bendición de Dios; y debéis ir a pedir limosna más contentos y alegres que aquel, pongo por ejemplo, que por una moneda ofreciese cien denarios, porque vosotros, cuando pedís y decís: 'Una limosna por amor de Dios', ofrecéis a los que se la pedís el amor de Dios, en cuya comparación son nada el cielo y la tierra».

Como los hermanos eran pocos, no los podía enviar de dos en dos, sino que cada uno iba solo por castillos y villas. Y sucedía que, cuando volvían con la limosna que habían recogido, cada uno se la mostraba al bienaventurado Francisco, y decían unos a otros: «Yo he recogido más limosna que tú». Y, al verlos alegres y joviales, el bienaventurado Francisco se regocijaba íntimamente. Y, en adelante, cada uno pedía de muy buen grado licencia para salir a pedir limosna.

No quería que los hermanos vivieran precavidos ni preocupados por el día de mañana

19. Por este mismo tiempo, estando el bienaventurado Francisco con los hermanos que entonces tenía, vivía con ellos en tanta pureza, que en todo y por todo observaban a la letra el santo Evangelio; esto desde el día en que el Señor le reveló que, tanto él como los hermanos, debían vivir según la forma del santo Evan-

gelio. Así que prohibió al hermano que hacía de cocinero que pusiera por la tarde a remojo de agua caliente, como es costumbre, las legumbres que servirían de comida al día siguiente, por observar las palabras del santo Evangelio: *No os preocupéis del día de mañana* [1]. Y el cocinero aguardaba a echar las legumbres a remojo, para que se ablandaran, hasta después del rezo de maitines, cuando ya había empezado el día en que se servirían de comida. Por la misma razón observaron esto muchos hermanos durante largo tiempo en muchos lugares, y no querían recoger o recibir más limosnas que las que necesitaban para el día, principalmente en las ciudades.

Cómo reprendió de palabra y con el ejemplo a los hermanos que habían preparado con suntuosidad la mesa el día de Navidad porque había llegado un ministro

20. Un hermano ministro vino a celebrar, en compañía del bienaventurado Francisco, el día de la Natividad del Señor en el lugar de los hermanos sito en Rieti [1]. Con ocasión de la venida del ministro y de la fiesta, los hermanos prepararon la mesa con cierto aderezo y curiosidad el día de Navidad, poniendo en ella hermosos y blancos manteles y vasos de cristal.

Cuando el bienaventurado Francisco bajó de la celda a comer, le sorprendió que hubieran elevado las mesas y las hubieran preparado curiosamente. Entonces marchó en secreto, tomó el bastón y el sombrero de un pobre que había llegado aquel mismo día y, llamando en voz baja a uno de sus compañeros, salió fuera de la puerta del lugar sin que se dieran cuenta los hermanos. El compañero quedó dentro junto a la puerta. Los hermanos entre tanto habían entrado a comer, pues tenían orden del bienaventurado Francisco de que, cuando no llegaba puntual a la hora de la comida, no le aguardaran.

Al poco tiempo de estar fuera llamó a la puerta, y su compañero le abrió al momento. Con el sombrero caído a la espalda y con el bastón en la mano, fue, como peregrino y pobre, a la puerta de la casa donde estaban comiendo los hermanos y pidió, diciendo: «¡Una limosna, por amor del Señor Dios, a este pobre peregrino y enfermo!» El ministro y los demás hermanos le conocieron en seguida, y el ministro le respondió: «Hermano, también nosotros somos pobres, y, como somos muchos, necesitamos las limosnas que tenemos; mas, por el amor del Señor, a quien has invocado, ven con nosotros y te daremos de las limosnas con que el Señor nos ha regalado».

Una vez que entró y se paró ante la mesa, el ministro le alargó la escudilla de la que él comía; lo mismo hizo con el pan. Tomándolo en sus manos, se sentó humildemente en el suelo cerca del

[1] Mt 6,34.
[1] Cf. LP 74 n.1.

fuego en presencia de los hermanos que estaban sentados a la mesa. Y, suspirando, dijo a los hermanos: «Al ver la mesa preparada con tanto refinamiento y cuidado, he pensado que no era mesa propia de los pobres religiosos que salen todos los días a pedir de puerta en puerta. A nosotros, carísimos, nos va mejor que a otros religiosos seguir el ejemplo de humildad y pobreza de Jesucristo, porque ésta es nuestra vocación y esto hemos profesado ante Dios y ante los hombres. Por eso, me parece que ahora debo sentarme como hermano menor, pues las fiestas del Señor y de otros santos más dignamente se celebran con escasez y pobreza, con las cuales los mismos santos han conquistado el cielo, que no con superfluas curiosidades, que alejan a las almas del cielo».

Con esto quedaron confundidos los hermanos, pensando que era pura verdad lo que decía. Algunos comenzaron a derramar copiosas lágrimas contemplando cómo yacía sentado en el suelo y cómo tan santa y discretamente les había querido corregir y enseñar. Amonestaba a los hermanos a que tuvieran las mesas tan humildes y convenientes a su estado, que los seglares pudieran quedar edificados, y, si se acercara algún pobre y fuera invitado por los hermanos, pudiera sentarse igual que ellos, y no el pobre en el suelo y los hermanos en bancos.

Cómo al tiempo de un capítulo el señor ostiense derramó lágrimas y quedó edificado de la pobreza de los hermanos

21. El señor ostiense, que fue luego el papa Gregorio IX, vino al capítulo que celebraban los hermanos en Santa María de la Porciúncula y entró con muchos caballeros y clérigos a la casa para ver el dormitorio de los hermanos. Viendo que dormían en el suelo y que no tenían debajo del cuerpo sino un poco de paja y unos colchones muy pobres y casi completamente rotos y que no usaban almohada, empezó a derramar abundantes lágrimas delante de todos, diciendo: «¡Estos hermanos duermen aquí! ¡Y nosotros, míseros, nadamos en la abundancia! ¡Ay! ¿Qué será de nosotros?»

Y él y todos los demás quedaron muy edificados. Mesa, no vieron ninguna, porque los hermanos comían sentados en el suelo. Pues, mientras vivió el bienaventurado Francisco, todos los hermanos comían en este lugar en el suelo.

Cómo algunos caballeros encontraron lo necesario pidiendo limosna de puerta en puerta, conforme al consejo del bienaventurado Francisco

22. Morando el bienaventurado Francisco en Bagnaia, sobre la ciudad de Nocera [1], se le empezaron a hinchar mucho los pies

[1] LP 96 dice que, vuelto de Siena y de Celle di Cortona y después de haber estado en Santa María de la Porciúncula, se vino a Bagnaia, al sur de Nocera (Umbría).

debido a su enfermedad de hidropesía, y enfermó gravemente. La noticia llegó a oídos de los vecinos de Asís, y algunos caballeros vinieron deprisa para llevárselo, porque temían que muriese allí y se quedaran otros con su santísimo cuerpo [2]. En la travesía del camino se pararon en un castro del territorio de Asís para comer [3]. El bienaventurado Francisco se quedó descansando en la casa de un hombre pobre, que con gozo y de buen grado le hospedó. Los caballeros se fueron al castro a comprar qué comer, pero no encontraron nada. De regreso a donde el bienaventurado Francisco, le dijeron como bromeándose: «Mirad, hermanos, nos vais a tener que dar de vuestras limosnas, porque no hemos podido encontrar nada para comer». El bienaventurado Francisco, con gran fervor de espíritu, les dijo: «En verdad que no habéis encontrado nada, porque habéis ido confiados en vuestras 'moscas' (esto es, en el dinero) y no en Dios. Volved por las mismas casas en donde habéis querido comprar comida y, sin rubor ninguno, pedid limosna por amor del Señor Dios, y veréis cómo, movidos por el Espíritu Santo, os dan en abundancia». Dispuestos a cumplir el consejo del bienaventurado Francisco, salieron a pedir limosna, y sucedió que los vecinos a los que les pidieron les dieron con alegría y en abundancia de las cosas que tenían. Los caballeros no dejaron de reconocer que esto era algo milagroso, y volvieron llenos de gozo a donde el bienaventurado Francisco alabando al Señor.

El bienaventurado Francisco tenía por gran nobleza y dignidad, no sólo ante Dios, sino ante los hombres, el pedir limosna por amor del Señor Dios, porque todo lo que el Padre celestial creó para provecho del hombre, por amor de su amado Hijo lo reparte luego, después del pecado, gratuitamente a buenos y malos a título de limosna.

Decía también que el siervo de Dios debería pedir limosna por amor del Señor Dios con más contento y gozo que aquel que fuera pregonando su generosidad y cortesía y dijera: «A cualquiera que me dé una moneda que valga un solo denario, yo le daré mil marcos de oro», porque el siervo de Dios, al pedir limosna, ofrece el amor de Dios à aquel a quien se la pide, y, en comparación de él, ni el cielo ni la tierra valen nada.

Por eso, antes de que los hermanos se hubieran multiplicado, como también después de que su número hubo crecido, cuando iba a predicar y era invitado por algún bienhechor noble o rico a comer y hospedarse en su casa, al acercarse la hora de comer iba por limosna antes de entrar a la casa del huésped, para así dar buen ejemplo a los hermanos y para hacer honor a la dignidad de la pobreza. Y muchas veces decía a quien le había invitado: «Yo no quiero abandonar mi dignidad real y mi herencia y profesión y la de mis hermanos: pedir limosna de puerta en puerta». Y a

[2] Hecho característico del extraordinario aprecio que tenían las gentes de la Edad Media por las reliquias; la escena se reproducirá a la muerte del Santo.

[3] Celano precisa que en Satriano.

veces ocurría que le acompañaba el que le había invitado, y, tomando las limosnas que recogía el bienaventurado Francisco, las guardaba como reliquias por devoción al siervo de Dios.

Quien esto escribe lo vio muchas veces y da testimonio de ello.

Cómo fue a pedir limosna antes de entrar a comer con el cardenal

23. En cierta ocasión en que el bienaventurado Francisco visitaba al señor ostiense, que fue después el papa Gregorio, a la hora de comer salió furtivamente a pedir limosna; cuando volvió, ya había entrado el señor ostiense a comer con muchos caballeros y nobles. Acercándose el bienaventurado Francisco, colocó sobre la mesa ante el cardenal las limosnas que había encontrado y se puso junto a éste, porque el cardenal quería que el bienaventurado Francisco se sentara siempre a su lado. El señor cardenal sintió sonrojo de que hubiera ido en busca de limosnas y las hubiera dejado sobre la mesa, pero entonces nada le dijo en atención a los comensales. Después que el bienaventurado Francisco comió un poco, tomó de sus limosnas y dio un poco de ellas, de parte del Señor Dios, a cada uno de los caballeros y a los capellanes del señor cardenal. Todos lo recibieron con muestras de devoción, descubriéndose reverentemente; y algunos lo comían y otros lo guardaban por devoción a Francisco. El señor ostiense se alegró visiblemente por la devoción de los comensales y más teniendo en cuenta que aquellas limosnas no eran pan de trigo.

Después de la comida se retiró el señor cardenal a su aposento y se llevó consigo al bienaventurado Francisco; echándole los brazos, lo estrechó contra sí con gran gozo y alegría y le susurró: «¿Por qué, hermano mío simplón, me has hecho pasar por el sonrojo de que, viniendo a mi casa, que es la de todos tus hermanos, hayas ido antes a pedir limosna?»

A lo cual respondió el bienaventurado Francisco: «Al contrario, señor, os he demostrado el máximo honor, porque, cuando el súbdito realiza su quehacer y obedece a su señor, le honra grandemente». Y añadió: «Yo tengo que ser forma y ejemplo de vuestros pobres, sobre todo porque sé que en esta Religión hay y habrá hermanos menores de nombre y de hecho, los cuales, por amor del Señor Dios y por la unción del Espíritu Santo, que los adoctrinará en todo, se rebajarán a toda humildad, sujeción y servicio de sus hermanos; los hay también, y los habrá entre ellos, que, dominados por la vergüenza o por la mala costumbre, se niegan y se negarán a humillarse y a abajarse para pedir limosna y para dedicarse a trabajos serviles; y por eso me siento obligado a enseñar con las obras a todos los que están y estarán en la Religión, para que no tengan excusa ante Dios ni en este mundo ni en el otro. Estando, pues, en vuestra casa, y sois nuestro señor y papa, y en las de otros nobles y ricos del mundo, y sabiendo que

no sólo me recibís con gran devoción por amor del Señor Dios, sino que me urgís a ello, no quiero avergonzarme de ir a pedir limosna. Muy al contrario, lo quiero considerar y tener, según Dios, por la mayor nobleza y dignidad real y como un honor a Aquel que, siendo Señor de todos, por amor nuestro se quiso hacer esclavo de todos; y, siendo rico y resplandeciente de majestad, quiso venir pobre y despreciado en nuestra bajeza [1].

d »Por eso quiero que sepan los hermanos de hoy y de mañana que siento más gozo espiritual y corporal cuando me siento a la mesa pobre de los hermanos y veo con mis ojos las limosnas pobres recogidas de puerta en puerta por amor del Señor Dios, que cuando me siento con vos o con otros señores a mesas preparadas con gran variedad de manjares. Porque el pan de limosna es pan santo santificado por la alabanza y amor de Dios, pues, cuando va el hermano a pedir limosna, primero debe proclamar: 'Bendito y alabado sea Dios', y después debe decir: 'Una limosna por amor del Señor Dios'».

Con estas palabras del bienaventurado Francisco quedó el señor cardenal muy edificado, y le dijo: «Hijo mío, haz lo que mejor te parezca, pues veo que el Señor está contigo, y tú con él».

f El bienaventurado Francisco quiso siempre, y muchas veces lo dijo, que los hermanos no debieran pasar mucho tiempo sin ir a pedir limosna, por el mérito que tiene y porque no se avergonzaran luego cuando habrían de hacerlo. Es más, cuanto más noble y de condición social más alta hubiera sido un hermano, tanto más se alegraba y se edificaba al verlo ir por limosna o que hacía otros trabajos serviles que solían hacer entonces los hermanos.

Un hermano que ni oraba ni trabajaba y comía bien

24. Al comienzo de la Religión, cuando los hermanos moraban en Rivo Torto [1], cerca de Asís, había entre ellos uno que oraba poco y no trabajaba ni quería ir a pedir limosna y comía bien.

Viéndolo el bienaventurado Francisco, conoció por inspiración del Espíritu Santo que era hombre carnal, y le dijo: «Sigue tu camino, hermano mosca, pues quieres chupar del trabajo de tus hermanos y permanecer ocioso en la obra del Señor, como zángano ocioso y estéril, que nada produce y no trabaja, y se alimenta del trabajo y producto de las buenas abejas».

Y se marchó por su camino; y porque era carnal, no pidió ni encontró misericordia.

Cómo salió con fervor al encuentro de un pobre que volvió con la limosna cantando al Señor

25. En otra ocasión, estando el bienaventurado Francisco en Santa María de la Porciúncula, un pobre muy espiritual [1]

[1] Este discurso figura abreviado en 2C 73. [1] Cf. 1C 16 n.1.

[1] 2C 76 dice que este pobre era un hermano.

venía por el camino, con la limosna que había recogido en Asís, alabando en alta voz al Señor con gozosa alegría. Cuando ya se acercaba a la iglesia de Santa María, le oyó el bienaventurado Francisco, y, sin perder tiempo, le salió al encuentro en el camino con gran fervor y gozo; y, besándole con incontenible alegría el hombro sobre el cual llevaba la alforja con las limosnas, se la tomó, se la puso sobre su hombro y la llevó a la casa, y allí, delante de los hermanos, exclamó: «Así quiero que vayan y vuelvan mis hermanos con la limosna: alegres, jubilosos y alabando a Dios».

El Señor le reveló que se llamaran hermanos menores y que anunciaran la paz y la salvación

26. Una vez dijo el bienaventurado Francisco: «La religión y vida de los hermanos menores es una pequeña grey que el Hijo de Dios ha pedido a su Padre celestial en estos últimos tiempos, suplicándole: 'Quisiera, Padre, tuvieras a bien concederme un nuevo y humilde pueblo en estos últimos tiempos que por su humildad y pobreza sea distinto de cuantos le han precedido y que tenga por su único contento el poseerme a mí solo'. Y el Padre celestial respondió a su Hijo amado: 'Hijo mío, se ha cumplido lo que acabas de pedirme'».

Por eso, decía el bienaventurado Francisco que el Señor le había revelado ser voluntad suya que se llamaran hermanos menores [1], porque son ellos el pueblo pobre y humilde que el Hijo de Dios pidió, y del que el mismo Hijo de Dios dice en el Evangelio: *No temas, rebañito mío, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino* [2]; y también: *Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis* [3]. Y, aunque el Señor lo dijera de todos los pobres de espíritu, predijo de manera especial que había de fundarse en la Iglesia esta Religión de los hermanos menores.

Tal como fue revelado al bienaventurado Francisco que su Religión se llamaría de los hermanos menores, hizo luego que se escribiera en la primera regla, que, presentada al papa Inocencio III, fue aprobada por él y confirmada y anunciada luego en público consistorio [4]. También le fue revelado el saludo que habían de emplear los hermanos, como hizo escribir en su testamento: «El Señor me reveló que debiera decir al saludar: *El Señor te dé la paz*» [5].

En los orígenes de la Religión, yendo de camino con uno de los primeros doce compañeros, el hermano saludaba a todos, hombres y mujeres y a los trabajadores del campo, diciendo: «El

[1] Muy distinta es la versión que da 1C 38 sobre el origen de este nombre.
[2] Lc 12,32.
[3] Mt 25,40.
[4] LP 101 dice *consilio*.
[5] Test 23.

Señor os dé la paz». Como no habían oído nunca que otros religiosos saludaran así, les extrañaba muchísimo. Y algunos, malhumorados, replicaban: «¿Qué intentáis decirnos con este saludo?» De modo que el hermano comenzó a avergonzarse y pidió así al bienaventurado Francisco: «Permíteme que salude de otra manera». El bienaventurado Francisco lo animó diciendo: «Déjales que digan lo que quieran, porque no perciben las cosas de Dios. Pero tú no te encojas de ánimo, porque habrá muchos nobles y principales de este mundo que por este saludo te mostrarán, a ti y a los hermanos, reverencia. Pues gran cosa es que el Señor quiera disponer de un nuevo y pequeño pueblo que no tenga parecido en su vida y en sus máximas con los que le han precedido y que se sienta contento con tener tan sólo al mismo Altísimo y Glorioso».

CAPITULO III

CARIDAD, COMPASIÓN Y CONDESCENDENCIA PARA CON EL PRÓJIMO

Cómo condescendió con un hermano que se moría de hambre comiendo con él y cómo amonestó a los hermanos que fueran discretos en las penitencias

27. En el tiempo en que el bienaventurado Francisco empezó a tener hermanos y morando con ellos en Rivo Torto [1], cerca de Asís, sucedió que una vez hacia la media noche, cuando descansaban todos los hermanos, uno de ellos gritó: «¡Me muero, me muero!» Sobresaltados y despavoridos, se despertaron todos. Y, levantándose el bienaventurado Francisco, dijo: «Levantaos, hermanos, y encended una luz». Luego que encendieron la luz, dijo: «¿Quién es el que ha dicho 'Me muero'»? «Yo soy», respondió el hermano. «Qué te pasa, hermano? ¿De qué te mueres?» Y dijo: «Me muero de hambre».

El bienaventurado Francisco mandó preparar en seguida de comer, y, como varón que era lleno de caridad y comprensión, le acompañó a comer para que no se avergonzara de hacerlo solo. Y, a indicación del Santo, comieron también los otros hermanos.

Aquel hermano y todos los otros eran recién convertidos al Señor y maceraban sobremanera sus cuerpos. El bienaventurado Francisco, luego de haber comido, dijo a los otros hermanos: «Hermanos míos, os recomiendo que cada uno considere sus fuerzas; y, aunque alguno de vosotros vea que se puede sustentar con menos alimento que otro, no quiero que quien necesita de más alimentación se empeñe en imitar al que necesite de menos;

[1] Cf. 1C 42 n.1.

antes bien, teniendo en cuenta la propia complexión, dé a su cuerpo lo necesario para que pueda servir al espíritu. Pues así como nos debemos guardar del exceso de la comida, que daña al cuerpo y al alma, así también hemos de huir de la inmoderada abstinencia, y con tanta mayor razón cuanto que el Señor *quiere misericordia y no sacrificios*» [2]. Y continuó: «Carísimos hermanos, lo que acabo de hacer, quiero decir, el que hayamos comido todos por caridad con el hermano para que no se avergonzara de comer él solo, lo he hecho, más bien, impulsado por la gran necesidad y por amor; pero, por lo demás, os digo que no quiero proceder así, pues no sería religioso ni conveniente. Y quiero y os mando que cada uno, según nuestra pobreza, atienda a su cuerpo según la necesidad lo recomiende».

Los primeros hermanos y los que vinieron después por largo tiempo, mortificaban sus cuerpos en demasía con la privación de comida y de bebida y con vigilias, frío, aspereza en el vestido y con el trabajo manual; y llevaban además, a raíz de la carne, argollas de hierro, cotas de malla y asperísimos cilicios. Pensando el santo Padre que con este proceder podían enfermar y que algunos en poco tiempo habían caído ya enfermos, prohibió en un capítulo que ninguno llevara a raíz de la carne más que la túnica [3].

Nostros que estuvimos con él damos testimonio de que él obró durante toda su vida con discreta moderación para con sus hermanos, pero de suerte que no se desviaran nunca en la comida y otras cosas de la pobreza y de las exigencias de nuestra Religión. Sin embargo, el santísmo Padre, no obstante su debilidad natural y que en el mundo no había podido vivir sino entre cuidados, desde el principio de su conversión hasta el fin de su vida trató a su cuerpo con austeridad.

Un día, considerando que los hermanos se excedían de lo impuesto por nuestra vida y por la pobreza en cuanto al alimento y otras cosas, dijo en una exhortación a algunos hermanos en representación de todos: «No piensan los hermanos que mi cuerpo necesita de un régimen especial; pero como me siento obligado a ser forma y ejemplo para todos los hermanos, quiero contentarme con poca y frugal comida y usar de todas las cosas conforme a la pobreza y rechazar en absoluto todo lo suntuoso y delicado».

Cómo condescendió con un hermano enfermo comiendo uvas con él

28. En otra ocasión en que el bienaventurado Francisco estuvo en el mismo lugar [1], un hermano espiritual y antiguo en la Religión estaba allí enfermo y muy débil.

[2] Mt 9,13.
[3] Flor 18 dice que esta prohibición se dio en el capítulo de las esteras.
[1] Cf. LP 53 n.1.

Viéndolo el bienaventurado Francisco, se movió a compasión; mas como por entonces los hermanos, sanos y enfermos, tenían la pobreza por abundancia y en sus enfermedades no querían usar de medicinas ni las buscaban, sino que, más bien, tomaban de mejor grado lo que contradecía el apetito de sus cuerpos, dijo para sí el bienaventurado Francisco: «Si este hermano comiese de mañana algún racimo de uvas maduras, me parece que le haría bien». Y como pensó lo hizo.

Un día se levantó de mañanita y, llamando aparte al hermano, lo llevó a una viña que había cerca del lugar. Buscó una cepa que tenía racimos muy en sazón para comer, y, sentándose con el hermano junto a la cepa, empezó a comer uvas con él para que el hermano no se avergonzara de comer él solo. Luego que comieron, se sintió sano el enfermo, y los dos alabaron juntamente al Señor.

El hermano tuvo presente toda su vida esta misericordia y piedad que el Padre santísimo tuvo con él, y lo contaba muchas veces a los hermanos con gran devoción y derramando lágrimas abundantes.

Cómo se despojaron él y su compañero para vestir a una viejecita pobre

29. Estando en Celano, en tiempo de invierno, el bienaventurado Francisco usaba a modo de capa un paño doblado, que le había prestado un amigo de los hermanos; se le acercó una viejecita pidiendo limosna. Al momento desprendió del cuello el manto, y, aunque era ajeno, se lo dio a la viejecita, diciendo: «Anda y hazte una túnica, que bien la necesitas».

La viejecita se sonrió asombrada, no sé si de temor o de alegría, y cogió el paño de manos del Santo, y para que en la tardanza no hubiera peligro de que se lo pidiera de nuevo, se marchó a toda prisa y echó al paño la tijera.

Mas como comprobara que no le bastaba el paño para una túnica, recurrió a la ya conocida benignidad del Padre santo y le manifestó que la tela que le había dado no llegaba para hacerse la túnica. El Santo entonces miró al compañero, que llevaba otro paño parecido a la espalda, y le dijo: «¿Oyes lo que dice esta pobrecita? Mira, soportemos, por amor de Dios, el frío, y da ese paño a esta viejecita para que complete la túnica».

E inmediatamente, como Francisco, también el compañero le dio el manto. Así, los dos quedaron despojados para que se vistiera la pobre.

Consideraba hurto no dar la capa a otro más necesitado

30. Volviendo una vez de Siena, se cruzó en el camino con un pobre, y dijo a su compañero: «Debemos dar la capa a este

pobre, al cual le pertenece, pues nosotros la hemos recibido de prestado mientras no encontráramos otro más pobre que nosotros».

El compañero, que valoraba la necesidad del piadoso Padre, se resistía con tenacidad a que mirara tanto al prójimo, con olvido de sí mismo. San Francisco le dijo: «Yo no quiero ser ladrón, y por hurto se nos imputaría si no diésemos la capa al más necesitado». Y el piadoso padre dio la capa al pobre.

Cómo dio a un pobre una capa nueva bajo condición

31. En Celle di Cortona usaba el bienaventurado Francisco una capa nueva que sus hermanos le habían proporcionado con gran solicitud. Y vino al lugar un pobre que lloraba la muerte de su mujer y el abandono en que quedaba su familia.

Compadecido el Santo, le dijo: «Te doy la capa, pero con la condición de que no se la des a nadie, si no te la compra pagándote bien». Los hermanos que oyeron esto corrieron donde el pobre para quitarle la capa. Mas el pobre, envalentonado con la mirada que le dirigía el santo Padre, sujetaba como suya la capa con las manos bien apretadas. Por fin, los hermanos rescataron la capa, procurando dar al pobre el precio debido.

Cómo un pobre, movido por la limosna del bienaventurado Francisco, perdonó las injurias y depuso el odio contra su amo

32. En Colle [1], del condado de Perusa, encontró el bienaventurado Francisco a un pobre que había conocido en el mundo, y le saludó: «Hermano, ¿cómo estás?» Por toda respuesta, montado el hombre en ira, empezó a lanzar imprecaciones contra su amo, vociferando: «Por gracia de mi señor, a quien el Señor maldiga, no me puede ir sino mal, porque me ha robado todos mis bienes».

Recapacitando el bienaventurado Francisco que el pobre persistía en su odio mortal, se compadeció de su alma y le dijo: «Hermano, por amor de Dios, perdona a tu amo para que salves tu alma, y es posible que él te restituya lo robado; de lo contrario, has perdido tus bienes y vas a perder tu alma». El pobre replicó: «No puedo perdonarlo de ninguna manera si no me restituye lo que me ha robado». Entonces, el bienaventurado Francisco le dijo: «Mira, te doy esta capa y te pido que, por amor del Señor Dios, perdones a tu señor».

Y al momento se le ablandó el corazón, y, enternecido por este beneficio, perdonó las injurias a su amo.

[1] Colle, en la región de Perusa.

Cómo envió una capa a una mujer pobre que padecía de los ojos como él [1]

33. Una pobre de Machilone [2] iba a Rieti a curarse de una enfermedad de ojos. El médico vino a donde estaba el bienaventurado Francisco y le dijo: «Hermano, hay una mujer enferma de los ojos, y es tan pobre, que tengo que pagarle yo los gastos».

En oyéndole el Santo, se compadeció de ella, y, llamando a uno de los hermanos que era su guardián [3], le dijo: «Hermano guardián, debemos devolver lo ajeno». El guardián preguntó: «¿Qué ajeno dices, hermano?» El Santo señaló: «Esta capa que hemos recibido de prestado de aquella pobrecilla mujer enferma; debemos devolvérsela». El guardián le respondió: «Hermano, haz lo que mejor te parezca».

Entonces, el bienaventurado Francisco con gran alegría llamó a un hombre espiritual y familiar suyo y le dijo: «Toma esta capa y estos doce panes y vete en busca de aquella mujer pobrecilla y enferma de los ojos que el médico te indicará y dile: Un pobre a quien habías prestado esta capa te da gracias por habérsela prestado; toma lo que es tuyo».

Marchó el buen hombre y refirió a la mujer cuanto le había dicho el bienaventurado Francisco. Mas ella, pensando que se trataba de una burla, le contestó, no sin temor y rubor: «Déjame en paz; no sé lo que me dices».

El buen hombre dejó en manos de la mujer la capa y los doce panes. Pensando ahora que lo decía de verdad, aceptó la capa con temor y agradecimiento y alabó gozosa a Dios. Temiendo, empero, que se la pidiera de nuevo, se levantó sigilosamente de noche y se volvió a su casa con gran alegría. Pero el bienaventurado Francisco había convenido ya con su guardián que, mientras permaneciese allí la mujer, se le pagaran todos los gastos de cada día.

Nosotros que vivimos con él damos testimonio de que tenía tanta caridad y piedad no sólo hacia sus hermanos, sino también hacia los otros pobres, sanos o enfermos, que, halagándonos primero a nosotros para que no nos disgustáramos, con gran gozo interior y exterior daba a los pobres lo que necesitaba para su propio cuerpo, y que los hermanos conseguían a veces con gran solicitud y trabajo; se privaba incluso de cosas que le eran muy necesarias. Por eso, el ministro general y su guardián le tenían mandado que no diera a ninguno la túnica sin permiso de ellos. A veces, se la pedían los hermanos por devoción y se la daba; y a veces, la partía y daba una parte y se quedaba él con otra, porque no llevaba más que una túnica.

[1] Cf. Flor 3 n.1 y 19 n.1.
[2] Cf. LP 89 n.1.
[3] Probablemente, Angel de Rieti (cf. LP 7 n.2).

Cómo dio la túnica a unos hermanos que se la pidieron por amor de Dios

34. En cierta ocasión en que iba predicando por una provincia, se encontraron con él dos hermanos franceses. Como sintieran íntimo consuelo en su compañía, acabaron por pedirle la túnica por amor de Dios. Tan pronto como oyó «por amor de Dios», se despojó de la túnica y se la dio, quedándose sin ella un rato [1].

Siempre que se le interpelaba «por amor de Dios», nunca negaba lo que se le pidiera, fuera el cordón, la túnica u otra cosa. Le desagradaba sobremanera, y se lo corregía muchas veces a los hermanos, que se empleara inútilmente, por cualquier bagatela, la expresión «por amor de Dios». Y decía: «Es tan sublime el amor de Dios, que no debería pronunciarse sino raras veces, con verdadera necesidad y con suma reverencia».

Uno de aquellos hermanos se quitó su túnica y se la dio. Cuando daba a alguno la túnica o parte de ella, padecía necesidad y sufría las consecuencias, porque no le era posible procurarse tan fácilmente otra túnica, a causa particularmente de que siempre quería tener una túnica muy pobre, remendada de retazos; y a veces la quería remendada por dentro y por fuera [2]. Es más, nunca o raras veces se permitía llevar túnica de paño nuevo, sino que conseguía de algún hermano que le diera la que él había usado ya por algún tiempo. A veces recibía parte de la túnica de un hermano, y parte de otro. A causa, sin embargo, de sus muchas enfermedades y del enfriamiento del estómago y del bazo, forraba en ocasiones la túnica por dentro con paño nuevo.

Tal género de pobreza en el vestido observó hasta el año en que voló al Señor; pues pocos días antes de su muerte, como era hidrópico y estaba casi del todo escuálido [3] por otras enfermedades que padecía, los hermanos le proveyeron de varias túnicas para que pudiera mudarse día y noche según la necesidad.

Cómo quiso dar ocultamente a un pobre un retazo de tela

35. Otra vez llegó un pobre al lugar donde estaba el bienaventurado Francisco y pidió a los hermanos un retazo de tela por amor de Dios. Luego que lo oyó Francisco, dijo a un hermano: «Busca por la casa y ve si encuentras algún retazo o paño que dar a este pobre». Y, mirando el hermano por toda la casa, dijo que no encontró nada.

Para que aquel pobre no se volviese con las manos vacías, se fue el bienaventurado Francisco a ocultas del guardián para que

[1] Cf. LP 90 n.1.
[2] 1R 2,14; 2R 2,16; Test 16.
[3] Cf. LP 90 n.4.

no se le prohibiese, y, tomando un cuchillo, se sentó en un lugar apartado y empezó a cortar un trozo de túnica que llevaba cosido por dentro, con la intención de dárselo ocultamente al pobre. El guardián se dio cuenta de la faena y fue inmediatamente a donde estaba el Santo y le prohibió que lo diera; primordialmente porque hacía mucho frío, y él estaba enfermo y muy resfriado. Entonces le dijo el bienaventurado Francisco: «Si no quieres que le dé este retazo de paño, es preciso en absoluto que se dé a este pobre algún otro retazo de tela». Entonces, los hermanos, en sustitución del bienaventurado Francisco, dieron al pobre un retazo de sus vestidos.

Yendo a predicar por el mundo, ya a pie, ya en asno, después que empezó a estar enfermo, o ya también a caballo en casos de estrictísima y grave necesidad —de otra manera, jamás quiso montar a caballo—, y esto muy poco antes de la muerte, si acontecía que algún hermano le quería proveer de capa, no la quería aceptar sino a condición de que la pudiera dar a cualquier pobre que se le cruzase en el camino o acudiera a él, siempre que su espíritu le asegurara de que el pobre la necesitaba.

Cómo dijo al hermano Gil antes de ser admitido que diera su capa a un pobre

36. En los comienzos de la Orden, estando en Rivo Torto con los dos únicos hermanos que entonces tenía [1], llegó del siglo uno que se llamaba Gil, con el fin de abrazar aquella vida. Este fue el tercer hermano [2].

Durante los días en que todavía llevaba los vestidos que había traído, se acercó a aquel lugar un pobre a pedir limosna al bienaventurado Francisco. Mirando éste a Gil, le dijo: «Da a este pobre tu capa».

Al momento se la quitó de la espalda con íntimo gozo y se la dio al pobre. Y le pareció que el Señor había infundido una nueva gracia en su corazón por el gozo con que había dado la capa al pobre. Y, recibido por el bienaventurado Francisco, progresó en la virtud hasta la mayor perfección.

Penitencia que impuso a un hermano que juzgó mal de un pobre

37. Llegó el bienaventurado Francisco en plan de predicar a un lugar de hermanos cerca de Rocca di Brizio [1], y sucedió que el mismo día en que debía predicar se le acercó un hombre pobre y enfermo. Compadecido de él, empezó a hablar a su compañero

[1] Bernardo de Quintavalle ciertamente, y pudiera ser Pedro Cattani o un hermano cuyo nombre ha quedado en el anonimato; el texto de 1C 24-25 es poco claro.

[2] Cf. LP 92 n.2.

[1] Para su localización cf. LP 114 n.1.

de la pobreza y enfermedad de aquel hombre. El compañero le dijo: «Hermano, es cierto que parece muy pobre, pero acaso no hay otro en toda la provincia con más ganas de ser rico».

Inmediatamente lo reprendió con dureza el bienaventurado Francisco, y el compañero confesó su culpa. El bienaventurado Francisco le amonestó: «¿Estás dispuesto a cumplir la penitencia que te imponga?» Y contestó: «De muy buena gana la cumpliré». «Entonces, ve, despójate de la túnica y arrójate desnudo a los pies del pobre, confiésale cómo has pecado pensando mal de él y pídele que ruegue por ti».

El compañero fue e e hizo cuanto le había ordenado el bienaventurado Francisco. Luego, se levantó, se vistió la túnica y volvió al bienaventurado Francisco. Este le dijo: «¿Quieres saber cómo has pecado contra él y, lo que es peor, contra Cristo? Mira, cuando ves a un pobre, debes considerar en nombre de quién viene, o sea, de Cristo, el cual llevó sobre sí nuestra pobreza y nuestras enfermedades. La enfermedad y pobreza de este hombre es para nosotros como un espejo que nos ayuda a escudriñar y meditar piadosamente la enfermedad y pobreza que nuestro Señor Jesucristo sufrió en su cuerpo por nuestra salvación».

Cómo dio un ejemplar del Nuevo Testamento a una mujer pobre, madre de dos hermanos

38. En otra ocasión en que moraba en Santa María de la Porciúncula, vino a pedir limosna al bienaventurado Francisco una mujer anciana y pobre que tenía dos hijos en la Religión.

Al momento dijo el bienaventurado Francisco al hermano Pedro Cattani, que era entonces ministro general [1]: «¿Tendremos algo que dar a esta madre nuestra?» Decía que la madre de un hermano era madre de él y de todos los hermanos. El hermano Pedro respondió: «En casa no tenemos nada que poder darle, pues desearía una limosna con la que sustentar su cuerpo. En la iglesia sí que tenemos un libro del Nuevo Testamento del que recitamos las lecturas de maitines». Es de notar que en aquel tiempo los hermanos no tenían breviarios ni tampoco muchos salterios.

El bienaventurado Francisco le dijo entonces: «Da a nuestra madre el Nuevo Testamento para que lo venda y remedie su necesidad. Creo firmemente que con esto agradaremos más al Señor y a la Santísima Virgen que leyendo de él». Y se lo dio. De él se puede decir y escribir lo mismo que se lee del santo Job: *Desde el seno materno ha nacido y crecido en el la caridad compasiva* [2].

Sería largo y muy difícil de escribir y de contar para nosotros que vivimos con él, no solamente todo lo que hemos oído de

[1] Cf. LP 93 n.1.
[2] Job 31,18.

otros acerca de su caridad y misericordia para con los hermanos y otros pobres, sino lo que nosotros hemos visto con nuestros propios ojos.

CAPITULO IV

La perfección de la santa humildad y obediencia en él y en los hermanos

Cómo renunció al oficio de prelado e instituyó ministro general al hermano Pedro Cattani

39. Para guardar la virtud de la santa humildad, pocos años después de su conversión renunció en un capítulo al oficio de la prelacía en presencia de los hermanos, y les dijo: «Estoy ya muerto para vosotros, pero aquí tenéis al hermano Pedro Cattani [1] a quien yo y vosotros obedeceremos». Y, postrado en tierra ante él, le prometió obediencia y reverencia.

Lloraban todos los hermanos, y el íntimo dolor les arrancaba profundos sollozos al sentir, en cierta manera, la orfandad de tal Padre. El bienaventurado Padre se levantó y con los ojos elevados al cielo y con las manos juntas oró así: «Señor, a tí te recomiendo la familia que hasta ahora has confiado a mi solicitud, y ahora, por las enfermedades que bien conoces, dulcísimo Señor, al no poder cuidar de ella, la pongo en manos de los ministros. Ellos, Señor, tendrán que rendirte cuentas en el día del juicio si algún hermano se ha perdido por negligencia de ellos, mal ejemplo o ásperas correcciones».

Y, desde este momento, él quedó de súbdito hasta su muerte y conduciéndose en todo con más humildad que cualquiera de los hermanos.

Cómo se desprendió hasta de sus compañeros no queriendo tener compañero especial

40. En otra ocasión puso a disposición de su vicario todos sus compañeros, diciendo: «No quiero aparecer singular disfrutando de la prerrogativa de poder elegir un compañero especial, sino que los hermanos me acompañen de un lugar a otro, como el Señor les inspirare». Y añadió: «He visto un ciego que no tenía para guía de su camino más que un perrito, y yo no quiero ser de mejor condición».

Tuvo siempre por su mayor gloria que, rechazada toda clase de singularidad y de jactancia, morara en él la virtud de Cristo.

[1] Cf. 1C 25 n.6.

Por causa de los malos prelados renunció al oficio de la prelacía

41. Preguntándole una vez un hermano por qué había dejado el cuidado de los hermanos y los había confiado a manos ajenas, como si nada tuviera que ver con ellos, respondió: «Hijo mío, yo amo a los hermanos cuanto puedo; pero, si siguieran mis huellas, los amaría más y no me desentendería de ellos. Hay algunos entre los prelados que los arrastran hacia otras cosas, proponiéndoles el ejemplo de los antiguos, y dan poca importancia a mis avisos. Pero lo que hacen y cómo lo hacen aparecerá más claro al final».

Poco después, estando gravemente enfermo, por la fuerza del espíritu se incorporó en el lecho y exclamó: «¿Quiénes son esos que arrebataron de mis manos mi Religión y mis hermanos? Si voy al capítulo general, yo les demostraré qué es lo que quiero».

Cómo humildemente buscaba carne para los enfermos y cómo los exhortaba a ser humildes y pacientes

42. El bienaventurado Francisco no se avergonzaba de buscar carne por los lugares públicos de las ciudades para los hermanos enfermos. A su vez, exhortaba a éstos a que llevaran con resignación las deficiencias y no armaran escándalo cuando no se les pudiera atender suficientemente en todo.

Así, hizo escribir en la primera Regla: «Suplico a mis hermanos que no se irriten en sus enfermedades, ni se incomoden contra Dios o contra los hermanos, ni soliciten con ansiedad medicinas, ni deseen en demasía aliviar la carne, que pronto ha de morir y es enemiga del alma. Por el contrario, den gracias a Dios por todo y procuren portarse en la enfermedad como Dios quiere. Pues a los que Dios ha predestinado para la vida eterna, los adoctrina con castigos y enfermedades, como enseña El mismo: *'Yo reprendo y castigo a los que amo'*» [1].

Humilde respuesta de los bienaventurados Francisco y Domingo al ser preguntados si querían que sus hermanos fueran prelados en la Iglesia

43. Estaban en Roma aquellas dos preclaras lumbreras del orbe, los bienaventurados Francisco y Domingo. Se encontraban ambos con el señor ostiense y más tarde sumo pontífice [1], y tanto el uno como el otro decían exquisiteces de Dios. Al cabo, les dijo

[1] 1R 10,3-4.

[1] Se puede situar el encuentro a principios de 1221, y, en todo caso, antes del mes de julio, fecha en que Santo Domingo salió de Roma para ir a Bolonia, donde debió de morir el 6 de agosto.

el señor ostiense: «En la Iglesia primitiva, los pastores y prelados eran pobres, varones llenos de caridad y nada ambiciosos. ¿Por qué no escogemos de entre vuestros hermanos quienes sean obispos y prelados, que por su doctrina y ejemplo sobresalgan entre los demás?»

Entre los dos santos se originó una devota y humilde porfía, no en plan de mandar, sino en deferencia para con el otro, como queriéndose urgir mutuamente a dar la respuesta. Venció la humildad de Francisco, eludiendo el ser el primero en responder, y se impuso la humildad a Domingo, que respondió primero tan sólo por obedecer humildemente.

El bienaventurado Domingo dio por respuesta: «Señor, si mis hermanos quieren ser conscientes, verán que están ya elevados a posiciones distinguidas; yo, en cuanto pueda, nunca permitiré que admitan otra especie de dignidad».

Entonces, el bienaventurado Francisco, inclinándose ante el mencionado señor, dijo: «Señor, mis hermanos se llaman menores para que no aspiren a ser mayores. Su vocación les enseña a vivir en sencillez y a imitar las huellas de la humildad de Jesucristo, a fin de que así, en la visita de los santos, sean ensalzados más que los demás. Si queréis que den fruto en la Iglesia de Dios, tenedlos y mantenedlos en el estado de su vocación. Y si ascienden a lo alto, reducidlos con energía a las llanuras y no consintáis que se eleven a ninguna prelacía».

Así respondieron los santos; con sus respuestas quedó el señor cardenal de Ostia altamente edificado y dio rendidas gracias a Dios.

f Marchando ambos a la vez, el bienaventurado Domingo pidió a San Francisco se dignara darle el cordón con que se ceñía. El bienaventurado Francisco rehusó por humildad lo que el bienaventurado Domingo pedía por caridad. Triunfó, sin embargo, la bendita devoción del que pedía, y la cuerda que logró arrancar la violencia del amor, se la ciñó el bienaventurado Domingo debajo de su hábito y la llevó desde entonces devotamente.

Finalmente, puestas las manos del uno entre las del otro, se encomendaron mutuamente con toda dulzura. Y Santo Domingo dijo a San Francisco: «Desearía, hermano Francisco, que nuestras Ordenes se fusionaran en una sola y nosotros viviéramos en la Iglesia la misma forma de vida».

Cuando, por fin, se despidieron, el bienaventurado Domingo dijo en presencia de muchos que estaban allí: «Os digo en verdad que todos los religiosos deberían imitar a este santo varón Francisco. Tanta es la perfección de su santidad».

Cómo quiso que todos sus hermanos sirviesen a los leprosos para fundarse en la humildad

44. Desde el principio de su conversión, el bienaventurado Francisco, como sabio arquitecto, se fundamentó, con la ayuda de

Dios, sobre roca viva, esto es, sobre la máxima humildad y pobreza del Hijo de Dios; y por esta humildad llamó a su Religión de los hermanos menores [1]

Al principio de la Religión quiso que sus hermanos vivieran en leproserías al servicio de los enfermos, y allí se afianzaran en la santa humildad. Por eso, cuando venían a la Orden, ya fueran nobles, ya plebeyos, entre otras, se les hacía la advertencia de que habían de servir humildemente a los leprosos y vivir en sus casas [2], como se contiene en la primera Regla [3]. No habían de querer tener bajo el cielo sino la santa pobreza, por la cual les nutre el Señor corporal y espiritualmente y por la que conseguirán en el futuro la herencia del cielo.

De esta manera se cimentó, para sí y para los demás, sobre la máxima humildad y pobreza. Y, siendo gran prelado en la Iglesia de Dios, eligió y prefirió estar postergado no sólo en la Iglesia, sino entre sus hermanos, si bien este abatimiento era, a su juicio y según su corazón, la mayor exaltación ante Dios y ante los hombres.

Cómo quería que en todas sus palabras y obras buenas se atribuyera sólo a Dios la gloria y el honor

45. Habiendo predicado al pueblo de Terni [1] en la plaza de la ciudad, en cuanto acabó sus palabras, se levantó el obispo de la misma ciudad, varón discreto y espiritual, y habló así al pueblo: «El Señor, desde los días en que plantó y edificó la Iglesia, la ha venido iluminando con los resplandores de hombres santos, que con su palabra y ejemplo la cultivaran. Ahora, en estos últimos tiempos, la ha esclarecido con este hombre Francisco, pobrecillo, despreciable y sin letras. Por eso estáis obligados a amar y reverenciar a Dios y a guardaros de pecar. *No se porta así el Señor con todas las gentes*» [2].

Luego de estas palabras, el obispo bajó del lugar donde había predicado y entró en la catedral. El bienaventurado Francisco se acercó a él y, arrojándose a sus pies, dijo: «Señor obispo, os confieso en verdad que ningún hombre me ha honrado tanto en el mundo como vos en este día. Los otros hombres dicen: '¡Este es un varón santo!', y me atribuyen a mí, y no al Creador, la gloria y la santidad. Vos, en cambio, como muy discreto, habéis separado lo precioso de lo que es vil».

Cuando el bienaventurado Francisco era alabado y decían de él que era santo, respondía así a tales encomios: «Todavía no me

[1] 1R 7,2. Cf. también 1C 37.

[2] Sobre su trabajo entre los leprosos cf. LP 9 n.2.

[3] Sabatier ha creído que «sicut in prima regula continetur» hay que unirlo a lo que precede *(Le Speculum perfectionis* I [Manchester 1928] p.116). En cambio, en el texto paralelo de LP 9 dicha frase aparece unida a lo que sigue.

[1] Cf. 2C 141 n.1.

[2] Sal 147,20.

puedo fiar de no tener hijos e hijas. En cualquier momento que el Señor apartara de mí el tesoro que me ha confiado, ¿qué otra cosa me quedaría sino el cuerpo y el alma, como los tienen también los paganos? Es más, debo creer que, si el Señor hubiera otorgado a cualquier ladrón o pagano tantas gracias como me ha dado a mí, serían mucho más fieles al Señor que lo soy yo. Como en la imagen de Dios o de la Virgen Santísima pintada en una tabla es honrado el Señor y la Santísima Virgen y ningún honor se arroga la pintura, así el siervo de Dios es como una pintura de Dios en que el mismo Dios es honrado para gloria suya. Pero el siervo de Dios nada se debe atribuir, porque, con relación a Dios, es menos que la pintura y la tabla. Es más: es pura nada, y a sólo Dios corresponde la gloria y el honor; al hombre, la vergüenza y la tribulación mientras vive entre las miserias de este mundo».

Quiso tener como guardián hasta su muerte a uno de sus compañeros y vivir bajo su obediencia

46. Queriendo permanecer hasta la muerte en perfecta humildad y obediencia, mucho antes de morir dijo al ministro general: «Quiero que nombres a uno de mis compañeros para que haga tus veces, a quien yo obedezca en vez de a ti. Por el bien de la obediencia, quiero que, durante la vida y en la muerte, tú estés siempre a mi lado».

Desde entonces hasta su muerte tuvo a uno de sus compañeros por guardián, a quien estaba sujeto como a vicario del ministro general. Es más, en cierta ocasión dijo a sus compañeros: «El Señor me ha concedido, entre otras, la gracia de que, si se me diera por guardián a un novicio que acabara de entrar hoy en la Religión, le obedecería con la misma solicitud que si se tratara del primero y más antiguo en años y vida religiosa. El súbdito debe mirar a su prelado no como a hombre, sino como a Dios, por amor del cual se somete a la obediencia de aquél». Luego añadió: «No hay prelado en el mundo tan temido por sus súbditos como haría el Señor que fuera yo temido por mis hermanos, si yo quisiera. Pero el Señor me ha dado la gracia de querer estar contento en todo, como quien es el menor en la Religión».

Nosotros que vivimos con él vimos con nuestros propios ojos lo que él mismo atestigua: que, cuando algunos hermanos no le atendían en sus necesidades o le dirigían alguna palabra de las que suelen turbar al hombre, en seguida se recogía en la oración y luego, de vuelta, no quería acordarse de ello. Y nunca decía: «Tal hermano no me ha atendido o tal hermano me ha dicho aquella palabra».

Y en esta disposición se mantuvo siempre. Y cuanto más se acercaba al fin de su vida, más cuidado ponía en considerar cómo podría vivir y morir en absoluta humildad y pobreza y en la perfección de toda virtud.

Cómo enseñaba la manera perfecta de obedecer

47. Decía el Padre santísimo a sus hermanos: «Hermanos carísimos, obedeced a la primera y no esperéis a que se os mande por segunda vez. No digáis nunca ni penséis que es imposible un precepto, pues, aunque yo os mandara más de lo que vuestras fuerzas pueden, la virtud de la santa obediencia os las daría».

Cómo asemejó el perfecto obediente a un cuerpo muerto

48. En cierta ocasión, sentado con sus compañeros, dijo suspirando: «Es lástima que apenas haya en el mundo religioso que obedezca bien a su prelado». Dijéronle entonces los compañeros: «Dinos, pues, Padre, en qué consiste la perfecta y suma obediencia». Y les contestó, describiéndoles el perfecto y verdadero obediente bajo la figura de un cuerpo muerto: «Toma un cuerpo sin vida y colócalo donde mejor te pareciere. Verás que no se resiste a ser movido, ni a que le cambien de sitio, ni reclama el que ha dejado. Si es sentado en una cátedra, no mira altanero, sino hacia el suelo; si se lo rodea de púrpura, resalta el doble su palidez. El verdadero obediente es aquel que no juzga por qué se le cambia, ni se preocupa del lugar donde le coloquen, ni insiste en que lo trasladen. Si es promovido a algún cargo, se mantiene en su habitual humildad, y cuanto más es ensalzado, más indigno se reconoce del honor» [1].

Llamaba santas obediencias a las que pura y sencillamente eran impuestas, y no a las que eran buscadas. Juzgaba obediencia suma, en que no tiene parte ni la carne ni la sangre, aquella por la que, siguiendo la inspiración divina, se va entre los infieles ya para ganar al prójimo, ya por deseo de martirio. Decía que pedir esta obediencia era muy grato a Dios.

Es peligroso mandar precipitadamente por obediencia y no obedecer al mandato de la obediencia

49. Pensaba el bienaventurado Padre que rara vez se debía mandar con precepto de obediencia y que no había de lanzarse de primeras la saeta que debe dispararse en último término. Decía: «No se ha de echar pronto mano a la espada».

Añadía también que quien no cumple prontamente el precepto de obediencia, no teme a Dios ni respeta al hombre, a no ser que haya motivo que necesariamente obligue a diferir el cumplimiento.

Nada más verdadero, porque la autoridad de mandar en ma-

[1] San Francisco empleó la imagen del cadáver a propósito de la obediencia. Con ello no quiere decir que el que obedece ha de matar su propio juicio. Quiere tan sólo expresar, plásticamente, la disposición de humildad del que obedece.

nos de un superior temerario, ¿que otra cosa es que el puñal en manos de un furioso? Y ¿en qué se puede tener menos esperanza que en un religioso que descuida la obediencia y la desprecia?

Cómo respondió a los hermanos que querían persuadirle a que pidiera privilegio de poder predicar libremente

50. Algunos hermanos dijeron al bienaventurado Francisco: «Padre, ¿no ves cómo los obispos no permiten a veces que prediquemos y nos hacen estar muchos días sin ocupación en un lugar antes que podamos anunciar la palabra del Señor? Mejor sería que alcanzaras del señor papa algún privilegio sobre esto, y redundaría en bien y salvación de las almas». Les respondió, reprendiéndolos ásperamente: «Vosotros, hermanos menores, no comprendéis la voluntad de Dios ni permitís que yo convierta al mundo entero, como Dios lo quiere. Yo quiero, primeramente, convertir a los prelados mediante la santa humildad y la reverencia; cuando éstos vean nuestra vida santa y nuestra humilde reverencia para con ellos, os rogarán que prediquéis y convirtáis al pueblo. Ellos os llamarán a predicar mejor que vuestros privilegios, los cuales os llevarán a ensoberbeceros. Y, si estuviereis alejados de toda avaricia y exhortarais al pueblo a que satisfagan a las iglesias sus derechos, los mismos prelados os llamarían para que oyerais las confesiones de los fieles, si bien de esto no os debéis preocupar, porque, si se convierten, fácilmente encontrarán confesores. Yo por mi parte sólo quiero tener un privilegio del Señor: no tener ningún privilegio de los hombres, sino reverenciar a todos, y, cumpliendo lo que manda la santa Regla, tratar de convertir a todos más con el ejemplo que con las palabras».

Cómo los hermanos se reconciliaban mutuamente cuando se ofendían

51. Decía que los hermanos menores habían sido enviados por Dios en estos últimos tiempos para que mostraran ejemplos de luz a los que andan envueltos en las tinieblas del pecado. Decía, asimismo, que se sentía como envuelto en perfumes, como ungido con la fuerza de un bálsamo precioso, cuando llegaban a sus oídos las gestas realizadas por los santos hermanos que andaban dispersos por el mundo.

Sucedió un día que cierto hermano, en presencia de un noble caballero de la isla de Chipre, ofendió de palabra a otro hermano. Advirtiendo el ofensor [1] que había molestado un tanto a su hermano, al momento cogió un boñigo de asno, se lo metió en su boca para morderlo y dijo: «¡Masque el estiércol la lengua dañina

[1] 2C 155 *dice que este hermano se llamaba Bárbaro.*

que ha derramado contra mi hermano el veneno de la iracundia!» Ante la escena, aquel caballero quedó estupefacto y marchó con gran edificación. Y desde entonces puso a disposición de los hermanos su persona y sus bienes.

Era costumbre entre los hermanos que, si alguno de ellos profería una palabra injuriosa o molesta contra otro, se postraba de inmediato en tierra y, besando los pies del hermano, le pedía perdón humildemente. Se regocijaba el santo Padre cuando oía que sus hijos daban espontáneamente ejemplos de santidad y bendecía con profusión a aquellos hermanos que de palabra y de obra inducían a los pecadores al amor de Cristo. Repleto como estaba él del celo por la salvación de las almas, quería que sus hijos fueran auténticos imitadores suyos.

Cómo se querelló Jesucristo al hermano León, compañero de San Francisco, de la ingratitud y soberbia de los hermanos

52. En cierta ocasión dijo el Señor Jesucristo al hermano León, compañero del bienaventurado Francisco: «Hermano León, estoy disgustado de los hermanos». El hermano León respondió: «¿Por qué, Señor?» Y le contestó el Señor: «Por tres cosas: porque no reconocen mis beneficios, que tan generosa y abundantemente les dispenso, pues, como bien sabes, no siembran ni recolectan [1]; porque todo el día andan murmurando y ociosos y porque con frecuencia se provocan a ira mutuamente y no se reconcilian ni perdonan la injuria que reciben».

Cómo respondió con humildad y verdad a un doctor de la Orden de Predicadores que le preguntó acerca de un texto de la Escritura

53. Morando en Siena el bienaventurado Francisco, vino a él un doctor en sagrada teología, de la Orden de Predicadores[1], varón por cierto humilde y muy espiritual. Platicaron mutuamente por algún tiempo de pasajes de la Sagrada Escritura, y el maestro le preguntó acerca del significado de este texto de Ezequiel: *Si no amonestares al impío de su impiedad, yo te demandaré el precio de su alma* [2]. Le dijo: «Conozco muchos, bondadoso Padre, que están en pecado mortal, y a los que no advierto de su impiedad. ¿Tendré que responder ante Dios de su alma?»

El bienaventurado Francisco respondió humildemente que él era un idiota, y que más le tocaba hacer el papel de discípulo aprendiendo de él que manifestar el sentido de la Escritura. Entonces aquel humilde maestro añadió:

[1] Lc 12,24.

[1] Los Hermanos Predicadores se establecieron en Siena a principios de 1221.

[2] Ez 3,18.

«Hermano, aunque he oído de boca de algunos sabios la interpretación de esas palabras, escucharía de buen grado cómo entiendes tú ese pasaje». Entonces dijo el bienaventurado Francisco: «Si las palabras se han de tomar de una manera general, yo las entiendo así: que el siervo de Dios debe arder y brillar de tal manera por su vida y santidad, que con la luz del ejemplo y una conducta santa sirva de reprensión a todos los pecadores. Así, digo, el esplendor de su vida y el olor de su buen nombre reprocharán a todos sus iniquidades».

El doctor quedó altamente edificado y dijo al marchar a los compañeros del bienaventurado Francisco: «Hermanos míos, la teología de este varón, apoyada en pureza y contemplación, es águila que vuela; nuestra ciencia, en cambio, se arrastra por tierra sobre el vientre».

Cómo se ha de vivir en humildad y paz con los clérigos

54. Aunque el bienaventurado Francisco quería que sus hijos tuvieran paz con todos y con todos se portaran como pequeños, sin embargo, demostró con las palabras y con el ejemplo que habían de ser humildes, en particular con los clérigos.

Decía él: «Hemos sido enviados en ayuda de los clérigos para la salvación de las almas; para que en aquello a que no lleguen, los suplamos nosotros. Cada uno recibirá su recompensa no según la autoridad que ostenta, sino a medida de la labor que realiza [1]. Tened presente, hermanos, que es muy grato a Dios ganar las almas; pero esto lo conseguiremos mucho mejor fomentando la paz que no sembrando discordias con los clérigos. Y, si ellos fueran obstáculo a la salvación de los pueblos, a Dios pertenece la venganza, y a su tiempo les dará su merecido [2]. Así que estad sumisos a los prelados y evitad, en cuanto de vosotros dependa, un celo desordenado. Si sois hijos de la paz, ganaréis al clero y al pueblo, y esto es más agradable a Dios que ganar al pueblo sólo con escándalo del clero. Tapad sus caídas y suplid sus múltiples deficiencias; cuando hagáis así, sed más humildes».

Cómo consiguió humildemente la iglesia de Santa María de los Angeles del abad de San Benito de Asís y quiso que los hermanos habitaran y convivieran siempre allí en humildad [1]

55. Comprendiendo el bienaventurado Francisco que el Señor quería aumentar el número de hermanos, les dijo: «Carísimos hermanos e hijitos míos, veo que el Señor quiere multiplicarnos. Por eso, me parece bueno y religioso que consigamos del obispo, o

[1] 1Cor 3,8.
[2] Dt 32,35.
[1] Notas aclaratorias para este número cf. LP 56 n.1-7.

de los canónigos de San Rufino, o del abad de San Benito alguna iglesia donde los hermanos puedan rezar sus horas, y tener junto a ella tan sólo una pequeña casa pobrecilla, construida de mimbres y de barro, en que puedan los hermanos descansar y trabajar. Este lugar no es apropiado ni suficiente para los hermanos cuando vemos que el Señor los quiere multiplicar, y, sobre todo, porque aquí no tenemos iglesia donde poder rezar las horas. Además, si alguno muere, no sería conveniente sepultarlo aquí ni en la iglesia del clero secular». La proposición agradó a todos los hermanos.

Marchó, pues, a ver al obispo de Asís y le expuso todo lo dicho arriba. El obispo le dijo: «Hermano, yo no tengo ninguna iglesia que pueda daros». Y lo mismo respondieron los canónigos. Entonces fue al abad de San Benito de Monte Subasio y le expuso lo mismo. Conmovido el abad, celebró consejo con sus monjes, y, por obra de la gracia y por voluntad de Dios, concedió al bienaventurado Francisco y a sus hermanos la iglesia de Santa María de la Porciúncula, como la iglesia más pobre y pequeña que tenían. El abad dijo al bienaventurado Francisco: «Hermano, hemos atendido tu petición. Pero, si el Señor se digna multiplicar vuestra familia, queremos que este lugar sea la cabeza de todos vosotros».

Agradó lo dicho al bienaventurado Francisco y a sus hermanos; el santo Padre se alegró mucho de la donación del lugar hecha a los hermanos por varios motivos; principalmente, porque la iglesia llevaba el título de la madre de Cristo; porque era pequeña y muy pobre; por su sobrenombre de Porciúncula, en lo que veía prefigurado que había de ser cabeza y madre de los pobres hermanos menores. Se llamaba Porciúncula porque tal era el nombre del paraje desde tiempos muy remotos.

El bienaventurado Francisco decía: «Esta es la razón por la que el Señor quiso que no dieran ninguna otra iglesia a los hermanos y que los primeros hermanos no construyeran una iglesia nueva ni tuvieran otra distinta de ésta: que así, por la venida de los hermanos menores, se ha cumplido una profecía». Y, aunque era muy pobre y estaba casi destruida, los ciudadanos de Asís y de toda aquella comarca la tuvieron durante mucho tiempo en gran veneración; esta veneración ha venido creciendo hasta el presente y se va reforzando cada día. Tan pronto como fueron los hermanos a vivir allí, el Señor aumentaba casi a diario su número, y el buen olor de su fama se ha difundido de manera admirable por todo el valle de Espoleto y hasta por muchas partes del mundo. Antiguamente, se llamaba Santa María de los Angeles, porque es fama que allí se oían muchas veces cantares angélicos.

Si bien el abad y los monjes la cedieron de buen grado al bienaventurado Francisco y a sus hermanos, sin embargo, éste, como prudente y experto maestro, quiso fundar su casa, es decir, su Religión, sobre roca firme, o sea, sobre la máxima pobreza, y así, todos los años, en señal de la mayor humildad y pobreza,

enviaba al abad y a los monjes una canasta o cesto de peces que llaman lochas. Obraba así para que los hermanos no tuvieran ningún lugar propio, ni habitasen lugar alguno que no fuese ajeno. Lo que buscaba era que los hermanos no tuvieran derecho para venderlo o enajenarlo de alguna manera. Cuando los hermanos llevaban todos los años la porción de peces a los monjes, éstos, en atención a la humildad del bienaventurado Francisco, que espontáneamente se los ofrecía, les correspondían con una vasija llena de aceite.

Nosotros que estuvimos con el bienaventurado Francisco damos testimonio de que afirmaba expresamente que en esta iglesia le había sido revelado que, por las muchas gracias que allí había mostrado el Señor, era, entre las iglesias que la Virgen ama en el mundo, la que ella ama con mayor predilección. Por eso, desde entonces tuvo para con ella la mayor reverencia y devoción; y para que los hermanos tuvieran siempre un memorial en sus corazones, en la hora de la muerte hizo que se escribiera en el testamento que ellos habían de hacer lo mismo.

Próximo ya a morir, dijo en presencia del ministro general y de otros hermanos: «Quiero tomar ciertas disposiciones acerca del lugar de Santa María de la Porciúncula y dejarlo en testamento a mis hermanos para que lo tengan siempre en gran devoción y veneración.

h »Es lo que hicieron nuestros antiguos hermanos; pues con ser este lugar santo predilecto y preferido por Cristo y la Virgen gloriosa, sin embargo, conservaban su santidad con oración continua y silencio de día y de noche. Y si alguna vez hablaban después de la hora fijada para el silencio, era para tratar, con la mayor devoción y en la forma más adecuada, sólo de las cosas tocantes a la alabanza de Dios y a la salvación de las almas. Cuando sucedía, que era raro, que algún hermano iniciaba una conversación inútil u ociosa, inmediatamente era corregido por otro hermano.

»Mortificaban sus cuerpos con ayunos y largas vigilias, con el rigor del frío, con desnudez y con el trabajo de sus manos. Muchas veces, para evitar la ociosidad, ayudaban en las faenas del campo a pobres labradores, y éstos les daban pan por amor de Dios. Con estas y otras virtudes santificaban el lugar y se mantenían a sí mismos en la santidad. Después, debido a que hermanos y seglares visitaban el lugar con más frecuencia de lo acostumbrado y porque los hermanos se han vuelto más tibios en la oración y en obras virtuosas y más disipados que antes para decir palabras ociosas y comunicar noticias del siglo, este lugar no goza de tanta reverencia y devoción como antes y como yo querría».

Habiendo dicho el bienaventurado Francisco lo que antecede, luego añadió, concluyendo con gran fervor de espíritu: «Quiero, por tanto, que este lugar esté siempre sujeto inmediatamente a la jurisdicción del ministro y siervo general, para que tenga de él el mayor cuidado y se preocupe de proveerlo de una familia buena y santa. Elíjanse los clérigos de entre los hermanos mejores, más

santos y honestos y de entre los que en toda la Religión mejor sepan decir el oficio litúrgico, para que no sólo los seglares, sino los demás hermanos, los vean y escuchen con agrado y devoción.

»De entre los hermanos laicos santos y discretos, humildes y honestos, sean elegidos quienes sirvan a aquéllos. Quiero también que ninguna persona, aunque sea hermano, entre en este lugar, si no es el ministro general y los hermanos que les sirven. Y no hablen con persona alguna, a no ser con los hermanos que les atienden y con el ministro cuando los visita. Quiero asimismo que los hermanos laicos que les sirven estén obligados a no hablar con ellos de cosas ociosas, ni de novedades del siglo o de cualquier cosa que no sea provechosa a sus almas. Y por eso quiero especialmente que ninguno entre en este lugar, para que los que en él viven conserven mejor su pureza y santidad; y que en este lugar nada en absoluto se diga ni se haga inútilmente, sino que el lugar todo entero sea mantenido puro y santo en himnos y alabanzas al Señor.

»Y, cuando alguno de estos hermanos volare al Señor, quiero que, para cubrir la plaza del difunto, el ministro general llame, de dondequiera que esté, a otro hermano santo. Y, aunque otros hermanos decayeren alguna vez de la pureza y santidad de vida, quiero que este lugar sea bendito y se conserve siempre como espejo y buen ejemplo para toda la Religión y como candelabro que arde y luce siempre ante el trono de Dios y de la Santísima Virgen. Y que por él se apiade el Señor de los defectos y faltas de todos los hermanos y conserve y proteja siempre a esta Religión y plantita suya».

Humilde respeto a las iglesias barriéndolas y limpiándolas

56. En cierta ocasión, cuando vivía en Santa María de la Porciúncula, siendo todavía pocos los hermanos, iba el bienaventurado Francisco por los pueblos y las iglesias de los alrededores de Asís predicando y exhortando a los hombres a la penitencia. En estas salidas iba provisto de una escoba para barrer las iglesias sucias. Al bienaventurado Francisco le dolía profundamente el ver alguna iglesia menos limpia de lo que deseara.

Por eso, luego que acababa la predicación, reunía a los sacerdotes presentes en un lugar apartado, para que no escucharan los seglares, y les predicaba acerca de la salvación de las almas, y, sobre todo, les exhortaba a ser cuidadosos en mantener limpias las iglesias y altares y todo lo que se necesita para la celebración de los divinos misterios.

Un campesino lo encontró barriendo humildemente la iglesia, se convirtió, entró en la Orden y fue un hermano santo

57. Un día fue a la iglesia de una villa de la ciudad de Asís y empezó a barrerla y limpiarla humildemente. Luego corrió el

rumor por todo el pueblo, y todos veían el hecho con buenos ojos y se complacían en oírlo. Tan pronto como se enteró un campesino de admirable sencillez, llamado Juan, que estaba arando su tierra, se dirigió deprisa a donde estaba Francisco, y lo encontró barriendo la iglesia con devota humildad. Al verlo, le dijo: «Hermano, déjame la escoba, que quiero ayudarte». Y, cogiendo la escoba de sus manos, barrió lo que faltaba.

Sentados los dos, dijo el rústico labrador al bienaventurado Francisco: «Hace ya mucho tiempo, hermano, que quiero servir a Dios, y más aún desde que me han llegado noticias de ti y de tus hermanos; pero no sabía cómo venir a ti. Ahora que el Señor ha querido que te vea, quiero hacer lo que te agrade».

Viendo el bienaventurado Francisco el fervor del campesino, se alegró en el Señor, particularmente porque entonces tenía pocos hermanos, y esperaba que por su sencillez y pureza había de ser buen religioso. Así, le dijo: «Si quieres vivir con nosotros y alistarte en nuestra familia, es preciso que te desprendas de todo cuanto justamente puedas poseer y lo des a los pobres, para seguir el consejo del santo Evangelio, pues así lo han hecho todos mis hermanos que han podido hacerlo».

Oído esto, marchó inmediatamente al campo, donde había dejado los bueyes uncidos, y los desunció. Llevó uno al bienaventurado Francisco y le dijo: «Hermano, he servido muchos años a mi padre y a todos los de mi casa; y, aunque valga poco esta partija de mi herencia, quiero tomar este buey por la parte que me corresponde para darlo a los pobres como mejor te parezca a ti».

Cuando supieron sus padres y hermanos, todavía pequeños, que quería dejarlos, rompieron a llorar amargamente y a dar tales gritos de dolor, que el bienaventurado Francisco se movió a compasión. Era familia numerosa e incapaz de valerse. Les dijo: «Preparad comida para todos y comamos juntos. No lloréis, porque os voy a dejar muy contentos». Prepararon en seguida la comida, y todos comieron con mucha alegría.

Después de comer dijo el bienaventurado Francisco: «Este hijo vuestro quiere servir a Dios, y no debéis por esto entristeceros, sino alegraros inmensamente. Pues no solamente según Dios, mas también según la estima del mundo, redundará para vosotros en gran honor y bien espiritual y temporal, porque en vuestra propia carne será honrado Dios, y todos nuestros hermanos serán vuestros hijos y vuestros hermanos. El es creatura de Dios, y quiere consagrarse al servicio de su Creador; servirle a El es reinar, y yo no puedo ni debo dejároslo. Mas para que recibáis de él un consuelo, quiero que se desprenda de este buey y os lo dé a vosotros como pobres, si bien debería darlo a otros pobres según el Evangelio». Quedaron muy consolados con las palabras del bienaventurado Francisco y se alegraron en gran manera, porque les había entregado el buey, pues eran muy pobres.

El bienaventurado Francisco, que amaba tanto en sí como en los demás la santa sencillez, le vistió sin tardar el hábito de la

Religión y lo llevaba como compañero con toda humildad. Era tan simple, que se creía obligado a imitar al bienaventurado Francisco en todo lo que hacía. Así, cuando el bienaventurado Francisco estaba en alguna iglesia o en otro lugar para orar, lo observaba con atención para imitarlo exactamente en todas sus acciones y gestos. Si el bienaventurado Francisco se arrodillaba, o levantaba las manos hacia el cielo, o escupía, o tosía, o suspiraba, también él lo hacía de igual manera. Cuando el bienaventurado Francisco se dio cuenta de esto, le comenzó a corregir con gran alegría estas simplicidades. A lo que respondió: «Hermano, yo he prometido hacer todo lo que tú haces; por eso, he de ajustarme a ti en todo». El bienaventurado Francisco se admiraba y maravillosamente se alegraba al ver en él tal sencillez y pureza de alma.

Iba progresando de tal manera en las virtudes y costumbres, que el bienaventurado Francisco y los demás hermanos se maravillaban sobremanera de su gran perfección. Al poco tiempo murió, dechado de virtudes. Y así, el bienaventurado Francisco se gozaba interior y exteriormente contando a los hermanos su vida y llamándole no hermano Juan, sino «San Juan».

Cómo se castigó comiendo en la misma escudilla con un leproso por haberle avergonzado

58. Una vez que volvió el bienaventurado Francisco a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, encontró allí al hermano Santiago el simple [1] con un leproso cubierto de llagas. Se lo había recomendado el bienaventurado Francisco, lo mismo que otros leprosos. Era para con ellos un verdadero médico, que con mucha delicadeza les palpaba las llagas, se las limpiaba y se las curaba. Por este tiempo vivían los hermanos en leproserías.

El bienaventurado Francisco dijo al hermano Santiago como censurando su proceder: «No debes llevar contigo a los hermanos cristianos, pues no es conveniente ni para ti ni para ellos». Aunque deseaba que los sirviera, no quería, sin embargo, que llevara fuera del hospital a los que estaban muy llagados, porque los hombres, como por instinto, los miraban con horror; pero el hermano Santiago era tan simple, que iba con ellos desde la leprosería hasta Santa María de la Porciúncula lo mismo que hubiera ido con cualquier hermano. El bienaventurado Francisco llamaba a estos enfermos «hermanos cristianos».

Luego de haber hablado así el bienaventurado Francisco, se reprendió a sí mismo, pensando que aquel enfermo pudo haberse avergonzado por la corrección hecha al hermano Santiago. Y, con vivo deseo de dar satisfacción a Dios y al enfermo, confesó su falta al hermano Pedro Cattani, entonces ministro general, y le suplicó: «Quiero que me confirmes la penitencia que he pensado

[1] Es el único dato que de él se sabe.

hacer por esta falta, y te ruego que no me contradigas». El hermano Pedro respondió: «Hermano, haz lo que mejor te plazca». Es de saber que el hermano Pedro lo veneraba y respetaba tanto, que no osaba contradecirle, aunque después muchas veces le pesara.

Entonces, el bienaventurado Francisco dijo: «Mi penitencia sea ésta: comer de una misma escudilla con el hermano cristiano». Sentado el bienaventurado Francisco a la mesa con el enfermo y otros hermanos, pusieron una escudilla entre el bienaventurado Francisco y el leproso. Este, todo llagado, causaba horror; sobre todo, los dedos, con los que tomaba los bocados de la escudilla, los tenía contrahechos y sanguinolentos, de tal modo que, cuando con ellos tocaba el recipiente, destilaban en él sangre y pus. Viéndolo el hermano Pedro y los otros hermanos, se entristecieron muchísimo, pero ninguno se atrevió a decir nada, por el respeto y reverencia que tenían al santo Padre.

Quien lo vio, lo escribe y da testimonio.

Cómo ahuyentó a los demonios con palabras humildes

59. Cierto día fue el bienaventurado Francisco a la iglesia de San Pedro de Bovara, cerca del castro de Trevi, en el valle de Espoleto; le acompañaba el hermano Pacífico [1], que en el mundo era llamado «rey de los versos»; era noble y cortesano maestro de cantores.

La iglesia estaba abandonada. El bienaventurado Francisco dijo al hermano Pacífico: «Vuélvete al hospital de los leprosos [2], porque esta noche quiero estar solo aquí. Mañana, muy de mañana, vente de nuevo».

Luego que se quedó solo y rezó la hora de completas y otras oraciones, se echó a descansar, pero no pudo dormir. Su espíritu empezó a sentirse sobrecogido de temor, y su cuerpo a temblar, y fue presa de sugestiones diabólicas. Al momento salió de la iglesia y, santiguándose, dijo: «De parte de Dios todopoderoso, os conjuro a vosotros, demonios, que ejerzáis sobre mi cuerpo cuanto el Señor Jesucristo os permita. Estoy dispuesto a soportarlo todo. Porque, como mi cuerpo es el mayor enemigo que tengo, tomaréis venganza de mi adversario y pésimo enemigo».

Con esto, las sugestiones cesaron como por encanto, y, vuelto al rincón donde estaba acostado, se durmió en paz.

Visión que tuvo el hermano Pacífico, en la que oyó que el trono de Lucifer estaba reservado al humilde Francisco

60. Al amanecer volvió el hermano Pacífico. El bienaventurado Francisco estaba en oración ante el altar. El hermano Pací-

[1] Cf. 2C 106 n.1.
[2] Cf. 2C 122 n.2.

fico lo esperó fuera del coro, orando también ante el crucifijo. Comenzada su oración, fue elevado y arrebatado al cielo —si en el cuerpo o fuera del cuerpo sólo Dios lo sabe [1]—, y vio en el cielo muchos tronos, entre los que sobresalía uno más alto, más glorioso y más resplandeciente que los demás y recamado de toda clase de piedras preciosas. Cautivado por su singular belleza, empezó a pensar dentro de sí de quién sería aquel sitial. Y al momento oyó una voz que le decía: «Este sillón fue de Lucifer, y en su lugar se sentará en él el humilde Francisco».

En cuanto volvió del rapto, el bienaventurado Francisco salió fuera y se llegó a él. El hermano Pacífico, con los brazos cruzados en el pecho, se arrojó a los pies de Francisco. Y, considerándolo ya sentado en el sillón que había visto en el cielo, sollozaba: «Padre, ten piedad de mí y pide al Señor que se compadezca de mí y me perdone los pecados». El bienaventurado Francisco, dándole la mano, lo levantó, y conoció al instante que algo había visto en la oración. Aparecía todo transformado, y hablaba al bienaventurado Francisco no como a persona viviente, sino como a quien reina en el cielo.

Acto seguido, como no quería revelar la visión al bienaventurado Francisco, empezó a proferir palabras inquiriendo como de lejos, y, entre otras, le dijo: «¿Qué piensas de ti, hermano?» «Me parece —dijo el bienaventurado Francisco— que soy el mayor pecador de todo el mundo». Y, de pronto, el hermano Pacífico percibió en su alma esta voz: «Por aquí puedes comprender que es verdadera la visión que has tenido. Como Lucifer, por su soberbia, fue arrojado de aquel sitial, así Francisco, por su humildad, merecerá ser ensalzado y sentarse allí».

Cómo se hizo conducir desnudo ante el pueblo con una soga al cuello

61. Al tiempo en que iba convaleciendo de una grave enfermedad, le pareció que se había regalado un tanto durante dicha enfermedad, aunque fue muy poco lo que había comido. Y, levantándose un día, sin que todavía le hubiera dejado la fiebre de cuartanas, hizo que se reuniera en la plaza el pueblo de Asís para una predicación. Acabada ésta, les rogó que ninguno se marchara hasta que él viniera de nuevo.

Luego entró en la iglesia episcopal de San Rufino con muchos hermanos y con Pedro Cattani, que había sido canónigo en aquella iglesia y era el primer ministro general elegido por el bienaventurado Francisco; y, dirigiéndose al hermano Pedro, le mandó por obediencia que, sin contradecirle, hiciera lo que le iba a exponer. El hermano Pedro le respondió: «Hermano, ni puedo ni debo querer o hacer de mí ni de ti otra cosa que lo que mejor te parezca».

[1] 1Cor 12,2-3.

Entonces, el bienaventurado Francisco se desnudó de la túnica y le mandó que, atada una cuerda al cuello, lo arrastrara desnudo en presencia del pueblo hasta el lugar en que había predicado. A otro hermano le mandó que tomara un plato lleno de ceniza y subiera al mismo lugar donde había predicado y, cuando hubiera sido conducido hasta ese lugar, le arrojara la ceniza sobre su rostro. Este hermano se resistió a obedecer por la mucha compasión y pena que le daba. Pero el hermano Pedro, tomando la cuerda atada al cuello, tiraba de ella, como se lo había mandado. El hermano Pedro sollozaba profundamente, y los otros hermanos rompieron a llorar con él, transidos de compasión y de pena.

Conducido en esta guisa en presencia del pueblo hasta el lugar donde había predicado, habló así: «Vosotros y todos los que, siguiendo mi ejemplo, dejan el mundo y abrazan la religión y vida de los hermanos, pensáis que soy un santo; pero confieso ante Dios y ante vosotros que en esta enfermedad he comido carne y caldo condimentado con carne». Casi todos comenzaron a sollozar por la compasión y pena que les daba; sobre todo, porque era tiempo de invierno, y el frío era muy intenso y todavía no le había desaparecido la fiebre de las cuartanas.

Y, golpeándose el pecho, se acusaban a sí mismos, diciendo: «Si este santo, cuya vida sabemos que es santa y a quien vemos vivo en una carne ya casi muerta por el exceso de abstinencias y por la austeridad que ha mantenido respecto del cuerpo desde el comienzo de su conversión a Cristo, se acusa con un gesto corporal de tanta humildad de un caso de clara y justa necesidad, ¿qué haremos nosotros, infelices, que durante toda nuestra vida hemos vivido y seguimos viviendo según las apetencias de la carne?»

Quería que todos conociesen cualquier satisfacción que daba a su cuerpo

62. Asimismo, en otra ocasión, en un eremitorio [1] había tomado alimentos condimentados con tocino en la cuaresma de San Martín [2] a causa de sus enfermedades, para las cuales era nocivo el aceite. Acabada la cuaresma, al predicar a un numeroso concurso de fieles, sus primeras palabras fueron éstas: «Vosotros habéis venido a mí con gran devoción, pensando que soy un varón santo; pero tengo que confesar ante Dios y ante vosotros que en esta cuaresma he tomado alimento condimentado con tocino».

Y casi siempre que comía en casas de seglares o los hermanos le proporcionaban algún alivio corporal por sus enfermedades, luego lo manifestaba claramente en casa o fuera de ella delante de los hermanos y de los seglares que no lo sabían, diciendo: «Tales alimentos he tomado». No quería ocultar a los hombres lo

[1] Tomás de Celano precisa el eremitorio de Poggio Bustone, al norte de Rieti (2C 131). Algunos señalan la fecha del invierno de 1220-21.

[2] Cf. 1R 3,11; 2R 3,5.

que estaba de manifiesto ante el Señor. Asimismo, dondequiera y ante cualesquiera religiosos y seglares, si su espíritu se sentía tentado hacia la soberbia o vanagloria o a cualquiera otra pasión, al punto lo confesaba ante ellos claramente y sin tapujos. Una vez dijo a sus compañeros: «En los eremitorios y otros lugares donde more quiero vivir de tal manera como si todos los hombres me mirasen. Pues, si me juzgan por hombre santo y no llevo vida de tal, sería un hipócrita».

Debido a su enfermedad del bazo y a enfriamientos del estómago, uno de los compañeros que era guardián quiso coserle, por la parte interior de la túnica, un pedazo de piel de raposa para abrigo del bazo y del estómago, porque entonces hacía mucho frío. Pero el bienaventurado Francisco respondió: «Si quieres que lleve cosida bajo el hábito la piel de raposa, has de coserme por la parte de fuera otro pedazo de la misma piel, para que sepan todos lo que llevo por dentro».

Así lo hicieron, pero muy poco tiempo llevó cosida la piel, a pesar de que le era necesaria.

Cómo se acusó de la vanagloria que le vino al dar una limosna

63. Yendo por la ciudad de Asís, se le acercó una pobre viejecita y le pidió limosna por amor de Dios. Al instante le dio el manto que llevaba a la espalda. E inmediatamente, sin tardanza, confesó también ante los que le seguían que había tenido vanagloria en ello.

Nosotros que hemos convivido con él hemos visto y oído otros muchos ejemplos parecidos de su profunda humildad, que no podemos explicar ni de palabra ni por escrito.

El bienaventurado Francisco puso su principal y mayor empeño en no ser hipócrita ante Dios. Aunque por sus enfermedades necesitaba muchas veces mejor alimentación, como se consideraba obligado a dar siempre buen ejemplo a sus hermanos y a los demás, sufría pacientemente toda indigencia por quitar a todos toda ocasión de murmuración.

Cómo describió el estado de la perfecta humildad en sí mismo [1]

64. Al acercarse la celebración de un capítulo, el bienaventurado Francisco dijo a su compañero: «No me parece que soy hermano menor si no tengo las disposiciones que te diré: suponte que los hermanos me invitan al capítulo con gran reverencia y devoción; llevado de este afecto, me reúno en el capítulo con ellos. Y, una vez reunidos, me instan a que les anuncie la palabra de Dios y les predique. Yo, poniéndome en pie, les dirijo la pala-

[1] Cf. LP 109.

bra según me inspire el Espíritu Santo. Luego, acabada la predicación, supongamos que todos gritan contra mí: 'No queremos que tengas mando sobre nosotros, pues no tienes la elocuencia conveniente; eres, en cambio, demasiado simple e ignorante, y nos avergonzamos de tener por prelado a un hombre tan simple y despreciable. Así que no te llames en adelante prelado nuestro'. Y, con esto, me echan entre vituperios y denuestos. Pues mira, yo te digo que no me parecería ser hermano menor si no me gozo en igual forma cuando me desprecian y rechazan afrentosamente diciendo que no quieren tenerme por prelado, como cuando me enaltecen y honran, siempre supuesto que en un caso y en otro quedan igualmente a salvo el provecho y utilidad de los hermanos. Pues si, cuando me enaltecen y honran, me alegro por su bien y devoción, aunque pueda haber peligro para mi alma, mucho más debo alegrarme por el bien y la salvación de mi alma cuando me vituperan, puesto que en esto hay ganancia cierta del alma».

Cómo quiso, por humildad, ir a regiones lejanas, igual que había enviado a otros hermanos, y cómo enseñó a los hermanos a andar por el mundo humilde y devotamente

65. Acabada la celebración del capítulo, en el que muchos hermanos fueron enviados a regiones ultramarinas [1], el bienaventurado Francisco se quedó con algunos hermanos y les dijo: «Queridos hermanos, yo debo ser forma y ejemplo para todos los hermanos. Si yo los he enviado a tierras lejanas, donde tendrán que pasar por trabajos y afrentas, por hambre y sed y otras muchas calamidades, es muy justo, y lo reclama la santa humildad, que yo vaya también a alguna provincia lejana. Así, los hermanos, oyendo que yo soporto las mismas contrariedades que ellos, las sobrellevarán con más paciencia.

»Id, pues, y rogad al Señor que me dé a conocer la provincia que sea para su mayor gloria, bien de las almas y buen ejemplo de nuestra Religión».

Cuando el santísmo Padre quería ir a alguna provincia, tenía por costumbre orar antes al Señor, y pedir a sus hermanos que rogaran también, para que dirigiera su corazón hacia el lugar de su mayor agrado. Los hermanos se fueron a orar, y, acabada la oración, se volvieron a él. Al verlos, les dijo radiante de alegría: «En nombre de nuestro Señor Jesucristo, y de su gloriosa madre la Virgen María, y de todos los santos, elijo la provincia de Francia, porque la gente es allí católica y, sobre todo, porque tiene una gran reverencia al santísimo cuerpo de Cristo [2]; esto me es sumamente grato, y por eso viviré con ellos de muy buen grado».

[1] El capítulo de 1217, celebrado en Pentecostés, 14 de mayo.
[2] Cf. 2C 201 n.2.

Tenía el bienaventurado Francisco tanta devoción y veneración al santísimo cuerpo de Cristo, que quiso que en la Regla se dijese que los hermanos, en cualquier provincia en que vivieran, tuvieran para el misterio sumo cuidado y solicitud y que exhortaran a clérigos y sacerdotes a que guardaran el cuerpo de Cristo en lugares buenos y decentes; y que, si éstos lo descuidaban, lo hicieran los hermanos. d

Quiso también que se escribiera en la Regla que, dondequiera que los hermanos encontraran los nombres del Señor y las palabras por las que se confecciona el cuerpo de Cristo en lugares indecorosos o menos decentes, los recogieran y los guardaran reverentemente, honrando así al Señor en sus palabras. Y, aunque no llegó a escribir esto en la Regla, porque a los ministros no les parecía bien que los hermanos lo tuvieran como precepto, sin embargo, en su testamento [3] y en otros escritos dejó claramente consignada su voluntad acerca de este punto.

Es más: en cierta ocasión quiso enviar a algunos hermanos por todas las provincias con abundantes copones, hermosos y limpios, para que, si en algunos lugares encontraren el santísimo cuerpo de Cristo reservado con indecencia, lo depositaran con todo el honor en los nuevos copones. Asimismo, quiso enviar también a otros hermanos por todas las provincias con buenos y hermosos moldes de hierro para hacer hostias limpias y perfectas. f

Cuando el bienaventurado Francisco eligió a los hermanos que quería enviar, les dijo: «En el nombre del Señor, id de dos en dos por el camino con humildad y dignidad, y, sobre todo, en riguroso silencio desde la mañana hasta pasada la hora de tercia [4], orando al Señor en vuestros corazones y sin que salgan de vuestra boca palabras ociosas e inútiles. Aunque vayáis de viaje, sea vuestro hablar tan humilde y mirado como si estuvieseis en el eremitorio o en la celda. Porque, dondequiera que estemos o caminemos, tenemos la celda con nosotros, ya que el hermano cuerpo es nuestra celda y el alma es el ermitaño que vive dentro de ella para orar al Señor y meditar en El. Por eso, si el alma no tiene reposo en su celda corporal, de nada le servirá al religioso la celda fabricada por mano de hombre». g

En un viaje a Florencia encontró allí al señor Hugolino [5], obispo de Ostia, que fue después el papa Gregorio IX. Como le manifestara el bienaventurado Francisco que pensaba ir a Francia, se opuso, diciéndole: «Hermano, no quiero que vayas a provincias ultramontanas, porque hay prelados que impedirán el bien de tu Religión en la curia romana. Yo y otros cardenales conmigo, que la amamos, de buen grado la protegeremos y le prestaremos nuestra ayuda si os quedáis en los contornos de esta provincia». h

El bienaventurado Francisco le hizo esta observación: «Señor,

[3] Test 11-13.
[4] Cf. REr 4.
[5] Cf. LP 108 n.5.

es para mí de mucha vergüenza que, habiendo enviado a otros hermanos a provincias lejanas, yo me quede en estas provincias y no pueda participar de las contrariedades que ellos han de soportar por el Señor». El señor obispo le contestó como reconviniéndole: «¿Y por qué has enviado tan lejos a tus hermanos a morir de hambre y a tener que soportar otras tribulaciones?» El bienaventurado Francisco, con gran fervor y con espíritu profético, respondió: «Señor, ¿creéis que el Señor ha suscitado esta familia para que envíe hermanos solamente a estas provincias? Os digo en verdad que el Señor ha elegido y enviado a los hermanos por el bien y salvación de las almas de todos los hombres del mundo; y no solamente serán recibidos en tierras de cristianos, sino también de paganos; y ganarán muchas almas».

El señor obispo de Ostia quedó admirado de tales palabras y convencido de que decía verdad. Al no permitirle salir para Francia, el bienaventurado Francisco envió para allí al hermano Pacífico con otros muchos hermanos. El volvió al valle de Espoleto.

Cómo enseñó a algunos hermanos a conquistar las almas de unos ladrones mediante la humildad y la caridad

66. Había un eremitorio de los hermanos parte arriba de Borgo San Sepolcro [1], y unos bandoleros que se ocultaban en los bosques y se dedicaban a robar a los transeúntes venían a veces a él en busca de pan. Algunos hermanos decían que no estaba bien darles limosna, y otros se la daban por compasión, exhortándolos a la penitencia.

Entre tanto, el bienaventurado Francisco vino allí, y le preguntaron los hermanos si estaba bien darles limosna. El bienaventurado Francisco les dio la lección: «Si hiciereis lo que os dijere, tengo confianza en el Señor de que ganaríais sus almas. Mirad: haceos con buen pan y buen vino y llevádselo al bosque donde viven; y gritad, diciendo: 'Hermanos ladrones, venid hasta nosotros, pues somos hermanos y os traemos buen pan y mejor vino'. Ellos vendrán al instante. Vosotros entonces extended un mantel en el suelo y colocad sobre él el pan y el vino, y servidles con humildad y alegría mientras comen. Después de la comida les comunicaréis algo de la palabra del Señor y, finalmente, les haréis, por el amor de Dios, una primera petición: que os prometan que no maltratarán ni harán mal a ninguna persona. Porque, si les pidieseis todo de una vez, no os harían caso; pero ellos, en atención a vuestra humildad y caridad, os lo prometerán. Otro día, como recompensa a su promesa, les llevaréis, con el pan y el vino, huevos y queso, y les serviréis mientras comen. Después de la comida les diréis: '¿Por qué estáis por aquí todo el día muriéndoos de hambre y soportando tantas adversidades? Además, co-

[1] Cf. LP 115 n.1.

metéis tantos males de deseo y de obra, que vais a perder vuestras almas si no os convertís al Señor. Mejor es que empleéis vuestras fuerzas en el servicio del Señor, y El os dará en este mundo lo necesario para el cuerpo y, finalmente, salvará vuestras almas'. Entonces, el Señor les inspirará que se conviertan en virtud de la humildad y caridad que les habéis demostrado».

Los hermanos lo hicieron tal como les había ordenado el bienaventurado Francisco, y los ladrones, por la gracia y misericordia de Dios, escucharon y cumplieron literal y puntualmente cuanto los hermanos les pidieron con tanta humildad. Es más: por la humildad y afabilidad con que los hermanos los habían tratado, comenzaron ellos también a servir humildemente a los hermanos, llevando sobre sus hombros haces de leña al eremitorio; y algunos, por fin, entraron en la Religión. Otros, habiendo confesado sus pecados, hicieron penitencia de su mala vida y prometieron en manos de los hermanos que en adelante querían vivir del trabajo de sus manos y que no volverían a las andadas.

Cómo, a causa de los azotes propinados por los demonios, comprendió que era más grato a Dios que estuviera en lugares pobrecitos y humildes que con los cardenales

67. El bienaventurado Francisco fue en una ocasión a Roma a visitar al señor cardenal de Ostia [1]. Y, habiendo permanecido algunos días con él, visitó también al señor cardenal León [2], que le era muy devoto. Como era entonces invierno y el tiempo era molestísimo para caminar por el frío, viento y lluvias, le rogó que se quedara en su casa unos días y comiera en lugar de un pobre de los que todos los días comían en ella. Le habló así porque el bienaventurado Francisco quería siempre ser recibido como un pobrecillo dondequiera que fuera hospedado, aunque el señor papa y los cardenales lo recibían con la mayor devoción y reverencia y lo veneraban como santo. Y añadió: «Pondré a tu disposición una buena casa apartada, donde podrás dedicarte a la oración y hacer tus comidas, si quieres».

Entonces, el hermano Angel Tancredi [3], uno de los doce primeros compañeros, que moraba con el mencionado cardenal, dijo al bienaventurado Francisco: «Hermano, hay aquí una torre [4] muy espaciosa y apartada, donde podrás estar como en un eremitorio». El bienaventurado Francisco salió a verla y le agradó. De vuelta a la casa del señor cardenal, le dijo: «Señor, tal vez me quede en vuestra casa algunos días».

[1] Se trata del cardenal Hugolino. Sabatier opina que se puede situar la fecha en el invierno de 1223-24.

[2] Cf. 2C 119 n.1.

[3] Cf. LP 7 n.2.

[4] En la Roma medieval había numerosas torres donde podían refugiarse los de una parte u otra en tiempos de revueltas, que eran frecuentes.

El señor cardenal se alegró mucho. El hermano Angel salió para la torre y preparó en ella un lugar para el bienaventurado Francisco y su compañero. Y porque Francisco no quería bajar de aquel lugar mientras fuera huésped del señor cardenal, ni quería tampoco que nadie lo visitara, mandó al hermano Angel que todos los días trajera la comida para él y su compañero.

Cuando llegó allí el bienaventurado Francisco con su compañero y se retiró la primera noche a descansar, sucedió que vino un escuadrón de demonios y lo azotaron cruelmente. Llamando a su compañero, le dijo: «Hermano, me han azotado cruelmente los demonios. Quiero que te quedes cerca de mí, porque tengo miedo de estar solo». El compañero se quedó haciendo compañía al Santo toda aquella noche, porque el bienaventurado Francisco temblaba todo él, como un hombre acometido de la fiebre; los dos estuvieron en vela toda la noche.

Entre tanto, confiaba el bienaventurado Francisco a su compañero: «¿Por qué me habrán azotado así los demonios y con qué designios les habrá dado poder el Señor para hacerme daño?» Y continuó: «Los demonios son los verdugos mandados por nuestro Señor: como la autoridad envía su verdugo para castigar al que peca, así el Señor, por medio de sus verdugos —esto es, por los demonios, que en esto son sus ministros—, corrige y castiga a quienes ama. Porque muchas veces aun el buen religioso peca por ignorancia, y, cuando no conoce su falta, es castigado por el diablo, para que interior y exteriormente se examine en qué ha faltado. Dios no deja nada impune en esta vida a quienes ama con un amor tierno. Yo, por la misericordia y gracia de Dios, no conozco que en algo le haya ofendido y no me haya enmendado por la confesión y la satisfacción. Es más: por su gran misericordia, me ha concedido Dios la gracia de conocer en la oración todo lo que le agrada o desagrada en mí. Pero puede suceder que el Señor me haya castigado ahora por sus verdugos porque, si bien el señor cardenal me trata con bondad y de buen grado y mi cuerpo tiene necesidad de este descanso, sin embargo, cuando mis hermanos que van por el mundo soportando hambre y otras penurias o viven en eremitorios y casas pobrecitas, se enteren de que yo me hospedo en la casa del señor cardenal, pueden tomar de ello ocasión para murmurar de mí, diciendo: 'Mira: nosotros toleramos tantas calamidades y él se permite sus desahogos'. Yo estoy obligado a darles siempre buen ejemplo, y para esto les he sido dado. Siempre será de mayor edificación para los hermanos que viva con ellos en lugares muy pobres, que no en otros; y con mayor paciencia sobrellevarán sus tribulaciones si saben que yo paso por las mismas».

El sumo y continuo afán de nuestro Padre fue el dar buen ejemplo siempre a todos y quitar a los demás hermanos todo pretexto de murmuración. Y así, fueron tantas y tan grandes las privaciones que, sano o enfermo, padeció, que cuantos tuvieren noticia de ellas —como la tenemos nosotros que vivimos con él hasta

el día de la muerte—, cuantas veces las leyeren o recordaren, no podrán contener las lágrimas y soportarán con más paciencia y alegría todas las tribulaciones y necesidades.

El bienaventurado Francisco bajó muy de mañana de la torrre y fue a ver al señor cardenal y le contó cuanto le había sucedido y lo que había comentado con su compañero. Y añadió: «Creen los hombres que soy hombre santo, pero los demonios me han echado de mi retiro». El señor cardenal disfrutó mucho con él. Mas, por lo mismo que lo tenía por santo y lo veneraba como tal, no osó contradecirle cuando le dijo que no quería quedarse allí.

El bienaventurado Francisco se despidió y se volvió al eremitorio de Fonte Colombo, cerca de Rieti.

Cómo reprendió a los hermanos que querían seguir el camino de su saber y ciencia y no el de la humildad y cómo les predijo la reforma y retorno de la Orden al estado primitivo

68. Estaba el bienaventurado Francisco en el capítulo general en Santa María de la Porciúncula llamado de las esteras [1], porque los hermanos se guarecían en tiendas protegidas de esteras; en él se reunieron cinco mil hermanos. Muchos de los sabios y letrados fueron a hablar con el señor ostiense, que se encontraba allí, y le dijeron: «Señor, querríamos que persuadierais al hermano Francisco a que siguiera el parecer de los hermanos sabios y se dejara guiar de su consejo». Y aludían a la regla de San Benito, de San Agustín y de San Bernardo, que enseñan a vivir ordenadamente de esta y de aquella forma.

Cuando el cardenal refirió al bienaventurado Francisco todo esto en forma de advertencia, el Santo no respondió nada; y, tomando de la mano al señor cardenal, lo llevó a donde estaban los hermanos reunidos en capítulo, y, con gran fervor y movido por la virtud del Espíritu Santo, les habló así: «Hermanos míos, hermanos míos: Dios me ha llamado por el camino de sencillez y de humildad y me ha manifestado que éste es el verdadero camino para mí y para cuantos quieren creer en mi palabra e imitarme. Por eso, no quiero que me mentéis regla alguna, ni de San Benito, ni de San Agustín, ni de San Bernardo, ni otro camino o forma de vida fuera de aquella que el Señor misericordiosamente me mostró y me dio. Y me dijo el Señor que quería que fuera yo un nuevo loco en este mundo; y no quiso conducirnos por otro camino que el de esta ciencia. Mas, por vuestra ciencia y sabiduría, Dios os confundirá. Y yo espero que el Señor, por medio de sus verdugos [2], os dará su castigo, y entonces, queráis o no, retornaréis con afrenta a vuestro estado».

El cardenal quedó estupefacto y no respondió nada. Todos los hermanos quedaron sobrecogidos de temor.

[1] Cf. Flor 18 n.1.
[2] EP 67.

Cómo supo y predijo que la ciencia sería ocasión de ruina para la Orden y cómo prohibió a uno de los compañeros el afán de predicar

69. Le dolía mucho al bienaventurado Francisco que, pospuesta la virtud, se buscase la ciencia que hincha [1], máxime si cada cual no permanecía en la vocación en que había sido llamado desde el principio. Y decía: «Los hermanos que se dejan arrastrar por la curiosidad del saber, se encontrarán con las manos vacías en tiempo de tribulaciones. Por eso, los quiero muy fuertes en la virtud, para que, cuando venga el día de la tribulación, tengan al Señor durante la prueba. Porque la tribulación ha de venir, y entonces los libros para nada servirán, y los tirarán a las ventanas y a rincones ocultos».

No hablaba así porque le desagradara el estudio de la Sagrada Escritura, sino por apartar a todos del superfluo afán de saber. Quería que fueran virtuosos por la caridad, más bien que sabios por la curiosidad de la ciencia.

Presentía con buen olfato que vendrían tiempos, y no muy lejanos, en los que la ciencia que hincha sería ocasión de ruina. Por eso, después de su muerte, se apareció a uno de sus compañeros dedicado con demasía a veces al ejercicio de la predicación y le reprendió y se lo prohibió. En cambio, le mandó que se esforzara en avanzar por el camino de la humildad y simplicidad.

En el tiempo de la futura tribulación, aquellos que ingresaren en la Orden serán benditos, y, después de probados, serán mejores que sus antecesores

70. Decía el bienaventurado Francisco: «Vendrán tiempos en que esta Religión amada de Dios, por los malos ejemplos de los hermanos, perderá su fama, de suerte que sus miembros tengan vergüenza de salir en público. Mas los que en este tiempo vinieren a tomar el hábito de la Orden, lo harán movidos tan sólo por el Espíritu Santo; la carne y la sangre no dejarán en ellos mancha ninguna, y serán en verdad benditos del Señor. Y como en éstos no habrá aún obras meritorias, al languidecer el ambiente de caridad, que es la que mueve a los santos a obrar con fervor, les sobrevendrán tentaciones enormes. Y los que en ese tiempo hubieren salido victoriosos de la prueba, serán mejores que sus antecesores.

»Pero ¡ay de aquellos que, halagados de su vana y aparente vida religiosa y confiando en su sabiduría y ciencia, fueren encontrados ociosos, es decir, sin ejercitarse en obras virtuosas en el camino de la cruz y de la penitencia y en la pura observancia del Evangelio, que están obligados a guardar con pureza y sencillez

[1] 1Cor 8,1.

en fuerza de su profesión! A los tales les faltará la constancia para resistir a las tentaciones que el Señor permite para prueba de los elegidos. Mas todos los que, probados, salieren victoriosos de la prueba, recibirán la corona de la vida, para cuya consecución les ejercita entre tanto la malicia de los reprobos».

Cómo respondió a un compañero que le preguntó por qué no corregía los excesos que corrían en la Orden en su tiempo

71. Un compañero dijo una vez al bienaventurado Francisco: «Padre, perdóname que me atreva a decirte lo que muchos vienen observando. Sabes bien que antes, por la gracia de Dios, toda la Religión florecía vigorosa en perfección; cómo todos los hermanos guardaban en todo la santa pobreza con gran fervor y empeño: en cuanto a los edificios, pequeños y muy pobres; en cuanto a los utensilios; en cuanto a los libros, de poca importancia y pobres; en cuanto al vestido; y en esto como en todas las demás cosas exteriores tenían un mismo deseo y fervor en su voluntad de guardar todo lo concerniente a nuestra vocación y profesión y al buen ejemplo de todos; y, cual varones en verdad apostólicos y evangélicos, eran también unánimes en el amor de Dios y del prójimo.

»De un tiempo a esta parte, esta pureza y perfección han comenzado a deteriorarse de formas distintas, a pesar de que haya muchos que excusen a los hermanos alegando su crecido número, y digan que por esto no se pueden guardar todas estas cosas; han llegado incluso a tanta ceguera, que piensan que el pueblo queda más edificado y convertido a mayor devoción con los usos actuales que con los primitivos. Y les parece que de esta forma viven más ajustadamente a la vocación, y desprecian, negándole todo valor, el camino de la santa sencillez y pobreza, que fue el comienzo y fundamento de nuestra Religión. Pensando todo esto, creemos firmemente que también te desagrada a ti, y estamos muy admirados de cómo lo toleras y no lo corriges si en verdad te disgusta».

El bienaventurado Francisco respondió y dijo: «El Señor te perdone, hermano, por querer ser mi adversario y enemigo y enredarme en cosas que no pertenecen a mi cargo. Mientras tuve el oficio de prelado de los hermanos y ellos perseveraron en su vocación y profesión —aunque desde los días de mi conversión fui siempre enfermizo—, a poco que me preocupaba, les satisfacía con mi ejemplo y mis exhortaciones. Después he visto que, multiplicando el Señor el número de hermanos, éstos, por su tibieza y falta de espíritu, empezaron a apartarse del camino recto y seguro por el que acostumbraban andar, y, sin prestar atención a su vocación y profesión ni al buen ejemplo, tiraron por el camino ancho que conduce a la muerte; no quisieron cortar ese camino peligroso que avoca a la muerte, a pesar de mi predicación, mis

exhortaciones y el buen ejemplo que continuamente les daba. Por eso, dejé en manos del Señor y de los ministros la prelacía y el gobierno de la Religión. Y aunque, al renunciar al oficio de prelado, me excusé ante los hermanos en capítulo general diciendo que por mis enfermedades no podía cuidarme de ellos, sin embargo, si hubiesen querido conducirse como yo deseaba, para su consuelo y utilidad hoy no querría que hasta mi muerte hubieran tenido otro ministro que yo. Pues desde el momento en que el súbdito bueno y fiel conoce y cumple la voluntad de su prelado, poca atención y cuidado se requiere en el prelado. Es más: yo me gozaría tanto en la virtud de los hermanos mirando a su bien y al mío, que, aunque yaciere enfermo en cama, no me gravaría el atenderles, porque mi oficio, esto es, la prelacía, es sólo espiritual, dirigido a domar los vicios, corregirlos espiritualmente y enmendarlos. Pero después que no puedo corregirlos ni enmendarlos con la predicación, amonestación y buen ejemplo, no quiero constituirme en verdugo que castigue y flagele, como las autoridades de este mundo.

»Yo espero del Señor que los enemigos invisibles, que son los ministros de que se vale para infligir castigos en este mundo y en el otro, aún tomarán venganza de los que quebrantan los mandamientos de Dios y el voto de su profesión, y harán que sean corregidos por los hombres de este mundo para deshonra y vergüenza de ellos, y que, así confundidos, retornen a su vocación y profesión.

»Mas, a pesar de todo, yo no cesaré, hasta el día de mi muerte, de enseñar a los hermanos, por lo menos con el ejemplo y buena conducta, a que anden por el camino que Dios me ha mostrado y yo les he enseñado de palabra y con el ejemplo, para que no tengan excusa ante el Señor y yo no esté en adelante obligado a darle a Dios cuenta de sus almas».

Interpolación [1]

El hermano León, compañero y confesor del bienaventurado Francisco, escribió las siguientes palabras al hermano Conrado de Offida [2], diciéndole que las había escuchado de boca del bienaventurado Francisco. El hermano Conrado las refirió en San Damián, junto a Asís.

San Francisco estaba en oración tras la tribuna de la iglesia de Santa María de los Angeles con las manos levantadas en alto y suplicaba a Cristo que tuviera misericordia del pueblo por las mu-

[1] Pasaje introducido posteriormente sin epígrafe.

[2] El Beato Conrado de Offida ingresó en la Orden, a la edad de catorce años, en 1255; renunció voluntariamente a los estudios para dedicarse a los menesteres más humildes. Conoció a algunos compañeros de San Francisco, señaladamente al hermano León, y recogió de él muchos episodios y narraciones, que transmitió con más o menos exactitud.

chas tribulaciones que iban a sobrevenirle. Y le anunció el Señor: «Francisco, si quieres que tenga compasión del pueblo cristiano, haz que tu Orden permanezca en el estado en que ha sido constituida, porque no me queda otra cosa en el mundo. Y yo te prometo que, por amor a ti y a tu Orden, no permitiré que descargue sobre el mundo ninguna tormenta de tribulaciones. Pero te digo que los hermanos se apartarán del camino en que los puse y suscitarán de tal suerte mi ira, que me levantaré contra ellos y llamaré a los demonios y les daré todo el poder que quieran; y armarán tal escándalo entre ellos y el mundo, que no habrá ninguno que pueda llevar tu hábito, si no es en la espesura de los bosques. Y, cuando el mundo pierda la fe de tu Orden, no quedará otro foco de luz, porque yo los he puesto por luz del mundo».

Y San Francisco respondió: «¿Y de qué vivirán mis hermanos que morarán en los bosques?» Y Cristo le dijo: «Yo los alimentaré, como alimenté a los hijos de Israel con el maná en el desierto [3], porque ellos serán buenos, y entonces volverán al primitivo estado en que la Orden fue fundada y tuvo su origen».

Cómo, por las oraciones y lágrimas de hermanos humildes y sencillos, se convierten muchas almas que parecen convertidas por la ciencia y predicación de otros

72. No quería el santísimo Padre que sus hermanos fueran ávidos de ciencia y de libros, sino que quería y les exhortaba a que pusieran todo su afán en cimentarse sobre la santa humildad y en imitar la pura sencillez, la santa oración y la dama Pobreza; sobre ellas edificaron los primeros y santos hermanos. Decía que es éste el único camino seguro para la propia salvación y para la edificación espiritual del prójimo, porque Cristo, a cuya imitación hemos sido llamados, este solo camino nos ha mostrado y enseñado de palabra a la par que con su ejemplo.

El mismo bienaventurado Padre, mirando al porvenir, conoció por virtud del Espíritu Santo, y se lo decía muchas veces a los hermanos, que muchos de ellos, con pretexto de edificación de otros, abandonarían su vocación, es decir, la santa humildad, la pura sencillez, la oración y devoción y nuestra dama la Pobreza. Y les sucederá que, cuando se creían estar más llenos de devoción, más encendidos en el amor de Dios y más iluminados en su conocimiento por la inteligencia de la Sagrada Escritura, entonces precisamente se verán invadidos de la tibieza y vacíos de espíritu, y se sentirán sin fuerzas para retornar a su primitiva vocación, pues perdieron, en afanes vanos y falsos, el tiempo de vivir conforme a la misma. Por eso, temo que se les quite aquello que les parecía tener, porque menospreciaron en absoluto lo que de he- b

[3] Neh 9,21.

cho se les había dado, esto es, conservar su vocación y vivirla». Y añadía: «Hay muchos hermanos que ponen todo su afán y todo su cuidado en adquirir ciencia al margen de su santa vocación, y andan errantes con el alma y con el cuerpo fuera del camino de la humildad y de la santa oración. Y cuando predican al pueblo y ven que se ha producido alguna edificación y que algunos se han convertido a la penitencia, se envanecen y enorgullecen de la obra y ganancia ajena, como si fuera suya, siendo así que predicaron para su propio perjuicio y condenación, y nada en verdad han obrado por sí mismos, sino como meros instrumentos de aquellos a través de los cuales el Señor ha producido tales frutos. Pues los que se piensa que son edificados y convertidos a la penitencia por obra de su ciencia y predicación, los edifica y convierte el Señor por las oraciones y gemidos de los santos, pobres, humildes y sencillos hermanos, a pesar de que estos santos hermanos, como ocurre muchísimas veces, lo desconozcan. Y Dios quiere que lo ignoren para que no les muerda la pasión de la soberbia.

c «Estos son mis hermanos, caballeros de la Tabla Redonda, que viven ocultos en los desiertos y en lugares apartados con el fin de dedicarse con más ahínco a la oración y meditación, que lloran los pecados propios y ajenos, que viven con humildad y sencillez; cuya santidad Dios conoce, pero es a veces ignorada por los hermanos y por los hombres. Cuando sus almas sean presentadas por los ángeles ante el Señor, entonces les mostrará el Señor el fruto y recompensa de sus trabajos, es decir, multitud de almas que se han salvado por sus ejemplos, oraciones y lágrimas, y merecerán escuchar: 'Mirad, amados hijos míos, que tantas y tales almas se han salvado por vuestras oraciones, lágrimas y ejemplos; y: *Porque habeïs sido fieles en lo poco, os constituiré sobre lo mucho* [1]. Otros han trabajado y predicado con discursos de su propia sabiduría y ciencia, y yo, por vuestros merecimientos, he producido el fruto de la salvación. Recibid, pues, la recompensa del trabajo de ellos y el fruto de vuestros méritos, el reino de los cielos que habéis conquistado con la violencia de vuestra humildad y sencillez, de vuestras oraciones y lágrimas.

»Así, éstos, *llevando sus gavillas* [2], esto es, el fruto y los méritos de su santa humildad y sencillez, entrarán en el gozo del Señor con alegría y regocijo.

»Pero los otros que no se han afanado sino por adquirir conocimientos y mostrar a los demás el camino de la salvación, sin obrar nada para sí, se presentarán ante el tribunal de Cristo desnudos y con las manos vacías, sin llevar otras gavillas que las de su propia confusión, vergüenza y amargura.

»Entonces, la verdad de la santa humildad y sencillez, de la santa oración y pobreza, que es nuestra vocación, será ensalzada, y glorificada, y engrandecida; verdad que ellos, hinchados por el

[1] Mt 25,21.
[2] Sal 125,6.

viento de su ciencia, vilipendiaron con su vida y con vanos discursos de su sabiduría, afirmando que la verdad era falsedad y persiguiendo, como ciegos, con implacable dureza a los que caminaban en la verdad. Entonces, el error y la falsedad de sus opiniones, que les sirvieron de camino y proclamaron como verdad y que fueron motivo de que muchos cayeran en la hoya de la ceguera, terminarán en dolor, confusión y vergüenza, y ellos, con sus opiniones tenebrosas, serán lanzados a las tinieblas exteriores a hacer compañía a los espíritus de las tinieblas».

Por eso, el bienaventurado Francisco repetía este texto de la g
Sagrada Escritura: *Parió la estéril siete hijos y se marchitó la que muchos tenía* [3]; y lo comentaba así: «La estéril es el buen religioso, sencillo y humilde, pobre y despreciado, vil y humillado, que por sus santas oraciones y virtudes sirve constantemente de edificación a los demás y los da a luz con gemidos dolorosos».

Estas palabras las repetía con frecuencia delante de los ministros y de otros hermanos; sobre todo, en capítulo general.

Quería y enseñaba que los prelados y predicadores debían ejercitarse en la oración y en obras de humildad

73. El fiel siervo y perfecto imitador de Cristo Francisco, sintiéndose transformado en Cristo principalmente por la virtud de la santa humildad, la deseaba, entre todas las virtudes, en sus hermanos, y les exhortaba incesantemente, de palabra y con el ejemplo y con paternal amor, a que la amaran, desearan, adquirieran y conservaran; y particularmente amonestaba e impulsaba a los ministros y predicadores a que practicaran obras de humildad.

Decía que por el oficio de la prelacía y el cargo de predicar no debían abandonar la santa y devota oración, ni el ir a pedir limosna, ni el ocuparse a veces en trabajos manuales, ni el hacer otras obras de humildad como los demás hermanos, por el buen ejemplo y por el bien de sus almas y del prójimo. Y añadía: «Los hermanos súbditos quedan altamente edificados cuando ven que los ministros y los predicadores se dedican de buen grado a la oración y se abajan a realizar obras de humildad y servicios oscuros. De otra manera, no pueden, sin propia confusión y sin peligro de condenarse, amonestar en esto a los demás hermanos. Es necesario, a imitación de Cristo, obrar antes que enseñar, y obrar a la par que enseñar».

[3] 1Sam 2,5.

Cómo, para humillación suya, enseñó a los hermanos a conocer cuándo era siervo de Dios y cuándo no

74. Una vez reunió el bienaventurado Francisco a muchos hermanos y les dijo [1]: «He suplicado al Señor que se digne manifestarme cuándo soy su siervo y cuándo no. Pues no querría otra cosa que ser su siervo. Y el Señor, benignísimo, se dignó responderme: 'Conocerás que eres en verdad mi siervo si piensas, hablas y obras santamente'. Os he reunido, hermanos, y os he confesado esto para que, cuando veáis que falto en todo o en algo de lo que he dicho, pueda avergonzarme ante vosotros».

Quiso decididamente que todos los hermanos se dedicaran, a tiempos, a trabajos manuales

75. Decía que los indolentes, que no se dedican con humildad y familiarmente a alguna ocupación, pronto serán vomitados de la boca de Dios [1]. No podía comparecer ante él ningún ocioso sin que lo zahiriera al momento mordazmente. Y él, modelo de toda perfección, trabajaba humildemente con sus manos, no permitiéndose desperdiciar nada del precioso don del tiempo.

Y decía: «Quiero que todos los hermanos trabajen y se ejerciten humildemente en obras buenas, para que seamos menos gravosos a los hombres y para que ni la lengua ni el corazón anden vagabundos en alas de la ociosidad; y los que no saben trabajar, que aprendan» [2].

Y afirmaba que la ganancia o la recompensa por el trabajo no pertenecen al que ha trabajado, sino que han de dejarse al arbitrio del guardián o de la familia.

CAPITULO V

SU CELO POR LA PROFESIÓN DE LA REGLA Y POR TODA LA RELIGIÓN

Cómo alababa la profesión de la Regla y quería que los hermanos la supieran, hablaran de ella y murieran con ella

76. El bienaventurado Francisco, perfecto celador de la observancia del santo Evangelio, vigilaba ardentísimamente por la común profesión de nuestra Regla, que no es sino la observancia perfecta del Evangelio. A los que son y serán verdaderos celantes de la misma, los bendijo con bendición especial [1].

[1] Celano dice con más precisión: «Una vez, mientras descansaba en la celda en Siena, llamó de noche a los compañeros que dormían y les dijo...» (2C 159).

[1] Ap 3,16.

[2] Cf. Test 20-21; 1R 7 y 2R 5.

[1] Esta bendición está incluida en Test 40-41.

Decía que esta profesión nuestra es para sus imitadores libro de la vida, esperanza de salvación, arra de la gloria, medula del Evangelio, camino de la cruz, estado de perfección, llave del paraíso y pacto de eterna alianza. Quería que todos los hermanos la tuvieran y que todos la supieran [2]; quería también que los hermanos en los coloquios, para quitar el tedio, hablasen de ella con frecuencia y que, para recordar el juramento emitido, reflexionaran acerca de ella muchas veces en su interior.

Enseñó también que debían llevarla siempre ante los ojos, como aviso y despertador de la vida que tenían que llevar y de la observancia regular a que estaban obligados; y lo que es más todavía, quiso y enseñó que los hermanos debían morir con ella.

Un santo laico que fue martirizado con la Regla en las manos

77. Hubo un hermano laico que nunca olvidó estas santas enseñanzas del beatísimo Padre. Creemos firmemente que forma parte del coro de los mártires, pues, estando entre los infieles en ansias de martirio y siendo conducido a él por los sarracenos, estrechaba con gran fervor la Regla entre sus manos; y, puesto de rodillas, dijo a su compañero: «De todas las faltas que he cometido contra esta Regla, querido hermano, me confieso culpable ante los ojos de la divina Majestad y ante ti».

A esta breve confesión siguió el golpe del alfange, que, al cortar su vida, le ciñó la corona del martirio. Este jovencito había entrado en la Orden sin apenas poder soportar los ayunos de la Regla, y llevaba, sin embargo, tan joven, la loriga a raíz de la carne. ¡Joven feliz, que felizmente empezó la carrera y más felizmente la acabó! [1]

Quiso que la Orden estuviera siempre bajo la protección y corrección de la Iglesia

78. El bienaventurado Francisco decía: «Iré a recomendar la Religión de los hermanos menores a la santa Iglesia romana. Con su vara poderosa, los malévolos serán asustados y corregidos, y, en cambio, los hijos de Dios gozarán de libertad en todas partes para aumento de la eterna salvación. Reconozcan así los hijos los dulces beneficios de su madre y sigan siempre con singular devoción sus huellas venerandas.

»Con su protección no habrá en la Orden ningún mal tropiezo, ni el hijo de Belial pisará impune la viña del Señor. Ella, madre santa, emulará la gloria de nuestra pobreza y no permitirá jamás que con la nube de la soberbia se oscurezca el resplandor de la humildad. Ella conservará vigorosos en nosotros los víncu-

[2] 1R 24,4.

[1] Se llamaba Electo. Cf. 2C 208 n.3.

los de la caridad y de la paz, reprimiendo con estrictas penas a los disidentes; y en su presencia florecerá siempre la observancia de la pureza evangélica; y no consentirá que ni por un momento se desvirtúe el olor de la buena fama y de la santa vida».

Cuatro privilegios que el Señor otorgó a la Religión y reveló al bienaventurado Francisco [1]

79. El bienaventurado Francisco decía que había alcanzado del Señor, según le fue comunicado por un ángel, estas cuatro prerrogativas: que la religión y profesión de los hermanos menores duraría hasta el día del juicio; que ninguno que de propósito persiguiera a la Orden viviría mucho; que ningún pecador que quisiera vivir mal en la Orden podría permanecer en ella mucho tiempo, y que todo el que ame de corazón a la Orden, por mayor pecador que sea, al fin alcanzará misericordia.

Las condiciones que señaló como necesarias en el ministro general y en sus consejeros

80. Era tanto el celo que tenía por la conservación de la perfección en la Religión y tan alta le parecía la perfección de la profesión de la Regla, que muchas veces pensaba en quién sería el idóneo para empuñar, después de su muerte, el gobierno de toda la Religión y mantenerla, con la ayuda de Dios, en su perfección; y no lo descubría por ninguna parte.

Cuando estaba ya próximo a la muerte, le dijo un hermano: «Padre, tú irás al Señor, y esta familia que te ha seguido quedará en este valle de lágrimas; dinos si tú conoces en la Orden alguno en quien confíes y a quien puedas imponer el cargo de ministro general».

El bienaventurado Francisco respondió con palabras entrecortadas por los suspiros: «Hijo mío, para capitán de este numeroso y multiforme ejército, para pastor de tan vasto y extendido rebaño, no descubro ninguno con suficientes cualidades, pero señalaré en un cuadro cómo debería ser el jefe y pastor de esta familia.

»Ha de ser —dijo— de vida muy ponderada, de mucha discreción, de reconocida fama, libre de preferencias particulares, no sea que, amando más a una parte, levante escándalo en el todo. Ha de ser muy amante de la oración, pero de modo que dedique un tiempo a su alma y otro a su grey. Antes que nada, muy de mañana antepondrá el santísimo sacrificio de la misa [1], y

[1] Cf. ECCLESTON, o.c., 13 p.93. Este recoge un testimonio del hermano León.

[1] La expresión, muy vaga, no parece prever que el ministro general tenga que ser sacerdote. San Francisco no fue más que diácono; tampoco fueron sacerdotes los hermanos Juan Parenti y Elías.

con todo afecto y mucha devoción encomendará en él su persona y la grey a la protección divina. Después de la oración quedará a merced de todos, dispuesto a ser despellejado, dispuesto a responder a todos, a atender a todos con caridad, paciencia y mansedumbre.

»No ha de tener acepción de personas, cuidando no menos de los sencillos e ignorantes que de los sabios y letrados. Aunque le haya sido otorgado el don de la ciencia, muéstrese, sin embargo, como ejemplar de piedad y sencillez, de paciencia y de humildad, y cultive las virtudes en sí y en los demás, ejercitándose continuamente en su práctica y estimulando a ellas más con el ejemplo que con discursos. Deteste el dinero, que es la principal corruptela de nuestra profesión y perfección, y, como modelo y cabeza, que ha de ser de todos imitado, nunca jamás lleve bolsa. Para sí, bástele tener el hábito y algún opúsculo, y para los demás, un estuche con la pluma, la tablilla y el sello. No sea amontonador de libros ni muy dado a la lectura, no sea que robe al oficio lo que consagra al estudio. Consuele con benignidad a los afligidos, pues el consuelo es el último remedio para los atribulados, no sea que, faltándoles los medios para sanar, prevalezca en ellos la enfermedad de la desesperación. Para conseguir que los protervos se dobleguen a la mansedumbre, humíllese él primero y sepa perder algo de su derecho para ganar el alma.

»A los prófugos de la Orden ábrales las entrañas de su clemencia, así como a ovejas que se habían perdido, y nunca les niegue la misericordia, teniendo en cuenta que han de ser tentaciones muy fuertes las que pueden conducir a tan profunda caída; y si el Señor las permitiera en él, podría tal vez caer más hondo. Quisiera que fuera honrado por todos con devoción y reverencia, como vicario de Cristo, y que todos trataran de proveerle en todo con benevolencia según lo que necesitare y lo que consiente nuestro estado. Es menester, sin embargo, que no encuentre más complacencia en los honores y favores que deleite en las injurias, de suerte que los honores no cambien sus costumbres sino para mejorarlas. Si alguna vez necesitare de alimento especial y mejor, no lo tome en oculto, sino en público, para evitar a los demás la vergüenza que habrían de pasar si tuvieran que proveerse en sus enfermedades y achaques.

»A él, sobre todo, le incumbe discernir las conciencias ocultas y sacar la verdad por hilos escondidos. Como principio, tenga por sospechosas todas las acusaciones hasta que la verdad, después de diligente examen, empiece a esclarecerse. No preste oídos a los charlatanes, y, ante todo, cuando acusan, téngalos por sospechosos y no les dé crédito fácilmente. Por último, debe ser de tal temple, que, a trueque de retener el honor, no mancille ni relaje de ninguna manera la virtud insobornable de la justicia y de la equidad. Y obre de tal manera, que no ocasione la muerte a alma alguna por el excesivo rigor, ni por demasiada blandura sobrevenga la indolencia, ni por sobrada condescendencia sobrevenga

la relajación de la disciplina. Sea temido de todos y amado de los mismos que le temen. Piense siempre y esté convencido de que la prelacía es, para él, más bien carga que honor.

»Quisiera también que tuviera algunos compañeros adornados de virtud, severos con los caprichos, fuertes en las contrariedades, piadosos y compasivos para con los pecadores, iguales en el aprecio para con todos; que por el trabajo nada reciban, sino lo puramente necesario para el cuerpo; que no ansíen otra cosa que la gloria de Dios, el bien de la Orden, los méritos de la propia alma y la perfecta salvación de todos los hermanos; asimismo, debidamente afables para con todos y dispuestos a recibir con santa alegría a cuantos acudieren a ellos, y esforzados en mostrarse a todos en todo pura y sencillamente como forma y ejemplo de la observancia del Evangelio, según lo profesado en la Regla. Tal debiera ser el ministro general de esta Religión y tales debieran ser sus compañeros».

Cómo le habló el Señor una vez que se encontraba muy afligido porque los hermanos se desviaban de la perfección

81. Según el celo constante que sentía por la perfección de la Religión tenía que ser en él la tristeza que se produjera si alguna vez oía o veía alguna imperfección en ella. Pues bien, cuando llegó a enterarse de que algunos hermanos daban mal ejemplo en la Religión y que los hermanos comenzaban a decaer del supremo ápice de la profesión, herido de un grande y profundo dolor, dijo una vez al Señor en la oración: «Señor, a ti te encomiendo la familia que me diste».

Y al momento escuchó que el Señor le decía: «Dime, simple e ignorante hombrecillo, ¿por qué te afliges tanto cuando algún hermano sale de la Religión o cuando sabes que los hermanos no andan por el camino que yo te mostré? Dime también: ¿quién ha plantado esta Religión de hermanos? ¿Quién hace que el hombre se convierta a penitencia? ¿Quién da la fortaleza de perseverar en ella? ¿No soy yo? No te elegí por ser hombre dotado de ciencia y de elocuencia para que estés al frente de esta mi familia, pues quiero que ni tú ni los que han de ser verdaderos hermanos y sinceros observantes de la Regla que yo te di vayáis por el camino de la ciencia y de la elocuencia. Te elegí a ti, simple e ignorante, para que sepáis tú y tus hermanos que velaré por mi grey; te he puesto a ti como enseña de ellos para que las obras que yo obro en ti, ellos las imiten de ti. Los que caminan por la senda que te he mostrado, me tienen a mí, y me tendrán más abundantemente; en cambio, a los que quisieren ir por otro camino, aun aquello que creen tener, les será quitado [1]. Así, pues, te digo que en adelante no te aflijas tanto, sino que pienses en hacer lo que

[1] Alusión probable a Mt 13,12 y Lc 8,18.

haces y en obrar lo que obras, porque en amor perpetuo he establecido la Religión de los hermanos. Y ten entendido que amo tanto a la misma, que, si alguno de los hermanos volviere al vómito [2] y muriere fuera de la religión, yo enviaré otro que herede su corona; y, si no hubiere nacido todavía, le haría nacer. Y para que sepas hasta dónde llega mi espontánea voluntad de amar la vida y religión de los hermanos, te digo que, aun en el supuesto de que no quedaran más que tres hermanos en ella, todavía sería mi Religión y no la abandonaría jamás».

Oído todo esto, su alma quedó maravillosamente consolada.

Y si bien, dado el ardiente celo que tenía siempre por la perfección de la Religión, no podía por menos de afligirse profundamente cuando oía que los hermanos cometían alguna imperfección de la que se derivaba mal ejemplo o escándalo, pronto (después que había sido ya confortado con este consuelo del Señor) se decía trayendo a la memoria aquello del salmo: «*He jurado y prometido guardar las leyes del Señor* [3] y observar la Regla que el mismo Señor me dio para mí y para los que quieran imitarme. Todos los hermanos se obligaron a guardarla lo mismo que yo. Así, desde que dejé el oficio de gobernar a los hermanos por mis enfermedades y otros motivos razonables, no me siento constreñido a otra cosa que a rogar por la Religión y a dar buen ejemplo a los hermanos. Pues del Señor he recibido esta gracia —y estoy de verdad convencido— de que la mayor ayuda que podría yo prestar a la Religión —aun en el caso de que la enfermedad no me excusara del abandono del cargo— es dedicarme a diario a la oración, para que el Señor la gobierne, conserve y proteja. Me he obligado con el Señor y con los hermanos a que, si alguno de éstos perece por mi mal ejemplo, tenga yo que rendir cuentas al Señor».

Todo esto lo recapacitaba en sí para aquietar su corazón, y lo comentaba también muchas veces en los coloquios con los hermanos y en los capítulos.

Y si algún hermano le insinuaba que debía intervenir en el gobierno de la Orden, le respondía: «Los hermanos tienen su Regla, que juraron guardar; y para que no puedan excusarse recurriendo a mí, luego que el Señor tuvo a bien constituirme en prelado de ellos, juré en su presencia guardarla yo también. Por eso, desde que los hermanos conocen lo que deben hacer y lo que deben evitar, sólo me resta enseñarlos con mis obras, porque para esto les he sido dado durante mi vida y después de mi muerte».

Celo singular que mostró por el lugar de Santa María de la Porciúncula y las normas que estableció allí contra las conversaciones ociosas

82. Mientras vivió tuvo siempre celo singular y empeño primordial en que en el santo lugar de Santa María de los Angeles,

[2] Prov 26,11. [3] Sal 118,106.

como cabeza y madre de la Religión, se conservara, más que en otros lugares de la Orden, toda la perfección de la vida y de la convivencia. Quería y procuraba que dicho lugar fuera forma y ejemplo de humildad, de pobreza y de toda perfección evangélica para los demás lugares y que sus moradores fueran más mirados y solícitos que los demás en todo lo que debían hacer y evitar con relación a la perfecta observancia regular.

En consecuencia, cierto día ordenó que, para evitar la ociosidad, que es la raíz de todos los males, y más en el religioso, los hermanos a diario se ocuparan, juntamente con él, en hacer algo después de la comida, no fuera que el bien adquirido en el tiempo de la oración lo perdieran luego, total o parcialmente, con palabras inútiles y ociosas, a las cuales es más propenso el hombre después de haber comido.

También mandó y ordenó con entereza que, si algún hermano, desocupado o trabajando, dijera alguna palabra ociosa entre los hermanos, esté obligado a rezar una vez el padrenuestro, alabando a Dios [1] al principio y al fin de la oración. Mas si, consciente de su falta, se adelantare a excusarse de ella, diga por su alma el padrenuestro y las alabanzas del Señor, como queda dicho. Pero, si otro hermano se hubiere adelantado a corregirle, diga en la forma indicada el padrenuestro por el alma del hermano que lo corrigió.

Si el que ha sido corregido se excusare y no quisiere rezar el padrenuestro, esté obligado, del mismo modo, a decir dos padrenuestros por el alma del que lo corrigió. Si, por testimonio del mismo o de otro, se comprobare ser cierto que había dicho la palabra ociosa, rece en alta voz las dichas alabanzas de Dios al principio y al fin de la oración, de suerte que los hermanos presentes las puedan oír y entender. Estos, mientras las dice, guarden silencio y escuchen. Si alguno hubiere oído que un hermano dice una palabra ociosa y callase y no corrigiese al hermano, esté obligado a decir, de la manera indicada, el padrenuestro con las alabanzas de Dios por el hermano que dijo la palabra ociosa.

Si, al entrar un hermano en una celda, en una casa o en un lugar cualquiera, encontrare allí a otro o más hermanos, debe bendecir y alabar devotamente al Señor.

El Padre santísimo ponía gran solicitud en decir estas alabanzas del Señor, y enseñaba y exhortaba con ardiente voluntad a que los hermanos las dijeran también solícita y devotamente.

Cómo exhortó a que los hermanos no abandonaran nunca este lugar

83. El bienaventurado Francisco sabía que en cualquier rincón de la tierra está establecido el reino de los cielos y creía que

[1] Tanto aquí como cuando más abajo habla de *alabanzas de Dios*, hace referencia a las *Alabanzas para todas las horas* (cf. en este mismo volumen, p.29-30).

en todo lugar se puede dispensar la gracia a los elegidos de Dios, pero conocía por experiencia que el lugar de Santa María de la Porciúncula estaba enriquecido de gracia más abundante y era más frecuentemente visitado de los espíritus celestiales.

Por eso, decía muchas veces a los hermanos: «Mirad, hijos, no abandonéis nunca este lugar; si os echan por una parte, entrad por otra, pues este lugar es, en verdad, santo y morada de Cristo y de la Virgen, su madre. Cuando éramos pocos, fue aquí donde el Altísimo nos hizo crecer en número; aquí, con la luz de su sabiduría, iluminó las almas de sus pobres; aquí encendió nuestros corazones en el fuego de su amor. Aquí, todo el que orare con devoto corazón, alcanzará lo que pide, y quien pecare contra este lugar, será más gravemente castigado. Por tanto, hijos míos, tened este lugar como dignísimo de toda reverencia y honor, como verdadera morada de Dios, amada con predilección por El y su madre. Y cantad en él de todo corazón con voces de júbilo y de alabanza a Dios Padre y a su Hijo, el Señor Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo.

De las grandezas que obró el Señor en Santa María de los Angeles

84. Lugar santo, en verdad, entre los lugares santos.
Con razón es considerado digno de grandes honores.
Dichoso en su sobrenombre [1]; más dichoso en su nombre [2];
su tercer nombre [3] es ahora augurio de favores.
Los ángeles difunden su luz en él;
en él pasan las noches y cantan.
Después de arruinarse por completo esta iglesia, la restauró Francisco;
fue una de las tres que reparó el mismo Padre [4].
La eligió cuando cubrió sus miembros de saco.
Fue aquí donde domeñó su cuerpo y lo obligó a someterse al alma.
Dentro de este templo nació la Orden de los Menores
cuando una multitud de varones se puso a imitar el ejemplo del Padre.
Aquí fue donde Clara, esposa de Dios, se cortó por primera vez su cabellera
y, pisoteando las pompas del mundo, se dispuso a seguir a Cristo [5]
La Madre de Dios tuvo aquí el doble y glorioso alumbramiento de los hermanos y las señoras,
por los que volvió a derramar a Cristo por el mundo.

[1] La Porciúncula.
[2] Santa María.
[3] De los Angeles.
[4] San Damián, San Pedro y Santa María de los Angeles.
[5] La noche del 18 al 19 de marzo de 1221.

Aquí fue estrechado el ancho camino del viejo mundo
y dilatada la virtud de la gente por Dios llamada.
Compuesta la Regla, volvió a nacer la pobreza,
se abdicó de los honores y volvió a brillar la cruz.
Si Francisco se ve turbado y cansado,
aquí recobra el sosiego y su alma se renueva.
Aquí se le muestra verdadero aquello de que duda
y además se le otorga lo que el mismo Padre demanda.

CAPITULO VI

SU CELO POR LA PERFECCIÓN DE LOS HERMANOS

Cómo les describió al hermano perfecto

85. El bienaventurado Padre, en cierto modo identificado con los santos hermanos por el amor ardiente y el celo fervoroso con que buscaba la perfección de los mismos, pensaba muchas veces para sus adentros en las condiciones y virtudes que debería reunir un buen hermano menor. Y decía que sería buen hermano menor aquel que conjuntara la vida y cualidades de estos santos hermanos, a saber, la fe del hermano Bernardo [1], que con el amor a la pobreza la poseyó en grado perfecto; la sencillez y pureza del hermano León [2], que fue varón de altísima pureza; la cortesía del hermano Angel [3], que fue el primer caballero que vino a la Orden y estuvo adornado de toda cortesía y benignidad; la presencia agradable y el porte natural, junto con la conversación elegante y devota, del hermano Maseo [4]; la elevación de alma por la contemplación, que el hermano Gil [5] tuvo en sumo grado; la virtuosa y continua oración del hermano Rufino [6], que oraba siempre sin interrupción, pues, aun durmiendo o haciendo algo, estaba siempre con su mente fija en el Señor; la paciencia del hermano Junípero [7], que llegó al grado perfecto de paciencia por el perfecto conocimiento de su propia vileza, que tenía siempre ante sus ojos, y por el supremo deseo de imitar a Cristo en el camino de cruz; la fortaleza corporal y espiritual del hermano Juan de Lodi [8], que en su tiempo fue el más fuerte de todos los

[1] Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen, p.798.
[2] Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen, p.999.
[3] Cf. LP 7 n.2.
[4] Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen, p.798
[5] Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen, p.798.
[6] Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen, p.798.
[7] Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen, p.799.
[8] Es menos conocido. Salimbene en su *Chronica* (ed. HOLDER-EGGER, p.158) le supone de mala reputación, que ninguno la confirma. Según este autor, era «de carácter duro, irascible, violento y el peor verdugo. Bajo órdenes del hermano Elías, ministro general, aplicaba a los hermanos la disciplina sin piedad».

hombres; la caridad del hermano Rogerio [9], cuya vida toda y comportamiento estaban saturados en fervor de caridad; la solicitud del hermano Lúcido [10], que fue en ella incansable; no quería estar ni por un mes en el mismo lugar, pues, cuando le iba gustando estar en él, luego salía, diciendo: «No tenemos aquí la morada, sino en el cielo».

Cómo describía unas miradas impúdicas para hacer amar a los hermanos la honestidad

86. Entre las virtudes que amaba y deseaba ver practicadas por los hermanos, después de la virtud fundamental de la santa humildad, apreciaba, sobre todo, la hermosura y la limpieza de la honestidad. Queriendo enseñar a sus hermanos a tener ojos castos, solía valerse de esta parábola para describir las miradas impúdicas: «Un rey piadoso y poderoso envió dos mensajeros sucesivamente a la reina. Volvió el primero y refirió de palabra las palabras de la reina y nada dijo de ella. Había tenido los ojos sabiamente recogidos en su cabeza [1], y para nada los fijó en la reina. Volvió el otro, y, a las pocas palabras, empezó a tejer una larga historia de la hermosura de la reina, y dijo: 'Señor, he visto en verdad una hermosísima mujer; ¡dichoso el que tal gozo tiene!'

»El rey dijo a éste: 'Siervo malo, tú has fijado tus ojos impúdicos en mi esposa; está claro que has querido poseer lo que mirabas'.

»Mandó llamar de nuevo al primero, y le dijo: '¿Qué te ha parecido la reina?' 'Muy bien me ha parecido —dijo—; me escuchó con agrado y paciencia'. Este respondió con perspicacia. El rey, de nuevo: '¿Es ella hermosa?' Y respondió: 'Señor, a ti te corresponde verlo y juzgarlo; yo tuve por misión hablarle'.

»El rey dio la sentencia: 'Tú miras con ojos puros: quédate en mi cámara, tú de cuerpo casto, y disfruta de mi felicidad. Este otro, impúdico, salga de mi palacio, no sea que mancille mi tálamo'».

Y añadía: «¿Quién no debería temer poner sus ojos en la esposa de Cristo?»

Tres consignas que dejó a los hermanos para que perseveraran en la perfección

87. Un día en que por la flaqueza de estómago sentía ansias de vomitar, por la mucha violencia que tuvo que hacerse vomitó sangre durante toda la noche hasta la hora de maitines. Cre-

[9] De él no se hace otra mención que ésta.

[10] Ha de decirse lo mismo que del anterior.

[1] Alusión a Eclo 2,14.

yendo sus compañeros que, debido a su extremada debilidad y angustia, estaba a punto de morir, le dijeron con gran sentimiento y muchas lágrimas: «¿Padre, qué haremos sin ti? ¿A quién nos confías huérfanos?

»Tú has sido siempre para nosotros el padre y la madre, que nos engendran y alumbran en Cristo. Tú has sido para nosotros el guía y pastor, el maestro y censor que enseña y corrige, más que con las palabras, con el ejemplo. ¿Adonde iremos, como ovejas sin pastor? ¿Huérfanos sin padre? ¿Hombres rudos y simples sin guía? ¿Adónde iremos a buscarte, oh gloria de la pobreza, alabanza de la sencillez, honor de nuestra vileza?

»¿Quién nos enseñará la senda de la verdad a nosotros, ciegos? ¿En dónde estará la boca que nos hable y la lengua que nos aconseje? ¿Dónde el espíritu fervoroso que nos dirija por el camino de la cruz y nos anime a la perfección evangélica? ¿Dónde estarás para recurrir a ti, luz de nuestros ojos, y buscarte, consuelo de nuestras almas? ¡Ves, Padre, ves, tú te mueres! ¡Mira qué desolados nos dejas, tristes y llenos de amargura!

»¡Ya se acerca aquel día; día de llanto y amargura, día de desolación y tristeza! ¡Día este amargo, que, desde que vivimos contigo, siempre temíamos que llegara y en el que ni siquiera podíamos pensar! Ni es de extrañar, porque tu vida era para nosotros una continua luz, y tus palabras, hachas encendidas que nos estimulaban a seguir de continuo el camino de la cruz, la perfección evangélica, el amor y la imitación del dulcísimo Crucificado.

»Ya, pues, Padre, imparte, por lo menos, tu bendición sobre nosotros y sobre los demás hermanos, hijos a quienes engendraste en Cristo, y déjanos algún recuerdo de tu voluntad para que tus hermanos lo tengan siempre presente y puedan decir: 'Nuestro Padre nos ha dejado a sus hermanos e hijos estas palabras en su muerte'».

Entonces, el piadosísimo Padre, con mirada paternal, dijo a sus hijos: «Llamad al hermano Benito de Piratro» [1]. Era un sacerdote santo y discreto que celebraba a veces la misa al bienaventurado Francisco cuando éste estaba enfermo, pues quería oírla siempre que podía, por más enfermo que se sintiera.

Cuando llegó el hermano Benito, le dijo el Padre santo: «Escribe que bendigo a los hermanos que hay y habrá hasta el fin del mundo. Y porque mi debilidad y los dolores de la enfermedad me impiden hablar, manifiesto brevemente en tres frases mi voluntad e intención a todos los hermanos actuales y venideros. Esto es: que, en señal del recuerdo de mi bendición y testamento, se amen mutuamente, como yo los he amado y los amo; que amen y guarden siempre nuestra señora la pobreza y que vivan siempre fieles y sumisos a los prelados y clérigos de la santa madre Iglesia» [2].

[1] Conocido sólo por esta referencia.

[2] Test 6-10. Lo dictado al hermano Benito de Piratro se denomina *Testamento de Siena* (cf. en este volumen p.125).

De esta manera, nuestro Padre siempre solía bendecir y absolver, al fin del capítulo, a todos los hermanos presentes y a los que habían de venir a la Religión; y lo hacía muchas veces, impulsado por el fervor de la caridad, aun fuera del capítulo. Amonestaba también a los hermanos que temieran el mal ejemplo y se abstuvieran de él, y maldecía a cuantos con sus malos ejemplos provocaren a los hombres a hablar mal de la religión y de la vida de los hermanos, pues los buenos y santos hermanos se avergüenzan de ello y sufren mucho.

Amor que manifestó a los hermanos, momentos antes de su muerte, repartiendo a cada uno un pedazo de pan, como lo hizo Cristo

88. Una de las noches se agravaron tanto los dolores de su enfermedad, que apenas pudo en toda la noche ni descansar ni dormir. Después del amanecer, cuando los dolores habían disminuido algo, mandó llamar a todos los hermanos que había allí, y luego que se colocaron en rededor de él, se imaginó y vio en ellos a todos los hermanos. Y, poniendo la mano derecha sobre la cabeza de cada uno, bendijo a todos: presentes y ausentes y a los que habían de ingresar en la Orden hasta el fin de los tiempos. Y se le veía como afligido, porque no le era posible ver a todos sus hermanos e hijos antes de su muerte.

Con deseo de imitar en su muerte a su Señor y Maestro, a quien en vida había imitado con toda perfección, mandó que le trajeran unos panes; los bendijo y los hizo partir en pedazos pequeños, porque él no tenía ya fuerzas para hacerlo. Luego, tomando el pan, fue dando a cada uno un pedazo, con el mandato de que lo comiera todo.

De este modo, como el Señor el jueves antes de su muerte quiso comer con sus apóstoles en señal de amor, también el bienaventurado Francisco, perfecto imitador de Cristo, quiso manifestar con este signo su amor a los hermanos.

Y está claro que tuviera intención de hacerlo para imitar a Cristo, porque luego preguntó si era jueves. Al saber que no era tal día, dijo que pensaba que era jueves.

Uno de los hermanos guardó un trocito de aquel pan, y, después de la muerte del bienaventurado Francisco, muchos enfermos que probaron de él sanaron al momento de sus enfermedades.

Cómo temía que sus hermanos se turbaran a causa de sus enfermedades

89. Debido a los muchos dolores de las enfermedades, no podía descansar; y observaba que los hermanos andaban muy so-

lícitos y afanosos por atenderle. Como tenía más estima de las almas de los hermanos que de su propio cuerpo, empezó a preocuparle que, a consecuencia del mucho trabajo que por él se imponían, pudieran incurrir en la más mínima ofensa de Dios si se dejaban llevar de la impaciencia.

Así, movido de piedad y compasión, dijo una vez a sus compañeros: «Carísimos hermanos e hijitos míos, no os pese atenderme en la enfermedad, porque el Señor, mirando a este pequeñuelo siervo suyo, os galardonará en esta vida y en la otra con el fruto de las obras que ahora os veis precisados a omitir por cuidarme en la enfermedad; es más, adquirís mayor ganancia que si trabajarais en favor vuestro, porque todo el que me ayuda, ayuda a toda la Religión y a la vida de los hermanos. Y aún podéis decirme: 'Contigo haremos nuestros gastos, pero por ti será el Señor nuestro deudor'».

Hablaba así el Padre santo, queriendo animarlos a levantar su espíritu deprimido, por el ardiente celo que tenía por la perfección de sus almas. Temía que alguna vez, pesarosos de aquellos afanes, dijeran: «No tenemos tiempo para orar ni podemos llevar tanto trabajo», y, tocados del tedio y de la impaciencia, perdieran el mucho fruto del pequeño trabajo.

Cómo exhortó a las hermanas de Santa Clara

90. Después que el bienaventurado Francisco había compuesto las *Alabanzas del Señor por las creaturas* [1], escribió también unas letrillas santas [2], con canto, para consuelo y edificación de las damas pobres, porque sabía que estaban muy afligidas a causa de su enfermedad. Como no podía ir personalmente a visitarles, se las envió por medio de sus compañeros. Con ellas les quiso manifestar su voluntad, a saber, cómo habían de vivir y trabajar humildemente y estar unidas en la caridad. Pues sabía que su conversión y santa vida no sólo era una exaltación de la Religión de los hermanos, sino la mayor edificación de la Iglesia universal.

Como desde el principio de su conversión llevaban ellas una vida de estrechez y pobreza, siempre las miraba con ojos de piedad y compasión. Así, en estas últimas palabras les rogaba que, a la manera que el Señor las había reunido de muchos lugares para que vivieran unidas en la práctica de la santa caridad, de la santa pobreza y de la santa obediencia, así también debían vivir siempre y morir abrazadas a esas virtudes. Y especialmente las exhortó a que de las limosnas con que el Señor se dignara regalarlas, tomaran discretamente para sus cuerpos lo suficiente con alegría y acción de gracias; y de manera más especial a que todas tuvieran mucha paciencia: las sanas, en los trabajos que habrían de sobrellevar en cuidar a las enfermas, y las enfermas, a su vez, en soportar sus enfermedades.

[1] Cf. EP 120. O también es este volumen, p.49-50.
[2] Cf. en este mismo volumen, p.127.

CAPITULO VII

SU CONSTANTE FERVOR DE AMOR Y COMPASIÓN A LA PASIÓN DE CRISTO

No se cuidaba de sus enfermedades por amor a la pasión de Cristo

91. Sentía el bienaventurado Francisco tal fervor en el amor y compasión de los dolores y sufrimientos de Cristo y sufría tanto externa e internamente todos los días ante la consideración de la pasión del Señor, que no se cuidaba de sus propias enfermedades. Durante largo tiempo hasta el día de su muerte padeció enfermedades del estómago, del hígado y del bazo; y, a contar del tiempo en que regresó de ultramar, sufrió dolores atroces de los ojos; no obstante, nunca se preocupó de hacerse curar.

Sabiendo el señor ostiense [1] que el Santo había tratado siempre, ahora y antes, con dura austeridad a su cuerpo, y, sobre todo, que había comenzado a perder la vista por descuidar su curación, le reconvino con mucha piedad y compasión, diciéndole: «Hermano, no obras bien al no dejarte curar; tu vida y salud son muy útiles a los hermanos, a los seglares y a toda la Iglesia. Si tú siempre te compadeces de tus hermanos enfermos, si siempre has sido piadoso y misericordioso con ellos, no has de ser cruel contigo ahora que te encuentras en tanta necesidad. Te mando, por tanto, que hagas que te curen y ayuden».

Mas nuestro Padre santísimo consideraba dulce lo que era amargo para la carne, porque de la humildad y del seguimiento del Hijo de Dios extraía de continuo inmensa dulcedumbre.

Cómo fue encontrado llorando en alta voz la pasión de Jesucristo

92. Poco después de su conversión caminaba solo por las inmediaciones de la iglesia de Santa María de la Porciúncula, llorando y suspirando en alta voz. Un hombre muy espiritual se encontró con él, y, pensando que tuviera algún dolor proveniente de enfermedad, le preguntó: «¿Qué te pasa, hermano?» Y le respondió: «En esta forma debería ir por todo el mundo, sin avergonzarme, llorando la pasión de mi Señor». Entonces aquel hombre empezó a llorar con él y a derramar copiosas lágrimas.

Nosotros hemos conocido a este hombre y de él lo hemos sabido; y él sirvió de mucho consuelo y compasión al bienaventurado Francisco y a nosotros sus compañeros.

[1] El cardenal Hugolino.

Cómo ciertos esparcimientos exteriores terminaban en lágrimas por la compasión de Cristo

93. Ebrio de amor compasivo a Cristo, el bienaventurado Francisco exteriorizaba así sus sentimientos:

La dulce melodía espiritual que bullía en su interior, la expresaba frecuentemente en francés, y el soplo del susurro divino que furtivamente percibía en su oído, estallaba en júbilo manifestado en la misma lengua [1].

A veces, cogía del suelo un palo; lo apoyaba en el brazo izquierdo y, tomando otro palo en su mano derecha, lo rasgueaba, a modo de arco, cual si de viola u otro instrumento se tratara, mientras, acompañando con gestos acompasados, cantaba en francés al señor Jesucristo. Todo este regocijo terminaba, por fin, en lágrimas, y el júbilo se deshacía en compasión de la pasión de Cristo.

Con esto exhalaba continuos suspiros; y, redoblando sus gemidos, olvidado de lo que tenía en las manos, se quedaba absorto mirando al cielo.

CAPITULO VIII

SU CELO POR LA ORACIÓN Y EL OFICIO DIVINO Y POR CONSERVAR LA ALEGRÍA ESPIRITUAL EN SÍ Y EN LOS DEMÁS

La oración y el oficio divino

94. A pesar de que durante tantos años fue aquejado de las enfermedades referidas, era tal su devoción y reverencia a la oración y al oficio divino, que, en el tiempo en que oraba o rezaba las horas canónicas, nunca se apoyaba en ningún muro o pared, sino que estaba siempre de pie y con la cabeza descubierta; algunas veces se arrodillaba, máxime por razón de que pasaba en oración la mayor parte del día y de la noche; incluso cuando iba por el mundo, se detenía siempre para decir las horas; y si por enfermedad cabalgaba, se apeaba para recitarlas.

Un día llovía a torrentes; él iba a caballo por su enfermedad y gravísima necesidad [1]. Cuando quiso rezar las horas, ya completamente calado, se apeó del caballo; con tanto fervor, devoción y reverencia recitó el oficio, de pie en el camino y expuesto a una lluvia continua, como si hubiera estado en la iglesia o en la celda. Y dijo a su compañero: «Si el cuerpo quiere estar sosegado y tranquilo para comer su alimento, siendo así que ambos han de

[1] San Francisco recurría al francés en momentos de intenso gozo espiritual. Cf. 1C 16.

[1] Celano precisa: «Volvía de Roma» (2C 96).

ser pasto de gusanos, ¡con cuánta paz y sosiego, con cuánta reverencia y devoción debe el alma tomar su alimento que es el mismo Dios!»

Cómo amó siempre, en sí y en los demás, la alegría espiritual interior y exterior

95. Fue siempre sumo y principal afán del bienaventurado Francisco disfrutar continuamente de alegría espiritual interior y exterior aun fuera de la oración y del oficio divino. Y lo mismo quería de modo especial en sus hermanos; incluso los reprendía muchas veces cuando los veía exteriormente tristes y desganados.

Decía que, si el siervo de Dios pusiera interés en conservar interior y exteriormente la alegría espiritual, que trae su origen de la pureza de corazón y se adquiere por la devota oración, nunca podrían los demonios dañarle, pues dicen: «Cuando el siervo de Dios está alegre tanto en lo próspero como en lo adverso, tenemos cerrada la puerta para acercarnos a él y causarle daño». Pero los demonios saltan de gozo cuando logran matar o impedir de alguna manera la devoción y alegría que proviene de la fervorosa oración y de otras obras virtuosas.

»Pues cuando el diablo logra hacer suyo algo en el siervo de Dios y éste no es prudente y solícito en borrarlo y arrancarlo cuanto antes por la virtud de la santa oración, contrición, confesión y satisfacción, en breve el primer cabello, al que irá sumando otros nuevos, se convertirá en viga. Hermanos míos, ya que la alegría espiritual dimana de la limpieza de corazón y de la pureza de una continua oración, es necesario poner todo el empeño posible en adquirir y conservar estas dos virtudes, con el fin de que, para edificación del prójimo y escarnio del enemigo, podáis tener esta alegría interior y exterior que de todo corazón deseo y amo verla y sentirla tanto en mí como en vosotros. A él y a su comparsa toca estar tristes; a nosotros, en cambio, alegrarnos y gozarnos en el Señor».

Cómo corrigió a un compañero que se mostraba triste

96. Decía el bienaventurado Francisco: «Sé que los demonios me tienen envidia por los dones que el Señor me ha concedido; sé también y veo que, cuando no pueden dañar directamente a mi persona, me tienden asechanzas y tratan de hacerme daño a través de mis compañeros. Mas, si no logran causarme daño ni directamente ni a través de mis compañeros, huyen muy avergonzados. Es más, si alguna vez me siento tentado o desganado, en cuanto contemplo la alegría de mi compañero, quedo libre de la tentación y de la desidia y recobro la alegría interior y exterior».

Por eso, el mismo Padre reconvenía con firmeza a los que exteriormente se mostraban tristes. Una vez reprendió a uno de sus compañeros que aparecía con cara triste y le dijo: «¿Por qué manifiestas en lo exterior dolor y tristeza de tus faltas? Muéstrasela a Dios; pídele que te perdone por su misericordia y devuelva a tu alma la alegría de su salvación [1], de la que has sido privado por el demérito del pecado. Delante de mí y de los demás, procura siempre tener alegría, pues es indigno del siervo de Dios aparecer ante sus hermanos u otros con tristeza y rostro turbado».

No se ha de pensar y creer que nuestro Padre, amante de toda madurez y honestidad, quería que esta alegría se manifestara con risas y exceso de palabras vanas, porque así no se demuestra la alegría, sino, más bien, la vanidad y fatuidad. Es más, aborrecía, especialmente en el siervo de Dios, la risa y la palabra ociosa. No sólo no quería que el siervo de Dios se riera, sino que le desagradaba el que se procurase a los demás la menor ocasión para reírse. En una de sus exhortaciones expuso claramente cómo tiene que ser la alegría del siervo de Dios. Dice así: «Dichoso aquel religioso que no tiene placer y alegría sino en las santísimas palabras y obras del Señor, y con ellas incita a los hombres al amor de Dios en gozo y alegría. Y ¡ay de aquel religioso que se deleita en palabras ociosas y vanas y con ellas incita a los hombres a la risa!» [2]

Entendía por alegría del rostro el fervor y la solicitud, la disposición y la preparación de alma y cuerpo para hacer todo bien de buena gana, porque los hombres más se mueven en ocasiones por este fervor y disposición que por la misma obra buena. Es más; si la obra, aunque buena, no aparece realizada de buen grado y con fervor, más engendra tedio que estimula al bien.

Por eso, no quería ver caras tristes, que manifiestan muchas veces la desidia e indisposición del alma y la pereza del cuerpo para toda obra buena. Amaba, en cambio, en sí y en los demás, la sensatez y madurez en el rostro y en todos los miembros del cuerpo y sus sentidos; y, en cuanto podía, inducía a esto de palabra y con el ejemplo. Tenía experiencia de que esta gravedad y modestia en el obrar eran como la muralla y escudo invulnerable contra las flechas del diablo; de que el alma desprovista de esta defensa era como soldado sin armas entre huestes de enemigos fortísimos y muy armados, siempre deseosos de darle muerte y dispuestos al degüello.

Cómo aconsejaba a los hermanos a dar lo suficiente al cuerpo para que no desfallecieran en la oración

97. Considerando y entendiendo el santísimo Padre que el cuerpo ha sido creado en razón del alma y que los ejercicios cor-

[1] Sal 50,14.
[2] Adm 20, 1-3.

porales están subordinados a los espirituales, decía así: «El siervo de Dios, tanto en el comer y dormir como en remediar otras necesidades, debe dar con discreción lo suficiente al cuerpo, para que el hermano cuerpo no pueda quejarse y decir: 'No puedo estar de pie y dedicarme a la oración, ni alegrarme en mis tribulaciones, ni hacer otras obras buenas, porque no atiendes a mis necesidades'.

»Pero si el siervo de Dios satisface con discreción y de manera conveniente a sus necesidades corporales y el hermano cuerpo quiere ser negligente, perezoso y soñoliento en la oración, vigilias y otras obras buenas, entonces lo deberá castigar como a un jumento malo y perezoso que quiere comer y se niega a ganar y llevar la carga. En cambio, si, por escasez y pobreza, el hermano cuerpo, sano y enfermo, no puede tener lo necesario y, pidiéndolo por amor de Dios honesta y humildemente a su hermano o prelado, no se lo dan, sufra pacientemente por amor de Dios, que también buscó quien le consolase y no lo encontró. Esta necesidad, sobrellevada con paciencia, le será imputada por el Señor como martirio. Y, puesto que ha hecho lo que estaba de su parte, esto es, haberlo pedido humildemente, está excusado de pecado aunque se agrave la enfermedad corporal».

CAPITULO IX

ALGUNAS TENTACIONES QUE PERMITIÓ EL SEÑOR EN ÉL

Cómo el demonio penetró en la almohada que tenía debajo de la cabeza

98. Estando el bienaventurado Francisco en el eremitorio de Greccio, oraba una noche en la última celda, que está después de la mayor; al primer sueño llamó a su compañero, que descansaba cerca de él. Se levantó el compañero y fue a la entrada de la celda donde estaba el bienaventurado Francisco, y el Santo le dijo: «Hermano, no he podido dormir esta noche ni estar erguido para orar, pues me tiemblan mucho la cabeza y las piernas y me parece como que hubiera comido pan de cizaña».

El compañero le dirigió palabras de consolación, pero el bienaventurado Francisco le dijo: «Yo creo que el diablo está en este cabezal que tengo a la cabeza».

Nunca, desde que dejó el siglo, se permitió descansar en jergón de plumas ni usar almohada de plumas; pero, contra su voluntad, los hermanos le obligaron a aceptar aquella almohada por razón de la enfermedad de sus ojos.

Se la echó a su compañero; tomándola éste con la mano derecha, se la puso sobre el hombro izquierdo. Al salir al vestíbulo de

la celda, perdió de repente el habla, y no podía tirar la almohada ni mover los brazos; quedó rígido de pie, sin poder moverse de un lugar a otro e insensible. Habiendo permanecido así cierto tiempo, lo llamó, por gracia de Dios, el bienaventurado Francisco; al momento se recuperó y dejó caer la almohada por la espalda.

Volvió a donde estaba el bienaventurado Francisco y le contó todo lo ocurrido. Díjole el Santo: «Al anochecer, cuando rezaba completas, sentí que el diablo venía a la celda. Veo que este diablo es muy astuto, porque, no pudiendo hacer daño a mi alma, intenta impedir el descanso necesario del cuerpo, para que no pueda dormir ni estar erguido para orar, para impedir la devoción y la alegría del corazón, y provocarme así a murmurar de mi enfermedad».

Una tentación molestísima que tuvo por más de dos años

99. Viviendo en el lugar de Santa María le sobrevino, para provecho de su alma, una gravísima tentación. Sufría tanto en el alma y en el cuerpo, que se apartaba muchas veces de la compañía de sus hermanos, porque no podía mostrarse tan alegre como solía. Se mortificaba con privaciones de comida, bebida y palabras; oraba con más insistencia y derramaba abundantes lágrimas, a fin de que el Señor se apiadara de él y se dignara darle alivio suficiente en tan gran tribulación.

Por más de dos años le duró la tribulación [1]; y un día que oraba en la iglesia de Santa María escuchó como si en espíritu se le dijeran estas palabras del Evangelio: *Si tuvieras tanta fe como un grano de mostaza, dirías a este monte: Vete de aquí allá, y se iría* [2].

San Francisco respondió al momento: «Señor, ¿cuál es ese monte?» Y oyó que se le respondía: «Ese monte es tu tentación». Y el bienaventurado Francisco: «Pues, Señor, hágase en mí como has dicho» [3]. Al instante quedó libre de la tentación cual si nunca hubiera sido turbado por ella.

Igualmente, en el tiempo que permaneció en el monte Alverna y recibió en su cuerpo las llagas del Señor [4], padeció también tantas tentaciones y tribulaciones de parte de los demonios, que no podía mostrarse alegre como de costumbre. Y decía a su compañero: «Si supieran los hermanos cuántas y qué tribulaciones y aflicciones sufro de parte de los demonios, no habría ninguno que no se moviera a compasión y no tuviera piedad de mí».

[1] Vorreux (*Saint François. Documents* p.443 n.1) piensa que sería el período que corre de 1223 a 1226.

[2] Mt 17,20-21.

[3] Lc 1,38.

[4] El 14 de septiembre de 1224 en el Alverna, a 120 kilómetros al norte de Asís (cf. 1C 94-96).

Tentación que le ocasionaron los ratones, consuelo del Señor y su certeza del reino

100. Dos años antes de su muerte, estando en San Damián en una celdilla formada de esteras y padeciendo indeciblemente por la enfermedad de los ojos —tanto que por espacio de más de cincuenta días no podía ver ni la luz del día ni la del fuego [1]—, sucedió, por permisión divina y para aumento de sus aflicciones y méritos, que una plaga de ratones invadió la celda y, saltando de día y de noche sobre él y a su alrededor, no le dejaban orar ni descansar. Y, cuando comía, trepaban a la mesa y le molestaban muchísimo. Tanto él como sus compañeros reconocieron en ello una tentación diabólica.

Viéndose el bienaventurado Francisco atormentado con tantos sufrimientos, una noche, movido a compasión de sí mismo, dijo interiormente: «*Señor, ven en mi auxilio* [2] y socórreme en mis flaquezas para que pueda sobrellevarlas con paciencia».

Al momento oyó en su espíritu: «Dime, hermano; si alguno te diera por tus enfermedades y tribulaciones un tesoro grande y precioso en cuya comparación estimaras en nada la tierra convertida en oro puro, todas las piedras convertidas en piedras preciosas, y toda el agua en bálsamo, ¿no te alegrarías de verdad?» Respondió el bienaventurado Francisco: «Señor, grande y precioso sería ese tesoro, apetecible y muy codiciable».

Y oyó de nuevo en su interior: «Pues regocíjate, hermano, y salta de júbilo por tus enfermedades y tribulaciones, y condúcete en adelante con tanta seguridad como si estuvieras en mi reino».

Se levantó por la mañana y dijo a sus compañeros: «Si el emperador diera a un criado suyo todo un reino, ¿no debería estar repleto de alegría aquel criado? Y si le diera todo su imperio, ¿no debería regocijarse más todavía?» Y añadió: «Pues yo tengo que gozarme muchísimo en mis enfermedades y tribulaciones, y fortalecerme en el Señor, y dar gracias a Dios Padre, y a su único Hijo, el Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo por la inmensa gracia que el Señor me ha hecho; quiero decir, por haberse dignado certificar en vida a este indigno siervo suyo que gozaré de su reino. Por eso, para alabanza de Dios, para nuestro consuelo y para edificación del prójimo, quiero componer una nueva alabanza de las creaturas del Señor, de las cuales nos servimos todos los días, sin las cuales no podemos vivir y en las cuales el género humano tantas veces ofende a su Creador. Y continuamente somos ingratos a tantas gracias y beneficios que nos da; no alabamos al Señor, creador y dador de todos los bienes, como es nuestra obligación». Y, sentándose, se puso a meditar un rato.

Y luego dijo: «Altísimo, omnipotente, buen Señor», etc. [3];

[1] Cf. LP 83 n.1.4 y 5.
[2] Sal 70,2.
[3] Véase el texto en EP 120.

aplicó una música a esta letra y enseñó a sus compañeros a recitarla y cantarla.

Su espíritu gozaba entonces de consuelo y dulzura tan hondos, que quería mandar que llamasen al hermano Pacífico [4], que en el mundo era llamado el «rey de los versos» y fue muy cortesano maestro de cantores; tenía intención de darle algunos compañeros, buenos y espirituales, que fueran con él por el mundo predicando y cantando las alabanzas del Señor. Deseaba que quien mejor pudiera predicar entre ellos, predicase primero al pueblo y después cantaran todos juntos las alabanzas del Señor, como juglares de Dios.

Quería que, después de cantar las alabanzas, el predicador dijera al pueblo: «Nosotros somos juglares del Señor, y esperamos vuestra remuneración, es decir, que permanezcáis en verdadera penitencia». Y añadía el bienaventurado Francisco: «¿Pues qué son los siervos de Dios sino unos juglares que deben levantar y mover los corazones de los hombres hacia la alegría espiritual?»

Y de manera muy especial decía esto de los hermanos menores, que ha puesto Dios en el mundo para la salvación de su pueblo.

CAPITULO X

El espíritu de profecía

Cómo predijo que habían de hacerse las paces entre el obispo y el «podestà» de Asís en virtud de las alabanzas de las creaturas que había compuesto y que hizo cantar por sus compañeros en presencia de aquéllos

101. Después de haber compuesto el bienaventurado Francisco las predichas alabanzas de las creaturas que llamó *Cántico del hermano sol*, aconteció que se originó grave discordia entre el obispo y el *podestà* [1] de la ciudad de Asís. El obispo excomulgó al *podestà*, y éste mandó pregonar que ninguno presumiera vender ni comprar nada al obispo, ni celebrar ningún contrato con él.

El bienaventurado Francisco que oyó esto estando muy enfermo, tuvo gran compasión de ellos, y más todavía porque nadie trataba de restablecer la paz. Y dijo a sus compañeros: «Es para nosotros, siervos de Dios, profunda vergüenza que el obispo y el *podestà* se odien mutuamente y que ninguno intente crear la paz entre ellos». Y al instante, y con esta ocasión, compuso y añadió estos versos a las alabanzas sobredichas:

[4] Cf. LM 4,9 n.17.

[1] Primer magistrado o gobernador de algunas ciudades italianas. Cf. LP 84 n.2. El obispo era Guido II.

«Loado seas, mi Señor,
por aquellos que perdonan por tu amor
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las sufren en paz,
pues por ti, Altísimo, coronados serán».

Llamó luego a uno de sus compañeros y le dijo: «Vete al *podestà* y dile de mi parte que tenga a bien presentarse en el obispado con los magnates de la ciudad y con cuantos ciudadanos pueda llevar».

Cuando salió el hermano con el recado, dijo a otros dos compañeros: «Id y cantad ante el obispo, el *podestà* y cuantos estén con ellos el *Cántico del hermano sol.* Confío en que el Señor humillará los corazones de los desavenidos, y volverán a amarse y a tener amistad como antes».

Reunidos todos en la plaza del claustro episcopal, se adelantaron los dos hermanos, y uno de ellos dijo: «El bienaventurado Francisco ha compuesto durante su enfermedad unas alabanzas del Señor por sus creaturas en loor del mismo Señor y para edificación del prójimo. El mismo os pide que os dignéis escucharlas con devoción». Y se pusieron a cantarlas.

Inmediatamente, el *podestà* se levantó y, con las manos y los brazos cruzados, las escuchó con la mayor devoción, como si fueran palabras del Evangelio, y las siguió atentamente, derramando muchas lágrimas. Tenía mucha fe y devoción en el bienaventurado Francisco.

Acabado el cántico de las alabanzas, dijo el *podestà* en presencia de todos: «Os digo de veras que no sólo perdono al obispo, a quien quiero y debo tener como mi señor; pero, aunque alguno hubiera matado a un hermano o hijo mío, lo perdonaría igualmente». Y, diciendo esto, se arrojó a los pies del obispo y dijo: «Señor, os digo que estoy dispuesto a daros completa satisfacción, como mejor os agradare, por amor a nuestro Señor Jesucristo y a su siervo el bienaventurado Francisco».

El obispo, a su vez, levantando con sus manos al *podestă,* le dijo: «Por mi cargo debo ser humilde, pero mi natural es propenso y pronto a la ira; perdóname». Y, con sorprendente afabilidad y amor, se abrazaron y se besaron mutuamente.

Los hermanos quedaron estupefactos y radiantes de alegría al comprobar que se había cumplido puntualmente lo que había predicho el bienaventurado Francisco acerca de esta concordia. Y todos los presentes lo juzgaron por gran milagro; atribuyeron a los méritos del bienaventurado Francisco que tan de inmediato los visitara el Señor, haciendo que volvieran los dos de tanto escándalo y discordia a tan perfecta concordia sin el menor recuerdo de pasadas injurias.

Nosotros que vivimos con el bienaventurado Francisco, damos testimonio de que, cuando decía de alguno: «Es o será así», siempre se cumplía a la letra. Y nosotros hemos visto tantas cosas que sería prolijo escribirlas o contarlas.

Cómo previó la caída de un hermano que no quería confesarse bajo capa de guardar silencio

102. Hubo un hermano, en su porte exterior de vida devoto y santo, que de día y de noche parecía muy solícito en hacer oración. Guardaba de tal manera silencio continuo, que, cuando se confesaba con el sacerdote, se valía, a veces, de señas, no de palabras. Tan devoto y fervoroso parecía en el amor de Dios, que, sentado en ocasiones con los hermanos, con sólo oír buenas palabras —nunca hablaba—, se alegraba de forma extraordinaria interior y exteriormente; tanto que con esto movía muchas veces a devoción a los demás hermanos.

Habiendo llevado muchos años este tenor de vida, sucedió que viniera el bienaventurado Francisco al lugar donde él estaba. Cuando le informaron de la vida de este hermano, les dijo: «Tened, en verdad, por cierto que está asediado por tentación diabólica; la señal es que no se quiere confesar».

Llegóse allí el ministro general [1] a visitar al bienaventurado Francisco y empezó ante él a elogiar al mencionado hermano. Pero el bienaventurado Francisco atajó: «Créeme, hermano, que está llevado y engañado por el espíritu maligno».

El ministro general repuso: «No deja de ser raro y casi increíble que pueda suceder esto en un hombre que ostenta tantas señales y obras de santidad». Mas el bienaventurado Francisco continuó: «Pruébalo; dile que se confiese una o dos veces a la semana. Si no te obedeciere, ten por cierto que es verdad lo que he dicho».

El ministro general intimó al hermano: «Hermano, quiero absolutamente que te confieses dos veces a la semana, o una por lo menos». El taciturno se puso el dedo en la boca y, moviendo la cabeza y haciendo señas, manifestó que no lo haría de ninguna manera, por amor al silencio. El ministro, temiendo escandalizarlo, lo dejó.

Pocos días después salió de la Orden voluntariamente y regresó al siglo vestido de hábito seglar.

Y sucedió que dos de los compañeros del bienaventurado Francisco que iban de camino cierto día, tropezaron con él, que venía solo, como paupérrimo caminante. Con gran compasión le hablaron: «¡Infeliz! ¿Dónde ha quedado aquel tenor de vida tan devoto y santo? No querías conversar ni mostrarte a tus hermanos, y ahora andas errante por el mundo, como hombre que no conoce a Dios».

El empezó a hablar, perjurando muchas veces por su fe, como suelen hacer los del mundo, y le dijeron: «¡Infeliz! ¿Por qué juras ahora por tu fe, como suelen hacer los del siglo, cuando antes evitabas no sólo las palabras ociosas, sino hasta las buenas?»

Y así, le dejaron. A los pocos días murió. Nosotros quedamos

[1] Cf. LP 116 n.1.

admirados al ver que se cumplía a la letra lo que había dicho el bienaventurado Francisco en el tiempo en que aquel desdichado era tenido como santo por los hermanos.

Uno que lloraba delante del bienaventurado Francisco para que lo recibiera en la Orden

103. En el tiempo en que ninguno era admitido a la Orden sino con licencia del bienaventurado Francisco [1] vino a él, que estaba enfermo en el palacio del obispo de Asís, el hijo de un noble de Lucca con otros muchos que querían ingresar en la Orden.

Al presentarse todos ellos al bienaventurado Francisco, hizo el joven una reverencia ante él y empezó a llorar a lágrima viva, al mismo tiempo que pedía ser admitido a la Orden. El bienaventurado Francisco, mirándole, le dijo: «Hombre infeliz y carnal, ¿por qué mientes al Espíritu Santo y a mí? Tu llanto es carnal, no espiritual».

Y, dicho esto, llegaron al palacio, a caballo, unos parientes suyos que querían sacarlo y llevárselo. Al oír el ruido de los caballos, se asomó a una ventana, y vio que eran allegados suyos. Inmediatamente bajó donde ellos y, tal como lo había predicho el bienaventurado Francisco, se volvió con ellos al siglo.

La viña de un sacerdote que dejaron sin uvas a causa del bienaventurado Francisco

104. A causa de la enfermedad de los ojos, moraba el bienaventurado Francisco, en compañía de un pobre sacerdote, en la iglesia de San Fabián [1], cerca de Rieti. Entonces se encontraba el papa Honorio con toda la curia en dicha ciudad [2]. Muchos cardenales y otros personajes del clero visitaban casi todos los días al bienaventurado Francisco por la devoción que le tenían. Poseía la iglesia una pequeña viña junto a la casa en que estaba el bienaventurado Francisco, y en la casa había una puerta, por la que casi todos los que lo visitaban pasaban a la viña. Lo hacían porque las uvas estaban entonces en sazón y el lugar era agradable. Como consecuencia, toda la viña quedó hollada y casi limpia de uvas.

El sacerdote empezó a enojarse, diciendo: «Aunque es pequeña la viña, de ella recogía lo suficiente para mis necesidades, y este año todo lo he perdido».

Cuando llegó esto a oídos del bienaventurado Francisco, mandó llamar al sacerdote y le dijo: «No te turbes, señor, pues de

[1] Cf. LP 70 n.1.
[1] Iglesia llamada hoy «de la Foresta» o «del Bosco».
[2] Cf. LP 67 n.3.

momento no podemos hacer otra cosa; pero ten confianza en el Señor y espera, que por este pequeñuelo siervo suyo podrás resarcirte íntegramente del daño causado. Dime: ¿cuántos cántaros de vino has cosechado el año en que esta viña más ha dado?» El sacerdote respondió: «Trece cántaros, Padre». El bienaventurado Francisco contestó: «No estés por más tiempo malhumorado ni ofendas por esto de palabra a nadie; ten fe en el Señor y en mis palabras; si recogieres menos de veinte cántaros, yo haré que llegues a ese número».

A partir de ese momento, el sacerdote guardó silencio y quedó tranquilo. Al tiempo de vendimiar recogió de la viña, por la divina largueza, veinte cántaros de vino, no menos. El sacerdote quedó maravillado, y lo mismo cuantos lo oyeron; y decían que, aunque las cepas hubieran estado cargadas de racimos, era imposible que hubieran dado tal cantidad de uva.

Nosotros que vivimos con él damos testimonio de que no sólo en este caso, sino siempre, se cumplía a la letra lo que él había predicho.

Unos caballeros de Perusa que le impedían predicar

105. Predicando el bienaventurado Francisco en la plaza de Perusa ante un gran concurso de fieles, algunos caballeros de la ciudad montados a caballo empezaron a correr por la plaza y a divertirse con las armas, e impedían la predicación. A pesar de que los asistentes a la predicación les afeaban su proceder, no cesaban de su diversión.

Dirigiéndose el bienaventurado Francisco a ellos, les habló así con fervor de espíritu: «Escuchad y atended lo que el Señor os anuncia por este pobre siervo suyo; ni digáis: ¡Este es de Asís!» (Se expresaba así porque el odio ciudadano entre Perusa y Asís era ya inveterado, y todavía está vivo [1]).

Y continuó hablándoles: «El Señor os ha levantado por encima de vuestros vecinos, mas por eso mismo estáis más obligados a reconocer a vuestro Creador, humillándoos no sólo ante él, sino también ante vuestros vecinos. Pero, engreídos por la soberbia, arruinasteis a vuestros vecinos y matasteis a muchos. Pero yo os anuncio que, si no os convertís pronto a Dios y dais satisfacción a los que habéis ofendido, el Señor, que nada deja impune, hará que, para mayor venganza y castigo y para vuestro mayor escarnio, os levantéis en lucha unos contra otros, y, una vez que haya estallado la sedición y la guerra intestina, tengáis que sufrir tal cúmulo de tribulaciones como jamás os hubieran podido originar vuestros vecinos».

[1] LP 75 n.1. Bigaroni hace notar que el autor del EP dice «antiquum odium erat et est», porque, cuando él escribía, se volvían a despertar las discordias entre las dos ciudades por obra de Francesco di Muzio (*Campilatio Assisiensis* [Porziuncola 1975] p. 211 n.128). Cf. también 2C 37 n.1.

El bienaventurado Francisco no callaba nunca en sus predicaciones los vicios del pueblo, sino que los denunciaba y los corregía con valor. Pero le había dado el Señor tantas gracias y dones, que cuantos oían sus palabras, de cualquier clase y condición que fuesen, le oían con temor y le reverenciaban por la gracia que Dios había derramado en él. Y, por mucha que fuera la vehemencia con que eran reprendidos, siempre quedaban prendados de sus palabras, y se convertían al Señor o se compungían de corazón.

Y permitió Dios que, a los pocos días, se armara tal escándalo entre los caballeros y el pueblo, que éste llegó a arrojar de la ciudad a los caballeros. Los caballeros, apoyados por la Iglesia, devastaron los campos y los viñedos y talaron los árboles, y causaron todo el mal que pudieron al pueblo. El pueblo, a su vez, destrozó todos los bienes de los caballeros; y así, según la predicción del bienaventurado Francisco, pueblo y caballeros quedaron castigados.

Cómo previó la oculta tentación y tribulación de un hermano

106. Un hermano muy espiritual y familiar del bienaventurado Francisco venía sufriendo, desde hacía muchos días, sugestiones gravísimas del diablo, que lo pusieron al borde de la desesperación. Y crecía cada día tanto la sugestión, que ya se avergonzaba de confesarse tantas veces; en su angustia, se mortificaba mucho con abstinencias, vigilias, lágrimas y disciplinas.

Dios había dispuesto en su divina providencia que el bienaventurado Francisco llegara a aquel lugar. Y un día que paseaba el hermano con el bienaventurado Francisco, conoció éste, por moción del Espíritu Santo, la tribulación y tentación del hermano. Apartándose un poco de otro hermano que iba con ellos, se acercó al atribulado y le dijo: «Carísimo hermano, quiero que no te creas obligado a confesar más esas sugestiones diabólicas y que no tengas miedo, pues no han dañado lo más mínimo a tu alma; con mi aprobación di siete padrenuestros cuando te veas acosado de ellas».

El hermano se alegró mucho de que le hubiera dicho que no tenía que confesarse, pues era particularmente esto por lo que vivía tan angustiado. Pero se quedó estupefacto considerando que el bienaventurado Francisco había leído en su interior lo que sólo conocían los sacerdotes a los que se había confesado.

Al momento fue liberado de la tribulación por la gracia de Dios y los méritos de San Francisco, y gozó desde entonces de admirable paz y sosiego. Era lo que el Santo esperaba y ésta la razón por la que lo descargó de ir a confesarse.

Lo que predijo del hermano Bernardo y cómo todo se cumplió

107. Como en los días cercanos a su muerte le hubieran preparado una comida más delicada, se acordó del hermano

Bernardo [1], que fue el primero de los hermanos, y dijo a sus compañeros: «Esta comida es muy buena para el hermano Bernardo». Y mandó llamarlo. Luego que llegó, se sentó junto al lecho donde yacía el Santo. Y dijo el hermano Bernardo: «Padre, te ruego que me des tu bendición y me muestres tu amor. Si me muestras tu afecto paternal, creo que Dios y todos los hermanos me amarán más».

El bienaventurado Francisco, que desde hacía muchos días había perdido la luz de los ojos, no lo podía distinguir; extendió su mano derecha y la puso sobre la cabeza del hermano Gil [2], el tercer hermano, que, por estar sentado junto a él, creyó que era la del hermano Bernardo. Mas, conociéndolo por luz del Espíritu Santo, dijo: «Esta no es la cabeza de mi hermano Bernardo».

Entonces, éste se acercó más, y el bienaventurado Francisco, poniendo la mano sobre su cabeza, lo bendijo [3], y mandó a uno de sus compañeros: «Escribe lo que te voy a decir: El primer hermano que me dio el Señor fue Bernardo; el primero que empezó a cumplir y cumplió con toda diligencia la perfección del Evangelio distribuyendo todos sus bienes a los pobres. Por esto y por otras muchas prerrogativas suyas, estoy obligado a amarlo más que a ningún hermano en toda la Orden. Así que, en cuanto está de mi parte, quiero y mando que, cualquiera que fuese el ministro general, lo ame y reverencie como a mí mismo. Y que los ministros y todos los hermanos de toda la Religión lo miren como si de mí se tratara». El hermano Bernardo y los demás hermanos se sintieron muy consolados con estas palabras.

Considerando el bienaventurado Francisco la altísima perfección a que había llegado el hermano Bernardo, profetizó de él en presencia de algunos hermanos, diciendo: «Os aseguro que, para ejercitarlo, acosarán al hermano Bernardo algunos de los más terribles y sagaces demonios, que lo enredarán en mil tribulaciones y tentaciones. Pero, al acercarse su fin, el Señor misericordioso apartará de él toda suerte de tribulaciones y tentaciones y establecerá en tanta paz y consuelo su espíritu y su cuerpo, que todos los hermanos que lo presencien quedarán muy maravillados y lo tendrán por gran milagro; y en esa paz y consuelo de alma y cuerpo volará al Señor» [4].

Todo esto se cumplió a la letra en el hermano Bernardo, no sin gran admiración de todos los hermanos que lo habían oído del bienaventurado Francisco. El hermano Bernardo gozaba en su última enfermedad de tanta paz y consuelo espiritual, que no quería estar echado en el lecho. Y, si yacía, estaba medio incorporado, para que ni la más ligera nubecilla subiera por su mente y le impidiera la consideración de Dios por el sueño o alguna imagi-

[1] Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen, p.798.
[2] Cf. *Introducción* a las Flor en este volumen, p.798.
[3] Según 1C 108, da la bendición al hermano Elías. Las *Florecillas* dan otra versión del hecho (Flor 6 n.1).
[4] Cf. 2C 48.

nación. Y si alguna vez le sucedía lo que quería evitar, luego se levantaba y se despabilaba, diciendo: «¿Qué pasa? ¿Por qué he pensado así?» No quería tampoco tomar medicinas; y al que se las ofrecía le decía: «Mira, no me distraigas».

Para poder expirar con más paz y más libre de todo, abandonó el cuidado de su cuerpo en manos de un hermano que hacía de médico, y le dijo: «No quiero tener ningún cuidado de la comida y de la bebida. Lo dejo en tus manos: si me la ofreces, la tomaré; si no, no la pediré».

Desde el momento en que cayó enfermo, quiso tener cerca un sacerdote hasta la hora de morir; y, cuando le venía a la mente algo que agobiara su conciencia, al punto se confesaba.

Después de su muerte se tornó blanco; su cuerpo, blando, y su cara, sonriente. Aparecía más hermoso de muerto que vivo, y todos se complacían más en contemplar su aspecto después de muerto que cuando vivía; parecía, en verdad, un santo sonriendo.

Cómo, cercano a su muerte, comunicó a la bienaventurada Clara que aún lo vería, y se cumplió después de su muerte

108. Dentro de la semana en que murió el bienaventurado Francisco, la señora Clara [1] —la primera planta de las hermanas pobres de San Damián en Asís, émula principal del bienaventurado Francisco en la conservación de la perfección evangélica— temerosa de morir antes que él, pues los dos estaban gravemente enfermos, lloraba amargamente y no lograba consolarse, porque creía que no iba a ver más al bienaventurado Francisco, que era su único padre después de Dios, su confortador y maestro y el primero que la fundamentó en la gracia de Dios.

Valiéndose de un hermano, se lo comunicó al bienaventurado Francisco. Al escucharlo el Santo, se compadeció de ella por el amor singular y el afecto paterno que le profesaba. Pero, considerando que no podía suceder lo que ella pretendía, esto es, verlo vivo, para consuelo de ella y de todas las hermanas le dio por escrito su bendición y le perdonó todo defecto que pudiera haber cometido contra sus exhortaciones y contra los mandamientos y consejos del Hijo de Dios. Y para que se sobrepusiera a toda tristeza, iluminado por el Espíritu Santo, le habló así al hermano que ella le había mandado: «Ve y di a la señora Clara que abandone toda tristeza y dolor porque no pueda verme por ahora; pero que sepa de cierto que, antes de morir ella, me verán ella y sus hermanas, y tendrán en esto gran consuelo».

Y sucedió que, muerto el bienaventurado Francisco poco después al anochecer [2], vino por la mañana todo el pueblo y el clero de la ciudad de Asís, y entre himnos y alabanzas, llevando todos

[1] Cf. 1C 18 n.1.
[2] El 3 de octubre de 1226.

ramos de árboles, levantaron el santo cuerpo del lugar donde expiró. Por disposición divina, lo llevaron a San Damián, para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del bienaventurado Francisco para consolar a sus hijas y siervas.

Y, removida la reja de hierro por donde las monjas solían [3] comulgar y escuchar la palabra de Dios, los hermanos levantaron del ataúd el santo cuerpo y lo sostuvieron en sus brazos ante la ventanilla por buen espacio de tiempo, mientras la señora Clara y sus hermanas se consolaban con verlo, aunque llenas de pena y de lágrimas al verse privadas de los consuelos y exhortaciones de tan gran padre.

Cómo predijo que su cuerpo sería honrado después de muerto

109. Un día en que yacía enfermo en el palacio del obispo de Asís, un hermano espiritual le dijo en plan de bromas y sonriéndose: «¿Por cuánto venderías al Señor estos sacos tuyos? Muchos baldaquinos y telas de seda se pondrán sobre este cuerpecillo, ahora cubierto de saco». Entonces tenía una gorra cubierta del mismo saco que el vestido.

Y respondió el bienaventurado Francisco, o, más bien, el Espíritu Santo por él, y dijo con gran fervor y gozo espiritual: «Dices verdad, pues así sucederá para alabanza y gloria de mi Dios».

CAPITULO XI

Providencia divina para con él en las cosas exteriores

Cómo el Señor proveyó a los hermanos que estaban con el médico sentados ante una mesa muy pobre

110. Estando el bienaventurado Francisco en el eremitorio de Fonte Colombo [1], cerca de Rieti, por la enfermedad de sus ojos, lo visitó un día el especialista en esta enfermedad. Como se hubiese detenido allí bastante tiempo y quisiese ya marchar, el bienaventurado Francisco dijo a uno de los compañeros: «Id y dadle de comer opíparamente al médico». El compañero respondió: «Padre, nos ruboriza el decirlo, pero estamos ahora tan pobres, que nos da vergüenza invitarle a comer».

El bienaventurado Francisco dio por respuesta a los compañeros: «Hombres de poca fe, no me hagáis hablar más». Y el médico dijo a Francisco: «Hermano, por lo mismo que los hermanos son

[3] A diferencia de LP 13, que dice «suelen comulgar», el EP dice «solían», que, según Bigaroni, querría decir que el texto habría sido escrito después que las clarisas abandonaron San Damián, esto es, después de 1260 (o.c., p.45 n.30).

[1] Cf. LP 68 n.1.

tan pobres, tengo más gusto en comer con ellos». El médico era muy rico, y, aunque el bienaventurado Francisco y sus compañeros le habían invitado muchas veces, nunca había aceptado el comer allí.

Fueron los hermanos y prepararon la mesa; con gran rubor presentaron un poco de pan y de vino con algunas hortalizas que habían preparado para ellos. Apenas se sentaron a la paupércula mesa y empezaron a comer, cuando llamaron a la puerta. Se levantó uno de los hermanos y fue a abrir. Y, al abrir la puerta, se encontró con una mujer que acababa de llegar con una cesta grande llena de un pan hermoso, de una porción de peces, de pasteles de camarones, de miel y de uvas frescas al parecer, que enviaba al bienaventurado Francisco la señora de un castro que distaba siete millas.

Ante el suceso, los hermanos y el médico quedaron admirados y llenos de gozo, y todos reconocieron la santidad del bienaventurado Francisco, atribuyendo el hecho a sus méritos. Y el médico dijo a los hermanos: «Hermanos míos, ni vosotros ni yo conocemos como debiéramos la santidad de este hombre».

Cierto pescado que apeteció comer en una enfermedad

111. Otra vez que estaba enfermo muy grave en el palacio del obispo de Asís [1], los hermanos le instaban a que comiese algo. Y él les respondía: «No tengo ganas de comer; pero, si tuviese un trozo del pez que se llama lucio, lo comería con gusto».

Lo acababa de decir, cuando llegó un hombre con una canasta con tres buenos lucios bien preparados y una torta de camarones, que comía a gusto el Padre santo. Esto era enviado por el hermano Gerardo, ministro de Rieti.

Admirando todos la divina Providencia, alabaron al Señor, que había provisto a su siervo de lo que entonces era imposible hallar en Asís, porque era invierno.

Manjar y paño que deseaba, cercano a su muerte

112. Estando el bienaventurado Francisco en Santa María de los Angeles durante su última enfermedad, es decir, de la que murió, llamó un día a sus compañeros y les dijo: «Sabéis que la señora Jacoba de Settesoli [1] ha sido y es muy devota y fiel a mí y a nuestra Religión. Creo que agradecería mucho y le serviría de gran consuelo que le comunicarais mi estado de salud, y en particular que le dierais el encargo de que me envíe paño religioso

[1] A pesar de lo que dice el texto, Bigaroni opina que se trata del palacio del obispo de Rieti, porque es poco probable que el hermano Gerardo le haya enviado el pez a Asís (o.c., p.191 n.115).

[1] Cf. 3C 37 n.1.

de color ceniza, y también aquella vianda que solía prepararme tantas veces en Roma». Los romanos llaman a este manjar «mostaccioli», y se prepara con almendras, azúcar y otros ingredientes.

Era esta señora muy espiritual y viuda, de las más nobles y ricas de toda Roma; por los méritos y predicación del bienaventurado Francisco había conseguido tan inmensa gracia del Señor, que, por las lágrimas que continuamente derramaba y por la devoción que profesaba al amor y dulzura de Cristo, parecía otra Magdalena.

Escribieron la carta, como había dicho el Santo, y un hermano buscaba a algún otro hermano que la llevara a la dicha señora. Entonces mismo llamaron a la puerta. Cuando el hermano abrió la puerta, vio que era la misma señora Jacoba, que a toda prisa había venido a visitar al bienaventurado Francisco.

En cuanto la reconoció, uno de los hermanos fue en seguida a dar al bienaventurado Francisco la alegre noticia de que había llegado de Roma la señora Jacoba con un hijo suyo y muchas personas más a visitarlo. Y preguntó: «Padre, ¿qué hacemos? ¿Le permitimos entrar y venir hasta aquí?»

Preguntaba esto porque sabía que, por voluntad de San Francisco, se había establecido que, por mayor honestidad y devoción a este lugar, no se permitiera entrar en él a ninguna mujer [2]. Y respondió el bienaventurado Francisco: «Con esta señora, a quien su gran fe y devoción ha impelido a venir desde tan lejos [3], no reza este estatuto».

Entró, pues, la señora hasta el lugar donde yacía el bienaventurado Francisco y derramó muchas lágrimas ante él. ¡Y cosa admirable! Había traído el paño mortuorio, de color ceniza, para una túnica y todo lo demás que contenía la carta, como si la hubiera leído.

La señora habló así a los hermanos: «Hermanos míos, he oído que se me decía en espíritu cuando oraba: 'Ve y visita a tu padre bienaventurado Francisco; date prisa y no tardes, porque, si te detienes mucho, no lo encontrarás vivo. Y lleva tal paño para túnica y tales cosas para que le prepares tal vianda. Lleva también buena cantidad de cera para hacer velas, e incienso'». Todo esto, menos el incienso, contenía la carta que se iba a enviar.

Y así sucedió que el mismo que inspiró a los reyes que fueran con presentes a adorar a su Hijo el día de su nacimiento [4], inspiró también a aquella noble y santa señora que fuera con sus regalos a honrar a su amadísimo siervo en los días de su muerte, o, más bien, de su verdadero nacimiento.

La señora preparó aquella vianda de la que gustaba comer el santo Padre; pero apenas la probó, pues le iban faltando las fuerzas y se acercaba a la muerte.

Mandó hacer también muchas velas para que lucieran después

[2] Respecto de la clausura, cf. LP 8 n.2.
[3] Unos 160 kilómetros de camino.
[4] Mt 2,11.

de la muerte ante su santísimo cuerpo; y del paño que había traído hicieron los hermanos una túnica, con la que fue sepultado.

Pero él mandó a los hermanos que la cosieran por fuera de saco en señal y ejemplo de santísima humildad y como obsequio a dama Pobreza. Y en la misma semana que vino la señora Jacoba, voló al cielo nuestro Padre santísimo.

CAPITULO XII

Su amor a las creaturas y amor de éstas a él

Amor especial que tuvo a las alondras, porque representan al buen religioso

113. Absorto el bienaventurado Francisco todo él en el amor de Dios, contemplaba no sólo en su alma, tan hermosa por la perfección de todas las virtudes, sino también en cualquiera creatura, la bondad de Dios. Por eso, se sentía como transportado de entrañable amor para con las creaturas, y en especial para con aquellas que representaban mejor algún destello de Dios o alguna nota peculiar de la Religión.

Así, entre todas las aves, amaba con predilección una avecita que se llama alondra [1]. De ella solía decir: «La hermana alondra tiene capucho como los religiosos y es humilde, pues va contenta por los caminos buscando granos que comer. Y, aunque los encuentre en el estiércol, los saca y los come. Cuando vuela, alaba a Dios con dulce canto, como los buenos religiosos, que desprecian todo lo de la tierra y tienen su corazón puesto en el cielo, y su mira constante en la alabanza del Señor. El vestido, es decir, su plumaje, es de color de tierra, y da ejemplo a los religiosos para que no se vistan de telas elegantes y de colores, sino viles por el valor y el color, así como la tierra es más vil que otros elementos».

Y porque las consideraba adornadas de estas propiedades, se complacía mucho en verlas. Y fue del divino beneplácito que estas avecillas le demostraran señales de afecto especial en la hora de su muerte. Pues en la tarde del sábado, después de vísperas y antes de la noche, hora en que el bienaventurado Francisco voló al Señor, una bandada de estas avecillas llamadas alondras se vino sobre el techo de la celda donde yacía y, volando un poco, giraban, describiendo círculos en torno al techo, y cantando dulcemente parecían alabar al Señor [2].

[1] En el texto original se añade: «que vulgarmente se llama *lodola capelluta*» = alondra de caperuza.

[2] Cf. 3C 32.

Cómo quiso persuadir al emperador a que diese una ley especial para que en la Navidad del Señor los hombres proveyeran abundantemente a las aves, al buey y al asno y a los pobres

114. Nosotros que vivimos con el bienaventurado Francisco y escribimos esto, damos testimonio de haberle oído decir muchas veces: «Si yo lograra hablar con el emperador, le suplicaría y le persuadiría a que, por amor de Dios y mío, diera una ley especial de que nadie coja o mate a las hermanas alondras ni les haga daño alguno.

»Asimismo, que las autoridades de las ciudades y los señores de los castros y de las villas estuvieran obligados a mandar a sus subordinados que cada año el día de la Navidad del Señor echaran grano de trigo o de otros cereales por los caminos del campo para que pudieran comer las hermanas alondras y otras aves en fiesta tan solemne. Y también que, por reverencia al Hijo de Dios, a quien esa noche la Santísima Virgen María acostó en un pesebre [1] entre el buey y el asno, todos aquellos que tuvieran alguno de estos animales les dieran esa noche abundante y buen pienso; igualmente, que todos los ricos dieran en ese día sabrosa y abundante comida a los pobres».

El bienaventurado Francisco tenía a esta solemne fiesta de Navidad mayor reverencia que a otras fiestas, y así decía: «Solamente después que el Señor ha nacido por nosotros, hemos podido ser salvos». Y quería que en este día todo cristiano saltara de gozo en el Señor y que, por amor de quien se nos entregó a nosotros, todos agasajaran con largueza no sólo a los pobres, sino a los animales y a las aves.

Amor y obediencia que le demostró el fuego cuando tuvo que hacerse un cauterio

115. Cuando vino al eremitorio de Fonte Colombo, cerca de Rieti, a ponerse en cura de los ojos, a lo que le habían obligado, por obediencia, el señor obispo de Ostia y el hermano Elías, ministro general, un día lo visitó el médico.

Examinada la enfermedad, dijo al bienaventurado Francisco que querría hacerle un cauterio desde la parte superior de la mejilla hasta la ceja del ojo más enfermo. El bienaventurado Francisco no quería ponerse en tratamiento si no venía el hermano Elías, porque le había dicho que quería estar presente cuando el médico iniciara la cura. Quería que fuera el ministro general quien lo dispusiera todo, porque le asustaba y le resultaba muy duro tener tan gran responsabilidad de sí mismo.

Como lo hubiera esperado por algún tiempo y no llegara por impedírselo sus muchas ocupaciones, permitió por fin que el médico hiciera lo que quería. El médico puso el punzón de hierro en

[1] Lc 2,7.

el fuego para hacer el cauterio, y el bienaventurado Francisco, para fortalecer más su espíritu y para que no desfalleciera, habló así al fuego: «Hermano mío fuego, noble y útil entre todas las creaturas, muéstrate ahora cortés conmigo, ya que siempre te he amado y te seguiré amando por amor de tu Creador. Ruego también a nuestro Creador, que nos ha creado a los dos, que modere tu ardor, para que yo pueda soportarlo». Y, acabada esta oración, trazó sobre el fuego la señal de la cruz.

Nosotros que estábamos con él entonces, nos retiramos despavoridos, porque no lo resistía nuestra piedad y compasión, y se quedó el médico solo con él. Luego que el médico acabó el cauterio, volvimos a él y nos dijo: «Pusilánimes y de poca fe, ¿por qué habéis huido? Pues yo os digo en verdad que no he sentido dolor alguno, ni el ardor del fuego. Y, si todavía no ha quedado bien cauterizado, puede cauterizarlo mejor».

El médico no pudo menos de admirarse y decir: «Hermanos míos, os confieso que hubiera temido que cauterio tan recio no hubiera podido soportarlo, no ya éste, débil y enfermo, sino ni el hombre más fuerte. Y él, ¡ni se ha movido ni ha dado muestra alguna de dolor!»

Juzgó necesario el médico quemar todas las venas desde la oreja hasta la ceja, pero no le sirvió de nada. Asimismo, otro médico le perforó con un punzón candente las dos orejas, y tampoco le alivió nada.

No es de admirar que el fuego y otras creaturas se le mostraran en ocasiones obedientes y respetuosas, pues —nosotros que hemos estado con él— hemos visto muchísimas veces con qué afecto las miraba y se complacía en ellas, y cómo su espíritu, llevado de tierna compasión, aspiraba a que nadie las tratara con desconsideración; él conversaba con ellas con gozo interior y exterior como si fuesen seres racionales; y muchas veces le servían para quedar arrebatado en Dios.

No quiso apagar ni permitió que apagaran el fuego que prendió en sus calzones

116. Entre las creaturas inferiores e insensibles, amaba singularmente al fuego, por su belleza y utilidad. Por ello, nunca le quería estorbar en su misión.

Una vez que estaba sentado al amor de la lumbre, se le prendieron, sin darse cuenta, los calzones de lino por la rodilla, y, cuando empezó a sentir el calor del fuego, no quiso apagarlo. El compañero, viendo que se le estaba quemando la tela, se acercó presuroso a matar el fuego; pero el Santo se lo impidió y le dijo: «Hermano carísimo, ¡no hagas mal al hermano fuego!» Y no permitió de ninguna manera que lo apagase.

Este hermano salió precipitadamente a llamar al hermano que era su guardián y lo trajo a donde estaba el bienaventurado

Francisco; y el guardián apagó el fuego, contra la voluntad del Santo. Ni por urgente necesidad quería apagar el fuego, o el candil, o las velas: ¡tanta era su piadosa atención para con él!

No quería tampoco que los hermanos arrojaran las brasas o tizones de un lugar a otro, como es costumbre, sino que quería que los dejaran en el suelo por reverencia a quien los ha creado.

No quiso usar más una piel por haber impedido que el fuego la abrasara

117. Un día de aquellos en que ayunaba una cuaresma en el monte Alverna, a la hora de comer, el compañero encendió fuego en la celda que hacía de comedor, y, dejándolo encendido, fue en busca del bienaventurado Francisco a otra celda donde éste oraba. Llevaba consigo un misal para leerle el evangelio de aquel día, porque los días que no podía oír misa quería oír el evangelio de la misa del día antes de la comida.

Cuando volvió, para comer, a la celda donde estaba el fuego encendido, vio que éste ardía, y las llamas llegaban al techo. El compañero empezó a apagarlo a toda prisa, pero él solo no podía sofocarlo. El bienaventurado Francisco no se prestó a ayudarle, sino que, tomando una piel que usaba por la noche, se marchó con ella al bosque.

Cuando los hermanos de aquel lugar, que estaban un poco lejos, se dieron cuenta de que se quemaba la celda, vinieron corriendo y apagaron el fuego. Luego vino el bienaventurado Francisco a comer, y después de la comida dijo al compañero: «No quiero usar ya más esta piel, porque mi avaricia no ha consentido que el hermano fuego la devorara».

Amor especial que profesó al agua y a las piedras, a los árboles y a las flores

118. Después del fuego, amaba con amor singular al agua, porque representa la santa penitencia y la contrición, por las cuales se limpian las manchas del alma y porque la primera ablución del alma se hace con el agua del bautismo. Así, cuando se lavaba las manos, se cuidaba de elegir un lugar en el que no pudiera ser pisada el agua que caía a tierra.

También, cuando era preciso andar sobre las piedras, caminaba con gran temor y reverencia, por amor de aquel que es llamado piedra [1]. Y, cuando rezaba el versículo del salmo: *Me has ensalzado sobre la piedra* [2], decía con profunda y reverente devoción: «Bajo los pies de la roca me has exaltado».

Al hermano encargado de preparar la leña para la lumbre le

[1] 1Cor 10,4.
[2] Sal 60,3 y 26,6.

decía que nunca cortase el árbol entero, sino que dejara algunas ramas íntegras, por amor del que quiso salvarnos en el árbol de la cruz.

Igualmente, decía al hermano encargado de cultivar el huerto que no destinase toda la tierra para hortalizas comestibles, sino que dejara un trozo de tierra para plantas frondosas, que a su tiempo produjera flores para los hermanos, por amor de quien se llama *Flor del campo y lirio de los valles* [3].

Decía incluso que el hermano hortelano debería cultivar en algún rincón de la huerta un bonito jardincillo donde poner y plantar toda clase de hierbas olorosas y de plantas que produzcan hermosas flores, para que a su tiempo inviten a cuantos las vean a alabar a Dios. Pues toda creatura pregona y clama: «¡Dios me ha hecho por ti, oh hombre!»

Y nosotros que estuvimos con él veíamos que era tan grande su gozo interior y exterior en casi todas las creaturas, que, cuando las palpaba o contemplaba, más parecía que moraba en espíritu en el cielo que en la tierra. E, impelido por los muchos consuelos que experimentó y experimentaba en la consideración de las creaturas, poco antes de morir compuso unas alabanzas al Señor por las creaturas [4] para excitar a los que las oyeran a alabar a Dios y para que el mismo Señor fuera alabado en sus creaturas por los hombres.

Cómo ensalzaba, más que a ninguna creatura, al sol y al fuego

119. Con mayor afecto que a las demás creaturas carentes de razón, amaba al sol y al fuego. Y se explicaba así: «Por la mañana, cuando nace el sol, todos deberían alabar a Dios, porque ha creado el sol para nuestra utilidad: por él nuestros ojos ven la luz del día. Y por la tarde, al anochecer, todo hombre debería alabar a Dios por el hermano fuego; por él ven nuestros ojos de noche. Todos, en efecto, somos como ciegos, y el Señor da luz a nuestros ojos por estos dos hermanos nuestros. Por eso, debemos alabar especialmente al Creador por el don de estas y de otras creaturas de las que nos servimos todos los días.

El lo practicó siempre así hasta su muerte. Es más: cuando se agravaba su enfermedad, empezaba a cantar las alabanzas del Señor a través de las creaturas, y luego hacía que las cantaran sus compañeros, para que, considerando la alabanza del Señor, se olvidara de la acerbidad de sus dolores y enfermedades.

Pensaba y decía que el sol es la más hermosa de todas las creaturas y la que más puede asemejarse a Dios y que en la Sagrada Escritura el Señor es llamado sol de justicia [1]; así, al titular aquellas alabanzas de las creaturas del Señor que compuso con

[3] Ct 21,1.

[4] Cf. EP 120; también en este volumen, p.49-50.

[1] Mal 3,20.

motivo de que el Señor le cercioró de que estaría en su reino, las quiso llamar *Cántico del hermano sol*.

Esta es la alabanza de las criaturas que compuso cuando el Señor le cercioró de su reino [1]

120. Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria, y el honor,
y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.
Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual es día y por el cual nos alumbras.
Y él es bello y radiante con gran esplendor;
de ti, Altísimo, lleva significación.
Loado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas;
en el cielo las has formado luminosas,
y preciosas, y bellas.
Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire, y el nublado, y el sereno, y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.
Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil, y humilde, y preciosa, y casta.
Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche:
y él es bello, y alegre, y robusto, y fuerte.
Loado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.
Loado seas, mi Señor,
por aquellos que perdonan por tu amor
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las sufren en paz,
pues por ti, Altísimo, coronados serán.
Loado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar [2].
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
Bienaventurados aquellos a quienes encontrará en tu santísima voluntad,
pues la muerte segunda no les hará mal.
Load y bendecid a mi Señor
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

[1] Cf. *Selecciones de franciscanismo* 13-14 (Valencia 1976). Es un número monográfico que trata sobre diversos problemas que plantea el *Cántico*.
[2] Acerca de las circunstancias en que fue compuesta esta estrofa, cf. EP 123.

CAPITULO XIII

SU MUERTE. ALEGRÍA QUE DEMOSTRÓ CUANDO SUPO CON CERTEZA QUE ESTABA MUY CERCANO A LA MUERTE

Cómo respondió al hermano Elías, que le reprochaba porque mostraba tanta alegría

121. Cuando yacía enfermo en el palacio del obispo de Asís y parecía que Dios había aplicado su mano sobre él con más peso que de ordinario, temeroso el pueblo de Asís de que, si moría de noche, los hermanos tomaran el cuerpo santo y lo llevaran a enterrar a otra ciudad, acordaron que todas las noches hubiera centinelas apostados por los alrededores, fuera de los muros del palacio, para impedirlo.

Nuestro Padre santísimo, para fortalecer más su espíritu, no fuera que con la acerbidad del dolor, que de continuo le punzaba, alguna vez desfalleciera, hacía que sus compañeros le cantaran muchas veces al día las alabanzas del Señor; y lo mismo hacía de noche para consuelo y edificación de los seglares que hacían vela en las afueras del palacio.

Viendo el hermano Elías que el bienaventurado Francisco en tan dolorosa enfermedad se fortalecía y se gozaba así en el Señor, le dijo: «Carísimo hermano, es para mí de hondo consuelo y edificación ver la alegría que muestras por ti y por los demás compañeros en tu enfermedad. Pero, aunque los hombres de esta ciudad te tienen por santo, sin embargo, como están persuadidos de que tu enfermedad es incurable y que pronto morirás, al oír que estas alabanzas se cantan de día y de noche, podrían decirse para sí: '¿Cómo manifiesta tanta alegría el que está próximo a morir? Debería pensar en ello'».

El bienaventurado Francisco le respondió: «¿Te acuerdas de la visión que tuviste en Foligno [1] y me dijiste entonces que alguno te había dicho que yo no viviría dos años? Pues ya antes que tuvieras esa visión, por la gracia de Dios, que sugiere todo lo bueno al corazón y lo expresa por boca de sus fieles, pensaba continuamente, día y noche, en el término de mi vida. Pero desde aquel momento en que tuviste la visión, he sido más solícito en pensar todos los días en el punto de mi muerte». Y luego, con gran fervor de espíritu, dijo: «Déjame, hermano, gozarme en el Señor y en sus alabanzas mientras padezco, pues, por la gracia recibida del Espíritu Santo, estoy tan adherido y unido a mi Señor que, por su gran misericordia, bien puedo regocijarme en el Altísimo».

[1] Tenemos información de esta visión en 1C 109.

Cómo indujo al médico a que le dijera cuánto podía tener de vida

122. En aquellos días lo visitó en el mismo palacio un médico de Arezzo llamado Buen Juan, muy íntimo del bienaventurado Francisco. Este le preguntó: «¿Qué te parece, Finiato, de mi mal de hidropesía?» No quiso llamarlo por su nombre propio, porque no quería llamar bueno a ninguno que se llamara así, por reverencia al Señor, que dice: *Ninguno es bueno, sino sólo Dios* [1]. Asimismo, no llamaba a ninguno «padre» o «maestro», ni lo escribía en sus cartas, por la misma reverencia al Señor, que dice: *Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra, ni os llaméis maestros,* etc. [2]

El médico le dijo: «Hermano, por la gracia de Dios, te irá bien». De nuevo el bienaventurado Francisco: «Dime la verdad: ¿qué te parece? No te dé pena, pues, gracias a Dios, no soy un asustadizo que tema la muerte. Confortado con la gracia del Espíritu Santo, estoy tan unido a mi Señor, que estoy contento con morir como con vivir».

Entonces le dijo abiertamente el médico: «Padre, según los conocimientos de nuestra ciencia médica, tu enfermedad no tiene cura, y creo que a fines del mes de septiembre o el 4 de octubre morirás».

Al oír esto el bienaventurado Francisco, que yacía en el lecho, extendió con toda devoción y reverencia sus manos al Señor y dijo con íntima alegría de alma y cuerpo: «Bienvenida sea mi hermana muerte».

Cómo, cerciorado de que había de morir pronto, ordenó que le cantaran las alabanzas que había compuesto

123. Después de todo esto, un hermano le dijo: «Padre, tu vida y tu comportamiento fue y es luz y espejo, no sólo para tus hermanos, sino para toda la Iglesia, y lo mismo será tu muerte. Y, aunque tus hermanos y otros sientan tristeza y dolor por tu muerte, para ti será consuelo y gozo infinito. Tú pasarás, de grandes trabajos, al eterno descanso; de muchos dolores y tentaciones, a la paz perdurable; de la pobreza temporal, que amaste siempre y practicaste perfectamente, a las verdaderas e infinitas riquezas, y de la muerte temporal, a la vida sin fin, en donde verás cara a cara a tu Dios y Señor, a quien en este mundo has amado y ansiado con fervoroso amor».

A continuación le dijo con toda claridad: «Padre, has de saber en verdad que, si Dios no te ayuda con alguna medicina del cielo, tu enfermedad no tiene cura y poco vivirás ya, según dictamen de los médicos. Te digo esto para vigorizar tu espíritu y para que te goces siempre en el Señor interior y exteriormente con el fin de

[1] Lc 18,19.
[2] Mt 23, 9-10.

que tus hermanos y otros que te visitan te encuentren siempre gozoso en el Señor; que para quienes lo ven y para quienes lo oigan después que hayas muerto, tu muerte sea memorial perpetuo, como lo fue y será siempre tu vida y tu conducta».

Entonces, el bienaventurado Francisco, aunque más decaído que de ordinario por las molestias de la enfermedad, pareció recobrar más alegría espiritual oyendo que tenía próxima la hermana muerte, y con gran fervor de espíritu alabó al Señor, diciendo: «Pues, si es voluntad de mi Señor que muera pronto, llama a los hermanos León y Angel para que me canten a la hermana muerte».

Tan pronto como llegaron los dos hermanos, llenos de tristeza y dolor, cantaron entre lágrimas el *Cántico del hermano sol* y de las demás creaturas del Señor que el Santo había compuesto. Y, al llegar a la última estrofa del *Cántico,* añadió estos versos de la hermana muerte, diciendo;

«Loado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
Bienaventurados aquellos a quienes encontrará
en tu santísima voluntad,
pues la muerte segunda no les hará mal».

Cómo bendijo a la ciudad de Asís cuando era llevado a morir a Santa María

124. Certificado el Padre santísimo, tanto por el Espíritu Santo como por dictamen de los médicos, de la inminencia de la muerte, estando todavía en dicho palacio y sintiéndose cada vez más abrumado y falto de fuerzas, dispuso que lo trasladaran en una camilla a Santa María de la Porciúncula, porque anhelaba acabar su vida allí donde había empezado a experimentar la luz y la vida del alma.

Cuando llegaron al hospital, situado a la mitad del camino entre Asís y Santa María [1], dijo a los que lo llevaban que dejaran las parihuelas en el suelo. Como, debido a su prolongada y grave enfermedad de los ojos, apenas veía nada, hizo que le volvieran de forma que tuviera el rostro mirando hacia la ciudad de Asís.

Entonces, incorporándose un poco, dio la bendición a la ciudad, diciendo: «Señor, como, según creo, esta ciudad fue en la antigüedad lugar y refugio de hombres malvados, así veo que, cuando has querido, por tu mucha misericordia has manifestado en ella de forma singular la abundancia de tus bondades y que por tu sola bondad la has elegido para que sea lugar y morada de los que te conozcan de verdad y den gloria a tu santo nombre y

[1] El hospital de los crucíferos de San Salvador delle Pareti o di Pallereto.

ofrezcan a todo el pueblo cristiano olor de buena fama, de vida santa, de la doctrina verdadera y de la perfección evangélica. Te ruego, pues, Señor mío Jesucristo, Padre de toda misericordia [2], que no te acuerdes de nuestras ingratitudes, sino ten presente la inagotable clemencia que has manifestado en ella, para que sea siempre lugar y morada de los que de veras te conozcan y glorifiquen tu nombre, bendito y gloriosísimo, por los siglos de los siglos. Amén».

Dichas estas palabras, lo llevaron a Santa María. Cumplidos los cuarenta años de edad y los veinte de su admirable penitencia, el día 4 de octubre del año del Señor 1226 [3] voló al encuentro de nuestro Señor Jesucristo, a quien amó de todo corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas, con vivísimo anhelo y afecto; a El siguió perfectísimamente, tras El corrió velozmente y, por fin, gloriosísimamente llegó a El, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Aquí acaba el *Espejo de perfección* del estado del hermano menor, en el cual se puede ver reflejada suficientemente la perfección de su vocación y de su profesión de vida. Toda alabanza y toda gloria sea dada a Dios Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. ¡Aleluya, aleluya, aleluya! Honor y acción de gracias a la gloriosísima Virgen María. ¡Aleluya, aleluya! Enaltecimiento y glorificación a su siervo santísimo Francisco. ¡Aleluya! Amén.

[2] Cf. LP 5 n.2.

[3] Todos los manuscritos del *Speculum perfectionis* dan estas fechas. La primera ha de ser corregida: murió la noche del 3 de octubre. Respecto a los demás datos, cf. 1C 1 n.2.

EX LIBRIS

ARMAUIRUMQUE

FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO Y DE SUS COMPAÑEROS Y CONSIDERACIONES SOBRE LAS LLAGAS

El libro de I Fioretti *—en español,* Florecillas— *es una de las obras maestras de la literatura universal; traducido a todas las lenguas, sigue editándose sin cesar, sin que pierda actualidad el mensaje fresco e ingenuo de sus relatos.*

Una tal perennidad no obedece, ciertamente, al perfume rancio de su antigüedad, que estaría reservado a muy pocos eruditos. Algo hay en sus páginas que sigue hablando; y habla de manera especial a los hombres de nuestra generación, que se resisten a una existencia impersonal que, prisionera de sus propias conquistas tecnicas, añora ese clima de ingenuidad, donde los valores terrenos —el tener, el poder y el saber— se relativizan y vuelven a su sentido contingente, en función de lo único necesario y absoluto.

Es el clima de las Florecillas. *En ellas campea esa nueva primavera traída al mundo por Francisco de Asís, en expresión de Tomás de Celano* [1]. *La creación hermana no aparece instrumentalizada, manipulada por el hombre, sino amada en sí misma y respetada. Dama Pobreza, la gran liberadora, pone un guiño de ironía sobre los afanes terrenos y nos descubre los tesoros verdaderos en la fruición del que es el único Bien, todo el Bien. Y los hermanos, despreocupados, sencillos, impregnados de minoridad y de caridad evangélica, se mueven con espontaneidad, sufriendo y gozando en familia, llevando adelante la inefable aventura iniciada por el Poverello, y nos transmiten su propio* pathos *místico, a veces, real, a veces, fantaseado. Exactamente como esos frescos de los «primitivos» del Renacimiento, en que los personajes lloran y ríen, dialogan entre sí y con el espectador, afirman celosamente su individualidad; y, sin embargo, todos vibran a impulso de una misma fe: la del artista.*

¿QUIÉN ESCRIBIÓ LAS «FLORECILLAS»?

Testamento espiritual del primer siglo franciscano, las Florecillas, *de sí, no tienen una firma. Fueron escritas por todos aquellos caballeros de dama Pobreza: el hermano Bernardo, el hermano Gil, el hermano Maseo, el hermano Rufino..., y por el maestro de todos: San Francisco. Los relatos, ya poéticos y bellos en su origen por el espíritu que les dio vida, se fueron transmitiendo de una generación a otra, de eremitorio en eremitorio, para alimentar aquellos «coloquios espirituales» en que el novicio imberbe escuchaba, boquiabierto, los recuerdos y las sentencias de los veteranos. Y, como era normal, al pasar de un narrador a otro fueron adornados y nuevamente poetizados según la fantasía del mismo, y también segun su posición en la polémica de familia sobre las «intenciones» del Fundador.*

[1] 1C 89.

Esos relatos servían, sobre todo, para mantener viva la llama de la contestación en el sector minoritario de los «celantes» o «espirituales» contra la «comunidad», a la que acusaban de haber traicionado el primitivo ideal; así se perpetuaba el recuerdo vivo de los tiempos heroicos.

El interés por salvar del olvido toda aquella riqueza de recuerdos y de tradiciones, máxime después de que el capítulo general de 1266 dio carácter oficial a la biografía de San Francisco escrita por San Buenaventura, ordenando la destrucción de todas las demás, dio origen a diversas compilaciones. Una de ellas, formada en pleno siglo XIV, es la que lleva por título Actus beati Francisci et sociorum eius. *Tenía como finalidad, según se dice en el encabezamiento, recoger «algunos hechos notables relativos a San Francisco y sus compañeros, como tambien algunos de sus hechos admirables, que fueron pasados en silencio en las* Leyendas *del Santo, y que, no obstante, son muy útiles y piadosas».*

La crítica histórica está hoy acorde en atribuir la paternidad de la compilación, al menos en su mayor parte, al hermano Hugolino de Santa María (hoy Montegiorgio), que murió hacia el año 1350. La fecha de composición de Actus *viene fijada entre los años 1328 y 1343; el escenario geográfico y religioso en que brotó es el de la región de la Marca de Ancona, donde vivió el autor* [2].

Sobre el texto latino del compilador, un anónimo toscano había realizado la versión en lengua vulgar, omitiendo muchos capítulos, resumiendo otros y tambien añadiendo o completando de propia cosecha. Esta versión llevaba como título I Fioretti di San Francesco.

Las Florecillas *propiamente dichas constan de 53 capítulos, cuarenta de los cuales relatan episodios de la vida de San Francisco, de sus compañeros y de Santa Clara, mientras que los 13 últimos están destinados a dar a conocer las virtudes y gracias extraordinarias de numerosos santos hermanos de la provincia franciscana de las Marcas.*

En casi todos los manuscritos y en las ediciones modernas se añaden las cinco Consideraciones sobre las llagas, *cuyo texto sólo ha llegado hasta nosotros en italiano, y cuyo autor pudo ser el mismo de la versión de los* Actus.

Significado histórico y espiritual de las «Florecillas»

¿Con qué actitud se han de leer las Florecillas? *Para el historiador, hecho a situarse en el ambiente cultural y humano de cada época, el problema no ofrece dificultad. Pero puede haber quienes, queriendo leer esos capítulos con mentalidad del siglo XX, los hallen insulsos, cargados de fantasía y de visionismo, imagen de un mundo irreal al servicio de gente que evade la tarea seria del existir.*

Desde luego, no hemos de pretender leerlos con la credulidad de los destinatarios de hace seis siglos. Un sano sentido crítico nos hará discernir

[2] La primera edición crítica fue publicada por P. Sabatier en *Coll. d'Études et Documents* 4 (París 1902). Más tarde, A. G. Little publicaba una edición más completa, a base de un manuscrito descubierto por él, en *British Society of Franciscan Studies* 5 (Aberdeen 1914) p.9-113.

lo que es fruto de la creatividad literaria y aun de la tendencia a los sueños místicos, que ha existido en todos los tiempos, y lo que hay de auténtica vivencia cristiana en esos episodios. Cada género literario tiene su manera propia de narrar y de valorar los hechos; éstos han de ser vistos en el contexto vivencial de la generación que los ha transmitido.

Las Florecillas *no son un libro* histórico, *en el sentido corriente de este término. Por otro lado, como fruto de una época de polemica, obra de un sector de la Orden fuertemente saturado de espiritualismo anticonformista, cerrado en sí mismo, no nos da la garantía de objetividad y serenidad en la apreciación de los hechos y de las conductas, como lo iremos haciendo notar en algunos pasajes. Con todo, si por historia entendemos la visión dinámica de una época o de una institución, con todos los factores que la impulsan y la definen, no temo afirmar que las* Florecillas *encierran unos valores profundamente históricos; sin ellas, la historia de la primera centuria franciscana quedaría incompleta, porque no sería posible percibir el secreto del enorme influjo franciscano en la Iglesia y en la sociedad. El hecho franciscano no se ciñe a una regla ni a una orden; es un estilo del ser y del vivir que se capta en los personajes bien caracterizados de las* Florecillas. *Por lo demás, también la leyenda, como producto y expresión de los ideales vividos por una generación, es verdadera historia.*

Y precisamente ese mensaje espiritual es el núcleo que el lector del siglo XX debe saber descubrir tras el desbroce de lo legendario y de lo arcaico. Francisco hizo escuela, frente al pesimismo cátaro de la ascética de su tiempo, con su mirada límpida sobre la realidad circundante, sobre su propia realidad de hombre. Convertido a la vida según el Evangelio, cambió su visual sobre los valores creados; pero los valores estaban allí, seguían siendo los mismos: lo bello seguía siendo bello, lo placentero seguía siendo placentero, lo útil seguía siendo útil. Sólo que el centro de referencia de la belleza, del goce, de la utilidad, ya no era el yo personal, sino el amor del Creador. Y Francisco estuvo siempre alerta para no hacer víctima de su «apropiación» abusiva a ninguna de las creaturas de Dios; menos aún a sus propios hermanos y compañeros de la misma vocación. Tuvo un respeto de fe a la individualidad, que él llamaba «gracia», de cada uno. Bastaba que fueran dóciles al «espíritu del Señor y su santa operación» (2R 10,8). Por eso, los protagonistas de las Florecillas *se mueven y se muestran con tanta originalidad, con tanta autenticidad, sin modelos estereotipados de comportamiento. Francisco, más que un modelo que copiar, es un indicador, o, mejor, un «espejo de perfección»: el modelo es Cristo, el «Cristo pobre y crucificado».*

El hombre de hoy, receloso instintivamente del anonimato y de la instrumentalización, de tantos agentes que tratan de invadir su personalidad, tiene necesidad de volver a dar con el camino de la verdad, que nos hace verdaderamente libres.

Los personajes de las «Florecillas»

Además del protagonista San Francisco, el «segundo Cristo», van desfilando, con sus características personales bien perfiladas, las figuras

de sus «caballeros de la tabla redonda». El arte narrativo, por su misma ingenua inmediatez, como sucede en los frescos de Giotto, ha ido inmortalizando a esos paladines de la gran aventura evangélica, haciendo resaltar, sin falsearlos, los rasgos de cada uno. Todos ellos nos son conocidos tambien por otras fuentes históricas.

El hermano Bernardo de Quintavalle. *Las* Florecillas *dedican los primeros capítulos a la amable figura del «primogenito» de San Francisco, quien le distinguió con especiales muestras de afecto y de delicadeza, no sólo por haber sido su primer seguidor, sino, sobre todo, por su don de contemplación, como tambien por su natural propenso a zozobras y depresiones interiores. Además de las* Florecillas, *ofrecen datos copiosos sobre él otras fuentes* [3].

El hermano Gil de Asís. *Tercero de los discípulos de Francisco, que lo recibió en el grupo el 28 de abril de 1208. Hombre de gran experiencia mística y de ingenio natural penetrante, en ocasiones cáustico, ejerció como cierto magisterio espiritual entre sus hermanos; sus sentencias, recogidas en el opúsculo* Dicta beati Aegidii, *están llenas de tino ascético y de buen sentido. Vivió hasta 1262. La Iglesia ha reconocido su culto como* beato [4].

El hermano Silvestre de Asís. *Fue el primer sacerdote alistado en la fraternidad, ya entrado en años. El día en que el hermano Bernardo distribuía a los pobres el producto de la venta de sus bienes ayudado por Francisco, Silvestre fue a reclamar una deuda que éste tenía con él por unas piedras que le había vendido. Avergonzado más tarde por ese acto de avaricia, fue tocado de la gracia, y por fin se unió al grupo cuando ya Francisco había obtenido la aprobación de la «forma de vida». Fue hombre de subida contemplación, amante del eremitorio de Monte Subasio* [5].

El hermano Rufino de Asís. *De familia noble, era primo hermano de Santa Clara. Entró en la fraternidad probablemente en 1210. Tímido, más bien acomplejado aun espiritualmente, amaba el silencio y el retiro; le resultaba molesto salir por la limosna y, sobre todo, ir a predicar. San Francisco, aunque alguna vez lo puso a prueba, fue siempre comprensivo con él y lo hubiera canonizado en vida. Tomó parte con los hermanos León y Angel en la compilación del relato de los «Tres compañeros». Murió en Asís en 1278 y fue sepultado en la basílica de San Francisco, lo mismo que Bernardo, Angel y Maseo* [6].

El hermano Maseo de Marignano. *Es una de las figuras más populares y castizas del primitivo franciscanismo. Entró en la fraternidad en 1210 ó 1211. De porte airoso y de maneras gentiles, era preferido por Francisco por su decir agradable, por su prudencia y porque se daba arte para protegerle a él de la indiscreción de la gente en sus raptos. Por lo*

[3] Cf. 1C 24.30.102; 2C 15.48; TC 1.27s.30.39.46; LP 12s; EP 36.85.107; Flor 1-6.26.28. Su vida está descrita en la *Chronica XXIV Generalium:* AF 3 (Quaracchi 1897) p.35-45.

[4] Cf. 1C 25.30; TC 1.32s; LP 92.12; EP 36.85.107; Flor 1.4.6.26.28.34.48. Su vida, extensamente referida, en *Chronica XXIV Generalium* o.c., p.74-115. De los *Dicta beati Aegidii* se hizo una edición en *Bibl. Franc. Ascetica Medii Aevi* (Quaracchi 1905).

[5] Cf. 2C 108s; TC 50; LM 3,5; 6,9; 12,2; 13,10; LP 108; Flor 1.2 16

[6] Cf. 1C 95.102; 2C 138; TC 1; EP 67.85; Flor 1.29-31. Su vida en *Chronica XXIV Generalium* o.c., p.46-55.

mismo que era humanamente bien dotado, trabajó durante toda su vida por adquirir la virtud de la humildad; en ocasiones le ayudaba el Santo en ese empeño, ejercitándolo intencionadamente. Murió nonagenario en 1280, venerado como preciada reliquia de los tiempos heroicos [7].

El hermano León. *Es el más célebre de los compañeros de San Francisco. Era sacerdote. Debido a su gran pureza de alma y a su sencillez, Francisco lo escogía con frecuencia como compañero y le hacía confidente de sus secretos. Le llamaba «ovejuela de Dios». Se ha dicho de él que es como el San Juan de Francisco, su discípulo amado. Era su confesor y también su secretario. Debió de unirse a la fraternidad en 1210 y vivió hasta 1271. Gran parte de las fuentes biográficas sobre San Francisco, desde la* Vida segunda *de Celano, en adelante, se inspiran en los recuerdos que dejó escritos el hermano León; el sector de los «espirituales» le miró como la personificación y el testigo de excepción del auténtico ideal del Fundador. Fue el único testigo de la estigmatización de San Francisco. De él recibió el conocido autógrafo con la bendición y las alabanzas de Dios, que llevó siempre junto al pecho como reliquia preciosa, lo mismo que la carta de libertad evangélica, que se halla entre los escritos del Santo* [8].

El hermano Junípero. *Propiamente hablando, no es un personaje de las* Florecillas, *que se limitan a mencionarlo en el capítulo 48. Su nombre familar era* Ginepro *(latinizado,* Iuniperus; *en español,* enebro). *Ha pasado a la posteridad como el personaje bufo de la epopeya franciscana. Sus extravagancias daban en rostro a los prudentes; pero San Francisco, que respetaba la «gracia» particular de cada hermano y sabía descubrir la veta de la auténtica santidad, solía decir: «¡Quién me diera un bosque de Juníperos!» Entró en la fraternidad en 1210. Santa Clara, que lo apodaba el «juglar de Dios», lo quiso a su cabecera a la hora de su muerte en 1253. Falleció en Roma en 1258* [9].

Criterio seguido en la presente edición

A falta de una edición crítica definitiva del original italiano, me he servido, fundamentalmente, de la de B. Bughetti, la más acreditada [10], *recurriendo a otras ediciones y traducciones en los casos dudosos; en ocasiones ha sido necesaria la confrontación con el texto latino de* Actus beati Francisci. *Hemos respetado la integridad del texto, a excepción del capítulo 26, en que se ha eliminado un relato fantástico adicional, que desentona del ambiente de los demás episodios.*

Además de las Florecillas, *la presente edición contiene las* Consideraciones sobre las llagas, *que forman unidad con aquéllas por comunidad de origen.*

[7] Cf. TC 1; EP 85; Flor 4.10-13.16.27.29.32. Su vida en *Chronica XXIV Generalium*, o.c., p.115-20.

[8] Cf. 1C 6.102.109; 2C 20.28.214; TC 1; LP 100.113.116; EP 1.52.67.79.85.123; Flor 8s.27.30.36; Ll *passim*. Su vida en *Chronica XXIV Generalium*, o.c., p.65-73.

[9] Cf. EP 85. Su vida en *Chronica XXIV Generalium*, o.c., p.54-64.

[10] *I Fioretti di san Francesco, le Considerazioni sulle Stimmate...* con note del P. Benvenuto Bughetti, O.F.M. Nuova edizione riveduta dal P. Ricardo Pratesi, O.F.M. (Firenze, Salani Editore, 1960).

FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO Y DE SUS COMPAÑEROS

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo crucificado
y de su madre la Virgen María
Este libro contiene ciertas florecillas, milagros y ejemplos devotos del glorioso pobrecillo de Cristo messer San Francisco y de algunos de sus santos compañeros.
En alabanza de Cristo. Amen

CAPÍTULO I

Los doce primeros compañeros de San Francisco

Primeramente se ha de considerar que el glorioso messer San Francisco, en todos los hechos de su vida, fue conforme a Cristo bendito [1]; porque lo mismo que Cristo en el comienzo de su predicación escogió doce apóstoles, llamándolos a despreciar todo lo que es del mundo y a seguirle en la pobreza y en las demás virtudes, así San Francisco, en el comienzo de la fundación de su Orden, escogió doce compañeros que abrazaron la altísima pobreza.

Y lo mismo que uno de los doce apóstoles de Cristo, reprobado por Dios acabó por ahorcarse [2], así uno de los doce compañeros de San Francisco, llamado hermano Juan de Cappella, apostató y, por fin, se ahorcó [3]. Lo cual sirve de grande ejemplo y es motivo de humildad y de temor para los elegidos, ya que pone de manifiesto que nadie puede estar seguro de perseverar hasta el fin en la gracia de Dios.

Y de la misma manera que aquellos santos apóstoles admiraron al mundo por su santidad y estuvieron llenos del Espíritu Santo, así también los santísimos compañeros de San Francisco fueron hombres de tan gran santidad, que desde el tiempo de los apóstoles no ha conocido el mundo otros tan admirables y tan santos. En efecto, alguno de ellos fue arrebatado hasta el tercer cielo, como San Pablo, y éste fue el hermano Gil; a otro, el hermano Felipe Longo, le fueron tocados los labios con una brasa, como al profeta Isaías; otro, el hermano Silvestre, hablaba con Dios como lo hace un amigo con su amigo, como lo hacía Moisés; otro volaba con la sutileza de su entendimiento hasta la luz de la sabiduría divina como el águila, o sea, Juan Evangelista, y éste fue el humildísimo hermano Bernardo, que explicaba con gran

[1] La conformidad de Francisco con Cristo es un lugar común en toda la primitiva literatura franciscana a partir de 1C 84.112.115, y culminó, en el siglo XIV, en la voluminosa obra de Bartolomé de Pisa *De conformitate vitae beati Francisci ad vitam Domini Iesu* (AF 4 y 5).

[2] Mt 27,3-5.

[3] Se lo suele identificar con un tal *Juan de Compello*, que dio en la excentricidad de fundar una fraternidad mixta de leprosos de ambos sexos. Cf. JORDAN DE GIANO, *Chronica* 13, ed. BÖHMER, p.13.

profundidad la Sagrada Escritura; otro fue santificado por Dios y canonizado en el cielo cuando aún vivía en la tierra, y éste fue el caballero de Asís hermano Rufino [4].

Y así, todos se distinguieron por singulares señales de santidad, como se irá viendo seguidamente.

Capítulo II

Cómo messer Bernardo, primer compañero de San Francisco, se convirtió a penitencia [1]

El primer compañero de San Francisco fue el hermano Bernardo de Asís, cuya conversión fue de la siguiente manera: San Francisco vestía todavía de seglar, si bien había ya roto con el mundo, y se presentaba con un aspecto despreciable y macilento por la penitencia; tanto que muchos lo tenían por fatuo y lo escarnecían como loco; sus propios parientes y los extraños lo ahuyentaban tirándole piedras y barro; pero él soportaba pacientemente toda clase de injurias y burlas, como si fuera sordo y mudo. Messer Bernardo de Asís, que era de los más nobles, ricos y sabios de la ciudad, fue poniendo atención en aquel extremo desprecio del mundo y en la gran paciencia de San Francisco ante las injurias, y, viendo que, al cabo de dos años de soportar escarnios y desprecios de toda clase de personas, aparecía cada día más constante y paciente, comenzó a pensar y decirse a sí mismo:

—Imposible que este Francisco no tenga grande gracia de Dios.

Y así, una noche lo convidó a cenar y a dormir en su casa. Y San Francisco aceptó; cenó y durmió aquella noche en casa de él.

Entonces, messer Bernardo quiso aprovechar la ocasión para comprobar su santidad. Le hizo preparar una cama en su propio cuarto, alumbrado toda la noche por una lámpara. San Francisco, con el fin de ocultar su santidad, en cuanto entró en el cuarto, se echó en la cama e hizo como que dormía; poco después se acostó también messer Bernardo y comenzó a roncar fuertemente como si estuviera profundamente dormido. Entonces, San Francisco, convencido de que dormía messer Bernardo, dejó la cama al primer sueño y se puso en oración, levantando los ojos y las manos al cielo, y decía con grandísima devoción y fervor: «¡Dios mío, Dios mío!» Y así estuvo hasta el amanecer, diciendo siempre en-

[4] Son once los compañeros de San Francisco que se le fueron juntando entre 1208 y 1209, antes de la aprobación pontificia de la «forma de vida»: Bernardo de Quintavalle, Pedro Cattani, Gil de Asís, Sabbatino, Morico, Juan de Cappella, Felipe Longo, Juan de San Costanzo, Bárbaro, Bernardo de Vigilanzio y Angel Tancredi. El número de doce lo completaba Francisco, que nunca hubiera osado ocupar el lugar de Cristo entre sus «caballeros de la tabla redonda».

[1] «Penitencia», en la terminología de San Francisco y de la primera generación franciscana, equivale a *vida evangélica;* ésta supone la conversión o *metanoia,* que exige romper con el mundo: «salir del siglo».

tre copiosas lágrimas: «¡Dios mío!», sin añadir más [2]. Y esto lo decía San Francisco contemplando y admirando la excelencia de la majestad divina, que se dignaba inclinarse sobre el mundo en perdición, y se proponía proveer de remedio, por medio de su pobrecillo Francisco, a la salud suya y de tantos otros. Por esto, iluminado de espíritu de profecía, previendo las grandes cosas que Dios había de realizar mediante él y su Orden y considerando su propia insuficiencia y poca virtud, clamaba y rogaba a Dios que con su piedad y omnipotencia, sin la cual nada puede la humana fragilidad, viniera a suplir, ayudar y completar lo que él por sí mismo no podía.

Messer Bernardo veía, a la luz de la lámpara, los actos de devoción de San Francisco, y, considerando con atención las palabras que decía, se sintió tocado e impulsado por el Espíritu Santo a mudar de vida. Así fue que, llegado el día, llamó a San Francisco y le dijo:

—Hermano Francisco: he decidido en mi corazón dejar el mundo y seguirte en la forma que tú me mandes.

San Francisco, al oírle, se alegró en el espíritu y le habló así:

—Messer Bernardo, lo que me acabáis de decir es algo tan grande y tan serio, que es necesario pedir para ello el consejo de nuestro Señor Jesucristo, rogándole tenga a bien mostrarnos su voluntad y enseñarnos cómo lo podemos llevar a efecto. Vamos, pues, los dos al obispado; allí hay un buen sacerdote, a quien pediremos diga la misa, y después permaneceremos en oración hasta la hora de tercia, rogando a Dios que, al abrir tres veces el misal, nos haga ver el camino que a El le agrada que sigamos.

Respondió messer Bernardo que lo haría de buen grado. Así, pues, se pusieron en camino y fueron al obispado [3]. Oída la misa y habiendo estado en oración hasta la hora de tercia, el sacerdote, a ruegos de San Francisco, tomó el misal y, haciendo la señal de la cruz, lo abrió por tres veces en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Al abrirlo la primera vez salieron las palabras que dijo Jesucristo en el Evangelio al joven que le preguntaba sobre el camino de la perfección: *Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y luego ven y sígueme* [4]. La segunda vez salió lo que Cristo dijo a los apóstoles cuando los mandó a predicar: *No llevéis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni calzado, ni dinero* [5], queriendo con esto hacerles comprender que debían poner y abandonar en Dios todo cuidado de la vida y no tener otra mira que predicar el santo Evangelio. Al abrir por tercera vez el misal dieron con estas palabras de Cristo: *El que quiera venir en pos*

[2] Según el texto latino, la oración del Santo habría sido: *Deus meus et omnia* = «Mi Dios y mi todo» (Actus 1).

[3] No se trata del palacio del obispo, sino de la iglesia de Santa María de Vescovado, todavía existente, o quizá de la de San Nicolás, hoy desaparecida (cf. TC 28).

[4] Mt 11,21.

[5] Mt 10,9s.

de mí, renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame [6]. Entonces dijo San Francisco a messer Bernardo:

—Ahí tienes el consejo que nos da Cristo. Anda, pues, y haz al pie de la letra lo que has escuchado; y bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que se ha dignado indicarnos su camino evangélico.

En oyendo esto, fuese messer Bernardo, vendió todos sus bienes, que eran muchos, y con grande alegría distribuyó todo a los pobres, a las viudas, a los huérfanos, a los peregrinos, a los monasterios y a los hospitales. Y en todo le ayudaba, fiel y próvidamente, San Francisco [7].

Viendo uno, por nombre Silvestre, que San Francisco daba y hacía dar tanto dinero a los pobres, acuciado de la codicia, dijo a San Francisco:

—No me has terminado de pagar aquellas piedras que me compraste para reparar las iglesias; ahora que tienes dinero, págamelas [8].

San Francisco se sorprendió de semejante avaricia, y, no queriendo altercar con él, como verdadero cumplidor del Evangelio [9], metió las manos en la faltriquera de messer Bernardo y, llenándolas de monedas, las hundió en la de messer Silvestre, diciéndole que, si más quisiera, más le daría.

Messer Silvestre quedó satisfecho y se fue con el dinero a casa. Pero por la noche, al recordar lo que había hecho durante el día, se arrepintió de su avaricia y se puso a pensar en el fervor de messer Bernardo y en la santidad de San Francisco; a la noche siguiente y por otras dos noches recibió de Dios esta visión: de la boca de San Francisco salía una cruz de oro, cuya parte superior llegaba hasta el cielo, mientras que los brazos se extendían del oriente al occidente. Movido por esta visión, dio, por amor de Dios, todo lo que tenía y se hizo hermano menor; y llegó en la Orden a tanta santidad y gracia, que hablaba con Dios como un amigo habla con su amigo, como lo comprobó repetidas veces San Francisco y se dirá más adelante.

Asimismo, messer Bernardo recibió de Dios tanta gracia, que con frecuencia era arrebatado en Dios durante la contemplación; y San Francisco decía de él que era digno de toda consideración y que era él quien había fundado esta Orden, porque fue el primero en abandonar el mundo sin reservarse cosa alguna, sino dándolo todo a los pobres de Cristo; él fue el iniciador de la pobreza evangélica al ofrecerse a sí mismo, despojado totalmente, en los brazos del Crucificado.

El cual sea bendecido de nosotros por los siglos de los siglos. Amén.

[6] Mt 16,24.

[7] El relato de la conversión del hermano Bernardo de Quintavalle coincide fundamentalmente con el de 1C 24 y 2C 15, completado con el de los TC 27-29.

[8] Obedeciendo la orden del Crucificado —«Francisco, ve y repara mi casa»—, el Santo había restaurado, con su propio esfuerzo y mendigando el material piedra a piedra, las iglesias de San Damián, San Pedro y Santa María de los Angeles.

[9] Lc 6,30.

Capítulo III

Cómo San Francisco, queriendo hablar al hermano Bernardo, lo halló todo arrebatado en Dios

El devotísimo siervo del Crucificado, San Francisco, con el rigor de la penitencia y el continuo llorar, había quedado casi ciego y no veía apenas [1]. Una vez, entre otras, partió del lugar en que estaba y fue a otro lugar [2], donde se hallaba el hermano Bernardo, para hablar con él de las cosas divinas; llegado al lugar, supo que estaba en el bosque en oración, todo elevado y absorto en Dios. San Francisco fue al bosque y le llamó:

—¡Ven y habla a este ciego!

Y el hermano Bernardo no le respondió. Es que estaba con la mente absorta y elevada en Dios, por ser hombre de grande contemplación. Y por lo mismo que tenía gracia particular para hablar de Dios, como lo había comprobado muchas veces San Francisco, deseaba hablar con él. Al cabo de un rato le llamó segunda y tercera vez de la misma manera, pero tampoco ahora le oyó el hermano Bernardo, por lo cual no respondió ni vino a su encuentro. En vista de esto, San Francisco se volvió un tanto desconsolado, muy extrañado y quejoso en su interior de que el hermano Bernardo, habiéndole llamado tres veces, no hubiera venido a su encuentro.

Retiróse con este pensamiento San Francisco, y cuando se hubo alejado un poco, dijo a su compañero:

—Espérame aquí.

Y se fue a un lugar solitario próximo; se postró en oración, pidiendo al Señor que le revelase por qué el hermano Bernardo no le había respondido. Estando así, le vino una voz de Dios que le dijo:

—¡Oh pobre hombrecillo! ¿Por qué te has turbado? ¿Acaso debe dejar el hombre a Dios por la creatura? El hermano Bernardo, cuando tú lo llamabas, estaba conmigo, y por eso no podía ir a tu encuentro ni responderte. No te extrañes, pues, de que no pudiera hablarte, ya que estaba tan fuera de sí, que no oía ninguna de tus palabras.

Recibida esta respuesta de Dios, San Francisco volvió en seguida apresuradamente a donde estaba el hermano Bernardo para acusarse humildemente del pensamiento que había tenido acerca de él.

Al verlo venir hacia sí, el hermano Bernardo le salió al encuentro y se echó a sus pies. San Francisco le obligó a levantarse y

[1] Francisco había contraído la enfermedad de los ojos en su viaje a Oriente, el año 1220. El episodio, por lo tanto, debe situarse en los últimos años de la vida del Santo.

[2] *Lugar* es el término usado por las fuentes franciscanas para designar las moradas sencillas y provisionales de los primeros tiempos, antes de la aparición del *convento* de estructura monástica; más tarde significó también el convento.

le contó con gran humildad el pensamiento y la gran turbación que había tenido contra él y cómo el Señor le había reprendido por ello. Y terminó:

—Te ordeno, por santa obediencia, que hagas lo que voy a mandarte.

El hermano Bernardo, temiendo que San Francisco le impusiera alguna cosa demasiado fuerte, como solía hacerlo, quiso buenamente evitar aquella obediencia, y le respondió:

—Estoy pronto a obedecerte, si tú me prometes también hacer lo que yo te mande.

San Francisco se lo prometió. Y dijo el hermano Bernardo:

—Di entonces, Padre, lo que quieres que yo haga.

—Te mando por santa obediencia —dijo San Francisco— que, para castigar mi presunción y el atrevimiento de mi corazón, al echarme yo ahora boca arriba, me pongas un pie sobre el cuello y el otro sobre la boca, y así pasarás tres veces de un lado al otro insultándome y despreciándome; sobre todo, me dirás: «¡Aguanta ahí, bellaco, hijo de Pedro Bernardone! ¿De dónde te viene a ti semejante soberbia, siendo una vilísima creatura?» [3]

Oyendo esto el hermano Bernardo, aunque le resultaba muy duro ejecutarlo, para no sustraerse a la santa obediencia, cumplió con la mayor delicadeza que pudo lo que San Francisco le había mandado. Cuando terminó, le dijo San Francisco:

—Ahora mándame lo que quieres que yo haga, ya que he prometido obedecerte.

—Te mando, por santa obediencia —dijo el hermano Bernardo—, que siempre que estemos juntos me corrijas y reprendas ásperamente de mis defectos.

San Francisco se asombró de esto, ya que el hermano Bernardo era de tanta santidad, que le inspiraba grande respeto y no lo encontraba digno de reprensión en ninguna cosa. Por esta razón, en adelante San Francisco procuraba no estar mucho con él, a causa de dicha obediencia, a fin de no verse obligado a decir palabra alguna de corrección a quien reconocía adornado de tanta santidad; cuando le venía el deseo de verlo o de oírle hablar de Dios, se apartaba de él lo antes que podía y se iba. Causaba grandísima devoción ver con qué caridad, miramiento y humildad el padre San Francisco trataba y hablaba al hermano Bernardo, su hijo primogénito.

En alabanza y gloria de Cristo. Amén.

[3] Semejantes actitudes eran frecuentes en Francisco; y dice Celano que el motejarse «hijo de Pedro Bernardone» era para recordar su origen plebeyo (1C 53).

Capítulo IV

Cómo un ángel propuso una cuestión al hermano Elías, y, respondiéndole éste con orgullo, fue a referírselo al hermano Bernardo [1]

En los comienzos de la fundación de la Orden, cuando aún eran pocos los hermanos y no habían sido establecidos los conventos, San Francisco fue, por devoción, a Santiago de Galicia, llevando consigo algunos hermanos; entre ellos, al hermano Bernardo [2]. Yendo así juntos por el camino, encontraron en un país a un pobre enfermo; San Francisco, compadecido, dijo al hermano Bernardo:

—Hijo mío, quiero que te quedes aquí a servir a este enfermo.

El hermano Bernardo, arrodillándose humildemente e inclinando la cabeza, recibió la obediencia del Padre santo y se quedó en aquel lugar, mientras San Francisco siguió con los demás compañeros para Santiago.

Llegados allí, se hallaban durante la noche en oración en la iglesia de Santiago, cuando le fue revelado por Dios a San Francisco que tenía que fundar muchos conventos por el mundo, ya que su Orden se había de extender y crecer con una gran muchedumbre de hermanos. Esta revelación movió a San Francisco a fundar conventos en aquellas tierras. Y, volviendo San Francisco por el mismo camino, encontró al hermano Bernardo, y con él al enfermo, con el que lo había dejado, perfectamente curado. Por lo cual, San Francisco, al año siguiente, dio permiso al hermano Bernardo para ir a Santiago.

San Francisco se retiró al valle de Espoleto, y estaba en un eremitorio juntamente con el hermano Maseo, el hermano Elías y algunos otros, todos los cuales tenían buen cuidado de no molestarle ni distraerle mientras oraba; y esto por la gran reverencia que le profesaban y porque sabían que Dios le revelaba cosas grandes en la oración.

Sucedió un día que, estando San Francisco orando en el bosque, llegó a la puerta del eremitorio un joven apuesto y hermoso con atuendo de viaje, que llamó con tanta prisa, tan fuerte y tan

[1] Relato abiertamente partidista, fruto del ambiente en que brotaron las *Florecillas*. El hermano Elías, segundo sucesor de San Francisco en el gobierno de la Orden, fue mirado, en el círculo de los celantes, como el responsable de la primera desviación del puro ideal. En la literatura «espiritual» es frecuente la contraposición entre el hermano Elías, el hombre de gobierno que gozó de la confianza del Fundador, y el hermano Bernardo, el primogénito, a quien se consideraba como suplantado por aquél.

[2] San Francisco realizó su viaje a España entre 1213 y 1215, con intención de pasar a Marruecos a predicar el Evangelio (cf. 1C 56). Evidentemente, en el relato hay un error cronológico, ya que Elías no comenzó a ejercer el cargo de ministro general sino en 1221, a la muerte de Pedro Cattani. Otro anacronismo es el hablar de fundación de *conventos* en una fecha en que San Francisco se oponía a toda forma de morada estable.

largo, que los hermanos se alarmaron ante tan extraño modo de llamar. Fue el hermano Maseo a abrir la puerta y dijo al joven:

—¿De dónde vienes, hijo, que llamas de esa forma? Parece que no has estado nunca aquí.

—Pues ¿cómo hay que llamar? —respondió el mancebo.

—Da tres golpes pausadamente, uno después de otro —le dijo el hermano Maseo—; después espera hasta que el hermano haya tenido tiempo para rezar el padrenuestro y llegue; si en este intervalo no viene, llama otra vez.

—Es que tengo mucha prisa —repuso el mancebo—, y he llamado tan fuerte porque tengo que hacer un viaje largo. He venido aquí para hablar con el hermano Francisco, pero él está ahora en contemplación en el bosque y no quiero molestarlo; pero anda y haz venir al hermano Elías, que quiero hacerle una pregunta, pues he oído decir que es muy sabio.

Fue el hermano Maseo y dijo al hermano Elías que aquel joven quería estar con él. Pero el hermano Elías se incomodó y no quiso ir. El hermano Maseo quedó sin saber qué hacer ni qué respuesta dar al joven: si decía que el hermano no podía ir, mentía; y si decía cómo se había incomodado y no quería ir, temía darle mal ejemplo. Viendo que el hermano Maseo tardaba en volver, el joven llamó otra vez lo mismo que antes. A poco llegó el hermano Maseo a la puerta y dijo al mancebo:

—No has llamado como yo te enseñé.

—El hermano Elías —replicó él— no quiere venir; vete, pues, y dile al hermano Francisco que yo he venido para hablar con él; pero, como no quiero interrumpir su oración, dile que me mande al hermano Elías.

Entonces, el hermano Maseo fue a encontrar al hermano Francisco, que estaba orando en el bosque con el rostro elevado hacia el cielo, y le comunicó toda la embajada del joven y la respuesta del hermano Elías. Aquel mancebo era un ángel de Dios en forma humana. Entonces, San Francisco, sin cambiar de postura ni bajar la cabeza, dijo al hermano Maseo:

—Anda y dile al hermano Elías que, por obediencia, vaya en seguida a ver a ese joven.

Al oír el hermano Elías el mandato de San Francisco, fue a la puerta muy molesto, la abrió estrepitosamente y dijo al joven:

—¿Qué es lo que quieres?

—Apacíguate primero —le dijo el joven—, porque veo que estás alterado. La ira oscurece la mente y no le permite discernir la verdad.

—¡Dime de una vez lo que quieres! —insistió el hermano Elías.

—Te pregunto —continuó el joven— si es lícito a los seguidores del santo Evangelio comer de lo que les ponen delante, como lo dijo Cristo a sus discípulos [3]. Y te pregunto, además, si le está

[3] Lc 10,7s.

permitido a nadie disponer algo en contra de la libertad evangélica.

—¡Eso bien me lo sé yo! —respondió el hermano Elías altivamente—; pero no quiero responderte. Métete en tus cosas.

—Yo sabría responder a esa pregunta mejor que tú —dijo el joven.

A este punto, el hermano Elías, encolerizado, cerró la puerta con rabia y se fue.

Pero luego comenzó a pensar en la pregunta y dudaba dentro de sí, sin saber qué respuesta dar, ya que, siendo como era vicario de la Orden, había prescrito por medio de una constitución, en desacuerdo con el Evangelio y con la Regla de San Francisco, que ningún hermano de la Orden comiese carne. La cuestión que le había sido planteada iba, pues, expresamente contra él [4]. No acertando a ver claro por sí mismo y reflexionando sobre la modestia del joven al decirle que él sabría responder a la cuestión mejor que él, volvió a la puerta y abrió para pedir al joven la respuesta a dicha pregunta; pero ya se había marchado. La soberbia había hecho al hermano Elías indigno de hablar con el ángel.

En esto volvió del bosque San Francisco, a quien todo esto había sido revelado por Dios, y reprendió fuertemente en alta voz al hermano Elías, diciéndole:

—Haces mal, hermano Elías orgulloso, echando de nosotros a los santos ángeles que vienen a enseñarnos. A fe que temo mucho que esa soberbia te haga acabar fuera de esta Orden.

Y así sucedió, como San Francisco se lo había predicho, ya que murió fuera de la Orden.

Aquel mismo día y en la hora en que el ángel se marchó, este mismo ángel se apareció en aquella forma al hermano Bernardo, que volvía de Santiago y estaba a la orilla de un grande río, y le saludó en su lengua:

—¡Dios te dé la paz, buen hermano!

No salía de su extrañeza el hermano Bernardo al ver la apostura del joven y al escuchar el habla de su patria, con el saludo de paz y el semblante festivo.

—¿De dónde vienes, buen joven? —le preguntó.

—Vengo —le respondió el ángel— de tal lugar, donde se halla San Francisco. He ido para hablar con él; pero no he podido, porque estaba en el bosque absorto en la contemplación de las cosas divinas, y no he querido molestarle. En el mismo lugar están los hermanos Maseo, Gil y Elías; y el hermano Maseo me ha

[4] La regla primera, compuesta de 1210 a 1221, (3,13), prescribía: «Y, según el Evangelio, puedan comer de cuantos manjares les ofrezcan». Con ello, la nueva Orden rompía con la tradición monástica de la abstinencia perpetua de carne. Pero el sector de los prudentes veía en esto una inferioridad respecto a las demás órdenes, en especial la del Císter, tenida a la sazón en gran estima. Aprovechando la ausencia de San Francisco, cuando su viaje a Oriente, los vicarios que él había dejado en Italia habían impuesto la abstinencia monástica. Es posible que el relato de las *Florecillas* atribuya al hermano Elías la constitución de los vicarios, anulada al regreso del Fundador (1220). La Regla bulada (1223) mantendría la libertad evangélica de comer de todo (2R 3,14).

enseñado a llamar a la puerta según el estilo de los hermanos. Pero el hermano Elías no ha querido responderme a la pregunta que yo le he hecho; después se ha arrepentido, ha querido escucharme, y no ha podido.

Luego dijo el ángel al hermano Bernardo:

—¿Por qué no pasas a la otra parte?

—Tengo miedo, porque veo que hay mucha profundidad —respondió el hermano Bernardo.

—Pasemos los dos juntos; no tengas miedo —dijo el ángel.

Y, tomándolo de la mano, en un abrir y cerrar de ojos lo puso al otro lado del río. Entonces, el hermano Bernardo cayó en la cuenta de que era un ángel de Dios, y exclamó con gran reverencia y gozo:

—¡Oh ángel bendito de Dios!, dime cuál es tu nombre.

—¿Por qué me preguntas por mi nombre, que es maravilloso? —respondió el ángel.

Dicho esto, desapareció, dejando al hermano Bernardo muy consolado, hasta el punto que hizo todo aquel viaje lleno de alegría. Se fijó en el día y en la hora en que se le había aparecido el ángel, y, llegando al lugar donde estaba San Francisco con los compañeros mencionados, les refirió todo punto por punto.

Y conocieron con certeza que era el mismo ángel el que aquel mismo día y en aquella hora se había aparecido a ellos y a él. Y dieron gracias a Dios. Amén.

Capítulo V

Cómo el hermano Bernardo fue a Bolonia y fundó allí un lugar

Puesto que San Francisco y sus compañeros habían sido llamados y elegidos por Dios para llevar la cruz de Cristo en el corazón y en las obras y para predicarla con la lengua, parecían, y lo eran, hombres crucificados en la manera de vestir, en la austeridad de vida y en sus acciones y obras; de ahí que deseaban más soportar humillaciones y oprobios por el amor de Cristo que recibir honores del mundo, muestras de respeto y alabanzas vanas; por el contrario, se alegraban de las injurias y se entristecían con los honores. Y así iban por el mundo como peregrinos y forasteros, no llevando consigo sino a Cristo crucificado. Y, puesto que eran verdaderos sarmientos de la verdadera vid, Jesucristo, producían copiosos y excelentes frutos en las almas que ganaban para Dios.

Sucedió en los comienzos de la Orden que San Francisco envió al hermano Bernardo a Bolonia con el fin de que, según la gracia que Dios le había dado, lograse allí frutos para Dios. El hermano Bernardo, haciendo la señal de la cruz, se puso en camino con el mérito de la santa obediencia y llegó a Bolonia. Al verle los muchachos con el hábito raído y basto, se burlaban de él

y le injuriaban, como se hace con un loco; y el hermano Bernardo todo lo soportaba con paciencia y alegría por amor de Cristo. Más aún, para recibir más escarnios, fue a colocarse de intento en la plaza de la ciudad. Cuando se hubo sentado, se agolparon en derredor suyo muchos chicuelos y mayores; unos le tiraban del capucho hacia atrás, otros hacia adelante; quién le echaba polvo, quién le arrojaba piedras; éste lo empujaba de un lado, éste del otro. Y el hermano Bernardo, inalterable en el ánimo y en la paciencia, con rostro alegre, ni se quejaba ni se inmutaba. Y durante varios días volvió al mismo lugar para soportar semejantes cosas.

Y como la paciencia es obra de perfección y prueba de la virtud, no pasó inadvertida a un sabio doctor en leyes toda esa constancia y virtud del hermano Bernardo, cuya serenidad no pudo alterar ninguna molestia ni injuria; y dijo entre sí:

—Imposible que este hombre no sea un santo.

Y, acercándose a él, le preguntó:

—¿Quién eres tú y por qué has venido aquí?

El hermano Bernardo, por toda respuesta, metió la mano en el seno, sacó la Regla de San Francisco y se la dio para que la leyese. Cuando la hubo leído, considerando aquel grandísimo ideal de perfección, se volvió a sus acompañantes lleno de estupor y admiración y dijo:

—Verdaderamente éste es el más alto estado de religión que he oído jamás. Este hombre y sus compañeros son las personas más santas de este mundo, y obra muy mal quien le injuria, siendo así que merece ser sumamente honrado, porque es un verdadero amigo de Dios.

Y dijo al hermano Bernardo:

—Si tenéis intención de asentaros en un lugar donde poder servir a Dios a vuestro gusto, yo os lo daría de buen grado por la salud de mi alma.

—Señor —respondió el hermano Bernardo—, yo creo que esto os lo ha inspirado nuestro Señor Jesucristo; por lo tanto, acepto gustosamente vuestro ofrecimiento a honor de Cristo.

Entonces, dicho juez, con gran alegría y caridad, llevó al hermano Bernardo a su casa y después le donó el lugar que le había prometido; todo lo acomodó y completó a su costa; y en adelante se hizo padre y defensor especial del hermano Bernardo y de sus compañeros.

El hermano Bernardo comenzó a ser muy honrado de la gente por su vida santa; en tal grado, que se tenía por feliz quien podía tocarle o verle. Pero él, verdadero y humilde discípulo de Cristo y del humilde Francisco, temió que la honra del mundo viniera a turbar la paz y la salud de su alma, y un buen día se marchó, y, volviendo donde San Francisco, le dijo:

—Padre, ya está hecha la fundación en Bolonia. Manda allá otros hermanos que la mantengan y habiten, porque yo no tenía

ya allí ganancia; al contrario, por causa de la demasiada honra que me daban, temía perder más de lo que ganaba.

Entonces, San Francisco, al oír al por menor todo cuanto Dios había obrado por medio del hermano Bernardo, dio gracias a Dios, que de ese modo comenzaba a acrecentar a los pobrecillos discípulos de la cruz. Y luego envió a algunos de sus compañeros a Bolonia y a Lombardía, los cuales fundaron muchos lugares en diversas partes.

En alabanza y reverencia del buen Jesús. Amén.

Capítulo VI

Cómo San Francisco bendijo al hermano Bernardo antes de morir

Era tal la santidad del hermano Bernardo, que San Francisco le profesaba gran respeto y muchas veces lo alababa. Estando un día San Francisco en devota oración, le fue revelado por Dios que el hermano Bernardo, por permisión divina, habría de sostener muchas y duras batallas de parte de los demonios; por lo que San Francisco tuvo grande compasión de él, pues lo amaba como a un hijo; y por muchos días oró con lágrimas, rogando a Dios por él y recomendándolo a Jesucristo para que obtuviera victoria contra el demonio. Un día que oraba con esa devoción, le respondió el Señor:

—No temas, Francisco, porque todas las tentaciones con que ha de ser combatido el hermano Bernardo son permitidas por Dios para ejercicio de su virtud y para corona de sus méritos. Y acabará obteniendo victoria de todos los enemigos, ya que él es uno de los comensales del reino de Dios.

Esta respuesta le dio a San Francisco grandísima alegría, y dio gracias a Dios. Y desde entonces sintió hacia él cada vez mayor amor y respeto.

Y bien se lo demostró, no sólo durante la vida, sino también en el trance de la muerte. Estando, en efecto, San Francisco para morir y viéndose, como el santo patriarca Jacob, rodeado de sus hijos, acongojados y llorosos por la partida de un padre tan amable, preguntó:

—¿Dónde está mi primogénito? Acércate, hijo mío, para que te bendiga mi alma antes de que yo muera.

Entonces, el hermano Bernardo dijo al oído al hermano Elías, que era vicario de la Orden:

—Padre, ponte a la mano derecha del Santo para que te bendiga.

Y, colocándose el hermano Elías a la mano derecha, San Francisco, que había perdido la vista por el demasiado llorar, posó la mano derecha sobre la cabeza del hermano Elías y dijo:

—No es ésta la cabeza de mi primogénito el hermano Bernardo.

Entonces, el hermano Bernardo se le acercó por la mano izquierda, y San Francisco cruzó las manos, poniendo la derecha sobre la cabeza del hermano Bernardo y la izquierda sobre la cabeza del hermano Elías, y dijo al hermano Bernardo:

—Bendígate el Padre de nuestro Señor Jesucristo con toda bendición espiritual y celestial, porque tú eres el primogénito elegido en esta santa Orden para dar ejemplo evangélico en el seguimiento de Cristo mediante la pobreza evangélica, pues no sólo diste todo lo tuyo y lo distribuiste total y libremente a los pobres por amor de Cristo, sino que te ofreciste a ti mismo en esta Orden en sacrificio de suavidad. Seas, pues, bendito de nuestro Señor Jesucristo y de mí, siervo suyo pobrecillo, con bendición eterna, en tu caminar y en tu reposar, despierto y dormido, en vida y en muerte. Quien te bendiga sea lleno de bendición y quien te maldiga no quede sin castigo. Sé el jefe de tus hermanos y a tu mandato obedezcan todos ellos; ten facultad para recibir candidatos a la Orden y para expulsar a los que tú quieras; y ningún hermano tenga potestad sobre ti y tengas libertad para ir y estar donde te agrade [1].

Después de la muerte de San Francisco, los hermanos amaron y respetaron al hermano Bernardo como a venerable padre. Cuando estaba para morir, acudieron muchos hermanos de diversas partes del mundo; entre ellos, aquel angélico y divino hermano Gil, el cual, al ver al hermano Bernardo, le dijo con alegría:

—¡*Sursum corda,* hermano Bernardo, *sursum corda!*

Y el santo hermano Bernardo encargó secretamente a un hermano que preparase al hermano Gil un lugar apto para la contemplación; y así se hizo.

Y cuando el hermano Bernardo se halló en la hora de la muerte, hizo que lo incorporasen y habló en estos términos a los hermanos que tenía delante:

—Hermanos carísimos: no os diré muchas palabras; pero quiero recordaros que vosotros vivís la misma vida religiosa que yo he vivido; y un día os hallaréis en el mismo estado en que yo ahora me hallo. Y os digo, como lo siento en mi alma, que no querría, ni por mil mundos como éste, haber dejado de servir a nuestro Señor Jesucristo y a vosotros. Os suplico, hermanos míos carísimos, que os améis los unos a los otros.

Después de estas palabras y otras buenas enseñanzas, se extendió en la cama, y su rostro apareció resplandeciente y alegre en extremo, de lo que todos los hermanos se maravillaron. En

[1] Se trata de un calco de la bendición de Jacob a sus hijos; en especial, el gesto de cruzar las manos sobre los dos hijos de Jose (Gén 48,13-17). El hecho fue cierto y lo refiere Tomás de Celano (1C 108), pero en un sentido exactamente contrario: Francisco cruzó las manos para poner la derecha sobre el hermano Elías, su vicario (cf. 2C 216). Según LP 12 y el EP 107, Francisco habría posado la diestra sobre la cabeza del hermano Gil y habría dicho: «No es ésta la cabeza de mi hermano Bernardo».

medio de aquel gozo, pasó su alma santísima, coronada de gloria, de la vida presente a la vida bienaventurada de los ángeles [2].

En alabanza y gloria de Cristo. Amén.

Capítulo VII

Cómo San Francisco pasó una cuaresma en una isla del lago de Perusa con sólo medio panecillo

Al verdadero siervo de Dios San Francisco, ya que en ciertas cosas fue como un segundo Cristo dado al mundo para la salvación de los pueblos, quiso Dios Padre hacerlo, en muchos aspectos de su vida, conforme y semejante a su Hijo Jesucristo, como aparece en el venerable colegio de los doce compañeros, y en el admirable misterio de las sagradas llagas, y en el ayuno continuo de la santa cuaresma, que realizó de la manera siguiente:

Hallándose en cierta ocasión San Francisco, el último día de carnaval, junto al lago de Perusa en casa de un devoto suyo, donde había pasado la noche, sintió la inspiración de Dios de ir a pasar la cuaresma en una isla de dicho lago. Rogó, pues, San Francisco a este devoto suyo, por amor de Cristo, que le llevase en su barca a una isla del lago totalmente deshabitada y que lo hiciese en la noche del miércoles de ceniza, sin que nadie se diese cuenta. Así lo hizo puntualmente el hombre por la gran devoción que profesaba a San Francisco, y le llevó a dicha isla. San Francisco no llevó consigo más que dos panecillos. Llegados a la isla, al dejarlo el amigo para volverse a casa, San Francisco le pidió encarecidamente que no descubriese a nadie su paradero y que no volviese a recogerlo hasta el día del jueves santo. Y con esto partió, quedando solo San Francisco.

Como no había allí habitación alguna donde guarecerse, se adentró en una espesura muy tupida, donde las zarzas y los arbustos formaban una especie de cabaña, a modo de camada; y en este sitio se puso a orar y a contemplar las cosas celestiales. Allí se estuvo toda la cuaresma sin comer otra cosa que la mitad de uno de aquellos panecillos, como pudo comprobar el día de jueves santo aquel mismo amigo al ir a recogerlo; de los dos panes halló uno entero y la mitad del otro. Se cree que San Francisco lo comió por respeto al ayuno de Cristo bendito, que ayunó cuarenta días y cuarenta noches, sin tomar alimento alguno material [1]. Así, comiendo aquel medio pan, alejó de sí el veneno de la vanagloria, y ayunó, a ejemplo de Cristo, cuarenta días y cuarenta noches.

Más tarde, en aquel lugar donde San Francisco había hecho tan admirable abstinencia, Dios realizó, por sus méritos, muchos

[2] La muerte del hermano Bernardo debió de ocurrir entre los años 1242 y 1246. En 1242 se hallaba en el convento de Siena.

[1] Mt 4,1-11.

milagros, por lo cual la gente comenzó a construir casas y a vivir allí. En poco tiempo se formó una aldea buena y grande. Allí hay un convento de los hermanos que se llama el convento de la Isla [2]. Todavía hoy los hombres y las mujeres de esa aldea veneran con gran devoción aquel lugar en que San Francisco pasó dicha cuaresma.

En alabanza de Cristo bendito. Amén.

Capítulo VIII

Cómo San Francisco enseñó al hermano León en qué consiste la alegría perfecta [1]

Iba una vez San Francisco con el hermano León de Perusa a Santa María de los Angeles en tiempo de invierno. Sintiéndose atormentado por la intensidad del frío, llamó al hermano León, que caminaba un poco delante [2], y le habló así:

—¡Oh hermano León!: aun cuando los hermanos menores dieran en todo el mundo grande ejemplo de santidad y de buena edificación, escribe y toma nota diligentemente que no está en eso la alegría perfecta.

Siguiendo más adelante, le llamó San Francisco segunda vez:

—¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor devuelva la vista a los ciegos, enderece a los tullidos, expulse a los demonios, haga oír a los sordos, andar a los cojos, hablar a los mudos y, lo que aún es más, resucite a un muerto de cuatro días, escribe que no está en eso la alegría perfecta.

Caminando luego un poco más, San Francisco gritó con fuerza:

—¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor llegara a saber todas las lenguas, y todas las ciencias, y todas las Escrituras, hasta poder profetizar y revelar no sólo las cosas futuras, sino aun los secretos de las conciencias y de las almas, escribe que no es ésa la alegría perfecta.

[2] Se trata de la *Isola Maggiore*, en el lago Trasimeno. Dos capillas recuerdan el lugar donde habría desembarcado San Francisco y aquel en que pasó la cuaresma. El antiguo convento ha desaparecido.

[1] La florecilla de la *alegría perfecta*, tan bella en su composición como evangélicamente profunda, es, en realidad, la poetización de la quinta de las *Admoniciones* de San Francisco: «Nadie se enorgullezca, sino gloríese en la cruz del Señor»; y responde a un tema que sale al paso reiteradamente en los escritos del Santo (1R 14.16.17.22; 2R 10; Adm 6.9.11.12.13.14.15.18; 2C 145). El autor de *Actus-Fioretti* no ha hecho sino escenificar una anterior redacción, más breve, dada a conocer por B. Bughetti en AFH 20 (1927) p.85-108, y publicada por J. Cambell como supuesto fragmento de la *Legenda antiqua*. El dramatismo adquiere en ésta mayor fuerza, ya que el mismo Fundador, en calidad de tal y a sabiendas, es rechazado brutalmente. Cf. su traducción en este mismo volumen p.85-86.

[2] Era la manera evangélica de caminar Francisco y sus hermanos. Dante se hace eco, en *Divina comedia (Inf.* 23,1-3), del espectáculo, ya popular, de los hermanos menores «caminando de dos en dos: uno delante y otro detrás».

Yendo un poco más adelante, San Francisco volvió a llamarle fuerte:

—¡Oh hermano León, ovejuela de Dios!: aunque el hermano menor hablara la lengua de los ángeles, y conociera el curso de las estrellas y las virtudes de las hierbas, y le fueran descubiertos todos los tesoros de la tierra, y conociera todas las propiedades de las aves y de los peces y de todos los animales, y de los hombres, y de los árboles, y de las piedras, y de las raíces, y de las aguas, escribe que no está en eso la alegría perfecta.

Y, caminando todavía otro poco, San Francisco gritó fuerte:

—¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor supiera predicar tan bien que llegase a convertir a todos los infieles a la fe de Jesucristo, escribe que ésa no es la alegría perfecta.

Así fue continuando por espacio de dos millas. Por fin, el hermano León, lleno de asombro, le preguntó:

—Padre, te pido, de parte de Dios, que me digas en que está la alegría perfecta.

Y San Francisco le respondió:

—Si, cuando lleguemos a Santa María de los Angeles, mojados como estamos por la lluvia y pasmados de frío, cubiertos de lodo y desfallecidos de hambre, llamamos a la puerta del lugar y llega malhumorado el portero y grita: «¿Quiénes sois vosotros?» Y nosotros le decimos: «Somos dos de vuestros hermanos». Y él dice: «¡Mentira! Sois dos bribones que vais engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres. ¡Fuera de aquí!» Y no nos abre y nos tiene allí fuera aguantando la nieve y la lluvia, el frío y el hambre hasta la noche. Si sabemos soportar con paciencia, sin alterarnos y sin murmurar contra él, todas esas injurias, esa crueldad y ese rechazo, y si, más bien, pensamos, con humildad y caridad, que el portero nos conoce bien y que es Dios quien le hace hablar así contra nosotros, escribe ¡oh hermano León! que aquí hay alegría perfecta. Y si nosotros seguimos llamando, y él sale fuera furioso y nos echa, entre insultos y golpes, como a indeseables importunos, diciendo: «¡Fuera de aquí, ladronzuelos miserables; id al hospital, porque aquí no hay comida ni hospedaje para vosotros!» Si lo sobrellevamos con paciencia y alegría y en buena caridad, ¡oh hermano León!, escribe que aquí hay alegría perfecta. Y si nosotros, obligados por el hambre y el frío de la noche, volvemos todavía a llamar, gritando y suplicando entre llantos por el amor de Dios, que nos abra y nos permita entrar, y él más enfurecido dice: «¡Vaya con estos pesados indeseables! Yo les voy a dar su merecido». Y sale fuera con un palo nudoso y nos coge por el capucho, y nos tira a tierra, y nos arrastra por la nieve, y nos apalea con todos los nudos de aquel palo; si todo esto lo soportamos con paciencia y con gozo, acordándonos de los padecimientos de Cristo bendito, que nosotros hemos de sobrellevar por su amor, ¡oh hermano León!, escribe que aquí hay alegría perfecta.

—Y ahora escucha la conclusión, hermano León: por encima

de todas las gracias y de todos los dones del Espíritu Santo que Cristo concede a sus amigos, está el de vencerse a sí mismo y de sobrellevar gustosamente, por amor de Cristo Jesús, penas, injurias, oprobios e incomodidades. Porque en todos los demás dones de Dios no podemos gloriarnos, ya que no son nuestros, sino de Dios; por eso dice el Apóstol: *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido de El, por qué te glorías como si lo tuvieras de ti mismo?* [3] Pero en la cruz de la tribulación y de la aflicción podemos gloriarnos, ya que esto es nuestro; por lo cual dice el Apóstol: *No me quiero gloriar sino en la cruz de Cristo* [4].

A él sea siempre loor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo IX

Cómo San Francisco y el hermano León rezaron maitines sin breviario

En los comienzos de la Orden estaba una vez San Francisco con el hermano León en un eremitorio donde no tenían los libros para rezar el oficio divino. Llegada la hora de los maitines, dijo San Francisco al hermano León:

—Carísimo, no tenemos breviario para rezar los maitines; pero vamos a emplear el tiempo en la alabanza de Dios. A lo que yo diga, tú responderás tal como yo te enseñaré; y ten cuidado de no cambiar las palabras en forma diversa de como yo te las digo. Yo diré así: «¡Oh hermano Francisco!, tú cometiste tantas maldades y tantos pecados en el siglo, que eres digno del infierno». Y tú, hermano León, responderás: «Así es verdad: mereces estar en lo más profundo del infierno».

—De muy buena gana, Padre. Comienza en nombre de Dios —respondió el hermano León con sencillez columbina.

Entonces, San Francisco comenzó a decir:

—¡Oh hermano Francisco!: tú cometiste tantos pecados en el mundo, que eres digno del infierno.

Y el hermano León respondió:

—Dios hará por medio de ti tantos bienes, que irás al paraíso.

—No digas eso, hermano León —repuso San Francisco—, sino cuando yo diga: «¡Oh hermano Francisco!, tú has cometido tantas cosas inicuas contra Dios, que eres digno de ser arrojado por Dios como maldito», tú responderás así: «Así es verdad: mereces estar con los malditos».

—De muy buena gana, Padre —respondió el hermano León.

Entonces, San Francisco, entre muchas lágrimas y suspiros y golpes de pecho dijo en voz alta.

[3] 1Cor 4,7.
[4] Gál 6,14.

—¡Oh Señor mío, Dios del cielo y de la tierra!: yo he cometido contra ti tantas iniquidades y tantos pecados, que ciertamente he merecido ser arrojado de ti como maldito.

Y el hermano León respondió:

—¡Oh hermano Francisco!; Dios te hará ser tal, que, entre los benditos, tu serás singularmente bendecido.

San Francisco, sorprendido al ver que el hermano León respondía siempre lo contrario de lo que él le había mandado, le reprendió, diciéndole:

—¿Por qué no respondes como yo te indico? Te mando, por santa obediencia, que respondas como yo te digo. Yo diré así: «¡Oh hermano Francisco granuja! ¿Crees que Dios tendrá misericordia de ti? Porque tú has cometido tantos pecados contra el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación, que no mereces hallar misericordia». Y tú, hermano León, ovejuela, responderás: «De ninguna manera eres digno de hallar misericordia».

Pero luego, al decir San Francisco: «Oh hermano Francisco granuja!...», etc., el hermano León respondió:

—Dios Padre, cuya misericordia es infinita más que tu pecado, usará contigo de gran misericordia, y todavía añadirá muchas otras gracias.

A esta respuesta, San Francisco, dulcemente enojado y molesto sin impacientarse, dijo al hermano León:

—¿Cómo tienes la presunción de obrar contra la obediencia, y tantas veces has respondido lo contrario de lo que yo te he mandado?

—Dios sabe, Padre mío —respondió el hermano León con mucha humildad y reverencia—, que cada vez me disponía a responder como tú me lo mandabas; pero Dios me hace hablar como a El le agrada y no como yo quiero.

San Francisco se maravilló de esto y dijo al hermano León:

—Te ruego, por caridad, que esta vez me respondas como te he dicho.

—Habla en nombre de Dios, y te aseguro que esta vez responderé tal como quieres —replicó el hermano León.

Y San Francisco dijo entre lágrimas:

—¡Oh hermano Francisco granuja! ¿Crees que Dios tendrá misericordia de ti?

—Muy al contrario —respondió el hermano León—, recibirás grandes gracias de Dios, y El te ensalzará y te glorificará eternamente, porque el que se humilla será ensalzado. Y yo no puedo decir otra cosa, porque es Dios quien habla por mi boca.

Así, en esta humilde porfía, velaron hasta el amanecer, con muchas lágrimas y consuelo espiritual.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo X

Cómo el hermano Maseo quiso poner a prueba la humildad de San Francisco

Se hallaba San Francisco en el lugar de la Porciúncula [1] con el hermano Maseo de Marignano, hombre de gran santidad y discreción y dotado de gracia para hablar de Dios; por ello lo amaba mucho San Francisco. Un día, al volver San Francisco del bosque, donde había ido a orar, el hermano Maseo quiso probar hasta dónde llegaba su humildad; le salió al encuentro y le dijo en tono de reproche:

—¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti?

—¿Qué quieres decir con eso? —repuso San Francisco.

Y el hermano Maseo:

—Me pregunto ¿por qué todo el mundo va detrás de ti y no parece sino que todos pugnan por verte, oírte y obedecerte? Tú no eres hermoso de cuerpo, no sobresales por la ciencia, no eres noble, y entonces, ¿por qué todo el mundo va en pos de ti?

Al oír esto, San Francisco sintió una grande alegría de espíritu, y estuvo por largo espacio vuelto el rostro al cielo y elevada la mente en Dios; después, con gran fervor de espíritu, se dirigió al hermano Maseo y le dijo:

—¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué a mí viene todo el mundo? Esto me viene de los ojos del Dios altísimo, que miran en todas partes a buenos y malos, y esos ojos santísimos no han visto, entre los pecadores, ninguno más vil ni más inútil, ni más grande pecador que yo. Y como no ha hallado sobre la tierra otra criatura más vil para realizar la obra maravillosa que se había propuesto, me ha escogido a mí para confundir la nobleza, la grandeza, y la fortaleza, y la belleza, y la sabiduría del mundo, a fin de que quede patente que de El, y no de creatura alguna, proviene toda virtud y todo bien, y nadie puede gloriarse en presencia de El, sino que *quien se gloría, ha de gloriarse en el Señor* [2], a quien pertenece todo honor y toda gloria por siempre.

El hermano Maseo, ante una respuesta tan humilde y dicha con tanto fervor, quedó lleno de asombro y comprobó con certeza que San Francisco estaba bien cimentado en la verdadera humildad.

En alabanza de Cristo. Amén.

[1] San Francisco y el primer grupo se habían establecido en la Porciúncula cuando se vieron obligados a dejar el tugurio de Rivo Torto. En torno a la capilla de Santa María de los Angeles, restaurada por el Santo, se dispusieron unos cobertizos para refugio de los hermanos. No se trataba aún de un convento, sino del centro de cita de la fraternidad; sobre todo, con ocasión de los capítulos generales, que primero se celebraron dos veces al año; después, cada año, y finalmente, cada tres años.

[2] 1Cor 1,27-31.

Capítulo XI

Cómo San Francisco hizo dar vueltas al hermano Maseo para conocer el camino que debía seguir

Yendo de camino un día San Francisco con el hermano Maseo, éste caminaba un poco adelantado, y, al llegar a un cruce del cual se podía ir a Siena, a Florencia y a Arezzo, dijo el hermano Maseo:

—Padre, ¿qué camino hemos de seguir?

—El que Dios quiera —respondió San Francisco.

—Y ¿cómo podremos saber cuál es la voluntad de Dios? —repuso el hermano Maseo.

—Por la señal que ahora verás —dijo San Francisco—. Te mando, pues, por el mérito de la santa obediencia, que en ese cruce, en el mismo sitio donde tienes los pies, te pongas a dar vueltas en redondo, como hacen los niños, y no dejes de dar vueltas hasta que yo te diga.

El hermano Maseo comenzó a dar vueltas sobre sí mismo; y tantas dio, que cayó varias veces al suelo por el vértigo de la cabeza, que es común en semejante juego; pero como San Francisco no le decía que parase y él quería obedecer puntualmente, volvía a levantarse y seguía dando vueltas. Finalmente, cuando giraba más aprisa, dijo San Francisco.

—Párate y no te muevas.

El se quedó quieto. Y San Francisco:

—¿Hacia qué parte tienes vuelta la cara?

—Hacia Siena —respondió el hermano Maseo.

—Ese es el camino que Dios quiere que sigamos —dijo San Francisco.

Marchando por aquel camino, el hermano Maseo no salía de su asombro, porque San Francisco le había obligado a hacer, a la vista de la gente que pasaba, lo que hacen los chiquillos; pero, por respeto, no se atrevió a decir nada al Padre santo.

Cuando se hallaban cerca de Siena, los habitantes, al saber la llegada del Santo, le salieron al encuentro y, con muestras de devoción, los llevaron en volandas, a él y a su compañero, hasta el palacio del obispo, sin dejarles tocar la tierra con los pies. En aquel mismo momento, algunos hombres de Siena estaban combatiendo entre sí, y habían muerto ya dos de ellos; llegando San Francisco, les predicó con tal devoción y fervor, que los indujo a hacer las paces y a vivir en grande unidad y concordia. Sabedor el obispo de Siena de la santa obra que había realizado San Francisco, le invitó a su casa y le recibió con grandísimo honor, reteniéndolo aquel día y también la noche. A la mañana siguiente, San Francisco, que, como verdadero humilde, no se buscaba a sí mismo en sus acciones, sino la gloria de Dios, se levantó temprano con su compañero y partió sin saberlo el obispo.

Esto le hacía al hermano Maseo ir murmurando en su interior

por el camino: «¿Qué es lo que ha hecho este buen hombre? Me ha hecho dar vueltas como a un chiquillo, y luego al obispo, que lo ha tratado con tanta honra, no le ha dirigido ni siquiera una palabra de agradecimiento». Y le parecía al hermano Maseo que San Francisco se había comportado con poca discreción.

Pero luego, entrando dentro de sí bajo la inspiración divina, comenzó a reprenderse en su corazón: «Eres demasiado soberbio, hermano Maseo, al juzgar las obras divinas, y mereces el infierno por tu indiscreta soberbia; porque ayer hizo San Francisco tan santas acciones, que no hubieran sido más admirables si las hubiera hecho un ángel de Dios. Por lo tanto, aunque te mandase tirar piedras, deberías obedecerle; lo que él ha hecho en este viaje ha sido efecto de la bondad divina, como lo demuestra el buen resultado que se ha seguido, ya que, de no haber puesto en paz a los que luchaban entre sí, no sólo habrían perecido a cuchillo muchos cuerpos, como ya se había comenzado, sino que el diablo habría arrastrado también muchas almas al infierno. Así, pues, tú eres muy necio y muy orgulloso al murmurar de lo que viene manifiestamente de la voluntad de Dios».

Y todas estas cosas que iba diciendo el hermano Maseo en su interior mientras caminaba delante, fueron reveladas por Dios a San Francisco. Por lo cual, acercándose a él, le dijo:

—Procura atenerte a las cosas que estás pensando ahora, porque son buenas y provechosas e inspiradas por Dios; pero aquella primera murmuración que traías antes era ciega, vana y orgullosa, y fue el demonio quien te la puso en el ánimo.

Entonces, el hermano Maseo, persuadido de que San Francisco penetraba los secretos de su corazón [1], comprendió que el espíritu de la divina sabiduría dirigía al Padre santo en todas sus acciones.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XII

Cómo San Francisco quiso humillar al hermano Maseo

San Francisco gustaba de humillar al hermano Maseo, con el fin de que los muchos dones y gracias que Dios le daba no le hiciesen envanecerse, sino, más bien, le hiciesen crecer de virtud en virtud a base de la humildad. Una vez que se hallaba en un eremitorio con sus primeros compañeros, verdaderos santos, entre los que estaba el hermano Maseo, dijo un día a éste delante de todos:

—Hermano Maseo, todos estos compañeros tuyos tienen la

[1] Era común esta persuasión de que San Francisco leía en el interior del corazon de sus hermanos (cf. 1C 48). Sobre el espíritu de profecía del Santo véase 2C 26-54; EP 101-109.

gracia de la contemplación y de la oración; tú, en cambio, tienes la gracia de la predicación y el don de agradar a la gente. Quiero, pues, que, para que ellos puedan darse a la contemplación, te encargues tú de atender a la puerta, a la limosna y a la cocina. Cuando los demás hermanos estén comiendo, tú comerás a la puerta del convento, de manera que los que vengan, ya antes de llamar, reciban de ti algunas buenas palabras de Dios, y así no haya necesidad de que ningún otro vaya a recibirlos. Y esto lo harás por el mérito de la santa obediencia [1].

El hermano Maseo se quitó la capucha, inclinó la cabeza y recibió con humildad esta obediencia, y la fue cumpliendo durante varios días, atendiendo juntamente a la puerta, a la limosna y a la cocina.

Pero los compañeros, siendo como eran hombres iluminados por Dios, comenzaron a sentir en sus corazones gran remordimiento al ver que el hermano Maseo, hombre de tanta o más perfección que ellos, tenía que correr con todo el peso del eremitorio, mientras ellos estaban libres. Movidos, pues, por un mismo impulso, fueron a rogar al Padre santo que tuviera a bien distribuir entre ellos aquellos oficios, ya que en manera alguna podían soportar sus conciencias que el hermano Maseo tuviera que sobrellevar tantas fatigas. Al oírles, San Francisco dio crédito a sus conciencias y accedió a lo que pedían. Llamó al hermano Maseo y le dijo:

—Hermano Maseo, tus compañeros quieren compartir los oficios que te he encomendado; quiero, pues, que esos oficios se repartan entre todos.

—Padre —dijo el hermano Maseo con gran humildad y paciencia—, lo que tú dispones, en todo o en parte, yo lo acepto como venido de Dios.

Entonces, San Francisco, viendo la caridad de aquellos hermanos y la humildad del hermano Maseo, les dirigió una plática admirable sobre la santísima humildad, enseñándoles que cuanto mayores son los dones y las gracias que Dios nos da, tanto más humildes debemos ser; porque, sin la humildad, ninguna virtud es acepta a Dios. Y, hecha la plática, distribuyó los oficios con grandísima caridad.

En alabanza de Cristo. Amén.

[1] En realidad, al apreciar el don de gentes del hermano Maseo (cf. EP 85), San Francisco no hacía sino poner en práctica lo que disponía el reglamento de los eremitorios. Cf. REr p.117 de este volumen. A las «madres» tocaba atender a los visitantes y mirar por la subsistencia y demás preocupaciones materiales. Todos habían de turnarse en el papel de «madres».

Capítulo XIII

Cómo San Francisco y el hermano Maseo colocaron sobre una piedra, junto a una fuente, el pan que habían mendigado, y San Francisco rompió en loores a la pobreza

El admirable siervo y seguidor de Cristo messer San Francisco, para conformarse en todo perfectamente a Cristo, quien, como dice el Evangelio [1], envió a sus discípulos de dos en dos a todas las ciudades y lugares a donde él debía ir, una vez que, a ejemplo de Cristo, hubo reunido doce compañeros, los mandó de dos en dos por el mundo a predicar. Y para darles ejemplo de verdadera obediencia, se puso el primero en camino, a ejemplo de Cristo, que comenzó a obrar antes que a enseñar [2]. Habiendo asignado a los compañeros las otras partes del mundo, él tomó al hermano Maseo por compañero y se dirigió a tierras de Francia [3].

Al llegar un día muy hambrientos a una aldea, fueron, según la Regla, a pedir de limosna el pan por amor de Dios. San Francisco fue por un barrio y el hermano Maseo por otro. Pero como San Francisco era de aspecto despreciable y pequeño de estatura [4], por lo que daba la impresión, a quien no le conocía, de ser un pordiosero vil, no recogió sino algunos mendrugos y desperdicios de pan seco. Al hermano Maseo, en cambio, por ser tipo gallardo y de buena presencia, le dieron buenos y grandes trozos, y aun panes enteros.

Terminado el recorrido, se juntaron los dos en las afueras del pueblo para comer en un lugar donde había una hermosa fuente, y cerca de la fuente, una hermosa piedra, ancha, sobre la cual cada uno colocó la limosna que había recibido. Y, viendo San Francisco que los trozos de pan del hermano Maseo eran más numerosos y más hermosos y grandes que los suyos, no cabía en sí de alegría, y exclamó:

[1] Mc 6,7; Lc 11,3

[2] Hch 1,1.

[3] La primera misión de la fraternidad tuvo lugar en 1209, cuando el grupo, junto con Francisco, alcanzó el número de ocho. Cf. 1C 29.

En esa primera misión, Bernardo y Gil tomaron el camino de Santiago de Compostela (1C 30), Francisco con su compañero se dirigió hacia el valle de Rieti (WADDING, *Annales* a.1209 XXIV p.65). Pero el hermano Maseo todavía no formaba parte del grupo. La única ocasión en que consta históricamente que San Francisco quiso ir a Francia fue en 1217, y entonces el cardenal Hugolino le disuadió del viaje cuando ya estaba en camino. Quizá fue entonces cuando tomó por compañero al hermano Maseo; en este caso, el autor de *Actus-Fioretti* habría sobrepuesto dos hechos diferentes.

[4] «Era de estatura media, más bien pequeño», dice Tomás de Celano en el retrato que nos ha dejado de San Francisco, si bien el biógrafo pone de relieve la viveza de expresión de sus ojos negros y límpidos, la fuerza de su palabra insinuante y fácil, el gozo y la vitalidad espiritual que irradiaba de toda su persona (cf. 1C 83). Así le vio en 1222 el entonces estudiante Tomás de Spalato cuando le oyó predicar en Bolonia: «Desaliñado en el vestido, despreciable en la persona, nada atrayente en su semblante». (Cf. en este mismo volumen p.970). El conocido retrato de Cimabue es el que mejor reproduce los rasgos tan pormenorizados descritos por el Celanense.

—¡Oh hermano Maseo, no somos dignos de un tesoro como éste!

Y como repitiese varias veces estas palabras, le dijo el hermano Maseo:

—Padre carísimo, ¿cómo se puede hablar de tesoro donde hay tanta pobreza y donde falta lo necesario? Aquí no hay ni mantel, ni cuchillo, ni tajadores, ni platos, ni casa, ni mesa, ni criado, ni criada.

—Esto es precisamente lo que yo considero gran tesoro —repuso San Francisco—: el que no haya aquí cosa alguna preparada por industria humana, sino que todo lo que hay nos lo ha preparado la santa providencia de Dios, como lo demuestran claramente el pan obtenido de limosna, la mesa tan hermosa de piedra y una fuente tan clara. Por eso quiero que pidamos a Dios que nos haga amar de todo corazón el tesoro de la santa pobreza, tan noble, que tiene por servidor al mismo Dios [5].

Dichas estas palabras y habiendo hecho oración y tomado la refección corporal con aquellos trozos de pan y aquella agua, reanudaron el camino hacia Francia.

Llegados a una iglesia, dijo San Francisco al compañero:

—Entremos en esta iglesia para orar.

Y San Francisco fue a ponerse detrás del altar; se puso en oración, y en ella recibió un fervor tan intenso de la visitación de Dios, que encendió fuertemente su alma en el amor a la santa pobreza; parecía, por el resplandor del rostro y por su boca desmesuradamente abierta, que despedía llamaradas de amor. Y, marchando así encendido hacia el compañero, le dijo:

—¡Ah, ah, ah!, hermano Maseo, entrégate a mí.

Lo repitió por tres veces, y, a la tercera, San Francisco levantó en alto al hermano Maseo con el aliento y lo lanzó hacia adelante a la distancia de una lanza grande. Esto produjo gran estupor al hermano Maseo, y más tarde contó a los compañeros que, cuando San Francisco lo levantó y lo despidió con el aliento, él sintió en el alma tal dulcedumbre y tal consuelo del Espíritu Santo como nunca lo había sentido en su vida.

[5] Una bella florecilla similar, pero al inverso, dada a conocer por Sabatier y publicada en la edición española de las *Florecillas* de J. R. de Legísima y L. Gómez Canedo (BAC, Madrid 1975, p.284-5), refiere que, yendo de camino San Francisco y el hermano Bernardo, llegaron a una ciudad, y, como sintieran hambre, se fueron a pedir pan de limosna, el uno por un lado de la población y el otro por el otro lado. Terminado el recorrido se reunieron en el lugar convenido. San Francisco, gozoso por el éxito, sacó los pedazos de pan y los colocó sobre una piedra, diciendo: «Mira, hermano, cómo ha sido generosa conmigo la divina Providencia. A ver cuánto has recogido tú, y comamos juntos en el nombre de Dios». El hermano Bernardo, iluminado y avergonzado, se echó a los pies del Santo y le dijo: «Padre, confieso mi culpa: no he traído nada de la limosna que he recogido; estaba tan muerto de hambre, que, a medida que me la daban, me la iba comiendo». San Francisco, al oírlo, lloraba de gozo; lo abrazó y le dijo: «¡Oh hijo dulcísimo! En verdad eres tú más dichoso que yo; eres un perfecto observador del Evangelio, porque no has acumulado ni guardado cosa alguna para el día de mañana, sino que pusiste en el Señor todo tu cuidado».

Después de esto, dijo San Francisco:

—Mi querido compañero, vamos a San Pedro y a San Pablo a pedirles que nos enseñen y ayuden a poseer el tesoro inapreciable de la santísima pobreza, ya que es un tesoro tan noble y tan divino, que no somos dignos de poseerlo en nuestros vasos vilísimos; es ésta una virtud celestial por la cual vale la pena pisotear todas las cosas terrenas y transitorias; por ella caen al suelo todos los obstáculos que se ponen delante del alma para impedirle que se una libremente con Dios eterno. Esta es aquella virtud que hace que el alma, viviendo en la tierra, converse en el cielo con los ángeles; ella acompañó a Cristo en la cruz, con Cristo fue sepultada, con Cristo resucitó, con Cristo subió al cielo; las almas que se enamoran de ella reciben, aun en esta vida, ligereza para volar al cielo, porque ella templa las armas de la amistad, de la humildad y de la caridad. Pediremos, pues, a los santísimos apóstoles de Cristo, que fueron perfectos amadores de esta perla evangélica, que nos alcancen esta gracia de nuestro Señor Jesucristo: que nos conceda, por su santa misericordia, hacernos dignos de ser verdaderos amadores, cumplidores y humildes discípulos de la preciosísima, amadísima y angélica pobreza.

Platicando de esta suerte, llegaron a Roma y entraron en la iglesia de San Pedro; San Francisco se puso en oración en un ángulo de la iglesia, y el hermano Maseo en el otro. Permanecieron largo rato en oración, con muchas lágrimas y gran devoción; en esto se aparecieron a San Francisco los santos apóstoles Pedro y Pablo rodeados de gran resplandor y le dijeron:

—Puesto que pides y deseas observar lo que Cristo y sus santos apóstoles observaron, nos envía nuestro Señor Jesucristo para anunciarte que tu oración ha sido escuchada, y te ha sido concedido por Dios, a ti y a tus seguidores, en toda perfección, el tesoro de la santísima pobreza. Y todavía más: te comunicamos de parte suya que a todos aquellos que, a tu ejemplo, abracen con perfección este ideal, El les asegura la bienaventuranza de la vida eterna; y tú y todos tus seguidores seréis bendecidos por Dios.

Dichas estas palabras, desaparecieron, dejando a San Francisco lleno de consuelo. Al levantarse de la oración, fue donde su compañero y le preguntó si Dios le había revelado alguna cosa; él respondió que no. Entonces, San Francisco le refirió cómo se le habían aparecido los santos apóstoles y lo que le habían revelado. Por ello, llenos de alegría, los dos determinaron volver al valle de Espoleto, dejando el viaje a Francia.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XIV

Cómo, mientras San Francisco hablaba de Dios con sus hermanos, apareció Cristo en medio de ellos

En los comienzos de la Orden, estaba una vez San Francisco reunido con sus compañeros en un eremitorio hablando de Cristo; en esto, impulsado por el fervor de su espíritu, mandó a uno de ellos que, en nombre de Dios, abriese la boca y hablase de Dios como el Espíritu Santo le inspirase. Obediente al mandato recibido, el hermano habló de Dios maravillosamente; San Francisco le impuso silencio, y mandó lo mismo a otro; éste obedeció, a su vez, y habló de Dios con mucha penetración; San Francisco le impuso silencio de la misma manera y mandó al tercero que hablase de Dios; también éste comenzó a hablar tan profundamente de las cosas secretas de Dios, que San Francisco conoció que, al igual que los otros dos, hablaba bajo la acción del Espíritu Santo.

Y esto quedó demostrado, además, por una señal expresa, porque, mientras se hallaban en esa conversación, apareció Cristo bendito en medio de ellos con el aspecto y figura de un joven hermosísimo, y, bendiciéndoles a todos, los llenó de tanta dulcedumbre, que todos quedaron al punto fuera de sí y cayeron a tierra como muertos, ajenos totalmente a las cosas de este mundo. Cuando volvieron en sí, les dijo San Francisco:

—Hermanos míos amadísimos, dad gracias a Dios, que ha querido, por la boca de los sencillos, revelar los tesoros de la divina sabiduría, ya que Dios es quien abre la boca a los mudos y hace hablar sabiamente a los sencillos.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XV

Cómo Santa Clara *comió* en Santa María de los Angeles con San Francisco y sus compañeros [1]

Cuando estaba en Asís San Francisco, visitaba con frecuencia a Santa Clara y le daba santas instrucciones. Ella tenía grandísimo deseo de comer una vez con él; se lo había pedido muchas veces, pero él no quiso concederle ese consuelo. Viendo, pues, sus compañeros el deseo de Santa Clara, dijeron a San Francisco:

—Padre, nos parece que no es conforme a la caridad de Dios esa actitud de no dar gusto a la hermana Clara, una virgen tan santa y amada del Señor, en una cosa tan pequeña como es comer con-

[1] Cf. 1C 18 n.1 y 2. Puede que hubiera sucedido este hecho aquí recogido en la primera fase de su vida, en que intentaba vivir en retiro y en fidelidad a dama Pobreza.

tigo; y más teniendo en cuenta que por tu predicación abandonó ella las riquezas y las pompas del mundo. Aunque te pidiera otro favor mayor que éste, deberías condescender con esa tu planta espiritual.

—Entonces, ¿os parece que la debo complacer? —respondió San Francisco.

—Sí, Padre —le dijeron los compañeros—; se merece recibir de ti este consuelo.

Dijo entonces San Francisco:

—Puesto que así os parece a vosotros, también me lo parece a mí. Mas, para que le sirva a ella de mayor consuelo, quiero que tengamos esta comida en Santa María de los Angeles, ya que lleva mucho tiempo encerrada en San Damián, y tendrá gusto en volver a ver este lugar de Santa María, donde le fue cortado el cabello y donde fue hecha esposa de Jesucristo. Aquí comeremos juntos en el nombre de Dios.

El día convenido salió Santa Clara del monasterio con una compañera y, escoltada de los compañeros de San Francisco, se encaminó a Santa María de los Angeles. Saludó devotamente a la Virgen María en aquel mismo altar ante el cual le había sido cortado el cabello y había recibido el velo, y luego la llevaron a ver el convento hasta que llegó la hora de comer. Entre tanto, San Francisco hizo preparar la mesa sobre el suelo, como era en él costumbre. Y, llegada la hora de comer, se sentaron a la mesa juntos San Francisco y Santa Clara, y uno de los compañeros de San Francisco al lado de la compañera de Santa Clara; y después se acercaron humildemente a la mesa todos los demás compañeros.

Como primera vianda, San Francisco comenzó a hablar de Dios con tal suavidad, con tal elevación y tan maravillosamente, que, viniendo sobre ellos la abundancia de la divina gracia, todos quedaron arrebatados en Dios. Y, estando así arrobados, elevados los ojos y las manos al cielo, las gentes de Asís y de Bettona y las de todo el contorno vieron que Santa María de los Angeles y todo el convento y el bosque que había entonces al lado del convento ardían violentamente, como si fueran pasto de las llamas la iglesia, el convento y el bosque al mismo tiempo; por lo que los habitantes de Asís bajaron a todo correr para apagar el fuego, persuadidos de que todo estaba ardiendo. Al llegar y ver que no había tal fuego, entraron al interior y encontraron a San Francisco con Santa Clara y con todos los compañeros arrebatados en Dios por la fuerza de la contemplación, sentados en torno a aquella humilde mesa. Con lo cual se convencieron de que se trataba de un fuego divino y no material, encendido milagrosamente por Dios para manifestar y significar el fuego del amor divino en que se abrasaban las almas de aquellos santos hermanos y de aquellas santas monjas. Y se volvieron con el corazón lleno de consuelo y santamente edificados.

Al volver en sí, después de un largo rato, San Francisco y

Santa Clara, junto con los demás, bien refocilados con el alimento espiritual, no se cuidaron mucho del manjar corporal. Y, terminado que hubieron la bendita refección, Santa Clara volvió bien acompañada a San Damián.

Las hermanas, al verla, se alegraron mucho, porque temían que San Francisco la hubiera enviado a gobernar otro monasterio, como ya había enviado a su santa hermana sor Inés a gobernar como abadesa el monasterio de Monticelli, de Florencia [2]. San Francisco había dicho algunas veces a Santa Clara: «Prepárate, por si llega el caso de enviarte a algún convento»; y ella como hija de la santa obediencia, había respondido: «Padre, estoy siempre preparada para ir a donde me mandes». Por eso se alegraron mucho las hermanas cuando volvió. Y Santa Clara quedó desde entonces muy consolada.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XVI

Cómo quiso San Francisco conocer la voluntad de Dios, por medio de la oración de Santa Clara y del hermano Silvestre, sobre si debía andar predicando o dedicarse a la contemplación [1]

El humilde siervo de Dios San Francisco, poco después de su conversión, cuando ya había reunido y recibido en la Orden a muchos compañeros, tuvo grande perplejidad sobre lo que debía hacer: o vivir entregado solamente a la oración, o darse alguna

[2] Inés había seguido a su hermana a los pocos días de la profesión de ésta, fugándose de casa como ella. Hacia 1229 fue enviada al monasterio de Monticelli como abadesa. Por lo tanto, el autor de las *Florecillas* ha sufrido un despiste cronológico al colocar ese hecho en vida de San Francisco. Santa Inés murió en San Damián el 16 de noviembre de 1253, a los tres meses de la muerte de su hermana Santa Clara.

[1] El hecho aquí revelado responde a una duda que repetidamente asaltó a San Francisco en los primeros años (cf. 1C 35; LP 118) y está atestiguado por San Buenaventura (LM 12,1-3). Debió de suceder por el año 1213, a raíz del fracasado viaje de San Francisco a Oriente. Según San Buenaventura, los mensajeros enviados a Clara y Silvestre habrían sido dos; el segundo sería el hermano Felipe, según Wadding (*Annales* I a.1212 XXXII p.145). Clara estaba aún en los comienzos de su experiencia evangélica en San Damián; el hermano Silvestre era asiduo frecuentador del próximo eremitorio del monte Subasio, donde pasaba —dice San Buenaventura— los días y las noches en oración. Obsérvese que Francisco consulta a dos contemplativos si debe dedicarse a la vida activa.

Es de notar que San Buenaventura como *Actus-Fioretti* establecen una clara relación entre la respuesta recibida por Francisco a sus vacilaciones y las dos sorprendentes predicaciones inmediatas; pero mientras San Buenaventura presenta las avecillas como el primer público con el que el *Poverello* desahogó el ímpetu espiritual que le impulsaba, las *Florecillas* anteponen el sermón no a los habitantes de Alviano, como dice el primero, sino a los de Cannara. Es más verosímil el itinerario que sigue el relato de las *Florecillas*.

vez a la predicación; y deseaba vivamente conocer cuál era la voluntad de Dios. Y como la santa humildad, que poseía en alto grado, no le permitía presumir de sí ni de sus oraciones, prefirió averiguar la voluntad divina recurriendo a las oraciones de otros. Llamó, pues, al hermano Maseo y le habló así:

—Vete a encontrar a la hermana Clara y dile de mi parte que, junto con algunas de sus compañeras más espirituales, ore devotamente a Dios pidiéndole se digne manifestarme lo que será mejor: dedicarme a predicar o darme solamente a la oración. Vete después a encontrar al hermano Silvestre y le dirás lo mismo.

Era éste aquel messer Silvestre que, siendo aún seglar, había visto salir de la boca de San Francisco una cruz de oro que se elevaba hasta el cielo y se extendía hasta los confines del mundo. Era el hermano Silvestre de tal devoción y santidad, que todo lo que pedía a Dios lo obtenía y muchas veces conversaba con Dios; por esto, San Francisco le profesaba gran devoción.

Marchó el hermano Maseo, y, conforme al mandato de San Francisco, llevó la embajada primero a Santa Clara y después al hermano Silvestre. Este, no bien la recibió, se puso al punto en oración; mientras oraba tuvo la respuesta divina, y volvió donde el hermano Maseo y le habló así:

—Esto es lo que has de decir al hermano Francisco de parte de Dios: que Dios no lo ha llamado a ese estado solamente para él, sino para que coseche fruto de almas y se salven muchos por él.

Recibida esta respuesta, el hermano Maseo volvió donde Santa Clara para saber qué es lo que Dios le había hecho conocer. Y Clara respondió que ella y sus compañeras habían tenido de Dios aquella misma respuesta recibida por el hermano Silvestre.

Con esto volvió el hermano Maseo donde San Francisco, y San Francisco lo recibió con gran caridad, le lavó los pies y le sirvió de comer [2]. Cuando hubo comido el hermano Maseo, San Francisco lo llevó consigo al bosque, se arrodilló ante él, se quitó la capucha y, cruzando los brazos, le preguntó:

—¿Qué es lo que quiere de mí mi Señor Jesucristo?

El hermano Maseo respondió:

—Tanto al hermano Silvestre como a sor Clara y sus hermanas ha respondido y revelado Cristo que su voluntad es que vayas por el mundo predicando, ya que no te ha elegido para ti solo, sino también para la salvación de los demás.

Oída esta respuesta, que le manifestaba la voluntad de Cristo, se levantó al punto lleno de fervor y dijo:

—¡Vamos en el nombre de Dios!

Tomó como compañeros a los hermanos Maseo y Angel [3], dos hombres santos, y se lanzó con ellos a campo traviesa, a impulsos

[2] Actitud muy en conformidad con el ceremonial caballeresco del tiempo, tan del agrado de Francisco.

[3] Se trata del hermano Angel Tancredi. (cf. LP 7n.2), uno de los once primeros seguidores de Francisco, «el primer caballero que entró en la Orden». Francisco lo

del espíritu. Llegaron a una aldea llamada Cannara [4]; San Francisco se puso a predicar, mandando antes a las golondrinas que, cesando en sus chirridos, guardasen silencio hasta que él hubiera terminado de hablar. Las golondrinas obedecieron [5]. Y predicó con tanto fervor, que todos los del pueblo, hombres y mujeres, querían irse tras él movidos de devoción, abandonando el pueblo. Pero San Francisco no se lo consintió, sino que les dijo:

—No tengáis prisa, no os vayáis de aquí; ya os indicaré lo que debéis hacer para la salvación de vuestras almas.

Entonces le vino la idea de fundar la Orden Tercera para la salvación universal de todos [6]. Y, dejándolos así muy consolados y bien dispuestos para la vida de penitencia, marchó de allí y prosiguió entre Cannara y Bevagna.

Iba caminando con el mismo fervor, cuando, levantando la vista, vio junto al camino algunos árboles, y, en ellos, una muchedumbre casi infinita de pájaros [7]. San Francisco quedó maravillado y dijo a sus compañeros:

—Esperadme aquí en el camino, que yo voy a predicar a mis hermanitos los pájaros.

Se internó en el campo y comenzó a predicar a los pájaros que estaban por el suelo. Al punto, todos los que había en los árboles acudieron junto a él; y todos juntos se estuvieron quietos hasta que San Francisco terminó de predicar; y ni siquiera entonces se marcharon hasta que él les dio la bendición. Y, según refirió más tarde el hermano Maseo al hermano Santiago de Massa, aunque San Francisco andaba entre ellos y los tocaba con el hábito, ninguno se movía.

El tenor de la plática de San Francisco fue de esta forma:

—Hermanas mías avecillas, os debéis sentir muy deudoras a Dios, vuestro creador, y debéis alabarlo siempre y en todas partes, porque os ha dado la libertad para volar donde queréis; os ha dado, además, vestido doble y aun triple; y conservó vuestra raza

apreciaba por su exquisita cortesía y afabilidad (EP 85). Formaba parte del coro de los «juglares de Dios» (ibid., 123). Es uno de los colaboradores de los relatos de los *Tres Compañeros*.

[4] Cannara se halla a unos doce kilómetros de Asís, en el camino de Montefalco.

[5] Según 1C 59 y LM 12,4, el episodio de las golondrinas, a las que el Santo impuso silencio porque con su vocinglería no dejaban oír el sermón, habría sucedido en Alviano, entre Narni y Orvieto.

[6] La Orden Tercera de Penitencia surgió por efecto de la renovación suscitada en los seglares por la predicación de Francisco, a imitación de otros movimientos penitenciales existentes en aquellos años. Suele considerarse como fecha de fundación el año 1221, en que el cardenal Hugolino le dio una organización juntamente con la institución canónica. Así es cómo el Poverello, comprometiendo en el mismo ideal evangélico, primero, a los Hermanos Menores (1209); luego, a las Damas Pobres (1212), y, finalmente, a los Hermanos de Penitencia (1221), se vio fundador de *tres Ordenes*.

[7] La tradición señala Pian d'Arca como lugar de la predicación a los pájaros. Este hecho, tan representativo de la vida de Francisco, se halla atestiguado por las fuentes biográficas de mayor solvencia: Tomás de Celano, quien especifica que entre las aves había palomas torcaces, cornejas y grajos (¡se comprende que Francisco no mencione el canto entre los dones que esas aves han recibido de Dios!) (1C 58; cf. 3C 20; JULIÁN DE ESPIRA, *Vita s. Francisci* 37; LM 12,3).

en el arca de Noé, para que vuestra especie no desapareciese en el mundo. Le estáis también obligadas por el elemento del aire, pues lo ha destinado a vosotras. Aparte de esto, vosotras no sembráis ni segáis, y Dios os alimenta y os regala los ríos y las fuentes, para beber; los montes y los valles, para guareceros, y los árboles altos, para hacer en ellos vuestros nidos. Y como no sabéis hilar ni coser, Dios os viste a vosotras y a vuestros hijos [8]. Ya veis cómo os ama el Creador, que os hace objeto de tantos beneficios. Por lo tanto, hermanas mías, guardaos del pecado de la ingratitud, cuidando siempre de alabar a Dios.

Mientras San Francisco les iba hablando así, todos aquellos pájaros comenzaron a abrir sus picos, a estirar sus cuellos y a extender sus alas, inclinando respetuosamente sus cabezas hasta el suelo, y a manifestar con sus actitudes y con sus cantos el grandísimo contento que les proporcionaban las palabras del Padre santo. San Francisco se regocijaba y recreaba juntamente con ellos, sin dejar de maravillarse de ver semejante muchedumbre de pájaros, en tan hermosa variedad, y la atención y familiaridad que mostraban. Por ello alababa en ellos devotamente al Creador.

Finalmente, terminada la plática, San Francisco trazó sobre ellos la señal de la cruz y les dio licencia para irse. Entonces, todos los pájaros se elevaron en banda en el aire entre cantos armoniosos; luego se dividieron en cuatro grupos, siguiendo la cruz que San Francisco había trazado: un grupo voló hacia el oriente; otro, hacia el occidente; el tercero, hacia el mediodía; el cuarto, hacia el septentrión, y cada banda se alejaba cantando maravillosamente. En lo cual se significaba que así como San Francisco, abanderado de la cruz de Cristo, les había predicado y había hecho sobre ellos la señal de la cruz, siguiendo la cual ellos se separaron, cantando, en dirección de las cuatro partes del mundo, de la misma manera él y sus hermanos habían de llevar a todo el mundo la predicación de la cruz de Cristo, esa misma cruz renovada por San Francisco. Los hermanos menores, como las avecillas, no han de poseer nada propio en este mundo, dejando totalmente el cuidado de su vida a la providencia de Dios.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XVII

Cómo un niño quiso saber lo que hacía San Francisco de noche

Un niño muy puro e inocente fue admitido en la Orden cuando aún vivía San Francisco [1]; y estaba en un eremitorio pe-

[8] Cf. Mt 6,26-28; Lc 12,14-27.

[1] Se trata, quizá, de un novicio admitido en edad muy temprana. No consta que en vida de San Francisco existiera el uso, más tarde bastante extendido en la Orden, de recibir los *pueri oblati*, niños de once o doce años que eran educados en los conventos y, al llegar a la edad canónica, hacían el noviciado y profesaban.

queño, en el cual los hermanos, por necesidad, dormían en el suelo. Fue una vez San Francisco a ese eremitorio; y a la tarde, después de rezar completas, se acostó a fin de poder levantarse a hacer oración por la noche mientras dormían los demás, según tenía de costumbre.

Este niño se propuso espiar con atención lo que hacía San Francisco, para conocer su santidad, y de modo especial le intrigaba lo que hacía cuando se levantaba por la noche. Y para que el sueño no se lo impidiese, se echó a dormir al lado de San Francisco y ató su cordón al de San Francisco, a fin de poder sentir cuando se levantaba; San Francisco no se dio cuenta de nada. De noche, durante el primer sueño, cuando todos los hermanos dormían, San Francisco se levantó, y, al notar que el cordón estaba atado, lo soltó tan suavemente, que el niño no se dio cuenta; fue al bosque, que estaba próximo al eremitorio; entró en una celdita que había allí y se puso en oración.

Al poco rato despertó el niño, y, al ver el cordón desatado y que San Francisco se había marchado, se levantó también él y fue en su busca; hallando abierta la puerta que daba al bosque, pensó que San Francisco habría ido allá, y se adentró en el bosque. Al llegar cerca del sitio donde estaba orando San Francisco, comenzó a oír una animada conversación; se aproximó más para entender lo que oía, y vio una luz admirable que envolvía a San Francisco; dentro de esa luz vio a Jesús, a la Virgen María, a San Juan el Bautista y al Evangelista, y una gran multitud de ángeles, que estaban hablando con San Francisco. Al ver y oír esto, el niño cayó en tierra desvanecido.

Cuando terminó el misterio de aquella santa aparición, volviendo al eremitorio, San Francisco tropezó con los pies en el niño, que yacía en el camino como muerto, y, lleno de compasión, lo tomó en brazos y lo llevó a la cama, como hace el buen pastor con su ovejita.

Pero, al saber después, de su boca, que había visto aquella visión, le mandó no decirla jamás mientras él estuviera en vida. Este niño fue creciendo grandemente en la gracia de Dios y devoción de San Francisco y llegó a ser un religioso eminente en la Orden; sólo después de la muerte de San Francisco descubrió aquella visión a los hermanos.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XVIII

Cómo San Francisco reunió un capítulo de cinco mil hermanos en Santa María de los Angeles

El fiel siervo de Cristo Francisco reunió una vez un capítulo general en Santa María de los Angeles, al que asistieron cinco mil

hermanos [1]. En él estuvo presente Santo Domingo, cabeza y fundador de la Orden de los Hermanos Predicadores; se dirigía de Borgoña a Roma, y, habiendo sabido de aquella asamblea capitular reunida por San Francisco en la llanura de Santa María de los Angeles, fue a verla con siete hermanos de su Orden [2].

Se halló también presente a este capítulo un cardenal devotísimo de San Francisco, al cual él le había profetizado que sería papa, y así fue [3]. Este cardenal había llegado expresamente de Perusa, donde se hallaba la corte pontificia, a Asís; y todos los días iba a ver a San Francisco y a sus hermanos; a veces cantaba la misa, otras veces predicaba a los hermanos en el capítulo. Experimentaba grande gozo y devoción este cardenal, cuando iba a visitar aquella santa asamblea, viendo en la explanada, en torno a Santa María de los Angeles, sentados a los hermanos por grupos; sesenta aquí, cien allá, doscientos o trescientos más allá, todos a una ocupados en razonar de Dios; unos llorando de consuelo, otros en oración, otros en ejercicios de caridad; y en un ambiente tal de silencio y de modestia, que no se oía el menor ruido. Lleno de admiración al ver una multitud tan bien ordenada, decía entre lágrimas de gran devoción:

—¡Verdaderamente éste es el campamento y el ejército de los caballeros de Dios!

En toda aquella muchedumbre, a ninguno se le oía hablar de cosas vanas o frívolas, sino que, dondequiera se hallaba reunido un grupo de hermanos, se les veía o bien orando, o bien recitando el oficio, o llorando los propios pecados y los de los bienhechores, o platicando sobre la salud del alma. Había por toda la explanada cobertizos hechos con cañizos y esteras, agrupados según las provincias a que pertenecían los hermanos; por eso este

[1] El *Capítulo de las esteras*, célebre en la historia de la Orden, suele colocarse en el año 1219. Sin embargo, el dato de la proximidad de la corte pontificia en Perusa obliga a adelantar a 1216 la fecha del capítulo de que hablan las *Florecillas;* pero entonces la fraternidad no había alcanzado la enorme cifra que supone el relato. Es posible que el relato haya juntado en un mismo recuerdo el capítulo de 1216, con la presencia de Hugolino y de Santo Domingo, y el de 1221, en que a Hugolino reemplazó el cardenal Rainero Capocci. En un principio, Francisco reunía a todos los hermanos dos veces al año en la Porciúncula; desde 1216, los capítulos fueron una vez al año, y por fin cada tres años. El de 1221 fue el último que congregó a todos los hermanos de la fraternidad; en adelante, según la Regla, las reuniones de la base se harían a nivel regional, mientras que los capítulos generales estarían integrados sólo por los ministros. La cifra de 5.000 participantes está confirmada por otras fuentes (LM 4,10; EP 68; ECCLESTON, *De adventu*, 6 ed. LITTLE, p.40; ANGEL CLARENO, *Expos. Regulae*, ed. OLIGER [Quaracchi 1212] p.128 y 190. Jordán de Giano da solamente 3.000 [o.c., 16 p.16]).

[2] No es inverosímil la visita de Santo Domingo de Guzmán al capítulo general, si éste tuvo lugar en 1216, ya que el fundador de la Orden de Predicadores estuvo en Roma con ocasión del IV Concilio de Letrán (1215). Tanto las fuentes franciscanas como las dominicas hablan de encuentros habidos entre los dos grandes fundadores, pero no es fácil determinar las fechas. Los cronistas franciscanos tienden a poner de relieve la superioridad carismática del Poverello frente a la prudencia humana y a la eficiencia científica y organizativa, en que llevaban ventaja los hijos de Santo Domingo. Cada una de las dos Ordenes gemelas tendría una misión diferente en el común servicio a la renovación de la Iglesia.

[3] Se trata del cardenal Hugolino.

capítulo fue llamado el capítulo de los cañizos o de las esteras. De cama les servía la desnuda tierra; algunos se acostaban sobre paja; por almohada tenían una piedra o un madero.

Todo esto hacía que todos los que los veían o escuchaban les mostraran gran devoción; y era tanta la fama de su santidad, que de la corte del papa, que estaba a la sazón en Perusa, y de otros lugares del valle de Espoleto iban a verlos muchos condes, barones y caballeros, y otros gentileshombres, y mucha gente del pueblo, así como también cardenales, obispos y abades, además de otros clérigos, ganosos de ver una asamblea tan santa, tan grande, tan humilde, como nunca la había conocido el mundo con tantos hombres santos juntos. Pero, sobre todo, iban para ver al que era cabeza y padre santísimo de toda aquella santa gente, aquel que había arrebatado al mundo semejante presa y había reunido una grey tan bella y devota tras las huellas del verdadero pastor Jesucristo.

Estando, pues, reunido todo el capítulo general, el santo padre de todos y ministro general, San Francisco, a impulsos del ardor del espíritu, expuso la palabra de Dios y les predicó en alta voz lo que el Espíritu Santo le hacía decir. Escogió por tema de la plática estas palabras:

—Hijos míos, grandes cosas hemos prometido, pero mucho mayores son las que Dios nos ha prometido a nosotros; mantengamos lo que nosotros hemos prometido y esperemos con certeza lo que nos ha sido prometido. Breve es el deleite del mundo, pero la pena que le sigue después es perpetua. Pequeño es el padecer de esta vida, pero la gloria de la otra vida es infinita [4].

Y, glosando devotísimamente estas palabras, alentaba y animaba a los hermanos a la obediencia y reverencia de la santa madre Iglesia, a la caridad fraterna, a orar por todo el pueblo de Dios, a tener paciencia en las contrariedades y templanza en la prosperidad, a mantener pureza y castidad angélicas, a permanecer en paz y concordia con Dios, y con los hombres, y con la propia conciencia; a amar y a observar la santísima pobreza. Y al llegar aquí dijo:

—Os mando, por el mérito de la santa obediencia, a todos vosotros aquí reunidos que ninguno de vosotros se preocupe ni ande afanoso sobre lo que ha de comer o beber, ni de cosa alguna necesaria al cuerpo, sino atended solamente a orar y alabar a Dios; y dejadle a Él el cuidado de vuestro cuerpo, ya que El cuida de vosotros de manera especial [5].

Todos ellos recibieron este mandato con alegría de corazón y rostro feliz. Y, cuando San Francisco terminó su plática, todos se pusieron en oración.

[4] Es textualmente el tema que, según Tomás de Celano, pone San Francisco, en una parábola, en boca del predicador sencillo ante el capítulo general; sin duda, corresponde al esquema de las exhortaciones de San Francisco en tales ocasiones (cf. 2C 191).

[5] 1Pe 5,7.

Estaba presente a todo esto Santo Domingo, y halló muy extraño semejante mandato de San Francisco, juzgándolo indiscreto; no le cabía que tal muchedumbre pudiese ir adelante sin tener cuidado alguno de las cosas corporales. Pero el Pastor supremo, Cristo bendito, para demostrar que él tiene cuidado de sus ovejas y rodea de amor singular a sus pobres, movió al punto a los habitantes de Perusa, de Espoleto, de Foligno, de Spello, de Asís y de toda la comarca a llevar de beber y de comer a aquella santa asamblea. Y se vio de pronto venir de aquellas poblaciones gente con jumentos, caballos y carros cargados de pan y de vino, de habas y de otros alimentos, a la medida de la necesidad de los pobres de Cristo. Además de esto, traían servilletas, jarras, vasos y demás utensilios necesarios para tal muchedumbre. Y se consideraba feliz el que podía llevar más cosas o servirles con mayor diligencia, hasta el punto que aun los caballeros, barones y otros gentileshombres, que habían venido por curiosidad, se ponían a servirles con grande humildad y devoción.

Al ver todo esto Santo Domingo y al comprobar en qué manera era verdad que la Providencia divina se ocupaba de ellos, confesó con humildad haber censurado falsamente de indiscreto el mandato de San Francisco, se arrodilló ante él diciendo humildemente su culpa y añadió:

—No hay duda de que Dios tiene cuidado especial de estos santos pobrecillos, y yo no lo sabía. De ahora en adelante, prometo observar la santa pobreza evangélica y maldigo, de parte de Dios, a todos aquellos hermanos de mi Orden que tengan en esta Orden la presunción de tener nada en propiedad [6].

Quedó muy edificado Santo Domingo de la fe del santísimo Francisco, no menos que de la obediencia, de la pobreza y del buen orden que reinaba en una concentración tan grande, así como de la Providencia divina y de la copiosa abundancia de todo bien.

En aquel mismo capítulo tuvo conocimiento San Francisco de que muchos hermanos llevaban cilicios y argollas de hierro a raíz de la carne, lo cual era causa de que muchos enfermaran, llegando algunos a morir, y de que otros se hallaran impedidos para la oración. Llevado, por lo tanto, de su gran discreción paternal, ordenó, por santa obediencia, que todos aquellos que tuviesen cilicios o argollas de hierro se los quitasen y los trajeran delante de él. Así lo hicieron. Y se contaron hasta quinientos cilicios de hierro, y mayor número de anillas, que llevaban en los brazos, en la cintura, en las piernas; en tal cantidad, que se formó un gran montón; y todo lo hizo dejar allí San Francisco [7].

[6] Hay una clara intención polémica en las expresiones puestas en boca de Santo Domingo. No es fácil precisar en qué grado el ideal de vida de San Francisco influyó en la evolución del de Santo Domingo; consta que por aquellos años éste adoptó la pobreza personal y colectiva como elemento esencial de su Orden; en 1220, el capítulo general de Bolonia sancionó este paso.

[7] El hecho está atestiguado por LP y EP: «El santo Padre ... prohibió en un ca-

Terminado el capítulo, San Francisco animó a todos a seguir en el bien y les instruyó sobre el modo de vivir sin pecado en este mundo malvado, y los mandó, llenos de consoladora alegría espiritual, a sus provincias con la bendición de Dios y la suya propia.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XIX

Cómo fue revelado a San Francisco que su enfermedad era un don de Dios para merecer el gran tesoro

Se hallaba San Francisco gravemente enfermo de los ojos, y messer Hugolino, cardenal protector de la Orden, por el tierno amor que le profesaba, le escribió que fuera a encontrarse con él en Rieti, donde había muy buenos médicos de los ojos [1]. San Francisco, recibida la carta del cardenal, fue primero a San Damián, donde estaba Santa Clara, esposa devotísima de Cristo, con el fin de darle alguna consolación y luego proseguir a donde el cardenal lo llamaba. Pero, estando aquí, a la noche siguiente empeoró de tal manera su mal de ojos, que no soportaba la luz. Como por esta razón no podía partir, le hizo Santa Clara una celdita de cañizos para que pudiera reposar. Pero San Francisco, entre el dolor de la enfermedad y por la multitud de ratones, que le daban grandísima molestia, no hallaba modo de reposar ni de día ni de noche.

Y como se prolongase por muchos días aquel dolor y aquella tribulación, comenzó a pensar y a reconocer que todo era castigo de Dios por sus pecados; se puso a dar gracias a Dios con todo el corazón y con la boca, y gritaba en alta voz:

—Señor mío, yo me merezco todo esto y mucho más. Señor mío Jesucristo, pastor bueno, que te sirves de las penas y aflicciones corporales para comunicar tu misericordia a nosotros pecadores, concédeme a mí, tu ovejita, gracia y fortaleza para que ninguna enfermedad, ni aflicción, ni dolor me aparte de ti.

Hecha esta oración, oyó una voz del cielo que le decía:

—Francisco, respóndeme: si toda la tierra fuese oro, y todos los mares, ríos y fuentes fuesen bálsamo, y todos los montes, colinas y rocas fuesen piedras preciosas, y tú hallases otro tesoro más noble aún que estas cosas, cuanto aventaja el oro a la tierra, el bálsamo al agua, las piedras preciosas a los montes y las rocas, y te

pítulo que los hermanos llevaran sobre la carne otra cosa que la túnica» (LP 50; EP 27). Véase, además, 2C 21; TC 59. San Francisco veía, en ese afán de maceración corporal, un peligro para la verdadera pobreza de espíritu (Adm 14).

[1] Este episodio, que la *Leyenda de Perusa* sitúa «dos años antes de la muerte» del Santo (LP 83; EP 100), tuvo lugar en el verano de 1225. Ya dijimos cómo San Francisco había contraído la enfermedad de los ojos —según parece, la conjuntivitis denominada *tracoma*— en su viaje a Oriente (1219-20).

fuese dado, por esta enfermedad, ese tesoro más noble, ¿no deberías mostrarte bien contento y alegre?

Respondió San Francisco:

—¡Señor, yo no merezco un tesoro tan precioso!

Y la voz de Dios prosiguió:

—¡Regocíjate, Francisco, porque ése es el tesoro de la vida eterna que yo te tengo preparado, y cuya posesión te entrego ya desde ahora; y esta enfermedad y aflicción es prenda de ese tesoro bienaventurado! [2]

Entonces, San Francisco llamó al compañero, con grandísima alegría por una promesa tan gloriosa, y le dijo:

—¡Vamos donde el cardenal!

Y, consolando antes a Santa Clara con santas palabras y despidiéndose de ella, tomó el camino de Rieti. Le salió al encuentro tal muchedumbre de gente cuando se acercaba, que no quiso entrar en la ciudad, sino que se dirigió a una iglesia distante de ella unas dos millas.

Al enterarse los habitantes de que se hallaba en aquella iglesia, acudieron en tropel a verlo, de forma que la viña de la iglesia quedó totalmente talada y la uva desapareció. El capellán tuvo con ello un gran disgusto y estaba pesaroso de haber dado hospedaje a San Francisco. Supo San Francisco, por revelación divina, el pensamiento del sacerdote; lo hizo llamar y le dijo:

—Padre amadísimo, ¿cuántas cargas de vino te suele dar esta viña en los años mejores?

—Doce cargas —respondió él.

—Te ruego, padre —le dijo San Francisco— que lleves con paciencia mi permanencia aquí por algunos días, ya que me siento muy aliviado, y deja, por amor de Dios y de este pobrecillo, que cada uno tome uvas de esta tu viña; que yo te prometo, de parte de nuestro Señor Jesucristo, que te ha de dar este año veinte cargas.

Esto lo hacía San Francisco para seguir allí, por el gran fruto espiritual que se producía palpablemente en la gente que acudía; muchos se iban embriagados del amor divino y decididos a abandonar el mundo.

El sacerdote se fió de la promesa de San Francisco, y dejó libremente la viña a merced de cuantos iban a verlo. ¡Cosa admirable! La viña quedó arrasada del todo y despojada, sin que quedara más que algún que otro racimo. Llegó el tiempo de la vendimia; el sacerdote recogió aquellos racimos, los echó en el lagar y los pisó, obtuvo veinte cargas de excelente vino, como se lo había profetizado San Francisco [3].

[2] Las demás fuentes franciscanas colocan aquí, como expresión del gozo desbordante del espíritu purificado de Francisco, la composición del *Cántico de las criaturas* o *Cántico del hermano sol* (2C 213; LP 83; EP 100).

[3] El hecho, atestiguado por LP 67 y EP 104, sucedió en la iglesia de San Fabián, hoy eremitorio de Santa María de la Foresta. Todavía existe el campo de la viña y el lagar de piedra, propiedad del sacerdote que hospedó a San Francisco.

Este milagro dio claramente a entender que así como, por los méritos de San Francisco, produjo tal abundancia de vino aquella viña despojada de uva, así el pueblo cristiano, estéril de virtudes por el pecado, produciría muchas veces abundantes frutos de penitencia por los méritos, la virtud y la doctrina de San Francisco.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XX

Visión admirable de un joven novicio que estaba en trance de salir de la Orden

Un joven muy noble y delicado entró en la Orden de San Francisco; y al cabo de unos días, por instigación del demonio, comenzó a sentir tal repugnancia al hábito que vestía, que le parecía llevar un saco vilísimo; las mangas, la capucha, la largura, la aspereza del mismo, todo se le hacía una carga insoportable. A esto se añadía el disgusto por la vida religiosa. Tomó, pues, la decisión de dejar el hábito y volver al mundo.

Había tomado la costumbre, como le había enseñado su maestro, cada vez que pasaba delante del altar del convento en que se conservaba el cuerpo de Cristo, de arrodillarse con gran reverencia, quitarse la capucha e inclinarse con los brazos cruzados ante el pecho. Y sucedió que la misma noche en que iba a marcharse y salir de la Orden, tuvo que pasar por delante del altar del convento; conforme a la costumbre, al pasar se arrodilló e hizo la reverencia.

En aquel momento fue arrebatado en espíritu, y Dios le mostró una visión maravillosa: vio delante de sí una muchedumbre casi infinita de santos que desfilaban en forma de procesión, de dos en dos, todos vestidos de brocados bellísimos y preciosos; sus rostros y sus manos resplandecían como el sol y se movían al compás de cantos y música de ángeles. Entre aquellos santos había dos, vestidos con mayor elegancia y más adornados que todos los otros, envueltos en tanta claridad, que llenaban de estupor a quien los contemplaba; y hacia el fin de la procesión vio uno adornado de tanta gloria, que semejaba un novel caballero con sus galas.

El joven no cabía de admiración ante tal visión, sin entender qué podía significar aquella procesión; y no osaba preguntar, estupefacto como se hallaba por la dulcedumbre. Cuando ya había pasado toda la procesión, cobró ánimo, corrió detrás de los últimos y les preguntó lleno de temor:

—¡Oh carísimos!, os ruego tengáis a bien decirme quiénes son los maravillosos personajes que forman esta procesión venerable.

—Has de saber, hijo —le respondieron—, que todos nosotros somos hermanos menores, que en este momento venimos de la gloria del paraíso.

—Y ¿quiénes son —preguntó— aquellos dos que resplandecen más que los otros?

—Aquellos dos —le respondieron— son San Francisco y San Antonio [1]; y ese último que has visto tan honrado es un santo hermano que ha muerto hace poco tiempo; a ése, por haber combatido valerosamente contra las tentaciones y haber perseverado hasta el fin, nosotros lo conducimos en triunfo a la gloria del paraíso. Estos vestidos de brocado, tan hermosos, que llevamos, nos han sido dados a cambio de la aspereza de las túnicas que llevábamos pacientemente en la vida religiosa; y la gloriosa claridad en que nos ves envueltos nos ha sido dada por Dios como premio a la penitencia humilde y a la santa pobreza, obediencia y castidad que hemos guardado hasta el fin. Por tanto, hijo, no te debe resultar penoso llevar el saco de la Orden, tan provechoso, ya que si, por amor de Cristo, desprecias el mundo, y mortificas la carne, y luchas valerosamente contra el demonio, tú también tendrás un día un vestido igual e igual claridad de gloria.

Dichas estas palabras, el joven volvió en sí mismo, y, animado con esta visión, echó de sí toda tentación, reconoció su culpa ante el guardián y los hermanos, y de allí en adelante deseó la aspereza de la penitencia y de los vestidos; y terminó su vida en la Orden en grandísima santidad.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXI

Cómo San Francisco amansó, por virtud divina, un lobo ferocísimo

En el tiempo en que San Francisco moraba en la ciudad de Gubbio, apareció en la comarca un grandísimo lobo, terrible y feroz, que no sólo devoraba los animales, sino también a los hombres; hasta el punto de que tenía aterrorizados a todos los habitantes, porque muchas veces se acercaba a la ciudad. Todos iban armados cuando salían de la ciudad, como si fueran a la guerra; y aun así, quien topaba con él estando solo no podía defenderse. Era tal el terror, que nadie se aventuraba a salir de la ciudad.

San Francisco, movido a compasión de la gente del pueblo, quiso salir a enfrentarse con el lobo, desatendiendo los consejos de los habitantes, que querían a todo trance disuadirle. Y, haciendo la señal de la cruz, salió fuera del pueblo con sus compañeros, puesta en Dios toda su confianza. Como los compañeros vacilaran en seguir adelante, San Francisco se encaminó resuel-

[1] El episodio es, por lo tanto, posterior a la muerte y a la canonización de San Antonio de Padua (1231 y 1232). Se trata de uno de los piadosos relatos que fueron apareciendo en época tardía a favor de una pedagogía ascética de sabor monástico.

tamente hacia el lugar donde estaba el lobo. Cuando he aquí que, a la vista de muchos de los habitantes, que habían seguido en gran número para ver este milagro, el lobo avanzó al encuentro de San Francisco con la boca abierta; acercándose a él, San Francisco le hizo la señal de la cruz, lo llamó a sí y le dijo:

—¡Ven aquí, hermano lobo! Yo te mando, de parte de Cristo, que no hagas daño ni a mí ni a nadie.

¡Cosa admirable! Apenas trazó la cruz San Francisco, el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y, obedeciendo la orden, se acercó mansamente, como un cordero, y se echó a los pies de San Francisco. Entonces, San Francisco le habló en estos términos:

—Hermano lobo, tú estás haciendo daño en esta comarca, has causado grandísimos males, maltratando y matando las criaturas de Dios sin su permiso; y no te has contentado con matar y devorar las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de dar muerte y causar daño a los hombres, hechos a imagen de Dios. Por todo ello has merecido la horca como ladrón y homicida malvado. Toda la gente grita y murmura contra ti y toda la ciudad es enemiga tuya. Pero yo quiero, hermano lobo, hacer las paces entre ti y ellos, de manera que tú no les ofendas en adelante, y ellos te perdonen toda ofensa pasada, y dejen de perseguirte hombres y perros.

Ante estas palabras, el lobo, con el movimiento del cuerpo, de la cola y de las orejas y bajando la cabeza, manifestaba aceptar y querer cumplir lo que decía San Francisco. Díjole entonces San Francisco:

—Hermano lobo, puesto que estás de acuerdo en sellar y mantener esta paz, yo te prometo hacer que la gente de la ciudad te proporcione continuamente lo que necesitas mientras vivas, de modo que no pases ya hambre; porque sé muy bien que por hambre has hecho el mal que has hecho. Pero, una vez que yo te haya conseguido este favor, quiero, hermano lobo, que tú me prometas que no harás daño ya a ningún hombre del mundo y a ningún animal. ¿Me lo prometes?

El lobo, inclinando la cabeza, dio a entender claramente que lo prometía. San Francisco le dijo:

—Hermano lobo, quiero que me des fe de esta promesa, para que yo pueda fiarme de ti plenamente.

Tendióle San Francisco la mano para recibir la fe, y el lobo levantó la pata delantera y la puso mansamente sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que le pedía. Luego le dijo San Francisco:

—Hermano lobo, te mando, en nombre de Jesucristo, que vengas ahora conmigo sin temor alguno; vamos a concluir esta paz en el nombre de Dios.

El lobo, obediente, marchó con él como manso cordero, en medio del asombro de los habitantes. Corrió rápidamente la noticia por toda la ciudad; y todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, fueron acudiendo a la plaza para ver el

lobo con San Francisco. Cuando todo el pueblo se hubo reunido, San Francisco se levantó y les predicó, diciéndoles, entre otras cosas, cómo Dios permite tales calamidades por causa de los pecados; y que es mucho más de temer el fuego del infierno, que ha de durar eternamente para los condenados, que no la ferocidad de un lobo, que sólo puede matar el cuerpo; y si la boca de un pequeño animal infunde tanto miedo y terror a tanta gente, cuánto más de temer no será la boca del infierno. «Volveos, pues, a Dios, carísimos, y haced penitencia de vuestros pecados, y Dios os librará del lobo al presente y del fuego infernal en el futuro.»

Terminado el sermón, dijo San Francisco:

—Escuchad, hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí ante vosotros, me ha prometido y dado su fe de hacer paces con vosotros y de no dañaros en adelante en cosa alguna si vosotros os comprometéis a darle cada día lo que necesita. Yo salgo fiador por él de que cumplirá fielmente por su parte el acuerdo de paz.

Entonces, todo el pueblo, a una voz, prometió alimentarlo continuamente. Y San Francisco dijo al lobo delante de todos:

—Y tú, hermano lobo, ¿me prometes cumplir para con ellos el acuerdo de paz, es decir, que no harás daño ni a los hombres, ni a los animales, ni a criatura alguna?

El lobo se arrodilló y bajó la cabeza, manifestando con gestos mansos del cuerpo, de la cola y de las orejas, en la forma que podía, su voluntad de cumplir todas las condiciones del acuerdo. Añadió San Francisco:

—Hermano lobo, quiero que así como me has dado fe de esta promesa fuera de las puertas de la ciudad, vuelvas ahora a darme fe delante de todo el pueblo de que yo no quedaré engañado en la palabra que he dado en nombre tuyo.

Entonces, el lobo, alzando la pata derecha, la puso en la mano de San Francisco. Este acto y los otros que se han referido produjeron tanta admiración y alegría en todo el pueblo, así por la devoción del Santo como por la novedad del milagro y por la paz con el lobo, que todos comenzaron a clamar al cielo, alabando y bendiciendo a Dios por haberles enviado a San Francisco, el cual, por sus méritos, los había librado de la boca de la bestia feroz.

El lobo siguió viviendo dos años en Gubbio; entraba mansamente en las casas de puerta en puerta, sin causar mal a nadie y sin recibirlo de ninguno. La gente lo alimentaba cortésmente, y, aunque iba así por la ciudad y por las casas, nunca le ladraban los perros. Por fin, al cabo de dos años, el hermano lobo murió de viejo; los habitantes lo sintieron mucho, ya que, al verlo andar tan manso por la ciudad, les traía a la memoria la virtud y la santidad de San Francisco [1].

En alabanza de Cristo. Amén.

[1] Mucho se ha escrito sobre la historicidad y el significado del relato del *lobo de Gubbio*. Puede tratarse de una transposición poetizada de la liberación del azote de los lobos que las fuentes biográficas colocan en la comarca de Greccio; de hecho, el

CAPÍTULO XXII

Cómo San Francisco domesticó unas tórtolas silvestres

Cierto muchacho había apresado un día muchas tórtolas y las llevaba a vender. Encontróse con él San Francisco, que sentía especial ternura por los animales mansos [1], y, mirando las tórtolas con ojos compasivos, dijo al muchacho:

—¡Oye, buen muchacho; dame, por favor, esas aves tan inocentes, que en la Sagrada Escritura representan a las almas castas, humildes y fieles, para que no vengan a parar en manos crueles que les den muerte!

El muchacho, impulsado por Dios, le dio al punto todas a San Francisco, y él las recibió en el seno y comenzó a hablar con ellas dulcemente:

—¡Oh hermanas mías tórtolas, sencillas, inocentes y castas! ¿Por qué os habéis dejado coger? Yo quiero ahora libraros de la muerte, y os haré nidos para que os multipliquéis y deis fruto, conforme al mandato de vuestro Creador.

Y San Francisco les hizo nido a todas. Ellas se domesticaron, y comenzaron a poner huevos y a empollar a la vista de los hermanos. Y vivían y alternaban familiarmente con San Francisco y los demás hermanos como si fueran gallinas alimentadas siempre por ellos. Y no se marcharon hasta que San Francisco les dio licencia para irse con su bendición.

Al muchacho que se las había dado dijo San Francisco:

—Hijo mío, tú llegarás a ser hermano menor en esta Orden y servirás en gracia a Jesucristo.

contenido del sermón de San Francisco es idéntico al del que dirige a los habitantes de Gubbio (cf. LP 74; 2C 35s. LM 8,11). O puede ser una ampliación dramatizada de otro hecho conservado en la *Legenda S. Verecundi:* Francisco va con un compañero, al atardecer, camino de Gubbio montado en un borriquillo. Unos labriegos le advierten del peligro por los muchos lobos que merodean por la zona. «Yo no he hecho ningún mal al hermano lobo para que tenga la osadía de comerse a nuestro hermano borriquito. Adiós, pues, hijos, y vivid en el temor de Dios». Y siguió el camino sin tropiezo (cf. en este volumen p.791).

Los fautores de la historicidad vieron corroborada su tesis cuando hace algunos años fue hallado el cráneo de un lobo en el lugar que la tradición señalaba como la tumba de la famosa fiera.

Historia o leyenda, la florecilla del hermano lobo quedará siempre como una creación genial, símbolo de lo que fue y continúa siendo la figura cristiana del Poverello.

[1] «Llama hermanos a todos los animales, si bien ama particularmente, entre todos, a los mansos» (2C 165). El aspecto más llamativo, más original, con ser eminentemente cristiano, de Francisco de Asís es su manera de situarse ante la creación. Todos los seres, formando una familia gozosa bajo la paternidad de Dios, son, para él, *hermanos* y *hermanas*. Tiene el arte de sintonizar y de dialogar con cada cosa, con cada viviente, como nunca hombre alguno lo ha hecho. Ciertamente, entra en gran parte su enorme sensibilidad de poeta, pero entra en mayor grado la madurez de una fe que se abre a las realidades con ingenuidad, sin manipularlas, respetándolas, con la actitud del pobre de espíritu, que rehúye apropiarse el bien que el Creador ha diseminado en cada creatura útil y bella. «A todas las criaturas las llamaba hermanas, como que había llegado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios, y con la agudeza del corazón penetraba, de modo eminente y desconocido a los demás, los secretos de las criaturas» (1C 81).

Y así sucedió: aquel joven se hizo religioso y vivió en la Orden con grande santidad.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXIII

Cómo San Francisco, estando en oración, vio al demonio entrar en un hermano

Estaba una vez San Francisco en oración en el convento de la Porciúncula, y vio, por divina revelación, todo el convento rodeado y asediado por los demonios como por un grande ejército; pero ninguno de ellos lograba entrar en el convento, porque todos aquellos hermanos eran de tanta santidad, que los demonios no hallaban por dónde penetrar. Pero ellos perseveraban en su empeño; y he aquí que uno de los hermanos tuvo un enfado con otro, y andaba maquinando cómo poder acusarlo y vengarse de él. Y este mal pensamiento fue la brecha que vio abierta el demonio; así pudo penetrar en el convento y fue a ponerse en el cuello de aquel hermano.

El pastor amante y solícito, que velaba de continuo sobre su grey, viendo que el lobo había entrado para devorar su ovejita, hizo llamar en seguida a aquel hermano y le ordenó que descubriera allí mismo el veneno del odio que había concebido contra el prójimo, y que le había hecho caer en las manos del enemigo.

Quedó él espantado al verse conocido por el Padre santo, declaró todo el veneno de su rencor, reconoció su culpa y pidió humildemente penitencia y misericordia. Hecho esto, una vez que él fue absuelto del pecado y recibió la penitencia, inmediatamente huyó el demonio ante San Francisco. El hermano, librado así de las manos de la bestia cruel por la bondad del buen pastor, dio gracias a Dios y, volviendo corregido y amaestrado a la grey del santo pastor, vivió en adelante en grande santidad.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXIV

Cómo San Francisco convirtió a la fe al sultán de Babilonia

San Francisco, impulsado por el celo de la fe de Cristo y por el deseo del martirio, pasó una vez al otro lado del mar con doce compañeros suyos muy santos con intención de ir derechamente al sultán de Babilonia [1]. Llegaron a un país de sarracenos, donde

[1] *Babilonia* era el nombre que se daba en Europa por aquel tiempo a la capital de Egipto, El Cairo. El sultán cuya conversión intentó San Francisco era Melek-el-

los pasos fronterizos estaban guardados por hombres tan crueles, que ningún cristiano que se aventurase a atravesarlos podría salir con vida; pero plugo a Dios que no murieran, sino que fueran presos, apaleados y atados, y luego conducidos a la presencia del sultán. Delante de él, San Francisco, bajo la guía del Espíritu Santo, predicó tan divinamente la fe de Jesucristo, que para demostrarla se ofreció a entrar en el fuego.

El sultán le cobró gran devoción debido a esa su constancia en la fe y al desprecio del mundo que observaba en él, pues, siendo pobrísimo, no quería aceptar regalo ninguno, como también por el anhelo del martirio que mostraba. Desde entonces, el sultán le escuchaba con agrado, le rogó que volviese a verle con frecuencia y le concedió a él y a sus compañeros que pudiesen predicar libremente donde quisieran. Y les dio una contraseña a fin de que no fuesen molestados de nadie.

Obtenido este salvoconducto, envió San Francisco de dos en dos a sus compañeros a diversas regiones de los sarracenos a predicar la fe de Cristo; y él, con uno de ellos, se encaminó al país que había elegido. Llegado allá, entró en un albergue para reposar. Había allí una mujer muy hermosa de cuerpo, pero sucia de alma, y esta mujer maldita provocó a San Francisco al pecado.

—Acepto —le dijo San Francisco—; vamos a la cama.

Y ella lo condujo a su cuarto. Entonces le dijo San Francisco:

—Ven conmigo, que te quiero llevar a un lecho mucho más bonito.

La llevó a una grande fogata que tenían encendida en aquella casa, y con fervor de espíritu se desnudó por completo, se echó junto al fuego sobre el suelo ardiente y la invitó a ella a desnudarse y tenderse también en una cama tan mullida y hermosa. Y estuvo así San Francisco por largo espacio con el rostro alegre, sin quemarse ni tostarse lo más mínimo. La mujer, espantada ante tal

Kamel, empeñado a la sazón en hacer frente a la quinta cruzada lanzada por los pueblos cristianos.

El viaje de San Francisco y su entrada pacífica más allá de las filas mahometanas hasta lograr ser recibido amistosamente por el sultán, está avalado por las fuentes históricas y aun por un testigo presencial: el obispo de San Juan de Acre, Jacobo de Vitry, en una carta escrita desde Damieta en marzo de 1220. Véase 1C 57; 2C 30; LM 9,8s; JORDÁN DE GIANO, o.c., 10 p.9. Como es natural, la fantasía fue rellenando la aventura con episodios menos creíbles, como el de la prueba del fuego, referido por San Buenaventura, y el de la tentación de la moza del partido en el mesón.

San Francisco se embarcó en Ancona el 24 de junio de 1219 con doce compañeros, que serían los iniciadores de la misión franciscana en Oriente. Haciendo escala en Chipre y en San Juan de Acre, llegó en agosto a Damieta, que desde hacía un año estaba sitiada por el ejército cristiano. Poco después debió de suceder la visita a Melek-el-Kamel. Provisto de un salvoconducto del sultán, visitó los santos lugares de Tierra Santa y regresó a Italia en el verano de 1220.

El valor verdadero de la entrada del Poverello entre los sarracenos está en haber sido el primer intento de cruzada de paz y de amistad en un momento de la historia en que se hallaban encarnizadamente encontrados el mundo cristiano y el mundo islámico. Hombre de Evangelio, quería demostrar que los recursos de la minoridad y del amor, y no las armas, eran los que debían emplearse con los infieles.

milagro y compungida en su corazón, no sólo se arrepintió del pecado y de su mala intención, sino que se convirtió totalmente a la fe de Cristo, y alcanzó tan gran santidad, que se salvaron muchas almas por su medio en aquel país [2].

Finalmente, viendo San Francisco que no era posible lograr mayor fruto en aquellas tierras, determinó, por divina inspiración, volver con todos sus compañeros a tierra de cristianos; los reunió a todos y fue a despedirse del sultán. Entonces le dijo el sultán:

—Hermano Francisco, yo me convertiría de buena gana a la fe de Cristo, pero temo hacerlo ahora, porque, si éstos llegaran a saberlo, me matarían a mí y te matarían a ti con todos tus compañeros. Tú puedes hacer todavía mucho bien y yo tengo que resolver asuntos de gran importancia; no quiero, pues, ser causa ni de tu muerte ni de la mía. Pero enséñame cómo puedo salvarme; yo estoy dispuesto a hacer lo que tú me digas.

Díjole entonces San Francisco:

—Señor, yo tengo que dejarte ahora; pero, una vez que esté de vuelta en mi país y haya ido al cielo, con el favor de Dios, después de mi muerte, si fuere voluntad de Dios, te mandaré a dos de mis hermanos, de mano de los cuales tú recibirás el bautismo de Cristo y te salvarás, como me lo ha revelado mi Señor Jesucristo. Tú, entre tanto, vete liberándote de todo impedimento, para que, cuando llegue a ti la gracia de Dios, te encuentre dispuesto a la fe y a la devoción.

El sultán prometió hacerlo así y lo cumplió.

Después de esto, emprendió el viaje de vuelta con aquel venerable colegio de sus santos compañeros. A los pocos años, San Francisco entregó su alma a Dios por muerte corporal. El sultán, que había caído enfermo, esperaba el cumplimiento de la promesa de San Francisco, e hizo colocar guardias en ciertos puntos con el encargo de que, si aparecían dos hermanos con el hábito de San Francisco, fuesen al punto conducidos a su presencia. Por el mismo tiempo se apareció San Francisco a dos hermanos y les ordenó que, sin perder tiempo, marchasen al sultán y procurasen su salvación, como él se lo había prometido. Aquellos hermanos pasaron en seguida el mar y fueron conducidos por los guardias a la presencia del sultán. Al verlos éste, se llenó de alegría y les dijo:

—Ahora sé verdaderamente que Dios me ha enviado a sus siervos para mi salvación, conforme a la promesa que me hizo San Francisco por revelación divina.

Recibió, pues, de aquellos hermanos la enseñanza de la fe de Cristo y el santo bautismo; y, regenerado así en Cristo, murió de

[2] Relato a todas luces legendario, con una fuerte impronta convencional de los ejemplos de los antiguos padres del yermo. Lo recoge en el siglo XIV, junto con otros similares, Bartolomé de Pisa en sus *Conformidades*. Véase AFH 12 (1919) p.348s 896s.

aquella enfermedad y su alma fue salva por las oraciones y los méritos de San Francisco [3].

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXV

Cómo San Francisco curó milagrosamente de alma y cuerpo a un leproso

El verdadero discípulo de Cristo San Francisco, mientras vivió en esta vida miserable, ponía todo su esfuerzo en seguir a Cristo, el perfecto Maestro. Así sucedía muchas veces, por obra divina, que cuando él curaba a alguien el cuerpo, Dios le sanaba al mismo tiempo el alma, tal como se lee de Cristo [1]. Por ello, no sólo servía él gustosamente a los leprosos, sino que había ordenado a los hermanos de su Orden que, cuando iban por el mundo o se detenían, sirvieran a los leprosos por amor de Cristo, que por nosotros quiso ser tenido por un leproso [2].

Sucedió una vez, en un lugar no lejos de aquel en que entonces se hallaba San Francisco, que los hermanos servían a los leprosos y enfermos de un hospital; y había allí un leproso tan impaciente, insoportable y altanero, que todos estaban persuadidos, como era en verdad, que estaba poseído del demonio, porque profería palabras groseras y maltrataba a quienes le servían, y, lo que era peor, blasfemaba tan brutalmente de Cristo bendito y de su madre santísima la Virgen María, que no se hallaba ninguno que quisiera y pudiera servirle. Y por más que los hermanos se esforzaban por sobrellevar con paciencia, por acrecentar el mérito de esta virtud, sus villanías e insultos, optaron por dejar abandonado al leproso, porque su conciencia no les permitía soportar las injurias contra Cristo y su madre. Pero no quisieron hacerlo sin haber informado antes a San Francisco, que se hallaba en un eremitorio próximo.

[3] Melek-el-Kamel murió en 1238. Se ignora el origen de la leyenda de su conversión.

Francisco regresó a Europa con el sentimiento de no haber logrado el martirio por Jesucristo. Más afortunados, los cinco componentes de la misión de Marruecos habían logrado esa meta, ofrendando su vida el 16 de enero de 1220. La vocación misionera de la Orden era un hecho; al completar la Regla con miras a la aprobación pontificia, Francisco añadió un importantísimo capítulo: *Los que van entre sarracenos y otros infieles.*

[1] Cf. Mt 9,1-8.

[2] Cf. Is 53,3s. San Francisco reconoce en su testamento que la gracia de la conversión le vino a través de su experiencia del servicio a los leprosos; fue Dios mismo quien «le llevó» entre ellos. Por eso, ese servicio de amor a los «hermanos cristianos» era el noviciado que él exigía de sus seguidores. En los primeros años de la fraternidad, los hermanos se hospedaban frecuentemente en las leproserías y tomaban a su cargo la asistencia de los leprosos (LP 9 y 65). Más aún, había cierto compromiso de compartir con ellos el fruto del trabajo y de la mendicación, como lo establecía 1R 8,10

Cuando se lo hicieron saber, fue San Francisco a ver al leproso. Acercándose a él, le saludó diciendo:

—Dios te dé la paz, hermano mío carísimo.

—Y ¿qué paz puedo yo esperar de Dios —respondió el leproso enfurecido—, si El me ha quitado la paz y todo bien y me ha vuelto podrido y hediondo?

—Ten paciencia, hijo —le dijo San Francisco—; las enfermedades del cuerpo nos las da Dios en este mundo para salud del alma; son de gran mérito cuando se sobrellevan con paciencia.

—Y ¿cómo puedo yo llevar con paciencia —respondió el leproso— este mal que me atormenta noche y día sin parar? Y no es sólo mi enfermedad lo que me atormenta, sino que todavía me hacen sufrir esos hermanos que tú me diste para que me sirvieran, y que no lo hacen como deben.

Entonces, San Francisco, conociendo por luz divina que el leproso estaba poseído del espíritu maligno, fue a ponerse en oración y oró devotamente por él. Terminada la oración, volvió y le dijo:

—Hijo, te voy a servir yo personalmente, ya que no estás contento de los otros.

—Está bien —dijo el enfermo—; pero ¿qué me podrás hacer tú más que los otros?

—Haré todo lo que tú quieras —respondió San Francisco.

—Quiero —dijo el leproso— que me laves todo de arriba abajo, porque despido tal hedor, que no puedo aguantarme yo mismo.

San Francisco hizo en seguida calentar agua con muchas hierbas olorosas; luego desnudó al leproso y comenzó a lavarlo con sus propias manos, echándole agua un hermano. Y, por milagro divino, donde San Francisco tocaba con sus santas manos desaparecía la lepra y la carne quedaba perfectamente sana. Y según iba sanando el cuerpo, iba también curándose el alma; por lo que el leproso, al ver que empezaba a curarse, comenzó a sentir gran compunción de sus pecados y a llorar amarguísimamente; y así, a medida que se iba curando el cuerpo, limpiándose de la lepra por el lavado del agua, por dentro quedaba el alma limpia del pecado por la contrición y las lágrimas.

Cuando se vio completamente sano de cuerpo y alma, manifestó humildemente su culpa y decía llorando en alta voz:

—¡Ay de mí, que soy digno del infierno por las villanías e injurias que yo he hecho a los hermanos y por mis impaciencias y blasfemias contra Dios!

Estuvo así quince días, llorando amargamente sus pecados y pidiendo misericordia a Dios, e hizo entera confesión con el sacerdote. San Francisco, al ver el milagro tan evidente que Dios había obrado por sus manos, dio gracias a Dios y se fue de aquel eremitorio a tierras muy distantes; debido a su humildad, en efecto, trataba de huir siempre de toda gloria mundana y en todas sus acciones buscaba el honor y la gloria de Dios y no la propia.

Y quiso Dios que aquel leproso, curado en el cuerpo y en el alma, enfermase de otra enfermedad quince días después de su arrepentimiento, y, fortalecido con los sacramentos eclesiásticos, murió santamente. Al ir al paraíso por los aires su alma se apareció a San Francisco cuando éste se hallaba orando en un bosque y le dijo:

—¿Me conoces?

—¿Quién eres? —dijo San Francisco.

—Soy el leproso que Cristo bendito curó por tus méritos —dijo él—, y ahora voy a la vida eterna; de lo cual doy gracias a Dios y a ti. Bendita sea tu alma y bendito tu cuerpo, benditas sean tus palabras y tus acciones, porque por tu mano se salvarán en el mundo muchas almas. Y sabe que en el mundo no hay un sólo día en que los santos ángeles y otros santos no estén dando gracias a Dios por los santos frutos que tú y tu Orden realizáis en diversas partes del mundo. ¡Cobrad ánimo, dad gracias a Dios y seguid así con su bendición!

Dichas estas palabras, se fue al cielo; y San Francisco quedó muy consolado.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXVI

Cómo San Francisco convirtió a tres ladrones homicidas

Yendo una vez San Francisco por el territorio de Borgo San Sepolcro, al pasar por una aldea llamada Monte Casale, se le presentó un joven muy noble y delicado, que le dijo:

—Padre, me gustaría mucho ser de vuestra fraternidad.

—Hijo —le respondió San Francisco—, tú eres joven, delicado y noble; se te va a hacer duro sobrellevar la pobreza y austeridad de nuestra vida.

—Padre, ¿no sois vosotros hombres como yo? —repuso él—. Lo mismo que vosotros la sobrelleváis, la podré sobrellevar también yo con la gracia de Cristo.

Agradó mucho a San Francisco esta respuesta; por lo que, bendiciéndolo, lo recibió, sin más, en la Orden y le puso por nombre hermano Angel. Este joven se portó tan a satisfacción, que, al poco tiempo, San Francisco lo hizo guardián del convento del mismo Monte Casale [1].

Por aquel tiempo merodeaban por aquellos parajes tres famosos ladrones, que perpetraban muchos males en toda la comarca.

[1] El eremitorio de Monte Casale, a cuatro kilómetros de Borgo San Sepolcro, en la montaña, existía ya en 1213. San Francisco se detuvo en él varias veces en sus viajes al monte Alverna. El episodio de los tres ladrones está atestiguado por la LP 115 y el EP 66. En cambio, la segunda parte, que relata la visión dantesca o, mejor, el sueño del tercer ladrón, ya penitentísimo religioso, pertenece al número de las fantasías bastardas que proliferaron en el siglo XIV y es adición posterior. Por ello hemos suprimido esa parte.

Un día fueron al eremitorio de los hermanos y pidieron al guardián, el hermano Angel, que les diera de comer. El guardián les reprochó ásperamente:

—¿No tenéis vergüenza, ladrones y asesinos sin entrañas, que, no contentos con robarles a los demás el fruto de sus fatigas, tenéis cara, además, insolentes, para venir a devorar las limosnas que son enviadas a los servidores de Dios? No merecéis que os sostenga la tierra, puesto que no tenéis respeto alguno ni a los hombres ni a Dios que os creó. ¡Fuera de aquí, id a lo vuestro y que no vuelva a veros aquí!

Ellos lo llevaron muy a mal y se marcharon enojados.

En esto regresó San Francisco de fuera con la alforja del pan y con un recipiente de vino que habían mendigado él y su compañero. El guardián le refirió cómo había despedido a aquella gente. Al oírle, San Francisco le reprendió fuertemente, diciéndole que se había portado cruelmente, porque mejor se conduce a los pecadores a Dios con dulzura que con duros reproches; que Cristo, nuestro Maestro, cuyo Evangelio hemos prometido observar, dice que *no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos,* y que El *no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia* [2]; y por esto El comía muchas veces con ellos.

—Por lo tanto —terminó—, ya que has obrado contra la caridad y contra el santo Evangelio, te mando, por santa obediencia, que, sin tardar, tomes esta alforja de pan que yo he mendigado y esta orza de vino y vayas buscándolos por montes y valles hasta dar con ellos; y les ofrecerás de mi parte todo este pan y este vino. Después te pondrás de rodillas ante ellos y confesarás humildemente tu culpa y tu dureza. Finalmente, les rogarás de mi parte que no hagan ningún daño en adelante, que teman a Dios y no ofendan al prójimo; y les dirás que, si lo hacen así, yo me comprometo a proveerles de lo que necesiten y a darles siempre de comer y de beber. Una vez que les hayas dicho esto con toda humildad, vuelve aquí [3].

Mientras el guardián iba a cumplir el mandato, San Francisco se puso en oración, pidiendo a Dios que ablandase los corazones de los ladrones y los convirtiese a penitencia.

Llegó el obediente guardián a donde estaban ellos, les ofreció el pan y el vino e hizo y dijo lo que San Francisco le había ordenado. Y plugo a Dios que, mientras comían la limosna de San Francisco, comenzaran a decir entre sí:

—¡Ay de nosotros, miserables desventurados! ¡Qué duras penas nos esperan en el infierno a nosotros, que no sólo andamos robando, maltratando, hiriendo, sino también dando muerte a nuestro prójimo; y, en medio de tantas maldades y crímenes, no tenemos remordimiento alguno de conciencia ni temor de Dios!

[2] Mt 9,12s.

[3] Acoger con cortesía y caridad a ladrones y malhechores era exigencia de la fraternidad evangélica. Cf. 1R 7,14.

En cambio, este santo hermano ha venido a buscarnos por unas palabras que nos dijo justamente reprochando nuestra maldad, se ha acusado de ello con humildad, y, encima de esto, nos ha traído el pan y el vino, junto con una promesa tan generosa del Padre santo. Estos sí que son siervos de Dios merecedores del paraíso, pero nosotros somos hijos de la eterna perdición, merecedores de las penas del infierno; cada día agravamos nuestra perdición, y no sabemos si podremos hallar misericordia ante Dios por los pecados que hasta ahora hemos cometido.

Estas y parecidas palabras decía uno de ellos; a lo que añadieron los otros dos:

—Es mucha verdad lo que dices; pero ¿qué es lo que tenemos que hacer?

—Vamos a estar con San Francisco —dijo el primero—, y, si él nos da esperanza de que podemos hallar misericordia ante Dios por nuestros pecados, haremos lo que nos mande; así podremos librar nuestras almas de las penas del infierno.

Pareció bien a los otros este consejo, y todos tres, de común acuerdo, marcharon apresuradamente a San Francisco y le hablaron así:

—Padre, nosotros hemos cometido muchos y abominables pecados; no creemos poder hallar misericordia ante Dios; pero, si tú tienes alguna esperanza de que Dios nos admita a misericordia, aquí nos tienes, prontos a hacer lo que tú nos digas y a vivir contigo en penitencia.

San Francisco los recibió con caridad y bondad, los animó con muchos ejemplos, les aseguró de la misericordia de Dios y les prometió con certeza que se la obtendría de Dios, haciéndoles ver cómo la misericordia de Dios es infinita. Y concluyó:

—Aunque hubiéramos cometido infinitos pecados, todavía es más grande la misericordia de Dios; según el Evangelio y el apóstol San Pablo, Cristo bendito ha venido a la tierra para rescatar a los pecadores [4].

Movidos de estas palabras y parecidas enseñanzas, los tres ladrones renunciaron al demonio y a sus obras; San Francisco los recibió en la Orden y comenzaron a hacer gran penitencia. Dos de ellos vivieron poco tiempo después de su conversión y se fueron al paraíso. Pero el tercero sobrevivió, y, recordando sin cesar sus pecados, se dio a tal vida de penitencia, que por quince años seguidos, fuera de las cuaresmas comunes, en que se acomodaba a los demás hermanos, en los demás tiempos estuvo ayunando tres días a la semana a pan y agua; andaba siempre descalzo, vestido de una sola túnica; nunca se acostaba después de los maitines.

[4] Cf. Tim 1,15.

Capítulo XXVII

Cómo San Francisco convirtió en Bolonia a dos estudiantes

Al llegar una vez San Francisco a Bolonia [1], todo el pueblo de la ciudad corrió para verlo; y era tan grande el tropel de gente, que a duras penas pudo llegar hasta la plaza. En medio de una gran multitud de hombres, de mujeres y de estudiantes, que llenaban la plaza, San Francisco se subió a un lugar elevado y comenzó a predicar lo que el Espíritu Santo le iba dictando. Y predicaba tan maravillosamente, que parecía, más bien, un ángel que un hombre quien predicaba; sus palabras celestiales eran como saetas agudas que traspasaban el corazón de cada oyente, y, por efecto de la predicación, se convirtieron a penitencia una gran muchedumbre de hombres y de mujeres.

Entre ellos hubo dos nobles estudiantes de la Marca de Ancona, uno por nombre Peregrino y el otro Ricerio; ambos, tocados en su corazón por una inspiración divina, como efecto del sermón, se acercaron a San Francisco para decirle que querían abandonar totalmente el mundo y ser de sus hermanos. Y San Francisco, conociendo por revelación que eran enviados por Dios y que habían de llevar una vida santa en la Orden, los recibió con alegría, diciéndoles:

—Tú, Peregrino, seguirás en la Orden el camino de la humildad, y tú, hermano Ricerio, te pondrás al servicio de tus hermanos.

Y fue así, porque el hermano Peregrino rehusó ser sacerdote y se quedó como lego, aunque era muy docto y grande canonista. Debido a esta su profunda humildad, llegó a gran perfección en la virtud, hasta el punto que el hermano Bernardo, el primogénito de San Francisco, dijo de él que era uno de los hermanos más perfectos de este mundo. Finalmente, este hermano Peregrino pasó, lleno de virtudes, de esta vida a la vida bienaventurada, realizando muchos milagros antes y después de la muerte [2].

Y el hermano Ricerio sirvió a los hermanos con devoción y fidelidad, viviendo en gran santidad y humildad; gozó de gran familiaridad con San Francisco, quien le confió muchos secretos. Habiendo sido nombrado ministro de la provincia de la Marca de Ancona, la gobernó durante mucho tiempo con grandísima paz y discreción. Al cabo de algún tiempo permitió Dios que fuese objeto de una fuerte tentación interna; se hallaba atribulado y angustiado, se maceraba con ayunos, disciplinas, lágrimas y oraciones día y noche, sin lograr ahuyentar aquella tentación; con fre-

[1] Bolonia era a la sazón el emporio de la ciencia del derecho. El sermón de que hablan las *Florecillas* pudo ser el del 15 de agosto de 1222, descrito por Tomás de Spalato, testigo presencial; los efectos de conversión coinciden con los de nuestro texto (cf. este mismo volumen p.970).

[2] Se trata del Beato Peregrino de Falerone, muerto hacia 1233. Su culto ha sido oficialmente reconocido por la Iglesia.

cuencia se veía en grande desesperación, ya que por esta causa se consideraba abandonado de Dios. Al borde de la desesperación, como último remedio, se decidió a ir a San Francisco, discurriendo de esta manera: «Si San Francisco me muestra buen semblante y me trata con familiaridad, creeré que aún tendrá Dios piedad de mí; de lo contrario, daré por cierto que estoy abandonado de Dios». Se puso, pues, en camino para ir a encontrar a San Francisco. El Santo se hallaba a la sazón gravemente enfermo en el palacio del obispo de Asís, y supo, por inspiración divina, toda la tentación y desesperación del hermano, así como su determinación y su venida. Al punto, San Francisco llamó a los hermanos León y Maseo y les dijo:

—Id en seguida al encuentro de mi hijo carísimo hermano Ricerio, abrazadlo de mi parte y saludadlo, y decidle que, entre todos los hermanos que hay en el mundo, yo lo amo a él con afecto singular.

Fueron ellos y lo hallaron en el camino. Lo abrazaron y le dijeron lo que San Francisco les había ordenado. Con esto él experimentó un consuelo tan grande, que casi quedó fuera de sí; y, dando gracias a Dios de todo corazón, se dirigió al lugar en que San Francisco yacía enfermo. Y, aunque San Francisco se hallaba gravemente enfermo, al oír que venía el hermano Ricerio, se levantó y le salió al encuentro, lo abrazó con gran ternura y le dijo:

—Hijo mío carísimo, hermano Ricerio, entre todos los hermanos que hay en el mundo, yo te amo particularmente.

Dicho esto, le hizo en la frente la señal de la santa cruz, le besó y añadió:

—Hijo carísimo, Dios ha permitido te sobreviniera esta tentación para que fuese para ti fuente de grandes merecimientos; pero, si tú quieres renunciar a esta ganancia, no la tengas.

¡Cosa admirable! No bien hubo dicho San Francisco estas palabras, le dejó por completo la tentación, como si nunca en toda la vida la hubiera tenido, y quedó completamente consolado [3].

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXVIII

Cómo el hermano Bernardo tuvo un arrobamiento, en el que permaneció desde la madrugada hasta la hora de nona

Cuánta gracia concede Dios muchas veces a los pobres evangélicos que abandonan el mundo por amor de Cristo, lo demuestra

[3] Sobre el hermano Ricerio cf. LP 101 n.2. Su culto ha sido aprobado por la Iglesia. San Francisco fue acogido por el obispo de Asís en su palacio en septiembre de 1226, próximo ya a la muerte. Y fue entonces, según el testimonio del hermano León, cuando Ricerio hizo esta pregunta al santo Fundador: «Dime, Padre, ¿cuáles fueron tus intenciones cuando empezaste a tener hermanos y cuáles son las que ahora tienes y las que crees has de mantener hasta el día de tu muerte?» Y obtuvo la respuesta del Santo (LP 101).

el caso del hermano Bernardo de Quintavalle, el cual, desde que tomó el hábito de San Francisco, era con mucha frecuencia arrebatado en Dios al contemplar las cosas celestiales. Sucedió una vez, entre otras, que, estando en la iglesia oyendo la misa totalmente absorto en Dios, quedó tan arrobado por la fuerza de la contemplación, que en el momento de la elevación del cuerpo de Cristo no se dio cuenta de nada y no se arrodilló ni se quitó la capucha, como lo hacían los demás que estaban presentes, sino que permaneció insensible, mirando fijamente sin pestañear, desde la madrugada hasta la hora de nona. Y después de nona, vuelto en sí, iba por el convento gritando en tono admirativo:

—¡Hermanos, hermanos, hermanos! No hay nadie en esta tierra tan grande ni tan noble que, si le prometieran un palacio hermosísimo lleno de oro, no aceptase con gusto llevar un saco de estiércol para ganar un tesoro tan valioso.

En este tesoro tan celestial, prometido a los amadores de Dios, fue introducido el hermano Bernardo en tal grado con su espíritu, que durante quince años anduvo siempre con la mente y el rostro vueltos hacia el cielo. Durante ese tiempo, jamás sació el hambre en la mesa, si bien tomaba un poco de lo que le era puesto delante, porque decía que no es perfecta la abstinencia que consiste en privarse de las cosas que no se prueban, sino que la verdadera abstinencia consiste en moderarse en las cosas que saben buenas al gusto.

Así es como llegó a una tal clarividencia y luz de la mente, que aun los hombres más doctos acudían a él en busca de solución de cuestiones difíciles y de pasajes intrincados de la Sagrada Escritura; y él aclaraba toda dificultad. Puesto que su mente se hallaba del todo liberada y abstraída de las cosas terrenas, se remontaba a la altura como las golondrinas, a impulsos de la contemplación; y le acaeció estar hasta veinte días, y a veces treinta, solo en las cimas de las más altas montañas contemplando las cosas celestiales. Por esta razón solía decir de él el hermano Gil que no a todos se concede este don otorgado al hermano Bernardo de poder alimentarse volando, como lo hacen las golondrinas. Y por esta gracia extraordinaria que había recibido de Dios, San Francisco gustaba muchas veces de hablar con él día y noche; así que algunas veces fueron hallados juntos, arrebatados en Dios durante toda la noche en el bosque, donde se habían recogido para hablar de Dios.

El cual sea bendecido por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo XXIX

Cómo el demonio se apareció al hermano Rufino en figura de Cristo crucificado y le dijo que estaba condenado

El hermano Rufino, uno de los más nobles caballeros de Asís, compañero de San Francisco y hombre de gran santidad, fue un tiempo fortísimamente atormentado y tentado en su interior por el demonio acerca de la predestinación. Esto le hacía andar triste y melancólico, porque el demonio le hacía creer que estaba condenado y que no era del número de los predestinados a ir a la vida eterna, siendo inútil todo lo que hacía en la Orden. Como esta tentación perdurara varios días y él no se atreviera a manifestarla a San Francisco por vergüenza, no omitiendo por ello las oraciones y las abstinencias que acostumbraba, el demonio comenzó a añadirle tristeza sobre tristeza, combatiéndolo, además de con la batalla interior, también con falsas apariciones exteriores. Una vez se le apareció en la forma del Crucificado y le dijo:

—¡Oh hermano Rufino! ¿A qué viene macerarte con penitencias y rezos, si tú no estás predestinado a ir a la vida eterna? Créeme, yo sé muy bien a quiénes he elegido y predestinado, y no creas a ese hijo de Pedro Bernardone si te dice lo contrario. Y no le preguntes sobre esto, porque ni él ni ningún otro lo sabe, sino yo, que soy el Hijo de Dios. Créeme, pues, si te digo que tú eres del número de los condenados; y el hijo de Pedro Bernardone, tu padre, como también su padre, están condenados, y todos los que le siguen están engañados.

Al oír estas palabras, el hermano Rufino comenzó a verse tan entenebrecido por el príncipe de las tinieblas, que estaba para perder por completo la fe y el amor que había profesado a San Francisco, y ya no se cuidaba de decirle nada. Pero lo que el hermano Rufino no dijo al santo Padre, se lo reveló a éste el Espíritu Santo. Viendo, pues, en espíritu San Francisco el gran peligro en que se hallaba el pobre hermano, mandó al hermano Maseo a buscarlo. El hermano Rufino le respondió con brusquedad:

—¡Qué tengo que ver yo con el hermano Francisco!

Entonces, el hermano Maseo, todo lleno de sabiduría divina, entreviendo la perfidia del demonio, le dijo:

—Hermano Rufino, ¿no sabes tú que el hermano Francisco es como un ángel de Dios, que ha iluminado a tantas almas en el mundo y por medio del cual hemos recibido nosotros la gracia de Dios? Quiero absolutamente que vengas a él, porque veo claramente que el demonio te está engañando.

A estas palabras, el hermano Rufino se puso en camino para ir a San Francisco. Viéndole venir de lejos, San Francisco comenzó a gritarle:

—¡Oh hermano Rufino, tontuelo!, ¿a quién has dado crédito?

Llegado el hermano Rufino, le manifestó punto por punto

toda la tentación que había sufrido del demonio interior y exteriormente, haciéndole ver que aquel que se le había aparecido era el demonio y no Cristo, y que en manera alguna debía hacer caso de sus insinuaciones.

—Si vuelve otra vez el demonio a decirte: «Estás condenado» —añadió San Francisco—, no tienes más que decirle: «¡Abre la boca, y me cago en ella!» y verás cómo huye en cuanto tú le digas esto; señal de que es el diablo [1]. Y debías haber conocido que era del demonio al ver cómo endurecía tu corazón para todo bien; éste, en efecto, es su oficio. En cambio, Cristo bendito jamás endurece el corazón del hombre fiel, antes, al contrario, lo ablanda, como dice por la boca del profeta: *Yo os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne* [2].

Entonces, el hermano Rufino, al ver que San Francisco le decía punto por punto cómo había sido su tentación, se compungió con sus palabras, rompió a llorar a lágrima viva y cayó a los pies de San Francisco, reconociendo humildemente la culpa que había cometido ocultando su tentación. Quedó así muy consolado y confortado con las recomendaciones del Padre santo y totalmente cambiado para mejor. Por fin, le dijo San Francisco:

—Anda, hijo, confiésate y no abandones el ejercicio acostumbrado de la oración; no dudes que esta tentación te servirá de gran utilidad y consuelo, como lo comprobarás muy pronto.

Volvió el hermano Rufino a su celda en el bosque, y, hallándose en oración con muchas lágrimas, he aquí que vuelve a venir el enemigo bajo la figura de Cristo, según la apariencia exterior, y le dice:

—¡Oh hermano Rufino!, ¿no te dije que no debías creer al hijo de Pedro Bernardone y que es inútil que te fatigues en lágrimas y oraciones, puesto que estás condenado sin remedio? ¿De qué te sirve atormentarte cuando estás en vida, si al morir te has de ver condenado?

Al punto, le respondió el hermano Rufino:

—¡Abre la boca, y me cago en ella!

El demonio, enfurecido, se fue inmediatamente, causando tal tempestad y cataclismo de piedras que caían del monte Subasio a una y otra parte, que por largo espacio de tiempo siguieron cayendo piedras hasta abajo; y era tan grande el ruido de las piedras chocando las unas con las otras al rodar, que se llenaba el valle del resplandor de las chispas. Al ruido tan espantoso que producían, salieron del eremitorio, alarmados, San Francisco y

[1] Así exactamente en el texto original, aun en la redacción latina de *Actus*. Nos permitimos observar, con el editor Bughetti, que, si bien puede causar desagrado a oídos delicados una expresión tan cruda, no hay por qué suavizarla, una vez que San Francisco, tan dulce con todo el mundo, creyó que semejante exorcismo era el más eficaz para ahuyentar al «padre de la mentira» y el recurso mejor para aliviar, con una salida de humor, el ánimo abatido del hermano Rufino (cf. BUGHETTI, *Fioretti* p.116 n.1).

[2] Ez 36,26.

sus compañeros para ver lo que ocurría, y pudieron ver aquel torbellino de piedras.

Entonces, el hermano Rufino se convenció claramente de que había sido el demonio quien le había engañado. Volvió a San Francisco y se postró otra vez en tierra, reconociendo su pecado. San Francisco le animó con dulces palabras y lo mandó totalmente consolado a su celda.

Estando en ella devotamente en oración, se le apareció Cristo bendito, le enardeció el alma en el amor divino y le dijo:

—Has hecho bien, hijo, en creer a Francisco, porque el que te había llenado de tristeza era el diablo; pero yo soy Cristo, tu Maestro, y, para que no te quepa duda alguna, te doy esta señal: mientras vivas no volverás a sentir tristeza ni melancolía.

Dicho esto, desapareció Cristo, dejándolo lleno de tal alegría y dulzura de espíritu y elevación del alma, que día y noche estaba absorto y arrobado en Dios.

Desde entonces fue de tal manera confirmado en gracia y en la seguridad de su salvación, que se halló cambiado en otro hombre, y hubiera estado día y noche en oración contemplando las cosas divinas si los demás le hubieran dejado. Por eso decía de él San Francisco que el hermano Rufino había sido ya canonizado en vida por Jesucristo y que él no dudaría, excepto delante de él, en llamarlo «San Rufino» aun estando vivo en la tierra [3].

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXX

La hermosa predicación que hicieron en Asís San Francisco y el hermano Rufino cuando predicaron sin hábito

Este hermano Rufino estaba de tal manera absorto en Dios por la continua contemplación, que se había hecho como insensible y mudo; hablaba muy poco; por otra parte, no poseía ni gracia, ni valor, ni facilidad para hablar en público. No obstante, San Francisco le ordenó un vez ir a Asís y predicar al pueblo lo que Dios le inspirase. El hermano Rufino replicó:

—Padre reverendo, perdóname si te suplico que no me mandes tal cosa; sabes muy bien que yo no tengo gracia para predicar y soy simple e ignorante.

Entonces le dijo San Francisco:

[3] El episodio de la tentación del hermano Rufino debió de ocurrir en los comienzos de la fraternidad. Una segunda tentación similar, de desconfianza en San Francisco por razón del origen burgués de éste y de su falta de cultura, se halla en la *Vita fratris Rufini (Chronica XXIV generalium:* AF 3 p.48s); el escenario es también el del eremitorio del monte Subasio, llamado *Le Carceri;* aún se muestra en el bosque la gruta del hermano Rufino.

—Ya que no has obedecido en seguida, te mando, en virtud de santa obediencia, que vayas desnudo a Asís, con sólo los calzones; entres en una iglesia y, así desnudo, prediques al pueblo.

A esta orden, el hermano Rufino se quitó el hábito y fue desnudo a Asís, entró en una iglesia y, hecha la reverencia al altar, subió al pulpito y comenzó a predicar. Al verlo, comenzaron a reírse los muchachos y los hombres, y se decían:

—Estos hombres, a fuerza de penitencia, acaban por perder la razón y se vuelven fatuos.

Mientras tanto, San Francisco se puso a reflexionar sobre la pronta obediencia del hermano Rufino, que era de los primeros caballeros de Asís, y sobre la orden tan dura que le había impuesto, y comenzó a reprocharse a sí mismo: «¿De dónde te viene semejante presunción, hijo de Pedro Bernardone, hombrecillo vil, que te atreves a mandar al hermano Rufino, de los primeros caballeros de Asís, que vaya desnudo, como un loco, a predicar al pueblo? Por Dios, que vas a experimentar en ti lo que mandas a otros».

Al punto, con fervor de espíritu, se despojó del hábito y fue desnudo a Asís, llevando consigo al hermano León, que llevaba el hábito de él y el del hermano Rufino. Al verlo en tal guisa, los de Asís hicieron burla de San Francisco, juzgando que él y el hermano Rufino habían perdido el seso por la mucha penitencia. Entró San Francisco en la iglesia, donde estaba predicando el hermano Rufino en estos términos:

—Amadísimos míos, huid del mundo, dejad el pecado, devolved lo ajeno, si queréis evitar el infierno. Guardad los mandamientos de Dios, amando a Dios y al prójimo, si queréis ir al cielo. Haced penitencia, si queréis poseer el reino del cielo.

Entonces, San Francisco subió al pulpito y comenzó a predicar tan maravillosamente sobre el desprecio del mundo, la santa penitencia, la pobreza voluntaria, el deseo del reino celestial y sobre la desnudez y el oprobio de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, que todos cuantos estaban presentes al sermón, hombres y mujeres en gran muchedumbre, comenzaron a llorar fuertemente con increíble devoción. Y no sólo allí, sino en todo Asís, hubo aquel día tanto llanto por la pasión de Cristo, como jamás lo había habido.

Habiendo quedado el pueblo tan edificado y consolado con ese modo de portarse de San Francisco y del hermano Rufino, San Francisco vistió al hermano Rufino y se vistió él mismo; y así vestidos del hábito, regresaron al lugar de la Porciúncula, alabando y glorificando a Dios, que les había dado la gracia de vencerse mediante el desprecio de sí mismos, para edificar con el buen ejemplo a las ovejas de Cristo y poner de manifiesto cómo se debe despreciar el mundo. Desde aquel día creció tanto la devoción del pueblo hacia ellos, que se consideraba feliz quien podía tocar el borde de su hábito.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXXI

Cómo San Francisco conocía puntualmente los secretos de las conciencias de todos sus hermanos

Nuestro Señor Jesuscristo dice en el Evangelio: *Yo conozco a mis ovejas, y ellas me conocen,* etc. [1] De la misma manera, el bienaventurado padre San Francisco, como buen pastor, estaba al corriente de todos los méritos y virtudes de sus compañeros, por divina revelación, y conocía todos sus defectos. Por eso sabía proveer del mejor remedio, humillando a los orgullosos, ensalzando a los humildes, vituperando los vicios, alabando las virtudes, como se lee en las admirables revelaciones que él tuvo acerca de aquella su primera familia [2].

Entre ellas se refiere que, estando una vez San Francisco con el grupo platicando de Dios, el hermano Rufino no se hallaba con ellos en la conversación, porque estaba en contemplación en el bosque. Mientras ellos continuaban hablando de Dios, vieron al hermano Rufino que salía del bosque y pasaba a cierta distancia de ellos. En aquel momento, San Francisco, viéndole, se volvió a sus compañeros y les preguntó:

—Decidme, ¿cuál creéis vosotros que es el alma más santa que tiene Dios en el mundo?

Ellos le respondieron que creían fuese la de él; pero San Francisco les dijo:

—Yo, hermanos amadísimos, soy el hombre más indigno y más vil que tiene Dios en este mundo. Pero ¿veis a ese hermano Rufino que sale ahora del bosque? Dios me ha revelado que su alma es una de las almas más santas que Dios tiene en este mundo; y yo os aseguro que no dudaría en llamarlo «San Rufino» ya en vida, porque su alma está confirmada en gracia, santificada y canonizada en el cielo por nuestro Señor Jesucristo.

Estas palabras, sin embargo, nunca las decía San Francisco en presencia del hermano Rufino.

Que San Francisco conocía de la misma manera los defectos de sus hermanos, se ve claramente en el caso del hermano Elías, a quien muchas veces reprendió por su soberbia, y en el del hermano Juan de Cappella [3], a quien predijo que llegaría a ahorcarse él mismo, y en el de aquel hermano a quien el demonio tenía cogido por la garganta cuando era corregido por desobediencia, y en el de otros muchos hermanos, cuyos defectos secretos y cuyas virtudes él conocía claramente por revelación de Cristo bendito. Amén.

[1] Jn 10,14.

[2] Este don del Santo, unido a su excepcional discreción de espíritus, es puesto de relieve por los biógrafos; cf. 1C 47-50; 2C 27-54; LM 4,4; 11,3-13; EP 101-109.

[3] Angel Clareno da una versión curiosa de la causa del fin trágico de Juan de Capella: «Habiendo hurtado el ungüento con que había de ser embalsamado el cuerpo de San Francisco, fue y se ahorcó» (*Expos. Regulae*, ed. L. Oliger [Quaracchi 1912] p.5).

Capítulo XXXII

Cómo el hermano Maseo obtuvo de Cristo la gracia de la humildad

Los primeros compañeros de San Francisco se ingeniaban con todas sus fuerzas para ser pobres de cosas terrenas y ricos de virtudes, por las cuales se entra en posesión de las verdaderas riquezas celestiales y eternas.

Sucedió un día que, estando reunidos para hablar de Dios, uno de ellos propuso este ejemplo:

—Había un hombre, gran amigo de Dios, que poseía en alto grado la gracia de la vida activa y contemplativa, y juntaba a esto una humildad tan extrema y tan profunda, que creía ser un grandísimo pecador; esta humildad lo santificaba y confirmaba en gracia y le hacía crecer continuamente en la virtud y en los dones de Dios, sin dejarle nunca caer en pecado.

Al oír el hermano Maseo cosas tan maravillosas de la humildad y sabiendo que es un tesoro de vida eterna, comenzó a sentirse tan inflamado del amor y del deseo de esta virtud de la humildad, que, dirigiendo el rostro al cielo con gran fervor, hizo voto y propósito firmísimo de rehusar toda alegría en este mundo mientras no hubiera experimentado esta virtud perfectamente en su alma. Desde entonces se estaba encerrado en su celda todo cuanto podía, macerándose con ayunos, vigilias, oraciones y lágrimas copiosas delante de Dios para impetrar de El esta virtud, sin la cual él se consideraba digno del infierno, y de la cual estaba tan adornado aquel amigo de Dios de quien le habían hablado.

Estuvo muchos días el hermano Maseo con este deseo; un día fue al bosque, y andaba, con gran fervor de espíritu, derramando lágrimas, exhalando suspiros y lamentos, pidiendo a Dios con deseo ardiente esta virtud divina. Y, puesto que Dios escucha complacido las súplicas de los humildes y contritos, hallándose así el hermano Maseo, se oyó una voz del cielo que le llamó por dos veces, diciendo:

—¡Hermano Maseo, hermano Maseo!

El, conociendo en su espíritu que aquélla era la voz de Cristo, respondió:

—¡Señor mío, Señor mío!

—¿Qué darías tú a cambio de esta gracia que pides? —le dijo Cristo.

—Señor, ¡los ojos de mi cara daría yo! —respondió el hermano Maseo.

—Pues yo quiero —dijo Cristo— que tengas la gracia y también los ojos.

Dicho esto, calló la voz. El hermano Maseo quedó lleno de tanta gracia de la tan deseada virtud de la humiladad y de tanta luz de Dios, que desde entonces aparecía siempre lleno de júbilo; y muchas veces, cuando estaba en oración, dejaba escapar un

arrullo gozoso semejante al de la paloma: «uh, uh, uh», y con el rostro alegre y el corazón rebosante de gozo permanecía así en contemplación. Así y todo, habiendo llegado a ser humildísimo, se reputaba el último de todos los hombres del mundo.

Preguntado por el hermano Jacobo de Falerone por qué no cambiaba de tema en aquella manifestación de júbilo, respondió con gran alegría que, cuando en una cosa se halla todo el bien, no hay por qué cambiar de tema.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXXIII

Cómo Santa Clara bendijo, por orden del papa, los panes, y en cada uno apareció la señal de la santa cruz

Santa Clara, discípula devotísima de la cruz de Cristo y noble planta de messer San Francisco [1], era de tanta santidad, que no sólo obispos y cardenales, sino aun el papa deseaba, con grande afecto, verla y oírla, y la visitaba con frecuencia personalmente.

Una vez entre otras, fue el santo padre [2] al monasterio donde ella estaba para oírle hablar de las cosas celestiales y divinas; y, mientras se hallaban así entretenidos en divinos razonamientos, Santa Clara hizo preparar las mesas y poner el pan en ellas, para que el santo padre lo bendijera. Concluido el coloquio espiritual, Santa Clara, arrodillada con gran reverencia, le rogaba tuviera a bien bendecir el pan que estaba sobre la mesa. Respondió el santo padre:

—Hermana Clara fidelísima, quiero que seas tú quien bendiga este pan y que hagas sobre él esa señal de la cruz de Cristo, a quien tú te has entregado enteramente.

—Santísimo padre, perdonadme —repuso Santa Clara—; sería merecedora de gran reproche si, delante del vicario de Cristo, yo, pobre mujercilla, me atreviera a trazar esta bendición.

—Para que no pueda atribuirse a presunción —insistió el papa—, sino a mérito de obediencia, te mando, por santa obediencia, que hagas la señal de la cruz sobre estos panes y los bendigas en el nombre de Dios.

Entonces, Santa Clara, como verdadera hija de obediencia, bendijo muy devotamente aquellos panes con la señal de la cruz. Y, ¡cosa admirable!, al instante apareció en todos los panes la señal de la cruz, bellísimamente trazada. Entonces comieron una

[1] Ella misma gustaba de llamarse «plantita del padre San Francisco». Sobre Santa Clara véase Flor 15 n.1.

[2] El papa de quien aquí se trata debió de ser Gregorio IX, que sabemos visitó mas de una vez el monasterio de San Damián estando en Asís y profesaba gran veneración a la Santa. También Inocencio IV le hizo una visita en 1253, estando ella en el lecho de muerte.

parte de los panes, y la otra parte fue guardada en recuerdo del milagro. El santo padre, al ver el milagro, tomó de aquel pan y se marchó dando gracias a Dios, dejando a Santa Clara con su bendición.

Por entonces estaba en el monasterio sor Ortolana, madre de Santa Clara, y sor Inés, su hermana [3]; ambas, como Santa Clara, ricas de virtudes y llenas del Espíritu Santo, y, asimismo, otras muchas monjas. San Francisco les enviaba muchos enfermos, y ellas con sus oraciones y con la señal de la cruz les devolvían a todos la salud [4].

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXXIV

Cómo San Luis, rey de Francia, fue a visitar al hermano Gil en hábito de peregrino

Yendo San Luis, rey de Francia, visitando en pegrinación los santuarios del mundo y habiendo llegado a sus oídos la fama de santidad del hermano Gil, que había sido uno de los primeros compañeros de San Francisco, se propuso y tomó la firme determinación de visitarlo personalmente. A este fin vino a Perusa, donde se hallaba a la sazón el hermano Gil.

Llegando a la puerta del lugar de los hermanos como un pobre peregrino desconocido, con muy reducido acompañamiento, preguntó con gran insistencia por el hermano Gil, sin dar a entender al portero quién era el que preguntaba por él. Fue el portero y dijo al hermano Gil que en la puerta había un peregrino que preguntaba por él; y le fue revelado en espíritu que se trataba del rey de Francia. Al punto, con gran fervor, salió de la celda, corrió a la puerta y, sin preguntar más, siendo así que nunca se habían visto, se arrodilló ante él con gran devoción, y los dos se abrazaron y se besaron con suma alegría, como si desde muy atrás hubiera habido entre ellos estrecha amistad. Y a todo esto estaban sin decirse palabra el uno al otro, siguiendo abrazados en silencio entre señales de amor y de caridad. Habiendo estado así por un espacio de tiempo, sin decirse una palabra, se separaron el uno del otro, y San Luis prosiguió su viaje, mientras el hermano Gil se volvía a su celda.

Cuando hubo partido el rey, los hermanos preguntaron a uno

[3] Inés siguió a su hermana Clara a los quince días de la consagración de ésta en la Porciúncula,. en 1212; más tarde, en 1229, se les unió la tercera hermana: Beatriz. Por fin, Ortolana, la madre, al quedar viuda, fue a ponerse bajo la obediencia de su hija Clara, en fecha no precisada.

[4] De algunos casos de enfermos enviados por San Francisco y curados en San Damián hallamos testimonio en el *Proceso de canonización* de Santa Clara, ed. I. Omaechevarría, *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos* (Madrid, BAC, 1970).

de los acompañantes quién era aquel hombre que había estado tanto tiempo abrazado con el hermano Gil; él respondió que era Luis, el rey de Francia, que había venido para ver al hermano Gil. Al enterarse los hermanos, llevaron muy a mal que el hermano Gil no le hubiera dirigido la palabra, y le dijeron en tono de queja:

—Hermano Gil, ¿cómo has podido ser tan descortés que a rey tan grande, venido desde Francia para verte y escuchar de ti alguna buena palabra, tú no le has dicho nada?

—Hermanos carísimos —respondió el hermano Gil—, no os debe causar ello extrañeza, ya que ni yo a él ni él a mí hemos podido decirnos una palabra; en cuanto nos hemos abrazado, la luz de la divina sabiduría me ha manifestado a mí su corazón, y a él el mío; y así, por la acción divina, mirándonos mutuamente en los corazones, hemos conocido lo que yo quería decirle a él y lo que él quería decirme a mí mucho mejor y con mayor consolación que si nos hubiéramos hablado con la boca. Y, si hubiéramos querido explicar con la voz lo que sentíamos en el corazón, hubiera servido, más bien, de desconsuelo que de consolación, por la limitación de la lengua humana, que no es capaz de expresar los secretos misterios de Dios. Así, pues, no dudéis que el rey se ha marchado admirablemente consolado [1].

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXXV

Cómo, estando gravemente enferma Santa Clara, fue transportada milagrosamente, en la noche de Navidad, a la iglesia de San Francisco

Hallándose una vez Santa Clara gravemente enferma, hasta el punto de no poder ir a la iglesia para rezar el oficio con las demás monjas, llegó la solemnidad de la natividad de Cristo. Todas las demás fueron a los maitines, quedando ella sola en la cama, pesarosa de no poder ir con ellas y tener aquel consuelo espiritual. Pero Jesucristo, su esposo, no quiso dejarla sin aquel consuelo: la hizo transportar milagrosamente a la iglesia de San Francisco y asistir a todo el oficio de los maitines y de la misa de media noche, y además pudo recibir la sagrada comunión; después fue llevada de nuevo a su cama.

Las monjas, terminado el oficio en San Damián, fueron a ver a Santa Clara y le dijeron:

[1] San Luis IX de Francia no estuvo nunca en Italia; por lo tanto el relato de las *Florecillas* carece de fundamento histórico. Consta por otras fuentes el afecto que el santo rey mostraba a los franciscanos, y el cronista Salimbene refiere que él lo vio, en Sena, entrar en la iglesia de los menores, no con pompa regia, sino en hábito de peregrino (Ed. HOLDER-EGGER, en MGH, SS XXXII 222). Relato más breve del hecho en *Vita fratris Aegidii:* AF 3 p.90s.

—¡Ay madre nuestra, sor Clara! ¡Cuánto consuelo hemos tenido en esta santa noche de Navidad! Pluguiera a Dios que hubieras estado con nosotras.

Y Santa Clara respondió:

—Yo doy gracias y alabanzas a mi Señor Jesucristo bendito, hermanas e hijas mías amadísimas, porque he tenido la dicha de asistir, con gran consuelo de mi alma, a toda la función de esta noche santa y ha sido mayor que la que habéis tenido vosotras; por intercesión de mi padre San Francisco y por la gracia de mi Señor Jesucristo, me he hallado presente en la iglesia de mi padre San Francisco, y he oído con mis oídos espirituales y corporales todo el canto y la música del órgano, y hasta he recibido la sagrada comunión. Alegraos, pues, y dad gracias a Dios por esta gracia tan grande que me ha hecho. Amén [1].

Capítulo XXXVI

Una visión hermosa y admirable que tuvo el hermano León y cómo se la declaró San Francisco

Una vez que San Francisco se hallaba gravemente enfermo y el hermano León le servía, éste estaba haciendo oración al lado de San Francisco, y quedó arrobado y fue conducido en espíritu a un río grandísimo, ancho e impetuoso. Se puso a mirar a todos los que pasaban, y vio entrar en el río a algunos hermanos que iban muy cargados; apenas llegados a la corriente, eran arrastrados y se ahogaban; algunos lograban llegar hasta la tercera parte del río; otros, hasta la mitad, otros, hasta cerca de la otra orilla; pero todos terminaban siendo derribados y se ahogaban debido al ímpetu de la corriente y al peso que llevaban encima. Al ver esto, el hermano León estaba muy apenado por ellos. Y en esto vio venir una gran muchedumbre de hermanos sin ninguna carga ni impedimento; en ellos resplandecía la santa pobreza. Y vio cómo entraban en el río y pasaban al otro lado sin peligro alguno. Terminada esta visión, el hermano León volvió en sí.

Entonces, San Francisco, conociendo en espíritu que el hermano León había tenido alguna visión, lo llamó a sí y le preguntó qué es lo que había visto. Cuando el hermano León le hubo referido toda la visión puntualmente, le dijo San Francisco:

—Lo que tú has visto es verdadero. El río grande es este mundo; los hermanos que se ahogaban en el río son los que no

[1] El hecho corresponde sustancialmente al que se refiere en el *Proceso de canonización* de la Santa, atestiguado por varias de sus monjas; sólo que no dicen que Clara fuera «transportada milagrosamente», sino que desde su cama escuchó el canto y el órgano mientras se celebraban los solemnes oficios en la iglesia de San Francisco. Ocurrió en la Navidad de 1252, última que Clara celebró en la tierra. Cf. *Proceso* en I. OMAECHEVARRIA, o.c., p.77.80-81.86. Ya es sabido cómo este hecho motivó que Santa Clara fuese declarada Patrona de la televisión por Pío XII en 1958.

siguen la profesión evangélica, sobre todo en lo que se refiere a la altísima pobreza; y los que pasaban sin peligro son aquellos hermanos que no buscan ni poseen en este mundo ninguna cosa terrestre ni carnal, sino que, teniendo solamente lo imprescindible para comer y vestir, siguen contentos a Cristo desnudo en la cruz, llevando con alegría y de buen grado la carga y el yugo suave de Cristo y de la santa obediencia; por eso pasan con facilidad de la vida temporal a la vida eterna.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXXVII

Cómo San Francisco recibió en la Orden a un caballero cortés

San Francisco, siervo de Cristo, llegó una tarde, al anochecer, a casa de un gran gentilhombre muy poderoso. Fue recibido por él y hospedado con el compañero con grandísima cortesía y devoción, como si fuesen ángeles del cielo. Por ello, San Francisco le cobró gran amor, considerando que, al entrar en casa, le había abrazado y besado con muestras de amistad, luego le había lavado los pies y se los había secado y besado con humildad, había encendido un gran fuego y había hecho preparar la mesa con abundantes y buenos manjares, sirviéndole con el rostro alegre mientras comía. Cuando hubieron comido San Francisco y su compañero, dijo el gentilhombre:

—Padre, aquí me tenéis a vuestra disposición con todas mis cosas. Y si tenéis necesidad de una túnica, un manto o de cualquier otra cosa, compradla, que yo la pagaré. Y sabed que estoy dispuesto a proveer a todas vuestras necesidades, pues, por gracia de Dios, puedo hacerlo, ya que tengo en abundancia toda clase de bienes temporales; y por amor de Dios, que me los ha dado, yo hago uso de ellos con gusto en favor de sus pobres.

Viendo San Francisco en él tal cortesía, afabilidad y liberalidad en el ofrecimiento, sintió hacia él tanto amor, que luego, después de la partida, iba diciendo a su compañero:

—En verdad que este caballero sería bueno para nuestra compañía, ya que se muestra tan agradecido y reconocido para con Dios y tan afable y cortés para con el prójimo y para con los pobres. Has de saber, hermano carísimo, que la cortesía es una de las propiedades de Dios, que por cortesía da el sol y la lluvia a buenos y malos. La cortesía es hermana de la caridad, que extingue el odio y fomenta el amor [1]. Puesto que yo he encontrado en este hombre de bien en tal grado esta virtud divina, me gustaría tenerlo por compañero. Hemos de volver, pues, algún día a su casa, para ver si Dios le toca el corazón, moviéndole a venirse con

[1] Preciosa definición de la *cortesía*, elevada por Francisco al rango de virtud evangélica. El mismo, dice Celano, era sumamente cortés (1C 2.17.83), y quería que los hermanos se trataran entre sí y trataran a todos cortésmente (1R 7,15).

nosotros para servir a Dios. Entre tanto, nosotros rogaremos a Dios que le ponga en el corazón ese deseo y le dé la gracia de llevarlo a efecto.

¡Cosa admirable! Al cabo de unos días, como efecto de la oración de San Francisco, puso Dios ese deseo en el corazón del gentilhombre; y dijo San Francisco al compañero:

—Vamos, hermano, a casa del hombre cortés, porque yo tengo esperanza cierta en Dios de que él, siendo tan cortés en las cosas temporales, se dará a sí mismo para hacerse compañero nuestro.

Fueron, y, cuando estaban ya cerca de la casa, dijo San Francisco al compañero:

—Espérame un poco, que quiero antes suplicar a Dios que haga fructuoso nuestro viaje y que esta noble presa que tratamos de arrebatar al mundo nos la quiera conceder Cristo a nosotros, pobrecillos y débiles, por la virtud de su santísima pasión.

Dicho esto, se puso en oración en un lugar donde podía ser visto de aquel hombre cortés. Y plugo a Dios que, mirando éste a una y otra parte, viera a San Francisco, que estaba en oración devotísima delante de Cristo, que se le había aparecido en medio de una grande claridad mientras oraba, y estaba allí delante. Y vio cómo San Francisco permanecía elevado corporalmente de la tierra por largo espacio de tiempo. Como consecuencia fue de tal manera tocado por Dios y movido a dejar el mundo, que al punto salió de su palacio, corrió con fervor de espíritu a donde San Francisco estaba en oración y, arrodillándose a sus pies con gran devoción, le rogó que tuviera a bien recibirlo para hacer penitencia juntamente con él.

Entonces, San Francisco, en vista de que su oración había sido escuchada por Dios, puesto que el gentilhombre solicitaba con gran insistencia lo que él deseaba, levantóse con fervor y alegría de espíritu, lo abrazó y le besó devotamente, dando gracias a Dios, que había aumentado su compañía con la agregación de un tal caballero. Y decía aquel gentilhombre a San Francisco:

—¿Qué me mandas hacer, Padre mío? Aquí me tienes, dispuesto a dar a los pobres, si tú me lo mandas, todo lo que poseo y a seguir a Cristo contigo, libre así de la carga de todo lo temporal.

Así lo hizo, distribuyendo, según el consejo de San Francisco, todo su haber a los pobres y entrando en la Orden, en la cual vivió en gran penitencia, santidad de vida y pureza de costumbres.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXXVIII

Cómo San Francisco conoció en espíritu que el hermano Elías estaba condenado y que moriría fuera de la Orden

En cierta ocasión en que estaban de familia juntos en un lugar San Francisco y el hermano Elías, fue revelado por Dios a San Francisco que el hermano Elías estaba condenado, que apostataría de la Orden y que, finalmente, moriría fuera de la Orden. Por esta razón concibió San Francisco hacia él tal repulsión, que ni le hablaba ni conversaba con él; y, si ocurría que el hermano Elías venía a su encuentro, desviaba el camino y tiraba por otro lado para no encontrarse con él.

Así que el hermano Elías fue cayendo en la cuenta y comprendió que San Francisco estaba disgustado con él. Queriendo saber el motivo, un día se acercó a San Francisco para hablarle, y, cuando San Francisco trató de evitarlo, el hermano Elías lo detuvo cortésmente por la fuerza y comenzó a rogarle discretamente que, por favor, le dijera por qué motivo él esquivaba de aquel modo su compañía y su conversación. San Francisco le respondió:

—El motivo es éste: me ha sido revelado por Dios que tú, por causa de tus pecados, apostatarás de la Orden y morirás fuera de ella; además Dios me ha revelado que tú estás condenado.

Al oír esto, dijo el hermano Elías:

—Padre mío reverendo, te pido por amor de Cristo que tú, por esta causa, no me esquives ni eches de tu presencia, sino que, como buen pastor, a ejemplo de Cristo, encuentres y acojas a la pobre oveja que se pierde si tú no la ayudas. Pide a Dios por mí, para que, si es posible, revoque El la sentencia de mi condenación, ya que se halla escrito que Dios perdona y cambia la sentencia si el pecador se enmienda de su pecado; y yo tengo tanta fe en tu oración, que, aunque estuviera en lo profundo del infierno, si tú hicieras oración por mí a Dios, yo me sentiría aliviado. Así que yo te suplico que encomiendes a Dios a este pecador, puesto que El ha venido para salvar a los pecadores, para que me reciba en su misericordia.

Decía esto el hermano Elías con gran devoción y muchas lágrimas, por lo que San Francisco, como padre lleno de piedad, le prometió pedir por él a Dios; y así lo hizo. Y, orando a Dios con mucha devoción por él, conoció, por revelación, que su oración era escuchada por Dios en lo referente a la revocación de la sentencia de condenación del hermano Elías y que, finalmente, su alma no sería condenada, pero que ciertamente saldría de la Orden y moriría fuera de la Orden.

Y así sucedió, ya que, habiéndose rebelado contra la Iglesia el rey de Sicilia, Federico, y siendo por ello excomulgado por el papa él y todos los que le prestaran ayuda y consejo, el hermano Elías, que era reputado como uno de los hombres más doctos del

mundo, requerido por el rey Federico, se puso de su parte y se hizo rebelde a la Iglesia; por esta razón fue excomulgado por el papa y privado del hábito de San Francisco.

Hallándose así excomulgado, enfermó gravemente. Enterado de ello un hermano suyo, hermano laico que había seguido en la Orden y que era hombre de vida ejemplar, fue a visitarle, y le dijo entre otras cosas:

—Hermano mío carísimo, yo siento gran pesar de verte excomulgado y fuera de la Orden y que vas a morir en esta situación. Pero, si tú ves el camino y el modo como yo pueda ayudarte y sacarte de este peligro, gustosamente me tomaré cualquier trabajo por ti.

—Hermano mío —respondió el hermano Elías—, la única salida es que tú vayas al papa y le supliques, por amor de Cristo y de su siervo San Francisco, por cuyas enseñanzas yo abandoné el mundo, que me absuelva de la excomunión y me devuelva el hábito de la Orden.

Su hermano le aseguró que de buen grado haría todo lo que estuviera de su parte por la salvación de su alma. Se despidió de él y fue a postrarse a los pies del Santo Padre, suplicándole con mucha humildad que concediera esa gracia a su hermano por amor de Cristo y de San Francisco. Y plugo a Dios que el papa le concediera que volviese en seguida y, si encontraba al hermano Elías aún con vida, lo absolviera, de parte suya, de la excomunión y le devolviera el hábito. Con esto partió muy contento y volvió apresuradamente al hermano Elías; lo halló aún con vida, pero en trance de morir; lo absolvió de la excomunión y le devolvió el hábito. El hermano Elías pasó de esta vida; y su alma fue salvada por los méritos y las oraciones de San Francisco, en las que el hermano Elías había tenido gran esperanza [1].

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XXXIX

Cómo San Antonio, predicando ante el papa y los cardenales, fue entendido por gentes de diversas lenguas [1]

El admirable vaso del Espíritu Santo, San Antonio de Padua, uno de los discípulos y compañeros predilectos de San Francisco,

[1] Otra vez aparece en las *Florecillas* la sombra del hermano Elías, cuya memoria fue tan maltratada por el partido de los «espirituales» (cf. supra, Flor 4 n.1). Datos biográficos acerca de él en LP 17 n.5. El grupo de los celantes lo consideró como el responsable principal de la evolución de la fraternidad a costa del puro ideal de los orígenes. La crítica histórica ha rehabilitado hoy en gran parte la memoria del inteligente colaborador de San Francisco, de cuya confianza gozó siempre, a pesar de cuanto se dice en este relato.

[1] Este capítulo y el siguiente están dedicados a San Antonio de Padua, una de las conquistas más valiosas de la primera generación franciscana, si bien él no fue de los «compañeros» de San Francisco. Algunos datos biográficos en 1C 48 n.3.

que le llamaba su obispo [2], predicó una vez en consistorio delante del papa y de los cardenales; en este consistorio había muchos hombres de diversas naciones: griegos, latinos, franceses, alemanes, eslavos, ingleses y de otras diversas lenguas del mundo. Inflamado por el Espíritu Santo, expuso y desarrolló la palabra de Dios con tanta eficacia, profundidad y claridad, que todos los que se hallaban en el consistorio, aunque eran de lenguas tan diversas, entendieron claramente todas sus palabras sin perder una, como si hubiera hablado en el idioma de cada uno de ellos; hasta tal punto, que todos quedaron estupefactos, y les pareció que se había renovado el antiguo milagro de los apóstoles en tiempo de Pentecostés, cuando hablaron en todas las lenguas por la virtud del Espíritu Santo [3]. Y se decían unos a otros con admiración:

—¿No es de España [4] este que predica? Pues ¿cómo es que todos nosotros le oímos hablar en la lengua de nuestro país?

Y el mismo papa, lleno de admiración por la profundidad de sus palabras, dijo:

—A la verdad, éste es arca del Testamento y armario de la divina Escritura [5].

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XL

Cómo San Antonio predicó a los peces, y por este milagro convirtió a los herejes

Queriendo Cristo poner de manifiesto la gran santidad de su siervo San Antonio y acreditar su predicación y su doctrina santa para que fuese escuchada con devoción, se sirvió en cierta ocasión de animales irracionales, como son los peces, para reprender la necedad de los infieles herejes, del mismo modo como en el Antiguo Testamento había reprendido la ignorancia de Balaam [1].

Fue en ocasión que San Antonio se hallaba en Rímini, donde había una gran muchedumbre de herejes [2]. Durante muchos días había tratado de conducirlos a la luz de la verdadera fe y al camino de la verdad, predicándoles y disputando con ellos sobre la fe de Jesucristo y de la Sagrada Escritura. Pero ellos no sólo no

[2] Así en el encabezamiento de la carta en que le autorizaba a enseñar la teología a los hermanos: «Al hermano Antonio, mi obispo». Cf. en este volumen p.74. Está atestiguada por 2C 163.

[3] Act 2,4-13.

[4] En aquel tiempo se daba el nombre de España a toda la península Ibérica; Portugal, patria de San Antonio, era uno de los reinos de España.

[5] Fue, en efecto, Gregorio IX quien, según la *Legenda* de San Antonio, le calificó de «arca del Testamento» después de oírle predicar *(Legenda Assidua* 11).

[1] Núm 22,22-35.

[2] Se trata de los cátaros o patarenos, muy extendidos a la sazón en el norte de Italia.

aceptaron sus santos razonamientos, sino que, endurecidos y obstinados, no quisieron ni siquiera escucharle; por lo que un día San Antonio, por divina inspiración, se dirigió a la desembocadura del río junto al mar y, colocándose en la orilla entre el mar y el río, comenzó a decir a los peces como predicándoles:

—Oíd la palabra de Dios, peces del mar y del río, ya que esos infieles herejes rehúsan escucharla.

No bien hubo dicho esto, acudió inmediatamente hacia él, en la orilla, tanta muchedumbre de peces grandes, pequeños y medianos como jamás se habían visto, en tan gran número, en todo aquel mar ni en el río. Y todos, con la cabeza fuera del agua, estaban atentos mirando al rostro de San Antonio con gran calma, mansedumbre y orden: en primer término, cerca de la orilla, los más diminutos; detrás, los de tamaño medio, y más adentro, donde la profundidad era mayor, los peces mayores. Cuando todos los peces se hubieron colocado en ese orden y en esa disposición, comenzó San Antonio a predicar solemnemente, diciéndoles:

—Peces hermanos míos: estáis muy obligados a dar gracias, según vuestra posibilidad, a vuestro Creador, que os ha dado tan noble elemento para vuestra habitación, porque tenéis a vuestro placer el agua dulce y el agua salada; os ha dado muchos refugios para esquivar las tempestades. Os ha dado, además, el elemento claro y transparente, y alimento con que sustentaros. Y Dios, vuestro creador cortés y benigno, cuando os creó, os puso el mandato de crecer y multiplicaros y os dio su bendición. Después, al sobrevenir el diluvio universal, todos los demás animales murieron; sólo a vosotros os conservó sin daño. Por añadidura, os ha dado las aletas para poder ir a donde os agrada. A vosotros fue encomendado, por disposición de Dios, poner a salvo al profeta Jonás, echándolo a tierra después de tres días sano y salvo. Vosotros ofrecisteis el censo a nuestro Señor Jesucristo cuando, pobre como era, no tenía con qué pagar. Después servisteis de alimento al rey eterno Jesucristo, por misterio singular, antes y después de la resurrección. Por todo ello estáis muy obligados a alabar y bendecir a Dios, que os ha hecho objeto de tantos beneficios, mas que a las demás creaturas.

A estas y semejantes palabras y enseñanzas de San Antonio, comenzaron los peces a abrir la boca e inclinar la cabeza, alabando a Dios con esos y otros gestos de reverencia. Entonces, San Antonio, a la vista de tanta reverencia de los peces hacia Dios, su creador, lleno de alegría de espíritu, dijo en alta voz:

—Bendito sea el eterno Dios, porque los peces de las aguas le honran más que los hombres herejes, y los animales irracionales escuchan su palabra mejor que los hombres infieles.

Y cuanto más predicaba San Antonio, más crecía la muchedumbre de peces, sin que ninguno se marchara del lugar que había ocupado.

Ante semejante milagro comenzó a acudir el pueblo de la ciu-

dad, y vinieron también los dichos herejes; viendo éstos un milagro tan maravilloso y manifiesto, cayeron de rodillas a los pies de San Antonio con el corazón compungido, dispuestos a escuchar la predicación. Entonces, San Antonio comenzó a predicar sobre la fe católica; y lo hizo con tanta nobleza, que convirtió a todos aquellos herejes y los hizo volver a la verdadera fe de Jesucristo; y todos los fieles quedaron confortados y fortalecidos en la fe. Hecho esto, San Antonio licenció a los peces con la bendición de Dios y todos partieron con admirables demostraciones de alegría; lo mismo hizo el pueblo.

Después, San Antonio se detuvo en Rímini muchos días, predicando y haciendo fruto espiritual en las almas [3].

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XLI

Cómo el hermano Simón, hombre de gran contemplación, libró de una gran tentación a un hermano que estaba para dejar la Orden [1]

En los primeros tiempos de la Orden, viviendo todavía San Francisco, entró en la Orden un joven de Asís de nombre hermano Simón. Dios le adornó y dotó de tanta gracia y de tanta contemplación y elevación de espíritu, que toda su vida era un espejo de santidad, como lo oí de quienes por largo tiempo estuvieron con él. Muy raras veces era visto fuera de la celda; y las pocas veces que estaba con los hermanos, hablaba siempre de Dios.

No había estudiado nunca el latín, y, con todo, hablaba tan profundamente y con tanta sublimidad de Dios y del amor de Cristo, que sus palabras parecían palabras sobrenaturales. Una noche sucedió que, habiendo ido al bosque con el hermano Jacobo de Massa para hablar de Dios, se entretuvieron hablando

[3] La predicación a los peces aparece por primera vez en la vida de San Antonio, escrita por Juan Rigaud entre 1293 y 1319, pero el escenario es cerca de Padua. El sermón está calcado, a todas luces, en el que San Francisco dirigió a los pájaros (supra, Flor 16), aunque con un contenido poético muy inferior. Por otra parte, como sucede en otros milagros atribuidos a San Antonio en época tardía, los seres irracionales aparecen instrumentalizados para un fin apologético, mientras que el diálogo que San Francisco entabla con las hermanas aves, con la hermana cigarra, con la hermana liebre, con el hermano fuego, carecen de una ulterior intención; les habla, o, mejor, se habla a sí mismo, a impulsos de una fe que le hace sentirse hermano de toda creatura, efecto del amor del Padre Dios.

[1] Comienzan ahora los trece capítulos en que los protagonistas no son ya los «compañeros» de San Francisco, sino una serie de hermanos de gran virtud de la Marca de Ancona, en cuyo escenario geográfico y espiritual se realizó la compilación *Actus-Fioretti*, como dijimos en la introducción.

El hermano Simón de Asís fue uno de los puntales de la resistencia pacífica a la evolución de la «comunidad»; según Angel Clareno, fue perseguido, junto con el grupo de celantes, por el ministro general Crescencio de Jesi (*Historia septem tribulationum* II, ed. A. Ghinato [Roma 1959] 95). Murió en 1250.

dulcísimamente del amor divino durante toda la noche, y por la mañana les parecía haber estado poquísimo tiempo, como me lo refirió el mismo hermano Jacobo.

El hermano Simón recibía las divinas iluminaciones y las visitas amorosas de Dios con tanta suavidad y dulzura de espíritu, que muchas veces, al sentirlas venir, se echaba en la cama, porque la tranquila suavidad del Espíritu Santo le pedía no sólo el reposo de la mente, sino también el del cuerpo. Y en aquellas visitas divinas era con frecuencia arrebatado en Dios, y se volvía totalmente insensible a las cosas corporales. Una vez sucedió que, estando él así suspenso en Dios e insensible al mundo, abrasado por dentro de amor divino y sin sentir nada exteriormente con los sentidos corporales, un hermano quiso hacer la experiencia de comprobar si era como parecía; fue, cogió una brasa y se la aplicó al pie desnudo; el hermano Simón no sintió nada, ni la brasa le dejó señal alguna en el pie, no obstante haber seguido así tanto tiempo, que se apagó por sí sola.

Este hermano Simón, cuando se sentaba a la mesa, antes de tomar el alimento corporal, tomaba para sí y daba a los demás el alimento espiritual hablando siempre de Dios. Con estos discursos devotos convirtió en cierta ocasión a un joven de San Severino, que había sido en el siglo un galán vanidoso y mundano y era noble de sangre y muy delicado en su cuerpo. El hermano Simón, cuando lo recibió en la Orden, guardó consigo sus vestidos seglares; era, en efecto, el hermano Simón el encargado de iniciarlo en las observancias regulares. Pero el demonio, que anda buscando cómo poner tropiezos a todo bien, puso en él tan fuerte estímulo y tan ardiente propensión de la carne, que le era del todo imposible resistir. Por ello fue al hermano Simón y le dijo:

—Devuélveme mis vestidos de seglar, porque no puedo ya resistir las tentaciones carnales.

Y el hermano Simón, lleno de compasión hacia él, le decía:

—Siéntate un poco conmigo, hijo mío.

Y comenzaba a hablarle de Dios, con lo que la tentación se marchaba. Volvía de nuevo la tentación, él volvía a pedir los vestidos al hermano Simón por causa de la tentación, y, hablándole él de Dios otras tantas veces, cesaba la tentación.

Así varias veces, hasta que, por fin, una noche le asaltó la tentación con mayor fuerza de lo acostumbrado, y, no pudiendo resistir de ninguna manera, fue al hermano Simón y le pidió de nuevo todos sus vestidos de seglar, ya que le era absolutamente imposible seguir. Entonces, el hermano Simón, como lo había hecho otras veces, lo hizo sentar junto a él; y, mientras le hablaba de Dios, el joven reclinó la cabeza en el regazo del hermano Simón presa de gran melancolía y tristeza. El hermano Simón, movido fuertemente a compasión, alzó los ojos al cielo, y, poniéndose a orar muy devotamente por él, quedó arrobado y fue escuchado por Dios. Al volver en sí, el joven se sintió libre del todo de aquella tentación, como si jamás la hubiera tenido.

Más aún, el ardor de la tentación se cambió en ardor del Espíritu Santo, porque se había acercado a aquel carbón encendido que era el hermano Simón, y quedó todo inflamado en el amor de Dios y del prójimo, en tal grado, que, habiendo sido una vez apresado un malhechor, al que habían de ser arrancados los dos ojos, movido a compasión, fue él animosamente al rector, cuando estaba reunido el consejo en pleno y con muchas lágrimas y súplicas pidió que le fuera arrancado a él un ojo y otro al malhechor para que éste no quedara privado de los dos ojos. Al ver el rector y su consejo el gran fervor de la caridad de este hermano, perdonaron al uno y al otro.

Se hallaba un día el hermano Simón en el bosque en oración experimentando gran consolación en su alma, cuando una bandada de cornejas comenzó a molestarle con sus graznidos; él entonces les mandó, en nombre de Jesús, que se marcharan y no volvieran. Al punto partieron aquellos pájaros, y ya no fueron vistos ni allí ni en todo el contorno. Este milagro fue conocido en toda la custodia de Fermo, a la que pertenecía aquel convento [2].

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XLII

Algunos santos hermanos: Bentivoglia, Pedro de Monticello y Conrado de Offida. Y cómo el hermano Bentivoglia llevó a cuestas a un leproso quince millas en poquísimo tiempo

La provincia de la Marca de Ancona estuvo antiguamente adornada, como el cielo de estrellas, de hermanos santos y ejemplares, que, como lumbreras del cielo, han ilustrado y honrado a la Orden de San Francisco y al mundo con sus ejemplos y su doctrina.

Entre otros hay que enumerar, en primer lugar, al hermano Lúcido el antiguo, que fue verdaderamente luciente por la santidad y ardiente por la caridad divina; su lengua gloriosa, informada por el Espíritu Santo, obtenía frutos maravillosos en la predicación [1].

[2] Según el texto latino, era el convento de Brunforte. La «custodia» era una circunscripción regional dentro de una provincia religiosa. La provincia de la Marca de Ancona, una de las creadas en 1217, contaba en los comienzos del siglo XIV con siete custodias y 88 conventos. Cf. G. GOLUBOVICH, *Biblioteca bio-bibl.* II 260.

En el manuscrito de *Actus*, publicado por M. A. G. Little, se lee al final de este capítulo: «Y yo, hermano Hugolino de Monte Santa María, estuve en Brunforte durante tres años y vi con mis propios ojos este milagro, bien notorio así a los seglares como a los hermanos de toda la custodia».

[1] De este hermano Lúcido habla repetidas veces el libro de las *Conformidades*, de Bartolomé de Pisa (AF 4 p.256.283.515.618). También él es mencionado por Angel Clareno entre los celantes perseguidos por Crescencio de Jesi *(Hist. septem tribulationum*, ed. cit., 95). Y no sabemos si debe ser identificado con aquel inquieto hermano Lúcido, que no paraba en ningún lugar, y a quien San Francisco señalaba como ejemplo de sentido de peregrinación (EP 85).

Otro fue el hermano Bentivoglia de San Severino [2], a quien vio una vez el hermano Maseo de San Severino elevado en el aire por mucho tiempo mientras oraba en el bosque. Debido a este milagro, dicho hermano Maseo, que era párroco entonces, dejó el beneficio y se hizo hermano menor; y fue de tanta santidad, que hizo muchos milagros en vida y en muerte; su cuerpo está sepultado en Marro.

Ese hermano Bentivoglia, una vez que se hallaba en Trave Bonanti cuidando y sirviendo a un leproso, recibió orden de su superior de trasladarse a un convento distante quince millas. No queriendo él abandonar al leproso, con gran fervor de caridad se lo cargó a cuestas y lo llevó, desde la aurora hasta la salida del sol recorriendo todo aquel camino de quince millas, hasta el convento al que era destinado, que se llamaba Monte Sanvicino. Aunque hubiera sido un águila, no hubiera podido hacer volando todo aquel recorrido. Este divino milagro despertó en toda la región gran estupor y admiración.

Otro hermano, el hermano Pedro de Monticello [3], fue visto por el hermano Servadeo de Urbino, guardián suyo a la sazón en el convento viejo de Ancona, levantado corporalmente, a cinco o seis brazas del suelo, hasta los pies del crucifijo de la iglesia ante el cual estaba en oración. Este hermano Pedro había ayunado una vez con gran devoción durante la cuaresma de San Miguel Arcángel [4], y el último día de esta cuaresma, estando orando en la iglesia, un hermano joven que se había ocultado expresamente bajo el altar mayor atisbando algún hecho de santidad, le oyó conversar con San Miguel Arcángel en estos términos. San Miguel decía:

—Hermano Pedro, tú te has fatigado fielmente por mí y has mortificado tu cuerpo de diferentes maneras. Pues bien, yo he venido para consolarte; puedes pedir la gracia que quieras, y yo te la obtendré de Dios.

—Santísimo príncipe de la milicia celestial, fidelísimo celador del honor de Dios, protector misericordioso de las almas —respondió el hermano Pedro—, yo te pido esta sola gracia: que me obtengas de Dios el perdón de mis pecados.

—Pide otra gracia —dijo San Miguel—, porque ésa te la alcanzaré muy fácilmente.

Y como el hermano Pedro no pedía nada más, el arcángel terminó:

[2] Se trata del Beato Bentivoglia (latinizado, *Bentivolius*) de Bonis, de la familia de este apellido, fallecido en fecha incierta, después de 1232. Su culto ha sido reconocido oficialmente.

[3] También su culto ha sido oficialmente reconocido con el nombre de Beato Pedro de Treia, nombre actual del antiguo Monticello. Murió en 1304, en el convento de Sirolo. Figuró entre los más destacados del grupo de los «espirituales» (cf. A. CLARENO, l.c., p.159).

[4] Era una de las «cuaresmas» observadas por San Francisco, por la devoción que él profesaba al arcángel San Miguel. Comenzaba en la fiesta de la Asunción. Fue durante esa cuaresma, en 1224, cuando recibió las llagas.

—Por la fe y la devoción que me profesas, yo te conseguiré esa gracia que pides y muchas otras.

Acabada esta conversación, que se prolongó por mucho tiempo, desapareció el arcángel San Miguel, dejándolo sumamente consolado.

Contemporáneamente a este santo hermano Pedro vivía el hermano Conrado de Offida [5]. Ambos formaban parte de la familia del convento de Forano, de la custodia de Ancona. El hermano Conrado fue un día al bosque para contemplar a Dios y el hermano Pedro le fue siguiendo a escondidas para ver qué le sucedía. El hermano Conrado se puso en oración y comenzó a suplicar a la Virgen María con gran devoción y muchas lágrimas que le obtuviera de su Hijo bendito la gracia de experimentar un poco de aquella dulzura que sintió San Simeón el día de la Purificación, cuanto tuvo en sus brazos a Jesús, el Salvador bendito. Hecha esta oración, fue escuchado por la misericordiosa Virgen María. En aquel momento apareció la Reina del cielo con su Hijo bendito en los brazos en medio de una luz esplendorosa; se acercó al hermano Conrado y le puso en los brazos a su bendito Hijo; él lo recibió con gran devoción, lo abrazó y lo besó apretándolo contra el pecho, consumiéndose y derritiéndose en amor divino y en un consuelo inexplicable. Y también el hermano Pedro, que estaba viendo todo desde su escondrijo, sintió en su alma una grandísima dulcedumbre y consolación.

Cuando la Virgen María dejó al hermano Conrado, el hermano Pedro se volvió rápidamente al convento para no ser visto de él; pero luego, al ver al hermano Conrado que volvía muy alegre y jubiloso, le dijo el hermano Pedro:

—Hombre celestial, hoy has tenido una gran consolación.

—¿Qué dices, hermano Pedro? ¿Qué sabes tú lo que he tenido? —dijo el hermano Conrado. Y el hermano Pedro:

—Sí que lo sé, sí que lo sé. Te ha visitado la Virgen María con su Hijo bendito.

Entonces, el hermano Conrado, que, como hombre verdaderamente humilde, deseaba mantener secretas las gracias de Dios, le rogó que no dijera nada a nadie. Y desde entonces fue tan grande el amor que se tuvieron el uno al otro, que no parecía sino que en todo tuvieran un solo corazón y una sola alma.

Este hermano Conrado liberó en una ocasión, en el convento de Sirolo, a una mujer poseída del demonio, orando por ella toda la noche y apareciéndose a su madre; y a la mañana siguiente huyó para no ser hallado y honrado del pueblo.

En alabanza de Cristo. Amén.

[5] El Beato Conrado de Offida, entrado en la Orden en 1256 y fallecido en Bastia en 1306, es, juntamente con Pedro Juan Olivi, uno de los representantes más autorizados y venerados del partido de los «espirituales»; se distinguió por su espíritu de contemplación y su amor a la pobreza. De él habla ampliamente Angel Clareno (o.c., 159-70).

CAPÍTULO XLIII

Cómo el hermano Conrado amonestó a un hermano joven que servía de escándalo a sus hermanos y le hizo cambiar de conducta

Este mismo hermano Conrado de Offida, admirable celador de la pobreza evangélica y de la Regla de San Francisco, fue de vida tan religiosa y tan llena de méritos ante Dios, que Cristo bendito le honró con muchos milagros en vida y en muerte.

Entre ellos, uno fue éste: habiendo llegado una vez, de paso, al convento de Offida, los hermanos le rogaron, por amor de Dios y de la caridad, que amonestara a un hermano joven que había en aquel convento, y que perturbaba a toda la comunidad, tanto a viejos como a jóvenes, por su manera de portarse pueril, indisciplinada y libre; descuidaba habitualmente el oficio divino y las demás observancias regulares. El hermano Conrado, por compasión para con aquel joven y accediendo a los ruegos de los hermanos, le llamó aparte y con fervor de caridad le dirigió palabras de amonestación tan eficaces y llenas de unción, que, bajo la acción de la gracia divina, de niño que era, se volvió súbitamente maduro por su manera de comportarse; y tan obediente, bueno, diligente, piadoso y pacífico, tan servicial, tan aplicado a toda obra de virtud, que así como antes toda la casa andaba perturbada por causa de él, después todos estaban contentos y consolados y lo amaban profundamente.

Y plugo a Dios que poco después de su conversión muriera dicho hermano joven, con gran sentimiento de los hermanos. Pocos días después de su muerte se apareció su alma al hermano Conrado, que estaba en piadosa oración ante el altar de aquel convento, y le saludó devotamente como a padre suyo. El hermano Conrado le preguntó:

—¿Quién eres?

—Yo soy el alma de aquel hermano joven que murió hace unos días —respondió.

—Y ¿qué es ahora de ti, hijo carísimo? —volvió a preguntarle el hermano Conrado.

—Padre amadísimo —respondió—, por la gracia de Dios y por vuestra enseñanza, me ha ido bien, porque no estoy condenado; pero, debido a algunos pecados que cometí y que no tuve tiempo para expiar suficientemente, estoy padeciendo penas muy grandes en el purgatorio. Te ruego, padre, que.de la misma manera que me has ayudado cuando estaba vivo, así ahora tengas a bien socorrerme en mis penas rezando por mí algún padrenuestro, ya que tu oración es tan poderosa ante Dios.

Entonces, el hermano Conrado, accediendo de buen grado a su ruego, dijo por él una sola vez el padrenuestro con el *Requiem aeternam,* y aquella alma dijo:

—¡Oh padre carísimo, cuánto bien y cuánto refrigerio siento ahora! Por favor, dilo otra vez.

Así lo hizo el hermano Conrado. Cuando lo hubo rezado, dijo aquella alma:

—Padre santo, cuando tú oras por mí, me siento totalmente aliviado. Te pido, pues, que no dejes de rogar por mí a Dios.

Entonces el hermano Conrado, viendo que aquella alma era ayudada tan eficazmente por sus oraciones, rezó por ella cien padrenuestros; y, en cuanto los hubo terminado, dijo el alma:

—Te doy gracias, padre mío, de parte de Dios, por la caridad que has tenido para conmigo, porque por tu oración estoy ya libre de todas las penas, y así me voy al reino celestial.

Dicho esto, desapareció. Y el hermano Conrado, para dar a los hermanos alegría y consuelo, les refirió punto por punto toda esta visión.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XLIV

Dos hermanos que se amaban tanto, que, por caridad, se manifestaban el uno al otro las revelaciones que tenían

Al tiempo que moraban juntos en la custodia de Ancona, en el convento de Forano, los hermanos Conrado y Pedro (de Monticello), que eran dos estrellas brillantes en la provincia de las Marcas, dos hombres del cielo, estaban unidos entre sí con un amor y una caridad tan grande, que parecían no tener sino un solo corazón y una sola alma, y se habían ligado mutuamente con este pacto: que cualquier consolación que la misericordia de Dios otorgase a cualquiera de los dos, se la tenían que manifestar, por caridad, el uno al otro.

Sellado entre ambos este pacto, ocurrió un día que el hermano Pedro estaba en oración meditando muy piadosamente en la pasión de Cristo; y como la Madre santísima de Cristo y Juan, el amadísimo discípulo, y San Francisco estaban pintados al pie de la cruz, crucificados con Cristo por el dolor del alma, le vino el deseo de saber quién de los tres había experimentado mayor dolor por la pasión de Cristo; si la Madre, que lo había llevado en su seno, o el discípulo, que había reposado sobre su pecho, o San Francisco, que había sido crucificado con Cristo. Estando en este devoto pensamiento, se le apareció la Virgen María con San Juan Evangelista y San Francisco, vestidos de nobilísimas vestiduras de gloria bienaventurada; pero San Francisco aparecía vestido de una veste más hermosa que San Juan.

Y como el hermano Pedro quedó desconcertado por esta visión, San Juan le animó, diciéndole:

—No temas, hermano carísimo, porque nosotros hemos ve-

nido aquí para consolarte y aclararte el objeto de tu duda. Has de saber que la Madre de Cristo y yo hemos sufrido, por causa de la pasión de Cristo, más que ninguna otra creatura; pero, después de nosotros, nadie ha experimentado mayor dolor que San Francisco; por eso le ves con tanta gloria.

—Santísimo apóstol de Cristo —preguntó el hermano Pedro—, ¿por qué la vestidura de San Francisco es más hermosa que la tuya?

—La razón es ésta —respondió San Juan—: porque, cuando él estaba en el mundo, llevó un vestido más vil que el mío.

Dichas estas palabras, San Juan entregó al hermano Pedro un vestido de gloria que llevaba en la mano y le dijo:

—Toma este vestido que he traído para dártelo a ti.

Y como San Juan quería vestirlo con él, el hermano Pedro, estupefacto, cayó a tierra y comenzó a gritar:

—¡Hermano Conrado, hermano Conrado querido, ven en seguida, ven y verás cosas maravillosas!

A estas palabras desapareció la visión. Cuando llegó el hermano Conrado, le refirió al detalle todo lo sucedido, y dieron gracias a Dios. Amén.

Capítulo XLV

Cómo un hermano, por nombre Juan de la Penna, fue llamado por Dios a la Orden cuando aún era niño

A Juan de la Penna [1], cuando aún era niño en la provincia de las Marcas, antes de hacerse hermano, se le apareció una noche un niño bellísimo, que le llamó diciéndole:

—Juan, vete a San Esteban, donde está predicando uno de mis hermanos; cree en lo que enseña y pon atención a sus palabras, porque soy yo quien lo ha enviado. Hecho esto, tendrás que hacer un largo viaje, y después vendrás a estar conmigo.

Al punto, se levantó y sintió un cambio grande en su alma. Fue a San Esteban, y encontró allí una gran muchedumbre de hombres y de mujeres que habían acudido a oír el sermón. El que tenía que predicar era un hermano de nombre Felipe [2], uno de los primeros llegados a la Marca de Ancona; todavía eran pocos los conventos fundados en las Marcas.

Subió al púlpito el hermano Felipe para predicar, y lo hizo con gran unción; no con palabras de sabiduría humana, sino con la fuerza del Espíritu de Cristo, anunciando el reino de la vida eterna. Terminado el sermón, el niño se acercó al hermano Felipe y le dijo:

[1] El Beato Juan de Penna San Giovanni, muerto hacia 1275. Beatificado, asimismo oficialmente, como los anteriores.

[2] Probablemente el hermano Felipe Longo, uno de los once primeros compañeros de San Francisco.

—Padre, si tuvierais a bien recibirme en la Orden, yo haría de buen grado penitencia y serviría a nuestro Señor Jesucristo.

El hermano Felipe, viendo y reconociendo en él una admirable inocencia y la pronta voluntad de servir a Dios, le dijo:

—Ven a estar conmigo tal día a Recanati, y yo haré que seas recibido.

En aquel convento había de celebrarse el capítulo provincial. El niño, que era muy candoroso, pensó que era aquél el largo viaje que tenía que hacer, conforme a la revelación que había recibido, y que después iría al paraíso. Creía que así había de suceder en cuanto fuese recibido en la Orden. Marchó, pues, y fue recibido.

Viendo que su esperanza no era realizada y oyendo decir al ministro en el capítulo que a todos los que quisieran ir a la provincia de Provenza, con el mérito de la santa obediencia, él les daría de buen grado el permiso, le vino el deseo de ir, pensando en su corazón que aquél sería el largo viaje que había de hacer antes de ir al paraíso; pero tenía vergüenza de decirlo. Finalmente, se confió al hermano Felipe, que lo había hecho recibir en la Orden, y le rogó encarecidamente que le procurase aquella gracia de ir destinado a la provincia de Provenza. El hermano Felipe, viendo su candor y su santa intención, le consiguió aquel permiso. Así, pues, el hermano Juan se dispuso con grande gozo para ir, dando por seguro que al final de aquel viaje iría al paraíso.

Pero plugo a Dios que permaneciera en dicha provincia veinticinco años, siempre en esa espera y en ese deseo, viviendo con gran honestidad, santidad y ejemplaridad, creciendo sin cesar en virtud y en gracia ante Dios y ante el pueblo; y era sumamente amado de los hermanos y de los seglares.

Hallándose un día el hermano Juan en devota oración, llorando y lamentándose de que no se cumplía su deseo y de que se prolongaba demasiado su peregrinación en esta vida, se le apareció Cristo bendito. A su vista quedó como derretida su alma, y Cristo le dijo:

—Hijo mío hermano Juan, pídeme lo que quieras.

—Señor —respondió él—, yo no sé pedir otra cosa sino a ti, porque no deseo ninguna otra cosa. Pero lo que pido es que me perdones todos mis pecados y me concedas la gracia de verte otra vez cuando me halle en mayor necesidad.

—Ha sido escuchada tu petición —le dijo Cristo.

Dicho esto, desapareció, y el hermano Juan quedó muy consolado y confortado.

Por fin, habiendo oído los hermanos de las Marcas la fama de su santidad, insistieron tanto ante el general, que éste le mandó la obediencia para volver a las Marcas. Recibida esta obediencia, se puso gozosamente en camino, pensando que al término de este viaje había de ir al cielo, según la promesa de Cristo. Pero, vuelto a la provincia de las Marcas, vivió en ella otros treinta años, sin

ser reconocido por ninguno de sus parientes; y cada día esperaba que la misericordia de Dios le cumpliese la promesa. En ese tiempo desempeñó varias veces el oficio de guardián con gran discreción, y Dios realizó, por medio de él, muchos milagros.

Entre los demás dones recibidos de Dios, tuvo el don de profecía. En cierta ocasión, estando él fuera del convento, un novicio suyo fue combatido por el demonio y tentado con tal fuerza, que cedió a la tentación y tomó la determinación de dejar la Orden no bien estuviera de vuelta el hermano Juan. Conoció el hermano Juan, por espíritu de profecía, esa decisión; volvió en seguida a casa, llamó al novicio y le dijo que quería se confesara. Pero antes de la confesión le refirió puntualmente la tentación, tal como Dios se la había revelado, y terminó diciéndole:

—Hijo, por haberme esperado y no haber querido marcharte sin mi bendición, Dios te ha concedido la gracia de que nunca saldrás de esta Orden, sino que morirás en ella con la ayuda de la divina gracia.

Entonces aquel novicio fue confirmado en su buena voluntad, permaneció en la Orden y llegó a ser un santo religioso.

Todas estas cosas me las refirió a mí, hermano Hugolino, el mismo hermano Juan.

Este hermano Juan era hombre de espíritu alegre y sereno, hablaba raramente y poseía el don de la oración y devoción; después de los maitines no volvía nunca a la celda, sino que continuaba en la iglesia haciendo oración hasta el amanecer. Estando una noche así en oración después de los maitines, se le apareció el ángel de Dios y le dijo:

—Hermano Juan, ha llegado el término del viaje, que por tanto tiempo has esperado. Así, pues, te comunico, de parte de Dios, que puedes pedir la gracia que desees. Y te comunico, además, que tienes en tu mano elegir: o un día de purgatorio o siete días de padecimiento en este mundo.

Eligió el hermano Juan siete días de penas en este mundo, y en seguida cayó enfermo de diversas dolencias: le sobrevino una violenta fiebre, el mal de gota en las manos y los pies, dolores de costado y muchos otros males. Pero lo que más le atormentaba era el ver siempre a un demonio delante de él, con una hoja grande de papel en la mano, donde estaban escritos todos los pecados que había cometido o pensado, y le decía:

—Por causa de estos pecados cometidos por ti de pensamiento, palabra y obra, estás condenado a lo profundo del infierno.

Y él no se acordaba de haber hecho jamás ningún bien, ni de estar en la Orden, ni de que hubiera estado nunca en ella, sino que le dominaba la idea de estar condenado como el demonio se lo decía. Por eso, cuando alguien le preguntaba cómo estaba, respondía:

—Mal, porque estoy condenado.

Viendo esto, los hermanos hicieron llamar a un hermano muy

viejo, llamado Mateo de Monte Rubbiano, que era un santo hombre y muy amigo del hermano Juan. Llegó el hermano Mateo el día séptimo de la tribulación del hermano Juan, le saludó y le preguntó cómo estaba. El le respondió que mal, porque estaba condenado. Entonces le dijo el hermano Mateo:

—¿No te acuerdas que te has confesado conmigo muchas veces, y yo te he absuelto íntegramente de tus pecados? ¿No tienes presente que has servido a Dios tantos años en esta Orden? Por otra parte, ¿has olvidado, acaso, que la misericordia de Dios sobrepuja todos los pecados del mundo y que Cristo bendito, nuestro Salvador, ha pagado, para rescatarnos, un precio infinito? Ten confianza, porque no hay duda de que estás salvado.

A estas palabras, puesto que se había cumplido el tiempo de su purificación, desapareció la tentación y sobrevino la consolación. Y lleno de gozo, dijo el hermano Juan al hermano Mateo:

—Estás fatigado y es ya tarde; te ruego que vayas a reposar.

El hermano Mateo no quería dejarlo; pero al fin ante su insistencia, se despidió de él y se fue a descansar, quedando solo el hermano Juan con el hermano que le cuidaba. En esto vio llegar a Cristo bendito en medio de grandísimo resplandor y de suavísima fragancia, cumpliendo la promesa que le había hecho de aparecérsele otra vez cuando él se hallara en mayor necesidad; y lo curó totalmente de toda enfermedad. Entonces, el hermano Juan, juntando las manos, le dio gracias por haber dado fin tan felizmente al largo viaje de la presente vida miserable, encomendó y entregó su alma en las manos de Cristo y pasó de esta vida mortal a la vida eterna con Cristo bendito, a quien por tanto tiempo había deseado y esperado. El hermano Juan está sepultado en el convento de Penna San Giovanni.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XLVI

Cómo el hermano Pacífico, estando en oración, vio subir al cielo el alma de su hermano Humilde

En la misma provincia de las Marcas hubo, después de la muerte de San Francisco, dos hermanos carnales en la Orden, el uno se llamaba hermano Humilde, y el otro, hermano Pacífico [1], ambos de gran santidad y perfección. El uno moraba en el eremitorio de Soffiano, y murió allí; el otro, en otro lugar muy distante. Plugo a Dios que el hermano Pacífico, estando un día en oración en un lugar solitario, fuera arrebatado en éxtasis y viera subir derechamente al cielo en un instante el alma de su hermano

[1] Es muy poco lo que se sabe de estos dos hermanos. El hermano Humilde murió hacia el año 1250, y el hermano Pacífico, hacia 1280.

Humilde, sin ningún retraso ni impedimento, y ello en el mismo momento de separarse del cuerpo.

Muchos años después sucedió que dicho hermano Pacífico fue enviado al mismo eremitorio de Soffiano, donde había muerto su hermano. Por aquel tiempo los hermanos, a petición de los señores de Brunforte, abandonaron el lugar para ir a otro convento, llevando consigo, entre otras cosas, los restos de los santos hermanos que habían muerto allí. Al llegar a la sepultura del hermano Humilde, su hermano Pacífico tomó los huesos, los lavó con buen vino, después los envolvió en un lienzo blanco y los besó, entre lágrimas, con gran reverencia y devoción. Los demás hermanos se admiraron mucho de esto, y no les pareció ejemplar aquel modo de obrar de un hombre de tanta santidad como él, pues parecía que lloraba a su hermano más bien por amor sensible y mundano y que mostraba mayor devoción a las reliquias de su hermano que a las de los otros hermanos de hábito, que no habían sido de menor santidad que el hermano Humilde, y sus restos no eran menos dignos de respeto que los de éste. Conociendo el hermano Pacífico el mal pensamiento de los hermanos, les dio satisfacción con humildad, diciéndoles:

—Hermanos carísimos, no debéis extrañaros de que haya hecho con los huesos de mi hermano lo que no he hecho con los otros. No me he dejado llevar, gracias a Dios, como vosotros pensáis, de amor carnal, sino que he obrado así porque, cuando mi hermano pasó de esta vida, hallándome en oración en lugar desierto y lejano de él, vi cómo su alma subía derechamente al cielo; por esto tengo la certeza de que sus huesos son santos y de que un día estarán en el paraíso. Si Dios me hubiera concedido la misma certeza sobre los otros hermanos, hubiera mostrado la misma reverencia a sus huesos.

A la vista de su devota y santa intención, los hermanos quedaron muy edificados de él y alabaron a Dios, que lleva a cabo cosas tan maravillosas en sus santos.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XLVII

Un santo hermano a quien, cuando estaba para morir, se apareció la Virgen María con tres redomas de electuario y lo sanó

En el mismo eremitorio de Soffiano hubo antiguamente un hermano menor de tan gran santidad y gracia, que parecía totalmente endiosado y frecuentemente estaba arrobado en Dios [1].

[1] Se supone que este hermano anónimo es el Beato Liberado de Loro Piceno, muerto hacia 1260. Pertenecía a la familia de los condes de Brunforte. Desde tiempo inmemorial es venerado como *santo* en las Marcas. Cf. Q. DAMIANI, *San Liberato de Loro Piceno e gli Actus-Fioretti di S. Francesco:* Coll. Franc. 32 (1962) p.325-35.

Y sucedía que, mientras se hallaba todo elevado en Dios, porque poseía en grado notable la gracia de la contemplación, venían a él los pájaros de toda especie y se posaban confiadamente en sus hombros, cabeza, brazos y manos, poniéndose a cantar maravillosamente. El era muy amante de la soledad y raras veces hablaba; pero, cuando le preguntaban alguna cosa, respondía con tal gracia y sabiduría, que más parecía ángel que hombre; y vivía muy entregado a la oración y a la contemplación. Los hermanos le profesaban gran reverencia.

Terminando el curso de su vida virtuosa, este hermano cayó enfermo de muerte por divina disposición, hasta el punto de no poder tomar nada; por otro lado, él rehusaba recibir ninguna medicina terrestre, sino que ponía toda su confianza en el Médico celestial Jesucristo bendito, y en su bendita Madre, de la cual mereció, por la divina clemencia, ser milagrosamente visitado y consolado. Porque, hallándose en cama, preparándose para la muerte con todo el corazón y con la mayor devoción, se le apareció la gloriosa Virgen María, rodeada de gran muchedumbre de ángeles y de santas vírgenes, en medio de maravilloso resplandor, y se acercó a su cama. Al verla, él experimentó gran consuelo y alegría de alma y de cuerpo, y comenzó a suplicarle humildemente que rogara a su amado Hijo que, por sus méritos, lo sacara de la prisión de esta carne miserable. Y como prosiguiera en esta súplica con muchas lágrimas, le respondió la Virgen María llamándolo con su nombre:

—No temas, hijo, que tu oración ha sido escuchada, y yo he venido para confortarte antes de tu partida de esta vida.

Había junto a la Virgen María tres santas vírgenes, que traían en la mano tres redomas de electuario [2], de un perfume y de una suavidad inexplicables. La Virgen gloriosa tomó una de las redomas y la abrió, y toda la casa se llenó de fragancia; con una cuchara tomó del electuario y se lo dio al enfermo; éste, no bien lo hubo gustado, sintió tal confortación y tal dulzura, que no parecía que su alma estuviera en el cuerpo. Por ello comenzó a decir:

—¡Basta, basta, Madre dulcísima y Virgen bendita, salvadora del género humano; basta, curadora bendita, que no puedo soportar tanta dulcedumbre!

Pero la piadosa y benigna Madre siguió ofreciéndole y haciéndole tomar el electuario. Vaciada la primera redoma, la bienaventurada Virgen tomó la segunda y metió la cuchara para darle; él, gimiendo dulcemente, le decía:

—¡Oh beatísima Madre de Dios!, si mi alma está ya casi del todo derretida por la fragancia y la suavidad del primer electuario, ¿cómo voy a poder soportar el segundo? Por favor, ¡oh bendita entre todos los santos y ángeles!, no me des más.

—Prueba, hijo mío, un poco todavía de esta segunda redoma —insistió nuestra Señora.

[2] *Electuario* es un preparado farmacéutico a base de miel.

Y, dándole un poco más, le dijo:

—Ahora ya te basta con lo que has tomado, hijo. ¡Animo, hijo mío!, que pronto vendré por ti y te llevaré al reino de mi Hijo, que siempre has buscado y deseado.

Dicho esto, se despidió de él y se fue. Y él quedó tan confortado y consolado por la dulzura de aquel medicamento, que se mantuvo en vida saciado y fuerte por algunos días, sin ningún alimento corporal. Al cabo de unos días, mientras se hallaba hablando alegremente con los hermanos, con gran alegría y júbilo, pasó de esta vida miserable a la vida bienaventurada. Amén.

Capítulo XLVIII

Cómo el hermano Jacobo de Massa vio, bajo la forma de un árbol, a todos los hermanos menores del mundo [1]

El hermano Jacobo de Massa, a quien Dios abrió la puerta de sus secretos y dio a perfección la ciencia y la inteligencia de la divina Escritura y de las cosas que están por venir, fue de tanta santidad, que los hermanos Gil de Asís, Marcos de Montino, Juníper o y Lúcido dijeron de él que no conocían en el mundo a nadie más grande ante Dios.

Yo tuve gran deseo de ver a este hermano Jacobo, porque, habiendo rogado al hermano Juan, compañero del hermano Gil, que me explicase ciertas cosas del espíritu, él me dijo:

—Si quieres ser informado en la vida espiritual, procura hablar con el hermano Jacobo de Massa, porque el hermano Gil deseaba recibir luz de él, y no se puede ni añadir ni quitar nada a sus palabras, ya que su mente ha penetrado los secretos celestiales y sus palabras son palabras del Espíritu Santo; no hay hombre sobre la tierra que yo desee tanto ver.

Este hermano Jacobo, en los comienzos del gobierno del ministro general Juan de Parma [2], estando una vez en oración, fue arrebatado en Dios, y permaneció tres días en arrobamiento, abstraído totalmente de los sentidos corporales; tan insensible, que los hermanos dudaban si estaría muerto. En aquel rapto le fue revelado por Dios lo que había de suceder respecto a nuestra Orden; por eso, cuando yo tuve noticia, aumentó mi deseo de verle y de hablar con él. Y cuando quiso Dios que se me ofreciera oportunidad de hablarle, yo le rogué en estos términos:

[1] Este capítulo, de índole fuertemente polémica, en que a San Buenaventura se le asigna un papel tan sumamente odioso, recoge un relato divulgado por Angel Clareno, el jefe rebelde de los «espirituales» (cf. *Hist. septem tribulationum*, ed. A. GHINATO [Roma 1959] p.119-22). Es poco probable que la responsabilidad del relato se le pueda atribuir a Jacobo de Massa, muerto hacia 1260.

[2] Juan de Parma fue elegido ministro general en el capítulo de Lyón, el 13 de julio de 1247, y gobernó la Orden hasta el 2 de febrero de 1257, en que hubo de presentar su renuncia por orden del papa.

—Si lo que yo he oído de ti es verdad, te ruego que no me lo ocultes. He oído que, cuando estuviste tres días casi muerto, Dios te reveló, entre otras cosas, lo que había de suceder en esta nuestra Orden. Esto lo ha dicho el hermano Mateo, ministro de las Marcas, a quien tú lo descubriste por obediencia.

Entonces, el hermano Jacobo, con mucha humildad, confirmó que cuanto decía el hermano Mateo era verdad. Y lo que dijo el hermano Mateo, ministro de las Marcas, es lo siguiente:

—Sé de un hermano a quien Dios ha revelado todo lo que ha de suceder en nuestra Orden; porque el hermano Jacobo de Massa me ha manifestado y dicho que, después de haberle revelado Dios muchas cosas sobre el estado de la Iglesia militante, tuvo la visión de un árbol hermoso y grande y muy fuerte, cuyas raíces eran de oro, y sus frutos eran hombres, todos hermanos menores. Sus ramas principales estaban distribuidas según el número de las provincias de la Orden; en cada rama había tantos hermanos cuantos había en la provincia por ella representada. Entonces supo el número de todos los hermanos de la Orden y de cada provincia, con sus nombres, edad, condiciones y oficios, grados y dignidades, así como las gracias y las culpas de todos. Y vio al hermano Juan de Parma en la copa del tronco del árbol, y en las copas de las ramas que rodeaban el tronco estaban los ministros de todas las provincias.

Después vio cómo Cristo se sentaba en un trono grandioso y de una blancura deslumbrante y cómo llamaba a San Francisco y le daba un cáliz lleno de espíritu de vida y lo enviaba, diciéndole:

—Vete a visitar a tus hermanos y dales de beber de este cáliz del espíritu de vida, porque el espíritu de Satanás se va a levantar contra ellos y los va a sacudir y muchos de ellos caerán y no volverán a levantarse.

Y Cristo dio a San Francisco dos ángeles para acompañarle.

Vino, pues, San Francisco y comenzó a dar de beber del cáliz de la vida a sus hermanos. Lo ofreció primero al hermano Juan, quien lo tomó en sus manos y lo bebió todo de un sorbo muy devotamente; al punto, se volvió todo luminoso como el sol. Después siguió San Francisco dándolo a beber a todos los demás. Y eran pocos los que lo recibían y lo bebían con el debido respeto y la debida devoción. Los que lo recibían con devoción y lo bebían todo, al punto se volvían resplandecientes como el sol; los que lo derramaban todo y no lo recibían con devoción, se volvían negros y oscuros, deformes y horribles a la vista; los que en parte lo bebían y en parte lo derramaban, se volvían en parte luminosos y en parte tenebrosos, más o menos según la cantidad que habían bebido o derramado. Pero quien más resplandeciente aparecía era el hermano Juan, que había apurado más que ninguno el cáliz de la vida, que le había hecho contemplar más profundamente el abismo de la infinita luz divina, en la cual había conocido las adversidades y la tempestad que había de levantarse contra aquel arbol, hasta sacudirlo y derribarlo con todas las ramas.

Por esto, el hermano Juan dejó la copa del tronco en que se hallaba y, descendiendo a debajo de todas las ramas, fue a esconderse al pie del tronco del árbol, y allí se estaba a la espera de lo que iba a suceder. Y el hermano Buenaventura, que había bebido una parte del cáliz y había derramado la otra parte, subió al mismo lugar de la rama de donde se había bajado el hermano Juan. Estando allí, las uñas de las manos se le volvieron uñas de hierro agudas y tajantes como navajas de afeitar; luego dejó el lugar a donde había subido y trataba de lanzarse lleno de ímpetu y furor contra el hermano Juan con intención de hacerle daño. Al verse en peligro el hermano Juan gritó con fuerza y se encomendó a Cristo, que estaba sentado en el trono. Cristo, al oír el grito, llamó a San Francisco, le dio un pedernal cortante y le dijo:

—Ve y con esta piedra córtale al hermano Buenaventura las uñas con las que quiere arañar al hermano Juan, para que no pueda hacerle daño. San Francisco fue e hizo como Cristo le había ordenado [3].

Después de esto sobrevino una tempestad de viento, que sacudió el árbol con tanta violencia, que los hermanos caían a tierra, siendo los primeros en caer aquellos que habían derramado todo el cáliz del espíritu de vida, y eran llevados por los demonios a lugares de tinieblas y tormentos. Pero el hermano Juan, junto con los que habían bebido todo el cáliz, fueron transportados por los ángeles a un lugar de vida, de luz eterna y de esplendorosa bienaventuranza.

El dicho hermano Jacobo, que presenciaba la visión, entendía y discernía particular y distintamente todo cuanto estaba viendo, con los nombres, condiciones y estado de cada uno con toda claridad.

Aquella tempestad duró tanto, que derribó el árbol y se lo llevó el viento. Pasada la tempestad, de la raíz de este árbol, que era de oro, brotó otro árbol, todo de oro, el cual produjo hojas,

[3] No deja de ser ingeniosa esta interpretación alegórica, fruto de una fantasía resentida, de un hecho histórico que dejó en el partido de los «espirituales» un amargo recuerdo. El Beato Juan de Parma, hombre de tan gran talla espiritual, muy penetrado del puro ideal franciscano, al tomar el gobierno de la Orden alentó las esperanzas de todos los celantes y supo ganarse la confianza de los moderados. Gobernó a satisfacción de todos. Pero fue acusado ante la Santa Sede de simpatizar con las doctrinas del abad Joaquín de Fiore, que a la sazón calentaban las cabezas de muchos franciscanos: se sentían los iniciadores de la «era nueva del Espíritu Santo» anunciada por ese monje calabrés, muerto en 1202. Alejandro IV, que había condenado recientemente aquellas ideas, obligó a Juan de Parma a presentar la renuncia en el capítulo general. Obedeció el hermano Juan, y, a petición del capítulo, él mismo indicó la persona que había de sucederle: Buenaventura de Bagnoregio, joven de treinta y seís años. San Buenaventura tuvo que iniciar su gobierno con el odioso encargo pontificio de formar proceso de herejía contra Juan de Parma, que se había retirado al eremitorio de Greccio. El proceso se concluyó con sentencia absolutoria o, al menos, con la concesión de la gracia después de la condenación; pero los «espirituales» no perdonaron al gran Buenaventura esa humillación infligida a un hombre tan universalmente venerado, si bien ellos mismos admiraron y veneraron al santo doctor y sacaron partido de su concepción de teólogo de la historía sobre la misión de San Francisco, el «ángel del sexto sello». El Beato Juan de Parma murió en Camerino el 20 de marzo de 1289.

flores y frutos de oro. De este árbol y de su expansión, de su profundidad, belleza, fragancia y virtud, es mejor ahora callar que hablar.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo XLIX

Cómo Cristo se apareció al hermano Juan de Alverna [1]

Entre los muchos santos y sabios hijos de San Francisco que, como dice Salomón, son la gloria del padre [2], floreció en nuestros tiempos en la provincia de las Marcas el venerable y santo hermano Juan de Fermo, el cual, debido al mucho tiempo que moró en el lugar santo de Alverna, donde pasó de esta vida, era llamado también hermano Juan de Alverna; fue hombre de vida extraordinaria y de gran santidad.

Este hermano Juan, siendo aún niño seglar, anhelaba con todo el corazón la vida de penitencia, que ayuda a mantener la pureza de alma y de cuerpo. Desde muy pequeño comenzó a llevar un cilicio muy áspero y una argolla de hierro a raíz de la carne y a practicar una gran abstinencia. En particular, cuando estaba con los canónigos regulares de San Pedro de Fermo, que vivían espléndidamente, huía de las delicias corporales y maceraba su cuerpo con una abstinencia rigurosa. Pero tenía compañeros que le zaherían de continuo, le quitaban el cilicio y le impedían de muchas maneras su abstinencia; por lo cual, inspirado por Dios, pensó en dejar el mundo con sus amadores y ofrecerse por entero en los brazos del Crucificado vistiendo el hábito del crucificado San Francisco. Y así lo hizo.

Recibido todavía niño en la Orden y confiado al cuidado del maestro de novicios, llegó a ser tan espiritual y devoto, que algunas veces oyendo al maestro hablar de Dios, su corazón se derretía como la cera junto al fuego; y se enardecía en el amor divino con tal suavidad de gracia, que, no pudiendo estar quieto ni soportar tanta dulcedumbre, se levantaba y, como ebrio de espíritu, corría por el huerto, por el bosque o por la iglesia, según le empujase el ardor y el ímpetu del espíritu.

Después, andando el tiempo, la gracia divina hizo crecer a este hombre angélico de virtud en virtud, en dones celestiales y en divinas revelaciones y visiones; en tal grado, que en ocasiones su alma era elevada unas veces a los esplendores de los querubines; otras, a los ardores de los serafines; otras, a los goces bienaventurados; otras, a los abrazos amorosos y extremos de Cristo; y esto no sólo por fruición espiritual interior, sino también por manifestaciones

[1] Los cinco últimos capítulos están dedicados al Beato Juan de Alverna, que durante muchos años santificó el eremitorio del monte Alverna. Nació en Fermo en 1259, entró en la Orden en 1272 y murió el 9 de agosto de 1322.

[2] Prov 10,1.

exteriores y goces corporales. Una vez, sobre todo, la llama del amor divino encendió su corazón de manera extrema, y duró esta llama en él por tres años; en este tiempo recibió admirables consolaciones y visitas divinas, y con frecuencia quedaba arrobado en Dios; en una palabra, parecía todo inflamado y abrasado en el amor de Cristo. Esto sucedió en el monte santo de Alverna.

Pero, como Dios tiene cuidado especial de sus hijos, dándoles, según la diversidad de los tiempos, unas veces consolación, otras tribulación; ora prosperidad, ora adversidad, tal como El ve les conviene para mantenerlos en humildad, o también para avivar en ellos el deseo de las cosas celestiales, plugo a la divina bondad, a los tres años, retirar al hermano Juan ese rayo y esa llama del divino amor, y le privó de toda consolación espiritual; con lo cual el hermano Juan quedó sin luz y sin amor de Dios, todo desconsolado, afligido y apenado.

Por esta razón iba lleno de angustia por el bosque, yendo de acá para allá, llamando con la voz, con lamentos y suspiros al amado Esposo de su alma, que se le había ocultado alejándose de él, y sin cuya presencia no podía hallar su alma quietud ni reposo. Pero en ningún lugar y de ninguna manera podía hallar al dulce Jesús, ni volver a engolfarse en aquellos suavísimos solaces espirituales del amor de Cristo a los que estaba habituado. Esta tribulación le duró muchos días, durante los cuales él continuó llorando y suspirando y suplicando a Dios que le devolviese, por su misericordia, al amado Esposo de su alma.

Por fin, cuando plugo a Dios dar por suficientemente probada su paciencia y encendido su deseo, un día en que el hermano Juan iba por el bosque de esa forma afligido y atribulado, cansado, se sentó apoyado a un haya [3], y permaneció con el rostro bañado en lágrimas mirando hacia el cielo, cuando he aquí que de pronto se le apareció Jesucristo allí cerca, en la misma senda por donde había venido el hermano Juan; pero no decía nada. Al verlo el hermano Juan y reconociendo bien que era Cristo, se lanzó en seguida a sus pies y comenzó a suplicarle deshecho en llanto y con gran humildad:

—¡Ven en mi ayuda, Señor mío, porque sin ti, salvador mío dulcísimo, yo me hallo en tinieblas y en llanto; sin ti, cordero mansísimo, me hallo en angustias y temores; sin ti, Hijo de Dios altísimo, me hallo en confusión y vergüenza; sin ti, yo me siento privado de todo bien y ciego, porque tú eres, Jesús, verdadera luz del alma; sin ti, yo me veo perdido y condenado, porque tú eres vida de las almas y vida de las vidas; sin ti, soy estéril y árido, porque tú eres la fuente de todo bien y de toda gracia; sin ti, yo me siento desolado, porque tú eres, Jesús, nuestra redención, nuestro amor y nuestro deseo, pan que da fuerzas y vino que alegra los corazones de los ángeles y los corazones de todos los

[3] El haya fue derribada por el viento en 1518; en el lugar donde se levantaba fue construida una capilla, que aún subsiste.

santos! Lléname de tu luz, Maestro graciosísimo y Pastor misericordioso, porque yo soy tu ovejita, aunque indigna.

Mas como el deseo de los hombres santos, cuando Dios tarda en darles oído, se enciende en mayor amor y mérito, Cristo bendito se fue por aquella senda sin escucharle y sin decirle una palabra. El hermano Juan entonces se levantó, corrió detrás y se le echó de nuevo a sus pies, deteniéndole con santa importunidad y suplicándole entre lágrimas devotísimas:

—¡Oh Jesús dulcísimo!, ten misericordia de este pobre atribulado; escúchame por la abundancia de tu misericordia y por la verdad de tu salvación y devuélveme el gozo de tu rostro y de tu mirada de piedad, ya que de tu misericordia está llena la tierra entera.

Y Cristo se marchó todavía sin decirle palabra y sin darle consuelo alguno; se portaba con él como la madre con el niño cuando le hace desear el pecho y le hace ir detrás llorando para que luego lo tome con mayor gana.

Entonces, el hermano Juan, con mayor ardor y deseo, fue en seguimiento de Cristo; cuando le alcanzó, Cristo bendito se volvió a él y lo envolvió en una mirada llena de gozo y de gracia, y, abriendo sus brazos santísimos y misericordiosísimos, lo abrazó con gran ternura. En el momento que abrió los brazos, el hermano Juan vio salir del santísimo pecho del Señor rayos maravillosos, que inundaron de luz todo el bosque y a él mismo en el alma y en el cuerpo.

El hermano Juan se arrodilló a los pies de Cristo; y Jesús bendito le tendió benignamente el pie para que lo besase, como la Magdalena; el hermano Juan, tomándoselo con suma reverencia, lo bañó con tantas lágrimas, que parecía verdaderamente otra Magdalena, y le decía devotamente:

—Te ruego, Señor mío, que no tengas en cuenta mis pecados, sino que, por tu santísima pasión y por la efusión de tu preciosa sangre, resucites mi alma a la gracia de tu amor, porque es tu mandamiento que te amemos con todo el corazón y con todo el afecto; un mandamiento que nadie puede cumplir sin tu ayuda. Ayúdame, pues, amadísimo Hijo de Dios, y haz que yo pueda amarte con todo mi corazón y con todas mis fuerzas.

Y como el hermano Juan permaneciera así, repitiendo estas palabras, a los pies de Jesús, fue escuchado por El y recibió de El la primera gracia, o sea, la gracia de la llama del divino amor, y se sintió totalmente renovado y consolado; al experimentar que había vuelto a él el don de la divina gracia, comenzó a dar gracias a Cristo bendito y a besarle devotamente los pies. Levantóse luego para mirar al Salvador cara a cara, y Cristo le dio a besar sus santísimas manos; cuando se las hubo besado, el hermano Juan se acercó y se estrechó contra el pecho de Jesús, y abrazó y besó el sacratísmo pecho, y también Cristo le abrazó y le besó a él. Mientras duraban estos abrazos y besos, el hermano Juan percibió tal fragancia divina, que todas las esencias aromáticas del mundo

reunidas juntas hubieran parecido malolientes en comparación de aquel perfume; y el hermano Juan quedó con él totalmente arrobado, consolado e iluminado, y ese perfume permaneció en su alma durante muchos meses.

A partir de entonces, de su boca, abrevada en el manantial de la divina sabiduría junto al sagrado pecho del Salvador, salían palabras maravillosas y celestiales, que transformaban los corazones de quienes las oían y hacían mucho fruto en las almas. Y en la senda del bosque, en que se posaron los benditos pies de Cristo, lo mismo que en un amplio radio alrededor, sentía el hermano Juan aquella fragancia y veía aquel resplandor cada vez que iba allí mucho tiempo después.

Vuelto en sí el hermano Juan después de la visión y desaparecida la presencia corporal de Cristo, quedó tan lleno de luz en el alma, tan abismado en su divinidad, que, aun no siendo hombre de letras por el estudio humano, con todo, sabía resolver y declarar las cuestiones más sutiles y elevadas sobre la Trinidad divina y los profundos misterios de la Sagrada Escritura. Y muchas veces después, hablando ante el papa y los cardenales, ante reyes y barones, ante maestros y doctores, dejaba a todos estupefactos con sus altas palabras y con las profundas sentencias que salían de su boca.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo L

Cómo, diciendo misa el hermano Juan de Alverna el día de Difuntos, vio que muchas almas eran liberadas del purgatorio

Celebraba una vez la misa el hermano Juan el día siguiente a la fiesta de Todos los Santos por todas las almas de los difuntos, como lo tiene dispuesto la Iglesia, y ofreció con tanto afecto de caridad y con tal piedad de compasión este altísimo sacramento, el mayor bien que se puede hacer a las almas de los difuntos por razón de su eficacia, que le parecía derretirse del todo con la dulzura de la piedad y de la caridad fraterna.

Al alzar devotamente el cuerpo de Cristo y ofrecerlo a Dios Padre, rogándole que, por amor de su bendito Hijo Jesucristo, puesto en cruz por el rescate de las almas, tuviese a bien liberar de las penas del purgatorio a las almas de los difuntos creadas y rescatadas por El, en aquel momento vio salir del purgatorio un número casi infinito de almas, como chispas innumerables que salieran de un horno encendido, y las vio subir al cielo por los méritos de la pasión de Cristo, el cual es ofrecido cada día por los vivos y por los difuntos en esa sacratísima hostia, digna de ser adorada por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO LI

El santo hermano Jacobo de Falerone y cómo se apareció al hermano Juan de Alverna después de muerto

Con ocasión de hallarse el hermano Jacobo de Falerone [1], hombre de gran santidad, gravemente enfermo en el convento de Mogliano, de la custodia de Fermo, el hermano Juan de Alverna, que a la sazón moraba en el convento de Massa, al enterarse de su enfermedad, se puso a orar por él, ya que lo amaba como a su padre querido, pidiendo a Dios devotamente, en su oración mental, que le devolviera al hermano Jacobo la salud del cuerpo, si así convenía a su alma.

Mientras estaba orando así fue arrebatado en éxtasis y vio en el aire, sobre su celda, que estaba en el bosque, un gran ejército de muchos ángeles y santos, en medio de un resplandor tan grande, que todo el contorno estaba iluminado. Y entre aquellos ángeles vio al dicho hermano Jacobo enfermo, por quien él oraba, con vestiduras blancas y muy resplandeciente. Vio también entre ellos al padre San Francisco adornado con las sagradas llagas de Cristo y lleno de gloria. Vio, asimismo, y reconoció al santo hermano Lúcido y al hermano Mateo el antiguo, de Monte Rubbiano, y a muchos otros hermanos que nunca había visto ni conocido en vida. Estando mirando el hermano Juan con grande gozo aquel bienaventurado escuadrón de santos, le fue revelada con certeza la salvación del alma de aquel hermano enfermo y que moriría de aquella enfermedad, pero que no iría al paraíso en seguida después de la muerte, porque tenía necesidad de ser purificado un poco en el purgatorio. Con aquella revelación recibió el hermano Juan tal alegría por la salvación de aquella alma, que no sentía pena alguna por la muerte del cuerpo, sino que llamaba al enfermo con gran dulzura, diciendo dentro de sí:

—¡Hermano Jacobo, mi dulce padre! ¡Hermano Jacobo, dulce hermano mío! ¡Hermano Jacobo, fiel servidor y amigo de Dios! ¡Hermano Jacobo, compañero de los ángeles y asociado a los bienaventurados!

Volvió en sí con esta certeza y este gozo, y en seguida salió del convento y fue a Mogliano a visitar al hermano Jacobo. Lo halló tan grave, que apenas podía hablar; entonces le anunció la muerte de su cuerpo y la salud y gloria de su alma, conforme a la certeza que había tenido por revelación divina. El hermano Jacobo, muy regocijado en el espíritu y en el semblante, lo recibió con muestras de gran alegría y júbilo, dándole gracias por las gratas nuevas que le llevaba y encomendándose devotamente a él. Entonces, el hermano Juan le rogó encarecidamente que después de la muerte volviese a él y le hablase de su estado; el hermano

[1] Del hermano Jacobo de Falerone, a quien hemos hallado ya en el capítulo 32, se sabe que vivía en 1289; debió de morir a principios del siglo XIV, un 24 de julio.

Jacobo le prometió hacerlo, si era del agrado de Dios. Dicho esto, acercándose la hora de su muerte, el hermano Jacobo comenzó a decir devotamente aquel versículo del salmo: *Dormiré y reposaré en paz en la vida eterna*[2]. Y dicho este versículo, con el semblante gozoso y alegre, pasó de esta vida.

Después que recibió sepultura, el hermano Juan regresó al convento de Massa y estuvo a la espera de la promesa del hermano Jacobo de volver a él el día que había dicho. Estando en oración en dicho día, se le apareció Cristo con un gran séquito de ángeles y santos, entre los cuales no se veía al hermano Jacobo; el hermano Juan se sorprendió mucho y lo encomendó piadosamente a Cristo. Al día siguiente, estando el hermano Juan orando en el bosque, se le apareció el hermano Jacobo acompañado de ángeles, todo glorioso y alegre; y el hermano Juan le dijo:

—¡Oh padre santo!, ¿por qué no has venido a mí el día que me prometiste?

—Porque tenía necesidad de alguna purificación —respondió el hermano Jacobo—. Pero en aquel mismo momento en que se te apareció Cristo y tú me encomendaste a él, Cristo te escuchó y me libró de todas las penas. Entonces me aparecí al hermano Jacobo de Massa [3], santo hermano laico, que servía la misa, y en el momento de la elevación vio la hostia consagrada transformada en la figura de un hermoso niño vivo, y yo le dije: «Hoy, con este niñito, me voy al reino de la vida eterna, al que nadie puede ir sin él».

Dicho esto, el hermano Jacobo desapareció, yéndose al cielo con toda aquella bienaventurada compañía de ángeles; y el hermano Juan quedó muy consolado.

Murió dicho hermano Jacobo de Falerone la víspera de Santiago Apóstol, en el mes de julio, en el convento de Mogliano, donde, por sus méritos, la bondad divina obró muchos milagros después de su muerte.

En alabanza de Cristo. Amén.

Capítulo LII

La visión del hermano Juan de Alverna, en que él conoció todo el orden de la santa Trinidad

Como el hermano Juan de Alverna había hecho perfecta renuncia de todo deleite y consuelo mundano y temporal y había puesto en Dios todo su deleite y toda su esperanza, la divina bon-

[2] Sal 4,9.

[3] El hermano Jacobo de Massa, el de la visión referida en el capítulo 48, debió de morir hacia 1260; no se ve, pues, cómo se le pudo aparecer el hermano Jacobo de Falerone, muerto, lo más pronto, en 1290. Quizá se trata de dos homónimos.

dad le favorecía con admirables consolaciones y revelaciones, especialmente en las solemnidades de Cristo. Una vez, al aproximarse la solemnidad del nacimiento del Señor, con ocasión de la cual él esperaba con certeza consolaciones de Dios por medio de la dulce humanidad de Cristo, le comunicó el Espíritu Santo en el alma un ardor tan grande y extremo de la caridad de Cristo, por la cual se humilló hasta tomar nuestra humanidad, que le parecía verdaderamente le hubieran arrancado el alma del cuerpo y la tuviera encendida como un horno. Y, no pudiendo soportar aquel ardor, se angustiaba y se deshacía todo, y gritaba en alta voz, sin poder contenerse a causa del ímpetu del Espíritu Santo y del excesivo fervor del amor.

Cuando le sobrevenía aquel desmedido ardor, le venía, juntamente, una esperanza tan fuerte y cierta de su salvación, que no creía tener que pasar por el purgatorio si entonces muriese. Este amor le duró fácilmente medio año, si bien aquel extremo fervor no era continuo, sino limitado a ciertas horas cada día.

En ese tiempo y después recibió numerosas visitas y consolaciones de Dios; y con frecuencia era arrebatado en éxtasis, como le vio el hermano que primero escribió estas cosas [1]. Entre otras, una noche fue elevado y arrebatado en Dios hasta el punto de ver en el mismo Creador todas las cosas creadas, las del cielo y las de la tierra, con todas sus perfecciones, grados y órdenes distintos. Entonces conoció claramente cómo cada cosa creada representa a su Creador y cómo está Dios encima, dentro, fuera y al lado de todas las cosas creadas. Además, conoció cómo es un solo Dios en tres personas, y tres personas en un solo Dios, y la infinita caridad que llevó al Hijo de Dios a tomar nuestra carne para obedecer al Padre. Finalmente, conoció en aquella visión cómo no hay otro camino por el que se pueda ir a Dios y conseguir la vida eterna sino Cristo bendito, que es *camino, verdad y vida* del alma [2]. Amén.

Capítulo LIII

Cómo, celebrando la misa, el hermano Juan de Alverna cayó como si estuviera muerto

Sucedió una vez al hermano Juan, en el dicho convento de Mogliano, como refieren los hermanos que estaban presentes, este caso admirable. La primera noche después de la octava de San Lorenzo y dentro de la octava de la Asunción de nuestra Señora, había dicho los maitines en la iglesia con los demás hermanos; al notar que le sobrevenía la unción de la divina gracia, se fue al huerto a contemplar la pasión de Cristo y a prepararse con toda devoción para celebrar la misa, que aquella mañana le to-

[1] El texto latino de *Actus* dice: «como yo mismo lo he visto más de una vez con mis propios ojos y como otros muchos lo han comprobado».

[2] Jn 14,6.

caba cantar. Y, estando contemplando las palabras de la consagración del cuerpo de Cristo, a saber: *Hoc est corpus meum,* al considerar la infinita caridad de Cristo, que le llevó no sólo a rescatarnos con su sangre preciosa, sino también a dejarnos, para alimento de nuestras almas, su cuerpo y sangre sacratísimos, comenzó a crecer en él el amor del dulce Jesús con tal fervor y suavidad, que su alma no podía soportar ya tanta dulcedumbre, y gritaba fuertemente como ebrio de espíritu, sin cesar de repetir: *Hoc est corpus meum;* porque, al decir estas palabras, le parecía ver a Cristo bendito con la Virgen María y multitud de ángeles. En esas palabras, el Espíritu Santo le daba luz sobre todos los altos y profundos misterios de este altísimo sacramento.

Llegada la aurora, entró en la iglesia con aquel fervor de espíritu y con aquella ansiedad, repitiendo esas palabras, pensando que nadie le veía ni oía; pero había en el coro un hermano que veía y oía todo. No pudiendo contenerse por la fuerza del fervor y por la abundancia de la divina gracia, gritaba en alta voz, y continuó así hasta que llegó la hora de celebrar la misa; entonces fue a revestirse y salió al altar.

Comenzada la misa, cuanto más adelante iba en ella, tanto más le aumentaba el amor de Cristo y aquel ardor de la devoción, con el cual le era dado un sentimiento inefable de Dios, que él mismo no acertaba a expresar con la lengua. Llegó un momento en que se halló en grande perplejidad, temiendo que aquel ardor y sentimiento de Dios creciese tanto, que le conviniese dejar la misa, y no sabía qué partido tomar, si seguir adelante en la misa o esperar. Pero, como ya le había ocurrido algo semejante otras veces y el Señor había templado aquel ardor de manera que no había tenido necesidad de dejar la misa, confió poder hacerlo también esta vez, y así, con gran temor, optó por seguir adelante en la celebración.

Al llegar al prefacio de la Virgen, comenzaron a crecer tanto la luz divina y la suavidad y gracia del amor de Dios, que, en el momento de decir *Qui pridie,* apenas podía soportar tanta suavidad y dulcedumbre. Finalmente, llegado el acto de la consagración, al decir sobre la hostia las palabras de la consagración, cuando llegó a la mitad, o sea: *Hoc est,* no pudo proseguir en manera alguna, sino que se quedó repitiendo solamente esas palabras: *Hoc est;* y la razón por la cual no podía seguir adelante era que sentía y veía la presencia de Cristo con una muchedumbre de ángeles, sin poder soportar la majestad de su gloria. Veía que Cristo no entraba en la hostia, o que la hostia no se transustanciaba en el cuerpo de Cristo, si él no profería la segunda mitad de las palabras, es decir: *corpus meum.* En vista de que continuaba en esta ansiedad y que no seguía adelante, el guardián y los demás hermanos, como también muchos de los seglares que estaban oyendo la misa en la iglesia, se acercaron al altar, y quedaron espantados viendo lo que le sucedía al hermano Juan; muchos de ellos lloraban de devoción.

Por fin, después de un buen espacio de tiempo, cuando Dios quiso, el hermano Juan pronunció: *corpus meum* en voz alta; y en aquel momento desapareció la apariencia de pan y en la hostia apareció Jesucristo bendito encarnado y glorificado, dándole a conocer así la humildad y la caridad que le hicieron encarnarse en la Virgen María y que le hacen venir cada día a las manos del sacerdote cuando él consagra la hostia [1]. Esto le produjo una dulzura de contemplación más fuerte todavía. Por lo cual, cuando elevó la hostia y el cáliz consagrado, quedó arrobado fuera de sí, y, estando el alma privada de los sentidos corporales, su cuerpo cayó hacia atrás, y, de no haber sido sostenido por el guardián, que estaba detrás de él, se hubiera desplomado en tierra de espaldas. Entonces acudieron los hermanos y los seglares que estaban en la iglesia, hombres y mujeres, y lo llevaron como muerto; y los dedos de las manos estaban contraídos tan fuertemente, que a duras penas podían ser extendidos o movidos. Y de esa manera permaneció yacente, o desvanecido o arrobado hasta tercia. Esto sucedió en el verano.

Como yo me hallaba presente a este hecho, tenía vivo deseo de saber lo que Dios había obrado en él; por eso, cuando volvió en sí, fui a encontrarlo y le rogué que, por amor de Dios, me contara todo. Entonces, como tenía mucha confianza en mí, me contó todo punto por punto; y, entre otras cosas, me dijo que, cuando él consagraba el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y aun antes, su corazón estaba derretido como una cera muy calentada, y que le parecía que su carne no tenía huesos, de suerte que le era imposible levantar los brazos y las manos para hacer la señal de la cruz sobre la hostia y sobre el cáliz. Me dijo además que, ya antes de ser ordenado sacerdote, Dios le había revelado que había de desvanecerse en la misa; pero, como había celebrado muchas misas y nunca le había sucedido eso, pensó que aquella revelación no era cosa de Dios. Y, con todo, unos cincuenta días antes de la Asunción de nuestra Señora, en la que se produjo dicho caso, le había sido todavía revelado por Dios que aquello le sucedería en torno a la dicha fiesta de la Asunción; pero había olvidado luego esa revelación.

En alabanza de Cristo. Amén.

[1] Cita aproximativa de un conocido texto de San Francisco: «Ved que diariamente se humilla como cuando del trono real descendió al seno de la Virgen..., desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote» (Adm 1,16.18).

CONSIDERACIONES SOBRE LAS LLAGAS [1]

En esta parte vamos a tratar con devota consideración sobre las gloriosas llagas de nuestro bienaventurado padre messer San Francisco que él recibió de Cristo en el santo monte Alverna. Y ya que dichas llagas fueron cinco, como fueron cinco las llagas de Cristo, este tratado contendrá cinco consideraciones.

La primera será sobre el modo como San Francisco llegó al monte Alverna.

La segunda será sobre la vida que llevó y la manera como se condujo, juntamente con sus compañeros, sobre dicho monte.

La tercera será sobre la aparición del serafín y la impresión de las llagas.

La cuarta será cómo San Francisco, despues que recibió las llagas, bajó del monte Alverna y volvió a Santa María de los Angeles.

La quinta será sobre algunas apariciones y revelaciones divinas, hechas despues de la muerte de San Francisco a algunos santos hermanos y a otras personas devotas, sobre las gloriosas llagas.

CONSIDERACIÓN I

Cómo messer Orlando de Chiusi donó el monte Alverna a San Francisco

En cuanto a la primera consideración, conviene saber que San Francisco, a la edad de cuarenta y tres años, en 1224 [1], inspirado

[1] Muchos críticos atribuyen la composición de este opúsculo al mismo autor de las *Florecillas*. No es seguro. Quienquiera que sea, ha utilizado, en parte, el relato de *Actus*, los de Tomás de Celano y San Buenaventura, y otras tradiciones orales, algunas fantásticas.

El hecho de la impresión de las llagas en las manos, pies y costado de San Francisco dos años antes de su muerte, está fuera de duda, cualquiera que sea la explicación científica que se quiera dar. Véase el estudio exhaustivo de OCTAVIANUS A RIEDEN (Schmucki), *De s. Francisci Assisiensis stigmatum susceptione:* Coll. Franc. 33 (1963) p.210-66.392-422; 34 (1964) p.5-62.241-338.

La primera centuria franciscana hizo de la estigmatización un lugar común en la apologética de la propia vocación evangélica. San Buenaventura ve en ella el *sello* con que Cristo, como con un cuño, quiso autenticar y acreditar la misión y la obra de San Francisco (cf. *Sermones: Opera omnia* 9 p.536, 585-87.593s; *Apol. pauperum:* ibid., 8 p.247). No nos debe extrañar, por lo tanto, la clara intención apologética del relato. No obstante su concesión a la fantasía, es de gran valor aun como documento histórico por los particulares preciosos recogidos en la tradición local de Alverna.

[1] El autor comete un anacronismo reuniendo en uno acontecimientos de diversas épocas, como si hubieran sucedido en el año de la estigmatización. El paso de San Francisco por Montefeltro (hoy San Leo) tuvo lugar en 1213; el 8 de mayo de este año habría hecho el conde Orlando la donación verbal a San Francisco, según consta en el acta de donación que hicieron levantar los hijos del mismo en 1274. Cf. S. MENCHERINI, *Codice diplomatico della Verna* (Florencia 1924) 38s.

por Dios, se puso en camino desde el valle de Espoleto en dirección a la Romaña, llevando al hermano León por compañero. Siguiendo esta ruta, pasó al pie del castillo de Montefeltro, donde a la sazón se estaba celebrando un gran convite y cortejo con ocasión de ser armado caballero uno de los condes de Montefeltro. Al enterarse San Francisco de que había allí tal fiesta y de que se habían reunido muchos nobles de diversos países, dijo al hermano León:

—Subamos a esta fiesta; puede ser que, con la ayuda de Dios, hagamos algún fruto espiritual.

Había, entre otros nobles llegados para el cortejo, un grande y rico gentilhombre de Toscana, por nombre messer Orlando de Chiusi, en el Casentino [2], el cual, por las cosas admirables que había oído de la santidad y de los milagros de San Francisco, le profesaba gran devoción, y ardía en deseos de verle y de oírle predicar.

Llegó San Francisco al castillo, entró sin más y se fue a la plaza de armas, donde se hallaba reunida toda aquella multitud de nobles; lleno de fervor de espíritu, se subió a un poyo y se puso a predicar, proponiendo este tema en lengua vulgar:

Tanto è quel bene ch'io aspetto, / che ogni pena m'è diletto. (Es tanto el bien que espero, que toda pena es para mí un placer [3]).

Y sobre este tema, bajo el dictado del Espíritu Santo, predicó con tal devoción y profundidad, alegando las diversas penas y martirios de los santos apóstoles y mártires, las duras penitencias de los santos confesores y las muchas tribulaciones y tentaciones de las santas vírgenes y de los demás santos, que toda la gente estaba con los ojos y con la mente fijos en él, escuchándole como si hablase un ángel de Dios. Y dicho messer Orlando, tocado por Dios en el corazón por la admirable predicación de San Francisco, tomó la resolución de ir, después del sermón, a tratar con él de los asuntos de su alma.

Terminado, pues, el sermón, tomó aparte a San Francisco y le dijo:

—Padre, yo quisiera tratar contigo sobre los asuntos de mi alma.

—Me parece muy bien —le respondió San Francisco—; pero ahora vete y cumple esta mañana con los amigos que te han invitado a la fiesta, come con ellos, y después de la comida hablaremos todo lo que tú quieras [4].

Así, pues, fue messer Orlando a comer; terminada la comida,

[2] El castillo de Chiusi se yergue al pie de la cresta rocosa del Alverna al mediodía.

[3] Francisco hizo uso del derecho reconocido a los trovadores de amenizar tales fiestas con sus composiciones. Para entonar con el ambiente, adoptó el aire y el estilo de una trova en su sermón.

[4] El texto latino de *Actus* (9,12) contiene un inciso muy atinado, omitido en la versión italiana: «San Francisco, todo sazonado con la sal de la discreción...» La respuesta dada al conde retrata, en efecto, el espíritu caballeresco y profundamente humano del Poverello.

volvió a San Francisco, y trató y dispuso con él plenamente los asuntos de su alma. Al final dijo messer Orlando a San Francisco:

—Tengo en Toscana un monte muy a propósito para la devoción, que se llama monte Alverna [5]; es muy solitario y está poblado de bosque, muy apropiado para quien quisiera hacer penitencia en un lugar retirado de la gente o llevar vida solitaria. Si lo hallaras de tu agrado, de buen grado te lo donaría a ti y a tus compañeros por la salud de mi alma.

Al escuchar San Francisco tan generoso ofrecimiento de algo que él deseaba mucho, sintió grandísima alegría, y, alabando y dando gracias, ante todo, a Dios y después a messer Orlando, le habló en estos términos:

—Messer, cuando estéis de vuelta en vuestra casa, os enviaré a algunos de mis compañeros y les mostraréis ese monte. Si a ellos les parece apto para la oración y para hacer penitencia, ya desde ahora acepto vuestro caritativo ofrecimiento.

Dicho esto, San Francisco se marchó, y, terminado su viaje, regresó a Santa María de los Angeles. Por su parte, messer Orlando, terminados los festejos de aquel cortejo, volvió a aquel castillo suyo que se llama Chiusi y se halla a una milla del Alverna.

Vuelto, pues, San Francisco a Santa María de los Angeles, envió a dos de sus hermanos al dicho messer Orlando; cuando hubieron llegado, fueron recibidos por él con grandísima alegría y caridad. Y, queriendo mostrarles el monte Alverna, los hizo acompañar de más de cincuenta hombres armados para que los defendieran de las fieras salvajes. Con tal compañía, los hermanos subieron al monte y lo exploraron atentamente; por fin llegaron a un paraje muy recogido y muy apto para la contemplación, con una explanada; éste fue el lugar que escogieron para morada de ellos y de San Francisco. Y entonces mismo, con la ayuda de aquellos hombres armados que les acompañaban, levantaron un cobertizo de ramas de árboles. Así aceptaron y tomaron posesión, en nombre de Dios, del monte Alverna y del lugar de los hermanos en este monte [6]. Después partieron y regresaron donde San Francisco.

Llegado que hubieron a él, le refirieron cómo y en qué manera habían tomado posesión del lugar en el monte Alverna, muy apropiado para la oración y la contemplación. Al oír San Francisco estas nuevas, se alegró mucho, y, alabando y dando gracias a Dios, habló a estos hermanos con rostro alegre, diciéndoles:

—Hijos míos, se acerca nuestra cuaresma de San Miguel Arcángel [7], y yo creo firmemente que es voluntad de Dios que hagamos esta cuaresma en el monte Alverna, que nos ha sido pre-

[5] El monte Alverna, en la actual provincia de Arezzo, alcanza una altura de 1.128 metros.

[6] Es el lugar donde ahora se eleva la iglesita de Santa María de los Angeles, construida en tiempo de San Francisco y agrandada más tarde.

[7] También aquí hay una confusión de hechos y de fechas. La cuaresma de San Miguel guarda relación con el viaje de 1224 al Alverna.

parado, por providencia divina, para que, a honra y gloria de Dios, de la gloriosa Virgen María y de los santos ángeles, merezcamos de Cristo consagrar aquel monte bendito con la penitencia.

Dicho esto, San Francisco tomó consigo al hermano Maseo de Marignano de Asís, que era hombre de gran discreción y de gran elocuencia; al hermano Angel Tancredi de Rieti, que era muy cortés y había sido caballero en el siglo [8], y al hermano León, hombre de gran sencillez y candor, por lo que San Francisco lo amaba mucho y le tenía al tanto de casi todos sus secretos. Con estos tres hermanos se puso San Francisco en oración; terminada ésta, encomendándose a sí mismo y a sus compañeros a las oraciones de los hermanos que se quedaban, se puso en camino con los tres, en nombre de Jesucristo crucificado, hacia el monte Alverna.

Luego de ponerse en marcha, llamó San Francisco a uno de los tres compañeros, que fue el hermano Maseo, y le dijo:

—Tú, hermano Maseo, serás nuestro guardián y nuestro superior en este viaje mientras caminemos y estemos juntos, y observaremos nuestra costumbre de rezar el oficio, hablar de Dios y guardar silencio a las horas señaladas, y no andaremos pensando ni qué comeremos ni dónde dormiremos, sino que, cuando llegue la hora de alojarnos, pediremos de limosna un poco de pan y nos quedaremos a reposar en el lugar que Dios nos depare.

Los tres compañeros inclinaron la cabeza y, haciendo la señal de la cruz, reanudaron la marcha. La primera noche llegaron a un eremitorio de los hermanos y allí se hospedaron [9]. La segunda noche, debido al mal tiempo y al cansancio, no pudieron llegar a *ningún* lugar de hermanos *ni a ningún* castillo *ni* pueblo, y, al echárseles la noche con mal tiempo, fueron a guarecerse en una iglesia abandonada y deshabitada, donde se echaron a descansar [10]. Mientras dormían los compañeros, San Francisco se puso en oración, y como continuase orando, de pronto, en la primera vigilia de la noche, vino con mucho estrépito y alboroto una gran muchedumbre de demonios ferocísimos, que desataron contra él recia batalla molestándole rudamente: uno le cogía de aquí, otro de allá; éste lo tiraba al suelo, el otro lo lanzaba en alto; quién le amenazaba con una cosa, quién le reprochaba de otra. Y así, se ingeniaban de diversas maneras para estorbarle en su oración, pero sin lograrlo, porque Dios estaba con él. Después de

[8] El hermano Angel Tancredi fue una conquista hecha por San Francisco en uno de sus viajes al valle de Rieti. Noble caballero antes de entrar en la Orden, se distinguió por su cortesía; se le halla con frecuencia entre los íntimos de San Francisco y formó, con León y Rufino, la terna encargada de recoger los recuerdos del santo Fundador: los *tres compañeros*. Cf. 1C 31.102.109; TC 1; LP 7; EP 67.85.123; Flor 16.

[9] Según una tradición, ese eremitorio (no había aún conventos) sería el de Buonriposo, a una legua de Città di Castello hacia poniente.

[10] Debió de ser la iglesia de San Pedro, cerca de Caprese. Pero las demás fuentes franciscanas del siglo XIII colocan el episodio del ataque de los demonios en la iglesia de San Pedro de Bovara, cerca de Trevi. Cf. 2C 122; EP 59; LP 65; LM 10,3.

aguantar durante largo tiempo estos ataques de los demonios, San Francisco comenzó a gritar en alta voz:

—Espíritus condenados, vosotros nada podéis fuera de aquello que os permite la mano de Dios. Por eso, de parte de Dios todopoderoso, os digo que podéis hacer de mi cuerpo todo lo que os es permitido por Dios; yo lo soportaré de buen grado, porque no tengo peor enemigo que mi cuerpo; si vosotros, pues, me ayudáis a tomar venganza de mi enemigo, me hacéis un servicio muy grande [11].

Entonces, los demonios lo agarraron con gran ímpetu y furia y comenzaron a arrastrarlo por la iglesia y a molestarle y atormentarle con mayor saña. San Francisco se puso a gritar, y decía:

—Señor mío Jesucristo, te doy gracias por todo el amor y la caridad de que me haces objeto; ya que es señal de grande amor cuando el Señor castiga bien en este mundo a su siervo por todas sus faltas, para no tener que castigarle en el otro. Yo estoy dispuesto a soportar alegremente todas las penas y adversidades que tú, mi Dios, me quieras mandar por causa de mis pecados.

Los demonios por fin, confundidos y vencidos por su constancia y paciencia, se marcharon; y San Francisco, lleno de fervor de espíritu, salió de la iglesia y se internó en un bosque próximo; allí se puso en oración, y, entre súplicas, y lágrimas, y golpes de pecho, trataba de hallar a Jesús, el esposo y el amado de su alma. Y cuando finalmente lo halló en el secreto de su alma, ora le hablaba respetuosamente como a su Señor, ora le respondía como a su Juez; ya le suplicaba como a Padre, ya conversaba con El como con un amigo [12].

En aquella noche y en aquel bosque, los compañeros, que estaban despiertos escuchando y observando lo que hacía, le vieron y oyeron suplicar devotamente, entre lágrimas y lamentos, a la divina misericordia por los pecadores. Le vieron, asimismo, y le oyeron llorar en alta voz la pasión de Cristo, como si la estuviera presenciando corporalmente. En esa misma noche le vieron orar, con los brazos cruzados ante el pecho, suspendido y elevado del suelo por largo tiempo y rodeado de una nube resplandeciente. Y así, en estos santos ejercicios, pasó toda aquella noche sin dormir.

A la mañana siguiente, viendo los compañeros que, por la fatiga de la noche y la falta de sueño, San Francisco se encontraba demasiado débil del cuerpo y que a duras penas podría caminar a pie, fueron en busca de un campesino pobre de la comarca y le pidieron, por amor de Dios, les prestara su jumento para el hermano Francisco, su padre, que no podía caminar a pie. Al oír él mencionar al hermano Francisco, les preguntó:

—¿Sois vosotros de los hermanos de ese Francisco de Asís de quien se oye hablar tanto y bien?

Los hermanos le respondieron que sí y que para él venían a

[11] Es exactamente la doctrina expuesta por San Francisco en su Adm 10.

[12] Párrafo tomado textualmente de LM 10,4, que, a su vez, lo toma de 2C 95.

pedirle el asno. Entonces, el buen hombre, con gran devoción y solicitud, aparejó el asno, lo condujo a San Francisco y con mucha reverencia le hizo montarse en él. Y prosiguieron el camino; el campesino iba con ellos detrás del asno. Cuando llevaban andado un buen trecho, dijo el labriego a San Francisco:

—Dime: ¿eres tú el hermano Francisco de Asís?

San Francisco le respondió afirmativamente.

—Pues cuida mucho —añadió el labriego— de ser tan bueno como la gente cree que eres, ya que son muchos los que han puesto su esperanza en ti. Te recomiendo, por tanto, que en ti no haya nada que contradiga lo que la gente espera.

Al oír estas palabras, San Francisco no llevó a mal el verse amonestado por un labriego, y no dijo en su interior: «¡Qué bestia es este hombre que me amonesta!», como dirían hoy tantos soberbios que visten hábito; sino que al punto se apeó del asno, cayó de rodillas ante el labriego y le besó los pies, agradeciéndole con humildad, porque había tenido a bien amonestarle tan caritativamente [13]. El aldeano y los compañeros de San Francisco lo levantaron con gran devoción y lo volvieron a colocar sobre el asno. Y prosiguieron el viaje.

Cuando habían llegado, más o menos, a la mitad de la cuesta del monte, como hacía mucho calor y la subida era fatigosa, el labriego sintió grandísima sed, y, no pudiendo más, comenzó a gritar detrás de San Francisco:

—¡Ay de mí, me muero de sed! Si no hay algo que beber, voy a dejar aquí el alma.

San Francisco se apeó del asno y se puso en oración; y estuvo de rodillas con las manos alzadas al cielo hasta que supo por revelación que Dios le había escuchado. Entonces dijo al labriego:

—Corre, ve en seguida a aquella peña, y allí encontrarás agua fresca, que Cristo, en su misericordia, ha hecho brotar en este momento.

Corrió él al lugar indicado por San Francisco, y halló una fuente riquísima que manaba de la dura roca por la virtud de la oración de San Francisco; bebió con gana y se sintió reanimado. Y se vio claro que aquella agua había brotado milagrosamente por los ruegos de San Francisco, ya que ni antes ni después se vio jamás fuente alguna en aquel lugar, ni señal de agua en todo el contorno [14]. Después de esto, San Francisco con sus compañeros y el labriego dieron gracias a Dios por el milagro tan manifiesto; y luego continuaron el camino.

Estando ya próximos al pie del macizo propiamente dicho del Alverna, quiso San Francisco descansar un poco a la sombra de una encina que estaba, y está todavía, en el camino [15]. Desde allí

[13] El hecho del aldeano que amonesta a San Francisco lo refiere Tomás de Celano, aunque en otro contexto (2C 142).

[14] También este relato se halla en 2C 46 y en LM 7,12. Y parece que se trata del viaje al Alverna en el verano de 1224.

[15] En el lugar donde estuvo la encina fue edificada en 1602 una capillita, lla-

se puso San Francisco a observar el paisaje y la disposición del lugar, y en esto se vio venir una gran multitud de pájaros de todas clases, que con sus trinos y batir de alas manifestaban todos gran fiesta y alegría; rodearon a San Francisco, y unos se posaron sobre su cabeza; otros, sobre los hombros; otros, en los brazos; otros, en el regazo, y otros, en el suelo junto a los pies. Al ver esto, sus compañeros y el labriego estaban sorprendidos, y San Francisco, rebosante de alegría espiritual, dijo:

—Yo creo que a nuestro Señor Jesucristo le agrada que moremos en este monte solitario, ya que tanta alegría muestran por nuestra llegada nuestros hermanos los pájaros [16].

Dichas estas palabras, se levantó y reanudaron el camino. Finalmente llegaron al lugar del que antes habían tomado posesión los hermanos.

En alabanza de Dios y de su santísimo nombre. Amén.

Consideración II

La permanencia de San Francisco con sus compañeros en el monte Alverna

La segunda consideración se refiere a la permanencia de San Francisco con sus compañeros en dicho monte.

Por lo que hace a ella, es de saber que, al tener noticia messer Orlando que San Francisco había subido con tres compañeros para morar en el monte Alverna, se alegró muchísimo, y al día siguiente salió de su castillo con muchos otros y fue a visitarle, llevando pan y otros alimentos para él y para sus compañeros. Al llegar arriba, los halló en oración, y, acercándose, les saludó. San Francisco se levantó y recibió con gran caridad y alegría a messer Orlando y sus acompañantes. Luego se pusieron a conversar juntos; y, cuando hubieron hablado un rato, San Francisco le dio las gracias por la donación de un monte tan recogido y por su venida, y le rogó que le hiciese preparar una celdita pobre al pie de un haya muy hermosa que estaba a la distancia de un tiro de piedra del lugar de los hermanos, porque aquel sitio le parecía muy retirado y muy apto para la oración. Messer Orlando se la hizo preparar al punto [1].

Hecho esto, como la noche se venía encima y era tiempo de partir, San Francisco les hizo una breve plática antes que se fueran; luego, cuando hubo terminado de hablarles y les hubo dado

mada aún hoy «de los pájaros», al comienzo del último y más escarpado trecho que conduce al convento.

[16] El poético episodio de los pájaros que saludan la llegada de Francisco al Alverna lo refiere también la LM 8,10; no queda claro, con todo, si sucedió en el primer viaje del Santo o en el de 1224.

[1] En ese sitio se halla hoy la capilla de Santa María Magdalena, casi enfrente de la basílica.

la bendición, en el momento de partir, messer Orlando llamó aparte a San Francisco y a sus compañeros y les dijo:

—Hermanos míos muy amados, no es mi intención que en este monte agreste tengáis que pasar necesidad alguna corporal, con menoscabo de la atención que debéis poner a las cosas espirituales. Quiero, pues, y os lo digo una vez por todas, que enviéis confiadamente a mi casa para todo lo que necesitéis; y, si no lo hacéis así, *lo llevaré muy a mal.*

Dicho esto, partió con todo su acompañamiento y se volvió a su castillo.

Entonces, San Francisco hizo sentar a sus compañeros y les dio instrucciones sobre el estilo de vida que habían de llevar ellos y cuantos quisieran morar religiosamente en los eremitorios [2]. Entre otras cosas, les inculcó de manera especial la guarda de la santa pobreza, diciéndoles:

—No toméis tan en consideración el caritativo ofrecimiento de messer Orlando, que ofendáis en cosa alguna a nuestra señora madonna Pobreza. Tened por cierto que cuanto más huyamos nosotros de la pobreza, tanto más huirá de nosotros el mundo y más necesidad padeceremos; pero, si permanecemos bien estrechamente abrazados a la santa pobreza, el mundo correrá en pos de nosotros y *nos alimentará con abundancia.* Dios nos ha llamado a esta santa Orden para la salud del mundo, y ha establecido este pacto entre nosotros y el mundo: que nosotros demos al mundo el buen ejemplo y que el mundo nos provea de cuanto necesitamos [3]. Perseveremos, pues, en la santa pobreza, ya que ella es camino de la perfección, prenda y arras de las riquezas eternas.

Y, después de muchas, bellas y devotas palabras e instrucciones sobre esta materia, concluyó:

—Este es el modo de vivir que he determinado para mí y para vosotros. Y, puesto que me voy acercando a la muerte, es mi intención estar a solas y recogido en Dios, llorando ante El mis pecados. El hermano León, cuando le parezca bien, me traerá un poco de pan y un poco de agua; y por ningún motivo habéis de permitir que se acerque *ningún* seglar, sino que vosotros responderéis de mi parte.

Dichas estas palabras, les dio la bendición y se fue a la celda del haya; y sus compañeros se quedaron en el eremitorio con el firme propósito de poner en práctica las instrucciones de San Francisco.

Al cabo de unos días, estaba San Francisco junto a dicha celda y observaba la disposición del monte, extrañado de las grandes hendiduras y grietas de aquellos enormes peñascos; se puso en oración, y durante ella le fue revelado por Dios que aquellas

[2] Alusión al opúsculo *De religiosa habitatione in eremo,* con que San Francisco reglamentó el estilo y el ambiente de la vida en los eremitorios, en los que él y los hermanos pasaban temporadas en retiro, oración e intimidad fraterna.

[3] Exhortación tomada, casi al pie de la letra, de 2C 70.

hendiduras tan sorprendentes se habían producido milagrosamente en el momento de la pasión de Cristo, cuando, como dice el evangelista [4], se resquebrajaron las piedras. Y Dios quiso que esto quedase singularmente testimoniado en aquel monte Alverna para significar que en él se había de renovar la pasión de Jesucristo: en su alma, por el amor y la compasión, y en su cuerpo, por la impresión de las llagas.

Recibida esta revelación, San Francisco fue a encerrarse en seguida en su celda, y, recogido todo en sí mismo, se dispuso a penetrar el misterio que encerraba. Desde entonces comenzó a gustar con más frecuencia la dulzura de la divina contemplación, y le hacía quedar tantas veces arrobado en Dios, que los compañeros le veían elevado corporalmente de la tierra y en éxtasis fuera de sí.

En estos arrobamientos contemplativos le eran reveladas por Dios no sólo las cosas presentes y futuras, sino también los secretos pensamientos y deseos de los hermanos, como lo pudo comprobar en sí mismo, en aquellos días, el hermano León su compañero.

Estaba el hermano León sosteniendo por parte del demonio una fortísima tentación, no carnal, sino espiritual, y le vino un gran deseo de tener algún pensamiento devoto escrito de mano de San Francisco, pensando que, si lo tuviera, aquella tentación desaparecería en todo o en parte. Andaba dando vueltas a este deseo; pero, por vergüenza y por respeto, no se atrevía a decírselo a San Francisco; pero si el hermano León no se lo dijo, se lo reveló el Espíritu Santo. San Francisco, en efecto, lo llamó a sí, le hizo traer un tintero, pluma y papel, y con su propia mano escribió una laude de Cristo, conforme al deseo del hermano, y al final trazó el signo de la *tau*. Después se lo dio, diciendo:

—Toma, amadísimo hermano León, este papel y guárdalo cuidadosamente hasta tu muerte. Dios te bendiga y te guarde de toda tentación. No te desanimes por tener tentaciones, porque cuanto más combatido eres de las tentaciones, yo te tengo por más siervo y amigo de Dios y más te amo yo. Te aseguro que nadie debe considerarse perfecto amigo de Dios mientras no haya pasado por muchas tentaciones y tribulaciones [5].

Recibió el hermano León el escrito con suma devoción y fe, y, volviendo al eremitorio, refirió con gran alegría a los compañeros la gracia tan grande que Dios le había concedido con recibir aquel escrito de mano de San Francisco. Se lo guardó y lo conservó cuidadosamente, y con él hicieron más tarde muchos milagros los hermanos [6].

Desde aquel momento, el hermano León comenzó a observar, con gran sencillez y buena intención, y espiar con atención la vida

[4] Mt 27,51.

[5] Esta máxima sobre las tentaciones se halla, casi con las mismas palabras, en 2C 118.

[6] Cf. *Introducción* y texto de este autógrafo en este volumen p.24-26.

de San Francisco; y por su pureza mereció ver más de una vez a San Francisco arrobado en Dios y elevado del suelo; algunas veces, a una altura de tres brazas; a veces, hasta cuatro; a veces, hasta la copa del haya, y vez hubo que lo vio elevado en los aires a tanta altura y rodeado de tanto resplandor, que apenas podía divisarlo. Y ¿qué hacía en su sencillez el hermano León? Cuando San Francisco estaba elevado del suelo a tan poca altura que él podía alcanzarle, se acercaba sigilosamente, se abrazaba a sus pies y los besaba, mientras decía entre lágrimas:

—Dios mío, ten misericordia de mí, pecador, y, por los méritos de este santo hombre, hazme hallar tu gracia.

Un día, entre otros, mientras estaba de esa forma bajo los pies de San Francisco, sin lograr tocarle, porque estaba muy elevado en los aires, vio bajar del cielo una cédula escrita en letras de oro y posarse sobre la cabeza de San Francisco; en la cédula estaban escritas estas palabras: *La gracia de Dios está aquí.* Y, cuando la hubo leído, vio cómo volvía al cielo.

Por el don de esta gracia de Dios que había en él, San Francisco no sólo era arrebatado en Dios por la intensidad de la contemplación extática, sino que a veces era confortado con visiones angélicas. Estaba un día absorto en el pensamiento de su muerte y de la suerte que correría su Orden cuando él ya no viviera, y decía:

—Señor Dios, ¿qué será, después de mi muerte, de esta tu familia pobrecita, que en tu benignidad me has encomendado a mí, pecador? ¿Quién la sostendrá? ¿Quién la corregirá? ¿Quién te pedirá por ella?

Y, como seguía orando en estos términos, se le apareció un ángel enviado por Dios, que, animándolo, le dijo:

—Yo te aseguro, de parte de Dios, que tu Orden durará hasta el día del juicio; y que no habrá nadie tan pecador que, si ama de corazón tu Orden, no halle ante Dios misericordia; y nadie que por malicia persiga tu Orden podrá alcanzar larga vida. Y, además, ningún hermano que se haga reo en la Orden de grandes pecados podrá perseverar por mucho tiempo en ella, si no enmienda su vida [7]. Pero no te entristezcas cuando veas en tu Orden algunos hermanos que no son buenos, que no guardan la Regla como deben, y no pienses que por ello esta Orden va a ir

[7] Estos *privilegios* de la Orden se hallan en EP 79 y en la crónica de Tomás de Eccleston, ed. LITTLE, p.93s. En las ediciones de las *Florecillas* suele insertarse este relato, tomado de la *Vita fratris Leonis, Chronica XXIV Generalium:* AF 3, p.67s.

«En el monte Alverna, estando una vez hablando con el hermano León, dijo San Francisco a éste: 'Hermano ovejuela, lava esta piedra con agua'. Así lo hizo el hermano León. Después le dijo: 'Lávala con vino'. Y lo hizo el hermano León. 'Lávala con aceite'. Lo hizo también el hermano León. 'Lávala con bálsamo, hermano ovejuela'. El hermano León le dijo: 'Pero ¿cómo voy a encontrar bálsamo en estos parajes?' Le respondió San Francisco: 'Has de saber, hermano ovejuela de Dios, que ésa es la piedra sobre la que posaron los pies del Señor cuando se me apareció. Te he dicho que la lavaras cuatro veces porque el Señor en esa aparición me prometió cuatro cosas para la Orden' (siguen las cuatro promesas)...»

La piedra se conserva todavía hoy en la celda del haya.

para menos, porque siempre habrá muchos, muchos, que observarán a perfección la vida del Evangelio de Cristo y la pureza de la Regla; y éstos, inmediatamente después de la muerte corporal, irán a la vida eterna sin pasar absolutamente por el purgatorio. Algunos la observarán menos perfectamente, y éstos, antes de ir al paraíso, serán purificados en el purgatorio; pero la duración de la purificación la dejará Dios en tu mano. Mas de aquellos que no guardan absolutamente tu Regla, Dios dice que no te preocupes, porque El no se preocupa por ellos [8].

Dichas estas palabras, el ángel desapareció, y San Francisco quedó del todo animado y consolado.

Al acercarse la fiesta de la Asunción de nuestra Señora, San Francisco se puso a buscar un lugar más solitario y más oculto donde poder más a solas pasar la cuaresma de San Miguel Arcángel, que daba comienzo en dicha fiesta de la Asunción. Llamó, pues, al hermano León y le dijo:

—Ve y ponte a la puerta del oratorio del eremitorio de los hermanos, y, cuando yo te llame, vienes.

Fue el hermano León y se puso a la puerta; San Francisco se alejó un trecho y llamó fuerte. El hermano León, al oír que le llamaba, acudió a él, y San Francisco le dijo:

—Hijo, busquemos otro lugar más oculto, donde tú no puedas oírme cuando yo te llame.

Buscaron, y vieron al lado meridional del monte un sitio oculto y muy a propósito para lo que él deseaba; pero no era posible pasar, porque estaba separado por una hendidura horrible y espantosa en la roca. Con mucho trabajo pudieron colocar un madero a manera de puente y pasaron al otro lado [9]. Entonces, San Francisco hizo llamar a los demás hermanos y les dijo cómo tenía intención de pasar la cuaresma de San Miguel en aquel lugar solitario. Les rogó que le preparasen una celdita, de modo que, aunque gritase, no pudiera ser oído por ellos. Preparada la celda, les dijo San Francisco:

—Id a vuestro sitio y dejadme solo, porque es mi intención, con la ayuda de Dios, pasar esta cuaresma lejos de todo ruido y sin distracción alguna del espíritu. Ninguno de vosotros ha de venir aquí y no permitáis que se acerque ningún seglar. Pero tú, hermano León, vendrás una sola vez al día, trayendo un poco de pan y de agua, y otra vez por la noche, a la hora de los maitines.

[8] La conciencia de la propia importancia en la Iglesia como institución, el aprecio general de que eran objeto y la polémica sostenida con los adversarios externos fue creando en los hijos de San Francisco cierto orgullo de grupo, por lo demás ingenuo, expresión del amor a la vocación, que estimuló la fantasía creadora de los narradores de comienzos del siglo XIV. Ciertas revelaciones, aun las atribuidas al Fundador, son el reflejo de esa autoexaltación colectiva.

[9] La descripción topográfica es exacta. La impresionante hendidura se halla hoy cubierta, en gran parte, por la galería que conduce desde el convento. El sitio escogido por Francisco para aquella cuaresma excepcional era un cabezo entre la hendidura y el precipicio que bordea la montaña.

Entonces te acercarás silenciosamente y, cuando estés al extremo del puente, dirás: *Domine, labia mea aperies* [10]. Si yo te respondo, pasas y vienes a la celda, y diremos juntos los maitines; si no te respondo, márchate en seguida.

Decía esto San Francisco porque algunas veces estaba tan arrobado en Dios, que no oía ni sentía nada con los sentidos del cuerpo. Dicho esto, les dio la bendición y ellos se volvieron al eremitorio.

Llegada, pues, la fiesta de la Asunción, comenzó San Francisco la santa cuaresma, macerando el cuerpo con grandísima abstinencia y rigor y confortando el espíritu con fervientes oraciones, vigilias y disciplinas. Con estos ejercicios fue creciendo de virtud en virtud y disponiendo su alma para recibir los divinos misterios y la divina iluminación, y su cuerpo para sostener las batallas crueles de los demonios, con los cuales con frecuencia tuvo que combatir en forma sensible.

Sucedió durante aquella cuaresma que, saliendo un día San Francisco de la celda en fervor de espíritu y yendo a ponerse en oración allí cerca, en la concavidad de una roca, situada a una gran altura sobre un horrible y espantoso precipicio, se presentó de pronto el demonio, acompañado de un fragor y estrépito enorme y con aspecto terrible, y le golpeó, empujándolo para hacerle caer en el precipicio. San Francisco, viendo que no tenía retirada posible y no pudiendo soportar la feroz catadura del demonio, se volvió rápidamente, pegándose a la peña con las manos, con la cara y con todo el cuerpo, mientras se encomendaba a Dios, buscando a tientas con las manos algo donde poder agarrarse. Pero Dios, que no permite nunca que sus siervos sean tentados más allá de sus posibilidades, hizo que en aquel momento la roca a la que se había arrimado cediera, tomando la forma del cuerpo y protegiéndolo; y, como si hubiera puesto las manos y la cara sobre una cera líquida, quedó impresa la huella de la cara y de las manos en la roca. Y así, con la ayuda de Dios, pudo librarse del demonio [11].

Pero lo que no pudo hacer entonces el demonio con San Francisco, echarlo por el precipicio abajo, lo hizo más tarde, mucho después de la muerte de San Francisco, con uno de sus queridos y devotos hermanos. Estaba este hermano colocando en aquel mismo lugar algunos troncos para que se pudiera pasar sin peligro, por devoción a San Francisco y al milagro que allí había tenido lugar; y un día que llevaba sobre la cabeza un grueso tronco para colocarlo, el demonio le empujó y le hizo caer al fondo del precipicio con el tronco en la cabeza. Pero Dios, que había librado y preservado a San Francisco de la caída, libró y

[10] Es la invocación inicial del oficio divino, tomada del Sal 51,17: *Señor, ábreme los labios;* se responde: *Y mi boca proclamará tu alabanza.*

[11] Los peregrinos pueden llegar hoy a través de un pasadizo practicado en la roca para venerar la concavidad donde, según la tradición, San Francisco pudo sustraerse a la furia del demonio.

preservó, por los méritos del Santo, al hermano, devoto suyo, de los peligros de la caída, ya que al caer se había encomendado con gran devoción en alta voz a San Francisco; éste se le apareció al punto, lo tomó y lo posó abajo, sobre las piedras, sin golpe ni lesión alguna. Los otros hermanos que oyeron el grito dado por él al caer, dándolo por muerto y despedazado por la caída de semejante altura sobre los picachos agudos, tomaron unas parihuelas, con gran dolor y lágrimas, y bajaron por la otra parte del monte para recoger el cuerpo despedazado y darle sepultura. Habían descendido ya la pendiente, cuando les salió al encuentro el hermano despeñado llevando en la cabeza el tronco con el que había caído, y venía cantando a voz en cuello el *Te Deum*, alabando y dando gracias a Dios y a San Francisco por el milagro hecho con un hermano suyo [12].

Continuó, pues, San Francisco, como se ha dicho, aquella cuaresma, y, aunque tenía que sostener muchos ataques del demonio, también recibía muchas consolaciones del Señor, no sólo por medio de visitas angélicas, sino también mediante las aves del bosque. Porque sucedió que, durante toda la cuaresma, un halcón que tenía el nido allí cerca, cada noche, un poco antes de los maitines, le despertaba graznando y batiendo las alas junto a su celda, y no se iba hasta que él se levantaba para rezar los maitines. Y, cuando San Francisco se hallaba más fatigado que de ordinario, o débil o enfermo, el halcón, como si fuera una persona discreta y comprensiva, le despertaba más tarde con sus graznidos. Este reloj causaba gran placer a San Francisco, tomando de la solicitud del halcón estímulo para sacudir toda pereza y para darse a la oración; además, de vez en cuando se entretenía con él familiarmente [13].

Finalmente, por lo que hace a esta segunda consideración, como San Francisco se hallaba muy debilitado en el cuerpo, así por su rigurosa abstinencia como por los ataques de los demonios, quiso reconfortar el cuerpo con el alimento espiritual del alma, y para ello comenzó a meditar en la gloria sin medida y en el gozo de los bienaventurados en la vida eterna; comenzó también a suplicar a Dios que le concediera la gracia de probar un poco de aquel gozo. Estando en tales pensamientos, de pronto se le apareció un ángel con grandísimo resplandor, con una viola en la mano izquierda y el arco en la derecha; San Francisco le miraba estupefacto, y, en esto, el ángel pasó una sola vez el arco por las cuerdas de la viola; y fue tal la suavidad de la melodía, que

[12] El hecho sucedió en 1273 y el religioso se llamaba hermano Francisco Malefizi de Florencia, según una antigua tradición. La altura actual del precipicio, desde el sitio en cuestión, es de 38,20 metros.

[13] El relato del hermano halcón se halla en 2C 168 y LM 8,10. San Buenaventura especifica que el eremitorio donde sucedió era el de Alverna. Puede ser, sin embargo, que hubiera ocurrido en alguna otra de las varias permanencias de Francisco en esta montaña, ya que, como hemos visto, quien debía despertarle para los maitines durante la cuaresma del verano de 1224 era el hermano León entonando los maitines desde el otro lado de la pasarela.

llenó de dulcedumbre el alma de San Francisco y le hizo desfallecer, hasta el punto que, como lo refirió después a sus compañeros, le parecía que, si el ángel hubiera continuado moviendo el arco hasta abajo, se le hubiera separado el alma del cuerpo no pudiendo soportar tanta dulzura [14].

Consideración III

Aparición del serafín e impresión de las llagas a San Francisco

En cuanto a la tercera consideración, que es la de la aparición del serafín y de la impresión de las llagas, se ha de considerar que, estando próxima la fiesta de la cruz de septiembre [1], fue una noche el hermano León, a la hora acostumbrada, para rezar los maitines con San Francisco. Lo mismo que otras veces, dijo desde el extremo de la pasarela: *Domine, labia mea aperies,* y San Francisco no respondió. El hermano León no se volvió atrás, como San Francisco se lo tenía ordenado, sino que, con buena y santa intención, pasó y entró suavemente en su celda; no encontrándolo, pensó que estaría en oración en algún lugar del bosque. Salió fuera, y fue buscando sigilosamente por el bosque a la luz de la luna. Por fin oyó la voz de San Francisco, y, acercándose, lo halló arrodillado, con el rostro y las manos levantadas hacia el cielo, mientras decía lleno de fervor de espíritu:

—¿Quién eres tú, dulcísimo Dios mío? Y ¿quién soy yo, gusano vilísimo e inútil siervo tuyo?

Y repetía siempre las mismas palabras, sin decir otra cosa. El hermano León, fuertemente sorprendido de lo que veía, levantó los ojos y miró hacia el cielo; y, mientras estaba mirando, vio bajar del cielo un haz de luz bellísima y deslumbrante, que vino a posarse sobre la cabeza de San Francisco; y oyó que de la llama luminosa salía una voz que hablaba con San Francisco; pero el hermano León no entendía lo que hablaba. Al ver esto, y reputándose indigno de estar tan cerca de aquel santo sitio donde tenía lugar la aparición y temiendo, por otra parte, ofender a San Francisco o estorbarle en su consolación si se daba cuenta, se fue retirando poco a poco sin hacer ruido, y desde lejos esperó hasta ver el final. Y, mirando con atención, vio cómo San Francisco extendía por tres veces las manos hacia la llama; finalmente, al cabo de un buen rato, vio cómo la llama volvía al cielo.

Marchóse entonces, seguro y alegre por lo que había visto, y se encaminó a su celda. Como iba descuidado, San Francisco oyó

[14] El hecho del ángel violinista tuvo lugar, según las otras fuentes biográficas, no en Alverna, sino en Rieti, y en un contexto lleno de sublime humanidad. Cf. LP 66; 2C 126 y LM 5,11.

[1] La fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, 14 de septiembre.

el ruido que producían sus pies en las hojas del suelo, y le mandó que le esperase y no se moviese. El hermano León obedeció y se estuvo quieto esperándole; tan sobrecogido de miedo, que, como él lo refirió después a los compañeros, en aquel momento hubiera preferido que lo tragara la tierra antes que esperar a San Francisco, por pensar que estaría incomodado contra él; porque ponía sumo cuidado en no ofender a tan buen padre, no fuera que, por su culpa, San Francisco le privase de su compañía. Cuando estuvo cerca San Francisco, le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy el hermano León, Padre mío —respondió temblando de pies a cabeza.

—Y ¿por qué has venido aquí, hermano ovejuela? —prosiguió San Francisco—. ¿No te tengo dicho que no andes observándome? Te mando, por santa obediencia, que me digas si has visto u oído algo.

El hermano León respondió:

—Padre, yo te he oído hablar y decir varias veces: «¿Quién eres tú, dulcísimo Dios mío?» y «¿Quién soy yo, gusano vilísimo e inútil siervo tuyo?»

Cayendo entonces de rodillas el hermano León a los pies de San Francisco, se reconoció culpable de desobediencia contra la orden recibida y le pidió perdón con muchas lágrimas. Y en seguida le rogó devotamente que le explicara aquellas palabras que él había oído y le dijera las otras que no había entendido.

Entonces, San Francisco, en vista de que Dios había revelado o concedido al humilde hermano León, por su sencillez y candor, ver algunas cosas, condescendió en manifestarle y explicarle lo que pedía, y le habló así:

—Has de saber, hermano ovejuela de Jesucristo, que, cuando yo decía las palabras que tú escuchaste, mi alma era iluminada con dos luces: una me daba la noticia y el conocimiento del Creador, la otra me daba el conocimiento de mí mismo. Cuando yo decía: «¿Quién eres tú, dulcísimo Dios mío?», me hallaba invadido por una luz de contemplación, en la cual yo veía el abismo de la infinita bondad, sabiduría y omnipotencia de Dios. Y cuando yo decía: «¿Quién soy yo», etc.?, la otra luz de contemplación me hacía ver el fondo deplorable de mi vileza y miseria. Por eso decía: «¿Quién eres tú, Señor de infinita bondad, sabiduría y omnipotencia, que te dignas visitarme a mí, que soy un gusano vil y abominable?» En aquella llama que viste estaba Dios, que me hablaba bajo aquella forma, como había hablado antiguamente a Moisés. Y, entre otras cosas que me dijo, me pidió que le ofreciese tres dones; yo le respondí: «Señor mío, yo soy todo tuyo. Tú sabes bien que no tengo otra cosa que el hábito, la cuerda y los calzones, y aun estas tres cosas son tuyas; ¿qué es lo que puedo, pues, ofrecer o dar a tu majestad?» Entonces Dios me dijo: «Busca en tu seno y ofréceme lo que encuentres». Busqué, y hallé una bola de oro, y se la ofrecí a Dios; hice lo mismo por tres veces, pues

Dios me lo mandó tres veces; y después me arrodillé tres veces, bendiciendo y dando gracias a Dios, que me había dado alguna cosa que ofrecerle. En seguida se me dio a entender que aquellos tres dones significaban la santa obediencia, la altísima pobreza y la resplandeciente castidad, que Dios, por gracia suya, me ha concedido observar tan perfectamente, que nada me reprende la conciencia. Y así como tú me veías meter la mano en el seno y ofrecer a Dios estas tres virtudes, significadas por aquellas tres bolas de oro que me había puesto Dios en el seno, así me ha dado Dios tal virtud en el alma, que no ceso de alabarle y glorificarle con el corazón y con la boca por todos los bienes y todas las gracias que me ha concedido. Estas son las palabras que has oído y aquel elevar las manos por tres veces que has visto. Pero guárdate bien, hermano ovejuela, de seguir espiándome; vuélvete a tu celda con la bendición de Dios. Y ten buen cuidado de mí, porque, dentro de pocos días, Dios va a realizar cosas tan grandes y maravillosas sobre esta montaña, que todo el mundo se admirará; cosas nuevas que El nunca ha hecho con creatura alguna en este mundo.

Dicho esto, se hizo traer el libro de los evangelios, pues Dios le había sugerido interiormente que, al abrir por tres veces el libro de los evangelios, le sería mostrado lo que Dios quería obrar en él. Traído el libro, San Francisco se postró en oración; cuando hubo orado, se hizo abrir tres veces el libro, por mano del hermano León, en el nombre de la Santísima Trinidad; y plugo a la divina voluntad que las tres veces se le pusiese delante la pasión de Cristo. Con ello se le dio a entender que como había seguido a Cristo en los actos de la vida, así le debía seguir y conformarse a él en las aflicciones y dolores de la pasión antes de dejar esta vida [2].

A partir de aquel momento comenzó San Francisco a gustar y sentir con mayor abundancia la dulzura de la divina contemplación y de las visitas divinas. Entre éstas tuvo una que fue como la preparación inmediata a la impresión de las llagas, y fue de este modo: El día que precede a la fiesta de la Cruz de septiembre, hallándose San Francisco en oración recogido en su celda, se le apareció el ángel de Dios y le dijo de parte de Dios:

—Vengo a confortarte y a avisarte que te prepares y dispongas con humildad y paciencia para recibir lo que Dios quiera hacer en ti.

Respondió San Francisco:

—Estoy preparado para soportar pacientemente todo lo que mi Señor quiera de mí.

Dicho esto, el ángel desapareció.

Llegó el día siguiente, o sea, el de la fiesta de la Cruz [3], y San

[2] El relato viene de 1C 92s, pero el autor de las *Consideraciones* ha tenido delante, más bien, la LM 13,2.

[3] El autor de las *Consideraciones* fija con precisión la fecha de la impresión de las

Francisco muy de mañana, antes de amanecer, se postró en oración delante de la puerta de su celda, con el rostro vuelto hacia el oriente; y oraba de este modo:

—Señor mío Jesucristo, dos gracias te pido me concedas antes de mi muerte: la primera, que yo experimente en vida, en el alma y en el cuerpo, aquel dolor que tú, dulce Jesús, soportaste en la hora de tu acerbísima pasión; la segunda, que yo experimente en mi corazón, en la medida posible, aquel amor sin medida en que tú, Hijo de Dios, ardías cuando te ofreciste a sufrir tantos padecimientos por nosotros pecadores.

Y, permaneciendo por largo tiempo en esta plegaria, entendió que Dios le escucharía y que, en cuanto es posible a una pura creatura, le sería concedido en breve experimentar dichas cosas.

Animado con esta promesa, comenzó San Francisco a contemplar con gran devoción la pasión de Cristo y su infinita caridad. Y crecía tanto en él el fervor de la devoción, que se transformaba totalmente en Jesús por el amor y por la compasión. Estando así inflamado en esta contemplación, aquella misma mañana vio bajar del cielo un serafín con seis alas de fuego resplandecientes. El serafín se acercó a San Francisco en raudo vuelo tan próximo, que él podía observarlo bien: vio claramente que presentaba la imagen de un hombre crucificado y que las alas estaban dispuestas de tal manera, que dos de ellas se extendían sobre la cabeza, dos se desplegaban para volar y las otras dos cubrían todo el cuerpo.

Ante tal visión, San Francisco quedó fuertemente turbado, al mismo tiempo que lleno de alegría, mezclada de dolor y de admiración. Sentía grandísima alegría ante el gracioso aspecto de Cristo, que se le aparecía con tanta familiaridad y que le miraba tan amorosamente; pero, por otro lado, al verlo clavado en la cruz, experimentaba desmedido dolor de compasión. Luego, no cabía de admiración ante una visión tan estupenda e insólita, pues sabía muy bien que la debilidad de la pasión no dice bien con la inmortalidad de un espíritu seráfico. Absorto en esta admiración, le reveló el que se le aparecía que, por disposición divina, le era mostrada la visión en aquella forma para que entendiese que no por martirio corporal, sino por incendio espiritual, había de quedar él totalmente transformado en expresa semejanza de Cristo crucificado [4].

Durante esta admirable aparición parecía que todo el monte Alverna estuviera ardiendo entre llamas resplandecientes, que iluminaban todos los montes y los valles del contorno como si el sol brillara sobre la tierra. Así, los pastores que velaban en aquella

llagas: el 14 de septiembre. Tomás de Celano no da ninguna fecha; San Buenaventura se limita a decir: un día próximo a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz» (LM 13,3). La fiesta litúrgica ha venido celebrándose el 17 de septiembre.

[4] Es la idea reiteradamente expresada por San Buenaventura, a quien sigue casi literalmente el autor (cf. LM 13,3): Francisco anheló durante toda su vida el martirio por Cristo; no logró el martirio corporal, pero Cristo le reservaba otro martirio más meritorio: el de su transformación en el Crucificado.

comarca, al ver el monte en llamas y semejante resplandor en torno, tuvieron muchísimo miedo, como ellos lo refirieron después a los hermanos, y afirmaban que aquella llama había permanecido sobre el *monte* Alverna una hora o más. Asimismo, al resplandor de esa luz, que penetraba por las ventanas de las casas de la comarca, algunos arrieros que iban a la Romaña se levantaron, creyendo que ya había salido el sol, ensillaron y cargaron sus bestias, y, cuando ya iban de camino, vieron que desaparecía dicha luz y nacía el sol natural.

En esa aparición seráfica, Cristo, que era quien se aparecía, habló a San Francisco de ciertas cosas secretas y sublimes, que San Francisco jamás quiso manifestar a nadie en vida, pero después de su muerte las reveló, como se verá más adelante. Y las palabras fueron éstas:

—¿Sabes tú —dijo Cristo— lo que yo he hecho? Te he hecho el don de las llagas, que son las señales de mi pasión, para que tú seas mi portaestandarte [5]. Y así como yo el día de mi muerte bajé al limbo y saqué de él a todas las almas que encontré allí en virtud de estas mis llagas, de la misma manera te concedo que cada año, el día de tu muerte, vayas al purgatorio y saques de él, por la virtud de tus llagas, a todas las almas que encuentres allí de tus tres Ordenes, o sea, de los menores, de las monjas y de los continentes [6], y también las de otros que hayan sido muy devotos tuyos, y las lleves a la gloria del paraíso, a fin de que seas conforme a mí en la muerte como lo has sido en la vida.

Cuando desapareció esta visión admirable, después de largo espacio de tiempo y de secreto coloquio, dejó en el corazón de San Francisco un ardor desbordante y una llama de amor divino, y en su carne, la maravillosa imagen y huella de la pasión de Cristo. Porque al punto comenzaron a aparecer en las manos y en los pies de San Francisco las señales de los clavos, de la misma manera que él las había visto en el cuerpo de Jesús crucificado, que se le apareció bajo la figura de un serafín. Sus manos y sus pies aparecían, en efecto, clavados en la mitad con clavos, cuyas cabezas, sobresaliendo de la piel, se hallaban en las palmas de las manos y en los empeines de los pies, y cuyas puntas asomaban en el dorso de las manos y en las plantas de los pies, retorcidas y remachadas de tal forma, que por debajo del remache, que sobresalía todo de la carne, se hubiera podido introducir fácilmente el dedo de la mano, como en un anillo. Las cabezas de los clavos eran redondas y negras.

Asimismo, en el costado derecho aparecía una herida de

[5] En italiano, *gonfaloniere*. Es otra de las ideas de San Buenaventura: «Cristo le entregó su estandarte, esto es, la señal del Crucificado» *(Sermo V de s. Francisco:* Opera omnia, 593; ibid., 535 y LM 13,9).

[6] Las tres Ordenes de San Francisco: Menores, Clarisas y Terciarios. Estamos ante otra revelación, fruto tardío de la fantasía de ciertos ambientes conventuales, en que las glorias de la Orden suponían más que la imitación sincera del humilde Poverello.

lanza, sin cicatrizar, roja y ensangrentada, que más tarde echaba con frecuencia sangre del santo pecho de San Francisco, ensangrentándole la túnica y los calzones. Lo advirtieron los compañeros antes de saberlo de él mismo, observando cómo no descubría las manos ni los pies y que no podía asentar en tierra las plantas de los pies, y cuando, al lavarle la túnica y los calzones, los hallaban ensangrentados; llegaron, pues, a convencerse de que en las manos, en los pies y en el costado llevaba claramente impresa la imagen y la semejanza de Cristo crucificado.

Y por mucho que él anduviera cuidadoso de ocultar y disimular esas llagas gloriosas, tan patentemente impresas en su carne, viendo, por otra parte, que con dificultad podía encubrirlas a los compañeros sus familiares, mas temiendo publicar los secretos de Dios, estuvo muy perplejo sobre si debía manifestar o no la visión seráfica y la impresión de las llagas. Por fin, acosado por la conciencia, llamó junto a sí a algunos hermanos de más confianza, les propuso la duda en términos generales, sin mencionar el hecho, y les pidió su consejo. Entre ellos había uno de gran santidad, de nombre hermano Iluminado [7]; éste, verdaderamente iluminado por Dios, sospechando que San Francisco debía de haber visto cosas maravillosas, le respondió:

—Hermano Francisco, debes saber que, si Dios te muestra alguna vez sus sagrados secretos, no es para ti sólo, sino también para los demás; tienes, pues, motivo para temer que, si tienes oculto lo que Dios te ha manifestado para utilidad de los demás, te hagas merecedor de reprensión.

Entonces, San Francisco, movido por estas palabras, les refirió, con grandísima repugnancia, la sobredicha visión punto por punto, añadiendo que Cristo durante la aparición le había dicho ciertas cosas que él no manifestaría jamás mientras viviera [8].

Si bien aquellas llagas santísimas, por haberle sido impresas por Cristo, eran causa de grandísima alegría para su corazón, con todo le producían dolores intolerables en su carne y en los sentidos corporales. Por ello, forzado de la necesidad, escogió al hermano León, el más sencillo y el más puro de todos, para confiarle su secreto; a él le dejaba ver y tocar sus santas llagas y vendárselas con lienzos para calmar el dolor y recoger la sangre que brotaba y corría de ellas. Cuando estaba enfermo, se dejaba cambiar con frecuencia las vendas, aun cada día, excepto desde la tarde del jueves hasta la mañana del sábado, porque no quería que le fuese mitigado con ningún remedio humano ni medicina el dolor de la pasión de Cristo que llevaba en su cuerpo durante todo ese

[7] El hermano Iluminado de Rieti, que había sido compañero del Santo en Egipto. Cf. G. GOLUBOVICH, *Biblioteca della Terra Santa...* I (Quaracchi 1906) p.33 n.3.36s.

[8] El texto de *Actus* 9,71 termina el relato de la estigmatización con estas palabras: «Estos hechos los supo el hermano Jacobo de Massa de boca del hermano León, y el hermano Hugolino de Monte Santa María los supo de boca de dicho hermano Jacobo, y yo, que lo escribo, de boca del hermano Hugolino, hombre enteramente digno de fe».

tiempo en que nuestro Señor Jesucristo había sido, por nosotros, preso, crucificado, muerto y sepultado. Sucedió alguna vez que, cuando el hermano León le cambiaba la venda de la llaga del costado, San Francisco, por la violencia del dolor al despegarse el lienzo ensangrentado, puso la mano en el pecho del hermano León; al contacto de aquellas manos sagradas, el hermano León sintió tal dulzura, que faltó poco para que cayera en tierra desvanecido.

Finalmente, por lo que hace a esta tercera consideración, cuando terminó San Francisco la cuaresma de San Miguel Arcángel, se dispuso, por divina inspiración, a regresar a Santa María de los Angeles. Llamó, pues, a los hermanos Maseo y Angel y, después de muchas palabras y santas enseñanzas, les recomendó aquel monte santo con todo el encarecimiento que pudo, diciéndoles que le convenía volver, juntamente con el hermano León, a Santa María de los Angeles. Dicho esto, se despidió de ellos, los bendijo en nombre de Jesucristo crucificado y, condescendiendo con sus ruegos, les tendió sus santísimas manos, adornadas de las gloriosas llagas, para que las vieran, tocaran y besaran. Dejándolos así consolados, se despidió de ellos y emprendió el descenso de la montaña santa [9].

En alabanza de Cristo. Amén.

Consideración IV

Cómo San Francisco, después de la impresión de las llagas, partió del Alverna y regresó a Santa María de los Angeles

En cuanto a la cuarta consideración, es de saber que, después que el verdadero amor de Cristo transformó perfectamente a San Francisco en Dios y en la verdadera imagen de Cristo crucificado, terminada la cuaresma de cuarenta días en honor de San Miguel Arcángel en el santo monte Alverna, después de la solemnidad de San Miguel bajó de la montaña el hombre angélico Francisco con el hermano León y con un devoto labriego, en cuyo asno iba montado, ya que, por causa de los clavos de los pies, no podía caminar a pie, sino con mucha dificultad.

Habiendo, pues, bajado del monte San Francisco, como la fama de su santidad se había ya divulgado por la comarca y los pastores habían difundido el hecho de haber visto en llamas el monte Alverna, lo cual era señal de que Dios había hecho algún milagro a San Francisco, toda la gente del país, al oír que pasaba, acudía a verlo: hombres y mujeres, pequeños y grandes, todos pugnaban por tocarle y besarle la mano con gran devoción. No pudiendo él sustraerse a la devoción de la gente, aunque llevaba

[9] Fue el 30 de septiembre de 1224.

vendadas las palmas, con todo, para ocultar mejor las llagas, todavía se las envolvía y cubría con las mangas, y daba a besar solamente los dedos descubiertos.

Pero, por mucho que tratase de ocultar y encubrir el secreto de las gloriosas llagas para huir de toda ocasión de gloria mundana, plugo a Dios manifestar su gloria con muchos milagros realizados por la virtud de dichas llagas; sobre todo, en este viaje desde el monte Alverna a Santa María de los Angeles, y más tarde, con otros muchísimos en diversas partes del mundo, así en vida de él como después de su muerte, a fin de que se manifestase al mundo su oculta y maravillosa virtud y la caridad y misericordia sin medida de Cristo hacia él mediante prodigios claros y evidentes, de los cuales enumeramos aquí algunos.

Sucedió que, aproximándose San Francisco a una aldea que había en los confines de la comarca de Arezzo, se le puso delante una mujer llorando amargamente y llevando en brazos a su hijo de ocho años, hidrópico desde hacía cuatro; tenía el vientre tan desmesuradamente inflado, que, puesto en posición vertical, no podía verse los pies. La mujer le puso el hijo delante, suplicándole que pidiese a Dios por él. San Francisco se puso primero en oración; terminada ésta, colocó sus manos sobre el vientre del niño; al punto desapareció toda la hinchazón y quedó perfectamente sano, y se lo devolvió a su madre, la cual lo recibió con grandísima alegría y se lo llevó a casa dando gracias a Dios y a su santo. Y mostraba muy gustosamente el hijo curado a todo el vecindario que acudía a su casa para verlo [1].

Aquel mismo día pasó San Francisco por Borgo San Sepolcro, y antes de que llegase a la población le salió al encuentro multitud de gente de la ciudad y de las aldeas vecinas; muchos de ellos iban delante de él con ramas de olivo en las manos y gritando con fuerza:

—¡Aquí viene el santo, aquí viene el santo!

Y la gente se agolpaba y apretaba sobre él en su deseo de tocarle por devoción. Pero él iba con la mente tan elevada y absorta en Dios por la contemplación, que, por más que le tocaban, y tiraban, y apretaban, como si fuera insensible, no sentía nada de cuanto sucedía o se decía en torno a él, y ni siquiera se dio cuenta de que pasaba por la ciudad ni por la comarca. En efecto, cuando pasaron Borgo y la multitud se volvió a sus casas, al llegar a una leprosería a una milla más allá de Borgo, volvió en sí de la celeste contemplación, y, como si viniese del otro mundo, preguntó al compañero:

—¿Cuándo llegamos a Borgo?

A la verdad, su espíritu, fijo y absorto en la contemplación de las cosas celestiales, no se había dado cuenta de las cosas de la tierra, ni de la diversidad de los lugares y de los tiempos, ni de las

[1] Este milagro se halla, en forma más breve, en 3C 174 y en LM 12,9, pero colocándolo en un lugar de la diócesis de Rieti.

personas que encontraba [2]. Esto le sucedió también otras veces, como pudieron claramente comprobar sus compañeros.

Llegó aquella noche San Francisco al eremitorio que tenían los hermanos en Monte Casale, donde había un hermano tan lastimosamente enfermo y horriblemente atormentado de la enfermedad, que su mal parecía más bien tribulación o tormento del demonio que dolencia natural. A veces se arrojaba al suelo con grandes convulsiones y echando espuma por la boca; otras veces se le contraían todos los miembros del cuerpo, o se le distendían o replegaban y retorcían hasta tocar la nuca con los talones; o bien se lanzaba hacia arriba y luego caía de espaldas. Estando a la mesa San Francisco con los suyos, les oyó hablar de este hermano, víctima sin remedio de tan lastimosa enfermedad, y tuvo compasión de él; tomó una tajada de pan que estaba comiendo, hizo sobre ella la señal de la cruz con sus santas manos estigmatizadas y se la envió al hermano enfermo. No bien la hubo comido, el enfermo quedó perfectamente curado y nunca volvió a sentir aquella enfermedad [3].

A la mañana siguiente, San Francisco envió a dos de los hermanos que estaban en aquel eremitorio a morar en el de Alverna, y con ellos hizo volverse al labriego, que había venido con él detrás del asno que le había prestado, para que regresara a su casa.

Marcharon los hermanos con el labriego, y, al llegar al territorio de Arezzo, los vieron de lejos algunos de los habitantes y se llenaron de alegría pensando que venía San Francisco, que había pasado por allí dos días antes. Ahora bien, la mujer de uno de ellos llevaba tres días con los dolores del alumbramiento y estaba a punto de morir; ellos pensaban recobrarla sana y fuera de cuidado si lograban que San Francisco le pusiera encima sus santas manos. Pero, al acercarse los hermanos, viendo que no venía San Francisco, quedaron muy tristes; mas aunque no estaba corporalmente el Santo, no faltó su poder, porque no faltó la fe de aquellos hombres. ¡Cosa admirable! La mujer se moría y ya tenía todas las señales de la muerte. Ellos preguntaron a los hermanos si no tenían alguna cosa que hubiera sido tocada por las manos santísimas de San Francisco. Los hermanos recapacitaron y buscaron con interés, y no hallaron otra cosa que hubiera tocado San Francisco sino el ramal del asno en que había estado montado. Tomaron ellos con gran reverencia y devoción dicho ramal y lo colocaron sobre el cuerpo de la mujer embarazada, invocando devotamente el nombre de San Francisco y encomendándola a él con fe. Apenas tuvo encima la mujer el ramal, al punto se sintió fuera de peligro y dio a luz fácilmente con gozo y salud [4].

Después de una permanencia de varios días en el mencionado

[2] El hecho lo refiere 2C 98 y LM 10,2.

[3] También esta curación del hermano epiléptico en 1C 68 y LM 12,11, aunque sin indicación de tiempo y lugar.

[4] Referido, asimismo, por 1C 63 y LM 12,11.

eremitorio, se marchó de allí y se dirigió a Città di Castello. Aquí los habitantes le presentaron una mujer que desde tiempo atrás estaba poseída del demonio, y le suplicaban humildemente que la librara, porque traía alborotada toda la región con sus alaridos, sus gritos feroces y sus ladridos de perro. San Francisco, después de hacer oración, trazó sobre ella la señal de la cruz y ordenó al demonio que saliera de ella; éste se marchó inmediatamente, dejándola sana del cuerpo y del espíritu [5].

Al divulgarse este milagro por el pueblo, otra mujer le llevó con gran fe su pequeño, gravemente enfermo de una llaga maligna, y le suplicó devotamente que tuviese a bien hacer sobre él la señal de la cruz. San Francisco, accediendo a su devoción, tomó al pequeñuelo, le quitó la venda de la llaga, lo bendijo haciendo tres veces la señal de la cruz sobre ella, y luego volvió a vendarlo con sus manos y se lo entregó a la madre; como era tarde, lo echó, sin más, a dormir en la cama. Por la mañana fue a sacar al niño de la cama, y lo halló sin la venda; lo observó, y lo vio totalmente curado, como si nunca hubiera tenido mal alguno, sólo que en el sitio de la llaga la carne había formado como una rosa encarnada, como para dar testimonio del milagro más bien que como cicatriz de la llaga; esa rosa, en efecto, habiéndole quedado por toda la vida, le incitaba muchas veces a la devoción para con San Francisco, que lo había curado.

San Francisco se detuvo un mes en aquella ciudad accediendo a los ruegos devotos de los habitantes, y en ese tiempo realizó muchos otros milagros. Después reanudó el camino hacia Santa María de los Angeles con el hermano León y con un buen hombre que le prestó su jumentillo para que San Francisco fuese montado.

Y sucedió que, por los malos caminos y por el mucho frío, habiendo caminado todo el día, no pudieron llegar a ningún lugar donde poder alojarse; y, obligados por la noche y por el mal tiempo, tuvieron que guarecerse al abrigo de una cueva, protegiéndose contra la nieve y la noche que se echaba encima. Viéndose así a la intemperie y mal abrigado, el buen hombre dueño del asno, sin poder dormir por causa del frío y sin posibilidad de hacer fuego, comenzó a lamentarse y refunfuñar dentro de sí y a llorar, y casi murmuraba de San Francisco, que lo había llevado a aquel sitio. Entonces, San Francisco, dándose cuenta, le tuvo compasión, y con fervor de espíritu extendió la mano sobre él y le tocó. ¡Cosa admirable! No bien le hubo tocado con su mano abrasada y traspasada por el fuego del serafín, desapareció totalmente el frío, y se sintió lleno de tanto calor por dentro y por fuera, que le parecía hallarse junto a la boca de un horno ardiente. Así, confortado en el alma y en el cuerpo, el hombre se rindió al sueño, y, a decir de él, durmió aquella noche entre piedras y nieve hasta el

[5] Véase 1C 70; LM 12,11.

amanecer más suavemente de lo que nunca había dormido en su propia cama [6].

Al día siguiente prosiguieron el camino hasta Santa María de los Angeles. Cuando estaban cerca, el hermano León levantó la vista y miró hacia el eremitorio de Santa María; entonces vio una cruz hermosísima, con la imagen del Crucificado, que iba delante de San Francisco, el cual caminaba delante de él; esa cruz iba de tal forma ante el rostro de San Francisco, que, cuando él se detenía, ella también se detenía, y, cuando él andaba, ella andaba; y era tal su brillo, que no sólo resplandecía sobre el rostro de San Francisco, sino que iluminaba todo el ambiente alrededor, y se mantuvo hasta que San Francisco entró en el eremitorio de Santa María.

Al llegar al eremitorio, San Francisco y el hermano León fueron recibidos por los hermanos con suma alegría y caridad. A partir de entonces, San Francisco moró la mayor parte del tiempo en el lugar de Santa María hasta la muerte. De día en día se extendía cada vez más por la Orden y por el mundo la fama de su santidad y de sus milagros, por más que él, por su humildad profundísima, ocultaba cuanto podía los dones y las gracias de Dios y se proclamaba grandísimo pecador.

El hermano León se sorprendía de ello, y una vez se puso a pensar en su simplicidad: Este se llama a sí mismo grandísimo pecador en público; entró ya mayor en la Orden; Dios lo distingue con tantos favores; mas, con todo, en secreto nunca se confiesa del pecado carnal: ¿será virgen? Y le vino un deseo vehemente de saber la verdad sobre ello, pero no se atrevía a preguntárselo a San Francisco; así que recurrió a Dios, rogando le cerciorase de lo que él deseaba saber, y mereció ser escuchado por su oración insistente, y recibió certeza de que San Francisco era verdaderamente virgen en el cuerpo mediante la siguiente visión: vio a San Francisco sentado en un lugar elevado y excelso, al que nadie podía ir ni acercarse, y le fue revelado que aquel lugar tan encumbrado y singular significaba la celsitud de la castidad virginal en San Francisco, como convenía a una carne destinada a estar adornada con las sagradas llagas de Cristo [7].

Viendo San Francisco que, a causa de las llagas, le iban faltando poco a poco las fuerzas corporales y que no podía ya seguir ocupándose del gobierno de la Orden, apresuró la convocación del capítulo general. Cuando se hubo congregado en pleno, se excusó humildemente ante los hermanos de la imposibilidad en que se hallaba de continuar atendiendo al cuidado de la Orden como ministro general, si bien no renunciaba al oficio del generalato; esto, en efecto, no podía hacerlo, porque había sido nombrado general por el papa, por lo cual no podía ni dejar el oficio

[6] Véase LM 13,7.

[7] Este relato se halla en la *Vita fratris Leonis, Chron. XXIV Generalium:* AF 3 p.68. Pero allí se especifica mejor el motivo de la sospecha ingenua del hermano León: «...teniendo en cuenta que en el siglo había sido [San Francisco] muy alegre y había alternado con jóvenes lascivos».

ni instituir un sucesor sin expresa licencia del papa; pero nombró vicario suyo al hermano Pedro Cattani, y a éste y a los ministros provinciales recomendó la Orden afectuosamente con la mayor eficacia que pudo [8].

Hecho esto, San Francisco, confortado en el espíritu, levantó los ojos y las manos al cielo y dijo:

—A ti, Señor y Dios mío, recomiendo esta tu familia, que tú me has confiado hasta el presente, y de la cual ya no puedo seguir cuidándome a causa de mis enfermedades que tú bien sabes, dulcísimo Señor mío. La recomiendo, asimismo, a los ministros provinciales: estarán ellos obligados a darte cuenta en el día del juicio si, por su negligencia, o por su mal ejemplo, o por su rigor en corregir, algún hermano se perdiera [9].

Dios quiso que todos los hermanos se dieran cuenta de que con esas palabras él se refería a las llagas al excusarse por causa de enfermedad; y ninguno pudo contenerse sin llorar por la devoción. A partir de entonces dejó todo el cuidado y el gobierno de la Orden en manos de su vicario y de los ministros provinciales; y decía:

—Ahora, habiendo dejado el cuidado de la Orden a causa de mis enfermedades, no estoy obligado ya sino a rogar a Dios por nuestra Orden y a dar buen ejemplo a los hermanos. Y sé muy bien que, si la debilidad me lo permitiera, el mejor servicio que yo pudiera hacer a la Orden sería rogar continuamente por ella a Dios, para que él la gobierne, defienda y conserve.

Por más que, como se ha dicho, procurase San Francisco, en cuanto estaba de su parte, ocultar las sacratísimas llagas y anduviese siempre, desde que las recibió, con las manos vendadas y con los pies calzados, no pudo evitar que muchos hermanos las vieran y las tocaran de diversas maneras, especialmente la llaga del costado, que con mayor cuidado trataba de ocultar. Así, un hermano que le asistía le indujo una vez, con piadoso ardid, a quitarse el hábito para sacudirle el polvo; y, al quitárselo delante de él, el hermano vio claramente la llaga del costado, y, pasándole rápidamente la mano por el pecho, se la tocó con tres dedos, pudiendo medir su grandeza y dimensiones [10]. De semejante modo

[8] Otro de los anacronismos burdos en que suele incurrir el autor de las *Consideraciones*. La renuncia de San Francisco no fue motivada por la recepción de las llagas, sino que tuvo lugar, a lo que parece, en el capítulo de 1220. Pedro Cattani, muy probablemente, no fue sólo nombrado «vicario», sino verdadero ministro general; al morir el 10 de marzo de 1221, le reemplazó el hermano Elías. San Francisco seguía siendo el fundador y guía espiritual de la fraternidad; en calidad de tal escribiría la Regla, que sometería a la aprobación pontificia en 1223.

[9] Esta oración se halla casi textualmente en 2C 143 y EP 39. Las últimas palabras pasaron a la Regla primera, cuya redacción final data de 1221: «Recuerden los ministros y siervos... que les ha sido confiado el cuidado de las almas de los hermanos, de las cuales tendrán que rendir cuentas el día del juicio ante el Señor Jesucristo si alguno se pierde por su culpa y mal ejemplo» (1R 4,6).

[10] Según la *Crónica de los XXIV Generales*, fue el hermano Juan de Lodi, el célebre forzudo muy estimado de Francisco (cf. AF 3 p.225s; EP 85). El hecho se halla también en 2C 138 y LM 13,8.

se la vio también por entonces su vicario. Pero todavía más claramente lo verificó el hermano Rufino, que era hombre de grandísima contemplación; de él llegó a decir San Francisco que no había en el mundo nadie más santo que él; por su gran santidad, le profesaba un amor íntimo y le complacía en todo lo que deseaba.

Este hermano Rufino pudo comprobar y cerciorar a los demás de tres maneras sobre la verdad de las llagas, y en especial de la del costado. La primera fue que, debiendo lavarle los calzones, que San Francisco los usaba tan grandes, que los podía estirar por arriba hasta cubrir la llaga del lado derecho, el hermano Rufino los miraba y observaba atentamente, y siempre los hallaba ensangrentados en el lado derecho, con lo que se daba cuenta con certeza de que era sangre que brotaba de dicha llaga. Por ello, cuando San Francisco veía que él extendía los calzones para observar esa huella, le reprendía. La segunda ocasión fue una vez que el hermano Rufino estaba frotando los riñones a San Francisco: llevó intencionadamente la mano y puso los dedos en la llaga del costado. San Francisco entonces dio un grito de dolor y le dijo:

—Dios te perdone, hermano Rufino; ¿por qué has hecho eso?

La tercera ocasión fue una vez que él pidió a San Francisco, con gran insistencia y como gracia particular, que le diese su hábito y se quedase con el de él por amor de caridad. Condescendiendo, aunque no de buen grado, con tal petición, el caritativo Padre se quitó el hábito, se lo dio y se puso el de él; y con ese quitarse y ponerse, vio el hermano Rufino claramente la llaga [11].

Asimismo, el hermano León y otros muchos hermanos vieron las llagas de San Francisco mientras vivía; y aunque esos hermanos, por su santidad, eran hombres dignos de que se diera fe y crédito a su palabra, con todo, para quitar toda duda en los corazones, juraron sobre el santo libro que las habían visto claramente.

Las vieron también algunos cardenales que le trataban con gran familiaridad, y, en veneración de las llagas de San Francisco, compusieron bellos y devotos himnos, antífonas y prosas.

El sumo pontífice, el papa Alejandro, predicando al pueblo delante de todos los cardenales, entre los cuales se hallaba el santo hermano Buenaventura, que era cardenal, dijo y afirmó que él había visto con sus propios ojos las sagradas llagas de San Francisco cuando aún vivía [12].

Madonna Jacoba de Settesoli, de Roma, que era en su tiempo la dama más distinguida de Roma y era devotísima de San Francisco, las vio y las besó muchas veces con la mayor reverencia antes y después de la muerte del Santo, ya que fue de Roma a Asís,

[11] Cf. 1C 95; 2C 138; LM 13,8.

[12] Se trata del papa Alejandro IV (1254-61); San Buenaventura asistió a ese sermón (cf. LM 13,8), pero no era aún cardenal.

por divina revelación, para asistir a la muerte de San Francisco. Y fue de la manera siguiente [13]:

San Francisco, algunos días antes de su muerte, estuvo enfermo en el palacio del obispo de Asís acompañado de algunos de sus hermanos, y, no obstante su estado grave, cantaba con frecuencia ciertas alabanzas de Cristo. Por lo que un día le dijo uno de sus compañeros:

—Padre, tú sabes que los habitantes de la ciudad tienen mucha fe en ti y te consideran un santo hombre; pueden pensar que, si eres lo que ellos creen, deberías en tu enfermedad pensar en la muerte y llorar en vez de cantar, ya que te hallas tan grave. Ten en cuenta que tus cantos y los que nos haces cantar a nosotros los oye la gente del palacio y también la de fuera, ya que este palacio está custodiado, por tu causa, por muchos hombres armados, que podrían quedar desedificados. Soy, pues, de parecer —concluyó el hermano [14]— que harías mejor marchando de aquí y viniendo con nosotros a Santa María de los Angeles, ya que nosotros no estamos bien aquí entre seglares.

—Carísimo hermano —respondió San Francisco—, tú sabes bien que hace dos años, cuando estábamos en Foligno, Dios te reveló el término de mi vida, y me lo reveló también a mí, que ha de ser de aquí a pocos días dentro de esta enfermedad; en aquella revelación, Dios me dio la certeza del perdón de todos mis pecados y de la bienaventuranza del paraíso. Hasta que tuve aquella revelación, yo lloraba pensando en la muerte y en mis pecados; pero desde entonces vivo tan lleno de alegría, que no me sale llorar; por eso canto y cantaré a Dios, que me ha otorgado el bien de su gracia y me ha dado seguridad de los bienes de la gloria del paraíso. Por lo que se refiere a nuestra partida de aquí, estoy de acuerdo y me place; pero buscad algún medio de llevarme, porque yo no puedo caminar por causa de mi debilidad.

Entonces, los hermanos lo tomaron en brazos y se lo llevaron, acompañados de muchos vecinos de Asís. Al llegar a un hospital que había de camino [15], dijo San Francisco a los que lo llevaban:

—Ponedme en tierra y volvedme hacia la ciudad.

Le colocaron con el rostro vuelto hacia Asís, y entonces bendijo la ciudad con muchas bendiciones:

—Seas bendita de Dios, ciudad santa, ya que por ti se salvarán muchas almas, y en ti habitarán muchos siervos de Dios, y de ti serán elegidos muchos para el reino de la vida eterna [16].

Dichas estas palabras, se hizo llevar, prosiguiendo hasta Santa María de los Angeles. Llegados a Santa María, le llevaron a la

[13] Todo el relato de la visita del «hermano Jacoba» a San Francisco está traducido de *Actus* (c.18). Está atestiguado, además, por 3C 37-39; LP 8 y EP 112.

[14] El que así hablaba era el hermano Elías, ministro general; lo sabemos por el relato de la revelación de Foligno, que le recuerda el Santo, cuando la noticia de la próxima muerte le hizo prorrumpir en cantos de júbilo (cf. 1C 109).

[15] La leprosería de los crucíferos, a mitad de camino entre Asís y la Porciúncula.

[16] Otra versión más extensa de la bendición de la ciudad en LP 5 y EP 124.

enfermería y le dejaron reposar. Entonces, San Francisco llamó a uno de los hermanos y le dijo:

—Hermano carísimo, Dios me ha revelado que ésta será mi última enfermedad y que tal día saldré de esta vida; y tú sabes que madonna Jacoba de Settesoli, devota muy amada de nuestra Orden, si se enterase de mi muerte sin haber estado ella presente, lo habría de sentir mucho; tenemos que comunicarle, pues, que, si quiere verme vivo, venga aquí sin tardanza.

—Es muy justo, Padre —respondió el hermano—; dada la devoción que siente hacia ti, sería imperdonable que ella no se hallara presente a tu muerte.

—Ve, pues —dijo San Francisco—, y trae tintero, pluma y papel, y escribe lo que yo te diga.

Cuando él le trajo el recado de escribir, dictóle San Francisco la carta en estos términos:

«A madonna Jacoba, sierva de Dios, el hermano Francisco, el pobrecillo de Cristo, salud y comunión del Espíritu en nuestro Señor Jesucristo. Quiero que sepas, carísima, que Cristo bendito me ha revelado por su gracia que está muy próximo el término de mi vida. Así, pues, si quieres encontrarme vivo, en cuanto recibas esta carta, ponte en camino y ven a Santa María de los Angeles, porque, si no llegas para tal día, no me encontrarás ya vivo. Y trae contigo paño de cilicio para amortajar mi cuerpo y la cera necesaria para la sepultura. Y no dejes de traerme, por favor, aquellas cosas de comer que me solías dar cuando me hallaba enfermo en Roma» [17].

Mientras se escribía la carta; le fue revelado por Dios a San Francisco que estaba llegando madonna Jacoba y que traía consigo todas aquellas cosas que él le pedía en la carta. Por lo cual, ante esta revelación, dijo San Francisco al hermano que escribía la carta que no siguiera, pues no era ya necesario, y que guardara la carta. Los hermanos quedaron muy sorprendidos de que no terminara la carta y no quisiera que fuera enviada. Al cabo de un rato, se oyó llamar fuertemente a la puerta; San Francisco mandó al portero que abriera; al abrir la puerta, se halló con madonna Jacoba, nobilísima dama de Roma, con dos hijos suyos senadores y numeroso acompañamiento de hombres a caballo.

Entró madonna Jacoba, fue derechamente a la enfermería y se acercó a San Francisco [18]. El Santo tuvo gran alegría y con-

[17] El hecho de la carta a la noble dama está atestiguado por diversas fuentes, pero se duda de la autenticidad del texto. Véase 3C 37; LP 8; EP 112; BERNARDO DE BESSA, *De laudibus*: AF 3 p.687.

[18] El relato más fidedigno, del *Tratado de los milagros* 37, contiene un particular digno de mención: «Un compañero del Santo... va a abrir la puerta, y se encuentra cara a cara con la que se buscaba en lugares remotos. Vivamente sorprendido, corre en seguida hacia el Santo y, sin poder contener la alegría, le dice: 'Padre, una buena noticia'. Y el Santo, cortándole la palabra al instante, exclama por toda respuesta: ¡Bendito sea Dios, que a nuestro hermano señora Jacoba le ha encaminado hacia nosotros! Abrid las puertas y haced pasar a la que está ya entrando, porque la disposición que prohíbe la entrada a las mujeres no reza con fray Jacoba'».

El autor de las *Consideraciones*, a más de un siglo de distancia, presenta la escena

suelo con su venida, lo mismo que ella al ver que aún vivía y le hablaba. Ella entonces le refirió cómo Dios le había inspirado en Roma, estando en oración, el fin próximo de su vida y que él la iba a hacer llamar y le iba a pedir aquellas cosas, todas las cuales ella dijo que había traído consigo. Se las hizo traer a San Francisco y se las dio a comer [19]. Comió él y quedó muy confortado. Entonces, madonna Jacoba se arrodilló a los pies de San Francisco y, tomando en sus manos aquellos pies santísimos, sellados y adornados con las llagas de Cristo, se los besaba y bañaba de lágrimas con gran devoción; a los hermanos que estaban en torno les parecía estar viendo a la Magdalena a los pies de Jesucristo, y no había modo de separarla de allí.

Por fin, después de un buen rato, la hicieron salir y le preguntaron cómo era que había venido tan puntualmente y tan bien provista de lo que San Francisco podía necesitar en vida y después de su muerte. Respondió madonna Jacoba que, estando una noche orando en Roma, oyó una voz del cielo que le decía: «Si quieres encontrar a San Francisco con vida, ve sin tardanza a Asís y lleva contigo aquellas cosas que tú solías darle cuando estaba enfermo, y lo demás que será necesario para la sepultura». «Y yo —dijo ella— así lo he hecho».

Permaneció allí madonna Jacoba hasta que San Francisco dejó esta vida y fue sepultado; en los funerales le tributó grandísimos honores con todo su acompañamiento y costeó todos los gastos necesarios. Vuelta a Roma, murió santamente poco después esta santa dama; y por devoción a San Francisco dispuso por testamento que quería ser llevada y sepultada en Santa María de los Angeles, y así se hizo [20].

A la muerte de San Francisco, no sólo dicha madonna Jacoba y sus hijos con todo el acompañamiento vieron y besaron las gloriosas llagas, sino también muchos habitantes de Asís. Entre ellos hubo un caballero muy renombrado y notable, por nombre Jerónimo, que dudaba mucho y se resistía a creer en ellas, como el apóstol Santo Tomás en las de Cristo [21]. Queriendo cerciorarse a sí mismo y a los demás, movía osadamente, ante los hermanos y los seglares, los clavos de las manos y de los pies y palpaba la llaga del costado a la vista de todos. Así, más tarde fue testigo cons-

en el contexto monástico de un convento con su enfermería y su portería atendida por un «portero». El «lugar» de la Porciúncula, aun después de la modesta construcción en piedra realizada por el municipio de Asís, que tanto disgustó al Fundador (cf. LP 56 ll), conservaba la sencillez de un eremitorio, adaptado al número de hermanos que lo habitaban por ser el centro de la Orden.

[19] LP precisa que se trataba de unos pastelillos que los romanos llaman «mostacciuolo», y en cuya composición entran almendras, azúcar o miel y otros ingredientes (LP 8). Como es natural, la dama llevó los ingredientes y preparó en la Porciúncula el pastel. Así lo afirma la misma fuente, y añade que San Francisco se limitó a gustarlo y luego dijo: «Este pastel le gustaría al hermano Bernardo». E hizo llamar a su primogénito (LP 12).

[20] En realidad, se halla sepultada en la basílica de San Francisco. Jacoba de Settesoli murió, muy probablemente, en 1239, trece años después de San Francisco.

[21] Jn 20,25.

tante de la realidad que había visto y tocado, como lo atestiguó con juramento sobre los evangelios [22].

También vieron y tocaron las gloriosas llagas de San Francisco Santa Clara y sus monjas, que se hallaron presentes a su entierro [23].

Salió de esta vida el glorioso confesor de Cristo messer San Francisco el año del Señor de 1226, el día 4 de octubre, sábado [24], y el entierro se celebró el domingo. Era el año vigésimo de su conversión, es decir, desde que había comenzado a hacer penitencia, y el segundo año desde la impresión de las llagas; estaba en los cuarenta y cinco años de su nacimiento.

Fue canonizado San Francisco en 1228 por el papa Gregorio IX, que fue personalmente a Asís para canonizarlo.

En alabanza de Cristo. Amén.

Consideración V

Apariciones a santas personas relativas a las sagradas llagas [1]

La quinta y última consideración trata de ciertas apariciones, revelaciones y milagros obrados por Dios después de la muerte de San Francisco en confirmación de sus sagradas santas llagas y para conocimiento del día y hora en que Cristo se las imprimió. Por lo que a esto toca, es de saber que el año del Señor 1282, el día 3 de octubre [2], el hermano Felipe, ministro de Toscana, por orden del hermano Bonagracia, ministro general [3], requirió, por santa obediencia, al hermano Mateo de Castiglione Aretino, hombre de gran devoción y santidad, que declarase lo que supiese acerca del día y la hora en que Cristo imprimió las sagradas llagas en el cuerpo de San Francisco, por tener entendido que acerca de esto había recibido una revelación. Obligado éste por santa obediencia, dijo:

«Perteneciendo yo a la comunidad del monte Alverna, el año

[22] Se halla referido, casi al pie de la letra, en LM 15,4.

[23] Las *hermanas pobres,* recluidas voluntariamente en San Damián, hubieron de contentarse con venerar el cuerpo estigmatizado del amado Padre a través de la ventanilla de la comunión cuando, en la mañana del día 4, el cortejo triunfal, que lo conducía a la iglesia de San Jorge, hizo un alto en el camino para dar ese último consuelo a Clara y sus monjas (LP 13; EP 108).

[24] El autor, siguiendo el uso litúrgico, hace comenzar el día desde la hora de vísperas del día anterior; en realidad, San Francisco murió el 3 de octubre, a la caída de la tarde.

[1] Los años inmediatamente posteriores a la muerte de San Francisco, e incluso más tarde, se puso en duda muy encendidamente la autenticidad de las llagas. El conjunto de apariciones, revelaciones y milagros tienen la finalidad de responder a los detractores.

[2] Este día no es mencionado en los manuscritos de las *Consideraciones;* lo señalan otras fuentes.

[3] Esta orden del ministro general Bonagrazia, elegido en 1279, es consignada en la *Crónica de los XXIV Generales* (AF 3 p.374); fue dictada en el capítulo general celebrado en Estrasburgo en 1282.

pasado, el mes de mayo, me puse un día en oración en la celda en que se cree tuvo lugar la aparición seráfica, y pedía devotísimamente al Señor que se dignase revelar a alguna persona el día, hora y lugar en que las sagradas santas llagas fueron impresas en el cuerpo de San Francisco. Y, continuando en estas súplicas más de lo que dura el primer sueño, se me apareció San Francisco con grandísimo resplandor y me dijo:

—Hijo, ¿qué es lo que pides a Dios?

Le dije:

—Padre, te pido tal cosa.

El me respondió:

—Soy tu padre Francisco. ¿Me conoces bien?

—Sí, Padre —contesté.

Y entonces me mostró las llagas de las manos, pies y costado, diciendo:

—Ha llegado el tiempo en que Dios quiere que se manifieste, para gloria suya, lo que los hermanos no se cuidaron de saber en el pasado. Sábete, pues, que el que se me apareció no fue un ángel, sino el mismo Jesucristo en forma de serafín y que con sus propias manos imprimió en mi cuerpo estas cinco llagas, como él las había recibido en el suyo en la cruz. Sucedió de esta manera: la víspera de la Exaltación de la Santa Cruz vino a decirme un ángel, de parte de Dios, que me preparase para soportar con paciencia y recibir lo que Dios quisiere mandarme. Contesté que me hallaba dispuesto a recibir cuanto fuese de su agrado. La mañana siguiente, o sea, la de la Santa Cruz, que aquel año era viernes, salí de la celda de madrugada con grandísimo fervor de espíritu y fui a ponerme en oración en ese lugar que ocupas, donde muchas veces yo solía orar. Mientras oraba, bajó por el aire desde el cielo, con gran ímpetu, un joven crucificado en forma de serafín con seis alas; ante su maravilloso aspecto, caí de rodillas humildemente y comencé a contemplar devotamente el amor sin medida de Cristo crucificado y el desmesurado dolor de su pasión. Aquella visión engendró en mí tanta compasión, que me parecía sentir en mi propio cuerpo la pasión; y, a su presencia, todo este monte resplandecía como un sol. Así, descendiendo, se acercó, y, estando ante mí, me dijo ciertas palabras secretas que aún no he revelado a nadie; pero ya se acerca el tiempo en que se revelarán [4]. Después de algún tiempo, Cristo partió y retornó al cielo, y yo me hallé marcado con estas llagas. Vete, pues —dijo San Francisco—, y manifiesta estas cosas al ministro con toda seguridad, porque ésta fue obra de Dios y no de los hombres.

Y dichas que fueron estas palabras, San Francisco me bendijo y retornó al cielo con multitud de jóvenes esplendidísimos».

El dicho hermano Mateo dijo que todas estas cosas las había visto y oído estando en vela y no dormido. Y así lo juró al men-

[4] Véase más adelante en esta misma consideración.

cionado ministro en su celda de Florencia cuando se lo requirió en virtud de santa obediencia.

En alabanza de Cristo Jesús y del poverello Francisco. Amén.

Otra vez, repasando un hermano devoto y santo, la leyenda de San Francisco en el capítulo de las sagradas santas llagas [5], comenzó a pensar con gran ansiedad de espíritu qué palabras pudieron ser aquéllas tan secretas dichas por el serafín en el momento de su aparición, de las que San Francisco dijo que no las revelaría mientras viviese. Y decía este hermano para sí: «Estas palabras no las quiso decir San Francisco a nadie mientras vivió; pero ahora, después de su muerte corporal, acaso las diría si devotamente se le pidiese».

Y desde entonces comenzó el devoto hermano a rogar a Dios y a San Francisco que tuvieran a bien manifestar aquellas palabras; perseverando en estas súplicas durante ocho años, mereció ser escuchado en el octavo de la siguiente manera:

Un día, después de comer y de dar gracias en la iglesia, estando en oración en un rincón de ella y rogando a Dios y a San Francisco más devotamente de lo que solía y con muchas lágrimas, fue llamado por otro hermano, y de parte del guardián recibió la orden de que lo acompañase por aquellas tierras, pues la utilidad del lugar lo requería. No dudando de que la obediencia es más meritoria que la oración, en cuanto oyó el mandato del prelado, abandonó inmediatamente la oración y humildemente se fue con el hermano que le había llamado. Agradó a Dios este gesto, y el hermano mereció por este acto de pronta obediencia lo que no había merecido por largo tiempo de oración. Y así, cuando hubieron cruzado la puerta del lugar, dieron con dos hermanos forasteros que, al parecer, venían de lejano país; uno de ellos parecía joven, y el otro, anciano y delgado; por causa del mal tiempo hallábanse mojados y llenos de barro. Movido a compasión, dijo el hermano obediente a su compañero:

—¡Hermano mío carísimo! Si fuera posible aplazar un poquito nuestra salida... Estos hermanos forasteros tienen necesidad de ser acogidos caritativamente. Te ruego me permitas que, antes de nada, vaya a lavar sus pies, especialmente los de este hermano anciano, que tiene más necesidad; vos podéis lavárselos a ese otro más joven. Luego saldremos por el asunto del convento.

Condescendiente su compañero con la caridad de aquél, volvieron adentro, recibieron con mucha caridad a los forasteros y los llevaron a la cocina para que se secasen y calentasen junto a la lumbre, donde también estaban calentándose otros ocho hermanos. Poco después los llevaron aparte para lavarles los pies, como habían convenido. Lavó el hermano devoto y obediente los pies del anciano. Al quitarle el mucho lodo que los cubría, vio en ellos las llagas; de repente, abrazándose a los pies, lleno de alegría y

[5] LM 13,4.

asombro, exclamó: «O eres Cristo o San Francisco». A estas palabras se levantaron los ocho hermanos que se hallaban junto a la lumbre y acudieron, con mucho temor y reverencia, para ver aquellas llagas gloriosas. El hermano anciano, atendiendo a los ruegos, las dejó ver claramente, tocarlas y besarlas. Y, estando ellos admirados y gozosos, les dijo:

—No dudéis ni temáis, hermanos míos carísimos e hijos míos. Yo soy vuestro padre el hermano Francisco, que por voluntad de Dios fundé tres Ordenes. Ocho años hace que este hermano que me lava los pies me está rogando —hoy lo ha hecho con más fervor que nunca— que le revele las palabras secretas que me dijo el serafín cuando me imprimió las llagas, y que yo nunca quise manifestar en mi vida. Hoy, por su perseverancia y por la pronta obediencia con que dejó la dulzura de la contemplación, vengo, por mandato de Dios, a revelárselas delante de vosotros.

Y, volviéndose entonces hacia aquel hermano, le dijo así:

—Has de saber, hermano carísimo, que, cuando yo sobre el monte Alverna estaba todo absorto en la memoria de la pasión de Cristo, durante la aparición seráfica fui por él llagado de esta forma en mi cuerpo. Entonces me dijo: «¿Sabes tú lo que te he hecho? Te he dado las señales de mi pasión para que seas mi portaestandarte. Y como yo el día de mi muerte bajé al limbo y, en virtud de estas mis llagas, libré todas las almas que en él estaban llevándolas al paraíso, así te concedo desde ahora, para que me seas semejante en la muerte como lo has sido en vida, que, cuando hayas abandonado este mundo, todos los años, en el aniversario de tu muerte, vayas al purgatorio y, en virtud de las llagas que te he impreso, saques de allí las almas de tus tres Ordenes de menores, monjas y continentes, y aun las de tus devotos que allí encuentres, y las conduzcas al paraíso». Estas palabras no las revelé nunca mientras vivía en el mundo.

Dicho esto, San Francisco y su compañero desaparecieron repentinamente.

Después, muchos otros hermanos lo oyeron de labios de aquellos ocho que se hallaron presentes a la aparición y a las palabras de San Francisco.

En alabanza de Jesucristo y del poverello Francisco. Amén.

Una vez, estando en oración en el monte Alverna el hermano Juan del Alverna [6], varón de gran santidad, se le apareció San Francisco, se detuvo y habló con él largo rato, y, cuando quiso partir, le dijo:

—Pídeme lo que quieras [7].

Dijo el hermano Juan:

—Padre, yo te ruego que me digas una cosa que deseo saber

[6] Sobre el bienaventurado Juan del Alverna cf. Flor 49-53.

[7] En la *Vida del hermano Juan del Alverna*, incluida en la *Crónica de los XXIV Generales*, se encuentra este mismo diálogo entre San Francisco y el hermano Juan en forma mucho más escueta (AF 3 p.446).

desde hace mucho tiempo; dime qué hacías y dónde estabas cuando se te apareció el serafín.

Contestó:

—Oraba donde ahora está la capilla del conde Simón de Battifolle [8] y pedía dos gracias a nuestro Señor Jesucristo. La primera, que me concediese en vida sentir en el cuerpo y en el alma, en cuanto fuese posible, todo aquel dolor que Él había sentido durante su acerbísima pasión. La segunda, sentir yo en mi corazón aquel excesivo amor que abrasó el suyo en deseos de padecer tanto por nosotros pecadores. Y entonces me infundió Dios la persuasión de que me sería concedido lo uno y lo otro en cuanto es posible a una pura criatura. Y bien me lo cumplió con la impresión de las llagas.

Preguntóle si las palabras secretas que le había dicho el serafín eran como las refería aquel devoto hermano antes mencionado, que decía habérselas oído a San Francisco en presencia de ocho hermanos. Y el Santo contestó que, efectivamente, era verdad lo que aquel hermano decía. Tomando aún el hermano Juan una mayor confianza en vista de la que el Santo se complacía en darle, le dijo:

—Padre, te ruego con el mayor encarecimiento que me dejes ver y besar tus gloriosas llagas; no porque tenga la menor duda, sino únicamente para mi consuelo, porque siempre lo he estado deseando.

Entonces, San Francisco se las mostró y presentó liberalmente, y el hermano Juan las vio con toda claridad, las tocó y las besó. Por último, le dijo:

—Padre, ¡cuánto consuelo sentiría vuestra alma viendo venir hacia vos a Cristo bendito y daros las señales de su santísima pasión! Pluguiese a Dios que sintiera yo algo de aquella suavidad.

Dijo San Francisco:

—¿Ves estos clavos?

Contestó el hermano Juan:

—Sí, Padre.

—Pues toca otra vez —añadió el Santo— este clavo de mi mano.

El hermano Juan lo tocó con gran reverencia y mucho temor, y repentinamente salió de él, como hilillo de humo de incienso, un olor tan intenso, que, penetrando al hermano Juan, le llenó alma y cuerpo de tanta suavidad, que al punto quedó en éxtasis arrebatado en Dios e insensible. Estuvo así desde aquel momento, hora de tercia, hasta las vísperas. Esta visión y conversación familiar con San Francisco nunca la manifestó el hermano Juan sino a su confesor; pero próximo a la muerte la reveló a los demás hermanos.

[8] La capilla de las Llagas, que el conde Simón de Battifolle hizo construir a partir del jueves siguiente a la fiesta de la Asunción, esto es, del 20 de agosto de 1263, sobre el lugar de la aparición del serafín, como indica una inscripción que hoy todavía se puede leer.

En alabanza de Jesucristo y del poverello Francisco. Amén.

En la provincia de Roma, un hermano muy devoto y santo tuvo esta admirable visión: como una noche muriese un hermano, compañero suyo queridísimo, y la mañana siguiente fuera enterrado junto a la entrada del capítulo, el hermano de la visión se recogió ese mismo día, después del desayuno, en un rincón del capítulo para pedir devotamente a Dios y a San Francisco por el alma del hermano, compañero suyo ya difunto. Perseverando con ruegos y lágrimas en la oración, al mediodía, cuando los hermanos se habían retirado a dormir, sintió un gran ruido en el claustro. Inmediatamente miró con mucho miedo hacia la sepultura de su compañero, y a la entrada del capítulo vio a San Francisco, y, tras él, una gran multitud de hermanos que rodeaban la tumba. Miró más lejos, y en medio del claustro vio fuego y llamas grandísimas, y en medio de ellas apareció el alma de su compañero difunto. Mirando a los lados, vio a Jesucristo, que, con muchos ángeles y santos, se paseaba alrededor del claustro. Observando muy maravillado estas cosas, vio también que, cuando Cristo pasaba junto al capítulo, San Francisco se arrodillaba con todos aquellos hermanos y decía:

—Te ruego, amadísimo Padre mío y Señor, por la caridad sin estimación posible que demostraste al género humano en la encarnación, que tengas misericordia de aquel hermano mío que arde en fuego.

Pero Cristo, sin contestar, pasó adelante.

Al volver Cristo por segunda vez delante de la sala del capítulo, San Francisco se arrodilló de nuevo con sus hermanos, diciendo:

—Te suplico, piadoso Padre y Señor mío, que, por la excesiva caridad que mostraste al género humano muriendo en la cruz, tengas misericordia de aquel hermano mío.

Y Cristo siguió, del mismo modo, sin prestarle atención. Y, dando Cristo la vuelta en torno al claustro, al pasar por tercera vez delante del capítulo, San Francisco se arrodilló como las otras veces, le mostró sus manos, pies y costado y le dijo:

—Te suplico, piadoso Padre y Señor mío, por el gran dolor y consuelo que sentí cuando imprimiste en mi carne estas llagas, tengas misericordia del alma de mi hermano que se halla en ese fuego del purgatorio.

¡Cosa maravillosa! Al rogarle esta tercera vez San Francisco por sus llagas, inmediatamente detuvo Cristo sus pasos, las miró y, accediendo a la súplica, dijo:

—A ti, hermano Francisco, te concedo el alma de tu hermano.

Indudablemente, quiso con esto honrar y confirmar las gloriosas llagas de San Francisco, significando claramente que las almas de sus hermanos con ningún medio son tan fácilmente salvadas del purgatorio y llevadas al cielo como en virtud de las llagas, conforme a lo que dijo el mismo Cristo a San Francisco al

imprimírselas. Por esto, en cuanto hubo dicho aquellas palabras, desapareció el fuego del claustro y el hermano difunto se acercó a San Francisco, y con él y en compañía de Cristo y de toda la cohorte de bienaventurados partió gloriosamente al cielo. Viéndole libre de sus penas y llevado al cielo, sintió el hermano que rogaba por su compañero difunto grandísima alegría. Después refirió por orden dicha visión a los otros hermanos, y todos alabaron y dieron gracias a Dios.

En alabanza de Jesucristo y del poverello Francisco. Amén.

Un noble caballero de Massa de San Pedro [9] llamado messer Landolfo, devotísimo de San Francisco, de cuyas manos recibió el hábito de la Tercera Orden, fue certificado de la muerte de San Francisco y de sus gloriosos estigmas de este modo:

Estando San Francisco cercano a la muerte, el demonio entró en el cuerpo de una mujer de dicho castillo y la atormentaba cruelmente. La hacía hablar tan docta y sutilmente, que cuantos hombres sabios y letrados acudían a disputar con ella quedaban derrotados. Sucedió que salió el demonio, dejándola libre durante dos días; pero al tercero, retornando a ella, la volvió a atormentar más cruelmente que antes. Oyendo contar esto, fuese a verla messer Landolfo y preguntó al demonio, que se hallaba en ella, por qué razón había partido, dejándola durante dos días, y por qué, volviendo después, la atormentaba más cruelmente. Contestó el demonio:

—La dejé porque me reuní con mis compañeros de estas tierras y acudimos con mucha fuerza a la muerte del mendigo Francisco para tentarle y arrebatar su alma. Pero la tenía rodeada y defendida por un número de ángeles mayor que el nuestro y la llevaron al cielo derechamente; nosotros nos retiramos confundidos [10]. Por ello tomo ahora venganza y hago pagar a esta miserable el descanso que tuvo aquellos dos días.

En vista de lo cual, el dicho caballero messer Landolfo lo conjuró, de parte de Dios, que dijese la verdad acerca de la santidad de San Francisco, que, según decía, había muerto, y de Santa Clara, que estaba viva.

Contestó el demonio:

—Quiéralo o no, te he de decir la verdad. Estaba tan irritado el Padre Eterno por los pecados del mundo, que parecía dispuesto a dar en breve tiempo la sentencia definitiva del exterminio de los hombres y de las mujeres si no se enmendaban. Pero Cristo, su Hijo, intercediendo por los pecadores, prometió renovar en el pobre y mendigo Francisco su vida y pasión y que por su ejemplo y doctrina llevaría a muchos y en todas partes al camino de la verdad y a la penitencia. Y para mostrar al mundo que había cumplido en San Francisco lo prometido, ha querido que las lla-

[9] Cerca de Gubbio.

[10] Es sabido que el debate en torno al alma que abandona la tierra es tema muy frecuente en la literatura y en el arte de la Edad Media.

gas de su pasión, que le había impreso en vida, fuesen ahora en su muerte vistas y tocadas de muchos. De la misma manera, la Madre de Cristo prometió renovar su humildad y pureza virginal en una mujer, en la hermana Clara, de suerte que con su ejemplo arrebatase de nuestro poder muchos millares de mujeres. Y, aplacado Dios Padre con estas promesas, aplazó la sentencia definitiva.

Deseando el caballero Landolfo asegurarse de si el demonio, que es mansión y padre de la mentira, decía la verdad en todo esto, y en especial acerca de la muerte de San Francisco, envió a Asís a un sirviente fiel para que se informase en Santa María de los Angeles de si San Francisco vivía o había muerto. En llegando el referido siervo, encontró ser cierto lo declarado por el demonio, y, volviéndose, refirió a su señor que el día y la hora que el demonio afirmaba había acaecido el tránsito de San Francisco de esta vida a la otra.

Dejando de lado todos los milagros de las sagradas santas llagas de San Francisco, los cuales constan en su leyenda [11], para conclusión de esta quinta consideración es de saber cómo el papa Gregorio IX, que tenía alguna duda acerca de la llaga del costado de San Francisco —según él mismo contó—, tuvo una noche una aparición de San Francisco; levantando éste su brazo derecho, descubrió la herida del costado y le pidió una redoma. El papa la hizo traer; mandándole San Francisco ponérsela debajo de la herida del costado, parecíale al papa que se llenaba totalmente con el agua y sangre que brotaban de dicha herida [12]. Y desde entonces no dudó más.

Mas tarde, con el consejo de todos los cardenales, aprobó las sagradas santas llagas de San Francisco, y sobre ello dio a los hermanos privilegio especial con bula que pendía; esto tuvo lugar en Viterbo el año undécimo de su pontificado [13]. El mismo papa les dio un más copioso privilegio el año siguiente [14].

También los papas Nicolás III y Alejandro [15] dieron amplios privilegios, en virtud de los cuales se podía proceder contra el que negase las llagas de San Francisco como contra quien incurre en herejía.

Baste ya cuanto hemos dicho con respecto a la quinta y última consideración de las gloriosas llagas del padre San Francisco; que Dios nos conceda la gracia de imitar de tal manera su vida en este mundo, que, por virtud de sus gloriosas llagas, merezcamos ser salvos, juntamente con él, en la gloria del paraíso.

En alabanza de Jesucristo y del poverello Francisco. Amén.

[11] La *Leyenda mayor*, de San Buenaventura.
[12] Cf. LM mil 1,2.
[13] Esta bula lleva la fecha del 5 de abril de 1237: *Confessor Domini*.
[14] Esta bula no es conocida.
[15] Se trata de Alejandro IV.

SACRUM COMMERCIUM

Alianza de San Francisco con dama Pobreza

No se trata de una fuente biográfica. Es un poema alegórico, o, mejor, una representación escénica, especie de «auto sacramental», que, por su significado espiritual y por su fuerza idealizante en torno al tema de la pobreza, no puede faltar en este volumen. Basta por sí solo para dar idea de aquella nueva primavera cristiana despertada por San Francisco, que fue, a un mismo tiempo, aventura evangélica, experiencia mística, sublime poesía, gozo de vivir y tensión hacia una meta siempre cautivadora y siempre imposible.

El título

En el original latino suena así: Sacrum commercium beati Francisci cum domina Paupertate [1]. *Desde el siglo XIV ha venido traduciendose al italiano como* Mistiche nozze = Bodas místicas. *Es sabido, en efecto, en qué grado fue explotado el tema del desposorio de Francisco con dama Pobreza en la literatura y en el arte a partir del canto XI del* Paraíso, *de Dante, y de la alegoría representada en la bóveda de la basílica inferior de Asís.*

Pero ni en los escritos personales del Santo, ni en la Vida primera *de Celano, ni en las fuentes biográficas relacionadas con el florilegio de los «tres compañeros» hay texto alguno que dé pie a esa concepción. Francisco hablaba, sí, de la «altísima pobreza» como de su «señora», su «dama», en lenguaje caballeresco, pero nunca la consideró como su «esposa». Fue la* Vida segunda *de Celano, y, tras ella, la* Leyenda mayor, *de San Buenaventura, la primera biografía que atribuyó al Santo una actitud de fidelidad a la pobreza como a una «esposa» (2C 55.72.82; LM 7,1).*

En el Sacrum commercium, *Francisco aparece como enamorado de dama Pobreza, la saluda como a reina de las virtudes, pero no como a esposa. Es Cristo quien la ha «ceñido con la diadema de* esposa» *(cf. n.18.23 y 64).*

El vocablo commercium, *tanto en el latín clásico como en el medieval, significa intercambio de mercancías y de cualquier clase de bienes, aun interiores; significa tambien comunicación, trato. En esta acepción lo emplea Celano cuando dice del grupo inicial de Rivo Torto:* Coeperunt cum sancta paupertate habere commercium = *«Comenzaron a familiarizarse con la santa pobreza» (1C 35)* [2]. *Significa tambien, en el*

[1] Ed. crítica, Quaracchi 1929; K. ESSER, *Untersuchungen zum «Sacrum Commercium beati Francisci cum domina Paupertate»:* Miscellanea Melchor de Pobladura I (Roma 1964) 1-33; K. ESSER-E. GRAU, *Der Bund des hl. Franziskus mit der herrin Armut.* (Werl/Westf. 1966); Th. DESBONNETS, *Sacrum Commercium, Introduction: Saint François d'Assise. Documents...* 1387-97.

[2] La expresión *cum paupertate habere commercium* venía del *De paupertate,* del Pseudo-Séneca, según anotación de los editores de Quaracchi.

mismo sentido figurado, relación afectiva y aun sexual. Finalmente, es muy corriente la acepción de alianza, pacto [3]. *Es el sentido que tienen las palabras que Celano pone en labios de Francisco:* Commercium est inter mundum et fratres... = *«Hay como un pacto entre el mundo y los hermanos menores; ellos deben dar buen ejemplo al mundo, y el mundo debe proveerles de lo necesario» (2C 70).*

No parece ser otra la traducción que corresponde al título de nuestro poema. Todo el contenido va enderezado a consolidar esa alianza *de Francisco y de los suyos con dama Pobreza, como lo explica el Santo en su discurso animando a los compañeros a escalar la montaña en cuya cima les espera ella (n.13).*

Autor y fecha de composición

Siete de los catorce manuscritos que contienen el texto llevan la indicación de que el poema fue terminado en julio de 1227. De ser así, el valor sube de punto al tener que colocarlo entre los escritos personales de San Francisco y las biografías. Los críticos, sin embargo, no dan importancia a ese dato, ya que todos los manuscritos provienen de otros dos del siglo XIII, hoy perdidos. Además, el texto dice constantemente beatus Franciscus, *apelativo que difícilmente se comprende antes de la canonización.*

Se sabe con certeza que el opúsculo era conocido a principios del siglo XIV. Ubertino de Casale lo cita en su Arbor vitae, *compuesto en 1305, y parece asignarle una gran antigüedad; atribuye la paternidad a un «santo doctor» indeterminado* [4]. *Algunos de los manuscritos que llevan la fecha de 1227 pertenecen al siglo XIII.*

El texto no ofrece asidero para vislumbrar, por criterios internos, la época de composición. Constituye un islote entre la proliferación de las fuentes franciscanas: no se ha inspirado en ninguna de ellas; no da un solo nombre, una localidad, una alusión a un hecho real. Solamente late, como en las fuentes del sector de los celantes, la protesta amarga contra el alejamiento oficial de la Orden respecto al ideal de la pobreza; pero aun esto dentro del hilo alegórico del conjunto. Diríase que el autor vive solitariamente sus añoranzas, y se desquita dando rienda suelta a la fantasía y al sentimiento. Ironiza finamente, sin polemizar, cuando hace describir a dama Pobreza las vicisitudes por que ha pasado desde los orígenes de la Iglesia, las causas de la decadencia de la Orden, sin mencionarla; y cuando presenta el cuadro encantador de la vida sencilla, sin oratorio, sin claustro, sin sala capitular, sin refectorio, sin cocina, sin platos, ni cuchillos, ni toallas. Hay una expresión nada ambigua cuando dama Pobreza previene a Francisco y a sus hermanos contra el descenso en el fervor: «Entonces alegaréis vanas excusas: No podemos vivir con la valentía de los comienzos. ¡Han cambiado los tiempos!» *(n.55).*

Por todo ello, es probable que el opúsculo fuera compuesto en los años

[3] Véase *Thesaurus linguae latinae* 3 (Lipsiae 1906-12, 1871-80); D. Du Cange, *Glossarium mediae et infimae latinitatis* 2 (París 1842) 677.

[4] *Arbor vitae* l.5 c.3.

de la marcha hacia la vida claustral en el interior de las ciudades, marcha iniciada bajo el gobierno del general Haymón de Faversham (1240-44).

La Crónica de los 24 Generales *atribuye la paternidad del* Sacrum commercium *a Juan de Parma, ministro general de 1247 a 1257, retirado luego al eremitorio de Greccio hasta su muerte, ocurrida en 1289. Por su cultura teológica, su fuerte idealismo y su fervor en la fidelidad a la pobreza, pudo ser el autor. El opúsculo es obra de una mente muy cultivada, hecha a moverse con holgura en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. La única objeción atendible puede ser la ausencia de expresiones de sabor profético o apocalíptico; es sabido, en efecto, que Juan de Parma fue depuesto y procesado, por orden del papa, como sospechoso de joaquinismo, y los «espirituales» le recordaban como a un venerado maestro.*

En conclusión, parece poder situarse la fecha de composición hacia la mitad del siglo XIII*, cuando la problemática de la pobreza no había alcanzado aún el carácter de enfrentamiento entre dos concepciones opuestas sobre la interpretación de la Regla.*

Significado histórico

Obra de un teólogo-poeta, tiene el mérito de haber situado la mística franciscana de la pobreza en la perspectiva de la historia de la salvación. La pobreza, «reina y señora» por disposición divina, aparece como algo esencial en el misterio de Cristo y de la Iglesia, una disposición ineludible para entrar en el Reino, guía y maestra en la ascensión hacia Dios, piedra de toque de la verdadera perfección.

Todo ello viene expresado en la sucesión de unos cuadros escénicos al estilo de los «misterios» o representaciones sagradas, que los franciscanos habían de difundir con exito entre el pueblo. Francisco va en busca de la pobreza como un enamorado; nadie le da razón de ella. Por fin, dos ancianos pobres le encaminan hacia la montaña. Francisco emprende la subida con algunos compañeros; en la cima les espera dama Pobreza. Se inicia el diálogo solemne: les pregunta quienes son; ellos responden con un discurso de alabanza; y la Pobreza traza su propia historia desde Adán a Cristo; de Cristo y los apóstoles, a las órdenes monásticas, en estado de decadencia. En esa azarosa existencia, la Pobreza ve apartarse de su lado a su compañera, dama Persecución: la paz no es buen clima para la Pobreza. Y, en cambio, se ve a merced de su gran enemigo: la Avaricia, con sus satélites la Discreción, la Previsión y la Tibieza. El final del discurso se refiere directamente a la Orden de San Francisco. Finalmente, invitada por Francisco y sus hermanos, la Pobreza se encamina con ellos al lugar donde moran; sigue el delicioso diálogo del convite que ellos le preparan, todo muy del gusto de tal dama. Todo termina con una exhortación de la Pobreza a perseverar en la gracia recibida.

1. En el conjunto de las preclaras y nobles virtudes que preparan en el hombre un lugar para morada de Dios e indican el camino [1] más adecuado y expedito para llegar hasta El, hay una que por especial prerrogativa destaca sobre todas las demás y por gracia singular las aventaja en títulos: ¡la santa Pobreza! Ella, en efecto, es el fundamento y salvaguardia de todas las virtudes, y, aun entre las señaladas virtudes evangélicas, goza justamente de la primacía en cuanto al lugar que ocupa su mención [2]. Las demás virtudes —si están bien afianzadas sobre esta base— no tienen por qué temer las lluvias torrenciales, ni la crecida de los ríos, ni los vientos huracanados que se desencadenen, amenazando ruina.

2. No sin razón, se atribuye todo esto a la pobreza, cuando el mismo Hijo de Dios, *el Señor de las virtudes y el Rey de la gloria* [3], sintió por ella una predilección especial, la buscó y la encontró *cuando realizaba la salvación en medio de la tierra* [4]. Fue la pobreza a la que en el comienzo de su predicación puso como lámpara en manos de los que entran por la puerta de la fe y como roca en la cimentación de la casa. Es más: el reino de los cielos que El concede en promesa a las otras virtudes, a la pobreza se lo confiere inmediatamente sin dilación alguna. *Dichosos* —dice— *los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* [5].

3. Es del todo justo que el reino de los cielos pertenezca a los que nada poseen en la tierra por propia voluntad, por una intención espiritual y por el deseo de los bienes eternos. Es menester que vivan de las cosas del cielo quienes tienen en menos las de la tierra, y que cuantos renuncian a todo lo que es de este mundo, considerándolo como basura, saboreen con fruición, ya en el presente destierro, las dulces migajas que caen de la mesa de los

[1] El tema del *camino* se repite con insistencia a través de todo el *Sacrum commercium*. La pobreza indica el camino más excelente y rápido para llegar hasta Dios (n.1.16). Francisco quiere conocer los caminos de la pobreza y andar por sus sendas (n.12). Estrecho y arduo es el camino que lleva a la posesión de la pobreza (n.12 y 13). Con ella, los buenos religiosos avanzan por un camino regio (n.42). Los falsos religiosos no quieren saber nada de los caminos de la pobreza (n.51). Y así en otros pasajes.

[2] Cf. Mt 5,3.—La obra del SC está llena de citas y referencias bíblicas. Se ve que su autor es muy versado en sagradas letras. En la traducción castellana se subrayan y se anotan muchos de esos pasajes escriturísticos, omitiendo la alusión a algunos que llevan una referencia menor o remota. Además, en el texto latino de la edición de Quaracchi: *Sacrum Commercium Sancti Francisci cum domina Paupertate*, que seguimos en la traducción, aparecen algunas notas que son de confrontación con otros escritos de autores franciscanos, como Tomás de Celano, San Buenaventura, Ubertino de Casale, Bartolomé de Pisa, etc. No las hemos transcrito al castellano. El lector que quisiera profundizar en el conjunto de esta obra, puede recurrir a la citada edición crítica de Quaracchi o a la traducción alemana y estudio documentado de K. ESSER, O.F.M. —E. GRAU, O.F.M., *Der Bund des heiligen Franziskus mit der Herrin Armut* (Werl/Westfalen 1966).

[3] Sal 23,10

[4] Sal 73,12

[5] Mt 5,3.

santos ángeles y merezcan gustar *cuán dulce y suave es el Señor* [6]. La pobreza es la verdadera investidura del reino de los cielos, la seguridad de su posesión y como una santa pregustación de la futura bienaventuranza.

4. Por eso, el bienaventurado Francisco —cual auténtico imitador y discípulo del Salvador—, en el comienzo mismo de su conversión, se entregó con todo celo, con todo afán y con toda deliberación a buscar, encontrar y retener la santa pobreza, sin vacilar ante ninguna adversidad ni arredrarse frente a contratiempo alguno; sin rehuir trabajo ni escatimar fatiga corporal de ninguna clase, con tal de conseguir el poder llegar hasta aquella a quien el Señor confió *las llaves del reino de los cielos* [7].

Búsqueda de la Pobreza [8]

El bienaventurado Francisco pregunta por la Pobreza

5. Diligente —como un curioso explorador—, se puso a recorrer con interés las *calles y plazas de la ciudad buscando* apasionadamente *al amor de su alma* [9]. Preguntaba a los que estaban en las calles y plazas, interrogaba a cuantos se le cruzaban en el camino, diciéndoles: *«¿Por ventura habéis visto a la amada de mi alma?»* [10]. Pero *este lenguaje resultaba para ellos un enigma* [11] y como un idioma extranjero. Al no poder entenderse con él, le decían: «Hombre, no sabemos de qué hablas. Exprésate en nuestra propia lengua y sabremos responderte».

Los hijos de Adán *no tenían* en aquel tiempo *ni voz ni sentido* [12] para querer conversar sobre la pobreza, ni siquiera para mencionarla. La aborrecían con ardor al igual que la aborrecen hoy, y a quien venía preguntando por ella *no le podían responder nada con palabra de paz* [13]. Así es que le contestan como a desconocido y le aseguran que no tienen ni la más remota idea de lo que se les pregunta.

6. *«Iré* —dijo entonces el bienaventurado Francisco— *a los magnates y sabios y les hablaré, pues ellos conocen el camino del Señor y*

[6] 1Pe 2,3; Sal 33,9.
[7] Mt 5,3; 16,19.
[8] La obra del SC se presenta como una única pieza, sin división de capítulos. La edición de Quaracchi divide el SC en títulos, que a veces abarcan varios números. Parece que dichos títulos son apócrifos y no siempre hacen ver claramente la trayectoria de la obra. Para facilitar al lector la visión de su conjunto, nos ha parecido oportuno señalar, junto a esos títulos, las grandes secciones de que se compone el texto.
[9] Ct 3,2.
[10] Ct 3,3.
[11] Lc 18,34.
[12] 2Re 4,31.
[13] Gén 37,4.

el juicio de su Dios. Esos, por el contrario, *son, tal vez, unos pobretones e ignorantes que desconocen el camino del Señor y el juicio de su Dios* [14]».

Y así lo hizo. Mas éstos le respondieron aún con mayor aspereza, diciendo: «*¿Qué nueva doctrina es la que propones a nuestros oídos?* [15] ¡Esa pobreza que tú buscas sea enhorabuena por siempre para ti, para tus hijos y para tu futura descendencia! Lo que cuenta para nosotros es disfrutar de los placeres y abundar en riquezas, porque *corto y triste es el tiempo de nuestra vida y no hay remedio en el fin del hombre* [16]. Así que no conocemos nada mejor que alegrarnos, comer y beber mientras vivimos».

7. Quedó profundamente asombrado el bienaventurado Francisco al oír tales desatinos, y, dando gracias a Dios, decía: «¡Bendito seas, Señor Dios, *que has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a la gente sencilla! Sí, Padre, así te ha parecido mejor* [17]. *Señor, Padre y Dueño de mi vida, no me abandones al consejo de ellos ni permitas que recaiga sobre mí* semejante reproche [18], antes bien haz que —con la ayuda de tu gracia— logre encontrar lo que busco, *ya que siervo tuyo soy, hijo de tu esclava*» [19].

8. Y así, saliendo con paso rápido de la ciudad el bienaventurado Francisco, vino a parar en un campo, donde divisó a lo lejos a dos ancianos que estaban sentados y sumidos en profunda tristeza. Uno de ellos se expresaba de esta forma: «*¿En quien pondré mis ojos sino en el pobrecillo y abatido, que se estremece ante mis palabras?*» [20] El otro, a su vez, decía: «*Nada trajimos al mundo, como nada podremos llevarnos; así que, teniendo qué comer y con qué vestirnos, podemos estar contentos*» [21].

Francisco ruega que se le indique dónde mora la Pobreza

9. Acercándose a ellos el bienaventurado Francisco, les dijo: «*Indicadme* —por favor— dónde mora dama Pobreza, *dónde pastorea, dónde sestea al mediodía, porque desfallezco de amor* por ella» [22].

«Oh buen hermano —le contestaron—, nosotros llevamos aquí sentados *un tiempo, y tiempos, y medio tiempo* [23], y con frecuencia la hemos visto pasar, dado que mucha gente andaba en su busca. A

[14] Jer 5,4.5.
[15] Cf. Act 17,19-20.
[16] Sab 2,1.
[17] Mt 11,25.
[18] Eclo 23,1.
[19] Sal 115,16.
[20] Is 66,2.
[21] ITim 6,8.
[22] Ct 1 7; 2,5

[23] Ap 12,14; Dan 7,25.—La expresión *un tiempo, y tiempos, y medio tiempo* corresponde al espacio de tres años y medio. Desde el profeta Daniel, este espacio de tiempo se ha convertido en duración-tipo de toda clase de persecución y tribulación. Cf. también Lc 4,25; Sant 5,17. Pero la misericordia divina pone límite a la aflicción, llevando el consuelo a los atribulados. Véase en la *Biblia de Jerusalén* las notas explicativas de los versículos señalados de Ap y Dan.—En este contexto del SC, dicha expresión, puesta en boca de los ancianos, indicaría el tiempo en que la Pobreza fue despreciada y perseguida, por lo que en medio de su tribulación se retiró a una alta montaña de difícil acceso. Pero dama Pobreza recibió de nuevo el consuelo del Señor cuando Francisco y sus pobrecitos —tras una fatigosa y diligente búsqueda— la encontraron por fin y firmaron con ella una alianza de amistad y fidelidad perpe-

veces iba muy acompañada, pero a menudo volvía sola y desnuda, sin adorno de joyas, sin comitiva que la realzase, sin vestir ropa alguna. Lloraba a lágrima viva y decía: *Los hijos de mi madre se han airado contra mí* [24]. Nosotros, empero, la consolábamos diciendo: Ten paciencia, que los buenos te aman.

10. »Mira, hermano, ahora está subiendo a la montaña grande y elevada, donde Dios la ha establecido. Ella habita *en los montes santos,* porque el Señor la *prefiere a todas las moradas de Jacob* [25]. No hay gigante que haya sido capaz de seguir las huellas de sus pies, ni águila que haya logrado volar a la altura de su cuello. Es algo singular la pobreza: todo el mundo la desprecia por eso de que *no se la encuentra en medio de los que viven entre delicias;* por lo mismo, *queda oculta a sus ojos; aun a las aves del cielo se les esconde. Sólo Dios conoce su camino. El sabe el lugar de su morada* [26].

11. »Así, pues, hermano, si quieres llegar hasta ella, quítate los vestidos de fiesta y deja *todo peso y el pecado que te asedia* [27], porque, si no te hallares despojado del todo, te será imposible subir hasta la presencia de aquella que se ha recogido en una altura tan elevada. Sin embargo, como es tan benigna, se deja ver *fácilmente de los que la aman, y es hallada de los que la buscan. Pensar en ella,* hermano, *es prudencia consumada, y quien vela por ella, pronto se verá sin afanes* [28]. Toma, pues, contigo unos compañeros fieles, a fin de que en la ascensión de la montaña te sirvas de sus consejos y te apoyes en su ayuda, porque *¡ay del solo!, que, si cae, no tiene quien lo levante; mas si uno* [que va acompañado] *fuere a caer, lo sostendrá el otro»* [29].

Ascensión de la montaña y encuentro con dama Pobreza

El bienaventurado Francisco exhorta a sus hermanos

12. Siguiendo el consejo de hombres tan ponderados, se fue el bienaventurado Francisco, eligió algunos compañeros que le eran fieles y con ellos llegó presuroso al pie del monte. Allí dijo a sus hermanos: *«Venid, subamos al monte del Señor y a la casa* de dama Pobreza, *para que nos instruya en sus caminos y marchemos por sus sendas»* [30].

Pero, al observar lo ardua que se presentaba por cualquier lado la ascensión de la montaña a causa de su extraordinaria altura y aspereza, algunos de ellos comentaban entre sí: *«¿Quien puede subir a* este *monte* [31], quién será capaz de alcanzar su cima?»

13. Percatándose de ello el bienaventurado Francisco, les dijo: *«Estrecho es,* hermanos, *el camino, y angosta la puerta que lleva a*

[24] Ct 1,6.
[25] Sal 86,1-2.
[26] Job 28,13.21.23.
[27] Heb 12,1.
[28] Sab 6,12.15.
[29] Ecl 4,10.
[30] Is 2,3.
[31] Sal 23,3.

la vida, y son pocos los que dan con ella [32]. Mas *confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder* [33], porque se nos allanará toda dificultad. Deponed la carga de la propia voluntad, echad por tierra el peso de los pecados y ceñíos de valor como hombres valientes. Olvidando lo que queda atrás, lanzaos, en la medida de vuestras fuerzas, hacia lo que está delante. Os aseguro que *todo lugar donde pongáis el pie* pasará a ser vuestro [34]. Mirad, hay uno que va delante de vosotros infundiéndoos aliento: Cristo el Señor, el cual os atraerá hasta la cumbre de la montaña *con los lazos de la caridad* [35]. Es maravilloso, hermanos, el plan salvífico que se nos ofrece en la pobreza [36]; con todo, no nos va a resultar difícil gozar de sus abrazos, porque *como una viuda se ha quedado la señora de las naciones* [37], vil y despreciable para todos la reina de las virtudes. No hay en la región nadie que se atreva a alzar la voz, nadie que se nos oponga, nadie que con derecho pueda impedirnos realizar esta alianza de salvación. *Todos sus amigos la han despreciado y se han vuelto enemigos suyos»* [38].

Dichas estas palabras, comenzaron a caminar todos juntos en pos de San Francisco.

La Pobreza se admira de la facilidad con que escalan el monte

14. Iban ya avanzando con paso muy ágil hacia la cumbre, cuando de pronto dama Pobreza —que estaba en la cima de la montaña— extendió su mirada por toda la pendiente. Y al divisar a estos hombres que subían con tanto brío, es más, que volaban, sin poder salir de su asombro, se dijo: «Pero *¿quienes son esos que vuelan como nubes y como palomas a su palomar?* [39] Pues hace tiempo que no he visto hombres tales, ni escaladores tan ligeros desprovistos de toda carga. Así que les voy a hablar de las cosas que tanto medito en mi corazón, no sea que se arrepientan —como otros— de haber efectuado una ascensión tan fatigosa, no ha-

[32] Mt 7,13-14.
[33] Ef 6,10.
[34] Jos 1,3.
[35] Os 11,4.
[36] La edición de Quaracchi presenta en este lugar el término *desponsatio* (desposorio). Sin embargo, algunos códices importantes leen en su lugar *dispensatio*, palabra muy rica en contenido teológico y cara a los Padres griegos, quienes la han elaborado a partir de las enseñanzas de San Pablo. Podría traducirse por «plan o economía de salvación». En el contexto en que se usa dicho vocablo (se habla de gozar de los abrazos de la pobreza, que ha quedado como una viuda...), fácilmente el copista podría inclinarse a la lectura más fácil de *desponsatio*. Con todo, según estudios modernos, se debe preferir «la lectura más difícil» de *dispensatio*, como criterio que se adopta en casos parecidos a éste. Cf. a este respecto: T. DESBONNETS y D. VORREUX, O.F.M., *Saint Francois d'Assise. Documents, Ecrits et premieres biographies* (París 1968) p.392-93; y la citada obra de K. ESSER-E. GRAU, p.34-39 y 100.
[37] Lam 1,1.
[38] Lam 1,2.
[39] Is 60,8.

biendo reparado en el abismo que se tiende en torno suyo. Bien sé que ellos no pueden posesionarse de mí sin previo consentimiento mío; pero, si les revelo el plan de salvación, me lo recompensará mi Padre celestial».

Oyóse entonces una voz del cielo que le decía: «*No temas, hija de Sión* [40], porque *esos son la estirpe que el Señor ha bendecido* y elegido con *amor sincero*» [41].

15. Y así, reclinándose dama Pobreza en el solio de su desnudez, *los previno con bendiciones de dulzura* [42] y les dijo: «¿Cuál es la razón de vuestra visita?, decídmelo, hermanos; ¿por qué habéis venido con tanta presteza del valle de los miserables a esta montaña de luz? ¿Acaso me buscáis a mí? Pero ¿no veis que soy *una pobrecilla, azotada por la tempestad, privada de todo consuelo?*» [43]

Petición de la alianza

El bienaventurado Francisco y sus compañeros elogian a la Pobreza

16. Ellos le respondieron: «Sí, venimos a ti, señora nuestra. Te suplicamos nos acojas en paz. Nuestro más ardiente deseo es hacernos siervos del Señor de las virtudes, ya que *El es el Rey de la gloria* [44]. Hemos oído decir que tú eras la reina de las virtudes, y de hecho lo comprobamos ahora con nuestros propios ojos. Por eso, postrados a tus plantas, imploramos humildemente que te dignes vivir en nuestra compañía y seas para nosotros el camino que nos conduzca al Rey de la gloria, así como lo fuiste para El cuando, *naciendo de lo alto,* se dignó visitar *a los que estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte* [45].

»Sabemos, en efecto, que *tuyo es el poder, tuyo el reino, que tú te elevas por encima de todas* las virtudes [46], habiendo sido constituida por el Rey de reyes como reina y soberana. Basta que tú nos otorgues la paz y seremos salvos, de suerte que por tu mediación nos reciba el que por ti nos redimió [47]. Si tú decides salvarnos, bien pronto quedaremos libertados. Pues el mismo *Rey de reyes y Señor de los señores,* el Creador del cielo y de la tierra, *prendado está de tu belleza y hermosura* [48]. Nada menos que un *rey que se hallaba sentado en su solio* [49], rico y glorioso como era en su reino, abandonó su palacio, dejó su heredad —que *había gloria y riquezas*

[40] Jn 12,15.
[41] Is 61,9; 2Cor 6,6.
[42] Sal 20,4.
[43] Is 54,11.
[44] Sal 23,10.
[45] Lc 1,79.78.
[46] 1Cr 29,11.—A través del SC, la pobreza aparece ostentando su categoría de *reina.* Reina de las virtudes y reina también, como esposa que es del Rey de los reyes. Cf., por ejemplo, los n.1.2.13.15.18, etc.
[47] Oficio anterior del apóstol San Andrés, antífona quinta de maitines.
[48] Ap 19,16; Sal 44,12.
[49] Ct 1,12.

en su casa [50]— y, descendiendo de su trono real, tuvo la singular dignación de venir a tu encuentro.

17. »Grande es, por tanto, tu dignidad, e incomparable tu alteza, pues, dejando todos los coros de ángeles e innumerables virtudes que sobreabundaban en el cielo, vino precisamente a buscarte a ti en las regiones más bajas de la tierra; a ti que yacías *en la charca fangosa, en lugares tenebrosos y en sombra de muerte* [51]. Eras aborrecida, y no poco, de todo ser viviente. Todo el mundo rehuía tu presencia y en lo que podía se apartaba de ti. Y si bien a algunos les resultaba del todo imposible alejarse de tu compañía, no por eso eras para ellos menos odiosa y detestable.

18. »Mas cuando *vino el Señor del señorío* [52], al asumirte a ti en su propia persona, te enalteció sobre las tribus de los pueblos y *como a esposa te ciñó con la diadema,* elevándote *por encima de las nubes* [53]. Aunque es cierto que son incontables todavía los que te detestan, ignorando tu virtud y tu gloria, sin embargo, nada te afecta esto, ya que habitas libremente en los montes santos, en el sólido recinto donde mora la gloria de Cristo.

Títulos de la Pobreza

19. »Y así *enamorado de tu belleza* [54], el Hijo del altísimo Padre se unió solamente contigo en el mundo y te halló fidelísima en todo. En efecto, antes de que El descendiera a la tierra procedente de la patria luminosa, ya le tenías dispuesto un lugar adecuado, un trono donde sentarse y un lecho en que descansar: la Virgen pobrísima de la que nació, iluminando este mundo. Cierto es que saliste fielmente al encuentro del recién nacido, de suerte que en ti y no entre delicias hallara El su morada preferida. *Fue puesto* —dice el evangelista— *en un pesebre, porque no había sitio para El en la posada* [55]. Y lo acompañaste siempre, sin separarte jamás de El durante toda su vida, de modo que —cuando *apareció en la tierra y vivió entre los hombres* [56]—, *mientras las zorras tenían madrigueras y las aves del cielo nidos, El, en cambio, no tuvo dónde reclinar la cabeza* [57]. Después, cuando abrió su boca para enseñar —El que en otro tiempo había despegado los labios de los profetas— [58], de entre las muchas cosas que habló, fuiste tú la primera

[50] Sal 111,3.
[51] Sal 39,3; 87,7.
[52] Cf. Mal 3,1.
[53] Cf. Is 61,10; 14,14.—El autor de SC presenta a la Pobreza como *esposa* de Cristo más bien que de Francisco. Cf. los n.18,20,23,62,64, etc. Ella firma una alianza de paz con el Pobrecillo y sus compañeros.
[54] Sab 8,2.
[55] Lc 2,7.
[56] Bar 3,38.
[57] Mt 8,20.
[58] Cf. San Gregorio M., *Moral.* IV c. 1: PL 75,638.

a quien alabó, la primera a quien enalteció al decir: *Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* [59].

20. »Además, en el momento de elegir a algunos testigos fidedignos de su santa predicación y gloriosa vida para la salvación del género humano, no escogió, ciertamente, a unos ricos mercaderes, sino a pobres pescadores, dando a entender con semejante predilección cómo deberías tú ser estimada de todos. Finalmente, para que se hiciera patente a todos tu bondad, tu magnificencia, tu fortaleza y dignidad; para dejar en claro que tú aventajas a todas las virtudes, que sin ti no puede haber ninguna y que tu *reino no es de este mundo* [60], sino del cielo, fuiste tú la única que permaneciste unida al Rey de la gloria cuando todos sus elegidos y personas queridas lo abandonaron cobardemente. Pero tú, como fidelísima esposa y tiernísima amante, no te separaste ni un solo instante de su compañía; incluso te mantenías más firmemente unida a él cuando veías que era más despreciado de todos. Y en verdad que, si tú no lo hubieras acompañado, nunca habría podido recibir El un menosprecio tan universal.

21. »Tú estabas con El en los improperios de los judíos, en los insultos de los fariseos, en los reproches de los príncipes de los sacerdotes; con El en las bofetadas, con El en los esputos, con El en los azotes. El que debía ser reverenciado por todos, era de todos ultratajado; sólo tú le consolabas. No lo abandonaste *hasta la muerte, y una muerte de cruz* [61]. Y en la misma cruz —desnudo ya el cuerpo, extendidos los brazos y sujetas las manos y los pies— sufrías juntamente con El, de suerte que en el Crucificado nada aparecía más glorioso que tú. En fin, cuando subió al cielo, te hizo entrega del sello del reino de los cielos para marcar a los elegidos, de modo que cuantos aspiran al reino eterno deban acudir a ti, pedir tu auxilio y entrar por tu medio, porque nadie que no esté sellado con tu distintivo puede ingresar en aquel reino [62].

22. »Ea, pues, señora, ten compasión de nosotros y márcanos con la señal de tu gracia. Pues ¿quién será tan necio, quién tan insensato, que de todo corazón no te ame a ti, que de esa forma has sido escogida y preparada por el Altísimo desde toda la eternidad? ¿Quién no te reverenciará y honrará, cuando Aquel a quien adoran todas las virtudes de los cielos te condecoró con tan excelso honor? ¿Quién no venerará de buen grado las huellas de tus pies, cuando el Señor de la majestad se postró tan humildemente a tus plantas, se te unió con tan estrechos lazos y te tomó en su compañía con tan gran amor? Te rogamos, pues, señora, por El y a causa de El, no desoigas las súplicas que te presentamos en nuestras necesidades, mas líbranos siempre de todo peligro, ¡oh gloriosa y eternamente bendita!» [63]

[59] Mt 5,3.
[60] Jn 18,36.
[61] Flp 2,8.
[62] Cf. Ap 7,3-8.
[63] Antífona mariana *Sub tuum praesidium* (Bajo tu amparo).

Respuesta de dama Pobreza. Su gran discurso

23. A estas palabras respondió dama Pobreza con un corazón jubiloso, semblante risueño y dulce voz, diciendo:

«Os confieso, hermanos y amigos queridísimos, que desde que habéis comenzado a hablar me siento inundada de alegría y de contento, observando vuestro fervor, al comprobar ya vuestra santa intención. Vuestras palabras se me han vuelto *más apetecibles que el oro y las piedras muy preciosas, más dulces que la miel de un panal que destila* [64]. *Porque no sois vosotros los que habláis, es el Espíritu Santo quien habla por vuestro medio* [65], y su misma *unción os va enseñando todas las cosas* [66] que habéis hablado acerca del Rey altísimo, el cual, por pura gracia, me tomó como a su favorita, quitando con ello el oprobio que pesaba sobre mí en la tierra y me elevó a la categoría de los grandes del cielo.

24. »Quisiera, por tanto, si no os resulta pesado escucharme, entretejeros la historia de mi situación; una historia larga, sí, pero no por eso menos útil. ¡Ojalá aprendáis con ello *cómo debéis comportaros y agradar a Dios* [67], guardándoos de incurrir en el reproche de que miráis *atrás* los que intentáis *poner mano al arado!* [68]

»No soy ruda e inculta —como muchos se imaginan—, sino muy antigua y llena de número de días, versada en la ordenación de las cosas, en la variedad de las criaturas, en los cambios de los tiempos. Cuán inestable sea el corazón humano, lo sé por la experiencia de los años, por ingenio natural, así como por un don singular de la gracia.

La Pobreza recuerda su estancia en el paraíso

25. »Estuve una temporada en el paraíso de mi Dios, donde el hombre andaba desnudo; es más, yo misma me paseaba en el hombre y con el hombre a lo largo de aquel jardín delicioso en extremo, sin ningún temor ni incertidumbre, sin sospechar siquiera que me pudiera sobrevenir desgracia alguna. Estaba creída que mi convivencia con el hombre duraría por siempre, ya que por el Altísimo había sido él creado justo, bueno y sabio, y había sido colocado en el lugar más ameno y hermoso que imaginarse pueda. Yo era sumamente dichosa, *jugando todo el tiempo en su presencia* [69], porque —al no poseer aquél nada propio— todo él pertenecía a Dios.

26. »Mas, ¡ay!, de improviso sucedió una catástrofe, del todo inaudita desde que la criatura comenzara a existir, cuando aquel infeliz, que en medio de su hermosura perdió un día la sabiduría —introduciéndose en una serpiente quien no pudo estar en el

[64] Sal 18,11.
[65] Mt 10,20.
[66] IJn 2,27.
[67] ITes 4,1.
[68] Lc 9,62.
[69] Prov 8,30.

cielo—, lo atacó con fraudes para lograr que se convirtiera, como él, en prevaricador del mandato divino. El miserable creyó a quien tan mal le aconsejaba hasta darle su consentimiento, y, *olvidándose de Dios, su Creador* [70], imitó al primer prevaricador y transgresor. Al principio *estaba desnudo* —según afirma de él la Escritura—, pero *no sentía vergüenza* [71], porque residía en él una plena inocencia. Pero, una vez de pecar, se dio cuenta de su desnudez, y, ruborizado, corrió hacia *unas hojas de higuera,* con las que *se hizo unos ceñidores* [72].

27. »Viendo, pues, a mi compañero convertido en transgresor y cubierto con las hojas, porque otra cosa no tenía, me separé de él y con el rostro bañado en lágrimas me puse a mirarlo desde lejos. *Esperaba que él me pondría a salvo del abatimiento de mi espíritu y de una tempestad* tan horrorosa [73].

»*De repente resonó un ruido del cielo* [74], acompañado de una luz deslumbradora en extremo, que sacudió el paraíso entero. Miré fijamente, y vi al Señor de la majestad paseándose *en el paraíso a la hora de la brisa de la tarde* [75]. Inefable, indescriptible era el resplandor que despedía su gloria. Acompañábale multitud de ángeles, que con voces potentes clamaban, diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llena está toda la tierra de tu gloria* [76]. *Miles y miles le servían, millones estaban a sus órdenes* [77].

28. »Ante su vista —lo confieso sinceramente—, me puse temblando de pies a cabeza, toda sobrecogida de terror y espanto; me sentía desfallecer: el cuerpo lo tenía como paralizado; el corazón, en cambio, a todo palpitar. Entonces desde lo hondo grité, diciendo: '¡Señor, ten piedad; Señor, ten piedad! *No llames a juicio a tu siervo, pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti*' [78]. Y El me respondió: '*Anda, escóndete un breve instante mientras pasa mi cólera*' [79].

»Inmediatamente llamó a mi compañero: '*Adán, ¿dónde estás?*' *El contestó: 'Oí, Señor, tu voz, me entró miedo, porque estaba desnudo, y me escondí'* [80]. Y en verdad desnudo, porque, *bajando de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos salteadores, que lo despojaron* [81] incluso de los bienes naturales una vez que hubo perdido la semejanza con el Creador. Con todo, el Rey altísimo —lleno igualmente de benignidad— aguardó a que hiciera penitencia, dándole oportunidad de volverse a El.

29. »Pero el miserable *dejó inclinar su corazón a proferir palabras de malicia con el fin de justificar con excusas su pecado* [82]. Hízose con ello reo de una culpa y castigo mayores, *atesorando contra sí cólera para el día de la cólera* y de la indignación *del justo juicio de*

[70] Dt 32,18.
[71] Gén 2,25.
[72] Gén 3,7.
[73] Sal 54,9.
[74] Hch 2,2.
[75] Gén 3,8.
[76] Is 6,3.
[77] Dan 7,10.
[78] Sal 142,2.
[79] Is 26,20.
[80] Gén 3,9-10.
[81] Lc 10,30.
[82] Sal 140,4.

Dios [83]. El Señor no perdonó ni a él ni a su descendencia, descargando además sobre todos ellos la terrible maldición de la muerte. Como resultado del juicio, en el que intervenían todos los asistentes, *el Señor lo expulsó del paraíso de delicia* [84]. Dicho juicio era justo, pero también misericordioso. Y *para que volviera a la tierra de la que había sido sacado,* pronunció sobre él —muy suavizada— la sentencia de maldición; *le hizo unas túnicas de piel* [85], dando a conocer con ello su condición mortal una vez que se había despojado del ropaje de inocencia.

30. »Viendo a mi compañero cubierto con la piel de los muertos, me alejé por completo de él, ya que su única aspiración consistía en multiplicar trabajos para hacerse rico. Así es que me lancé por el mundo errante y fugitiva, toda deshecha en lágrimas y gemidos. Desde entonces no he hallado dónde posar mi pie, ya que incluso Abrahán, Isaac y Jacob y demás recibieron en promesa riquezas y *una tierra que manaba leche y miel* [86]. *En todos* ellos *busqué descanso* [87], y no lo encontré, estando como estaba a la puerta del paraíso un querubín que blandía flameante espada hasta que del seno del Padre descendiera al mundo el Altísimo, el cual tuvo la singular dignación de requerirme.

El testimonio de Cristo

31. »Y cuando —cumplidas todas las cosas que habéis dicho— quiso El volver a su Padre, que lo había enviado, hizo de mí el testamento que legó a sus elegidos, ratificándolo con un decreto irrevocable. He aquí sus términos: *No poseáis oro, ni plata, ni dinero. No llevéis talega, ni alforja, ni pan, ni bastón, ni calzado, ni tengáis dos túnicas* [88]. *Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa; a quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos* [89]. *Dejaos de amontonar riquezas en la tierra, donde la polilla y la carcoma las echan a perder, donde los ladrones abren boquetes y roban* [90]. *No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. No os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos* [91]. *Cualquiera que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo* [92], y lo demás que está escrito en el mismo libro.

Los apóstoles

32. »Todo esto lo observaron con la mayor diligencia los apóstoles y todo el grupo de los discípulos, que en ningún mo-

[83] Rom 2,5.
[84] Gén 3,23.
[85] Gén 3,19.21.
[86] Ex 3,17.
[87] Eclo 24,11.
[88] Mt 10,9-10; Lc 9,3.
[89] Mt 5,40-41.
[90] Mt 6,19.
[91] Mt 6,31.34.
[92] Lc 14,33.

mento dejaron de cumplir cuanto habían escuchado a su Señor y Maestro. Ellos —como soldados muy valerosos y jueces del orbe de la tierra— pusieron en práctica el mandato de salvación [93] y lo predicaron por doquier, *colaborando con ellos el Señor y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban* [94]. Su caridad era ardiente: llenos de sentimientos de piedad, acudían siempre solícitos a remediar las necesidades de todos, estando muy alerta para no incurrir en aquel reproche: ésos *dicen, pero no hacen* [95]. De ahí que uno de ellos pudiera confesar con absoluta seguridad: *'No me atrevo a hablar de cosa alguna que Cristo no haya realizado por mi medio de obra y de palabra, con la fuerza del Espíritu Santo'* [96]. De igual modo decía otro: *'No tengo plata ni oro'* [97]. Y así todos ellos —tanto en vida como en muerte— me enaltecieron con los mayores elogios.

»Sus oyentes se esforzaban por cumplir todo lo que les anunciaban los maestros, y, *vendiendo sus posesiones y bienes, repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Vivían todos unidos y lo tenían todo en común. Alababan juntos a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo.* Por eso, *el Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar* [98].

Los seguidores de los apóstoles

33. »Durante un largo período de tiempo fueron muchos los que convirtieron en realidad el contenido de estas palabras, tanto más cuanto se conservaba en su memoria la sangre del pobre Crucificado y embriagaba sus corazones el cáliz glorioso de su pasión. Pues si algunos se sentían a veces tentados de abandonarme a causa de la extremada austeridad, nada más acordarse de las llagas del Señor —en las que se manifiesta su entrañable misericordia—, se imponían un severo castigo por la tentación, se me unían más estrechamente y me abrazaban con mayor afecto. Yo estaba con ellos y trataba incansablemente de grabar en su memoria los dolores de la pasión del Rey eterno, de suerte que —reconfortados no poco con mis palabras— tomaban de buen grado un instrumento de hierro con que laceraban su propio cuerpo y veían, sin asustarse, manar de su carne sangre sagrada. Estas victorias fueron sucediéndose durante mucho tiempo y en tal grado, que no había día en que miles y miles no fueran marcados con el sello del Rey soberano [99]

[93] *Salutare mandatum:* se refiere al mandato de guardar fidelidad a la pobreza como camino que lleva a la salvación.
[94] Mc 16,20.
[95] Mt 23,3.
[96] Rom 15,18-19.
[97] Hch 3,6.
[98] Hch 2,45.44.47.
[99] Se hace aquí referencia a la época de las persecuciones de la Iglesia, en que

La paz, contraria a la pobreza

34. »Mas, ¡ay!, poco después sobrevino la paz; pero una paz más nefasta que cualquier guerra. En sus comienzos fueron pocos los sellados, menos en el intermedio, poquísimos al final. Y ved ahora *cómo realmente en la paz reside mi mayor amargura* [100]. Mientras reina esa paz, todo el mundo huye de mí, todos me desechan, nadie me busca, sufro el abandono universal. Tengo paz por parte de los enemigos, pero no por parte de los familiares. Los extraños me dejan en paz, los hijos me declaran la guerra. ¡Y yo *he criado hijos y los he engrandecido, pero ellos me han despreciado!* [101]

35. »Aun en aquel tiempo en que *la lámpara* del Señor *brillaba encima de mi cabeza y a su luz cruzaba yo las tinieblas* [102], estaba ya el demonio ensañándose sobre un gran número de adictos míos, allí estaba el mundo tratando de seducirlos, allí también la carne incitándolos con sus concupiscencias, de suerte que muchos comenzaron a *amar al mundo y a lo que hay en el mundo* [103].

La Persecución, hermana de la Pobreza

36. »Pero permanecía a mi lado la consumación de todas las virtudes [104], es a saber, dama Persecución, a quien el Señor confirió —al igual que a mí— *el reino de los cielos* [105]. Ella era en todo mi fiel colaboradora, mi fuerte protectora y prudente consejera. Tan pronto como veía a algunos entibiarse en el fervor de la caridad o descuidar un tanto las cosas del cielo, poniendo de algún modo su corazón en los bienes de la tierra, al punto estallaba, movilizaba todo un ejército, *cubría de ignominia el rostro de mis hijos para que buscaran el nombre del Señor* [106]. Pero ahora me ha dejado sola mi hermana y *no está conmigo la luz de mis ojos* [107]. En efecto, mientras los perseguidores han hecho una tregua con mis hijos, éstos se desgarran entre sí en medio de una guerra doméstica e intestina mucho más cruel, *envidiándose los unos a los otros, provocándose mutuamente* [108] por el logro de riquezas y el derroche de placeres.

muchos mártires fueron sellados con el distintivo del Crucificado. En el número siguiente se alude al período de la «paz constantiniana».

[100] Is 38,17.
[101] Is 1,2.
[102] Job 29,3.
[103] 1Jn 2,15.
[104] Cf. San Agustín, *De serm. Dom. in monte* I c.3: PL 34,1234.
[105] Cf. Mt 5,10.
[106] Sal 82,17.
[107] Sal 37,11.
[108] Gál 5,26.

ELOGIO DE LOS AUTÉNTICOS POBRES

37. »Bien es verdad que —pasado cierto tiempo— unos cuantos comenzaron a reaccionar y se pusieron a caminar voluntariamente por la senda recta, que en tiempos anteriores recorrieron algunos obligados por la necesidad. Todos éstos vinieron suplicándome insistentemente con muchos ruegos y lágrimas que ajustara con ellos un tratado de paz perpetua y que compartiese su compañía, de la misma forma que la compartí antes en los días de mi adolescencia, *cuando estaba conmigo el Todopoderoso y me rodeaban mis hijos* [109]. Fueron éstos —mientras permanecieron en carne mortal— hombres de acendrada virtud, gente de paz, irreprochables ante Dios, perseverantes en el amor fraterno, pobres en el espíritu, faltos de bienes temporales, pero ricos en santidad de vida; colmados de dones y carismas celestiales, *fervorosos de espíritu, alegres en la esperanza, sufridos en la tribulación, mansos y humildes de corazón* [110], que conservaban la paz interior, la armonía en las costumbres, la concordia mutua y una gozosa comunión de vida.

»En fin, eran varones del todo consagrados a Dios, gratos a los ángeles, amables a los hombres, rigurosos para consigo mismos, indulgentes para con los demás, religiosos en todo su proceder, modestos en su porte, alegres en el semblante, graves en su interior, humildes en la prosperidad, magnánimos en la adversidad, sobrios en la mesa, pobrísimos en su vestir, muy parcos en el sueño, respetuosos y timoratos. En una palabra: resplandecían por el brillo de todas las virtudes. Mi alma estaba íntimamente unida a ellos y no había entre nosotros más que *un solo espíritu y una sola fe* [111].

LOS FALSOS POBRES

38. »Después surgieron entre nosotros *quienes no eran de los nuestros* [112], unos *hijos de Belial* [113], vanílocuos, agentes de la maldad. Confesaban ser pobres, cuando en realidad distaban mucho de serlo; y a mí, que me habían amado de todo corazón esos gloriosos varones de quienes acabo de hacer mención, llegaron a despreciarme y a deshonrarme. Eran éstos de *los que seguían el camino de Balaán, hijo de Bosor, que amó un salario de iniquidad* [114]; *hombres de mente corrompida y privados de la verdad y que piensan que la piedad es un negocio* [115]; hombres que, al tomar el hábito de la santa Religión, no se revistieron del hombre nuevo, sino que paliaron el viejo. Murmuraban de sus antepasados y criticaban a espaldas la vida y costumbres de los que fueron fundadores de

[109] Job 29,5.
[110] Rom 12,11-12; Mt 11,29.
[111] Ef 4,4-5.
[112] 1Jn 2,19.
[113] 1Sam 2,12.
[114] 2Pe 2,15.
[115] 1Tim 6,5.

una santa forma de vida, tachándolos de indiscretos, sin entrañas y crueles; y en cuanto a mí, que me habían asumido en sus vidas, me tildaban de holgazana, áspera, torpe, inculta, desahuciada y difunta.

»En todo ello intervenía muy activamente una rival mía que —astuta como una zorra— ocultaba, bajo la piel de oveja, su rabia lupina.

La Avaricia

39. »Me refiero a la *Avaricia*, a esa desordenada ambición de adquirir y poseer riquezas. La designaban con un nombre que sonaba a santo para no causar la sensación de haberme abandonado a mí, después que les había hecho la merced de levantarles del polvo y alzarles de la basura. *Me aseguraban de* ella *que abrigaba sentimientos de paz para conmigo, pero en su rabia tramaban engaños* [116]. Y, aunque no pueden ocultarse las ruinas de una ciudad situada en la cima del monte, le impusieron el nombre de Discreción o Previsión, cuando tal discreción más bien debiera merecer el apelativo de confusión, y tal previsión el de olvido pernicioso de todo lo bueno.

»Y, dirigiéndose a mí, me decían: *'Tuyo es el poder, tuyo el reino* [117]; ¡no tengas miedo! ¿Qué tiene de malo dedicarse a obras de misericordia y a producir buenos frutos, socorrer a los necesitados, dar algo a los pobres?'

La Pobreza amonesta a los falsos religiosos

40. »Yo les respondía: 'No discuto, hermanos, que no sea bueno lo que proponéis; pero, por favor, os suplico: *considerad vuestra vocación* [118]. No miréis hacia atrás. *No bajéis de la azotea a recoger cosa alguna de la casa* [119]. *No volváis del campo en busca del manto* [120]. No os entrometáis *en los negocios del siglo* [121]. No dejéis que os envuelva otra vez el contagio y la corrupción del mundo, del que huisteis una vez de haber conocido al Salvador. Pues resulta inevitable que los que se envuelven de nuevo en dichas redes, queden vencidos, y necesariamente *el final de ellos viene a ser peor que el principio* [122], abandonando —bajo apariencia de piedad— el cumplimiento del sagrado mandato que se les confió'.

Reacción de estos religiosos

41. »Al dirigirles yo estas palabras, se produjo entre ellos una disensión. Unos decían refiriéndose a mí: 'Es buena y habla

[116] Sal 34,20
[117] 1Cr 29,11.
[118] 1Cor 1,26.
[119] Mt 24,17.
[120] Mt 24,18; Mc 13,16.
[121] 2Tim 2,4.
[122] Mt 12,45.

bien!' Otros, por el contrario: '¡No, que quiere seducirnos para que la imitemos! ¡Es una miserable, e intenta hacernos a todos miserables como ella!'

La Pobreza habla de los buenos religiosos

42. »No pudo por entonces mi rival expulsarme del ámbito de los religiosos, dado que aún había entre ellos un crecido número de hombres de gran fervor e intensa caridad que se hallaban en los comienzos de su conversión, hombres que con sus clamores pulsaban el cielo y lo penetraban con insistentes oraciones, que se elevaban sobre sí por la contemplación y tenían en menos todo lo de la tierra. *Entonces, el Creador de todas las cosas me ordenó y el que me creó, el Señor, me dijo: 'Habita en Jacob, sea Israel tu heredad y echa raíces entre mis elegidos'* [123]. Yo me desvivía por dar fiel cumplimiento a este mandato. Y así, cuando estaba con ellos y avanzábamos juntos por el camino real, gracias a mí *alcanzaban prestigio entre la muchedumbre y eran la admiración de los poderosos* [124]; la gente los veneraba y los llamaba santos. Pero ellos comenzaron a sentirse incómodos con dicho tratamiento y, recordando las palabras del Hijo de Dios: *Yo no recibo gloria de los hombres* [125], rehusaban por completo los honores que se les tributaban.

La Avaricia se apropia el nombre de Discreción

43. »Se movían en este clima de amor tan ferviente a Cristo, cuando de pronto la Avaricia —arrogándose el nombre de *Discreción*— comenzó a decirles: 'Pero, por favor, no os presentéis tan hoscos ante los hombres, ni menospreciéis de esa forma los honores que os rinden, antes bien mostraos afables con ellos; y no rechacéis externamente la gloria que os brindan, tratando —eso sí— de rehusarla por completo en vuestro interior. Es cosa buena entablar amistad con los reyes, adquirir fama entre los príncipes, fomentar la familiaridad con los grandes, porque mientras ellos os dirigen tales muestras de respeto y veneración, y de esa forma os ensalzan y buscan vuestra compañía, muchos, a la vista de este ejemplo, se convierten más fácilmente a Dios'.

44. »Viendo las ventajas de semejante proceder, aceptaron el consejo dado; pero, sin reparar en la trampa que se les había tendido junto al camino, terminaron por abrazar de todo corazón la gloria y el honor. Se imaginaban ser en su interior tal como se pregonaba de ellos al exterior, depositando su gloria en la boca de los aduladores de la misma forma que la depositaron las vír-

[123] Eclo 24,12s.
[124] Sab 8,10-11.
[125] Jn 5,41

genes necias en los vendedores de aceite, y el siervo inútil en la tierra [126].

»La gente, empero, que se creía que éstos eran de hecho lo que aparentaban al exterior, de buen grado les ofrecía sus bienes para remisión de los propios pecados. En un principio, aquellos buenos religiosos estimaban todo esto como si fuera basura. 'Nosotros —decían— somos pobres, y así queremos mantenernos siempre; *no nos interesa lo vuestro, sino vosotros* [127]. *Teniendo qué comer y con qué vestirnos, estamos contentos con eso* [128], porque *vanidad de vanidades y todo es vanidad*' [129]. Así, de día en día aumentaba más y más la veneración de la gente hacia ellos; en tal grado, que muchos llegaban a menospreciar sus bienes al ver el poco aprecio que hacían de los mismos estos santos varones.

La Previsión humana

45. »Entre tanto, aquella bárbara enemiga mía —viendo el cariz que iban tomando las cosas— comenzó a enfurecerse con vehemencia, hasta rechinarle los dientes, y, transida de un profundo dolor en su corazón, dijo: '¿Qué hacer? *He aquí que todo el mundo se va en pos* de ella [130]. Me apropiaré —pensó— el nombre de *Previsión* y les *hablaré al corazón* [131], *por si acaso me oyen y acceden a mis palabras*' [132].

»Y así lo hizo. Se les acercó muy humilde y les dijo: '*¿Cómo es que estáis aquí todo el día ociosos* [133], sin hacer provisión alguna para el día de mañana? ¿Qué perjuicio puede causaros el tener lo necesario para la vida, si os abstenéis de lo superfluo? Sin duda que con mayor paz y sosiego podríais dedicaros a la obra de vuestra salvación y de la de los demás, si dispusierais de cuanto os es de estricta necesidad. *Mientras tenéis tiempo* [134], mirad por vosotros y por vuestra posteridad, porque día llegará en que los hombres retiren su mano de los primeros donativos y de las limosnas acostumbradas. Sería estupendo el que siempre permanecierais de esa forma, pero de ninguna de las maneras podéis continuar así, ya que *el Señor va aumentando de día en día vuestra familia* [135]. ¿Acaso

[126] Cf. Mt 25,8-10.18,24-30.—SAN GREGORIO M., *In Evang. hom.12* n.1 y 3: PL 76,1119. Parafraseando el santo doctor la parábola de las diez vírgenes, dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Con el nombre de aceite se designa el brillo de la gracia» (n.1). «Los vendedores de aceite son los aduladores» (n.3).—La otra concisa expresión, tomada de la parábola de los talentos, viene a indicar la falsa confianza que el siervo inútil depositó en la tierra, en cuyo seno escondió por pereza el talento. Y así como las vírgenes necias buscaron vanamente su gloria, «el brillo de la gracia», en los vendedores de aceite, y este siervo se fió de la tierra como lugar seguro para conservar su tesoro, así estos religiosos se contentaron con las vanas alabanzas de los aduladores.

[127] 2Cor 12,14.
[128] 1Tim 6,8.
[129] Ecl 12,8.
[130] Jn 12,19.
[131] Os 2,14.
[132] Ez 2,5.7.
[133] Mt 20,6.
[134] Gál 6,10.
[135] Hch 2,47.

no aprobará Dios el que poseáis algo con que socorrer a los necesitados y *tener presentes a los pobres* [136], cuando El mismo dice: *Hay más dicha en dar que en recibir?* [137] ¿Por qué no aceptáis los bienes que se os ofrecen para no defraudar a los donantes la recompensa eterna? No tenéis por qué temer el contacto con las riquezas, toda vez que las reputáis por nada. No reside la maldad en las cosas, sino en el corazón, pues *vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno* [138]. Así, pues, para los buenos, todo es bueno, todo está a su servicio, todo ha sido creado para su utilidad. ¡Oh, cuántos que poseen bienes los malgastan!; pero, si los tuvierais en vuestras manos, ¡qué buen destino les daríais, porque santa es vuestra intención, santo vuestro propósito! No pretendéis enriquecer a vuestros parientes, que ya están bien situados; pero, si vosotros tenéis los bienes necesarios, podréis llevar una vida más decorosa y ordenada'.

»Estas y otras razones parecidas adujo aquella desalmada; y algunos —cuya conciencia estaba ya contaminada— le dieron al momento su asentimiento. Otros, en cambio, haciéndose los sordos, dejaban pasar dichas palabras y con agudos argumentos refutaban las razones expuestas. En la discusión, tanto éstos como aquélla se basaban en las pruebas de las Escrituras.

La Avaricia pide auxilio a la Acidia [139]

46. »Pero, viendo la Avaricia que por sí sola era incapaz de recabar de éstos lo que se proponía, cambió de plan para realizar mejor su objetivo. Llamó en su auxilio a la Acidia —que es la negligencia personificada para emprender toda obra buena y para completarla una vez comenzada—, y firmó con ella un pacto, y precisamente un pacto que iba en contra de éstos. No es que tuvieran entre sí demasiada familiaridad ni que compartieran idéntica suerte; pero, tratándose de hacer el mal, se aliaron de buen grado, así como antaño Pilato y Herodes para ir en contra del Salvador.

»Tomada la resolución, bramó la Acidia, y, atacando fuertemente con sus satélites, penetró en el recinto de los religiosos. Disparó sus armas con tal ímpetu, que logró extinguir en ellos la caridad y los redujo a mera tibieza e indolencia, e, invadidos poco a poco por el desánimo, *quedaron como muertos de corazón* [140].

[136] Gál 2,10.
[137] Hch 20,35.
[138] Gén 1,31.
[139] En el texto latino aparece la palabra *Acidia*. El mismo autor del SC en este número 46 da su definición y en los números siguientes describe los efectos desastrosos que produce su presencia en los religiosos. Es un estado de ánimo bien conocido de los maestros de vida espiritual, y denota una amargura interior acompañada de pereza, tibieza, hastío...
[140] Sal 30,13.

Religiosos vencidos por la Acidia

47. »Comenzaron después a añorar miserablemente los ajos y cebollas de Egipto que habían abandonado y a reclamar ruinmente lo que con ánimo tan generoso habían despreciado. Caminaban tristes por la senda de los mandatos de Dios e iban lánguidos al cumplimiento de cuanto se les imponía. Desfallecían bajo su peso y, por falta de espíritu, apenas podían respirar. Era rara en ellos la compunción, nula la contrición. Su obediencia estaba llena de murmuración; sus pensamientos eran rastreros; su alegría, disoluta; su tristeza, pusilánime; su hablar, incauto; su risa, fácil; en su rostro dibujábase la hilaridad; en su porte, la vanidad. Su vestido era suave y delicado, de corte curioso y de confección muy caprichosa. Su sueño era prolongado; su comida, excesiva; su beber, inmoderado. Proferían al aire necedades, chistes y chocarrerías. Recitaban fábulas, modificaban las leyes, distribuían provincias [141] y comentaban con interés los sucesos humanos. Descuidaban por completo la vida espiritual, no sentían celo alguno por la salvación de las almas; rara vez platicaban sobre cosas del cielo y era remisa su aspiración a los bienes eternos.

48. »Endurecidos de este modo, comenzaron a envidiarse y provocarse mutuamente, y, tratando de sobreponerse el uno al otro, *acusaban al hermano de los peores vicios* [142]. Rehuían lo penoso, andaban a la caza de vanos goces, ya que no atinaban con los verdaderos. No obstante, mantenían a toda costa la fachada de santidad, no sea que fueran del todo menospreciados; y, hablando de cosas santas, se esforzaban por ocultar ante la gente sencilla la miseria de su vida. Pero tan grande era su relajación interior, que, no pudiendo disimularla, se traslucía visiblemente al exterior.

49. »Finalmente, comenzaron a adular a los seglares y a entablar estrecha amistad con ellos con objeto de vaciarles las bolsas, agrandar los edificios y acumular unos bienes a los que habían renunciado por completo. Vendían palabras a los ricos, y saludos a las matronas; y frecuentaban con sumo interés los palacios de los reyes y príncipes [143], *para añadir casas a casas y juntar campos con campos* [144]. Y he aquí que se han engrandecido ya, *se han hecho ricos y poderosos en la tierra,* porque *han ido de mal en peor y no han conocido al Señor* [145]. Han sucumbido al ser enaltecidos, se han deslizado sobre la tierra como abortos, y encima tienen la desfachatez de venirme diciendo: '¡Somos tus amigos!'

[141] El texto original presenta la expresión *disponebant provincias.* Los religiosos de quienes habla aquí la Pobreza no estaban distribuidos en provincias de la Orden a modo de los hermanos menores. Por tanto, el vocablo «provincia» se presta en este contexto a varias interpretaciones. Puede significar el territorio geográfico, las tierras o los campos, o también los cargos u oficios. Cf. K. ESSER-E. GRAU, o.c., p.139 n.5.

[142] Cf. Gén 37,2.

[143] SAN BERNARDO, *Super missus est* hom.4 n.10: PL 183,85.

[144] Is 5,8.

[145] Jer 9,3.

Los pobres enriquecidos persiguen a la Pobreza

50. »Estaba yo muy dolorida, máxime por algunos que en el siglo no hubieran pasado de ser unos pobretones y miserables, y que, una vez venidos a mí, se hicieron ricos. Ellos, bien cebados y rollizos, eran los más recalcitrantes de todos, llegando a burlarse de mí. Y precisamente se trataba de aquellos que *eran tenidos aun por indignos de vivir, agotados por el hambre y la penuria, que comían hierbas y cortezas de árboles, escuálidos por la calamidad y miseria* [146]. Ahora, en cambio, no se conforman con la vida común, sino que *se separan de la misma y van a apacentarse desvergonzadamente* [147]. Su vida de constante mendigar cosas superfluas resulta muy molesta a los demás. Se procuran honor entre los discípulos de Cristo quienes en el siglo eran considerados muy dignos de desprecio aun por parte de sus conocidos [148]. Y los que a menudo carecían de pan de cebada y de agua, *que contaban por delicia morar debajo de los espinos, hijos de gente insensata y despreciable y que no se dejaban ver en absoluto sobre la tierra, se han cebado en mis miserias, me aborrecen, se distancian de mí y hasta se atreven a escupirme a la cara* [149]. Me he convertido en blanco de sus *contumelias y terrores*, y *los que eran mis amigos y partidarios* [150], ésos eran precisamente los que me insultaban. Se avergonzaban de mí, y tanto más me repudiaban cuanto más reconocían haber sido enriquecidos con mis beneficios; hasta tal punto, que se desdeñaban incluso de oír mi nombre.

La Pobreza los exhorta a volver junto a sí

51. »En medio de mi profunda aflicción, me dirigía a ellos, diciéndoles: '*Volved, hijos descarriados, y os curaré de vuestra apostasía* [151]. *Guardaos de toda avaricia, que es una idolatría* [152], pues *el avaro no se hartará de dinero* [153]. *Recordad aquellos primeros días, cuando, recién iluminados, sostuvisteis recios y penosos combates. No seáis gente que se arredra para su perdición, sino hombres de fe para salvar el alma. Al que viola la ley de Moisés lo ejecutan sin compasión, basándose en dos o tres testigos. ¿Cuánto peor castigo pensáis que merecerá uno que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha juzgado como impura la sangre de la alianza que lo había consagrado y ha ultrajado al Espíritu de la gracia?* [154] *Reflexionad, pues, prevaricadores* [155], que, *aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes*' [156]

[146] Job 30,2-4.
[147] Judas 19 y 12.
[148] Cf. SAN BERNARDO, l.c.; HUGO DE SAN VÍCTOR, *De claustro animae* I c.9: PL 176,1033.
[149] Job 30,7-14.
[150] Jer 20,10.
[151] Jer 3,22.
[152] Lc 12,15; Ef 5,5.
[153] Ecl 5,9.
[154] Heb 10,32.39.28-29.
[155] Is 46,8.
[156] Lc 12,15.

»Pero ellos replicaban indignados: '¡Marcha, miserable; *apártate de nosotros, que no nos interesan tus caminos!*' [157]

»Yo les respondía: '*Apiadaos de mí, apiadaos de mí siquiera vosotros mis amigos. ¿Por qué me perseguís* sin motivo? [158] ¿No os dije yo que mi conducta y la vuestra no estaban de acuerdo? ¡Vamos! ¡Me pesa de haberos conocido!'

El Señor habla a la Pobreza

52. »*Entonces me habló el Señor, diciendo* [159]: '*Vuélvete, vuélvete, Sunamitis; vuélvete, vuélvete para que te veamos* [160]. Tus propios hijos *son rebeldes y no quieren hacerte caso, porque no quieren hacerme caso a mí* [161]. *Tienen un corazón traidor y rebelde y se han marchado lejos* [162]; *no es que te hayan rechazado a ti, sino a mí* [163]. *En efecto, tú los amaestraste contra ti y los instruiste para tu perdición* [164], porque, si no te hubieran escogido a ti, jamás se habrían enriquecido de semejante manera. Fingían amarte con intención de escaparse después de verse así colmados de tus beneficios. Por eso *se han apartado con una actitud hostil y traidora, y, aferrándose a la mentira, rehúsan convertirse* [165]. No vayas a creerles otra vez, aunque te vengan con buenas palabras, porque *te han rechazado y buscarán tu muerte* [166]. *No eleves por ellos alabanzas ni plegarias, que no te escucharé* [167], pues *los he desechado por haberme ellos despreciado*' [168].

Dama Pobreza previene al bienaventurado Francisco acerca del progreso y decadencia de la vida de su Orden [169]

53. »He aquí, hermanos, que con un prolijo discurso os he referido la historia en forma de una parábola. *Preceda la mirada a vuestros pasos* [170] para ver cómo debéis comportaros. Es sumamente peligroso mirar atrás y burlarse de Dios. *Acordaos de la mujer de Lot* [171] *y no os fiéis de cualquier espíritu* [172]. Pero yo *confío en vosotros,* carísimos, porque en vosotros —más que en los demás— *veo cosas mejores y más cercanas a la salvación* [173], ya que, al parecer,

[157] Job 21,14.
[158] Job 19,21-22.
[159] Jer 13,3.
[160] Ct 6,12.
[161] Ez 2,7; 3,7.
[162] Jer 5,23.
[163] 1Sam 8,7.
[164] Jer 13,21.
[165] Jer 8,5.
[166] Jer 4,30.
[167] Jer 7,16.
[168] 1Sam 15,23; Is 1,2.

[169] En los números precedentes, la Pobreza ha hablado de los buenos y de los falsos religiosos, sin especificar a qué Orden pertenecen. En otros lugares del SC, al amonestar a Francisco y sus compañeros que no sigan el ejemplo de esos falsos religiosos, emplea los términos genéricos de «los otros», «los demás»... —En lo que sigue, la Pobreza se refiere, más bien, a la Orden de San Francisco, con sus vicisitudes de florecimiento y decadencia.

[170] Prov 4.25.
[171] Lc 17,32.
[172] 1Jn 4,1.
[173] Heb 6,9.

habéis hecho una renuncia absoluta de todas las cosas, os habéis liberado de todo peso. Prueba muy convincente de ello es para mí el hecho de que hayáis subido a esta montaña, cuya cima tan pocos han logrado alcanzar hasta el presente. Pero os digo a vosotros, amigos míos, que la malicia de muchos me hace sospechar hasta de la virtud de los buenos, puesto que bajo piel de oveja he visto con frecuencia esconderse lobos rapaces.

54. »Mi deseo más ardiente es que cada uno de vosotros *imite a los santos, que por la fe y la paciencia* me *heredaron* a mí [174]. Pero como temo que os suceda lo mismo que a los demás, os doy un saludable consejo: no pretendáis —como al principio— alcanzar las metas más altas y sagradas, sino avanzad gradualmente, de suerte que, teniendo a Cristo de guía, lleguéis finalmente hasta la cumbre. Tened cuidado: no suceda que, tras haber recibido en vuestras raíces el abono de la vileza, os encontréis estériles, porque entonces no habrá otra cosa que se os aplique sino el hacha [175]. No os fiéis demasiado de las buenas intenciones que abrigáis actualmente, porque los sentimientos del hombre son más propensos a hacer el mal que el bien, y fácilmente vuelve uno a las andadas aun cuando en ocasiones esté muy lejos de ello. Bien sé que, en medio de vuestro intenso fervor, todo se os hace sumamente llevadero, pero tened presente aquello que se dice: *He aquí que los que le sirven no son estables, y en sus mismos ángeles descubre faltas* [176].

55. »Ciertamente, en un principio todo se os presenta muy suave y soportable, pero poco después —sintiéndoos seguros— os olvidaréis de los beneficios recibidos. Pensaréis poder recobrarlos a la hora en que se os antoje y sentir nuevamente la consolación primera; pero, una vez admitida la negligencia, no es fácil extirparla. Luego vuestro corazón se inclinará hacia otras cosas, pero será raro que suspire por volver a los principios. Y así, reducidos a indolencia y flojera espiritual, pretenderéis excusaros con razones tan fútiles como éstas: 'No podemos vivir con la valentía de los comienzos'. '¡Han cambiado los tiempos!' Con ello daréis a entender vuestra ignorancia sobre lo que está escrito: *Cuando el hombre hubiere acabado, entonces está empezando* [177]. Y en vuestro interior no resonará sin cesar otra voz que ésta: Mañana, mañana *volveremos al primer marido, que entonces nos iba mejor que ahora* [178].

»Mirad, hermanos: os he avisado de antemano muchas cosas. *Otras muchas más me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora* [179]. Día llegará en que os exponga más claramente todo lo que os acabo de referir».

[174] Heb 6,11-12.
[175] Cf. Lc 13,8-9.
[176] Job 4,18.
[177] Eclo 18,6.
[178] Os 2,7.
[179] Jn 16,12.

Ratificación de la alianza

Respuesta del bienaventurado Francisco y de sus hermanos. Juramento de fidelidad a dama Pobreza

56. A estas palabras postróse en tierra el bienaventurado Francisco con sus hermanos dando gracias a Dios, y dijo:

«Señora nuestra, nos place cuanto acabas de decir y es imposible hallar nada censurable en todo lo que has hablado. *¡Verdad es cuanto oímos decir en* nuestra *tierra de tus palabras y tu sabiduría,* y por mucho *supera tu sabiduría a todo lo que oímos decir! ¡Dichosas tus gentes, dichosos tus siervos, que están siempre en tu presencia y escuchan tu sabiduría! ¡Bendito sea por siempre el Señor tu Dios, a quien has complacido y que te ha profesado un amor perpetuo y te ha constituido* reina *para administrar un juicio* de misericordia con sus siervos! [180] *¡Oh, cuán bueno y suave es tu espíritu* cuando corriges a los que yerran y *amonestas a los que pecan!* [181]

57. »Ea, pues, señora, por el amor con que te amó el Rey eterno y por el que tú le profesas, te suplicamos encarecidamente que no nos defraudes en nuestras aspiraciones, antes bien trátanos conforme a tu mansedumbre y misericordia. *Tus* obras *son grandiosas e inenarrables; por eso, las almas ignorantes se extravían* de ti [182]. Y como tú avanzas sola, erizada por doquier de escollos, *como un ejército en orden de batalla* [183], no pueden morar contigo los insensatos. Pero mira que nosotros somos tus siervos y ovejas de tu rebaño. ¡Para siempre y por siglos sin fin nos comprometemos con juramento a *guardar los preceptos de tu justicia!*» [184]

Consentimiento de dama Pobreza

58. Se le conmovieron las entrañas a dama Pobreza al oír tales palabras y como es propio de ella compadecerse siempre y perdonar, sin poder contenerse por más tiempo, corrió a abrazarlos y, dando a cada uno el ósculo de paz, les dijo: «Mirad, ya vengo con vosotros, hermanos e hijos míos, segura de que por medio vuestro he de conquistar otros muchos».

El bienaventurado Francisco, a su vez, no cabiendo en sí de pura alegría, comenzó a alabar en alta voz al Omnipotente que no abandona a los que en él esperan, diciendo: *«Bendecid al Señor todos sus elegidos, celebrad días de alegría y alabadle* [185], *porque es bueno, porque es eterna su misericordia»* [186]. Y, bajando de la montaña, llevaron a dama Pobreza al lugar donde ellos moraban, pues *era ya casi mediodía* [187].

[180] 1Re 10,6-9.
[181] Sab 12,1-2.
[182] Sab 17,1.
[183] Ct 6,10.
[184] Sal 118,106.—Momento importante éste, en que Francisco y sus compañeros ratifican con un solemne juramento su alianza de amistad y fidelidad perpetuas con dama Pobreza. Esta, a su vez, acepta muy emocionada dicha alianza, según se observa en los números siguientes.
[185] Tob 13,10.
[186] Sal 135,1.
[187] Jn 4,6.

Banquete de la Pobreza con los hermanos

59. Y, preparadas todas las cosas, la apremiaron a compartir su comida.

Mas ella dijo: «Mostradme primero el oratorio, la sala capitular, el claustro, el refectorio, la cocina, el dormitorio y el establo, los pulcros asientos, las mesas bien pulidas y las casas inmensas. Veo que todo esto brilla aquí por su ausencia; a vosotros, en cambio, os encuentro alegres y contentos, desbordando de gozo, repletos de consolación, como si todo estuviera dispuesto conforme a vuestro talante».

«Señora y reina nuestra —le replicaron—, nosotros tus siervos estamos rendidos tras una caminata tan larga, y tú que has venido en nuestra compañía has debido de cansarte también no poco. De modo que vayamos antes a comer, si así lo ordenas, y, una vez reconfortados, todo se cumplirá de acuerdo con tus deseos».

60. «Me place lo que proponéis —añadió ella—; pero traed ya agua para lavarnos las manos, y toallas con que secarnos».

Inmediatamente le presentaron una vasija de arcilla medio rota —no había allí una entera— llena de agua. Y al verterle el agua en las manos, andaban mirando de acá para allá en busca de una toalla. Y, en vista de que no la encontraban, uno le alargó la túnica que vestía para que con ella se enjugara las manos. La Pobreza la tomó muy agradecida, al mismo tiempo que alababa a Dios en el fondo de su corazón por haberla hecho partícipe de la compañía de tales hombres.

61. A continuación la llevaron al lugar donde estaba preparada la mesa. Una vez allí, lo observó todo atentamente, y, al no ver más que tres o cuatro mendrugos de pan de cebada o salvado puestos sobre la hierba, en el colmo de su asombro decía entre sí: «*¿Quién vio jamás cosa semejante por generaciones de generaciones?* [188] Bendito seas tú, Señor Dios, *que cuidas de todas las cosas; porque con sólo quererlo lo puedes todo, y has enseñado a tu pueblo a* agradarte *por medio de tales obras*» [189].

Así es que se sentaron todos juntos, dando gracias a Dios por todos sus dones.

62. Ordenó entonces dama Pobreza que sirvieran en escudillas viandas cocidas. Al punto le trajeron una sola escudilla —llena de agua fría— para que untaran todos en ella el pan; no había allí abundancia de escudillas ni variedad de cocidos.

Pidió que se le presentaran, al menos, unas cuantas hierbas crudas y aromáticas. Mas, al no tener hortelano ni saber de huertas, se fueron al bosque, recogieron unas hierbas silvestres y se las pusieron delante.

Ella insistió: «Pasadme un poco de sal para sazonar las hierbas, que saben amargas».

[188] Is 66,8; 51,9.
[189] Sab 12,13.18-19.

Le contestaron: «Aguarda, señora, mientras vamos a la ciudad y te la traemos, si es que hay alguna persona que nos la suministre».

«Prestadme entonces —dijo— un cuchillo para mondar lo superfluo de las hierbas y cortar el pan, que está muy duro y seco».

«Dispensa, señora —le contestan—, no tenemos herrero que nos forje cortantes [190]; por el momento utiliza los dientes en lugar del cuchillo, que luego te proveeremos».

«Y ¿no tenéis un poco de vino?», añadió ella.

«Señora nuestra —le respondieron—, vino no tenemos, pues *lo esencial para la vida del hombre son pan y agua* [191]; además, no está bien que tú bebas vino, ya que la esposa de Cristo debe huir del vino como del veneno» [192].

63. Después que se hubieron saciado con la satisfacción de compartir escasez tan grande más que si hubieran saboreado hasta la hartura toda clase de manjares, bendijeron al Señor, ante cuyos ojos habían hallado tan singular gracia.

Seguidamente condujeron a dama Pobreza a un lugar donde pudiera descansar, pues se encontraba fatigada. Y, desnuda como estaba, se acostó sobre la desnuda tierra. Pidió entonces le trajeran una almohada para apoyar en ella la cabeza. Al momento le trajeron una piedra y se la pusieron de cabezal.

Ella —tras haber dormido sobria y muy plácidamente— se levantó con toda presteza y suplicó se le enseñara el claustro. La llevaron a una colina y le mostraron toda la superficie de tierra que podían divisar, diciendo:

«Este es nuestro claustro, señora».

Dama Pobreza bendice a los hermanos y los exhorta a perseverar en la gracia recibida

64. Ordenó que se sentaran todos juntos y les dirigió palabras de vida, diciendo:

«Hijos míos, *benditos seáis del Señor Dios, que hizo el cielo y la tierra* [193], pues me habéis acogido en vuestra casa con tal plenitud de amor, que, al estar hoy con vosotros, me he sentido como transportada al paraíso de Dios. Por ello *estoy inundada de gozo, desbordo de consuelo* [194] y pido perdón por haber tardado tanto en

[190] En el texto latino aparece la palabra *gladius*, que primariamente significa *espada*, aunque por extensión puede significar, asimismo, todo instrumento *cortante*. Podría traducirse de ambas formas. No deja de llamar la atención la respuesta de los hermanos a dama Pobreza, que les pide un cuchillo, y éstos le contestan diciendo que no tienen herrero que les forje «espadas», «cortantes». ¿Habrá en el fondo alguna implícita alusión a que, teniendo bienes, se verían precisados a defenderlos a base de espadas y de armas, como en alguna ocasión dijo San Francisco? (cf. TC 35 y AP 17) ¿O tal vez estará latente en ello alguna intención «pacifista», teniendo el tema de la paz tanto relieve en la obra del SC?

[191] Eclo 29,21.

[192] SAN JERÓNIMO, *Ad Eustochium* ep.22 n.8: PL 22,399.

[193] Jdt 13,23-24.

[194] 2Cor 7,4.

venir. *Verdaderamente, el Señor está* con vosotros, *y yo no lo sabía* [195]. He aquí que por fin ya veo lo que deseé, ya poseo lo que codicié, porque estoy unida en la tierra [196] a quienes me evocan la imagen de Aquel con quien estoy desposada en los cielos. *Que el Señor bendiga* vuestra *fortaleza y acepte la obra de* vuestras *manos* [197].

65. »Os ruego y suplico encarecidamente como a hijos muy queridos: perseverad en la tarea que habéis emprendido bajo la dirección del Espíritu Santo, no abandonando vuestra perfección —como suelen algunos— sino que, esquivando todas las emboscadas de las tinieblas, esforzaos siempre por tender a lo más perfecto. Altísima es vuestra profesión, está por encima del hombre y de sus fuerzas, e ilustra con mayor claridad la perfección de los antiguos. No abriguéis la menor duda ni incertidumbre acerca de vuestra posesión del reino de los cielos, porque ya desde ahora tenéis la garantía de la futura herencia y habéis recibido ya la prenda del Espíritu una vez que habéis sido marcados con la señal de la gloria de Cristo, emulando en todo, con su gracia, aquella primera escuela que él congregó cuando vino al mundo. En efecto, la misma obra que los discípulos realizaron teniendo a Cristo presente, la habéis emprendido íntegra en su ausencia, de suerte que podéis decir sin reparo alguno: *He aquí que nosotros lo dejamos todo y te seguimos* [198].

66. »Que no os arredre la magnitud del combate ni la enormidad de la tarea, porque recibiréis una espléndida recompensa. *Y, fijos los ojos en el autor y consumador* de todo bien, *el Señor Jesucristo, el cual, por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz, despreciando la ignominia, mantened firme la confesión de vuestra esperanza* [199] *Corred* en caridad *al combate que se os propone;* corred con *paciencia, que os es* muy *necesaria para realizar el designio de Dios, y alcanzar así la promesa* [200]. *Pues poderoso es Dios* [201] para llevar a feliz término la empresa sobrehumana que con su santa gracia habéis comenzado: El es fiel a sus promesas.

67. »Que el *espíritu que actúa en los hijos rebeldes* [202] no encuentre en vosotros nada que le complazca, no encuentre ninguna duda ni desconfianza, no sea que tome pie de vosotros mismos para atacaros con su perfidia. Pues *es soberbio en extremo, y su soberbia y arrogancia son más que su fortaleza* [203]. Y como rebosa furor contra vosotros, os acometerá con todas las armas de su astucia y tratará de inyectaros el veneno de su maldad, puesto que quien ya venció y derribó a otros, sometiéndolos a su imperio, no se resigna a veros a vosotros por encima de él.

[195] Gén 28,16.
[196] Oficio de Santa Inés, mártir; antífona del *Benedictus.*
[197] Dt 33,11.
[198] Mt 19,27.
[199] Heb 12,2; 10,23.
[200] Heb 12,1; 10,36.
[201] Rom 11,23.
[202] Ef 2,2.
[203] Is 16,6.

68. »Con motivo de vuestra conversión, carísimos, los ciudadanos del cielo han celebrado grandes festejos y entonado cánticos nuevos en la presencia del Rey eterno [204]. En vosotros y por vosotros se gozan los ángeles, porque mientras muchos —gracias a vosotros— guardarán virginidad y brillarán por su castidad, se llenarán los puestos vacíos de la ciudad de arriba, donde las personas vírgenes han de ser colocadas en lugares de preferencia, ya que *los hombres y las mujeres que no se casan serán como ángeles de Dios en el cielo* [205]. Se regocijan los apóstoles, viendo que se renueva su vida, se predica su misma doctrina y se hacen patentes por vosotros los ejemplos de una santidad extraordinaria. Se alegran los mártires, esperando que con el derramamiento de sangre sagrada se reproduzca su misma constancia. Saltan de gozo los confesores, comprobando que frecuentemente se rememora en vosotros su victoria sobre el enemigo. Se sienten jubilosas las vírgenes, *que siguen al Cordero adondequiera que vaya* [206], al constatar que gracias a vosotros va aumentando a diario su número. En fin, están que desbordan de exultación los habitantes todos de la corte celestial, que van a celebrar cada día las fiestas solemnes de nuevos conciudadanos y serán rociados constantemente con el perfume de las santas oraciones que se elevan desde este valle.

69. »*Así, pues, hermanos, os ruego, por la misericordia de Dios* [207], que os ha impulsado a abrazar una vida tan extremadamente pobre: obrad conforme a las intenciones que traíais al venir aquí, conforme a los objetivos de vuestra subida a la montaña desde los ríos de Babilonia. Acoged humildemente la gracia que os ha sido concedida, haciendo un digno uso de ella siempre y en todo para alabanza, gloria y honor de aquel que murió por vosotros: Jesucristo Señor nuestro, que vive y reina, vence e impera con el Padre y el Espíritu Santo y es Dios eternamente glorioso por todos los siglos de los siglos. Amén» [208].

[204] Termina este hermoso poema —cuyo autor tiene como principales fuentes de inspiración la Sagrada Escritura, la Liturgia y los Santos Padres, además de una profunda y perspicaz experiencia de la vida religiosa— con las últimas exhortaciones y una ardiente plegaria, en que interviene toda la corte celestial, alabando a la Santísima Trinidad por las proezas que ha realizado en Francisco y en sus pobrecitos.

[205] Mt 22,30.

[206] Ap 14,4.

[207] Rom 12,1.

[208] La edición de Quaracchi, al término del texto del SC, añade, con caracteres distintos, lo siguiente: «Esta obra fue compuesta en el mes de julio, después de la muerte del bienaventurado Francisco el año 1227 de la Encarnación del Señor, Salvador nuestro Jesucristo».—Cf. en la introducción al SC en este mismo volumen pág.93 2s la problemática existente sobre la fecha de su composición.

TESTIMONIOS EXTRAÑOS A LA ORDEN Y OTROS FRAGMENTOS

El acontecimiento franciscano no podía menos de tener repercusión externa, que tuvo que reflejarse en las crónicas y otras fuentes escritas del siglo XIII. Esta mirada de los de fuera es un complemento necesario si se quiere reconstruir con objetividad el significado histórico de Francisco y de su obra. Para ser completos habría que añadir, además, algunas de las más importantes crónicas franciscanas del primer siglo, como las de Jordán de Giano, Tomás de Eccleston, Salimbene, de las que ningún historiador puede prescindir. Pero ello rebasaría la finalidad de este volumen.

Nos contentamos con ofrecer algunos de los fragmentos más comúnmente citados, que contienen informaciones interesantes de índole biográfica. Fueron ya reunidos y publicados por Golubovich y Lemmens [1].

He aquí los más importantes según el orden cronológico [2]:

1. Crónica de Burcardo de Ursperg, *premonstratense († 1230). Conoció el movimiento franciscano en su viaje a Italia en 1211; sus informaciones de testigo ocular son preciosas por ser las más antiguas que poseemos y por la objetividad de las mismas.*

2. Jacobo de Vitry *(† 1240). Fue obispo de San Juan de Acre, en Palestina; más tarde cardenal. Es el testigo externo más valioso de los orígenes franciscanos. Interesan particularmente:* a) *Una* carta *escrita desde Genova en octubre de 1216. Describe los movimientos religiosos de Italia, y se detiene en el de los «hermanos menores» y «hermanas menores», cuyo estilo de vida ha observado personalmente.* b) *Otra* carta *suya, fechada en Damieta en febrero-marzo de 1220. Habla del sorprendente crecimiento de la nueva Orden y hace una observación sobre el peligro de este crecimiento incontrolado. Este párrafo, que falta en uno de los manuscritos, fue considerado como una interpolación por los editores franciscanos Golubovich y Lemmens; por el contrario, Boehmer y Huygens lo dan por autentico, y opinan que fue algún copista franciscano quien lo suprimió en dicho manuscrito por considerarlo como denigrante para la Orden. Es la posición crítica correcta. La importancia de esta carta está, además, en la información que da el autor, como testigo presencial, de la visita de Francisco al sultán de Egipto y del trato amistoso que éste le dispensó.* c) *Su* Historia orientalis, *en cuyo capítulo 32 habla extensamente de la Orden como algo totalmente nuevo en la Iglesia, con detalles de gran interés. Comenzó a escribir la obra en 1219 y la terminó, con toda probabilidad, antes de la derrota de Damieta (8 septiembre 1221). Sus noticias sobre la vida de la Orden se refieren al año 1216 más o menos.* d) *Dos* sermones *dirigidos, siendo cardenal, a los hermanos menores, sobre San Francisco, poco después de la canonización de éste.*

3. La Crónica *de Ernoul († c.1230). Se hallaba en Damieta cuando la visita de San Francisco y su compañero al sultán. Narra, en*

[1] G. GOLUBOVICH, *Biblioteca bio-bibliografica della Terra Santa e dell'Oriente francescano* I (Quaracchi 1906); L. LEMMENS, *Testimonia minora saeculi XIII de s. Francisco Assisiensi* (Quaracchi 1926).

[2] K. ESSER, *La Orden franciscana. Orígenes e ideales* (Aránzazu 1976) 27-33.

francés arcaico, esa proeza de «dos clérigos», que no nombra, y lo que ocurrió entre el sultán y ellos. Un testimonio más de la resonancia que tuvo aquella iniciativa misionera del Santo.

4. Historia salonitanorum, *de Tomás, archidiácono de Spalato. El autor asistió el 15 de agosto de 1222 al sermón predicado por San Francisco en Bolonia; da el esquema del sermón y una interesante descripción de la persona y de su modo de predicar.*

5. Passio sancti Verecundi. *Escrita en la abadía de San Verecundo, hoy Vallingegno, en que recibió hospitalidad más de una vez San Francisco. El relato se basa en los recuerdos de testigos presenciales.*

6. Vita Gregorii IX, *escrita hacia 1240; a lo que parece, por Juan de Campania. Forma parte de* Vitae pontificum romanorum. *Ofrece interés especial el relato de la canonización de San Francisco.*

7. Esteban de Borbón, *dominico († 1261). Refiere dos hechos de interés, uno desconocido, muy a tono con la actitud de San Francisco ante el sacerdote, por pecador que fuera; el otro es un duplicado del sermón ante la corte pontificia, de que hablan 1C 73 y LM 12,7.*

Merecen también figurar en esta reseña de «testimonios menores» los de algunos franciscanos, como Tomás de Toscana, en su Gesta Imperatorum et Pontificum; *la anotación del hermano León en el breviario de Santa Clara, un párrafo de San Buenaventura en su* Hexaémeron *sobre la visita al sultán y, sobre este mismo episodio, el testimonio del hermano Iluminado, que acompañó al Santo en tal ocasión, recogido por San Buenaventura. No es creíble, con todo, que Francisco hubiera sostenido con el sultán un razonamiento tan contrario a su espíritu.*

1. *BURCARDO DE URSPERG* premonstratense († 1230).
Chronicon.
LEMMENS, *Testimonia minora* p.17.

En aquel mismo tiempo, cuando ya el mundo languidecía de viejo, surgieron en el seno de la Iglesia —que tiene la virtud de rejuvenecerse, como lo hace el águila— dos nuevas Ordenes religiosas, que fueron aprobadas por la Sede Apostólica: la de los Hermanos Menores y la de los Predicadores.

En la aprobación de estas Ordenes influyó seguramente la circunstancia de que existían desde antiguo en Italia dos sectas, que todavía perduran: la de los Humillados y la de los Pobres de Lyón. Ya en su tiempo, el papa Lucio las había condenado como heréticas, pues sostenían teorías y prácticas supersticiosas y, además, en sus predicaciones clandestinas, que celebraban casi siempre en lugares ocultos, se manifestaban contrarios a la Iglesia de Dios y al sacerdocio.

Por entonces vimos cómo algunos de éstos, de los que se llamaban Pobres de Lyón, se presentaron a la Sede Apostólica con

uno de sus maestros —creo que se llamaba Bernardo [1]— con la pretensión de que la Santa Sede aprobase su secta y la enriqueciese con privilegios. A juzgar por lo que ellos mismos decían, imitaban la vida de los apóstoles, sin querer poseer nada ni tener morada fija, peregrinando por los pueblos y las aldeas. Pero el señor papa les arguyó que tenían prácticas supersticiosas; por ejemplo: que cortaban el calzado en la parte superior del pie y que fingían andar con los pies descalzos; que, aunque vestían unos mantos propios de religiosos, llevaban, en cambio, el cabello arreglado como los laicos; y que era particularmente reprensible en ellos el hecho de que hombres y mujeres iban juntos cuando se trasladaban de un sitio a otro; y que muchas veces se hospedaban juntos en la misma casa y que, según daban que pensar, incluso a veces se acostaban juntos; y además afirmaban que todo esto era una práctica que provenía de los apóstoles.

El señor papa, lejos de aprobar a éstos, aprobó en su lugar a los otros, o sea, a los que se llamaban Pobres Menores. Estos rechazaban todo lo supersticioso y censurable antedicho, andaban de verdad con los pies descalzos tanto en verano como en invierno y no recibían ni dinero ni otra cosa, más que el alimento, o, a lo más, alguna ropa que les era necesaria, si es que alguno se la daba espontáneamente, pues no pedían nada a nadie. Estos mismos, andando el tiempo, dándose cuenta de que a veces la fama de mucha humildad puede llevar a la vanagloria y de que cabe el peligro de envanecerse ante Dios por motivos de pobreza, como les ocurre a muchos que la soportan engañosamente, prefirieron llamarse Hermanos Menores en vez de Pobres Menores, sumisos en todo a la Sede Apostólica.

2. *JACOBO DE VITRY* [1].
Carta primera (de primeros de octubre de 1216).
R. B. C. HUYGENS, *Lettres de Jacques de Vitry* (Leyde 1960) p.75-76.

Por aquellas tierras hallé, al menos, un consuelo, pues pude ver que muchos seglares ricos de ambos sexos huían del siglo, abandonándolo todo por Cristo. Les llamaban Hermanos Menores y Hermanas Menores.

Son tenidos en gran honor por el señor papa y los cardenales. No se ocupan para nada de las cosas temporales, sino que, llenos de un fervoroso anhelo y de un vehemente empeño, se dedican diariamente a rescatar de las vanidades del siglo a las almas que están en trance de perecer y a llevarlas con ellos. Y por la gracia de Dios han cosechado ya un abundante fruto y han ganado a muchos, pues sucede que el que escucha dice «ven» y un grupo atrae a otro grupo.

[1] Efectivamente, éste era su nombre (cf. bula *Cum inaestimabile pretium* de Inocencio III, del 14 de junio de 1210).

[1] Cf. *Introducción* en este mismo volumen, p.961.

Viven según la forma de la primitiva Iglesia, conforme de ella se escribió: *La multitud de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma* [2]. Durante el día van a las ciudades y a las aldeas para conquistar a los que puedan, dedicados así a la acción; y durante la noche, retornando al despoblado o a lugares solitarios, se dedican a la contemplación.

Las mujeres, por su parte, viven juntas en algunos hospicios cerca de las ciudades, y no reciben nada, sino que viven del trabajo de sus manos. Las causa mucho desagrado y turbación el hecho de que clérigos y laicos les honran más de lo que ellas quisieran.

Los hombres de esta Religión, una vez al año, y por cierto para gran provecho suyo, se reúnen en un lugar determinado para alegrarse en el Señor y comer juntos, y con el consejo de santos varones redactan y promulgan algunas santas constituciones, que son confirmadas por el señor papa. Después de esto, durante todo el año se dispersan por Lombardía, Toscana, la Pulla y Sicilia.

Hace algún tiempo, el hermano Nicolás, coterráneo del señor papa, varón santo y religioso, abandonó la curia y se retiró con estos hombres; pero el señor papa, como le era muy necesario junto a sí, lo hizo volver.

Tengo por cierto que, para oprobio de los prelados, que son como perros mudos que no saben ladrar [3], quiere el Señor salvar a muchas almas antes del fin del mundo por medio de estos hombres sencillos y pobres.

JACOBO DE VITRY
Carta segunda (de principios de 1220).
HUYGENS, *Lettres* p.131-33.

El señor Rainero, prior de San Miguel [4], ha ingresado en la Religión de los hermanos menores. Esta Religión se está multiplicando mucho por todo el mundo, porque busca expresamente imitar la forma de la primitiva Iglesia y llevar en todo la vida de los apóstoles. (Debo añadir, con todo, que, a mi juicio, esta Orden incurre en un serio peligro, porque envía a través del mundo de dos en dos, no solamente a los religiosos ya formados, sino también a los jóvenes todavía imperfectamente formados, quienes más bien debieran ser probados y sometidos durante algún tiempo a la disciplina conventual) [5].

Su maestro [6], el que fundó esta Orden, vino a nuestro ejército, e, inflamado por el celo de la fe, no tuvo miedo en ir al

[2] Hch 4.32. [3] Is 56,10.

[4] Iglesia de San Juan de Acre. Se trata de un monje y dignatario eclesiástico que cambia de Orden.

[5] Cf. lo que en cuanto a este párrafo entre paréntesis dice la *Introducción* en este mismo volumen, p.961.

[6] San Francisco no quería que en su Orden nadie se llamara maestro o prior (cf. 1R 22,35 y 6,3).

ejército de nuestros enemigos. Predicó la palabra del Señor a los sarracenos durante algunos días, aunque en realidad con escaso provecho, y el sultán, rey de Egipto, le pidió en secreto que orase por él al Señor, para que, inspirado por El, acertase a profesar la religión que más agrada a Dios.

En esta misma Orden ha ingresado también Colino, el inglés, clérigo nuestro, y además otros dos de nuestros compañeros: el maestro Miguel y el señor Mateo, al que había encomendado la iglesia de Santa Cruz; y me veo en aprietos para retener junto a mí al chantre [7], a Enrique y a otros.

JACOBO DE VITRY
Historia orientalis c.32.
GOLUBOVICH, *Biblioteca* t.1 p.8-10.

Para que las bases del cuadro de los que viven regularmente encuentren firmeza en su misma solidez, ha querido el Señor en estos tiempos añadir a las tres ya mencionadas Religiones de ermitaños, monjes y canónigos una cuarta institución religiosa, la hermosura de una Orden y la santidad de una Regla. Aunque, a la verdad, si bien se considera el estado y el orden de la primitiva Iglesia, hay que decir, más bien, que el Señor no ha añadido propiamente una Regla nueva, sino que ha restaurado la antigua, la ha sacado de su postración, y ha hecho revivir una forma de Religión que casi había fenecido; y esto ha acontecido en el atardecer de este mundo que camina hacia su ocaso, ante la inminencia del tiempo del hijo de la perdición, con el fin de preparar nuevos atletas para los peligrosos tiempos del anticristo y de fortificar la Iglesia creando medios de defensa.

Esta es la Religión de los verdaderos pobres del Crucificado, que es también Orden de predicadores. Los llamamos hermanos menores. Y por cierto menores y más humildes que todos los regulares de este tiempo en el hábito, en la desnudez y en el desprecio del mundo. Tienen al frente a un prior supremo, a cuyos mandatos y disposiciones regulares obedecen reverentemente los priores menores y todos los demás hermanos de la Orden; él los ha enviado a las distintas regiones del mundo a predicar y salvar las almas. Procuran con toda diligencia reproducir en su vida la religión, la pobreza y la humildad de la primitiva Iglesia, sorbiendo con sed y ardor espiritual las aguas puras de la fuente evangélica, que, por imitar más de cerca la vida apostólica, se empeñan por todos los medios en cumplir no sólo los preceptos evangélicos, sino también los consejos. Renunciando a cuanto poseen, negándose a sí mismos, tomando la cruz [8], siguiendo desnudos al desnudo, desembarazándose de la capa como José [9] y del

[7] Juan de Cambrai, que figura en la cuarta carta (HUYGENS, o.c., p.110).
[8] Mt 16,24.
[9] Gén 39,12.

ánfora como la samaritana [10], corren sin impedimentos, caminan mirando hacia adelante sin retroceder, avanzan siempre y sin detenerse hacia lo futuro dejando en el olvido todo lo pasado, vuelan como las nubes y viven atentos con toda diligencia y cautela como las palomas, que acuden presurosas al palomar [11] para que en él no entre la muerte.

El señor papa les ha confirmado la Regla y les ha concedido poder predicar en todas las iglesias a las que llegan, después de obtenido por deferencia el consentimiento del prelado local. Son enviados a predicar de dos en dos, como precursores de la paz del Señor y de su segunda venida. Estos pobres de Cristo no llevan ni bolsa para el camino, ni alforjas, ni pan, ni dinero en sus cintos; no poseen oro o plata ni llevan calzado en sus pies [12]. A ningún hermano de esta Orden le está permitido poseer nada. No tienen monasterios ni iglesias; ni campos, ni viñas, ni ganado; ni casas, ni otras posesiones; *ni dónde reclinar su cabeza* [13]. No usan pieles ni lienzos de lino, sino únicamente túnicas de lana con capucha; no tienen capas, ni palios, ni cogullas, ni ninguna otra clase de vestiduras. Si se les invita a la mesa, comen y beben de lo que se les pone [14]. Si se les da por misericordia una limosna, no la andan reservando para más adelante.

Una o dos veces al año se reúnen todos, en un tiempo y lugar determinados, con objeto de celebrar el capítulo general [15]; sólo dejan de acudir los que se hallan en tierras muy alejadas o al otro lado del mar. Después del capítulo, su superior les vuelve a enviar, en grupos de dos o más, a las distintas regiones, provincias y ciudades. Por su predicación, y también por el ejemplo de su santa vida y de su irreprochable conducta, animan al desprecio del mundo a un gran número de hombres; no sólo a los de clases humildes, sino también a los hidalgos y nobles, los cuales abandonan sus palacios, sus villas, sus extensísimas posesiones; truecan así sus riquezas temporales, como en un afortunado comercio, por las riquezas espirituales y toman el hábito de los hermanos menores: una túnica de ínfima calidad para cubrirse y una cuerda para ceñirse.

En muy poco tiempo se han multiplicado de tal manera, que no existe en la cristiandad ninguna provincia donde no se hallen algunos de estos hermanos, que, como pulidísimos espejos, reflejan en sí mismos, ante los ojos de los que los ven, el desprecio de las vanidades del mundo. Además, no cierran sus puertas a ninguno que desee ingresar en su Religión, a no ser que se trate de los que están ya comprometidos en el matrimonio o en otra Religión; a éstos, como es lógico, ni quieren ni deben recibirlos sin la licencia de sus mujeres o de sus superiores [16]. Pero a todos los demás los acogen en la amplitud de su Religión con toda con-

[10] Jn 4,28.
[11] Is 60,8.
[12] Lc 10,4; Mt 10,9-10; Mc 6,8-9.
[13] Mt 8,20.
[14] 1R 3,13; 2R 3,14.
[15] 1R 18; 2R 8,2-5.
[16] 2R 2,3-5.

fianza y sin género de dificultad, puesto que, confiados como están en la munificencia y la Providencia divinas, no temen que el Señor haya de dejar de proveer a su sustento. A los que vienen a ellos les dan el cordón con la túnica, y todo lo demás lo remiten a la solicitud celestial. Y sucede que el Señor hasta tal grado devuelve el céntuplo en este siglo a sus servidores y pone sus ojos en los que así caminan por este mundo, que se cumple en ellos literalmente lo que está escrito: *El Señor ama al peregrino y le procura el alimento y el vestido* [17]. En efecto, las gentes se sienten honradas cuando los siervos de Dios no desdeñan su hospitalidad o sus limosnas.

Y no se trata sólo de los fieles cristianos, sino que también los mismos sarracenos y los caídos en las tinieblas de la incredulidad admiran su humildad y su virtud; cuando van sin ningún temor a predicarles, los reciben gustosamente y les proveen con agrado de lo necesario. Hemos sido testigos de cómo el primer fundador y maestro de esta Orden, al que todos obedecen como a su principal prior, varón sencillo e iletrado, amado de Dios y de los hombres, llamado hermano Francisco, se hallaba tan penetrado de embriagueces y fervores de espíritu, que, cuando vino al ejército de los cristianos, que se hallaba ante los muros de Damieta, en Egipto, se dirigió intrépidamente a los campamentos del sultán de Egipto, defendido únicamente con el escudo de la fe. Cuando le arrestaron los sarracenos en el camino, les dijo: «Soy cristiano; llevadme a vuestro señor». Y, una vez puesto en presencia del sultán, al verlo aquella bestia cruel, se volvió todo mansedumbre ante el varón de Dios, y durante varios días él y los suyos le escucharon con mucha atención la predicación de la fe de Cristo. Pero, finalmente, el sultán, temeroso de que algunos de su ejército se convirtiesen al Señor por la eficacia de las palabras del santo varón y se pasasen al ejército de los cristianos, mandó que lo devolviesen a nuestros campamentos con muestras de honor y garantías de seguridad, y al despedirse le dijo: «Ruega por mí, para que Dios se digne revelarme la ley y la fe que más le agrada».

Los sarracenos suelen escuchar gustosamente la predicación de los hermanos menores cuando se limitan a exponer la fe de Cristo y la doctrina del Evangelio; pero desde el punto en que en su predicación condenan abiertamente a Mahoma como a mentiroso y pérfido, esto ya no lo soportan, y los azotan sin piedad hasta llegar casi al linchamiento, de no ser por la maravillosa protección divina, y acaban por expulsarlos de sus ciudades.

Esta es la santa Orden de hermanos menores y la Religión digna de admiración de los varones apostólicos, que, a nuestro juicio, el Señor ha suscitado en estos últimos tiempos contra el hijo de la perdición, el anticristo, y contra sus impíos seguidores. Son los que, habiendo sido constituidos centinelas de los muros de Jerusalén, como valerosos soldados de Cristo rodean el lecho

[17] Dt 10,18.

de Salomón [18] y con sus espadas rondan de puerta en puerta; no cesan día y noche en las alabanzas divinas y en las santas exhortaciones; levantan su voz como voz fuerte de trompeta [19]; toman venganza en las naciones; echan en cara a las naciones sus iniquidades; matan sin retraer sus espadas de la sangre [20]; dan vueltas en torno a la ciudad y padecen hambre como perros [21]; como sal de la tierra [22], que sazona los alimentos de la ciudad y de la salvación, desecan las carnes, alejan la podredumbre de los gusanos y el hedor de los vicios; y como luz del mundo [23], iluminan a muchos para el conocimiento de la verdad y los encienden e inflaman para el fervor de la caridad.

Debo añadir, sin embargo, que esta Orden de tanta perfección y esta amplitud de tan espacioso claustro no parece conveniente para los débiles y los imperfectos, por el peligro de que, *al surcar el mar en las naves y al realizar su tarea en la inmensidad de las aguas* [24], perezcan envueltos en las olas tempestuosas; a no ser que, establecidos en una ciudad, se revistan de la fuerza que proviene de lo alto.

JACOBO DE VITRY
Segundo sermón a los hermanos menores.
FELDER, *Spicilegium franciscanum* V (Roma 1903).

Francisco se impuso voluntariamente muchas cosas a las que no estaba obligado por los mandamientos de la ley de Dios. Sobre la cuadriga de los cuatro evangelios y de las cuatro virtudes cardinales, fue ascendiendo siempre de virtud en virtud. Y tan expresamente siguió al Crucificado, que en su muerte aparecieron, en manos, pies y costado, las huellas de Cristo.

3. *ERNOUL* († c.1230).
Chronica c.37.
GOLUBOVICH, *Biblioteca* t.1 p.8-10.

Ahora os contaré lo de dos clérigos que estaban en el campamento, en Damieta. Acudieron al cardenal [Pelayo Gaitán, legado pontificio] y le manifestaron que querían ir a predicar al sultán, mas que no querían ir sin su permiso. Y el cardenal les contestó que no irían con su permiso ni mandato, pues no quería él permitirles a sabiendas ir a lugar donde les matasen, porque sabía de seguro que, si ellos iban al sultán, jamás regresarían. Le dijeron que, al ir allá ellos, no pecaría el cardenal, ya que no los enviaba, sino sólo se conformaba con que fueran. Mucho le rogaron.

[18] Ct 3,7.
[19] Is 58,1.
[20] Jer 48,10.
[21] Sal 58,7-15.
[22] Mt 5,13.
[23] Mt 5,14.
[24] Sal 106,23.

Viendo el cardenal que tanto anhelaban ir, les dijo: «Señores, no sé cuáles serán vuestro corazón y vuestras miras, ni si son buenas o malas; y, si vais allá, cuidad que vuestro corazón y vuestras miras sean siempre del Señor Dios». Le declararon que no deseaban ir al sultán sino para un gran bien, por si acaso lo podían conquistar. Por lo cual les dijo el cardenal que podían ir, si así lo querían, pero que no era por su permiso.

Entonces, los clérigos salieron del campamento de los cristianos y se encaminaron al campamento de los sarracenos. Cuando los sarracenos que hacían guardia en su campamento les vieron acercarse, pensaron que venían como mensajeros o para renegar. Fueron a su encuentro, los prendieron y los llevaron ante el sultán. Cuando llegaron a la presencia del sultán, lo saludaron. El sultán también los saludó; luego les preguntó si querían hacerse sarracenos o si habían venido como mensajeros. Y contestaron que jamás se harían sarracenos, mas habían venido a él como mensajeros, de parte del Señor Dios, y para encomendar su alma [del sultán] a Dios. «Si no queréis creer —le dijeron—, encomendaremos vuestra alma a Dios, pues os avisamos que, si seguís en la ley que profesáis, estáis perdido y Dios jamás recibirá vuestra alma. Por eso hemos venido a vos. Si queréis oír y escucharnos, os enseñaremos por recta razón, delante de los más probos de vuestros paisanos, si los convocáis, que vuestra ley no es nada».

El sultán les contestó que tenía arzobispos, obispos y clérigos valiosos de su ley, y no podía, sin ellos, oír lo que decían [los hermanos]. Los clérigos le respondieron: «Esto nos alegra mucho. Convocadles, y, si no podemos demostrarles por rectas razones que es verdad lo que os decimos, o sea, que vuestra ley no es nada, con tal que ellos quieran oír y escucharnos, hacednos cortar la cabeza». El sultán mandó llamarlos, y vinieron a él a su tienda. Y acudieron hombres de los más eminentes y sabios de su tierra y se reunieron allí con los dos clérigos.

Cuando todos estuvieron reunidos, el sultán les manifestó el motivo de su convocatoria, el porqué de esta asamblea, lo que los clérigos le habían dicho y la razón de la venida de los mismos. Y le contestaron: «Señor, tu eres espada de la ley, y la has de mantener y salvaguardar. Te mandamos, de parte de Dios y de Mahoma, que nos dio la ley, que les hagas cortar la cabeza, pues no oiremos nada de lo que digan. Y os prohibimos escuchar sus palabras, pues la ley prohíbe que se oiga predicación alguna. Y, si alguien pretende predicar o hablar contra la ley, ésta manda que se le corte la cabeza. Por lo cual te ordenamos, de parte de Dios y de la ley, que les hagas cortar la cabeza, porque así lo manda la ley».

Luego se despidieron, se marcharon y no quisieron oír más. Y el sultán se quedó con los dos clérigos. Entonces les dijo el sultán: «Señores, me dijeron ellos, de parte de Dios y de la ley, que les hiciera cortar la cabeza, puesto que así lo manda la ley. Pero no me conformaré del todo con el mandato; no os haré cortar la cabeza,

porque sería recompensaros muy mal el que os hayáis puesto en peligro de muerte para encomendar, según vuestro parecer, mi alma al Señor Dios». Luego les manifestó el sultán que, si querían quedarse con él, les daría mucha tierra y muchas propiedades. Mas le contestaron que no se quedarían allí, ya que no se les quería oír ni escuchar, sino que regresarían al campamento de los cristianos, si él se lo permitía.

Entonces, el sultán les dijo que con gusto los haría llevar a salvo al campamento. Después les hizo traer gran cantidad de oro y plata y de telas de seda, y les invitó a que se llevasen cuanto quisieran. Pero le contestaron que no tomarían nada, ya que no podían reconciliar el alma del sultán con el Señor Dios, y que más valorarían conquistar su alma para el Señor Dios que todas las riquezas que ofrecía ante sus ojos; les dio de comer y luego se marcharon, puesto que no había nada que hacer. El sultán les hizo servir abundante comida, ellos se despidieron del sultán, y él les hizo llevar a salvo hasta el campamento de los cristianos.

4. *TOMAS,* archidiácono de Spalato.
Historia Salonitanorum.
LEMMENS, *Testimonia minora* p.10.

Este mismo año [el de 1222] residía yo en la casa de estudios de Bolonia, y el día de la Asunción de la Madre de Dios vi a San Francisco cuando predicaba en la plaza, delante del palacio público; habían acudido allí casi todos los habitantes de la ciudad. El exordio del sermón versó sobre «los ángeles, los hombres y los demonios». Y habló tan bien y con tanta discreción sobre estas tres clases de espíritus racionales, que muchas personas cultas que estaban presentes quedaron muy admiradas del sermón que predicaba un hombre iletrado, y que por cierto no se atenía a los recursos de la oratoria, sino que predicaba en forma de exhortación [1]. Todo el contenido de sus palabras iba encaminado a extinguir las enemistades entre los ciudadanos y a restablecer entre ellos los convenios de paz.

Desaliñado en el vestido, su presencia personal era irrelevante, y su rostro nada atrayente. Pero con todo, por la mucha eficacia que, sin duda, otorgó Dios a sus palabras, muchas familias de la nobleza, que desde antiguo se habían tenido entre sí un odio tan feroz que les había llevado muchas veces a mancillarse con el derramamiento de sangre, hicieron entonces las paces. Era tal la reverencia y la devoción hacia el Santo, que hombres y mujeres se le precipitaban en tropel, tratando de tocar, al menos, el borde de su hábito o de arrebatarle algún trocito de su pobre indumentaria.

[1] Cf. 1C 23.36.

5. *ANONIMO*
Passio Sancti Verecundi.
LEMMENS, *Testimonia minora* p.10-11.

Hacia el fin de su vida, el bienaventurado pobrecillo Francisco solía hospedarse frecuentemente en el monasterio de San Verecundo [1], y el devoto abad y los monjes lo acogían de buen grado. Allí es donde hizo el milagro de la cerda que se comió al cordero [2].

Y fue también en las cercanías de este monasterio donde el bienaventurado Francisco reunió en capítulo a sus primeros trescientos hermanos. El abad y los monjes les dieron gustosamente, en cuanto les fue posible, todo lo necesario. Según el testimonio del anciano don Andrés, que estuvo allí presente, tuvieron en abundancia pan de cebada, de trigo candeal, de alcacer y de mijo, agua potable para la bebida y sidra aguada para los más débiles, y también abundancia de habas y de legumbres.

Cuando el bienaventurado Francisco, consumido y debilitado ya por las grandísimas mortificaciones corporales, las vigilias nocturnas, la mucha oración y los ayunos, no podía caminar, y, sobre todo, desde que fue sellado con las llagas del Salvador, no le era posible andar a pie, solía trasladarse a lomos de un borriquito. Y sucedió que una tarde al anochecer, cuando pasaba en compañía de un hermano por el camino de San Verecundo, cabalgando sobre el jumentillo y protegiéndose los hombros y la espalda con un burdo saco, los labriegos que estaban en los campos le llamaron y le dijeron: «Hermano Francisco, quédate aquí con nosotros y no sigas más adelante, que andan por ahí unos lobos feroces que se comerán a tu borriquito y os lastimarán también a vosotros». Y el bienaventurado Francisco les contestó: «Yo no he hecho ningún mal al hermano lobo para que tenga la osadía de comerse a nuestro hermano borriquito. Adiós, pues, hijos, y vivid en el temor de Dios». Y, en efecto, el hermano Francisco recorrió su camino sin sufrir ningún daño. Esto nos lo contó uno de los labriegos que estuvo presente [3].

6. *ANONIMO* (¿Juan de Campania, subdiácono y notario?).
Vitae Pontificum Romanorum.
LEMMENS, *Testimonia minora* p.12.

Por entonces, el bienaventurado Francisco refulgía en la ciudad de Asís, por la esplendidez de sus milagros, como una nueva estrella en el firmamento de la Iglesia. Realizada la comprobación de la autenticidad de estos milagros, tras de una diligente investigación basada en la veracidad de las relaciones de los testigos, el

[1] En la diócesis de Gubbio.
[2] Cf. 2C 111; LM 8,6.
[3] Cf. Flor 21; *Actus* 23.

santísimo papa Gregorio, a ruego de los hermanos, se trasladó a Asís. Y allí el 4 de octubre [1], en el segundo año de su pontificado, rodeado del séquito de venerables cardenales y prelados, revestido de preciosos ornamentos, entre el flamear de cirios y palmas, ante una multitud de pueblo congregada de todas las partes del mundo, desarrolló un elevado sermón con este exordio: *Como brilla la estrella matutina en medio de la niebla y como refulge el sol en el esplendor del día, así ha resplandecido este hombre en la casa del Señor* [2]. Y a continuación, dada lectura a la relación de los milagros y hecha su cuidadosa exposición, el piadosísimo pontífice, con lágrimas en los ojos, decretó la inscripción en el catálogo de los santos del nombre del bienaventurado Francisco, el siervo del Crucificado, el que había llevado sus llagas impresas en el corazón y en el cuerpo. Y tres días después retornó a Perusa.

7. *ESTEBAN DE BORBON* († 1261).

(ed. LECOY DE LA MARCHE, *Anecdotes historiques* [París 1877] p.264);
LEMMENS, *Testimonia minora* p.94.

Tengo oído referir que, entrando el bienaventurado Francisco en una villa de Lombardía —tenía fama de santidad por aquellas tierras—, un hereje, que le suponía hombre simple, quiso valerse de él para confirmar su secta y afirmar a sus seguidores en ella. Viendo que se acercaba un sacerdote, dijo ante los presentes: «Mira, buen hombre: ¿qué dices de este que administra la parroquia de esta villa y vive con una concubina y es autor de muchos crímenes de todos conocidos?» Percatándose el Santo de la malicia del hereje, le dijo: «Este de quien decís tales cosas, ¿es el sacerdote de esta villa?» Al responderle el hereje: «Lo es», el Santo se puso de rodillas en el barro y, besando las manos del sacerdote, dijo: «Estas manos han tocado a mi Señor; sean como fueren, no pueden hacerle a El inmundo ni disminuir su fuerza. En honor del Señor, honra al ministro; puede que para sí sea malo, para mí es bueno». Los herejes quedaron confundidos [1].

[1] Este texto está escrito en 1240. Celano, más próximo a los hechos, señala como fecha el 16 de julio (1C 126).

[2] Eclo 50,6-7.

[1] Cf. Test 6-10.—El mismo Esteban de Borbón nos da otra versión de este hecho. En ella nos dice que el hereje era maniqueo. Reproducimos a continuación las palabras con que San Francisco respondió al hereje: «No sé si sus manos son lo que él dice; pero, aunque así fueran, estoy seguro de que no pueden manchar la virtud y la eficacia de los sacramentos divinos. Más bien, como a través de estas manos descienden muchos beneficios y gracias del Señor al pueblo de Dios, las beso por reverencia de aquellas cosas que ellas administran y de Aquel con cuya autoridad las administran» (LEMMENS, *Testimonia minora* p.93-94).

ESTEBAN DE BORBON
LECOY DE LA MARCHE, *Anecdotes* p.215.
LEMMENS, *Testimonia minora* p.94-95.

Según se lo oí contar a un hermano nuestro sacerdote, en cierta ocasión se hallaban reunidos en un lugar unos prelados de alto rango y se enteraron de que San Francisco predicaba a las aves y a los hombres, a pesar de ser un hombre iletrado, como les constaba. Mandáronlo llamar y le dijeron que querían escuchar cómo predicaba el que se había usurpado el oficio de la predicación, y le fijaron un día determinado para que dirigiese un sermón en su presencia.

Entonces, uno de los obispos de más rango, que era amigo de San Francisco, ante el temor de que el santo varón quedase confundido, lo llamó en secreto a su casa y le proporcionó el texto de un sermón muy bien compuesto y ordenado. Cuando estuvieron ya en el lugar señalado, el santo varón quiso pronunciar este sermón, estudiado y repasado durante mucho tiempo, pero sucedió que se le olvidó por completo y no le venían las palabras. Entonces, Francisco, después de unos momentos de vacilación, puso su confianza en Dios, abrió su salterio y le salieron estas palabras: *Todo el día la confusión ha cubierto mi rostro* [2]. Y, puesto a comentar el texto en su lengua vulgar, habló largamente de la insolencia de los prelados, de sus malos ejemplos, de la confusión que de ahí nacía para toda la Iglesia; de cómo los prelados son el rostro de la Iglesia, en el que debiera relucir toda belleza, según el dicho de San Agustín: «El rostro bello ha de ser de dimensión proporcionada, de ornato decente y de clara coloración»; y de cómo la profusión de los malos ejemplos había mancillado la belleza del rostro de la Iglesia, y que, por cierto, por ser el rostro en el cuerpo la parte más alta, más visible, más bella y más digna, es tanto más indecorosa la mancha que lo afea, etc. Todas estas cosas y otras más les dijo, y con ello les sirvió de saludable confusión y de edificación [3].

8. *HERMANO TOMAS DE TOSCANA*
Gesta Imperatorum et Pontificum.
LEMMENS, *Testimonia minora* p.15.

Yo mismo vi con mis propios ojos cómo el hermano Pacífico —aquel varón de eximia santidad a quien el bienaventurado Francisco solía llamar «piadosa madre»— tenía en su poder una tabla pequeña, una plaquita cortada de la madera de un nogal que había crecido junto al altar de una iglesia en ruinas. Había ocurrido que el hermano Pacífico la había hecho aserrar, y, de

[2] Sal 43,16.
[3] LM 12,7.

pronto, en lo liso del corte apareció la imagen del Crucificado; no en relieve, pero sí en color y como algo natural a la madera. No había intervenido en ello para nada la mano del hombre; sólo la divina sabiduría la había grabado. El hermano Pacífico tenía gran veneración a esta imagen y la llevaba constantemente consigo junto a otras reliquias de santos.

Este es aquel hermano Pacífico que mereció ver, en el cuerpo del bienaventurado Francisco, todavía en vida, los sagrados estigmas, dignos de la admiración del mundo entero. Este mismo Pacífico es el que, valiéndose de un piadoso engaño, aunque con grandísima devoción, pudo palpar con su mano la llaga del costado [1]. En fin, es aquel mismo Pacífico que, cuando aún vivía mundanamente, tuvo la visión de las dos espadas cruzadas que salían de la boca del santísimo Padre cuando predicaba [2]; se convirtió precisamente aterrorizado por este milagro, y desde entonces fue un notable imitador de San Francisco [3].

9. *HERMANO LEON*

Nota manuscrita en el breviario de Santa Clara.
LEMMENS, *Testimonia minora* p.61.

El bienaventurado Francisco adquirió este breviario para sus compañeros los hermanos Angel y León, y quiso servirse de él para decir el oficio divino cuando gozaba de buena salud, como se contiene en la Regla. Y, cuando estaba enfermo y no podía recitar el oficio, quería, al menos, escucharlo. Y así lo vino haciendo mientras vivió [1].

También hizo escribir este evangeliario. Y el día que no podía oír misa, por motivo de enfermedad o por cualquier otro notorio impedimento, se hacía leer el evangelio que aquel mismo día se leía en la iglesia durante la misa. Mantuvo esta práctica hasta su muerte. Pues solía decir: «Cuando no oigo misa, adoro el cuerpo de Cristo con los ojos de la mente en la oración, como lo adoro cuando lo veo en la misa». Y, una vez oído o leído el evangelio, el bienaventurado Francisco besaba siempre el evangelio con grandísima reverencia hacia el Señor.

Por este motivo, nosotros, hermano Angel y hermano León, suplicamos encarecidamente a la señora Benedicta, abadesa de las damas pobres del monasterio de Santa Clara, y a todas las abadesas del mismo monasterio que lo sean en el futuro, que, en recuerdo y veneración del santo Padre, conserven siempre en el monasterio de Santa Clara este libro, en el que tantas veces leyó el mencionado Padre.

[1] Cf. 2C 137-38; LM 13,8.
[2] Cf. 2C 106.
[3] Cf. LM 4,9.
[1] Test 29.

10. *SAN BUENAVENTURA*
Colaciones sobre el Hexaémeron 19,14.
Obras 3 (BAC) p.544-47.

Advierte el caso del bienaventurado Francisco que predicaba al sultán. Le dijo el sultán que disputase con sus sacerdotes. Y le respondió aquél que no podía discutir sobre la fe con sola la razón, porque la fe está sobre la razón; y que no podía hacerlo por la Escritura, porque no la aceptarían; pero pedía que se encendiese fuego y entraran en éste ellos y él.

11. *ANONIMO*
Palabras del hermano Iluminado.
GOLUBOVICH, *Biblioteca* t.1 p.36-37.

Refería el ministro general [San Buenaventura] que el compañero del bienaventurado Francisco [hermano Iluminado], que le acompañó cuando fue al sultán de Babilonia, solía contar lo siguiente: Estando en la corte del sultán, quiso éste poner a prueba la fe y devoción que el bienaventurado Francisco mostraba tener al Señor crucificado de la manera que ahora se indica. Mandó extender ante él una hermosa alfombra casi por completo cubierta de señales de la cruz y dijo a los presentes: «Sea llamado ahora ese que parece un buen cristiano; si, al llegarse a mí, pisa las señales de la cruz de la alfombra, le diremos que ha injuriado a su Señor; si, por el contrario, se niega a pasar, le diré que por qué se resiste a acercarse a mí».

Llamado el varón de Dios, pleno con esa plenitud que le ilustraba tanto en su conducta como en sus respuestas, caminó por encima de la alfombra hasta llegar al sultán. Creyendo el sultán que en esto había motivo para reconvenir al siervo de Dios como si con su gesto hubiera ofendido a Cristo el Señor, le dijo: «Vosotros los cristianos adoráis la cruz como signo singular de vuestro Dios; ¿por qué entonces no has temido pisar los signos de la cruz?» Respondió el bienaventurado Francisco: «Debéis saber que con nuestro Señor fueron crucificados también dos ladrones; nosotros reconocemos la verdadera cruz de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y la adoramos y abrazamos con toda devoción; a nosotros nos ha sido dada la cruz del Señor y a vosotros se os han dejado las cruces de los ladrones; por eso no he tenido inconveniente en pisar sobre los signos de los ladrones. La santa cruz en nada os pertenece».

El mismo sultán le planteó otra cuestión: «Vuestro Señor os enseñó en sus evangelios que no debéis pagar mal con mal, ni defender el manto, etc.; ¿con cuánta mayor razón deben abstenerse los cristianos de invadir nuestras tierras?», etc. A lo que respondió el bienaventurado Francisco: «No parece que hayáis leído todo el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo; en otro lugar

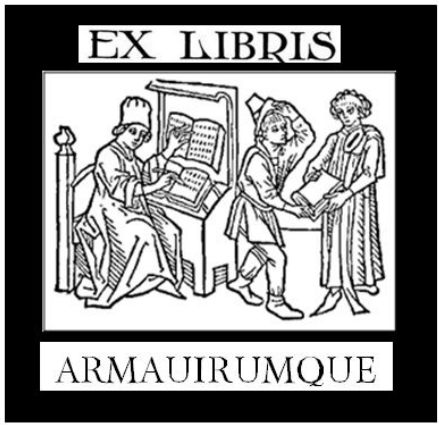
dice: *Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo*, etc.[1]; con lo que quiso enseñarnos que no hay prójimo tan querido de nosotros y tan allegado, aunque fuera tan querido como el ojo de la cara, que no debamos separarlo, echarlo, arrancarlo del todo, si pretende apartarnos de la fe y el amor de nuestro Señor. Es por eso que los cristianos justamente os invaden a vosotros e invaden las tierras que ocupáis, porque blasfemáis el nombre de Cristo y apartáis a cuantos podéis de su culto. Si quisierais reconocer al Creador y Redentor, confesarle y darle culto, os amarían como a sí mismos».

Se admiraron los presentes de las respuestas.

[1] Mt 5,29.

APENDICES

Cronología de la vida de San Francisco.
Mapas franciscanos.
Tablas de concordancias.
Indices:
- —de citas bíblicas en los Escritos de San Francisco.
- —de materias de los Escritos de San Francisco.
- —de materias de las biografías.
- —de nombres de personas.
- —de nombres de lugares.



CRONOLOGIA DE LA VIDA DE SAN FRANCISCO

1181	Nacimiento de Francisco en Asís.
1193-94	Nacimiento de Clara.
1199-1200	Se desata la guerra entre pueblo-burguesía y nobles en Asís.
1202	Guerra entre Perusa y Asís y derrota de los asisienses.
1202-1203	Francisco, prisionero en Perusa.
1204	Enfermedad de Francisco.
1204-1205	Francisco intenta marchar a la Pulla, pero le detiene la visión de Espoleto.
1205	Encuentro de Francisco con el leproso. Le habla el crucifijo de San Damián.
1206	Reclamado por su padre, renuncia a todo ante el obispo de Asís.
1206-1208	Reparación de las iglesias de San Damián, San Pedro y la la Porciúncula.
1208	Francisco escucha el evangelio de misión y lo toma por programa de su vida. Primeros compañeros (abril). Se le suman nuevos compañeros (verano).
1209-10	Viaje a Roma y aprobación oral de la Regla por Inocencio III. De retorno, se establecen en Rivo Torto, y se fijan luego en la Porciúncula.
1211	Francisco se embarca para Siria; pero, imposibilitado, regresa a Italia.
1212	Francisco recibe a Clara en la Porciúncula (18/19-3).
1213	El conde Orlando de Chiusi ofrece a Francisco el monte Alverna.
1213-14	Viaje de Francisco a España con intención de ir a Marruecos; una enfermedad le obliga a regresar a la Porciúncula.
1215	Viaje de Francisco a Roma durante el concilio IV de Letrán (noviembre).
1216	Muerte de Inocencio III; elección de Honorio III en Perusa; en esta ocasión, Jacobo de Vitry conoce el movimiento franciscano.
1217	Capítulo general en la Porciúncula: se inician las misiones transalpinas y ultramarinas. Francisco, que quería ir a Francia, es detenido por el cardenal Hugolino en Florencia.
1218	Honorio III, con la bula *Cum dilecti,* garantiza la catolicidad de los hermanos menores.
1219	Capítulo de Pentecostés: nuevas expediciones misioneras (26-5). Francisco marcha a Damieta (24-6). Es testigo de la derrota de los cristianos. A fines de año es recibido por el sultán Melek-el-Kámel.
1220	Primeros mártires fanciscanos en Marruecos (enero). Francisco regresa a Italia; se procura y obtiene el cardenal protector; renuncia al gobierno de la Orden y es nombrado vicario general Pedro Cattani.
1221	Muere Pedro Cattani (10-3); en el capítulo de Pentecostés (30-5) es elegido como sucesor el hermano Elías. Se aprueba una nueva redacción de la Regla.

Honorio III aprueba el primer *Memorial* de los penitentes laicos, que se considera la primera Regla de la Tercera Orden, fundada por Francisco.

1221-22 Francisco predica en la Italia central y meridional.
El 15-8-1222 predica en Bolonia.

1223 A comienzos de año, Francisco redacta en Fonte Colombo una nueva Regla, presentada al capítulo de Pentecostés (11-6) y aprobada por Honorio III con la bula *Solet annuere* (29-11).
Noche de Navidad en Greccio.

1224 En la cuaresma de San Miguel (15-8/29-9) recibe la estigmatización.
En octubre-noviembre retorna a la Porciúncula.

1225 Permanencia en San Damián. Composición del cántico de las creaturas.
Parte para el valle de Rieti para someterse al tratamiento de los ojos. En Fonte Colombo se le hace la cauterización.

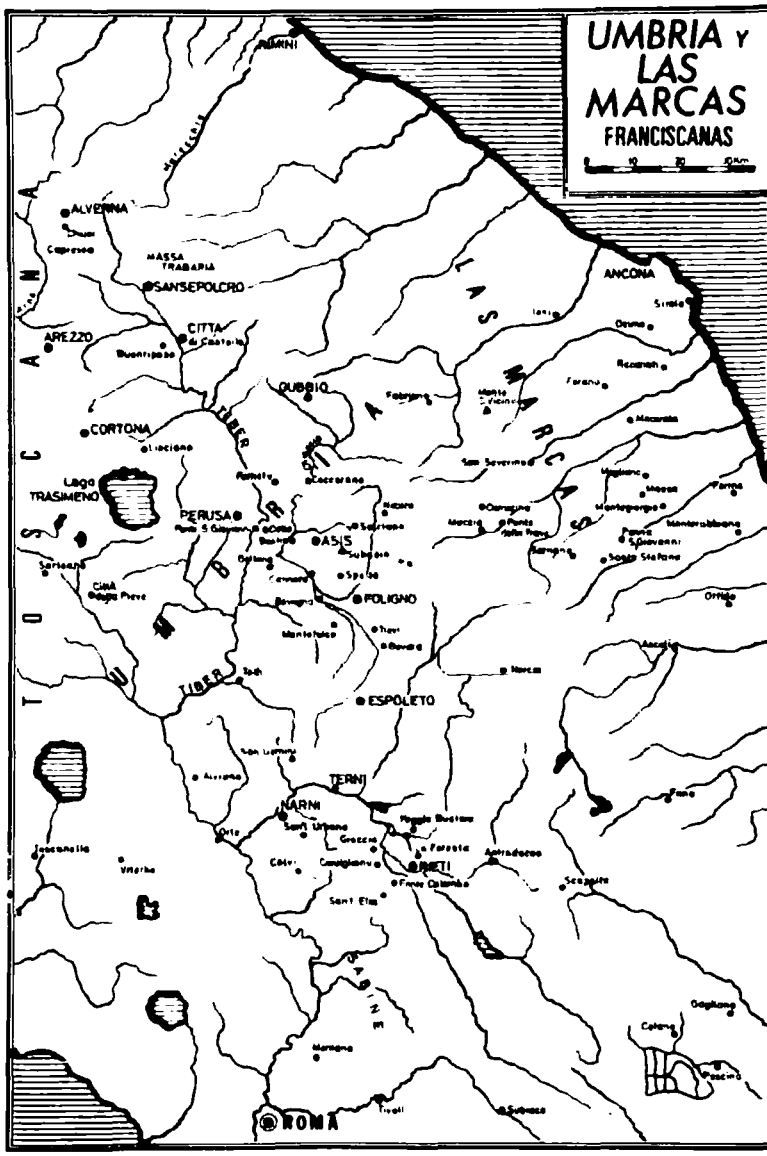
1226 Marcha a Siena para ulteriores curas de los ojos. Dicta el testamento llamado «de Siena».
Sintiendo la proximidad de la muerte, se hace trasladar a la Porciúncula.
El 3 de octubre, sábado, muere Francisco.
El 4 de octubre es sepultado en la iglesia de San Jorge.

1228 El 16 de julio, Gregorio IX canoniza a Francisco.

1228-29 Tomás de Celano compone la primera biografía de Francisco.

1230 El cuerpo de Francisco es trasladado a la basílica construida en su honor.

MAPAS FRANCISCANOS


UMBRIA Y LAS MARCAS
FRANCISCANAS
0 10 20 30 Km
RIMINI
ALVERNA
MASSA TRABARIA
SANSEPOLCRO
CITTA di Castello
AREZZO
CORTONA
Lago TRASIMENO
PERUSA
GUBBIO
ASIS
FOLIGNO
ESPOLETO
TERNI
NARNI
RIETI
ANCONA
TIBER
TOSCANA
UMBRIA
LAS MARCAS
SABINE
ROMA

TABLAS DE CONCORDANCIAS

La identidad del personaje de varias biografías obliga a que los biógralos se repitan. Este hecho se agudiza cuando entre esas biografías existe mutua dependencia. Con el fin de que el lector pueda confrontar los textos paralelos de los diversos libros y advertir las diferencias que los distinguen, ofrecemos a continuación las siguientes tablas de concordancias.

Presentamos siete tablas: las correspondientes a las *Vidas primera* y *segunda*, de Celano; la *Leyenda mayor*, de San Buenaventura; la *Leyenda de los tres compañeros*, el *Anónimo perusino*, la *Leyenda de Perusa* y el *Espejo de perfección*.

En cada una de las tablas:

— La *segunda columna* es la principal. En su encabezamiento se indica la biografía a que se refiere la tabla. Los breves textos que se suceden en la columna resumen las diversas ideas o datos del autor que nosotros destacamos.

— La *primera columna* indica el número en que, según la numeración propia de cada obra (en el texto se expresa con números marginales), figura la idea o dato indicados en la columna segunda.

— Cada una de las *tres columnas siguientes* (3.ª, 4.ª y 5.ª) recoge los lugares paralelos de cada una de las tres biografías que mayor parentesco presentan con la biografía principal reseñada en la columna segunda.

— La *columna sexta*, encabezada con la palabra *Otros*, indica los lugares de biografías, distintas a las señaladas en las columnas anteriores.

Dada la afinidad existente entre la *Leyenda de los tres compañeros* y el *Anónimo perusino*, por una parte, y entre la *Leyenda de Perusa* y el *Espejo de perfección*, por otra, y con el objeto de no aumentar excesivamente el número de columnas, no señalamos los lugares paralelos del *Anónimo perusino* y del *Espejo de perfección* sino cuando presentamos las tablas de la *Leyenda de los tres compañeros* y de la *Leyenda de Perusa* respectivamente. Quien quiera encontrar la correspondencia de un lugar de las demás biografías en el *Anónimo perusino* o en el *Espejo de perfección*, la tendrá que buscar exclusivamente a través de la tabla de los *Tres compañeros*, en el primer caso, y a través de la tabla de la *Leyenda de Perusa*, en el segundo.

Los números de referencia que aparecen en las tablas van muchas veces acompañados de un letra. Esta indica el párrafo del número. Puesto que la *Leyenda de Perusa* y el *Espejo de perfección*, en razón de la extensión de ciertos números, ofrece, en ocasiones, una dificultad particular para localizar el párrafo que interesa, en los casos en que esta localización pueda ser más difícil, se han colocado en la margen derecha del texto unas letras orientadoras de párrafos.

En cuanto a la *Leyenda menor*, de San Buenaventura, se señalan sólo las relaciones que ésta presenta con la *Leyenda mayor*. Tampoco ofrecemos tabla de concordancias del *Tratado de los milagros*, de Celano, ni de las *Florecillas* y el *Sacrum commercium;* de estas dos obras últimas se dará, a continuación de las tablas, los índices de capítulos y de apartados respectivamente.

Para la confección de las tablas que a continuación servimos nos hemos valido de la obra francesa *Saint François d'Assise. Documents*, de nuestros hermanos Teófilo Desbonnets y Damián Vorreux. Hemos añadido por nuestra cuenta la tabla correspondiente al *Anónimo perusino* y nos hemos visto obligados a alterar completamente la numeración de la *Leyenda de Perusa*, y, en consecuencia, todas las referencias a ésta en las tablas de las restantes biografías.

N	1 CELANO	2C	LM	TC	Otros
	Prólogo.				
1a	Nacimiento en Asís.		1,1		
1b	Educación recibida.		1,1		
2	Sus cualidades.		1,1	2c	
3	Enfermedad y convalecencia.		1,2		
4a	Conversión parcial.			8a	
4b	Proyectos militares.			5a	
5	La visión de las armas.	6a	1,3	5b	
6a	Francisco oculta el secreto de su evolución.		1,4		
6b	El confidente.			12a	
6c	La oración en la cueva.			12c	
7a	Renuncia para partir para la Pulla.			13a	
7b	«¿Piensas casarte?»			13b	
8	Paños vendidos en Foligno.		2,1	16a	
9	Permanencia en San Damián.	10	2,1	16b	
10	Se esconde para escapar de su padre...		2,2	16d	
11	... vuelve a Asís...		2,2	17b	
12	... su padre le encierra...		2,2	17d	
13	... su madre lo suelta...		2,3	18b	
14	... su padre lo cita ante el obispo...		2,4	19a	
15	Se despoja de todo ante el obispo..	12b	2,4	20a	
16a	«Soy el pregonero del gran Rey».		2,5		
16b	Criado en un monasterio.		2,6		
17a	Servicio a los leprosos.	9d	2,6	11d	
17b	Besa a un leproso.	9c	1,5	11b	
17c	Un pobre no atendido.		1,1	3d	
17c	No negar nunca la limosna pedida por amor de Dios.	5a	1,1	3e	
18a	Reparación de San Damian.	11c	2,7		
18b	... en que tuvo lugar la fundación de la Orden de las Damas Pobres.	13b		24b	
19-20	Elogio de las damas pobres.				
21a	Reparación de San Pedro.		2,7		
21b	Llegada a la Porciúncula.		2,8		
21c	Viste un hábito de ermitaño.			25a	
22	El evangelio de misión.		3,1	25a	
23a	Su palabra ardiente.		3,2	25b	
23a	Primera predicación en San Jorge				

N.	1 CELANO	2C	LM	TC	Otros
23b	«El Señor os dé la paz».		3,2	26a	LP 101f
24	Vocación de Bernardo de Quintavalle.	15	3,3	27	Flor 2
25	Vocación del hermano Gil y de otros tres.		3,4	35a	
26	«¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador!»		3,6		
27	Multitud de gente que viene a agregarse.		3,6	36	
28	Anuncio de lo que sucederá en la Orden en el futuro.			33b	
29	Nuevo crecimiento y envío a misionar.		3,7	37	Flor 13
30	Regreso de los hijos dispersos.		3,7	41	
31	Cuatro nuevos miembros.		3,7		
32a	Primera Regla.		3,8		
32b	Visita a Roma.		3,8	46	
32b	Encuentro con el obispo de Asís.			47	
32c	El cardenal Juan de San Pablo...		3,9	47	
33a	... presenta objeciones y se presta como intermediario.			48	
33b	Aprobación pontificia.		3,9	49a	
33c	Visión del árbol doblegado.		3,8	53	
34a	Visita al sepulcro de los apóstoles.			52	
34a	Se dirigen hacia el valle de Espoleto.		4,1		
34a	Aparición de un hombre que les da un pan.		4,1		
34b	Se detienen cerca de Orte.				
35	¿Vivir entre los hombres o retirarse a la soledad?		4,2		
36a	Predicación por villas y aldeas.		4,5	54a	
36a	... de lo que él había comenzado a practicar.		12,8	54a	
37a	Floración de la «viña» de Cristo.		4,5		
37b	Afluencia de nuevas vocaciones.		4,7	54a	
38a	«Que esta fraternidad se llame Orden de los Hermanos Menores».		6,5		LP 101c
38b	Sus virtudes: humildad.			41	
38c	Sus virtudes: caridad.				
39b	Sus virtudes: obediencia.				
39c	Sus virtudes: pobreza.		4,7		
39d	Sus virtudes: paciencia.			a	
39e	Sus virtudes: trabajo.				
40a	Sus virtudes: paciencia.		4,7		
40b	Sus virtudes: oración.				
40c	Sus virtudes: mortificación.			45	
41	Sus virtudes: paz.				

42a	*Rivo Torto.*		4,3	55a		
42b	*Una hoya llena de hielo.*		5,3			
43	El emperador Otón atraviesa la región.					
44	Echados por un labriego.			55b		
45	«Te adoramos, Cristo, en todas las iglesias».		4,3	37a	3C 3c	
46	Respeto para con su confesor.					
47	El carro de fuego.		4,4			
48a	La penetración de las conciencias.		10,10			
48a	El capítulo de Arlés.		4,10		3 C 3b	
49-50	El hermano Ricerio, liberado de una tentación.	44b	11,9		Flor 27	
51	Su frugalidad en la comida.		5,1	15a		
52a	Cómo dormía.		5,1			
52b	«Mirad a este glotón...»		6,2		LP 80	
53	«Te mando me injuries sin compasión...»		6,1		Flor 3	
54	Cómo confesaba sus propias faltas.		6,2			
55	Viaje frustrado a Siria y multiplicación de los víveres.		9,5		3C 33	
56	Viaje a Marruecos.		9,6			
57a	Regreso a la Porciúncula y partida para Siria.					
57b	Predicación ante el sultán.		9,8		Flor 24	
58	Predicación a los pájaros en Bevagna.		12,3		3C 20	
59	Silencio impuesto a las golondrinas en Alviano.		12,4		3C 21	
60a	Una liebrecilla, familiarizada con Francisco en Greccio.		8,8		3C 29	
60b	Un conejo en el lago de Perusa.				3C 30	
61a	Diálogo con un pez en el lago de Rieti.		8,8		3C 24	
61c	Agua convertida en vino en San Urbano.		5,10		3C 17	
62	Predicación en Ascoli.					
63a	Pan bendito para la curación de enfermedades.				3C 19	
63b	Parto feliz de una mujer en Arezzo.		12,11		3C 108	
64	Curaciones realizadas con su cordón.		12,11		3C 19	
65	Curación de un niño cojo en Toscanella.		12,9		3C 175	
66	Curación de un paralítico en Narni.		12,9		3C 176	
67a	Curación de un ciego en Narni.		12,10		3C 121	
67a	Curación de una mujer de manos paralizadas en Gubbio.		12,10		3C 177	
68	Curación de un hermano epiléptico.		12,11		3C 195	
69a	Exorcismo en San Gemini.		12,10		3C 155	
70a	Exorcismo en Città di Castello.		12,10		3C 156	
70b	La santidad no consiste en los milagros, pero éstos la muestran.		12,12	1		
71	Amor a la soledad.		10,3			

N.	1 CELANO	2C	LM	TC	Otros
72	Tentaciones diabólicas.		10,3		
73	Un sermón ante el papa y los cardenales.	25	12,7		
74a	El cardenal Hugolino, protector de la Orden.			64	
74b	... encuentro en Florencia...			61	
75	...disuade a Francisco de marchar a Francia.			61	LP 108 1
76a-b	Compasión y envidia por los pobres.	83	7,6 8,5		
76c	Un hermano que había menospreciado a un pobre.	85	8,5		LP 114
77	Compasión por los corderos.		8,6		
78	Una oveja comprada y confiada a las religiosas de San Severino.				
79	Otra historia sobre corderos.				
80a	Amor a todas las criaturas y alabanza al Creador.	165	8,6		
80b	Los gusanos... las abejas...				
81	... las flores... toda la naturaleza.				
82	Respeto a los escritos.		10,6		
83	Retrato físico y moral.				
84	Proyecto de celebrar la Navidad en Greccio.		10,7		
85	Noche de Navidad en Greccio.		10,7		
86	Francisco canta el evangelio y predica.		10,7		
87	Curaciones obtenidas por medio de la paja del pesebre.		10,7		3C 17
88a	Prólogo de la segunda parte.				
88b	Fecha de la muerte de Francisco.			68a	
89-90	Sentido de la vida de Francisco.				
91a	Parte para el Alverna.		13,1		
91c	La cima de su filosofía.		12,2		
92	Consulta del libro de los evangelios...				
93	... respuesta.		13,2		
94a	Llega al Alverna.		13,1		
94b	Aparición del serafín.		13,3	69	3C 4
95a	Descripción de las llagas.	217a	13,3	70	3C 4
95b	... que las vieron pocos durante su vida.				3C 4
96	Reserva respecto de sus secretos.				
97	Aumento de enfermedades...		14,2		
98a	... que no detuvieron su trabajo apostólico.		14,1		
98b	El hermano Elías le obliga a consultar a un médico.				
99	Recibido por el cardenal Hugolino, permanece en Rieti.				

100a	Un cardenal protector.	25		64		
100b	Francisco había predicho al cardenal Hugolino que llegaría a ser papa.			67	Flor 18	
101	El cardenal Hugolino tenía un gran afecto a Francisco.					
102	Virtudes de cuatro compañeros que le cuidaron.					
103	«Comencemos, hermanos, a servir al Señor».		14,1			
104	Cualidades de los superiores.					
105	Regresa de Siena a Asís.					
106	«¡Nunca abandonéis la Porciúncula!»				EP 83	
107	Empeora la enfermedad.					
108	Bendición del hermano Elías.					
109a	Visión del hermano Elías en Foligno.					
109b	Bendición a todos los hermanos.					
110a	«Seis días antes de la Pascua...»					
110b	Muerte de Francisco.		14,6			
110b	Visión de un hermano.	217bis	14,6	68b		
111	Plegaria del autor.					
112	Duelo de los hermanos.		15,3			
113	Su alegría a la vista de las llagas.		15,3	70	3C 5	
114	Significado de las alas del serafín.					
115	Francisco, perfecto imitador de Cristo.					
116	Conducción del cuerpo a San Damián.		15,5	13d		
117	Duelo de las damas pobres.			13e		
118	Inhumación en San Jorge.		15,5			
119	Francisco, muerto, reina sobre el universo...		15,6			
120a	... por todas partes realiza milagros...		15,6			
121	Su fama llega a oídos del papa...		15,6			
122	... a quien la guerra ha echado de Roma...					
123	... y que viene a Asís a abrir un solemne informe.					
124	Se fija la fecha de la canonización.					
125	Sermón del papa.					
126	Canonización.		15,8	71		
	Milagros					
127	Una joven con el cuello encorvado.				3C 160	
128	Un pie contrahecho en Narni.				3C 161	
129	Nicolás de Foligno lisiado.				3C 162	
130	Un niño contrahecho.				3C 163	
131	Un lisiado en Fano.				3C 164	
132	Una joven paralítica de manos en Gubbio.				3C 165	

N.	1 CELANO	2C	LM	TC	Otros
133	Un niño paralítico en Montenegro.				3C 166
134a	Una paralítica en Coccorano.				
134b	Un joven tullido en Gubbio.				3C 167
135	Bartolomé de Narni, tullido.				3C 173
136a	Sibilia, ciega.				3C 130
136b	Un ciego de Spello.				3C 134
136c	Una ciega de Camerino.				3C 136
136d	Una ciega de Gubbio.				3C 137
136e	Un ciego de Asís.				3C 138
136f	Albertino de Narni, ciego.				3C 139
137	Pedro de Foligno, poseído del demonio.				3C 150
138a	Una mujer de Narni, endemoniada.				3C 151
138b	Otros muchos atormentados por el demonio.				
139	En Todi, un niño moribundo.				3C 67
140a	Caída grave de un joven.				3C 68
140b	Mancino, incurable.				
140c	En Arezzo, un niño con calenturas malignas.				3C 69
140d	Un moribundo.				
141a	Una paralítica.				3C 78
141b	Una mujer con la mano paralizada.				3C 80
141c	Un joven hidrópico en Narni.				3C 79
141d	Un hidrópico en Fano.				3C 70
141e	Un artrítico en Todi.				3C 76
142a	Un paralítico en Gubbio.				3C 71
142b	Bontadoso, que padece de gota.				3C 77
143	Un hombre herido por una flecha.				3C 197
144	Un herniado en Spello.				3C 113
145	Un hermano curado de una fístula.				3C 196
146a	En San Severino, el joven Atto, leproso.				3C 146
146b	Buenhombre, de Fano, paralítico y leproso.				3C 147
147-148	Un joven sordomudo en Castro de Pieve.				3C 125
149a	El niño Villa, paralítico y mudo.				3C 140
149b	Un mudo de la diócesis de Perusa.				3C 141
150a	Una mujer con la garganta obstruida con una piedrecilla.				3C 142
150b	Un sordo de Greccio.				
151	Epílogo.				

N.	2 CELANO	LM	TC	LP	Otros
1-2	Prólogo.				
3a	Primeramente llamado Juan.		2a		
3b	Profecía de su madre.		2b		
3c	Opiniones acerca de él.		2b		
4	Prisionero en Perusa.		4		
5a	Propósitos caritativos.	1,1	3e		1C 17c
5b	Viste a un caballero pobre.	1,2	6b		
6a	La visión de las armas.	1,3	5b		1C 5
6b	«¿Quién puede favorecerte más?»	1,3	6b		
7	El rey de la juventud.		7a		
8a	El bienhechor de los pobres.		8b		
8b	Peregrinación a Roma.	1,6	10a		
8c	Bienhechor de sacerdotes indigentes.		8b		
9a	Busca la soledad.	1,4			
9b	La mujer gibosa.		12b		
9b	«Lo que has amado carnalmente...»		11a		
9c	El beso al leproso.	1,5	11b		1C 17b
9d	Servicio a los leprosos.	1,6	11d		1C 17a
10	El crucifijo de San Damián.	2,1	13c		3C 2
11a	La contemplación de la pasión de Cristo, origen de las llagas.	1,5	14a	78	3C 3e
11b	«Debería llorar la pasión de mi Señor...»		14c	78	
11c	Lámpara y aceite para el crucifijo.		13d		
11c	Reparación de San Damián.	2,7	24a		1C 18a
12a	«... tú bendecirás...»		23b		
12b	Se despoja de todo ante el obispo.	2,4	20a		1C 15
12c	«... un sueldo de sudor...»		23d		
13a	Reforma de sus costumbres.				
13b	Pide limosna entre sus antiguos compañeros.	2,7	24a		
13b	Predice la existencia de las damas pobres en aquel lugar.		24c		1C 18
14	«No encontrarás un sacerdote como ése».		22		
15	Vocación de Bernardo de Quintavalle.	3,3	27		1C 24
16a	«Pide a Cristo que nos manifieste su voluntad...»	3,9	49b		
16b	Parábola de la mujer en el desierto.	3,10	50		
17a	Explicación de la parábola.	3,10	50		
17b	Visión de Letrán.	3,16	51b		
17b	Aprobación de la Regla.		51c		

N.	2 CELANO	LM	TC	LP	Otros
18	La Porciúncula.	2,8	56a	56a	1C 106
19	La vida que se hacía.			56g	
20	Una visión que se relaciona con la Porciúncula.	2,8	56b		
21	Rigor en la disciplina.			50d	
22	«Me muero de hambre».	5,7		50a	
23	Su conocimiento acerca del futuro de la Orden.				1C 74
24a	La gallina negra.		63b		
24b	La Orden, confiada a la protección de la Iglesia.		63c		
25	Un cardenal protector.		64		1C 100
26	Prólogo a la segunda parte.				
27	Su espíritu de profecía.	11,3	33,36		1C 27-28
28	Un hermano tenido por santo.	11,10		116	
29	Otro hermano tenido por santo.				
30	Predicción del desastre de Damieta.	11,3			
31	El hermano Leonardo murmura.	11,8		72	
32	Un hermano abandona la vida común...				
33	... y vuelve a ella.				
34	Un hermano rehúsa la autoridad del vicario.	11,11			Flor 23
35-36	Los lobos de Greccio.	8,11		74 1	
37	Predicción de la guerra civil en Perusa.			75	
38	Predice la conversión de un marido.	11,6		69	
39	Un hermano que había escandalizado a otro más joven.	11,13			Flor 31
40	Un postulante dirigido por móviles humanos.			70	
41	El canónigo Gedeón.	11,5		95	
42	Tentación curada por los trocitos de uñas de San Francisco.				
43	Paño para seis túnicas.				3C 35
44	Comida ofrecida al médico de Rieti.	7,11		68	
44b	El hermano Ricerio, liberado de una tentación.	11,9			1C 49
45	Francisco sale de su celda para bendecir a dos hermanos.	11,12		73	
46	El agua que brota de una peña.	7,12			3C 15
47	Alimenta a dos pardillos.				
48	Vaticinios acerca del hermano Bernardo.			12e	
49	Bendición al hermano León.	11,9			3C 3d
50	Francisco da su túnica al hermano León.				
51a	Perejil recogido de noche.				
51b	Exhortación a la obediencia.				

52	Anuncia el hambre que sobrevendría después de su muerte.				Flor 26	
54	Su clarividencia, nuestra ignorancia.					
55	Multiplicación de víveres en una travesía.	7,13				
55a	Elogio de la pobreza.	7,1				
56a	La pobreza de la casa.			23a		
56b	«Las zorras tienen sus madrigueras...»	7,2		57d		
57	Manda derribar una casa cerca de la Porciúncula.	7,2		56II		
58	Manda desalojar la casa de Bolonia.					
59a	El código del peregrino.	7,2		23b		
59b	Una celda que dicen ser suya.			57a		
60	Pobreza en los utensilios.					
61	La comida de Pascua en Greccio.	7,9		74a		
62a	Pobreza en libros.			25		
62b	La observancia del Santo Evangelio.			102		
63a	Pobreza en libros.			26		
63b	Visita del obispo de Ostia a la Porciúncula.			74h		
64	Una almohada de plumas.	5,2		119		
65	Del dinero colocado sobre estiércol de asno.		35	27		
66	Castigo de un hermano que recoge dinero.					
67	Preferible despojar el altar de la Virgen.	7,4				
68	Dinero transformado en serpiente.	7,5				
69	Pobreza en los vestidos.			28-30		
70	Los que se apartan de la pobreza padecerán necesidad.					
71	Elogio de la mendicidad.	7,8				
72a	Francisco da ejemplo de mendicidad.	7,7		96g		
72b	No quería abandonar la herencia de la pobreza.	7,7				
73	Una comida en casa del obispo de Ostia.	7,7		97a		
74	Exhortación a pedir limosna.			51		
75a	Recomendación de la mendicidad.			97e		
75b	Hermano «mosca».	5,6		97f		
76	Francisco besa el hombro de un limosnero.			98		
77	Exhorta a unos caballeros a mendigar.	7,10		96		
78-79	Un trozo de capón convertido en pescado.					
80	Condiciones para ser admitidos a la Orden.	7,3				
81	El hermano «mosca» da sus bienes a sus parientes.	7,3		62		
82	Visión relativa a la pobreza.					
83	Compasión y envidia de los pobres.	7,6 8,5			1C 76ab	

N.	2 CELANO	LM	TC	LP	Otros
84	Encuentra otro más pobre que él.	7,6		113	
85	Un hermano que había despreciado a un pobre.	8,5		114	1C 76c
86	Entrega su manto a una anciana (Celano).			31	
87	Entrega su manto a un pobre (Siena).	8,5		32	
88	Entrega su manto a un pobre (Cortona).			33	
89	Entrega su manto a un pobre (Colle).			34	
90	Entrega de un trozo de su túnica.				2C 196
91	Entrega un Nuevo Testamento.			93	
92	Entrega su manto a una anciana (Rieti).			89	
93	Aparición de tres mujeres.	7,6			
94a	Su fervor.	10,1			
94d	Su comportamiento cuando le visitaba el Espíritu.	10,4			
95a	Coloquio con el amigo.	10,4			
95c	Su fidelidad en acudir a las visitas del Espíritu.	10,2			
96	Devoción en la recitación del oficio.	10,6		120a	
97	Un vaso que le había distraído.	10,6			
98	Un éxtasis en Borgo San Sepolcro.	10,2			
99a	Comportamiento después de la oración.	10,4			
99b	Confiar a Dios el tesoro de las consolaciones espirituales.	10,4			
100	El obispo de Asís, privado de palabra.	10,5		54	
101	Ruega por un abad.	10,5		76	
102	Su ciencia y su memoria.	11,1			
103	Explicación de un texto de Ezequiel.	11,2		35-36	
104	Respuestas dadas a un cardenal.				
105	Un hermano le invita a que se haga leer las Escrituras.			79	
106	Visión de las espadas y vocación del hermano Pacífico.	4,9			3C 3
107	Testimonio de un médico sobre la eficacia de sus palabras.				
108	Los demonios de Arezzo.	6,9		108i	
109a	Vocación del hermano Silvestre.	3,5	30		
109b	Visión de la cruz de oro.		31b		
110	Un hermano liberado del demonio.				
111	La cerda feroz.	8,6			
112	Evitar la familiaridad con las mujeres.	5,5			
113a	Parábola de los dos mensajeros.				EP 86
113b	El diablo quiere impedir la devoción interior.	5,5		120c	
114a	Temor de fijar la mirada en una esposa de Cristo.			37	

114b	No hablar a las mujeres sino en confesión.	5,5		
115	«La montaña es tu tentación...»		63	
116	Una tentación de lujuria.	5,4		
117	Siete bolas de nieve.	5,4		
118	Ventajas de la tentación.			
119-120	Ataques de los demonios en el palacio de un cardenal.	6,10	117	
121	Un hermano que deseaba hacerse «palatino».			
122	Tentación en San Pedro de Bovara.	10,3	65a	
123	El trono de Lucifer.	6,6	65e	
124	Un hermano escrupuloso, librado de una tentación.		55	
125	Elogio de la alegría y daños de la tristeza.		120f	
126	La cítara angélica.	5,11	66	
127	El violín improvisado con un palo.		38	
128	Reprensión a un hermano triste.		120g	
129	Dar lo necesario al hermano «asno».	5,6	120d	
130	Una piel de zorra.		81d	
131	Alimentos condimentados con grasa comidos en cuaresma.		81a	
132	Una tentación de vanagloria con ocasión de una limosna.		82	
133	«Todavía puedo tener hijos e hijas».	6,3	10c	
134	Contra la vanagloria.	6,3		
135	Cuidado en ocultar las llagas.	13.5		
136	Manchas de sangre en su túnica.			
137	Estratagema de un hermano para ver las llagas.			
138	Modo de que se sirvió otro para verlas.	13,8		
139	La virtud debe quedar oculta.			
140a	Humildad de San Francisco.	6,1		
140d	Posponía el juicio propio.	7,2		
141	Humilde respuesta al obispo de Terni.		10a	
142	«Sé tan bueno como se dice de ti».			
143	Renuncia al generalato.		(11a (39	
144	Se desprende de sus compañeros particulares.		40	
145a	Peligros en las prelacías.			
145b	«No te queremos por nuestro superior».	6,5	109	
146	Sujeción a los clérigos.		19	
147	Respeto mostrado al obispo de Imola.	6,8		
148	Francisco y Domingo no quieren prelacías para sus hermanos.	6,5	49	
149	Apostrofe del autor contra los que no son fieles a esta humildad.			

N.	2 CELANO	LM	TC	LP	Otros
150	Amistad entre Francisco y Domingo.				EP 43f
151	«Un novicio de una hora que se me diera por guardián...»	6,4		11b	
152	«Como un cadáver...»	6,4			EP 48
153	No mandar sino raramente por obediencia.			1	
154	El capucho de un hermano arrojado al fuego.	6,11			
155a	Su alegría por el buen nombre de sus hermanos.	8,3			
155b	Cómo se reconciliaban los hermanos.		47a	41	
156	«Sean malditos los que destruyen...»	8,3			
157	Días llegarán en que la Orden tenga mala fama...			2	
158	... pero la Orden jamás perecerá.	8,3		112a	
159	Condiciones para ser servidor de Dios.			3	
160	Penitencias previstas para los charlatanes.	5,6		107	
161	Contra la ociosidad.	5,6		48	
162	Quejas contra los perezosos y golosos.				
163a	Cualidades del predicador.				
163b	«Debemos honrar a los teólogos...»			103a	
164a	Las almas convertidas por las oraciones de sencillos hermanos.	8,2		103c	
164b	Parábola de la mujer estéril.	8,2		103d	3C 1
164c	Contra los predicadores estilistas.	8,2			
		9,1		88	1C 80a
165	Amor a las criaturas.	8,6			
166	La cauterización que no sintió.	5,9		86f	3C 14
167	El ave acuática.	8,8			3C 23
168	El halcón del Alverna.	8,10			3C 25
169	Las abejas hacen la miel en su taza.				3C 28
170	El faisán.	8,10			3C 26
171	La cigarra.	8,9		110	3C 27
172	Su caridad para con las almas.	9,4			
173	Un modelo para la Orden.	9,4		106b	
174	Solicitud para con sus hijos.				
175	Compasión con los enfermos.			45	
176	Un enfermo que quería uvas.			53	
177	Compasión con las almas afligidas.				
178	Los hermanos españoles.				
179	Contra los que viven mal en los eremitorios.				
180	Todos hijos de una misma madre.				

181	*Entrega su túnica a dos hermanos de Francia.*			90		
182	Castigo a los murmuradores.	8,4				
183	Cálculo del murmurador.					
184	«¿Quién podrá sucederte como ministro general?»			42a		
185	Retrato del ministro general.				EP 80d	
186	Cualidades de sus consejeros.			43c		
187	Cualidades de los ministros provinciales.					
188a	«¿Quiénes son los que me han arrebatado mi Religión?»			44		
188a	¿Por qué no cambias a los provinciales?					
189	La verdadera simplicidad.					
190	Juan el simple			61		
191	«Grandes cosas hemos prometido...»				Flor 18	
192						
193	Una tonsura pequeña.					
194	Que los letrados debían despojarse de todo.	7,2				
195a	Moderar el apetito de ciencia.	11,1		47a		
195b	Pronto la ciencia será ocasión de ruina.			47b		
195c	Un hermano laico que quería un salterio.			103h		
195d	Aparición a un predicador.				EP 69c	
196a	«Por amor de Dios...»	9,1		91a		
196b	Un trozo de túnica.			91b		
197	Devoción a los ángeles.	9,3				
198	Devoción a nuestra Señora.	9,3				
199	Devoción al nacimiento del Señor.			14b		
200a	Que nadie sufra hambre el día de Navidad.			14b		
200a	Evocación de la Virgen pobre.	7,1	15			
200b	La pobreza, camino privilegiado.	7,1				
201a	Devoción al cuerpo de Cristo.	9,2		108e		
201b	Amor a Francia.			108d		
201c	Distribuye preciosos copones.			108e		
201d	«¡Espera, San Lorenzo!...»					
202	Devoción a las reliquias de los santos.	6,7				
203	Devoción a la cruz.					
204	Solicitud respecto a las damas pobres.			85		
205	Por qué no las visitaba sino rara vez.					
206	Reprensión a los que frecuentaban libremente los conventos de mujeres.					
207	Un sermón mudo a las damas pobres.					
208a	Elogio de la Regla.			46a		

N.	2 CELANO	LM	TC	LP	Otros
208b	Un hermano que la llevaba consigo.			46b	
209a	La Regla: una hostia formada de migajas.	4,11			
209b	No ha lugar a la pereza.	14,1			
210	Sobre el cuidado que se ha de tener del cuerpo.				
211	«... estoy dispuesto a hacer lo que quieras».				
212	Nuestro hermano el dolor.				
213	El cántico de las criaturas.			83c	
214	Desnudo sobre la tierra desnuda.	14,3			
215	Una túnica prestada.	14,4			
216	Bendición a toda la Orden.	14,5		22a	
217a	Conmemoración de la última cena.	14,5		22b	
217b	Nuestra hermana la muerte.			99	
217b	El tiempo para recorrer una milla.	14,4			
218	Visión del hermano Agustín.	14,6			
219	Aparición a un hermano.				
220	Aparición al obispo de Asís.	14,6			
221	Oración de los compañeros.				

N.	LEYENDA MAYOR	1C	2C	TC	Otros
	Prólogo.				
1,1	Nacimiento en Asís, funesta educación.	1			
–	Un pobre despedido.	17c		3d	
–	Jamás negar una limosna pedida por amor de Dios.	17c	5a	3e	
–	Su atracción, sus cualidades.	2		2c	
–	Un hombre de Asís extiende su manto a los pies de San Francisco.				
1,2	Enfermedad.	3			
–	Viste a un caballero pobre.		5b	6b	
1,3	Visión de las armas.	5	6a	5b	
–	«¿Quién podrá beneficiarte más?»		6b	6b	
1,4	Principios de conversión.	6			
1,5	El beso al leproso.	17b	9c	11b	
–	Compasión por la pasión de Cristo.		11	14a	LP 77
1,6	Servicio a los leprosos.	17a	9d	11d	
–	Liberalidad con los mendigos.		8a	8b	
–	... con los sacerdotes pobres.		8d	8b	
–	Peregrinación a Roma.		8b	10a	
2,1	El crucifijo de San Damián.		10	13c	
–	Las telas vendidas en Foligno.	8		16a	
–	Permanencia en San Damián.	9		16b	
2,2	Francisco se esconde para escapar de su padre.	10		16d	
–	... vuelve a Asís.	11		17b	
–	... su padre lo encierra...	12		17d	
2,3	... su madre lo suelta.	13		18b	
2,4	Su padre lo cita ante el obispo.	14		19a	
–	Se despoja de todo ante el obispo.	15	12b	20a	
2,5	«Soy el pregonero del gran Rey».	16a			
2,6	Criado en un monasterio.	16b			
–	Servicio a los leprosos.	17a			
–	Curación de un leproso de Espoleto.				
2,7	Reparación de San Damián.	18a	11c	24a	
–	Limosnea entre sus antiguos compañeros.		13b	24a	
–	Reparación de San Pedro.	21a			
2,8	Llegada a la Porciúncula...	21b		32a	
–	... cuyo nombre es una profecía.	106	18b		LP 56
–	Una visión que se relaciona con la Porciúncula.		20	56b	

N.	LEYENDA MAYOR	1C	2C	TC	Otros
–	Simbolismo de la reconstrucción de las tres iglesias.	37b			
3,1	El evangelio del día de San Matías.	22		25a	
3,2	Primeras predicaciones.	23a		25b	
–	«El Señor os dé la paz».	23b		26a	LP 101f
3,3	Vocación de Bernardo de Quintavalle.	24	15	27	Flor 2
3,4	Vocación de Gil.	25		32b	
–	Otros cuatro hermanos.			35a	
3,5	Visión de la cruz de oro y vocación de Silvestre.		109	30-31	Flor 2
3,6	Llora su pasado.	26			
–	«El os hará crecer en gran multitud».	27		36	
3,7	Nuevo crecimiento y envío a misionar.	29			
–	Regreso de los hijos dispersos.	30			
–	Cuatro nuevos miembros.	31			
3,8	Primera Regla.	32a			AP 31a
–	Visión del árbol inclinado.	33c		53	
3,9	Pide la aprobación.	33b			
–	El cardenal Juan de San Pablo.	32c		47	
–	«Ruega a Cristo que por tu medio nos manifieste su voluntad».		16a	49b	
3,10	Parábola de la mujer en el desierto.		16b	50	
–	Visión de Letrán y aprobación pontificia.		17b	51b	
–	Tonsura.			52	
4,1	Parte hacia el valle de Espoleto.	34a			
–	Aparición de un hombre que le da un pan.	34a			
4,2	Vivir entre los hombres o retirarse a la soledad.	35			
4,3	Rivo Torto.	42a		55a	
–	«Te adoramos, Cristo, en todas las iglesias».	45		37a	3C 3c
4,4	Visión del carro de fuego.	47			
–	Penetración en las conciencias.	48a			
4,5	Instalación en la Porciúncula.			56a	
–	Predicación en villas y aldeas.	36a		54a	
–	Floración de la «viña» de Cristo.	37a			
4,6	La Orden de los Hermanos de la Penitencia.			37c	Flor 16
–	Vocación de Clara.				
4,7	Afluencia de nuevas vocaciones.	37b		54a	
–	Desasimiento de los bienes materiales.	39c			
–	Paciencia en la persecución.	40a		40	

–	Caridad de un sarraceno con un hermano.					
4,8	Curación milagrosa de Morico, religioso crucífero.					
4,9	Visión de las espadas y vocación del hermano Pacífico.		106		3C 3d	
4,10	El capítulo de las esteras.				LP 18	
–	Influencia de Francisco en los capítulos provinciales.					
–	El capítulo de Arlés.	48a			3C 3b	
4,11	La Regla; una hostia hecha de migajas.		209a			
–	Redacción de la Regla definitiva.					
–	El hermano Elías pierde el texto.				LP 17	
–	Aprobación solemne por Honorio.			62b		
5,1	Su austeridad.					
–	Frugalidad en las comidas.	51		LP	TC 15a	
–	Cómo dormía.	52a				
5,2	Cómo no sentía el frío exterior.					
–	Una almohada de plumas.		64	119		
5,3	Una hoya llena de hielo.	42b				
5,4	Una tentación de lujuria.		116			
–	Siete bolas de nieve.		117			
5,5	Guardar los sentidos exteriores.					
–	Evitar el trato con las mujeres.		112			
–	No hablar a las mujeres, sino en confesión.		114b			
–	El diablo convierte un cabello en viga.		113b	120c		
5,6	Contra la ociosidad.					
–	El hermano «asno».		129a	120d		
–	El hermano «mosca».		75b	97f		
–	Trabajar para evitar la ociosidad.		161		EP 75	
–	Penitencias previstas para los charlatanes.		160	107		
5,7	Un hermano que había ayunado demasiado.		22	50		
5,8	La causa de su enfermedad de los ojos.					
5,9	La cauterización.		166	86f		
5,10	El agua convertida en vino en San Urbano.	61c			3C 17	
5,11	La cítara angélica.		126	66		
5,12	Oscuridad disipada en las proximidades del Po.					
6,1	Su humildad.		140a			
–	Ordenaba que le injuriasen.	53			Flor 3	
6,2	Cómo confesaba sus propias faltas.	54				
–	Se presenta como glotón.	52b		80		
6,3	«Todavía puedo tener hijos e hijas».		133	10c		

N.	LEYENDA MAYOR	1C	2C	LP	Otros
–	Contra la vanagloria.		134		
6,4	«... un novicio de una hora que se me diera por guardián».		151	11b	
–	«Tomad un cadáver...»		152		EP 48
6,5	«No conviene que tú seas nuestro prelado».		145b	109	
–	Quiere que sus hermanos se llamen menores.	38a		101c	
–	... para que nunca aspiren a ser grandes.		148		EP 43a
6,6	El trono de Lucifer.		123	65e	
6,7	Devoción a las reliquias de los santos.		202		
6,8	Respeto mostrado al obispo de Imola.		147		
6,9	Los demonios de Arezzo.		108	108i	
6,10	Ataque de los demonios en el palacio de un cardenal.		119	117	
6,11	El capucho de un hermano arrojado al fuego.		154		
7,1	Elogio de la pobreza.		55		
–	Evocación de la Virgen pobre.		200a		3C 15
–	La pobreza, camino privilegiado.		200b		
7,2	Que los letrados deben despojarse de todo.		194		
–	Posponía el juicio propio.		140d		
–	«Las zorras tienen sus madrigueras...»		56b	57d	
–	El código del peregrino.		59a		
–	Francisco derriba una casa contraria a la pobreza.		57	56ll	
7,3	Condiciones para ser admitido a la Orden.		80		
–	El hermano «mosca» da sus bienes a sus parientes.		81	62	
7,4	Preferible despojar el altar de la Virgen.		67		
7,5	Dinero transformado en serpiente.		68		
7,6	Aparición de tres mujeres.		93		
–	Compasión y envidia hacia los pobres.	76a	83		
–	Encuentra otro más pobre que él.		84	113	
7,7	Francisco da ejemplo de mendicidad.		72a	96g	
–	Una comida en la casa del obispo de Ostia.		73	97a	
–	No quiero abandonar la herencia de la pobreza.		72b		
7,8	Elogio de la mendicidad.		71		
7,9	La comida de Pascua en Greccio.		61	74a	
7,10	Francisco exhorta a unos caballeros a mendigar.		77	96	
7,11	Milagro en favor del médico de Rieti.		44	68	
7,12	El agua que brota de una peña.		46		3C 15
7,13	Multiplicación de los víveres durante una travesía.		55		3C 33

–	Exhortación a la confianza.				
8,1	Elogio de su piedad.				
8,2	Las almas convertidas por las oraciones de sencillos hermanos.		164a	103c	
–	Parábola de la mujer estéril.		164b	103d	
8,3	Su alegría por el buen nombre de sus santos hermanos.		155a		EP 51a
–	«Sean malditos los que destruyen...»		156		
–	Quejas de Francisco y palabras de Francisco acerca de la Orden.		158	112a	
8,4	Castigo a los murmuradores.		182		
8,5	Compasión hacia los afligidos.	76a.b	83		
–	Un hermano que había despreciado a un pobre.	76c	85	114	
–	Entrega su manto a un pobre (Siena).		87		EP 30
–	Francisco da a los pobres lo que a él se le ha ofrecido.				
8,6	Amor a todas las criaturas y alabanzas del Creador.	80a	165		
–	Compasión por los corderos.	77			
–	La cerda feroz.		111		
8,7	La ovejilla que le regalaron.				
8,8	Un lebratillo, familiarizado con Francisco en Greccio.	60a			3C 29
–	El ave acuática.		167		3C 23
–	Diálogo con un pez en el lago de Rieti.	61a			3C 24
8,9	Silencio impuesto a unos pájaros cerca de Venecia.				
–	La cigarra.		171	110	3C 27
8,10	El faisán.		170		3C 26
–	Los pájaros del Alverna.				
–	El halcón del Alverna.		168		3C 25
8,11	Los lobos de Greccio.		35	741	
9,1	«Por amor de Dios...»		196a	91a	
–	De las criaturas al Creador.		165a	88	
9,2	Devoción a Cristo crucificado.				
–	Devoción al cuerpo de Cristo.		201a	108e	
9,3	Devoción a nuestra Señora.		198		
–	Devoción a los ángeles.		197		
–	Devoción a los santos Pedro y Pablo.				
9,4	Su caridad para con las almas.		172		
–	Un modelo para la Orden.		173	106b	
9,5	Viaje frustrado a Siria.	55			
9,6	Viaje a Marruecos.	56			
9,7	Parte para Siria.	57a			
9,8	Acompañado del hermano Iluminado.				

N.	LEYENDA MAYOR	1C	2C	LP	Otros
–	... va entre los sarracenos y predica ante el sultán.	57b			Flor 24
9,9	Significado de este episodio.				
10,1	Su fervor.		94a		
10,2	Su fidelidad en acudir a las visitas del Espíritu.		95c		
–	Un éxtasis en Borgo San Sepolcro.		98		
10,3	Amor por la soledad.	71			
–	Tentaciones diabólicas.	72	122	65a	
10,4	Coloquio con el Amigo.		95a		
–	Un éxtasis.				
–	Comportamiento después de la oración.		99a		
–	Su comportamiento cuando le visitaba el Espíritu.		94d		
–	Confiar a Dios el tesoro de las consolaciones espirituales.		99b		
10,5	El obispo de Asís, privado de palabra.		100	54	
–	Ruega por un abad.		101	76	
10,6	Devoción en la recitación del oficio.		96	120a	
–	Un vaso que le había distraído.		97		
–	Respeto a los escritos.	82			
10,7	Proyecto de celebrar la Navidad en Greccio.	84			
–	Noche de Navidad en Greccio.	85			
–	Francisco canta el evangelio y predica.	86			
–		87			3C 17
	Curaciones obtenidas por medio de la paja del pesebre.				
11,1	Su ciencia y memoria.		102		
–	Moderar el apetito de la ciencia.		195a		
11,2	Explicación de un texto de Ezequiel.		103		EP 53
–	Su inteligencia de las Escrituras.		102		
11,3	Su espíritu de profecía.		27		
–	Predicción del desastre de Damieta.		30		
11,4	Profecía de la muerte de un caballero de Celano.				
11,5	El canónigo Gedeón.		41	95	
11,6	Predice la conversión de un marido.		38	69	
11,7	Penetra los secretos de la conciencia de un teólogo.				
11,8	El hermano Leonardo murmura.		31	72	
11,9	El hermano Ricerio, librado de una tentación.	49	44b		
–	Bendición al hermano León.		49		3C 3d
11,10	Un hermano tenido por santo.		28	116	

–	Otras predicciones.	48				
11,11	Un hermano rehúsa la autoridad del vicario.		34		Flor 23	
11,12	Francisco sale de su celda para bendecir a dos hermanos.		45	73		
11,13	Un hermano que había escandalizado a otro más joven.		39		Flor 31	
11,14	Significado de este espíritu profético.					
12,1	¿Vivir en el retiro o predicar?				Flor 16	
12,2	La cima de su filosofía.	91c				
–	Respuesta de Clara y Silvestre.				Flor 16	
12,3	El sermón a los pájaros en Bevagna.	58			3C 20	
12,4	Silencio impuesto a las golondrinas en Alviano.	59			3C 21	
12,5	Un estudiante de Parma hace callar a una golondrina importuna.					
12,6	Predicación en las orillas de Gaeta.					
12,7	Su palabra era fuego ardiente.	23a				
–	Un sermón ante el papa y los cardenales.	73				
12,8	Predica lo que primero ha practicado.	36a			TC 54a	
12,9	Milagros: un niño cojo en Toscanella.	65			3C 175	
–	Un paralítico en Narni.	66			3C 176	
–	Un niño hidrópico en Rieti.					
–	Un niño contrahecho en Orte.					
12,10	Una mujer de manos paralizadas en Gubbio.	67a			3C 177	
–	Un ciego en Bevagna.					
–	Un ciego en Narni.	67a			3C 121	
–	Un niño ciego en Bolonia.					
–	Exorcismo en San Gemini.	69a			3C 155	
–	Exorcismo en Città di Castello.	70a			3C 156	
12,11	Un epiléptico.	68			3C 195	
–	Una mujer parturienta en Arezzo.	63b			3C 108	
–	Curación realizada con su cordón.	64			3C 19	
12,12	Significado de estos milagros.	70b			TC 1	
13,1	Deseo de contemplación.	91a				
–	Llega al Alverna.	94a				
13,2	Consulta el libro de los evangelios.	92				
13,3	Aparición del serafín...	94b				
–	Descripción de las llagas.	95a			TC 69	
13,4	... revelada a algunos íntimos.					
13,5	Cuidado en ocultar las llagas.		135			
13,6	Curación de los bueyes de San Elías.			94	3C 18	
13,7	Cambio milagroso de la meteorología en el Alverna.					

N.	LEYENDA MAYOR	LP	2C	LP	Otros
–	Un rústico caldeado.				
–	Significado de estos milagros.				
13,8	Algunos testigos de las llagas.				
–	Estratagema de un hermano para ver la llaga del costado.		138		
13,9	Las llagas: sello que autentica la santidad.				
13,10	Siete visiones de la cruz que culminan en la aparición del Alverna.				
14,1	Crucificado ya con Cristo.	98a			
–	«Comencemos a servir a Dios...»	103			
–	No ha lugar a la pereza.		209		
–	La carne acabó por obedecer al espíritu.				
14,2	Aumentan sus sufrimientos.	97			
–	Oración para el tiempo de enfermedad.				
14,3	Desnudo sobre la tierra desnuda...		214		
14,4	Una túnica prestada.		215		
–	... el tiempo para recorrer una milla.		217b		
14,5	Bendición a toda la Orden.		216	22a	
–	Conmemoración de la última cena.		217a		EP 88b
14,6	Muerte de Francisco.	110b			
–	Visión de un hermano.	110b			TC 68b
–	Visión del hermano Agustín.		218		
–	Aparición al obispo de Asís.		220		
–	Una bandada de alondras en su lecho de muerte.			14a	3C 32
15,1	Su gloria después de su muerte.				
15,2	Todos pudieron ver las llagas.				3C 5
15,3	Los hermanos en el duelo y en la alegría.	112-3			TC 70
15,4	Acude el pueblo.				
–	El caballero Jerónimo duda de las llagas.				
15,5	Conducción del cuerpo a San Damián.	116			LP 13d
–	Inhumación en San Jorge.	118			
15,6	Francisco, muerto, realiza milagros en todas partes.	120a			
–	Su fama llega a oídos del papa.	121			
15,7	Examen de la causa.	124			
15,8	Canonización.	126			TC 71
15,9	Gloria universal.				

N.	LEYENDA MAYOR - MILAGROS	3C	Otros
1,1	La cruz en su vida y los estigmas.	2-3	1C 90
1,2	Aparece en sueños a Gregorio IX.		
1,3	La duda de un hermano.	10	
1,4	Señora romana y efigie de San Francisco.	8-9	
1,5	Juan de Lérida, favorecido con un milagro.	11-13	
1,6	Rogero, convencido de los estigmas.	6	
2,1	Una mujer, resucitada en Monte Marano.	40	
2,2	Resucita una niña en Pomarico.	46	
2,3	Muchacho resucitado en Nocera.	43	
2,4	Niño devuelto a su madre en Roma.	42	
2,5	Muchacho resucitado en Capua.	44	
2,6	Salva a un jovencito en Sessa.	45	
2,7	Devuelve la vida a Gerlandino.	47	
2,8	Muerto resucitado en Alemania.	48	
3,1	Salva la vida al guarda de un castillo.	49	
3,2	Salva al sacerdote Tomás en Pofi.	50	
3,3	En Celano, niño caído en un pozo.	51	
3,4	Milagro en Asís.		
3,5	Muchacho salvado de la muerte en Corneto.	54	
3,6	Hecho semejante a un hombre de Lentini.	57	
3,7	Igual en San Severino.	58	
3,8	Milagro a Bartolomé de Gaeta.	59	
3,9	Nicolás de Ceprano.	56	
3,10	Prodigio en el castro San Geminiano.	61	
3,11	Prodigios análogos en Tamarit y Ancona.	52	
3,12	Mateo de Vicalvi salvado del veneno.	187	
4,1	Náufragos salvados en Barletta.	81	
4,2	Un peregrino sacia su sed milagrosamente.	82	
4,3	El hermano Jacobo de Rieti.	83	
4,4	Náufragos salvados.	86,84	
4,5	Marineros de Ancona salvados del naufragio.	85	
5,1	Prisionero liberado en Romania.	88	
5,2	Devoto liberado en Massa de San Pedro.	89	
5,3	Alberto de Arezzo, sacado de la cárcel.	91	
5,4	Francisco libera a Pedro de Alife.	93	
5,5	Guidoloto de San Geminiano.	94	
6,1	Parto feliz en Eslavonia.	95	

N.	LEYENDA MAYOR - MILAGROS	3C	Otros
6,2	Beatriz da a luz el feto muerto.	96	
6,3	Juliana de Calvi, madre feliz.	97	
6,4	Una mujer de Viterbo que había olvidado cumplir los votos.	98	
—	Hecho similar en Tívoli.	99	
—	Parto feliz en Arezzo.	106	
7,1	El hermano Roberto, curado de la ceguera.	116	
7,2	La mujer ciega de Tebas.	118	
7,3	Niño ciego curado en Pofi.	119	
7,4	Sacerdote de Castro curado.	120	
7,5	Un hombre de Monte Gargano, curado.	122	
7,6	Iluminado: niño nacido ciego y curado.	123	
7,7	El caballero Gerardo de Zancato.	117	
8,1	Marcos, el pequeño sordomudo.	125	1C 147-148
8,2	El hermano Jacobo de Iseo.	109	
8,3	Una mujer loca, ciega y sorda, curada.	152	
8,4	Pedro de Foligno, librado del demonio.	150	1C 137
8,5	Buonomo de Fano, paralítico y leproso.	147	1C 146
—	Atto de San Severino.	146	1C 146
8,6	Rogata, curada de un flujo de sangre.	148	
—	Otra mujer curada en Sicilia.	149	
7	Práxedes, religiosa de Roma.	181	
9,1	Un labrador de Le Simon.		
9,2	Mujer de Le Mans: no observa la fiesta.	100	
—	Casos semejantes en Campania.	101	
9,3	Un caballero que no cree en los milagros.	129	
9,4	Alejandra, castigado y agraciado.	128	
10,1	Una mujer de Gagliano sacia su sed.	16	
10,2	El cerezo que florece milagrosamente.	189	
—	Otros prodigios semejantes.	190-2	
10,3	El buey de Martín, custodiado por Francisco.	183	
—	Otros prodigios semejantes.	184-6	
10,4	La viejecita que alimenta de sus pechos a un nieto.	182	
10,5	Un niño contrahecho de Scopitto, curado.	158	
10,6	El bastón en forma de tau cura a un enfermo.	159	
10,7	Tau, signo de salvación.		
10,8	El misterio de la cruz, manifestado a Francisco.		
10,9	Oración del autor.		

CONCORDANCIAS DE LA «LEYENDA MENOR» CON LA «LEYENDA MAYOR»

Lm	LM	Lm	LM	Lm	LM	Lm	LM
I,1	Pr. 1-2	11,5	4,5	IV,3	11,1-3	VI,1	12,1
	1,1	6	4,4		3,4		13,1-3
2	1,1-2	7	4,8	4	4,10	2	13,3
	2,5	8	3,5		11,14	3	13,3-8
3	1,2-5	9	4,9	5	11,11	4	13,4-5
4	1,5-6	/ III,1	5,1-2	6	11,9	5	13,5-7
5	2,1	2	5,3-5	7	11,6	6	13,6
6	2,1-2	3	5,8	8	11,5	7	[3C 11]
7	2,2-4		9,1	9	11,4	8	[3C 6]
8	2,5-6	4	6,1-4	V,1	12,7	9	[3C 2]
	1,6		6,6		5,9		13,8
9	2,7-8	5	7,1-4	2	5,10		15,4
	2,1		7,6		7,13	VII,1	14,1
II,1	3,1	6	7,1	3	7,12		13,3
2	3,2-3		8,6-9		7,13	2	14,1-2
	13,7	7	8,1-5	4	12,6	3	14,2-4
	12,8	8	8,1	5	8,11	4	14,5
	6,5		9,4	6	12,3	5	15,5-6
3	3,4	9	9,5		12,12	6	14,6
	3,6-9		9,7-9	7	9,5	7	15,9
	4,4	IV,1	10,1-2	8	5,12	8	Pr. 3
4	3,9-10	2	10,3-4	9	5,12	9	12,12
5	4,1-3	3	10,4		7,13		

N.	LOS TRES COMPAÑEROS	AP	1C	2C	LM	Otros
1	Carta al ministro general.					
2a	Llamado primeramente Juan.	3b		3a		
2b	Opiniones acerca de él; profecía de su madre.			3b		
2c	Su prodigalidad y su frivolidad.		2			
3a	Su cortesía.					
3b	Ser cortés y liberal con los pobres.					
3d	Un pobre no atendido.	4a	17c		1,1	
3e	No negar nunca la limosna pedida por amor de Dios.	4b	17c	5a	1,1	
4	Prisionero en Perusa.			4		
5a	Proyectos militares.		4b			
5b	Visión de las armas.	5a	5	6a	1,3	
5b	«Seré príncipe».	5d				
6b	Viste a un caballero pobre.			5b	1,2	
6b	«¿Quién te puede ayudar más?»	6b		6b	1,3	
7a	Rey de la juventud en Asís.			7		
7c	«¿Piensas en casarte?»		7b			
8a	Conversión parcial.		4a			
8a	Recogimiento solitario.		6a			
8b	El bienhechor de los pobres...			8a	1,6	
8b	... y de los sacerdotes indigentes.			8c	1,6	
9	La mesa colmada de panes para los pobres.					
10a	Peregrinación a Roma.			8b	1,6	
10d	Sólo Dios dirige su vida.					
11a	«Lo que has amado como hombre carnal...»			9b		
11b	El beso al leproso.		17b	9c	1,5	
11d	El servicio a los leprosos.		17a	9d	1,6	
12a	El confidente.		6b			
12b	La mujer gibosa.			9b		
12c	Oración en una cueva.		6c			
13a	Renuncia a partir para la Pulla.	7a	7a			
13b	«¿Piensas en casarte?»		7b			
13c	El crucifijo de San Damián.			10	2,1	
13d	El aceite para la lámpara del crucifijo.			11c		
14a	Contemplación de la pasión.			11a	1,5	LP 77
14c	«Lloro la pasión de mi Señor...»			11b		LP 78
15a	Frugalidad; la hermana ceniza es casta.		51		5,1	

16a	Las telas vendidas en Foligno.	7b	8		2,1	
16b	Acude a San Damián.	7c,d	9		2,1	
16d	Se esconde para escapar de su padre...		10		2,2	
17b	... vuelve a Asís.		11		2,2	
17d	... su padre lo encierra...	8a	12		2,2	
18b	... su madre lo suelta.		13		2,3	
19a	... su padre lo cita ante el obispo.		15		2,4	
20a	Se despoja de todo ante el obispo.	8b	15	12b	2,4	
21	«Quien me dé una piedra...»					
22	«¿Encontrarás un sacerdote como éste?»			14		
23b	«Bendíceme».	9b		12a		
23d	«... un céntimo de sudor...»			12c		
24a	Reparación de San Damián.			11c	2,7	
24a	Pide limosna entre sus antiguos compañeros.			13b	2,7	
24b	Anuncia la llegada de las damas pobres a San Damián.		18	13b		
25a	Viste un hábito de ermitaño.	9a	21c			
25a	El evangelio dél día de San Matías.		22		3,1	
25b	Primeras predicaciones.		23a		3,2	
26a	«El Señor te dé la paz».		23b		3,2	LP 101f
26b	Un precursor de este apostolado de paz.					
26c	Primeros frutos de su predicación.		23b			
27-29	Vocación de Bernardo de Quintavalle.	10a	24	15	3,3	Flor 2
29d	Evangelio de misión y venden sus bienes.	11				
29e	Visten como Francisco y adoptan su vida.	14a				
30	Vocación de Silvestre.	12a		109a	3,5	Flor 2
31b	Visión de la cruz de oro.	13b		109b	3,5	
32a	Se establece por primera vez en la Porciúncula.	14b			2,8	
32b	Vocación de Gil.	14c	25		3,4	
32b	Primera dispersión apostólica.	15a				
33b	«Nuestra Religión será semejante a un pescador que echa su red...»	15c	28			
33c	Exhortación al pueblo.	15d				
34	Opiniones diversas entre los oyentes.	16				
35a	Tres nuevos hermanos.	17a	25		3,4	
35b	«Devoran los bienes ajenos».	17b				
35c	«Si tenemos bienes, necesitaremos armas...»	17d				
36a	Para utilidad y salvación de muchos.	18a				
36b	«No temáis porque aparezcáis pequeños...»	18c	27		3,6	
37a	«Te adoramos, Cristo, por todas las iglesias».	19a	45		4,3	3C 3c
37b	Extrañeza que producían.	19b				

N.	LOS TRES COMPAÑEROS	AP	1C	2C	LM	Otros
37c	Penitentes oriundos de Asís.	19c				
38b-39	Hospitalidad recibida en Florencia...	20b				
40	... pero más frecuentemente, malos tratos.	23	40a		4,7	
41a	Admiración que provocan y vocaciones que suscitan.	24a				
41b	Alegría cuando retornaban a la Porciúncula.	24b				
41c	Oración y trabajo manual.	25b				
42a	Un hermano se interpone para proteger a su hermano.	26a				
42b	Humildad y obediencia.	26b				
43	Reparación de las ofensas; verdadera pobreza.	27a				
44a	Atención a los pobres.	28a				
44b	El hermano Gil da su manto a un pobre.	28b				LP 92
45a	Acogían a los ricos para moverlos a penitencia.	29a				
45a	No querían ir a su tierra.	29b				
45b	Pobreza y alegría.	29c				
45c	Apartados del mundo y unidos a Dios.	30c				
46	Parten para Roma.	31	32b		3,8	
47	Encuentran al obispo de Roma en Asís.	32b				
47	El cardenal Juan de San Pablo...	32b	32c		3,9	
48	... se ofrece como intermediario.	33a	33a			
49a	Entrevista con Inocencio III.	34	33b			
49b	«Pide a Dios que se digne revelarte su voluntad».	34b		16a	3,9	
50	Dios le habla mediante la parábola de la mujer en el desierto.	35		16b	3,10	
51a	Expone la parábola al papa.	36a				
51b	Visión de Letrán.			17b	3,10	
51c	Aprobación de la Regla.	36d		17b	3,10	
52a	Prestan obediencia; tonsura; visita a la tumba de los apóstoles.	36f	34a		3,10	
53	Visión del árbol inclinado.		33c		3,8	
54a	Predicación por villas y aldeas...	36e	36a		4,5	
54a	... de lo que había comenzado a practicar.		36b		12,8	
54a	Afluencia de nuevas vocaciones.		37b		4,7	
55a	Rivo Torto...		42a		4,3	
55b	... de donde son echados por un labriego.		44			
56a	Adquisición de la Porciúncula.			18	4,5	LP 56a
56b	Una visión que se relaciona con la Porciúncula.			20	2,8	
57a	Institución de los capítulos generales.	36g				
57a	Capítulos generales en la Porciúncula.	37a				

57a	Exhortaciones que hacía en ellos...	37a				
57b	... observar el Evangelio, la Regla...	37a				
57b	Reverencias a los sacerdotes, nobles, pobres.	37c				
58a	No juzgar a nadie...	38a				
58b	Los hombres, hermanos y señores.	38b				
58b	Han de inducir a la alabanza a Dios.	38a				
58c	Transmisores de paz...	38c				
59a	Les exhortaba a la mortificación con discreción.	39a				
59b	En qué se ocupaban los hermanos en los capítulos.	39b				
59b	Influencia de San Francisco en los hermanos.	39c				
59c	Marchan del capítulo.	40a				
59c	Veneración por los sacerdotes.	40b				
59c	Prefieren hospedarse en casa de sacerdotes.	40c				
60a	Normas para el hospedaje.	41a				
60a	Los primeros lugares edificados para ellos en ciudades.	41a				
60b	Nacimiento de las clarisas y de los terciarios.	41b			4,6	Flor 16
61a	Apoyo del cardenal Juan de San Pablo.	42				
61b	El cardenal Hugolino les asiste y acude a los capítulos.	43	74-75			
61d	San Francisco canta el evangelio.	43c				
62a	Elección de ministros. Fundación de las provincias.					
62a	Desconfianza respecto de los hermanos.	44b				
62b	Aprobación de la Regla bulada.	44c			4,11	
62b	En ella se espacian los capítulos.	44c				
63b	La gallina negra.			24a		
63c-65	La Orden, confiada a la protección de la Iglesia.			24b		EP 78
65-66	Institución del cardenal protector.		100a	25		
66b	Los ministros pueden recibir en la Orden.					
66b	Los hermanos son distribuidos por el mundo.	45c				
66b	Nuevas vocaciones.	45d				
67	Francisco predice al cardenal Hugolino que llegará a ser papa.	45e	100b			Flor 18
68a	Fecha de la muerte de Francisco.		88b			
68b	Visión de un hermano en este momento.		110b		14,6	
68c	Las virtudes de Francisco.					
69	Aparición del serafín.	46b	94	13,3		
70	Alegría de los hermanos a la vista de las llagas.		113	15,3		3C 5
70b	Conversiones por las llagas.	45e				
71	Canonización.		126	15,8		
72	Una iglesia en honor de Francisco.					
73	Conclusión.					

N	ANONIMO DE PERUSA	TC	1C	2C	Otros
3b	Cualidades de Francisco.	2			
4a	Pobre no atendido.	3d	17c		LM 1,1
4b	No negar nada cuando se le pidiese por amor de Dios.	3e	17c	5a	LM 1,1
5a	Visión de las armas.	5b	5	6a	LM 1,3
5d	«Seré príncipe».	5		6a	
6b	Sueño de Espoleto. «¿Quién te puede valer mejor?»	6b		6b	LM 1,3
7a	Renuncia a ir a la Pulla.	13a	7a		
7b	Vende cuanto tiene en Foligno.	16a	8		LM 2,1
7c	Abandona el dinero en San Damián.	16b	9		LM 2,1
7d	Se propone restaurar San Damián y vivir allí.	16b	9		
8a	Su padre lo maltrata.	17d	12		LM 2,2
8b	Renuncia a todo ante el obispo.	26a	15		LM 2,4
9a	Vestía pobremente.	25a	21c		
9b	Su padre le maldice y un pobre le bendice.	23b		12a	
10a	Vocación de Bernardo y Pedro.	27	24-25	15	LM 3,1 Flor 2
11	El evangelio de misión.	29			
11b	Bernardo y Pedro venden sus bienes.	29d		15	
12a	Vocación del hermano Silvestre.	30		109a	LM 3,5 Flor 2
13b	Visión de la cruz que tuvo Silvestre.	31b		109b	LM 3,5
14a	Visten como Francisco y adoptan su vida.	29e			
14b	Se establecen en la Porciúncula.	32a			LM 2,8
14c	Vocación del hermano Gil.	32b	25		LM 3,4
15a	Viaje de misión con el hermano Gil.	33a			
15c	«Nuestra Religión será semejante a un pescador...»	33b	28		
15d	Exhortaciones al pueblo.	33c			
16	Opiniones entre la gente.	34			
17a	Tres nuevas vocaciones.	35a	25		LM 3,4
17b	«Devoran los bienes ajenos».	35b			
17d	«Si tenemos bienes, necesitamos armas...»	35c			
18a	Para utilidad y salvación de muchos.	36a			
18c	«Muchos... compartirán nuestra vida».	36b	27		LM 3,6
19a	«Te adoramos...»	37a	45		3C 3c LM 4,3

19b	Extrañeza que producían.	37b			
19c	«Penitentes oriundos de Asís».	37c			
20-22	Hospitalidad recibida en Florencia.	38b			
23	Malos tratos que recibían.	40	40a		LM 4,7
23c	Lo sufrían todo con alegría.	40c	40a		LM 4,7
24a	Admiración que provocan y vocaciones que suscitan.	41a,b			
24b	Regresan gozosos a la Porciúncula.	41b			
25a	Alegría cuando volvían a encontrarse.	41b			
25b	Oración y trabajo manual.	41c			
25c	Amor mutuo cómo el de una madre.	41c	38-39		
26a	Un hermano protege a otro de los ataques de un loco.	42a			
26b	Humildad.	42b	38		
26c	Obediencia.	42b			
27a	Reparación de las ofensas.	43a		155b	LP 41
27b	Pobreza.	43b		62	LP 25
28a	Atención a los pobres.	44a			
28b	El hermano Gil da su manto a un pobre.	44b			LP 92
29a	Acogen a los ricos para moverlos a penitencia.	45a			
29b	No quieren ir a su tierra.	45a			
29c	Pobreza y alegría.	45b			
30a	Castigo a un hermano que tocó dinero.			65	LP 27
30c	Apartados del mundo y unidos a Dios.	45c			
31a	«Vayamos a la Iglesia romana».	46a	32b		LM 3,8
31b	Viaje a Roma.	46a,c			
32a	Encuentran al obispo de Asís.	47a			
32b	El cardenal Juan de San Pablo.	47a	32c		LM 3,9
33a	Se ofrece de intermediario.	48	33a		
34	Entrevista con Inocencio III.	49a			
34b	«Pide al Señor que te inspire...»	49b		16a	LM 3,9
35	Dios le habla mediante la parábola de la mujer en el desierto.	50			
36a	Explicación de la parábola al papa.	51a			
36d	Aprobación de la Regla.	51c			
36e	Comienza a predicar por ciudades y castillos.	54a			
36f	El cardenal de San Pablo les confiere la tonsura.	52a			
36g	Capítulo dos veces al año.	57a			
37a	Capítulos de Pentecostés en la Porciúncula.	57a			
37a	... observar la Regla.	57a			
37b,c	Veneración a sacerdotes, nobles y pobres.	57a			

N.	ANONIMO DE PERUSA	TC	1C	2C	Otros
37d	Tenía siempre un guardián.	57a			
37e	Otras recomendaciones.	57b			
38a	No juzgar a nadie.	58a			
38a	Los hombres, hermanos y señores.	58a			
38a	Han de inducir a la alabanza a Dios.	58a			
38c	Transmisores de paz.	58c			
39a	Les exhortaba a la mortificación con discreción.	59a			
39b	En qué se ocupaban los hermanos en los capítulos.	59b			
39c	Influencia de San Francisco en los hermanos.	59b			
40a	Marchan del capítulo.	59c			
40b	Veneración por los sacerdotes.	59c			
41a	Normas para el hospedaje.	60a			
41a	Los primeros lugares edificados para ellos en las ciudades.				
41b	Nacimiento de las clarisas y de los terciarios.	60b			Flor 16
42a	Apoyo de Juan de San Pablo.	61a			
43	El cardenal Hugolino les asiste y acude a los capítulos.	61b			
43c	Francisco canta el evangelio.	61d			
44a	Elección de ministros y creación de provincias.	62a			
44b	Desconfianzas respecto a los hermanos.	62a			
44c	Aprobación bulada de la Regla.	62b			
44c	Se espacian en ella los capítulos.	62b			
45a	Institución del cardenal protector.	65	100a	25	
45c	Los ministros pueden recibir hermanos.	66b			
45c	Los hermanos son distribuidos por el mundo.	66b			
45d	Nuevas vocaciones.	66b			
45e	Francisco predice a Hugolino su elección como papa.	67	100b		Flor 18
46b	Estigmatización.	69a	94		LM 13,3
46c	Conversiones por las llagas.	70b			

N.	LEYENDA DE PERUSA	EP	2C	LM	Otros
1	No mandar por obediencia ligeramente.	49	153		
2	Previsión del futuro de la Orden.	70	157		
3	Condiciones para ser siervo de Dios.	74	159		
4	Será honrado después de muerto.	109			
5	Bendición de la ciudad de Asís.	124			
6	Atento a conocer la voluntad de Dios.		217		
7	«Loado, mi Señor, por mi hermana la muerte».	123			
8	Ultima visita del hermano Jacoba.	112			3C 37
9	Servicio a los leprosos.	44			1C 38
10a	Se humilla ante el obispo de Terni.	45a	141		
10c	«Puedo tener hijos e hijas».	45c	133		
11a	Renuncia al gobierno de la Orden.	39	143		
11b	Obediencia a un novicio de un día.	46	151	6,4	
12a	Ultima bendición al hermano Bernardo.	107a			
12e	Predicción acerca del hermano Bernardo.	107d	48		
13	Predicción a la hermana Clara.	108			
14	Las alondras revolotean la víspera de la muerte.	113c		14,6	3C 32
14b	Atenciones a los animales en Navidad.	114a	200a		
14d	Nuestra hermana la alondra.	113b			
15	Es un robo recibir más limosnas de las necesarias.	12			
16	No tener nada en común.	13			
17	Cristo aprueba la nueva Regla.	1			
18	Capítulo de las esteras. Se niega a otras Reglas.	68		4,10	Flor 18
19	«Somos para ayudar al clero».	54	146		
20	Rechaza todo privilegio.	50			
21	Reproches de Cristo.	52			
22a	Bendición a todos los hermanos.	88a	216	14,5	
22b	Paraliturgia de la última cena.	88b	217	14,5	
23a	Pobreza en las casas.	5c	56a	7,2	
23b	Código del peregrino.		59a	7,2	
24	Pobreza en el mobiliario	5d			
25	Pobreza en libros.	5a	62a		AP 27b,c
26	Pobreza en los lechos.	5b	63a		
27	Castigo a un hermano que tocó dinero.	14	65		AP 30a
28	Revestido por dentro.	15a	69a		
29	Pobreza y austeridad en el vestido.	15b	69b		

N.	LEYENDA DE PERUSA	EP	2C	LM	Otros
30	Idem.	15c	69c		
31	Da un manto a un pobre.	29	86		
32	Da un manto a un pobre.	30	87	8,5	
33	Manto dado a un pobre.	31	88		
34	Manto dado a un pobre.	32	89		
35	Encuentro con un dominico.	53a	103a		
36	Explicación de un texto de Ezequiel.	53b	103b	11,2	
37	Contra las miradas poco recatadas.	86e	114a		
38	Expresa su gozo interior.	93	127		
39	Dimite del gobierno.	39	143		
40	Renuncia a tener compañeros particulares.	40	144		
41	Penitencias a los hermanos que ofenden a los hermanos.	51	155	8,3	AP 27a
42a	«¿Quién te podrá suceder como ministro general?»	80a	184		
42b	Retrato del ministro general.	80b			
43a	Prosigue el retrato del ministro general.				
43c	Cualidades de sus consejeros.		186		
44	Por qué abandonó el gobierno.	41	188		
45	Compasión con los hermanos enfermos.	42	175		
46a	Elogio de la Regla.	76	208a		
46b	Un hermano que fue muerto llevándola sobre sí.	77	208b		
47a	Moderación de la curiosidad por la ciencia.	69b	195a	11,1	
47b	Pronto será la ciencia ocasión de ruina.	72b	195b		
48	Contra la ociosidad.	75	161	5,6	
49	Francisco y Domingo no quieren prelacías para los suyos.	43a	148	6,5	
50a	«Me muero de hambre».	27a	22	5,7	
50d	Rigor en la disciplina.	27d	21		Flor 18
51	Exhortación a pedir limosna.	18	74		
52	No inquietarse por el día siguiente.	19			
53	Un enfermo que quería uvas.	28	176		
54	El obispo de Asís, privado de palabra.		100	10,5	
55	Un hermano escrupuloso librado de una tentación.	106	124		
56	Adquisición de la Porciúncula.	55a	18		TC 56a
56	La vida que allí se llevaba.	55h	19		
56	Francisco quiere derribar una casa construida junto a la Porciúncula.	7	57	7,2	
56	Reprende al ministro general, que había hecho levantar una pequeña casa.	8			
57a	Una celda que dicen ser suya.	9a	59b		

57d	«Las zorras tienen sus madrigueras...»	9d	56b			
57e	«Cuando el Señor se retiró a la soledad...»	9e				
57e	Quiso introducir en el testamento que las casas tenían que ser de barro.	9e				
58	Cómo levantar un convento.	10a				
58f	Estar en paz con los clérigos.	10d	146			
59	Testamento de Siena.	87				
60	Francisco barre las iglesias.	56				
61	El hermano Juan el simple.	57				
62	El hermano «mosca» da sus bienes a sus parientes.		81	7,3		
63	«Este monte es tu tentación...»	99	115			
64	Francisco come con un leproso.	58				
65a	Tentación en San Pedro de Bovara.	59	122	10,3		
65e	El trono de Lucifer.	60	123	6,6		
66	La cítara angélica.		126	5,11		
67	La viña de Rieti.	104			Flor 19	
68	Comida ofrecida al médico de Rieti.	110	44	7,11		
69	Francisco anuncia la conversión de un marido.		38	11,6		
70	Un postulante, dirigido por móviles humanos.	103	40			
71	Provisto del pez lucio en invierno.	111				
72	El hermano Leonardo murmura.		31	11,8		
73	Francisco sale de su celda para bendecir a un hermano.		45	11,12		
74a	La comida de Navidad en Greccio.	20	61	7,9		
74h	Visita del obispo de Ostia a la Porciúncula.	21	63			
74i	Elogio de los habitantes de Greccio.					
74l	Los lobos de Greccio.		35	8,11		
75	Francisco anuncia la guerra civil a los de Perusa.	105	37			
76	Francisco ruega por un abad.		101	10,5		
77	Enfermedades que tenía y cómo las sufría.	91a				
78	«Debería ir llorando la pasión de mi Señor...»	92	11b		TC 14c	
79	Medita la humildad del Hijo de Dios en la tierra.		105			
80	Se confiesa de haber comido carne durante la enfermedad.	61		6,2	1C 52b	
81a	Alimentos condimentados con tocino comidos en cuaresma.	62a	131			
81d	Una piel de zorro para abrigarle.	62c	130			
82	Una tentación de vanidad a propósito de una limosna.	63	132			
83a	El obispo de Ostia le ordena que se cuide.	91b			1C 105	
83c	Composición del cántico de las criaturas.	100	213			
84	Restablece la paz entre el obispo y el *podestà* de Asís.	101				
85	Cántico y exhortación a las clarisas.	90	204			

N.	LEYENDA DE PERUSA	EP	2C	LM	Otros
86a	Va a Fonte Colombo para hacerse curar.				
86d	El Señor recompensará a los hermanos por los cuidados que prestan a Francisco.	89			
86f	La cauterización.	115	166	5,9	
86j	Se opone a que se apague el fuego que ha prendido en él.	116			
87	No quiere usar una piel que no dejó que se quemara.	117			
88	Amor a las criaturas.	118	165	9,1	
89	Regala su manto.	33	92		
90	Francisco da su túnica a dos hermanos de Francia.	34	181		
91a	«Por amor de Dios».	35a	196a	9,1	
91b	Una pieza descosida de su túnica.	35	196		
92	El hermano Gil da su manto a un pobre.	36			TC 44b
93	Regalan un Nuevo Testamento a la madre de dos hermanos.	38	91		
94	Curación de los bueyes de San Elías.			13,6	3C 18
95	El canónigo Gedeón.		41	11,5	
96	Francisco invita a unos caballeros a mendigar.	22a	77	7,10	
96g	Francisco da ejemplo de mendicidad.	22b	72a	7,7	
97a	Hospedado por el obispo de Ostia.	23a	73	7,7	
97e	Recomendación de la mendicidad.	23g	75a		
97f	Hermano «mosca».	24	75b	5,6	
98	Francisco besa el hombro de un limosnero.	25	76		
99	Serenidad y alegría en vísperas de morir.	121			
100	«¡Bienvenida la hermana muerte!»	122			
101a	El hermano Ricerio pregunta a Francisco por sus intenciones respecto a la Orden.	2			
101c	El nombre de hermanos menores.	26a		6,5	1C 38a
101f	El saludo: «El Señor os dé la paz».	26e		3,2	TC 26a
101i	Por qué Francisco no urgió a la observancia de una estricta pobreza.	2c			
102	La observancia del santo Evangelio.	3	62b		
103a	Un novicio que quería un salterio.	4a	195c		
103a	No ser ávido de ciencia y procurar humildad y sencillez.	72a			
103a	«Debemos honrar a los teólogos...»		163b		
103b	Abandono de la vocación so pretexto de edificación.	72b	195b		
103c	Más valen las oraciones de hermanos santos.		164a	8,2	
103d	Parábola de la mujer estéril.	72g	164b	8,2	
103h	Respuesta a un novicio que quería un salterio.	4			
104	«Tráeme mi breviario».	4d	195 ·		
105	«Un hermano menor no debe tener sino lo concedido por la Regla...»	4i			

106a	¿Por qué toleras los abusos?	71a			
106b	«Mi cargo es espiritual...»	71c			
106c	Oposición de algunos a las recomendaciones sobre la pobreza en las casas.	11			
107	Penitencias por las conversaciones inútiles.	82	160	5,6	
108a	Francisco quiere marchar a Francia.	65a	201b		
108e	Respeto por el cuerpo de Cristo.	65d	201	9,2	
108f	Envío de vasos sagrados.	65f			
108h	«Nuestra celda es el hermano cuerpo».	65g			
108i	Los demonios de Arezzo.		108	6,9	
108l	El obispo de Ostia no permite a Francisco que marche a Francia.	65h			1C 75
109	«No queremos que reines sobre nosotros»,	64	145b	6,5	
110	La hermana cigarra.		171	8,9	
111	«Debo ser modelo para todos».	16			
112a	«Soy yo quien vigilaré sobre mi grey».	81a	158	8,3	
112d	«Me siento obligado a darles buen ejemplo».	81d			
113	Encuentro con otro más pobre que él.	17	84	7,6	
114	Corrige a un hermano que había juzgado a un pobre.	37	85	8,5	1C 76
115	Conversión de unos ladrones.	66			Flor 26
116	Un hermano tenido por santo.	102	28	11,10	
117	Persecuciones diabólicas en el palacio de un cardenal.	67	119	6,10	
118	Visión del serafín en el monte Alverna.				
119	La almohada de plumas en Greccio.	98	64	5,2	
120a	Devoción en la recitación del oficio.	94	96	10,6	
120c	El diablo quiere impedir la devoción interior.	95c	113b		
120d	Dar lo necesario al hermano «asno».	97	129	5,6	
120f	Interés por mantener la alegría espiritual.	95a	125		
120g	Reprensión a un hermano triste.	96a	128		

N.	ESPEJO DE PERFECCION	LP	2C	LM	Otros
1	Cristo aprueba la nueva redacción de la Regla.	17			
2a	El hermano Ricerio pregunta a Francisco por sus intenciones.	101a			
2c	Francisco renuncia a hacer observar la estricta pobreza.	101i			
3	La observancia del santo Evangelio.	102	62b		
4	Un novicio que quería un salterio.	104	195c		
4i	Un hermano menor no debe tener sino lo concedido por la Regla.	105			
5a	Pobreza en libros.	25	62a		AP 27b,c
5b	Pobreza en las camas.	26	63a		
5c	Pobreza en las casas.	23a	56a		
5d	Pobreza en la vajilla.	24	60b		
6	Abandono de la casa de Bolonia.		58	7,2	
7	Francisco quiere derribar una casa levantada cerca de la Porciúncula.	56ll	57	7,2	
8	Reprende Francisco al vicario general por ordenar que construyese una casita.	56p			
9a	Una celda que dicen ser suya.	57a	59b		
9d	«Las zorras tienen sus madrigueras...»	57d	56b	7,2	
9e	«Cuando el Señor se retiró al desierto».	57e			
9e	Quiso introducir en el testamento que las casas fueran de barro.	57e			
10a	Cómo edificar un convento.	58			
10d	Estar en paz con los clérigos.	54	146		
10d	Recomendaciones para la construcción.	58f			
11	Oposición de algunos a estas recomendaciones.	106c			
12	No ser ladrones de limosnas.	15			
13,	No poseer nada, ni siquiera en común.	16			
14	Del dinero colocado sobre el estiércol de asno.	27	65		AP 30a
15	Pobreza en los vestidos.	29-30	69		
16	«Debo ser modelo para todos».	111			
17	Encuentro con otro más pobre.	113	84	7,6	
18	Exhortación a pedir limosna.	51	74		
19	No inquietarse por el día siguiente.	52			
20	La comida de Navidad en Rieti.	74a	61	7,9	
21	Visita del obispo de Ostia en la Porciúncula.	74h	63b		
22a	Francisco invita a unos caballeros a mendigar.	96	77	7,10	
22b	Francisco recomienda la mendicidad.	96g	72	7,7	
23a	Una comida en casa del obispo de Ostia.	97a	73	7,7	
23f	No pasar mucho tiempo sin ir por limosna.	97e	75a		
24	Hermano «mosca».	97f	75b	5,6	

25	Francisco besa el hombro de un limosnero.	98	76		
26a	«La Religión de los hermanos menores».	101c		6,5	1C 38
26c	«El Señor te dé la paz».	101f			TC 26a
27a	«Me muero de hambre...»	50a	22	5,7	
27d	Rigor en la disciplina entre los primeros hermanos.	50d	21		
28	Un enfermo que quería uvas.	53	176		
29	Entrega su manto a una anciana (Celano).	31	86		
30	Entrega su manto a un pobre (Siena).	32	87	8,5	
31	Entrega su manto a un pobre (Cortona).	33	88		
32	Entrega su manto a un pobre (Colle).	34	89		
33	Entrega su manto a una anciana (Rieti).	89	92		
34	Francisco da su túnica a dos hermanos de Francia.	90	181		
35a	«Por amor de Dios».	91a	196a	9,1	
35b	Una pieza descosida de su túnica.	91b			
36	El hermano Gil da su manto a un pobre.	92			TC 44
37	Un hermano que había despreciado a un pobre.	114	85	8,5	1C 76
38	Entregan un Nuevo Testamento.	93	91		
39	Francisco renuncia al generalato.	11a	143		
40	Francisco renuncia a sus compañeros particulares.	40	144		
41	¿Quiénes son los que me han arrebatado la Orden?	44	188a		
42	Compasión con los enfermos.	45	175		
43a	Francisco y Domingo no quieren prelacías para sus hermanos.	49	148	6,5	
43f	Amistad entre Francisco y Domingo.		150		
44	Servicio a los leprosos.	9			
45a	Humilde respuesta al obispo de Terni.	10a	141		
45c	«Todavía puedo tener hijos e hijas».	10c	133	6,3	
46	«Un novicio de una hora que me dieran por guardián...»	11b	151	6,4	
47	La manera de obedecer.		51b		
48	«Como un cadáver...»		152	6,4	
49	No mandar sino raramente por obediencia.	1	153		
50	Ningún privilegio para la predicación.	20			
51	Cómo se reconciliaban los hermanos.	41	155		
52	Tres quejas de Cristo.	52			
53	Explicaciones de un texto de Ezequiel.	36	103	11,2	
54	Estar sometidos al clero.	19	146		
55a	Adquisición de la Porciúncula.	56a	18		TC 56a
55h	La vida que se hacía.	56g	19		
56	Francisco barre las iglesias.	60			

N.	ESPEJO DE PERFECCION	LP	2C	LM	Otros
57	El hermano Juan el simple.	61	190		
58	Francisco come con un leproso.	64			
59	Tentación en San Pedro de Bovara.	65a	122	10,3	1C 72
60	El trono de Lucifer.	65e	123	6,6	
61	Se acusa de haber comido carne.	80		6,2	1C 52b
62a	Alimentos condimentados con grasa comidos en cuaresma.	81a	131		
62c	Una piel de zorro.	81d	130		
63	Una tentación a propósito de una limosna.	82	132		
64	«No queremos que tengas mando sobre nosotros».	109	145b	6,5	
65a	Francisco quiere marchar a Francia.	108a	201b		
65d	Respeto por el cuerpo de Cristo.	108e	201a	9,2	
65f	Envío de vasos sagrados e instrumentos de hacer hostias.	108f	201c		
65g	«Nuestra celda es nuestro hermano cuerpo...»	108h			
65h	El obispo de Ostia no permite a Francisco que marche a Francia.	108l			1C 75
66	Conversión de unos ladrones.	115			Flor 26
67	Ataque de los demonios en el palacio de un cardenal.	117	119	6,10	
68	Capítulo de las esteras: «Ni la Regla de San Agustín, ni la de San Benito...»	18			
69	Moderar el apetito de ciencia.	47a	195a		
70	Días llegarán en que la Orden tenga mala fama.	2	157b		
71	«Por qué toleras este abuso...»	106a			
71c	«Mi cargo es espiritual».	106b			
Int.	Palabras del hermano León al hermano Conrado.				
72a	Procurar la humildad y la sencillez y no ser ávido de ciencia.	103a	195a		
72b	Abandono de la vocación so pretexto de edificación.	103b			
72c	Más valen las oraciones de los hermanos sencillos.	103c	164a	8,2	
72g	Parábola de la mujer estéril.	103d	164b	8,2	
73	Virtudes necesarias a los superiores.				
74	Condiciones para ser servidor de Dios.	3	159		
75	Contra la ociosidad.	48	161	5,6	
76	Elogio de la Regla.	46a	208a		
77	Un hermano que la llevaba consigo.	46b	208b		
78	Francisco confía la Orden a la Iglesia.		24b		TC 63c
79	Cuatro privilegios concedidos a la Orden.				
80a	«¿Quién te podrá suceder como ministro general?»	42a			
80b	Retrato del ministro general.	42b	184		
81a	Quejas de Francisco y palabras de Cristo acerca de la Orden.	112a	158	8,3	

81d	La misión de Francisco, dedicarse a la oración para que Cristo la gobierne.	112d			
82	Penitencias previstas para los charlatanes.	107	160	5,6	
83	«No abandonéis jamás la Porciúncula».				1C 106
84	Poema en honor de Santa María de los Angeles.				
85	Retrato del verdadero hermano menor.				
86	Parábola de los dos mensajeros.	37	113a		
87	Testamento de Siena.	59			
88a	Bendición a todos los hermanos.	22a	216	14,5	
38b	Conmemoración de la última cena.	22b	217a	14,5	
89	El Señor recompensará a los hermanos por los cuidados que prestan a Francisco.	86d			
90	Exhortación a las clarisas.	85	204		
91a	Enfermedades de Francisco.	77			1C 98
91b	El obispo de Ostia le ordena que se cuide la vista.	83a			1C 101
92	«Debería llorar la pasión de mi Señor».	78	11b		TC 14c
93	El violín improvisado con un palo.	38	127		
94	Devoción en la recitación del oficio.	120a	96	10,6	
95a	Interés por mantener la alegría espiritual.	120f	125		
95c	El diablo quiere impedir la devoción interior.	120c	113b	5,5	
96a	Reprende a un hermano triste.	120g	128		
96c	Alegrarse en las obras del Señor.				
97	Dar lo necesario al hermano «asno».	120d	129	5,6	
98	Una almohada de plumas.	119	64	5,2	
99	«La montaña es una tentación...»	63	115		
100	El cántico de las criaturas.	83c	213		
101	Se reconcilian el obispo y el *podesta* de Asís.	84			
102	Un hermano tenido por santo.	116	28	11,10	
103	Un postulante dirigido por móviles humanos.	70	40		
104	La viña de Rieti.	67			Flor 19
105	Francisco anuncia la guerra civil a los de Perusa.	75	37		
106	Un hermano escrupuloso librado de una tentación.	55	124		
107a	Bendición al hermano Bernardo.	12a			Flor 6
107d	Predicción relativa al hermano Bernardo.	12e	48		
108	Clara contempla a Francisco muerto.	13			
109	Francisco profetiza su gloria postuma.	4			
110	Comida ofrecida al médico de Rieti.	68	44	7,11	
111	Provisto del pez lucio en invierno.	71			
112	Ultima visita del «hermano Jacoba».	8			3C 37
113a	Amor a todas las criaturas.				EP 118

N	ESPEJO DE PERFECCION	LP	2C	LM	Otros
113b	Nuestra hermana alondra.	14d			
113c	Las alondras revolotean la víspera de la muerte.	14		14,6	
114a	Que nadie sufra hambre el día de Navidad.	14b	200		
115	La cauterización.	86i	166	5,9	
116	El fuego que no quiso que se apagara.	86j			
117	Una piel que no quiso dejar que se quemara.	87			
118	Amor a todas las criaturas.	88	165	9,1	
119	Alabanza del sol y del fuego.				
120	Texto del cántico de las criaturas.				
121	El hermano Elías le reprocha su alegría ante la muerte.	99	217		
122	«¡Bienvenida mi hermana muerte!»	100			
123	«¡Loado seas por nuestra hermana la muerte!»	7	217		
124	Bendición de la villa de Asís.	5			1C 108-9

«FLORECILLAS» DE SAN FRANCISCO Y DE SUS COMPAÑEROS

CAPÍTULOS:		*Págs.*
1.	Los doce primeros compañeros de San Francisco	800
2.	Cómo messer Bernardo, primer compañero de San Francisco, se convirtió a penitencia	801
3.	Cómo San Francisco, queriendo hablar al hermano Bernardo, lo halló todo arrebatado en Dios	804
4.	Cómo un ángel propuso una cuestión al hermano Elías, y, respondiéndole éste con orgullo, fue a referírselo al hermano Bernardo	806
5.	Cómo el hermano Bernardo fue a Bolonia y fundó allí un lugar	809
6.	Cómo San Francisco bendijo al hermano Bernardo antes de morir	811
7.	Cómo San Francisco pasó una cuaresma en una isla del lago de Perusa con sólo medio panecillo	813
8.	Cómo San Francisco enseñó al hermano León en qué consiste la alegría perfecta	814
9.	Cómo San Francisco y el hermano León rezaron maitines sin breviario	816
10.	Cómo el hermano Maseo quiso poner a prueba la humildad de San Francisco	818
11.	Cómo San Francisco hizo dar vueltas al hermano Maseo para conocer el camino que debía seguir	819
12.	Cómo San Francisco quiso humillar al hermano Maseo	820
13.	Cómo San Francisco y el hermano Maseo colocaron sobre una piedra, junto a una fuente, el pan que habían mendigado, y San Francisco rompió en loores a la pobreza	822
14.	Cómo, mientras San Francisco hablaba de Dios con sus hermanos, apareció Cristo en medio de ellos	825
15.	Cómo Santa Clara comió en Santa María de los Angeles con San Francisco y sus compañeros	825
16.	Cómo quiso San Francisco conocer la voluntad de Dios, por medio de la oración de Santa Clara y del hermano Silvestre, sobre si debía andar predicando o dedicarse a la contemplación	827
17.	Cómo un niño quiso saber lo que hacía San Francisco de noche	830
18.	Cómo San Francisco reunió un capítulo de cinco mil hermanos en Santa María de los Angeles	831
19.	Cómo fue revelado a San Francisco que su enfermedad era un don de Dios para merecer el gran tesoro ..	835
20.	Visión admirable de un joven novicio que estaba en trance de salir de la Orden	837
21.	Cómo San Francisco amansó, por virtud divina, un lobo ferocísimo	838
22.	Cómo San Francisco domesticó unas tórtolas silvestres	841
23.	Cómo San Francisco, estando en oración, vio al demonio entrar en un hermano	842
24.	Cómo San Francisco convirtió a la fe al sultán de Babilonia	842
25.	Cómo San Francisco curó milagrosamente de alma y cuerpo a un leproso	845
26.	Cómo San Francisco convirtió a tres ladrones homicidas	847
27.	Cómo San Francisco convirtió en Bolonia a dos estudiantes	850
28.	Cómo el hermano Bernardo tuvo un arrobamiento, en el	

Págs.

CAPÍTULOS:

que permaneció desde la madrugada hasta la hora de nona 851
29. Cómo el demonio se apareció al hermano Rufino en figura de Cristo crucificado y le dijo que estaba condenado 853
30. La hermosa predicación que hicieron en Asís San Francisco y el hermano Rufino cuando predicaron sin hábito 855
31. Cómo San Francisco conocía puntualmente los secretos de las conciencias de todos sus hermanos 857
32. Cómo el hermano Maseo obtuvo de Cristo la gracia de la humildad 858
33. Cómo Santa Clara bendijo, por orden del papa, los panes, y en cada uno apareció la señal de la santa cruz 859
34. Cómo San Luis, rey de Francia, fue a visitar al hermano Gil en hábito de peregrino 860
35. Cómo, estando gravemente enferma Santa Clara, fue transportada milagrosamente, en la noche de Navidad, a la iglesia de San Francisco 861
36. Una visión hermosa y admirable que tuvo el hermano León y cómo se la declaró San Francisco 862
37. Cómo San Francisco recibió en la Orden a un caballero cortés 863
38. Cómo San Francisco conoció en espíritu que el hermano Elías estaba condenado y que moriría fuera de la Orden 865
39. Cómo San Antonio, predicando ante el papa y los cardenales, fue entendido por gentes de diversas lenguas 866
40. Cómo San Antonio predicó a los peces, y por este milagro convirtió a los herejes 867
41. Cómo el hermano Simón, hombre de gran contemplación, libró de una gran tentación a un hermano que estaba para dejar la Orden 869
42. Algunos santos hermanos; Bentivoglia, Pedro de Monticello y Conrado de Offida. Y cómo el hermano Bentivoglia llevó a cuestas a un leproso quince millas en poquísimo tiempo 871
43. Cómo el hermano Conrado amonestó a un hermano joven que servía de escándalo a sus hermanos y le hizo cambiar de conducta 874
44. Dos hermanos que se amaban tanto, que, por caridad, se manifestaban el uno al otro las revelaciones que tenían 875
45. Cómo un hermano, por nombre Juan de la Penna, fue llamado por Dios a la Orden 876
46. Cómo el hermano Pacífico, estando en oración, vio subir al cielo el alma de su hermano Humilde 879
47. Un santo hermano a quien, cuando estaba para morir, se apareció la Virgen María con tres redomas de electuario y lo sanó 880
48. Cómo el hermano Jacobo de Massa vio, bajo la forma de un árbol, a todos los hermanos menores del mundo. 882
49. Cómo Cristo se apareció al hermano Juan de Alverna.. 885
50. Cómo, diciendo misa el hermano Juan de Alverna el día de Difuntos, vio que muchas almas eran liberadas del purgatorio 888
51. El santo hermano Jacobo de Falerone y cómo se apareció al hermano Juan de Alverna después de muerto .. 889
52. La visión del hermano Juan de Alverna, en que él conoció todo el orden de la santa Trinidad 890
53. Cómo, celebrando la misa, el hermano Juan de Alverna cayó *como si estuviera muerto* 891

CONSIDERACIONES SOBRE LAS LLAGAS

CONSIDERACIONES: *Págs.*

1. Cómo messer Orlando de Chiusi donó el monte Alverna a San Francisco 894
2. La permanencia de San Francisco con sus compañeros en el monte Alverna 900
3. La aparición del serafín y de la impresión de las llagas a San Francisco 907
4. Cómo San Francisco, después de la impresión de las llagas, partió del Alverna y regresó a Santa María de los Angeles 913
5. Apariciones a santas personas relativas a las sagradas llagas 923

«SACRUM COMMERCIUM»

Alianza de San Francisco con dama Pobreza

PRÓLOGO 934

Búsqueda de la Pobreza 935

El bienaventurado Francisco pregunta por la Pobreza 935
Francisco ruega que se le indique dónde mora la Pobreza 936

Ascensión de la montaña y encuentro con dama Pobreza 937

El bienaventurado Francisco exhorta a sus hermanos 937
La Pobreza se admira de la facilidad con que escalan el monte..... 938

Petición de la alianza 939

El bienaventurado Francisco y sus compañeros elogian la Pobreza .. 939
Títulos de la Pobreza 940

Respuesta de dama Pobreza. Su gran discurso 942

La Pobreza recuerda su estancia en el paraíso 942
El testimonio de Cristo 944
Los apóstoles 944
Los seguidores de los apóstoles 945
La paz, contraria a la Pobreza 946
La persecución, hermana de la Pobreza 946
Elogio de los auténticos pobres 947
Los falsos pobres 947
La avaricia 948
La Pobreza amonesta a los falsos religiosos 948
Reacción de estos religiosos 948
La Pobreza habla de los buenos religiosos 949
La Avaricia se apropia el nombre de Discreción 949
La Previsión humana 950
La Avaricia pide auxilio a la Acidia 951
Religiosos vencidos por la Acidia 952
Los pobres enriquecidos persiguen a la Pobreza 953
La Pobreza los exhorta a volver junto a sí 953

Págs.

El Señor habla a la Pobreza 954
Dama Pobreza previene al bienaventurado Francisco acerca del progreso y decadencia en la vida de la Orden 954

Ratificación de la alianza 956

Respuesta del bienaventurado Francisco y de sus hermanos: Juramento de fidelidad a dama Pobreza 956
Consentimiento de dama Pobreza 956

Banquete de la Pobreza con los hermanos 957
Dama Pobreza bendice a los hermanos y los exhorta a perseverar en la gracia recibida 959

INDICES

Este apartado contiene:
— *Indice de citas bíblicas en los Escritos de San Francisco.*
— *Indice de materias de los Escritos de San Francisco.*
— *Indice de materias de las biografías.*
— *Indice de nombres de personas.*
— *Indice de nombres de lugares.*

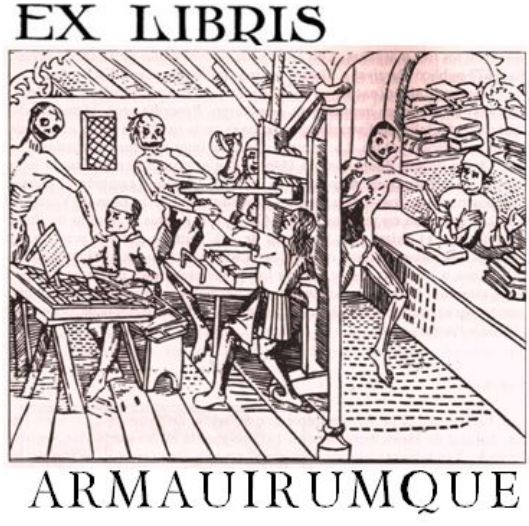
Cuantas veces en los «Indices de materias», dentro de lo referente a un vocablo, se repite éste, se abreviará, poniendo la letra inicial del vocablo, seguida de un punto; v.gr.: **Eucaristía** = e.

Cuantas veces figura el nombre de FRANCISCO en los «Indices de materias», se pone su inicial F.

Cuando tras una palabra aparece un asterisco, quiere éste decir que la misma figura entre los vocablos que se destacan en los «Indices de materias».

A veces, las deficiencias de los «Indices de materias» de las biografías podrán ser colmadas acudiendo a las «Tablas de concordancias».

Hemos de advertir que para la confección de los *Indices de materias* nos han servido de base los de la obra DESBONNETS-VORREUX, *Saint François d'Assise*. En cuanto al correspondiente a los Escritos de San Francisco, hemos añadido las referencias de textos que no figuran en el mencionado libro e introducido pensamientos y elementos nuevos que nos han parecido convenientes; asimismo, nos hemos visto precisados a revisarlo todo, con el fin de adoptar la división en versículos establecida por Kajetan Esser en su edición crítica. En cuanto al correspondiente a las biografías, lo hemos enriquecido con elementos aportados por los autores de este volumen, así como con otros tomados del libro italiano, de reciente aparición, *Fonti francescane* (Assisi 1977).



INDICE DE CITAS BIBLICAS EN LOS ESCRITOS DE SAN FRANCISCO

ANTIGUO TESTAMENTO

Génesis

1,26	Adm 5,1; 1R 23,1
2,15	1R 23,1
2,16.17	Adm 2,1
23,4	2R 6,2; Test 24
47,29	CtaA 2

Exodo

15,6-7	OfP 14,4

Levítico

19,2	CtaO 23

Números

6,24-26	BenL 1-2

Esdras

8,6	CtaO 4

Tobías

1,3	Test 16
4,11	2CtaF 30
4,15	1R 4,5
12,9	2CtaF 30
13,4	CtaO 9
13,6	CtaO 8

Salmos

3,6	OfP 6,11
4,3	Adm 1,14
9,9-11	OfP 11,6-7
11,7	2R 9,3
12,1-6	OfP 13,1-6
17,7	OfP 10,6
17,18	OfP 3,5
17,31	2R 9,3
19,2-7	OfP 11,1-6
21,7	2CtaF 46; OfP 4,7
21,8	OfP 4,6
21,10-11	OfP 2,4-5
21,12	OfP 1,5
21,14-16	OfP 6,5-8
21,16	OfP 6,10
21,17-19	OfP 6,2-4
21,20	OfP 4,9
21,24	ExhAD 3
29	OfP 9; Rúbr.2
30,5	AlD 5
30,12	OfP 4,8
31,4	2CtaF 21
33,9	2CtaF 16
33,23	OfP 6,15
34,11-12	OfP 5,13-14
34,15	OfP 5,10
37,12	OfP 1,7
37,21	OfP 5,14
37,23	OfP 1,10; 2,12; 4,10; 5,16
38,13	2R 6,2; Test 24
40,7	OfP 4,5
40,8	OfP 1,2; 4,5
40,8-9	OfP 4,3
41,9	OfP 9,4; 15,5
42,2	AlD 5
43,5	OfP 2,11; 5,15
45,11	OfP 6,14
46,2-3	OfP 7,1-2; 15,1-2
50	1R 3,5
50,10	Adm 20,2
55,2-3	OfP 4,1-2
55,8-9	OfP 1,1
55,10	OfP1,6
56,2-12	OfP 3,1-12
56,12	OfP 7,10
58,17-18	OfP 11,8-9; 12,9-10
61,9	CtaO 28
65,1-4	OfP 10,1-3
65,8	OfP 10,7
65,16-17	OfP 10,4-5
67,33-36	OfP 9,9-12
68,5	OfP 5,11-12
68,8-10	OfP 5,7-9
68,17-18	OfP 12,7-8
68,19	OfP 2,3
68,20-21	OfP 2,6-8
68,22	OfP 6,9
68,27	OfP 7,10
68,33	OfP 14,5
68,35	ExhAD 5; AlHor 7; OfP 14,6
68,36-37	OfP 14,7-9
69,2-6	OfP 8,1-7
70,1-8	OfP 12,1-6
70,5	AlD 4
70,10	OfP 1,2; 4,4
70,12	OfP 1,9
70,14	OP 15

71,17-19 OfP 10,8-10
72,24 OfP 6,11-12
72,25 OfP 6,13
73,12 OfP 7,3; 15,3
76,15 AlD 1
80,2 OfP 15,1
85,10 AlD 2
85,14 OfP 2,9
87,2-3 OfP 2,1-2
87,5-6 OfP 2,10
87,9 OfP 1,8
88,27-28 OfP 15,4
95,1 OfP 7,5; 15,10
95,4 OfP 7,6; 15,11
95,7-8 OfP 7,7; 9,8; 15,12
95,9-10 OfP 7,9
95,11-12 OfP 7,4; 9,7; 15,9
95,13 OfP 6,16; 7,11
97,1-2 OfP 9,1-3
102,21-22 ExhAD 10-11
106,27 1CtaF 2,9; 2CtaF 67
108,4 OfP 1,4
108,5 OfP 1,3
112,1 ExhAD 13
117,24 ExhAD 8; OfP 9,5; 15,6
117,26-27 OfP 9,6
118,21 1CtaF 2,9; 2CtaF 17; CtaA 3; 1R 5,16
127,2 1R 7,4
129 1R 3,6
135,1 CtaO 8
135,2 AlD 3
141,2-5 OfP 5,1-6
141,6 2R 6,5
143,1 OfP 11,8; 12,9
146,1 ExhAD 10
148,7-10 ExhAD 12
148,12 ExhAD 14
150,6 ExhAD 9

Proverbios

26,11 Adm 3,10
29,20 Adm 21,1

Eclesiastés

1,2 1R 8,6

Sabiduría

6,7 CtaA 5
18,15 Adm 1,16

Eclesiástico

3,32 2CtaF 32

Isaías

9,5 OfP 15,7
11,2 1CtaF 1,6; 2CtaF 48
12,1-2 OfP 14,1-3
38,15 1R 11,12
50,7 1R 9,4
55,3 CtaO 6

Jeremías

17,5 2CtaF 76
48,10 CtaO 19

Lamentaciones

1,12 OfP 6,1

Ezequiel

33,13 CtaA 3

Daniel

3,52 1R 23,11
3,57 AlHor 5
3,78 ExhAD 6
3,80 ExhAD 12
3,82 ExhAD 7

Malaquías

2,2 CtaO 20

NUEVO TESTAMENTO

San Mateo

3,2 1R 21,3
4,2 2R 3,6
5,3 Adm 14,1
5,8 Adm 16,1
5,9 Adm 13,1; 15,1
5,10 1R 16,12; 2R 10,11
5,11 1R 16,16
5,16 1CtaF 1,10; 2CtaF 53
5,22 1R 11,4
5,24 2CtaF 38
5,28 1R 12,5
5,39 Adm 14,4; 1R 14,4
5,44 Adm 9,1; 1R 22,1; 2R 10,10
5,45 1CtaF 1,7; 2CtaF 49
6,2 Adm 21,3; 1R 17,13

6,9 2CtaF 21; 1R 22,28
6,9-13 ParPN 1-16
6,14 1R 21,6
6,16 Adm 21,3; 1R 3,2
6,20 Adm 28,1
6,33 REr 3
7,3 1R 11,11
7,12 1R 4,4; 10,1; 2R 6,9
7,14 1R 11,13
8,22 1R 22,18
9,12 CtaM 15; 1R 5,8
10,10 1R 14,1
10,16 1R 16,1-2
10,22 1R 16,21; 2R 10,12
10,23 1R 16,14
10,28 1R 16,18
10,32 1R 16,8
11,8 1R 2,14
11,25 AlD 2; 1R 23,1
11,30 2CtaF 15
12,4 1R 9,13
12,36 CtaCle 14; 1CtaF 2,22; CtaA 8; 1R 4,16
12,43 1R 22,21
12,44 1R 22,23
12,50 1CtaF 1,7.9; 2CtaF 50.52
13,19-23 1R 22,17
13,22 2R 10,7
15,18-19 2CtaF 37
15,19 1R 22,7
15,20 1R 22,8
16,24 2CtaF 40; 1R 1,3
17,5 1R 23,5
18,8 1R 21,8
18,20 1R 22,37
19,21 1R 1,2; 2R 2,5
19,27 1R 8,5
19,29 1R 1,5
20,15 Adm 8,3; 1R 5,10
20,21 1CtaF 1,19; 2CtaF 60
20,25-26 1R 5,10-11
20,28 Adm 4,1; 1R 4,6
22,21 Adm 11,4
22,37 2CtaF 18
22,39 1CtaF 1,1; 2CtaF 18.26
23,8-10 1R 22,33-35
24,6 1R 16,19
24,13 2CtaF 88; 1R 16,21
24,45 Adm 23,3
25,18 Adm 18,2
25,34 1R 23,4
25,41 1R 21,8
25,46 1R 16,11
26,26-27 2CtaF 6-7
26,39 2CtaF 10
26,42 2CtaF 10
26,50 1R 22,2
28,20 Adm 1,22; 1R 22,38

San Marcos

2,17 1R 5,8
2,26 1R 9,13
4,15-19 1R 22,17
4,25 1CtaF 2,16; 2CtaF 83
7,21 1CtaF 2,12; 2CtaF 69 1R 22,7
7,23 2CtaF 37.69; 1R 22,8
8,36 1R 7,1
9,28 1R 3,1
10,29 1R 1,5
11,25 1R 21,6; 22,28
12,30 1CtaF 1,1; 1R 23,8
12,33 1R 23,8
12,36 1R 23,8
14,22-24 Adm 1,10

San Lucas

1,28 ExhAD 4
1,32 CtaO 4
1,68 OfP 6,15
2,7 OfP 15,7
2,14 OfP 15,8
2,19.51 Adm 21,2
3,8 2CtaF 25; 1R 21,3
4,2 2R 3,6
6,22-23 1R 16,16
6,27 2CtaF 38
6,29-30 1R 14,6
6,37-38 1R 21,5
6,41 1R 11,11
7,25 1R 2,14
8,5 1R 22,12
8,11-15 1R 22,17
8,18 Adm 18,2; 1CtaF 2,16; 2CtaF 83; CtaA 4
8,22 1R 22,18
9,3 1R 14,1
9,24 Adm 3,2; 1R 16,11
9,26 1R 16,9
9,62 Adm 3,10; 1R 2,10; 2R 2,13
10,4 1R 14,1
10,5 2R 3,13
10,5-7 1R 14,3
10,8 1R 3,13; 2R 3,14
10,20 1R 17,6
10,27 ParPN 5; 1R 23,8
10,38-42 REr 2
11,21 Adm 27,5
11,24 1R 22,21-22
11,26 1R 22,24
11,42 2CtaF 36
12,4 1R 16,17-18
12,5 1R 8,1
12,15 2R 10,7
13,24 1R 11,13
14,26 1R 1,4
14,27 Adm 5,8; OfP 7,8; 15,13
14,33 Adm 3,1
16,2 1R 16,4
17,10 1R 11,3; 23,7
18,1 2CtaF 21; 1R 22,29
18,19 AlHor 11; 1R 17-18

18,22	1R 1,2
18,29	1R 1,5
21,19	1R 16,20
21,34	1R 8,2
21,34-35	1R 9,14-15
21,36	1R 22,27
22,19	CtaO 16; 1R 20,6
22,26	2CtaF 42; 1R 5,12
22,44	2CtaF 8-9

San Juan

1,3	2CtaF 12
1,18	Adm 1,5
3,5	2CtaF 23; 1R 16,7
3,19	2CtaF 16
4,23	2CtaF 19; 1R 22,30
4,24	Adm 1,5; 2CtaF 20; 1R 22,31
6,54	1CtaCus 6; 1R 20,5
6,55	Adm 1,11; 2CtaF 23
6,57	2CtaF 23
6,64	Adm 1,6; 1CtaF 2,21; 2CtaF 3; 1R 22,39; Test 13
8,11	CtaM 20
8,41	1CtaF 1,6; 2CtaF 48; 1R 22,27
8,47	CtaO 34
9,35	Adm 1,15
10,15	1CtaF 1,13; 2CtaF 56
12,6	Adm 4,3; 1R 8,7
12,13	ExhAD 8
12,28	1R 22,41
13,14	1R 6,4
14,6	1R 22,40
14,6-9	Adm 1,1-3
14,23	1CtaF 1,6; 2CtaF 48; 1R 22,27
15,7	1R 22,36
15,12	1R 11,5
15,13	Adm 3,9
15.20	1R 16,13
17,1-6.8-11. 13-15.17.20. 23-24.26	1R 22,41-55
17,6	1CtaF 1,14; 2CtaF 57
17,8-9	1CtaF 1,15-16; 2CtaF 58
17,11	AID 2; 1CtaF 1,14.18; 2CtaF 56.59
17,17	1CtaF 1,17; 2CtaF 58-59
17,19	1CtaF 1,17; 2CtaF 59
17,20	1CtaF 1,18
17,23	1CtaF 1,18
17,24	1CtaF 1,19; 2CtaF 60
17,26	1R 23,3
19,11	SalVir 18

Hechos

2,14	CtaO 5
13,48	1R 10,3

Romanos

1,25	CtaO 4; 1R 17,19
1,29	1R 11,8
2,5	Adm 11,2
3,12	Adm 8,2
8,6	1R 17,10
9,28	2R 9,4
11,33	1R 23,11
12,21	1R 17,19
14,3	1R 9,12
14,10	1CtaF 2,22

1 Corintios

1,26	CtaO 23
2,6	SalVir 10
2,14	CtaCle 7
3,17	1R 12,6
6,19	1R 12,6
6,20	1CtaF 1,10; 2CtaF 53
7,24	1R 7,6
11,24	CtaO 16
11,27	CtaO 16
11,29	Adm 1,13; 2CtaF 24; CtaO 19
12,3	Adm 8,1
12,28	Adm 5,5
13,2	Adm 5,5

2 Corintios

3,6	Adm 7,1
6,3	ParPN 5
8,9	2CtaF 5; 2R 6,3
12,5	Adm 5,8

Gálatas

5,13	1R 5,14

Efesios

3,18	ParPN 3
6,6	CtaO 14

Filipenses

2,8	Adm 1,16; CtaO 46
4,4	1R 7,16

Colosenses

1,20	CtaO 13
1,23	2R 12,4
3,22	CtaO 14

1 Tesalonicenses

1,9 AlD 3
2,7 1R 9,11; 2R 6,8
5,15 ParPN 8
5,18 1R 21,2
5,19 2R 5,2

2 Tesalonicenses

3,10 1R 7,5

1 Timoteo

4,5 CtaO 37
6,8 1R 9,1
6,16 Adm 1,5

2 Timoteo

2,14 1R 11,1; 2R 3,10

Tito

3,2 1R 11,7.9

Hebreos

10,28-29 CtaO 17-18
10,31 1R 5,1
12,7 CtaO 10-11

Santiago

1,2 1R 7,8
2,5 2R 6,4
2,10 SalVir 7
2,13 2CtaF 29
2,18 1R 11,6
4,10 CtaO 28
5,16 1R 20,3; 21,6

1 Pedro

1,12 CtaO 22
1,22 Adm 3,6
2,11 2R 6,2; Test 24
2,13 2CtaF 47; 1R 16,6
2,21 2CtaF 47; 1R 16,6; 2CtaF 13; OfP 7,8; 15,13; 1R 22,2
2,25 1R 22,32
4,9 1R 6,15
5,6 CtaO 28

2 Pedro

2,22 Adm 3,10

1 Juan

3,10 1R 21,8
3,14 CtaCle 3
3,18 1R 11,6
4,16 1CtaF 2,19; 2CtaF 87; 1R 17,5; 22,26

Apocalipsis

1,5 CtaO 3
3,9 1R 10,3
4,8 AlHor 1
4,11 ExhAD 2; AlHor 2
5,12 ExhAD 15; AlHor 3
5,13 2CtaF 61; AlHor 8
7,9 1R 23,7
14,7 ExhAD 1
19,3 1R 23,6
19,4 1R 23,6
19,5 AlHor 6

INDICE DE MATERIAS DE LOS ESCRITOS DE SAN FRANCISCO

Acción de gracias: por Jesús y el Espíritu*: 1R 23,5; 2CtaF 6; por nosotros: 1R 23,10; aun en la enfermedad*: 1R 10,3 — oración* de a.: 1R 23,1-5; exhortación a la a.: 1R 21,2.
Cf. *Adoración, Alabanza, Bendición Doxología.*

Acogida: de los postulantes*: 1R 2,1-3; 2R 2,1-2; de los hermanos* por los ministros*: 1R 6,2; 2CtaF 44 — de los pecadores*: CtaM 15; aun de los bandidos: 1R 7,14; excepto en los eremitorios*: REr 7-8.
Cf. *Amor, Caridad, Misericordia.*

Admonición: exhortaciones o enseñanzas: Adm 1-28; antes de castigar 1R 5,4-6; esto es una a.: Test 34 — de los ministros* a los hermanos*: 1R 4,2; 2CtaF 44; de los hermanos entre sí: 1R 5,5; de los hermanos al pueblo: «CtaCus 6.
Cf. *Consejos.*

Adoración: debemos adorar: 1R 22,26; con corazón* puro: 2CtaF 19-20; Adm 16,2; en espíritu* y en verdad*: 1R 22,29-31 — te adoramos: 1R 23,10; Test 5; predicar la a.: 1R 2; CtaO 4; los adoradores se salvarán: 1R 23,8.
Cf. *Alabanza, Bendición, Doxología.*

Afrentas: aceptarlas sin turbación*: Adm 14,3-4; humildemente: Adm 22,3; buscarlas: 1R 17,14; son fuente de honra: 1R 9,6-7; Adm 6,2; cf. *Calumnia, Persecución, Tribulaciones.*

Alabanza: a Dios* solo: Cánt 2; 1CtaCus 7; 2CtaCus 6; OfP 14,3; por Jesús y por el Espíritu*: 1R 23,5; con los ángeles*: 1R 23,6; OfP Ant — demos gracias: 1R 23,10; AlHor 11; día y noche: 2CtaF 21; por la palabra* y por el ejemplo*: Adm 7,4; por las obras: CtaO 8; por los cantos*: OfP 9,1.4.9; 11,9; con humildad*: Cánt 14; por todos los bienes*: 1R 17,17-19; 2CtaF 62; Cánt 5-12; sobre todo, por la salvación*: OfP 9,6-7.11; 8,5; y aun en la enfermedad*: 1R 10,3; y en las afrentas*: 1R 9,6-7 — invitar a todos los hombres* a la a.: 1R 21,1-8; CtaA 7; 1CtaCus 8; 2CtaCus 6; OfP 7,1-7; 10,1-3; 15,12; 14,6 — algunos modelos: 1R 23,1-6; AlD 1-6; Cánt 1-12; OfP 3,8-10; 12,4-6.9-10; 13,6; AlHor 1-11; ExhAD 1-16.
Cf. *Acción de gracias, Adoración, Bendición, Doxología.*

Alegría: Dios* es a.: AlD 4 — que los hermanos* se muestren alegres: 1R 7,16; por las obras del Señor*: Adm 20,1; 1R 22,46; CtaO 26; OfP 7,1-6; 8,5; 9,4-7; 10,1; 11,5; 13,6; 14,5; 15,1.6.9; y se regocijen por las tribulaciones*: 1R 16,15-16; 17,8; VerAl 3-14; de la felicidad del prójimo*: ParPN 5; de la compañía de los pobres*: 1R 9,2; y no de sus propias obras: 1R 17,6; pobreza* con a.: Adm 27,3.
Cf. *Bienaventuranzas.*

Alimento: fruto del trabajo*: 1R 7,4-5; o de la limosna*: 1R 9,8.11-12; 14,1-3; REr 4-5; libertad: 2R 3,14; NACl 1; pero evitar los excesos: 1R 9,1.14; 2CtaF 32 — no despreciar a los que se alimentan de platos delicados: 2R 2,17; distinguir el cuerpo* de Cristo* de los otros a.: 2CtaF 24; CtaO 19; ParPN 6.

Alma: dada por Dios*: 1R 23,8; de la que El mismo es el pastor: 1R 22,32; lazos entre el a. y Cristo*: 1CtaF 1,7-13; 2CtaF 51-53 — amar con toda nuestra a.: 1R 23,8; dejar de hacer lo que la perjudica: 1R 7,2-3; dejar de obedecer en lo que es contrario al a.: Adm 3,3-7; 1R 5,1-2; 2R 10,1-3; responsabilidad de los ministros*: 1R 4,6 — enemigos* del a.: apego a un cargo*: Adm 4,3; el pecado*: 1CtaF 2,1-10; 2CtaF 67-68; la carne*: 1R 10,4; 2CtaF 74-81; la ociosidad*: 1R 7,11; 2R 5,2; el mal ejemplo*: Adm 3,11; el demonio*: 2CtaF 82-85; pero las limosnas* la purifican: 2CtaF 30; y la paciencia* la salva: 1R 16,19-20.

Altar: limpieza de los manteles: CtaCle 4; 1CtaCus 3; donde cada día desciende Cristo*: Adm 1,9.18; 2CtaF 33; CtaO 26.37; 1CtaCus 7; cf. *Objetos de culto.*

Altísimo: Dios*: Adm 1,9; 7,4; 8,4; 28,2; 1R 17,17-18; 23,1-10; FVCl 1; Test 40; 2CtaF 4; CtaO 14; AlHor 11; AlD 2; CtaO 52; penetrarnos de su grandeza: CtaO 34 — Jesús: CtaO 4; no vemos del A. sino su cuerpo*: Test 10; CtaCle 3 — el A. me reveló: Test 14; la a. pobreza*: 2R 6,4; UltVol 1-2.
Cf. *Creador, Dios, Señor, Trinidad.*

Amargura: para el cuerpo*, el servicio* de Dios*: 1CtaF 2,11; 2CtaF 69; el ver los leprosos*: Test 1; se cambia en dulzura*: Test 3; el recuerdo de nuestros peca-

dos*: 1R 11,10-12; y de los daños sufridos: Adm 9,2.

Amigo: aquellos que nos persiguen: 1R 22,2-3; a. espirituales*: 2R 4,2; a. carnales: Adm 7,2; 2CtaF 72-73.80.84 — Jesús llama a. a Judas: 1R 22,2; y a sus apóstoles*: 1R 16,17.

Amor: el Padre* es a.: ParPN 2; AlD 4; El nos ama: 1R 22,53; 23,3; que por su a. los santos* le dan gracias*: 1R 23,6; Jesús nos ama: ParPN 6; no le respondemos más que con el odio*: OfP 1,3 — los que aman a Dios* son benditos: 1CtaF 1,1.5; 2CtaF 18; OfP 14,9; son las madres* de Jesús: 1CtaF 1,7.10; 2CtaF 53; amémosle: 1R 17,16; 22,26; 23,8; ParPN 5; a. a Dios, primer deber del hermano* menor*: 1R 22,26; sobre todo, los sacerdotes*: CtaO 24; y conduzcamos a los hombres* a su a.: Adm 21,2; ParPN 5 — expresiones* de este a.: sufrimiento ante el pecado*: Adm 9,3; 11,2; pero siempre en la paz*: Adm 15,2; amar al prójimo*: *1CtaF 1,1*; 2CtaF 18; al menos no haciéndole mal: 2CtaF 26-27; amar a los sacerdotes: Test 8; a los hermanos: 1R 11,5; CtaO 2; TestS 3; maternalmente: 1R 9,11; 2R 6,8; REr; a los enfermos: Adm 24; y a los pecadores*: CtaM 11; amar a los enemigos*: Adm 3,8; 1R 16,10-12; 22,1-4; 2R 10,10; 2CtaF 38; CtaM 5-11; Cánt 10; ésta es la verdadera pobreza*: Adm 14,4; manera de amarles: Adm 9,2-4 — rechazar los a. carnales: CtaO 14; SalVir 14; malditos los que aman las tinieblas: 2CtaF 16; obstáculos al a.: CtaM 2; será perfecto en el cielo*: ParPN 4 — por el a. de Dios: cf. *Expresiones.*
Cf. *Caridad, Fraternidad, Misericordia, Perdón.*

Angel, arcángel: ven a Dios*: CtaO 22; Dios está en los a.: ParPN 2; Cristo vendrá con la gloria de los a.: 1R 16,9; alaban a Dios: 1R 23,6; AlHor 7-8; Miguel: 1R 18,1; 23,6; OfP Ant; ExhAD 17; Gabriel: 1R 23,6; 2CtaF 4; Rafael: 1R 23,6.

Animales: invitados a la alabanza*: OfP 7,4-6; 9,7; 10,1-3; 14,6; 15,9-10 — prohibición de poseer bestias: 1R 15,1; de andar a caballo: 1R 15,2; 2R 3,12; — estar sometido a bestias y fieras: SalVir 17.
Cf. *Criaturas.*

Apostolado: fin: 1R 16,7; métodos: 1R 16,5-7; por la alabanza*: OfP 3,10 — entre los bautizados: cf. *Cristiano;* entre los paganos: 1R 16; 2R 12; cf. *Infieles.*
Cf. *Ejemplo, Misión, Predicación, Testimonio.*

Apóstoles: intermediarios de la alabanza*: 1R 23,6; han visto a Cristo* y han creído en EL: Adm 1,19; han vivido de limosna*: 1R 9,5; Pedro, Pablo, Juan: 1R 23,6; Felipe: Adm 1,3-4; Santiago: 1R 20,3; cf. *Santos.*

Apropiación: no apropiarse ni lugar*: 1R 7,13-14; 2R 6,1; ni cargo*: Adm 5,3; 16,2; 19,3; 1R 17,4; ni ciencia*: Adm 7,4; ni derecho de juzgar: Adm 11,2-4; ni aun la voluntad*: Adm 2,3; mas devolver todo bien* a Dios*: Adm 18,2; 1R 17,17; CtaO 29; AlHor 11; cf. *Bienes, Bolsa, Dinero, Posesión, Riqueza.*

Aptitud: para la misión*: 1R 16,4; 2R 12,2; para el trabajo*: 1R 7,6; Test 21; para el reino*: 1R 2,10; 2R 2,13.

Ascensión: OfP 7,10; 9,9.

Aspirante: cf. *Postulante, Probación.*

Autoridades: llamamiento a sus deberes: CtaA 1; 2CtaCus 6.

Avaricia: desecharla: 1R 8,1; cultivando la pobreza*: Adm 27,3; 1R 22,7; 2R 10,7; SalVir 11; cf. *Apropiación, Codicia.*

Ayuno: debemos ayunar: 2CtaF 32; para imitar a Jesús: 1R 3,11; para expulsar al demonio*: 1R 3,1; días de a.: NACl 2-6; 1R 3,11-12; 2R 3,5-8; cf. *Mortificación, Penitencia.*

Bautismo: uno de los fines del apostolado*: 1R 16,7; cf. *Sacramento.*

Belleza: el Señor es b.: AlD 5; 1CtaF 1,11; 2CtaF 55; no gloriarse de la propia b.: Adm 5,7.

Bendición: bendito sea Dios*: AlHor 1-5.11; *Cánt 1*; que *nos rescata*: OfP 6,15; que da la fuerza: OfP 9,11; que hace maravillas: OfP 10,9-10; nuestra defensa: OfP 12,9; bendito sea Jesús: Test 5; CtaO 4; predicar que hay que bendecir a Dios: 1R 21,2; CtaA 7; cf. *Alabanza* — que Dios bendiga a los que practiquen este escrito*: 1R 24,2; Test 40; CtaO 40; CtaA 9; y lo difundan: 2CtaF 88; CtaCle 15; 1CtaCus 9; y lo prediquen: 1CtaCus 9; a los que practiquen la caridad*: 2CtaF 18-19; perseveren: 1R 5,17; 2CtaF 88; y ayunen: 2R 3,6 — bendito seas tú del Señor*: CtaM 1; BenL 1.3; yo confirmo esta b.: Test 41; TestS 1.3; con la b. de Dios: cf. *Expresiones;* maldeciré vuestras b.: CtaO 20.

Biblia: cf. *Evangelio, Sagrada Escritura.*

Bien, bienes: Dios* es el único b.: 1R 23,9; AlD 3; ParPN 2-3; AlHor 11; y fuente del b.: 1R 17,18; 23,8; cf. SalVir 3; todos los b. vienen de Dios: Adm 7,4; 8,4; 21,2; 28,1; 1R 17,17; 2CtaF 61; OfP

13,6; atribuyámosle todo b.: Adm 18,2; AlHor 11 — hagamos el b.: 1R 2,15; ParPN 8; a pesar de nuestro cuerpo*: 1R 22,6; sin orgullo*: Adm 2,3; pues es el Señor quien obra: Adm 8,2; 12,2; 17.1 — en la muerte* se pierden todos los b.: 1CtaF 2,16-17; 2CtaF 74-81.83; CtaA; darlos a los pobres*: 1R 1,2; 2,4-7.11; 2R 2,5-8; Test 16; BenBer 2; ser pobre de b.: 2R 6,4; 1R 14,6; Adm 3,3; 14,3; 16,2.

Bienaventuranzas: dichoso aquel que ama a Dios*: 1CtaF 1,1; 2CtaF 18; que ayuda a su hermano*: 1CtaF 1,1; Adm 18,1; 24 25; que no retiene nada para sí: Adm 11,4; 18,2; 20,1; que es humilde: Adm 17,1; 19,1.4; 21,1; 22,1; 23,1; 28,1-3; que está dispuesto a obedecer: Adm 22,2; 23,2; que tiene fe* en los clérigos*: Adm 26,1; que tiene su cuerpo* encadenado: Adm 10,3; 1CtaF 1,2; que hace penitencia*: Adm 22,2; 23,3; 1R 21,7; 1CtaF 1,4; que persevera en la paz*: Cánt 11; que recibe el cuerpo y la sangre del Señor*: 1CtaF 1,3.

Blasfemia: la envidia* es una b.: Adm 8,3-4; cf. Adm 11,2; compensarla con la alabanza*: 1R 17,19.

Bolsa: Adm 4,3; 1R 14,1; cf. *Dinero.*

Bondad: con el postulante*: 1R 2,2-3; con el hermano pecador: 2CtaF 44; CtaM 2-13; 2R 7,2-3; cf. *Acogida, Amor, Caridad, Misericordia, Perdón* — Dios, único bien; cf. *Dios.*

Breviario: permitido a los hermanos*: 1R 3,7; 2R 3,2; cf. *Oficio divino.*

Calumnia: evitarla: 1R 11,1; orar por los calumniadores: 2R 10,10; cf. *Afrenta, Murmuración, Ofensa.*

Calzado: en caso de necesidad*: 2R 2,15; cf. *Vestidos.*

Canto: cantad al Señor*: OfP 10,1-3.7; 12,5.10; 15,5.10; cf. *Alabanza, Oficio divino.*

Capítulos: de Pentecostés*: reúne a los ministros*: 1R 18,2; denuncia de los que viven carnalmente: 1R 5,4; elección del ministro general: 2R 8,2-5; puntualizaciones sobre la Regla*: CtaM 13.21-22 — c. locales: 1R 18,1; 2R 8,5; leer en ellos la Regla y el testamento*: Test 37.

Cardenal: protector: 2R 12,3; Test 33.

Cargo: no apropiarse un c.: Adm 4; 19,3-4; 23,1; 1R 17,4; turnarse en los c.: REr 10; evitar un c. que escandalice: 1R 7,1; cf. *Custodio, Guardián, Ministro, Predicación.*

Caridad: es Dios* mismo: 1R 17,5; 22,26; 2CtaF 86 — es hermana de la obediencia*: Adm 3,6; SalVir 3; y de la humildad*: 2CtaF 30-31.86; CtaO 12; pedida como gracia*: OrSD; destierra el temor*: Adm 27,1; SalVir 13; opuesta a la turbación y a la cólera*: Adm 11,2; 2R 7,3 — deber de los ministros: 2R 10,1-5. Cf. *Acogida, Amor, Misericordia.*

Carne: designa la sabiduría* del mundo*: 1R 10,5; 17,10-11; 2CtaF 45.65; que es contraria a la del Espíritu* Santo: 1R 5,4-5; es despreciable: Adm 1,7; 1R 17,14; deben ser denunciados los que viven carnalmente: 1R 5,4; enemiga del alma*: 1R 10,4; 2CtaF 69; separa del amor* de Dios*: 1R 22,5; tiende a exaltarse: Adm 12,2; es vencida por la simplicidad*: SalVir 10; y por la caridad*: SalVir 13; cf. *Cuerpo* — Jesús asumió la c.: Adm 1,19-20; 2CtaF 4; aquel que come mi c.: Adm 1,11; 1R 20,5; 2CtaF 23; cf. *Cuerpo de Cristo, Eucaristía.*

Casa: María*, c. de Dios*: SalVM 4; el fiel, habitación y morada del Espíritu*: Adm 1,12; 1R 22.27; 2CtaF 48 — en las c. de los laicos*: saludo de paz: 1R 14,2-3; 2R 3,13; trabajo*: 1R 7,1-3; y hospitalidad*: 1R 14,2-3; 2R 3,13 — edificaciones pobres: 1R 8,8; 2R 6,1; Test 24.

Castidad: vivir el Evangelio* en la c.: 1R 1,1; 2R 1,1; recibir a Cristo* con un cuerpo* casto: 2CtaF 14-15 — no entretenerse solo con mujeres*: 1R 12,3; despedir a los fornicarios*: 1R 13,1 — el agua es casta: Cánt 7.
Cf. *Pureza.*

Castigo: todo pecado* pide c.: Adm 2,4; 1R 13,1; sobre todo, el desprecio de la eucaristía*: CtaO 17-20; predicación* del c.: 2R 9,4; cf. *Corrección, Penitencia, Prisionero.*

Católico: los hermanos* sean c.: 1R 19,1-2; 2CtaF 32; Test 34; fe* c. exigida a los postulantes*: 2R 2,2; velará por ella el cardenal* protector: 2R 12,4; F. no tiene por católicos a los hermanos que...: CtaO 44; confesión* con sacerdotes* c.: 1R 20,2; trato con los hermanos no-c.: 1R 19,2; Test 31-33; CtaO 43-44; cf. *Fe, Iglesia.*

Cielo: Jesús sube a él: OfP 7,10; entre los ángeles* y los santos*: ParPN 2 — en el c. nos espera el premio: ExhCl 6; dichosos los que buscan lo celestial: Adm 16,2; la pobreza* conduce a la tierra de los vivientes: 2R 6,5; Test 40; OfP 14,9; atesorar en el c.: Adm 28,1; 1R 1,2-5.
Cf. *Reino, Recompensa, Salvación.*

Ciencia: la verdadera c.: Adm 7,4; la c. carnal: Adm 7,2-3; 2CtaF 83; del bien* y del mal: Adm 2,1-5; cf. *Sabiduría, Teología.*

Clarisas: los hermanos* tendrán cuidado de ellas: FVCl 2; prohibición de entrar en sus monasterios: 2R 11,2.

Clausura: es vida* del espíritu*: ExhCl 3; sentido y exigencias: REr 2.7; 2R 11,2.

Clérigos: son nuestros señores*: 1R 19,3; TestS 5; aun si son pecadores*: Test 9; Adm 26,1-2; 2CtaF 33-35; guarden la fe*: 1R 23,7; 2CtaF 1-2; veneren el cuerpo de Cristo*: CtaCle 1.4-6; 1CtaCus 2 — los hermanos* reciten el oficio* como los otros c.: 1R 3,3-4; 2R 3,1; CtaO 41; Test 18.
Cf. *Sacerdotes, Teología.*

Codicia: no trabajar por c.: Test 21; cf. *Apropiación, Avaricia.*

Cólera: los hermanos* no se irritarán: 1R 10,4; 11,4; ni siquiera por el pecado*: 2R 7,3; 2CtaF 44; es un signo de apropiación*: Adm 11,2-3; desalojada por la paciencia*: Adm 27,2; tentación del demonio*: 1R 5,7; cf. *Turbación.*

Comunión: cf. *Cuerpo de Cristo, Eucaristía, Sacramentos.*

Confesión: de todos los pecados*: Adm 23,3; 1R 21,6; 2CtaF 22; a un sacerdote* de la Orden: 1R 20,1; 2R 7,1-2; CtaM 13-18; o a otro sacerdote católico*: 1R 20,2-3; o incluso a otro hermano*: 1R 20,2-4; CtaM 19; bienaventurado quien confiesa: Adm 22,2; c. de San F.: CtaO 38-39; de las mujeres*: 1R 12,3-4; cf. *Penitencia, Sacramentos.*

Confianza: orar con c.: OfP 2,4-5; 3,1-2; 4,8-9; *passim;* manifestación confiada de las propias necesidades: 1R 9,10; 2R 6,8; mendigar con c.: 2R 6,2.

Conocimiento: petición de la gracia* del c.: OrSD; del c. de Dios*: ParPN 3-4.6; Adm 1,6; el mero c. no basta: Adm 5,6; 2CtaF 68; cf. *Ciencia, Sabiduría, Teología.*

Consagrar: cf. *Santificación.*

Consejos: seguir los c. de nuestro Señor*: 2CtaF 39; CtaO 7 — a las clarisas*: UltVol 1-2; ExhCl 1-6; c. de los hermanos* a las mujeres*: 1R 12,3-4; c. a los candidatos a la Orden*: 2R 2,8.
Cf. *Admonición.*

Corazón: el c. puro: Adm 16,2· amar y orar a Dios* con un c. puro: 1R 22,26.29; 2R 10,9; 2CtaF 19; recibirle con un c. puro: 2CtaF 22; cf. *Pureza* — presa codiciada por Satanás: 1R 22,19-20; y fuente de pecado*: 1CtaF 2,12; 2CtaF 37.69 — alusiones varias: Adm 1,14; 16,1; 1R 9,14; 12,5; 22,7-8.12.17; 23,8; 2CtaF 18; CtaO 28; ParPN 5.

Cordero: inmolado: AlHor 3; CtaO 19; cf. *Cristo, Eucaristía.*

Corrección: Dios* corrige a los que ama: 1R 10,3; c. por los ministros* con caridad*: 2R 10,1; CtaM 9; soportarla con paciencia*: Adm 22,1; amar a los que nos corrigen: Adm 23,2; 2R 10,10; cf. *Admonición, Castigo, Consejos.*

Creador: Dios* c.: Trinidad*: 1R 23,1-3; el Hijo: 2CtaF 12; por la palabra*: CtaCle 3 — ha de arraigar en nosotros la celsitud del c.: CtaO 34.

Criaturas: excelencia del hombre*: Adm 5,1; 1R 23,1-2; pero las demás c. obedecen mejor a Dios*: Adm 5,2 — que toda c. rinda gloria* a Dios: 2CtaF 61; AlHor 5-7; OfP 7,4; 9,7; 14,6; 15,9; a causa de ellas alabemos al Señor*: Cánt 3 — estemos sometidos a toda c.: 1R 16,6; SalVir 17; 2CtaF 47.

Cristiano: declararse como tal: 1R 16,6; los hermanos* prediquen a los infieles* para que se hagan c.: 1R 16,7.

Cristo: Altísimo*: Adm 1,9; 2CtaF 62; CtaO 4; Hijo glorioso: 2CtaF 11; y Palabra* del Padre*: 2CtaF 3-4; por quien todo ha sido hecho: 2CtaF 12 — enviado por el Padre: OfP 7,3; 11,6; 15,3; se encarnó: Adm 1,8; OfP Ant; 15,7; hermano* de los hombres*: 1CtaF 1,7; 2CtaF 50-53.56; ha vivido humilde y pobre*: 1R 9,1.4-6.8; UltVol 1; rey* entregado a la muerte*: SalVM 2; traicionado: 1R 22,2; OfP Ant; cordero* degollado: ExhAD 15; ha dado su vida* por obediencia*: CtaO 46; para nuestra salvación*: CtaO 3; ha sufrido: Adm 6,1; ha rogado por nosotros: 1R 22,41-55; 2CtaF 56; da gracias* al Padre* por nosotros: 1R 23,5; ha subido al cielo*: OfP 9,9-10; ha de vivir eternamente y está glorificado: CtaO 22 — camino, verdad* y vida*: Adm 1,1; nuestra luz*: 2CtaF 66; OfP 9,6; pastor: Adm 6,1; 1R 22,32-35; alimento*: ParPN 6; juez: 1R 4,6; 9,6; 16,4; 23,4; 2CtaF 88; CtaCle 9.14; CtaA 8; OfP 6,16; 7,12; 11,6 — debemos aferrarnos a sus palabras*, doctrina y vida: 1CtaF 2,19-21 — le adoramos, le bendecimos: Test 5; y seguimos sus huellas: cf. *Imitación.*
Cf. *Dios, Hijo de Dios, Trinidad.*

Cruz: crucifixión, obra del hombre* y de los demonios*: Adm 5,3; y sacrificio* voluntario del Hijo de Dios*: 2CtaF 11; ParPN 8; para nuestra salvación*: 1R 23,3; Test 5 — la c. que nos toca llevar: OfP 7,8; 15,13; Adm 6,1-2; es nuestro título de gloria*: Adm 5,8.
Cf. *Pasión.*

Cuerpo: dado por Dios*: 1R 23,8; es templo del Espíritu* Santo: 1R 12,6; sacrificado por amor* suyo: 2CtaF 53; ParPN 5; llevando la cruz*: OfP 7,8; 15,13; obede-

ciendo: Adm 3,3; 1R 16,10; 2CtaF 40; SalVir 15; sin temer a los que lo matan: 1R 16,17-18; Test 25 — guardarlo puro: 1R 12,5; 2CtaF 14.65; preferir el alma*: 1R 10,4; la obediencia* lo somete al espíritu*: SalVir 15; odiarlo: 2CtaF 46; con sus vicios*: 1R 22,5-8; Adm 10,2; 2CtaF 37.69 — los gusanos lo devorarán: 2CtaF 74.81.85; cf. *Carne.*

Cuerpo de Cristo: presente en la eucaristía*: Test 10; CtaCle 3; Adm 1,22; desciende a nuestras manos: CtaCle 8; consagrado por las palabras: CtaCle 2; administrado por los sacerdotes*: Adm 26,3; Test 12; el espíritu* lo recibe: Adm 1,12; castigo* de los profanadores: CtaO 18-20; Adm 1,12-13 — ha santificado a María*: CtaO 21; y nos salva: CtaCle 3; 1CtaCus 6; recibirlo: 2CtaF 22-26.63; CtaA 6; y honrarlo: Test 11; CtaCle 1; CtaO 12.14; 1CtaCus 2.4.
Cf. *Comunión, Eucaristía, Misa.*

Custodios: su oficio: custodiar las almas* de sus hermanos*: 1R 5,1; 2R 8,2.4; REr 9; Test 31.35; CtaO 2.47; 1CtaCus; 2CtaCus; CtaM 17; cf. *Guardián, Ministros.*

Demonio: es el enemigo*: 2CtaF 69.82; que engaña: 1R 10,4; 2CtaF 68; quiere cegar: 1R 8,4; 1CtaF 2,6-7; 2CtaF 66; desvía de Dios*: 1R 21,8; su ciencia*: Adm 5,5-6 — la caridad* le confunde: SalVir 13; es expulsado por el ayuno*: 1R 3,1; pero expulsarlo no es motivo de gloria*: Adm 5,7 — no ha crucificado a Jesús: Adm 5,3; no perjudica a quien lo tiene sujeto: Adm 10,4; es tentador: Adm 2,4; ha de encontrarnos ocupados: 1R 7,10-11.

Deseo: desear, por encima de todo, el espíritu* del Señor*: Adm 16,2; 1R 17,15; 2R 10,9-10; ParPN 5; OfP 8,5; 14,5; desear estar tal como Dios* quiere: 1R 10,3; no desear ser superior: 2CtaF 47 — seguir los deseos carnales: 2CtaF 64-65.
Cf. *Voluntad.*

Desobediencia: vagar fuera de la obediencia*: 1R 5,16; si las órdenes son contrarias a la conciencia: 1R 5,1-3; Adm 3,7.

Desprecio: no despreciar a otro: Adm 26,2; 1R 9,12; 2R 2,17; despreciarse a sí mismo: 2CtaF 46; Adm 19,2; cf. *Humillación.*

Devoción: trabajar con d.: 2R 5,1-2; CtaAnt 2.

Difuntos: orar por ellos: 1R 3,6.10; 2R 3,4.

Dignidad: recibir con d. la eucaristía*: 2CtaF 24; del sacerdote*: CtaO 24; y del hombre*: Adm 5,1; apego a una dignidad: Adm 19,3-4; cf. *Cargo.*

Dinero: no llevarlo: 1R 14,1; ni pedirlo: 1R 8,8; excepto para los leprosos*: 1R 8,10; ni recibirlo: 1R 2,5-7; 8,3; 2R 4,1-3; ni siquiera como salario* del trabajo*: 1R 7,5; 2R 5,4; lo cual sería un robo: 1R 8,7; desconfiar de él: 1R 8,12; es polvo: 1R 8,3-6; cf. *Bienes, Limosnas, Riqueza.*

Dios: F. multiplica los términos para designar a Dios. Recogemos sólo los que permiten precisar más o menos el ser y la actividad de D. — lista de títulos * dados a D.: 1R 23,9-10; ParPN 1; AlHor 11; CtaO 51-52; AlD 1-6; Cánt 1; es Espíritu*: Adm 1,5-6; luz*: ParPN 2-3; Trinidad*: 1R 23,1.10; ExhAD 16; caridad*: 1R 17,5; ParPN 2.4; íntimo: OfP 2,5; padre*: OfP 2,11; 3,3; 6,11-12; Ant; misericordia*: OfP 11,9; 12,7.10; seguridad: AlD 4; OfP 11,7-8; salvador: OfP 1,9-10; 2,1.12; 4,10; 14,2-3.7; protector: OfP 12,3-5.9; 15,1; AlD 5; rey*: ParPN 4; OfP Ant; grande: 1R 23,1-2; FVCl 1; 2CtaF 54; CtaO 1.15.27.34; ParPN 2; AlHor 11; AlD 2.6; Cánt 1; omnipotente: 1R 9,4; 16,7; 21,2; 22,27; 23,1; 24,2.4; Cánt 1; 2CtaF 62; CtaO 9.13.15.48.50.52; CtaA 7; 1CtaCus 8; AlHor 1.11; AlD 2.6; OfP 6,8; 10,2; 14,3-4; justicia: Adm 19,2; AlD 4; OfP 6,16; 7,12; 11,6; obra en todas partes: CtaO 15.33; sólo El hace maravillas: AlD 1; OfP 10,9; único bien*: 1R 23,9; ParPN 2; AlHor 11; OfP 6,13; fuente de todo bien: 1R 17,17-18; 23,8; ParPN 2; OfP 3,3.5; nuestra esperanza: AlD 6; OfP 6,15; 12,1.4 — El se da totalmente: CtaO 27-29; y otorga la gracia*: 1R 9,11.16; 11,2; 23,10; 2R 2,7; CtaO 15.50.52; CtaM 13.22; OfP 2,4; manifiesta sus obras a quien quiere: Adm 28,2; obra por medio de nosotros: 1R 17,6; obremos para agradarle: 1R 16,7-8; 22,9; CtaO 42; CtaL 3; por El: 1R 16,6; 2R 10,2; 2CtaF 47; OfP 5,7.9; como El: 2CtaF 28-29; 23,9; amar a Dios, primer deber del hermano* menor*: 1R 22,26; ha de arraigar en nosotros la celsitud de D.: CtaO 34; cf. *Sumisión, Voluntad,* — el hombre* no es digno de pronunciar su nombre: 1R 23,5; Cánt 2; anunciar a D.: 1R 16,7; 21,1-2; proclamar que El solo es omnipotente: CtaO 12; cf. *Predicación;* servirle: 2R 6,2; alabarle: ExhAD; OfP 14,3; temerle: ExhAD 1; expresiones*: en la caridad que es D.: con la bendición* de D.

Dios-Trinidad: cf. *Trinidad.*

Dios-Padre: cf. *Padre.*

Dios-Hijo: cf. *Cristo, Hijo de Dios.*

Dios-Espíritu Santo: cf. *Espíritu.*

Discernimiento: recepción de la eucaristía* sin d.: CtaCle 4-5 — en diversas circuns-

tancias: 1R 16,4; 17,2; 2R 12,1-2; *con* el pecador*: 1R 5,6; 2R 7,2; el d. desecha lo superfluo: Adm 27,6 — expresiones: según a los ministros* parezca según Dios*; si les parece conveniente; como mejor te parezca que agradas a Dios; cf. *Expresiones.*

Disipación: eliminada por la meditación: Adm 27,4.

Disputas: ni entre hermanos* ni con otros: 1R 11,3; 2R 3,11.

Dominio: ni entre hermanos*: 1R 5,9-10; ni con otros: 1R 7,1-2; 2CtaF 47; cf. CtaA 5; cf. *Humildad, Sumisión.*

Doxología: 1R 3,10; 17,19; 21,2; 23,6.10; 24,5; 2CtaF 62; CtaO 4; AlHor; OfP; cf. *Acción de gracias, Adoración, Alabanza, Bendición.*

Dulzura: Dios es d.: AlD 6; 2CtaF 56; cambio de la amargura* en d.: Test 3 — es dulce el pecado*: 2CtaF 69 — los hermanos* serán mansos: 1R 11,9; 2R 3,11.

Ejemplo: seguir el e. de Jesús: Adm 6; 1R 1,1; 2CtaF 13; dar buen e.: Adm 7,4; Test 21; 2CtaF 53; el mal e. siembra la muerte*: Adm 3,11; 1R 4,6; cf. *Apostolado, Testimonio.*

Encarnación: carne* auténticamente humana: Adm 1,8.9-20; anuncio: 2CtaF 4; misterio de salvación*: 1R 23,3; 2CtaF 11; SalVM 3; OfP 15,3.7; cf. *Cuerpo de Cristo.*

Enemigos: el demonio*: Adm 27,5; 1R 16,11; 2R 7,1; CtaM 13; 1CtaF 2,11; el mundo*: 1CtaF 2,11; 2CtaF 69; la carne*: Adm 10,1-4; 1R 10,4; 1CtaF 2,11; 2R 5,2 — amar a nuestros enemigos: Adm 3,8-9; 9,2; 1R 22,1-4; 2R 10,10; 2CtaF 38; ParPN 8; es un aspecto de la pobreza*: Adm 14,4; no turbarse: Adm 14,3-4; 1R 16,20; no esquivarlos: 1R 14,4-6; Test 6-7.25-26; incluso ir a su encuentro: 1R 5,4; 16,10-21; con serenidad, a ejemplo* de Cristo*: 1R 9,4; y continuar haciendo el bien*: 1R 2,15; esta paciencia* manifiesta el Espíritu* del Señor: 2R 10,9-12; cf. *Tribulaciones.*

Enfermedad: F. enfermo: Test 29; 2CtaF 3; CtaO 39; TestS 2; paciencia* en la e.: 2R 10,9; ExhCl 5; Cánt 10; los enfermos exigentes: 1R 10,4; dar gracias* por la e.: 1R 10,3; servicio* a los enfermos: 1R 9,2; 10,1-2; 2R 4,2; 6,9; ExhCl 5; cf. *Leprosos;* exime de la prohibición de cabalgar: 1R 15,2; 2R 3,12.

Envidia: es una blasfemia*: Adm 8,3-4; evítenla los hermanos: 2R 10,7.

Epifanía: preparada por una cuaresma: 2R 3,6.

Eremitorio: *vida en los e.: REr 1-10;* 1R 7,13; peligro de evasión: CtaM 8.

Escándalo: evitar todo motivo de e.: 1R 7,1; 2R 11,3.

Escritos: redactados por F. para la salvación*: 1R 24,1-2; ponerlos en práctica: 2CtaF 86-89; CtaCle 15; CtaO 47-48; CtaM 21; CtaA 9; difundirlos: 2CtaF 89; 1CtaCus 9; cf. *Regla, Testamento.*

Esperanza: *petición de e.: OrSD; Dios es* nuestra e.: AlD 6; OfP 6,15; 12,1.4.

Espíritu: el E. da gracias* al Padre*: 1R 23,5; habita en los fieles: Adm 1,12; 1CtaF 1,6; 2CtaF 48; 1R 12,6; recibe el cuerpo* del Señor*: Adm 1,12; les ilumina: Adm 1,6; 8,1-2; CtaO 51; SalVM 6; esposo de María*: OfP Ant; y de las señoras* pobres: FVCl 1; sus frutos: Adm 12,1; 1R 17,14-16; 2R 10,9-10; el E. hace de los fieles esposos* de Cristo*: 1CtaF 1,8; 2CtaF 55; por el E. fue creado todo por Dios: 1R 23,1; para darle gracias: 1R 23,6 — e. de oración*: 2R 5,2; CtaAnt 2; e. y vida: Test 13; 2CtaF 87; Adm 7,4; la obediencia* somete el cuerpo* al e.: SalVir 15; evitar el e. de la carne*: 1R 17,11; caridad de e.: 1R 5,14; paz del e.: 1R 17,15; pobreza de e.: Adm 14,1.4; obediencia de e.: SalVir 15.

Espiritual: la mirada e. de los apóstoles*: Adm 1,20; la sabiduría* e.: 2CtaF 67; el trato e. de los misioneros: 1R 16,5; observar espiritualmente la Regla: 2R 10,4; amor* e.: 1R 4,2; 5,8; 7,15; conversaciones e.: 1R 12,3-4; hermano* e.: 2R 6,8; amigos* e.: 2R 4,2; poder y querer espiritualmente: 1R 5,4-5, amonestar espiritualmente: 1R 4,2; ayuda e.: 1R 5,8; reverencia e.: 1R 7,15.

Esposa: María*, e. del Espíritu* Santo: OfP Ant; las señoras* pobres, e. del Espíritu Santo: FVCl 1; el alma*, e. de Cristo*: 2CtaF 51.

Estudios: cf. *Ciencia, Teología.*

Eterno, eternidad: Dios* es e.: 1R 23,6-10; AlD 6; El es el bien* e.: ParPN 2.4; da la vida* e.: Adm 1,11; 1R 1,5; 20,5; Cristo* ha de vivir eternamente: CtaO 22 — el fuego* e. del infierno*: 1R 21,8; 23,4; 2CtaF 85.

Eucaristía: verdadero cuerpo* del Señor*: Adm 1,9.21; desciende diariamente a nosotros: Adm 1,19-22; CtaO 27-28; en virtud de la palabra*: 2CtaF 6-7; CtaO 37; 1CtaCus 2; el alimento* celeste: CtaO 19; memorial de salvación* y prueba de amor*: ParPN 6; que es necesario venerar: 1R 20,5; 2CtaF 22,24; CtaCle 11; CtaO 22-24; se ha de recibir: CtaA 6; 2CtaF 22; 1CtaCus 6; se confec-

ciona por las palabras de Cristo: CtaO 37; cf. *Comunión, Cuerpo de Cristo, Misa, Sacerdotes, Sacramentos.*

Evangelio: vivir según el E.: Test 14; 1R 5,17; 24,4; FVCl 1; la Regla*: observar el E.: 2R 1,1; 12,4; aun en detalles: 2R 2,5; 3,14; 1R 3,13; BenBer 2; palabra* del Señor*: muchas citas diseminadas con la expresión* «el Señor dice»; cf. *Sagrada Escritura.*

Examen: de los postulantes*: 2R 2,2; de los predicadores: 2R 9,2.

Exhortación: cf. *Admonición.*

Expresiones familiares: por el amor* de Dios*: Adm 9,13; 15,2; REr 5; con gran amor: ExhCl 4; amonesto: 2R 10,7; CtaA 6; CtaO 35; amonesto y exhorto: 2R 2,17; 3,10; 9,3; 10,7; CtaO 30; con la bendición* de Dios: 1R 2,14; 8,9; 21,1; 2R 2,16; Test 26; REr 8; CtaL 3; en la caridad* que es Dios: 1R 17,5; 22,26; 2CtaF 86; yo, F. el pequeñuelo: Test 34.41; UltVol 1; 2CtaF 1.86; CtaO 47; CtaA 1; 1CtaCus 1; según a los ministros* parezca según Dios: 2R 2,10; si le parece conveniente: 2R 8,5; como te parezca que agradas al Señor*: CtaL 3; guardarse de: 1R 2,2; 7,13.16; 8,1-2.5.11-12; 11,1; 12,1; 16,19-20; 17,2.9; 21,9; 22,10.19; 2R 2,7; 7,3; 10,7; Test 24; juzgar según Dios: 1R 5,6; 2R 2,10 3,6; 7,2; CtaL 3; en el nombre del Seño. 1R 24,1; 2R 8,4; como quisiera, de encontrarse en caso semejante: Adm 18,1; 1R 6,2; 10,1; 2R 6,9; 2CtaF 28.43; CtaM 17.

Familia: mostrarse familiares: Adm 3,7; 2R 6,7-9; TestS 3; cf. *Fraternidad, Madre.*

Fe: Dios* es nuestra fe: AlD 6; nos la comunica: OrSD; salva a los que creen: 1R 23,10; los hermanos suplican que todos crean: 1R 23,7; firmeza en la fe: 2R 12,4; en Cristo*: OfP 7,12; 11,6; en los clérigos*: Adm 26,1; Test 6-10; en las iglesias*: Test 4 — examinar la fe de los postulantes*: 2R 2,2-3.
Cf. *Confianza, Virtudes.*

Fidelidad: a Jesús, nuestro esposo: 2CtaF 51; SalVM 6-7 — en el trabajo*: 2R 5,1.

Forastero: cf. *Peregrino.*

Fornicario: 1R 13,1.

Fraternidad: la Orden: 1R 18,2; 19,2; 2R 8,1; 9,2; 12,3; Test 33; CtaO 2; la vida* fraterna: todos hermanos*: 1R 5,3-4.9-14; 22,33; 2R 10,1-2; CtaO 30-33; de una misma familia*: Adm 3,7; 2R 6,7-9; CtaO 2; TestS 3 — fundamento: todos hijos* de Dios*: CtaO 5.11; hermanos* de Jesús: 2CtaF 52.56; un don de Dios: Test 14; aun cuando los azoten: CtaM 2 — características: solicitud maternal: 1R 9,10-11; 2R 6,8; REr 1-9; respetuosos y alegres: 1R 5,13-14; 7,15-16; 11,1-8; consagrados a los enfermos: Adm 24,1; 1R 10,1; 2R 6,9; delicados con el pecador*: 1R 5,4-8; CtaM 9-11.15; confesándose también entre ellos: 1R 20,3-4; CtaM 19-20; fraternales también para con las clarisas*: FVCl 2 — virtudes* de la f.: todos católicos*: 1R 9,1; Test 31; CtaO 43-44; pobres*: 1R 2,7; 8,3.7; 15,1-2; 2R 2,7; obedientes: 1R pról. 4; 6,1-2; 24,1; 2R 1,3; Test 32.38; CtaO 2; humildes: 1R 17,6; 23,7; Test 25; cf. *Menores;* penitentes: CtaM 13-16; y trabajadores: 1R 7,8; Test 20-21 — actividades: el testimonio*: 1R 23,7; CtaO 9; proclamar que sólo Dios* es omnipotente*: CtaO 9; por la predicación*: 1R 21,1; y evitando el escándalo*: 2R 11,3; la oración* en común: 1R 3,3-4; 2R 3,3; Test 18.29; única misa* de la f.: CtaO 30-33.39; el trabajo* y la mendicación*: 1R 7,8; 2R 5,1; Test 20-21; REr 5.

Fuego: hermano*: Cánt 8; cf. *Criaturas* — f. eterno*: 1R 21,8; 23,4; cf. 2CtaF 85; cf. *Infierno.*

Gloria: pertenece a Cristo*: 2CtaF 4.11; CtaO 22; AlHor 7; OfP 6,11-12.14; 7,10-11; 14,4; no buscar más que la g. de Dios*: ParPN 5; rendirle g.: 1R 17,18; AlHor 11; OfP 3,12; 7,7; 9,8; 12,6; 15,8.12; Cánt 1 — no gloriarse: Adm 4,2; 6,3; 17,1; 19,1; 1R 17,9; 2R 10,7; sino en la debilidad: Adm 5,8 — el Señor* exalta a los humildes: 1R 23,9; CtaO 28; OfP 11,5; 2CtaF 4.

Glosa: no introduzcan g.: Test 38.

Gracia: todo es g.: CtaM 2; Cristo*, plenitud de gracia: SalVM 3; el Señor da la g. de trabajar: 2R 5,1; revela cómo es preciso vivir: Test 14 — dar g.: 1R 23; AlHor 11; cf. *Acción de gracias, Alabanza.*

Guardián: superior*: CtaM 12; obedecerle: Test 27-28; sus deberes de fidelidad*: CtaO 47-48; cf. *Custodio, Ministro.*

Herencia: de la pobreza*: 1R 9,8; 2R 6,4; OfP 14,8; herederos de los bienes* terrenos: 2CtaF 84; cf. *Cielo, Reino, Salvación.*

Hermanos: Antonio: CtaAnt 1; Bernardo: BenBer 2; León: BenL 3; AlD; VerAl 1; cf. *Familia, Fraternidad* — fuego, sol, viento...: Cánt 3-9.12; cf. *Criaturas.*

Hermosura: cf. *Belleza.*

Hijo de Dios: el H. basta al Padre*: 1R 23,5; todo ha sido creado por El: 1R

23,1.3; es nuestra salvación*: OfP 7,3; 14,3; y nuestro pan: ParPN 6; es visible en los sacerdotes*: Test 9; y en la eucaristía*: Test 10; es visto como el Padre y el Espíritu* Santo: Adm 1,7 — nosotros también lo somos: Adm 15,1; 2CtaF 49.54; CtaCle 11; a imagen del H. único: Adm 5,1.
Cf. *Cristo.*

Hipocresía: se ha de desterrar: 1R 3,2; 7,16.

Hombre: Jesús, verdadero Dios* y verdadero h.: Adm 1,8.19-20; 1R 16,9; 22,27; 23,3; 2CtaF 4; SalVM 3-5; cf. *Cristo, Hijo de Dios* — grandeza del h.: creado a imagen y semejanza de Dios: 1R 23,1-2; Adm 5,1; capaz de hacer el bien*: Adm 18,1; tanto es el h. cuanto es ante Dios: Adm 19,2 — miseria del h.: codiciado por Satán: 1R 22,19-24; propenso al pecado*: Adm 1,14; 17,2; 1R 22,7-8; 23,5.8; 2CtaF 69; CtaCle 7; CtaO 19; ingrato: Adm 5,2-3 — deberes: mansedumbre con ellos: 1R 11,9; hacerles conocer a Dios: Adm 20,2; 1R 16,8; 21,1; 22,42; 23,7; CtaO 9.26; no buscar la alabanza* de los h.: Adm 19,1; 21,2; 28,1; 1R 9,13; CtaO 14; ni confiar en el h.: 2CtaF 75-79; pues lo que es humano es caduco: 1R 9,9; 2CtaF 31; tener en desprecio el cuerpo*: 2CtaF 46; CtaO 3.47; SalVir 5.12.16-17; considerarse como el más pequeño: Adm 12,3; cf. *Menor, Prójimo.*

Honestidad: trabajo* honesto: 1R 7,3; Test 20.

Honor: honrar a Dios*: 1R 21,2; 22,26; CtaO 24; CtaA 7; AlHor 11; y al cuerpo* de Cristo*: CtaO 14-29; 1CtaCus 4; CtaCle 4-12; Test 11; a los sacerdotes*: Test 8; 2CtaF 33; CtaO 23-25; y a los teólogos: Test 13; cf. *Veneración* — devolver h. por afrenta*: 1R 9,6-7.

Hospitalidad: cf. *Acogida.*

Humildad: de Jesús: Adm 1,16-18; CtaO 27-28; AlD 4; OfP 4,6-8; imitar la h. de Jesús: 1R 9,1-4; 17,14; en nuestras relaciones con Dios*: 1R 20,2.5; 23,10; Cánt 14; con los santos*: 1R 23,6; con los hombres*: Adm 23,1-2; 1R 9,2; 11,3.9; 23,7; Test 6.8; 1CtaCus 2; cf. *Menor* — el ministro* corregirá con h.: 2R 10,1; 2CtaF 44; los hermanos* serán humildes en toda circunstancia: Adm 12,3; 19,4; 22,2-3; 1R 5,5; 17,5-6; REr 5; 2CtaF 45.47 — la h. se juzga en las tribulaciones*: Adm 13,1-2; confunde al mundo* y al orgullo*: SalVir 12; es hermana de la pobreza*: 2R 5,4-5; 6,2; 12,4; SalVir 2; y de la caridad*: 2R 10,1; 2CtaF 86; CtaO 12; aleja la cólera* y la turbación*: Adm 27,2; el Señor* glorifica a los humildes: CtaO 28 — el agua es humilde: Cánt 7.

Humillación: aceptar humildemente las afrentas*: Adm 22,3; hacer el cuerpo* objeto de h.: 2CtaF 46; no humillar al pecador*: CtaM 15.

Iglesia: fe* en ella: Adm 26,1; Test 6; sumisión*: 1R 23,7; 2R 1,2; 12,3-4; TestS 5; respeto* de sus instituciones: 1R 2,12; 17,1; 2R 2,2; 3,1; CtaCle 13; 1CtaCus 4; CtaO 20; CtaM 19; invitación a ella a permanecer fiel en la fe: 1R 23,7; cf. *Cardenal, Clérigo, Obispo, Papa, Sacerdote.*

Iglesias: fe* en ellas: Test 4; visitarlas a menudo: Test 18; 2CtaF 33; las i. de la Orden*: Test 24-25; cf. *Objetos de culto.*

Iletrados: hermanos* i.: 1R 3,10; 2CtaF 87; no preocuparse de hacer estudios: 2R 10,8; ignorancia de que se acusa F.: CtaO 39; ignorancia acerca de la eucaristía*: CtaCle 1; cf. *Simplicidad.*

Imitación: cf. *Seguimiento.*

Infieles: paganos: 1R 16,3; 2R 12,1; cf. *Misión* — las virtudes* hacen de los i. fieles: SalVM 7.

Infierno: el demonio* quiere perder nuestro cuerpo* en él: 1R 22,5; es un tormento sin fin: 1ÇtaF 2,18; 2CtaF 85; CtaA 5; cf. *Fuego.*

Inspiración: impulsado por i. divina: 1R 2,1; 16,3; 2R 2,7; 12,1; Test 14; FVCl 1 — juzga según Dios*: 1R 16,8; 21,1; 2R 2,10; 3,6; CtaL 3.
Cf. *Espíritu, Revelación.*

Interpretación: falsa i. de la Biblia: Adm 7,3; cf. *Sagrada Escritura* — prohibición de glosar la Regla: Test 38.

Ira: cf. *Cólera, Turbación.*

Jerarquía: de la Iglesia*; cf. *Cardenal, Clerigo, Obispo, Papa, Sacerdote* — de la Orden*: cf. *Custodio, Guardián, Ministro.*

Juicio: pertenece a Dios*: Adm 26,2; ordenar la vida* a la luz* del j. final: 1R 4,6; 9,14-15; 16,4; 2CtaF 88; CtaCle 9.14; CtaA 8 — los que tienen el cargo* de juzgar, háganlo con misericordia*: 2CtaF 28-29; no juzgar a los demás: 1R 9,12; 11,10; 2R 2,17; 3,10; Test 9; sino juzgarse a sí mismo: Adm 12,3; 19,1.

Ladrón: el hermano* que recibe dinero*: 1R 8,7; cf. *Apropiación* — acoger a l. y bandidos: 1R 7,14; cf. *Acogida.*

Laico: mensaje a todos los l.: 1R 23,7; 2CtaF 1-2; CtaA 7 — oficio* divino de

los hermanos* l.: 1R 3,8-10; 2R 3,2-3; Test 18; confesión* a un hermano l.: CtaM 19-20; los ministros* provinciales pueden ser hermanos l.: 2R 7,2.

Leproso: servirles: 1R 8,10; Test 1; gozarse de vivir con ellos: 1R 9,2; cf. *Enfermedad, Servidor.*

Libro: pretexto para aceptar dinero*: 1R 8,3.

Limosnas: derecho adquirido por Jesús: 1R 9,8; 2R 6,3; quien ha vivido de l. con María* y los apóstoles*: 1R 9,4-5 — mendigar sin vergüenza: 1R 9,4-7; 2R 6,3; con confianza*: 2R 6,2; la mesa del Señor*: Test 22; hay que administrarlas con discreción; ExhCl 4; los hermanos* pueden recibirlas de los postulantes*: 1R 2,7; y deben darlas: 1R 14,5-6 — limpian el alma*: 2CtaF 30.
Cf. *Dinero, Mendicación, Pobreza.*

Liturgia: designados los hermanos* para ella: CtaO 34.43; cumplirla sin negligencia: Test 29; CtaO 39; cuidado de los objetos de culto: CtaCle 4; 1CtaCus 3; CtaO 34; cf. *Cuerpo de Cristo, Eucaristía, Misa, Oficio divino.*

Lugar: no apropiarse ningún l.: 1R 7,13-14; Test 25; l. decente para las cosas santas*: Test 11-12; CtaCle 11-12; CtaO 36; 1CtaCus 4-5.

Luz: Dios* es l.: ParPN 2; Jesús es l.: 2CtaF 66; OfP 9,6; dada por el Espíritu*: CtaO 51; SalVM 6; debemos ser l. por nuestras obras: 1CtaF 1,10; 2CtaF 53.

Madre: María,* m. de Dios*: 1R 23,3.6; UltVol 1; 2CtaF 5; SalVM 1.4-5; OfP Ant; la Iglesia*, nuestra m.: CtaCle 13; el fiel, m. de Jesús: 1CtaF 1,10; 2CtaF 50.53 — obrar como una m.: 1R 9,10-11; 2R 6,8; CtaL 2; ejercitar el oficio* de m.: REr 1.4.8-10 — dejar m. y familia*: 1R 1,4-5.

Maestro: los hermanos* no se llamen m.: 1R 22,35.

Maldición: maldito el que rechaza los mandamientos*: 1R 5,16-17; 1CtaF 2,9; 2CtaF 16-17; CtaO 19-20; CtaA 4; y el que sale de la obediencia*: 1R 5,16; y el que tiene confianza* en el hombre*: 1CtaF 2,5-6; 2CtaF 76-81.84.

Mandamientos: deber de observarlos: 2CtaF 39; CtaO 7; CtaA 3; maldición* para los desobedientes: 1R 5,16-17; 1CtaF 2,9; 2CtaF 16-17; cf. *Voluntad.*

María, madre de Dios: y la Trinidad*: SalVM 2; OfP Ant; títulos: SalVM; adornada de todos los dones: SalVM 1.5; OfP Ant; honrada a causa de la encarnación*: 2CtaF 4; CtaO 21; OfP 5,3; intercede por nosotros: ParPN 7; OfP Ant; es la llena de gracia*: ExhAD 4; en el cielo* compartiremos su realeza: ExhCl 6; ha escogido la pobreza*: 1R 9,5; UltVol 1; 2CtaF 5; cf. *Madre.*

Mendicación: a imitación* de Cristo*, María* y los apóstoles*: 1R 9,5; en caso de necesidad: 1R 7,8; 9,3; o de salario* insuficiente: Test 22; incluso entre hermanos*: REr 5; con confianza*: 2R 6,3; es la mesa del Señor*: Test 22; jamás en dinero*: 1R 8,8; cf. *Dinero, Limosnas, Pobreza.*

Menor: que todos sean y se llamen hermanos* m.: Adm 12,3; 1R 5,12; 6,3; 7,2; 2R 3,11-12; 5,4-5; 2CtaF 42; Orden* de los Hermanos M.: 1R 23,7; 2R 1,1; CtaO 2; 1CtaCus 1; cf. *Fraternidad, Humildad.*

Ministro general: señor* para F.: Test 27; CtaO 2.38; y servidor*: 2R 8,1; hace observar la Regla*: Test 35; CtaO 40.47; convoca el capítulo*: 1R 18,3; 2R 8,3-4; examina a los predicadores: 2R 9,2; cf. *Cargo, Custodio.*

Ministros provinciales: servidores*: 1R 4,2.4-6; 5,10-11; 2R 10,5-6; 2CtaF 42; puede ser hermano* laico*: 2R 7,2; que no se apropien su cargo*: Adm 4,2-3; 1R 17,4 — su función: 1R 4,2; 2R 10,1; custodiar las almas* de los hermanos: 1R 4,6; 5,1; tendrán que rendir cuentas si alguna se pierde: 1R 4,6; reunir a los hermanos en capítulo*: 1R 18,1; 2R 8,5; hacer cumplir la Regla*: 1R 5,2; 6,1-2; 2R 10,4; Test 35; corregir: 1R 5,6; 2R 10,1; proveer a las necesidades* de los hermanos*: 2R 4,2; acoger a los hermanos como a sus señores*: 2R 10,4-6; recibir a los postulantes*: 1R 2,2-8; 2R 2,1-2.7-10; no deben mezclarse en los negocios* temporales de los aspirantes: 1R 2,5; 2R 2,7; confiar los cargos*: 1R 17,1-2; 2R 12,1-2; distribuyan a los hermanos en las provincias: 1R 4,2; elegir al m. general: 1R 18,2; 2R 8,2-4; asegurar el vínculo con la Iglesia*: 2R 12,3; Test 33 — deben obrar como humildes servidores*, con bondad*: 1R 2,2-3; 5,7-8; 6,1-2; 2R 10,5; 2CtaF 43; CtaM 9-11; con discernimiento*: 1R 17,1-2; 2R 12,1-2; Cristo* les juzgará: 1R 4,6; 16,4 — denunciar a un m.: 1R 5,4.
Cf. *Cargo, Custodio.*

Misa: una sola m. de fraternidad*: CtaO 30-31; presencia de Cristo* en manos del sacerdote*: CtaO 26; cf. *Comunión, Cuerpo de Cristo, Eucaristía, Sacerdote, Sacramentos.*

Misericordia: de Dios*: 1R 23,8; ParPN 7; AlD 6; BenL 1; OfP 3,11; 9,4; 11,9; 12,7.10; 13,5; 15,5 — de los hermanos*: CtaM 15; 2CtaF 43; sobre todo, de los

ministros*: 2R 7,2; 2CtaF 43; CtaM 9-11; cuidar a los leprosos* con m.: Test 2 — que los jueces sean misericordiosos: 2CtaF 28-29; la m. elimina la dureza: Adm 27,6.
Cf. *Amor, Caridad, Perdón.*

Misión: de los hermanos* menores*: proclamar que sólo Dios* es omnipotente*: CtaO 9; entre los infieles*: 1R 16,1.3-5; 2R 12,1-2; cf. *Apostolado, Ejemplo, Predicación, Testimonio.*

Mortificación: para encadenar al enemigo*: Adm 10,3-4; 1R 17,14; SalVir 5; abstenerse de vicios* y pecados*, ayunar...: 2CtaF 32; pero es insuficiente: Adm 14,2-3; cf. *Penitencia.*

Muerte: de Jesús: OfP 2,10; 6,10-11; 13,4; cf. *Cruz* — cántico a la m.: Cánt 12; amigos* aquellos que nos infligen la m.: 1R 22,4; pensar que la m. se acerca: 1R 9,9; 1CtaF 2,14; 2CtaF 71; CtaA 2.5.8; morir en la penitencia*: 1R 21,3.7-8; ¡ay del que muere impenitente!: 1CtaF 2,14-18; 2CtaF 72-82; Cánt 13 — m. eterna: son condenados los que no creen en la eucaristía*: Adm 1,8-13; 2CtaF 24; CtaO 17-20; infierno* para los que no quieren hacer penitencia: 1R 21,8; 22,5; 23,4; 1CtaF 2,15; 2CtaF 63-85; condenados al fuego* los que se irritan contra un hermano*: 1R 11,4; cf. *Castigo, Fuego, Juicio.*

Mujeres: moderar el trato con ellas: 1R 12,1-4; 2R 11,1; preocupación por las clarisas*: FVCl 1-2; ExhCl 1-6; las m. de los aspirantes: 2R 2,4.

Mundo: hemos dejado el m.: 1R 22,9; Test 3; desprenderse de la prudencia* del m.: CtaO 14.41-42; guardarse de sus preocupaciones: 1R 8,2; 9,14; 10.4; 22,16.26; 2R 2,7; 10,7; que ciegan: 1R 22,20.25; 2CtaF 66; CtaA 3-6; ir pobres* por el m.: 1R 14,1; es un enemigo*: 2CtaF 69; confundido por la humildad*: SalVir 12; cf. *Siglo.*

Murmuración: mata la caridad*: Adm 5,2; 1R 5,13-16; guardarse de murmurar: 1R 11,8; 2R 10,7; cf. *Calumnia.*

Navidad: preparada con una cuaresma*: 1R 3,11; 2R 3,5; cf. *Encarnación.*

Necesidades: proveer a las n. de los enfermos: 1R 8,3.7.10; 10,2; 2R 4,2; pedir con confianza* lo que se necesita: 1R 9,10-11; 2R 4,2; 6,8; la n. no tiene ley: 1R 9,16; constituyen motivos de dispensa de la Regla*: 1R 9,13-16; 2R 3,9 (ayuno*); 1R 15,2; 2R 3,12 (caballo); 2R 2,15 (calzado*).

Negocios temporales: de los postulantes*: 1R 2,2-6; 2R 2,7; no mezclarse en ellos: 1R 2,2.5; 2R 2,7; cf. *Mundo, Siglo* — subordinados al espíritu* de oración*: 2R 5,2.

Nombre: nadie es digno de nombrar a Dios*: 1R 23,5; Cánt 2; n. santísimo: Test 12; CtaCle 1.3.6; revelado por Jesús: 1R 22,41-42.54; venerarlo: CtaCle 12; CtaO 4; 1CtaCus 2.5; ParPN 3; veneración al n. del Señor*: cf. *Expresiones* — n. propios: Adán: Adm 2,1; Miguel, Gabriel, Rafael; cf. *Angel;* Marta y María: REr 2.10; Salomón: Test 7; Pedro, Pablo...: cf. *Apóstoles;* Antonio, León, Bernardo: cf. *Hermano.*

Novicio: cf. *Postulante, Probación.*

Obediencia: para imitar a Jesús: 1R 5,15; CtaO 46; Test 46; para seguir el Evangelio*: 1R 5,17; 2R 1,1; 2CtaF 39; CtaO 6; CtaL 3; íntegramente: Adm 3,4.7-9; CtaM 4; 1CtaCus 10; y en todas las situaciones: 1R 24,4; Test 38-39; CtaM 13.16; Test 25 — ser recibido a la o. = entrar en la Orden*: 1R 2,9.13; 2R 2,11-14; el hermano F. promete o.: 1R pról. 3; 2R 1,2; 12,4; ninguna mujer* bajo la o. de un hermano*: 1R 12,4; prometer o.: 1R 2,13; 2R 2,14; estar en la o.: 1R 5,17 — concierne a todos los hermanos*: 1R 1,1; Test 31-33.35.38; CtaO 2; a los ministros* para con la Iglesia*: 1R pról. 3; 2R 1,2; 12,3-4; a los hermanos para con los superiores: 1R pról. 4; 4,3; 16,3; 2R 1,2; 10,3; 12,1; REr 8; Test 27-30; y entre ellos: 1R 5,14 — en Adán no hubo pecado* mientras no contravino la o.: Adm 2,2; es hermana de la caridad*: Adm 3,5-6; SalVir 3; es desapropiación: Adm 3,3; somete el cuerpo*: 2CtaF 40; SalVir 15; y todos los instintos egoístas: SalVir 14; mantiene el cuerpo* sometido al espíritu* y a los hermanos: SalVir 15 — perseverancia* en la o.: CtaO 10; OfP 7,8; 15,13; maldito quien sale de la o.: 1R 5,16; donde hay pecado no hay o.: Adm 3,7; 1R 5,2-3; 2CtaF 41; cf. *Promesas* — las criaturas* obedecen mejor que nosotros: Adm 5,2.
Cf. *Menor, Servidor, Sumisión.*

Obispo: permisos a obtener: 2R 2,4; 9,1; carta a ellos: 2CtaCus 4; Antonio, mi o.: CtaAnt 1; cf. *Iglesia.*

Objetos de culto: textos: CtaCle 1.6.12; cálices, manteles: CtaCle 4; vasos sagrados y libros litúrgicos: CtaO 34-37; lugar* decoroso: 1CtaCus 3-6; cf. *Breviario, Iglesias, Liturgia.*

Ociosidad: enemiga* del alma*: 1R 7,11; 2R 5,2; Test 21.

Odio: al cuerpo* con sus vicios*: 1R 22,5; 2CtaF 37; los hermanos*, expuestos al o. del mundo*: 1R 16,10-21; 22,47.

Ofensa: no ofender a nadie: ParPN 5; cf. *Afrenta, Calumnia, Murmuración, Pecado.*

Oficio: nadie se apropie el o. de predicación* ni el de ministro*: 1R 17,1-4; cf. *Cargo* — aprender un o.: Test 21; ejercerlo sin descuidar las otras exigencias: 2R 5,1-2; CtaAnt 2; permanecer en la profesión en que uno fue llamado: 1R 7,6; 2R 10,7.

Oficio divino: todos los hermanos* lo recitarán: 1R 3,3; 2R 3,1-4; REr 3-4.6; Test 18.29-31; CtaO 39.41.43; los hermanos laicos*: 1R 3,8-10; 2R 3-3; y los clérigos*: 1R 3,4; 2R 3,1; cf. *Alabanza, Liturgia, Oración.*

Ofrenda: Cristo* se ofrece al Padre: 1R 22,2; según la voluntad* del Padre: 2CtaF 11-12; como El nos debemos ofrecer: Adm 17,2; 1R 16,10; OfP 7,8.

Oración: Cristo* ha orado: 1R 22,36-39; 1CtaF 1,14-19; 2CtaF 8-9.56 — yo rezaba sencillamente: Test 4-5; cf. ParPN; CtaO 50-52; el oficio* de la pasión*: OfP — orar por los difuntos*: 2R 3,4; para expulsar al demonio*: 1R 3,1; por las negligencias ajenas: 1R 3,5-10; hacerlo siempre: 1R 22,27-31; 2CtaF 21; OfP 2,1 — o. y trabajo*: 1R 7,12; o. y estudio*: CtaAnt 2; orar es más importante: 2R 5,2; 10,9; sin embargo, la sola o. no basta: Adm 14,2-3.
Cf. *Acción de gracias, Adoración, Alabanza, Oficio divino.*

Orden de Hermanos Menores: 1R 23,7; 2R 1,1; CtaO 2; 1CtaCus 1; cf. *Familia, Fraternidad, Menor.*

Orgullo: es un instinto de la carne*: Adm 12,2; guardarse de él: 2R 10,7; aun cuando se haga el bien*: Adm 2,3; 1R 17,6.9; vencerlo por la humildad*: SalVir 12; evitar el hacerse valer: Adm 21,2; 28,1; cf. *Vanidad.*

Paciencia: Dios* es p.: AlD 4; ser paciente por El: OfP 12,4; incluso en las tribulaciones*: Adm 13,1-2; 22,1; 1R 16,19-20; 17,15; 2R 10,9 — la p. elimina la cólera* y la turbación*: Adm 27,2 — p. del superior: 2CtaF 44; CtaM 2-11; pero cf. Test 32-33; 1R 5,6-7.
Cf. *Humildad.*

Padre: un solo P.: 1R 22,33; santísimo: AlD 2; OfP 1,5; 5,9.15; 14,1; bendice a los que observan la Regla*: Test 40; FVCl 1; 1CtaF 1,7; 2CtaF 49; quiere nuestra salvación*: 2CtaF 14-15; ha enviado a su Hijo*: 2CtaF 4.11; OfP 7,3; 15,3-4; el cual ha orado a su P. por nosotros: 2CtaF 8-9; ParPN; cf. *Dios, Trinidad* — los hermanos* no se llamen p.: 1R 22,34.

Padre nuestro: cf. *Pater noster.*

Padrino: prohibición: 2R 11,3.

Palabra: Jesús es P. de Dios*: 2CtaF 3; p. de vida*: 1R 22,36-41; Test 13; 1CtaF 2,21; 2CtaF 87; CtaCle 3; respetar las p. divinas: Test 12-13; CtaCle 6.12; CtaO 34-36; como el cuerpo* y la sangre de Cristo: 2CtaF 34-35; CtaCle 1; que ellas consagran: Adm 1,9-10.18; CtaCle 2; CtaO 37; 1CtaCus 2.5 — estas p. son nuestra alegría*: Adm 20,1; debemos recibirlas como en tierra fértil: 1R 22,17-18; Satanás desea ahogarlas: 1R 22,20 — hablemos con sabiduría*: Adm 20,3; 21,1; decorosamente: 2R 3,11; en caridad*: Adm 25; 1R 5,13; 11,1.7-8; ponderada y limpiamente: 2R 9,3; para predicar las p. de Cristo*: 2CtaF 2 — es carnal hablar y no obrar: Adm 7,2-3; 21,2; 1R 17,11-12; se ha de dar testimonio* de la P. por las obras: Adm 3,4; 21,1; 1R 17,19; 19,1-2; CtaO 9.34; sin orgullo*: 1R 17,6; es el Señor* quien dice todo bien*: Adm 2,3; 8,3; 17,1.

Papa: confirma la Regla*: 1R pról. 2; 24,4; Test 15; y la resalta en ciertos detalles: 1R 2,10; 2R 2,12-13 — obediencia* al p.: 1R pról. 3; 2R 1,2.
Cf. *Iglesia, Jerarquía.*

Pascua: 2CtaF 6; cf. *Cristo, Cruz, Gloria, Muerte, Pasión.*

Pasión: de Cristo*: Adm 6,1; ParPN 7; 2CtaF 6-13; cf. *Cruz, Muerte.*

Pater noster: oficio* divino del hermano* laico*: 2R 3,3; 2CtaF 21; Test 18; paráfrasis: ParPN 1-10; cf. *Oración.*

Paz: todo es pacificado por Cristo*: CtaO 13; OfP 15,8 — bienaventurados los pacíficos: 2R 3,11; en palabras*: 1R 14,2; 2R 3,14; Test 23; 2CtaF 1; CtaA 1; CtaL 1; BenL 2; y en obras: 1R 14,1.4; 16,6; incluso en las tribulaciones*: Adm 15,2; 1R 17,15; ExhCl 5; Cánt 11; ella elimina la preocupación: Adm 27,4 — saludo* de la p.: 1R 14,2; 2R 3,13; Test 23.

Pecado: lo único que nos pertenece: 1R 17,7; 23,5; vuelve miserables: 1R 22,5-6; 2CtaF 46; ciegos y esclavos: 2CtaF 63-68; pútridos y hediondos: 1R 22,6; 23,5-8; 2CtaF 46 — p. contra el cuerpo* de Cristo*: CtaCle 1,4-6; contra la obediencia*: Adm 2,2; 1R 5,16; contra los sacerdotes*: Adm 26,4; la envidia*, p. de blasfemia*: Adm 8,3; fornicación: 1R 13,1-2; consentimiento al cuerpo y a la carne*: Adm 10,2; 1CtaF 2,11; 2CtaF 37; querer recibir del prójimo* en lugar de dar a Dios*: Adm 17,2 — motivo de

dolor: Adm 9,3; 11,1-2; pero no debe provocar ni cólera* ni turbación*: 1R 5,7-8; 11,10; 2R 7,3; Test 9; 2CtaF 44; CtaM 9-11.15 — Cristo ha sufrido la pasión* por nuestros p.: 2CtaF 12; ParPN 7; abstenerse de vicios* y p.: 2CtaF 32; confesarse: 1R 20,2-4; 21,6; CtaO 38-39; CtaM 18-21; el p. es lavado por la penitencia*: 1R 13,2; 2CtaF 77; por la limosna*: 2CtaF 30; y es desarraigado por la práctica de las virtudes*: SalVir 8-14 — no hay obediencia donde hay p.: 1R 5,2; 2CtaF 41; Adm 3,7; los p. reservados: 2R 7,1; CtaM 13; ¡ay de los que mueren en estado de p.!: 2CtaF 82; Cánt 13 — cuando yo vivía en p.: Test 1; CtaO 38-40.
Cf. *Vicios.*

Pecadores: todos los hombres* lo son: 1R 17,7; 23,2-5; 2CtaF 46; el p. es hijo del demonio*: 1R 21,8; 2CtaF 66 — paciencia* con los p.: Adm 3,8; 1R 5,7-8; 21,4-6; CtaM 15; sin embargo: 1R 5,6-7; 13,1-2; Test 32-33.

Penitencia: condición de salvación*: Adm 10,3; 23,3; 1R 23,4.9; y fuente de alegría*: Test 3 — hacer p.: 1R 13,2; 20,2; Test 1.26; 2CtaF 25.77-81; CtaCle 10-12; con prontitud: Adm 23,3; CtaCle 10; quien no hace p. es un falso hermano*: 1R 8,7; 19,2; CtaO 44-45; y se condena: 1R 23,4; 2CtaF 63.77-82; cf. *Pecadores* — predicar la p.: 1R 21,3-9; 23,7; 1CtaCus 6; cf. 1R 12,3.5 — sacramento*: cf. *Confesión;* imponer la p. con misericordia*: 2R 7,2; CtaM 20.

Pentecostés: capítulo*: 1R 18,2; 2R 8,2.

Perdón: se halla en Dios*: 1R 23,9; perdonémonos: 1R 21,4-6; haz que perdonemos: ParPN 8; Cánt 10; como Jesús: OfP 5,10; cf. *Amor, Misericordia.*

Peregrinos: Cristo* p. ha venido a la tierra: Adm 1,16; 4,1; 1R 4,6; 2CtaF 4; y ha vivido sin cobijo: 1R 9,5 — ir en su seguimiento: 1R 1,2-4; hacia el Padre*: Adm 1,2; 1R 23,4; CtaCle 9; ParPN 4; 2CtaF 85; vivir como p.: 2R 6,2.5; pero no como vagabundos: 2R 12,2; Test 28; CtaO 45; CtaL 2.4; confiando sólo en Dios: OfP 2,8; 4,7; 5,5-6.8; 11,7-8.

Persecución: es una gracia*: Adm 6,2; 1R 16,15; CtaM 2; revela nuestra paciencia* y nuestra humildad*: Adm 13,2; procura la vida* eterna: Adm 6,2; 1R 16,15-16; cf. *Enemigos, Tribulaciones.*

Perseverancia: se salvarán los que perseveren hasta el fin: 2R 10,12; 2CtaF 48.87-88; en la imitación* de Cristo*: UltVol 1; en la fe* y en la penitencia*: 1R 23,7; 2R 2,3; en la obediencia*: CtaO 10; ExhCl 2; en la oración*: 2CtaF 21; en la predicación*: 1CtaCus 9; en la verdad*: ExhCl 2; en la práctica del bien*: 1R 21,9; y de los preceptos: OfP 7,8; 15,13; y de la Regla*: 1R 5,17; Test 39; a pesar de la persecución*: 1R 16,21.

Pies: lavarse mutuamente los p.: Adm 4,2-3; 1R 6,3; cf. *Servidor;* — han taladrado mis p.: OfP 6,4; cf. *Cruz, Pasión.*

Plegaria: cf. *Oración.*

Pobres: darles los bienes*: 1R 1,2; 2R 2,5-6.8; Test 16; amar su compañía: 1R 9,2; ir a pedir limosna* como los otros p.: 1R 7,8; cf. *Mendicación.*

Pobreza: imitación* de Jesús: 1R 9,1.5.8; 2R 6,3-4; UltVol 1-2; 2CtaF 5; modo de vivir el Evangelio*: 1R 1,1; 2R 1,1; 2,5-6.8; que va a la par de la humildad*: 1R 9,1-5; 2R 5,5; 6,2; 12,4; SalVir 2; y se traduce en la mendicación*: 1R 7,8; REr 5; p. en el alimento* y vestido*: 1R 9,1; Test 16-17; no tengan bestias: 1R 15,1; repulsa de toda apropiación*: Adm 18,2; el desprecio* del dinero*: 1R 14,1; p. en las casas*: Test 24; la aceptación de las afrentas*: Adm 14,3-4; el desinterés por los bienes* del candidato: 1R 2,2-5; 2R 2,7; amar a la señora* p.: TestS 4; vivida con alegría*, expulsa la avaricia*: Adm 27,3; SalVir 11; pobres de bienes, ricos en virtudes*: 2R 6,4; introduce en el reino* de los vivientes: 2R 6,5; Test 40; OfP 14,9; la p. hace a los hermanos reyes en el reino de los cielos: 2R 6,4; cf. *Renuncia.*

Posesión: no tenemos de nosotros mismos sino pecados*: 1R 17,7; nuestra única aspiración, la pobreza*: 2R 6,6; 10,9; la muerte* arrebata todo: 1CtaF 2,13-14; 2CtaF 71; CtaA 4; cf. *Apropiación, Bienes, Bolsa, Dinero, Riqueza.*

Postulante: recibirlo con bondad*: 1R 2,1-3; examinarlo sobre su fe*: 2R 2,1-3; dará sus bienes* a los pobres*: 1R 2,4-7; 2R 2,7-8; Test 16.

Predicación: fin: conducir al amor* de Dios*: Adm 20,2; forma: con expresiones ponderadas y limpias: 2R 9,3-4; sin buscar honores: Adm 6,3; algunos temas: 1R 16,7-11; 2R 9,3-4; CtaO 8-9; 1CtaCus 6.8-9; Cánt; exigencias: acompañada de santidad: Adm 21,3; 1R 17,3; de humildad*: 1R 17,6; Test 25; de sumisión*: 1R 17,1; 2R 9,1-2; Test 7 — todos los hermanos* pueden exhortar: 1R 21,1; mas los predicadores no se apropien su cargo*: 1R 17,4.
Cf. *Apostolado, Ejemplo, Infieles, Misión, Testimonio.*

Prelados: vivir sumisos a ellos: TestS 5; cf. *Cardenal, Iglesia, Jerarquía, Obispo, Papa, Sacerdotes.*

Prior: los hermanos no se llamen p.: 1R 6,3.

Prisionero: tratar como a tal al hermano* no-católico*: Test 32-33.

Privilegios: prohibidos bajo cualquier pretexto: Test 25.

Probación: tiempo de p.: 1R 2,1-12; 2R 2,9-13; cf. *Postulante.*

Prójimo: soportarlo: Adm 18,1; cf. *Fraternidad, Hombre, Pobres;* es pecado* querer recibir del p. en lugar de dar a Dios*: Adm 17,2.

Promesas: de Dios*: ParPN 3 — prometer obediencia*: 1R 2,13; 2R 1,2; 2,14; 2CtaF 40; CtaO 10; y observar la Regla*: 2R 2,11; Test 24.34; CtaO 39.43; obedecer en todo lo que se ha prometido: 2R 10,3; 12,4; 2CtaF 64; p. de atender a las señoras* pobres: FVCl 1-2.

Propiedad: cf. *Apropiación, Posesión.*

Prudencia: de serpiente: 1R 16,2; con respecto al dinero*: 1R 8,12; al alimento*: 1R 9,14; a las mujeres*: 1R 12,1-5; evitar la p. carnal: 1R 17,10; 2CtaF 45.

Pruebas: como imitación* del Señor*: Adm 6,2; alegrarse por ellas: 1R 9,2; 2R 10,10; cf. *Enemigos, Persecución, Tribulaciones.*

Pureza: de corazón*: 1R 22,26.29; 2CtaF 14.19-20.45.53; CtaO 14.42; SalVir 1 10; Adm 16,2; en la oración: 2R 10,9; en la adoración: 1R 22,26; 2CtaF 19; cf. *Castidad.*

Recompensa: de las tribulaciones*: Adm 6,2; 1R 2,14-15; 16,15; ExhCl 6; Cánt 11; de la limosna*: 1R 9,9; 2CtaF 31 — no buscar la r. humana: 1R 17,13; 22,20; Adm 21,1; 28,1.
Cf. *Cielo, Reino, Salvación.*

Recurso: al ministro*: 1R 6,1-2; 2R 7,1; 10,4; CtaL.

Redención: por la cruz*: Test 5; 2CtaF 56.61; CtaO 3.12-13.18; según la voluntad* misericordiosa del Padre*: 1R 23,8; 2CtaF 11-14; dar gracias* de ello: 1R 23,3; OfP 6,15; cf. *Salvación.*

Regla: escrita con sencillez: Test 15.39; para nuestra salvación*: 1R 24,1; es la imitación* de Cristo*: 1R 1,1; 2R 1,1; cf. *Evangelio* — observarla: 1R 24,2; 2R 2,11; 12,4; Test 29-30.34.36-39; CtaO 40.43; si no es posible observarla: 1R 6,1-2; 2R 10,4-5; los que no la tienen en cuenta: CtaO 45; "yo confieso no haberla observado": CtaO 39 — no cambiar nada: 1R 24,4; Test 31; añadir las precisaciones necesarias: CtaM 13.22; si no es contrario a ella: 1R 4,3; 8,9; 19,3-4; 2R 10,1-3; Test 24; CtaAnt 2; cf. *Obediencia.*
Cf. *Escritos, Testamento.*

Reino: objeto de nuestros deseos*: REr 3; ParPN 4; herencia* de los pobres*: 1R 8,5; 2R 6,4; Adm 14,1; pertenece a los perseguidos: 2R 10,11; a los penitentes: 1R 21,7; 23,4; a los que reciben el cuerpo* de Cristo*: 2CtaF 23; cf. *Cielo.*

Religioso: los r. están obligados a hacer más y mayores cosas: 2CtaF 36-47; son nuestros señores*: 1R 19,3.

Renuncia: al mundo*: Test 3; 2CtaF 36; a sus bienes*: Adm 3,1-3; de los aspirantes a sus bienes: 1R 2,4; 2R 2,5-6; a los propios quereres: 1R 1,3-5; 2R 10,2; 2CtaF 40; cf. *Pobreza.*

Reparación: de las faltas: Adm 22,2; 23,3; 1R 3,5; cf. *Penitencia.*

Respeto: a Dios*: 1R 17,7; a la eucaristía*: 1R 20,5; CtaO 12.14; al nombre de Jesús: CtaO 4; ParPN 6; a los sacerdotes*: 1R 19,3-4; 2CtaF 33; a los teólogos: CtaAnt 1; Test 13; al ministro*: CtaO 38; a los hermanos*: 1R 7,15; cf. *Veneración.*

Revelación: de la vida* según el Evangelio* a Francisco: Test 14.

Rey, reina: rey del cielo* y de la tierra: FVCl 1; AlD 2; OfP 1,5; 2,11; 5,15; 7,3.9; 14,1; 15,2-3; Jesús por encima de los reyes: OfP 15,4 — las clarisas serán reinas en el cielo: ExhCl 6; los hermanos son reyes en el reino de los cielos: 2R 6,4.

Riqueza: Dios* es la r. a saciedad: AlD 4; Cristo*, rico sobremanera: 2CtaF 5 — la r., enemiga del alma*: 1R 22,16; ciencia* para acumular r.: Adm 7,2; cf. *Bienes, Bolsa, Dinero.*

Sabiduría: Dios* es s.: AlD 4; el Cordero* digno de s.: AlHor 3; nombre de Dios en Cristo; AlD 4; Cristo, s. del Padre: 2CtaF 67; s. espiritual*: 1R 17,14-16; hermana de la simplicidad*: Test 7; 2CtaF 45; SalVir 1.10; confunde a Satanás: SalVir 9; se opone a la s. del mundo*: 1CtaF 2,8-9; 2CtaF 67.83; CtaA 5; preparar sabiamente lo que se ha de decir: Adm 21,1.

Sacerdotes: grandeza del s.: Adm 26,3; CtaO 23; en ellos ve F. al Hijo de Dios*: Test 10; CtaCle 3; son ministros* de la eucaristía*: Adm 1,9.18; Test 10; 2CtaF 22; 1CtaCus 7; ellos solos pueden absolver: 1R 20,2-4; 2R 7,2; 2CtaF 22; confesar los pecados* al sacerdote*: 2CtaF 22; merecen respeto*: Test 6-8.10; 2CtaF 33; s. que administran mal los sacramentos*: CtaCle 4; que sean santos*: 1R 12,3; CtaO 2.14.17-22; y practiquen la caridad*: CtaO 31; exhortación a los sacerdotes: CtaCle 1-12; CtaO 14-29; cf. *Clérigo, Iglesia.*

Sacramentos: vida sacramental: 2CtaF 22-25; cf. *Confesión, Eucaristía;* objeto de examen* de los postulantes*: 2R 2,2-3; cf. *Católico, Fe.*

Sacrificio: de Jesús: 2CtaF 11; cf. *Cruz, Muerte, Pasión;* sobre el altar*: 2CtaF 33; CtaCle 4; CtaO 14; cf. *Cuerpo de Cristo, Eucaristía, Misa.*

Sagrada Escritura: cómo estudiarla: Adm 7,3-4; CtaAnt; cf. *Evangelio, Sabiduría, Teología.*

Salario: recibir lo necesario. 2R 5,3-4; en especie: 1R 7,7; jamás en dinero*: 1R 8,3; ávido deseo* de s.: Test 21-22; cf. *Mendicación, Trabajo.*

Salterio: cf. *Breviario, Oficio divino.*

Saludo: la paz*: 1R 14,2; 2R 3,13; Test 23.

Salvación: Dios*, mi única s.: AlD 6; OfP 4,7-9; 5,14-15; 7,3; 8,7; 9,3; 11,5; 12,2-3; 13,6; 14,3; por Jesús: 2CtaF 14-15; que ha padecido: Adm 6,1; cf. *Pasión;* por las palabras* y la eucaristía*: 2CtaF 34; CtaCle 3; CtaO 3.27-28; 1CtaCus 6; por la fe* y la penitencia*: 1R 23,7; por la obediencia*: 1R 4,3; Adm 3,7; por la observancia de la Regla*: 1R 24,1-2; y la perseverancia*: 1R 16,19-21; 2R 10,12.

Santificación: del cuerpo y sangre de Cristo: Adm 1,9; CtaCle 1-2; 1CtaCus 2; CtaO 37.

Santos: cada vez que se trata de Dios*, de un misterio, de una virtud*, etc.— los s.: Dios es admirable en ellos: OfP 9,11; Dios está en los s. y en los ángeles*: ParPN 2; han actuado: Adm 6,3; sus méritos nos obtienen el perdón*: ParPN 7; dan gracias* por nosotros: 1R 23,6; ruegan por nosotros: OfP Ant; nos bendicen: Test 40; les confieso mis pecados*: CtaO 38 — sed s.: CtaO 22-23; por la imitación* de Cristo* paciente: Adm 6,2-3.

Seguimiento: seguir la voluntad de Dios: 1R 22,9; seguir la doctrina y ejemplo de Cristo: 1R 1,1; seguir su vida y doctrina: UltVol 1; seguir su pobreza y humildad: 1R 9,1; seguir las huellas de Cristo: 1R 22,2; 2CtaF 13; CtaO 51; CtaL 3; en las persecuciones: Adm 6,2; en la cuaresma que Cristo practicó: 1R 3,11; 2R 3,6; cf. *Cristo, Hijo de Dios.*

Señor: palabra* empleada más de 250 veces; cf. *Altísimo, Cristo, Dios, Espíritu, Padre,* etc. — autor de todo bien*: Adm 2,3; OfP 13,6; obra y habla por sus servidores*: Adm 8,3; 12,2; todo le pertenece: Adm 18,2; El es el único juez: Adm 26,2; es temible: OfP 7,2-3.6; 15,2.11; refugio para el pobre*: OfP 11,7-9; a quien El ayuda: OfP 1,1.7; enviándole la salvación*: OfP 9,2-4; 11,6; se ha hecho pobre: 2R 6,3; es humilde: CtaO 27-28; se ofrece a nosotros: CtaCle 8; CtaO 11.23-24 — Jesús es el S.: Adm 8,1; amarle, servirle, adorarle: 1R 22,26; los hermanos* le han entregado su cuerpo*: 1R 16,10.

Señora: María*: SalVM 1; las s. pobres*: UltVol 2; cf. *Clarisas;* s. pobreza*: TestS 4.

Señores: son mis s.: el papa: 1R pról. 3; 3,12; 24,4; 2R 1,2; 2,12; 12,3; Test 15; los sacerdotes*: Test 8-9; el cardenal* de Ostia: Test 33; el ministro* general: CtaO 2.38; el guardián: Test 28; las autoridades: CtaA 6; los hermanos no se llamen s.: 1R 22,33-35.

Servidor: servir a Dios*: 1R 22,26; 23,4; FVCl 1; AlHor 6; a ejemplo de María*: SalVM 5; OfP Ant; humildemente: 2R 5,4-5; 2CtaF 47; con obediencia*: Adm 5,2; aunque sea amargo al cuerpo*: 2CtaF 69 — servir a los otros hermanos*: 1R 5,14; sobre todo, a los enfermos: 1R 10,1; 2R 6,9; Adm 18,1; 24,1; a los leprosos*: 1R 8,10; Test 1; y a todos los hombres*: 2CtaF 47; como humildes siervos inútiles: 1R 11,3; 23,7; transmitirles las palabras* del Señor*: 2CtaF 2 — el superior: 2R 8,4; 10,6; 2CtaF 42; F. s.: Test 41; 2CtaF 1-2.86; CtaO 4; CtaM 9; 1CtaCus 1 — los servicios prohibidos: 1R 7,1-2.
Cf. *Menor, Obediencia, Sumisión.*

Siglo: sus vanidades: 2CtaF 71.85; por las cuales Satanás ciega al hombre*: 1R 22,20; los religiosos* renuncian al s.: 2CtaF 36; cf. *Mundo.*

Silencio: en los eremitorios*: REr 4-8; preferible a las disputas*: 1R 11,1-2.

Simplicidad: unida a la pureza*: 1R 17,15; SalVir 1; Test 39; a la humildad*: 2CtaF 45; a la obediencia*: CtaO 2; confunde a la sabiduría* del mundo*: SalVir 10 — nosotros éramos simples: 1R 16,2; Test 4-5.15.19.29; cf. *Iletrados.*

Sumisión: a los clérigos*: 1R 19,3; Test 6-7; TestS 5; a todos los cristianos*: 2CtaF 1; a todos los hombres*: 1R 7,2; 16,6; Test 19; 2CtaF 47; aun a los animales*: SalVir 17-18; cf. *Obediencia, Servidor.*

Sufrimiento: cf. *Enfermedad.*

Superior: cf. *Jerarquía.*

Temor: el Espíritu* del Señor* desea el t. de Dios*: 1R 17,16; que se opone a todo t. carnal: Adm 27,5; CtaO 14; OfP 14,3; como lo hace la caridad*: Adm 27,1; SalVir 13; cf. *Sabiduría;* que todo hombre* tema a Dios: CtaO 26; 1R 21,2; como Juan el Bautista: CtaO 21; y el te-

mor se expresa por la adoración: AlHor 6; CtaO 4; OfP 10,4 — temer y honrar a los sacerdotes*: Test 8; cf. *Respeto;* no temer a los que matan el cuerpo*: 1R 16,8; cf. *Enemigos, Persecución.*

Teología: permiso para enseñarla: CtaAnt 2; los teólogos administran espíritu* y vida*: Test 13; cf. *Ciencia, Sabiduría, Sagrada Escritura.*

Testamento: exhortación para observar la Regla*: Test 34; guardarlo íntegro: Test 35; unido siempre a la Regla: Test 37.39; sin glosa*: Test 38 — exhortación al amor*, la pobreza* y la fidelidad a la Iglesia*: TestS 3-5; cf. *Admonición.*

Testimonio: de alegría*: 1R 7,16; de paz*: 1R 16,6; de caridad* universal: 1R 11,9 — por la palabra* y por las obras: CtaO 9; cf. *Ejemplo.*

Títulos: ni prior: 1R 6,3; ni señor*: 1R 22,33-35; ni padre: 1R 22,34; ni maestro: 1R 22,35; cf. *Custodio, Guardián, Ministro.*

Trabajo: gracia* del Señor*: 2R 5,1; y deber: 1R 7,3; Test 20; alternarlo con la oración*: 1R 7,12; trabajar humildemente: 1R 17,5-6; sin apagar el espíritu* de oración: 2R 5,2; CtaAnt 2; su recompensa*, reservada en el cielo*: ExhCl 6; la mendicación* es un t.: 1R 9,9; únicamente los t. honestos: 1R 7,3.10; 8,9; Test 19-20; posibilidad de tener herramientas: 1R 7,9; los t. prohibidos: 1R 7,1-2; el salario* no es el fin del t.: 1R 8,12; salario en especie: 1R 7,7; 8,8 — F. ha trabajado: Test 19.

Tribulaciones: soportadas en paz*: Adm 15,2; procuran la vida* eterna*: Adm 6,2; Cánt 10; y son fuente de alegría*: 1R 17,8; VerAl 14; Adm 5,8; el Señor* es nuestro refugio: OfP 11,7-8; invocarle: OfP 2,3.6-7.9-10; 6,1-10; 12,8-9; 13,1-5; cf. *Persecución.*

Trinidad: en el nombre* de la T.: 1R pról. 1; 23,10; 2CtaF 85; CtaO 1; T.-Unidad: 1R 21,2; 23,10; 24,2; CtaO 1.52; AlD 3; igualdad: Adm 1,7; el Hijo* y el Espíritu* Santo dan gracias* al Padre*: 1R 23,5 — T. y encarnación*: CtaO 33; fe en la T. a través de la palabra: 1R 16,7; T. creadora y redentora: 1R 23,1-3.10; ParPN 1 — amarla: 1R 17,16; 2CtaF 48-50; hacer en nosotros su templo: 1R 22,27; alabarla: 1R 3,10; 24,5; ParPN 10; AlHor 4.9; por medio de los santos* y de los ángeles*: 1R 23,6; F. confiesa sus pecados* a la T.: CtaO 38; anunciarla: 1R 16,7; que ella bendiga a los que observan la Regla*: 1R 24,2; Test 40; 2CtaF 89.

Tristeza: desaconsejada: 1R 7,16; cf. *Turbación.*

Turbación: en la enfermedad*: 1R 10,4; en la persecución*: Adm 14,3-4; 1R 16,19; frente al pecado* del prójimo*: 2R 7,3 — es una astucia del demonio*: 1R 5,7; un signo de apropiación*: Adm 4,3; 11,2-3; pero es eliminada por la humildad*: Adm 27,2; cf. *Cólera, Tristeza.*

Universalismo: los hermanos* deben evangelizar el mundo* entero: 1R 23,7; 2CtaF 1-2; CtaO 9; alabar a Dios* con todas las criaturas*: Cánt 3; invitar a todo el universo a la alabanza*: CtaO 26; 1CtaCus 8; OfP 3,12; 7,1.4.11; 9,7-8; 10,1.3-4.7-8.10; 14,6; 15,2.9-10.12; bendigo a todos los hermanos, presentes y futuros: CtaO 49; TestS 1; te adoramos en todas las iglesias* del mundo entero: Test 4-5; obediencia* a todos los hombres* e incluso a las bestias: cf. *Sumisión.*

Vanidad: todo es v.: 1R 8,6; 2CtaF 71; CtaO 42; cf. *Bienes, Carne, Dinero;* guardarse de la vanagloria: 1R 17,9; 2R 10,7; no perder el reino* por el dinero: 1R 8,5; cf. *Orgullo.*

Veneración: al cuerpo* de Cristo*: Test 11; CtaO 21; 1CtaCus 6; y a las palabras* santas: CtaO 35-36; y objetos de culto: CtaCle 4; 1CtaCus 3; CtaO 34; cf. *Respeto.*

Verbo: Jesús es el V. del Padre*: 2CtaF 3-4; anunciar al V. de Dios*: 1R 16,7; cf. *Cristo, Hijo de Dios, Palabra.*

Verdad: Dios* es la v., el único verdadero Dios: Adm 1,21; 16,2; 1R 17,18; 23,9; 1CtaCus 7; AlD 3; OfP 1.15; 15,1; su mensaje es v.: 1R 22,49-50; 23,3; 2CtaF 1 — ha enviado la v. para guiarnos: Adm 1,1; 1R 22,40; OfP 3,5; 2CtaF 66-67, ha tomado carne* verdadera: 1R 23,3; 2CtaF 4 — debemos vivir en v. la fe*: 1R 23,7.10; la adoración*: 1R 22,31; 2CtaF 18-20; el amor*: Adm 9,2; 1R 11,6; 23,8; ParPN 8; la obediencia*: Adm 3,4.6; CtaM 4; 1CtaCus 10; la pobreza*: Adm 14,4; la paz*: Adm 15,2 — Dios maldice a los que no obran en v.: CtaO 19-20. Cf. *Hipocresía.*

Vergüenza: v. de nosotros: Adm 6,3; mendigar sin v.: 1R 9,4-7; 2R 6,3; no avergonzar al hermano* pecador*: CtaM 15.

Vestido: del novicio: 1R 2,8; 2R 2,9; del profeso: 2R 2,14-15; pobre* y remendado: 1R 2,13-15; 2R 2,16; contentos con la comida y el v.: 1R 9,1; Test 16; para que puedan tener un v. en el cielo*: 1R 2,15; no tenerle apego: 1R 14,5: OfP

6,3; no juzgar a los que visten v. muelles: 2R 2,17; signo de pertenencia a la Orden: 1R 13,1; incumbe al ministro* proveer de él: 1R 8,3; 2R 4,2 — María*, vestidura de Dios*: SalVM 5.

Vicios: son nuestra única propiedad: 1R 17,7; odiar nuestros cuerpos* con sus v.: 1R 22,5-6; 2CtaF 37; salen del corazón*: 2CtaF 69; ciegan al hombre*: 2CtaF 64; el hombre con sus v. ha crucificado a Jesús: Adm 5,3; son confundidos por las virtudes*: SalVir 8-14; Adm 27,1-6; han de ser objeto de predicación*: 2R 9,4; cf. *Pecado.*

Vida: Dios* es v.: Adm 1,21; 16,2; 1R 23,6; 1CtaCus 7; AlD 7; OfP 1,15; 15,1; Jesús es v.: Adm 1,1; 1R 9,4; 22,40; CtaO 26; autor de nuestra v.: Adm 1,6; 7,1; 1R 23,8; 2CtaF 61; AlD 6; OfP 14,5; él da la v. eterna* a los perseguidos: Adm 6,2; 1R 10,3; 16,11.16-21; 17,8; 22,4; a los penitentes: 1R 11, 13; a los pobres*: 1R 1,5; a los que reciben su cuerpo*: Adm 1,11; 1R 20,5; CtaCle 3; sus palabras* son espíritu* y v.: Adm 7,4; 1R 22,39; 2CtaF 3.87 — v. de los hermanos*: fidelidad* al Evangelio*: Test 14; FVCl 1; 1R 22,41; y a la Regla*: 1R pról. 2; 1,1; 2,1-3; 3,12; 5,2.4.17; 6,1; 8,9; 24,1.4; 2R 1,1; 2,1.11; Test 16 — la v. del espíritu* es mejor: ExhCl 3 — nuestro cuerpo* quiere quitarnos la v. eterna*: 1R 22,5.

Vigilancia: *con respecto de Satanás:* 1R 22,19; de todo mal: 1R 21,9; del orgullo*: 1R 17,9; 2R 10,7; del dinero*: 1R 8,5.11-12; de la apropiación*: 1R 7,13; Test 24; de la cólera* y de la turbación*: 1R 5,7; 16,19; 2R 7,3; de la hipocresía*: 1R 7,16; de las mujeres*: 1R 12,1; cf. expresión: *guardaos* — v. y oración*: 1R 22,27.

Vil: considerarse como el más v.: Adm 12,3; llevar vestidos* v.: 1R 2,14; 2R 2,16; cf. *Pobreza;* frecuentar el trato con personas despreciadas: 1R 9,2; la carne* es despreciable: 1R 17,14 — las cosas santas son, a menudo, tratadas como v.: CtaCle 4-5; 1CtaCus 1; 2CtaCus 2.

Virtudes: provienen del Señor*: SalVir 4; los corazones infieles los hacen fieles: SalVM 6 — anunciarlas: 2R 9,4; practicarlas: 2R 6,4; inseparables: SalVir 6-7; confunden los vicios* y pecados*: SalVir 8 — de los cielos: Test 40; OfP Ant; cf. *Angel.*

Visita: los ministros* visiten a los hermanos*: 2R 10,1; REr 8; F. escribe al no poder visitar: 2CtaF 3; v. de las iglesias*: 2CtaF 33; Test 18.

Vocación: bajo la inspiración* divina: 1R 2,1; 16,3; 2R 12,1; FVCl 1; el Señor* me reveló: Test 14-15; cf. *Revelación;* autenticada por la autoridad: 1R 16,4; 2R 12,2.

Voluntad: por su v. Dios* nos ha creado: 1R 23,1 — nuestra v. debe ser orientada hacia El: 1R 22,9; 23,9; CtaO 15.50; CtaM 6; OrSD; OfP 6,12; 7,8; 15,13; a *imitación* de Jesús: 2CtaF 10-12.52; aceptar su v., cualesquiera que sean las molestias: CtaM 2-3; o la enfermedad*: 1R 10,3; El quiere, sobre todo, amor*: ParPN 5; no apropiarnos nuestra v.: Adm 2,3; 3,10; 19,3; renunciar a los propios quereres por Dios: 2R 10,2; cf. *Obediencia;* v. espiritual* de repartir los bienes*: 1R 2,11; 2R 2,6 — la muerte* no puede perjudicar a los que hacen la v. de Dios*: Cánt 13 — he aquí mi última v.: TestS 2.

Abad, abadesa: de San Justino pide a F. que rece por él: 2C 101; LM 10,5; LP 76; de San Benito dona la Porciúncula: LP 56; TC 56; EP 55; cf. *Autoridad, Superior* — de las hermanas* de San Damián: LP 13; EP 108.
Cf. *Clarisas.*

Abandono: de todo por F. para seguir a Cristo*: 2C 55; por los hermanos*: LM 4,7: TC 59-60 73; AP 41; del amo por el siervo: TC 6; AP 6; cf. *Despojo, Pobreza, Renuncia* — de la orden* a Dios*: 2C 216; a los ministros*: EP 41; Ll 4; cf. *Providencia* — de la orden: EP 80; motivo de aflicción: LP 106 112; EP 11 81; cf. *Apostasía* — de Rivo Torto: TC 55-56; de la Porciúncula: TC 32; EP 83; AP 14.

Abrazo: de la señora pobreza* a F.: SC 58; del obispo* de Asís a F.: TC 19-20; AP 8; del obispo de Imola a F.: 2C 137; de Inocencio III a F.: TC 51; de un noble a F.: Flor 37; cf. *Amor* — de F. al leproso*: LM 1,5; y al hermano Ricerio: Flor 27 — entre el obispo y el *podestà** de Asís: LP 84; EP 101; entre el hermano Gil y Luis rey de Francia: Flor 34.
Cf. *Reconciliación.*

Absolución: de F. a los hermanos* en capítulo*: LP 59; EP 91; a Clara*: LP 13; EP 108; cf. *Perdón.*

Abstinencia: adiestramiento: LM 5,1; según el Evangelio*: Flor 4 n.4; de los primeros hermanos*: LP 50; Flor 28; contra las tentaciones*: LP 63; cf. *Demonio;* exceso: LP 51 80; cf. *Discreción.*
Cf. *Austeridad, Mortificación, Penitencia.*

Acción: del Espíritu* en la vocación* de hermanos* y hermanas*: 2C 157 204; cf. *Disposibilidad;* al servicio* de la Iglesia*: 2C 17; LM 3,10 — preferible a la palabra*, y condición de eficacia: 1C 36; 2C 12 82 173 189; LP 101 103 105 111; cf. *Ejemplo* — práctica alegre y pronta de los consejos y promesas: 1C 22; LM 1,3: 2,1; 3,1; 10,5; 11,3; TC 11 — madura en la reflexión y en la oración*: LM 10,1; cf. *Espíritu* — de gracias; cf. *Alabanza, Gratitud.*

Aceptación: del monte Alverna: Ll 1 — a la Orden*: cf. *Admisión.*

Acogida: a F. por el obispo* de Asís: LM 2,4 n.6; de F. a los hermanos*: TC 35 45; AP 17 29; fraterna entre los hermanos: 1C 38; de los aspirantes*: LP 56; del arrepentido: LM 6,11; de los bandidos: Flor 26 — de los primeros hermanos en Roma: TC 47; AP 32; de Honorio III: 2C 25; del cardenal* Hugolino en el capítulo*: TC 61; AP 43 — de los dos primeros hermanos en Florencia: TC 39; AP 21; que se hacía a los hermanos en las provincias*: TC 62; AP 44.
Cf. *Caridad, Cortesía, Hospitalidad.*

Acusación: de F. ante su vicario*: LP 64; EP 58; pública: 2C 132; LM 6,2; LP 81; EP 62; Flor 3; de F. a sí mismo por avergonzarse de pedir limosna*: TC 24 — ejemplos concretos de a.: LP 105; EP 4 80; impuesta a un hermano*: LM 8,5.
Cf. *Confesión, Pecado.*

Admiración: de F. por las maravillas de Dios*: 1C 84; 2C 9; LM 8,9; LP 14 118; EP 113; cf. *Alabanza* — del mundo* por F.: LM pról 2; 15,3; — reacción de F. cuando otros lo admiran: LM 6,3; cf. *Elogio.*
Cf. *Devoción, Respeto, Veneración.*

Admisión: de candidatos a la Orden*: EP 71; reservada a F.: LP 56 70; EP 8 103; concedida a los ministros*: TC 66; AP 45; condición, el despojo*: 2C 80 81 190 194; LP 92; Flor 26; ingreso en la orden: TC 31 32 41; AP 13 14; LP 22 74; EP 88.
Cf. *Aspirantes.*

Admonición: cf. *Exhortación.*

Adoración: F. adora al Creador*: LM 8,10; LM 5,4 — de Cristo*: en todas las iglesias*: LM 4,3; TC 37; AP 19; en la cruz*: 1C 45; LM 4,3 —«Te adoramos», oración* enseñada por F. a sus compañeros*: 1C 45; LM 4,3; TC 37; AP 19.
Cf. *Alabanza, Gloria, Devoción.*

Afrentas: a los primeros hermanos*: TC 40; AP 23; LP 56; EP 55; recibidas por ellos en países ultramontanos: TC 71; AP 44 — reservadas al hermano asno: LM 5,6.
Cf. *Desprecio, Injuria, Persecución.*

Agua: hermana* a.: 1C 81; 2C 222; LM 5,12; Lm 5,9; EP 120; criatura* amada: LP 88 — bebida ordinaria: 2C 22; LM 5,1: Lm 3,1; cambiada en vino: 1C 61; LM 5,10; Lm 5,2; milagrosa: 2C 46; LM 7,12; 12,11; 13,6; Lm 6,6; LP 94; fuente brotada del peñasco: 2C 46; LM 7,12; Lm 5,3; Ll 1; helada: 1C 42; LM 5,3.

Alabanza: F. constituye una fraternidad de a.: 1C 40 80 126 135; TC 55 58; EP 120; *especialmente en la Porciúncula*: 2C 19; LP 56; EP 55 — F. canta las a. del Señor: Lm 2,5; 7,9; AP 15; EP 124; 1C 115; en su corazón: 2C 7; AP 46; en francés*: 1C 16; 2C 127; LM 2,5; Lm 1,8: TC 33; AP 15; durante una cuaresma*: LM 9,2; toda su vida fue una a.: TC 68; F. escribe las a. de Dios* para el hermano León: LM 11,9; Lm 4,6: F. predica las a. de Dios y de la Virgen: 1C 24; 2C 198 — invita a la a.: a los hermanos*: LM 4,3; AP 31; a los hombres: LP 74; AP 38; a las criaturas*: 1C 58 80-81 115; 2C 165 170 213; LM 8,8-9; 9,1; 12,3; cf. *Canto* — a Dios: al entrar en una casa: LP 107; EP 82; por el canto de la cigarra: LM 8,9: LP 110; por todo bien: 1C 40; 2C 134; LM 6,3; por la enfermedad*: 1C 102; 2C 175; LM 14,2; LP 66 99; Lm 7,2; y por la muerte*: 2C 216 217; LP 99; EP 121; Ll 4; a la vuelta de la mendicación*: 1C 34; 2C 76; LP 97 98; EP 23 25; antes de la comida: LM 11,4; Lm 4,9; en camino: 1C 16; 2C 108; LM 5,12; 6,9; TC 21 33; por las injurias* y pruebas: 1C 11 40-41; TC 17 18 22 — y acción de gracias por: limosnas* y hospitalidad: 2C 43; LP 85; TC 39; revelaciones* y milagros*: 1C 61; 2C 117; LM 1,5; 5,9; Lm 5,9: LP 83-84; TC 29; protección del papa* o del cardenal*: 1C 34; TC 61; conversión* de Bernardo: TC 27 30; reputación de los hermanos españoles*: 2C 178; encuentro de los hermanos: 1C 30 — de la modestia: 1C 102; de la alegría*: 2C 125; del pedir limosna: 2C 71; de la humildad*: 2C 140; de la pobreza* de los apóstoles: SC 32; de los hermanos pobres: SC 16 37 64; de la mujer fuerte: 2C 38; de la Porciúncula: 1C 106; por las llagas de F.: 1C 114; LM mil 1,1 — compuestas por F.: al Señor: 1C 109; 2C 213; LP 66 99; para todas las horas: LM 8,9; después del padrenuestro: LP 107; EP 82; a las virtudes: 2C 189; para el Dios altísimo: 2C 49; LM 11,9; Lm 4,6; Ll 2; a la Virgen: 2C 198; cf. *Saludo* — los pájaros alaban a Dios a su manera: LM 8,9; 14,6; LP 14; EP 113 — peligros de la a. de los hombres: 2C 134 145; LM 6,2-3; cf. *Elogio*.
Cf. *Admiración, Bendición, Gratitud.*

Alegría: natural: AP 5 — al pensamiento de Dios*: 2C 14; y de su salvación*: LM 3,6; LP 83; cf. LP 120 — a. de imitar a Cristo*: 2C 17; al despojarse de sus bienes*: AP 8; de celebrar la Navidad*: 1C 85-86; 2C 199; LM 10,7; *de cantar los salmos** 2C 70; de leer la Escritura: LP 79; de pronunciar el nombre* del Señor: 1C 82; LM 10,6; en la pobreza*: AP 15; de recibir hermanos*: AP 10 14 17; de dar y de darse: 1C 14 76; 2C 181; LM 3,1; AP 8; LP 14 89 92; *de pedir*: LP 51; de servir: LP 115-16 — supone la paz* del alma*: 2C 125 128; es la mejor defensa contra el demonio*: 2C 125; LP 119-20; EP 95-96 — no consiste en las groseras a. humanas: 2C 94 130; sino en los favores de Dios: 1C 7 26 33 92-94; 2C 9; LM 1,5; 5,11; 13,3; TC 5-6 13 16 22; LP 66 — de F. por la buena reputación de los hermanos: 2C 155 178-79; LM 8,3; por su conversión: 1C 24; TC 27; LP 51; y sus buenas acciones*: TC 44; LP 51 61 97-98 106; EP 51; Flor 6; en las injurias*: 1C 10-13; en la persecución*: 1C 16; 2C 12; LM 2,5; 10,3; Lm 1,8 (la prisión*: TC 4); en la humillación: 2C 141 145; LM 6,1.5; TC 23; LP 109; perfecta a.: Flor 8 n.1; en la obediencia*: 1C 75; en la voluntad* de Dios: LM 12,2; 14,2; en la enfermedad* y la muerte*: 1C 107 109; 2C 213 217; LM 14,4; Lm 7,3: TC 68; LP 83 99-100 120; EP 121-23; Flor 6; a. de ser pobre y menor*: 1C 35-42; 2C 8 17 55 70 73 93 215-16; LM 1,6; 7,6.8; 14,4; Lm 3,5; TC 33 45; AP 15; LP 3.5.13.45; de predicar*: 1C 23 73; LM 12,8; de acoger a los hermanos: 2C 186; AP 10 14 17; de volverse a encontrar: 1C 38; LM 4,10; TC 32; en la compañía de las criaturas*: 1C 58 61 77 78 80 81; 2C 47 170 171; LM 8,9; LP 86 88 110; y por toda obra salida de la mano de Dios: 2C 165; LM 9,1; Lm 3,3; a. y lengua francesa*: 1C 16; 2C 127; LM 2,5; TC 33; cf. TC 23-24; AP 15 — de dos hermanos: 2C 45; del hermano Bernardo: Flor 5; de los hermanos limosneros: 1C 34; 2C 76; LP 96 98; EP 18 25; en comunidad: 2C 128; LP 63 120; EP 96; AP 14 25 31; en oír la palabra* de Dios: AP 11; en la pobreza: AP 15 29-30; al marchar a misiones* y al volver: 1C 29-30; LM 3,7; TC 59; en la persecución: AP 23-24; por las gracias* concedidas a F.: 1C 27; y por los estigmas*: 1C 112-13 117; LM 15,3-4.
Cf. *Canto.*

Alma: su comida*: 2C 96; LM 10,6; — el cuerpo* es su celda*: LP 108; EP 65; Flor 25; ha sido creado para ella: EP 97; es su enemigo: 2C 175; — se salva más con la oración* que con la ciencia*: LP 103; EP 72; *despreciando los honores*: LP 109; EP 64; el ocio y el odio son sus enemigos: 2C 89; TC 41; AP 25; — la vocación* de F. y sus hermanos: salvar las a.: 1C 35 98; 2C 103 155 160; LM 4,2; 9,4; Lm 2,5; 3,8.

Amargo: lo a. convertido en dulzura*: 2C 9,14; LM 1,5; TC 11 22; LP 77; EP 91.

Ambición: de F. antes de su conversión*: 1C 2; TC 5-7 13; después de su conversión: 1C 55; 2C 140 — a. culpables de los hermanos*: 1C 104; 2C 119-20 139 145; cf. *Humildad, Ciencia.*
Cf. *Arrogancia, Avaricia, Egoísmo, Soberbia.*

Amistad: de F. con Cristo*: 2C 172; LM 9,9; con Inocencio III: LM 3,10; con Hugolino: 1C 74-75; LM 7,7; TC 61; con los pobres: 1C 135; con Jacoba: 3C 37; con Práxedes: 3C 181; con Juan de Greccio: LM 10,7; LP 119; EP 98; con un coetáneo: 1C 6; con uno de Asís: 1C 136; con el hermano halcón: 2C 168; LM 8,10; con un faisán: LM 8,10 — entre el obispo de Asís y Juan de San Pablo: TC 47; restablecida entre el obispo* y el *podestà* de Asís: LP 84; EP 101.
Cf. *Amor, Confianza, Cortesía.*

Amor: el a. que nos ha amado: LM 9,1 — de Dios* a F. y la Orden*: 2C 6 44 52 201; LM pról. 1; LP 8 119; AP 3 8 18 33; cf. *Padre* — de F. a Jesús: 1C 84 86 115; 2C 196; LM 9,1; 10,7; 14,1; TC 68; LP 14; cf. *Cristo, Devoción;* a Dios: AP 4 27 47; al prójimo: cf. *Hermanos, Pobres;* a las criaturas: 1C 58 59; 2C 165; LM 8,6; LP 86; cf. *Fuego* — expresión «por a. de Dios»: 1C 17; 2C 5 61 86 88-89 93 151 196; LM 2,7; 9,5; Lm 1,2; TC 3 10 24 28 31-31 39 43; AP 22 27; LP 82 86 89 91 97 104 115 120; EP 34-35 — de Dios, moneda de cambio: 2C 77 196; LM 7,10; 9,1; LP 51 96; EP 18 22; a Dios de todo corazón: 1C 37; TC 34 37; AP 15 19; LP 10; EP 45 — los estigmas*, obra del a. transformante: 1C 94-95 113-15; 2C 135; LM 13,2; Lm 6,1; TC 69; AP 46 — las obras del a.: predicación* y apostolado*: 1C 73 86; 2C 132; LM 9,4; combate espiritual: 1C 103; desapego y penitencia*: LM 1,4; 2,4; 4,7; 14,1; TC 22; LP 90; servicio* de los leprosos*: 1C 17; LM 2,6; martirio*: 1C 55; LM 9,5-9.
Cf. *Caridad, Veneración.*

Angeles: veneración* de F. por ellos: 2C 197; LM 2,8; vienen a consolarle: LM 5,11; EP 79; Flor 4; á. con la viola: Ll 2; visión* del serafín: 1C 94 114; LM 13,3; visión del trono del á. caído: 2C 123; LM 6,6; LP 65; EP 60 — vida angelical de F.: 1C 83 115; 2C 94; LM 10,1; 12,1 — F., a. del Apocalipsis: LM pról. 1; 12,12; 13,10; Lm 7,1; la limosna*, pan* de á.: LM 7,8.

Animales: amados por F.: 1C 58-61; LM 8,11; los invita a alabar a Dios: 1C 58; los llama hermanos*: 2C 165; los quiere gozosos en la Navidad*: LP 14; EP 114; curados: 1C 87; Lm 6,6; lobos de Greccio: 2C 35-36; LM 8,11; Lm 5,5; LP 74; y de Gubbio: Flor 21; alondras: 2C 200; 3C 32; LM 14,6; LP 14; EP 113-14; tórtolas: Flor 22.
Cf. *Caballo, Cordero, Criaturas, Oveja.*

Apariciones: cf. *Revelaciones, Sueños, Visiones.*

Apostasía: del hermano Elías: Flor 38; de uno de los compañeros*: Flor 1; de algunos hermanos* de la Orden*: 2C 28-29.
Cf. *Abandono.*

Apostolado: misión* providencial: AP 3 8 18; a imitación* de Cristo* y los apóstoles* en el mundo* entero: LM 4,7; TC 36; adaptado a las circunstancias: LM 13,1; y a las personas: TC 45; para renovar la Iglesia*: AP 33; por el ejemplo*: 2C 155; por la mendicación*: 2C 78; por la oración*: 1C 91; LM 4,2; 13,1; y por la liturgia: LM 10,7; predicando la conversión*: AP 15 18; en colaboración con el clero: 2C 146.
Cf. *Misión, Predicación.*

Apóstoles: vida apostólica: 1C 22 88-89; LM 3,1; Lm 2,1; TC 1 43 68; Flor 13; cf. *Devoción.*

Aprobación: cf. *Regla.*

Arrogancia: de los hermanos*: EP 69; de la carne*: Lm 1,8; atentado contra la pobreza*: LP 106; EP 12; cf. *Soberbia.*

Aspirantes: admitidos por F.: LP 7; EP 103; afluyen en gran número: EP 55; vestición en la Porciúncula: TC 41 59; AP 24 41; LP 56; EP 8; cf. *Admisión.*

Austeridad: de F.: 1C 11; 2C 13-14 129; Lm 6,9; TC 27; incluso en la enfermedad*: 1C 51-52; 2C 212; TC 14; para participar en la cruz*: LM 1,6; 5,1; Lm 3,1; 13,2; TC 15; LP 77; para expulsar los demonios*: 2C 115 117; LM 5,2; Lm 3,1; LP 63; y para dar ejemplo*: 2C 173; LM 9,4; con tendencia a exagerar: 1C 11 97; 2C 210; LM 9,4; TC 14 17 23; LP 50; aconsejando la discreción*: 1C 83; LM 5,7; TC 59; LP 50 — a. de los hermanos*: 1C 39-41; 2C 19-21; LM 4,8; LP 56; EP 55 — a. de las clarisas*: 1C 20; LP 85.
Cf. *Abstinencia, Mortificación, Penitencia.*

Autógrafo: de F. al hermano* León: LM 11,9; Lm 4,6; Ll 2; cf. *Escritos.*

Autoridad: la Orden*, bajo la a. de la Iglesia: EP 78; del papa*: LM 4,1; Lm 2,5 — a. inicial de sólo F. para recibir a la Orden: TC 41; AP 24; extendida en los ministros*: TC 72; AP 45 — de F. temida por los hermanos*: LP11; EP 46 — ejercida en actitud de siervo: Lm 3,4; y obediencia*: LM 6,4; EP 47.
Cf. *Guardián, Jerarquía, Superior.*

Avaricia: toma los nombres de previsión y discreción*: SC 43 45; confundida con la pobreza*: SC 38-39; evitarla: 2C 109; SC 51 — de F.: LP 87; EP 117; de Silvestre: TC 30; AP 12; Flor 2.
Cf. *Ambición, Egoísmo.*

Ayuno: del Señor, ejemplo* para F.: 2C 59; LP 57; EP 9 — de F. perseguido por su padre: 1C 10; Lm 1,6; TC 17; a. corporal y penitencia* de F.: 2C 114 134; LM 2,7; 4,11; 6,2-3; 8,10; 9,2-3 n.12; 13,3 n.10; Lm 1,9; LP 63; EP 99; Flor 4 n.3; 7; cuaresmas* de ayuno* hechas por F.: 2C 197: LM 9,2-3 n.12; 13,1; Lm 6,1-2; ayuno y caridad* de F.: para los necesitados: 2C 175; LM mil 5,3; TC 68; AP 46 — de los primeros hermanos*: 2C 21 175 183; LM 5,7; AP 39; LP 55-56; EP 55; del hermano Maseo: Flor 32; a. y hambre de un hermano: 2C 22; LM 5,7 — de los fieles: LP 56 74 — discreción* en los a.: TC 59; AP 39.
Cf. *Abstinencia, Cuaresma, Mortificación, Penitencia.*

Bandidos: arrojan a F. en la nieve: 1C 16; LM 2,5; Lm 1,8; de Monte Casale se hacen hermanos*: AP 115; EP 66; Flor 26; cf. *Ladrón.*

Basílica: de Letrán, sostenida por F.: 2C 17; Lm 2,4; TC 52; de San Pedro, visitada por F.: TC 10 — erigida en honor de F.: LM 15,8; mil 3,7; TC 73; exención: TC 72.
Cf. *Iglesias.*

Bautismo: de F.: 2C 3; prometido por F. al sultán*: Flor 24 — devoción* de F. por el agua* bautismal: Flor 24.

Bendición: de Dios*: a quien practica la pobreza*: SC 14; a quien va por limosna*: LP 51; EP 18 — de F. a Dios: AP 15 43 46; a los hermanos*: 1C 48 53 68 108-109; 2C 45 76 137 155 178 208 211 216; LM 4,10; 6,1; 8,3; 11,9.12; 14,5; Lm 4,6; TC 37 59; LP 22 59 73 78; EP 87-88; Flor 6; al hermano Bernardo: LP 12; EP 6; a un hermano en Greccio: LP 80; al hermano León: 2C 49; LM 11,9; Lm 4,6; a Clara*: LP 13; EP 108; al cardenal* *Hugolino: 1C 100;* a quien observa la Regla*: 2C 208; EP 76; a quien da buen ejemplo*: 2C 155 178; EP 51; al hermano limosnero: 2C 76; a los hermanos en capítulo*: 1C 59; Lm 4,4; AP 18 40; LP 59; EP 91; al capítulo de las esteras: Flor 18; a un hermano que lo aconseja: 2C 210; a quien lo ultraja: 1C 53; a los hermanos que trabajan por la conversión* de los hombres: LM 2,1; de F., enfermo* en Siena: TC 59; EP 87; antes de morir: 1C 48 65 108 110; LM 14,5; LP 22; EP 88; del pan* por F. moribundo: 2C 217; LP 22; EP 88; de F. a la multitud: 1C 72; LM 12,6; Lm 5,4; a una señora: 2C 38; LM 11,6; Lm 4,7; LP 69; a un niño: 1C 65; a las criaturas*: 1C 58 63; 2C 166-67 217; LM 5,10; 8,8; 12,3; Flor 16 22; a Asís: LP 5; EP 124; Ll 4 — a F.: de Inocencio III: TC 49 52; de un pobre: 2C 12; TC 23; AP 9 — de la señora Pobreza a los hermanos: SC 15,45 — del pan por Clara: Flor 33.
Cf. *Admiración, Alabanza, Gratitud.*

Benevolencia: del Señor: 2C 44 159; de la Iglesia* hacia los hermanos*: 2C 25; de Inocencio III: Lm 2,4; de F. hacia los hermanos: TC 36; AP 18; LP 56 115; EP 66; de los hermanos hacia el prójimo: 2C 37.
Cf. *Acogida, Amor, Caridad.*

Beso: F. besa al leproso*: 2C 9; LM 1,5-6; 2,6; Lm 1,8; TC 11; las manos del sacerdote*: 1C 9; 2C 201; TC 16 57; AP 37; los pies de los hermanos*: LM 2,6; y de los pobres: 1C 76; y del hermano ofendido: 2C 155; EP 51; el hombro del hermano mendicante: 2C 76; LP 8; EP 25; al hermano Ricerio: Flor 27; la imagen del Niño Jesús: 2C 199 — entre el hermano Gil y San Luis: Flor 34.
Cf. *Abrazo, Respeto, Veneración.*

Biblia: cf. *Sagrada Escritura.*

Bienaventurados: los pobres: SC 19; los pacíficos: SC 56; quien sufre persecución*: LP 86; EP 120; el que persevera en el camino de la perfección: 1C 108; 2C 216; LM 14,5; el que muere en la voluntad* de Dios*: LP 6; EP 120 124.
Cf. *Salvación, Santidad.*

Bien, bienes: Dios*, único b.: 2C 15; de quien procede todo b.: Flor 10 — F. renuncia a sus b.: AP 8 — venderlos, condición para seguir a Cristo*: 2C 52; y conseguir los b. eternos: 2C 80-81; LM 3,3; TC 28; AP 10; ejemplo* del hermano Bernardo: 2C 109; TC 27-28: Flor 2; no darlos a los parientes*: LM 7,3; no entrometerse en la venta de los b. de los novicios*: 2C 67; LM 7,4; abandonarlos por amor* de Dios: TC 39; cf. *Limosnas, Pobreza;* causan la perdición del alma*: 2C 89; EP 32 — su abandono*, novedad en la vida religiosa: AP 17 34.
Cf. *Don, Gracia, Riqueza.*

Blasfemia: es afirmar la imposibilidad de la observancia del Evangelio*: LM 3,9 — del santo fingido: LP 116; EP 102; del leproso*: Flor 25.
Cf. *Injuria, Maldición.*

Bolsa: prohibición evangélica: LM 2,1; TC 25; la b. particular es un escándalo*: LM 7,3 — arrojada a la ventana en San Da-

mián: 1C 9 14; LM 2,1.3; encontrada en el camino de Bari: 2C 68; LM 7,5.
Cf. *Dinero, Riqueza.*

Bondad: Dios*, fuente de toda b.: 2C 165; LM 9,1; de Dios en su providencia*: LM 4,1.10 — de F. con los hermanos*: LM 6,11; 8,5; TC 35 45 59; Flor 12; con los hombres: 1C 65; LM 1,3.6; cf. *Enfermos, Leprosos;* con las criaturas: LM 8,6-8 — cualidad de los superiores*: 2C 185 187; Flor 26.
Cf. *Amor, Benevolencia, Dulzura.*

Breviario: escasean en los comienzos de la Orden*: LM 4,3; LP 93; EP 38; Flor 9; un ejemplar del NT hace sus veces: 2C 91; un novicio* desea tenerlo: LP 104; EP 4.
Cf. *Oficio divino, Salmos.*

Bula: cf. *Papa, Regla.*

Caballero: F. ambiciona este título: LM 1,3; TC 5; AP 5; entrega sus vestidos* a un c. pobre: 2C 5; LM 1,2-3; Lm 1,3; nobleza de corazón de F.: 1C 120; cf. 1C 4; y nobleza de maneras: TC 4; F., c. de Cristo: 1C 5 9 36 93 114; 2C 21; LM 1,5; 9,7; 13,9; TC 17; abanderado de Dios*: Flor 16; Ll 3; cf. *Heraldo* — mis c. de la mesa redonda: LP 103; EP 72: Flor 1 n.4; por ti y por tus c.: 1C 5; TC 5; en el campo de los c. de Dios: Flor 18; los paladines: EP 4 — el c. Angel: Ll 1; Juan de Greccio: LM 10,7; Jerónimo: LM 15,4; Ll 4; c. de Asís: 1C 4; 2C 77; EP 22; de Perusa: 2C 37; LP 75; EP 105; de la corte de Hugolino: 2C 73; LP 74 97; de Celano: 3C 41; LM 11,4; Lm 4,9; de Toscanella: LM 12,9; de Montefeltro: Ll 1.

Caballo: vendido en Foligno: 1C 8; LM 2,1; TC 16; AP 7; utilizado como cabalgadura: 1C 63 98; 2C 31 77 96; LM 12,11; LP 55 86 91 119; EP 35 94; cf. *Animales.*

Cadáver: parábola*: 2C 152; LM 6,4; EP, 48 n.1; cf. *Obediencia.*

Canonización: de F.: 1C 123-26; 2C 220; LM 15,7; TC 71; AP 47; LP 72; cf. *Gloria, Santidad.*

Cántico de las criaturas: 1C 109 115; 2C 213-14 217; LP 6-7 83 88; EP 90 100 101 118 119 120 121 123; Flor 19 n.2; cf. *Creador, Criaturas.*

Canto: antes de su conversión*: 1C 2; 2C 7; TC 7; en la enfermedad*: 1C 109; 2C 214; LP 6 83 99; EP 119 121 123; Ll 4 — en su corazón: 1C 93; en el camino: 1C 115; LM 1,5; 5,12; 6,9; en francés*: 1C 16; 2C 127; LM 2,5 (cf. TC 24); AP 15 — de las alabanzas* del Señor: 1C 106; LP 74; de salmos*: 1C 109; 2C 217; LM 9,7; del *Pater noster**: 1C 47; del Evangelio*: TC 61; AP 43 — y letrillas para Clara* y sus hermanas*: LP 85; EP 90.
Cf. *Cántico de las criaturas.*

Capítulo general: evolución: 1C 48 n.2; semestral: TC 57; AP 36; anual: TC 62; AP 37; LP 11; espaciado en la Regla* de 1223: AP 44 — de Asís de 1217: EP 65 n.1; de las esteras: LM 4,10 n.20; LP 18 50 n.4; EP 7 27 n.2, 68 71; Flor 18; de Asís de 1230: LM 15,8; de Génova de 1244: TC 1 n.1 — promulgación de leyes y envío de misioneros: LM 4,10; TC 57 66: AP 40 44 45; exhortaciones* y admoniciones: 2C 128 188 200; LM 6,5; AP 18 37-39; LP 50 103; TC 57 59; y prohibiciones evangélicas: LP 102; EP 3 — dimisión* de F.: 2C 143 188; LP 11 18 106 108; EP 68; visita de Hugolino: 2C 63; TC 61; AP 43; EP 68; Flor 18; anécdotas: 1C 78; 2C 57; LM 11,11; Lm 4,5; LP 56.

Capítulo provincial: admoniciones: LP 112; bendición*, aviso y maldición*: LP 59; EP 87 — de Arlés: 1C 48; LM 4,10; Lm 4,4.

Capucha: que F. emplea en la enfermedad*: LP 86; dada en limosna*: TC 44; AP 28; del desobediente, echada al fuego*: 2C 154; cf. *Hábito, Vestido.*

Cárcel: cf. *Prisión.*

Cardenales: protector de la Orden*: 1C 74-75; 2C 25-26; TC 61-63; AP 42-45 — Hugolino: sus cualidades: 1C 99; encuentra a F. en Florencia: 1C 74-75; LP 108; y la casa* de los hermanos* en Bolonia: EP 6; visita la Porciúncula: LP 74; EP 21; protector de los hermanos: 1C 74 99; TC 61; AP 43-44; señor y papa* de los hermanos: LP 97; EP 23; interviene en el capítulo* de la Porciúncula: 2C 63; LP 18; EP 68; Flor 18; quiere que los hermanos sean obispos*: 2C 148; invita a comer a F.: LM 7,7; recibe cartas* de F.: TC 67; AP 45; escribe a los prelados* en favor de los hermanos: TC 66; AP 45; interviene en la aprobación de la Regla*: TC 62; AP 44; manda cuidarse a F.: LP 86; EP 91 115; Flor 19; Juan de San Pablo: patrocina a F.: 1C 32; LM 3,9; TC 52 61; AP 32-34 36 42; León de Santa Cruz: 2C 119; LM 6,10; LP 117; EP 67 — los hermanos, solicitados por ellos: AP 42.
Cf. *Curia romana, Jerarquía, Prelado.*

Caridad: Dios* es c.: LP 90 — fundamento y característica de la Orden*: 1C 38; 2C 180; LP 106 112; TC 41-43; y medio de apostolado*: AP 29; LP 103 115 — de F.: LM 9,1.5; con los leprosos* y pobres: 1C 17; AP 4 28; con los bandidos: AP 12 18 22-24; Flor 26; con todos: AP 38 45 — mutua de los hermanos*: 1C 38 46;

AP 24-27; del hermano Rogero: EP 85 — las riquezas*, obstáculo para la c.: TC 35; AP 17.
Cf. *Amor.*

Carne: y espíritu* en armonía: 1C 97; 2C 173; Lm 3,2; de F., sumisa al espíritu*: 1C 97; 2C 54; LM 5,8.9; 10,1; 14,1; por la mortificación*: 2C 173; LM 9,4; y crucificada: 1C 98; LM 14; cf. *Estigmas* — enemiga del alma* y de Dios*: 2C 69 94 134 175; LM 5,8; LP 10; cf. *Cuerpo;* separa de Dios: 1C 15; LM 10,1; Lm 7,5; cf. *Cielo;* y sus instintos: 2C 41 69 152; EP 15; enemiga de la pobreza*: SC 35; rebelde a la gracia*: LP 10; EP 45; conduce a la ruina: 2C 81; no tiene parte en la obediencia* suprema: EP 48 — maltratada por los demonios*: LM 10,3; y tentada de lujuria: 1C 40 42; 2C 116-17; LM 5,3.4; de pereza: LM 5,6; de vanagloria: LP 110; de apropiación: 2C 134 (cf. 2C 81; LM 7,3); cf. *Tentación* — comida* por F.: LM 6,2; LP 80; EP 61; mendigada por F. para los enfermos*: 2C 175; EP 42.

Cartas: de F.: a Hugolino: 1C 100; TC 67; selladas con una tau*: 3C 159; LM 4,9; sin tachaduras: 1C 82; no utilizaba en ellas la palabra «padre»: LP 10; EP 122; cf. *Escritos.*

Casa: de Cristo* en ruinas: 2C 18; Lm 1,5; TC 13; cf. *Iglesias* — paterna de F.: prisión*: TC 17 — abandonar la c. para hacerse hermano*: 2C 81; LM 7,3 — han de ser de madera: 2C 56; cf. *Pobreza* — construida por el común de Asís: 2C 57; LM 7,2; comenzada a edificar en la Porciúncula: TC 55; LP 56; EP 7 8; de los hermanos de Bolonia: 2C 58.

Castidad: concepto que tenía F.: EP 86; amor* de F. por la c.: LM 5,4 — guarda los sentidos: 2C 112; LM 5,4; Lm 3,2; cf. *Carne;* protegida por los hermanos*: AP 39; cautela con las mujeres*: 2C 112 n.3 — parábola* del embajador: 2C 113; EP 86; encuentro de las tres virtudes: LM 7,6; visión* de las virtudes de F.: 2C 82 — practicada por los laicos*: 2C 38; LM 11,6; LP 69 74; por las clarisas*: 1C 19; LM 4,6; AP 41 47.
Cf. *Pureza.*

Castigo: de Dios* a quienes impiden la salvación* del pueblo: EP 54; la salida de la Orden* es c. de Dios: LM 11,13; de los pecados* por medio del demonio*: LP 106; EP 71; Ll 1 — de los transgresores de la pobreza*: SC 51; contra un hermano* murmurador: 1C 182; LM 8,4; contra los murmuradores de la Porciúncula: 2C 77; a los reincidentes: 2C 35 41; LM 11,5; TC 59; LP 74 — de la concupiscencia en F.: 1C 3; LM 5,1.
Cf. *Condena, Prisión.*

Cátaros: 1C 33 n.4; 39 n.9; 62 n.1; LM 12,3 n.5; Flor 40 n.2.

Catolicidad: de F.: 1C 32; LM 3,8; TC 46; AP 31; cf. *Fe, Iglesia, Papa.*

Celda: cómo las quería F.: LP 57 58; EP 9; «tu» c.: 2C 59; LP 57; EP 9 — para orar, ayunar y descansar: 1C 50; 2C 44 bis; LM 9,2; 11,11; LP 56-58 73; Ll 2; por todas partes la llevamos: LP 108; EP 65; de su manto*, su c.: 2C 94 — localizaciones: el Alverna: 2C 169; LM 8,10; LP 87 118; Greccio: 2C 35 37 45 61; LM 11,12; LP 74 119; la Porciúncula: 2C 171; LM 8,9; 10,5; LP 56 105 110; EP 4 8; visita del obispo: 2C 100; Rivo Torto: LP 54; San Damián: LP 83; Sarteano: 2C 59 116; LM 5,4; EP 9; Siena: 2C 33 159.

Celo: de F.: por la pobreza*: LM 14,4; Lm 2,4; LP 101; EP 2; por el culto divino: 2C 202; en la celebración litúrgica: LM 10,1; LP 10,7; EP 82 94; por la perfección de los hermanos*: 2C 208; EP 76 80 85; por la Porciúncula: LP 107; EP 82; por las almas*: 1C 71 97; 2C 155; LM 8,1.3; 9,3; Lm 3,8; 4,3; 6,9; 7,1; EP 51.

Ceniza: la hermana c. es casta: TC 15; sobre la cabeza: 2C 207; LP 80; EP 4; en los alimentos: LM 5,1; Lm 3,1; y el breviario*: 2C 195; LP 104; EP 4; paño color c.: 3C 38; LP 8; EP 112.

Cielo: deseado: 2C 165; LM 1,4; AP 46; ya vivido: LM 4,5; recompensa de la pobreza*: 2C 70; AP 11 18 34; un solo camino: la penitencia*: LM 4,6.
Cf. *Gloria, Peregrino, Reino, Salvación.*

Ciencia: conocimientos humanos, escasos de F.: 1C 106; LM 1,1; 15,5; Lm 1,1; TC 54; Flor 10; cf. *Idiota;* pero c. de Dios* profunda: 1C 36 62; 2C 102-105; LM 11,2.7.14; 12,12; en proporción a la santidad*: LP 105; EP 4; F. no la desprecia: 2C 163; venera la de los teólogos: LM 12,12; cf. *Sabios* — contra el deseo inmoderado de la c.: 2C 194-95; LP 104; EP 69 72; riesgos del estudio* mal comprendido: 2C 189; LP 18 103 106; cf. *Libros;* debe ir acompañada de simplicidad: 2C 140 185; LM 11,1; la que pospone la oración* no salva: LP 103; EP 71 — renuncia a ella el docto: 2C 194.
Cf. *Doctrina, Estudios, Libros, Sabiduría, Teología.*

Cilicio: 1C 110; 2C 12; LM 14,3; LP 50; EP 27; cf. *Austeridad, Mortificación, Penitencia.*

Clara de Asís: plantita de F.: LM 4,6 n.18; LP 13; EP 108; relaciones con F.: LP 13; EP 108; Flor 15 19; invitada por F. a comer: Flor 15; letrillas compuestas por F. para C.: LP 13; EP 108 — reza para averiguar la vocación* de F.: LM 12,2;

Flor 16; venera el cuerpo* de F.: 1C 116; LM 13,8; LP 13; EP 108; LI 4 — leyenda de C.: 1C 20 n.6.

Clarisas: institución y organización: TC 24; AP 41; LM 4,6 n.15; numerosas vocaciones*: LM 4,6; TC 23; AP 47; esposas de Cristo*: 1C 78 122; piedras vivas de la Iglesia*: 2C 204; descripción de sus virtudes: 1C 19-20; reciben la visita del papa*: 1C 122 — en San Damián: 1C 18; instruidas por el ejemplo* de F.: 2C 207; reciben su visita: 2C 106; entre ellas compone F. el cántico* de las criaturas: LP 85; EP 90; veneran el cuerpo* muerto de F.: 1C 116-17; LP 13; EP 108; LI 4 n.23.

Claustro: el mundo* es el c. de los hermanos*: SC 63; cf. *Celda.*

Clausura: ley canónica: LP 8 n.2; para las mujeres* en la Porciúncula: LP 56; EP 112; dispensada para Jacoba: 3C 37; cf. *Soledad.*

Clérigos: los primeros hermanos*: LM 3,10 n.24 — venerarles: 1C 22; 2C 146; TC 57; LP 58; ayudarles: 1C 75; 2C 146; LP 20 58; EP 10 50 54 — no admiten a los hermanos en ciertas provincias*: TC 62; AP 44.
Cf. *Jerarquía, Sacerdotes.*

Comida: pobre: LM 4,8; LP 50; EP 27; de F. condimentada con tocino: 2C 131; LP 81; EP 62; comía lo que le ofrecían: LM 5,1; LP 50 n.3; 97 117; EP 23 67; Flor 4 n.3; ofrecida a los bandidos*: LP 113; EP 66; y a los marineros: LM 9,5; Lm 5,7; en la casa de Juan el simple: LP 61; EP 57; con el médico: 2C 44; EP 110 — lectura* del Evangelio* antes de la c.: LP 87; EP 117.

Compañeros: primeros c.: 1C 24-25 31; LM 3,3-4; Lm 2,2-3; Flor 1 n.4; sus nombres* y virtudes: EP 85; Flor 1 n.4 — F. renuncia a c. particulares: 2C 144; EP 40; algunos le cuidan en su enfermedad*: 1C 102; descubren sus llagas: 1C 91; TC 69 — fórmula «nosotros que hemos vivido con él»: LP 11 14 50 56-57 64 67 82 86 88-89 93 96 101 106 111 117; EP 2 9 11 33 38 46 55 101 104 114.
Cf. *Amistad, Confianza, Hermano.*

Compasión: para con los sufrimientos* de Cristo*: sobre la cruz*: 1C 94; 2C 10-11; LM 1,5; 13,10; Lm 1,4; LP 63 78; EP 91-93; en el pesebre: 1C 85; 2C 199; c. transformante: LM 8,1; 13,3 — por los pobres, enfermos*, leprosos*: 1C 17 67-68 76; 2C 83-84 89 91 175; LM 1,6; 8,5; TC 68; AP 37; LP 83; EP 28; para con todas las criaturas*: 1C 60 77-79; LP 86; para consigo mismo: LP 22 86.
Cf. *Amor, Dulzura.*

Comunión: frecuente y devota: 2C 201; LM 9,2; cf. *Cuerpo de Cristo, Eucaristía, Misa.*

Concilio IV de Letrán: LM 3,10 n.24; LP 101 n.6; cf. *Jerarquía, Papa.*

Concordia: en el querer y en la profesión de los hermanos*: LP 106; EP 71; entre los hermanos y el clero: LP 58; EP 10 — entre el obispo y el *podestà** de Asís: LP 84; EP 101.
Cf. *Paz, Perdón, Reconciliación.*

Condena: del que da mal ejemplo*: 2C 156; eterna: LM 11,4; tentación* de c. del hermano Rufino: Flor 29; del hermano Elías, evitada por F.: Flor 38; cf. *Castigo, Maldición.*

Confesión: de la fe* y sacramentos de la Iglesia*: LM 4,3 — sacramental: deber de los hermanos*: 2C 160 202; semanal o dos veces por semana: 2C 28; LP 51; EP 102; arrepentimiento y reparación: 1C 114; penitencia* y satisfacción: LP 114; EP 37; de los fieles por los hermanos: LP 20; EP 50 — fraterna: 2C 32 — F. se confiesa de vanidad* y negligencia: 1C 54 58; 2C 97; Lm 3,4; 10,6; LP 80 82; EP 61 63.
Cf. *Absolución, Acusación, Juicio, Perdón.*

Confianza: de F. en Dios*: 1C 29 34 55; LM 3,8; 5,12; 7,10; 9,5; TC 6 19 36; AP 8 18 35; LP 3-4 25 59 113; Flor 21; en Cristo*: LM 10,3; TC 53; AP 10 34; en María*: LM 9,3 — de los hermanos* en Dios: AP 26 40 — de los animales* en F.: LM 8,8.
Cf. *Abandono, Fe.*

Conformidad: de F. con Cristo* crucificado: 1C 90 112 119; 2C 135 219; LM 9,2.9; 13,2.3.5.7; 14,1.4-5; Lm 6,1.9; TC 15 69; Flor 44; de su vida con la de Cristo: 2C 148 216 217; LM 9,2; 11,1-2; 12,1; mil 1,1; TC 26; Flor 1,1; de sus acciones* con la voluntad* de D.: 1C 84; LM 3,1.9; 6,1; 7,3; 12,2; 13,1; LP 6 101 106; cf. *Imitación, Seguimiento.*

Consejeros: del ministro* general: 2C 186; EP 80; cf. *Capítulo general.*

Consuelo: de F.: en la visita de Dios*: 2C 99; en la oración*: LM 10,1; en mesa pobre: LP 97; EP 23; recibido por F. de las criaturas*: LP 88; EP 118; estando enfermo*: 2C 126; LP 83; EP 100; en la muerte*: LP 56; EP 123 — de los hermanos* cuando se encuentran: LP 90; EP 34 — a Clara*: Flor 19.

Convento: cf. *Casa, Eremitorio, Lugar.*

Conversación: acerca de las palabras* del Señor: 2C 103 — de los primeros hermanos*: TC 46; AP 31 — inútil: 2C 160; LP 56; EP 55 82; con mujeres*: LM 5,5.

Conversión: de F.: progresiva: 1C 4; 2C 7,10-11; y radical: 1C 9 11 23; LM 2,2; 2,8 n.10; TC 7 16 17 22; AP 3-4 6 8 9 — de los hermanos* y las hermanas* a la penitencia*: LM 3,3-5; 4,9; LP 13 85; de Clara*: LP 109; del hermano Pacífico: 1C 76 n.6 — de los pecadores: LM 12,12; 15,6; TC 70 73; AP 16 24 46; LP 20 74 85.
Cf. *Reconciliación, Santidad, Transformación.*

Cordero: de Dios*, despreciado y muerto: 2C 111 201; LM 8,6-7; 9,2.9; cf. *Cristo,* — animal* predilecto de F.: 1C 77 79; 2C 111; LM 8,6-7; cambiado por un manto*: 1C 79; rescatado por F.: LM 8,6; dado a Jacoba: LM 8,7.
Cf. *Animales.*

Cortesía: hermana de la caridad* y cualidad divina: Lm 5,7; Flor 37 n. 1 — de F. antes de su conversión*: 1C 17; 2C 3; TC 3; pedida por F. a su guardián*: 2C 92; al hermano fuego*: LM 5,9; LP 48; de F. con su cuerpo*: 2C 211; con los pobres: AP 4; con los ricos: AP 37-38; con todos: AP 37; con el obispo* de Asís: 2C 220; con el obispo de Ostia: LM 7,7; con Orlando de Chiusi: Ll 1 — de los hermanos* mutua: AP 26; con los pobres: AP 28; con los ricos: AP 29; con todos: AP 45; del hermano Pacífico: LP 65 — *mendicidad,* obra de la c.: LP 96; exigencias de la c.: LM 5,5; salutación cortés de las tres virtudes: LM 7,6.
Cf. *Bondad, Dulzura, Respeto.*

Corrección: del Señor, signo de amor*: 2C 175; LP 117; EP 42 67 — de F. a sus hermanos*: 2C 145; por las palabras* inútiles: LP 56; EP 55; al hermano que tocó el dinero*: EP 14 — fraterna: 2C 177; TC 43; AP 27; Flor 3; mediante castigos*: LM 6,11; de las palabras injuriosas: 2C 155; de los pecadores: 2C 103; LM 15,6.
Cf. *Absolución, Castigo, Perdón.*

Creador: contemplado y glorificado en sus criaturas*: 1C 80 115; 2C 165 170 172; LM 8,6.9; 9,1; Lm 3,6; LP 10 83 85-86 88 110; cf. *Dios.*

Criaturas: imagen del Hijo de Dios*: 2C 165; EP 113; tienen semejanza con la mansedumbre de Cristo*: LM 8,6 — F. fraternal con todas las c.: 1C 77 81; 2C 172; LM 8,1.6.11; 9,4; Lm 3,6; que le testimonian afecto y sumisión*: 2C 166; LM 8,6-7; Lm 5,4; LP 86; Ll 2; él les invita a la alabanza: 2C 217; LP 88; cf. *Alabanza, Canto* — algunos ejemplos: árboles: 2C 165; LP 88; EP 118; fuego*: 2C 165-66; LM 5,9; LP 86; EP 115; plantas: 1C 3 81; 2C 165; LP 88; EP 118; piedras: 1C 81; 2C 165; LP 88; EP 118; sol, astros: 1C 80; EP 119; granizo: 2C 36; LM 13,7; barca: LM 12,6; agua*, fuente: LM 7,12; cambiada en vino: 1C 61.
Cf. *Cántico de las criaturas, Tierra.*

Cristo: Hijo de Dios, lleno de gracia* y verdad: LM 3,1; figura del Padre: 1C 119; poder y sabiduría* de Dios: LM 9,8; 12,7; Lm 2,4; 5,1; Señor de todas las cosas: LP 97; EP 23; *único fundamento:* 1C 18; 2C 12 158; LP 101; único camino para ir a Dios*: Flor 52; otros aspectos considerados: juez: 2C 95 143; LM 10,4; Lm 4,2; Ll 1; maestro de verdad: LM 6,1; 7,8; TC 62; LP 100; EP 122; padre de las misericordias: LP 5; amigo: 2C 95; LM 10,4; Lm 4,2; esposo: 2C 95; Ll 1; ilumina a los suyos: Lm 1,2; los ama y corrige: LP 117; EP 67; hecho pobre: 2C 72-73; hermano del hombre*: 2C 198; crucificado por amor*: TC 69; varón de dolores: 2C 85; LM 14,4 — se aparece a F.: LM 2,1; Lm 1,4; le habla: 2C 204; consuela a F. enfermo*: LP 83; EP 100; le reprocha su ansiedad por los malos hermanos*: 2C 158; LM 8,3; ocupa el centro del alma* de F.: 1C 6; 2C 105 115; LM 9,2; unión a C., anhelada desde aquí abajo: 1C 88 103; 2C 46; TC 68; Flor 19; unión definitiva deseada: 1C 71 98; 2C 94; LM 9,6; 10,1; cf. *Cielo;* F., discípulo* de C.: 1C 22; 2C 54 107 214; LM 2,1-4; 12,1; Flor 25; amigo de C.: 2C 172; LM 9,9; soldado de C.: LM 1,4-5; cf. *Caballero;* soporta todo por C.: 1C 13; LM 2,3; C., simbolizado por las criaturas*: flores: 1C 81; verso: 1C 80; cordero, oveja: 1C 77; 2C 111; LM 8,6.7; peñasco y luz: 2C 165; representado por: el ministro* general: 2C 186; el superior*: 2C 151; TC 46; los pobres: 2C 83 85; LM 8,5; los leprosos*: LM 1,6; invocado para obrar milagros*: 1C 64-65 69; para conocer su voluntad*: 2C 15-16; LM 3,9 — imitación* de C.: 1C 84 103; 2C 17 59 61 216; LM 11,1-2; 12,1; 14,4; Lm 3,8; 7,4; LP 51 57; Flor 1 13; hasta en los estigmas*: 1C 112 114; LM 13 — objeto de contemplación: pobre: 1C 76; 2C 74 90 105 200; LM 7,1; TC 22; LP 9 114; y peregrino*: LM 7,9; en Belén: 1C 84-86; LM 6,1-5; 10,7; cf. *Navidad;* sobre la cruz*: 1C 71; 2C 11 85 127 172; LM 1,5; 10,4; TC 14 69; AP 19; LP 78; resucitado: 1C 115; eucaristía*: AP 19 37 — pide al Padre un pueblo humilde y pobre: LP 101; EP 26; superior* de los hermanos: 2C 158; LP 112; EP 81; son posesión* suya: LP 101; EP 26; cuida de ellos: LM 8,3; AP 34; LP 112; EP 81.
Cf. *Cordero de Dios, Dios-Trinidad, Jesús.*

Crucíferos: LM 4,8 n.17; LP 5 n.1.

Crucifijo de San Damián: le habló: 2C 10 n.1; LM 2,1; Lm 1,5; TC 13; Flor 2 n.8.

Cruz: en ella se obra la redención: 2C 172 177; LM 9,4 — prueba del amor* de Dios*: 2C 172; motivo de gloria* y de alegría*: Flor 8; su poder: LM mil 1,1 — el centro de su vida: LM mil 10,8; su devoción*: 2C 203 — meditar la c.: 2C 203; LM 4,3; Lm 6,9; oración* delante de la c.: 1C 45; 2C 123; TC 37; LP 65; llevar la c.: 2C 109; LM 1,6; 5,1; 14,1; AP 11; Flor 5; vivir crucificado: 1C 112 115; 2C 211; LM 13,2; Lm 3,1; 6,1; predicar la c.: 1C 48; LM 3,6; 4,10; Flor 5; venerada por los hermanos*: 1C 45; LM mil 1,1; AP 19 — señal de la c.: 1C 8 58 66 67 68 93 138; 2C 41 122 166; LM 1,3; 2,1.4; 5,9.10; 11,5.12; 12,3.9.10; Lm 4,8; 5,2; TC 16, 23; LP 73 86 95; Flor 5 16 21 27 33; Ll 4 — visiones*: 1C 94; 2C 106; 3C 3; LM 2,1; 13,10; AP 5; Flor 2.
Cf. *Mortificación, Penitencia, Tau.*

Cruzadas: 1C 8 n.1; 33 n.4; 74 n.7; 2C 30 n.2; LM 11,3.

Cuaresma: de la Epifanía: LM 9,2; de Adviento: 2C 131; LP 81; EP 62; de San Miguel: 2C 197; LM 8,10; 9,3; 13,1.5; Lm 6,1; LP 87; Ll 2,4; de la fiesta de San Pedro y San Pablo: LM 9,3 — de F. en la isla del lago Trasimeno: Flor 6; en Greccio: LP 73; sobre un monte: 2C 169; cf. *Abstinencia, Ayuno, Penitencia.*

Cuerpo: de Cristo*: LM 9,2; LP 108; EP 65; Flor 28; cf. *Eucaristía* — holocausto para Dios*: 2C 94; LM 9,3; cf. *Enfermedades* — «hermano c.»: 2C 126 210; TC 14; «hermano asno»: 2C 116 129; LM 5,4.6; TC 14; debe ser espoleado: 2C 129; perezoso y negligente: LP 120; EP 97; destinado a la perdición: LM 10,6; LP 119; EP 94; subordinación del cuerpo* al alma*: 2C 82; LM 8,4; 9,4; 10,6; Lm 1,8; LP 120; celda* del alma: LP 108; EP 65 — castigarle a causa de los sufrimientos* de Cristo: LP 114; porque es nuestro enemigo: 1C 29 53 98 103; 2C 21 64 94 122 210; LM 5,1.6; LP 65 79 86 119 120; EP 59; Ll 1; F. lo trata con dureza: 1C 97 103; 2C 21 129; LM 9,3; LP 83; EP 91; cuidarlo como soporte del alma: 2C 22 94 126 129 166 211; LM 5,9; 8,5; TC 14; LP 50 66 82 85 108 110; cf. *Discreción;* dominarlo, fuente de energía espiritual: 2C 129 211; LM 5,9; 10,4; 14,2 — de F. en el sepulcro: 2C 217; sepultado en Asís: 1C 88; venerado después de la muerte*: LM 15,1; llevado a la basílica* de San F.: LM 15,8; TC 72.

Curia romana: F. acude a ella con los primeros compañeros*: LM 3,9; TC 46; AP 31; predica en ella: TC 64; dificultades en ella para la Orden*: LP 108; EP 65 — recurso de los hermanos*: LM 6,10; cf. *Cardenales, Jerarquía, Papa.*

Custodio: elegido en capítulo*: LM 14,3; cf. *Superior.*

Defectos: que F. decía tener: 2C 140; corregidos mutuamente: Flor 3; del clero: 2C 146; EP 54; de la Orden*: LP 56; EP 55; cf. *Error, Pecado.*

Demonio: enemigo de Dios*: LM 3,6; 4,2; esbirro del Señor: 2C 120; LP 18 106 117; EP 67-68 71 — atormenta a F.: 1C 72; 2C 79 115 119 122; LM 5,4; 6,10; 10,3; 14,3; Lm 4,2; TC 12 18; LP 65 83 118-19; EP 59 98; Ll 1 2; y a los hermanos*: 1C 68; 2C 9 28 32 34 48 64 110 116 128; LM 11,11; LP 12 116 120; EP 106-107; Flor 20 23 27 29; cf. *Tentación* — expulsado por F.: 1C 70; 2C 108; LM 6,9; 12,8.10; LP 108; Flor 23; tácticas del d.: 2C 64-65 68 113; LM 5,5; 7,5; 11,10; Ll 5; pero impotente contra la alegría*: 2C 125; LP 119-20; EP 95; vencido por la penitencia* y la cruz*: 1C 22; 2C 214; LM 5,4; con la ayuda de los ángeles*: 2C 197; fórmula original de exorcismo: Flor 29 — su adversario es el predicador: 2C 163.

Desaliento: de los hermanos*: al anuncio de las persecuciones*: AP 18; al fracasar la primera misión* fuera de Italia: AP 44; cf. *Tristeza.*

Deseo: de F. de amar y servir a Dios*: 1C 84 93; 2C 191; LM 4,7; 5,2; 14,1; LP 6 69; EP 73-74 123-24; del cielo*: 1C 71 91-92; 2C 152; LM 5,2; 9,5-6; 10,1; 14,3; de martirio*: 1C 55-57; LM 9,5-9; Lm 3,8-9; cf. *Celo* — los d. de F. son escuchados por Dios: LM 5,11; 6,7 — de libros*, condenados por F.: 2C 62 195; viciosos y mundanos: Lm 4,8; LP 80; EP 61.
Cf. *Ambición, Avaricia, Voluntad.*

Desnudez: en el tribunal del obispo*: 1C 15; 2C 12; LM 2,4; Lm 1,7; TC 20 — despojo* total: 2C 194; LM 7,2; Flor 2; diversas penitencias*: 1C 40; 2C 117 206; LM 5,1.4; 6,2; LP 56 80 114; EP 37 61; Flor 30; para morir como Cristo*: 2C 214 217; LM 14,3-4; Lm 7,3; Flor 36.
Cf. *Despojo, Pobreza.*

Desobediencia: hacia F.: Flor 30 — de un hermano* santo fingido: LP 116; EP 102; de un hermano asaltado por el demonio*: 2C 34; LM 11,11; Lm 4,5; Flor 31.
Cf. *Orgullo, Soberbia.*

Despojo: ante el obispo* de Asís: 1C 15 22; 2C 12; LM 3,1; Lm 1,7; 2,1; cuando oye el Evangelio* en la Porciúncula: 1C 22; LM 3,1 — de F. para vestir a los pobres: LM 1,6 — de la ciencia* al ingresar en la

Orden*: 2C 194; del altar de la Virgen, antes que faltar a la pobreza*: LM 7.4.
Cf. *Desnudez, Pobreza, Renuncia.*

Desprecio: del Señor: SC 52; de la pobreza*: SC 10 38; de la obediencia*: 2C 153; EP 49; del pobre y del simple: LP 114; EP 37; de la Regla*: 2C 209 — F. se desprecia a sí mismo: 2C 9; LM 1,6; Lm 3,4; el dinero* y las riquezas*: LM 1,4; 9,8; TC 16 30-31; AP 7 12; EP 14; el mundo*: LM 1,6; 2,5; Flor 2 — los hermanos* se desprecian a sí mismos: 1C 53; 2C 156; TC 58; AP 38; Flor 30; el dinero: 1C 8 41; 2C 65; EP 14; el mundo: 1C 42; 2C 15 109; LM 3,7; Lm 1,8; TC 11; cf. *Humildad* — de la gente por los primeros hermanos: TC 40; AP 23.
Cf. *Afrentas, Injuria, Persecución.*

Devoción: de F. al cuerpo* de Cristo*: LM 9,2; AP 37; LP 80; a la Navidad*: LM 10,7; a la Virgen María*: 1C 21; LM 2,8; 9,3; a los santos y a los ángeles*: 2C 197 202; LM 2,7; 9,3; al papa*: TC 52; AP 36; a Hugolino: 1C 100; a la Porciúncula: 2C 18; LP 56; EP 55; a los apóstoles*: TC 10 52; Flor 13; a los sacerdotes*: TC 16 57; al guardián*: AP 37 — llevar a los fieles a la d.: LM 10,7; LP 56; cf. *Predicación* — de los fieles hacia F.: *1C 59; 2C 73 98 131 148-50 169;* LM 8,10; 10,2; 12,6.9; 15,4; LP 8 56 69 76 84 96 97 109 117; de los hermanos* hacia F.: 2C 154 181; LM 15,3-5; AP 10 14; LP 73 89 90; de los cardenales* hacia F.: 1C 101; TC 47-48; AP 33 36 42 45; LP 70; EP 104; de Honorio III: 2C 25; de Jacoba: LP 8; EP 112; del sultán* de Egipto: LM 9,8; del *podestà** de Asís: LP 84; EP 101.
Cf. *Fervor, Piedad, Veneración.*

Diácono: F. ejerce de d.: 1C 86 n.6; 2C 219; LM 10,7; TC 61; AP 43; cf. *Clerigos.*

Dimisión: de F. como ministro* general: LP 106 112; EP 39 71 81; Ll 4; cf. *Renuncia.*

Dinero: en la juventud de F.: LM 1,1; TC 2 3; ofrecido por F. en San Pedro: 2C 8; a los leprosos*: TC 11; al sacerdote* de San Damián: 1C 9 14; 2C 65; LM 2,1; Lm 1,6; TC 13 16; AP 7; *devuelto por* F. a su padre*: 2C 12; LM 2,3; TC 19-20; AP 8; distribuido por Bernardo: TC 30-31; AP 12-13 — no llevarlo para el camino: LM 3,1; AP 8; Flor 2; prohibido a los hermanos: 2C 184-85; debe ser despreciado: EP 80; es diablo y serpiente: 2C 65 68; LM 7,5; EP 14; es como las moscas*: 2C 77; LP 96; EP 22; como polvo y piedras: 2C 65; TC 35; menos valioso que el amor* de Dios*: 2C 196; LM 9,1; es considerado como estiércol: 2C 65; TC 45; EP 14 — buscado para los pobres: 2C 68; ofrecido a los hermanos* por un sarraceno: LM 4,7 — ejemplos de desapego: 1C 9 14; 2C 12; LM 1,1; 2,1; 3,1; 4,7; 9,8; TC 16 19-20; doctrina sobre el desprendimiento: 1C 8; 2C 65-68 77 80 161 185 196; LM 7,3-5; TC 35; EP 14.
Cf. *Bolsa, Riqueza, Tesoro.*

Dios: fuente de todo bien*: 2C 134 165; LM 9,1; LP 83; EP 100; de alegría*: 2C 125; LP 66; de cortesía*: Flor 37; Padre de misericordia: 1C 92 114; 2C 177; Lm 1,1; providente: 1C 58; tesoro* y esperanza: LM 2,4; señor, juez, padre y amigo: 2C 95; LM 10,4; Lm 4,2; emperador: 2C 106; guía: AP 3 31; rey* de reyes: TC 3; AP 4; gran limosnero: LM 7,10; 8,5; *bienhechor del hombre**: 2C 99; padre de los pobres: LM 7,8-9; presente en las Sagradas Escrituras: 2C 105; presente en todo: 2C 165; promete grandes cosas: 2C 191-92; alimento* del alma*: 2C 96 129; LP 119; EP 94; cortés y benigno: Flor 40; admirable en sus amigos: LM 9,5; accede a sus deseos*: LM pról. 1; 6,7; ilumina a la Iglesia* por medio de F.: 2C 141; cf. *Creador.*

Dios-Trinidad: adoración* y devoción* de F.: LM 3,3; abre el Evangelio* en su honor: TC 29; LM 13,2; Ll 3; funda tres órdenes* en su honor: TC 60; predica la fe* en ella: LM 9,7-8; LP 27; hace un milagro*: LM 12,10; gratitud* de F. hacia ella: LP 83; EP 100 — doxologías trinitarias: 1C 87 115; 2C 224; invocada: LM 12,10; 13,2; predicada: LM 9,7-8.

Dios-Padre: concede al Hijo un nuevo pueblo: LP 101; EP 26; la familia* de los hermanos*: 2C 191; que glorifica a Dios* con su vida: 2C 191; TC 58; AP 38; es para F. señor, juez y amigo: 2C 95; LM 10,4; Lm 3,3 — F. exclama: «P. nuestro»: 2C 12; LM 2,4; oración* de los hermanos no-sacerdotes: 1C 45.
Cf. *Pater noster.*

Dios-Hijo: cf. *Cristo.*

Dios-Espíritu Santo: cf. *Espíritu Santo.*

Discípulo: de Cristo* son los primeros hermanos*: LM 11,1; TC 41; AP 24; Flor 5 — Clara*, d. de F.: LP 13; EP 108; Flor 33.
Cf. *Imitación, Seguimiento.*

Discreción: definición: guía de las virtudes: 2C 154 — virtud alabada por F.: 1C 102; ha de practicarse con los sacerdotes*: LP 60; EP 56; cualidad del ministro* general: 2C 185; EP 80; falso nombre* de la tibieza* y de la avaricia*: SC 39 43 — de F. con el cuerpo*: 2C 210-11; en las penitencias* de los hermanos*: 2C 22; AP 10 39 44; LP 50; EP 27; Flor 18; d. y

misericordia: 2C 22 129; LM 5,7; LP 120; EP 97; en el mandar: EP 49; en el obrar fuera de la obediencia*: 2C 154; en el uso de las limosnas* y alimentos: LP 85 120.
Cf. *Humildad, Prudencia.*

Discusión: prohibida a los hermanos*: LP 58; EP 10; las posesiones* la originan: TC 35; AP 17; entre hermanos* menores* y predicadores: 2C 149 n.3.

Disponibilidad: de F. a la voluntad* de Dios: 2C 142; Ll 3; en la obediencia*: TC 42; AP 26; del hermano* menor*: LP 109; EP 64 — de los enfermos* en manos de Dios*: 2C 175; del hermano Bernardo en la enfermedad*: LP 12; EP 107 — del cardenal* Hugolino hacia F.: TC 61; AP 43; de Clara* a las indicaciones de F.: Flor 15.
Cf. *Generosidad, Sumisión.*

Doctor: F. venera a los d. en teología*: 2C 103 163; LM 11,7; un d. en teología interroga a F.: LM 11,2; EP 53; un d. en leyes trata con el hermano* Bernardo: Flor 5; cf. *Ciencia, Estudios, Libros, Sabios.*

Doctrina: y ejemplos* del Señor: 1C 84 89; d. y comportamiento de los santos: AP 2 — de F. sobre la Escritura: LM 11,2; d. y predicación* de F.: LM 12,7; TC 54; d. y vida de F.: 1C 80 90 159; LM pról. 1; 3,3; 4,4; 8,2; 12,12; Lm 2,2.4.6.8; d. y forma y regla* de vida: LM 2,8; Lm 1,9.
Cf. *Ciencia, Sabiduría.*

Dolencias: enfermedades* del joven F.: 1C 3; LM 1,2; TC 6; al fin de su vida: 1C 97-101; 105 n.1; 107; 2C 210-13; LM 14; LP 59 66 70-72 79 83 90 114; pide a los hermanos* que sean pacientes en su atención: LP 86 — su piedad* para con los enfermos*: 2C 175-76; TC 59; LP 95.
Cf. *Enfermedades, Sufrimientos.*

Dominico: d. que interroga a F.: EP 53; discordias entre d.: 2C 149 n.3.

Don: de Dios* para nosotros: 2C 133; LM 4,1; Flor 12 — pedir limosna* es un d.: LP 96; EP 67; el tiempo* es un d. precioso: EP 75; F. es un d. al mundo*: LM 12,8; — d. hechos a F.: por parte de Dios: LM 7,1; LP 97; EP 23; los hermanos* son un d.: Flor 1; d. de las llagas: Ll 3; d. de la Porciúncula: TC 55-56; d. del sultán* de Egipto: LM 9,8; Lm 3,9; del monte Alverna: Flor 26 — d. hechos por F.: de vestidos* a un mendigo: LM 1,6; del cordón a Santo Domingo: EP 43; de la túnica* y de sí mismo a los hermanos: 2C 181; del amor*: LM 11,9; a las señoras pobres: 2C 206; del manto*: EP 32 — de sí mismo a Dios y al prójimo: 2C 80; Flor 37; de los bienes* a los pobres: LP 56; EP 57; alegría* que se deriva de ello: TC 44; AP 28; LP 92; EP 36.
Cf. *Gracia.*

Dulzura: de Dios* para F.: 1C 86 92; LM 10,6; Lm 1,1; TC 7; en la oración* de F.: 2C 95 189; LM 10,5; 13,1; TC 8 — es cualidad de la pobreza*: SC 57; lo amargo*, cambiado en d.: TC 11; LP 77-78; virtud exigida para el trato con los demás: 2C 191-92; Flor 26; de la música para F.: LM 5,11 — de F. hacia los demás: 1C 83; 2C 106 195; LM 5,1.7; 8,5; Lm 6,9; TC 11 58; de F. hacia las criaturas*: 2C 167 171; LM 8,6.11; LP 110; — de Inocencio III hacia F.: Lm 2,4; del hermano Pacífico: 2C 106 — cualidad del ministro* general: 2C 185-87; EP 80.
Cf. *Bondad, Cortesía, Respeto.*

Egoísmo: de F. en su juventud: TC 11 — deseos egoístas, combatidos por los primeros hermanos*: TC 42; AP 26.
Cf. *Arrogancia, Soberbia, Vanidad.*

Ejemplo: de Cristo*: 1C 84; LM 4,2; pobre y humilde: 2C 73-74; de la humildad de Dios*: LP 79; de Cristo sobre la humildad*: LM 6,1; de Cristo peregrino*: 2C 61; de Cristo y el de su Madre pobre: LP 51 74; EP 18 20; de pobreza* de Cristo seguido por F.: TC 68; de Cristo en la oración*: LM 11,1; de los apóstoles*: 1C 88 — F., e. para sus hermanos*: 1C 2 41 54 90 104 151; 2C 22 69 78 172-73 180 205; LM pról. 1; 3,7; 4,3; 5,1.7; 6,5.10; 8,1; 9,4; 12,8; 14,3; 15,6; TC 54; AP 10 14 37 39; LP 7-8 11 50 56 70 82 96-97 106 112 117; EP 16 23 27 65 67 71 81; para todos: 1C 34; LM 6,10; 9,4; 10,7; Lm 1,6 — los hermanos, e. del mundo* 1C 34 93; 2C 70 81 120 185-86; LM 4,1-4; 5,7; TC 43; AP 16 22 38 45; LP 58 69 74 97 103 106; EP 51 — primacía del e.: LM 8,2 n.7; el e. convierte: 1C 24 31-32 37 42 53 97 122; 2C 15 103 155 178; LM pról. 1; 3,3; 5,1; 8,2.3; 9,4; 10,7; TC 27 31 39 41 47-48 66; AP 21-22 24 33 45; LP 10 20 74 85; induce al amor*: EP 51; ilumina al pecador: 2C 103; EP 53; excita a la conversión*: LM 8,1; TC 36 45; AP 18 30; LP 20; EP 50; es sostén de la Iglesia*: LP 10; EP 45; suscita vocaciones*: LM 3,3; Lm 2,2; arrastra a la vida de penitencia*: 1C 41; LM pról. 1; TC 27; la Porciúncula, comunidad piloto: LP 56; EP 7-8 55 — malos e.: 2C 143 156-58; LP 59 106 112 — pacto de buen e. con el mundo: 2C 70; Ll 2; particularmente, por la pobreza de los lugares*: LP 58; EP 10.
Cf. *Retrato, Testimonio.*

Elección: los hermanos* eligen superior* al ir a Roma: TC 46; AP 31; de los ministros* para diversas provincias*: TC 62; AP 44; cf. *Capítulos.*

Elogio: de Cristo* juez, para el que hace limosnas*: LM 7,8 — de F. hecho por Domingo: EP 43; por un obispo*: 2C 141; LP 10; EP 45; por Gregorio IX: 1C 125; de F. muerto: 1C 111; de las cualidades de F.: EP 87 — tristeza* cuando elogiaban a F.: 2C 130 — de los hermanos* por Hugolino: TC 66; AP 45; por Juan de San Pablo: TC 61; AP 42 — de la Regla* de los hermanos: 2C 208; EP 76; de la pobreza* y mendicación* por F.: LP 51 96; EP 18 22; Flor 13; de los ojos* puros: EP 86; del sol y del fuego*: LP 83; EP 119; de los habitantes de Greccio: LP 74; de la Porciúncula: EP 83; de Asís: LP 5; EP 124 — su peligro: 2C 134 140; LM 6,1.3.5.
Cf. *Admiración, Alabanza.*

Enfermedad: las e. del hombre* son e. de Cristo*: LM 8,5; LP 115; EP 37; arras del reino* de Dios*: 2C 213; y promesas de Dios: 2C 213 — de F.: 1C 3 5 52 56 61 98 105 n.1; 107; 2C 105 212 n.2; LM 5,2.11; 6,2; 7,11; 8,10; 14,3; Lm 1,2; LP 4 8 22 77 80 86 90 91 96 99; EP 22 34 61 62 71 87-88 91 98 111 121-23; sus médicos: 1C 99 101 107; 2C 44 93 166 217; LM 5,8-9; 7,11; LP 68 83 86 89 100; EP 33 110 122; cf. *Ojos* — soportadas con paciencia*: 1C 101-102 107; 2C 210-11; LP 85 119-20; para cumplir lo que falta a la pasión: 1C 98; y con acciones de gracias: 2C 212-13; LM 14,2; LP 7 84 99; Flor 19 — dimisión* de F. por ellas: 2C 143; LP 106; EP 39 71 81; Ll 4 — y cántico de las criaturas: LP 83-84; EP 28 100-101.
Cf. *Dolencias, Sufrimientos.*

Enfermos: compasión* de F. por ellos: 2C 22 69 175-77; LM 8,5; LP 53 89; EP 28 42 91; porque ellos representan a Cristo*: 2C 85; LM 8,5; y les cura: LM 12,8.11; cf. 3C y LM mil — deberes de los ministros* con los e.: 2C 185-86; servicio* de los e.: Flor 4.
Cf. *Leprosos.*

Epifanía: ayuno* preparatorio: LM 9,2; cf. *Fiestas.*

Eremitorio: lugar* de contemplación y perfección: 2C 179; LM 7,12; Lm 5,3; lejos de la población: LM 7,10 — para F. y sus hermanos*: 1C 35; LM 4,2 — vida de e. en la Porciúncula: LP 56; EP 55; la celda* llamada de F.: LP 57; EP 9; vida de e. al fin de la vida de F.: 1C 103; vida de los hermanos según voluntad* de F.: Ll 2; cf. *Celda* — los hermanos vivan en e. y ciudad: 2C 71 — e. de los hermanos: no precisados: 1C 63; LM 13,7; LP 57 81 91 103; Flor 4; Alverna: 1C 92 94; 2C 46 168; LM 8,10; 11,9; 13,1; Lm 4,6; 6,1; LP 17 118; EP 99 117; Borgo San Sepolcro (Monte Casale): 2C 202; LP 115; EP 66; Celle di Cortona: 1C 105; 2C 38 88; Fonte Colombo: LP 68 117; EP 67; Greccio: 2C 61 167; LM 7,9; 8,11; 11,12; Lm 5,5; LP 74 119; EP 98; lago de Perusa: 1C 60; LM 8,8; Flor 7; Orte: 1C 34; Poggio Bustone: 2C 131; LP 81; Rieti: 2C 44 126; LM 7,11; 13,6; LP 111; EP 16; Roccabrizia: LP 114; EP 37; San Damián: TC 21; San Urbano: 1C 61; LM 5,10; Lm 5,2; Sarteano: 2C 59 116; LP 57; EP 9; un e. pobre en España: 2C 178.
Cf. *Oración, Recogimiento, Silencio, Soledad.*

Error: y verdad en relación con la ciencia* y la virtud: EP 72; del clero, suplido por los hermanos*: 2C 146; EP 54; en lo escrito no debe borrarse: 1C 82; cf. *Defectos, Pecado.*

Escándalo: temido por F.: LP 106; EP 12; dado a los hermanos*, constituye un tormento para F.: LP 112; EP 81; produce tristeza* en F. el e. a los pequeños: LM 8,3; sobre la pobreza*: LP 101; EP 2; de las bolsas* particulares: LM 7,3; del que se aíra: TC 58; AP 38; de un hermano anciano a uno joven: LM 11,13; F. enseña a evitarlo con el clero: 2C 146; LP 58; EP 10 54; provocado por los demonios*: EP 71.
Cf. *Pecado.*

Escritos: de F.: *en general:* LP 106; *Adm 21:* EP 96; *IR:* 1C 38; 2C 66 128 175; EP 42 44; 2R; 2C 193; *Test:* 1C 17 45; 2C 161; EP 9 11 65; CtaA: 2C 200; cf. LP 14; *CtaL:* 2C 49; LM 11,9; Lm 4,6; Ll 2; *CtaAnt:* 2C 163; cf. Flor 39; CtaJac: 3C 37; LP 8; EP 112; Ll 4; *FVCl:* LP 85; EP 90; *SalVir:* 2C 189; *SalVM:* 2C 198; Al-Hor: LP 107; *Cánt:* 1C 80 109 115; 2C 213 217; cf. *Cartas, Regla, Testamento.* — valor de los e. paganos: 1C 82; e. conteniendo el nombre* de Jesús*: LM 10,6; LP 108.

Españoles: hermanos* de un eremitorio*: 2C 178; soldados en Damieta: 2C 30.

Espíritu Santo, espiritual: autor de la vida y de la gracia*: LM 14,3; hace surgir profetas: LM 4,4; inspira a los fieles: LP 49; EP 121; habla a los simples y pobres: 2C 193; y por medio de los sencillos: TC 36; AP 18; y en los hermanos*: SC 23; transforma al fiel en hombre* nuevo: LM 11,6; ayuda a superar los vicios: LM 10,3; revela lo que está oculto: 1C 48 93 100; 2C 49 123 204; LM 2,1; 6,7; 11,9; Lm 5,1; TC 63; LP 4 12 — llena a F.: 2C 46; LM 11,2; TC 36; AP 18; lo ha un-

gido y enviado: LM 12,7; ha descansado en El: 2C 104; LM 4,4; 6,3; instruye al joven F.: LM 2,1; lo conforta tras el despojo*: AP 8; le mueve a cantar: 2C 13; le habla: LM 12,7; y es su ciencia*: 2C 104; le asiste en sus empresas: 1C 92; inspira su acción* y lo guía: 1C 8 69; 2C 10 37 46 157 192 204; LM 2,1; 3,4; 4,8.11; 7,9; 11,6.14; 12,1-2.7; Lm 2,1; AP 7 9 36; cf. *Libertad;* fortalece su predicación*: 2C 25; LM 3,2; Lm 2,2; le da el e. de los profetas: 2C 27; LM pról. 1; 3,2; 11,3-6; 12,1; Lm 4,3ss; TC 26; Flor 45; lo lleva a la cima del monte: SC 13; marca con estigmas* el cuerpo* de F.: LM pról. 1-2; 4,10 — es el ministro* general de la Orden*: 2C 193; da hermanos a F.: LM 3,10; suscita vocaciones*: 1C 31; 2C 109 130; ha llamado a los hermanos: 2C 191; los guía: LP 97; EP 23; habita en ellos: 1C 48; los anima: 2C 156; e inflama: 1C 47; inspira su Regla*: LM 4,11; el e. de pobreza*: LM 3,10; ha llamado a las señoras pobres: 2C 204 — sus visitas: 2C 9 13; LM 4,10; 10,2-3; 11,9; embriaguez espiritual: 1C 56 73 80; 2C 13 52 69; LM 2,4 n.4; 3,9; 9,6; Lm 1,7; Flor 49 53 — hombre* espiritual: LM 5,3; LP 4 8 10 53 55 57 59 69 72-73 78 83 90 94 98; falso e.: 1C 96; LM 6,2; 11,10; cf. *Hipocresía;* e. y carne*: 1C 98 107; 2C 219; LM 5,8-9; 10,1; 11,1; 12,1; 14,1; EP 103. Cf. *Dios-Trinidad, Inspiración, Pentecostés.*

Estigmas: su autenticidad y significación: Ll introd. n.1; testimonios*: 1C 95; 2C 135-38; LM 13,4.7-8; 15,4 — manifestación exterior de su semejanza interior con el Crucificado: 2C 111; 3C 2; LM pról. 2; TC 14 69; símbolo y sello del martirio* deseado: 1C 57 115; LM 9,9; realización de las visiones* anteriores: LM 13,10; cf. *Cruz* — relato de su impresión: 1C 94; LM 13; Lm 6,2; TC 69; Ll 3; descripción: 1C 95 113; 3C 5; LM 15,2-3; Lm 6,3; TC 70; Ll 3; significación: 1C 90; 2C 10-11; cf. 203; LM 4,11; 12,12; 13,9; 15,1; TC 70; sufrimientos* provocados: 1C 98; LM 14,1; milagros* realizados: 3C; LM 13,5; mil; LP 94; Ll 4.

Estudios: de F.: 1C 23; LM 15,5; de la Sagrada* Escritura: 2C 195; LM 11,1 n.2; el método más provechoso: 2C 5,2; del ministro* general: 2C 185; para los ministros de la palabra*: 2C 163; cf. *Ciencia, Libros, Sabiduría.*

Eucaristía: culto de F.: 2C 201 n.2; AP 37; LP 108; EP 65; cf. *Comunión, Cuerpo de Cristo, Misa.*

Evangelio: suma aspiración de F.: 1C 84; F. hombre evangélico: LM 1,5; 13,5; AP 8-9; la perfección evangélica: LM 1,6; 3,2; 7,6; 13,10; 15,1; TC 40 — proclamado, leído, cantado: en Greccio: 1C 86; LM 10,7; AP 43; en el capítulo*: TC 61; durante su enfermedad*: LP 87; en la muerte*: 1C 110; 2C 217; LM 14,5; consultado: 1C 22 n.4; 2C 15 115 n.3; LM 3,3; 13,2 n.6; AP 10-11; Ll 3; vivido y practicado aun en los detalles: 1C 17 22 51 84 n.1; 2C 78 80; LM 1,1; 2,1; 5,1-2.6; 6,5; LP 52 61-63; predicado: 1C 51 56 89 97; Lm 2,8; 4,15; 8,11; 9,6.8; TC 54; respetado y meditado: 1C 84; 2C 67; LP 97 100; pasajes sacados al azar: 1C 92-93; 2C 15; LM 3,3; 13,2; TC 28-29; LP 104; EP 4; Flor 2 — fundamento de la Regla*: 1C 32; 2C 208-209 216; LM 3,8-9; 4,11; 6,5; 14,5; TC 29 51 57; AP 11 33 46; LP 101-102; EP 3; Flor 2; citas familiares: 2C 56; LM 6,1; 7,2; LP 57 — evangeliario vendido: LP 93. Cf. *Sagrada Escritura.*

Exaltación: del Creador* por sus criaturas*: LP 88; EP 118; de la pobreza* por el Señor: SC 18; en la obediencia* y humildad* de F.: TC 57; AP 37; de F. y humillación de Lucifer: LP 65; EP 60; de un hermano* por el silencio*: 2C 28; de sí mismo es soberbia: LM 6,3 — de F.: cf. *Canonización* — fiesta* de la E. de la Cruz* y estigmas*: 1C 94 n.2; LM 13,3; Lm 6,1-2; Ll 3 n.1,3. Cf. *Admiración, Gloria.*

Exhortación: en el curso de los capítulos*: TC 57; AP 37; antes de la salida a la misión*: LM 3,7; AP 18; última e.: 1C 108; 2C 216; LM 14,3.5 — algunas e. de F.: a servir al Señor: LM 14,1; Flor 18; a cantarle: LP 83; a orar: LM 10,1; a venerar la Eucaristía*: AP 37; LP 108; a la confianza* en el Espíritu*: AP 18; a la sumisión* a la Iglesia*: AP 31 37; a la caridad*: 2C 180; a la paz*; TC 26; AP 38; a no juzgar a nadie: TC 58; AP 38; a dar buen ejemplo*: AP 38; LP 59; a observar el Evangelio*: TC 57; AP 37; a mendigar sin vergüenza: LM 7,8; LP 51; al desprecio* del dinero*: AP 30; a soportar el sufrimiento*: 2C 175; TC 40; AP 18 23; a la verdadera alegría*: EP 96; a la penitencia*: 2C 21; a huir de la ociosidad*: LM 5,6; a tener en cuenta la propia condición: 2C 22; LP 50; a venerar siempre la Porciúncula: TC 56; «grandes cosas hemos prometido»: 2C 191; Flor 18 — F. exhorta a las criaturas a la alabanza*: 1C 58; LM 9,1; 12,3; 14,6; LP 88; Flor 16; a las clarisas* a observar la Regla*: LP 85; a los perusinos a la paz: LP 75. Cf. *Corrección, Predicación.*

Extasis: de F.: LM 2,1 n.2; 9,2; 10,2; Lm 4,2; de F. y Clara*: Flor 15; del her-

mano* Gil: LM 3,4; del hermano Bernardo: Flor 28; *cf. Oración, Visiones.*

Familia: su hermano carnal: TC 23 — vida de f. entre los hermanos: 2C 180; la f. es la Orden*: 2C 184 192; f. del Señor: TC 36; LP 16; confiada por F. a Dios*: 2C 143; LP 112; EP 81; y a su vicario*: EP 39 — f. de los hermanos*: la madre de dos hermanos: 2C 91; LP 93; del hermano Juan: 2C 190; un postulante de la Marca de Ancona: 2C 81; un hermano tenía dos hijas en un monasterio*: 2C 206 — crecimiento de la f.: TC 36 46; AP 18 31; f. enteras que siguen a F.: TC 63; AP 47.
Cf. *Hermano, Madre, Padre.*

Familiaridad: entre Cristo* y F.: LM 9,2; entre F. y sus hermanos*: 2C 172; LM 11,9; AP 25; del obispo* de Asís con F.: LM 10,5; de F. con Bernardo: Flor 3; prohibida con mujeres*: 2C 112; LM 5,5; peligros de la f. con los poderosos: SC 43; *cf. Abrazo, Acogida, Confianza.*

Fe: católica de F.: 2C 8; de los primeros hermanos*: LM 2,7; 4,3; en la Iglesia* y en los sacerdotes*: 1C 46; TC 16; *cf. Confianza, Fervor, Piedad.*

Fervor: del amor* de Dios* en F.: 1C 6 10 15 83-84 91; 2C 198 201; LM pról. 1; 13,3; TC 5 12 27 51 68-69; LP 8; de su oración*: 2C 15 159; LM 10,3-4; 11,1; 12,3; 13,2; TC 11 13 21 40; LP 7 75; de sus palabras* y acciones*: 1C 11 51 75 98; 2C 13 37 97 130; LM 2,4.11; 5,2.4; 9,3.7; 10,6; 14,3; TC 10 21-22 49; LP 7 96 99 102 104 108; Flor 24; de su predicación*: 1C 23 62 73 75; 2C 163; LM 3,10; 6,2; 9,8.

Fiestas: celebradas por F.: Navidad: 2C 199; LP 14; EP 114; Epifanía: LM 9,2; Exaltación de la Cruz: LM 13,3; Lm 6,1; TC 69; Ll 2-3; Asunción: LM 9,3; LP 118; Ll 2; San Miguel Arcángel: LM 13,5; TC 57; AP 36; apóstoles* Pedro y Pablo: LM 9,3.

Francés: profecía* en f.: 2C 13; TC 23; lengua escogida para cantar la alabanza* del Señor: 1C 16 n.1; 74 n.8; 2C 127; LM 2,5; Lm 1,8; TC 33; AP 15; EP 93; utilizada para la predicación*: 2C 13; TC 10 24.

Francisco: nacimiento: 1C 1 n.2; TC 2 n.1; *nombre**: TC 2 n.1; *juventud*: 1C 1 n.3; LM 1,1 n.4; TC 7 n.1 — guiado por Dios*: LM 7,2 n.7; enseñado por Cristo*: LM 2,1 n.1; apóstol*: 1C 89; 2C 220; LM pról. 1; 4,5; 8,11; Lm 2,5; EP 76; útil a la Iglesia* con su vida: LP 83; EP 91; la reforma: 2C 150; heraldo* del gran Rey*: 2C 210; LM 2,5; Lm 1,8; de Cristo: LM 12,2; 12,12; celo* por las almas*: 2C 172; LM 9,4 — conversión*: 1C 1,2; LM 2,8 *n.10*; «*Señor, ¿qué quieres que haga?*»: LM 1,3; TC 6; AP 6; perseguido por su padre*: 1C 12 71; Lm 1,7; TC 6 7 17 19; AP 8; proceso ante el obispo*: 1C 15; 2C 12; LM 2,4; Lm 1,7; TC 19; AP 8; su nueva vida: TC 22; LP 58; EP 10; ilustrado por el Evangelio* en la Porciúncula: LM 3,1; Lm 2,1; cuida de los leprosos*: 1C 17; 2C 9; LM 1,5; TC 11 — aprobación de su forma de vida: 2C 24; LM 3,9-10; Lm 2,4; TC 51; autorizado para predicar: 1C 36; 2C 17; LM 3,10; 4,1; diácono*: 1C 86 n.6; LM 10,7; TC 61; AP 43 — F., verdadero hermano* menor*: 2C 145; LM 5,1; 6,5; Lm 3,4; LP 11 109; EP 46 64; F., guía para sus hermanos: 1C 41; 2C 157; LM 4,3; 8,1; Lm 2,2; 3,7; LP 59; EP 87; ama a sus hermanos: 2C 44 172 188; EP 41; los ayuda en sus necesidades: 2C 177 210; duro consigo mismo, dulce con los demás: LP 50; EP 27; celoso por la observancia de la Regla*: 2C 157-58; LM 8,3; lamenta las desviaciones de la Orden*: 2C 156 188 — fundador: 2C 140 141; TC 52; AP 36; dimite de general: 2C 143 144; LP 11; EP 39; fundador de las clarisas*: LP 13; EP 108 — predicador del Evangelio; 1C 84; 2C 107; y de la penitencia*: LM 3,2; espejo de perfección: 1C 90; 2C 59; LM pról. 1; EP 75 96; adorador del Creador*: LM 4,9; Lm 5,4; imitador de Cristo: 1C 115; 2C 216; LM 6,6; 11,10; Lm 6,1; TC 31; AP 13; EP 14 73; Flor 1 n.1; 25; hombre* de Dios: 1C 94; 2C 104; LM 2,5; Lm 4,4; TC 36; AP 18; LP 97; EP 23; pobre: 2C 55 73-74 161; LM 3,1; 7,6.8; LP 97; EP 23; SC 58; padre de los pobres: 1C 49 135; 2C 8 59; LM 2,6; LP 89; EP 33; simplicidad*: 1C 120; 2C 141; LM 6,5; 11,14; 12,1.3; TC 21 64; LP 109; EP 64; su obediencia* y castidad*: 2C 167; LM 5,4; EP 46; enfermedades: cf. *Dolencias, Enfermedades;* su oración*: 1C 45; 2C 95 98; LM 4,3; 10,5-6; hermano universal: 1C 80; 2C 165-66 172; LM 5,12; 8,11 — su vida; centrada en la cruz*: 2C 105 203; LM 13,10; 14,1; mil 10,8-9; Lm 2,9; llora la pasión* de Cristo*: 2C 10; TC 14; conoce a Cristo pobre y crucificado: Lm 7,1; completa la pasión de Cristo: 1C 98; y se conforma a El en todo: LM 9,2; 13,2; 14,4; su muerte*: 1C 1 n.2; 88 n.1; 109; 2C 214 216-17; LM 14,4 n.9; LP 22; EP 88; Flor 6; Ll 4 n.22-23; su canonización*: 1C 124-26; TC 71; AP 47 — su retrato*: 1C 83 120; LM 12,12; 15,1; Lm 3,1; TC 51; AP 36; EP 87; Flor 10 13.

Fraternidad: cf. *Familia, Hermano, Orden de los Hermanos Menores.*

Fuego: incendio de amor*: LM 9,2-3.5; 13,2; cf. *Fervor* — hermano* f.: 2C 166; LM 5,9; Lm 5,1; LP 83 86-87; EP 115 17; prueba de f.: LM 9,8; Flor 24; cauterización: 1C 101; 2C 166 215; LM 5,9; LP 86; EP 115.
Cf. *Criaturas.*

Generosidad: de F. antes de su conversión*: 1C 4 17; 2C 8; LM 1,5-6; TC 2 5 8 10; en la distribución de sus bienes*: 2C 109; TC 30; cf. *Pobreza;* en el servicio* del Señor: 1C 73 92 120; LM 3,1.9; cf. *Amor, Disponibilidad, Fervor;* don* total: cf. *Martirio.*

Gloria: nuestra g.: la cruz* de Cristo*: 2C 203; Lm 3,6; alabar a Dios*: 2C 134; renunciar a toda g. no compartida con Cristo: 2C 139 — la g. de Dios: fin de la acción* de los hermanos*: LP 66 108; de sus cantos*: LP 83-84; asunto de sus conversaciones*: LP 56; motivo para revelar los secretos del Señor: 2C 52; Asís, ciudad surgida para g. de Dios: LP 5 — devolver g. a Dios: por la enfermedad*: LP 6; por el bien* cumplido: LP 10 — g. del cielo*: recompensa de la pobreza*: 2C 82; de la humildad*: LM 6,6; de la lucha y de la penitencia*: 2C 212-13; recompensa de F.: 2C 219; LM 15,1 (trono de Lucifer: 2C 123); cf. *Canonización* — g. militar y mundana: 1C 4-5; 2C 6; LM 1,3; TC 5; vanagloria: 1C 2 53-54 69 95; 2C 144 164 192; LM 4,9; 6,3; 7,7; 8,2; LP 81-82 110.
Cf. *Bienaventurados, Reino, Salvación.*

Glosa: cf. *Regla, Testamento.*

Gobierno: espiritual de F.: LP 106; EP 71; después de su renuncia*: 2C 143; es fácil cuando los hermanos* son fieles: LP 106; EP 71; cf. *Autoridad, Servicio.*

Gracia: infundida por el Espíritu* Santo: 2C 224; LM 11,9; F. es una g. dada al mundo*: LM pról. 1; Lm 1,1; cf. *Don;* F. hijo de la g.: LM 2,4; colmado de g.: LM pról. 1; 1,1; 13,1; LP 118; no las ha recibido en vano: 2C 95; LM 10,2; pero si el Señor las hubiera concedido a un bandido*...: 2C 133; LP 10 — algunas de las g. recibidas: conversión*: LP 69; visitas del Señor: 1C 27; LM 1,4; 4,5; 5,11; contemplación: LM 15,8; milagros* obrados: cf. 3C; oración*: LM 10,1; 12,1; obediencia* a todos: 2C 151; LM 6,4; LP 11; EP 46; fundación de la Orden*: AP 3 8 18 33; multiplicación de la Orden: LM 3,6; fuerza y eficacia para la predicación*: LM 4,1; LP 75; simplicidad*: LM 7,1; enfermedad*: LP 83; en la Porciúncula: EP 83; estigmas: cf. *Estigmas;* antes de morir: cf. *Don* — acción de g. de F.: TC 29; LP 83; y de otros a propósito de él: 1C 55.
Cf. *Benevolencia, Don, Inspiración, Providencia.*

Gratitud: de F. a la Trinidad*: LP 83; EP 100; de las criaturas* a F.: 2C 166; cf. *Admiración, Alabanza.*

Guardián: sentido del término: LP 11 n.3 — recibe el precio del trabajo*: EP 75 — F., sometido a su obediencia*: 2C 151; LM 6,4; TC 57; AP 37; LP 11; EP 46; de F. en el Alverna: LI 1; en Monte Casale: Flor 26; en Rieti: LP 89; de F. moribundo: 2C 215; LM 14,4.
Cf. *Servicio, Superior.*

Hábito: de ermitaño: 1C 21; LM 2,8 n.10; TC 21 25 29; AP 8; de hermano* menor*: 1C 21 31; 2C 55 69 130 138 185; LM 5,2 n.7; 13,8; 14,4; Lm 2,2; TC 23 27 29 37; LP 4 101-102; Flor 20; en forma de cruz*: 1C 22; cf. 1C 39; 3C 2; LM pról. 2; mil 1,1; Flor 49; vil: 2C 69; ejemplo* de santidad*: 2C 52 — quitado por castigo*: 2C 85 116 182; LM 5,4; 8,4-5; EP 37 61; al hermano Elías: Flor 38; al hermano Rufino: Flor 30; dado: TC 10 44; al hermano Pacífico: 2C 106; cambiado por el de los pobres: TC 10; AP 28; guardado como reliquia: 2C 98; TC 59-60 73; AP 47 — vergüenza* de llevarlo: EP 71.
Cf. *Capucha, Manto, Túnica, Vestido.*

Heraldo: de Dios* es F.: 2C 210; LM 12,2; de Cristo*: LM 2,8; 11,3; 12,12; del Evangelio*: 1C 7; LM pról. 1; 4,5; 8,11; 9,6.8; cf. *Predicación;* de la cruz*: LM 4,9; de la verdad: LM 12,8; de la perfección: TC 25; de la pobreza*: LM 15,1; del gran Rey: 1C 16 120; LM 2,5; Lm 1,8; cf. *Caballero;* el hermano Bernardo, h. de paz* y penitencia*: TC 39.
Cf. *Juglares de Dios.*

Herencia: eterna: 2C 172; LM 3,5; LP 9; EP 44; cf. *Cielo, Gloria, Reino;* F. renuncia a la h. paterna: LM 2,4; Lm 1,7; dejada por Cristo* a los hermanos*: 2C 72; LP 51; EP 18; de los hermanos es la pobreza*: SC 6.

Hermana: F. llamaba h.: a la ceniza: TC 15; a las alondras: 2C 200; LP 14; a las golondrinas: LM 12,4; a la cigarra: 2C 171; LM 8,9; LP 110; a las flores: LP 88; al agua*: 1C 81; 2C 222; LM 5,12; a sus sufrimientos*: 2C 212; LM 14,2; a la muerte*: LP 7 100; EP 122 123; cf. *Criaturas.*

Hermano: la Orden* es una familia*: 2C 184; Flor 31; todos son hijos de una misma madre*: 2C 180; designación de la Orden: h. menores*: 1C 38; 2C 71

n.1; LM 6,5 n.9 — fundamento del amor* fraternal: un único Creador*: LM 8,6; Cristo*, nuestro h.: 2C 198; LM 9,3; h. «por el amor de Cristo»: TC 41; y «por realizar en común nuestra salvación»: 1C 27 — retrato* de las fraternidades primitivas: 1C 38-39 42; 2C 155; TC 41 45; *LP 106*; EP 51 85; *Flor* 12 31 — amor de F. por sus h.: 2C 22 42 45 49-50 110 118 172 174 214-15 217; LM 11,9.12; TC 59; AP 37 39; LP 50; defensor de la vida común: 2C 208; solidario de los h. simples: 2C 193 — amor de los h. por F.: 1C 98; 2C 64 87-88 92 130 215 217; LM 5,9; 14,2; LP 7 71 73 77 86 89 90, etc. — amor fraternal: algunas de sus manifestaciones: salmodia en común: 2C 197; oración* recíproca: 2C 160; convivencia fraterna: AP 14 17-18 24 31 41 45; buenos ejemplos* mutuos*: LP 111 117; trabajo* de cada uno para todos: 2C 75; LM 5,6; puesta en común de las limosnas*: 2C 161; y de todo lo que se recibe: 2C 180; incluso visiones* y favores espirituales: 1C 30; 2C 209; saber pedir un consejo: 2C 30; LM 11,3; 12,1-2; 13,4; y todo lo que se necesite: LP 120; acogida* de los h. de paso: LM 7,4; alegría* en comunidad: 2C 128; LP 63; alegría* por los progresos de otro: 2C 178 179; afecto entre h. sabios* y simples: 2C 191 (LP 103: mesa redonda); no juzgar ni despreciar a ningún hermano: TC 58; Flor 3; obediencia* mutua: LM 6,4; LP 11; evitar las contestaciones: LP 101; castigo* de los murmuradores: 1C 76; 2C 155 182; LM 8,4; no huir del convento para habitar los palacios: 2C 121; ni para peregrinar: 2C 32; ternura para los enfermos* y desalentados: 2C 176-77; LP 86; las madres de nuestros h. son nuestras madres: 2C 91; EP 38; LP 93 — amor fraternal: cualidad exigida a los ministros*: 2C 185 187; F. es el h.: AP 36 n.9; todo superior* es un h.: 2C 177 — enviados para la salvación* del mundo*: 2C 59 70; LP 117; EP 67; en ayuda del clero; 2C 146; LM 6,5; EP 57; sumisos a todos: 1C 38; 2C 145; LP 101 109; EP 26 64 85 — su amor por las clarisas*: 2C 207 209 — «h. cristianos»: los leprosos*: LP 64; EP 58 — F. llamaba h. a todo hombre*: LM 5,8; a todo animal*: 2C 165; a toda criatura*: 1C 81; LM 8,6; 9,4; AP 38; Flor 22 n.1; cf. *Hermana;* el h. cuerpo*: 2C 126 129 211; LP 108 120 — h. menores* en España: 2C 178; h. palaciegos: 2C 119 n.2.
Cf. *Amor, Familia, Orden de los Hermanos Menores.*

Hipocresía: detestada: 1C 46; 2C 128-32 186; LM 6,2; LP 81-82 102; EP 62-63; desenmascarada: 2C 28 131; *LM 11,10*; LP 116; EP 102; cf. *Arrogancia, Soberbia.*

Hombre: nuevo: 1C 82; 3C 1; LM 12,8; TC 12; de otros tiempos*: TC 54; de otro mundo*: LM 4,5; del siglo venidero: 1C 82; cf. *Alma, Carne, Cuerpo.*

Hospitales: cerca de Asís: LM 4,8; Lm 2,7; LP 5; EP 124; cerca de Arezzo: LP 108; de San Antonio, en Roma: LM 3,9; de leprosos*: 2C 66; Flor 25; de leprosos en Trevi: 2C 122; cf. *Leproserías.*

Hospitalidad: gracia* concedida por el Señor: TC 46; AP 22 31 41 — pedida preferentemente a los sacerdotes*: TC 59; LP 66; o bien a los monasterios*: 2C 111; LM 8,6; o en las leproserías*: 2C 66 122; LM 2,6; 4,8; LP 9 108; o también *en casa** de los fieles: 1C 24 65 69; 2C 78; LM 2,6; TC 60; LP 96; concedida a los hermanos* en Florencia: TC 39; AP 21; a veces aceptada en casa de ricos y prelados*: 1C 51 108; 2C 41 50 73 86 92 104 119; LM 11,4; 12,9-10; Lm 4,9; TC 48; AP 32 33 42; LP 96-97; Flor 37 — aceptación* de las negativas: 1C 39; TC 38-39; comportarse siempre como pobre y penitente: 1C 52; 2C 64 73; LP 117; ateniéndose a las circunstancias y al Evangelio*: LM 5,1 — el ministro* general debe ser hospitalario: 2C 186; los hermanos deben ceder su celda*: LP 56; cf. *Hermano;* y recibir a los bandidos*: LP 115; Flor 26; a los ricos: AP 29.
Cf. *Acogida, Caridad, Protección.*

Huerto: según la pobreza*: LP 58; EP 10; parte para flores y hierbas: 2C 51 165; LP 88; EP 118 — viña de Rieti, saqueada: LP 67; EP 104; Flor 19; de Greccio, devastada por el granizo: LM 8,11; Lm 5,5; LP 74.
Cf. *Tierra.*

Humildad: del Hijo de Dios: 1C 84-85; LM 6,1.5; LP 75 79 97; de nuestra Señora 2C 18 — es una gracia*: LP 84; Flor 32; del Señor, que ama a los humildes: LM 6,6; enseñada por el Evangelio*: LM 6,5; base de la vida espiritual: Lm 1,9; y salvaguarda de las virtudes: 2C 140; LM 6,1; es el fundamento de la Orden*: LP 9; y la vocación* de los menores*: 1C 38; 2C 18 148 — recomendada a los superiores* y predicadores: 1C 104; 2C 102 164 185 192 194; LM 3,7; LP 103; EP 72-73 80; y preferida a los honores: LM 6,6; cf. *Simplicidad* — de F.: en la oración*: 1C 71; y la búsqueda de Dios*: 1C 92; *en el seguimiento** de Cristo*: AP 8; con el papa*: AP 35-36; entre sus hermanos: 1C 83; 2C 140 142-43; LM 7,9; AP 31 37; LP 11; en la demanda de consejos: 1C 91; 2C 30 210; LM 11,3; 13,4; Flor 16; en la confesión* de las faltas: 1C

52 54; 2C 131-32; LM 6,2; 12,3; LP 80; EP 62; Flor 3; en la enfermedad*: 1C 98 101 102; LM 5,9; en los asaltos del demonio*: LM 6,10; y en la muerte*: LP 11; con las aves: 1C 58; con los prelados*: 2C 141; LM 6,8; TC 52 56; pero con firmeza: 1C 33; después de las visiones*: 2C 52; LM 3,6; 10,4; LP 65; en el servicio* de los leprosos*: 1C 17; LM 1,6; 2,6; TC 11; EP 44; delante de todos los hombres*: 2C 142; TC 57; y en medio de los éxitos: 1C 53; 2C 133 150; LM 12,6; AP 37; LP 10; cf. *Orgullo* — el humilde F.: 2C 123; LM 6,6-7; algunas fórmulas: «Yo soy pecador»: 2C 99 123; LM 10,4; Lm 3,4; LP 65; EP 60; Flor 10; «no hemos hecho nada»: 1C 103; LM 14,1; «un bandido* sería más agradecido»: 2C 133; LP 10; EP 45; «por los méritos de otro»: LP 108; «distinguir lo vil de lo precioso»: LP 10; EP 45; «idiota»: 2C 103 141 — de los primeros hermanos: en la oración*: LM 4,3; en la confesión y reparación de las faltas: 1C 30; 2C 33 34 137 202; LM 6,11; 8,5; 11,8; TC 43; Flor 26; en la mendicación*: 2C 76; y en la demanda de hospitalidad*: TC 38; en el servicio de otro: 1C 39; LP 97; y en la acogida*: LP 115; Flor 26; en la obediencia: LM 3,7; Flor 12; base de su respeto* mutuo: LM 11,13; TC 42; AP 26-27; y ejemplo* eficaz: 1C 31; TC 66; con los seglares: AP 22 24 45; en la persecución*: AP 18 22 24 — permanecer h.: en la obediencia*: 2C 151; LM 6,4-5; en la adversidad: TC 36; al pedir servicio: 2C 77; LM 7,10; LP 120; en las construcciones y en el mobiliario: LM 7,2; LP 58 74 106; delante de prelados* y clérigos*: 2C 146; LP 20; EP 54; humillarse delante del Todopoderoso: LP 75 — h. de las clarisas*: 1C 19; de Santo Domingo: Flor 18 — h. de la alondra: LP 14; EP 113; y de los corderos*: 1C 77.
Cf. *Simplicidad.*

Ideal: de F.: LP 101; EP 14; común a los primeros hermanos*: TC 46; LP 103; EP 72; de perfección: LM 1,5; TC 2 3; AP 4; de observar el Evangelio* y la Regla*: 1C 34; LP 102; EP 3; cf. *Retrato, Seguimiento.*

Idiota: F.: 1C 27 120; 2C 7 103 141 145 193; LM 6,5; TC 36 64; LP 10 112; EP 45 53 81; mente serena e inteligencia viva: 1C 83; TC 2; conocía el latín: 2C 49; bienaventurados* los ignorantes por el Señor: LP 104; hermano Felipe: 1C 25; hermano Gil: LM 3,4; cf. *Ciencia, Estudios, Simplicidad.*

Iglesia: para F. es madre, católica, santa, apostólica y romana: TC 46; AP 31; LP 58 102; protectora de la Orden*: 2C 25; TC 63; AP 17 32 42 44-45; EP 78; concede la Regla*: LM 4,1; modelo de la primitiva fraternidad: AP 27; obedecerle: 2C 16; TC 57; AP 31 35 37 41 45; serle fiel: 1C 62 75; 2C 24; LM 4,3.11; 14,5; TC 65; EP 78; asegura la fe* verdadera: LM 4,3 — F. apoyo de la I.: 1C 62; 2C 17; LM 3,10; Lm 2,4; TC 48 51 60; y artífice de su reforma: 1C 37; 2C 11 148; LM 2,1.8; Lm 1,9; AP 33 45; LP 7; EP 43; trabajo* de los hermanos* en la I.: LM 6,5; engendrarle hijos: LM 8,2.
Cf. *Catolicidad, Misión.*

Iglesias: las i. abandonadas, lugares* de alojamiento y oración* para los hermanos*: LM 4,3; 6,6; 10,3; Lm 4,2; AP 10 19-21; LP 1; las visitan: LM 4,3; TC 37; AP 19; F. provee a su mobiliario: TC 8 (pero rehúsa los donativos en dinero* metálico: LM 9,8); y su limpieza: LP 60-61; EP 56-57; — San Pedro de Roma: 1C 34; 2C 8; Letrán: 2C 17; LM 3,10; TC 51; basílica* de San F.: LM 15,8; TC 72; Porciúncula: 1C 21-22 44 57 78 106 108; 2C 18-19 57 63 65 67 76 171; 3C 27; LM 3,1; Lm 1,9; TC 32 55-56; AP 14 16 18 24 28 30 37 43; LP 56 60 63 93 98; EP 55; San Damián: 1C 9 10 18 116; 2C 10 14 204; LM 2,1; Lm 1,5; TC 13 21 24; AP 7 8 12; San Jorge: 1C 118 126; LM 15,5; San Nicolás: LM 3,3; TC 28; San Pedro: LM 2,7; Lm 1,9; San Rufino: LM 4,4; 6,2; LP 80; EP 55 61; Terni: LP 10; EP 45 — pobreza* de las i. conventuales: LP 55 58 106; EP 10 11.

Imitación: de F. a Cristo*: 2C 158; LP 8; EP 14 73; en la última cena: LP 22; EP 88 — visión* de un hermano*: F. otro Cristo: 2C 119; Flor 1; cf. *Discípulo, Ejemplo, Seguimiento.*

Ingratitud: pecado* grave: LM 11,5; del que ofende al Creador* sirviéndose de sus dones*: LP 83; EP 100.

Injurias: F. las evitaba cuando joven: TC 2; recibidas por F.: Flor 2; por los primeros hermanos*: LM 4,7; TC 38; AP 20; Flor 5 — hechas al pobre, van contra Cristo*: 1C 76; no hacerlas a nadie: EP 62 104; agradecerlas a Dios*: 1C 29 — entre los hermanos: LP 21; EP 52.
Cf. *Afrentas, Desprecio.*

Inspiración: Dios inspira a F. sus acciones* y la Regla*: 1C 15; LM 2,2.8; 4,11; 9,8; 10,2; 13,2; AP 3 7 9 11 15 18 35 45; Ll 1; en la soledad*: 2C 9; Dios inspira las vocaciones*: AP 10 13 18 31 41; Dios guiará a los hermanos*: AP 18 41; LP 97; EP 23 — obediencia* e i.: 2C 152; EP 48; «según lo que Dios le inspirare»:

1C 33; 2C 92 114; Flor 14 30 — para dirigirse a los infieles: EP 48.
Cf. *Don, Espíritu, Gracia.*

Jerarquía: F. y la j.: LM 2,1 n.1; 3,1 n.3, 3,9; n.19; LP 20 *n.1* — sentido *místico*: LM pról. 1 n.12; 13,7 n.18; cf. *Autoridad, Cardenales, Curia romana, Papa, Prelados.*

Jesús: nacido por nosotros: 2C 199; celebrado en Greccio: 1C 84 86; 2C 35-36; LM 10,7; F. se conmueve ante el nombre* de J.: 1C 86; LM 10,4; cf. *Cristo.*

Juglares de Dios: LP 83; EP 100; cf. *Alabanza, Caballero, Heraldo.*

Juicio: no juzgar a nadie: TC 58; AP 38; j. misericordioso: TC 42; AP 26; ajeno, no debe preocupar: 2C 30; LM 11,3; cf. *Corrección.*

Ladrón: F. no quiere ser l. de los tesoros* de Dios*: 2C 99; LM 10,4; ante uno más pobre que él: 2C 87; EP 30; piensa que un l. sería más fiel que él: 2C 133; LP 10; EP 45 — temor* de que los hermanos* fueran l.: TC 38; AP 20 — de Monte Casale: LP 115; EP 66.
Cf. *Restitución, Robo.*

Lágrimas: purifican «la mirada interior»: LM 5,8; Lm 3,3; no constituyen la santidad*: 2C 134; LM 6,3; compatibles con la alegría*: LM 10,7; evitadas en público: 2C 128; LM 10,4; LP 63 — de F.: por la pasión* de Cristo*: 2C 10-11 127; LM 1,5; 2,1; 10,4; Lm 1,4; 6,9; TC 14; LP 65; EP 92; *y por la muerte* de un cordero**: 2C 111; LM 8,6; por la pobreza* de Cristo: 2C 200; LM 7,1; 10,7; TC 15; y al espectáculo de otro más pobre que él: 2C 84; por sus pecados*: LM 3,6; y los ajenos: 2C 156; LM 8,1; por los españoles* muertos: 2C 30; durante las tentaciones*: 2C 115; LP 63; durante la oración*: 1C 10; 2C 190; LM 2,2; TC 16-17; Flor 2 — *por la muerte de F.*: 1C 112 116-117; 2C 217 — de contrición de las señoras pobres: 2C 207.
Cf. *Compasión, Tristeza.*

Laico: l. y *clérigos** se hacen hermanos*: TC 73; hermanos l. en la Porciúncula: LP 56; EP 55 — constituyen la Orden* de Penitencia*: LM 4,6.
Cf. *Tercera Orden.*

Lectura: F. ama la l. de la Sagrada* Escritura: 2C 105; LP 79; EP 69; del Evangelio*: 1C 22; del evangelio del día: LP 87; EP 117; de la pasión* de Cristo*: LM 14,5; Lm 7,5 — de los corazones por F.: 2C 31 39-40; Lm 4,5.

Leproserías: lugar donde moraban los primeros hermanos*: 2C 122 n.2; LP 9 n.2; 64; EP 44 58; Flor 25 n.2; localizaciones: 1C 17 n.5; 42 n.1; 2C 98 n.2; 122 n.2; LM 10,2; LP 65; EP 59; cf. *Hospitales.*

Leprosos: Cristo* se ha hecho l.: LM 1,6; Flor 25 — *servirles por amor** de Dios*: 1C 103; LM 1,6; 2,6; 14,1; Lm 1,8; 7,1; LP 9; EP 44; Flor 25 n.2; besarlos: 1C 17; 2C 9; LM 1,5; 2,6; TC 11; y comida* con un l.: LP 64; EP 58 — personas repudiadas por la sociedad: Lm 1,8; F. se *pone a su servicio**: 1C 17 *n.2*; 42 *n.1*; 99 n.2; 2C 98 n.2; LM 8,5 n.11; TC 11-12; LP 9 n.2; 92 n.2; Flor 1 n.2; 25 n.1; curados por F.: 1C 121 146; LM 15,9; mil 8,5; Flor 25 — los hermanos cuiden a los l.: 1C 39; 2C 98; LP 9 64-65; EP 44; Flor 42; y les cedan el lugar*: TC 55 — contrae la lepra quien desprecia la Regla* de F.: 2C 209; LM 4,11 — fraternidad mixta de l.: Flor 1 n.3.
Cf. *Amargo, Enfermo.*

Letra, literal: F. observa el Evangelio* a la l.: LP 52 102; EP 3 19; observar la *Regla** y el *testamento** a la l.: LP 17; EP 1; l. querida por F.: cf. *Tau.*

Libertad: de los hijos de Dios: 1C 81; de espíritu*: LM 7,8-9; de los hermanos* bajo *la protección de la Iglesia**: 2C 24; EP 78 — F. partidario de la libertad*: 1C 120; en las comidas*: Flor 4; en la pobreza*: SC 18 — dudosa y mal entendida: 1C 104.
Cf. *Don, Espíritu Santo, Inspiración.*

Libros: tentación* para F.: LP 104; EP 4 — autorizados para el estudio* de la palabra* de Dios*: 2C 62; con tal que sean salvadas: la pobreza*: 2C 185; LP 101-102 106; EP 2-4; la humildad*: 2C 195; LP 103-104; la caridad*: 2C 180; LM 8,5; Lm 3,7; TC 43; AP 24; LP 101; EP 2 5; *el uso común*: AP 27 — F.: *su memoria* le hace las veces de biblioteca: 2C 102; los hermanos*: la cruz* les hace las veces de l.: LM 4,3 — Nuevo Testamento: 2C 91; cf. 67; LP 93; EP 38; cf. *Evangelio;* l. de las horas canónicas: TC 59-60; AP 40; cf. *Breviario* — abandonados en tiempo de prueba: 2C 195; su venta: 2C 91 n.1.
Cf. *Ciencia, Estudios, Sabiduría.*

Limosnas: mendigarlas a imitación* de Cristo* y de los apóstoles: sin vergüenza: 2C 77; LM 7,10; TC 22 24; AP 17; LP 96; EP 18; *con alegría**: 2C 17 73; TC 22; LP 21 85 97; EP 18 23; por el amor de Dios*: cf. *Amor, Expresión;* no en metálico: cf. *Dinero;* el pan* de la mendicación* es sagrado: LP 97; EP 23; es el pan de los ángeles*: LM 7,8; no más de lo necesario: 1C 34 41; 2C 71; TC 39; LP 15 52 74; EP 12 19; cf. *Robo* — sus méritos: 2C 71; AP 4; es un don* del Señor:

2C 17; LM 7,10; nace del amor* de Dios: 2C 93 196; LM 1,1; TC 3; AP 4; LP 51; EP 18; es la herencia* de los pobres: LP 15; EP 12; y condición del pecado: 2C 77; ejercita en la humildad*: 2C 74; es una gracia* para el bienhechor: 2C 71; LP 96; EP 22 — donativos a F.: 1C 55 78; 2C 215; LM 8,8.10; 9,5; 14,4; LP 69; F. pide l. para San Damián: LM 2,7; para sí mismo: 2C 14; Lm 1,9; TC 10; como un mendigo: LM 2,6 — donativos de F.: antes de la conversión*: 2C 8 9 11; LM 1 5-6; 2,1; TC 8-9 11; después de la conversión: 1C 76 79; 2C 73 86 90 92 132 175; LM 7,13; 8,5; Lm 3,7; TC 43-44; AP 11 14 22 27 28; LP 82 93 97 115; «es una restitución»: 2C 87 92; LM 8,5; cf. *Manto* — cómo y cuándo tienen que pedirla los hermanos*: 2C 61 75; LM 1,1; LP 52 98; EP 19 25; vergüenza de pedirla: LP 51; EP 18.
Cf. *Mendicación, Pobreza, Providencia.*

Locura: la sabiduría* del mundo* es l.: LM 6,1; 9,1 — F. pasa por loco: 1C 11; 2C 30; LM 2,2; 11,3; Lm 1,6; TC 4 17 21 23 34 35; AP 9 46; LP 18; Flor 2 30; los hermanos* pasan por locos: AP 16 17 20 — la autoridad* mal ejercida es espada en manos de un loco: 2C 153; EP 49 — encuentro de un loco: TC 42; AP 26.
Cf. *Idiota, Simplicidad.*

Lugar: sentido de la palabra: LM 6,10 n.20 — primitivos de los hermanos*: TC 59-60; AP 41; LP 58; EP 10; de madera y barro: LP 106; EP 5 11; pobres: 2C 56; AP 14 44; LP 106; EP 5 71; solitarios para la oración* de F.: 2C 94 194; LM 1,5; LP 103; l. santo de la Porciúncula: 1C 106; 2C 19; LM 2,8; 4,10; 7,4; 10,5; TC 55-57; LP 56 106; EP 8 11 55 83; Flor 10 — estancia de F. en San Damián: LM 2,2; Lm 1,6; TC 16; AP 7; LP 83; EP 100; en Rivo Torto: TC 55; AP 14; LP 50 92 97; EP 24 27 36; en la Porciúncula: LM 2,8; 3,1; Lm 2,1; LP 60 63 107 110; EP 56 82 99; Ll 4; en Roma: LP 119; EP 43; en Rieti: LP 67; EP 104; Flor 19; en Gubbio: Flor 21; en Greccio: LP 119; EP 98; en Siena: 2C 103; EP 53; en la isla del lago Trasimeno: Flor 7 — instalación prohibida a los hermanos en ciertas diócesis: AP 44; luego autorizada: AP 45 — decoroso para el cuerpo* y palabras* del Señor: 2C 201; LP 108; EP 65.

Lujo: amado por el joven F.: LM 1,2; desaconsejado para las casas* de los hermanos*: 2C 60 64; LM 7,2; los hermanos no condenen a quienes usen vestidos* de l.: TC 58; AP 38; cf. *Dinero, Riqueza.*

Luz: de Dios* ilumina a F.: 2C 27 54; LM 4,2; 10,4; TC 17 — F. es la l. del mundo*; 1C 111; 2C 148; EP 43; sendero de la l. y de la paz*: LM pról. 1; EP 53 — del buen ejemplo* de los hermanos*: 2C 155-56; que son enviados como l. del mundo: EP 51; e invadidos por la l. divina: 1C 47 — predicadores, l. del mundo: 2C 163 — Clara*, l. de la Iglesia*: LP 6; EP 123 — no apagar los cirios: 2C 165.
Cf. *Fuego.*

Llagas: cf. *Estigmas.*

Madre: m. de F.: 1C 1 13; 2C 3; LM 2,3; TC 2 3 9; Elías, elegido como m. de F.: 1C 98 — F., m. de una gran familia*: 2C 16-17 137 180; EP 87; gallina negra: 2C 24; el hermano Pacífico le llama m.: 2C 137; F. m. de los pecadores: LM 8,1-2; y de todos los afligidos: Lm 3,7 — la Orden*, m. de los hermanos*: 2C 191 — la m. de cada uno, lo es de todos: 2C 191; EP 38; la m. de dos hermanos: 2C 91; LP 93; EP 38 — parábola* de la m. estéril: 2C 164; LM 8,2; LP 103; EP 72.

Maldición: de F. por su padre*: TC 23; AP 9 — de los malos hermanos* por F.: 2C 156-57 188; LP 59 106; EP 70 87; fórmula: «de vosotros... y de mí...»: 2C 156; LM 8,3; de las criaturas*: 1C 76; la cerda: 2C 111; LM 8,6.
Cf. *Castigo, Desprecio, Juicio.*

Manto: dado a F. por el obispo*: LM 2,4; moneda de cambio: 1C 79; dado a los pobres: 1C 76; 2C 86 88-89 92 132; LM 8,5; TC 44; AP 28; LP 82 89 91; EP 29-33 36 63; le sirve de celda* a F.: 2C 94; cf. *Vestido.*

María, Madre de Dios: devoción* de F. por la que nos ha dado a Cristo*: 1C 21; LM 2,8; 3,1; LP 118; ha hecho a Dios* hermano nuestro: 2C 198; LM 9,3; predica sus alabanzas*: 1C 24 — pobreza* de M.: 2C 83 85 200; LM 3,10; 7,1; 8,5; TC 15; LP 51; patrona de los pobres: 2C 198; LM 9,3; cf. LP 93; y de los hermanos* menores*: LM 4,5 — su iglesia preferida: 2C 19; LM 2,8; TC 56; LP 56; EP 55 83; cf. *Iglesias* — despojo* del altar de la Virgen por caridad*: 2C 67; LM 7,4; aceite de su lámpara: LM 4,8; Lm 2,7.

Martirio: deseado: 1C 55-57; 2C 30 152; LM 9,5-6.9; 13,2; Lm 3,9; 5,7; Flor 24; y obediencia*: EP 48; la obra más meritoria: LM 9,6; reemplazado por sufrimientos* y estigmas*: 1C 107; LM 9,9; LP 120; cf. *Protomártires, Testimonio.*

Mendicación: a imitación* de Cristo*: 2C 74; LM 7,9; LP 51; EP 18; elogios*: 2C 78; TC 35; LP 51 96; EP 18 22; uno de

los fines de la Orden*: LM 7,8; voluntaria honra a Dios*: 2C 73 — F. mendiga: 1C 76; Flor 13 n.5; en Asís: 2C 13 74; LM 2,7; Lm 1,9; TC 21 24; LP 51; EP 18; en Roma: TC 10; en Orte: 1C 34; en un pueblo: Flor 13; entre sus hermanos*: 2C 61; LM 7,9; LP 74; invita a los caballeros* a pedir: 2C 77; LM 7,10; LP 97; EP 22 — los primeros hermanos: 1C 42; TC 38 55 — la manera de pedir: 2C 75-76; LM 7,8; LP 96 98; sin vergüenza: 2C 71 175; LM 2,7; con confianza*: LP 96; EP 18; preferir la m. a las limosnas* espontáneas: 2C 72-73 81; LM 7,7-8; hermano mosca*: 2C 75; LP 97.
Cf. *Limosna, Pobreza, Providencia.*

Menores: elección* del nombre*: 1C 38; 2C 71 148; LM 6,5; LP 101; EP 26; F. y sus hermanos* eran m.: 1C 38; 2C 18 140; retrato* del hermano m.: EP 85; cf. *Parábola del capítulo**: 2C 145; LM 6,5; LP 109; EP 64; cf. *Hermano, Humildad, Orden de Hermanos Menores, Peregrinos.*

Milagros: no constituyen la santidad*, pero la manifiestan: TC 1; relatos: 1C 150; 3C; LM mil.

Ministro general: el Espíritu* Santo, m. g. de la Orden*: 2C 193 — F., m. g.: 2C 140; Flor 18; dimisión*: 2C 143 188; LP 106; obedece al m.: LP 83 86 89; el m. g. visita a F.: LP 116 — m. g.: Pedro Cattani: LP 93; EP 4; Ll 4; Juan de Parma y San Buenaventura: Flor 48 — retrato*: 2C 184-86; EP 80; cf. *Superior;* debe ser servidor: LM 6,5; deberes especiales con la Porciúncula: 2C 193.
Cf. *Autoridad, Servicio, Superior.*

Ministro provincial: institución: AP 44; pueden recibir a la Orden*: AP 45 — retrato*: 2C 187; LP 103 — resistencia de algunos m. a F.: 2C 188; LP 16 17 108; EP 1 3 11 13 — m. de Ancona: 1C 77; Flor 27; Asís: 1C 110; Francia: LM 4,9; Provenza: 1C 48; Tierra de Labor: 2C 218; LM 14,6; un m.: 2C 62; LP 74 79 102 105.
Cf. *Autoridad, Servicio, Superior.*

Misa: cotidiana: 2C 185 201; TC 38; LP 59; EP 80 87 117; Flor 2 28 53; oída con devoción*: TC 57; AP 37; dignidad y limpieza: TC 57; LP 60 — en la Porciúncula: 1C 22; LM 3,1; 8,7; Lm 2,1; TC 25; en Greccio: 1C 85; LM 10,7; en Monte Casale: 2C 202; LM 6,7 — de difuntos: Flor 50; del ministro* general: 2C 184; EP 80.
Cf. *Comunión, Cuerpo de Cristo, Eucaristía, Sacerdotes.*

Misión: del Cristo* de San Damián a F.: 2C 10; LM 2,1; Lm 1,9; TC 13 — universal de la fraternidad: AP 3 8 13 44-45; envío de hermanos*: 1C 29-30; LM 3,7; TC 31; AP 15 18 20; LP 108; EP 65; Flor 13 n.3; mandato pontificio: 1C 33; cf. *Papa;* en ultramar: LP 108; EP 65; en el mundo* entero: LM 4,10; TC 62; al sultán*: LM 9,8 — primer fracaso de los hermanos: TC 62; AP 44; envío de la segunda m.: AP 45 — máxima obediencia*, pedir para las misiones: 2C 152; EP 48.
Cf. *Apostolado, Predicación.*

Monasterio: de San Benito: TC 55; LP 56; EP 55; de San Verecundo: 2C 81; LM 2,6; 8,6; de San Justino: 2C 101; LM 10,5; LP 76; cf. *Abad.*

Mortificación: cf. *Austeridad, Penitencia.*

Mosca: hermano m. distribuye sus bienes* entre sus parientes*: LM 7,3; LP 62; ociosos o aprovechados: 2C 75 81; LM 5,6; 7,3; LP 62 97; EP 24; dineros*: 2C 77; LM 7,10; LP 96; EP 22; distracciones: 2C 97; LM 10,6; cf. *Ociosidad, Trabajo.*

Muerte: deseada por F.: 2C 165; LM 9,7.9; AP 46; cf. *Cielo, Martirio;* anunciada: 1C 108; LM 14,2; LP 99-100; EP 121; de F.: 1C 88 110; 2C 220; Lm 1,7ss; TC 68; AP 46; EP 124; Ll 4; la cantan las alondras: LP 14; EP 113; recibida cantando: cf. *Alabanza;* conocida en visión* por el obispo* de Asís: LM 14,6 — de un hermano* con la Regla* en la mano: EP 76.
Cf. *Sepultura.*

Mujer: actitud de F. ante ellas: prudencia*: 1C 69; 2C 112 114 205-206; LM 5,5; LP 8; bondad*: 2C 38 112 n.3; 114; LM 11,6; 12,10-11; LP 69; amistad* de F. con Jacoba: 3C 37; LP 8 12; EP 107 112; Ll 4; m. convertidas por F. y los hermanos*: TC 60; AP 15 18-19; LP 74; Flor 24 — parábolas*: la m. pobre: 2C 16; LM 3,10; TC 50; AP 35; la m. estéril: 2C 164; LM 8,2; LP 103; EP 72; la *m. del* rey: 2C 113; EP 86 — apariciones: la jorobada: 2C 9; la estatua: 2C 82; las tres m.: LM 7,6.

Mundo: desprecio: de F. y de los hermanos* hacia el m.: 1C 8 15 29 37 39 41 43 56 89; 2C 15 19 60 64 65 211 214; LM 1,4.6; 3,3.5.7; 4,7; 7,1-2; 14,3; Lm 1,8; TC 8 21 45 54 73; Flor 1; crucificados para el m.: 1C 39; F., hombre* del otro m.: LM 4,5; cf. *Humildad, Pobreza* — mundanidades: 1C 43; 2C 72 94; LM 6,10; «polvo del m.»: 1C 91; LM pról. 1 — pacto entre los hermanos* menores* y el m.: 1C 35; 2C 17 70-71; Ll 2.

Murmuración: de algunos hermanos*: LP 21 82 117 120; EP 52 73; 1C 76; 2C 155 182-83; LM 8,4; TC 3 43; LP 93 — del hermano cuerpo* tratado mal: 2C 64

129; contra la enfermedad*: LP 119; EP 98.
Cf. *Error, Pecado.*

Música: cf. *Canto.*

Navidad: devoción* de F. a la n.: 2C 199-200; LP 14; EP 114; en Greccio: 1C 84-87; LM 10,7; en Asís: Flor 35; cuaresma* que precede a la fiesta: 2C 131; cf. *Jesús, Fiestas.*

Nombre: F. y sus n.: 1C 120; 2C 3; TC 2; AP 3; de la Orden* de los Hermanos* Menores*: LM 6,5; Lm 2,2; TC 55; LP 59 101; EP 10 44 — el n. de Jesús* o de Cristo*: 1C 58 82 115; 2C 199; LM 10,6.7; AP 25; en n. de la Trinidad: LM 12,10; 13,2; del Señor: 1C 69; LM 12,8.10; TC 8; EP 65; Flor 21; de la obediencia*: 1C 53 69 70; 2C 153 215; LM 12,10; 14,4; EP 49 61; Flor 3 4 26 30.

Novicio: obediencia* de F. a un n.: 2C 151; LM 6,4; LP 11; EP 46; el n. y su salterio: 2C 195; LP 103-105; EP 4; los bienes* de los n.: 2C 67; LM 7,4; cf. *Admisión, Aspirante.*

Obediencia: a los superiores*, porque ellos representan a Cristo*: 2C 151 186; 3C 46; AP 31 37; por amor* de Dios*: LM 6,4; LP 11; EP 46; obstaculizada por la ciencia*: 2C 194; menos peligrosa que el mandar: 1C 104; se ha de mandar raramente por o.: 2C 153; EP 49 — o. con humildad*: 2C 151; LM 6,4; con simplicidad*: 2C 108; TC 57; y prontitud: 1C 39; 2C 51 153; EP 47 49 110; exhortaciones* a la o.: 2C 51 152; LM 6,4; cf. *Cadáver* — de F.: a la visión* de Espoleto: 2C 6; LM 1,3; 2,1.7; a los hombres*: 1C 83; 2C 143-45 151; LM 6,4; Lm 3,4; TC 52; LP 11 86; EP 39 115; a la voluntad* de Dios: 1C 22; 2C 6 9-10 15; LM 1,3; 2,1.7; 12,2; TC 6; AP 6-8 18 37 46; LP 6; a la Iglesia* romana: 1C 62; TC 52; AP 26; al papa*: 1C 34; a su vicario*: 2C 143; AP 31 33 35; LP 11; EP 39; a la Regla*: LP 20; EP 50; a su guardián*: 2C 151; a su compañero de viaje: Lm 3,4; al novicio*: EP 46 — de las criaturas* a F.: 1C 58-61; 2C 171; LM 5,9; 8,6-11; LP 110 — ejemplos* de o.: de los primeros hermanos*: 1C 29 39 45; LM 3,7; TC 42; AP 20 24 30 36; Juan el simple: 2C 190; Silvestre: 2C 108; LM 6,9; LP 108 — ejemplos de desobediencia*: 2C 34 154 202 206; LM 6,7.11; 11,11; LP 106.
Cf. *Disponibilidad, Súbdito, Sumisión, Voto.*

Obispo: sentido de la palabra*: 2C 163 n.3 — jurisdicción: 1C 14 n.3; venerados por F.: AP 17 37; sumisión* en particular para la construcción de los conventos: LP 58; EP 10; y para el apostolado*: cf. *Predicación* — de Asís: 1C 14-15 32 108; 2C 12 50 100 220; LM 2,4; 10,5; 14,4.6; TC 10 19-21 35 47; LP 54 56 58 70-71 84 106; EP 101; de Fondi: 2C 156; de Imola: 2C 147; LM 6,8; de Marsos: 2C 86; de Narni: 1C 66 135; LM 12,9; de Osino: 1C 78; de Ostia: 1C 73; 2C 63 148 150; LM 7,7; TC 65; LP 83 86 97 108; EP 6 21 23 43 65 67 91 115; Flor 18-19; de Rieti: 2C 41 92; LP 95; de Sabina: 1C 32-33; de Terni: 2C 141; LP 10 — contrarios a los hermanos*: AP 44-45; quedarán convencidos por su santidad*: LP 20; EP 50.
Cf. *Autoridad, Jerarquía, Prelado.*

Ociosidad: enemiga del alma*: TC 41; AP 25; incita a todo vicio y pecado*: 2C 161; LM 4,6; crea turbación y vida singular: 2C 162; e inconstancia en las pruebas: 2C 157; y en el ejercicio de la virtud: EP 70; engendra murmuración* en los hermanos*: LP 21; EP 52 — en la Porciúncula: LP 107; EP 82; en los eremitorios*: 2C 179 — F. llama al ocioso hijo de Lucifer: 2C 162; hermano mosca*: LM 5,6; que se alimenta del sudor de los pobres: 2C 162; son indignos de llevar túnica*: 2C 162; el ocioso no podía comparecer ante F.: 2C 161.
Cf. *Mosca, Trabajo.*

Oficio divino: y F.: 2C 96; LP 119; EP 95-95; en los principios de la Orden*: 1C 45; 2C 91; LM 4,3; LP 93; EP 38; Flor 9 26; de noche: 2C 168; LM 8,10; durante el viaje: LM 8,9; TC 38 59; LP 120; Ll 1; completas: LP 65; maitines: Ll 2; episodio de la oveja*: LM 8,7 — comida* en que el alma* se alimenta de Dios*: 2C 96; recitado con dignidad: 2C 96; LM 10,6; TC 57; LP 56 120.
Cf. *Alabanza, Oración, Salmos.*

Ojos: enfermedad* de o. de F.: 1C 105 n.1; 2C 34 64 93 126; LM 5,8; Lm 3,3; 5,1; 7,4; TC 14; LP 5 12 58 66 68 78 79 83 86 89 90 n.4; EP 10 33 104 110; Flor 3 n.1; 19 n.1; cauterización: 1C 101; 2C 166 215; 3C 14; LM 5,9; Lm 5,1; LP 86; EP 115 — mirada interior: LM 5,8; Lm 3,2; cf. *Pureza* — el hombre vale lo que vale a los o. de Dios*: LM 6,1.

Oración: es una gracia* que hay que pedir: LM 10,1; una participación en la vida de los ángeles*: LM 9,3; 10,1; 12,1; cf. 13,1; un apoyo en la acción*: LM 10,1; un encuentro con Cristo*: TC 8; es uno de los fines de la Orden*: TC 55; es un tesoro* precioso: 2C 125 163; convierte

a los pecadores más que la predicación*: 2C 164; LP 112; EP 72 — su necesidad: preferible a la pura ciencia*: LP 103; complementaria del trabajo* y de la predicación: 1C 71; 2C 163-64 185; LM 3,7; 4,4; 8,1; 11,1; 13,1; LP 82 103; facilitada por una vida equilibrada: 2C 129; LP 120; debe a veces ceder el paso a la caridad*: LP *86; cf. LP 56;* su *eficacia:* 2C 164; LM 8,2; 10,5.7; LP 82 — la o. de F. nace del amor* de Cristo: 2C 177; o. personificada: 2C 95; cf. LM 10,1; Lm 4,1; cómo orar: 1C 45; 2C 94-95; con temor*: 1C 26; humildad*: 1C 71; y dignidad: LP 120; EP 94; especialmente en caso de tristeza*: 2C 125 158; su o. en situaciones diversas: en la conversión*: 2C *9; LM* 1,4-5; Lm 1,3; TC 8 10 12-13; para conocer la voluntad* de Dios: 2C 16; TC 27; AP 10; ante el crucifijo* de San Damián: 2C 10; LM 2,1; Lm 1,5-6; TC 16; para ser liberado de las manos de su padre*: LM 2,1; TC 17; a la vista de una iglesia* o cruz*: 1C 45; LM 4,3; en la soledad*: 1C 6 10 50; 2C 10 33 44 bis 45 94 99-100 116 122-23 194; LM 1,4-5; 2,2; 7,12; 9,2; 10,3.5; 13,1; Lm 1,6; 2,3; 4,2; AP 18; LP 54 56-58 65 73 117 119; por la noche: 1C 71; LM 4,4; Lm 2,6; Flor 17; sobre la pasión*: TC 14; para obtener la pobreza*: SC 7 57; y la aprobación de la Regla*: LM 3,10; antes de emprender una misión*: LP 112; EP 65 71; para obtener dos gracias* antes de morir: Ll 3; en la duda de si dedicarse a la soledad o a la predicación*: LM 12,2 n.4; Lm 2,5; Flor 16 n.1; eficacia de su o.: 2C 32 101; LM 7,12; LP 76; Flor 2 6-7 26; distracciones: 2C 97; LM 5,2; 10,3.6; TC 55; malas consecuencias de las charlatanerías: 2C 160; LP 107; protegerla con el silencio*: 2C 94 160; éxtasis*: 2C 98 127 167; LM 8,8; 10,2.4; Lm 2,3; 4,1; TC 15; LP 86; EP 93 115; Flor 15; estigmatización en el curso de la o.: LM 13,3; TC 69; experiencia de la suavidad de Dios*: 1C 92 — se dirige: al Padre: 1C 6; al Espíritu* Santo: LM 12,7; a Cristo: 2C 123 156 207 213; al Padre, juez, amigo y esposo: 2C 95; LM 10,4; Lm 4,2; a la Virgen: 2C 198; LM 3,1; a San Pedro: 1C 34; LM 1,6; TC 52 — modalidades: alabanza*: 1C 40 85 105; 2C 178; TC 33; cf. *Canto;* acción de gracias: 1C 28 40; 2C 175; petición de gracias: 1C 7 30 35 92; 2C 16 159; LM 1,5; 3,10; 4,2.11; 5,11; 9,7; 12,1; 13,2; LP 16 63 83 101 104 106 118; EP 65; Flor 37; antes de los milagros*: 1C 65 68-70; 2C 36 46 68 166; LM 4,8; 5,9; 7,5.12; 12,10; LP 86; por sus hijos: 1C 104; 2C 33 34 156 174; LM 3,7; 11,11; LP 112; por el hermano que le ha injuriado: LP 11 — fórmulas: cf. *Oficio divino:* cántico de las criaturas; laudes: LP 107; alabanzas de Dios: 2C 49; «Te adoramos»: 1C 45; LM 4,3; «Padrenuestro»: 1C 45 47; 2C 124 160; LM 4,3; LP 55 107; EP 106; Flor 43; saludo* a la Virgen: 2C 198; saludo a las virtudes: 2C 189; «¡Dios mío, Dios mío!»: Flor 2; «*¿Quién eres tú y quién soy yo?*»: Ll 3; «Piedad de mí, pecador»: 1C 26; ejemplos de diálogos con Dios: 2C 6 143 158-59 209 213; LM 1,3; 4,11; 8,3; LP 63 83 112; EP 99; Flor 19 — F. enseña a hacer o. a los hermanos: 1C 45; LM 4,3.10; o. de los hermanos: 2C 178; LM 3,4; 4,4; TC 39 46; AP 24-25; ante las iglesias y crucifijos: AP 19 — pedida a F. por el papa*: 2C *16; LM* 3,9; *TC 49; por* Hugolino: 1C 75; por un abad*: 2C 101; LM 10,5; LP 76; por Pacífico: 2C 123; por un hermano: 2C 118; por una señora: 2C 38; LM 11,6; por Monco: LM 4,8; Lm 2,7 — de las clarisas*: 1C 20; de Gil: 1C 25; LM 3,4; de Juan: Flor 49 — un pecador puede orar: 2C 144; LM 6,3. Cf. *Devoción, Fervor, Oficio divino.*

Orden de los Hermanos Menores: familia* de Dios*: AP 18 31; de Cristo*: 2C 158; LP 50 56 112; EP 55 81; fundamentos inconmovibles: 2C 158; es la pequeña familia pedida por Cristo al Padre: LP 101; EP 26; su nombre: cf. *Nombre;* novedad en la Iglesia*: AP 16 19 44; fundada sobre la humildad* y pobreza* de Cristo: LM 7,9; LP 9; EP 44; sus orígenes: LP 92; EP 27 36 44; Flor 4 5 9 14 41; comienza en la Porciúncula: LM 2,8; todos son admitidos a la penitencia*: LM 4,6; abierta a simples y letrados: 2C 193; a sacerdotes* y laicos*: LM 3,5 n.12; guiada por el ministro* general: EP 80; y el cardenal* protector: LM 6,5; crecimiento: 1C 27 n.2; AP 24 31 41; dividida en provincias*: TC 62; AP 44; promesas de Dios a la O.: Ll 2; abusos y desvíos: LP 106; EP 71.
Cf. *Familia, Hermano, Menores.*

Orgullo: 1C 95; 2C 82 123 132; LM 6,9-11; LP 20 65 74-75 81 103; EP 63; cf. *Arrogancia, Soberbia, Vanidad.*

Oveja: hermano León: Flor 8; Ll 3; animales*: 1C 77-78; LM 8,7; 9,8; cf. *Criaturas.*

Paciencia: en las pruebas: 1C 11 12 29; 2C 4 216; LM 3,7; 14,5; TC 18 23 36; LP 53 111 117 120; en la enfermedad*: 1C 102 107; 2C 175 212 213; LM 14,2; Lm 7,2; LP 111; EP 16 42 90 97; Flor 25; hacia los débiles: 2C 177 — de los hermanos*: 1C 39 42 102; TC 40; AP 23; SC 66; de las clarisas*: 1C *20.*
Cf. *Paz.*

Padre: Dios: cf. *Dios** P. — F. reconoce a Dios por p.: 2C 12; LM 2,4; TC 20; LP 100; EP 122; cf. TC 23 — p. de F.: Pedro Bernardone: 2C 31; LM 18,2; TC 2; AP 3; busca a su hijo en San Damián: LM 2,2; TC 16; AP 8; lo persigue: 1C 12-14; 2C 12; LM 2,2; lo golpea: Lm 1,7; viaja a Francia: LM 1,2; TC 2; reprocha a la madre*: LM 2,3; deja de serlo para F.: LM 2,4; TC 19-20; maldice a F.: TC 23; AP 8-9 — F. es p. de una gran familia*: 2C 192; AP 2 39; p. para sus hermanos*: 1C 111; 2C 42; Bernardo, el primer hijo: LM 3,3; y después, los demás hermanos: LM 3,4.7; cf. *Madre;* F. ama a sus hijos: 2C 21-22 174; TC 59; les instruye: 1C 26; LM 4,3-4; 14,5; desea recibirles: LM 3,7; les apacigua: 2C 177; cf. *Paz;* les castiga: 2C 179; F. p. y amigo de los pobres: 1C 76 116-117 135 — el superior* debe ser un p.: 2C 177; el ministro* general, p. de los hermanos: 2C 184-85; el cardenal* protector es p. de la Orden*: TC 63-65; F. le escribe: TC 67; LP 100; el cardenal Hugolino, p. y protector de la Orden: TC 61 67; AP 43 45; el obispo *, p. y señor: LP 58; EP 10 — p. de los hermanos: honrados por Dios en la vocación* de sus hijos: LP 61; EP 57; se hacen p. de todos los hermanos: 2C 91; LP 61 93; de un postulante: 2C 40; LP 70; EP 103 — F., p. de Clara* después de Dios: LP 13; EP 108; F., p. de las señoras pobres: 1C 116-17; 2C 204 — título evitado por F.: LP 100; EP 122.

Padrenuestro: cf. *Pater noster.*

Palabra: el Señor habla a F.: AP 35; inspira sus p.: AP 8 36; y las de los hermanos*: AP 18 41; la p. del Señor ha de ser custodiada: LP 108; EP 65 — Cristo* ha enseñado por la p. y por el ejemplo*: LM 6,1; y F. enseña: 1C 41 53 151; 2C 173; LP 20 111; eficacia de la p. de F.: 1C 46 101; 2C 108 175; TC 25; cf. *Paz:* 1C 56-57.62; cf. *Predicación:* 2C 61 108 111; LM 12,7; TC 59 66; aunque extraño en el arte de la p.: 2C 102; cf. *Idiota;* p. de penitencia*: 2C 21; LM pról. 1; de pobreza* y humildad*: EP 73 — la p., anunciada por los teólogos: 2C 163; LM 8,1; veneración* por las p. consecratorias: LP 108 — asunto de las conversaciones*: Jesús*: 1C 115; 2C 199; TC 68; AP 31; contra las p. inútiles: 1C 41 96· 2C 19 155 160-61; LM 3,2; 5,6; TC 15 43; AP 27; LP 53; EP 55 65 82 — soporta las injurias*: LP 11; contra las palabras ofensivas: 1C 76; LP 114; cf. *Murmuración.*

Pan: la limosna*, p. santo: AP 4; LP 97; EP 23; de los ángeles*: Lm 7,8-9; de la Providencia*: 1C 34; 2C 44; donado en limosna por F.: LP 89 115; EP 33 66; Flor 26; bendecido por F.: 2C 217; LM 12,10-11; LP 22; EP 88; Ll 4 — la Regla* de los hermanos*, hecha con migajas de p.: 2C 209; LM 4,11.
Cf. *Comida, Comunión.*

Papa: sumisión* de la Orden*: AP 31 33 36 — primera visita de F. al p.: 1C 32-33; 2C 16-17; LM 3,8-10; TC 46 49; AP 31 34; LP 90 — Inocencio III aprueba la Regla* sin bula: LM 4,11; TC 62; AP 44; LP 101; EP 1 26; autoriza la predicación*: 1C 36 43; LM 4,1; 12,12; Lm 2,4; TC 52; discurso de F. al p.: LM 12,7; F. lo llama señor apostólico: AP 33 36; aprueba las tres Ordenes: TC 60; Honorio III y su veneración* por F.: 2C 25; aprueba la Regla con bula: LM 4,11; TC 62; AP 44-45; permite la celebración de la Navidad* en Greccio: LM 10,7; designa un cardenal* protector: 1C 100; 2C 25; TC 63 65; Gregorio IX y la canonización* de F.: 1C 122-23; 2C 220; LM 13,5; 15,6; TC 71; AP 47; LP 72; bula sobre los estigmas*: LM mil 1,2; manda erigir una iglesia* para F.: TC 72; Alejandro IV vio los estigmas: LM 13,8; Ll 4.
Cf. *Curia romana, Jerarquía, Prelado.*

Parábolas: de Cristo* para conocer el reino* de Dios*: LP 104; EP 4 — de F.: la esposa noble y bella: 1C 7; TC 7 13; el pescador: AP 15; las migas de pan*: 2C 209; LM 4,11; la gallina negra: 2C 24; TC 63; la mujer* pobre en el desierto: 2C 16-17; LM 3,10; TC 50-51; AP 35; los peces grandes y pequeños: 1C 28; TC 33; AP 15; los frutos dulces y amargos*: 1C 28; el tesoro* de la oración*: 1C 6-7; los mensajeros del rey*: 2C 11; EP 86; la mujer estéril y fecunda: 2C 164; LM 8,2; LP 103; EP 72; el hermano* simple y el hermano sabio*: 2C 191-92; el cadáver* y la obediencia*: 2C 152; EP 48; el emperador que regala un reino: LP 83; EP 100; la perfecta alegría*: Flor 8; sobre San Lorenzo: 2C 201.
Cf. *Visiones.*

Parientes: desapego de los familiares: AP 29 41; han de ser abandonados para seguir a Cristo*: LM 7,3; la madre* de cada uno lo es de todos: 2C 91; LP 93; EP 38; no han de recibir los bienes* de los hermanos: 2C 80; LM 7,3; LP 62; cf. *Familia, Hermano, Madre, Padre.*

Pasión: impresa en el corazón de F.: LM 1,5; Lm 1,4; TC 14; contemplada: 1C 71; 2C 11 85 127 172; LM 1,5; 10,4; Lm 1,4; TC 14 69; LP 78; EP 92 93; Flor 53; Ll 1 3; llorada: 2C 127; LM 10,4; AP 24; LP 78; EP 91-93; relato tomado al azar: 1C 93; LM 13,2; Ll 3; imitada: 1C 98;

LM 8,1; 13,3; TC 14; LP 77; EP 91; Ll 2; cf. *Compasión, Cruz, Estigmas.*

Pater noster: F. recita la paráfrasis del p. n.: 1C 45 n.3; oración* de los primeros compañeros*: 1C 45; LM 4,3; por los difuntos: Flor 43; en las tentaciones*: LP 55; EP 106; como penitencia*: 2C 160; LP 107; EP 82; cf. *Oficio divino, Oración.*

Paz: de Cristo*: LM 4,9; y reconciliación* en el Señor: LM 3,2; tema de predicación*: 1C 29 36 — de F.: por temperamento: 1C 83; por virtud: 1C 41 44; a causa de su pobreza*: 1C 15 39; 2C 55; LM 4,7; cf. *Alegría;* en la oración*: 1C 71; 2C 96; a pesar del sufrimiento*: 1C 93; LP 83; a pesar de los escándalos*: LM 8,3; en las injurias*: LM 2,2; en la prueba: 2C 48; contra la discordia: EP 78 — F. pacificador: 1C 23 36 42 101; 2C 4 52-53 89; LM pról. 1; 3,2; 11,6-7; TC 4 26; LP 12 69; en particular con un leproso*: Flor 25; con el clero: 2C 146; EP 54; el hermano Pacífico: 2C 106; LM 4,9; los hermanos tentados: 1C 46 50; 2C 44 bis 110 124; LP 55; en Arezzo: 2C 108; LM 6,9; LP 108; Asís: LP 84; EP 101; Damieta: LM 11,3; Gubbio: Flor 21; Perusa: 2C 37; LP 75; Siena: Flor 11 — p. de la Orden* bajo la salvaguardia de la Iglesia*: 2C 23-24; EP 78; una de las misiones* de la Orden: anunciar la p.: 1C 24 29; 2C 59; LM 3,7; TC 39 58; AP 19 — mansedumbre entre los hermanos: TC 58; AP 38; y unidad: 2C 23; y pobreza*: TC 35; AP 17; EP 84 — saludo* y deseo*: 1C 23 135; LM pról. 1; 3,2.7; TC 26 58; AP 38; LP 101; EP 26; Flor 4; p. y felicidad: TC 26; deber del ministro* general: pacificar: 2C 185; deber de los hermanos: p. con los clérigos*: 2C 146; LP 58.
Cf. *Concordia, Perdón, Reconciliación.*

Pecado: F. tiene conciencia de su p.: 1C 6 26; 2C 140; LM 6,1.6; 10,4; TC 12; sus escrúpulos: 2C 131; LM 10,6; TC 14; sus p. de juventud: 1C 5-6; LM 1,1; por ignorancia o imprudencia: LP 117; EP 67; recibe la seguridad del perdón*: 2C 120; LM 3,6; Lm 2,3; LP 117; contra el pobre es contra Cristo*: LP 114; EP 37; de excesiva penitencia*: 2C 22 210; de ingratitud*: LM 9,5; LP 95 — expiarlos por la penitencia: LM 3,7; llorarlos pero en la celda*: 2C 128; LP 97; cf. *Lágrimas* — el pecador puede ayunar, orar y llorar: LM 6,3; convertido con la oración*: 2C 164; si ama la Orden*, obtendrá misericordia: EP 79 — convertir a los pecadores: LM 8,3; 10,4; 12,8; cf. *Ejemplo, Oración, Predicación;* — p. simbolizado por la lepra: LM 4,11.
Cf. *Defecto, Demonio, Error, Tentación.*

Penitencia: para obedecer al Evangelio*: LM 3,3; e imitar a Cristo*: LP 77; cf. *Cruz;* es el camino del cielo*: LM 4,6 — sinónimo de vida religiosa: LM 3,3; TC 39 60; AP 38 41; LP 74 86; inútil, si es en desprecio* de la vida común: 2C 32; los penitentes de Asís: TC 37; AP 19 — F. modelo de p.: 1C 42; LM 15,1; AP 8-9 46; cilicio*: LM 2,4; hábito* tosco: 1C 22; cuaresma*: 2C 169; ceniza: 1C 51; TC 15; látigo: 2C 116; comida* con los leprosos*: LP 64; da todo para privarse: LM 8,5; humillaciones: 1C 53; LM 6,1; Flor 3 — predicar la p.: 1C 29 36 52 56; LM pról. 1-2; 3,1.7.10; 8,11; TC 25 33-34 36 45; AP 15 18 29; LP 60 83 115; la tau*, signo de p.: LM 4,9; un ejemplo de predicación de la p.: Flor 30 — de los primeros hermanos*: 1C 39-41; 2C 21; LM 4,8; TC 14 59; AP 31 34 44; LP 51; EP 18 55; excesos: 2C 116; LM 5,4; LP 53; cf. *Discreción* — que se impone a los hermanos: por palabras* ociosas: 2C 160; por haber juzgado a un pobre: 2C 85; en la Porciúncula: LP 107; EP 82; al hermano que tocó dinero*: 2C 65.
Cf. *Austeridad, Conversión, Mortificación.*

Pentecostés: capítulo* general: TC 57; AP 36; cf. *Elección, Espíritu Santo.*

Perdón: obtenido para sí por F.: 1C 25; LM 3,6; pedido por F. al hermano cuervo: 2C 210; otorgado por F. a los hermanos*: 1C 109 111; 2C 31; LM 11,8; LP 65; EP 60; estrofa añadida al cántico*: LP 84; EP 101; de los primeros hermanos: TC 41; AP 24; LP 21; EP 51-52; cf. *Concordia, Confesión, Reconciliación.*

Peregrinos: a imitación* de Cristo*: LM 7,9; nuestra condición de exilados: Lm 4,1; el cuerpo* es la tienda donde el alma* acampa: Lm 7,3; característica de la Orden*: LP 9 58 106; EP 5 10; Flor 5; verdaderos hebreos: 3C 1; Lm 4,4; 7,9; p. y extranjeros: TC 59; AP 29 40; el código del p.: 2C 59; LM 7,2; el deseo* de la patria: 2C 60 94 165; LM 5,2 — F. en peregrinación a Roma: LM 1,6; se hace el mendigo: 2C 61; LM 7,9; LP 74; EP 20; cede el lugar* y se va: 1C 44 — inestabilidad de Lúcido: EP 85; Bernardo deja Bolonia: Flor 5; p. de San Luis: Flor 34.
Cf. *Menores, Providencia, Viajes.*

Persecución: F. es perseguido por su padre*: 1C 10; 2C 12; LM 2,2; TC 16; AP 8-9; p. y perfecta alegría*: Flor 8; de los primeros hermanos*: 1C 40; TC 35 36; AP 17 18 23 24 26; del mundo*: SC 36; cf. *Afrentas, Desprecio, Injuria.*

Piedad: de F. por toda desgracia: 2C 30 46; LM 1,1; 12,11; Lm 1,2; LP 53 61 69 84 89 95 108; para sí mismo: 2C 213; LP

83; de los hermanos* para F. enfermo*: LP 75 — mal entendida: 2C 67 — devoción*: cf. *Oración;* afecto: cf. *Amor;* lástima: cf. *Compasión.*

Plegaria: cf. *Oración.*

Pobres católicos: 1C 33 n.3.

Pobreza: como gracia*: TC 39; AP 21; razón de la p. en F.: 1C 76 n.5; F. desposado con la p.: 2C 55 82 n.1; LM 7,1 n.1; Lm 3,5; SC; su fidelidad hasta la muerte*: 2C 215-16 —p. voluntaria: LM 7,6; TC 39; AP 11 14 21; acompañada de trabajo*: LM 4,3; y de mendicación; cf. *Mendicación;* por amor* de Cristo*: 2C 74 84; LM 11,14; TC 22; AP 13 22 47; por imitación* de Cristo pobre: 1C 86; 2C 17 55-56 85 105 200; LM 7,1; 12,1; Lm 3,5; AP 8; LP 8 97 114; y de los apóstoles*: 1C 22; LM 3,1.3; 7,2; alianza con ella: 1C 35; SC 13; tal es el fundamento de la Orden*: LP 9 56 106; la primera piedra de la Orden: LM 7,2; novedad de la Orden: LP 101; EP 26; forma de la santa p.: LM 4,3; única posesión* bajo el cielo*: LP 9; EP 44 — recompensa de la p.: subsistencia: 2C 70; LM 4,1; 7,13; Lm 5,7; LP 115; EP 13; alegría*: 1C 35 44; TC 33 39 45; AP 11 15 29-20; porque todo es don: LM 7,10; Flor 13; el cielo*: la dote de señora p.: 2C 70 72 200; LM 3,10; Lm 3,5; LP 7; cf. *Reino* — algunas aplicaciones: construcciones: 2C 57 60; LP 58 106; EP 5 10 11; evitar la instalación: 1C 35; EP 6-8; cf. *Peregrinos;* libros*: 2C 62; cf. *Ciencia;* mobiliario y alimento: 1C 61; 2C 63 64; LM 5,1 n.6; 7,1.9; LP 74; EP 5 20; vestido*: 2C 8; LM 14,4; LP 8; cf. *Túnica;* ornamentos del altar: LM 7,4; y todo lo superfluo: TC 25; en la Porciúncula: 2C 18; LP 56; EP 55; en Rivo Torto: TC 55; p. espiritual: 2C 99; LM 7,8; Lm 3,5; e intelectual: LP 103; cf. *Humildad, Idiota* — los pobres representan a Cristo: 1C 76; 2C 85; LM 8,5; Lm 3,7; LP 114; EP 37; F. y los pobres: 1C 14 17 76 77 135; 2C 5 8 68 81-92 196 200; LM 1,1-2.6; 2,1; 7,5-6; 8,5; 9,8; Lm 3,7; TC 3 6 8-9 43-44 57; AP 4 28 37; LP 14 56 82 89 91-93 113-14; EP 17 29-33 37-38 — señora p.: 2C 82 84; LM 7,1.6; 14,4; LP 96; EP 17 87; esposa de Cristo: 1C 7; LM 7,1; Flor 13 — de los primeros hermanos*: 1C 39 42 78; 2C 44 63 91; LM 4,10; 5,10; 7,4.11; TC 40; LP 56 68 74 106; EP 21; de las clarisas*: 1C 29 122; AP 17 20 24 40 42; LP 13 85; p. despreciada por algunos: 2C 70.
Cf. *Austeridad, Desnudez, Despojo, Renuncia.*

Podesta: en discordia con el obispo* de Asís: LP 14 56 84; EP 101.

Posesión: Cristo*, única p.: LP 101 112; EP 26 81; p. del reino* de Dios*: LP 83; EP 100; no tenerla: TC 43; AP 27; LP 16; EP 13; ni casa* ni celda*: LP 57; EP 9; ni en privado ni en común: TC 35; AP 8 17; LP 9 16; EP 9 44; únicamente el vestido*: LP 102 105; EP 3-4; y libros* litúrgicos: TC 59; AP 40; de la Porciúncula: 2C 18; LP 56; EP 7 55; de la casa de Bolonia: EP 6; atentatoria contra el amor* y la paz*: TC 35; AP 17; cf. *Bienes, Riqueza.*

Predicación: sus resortes: amor* e imitación* de Cristo*: 2C 172; LM 12,1; 4,2; Flor 13; poder de Cristo y del Espíritu*: 2C 107; LM 12,7 — es uno de los fines de la Orden*: TC 55; y una vocación* personal: LP 108 118 (caso de conciencia: LM 12,1; Flor 16); que no dispensa ni de la oración*, ni del trabajo* manual, ni de la mendicación*: LP 103 — emprendida por mandato del papa*: 1C 33 36; LM 4,1; 12,12; TC 49 52 54 66; AP 36; con permiso de los obispos*: 2C 141 146-47; LM 6,8; TC 66; AP 45; LP 10 20; autorizada por F.: AP 36 40; para ayudar al clero: 2C 146 — su objeto: Dios-Trinidad* y Jesús* salvador: LM 9,8; lo que cree y enseña la Iglesia*: LM 4,3; el Evangelio*: 1C 69 89 97 120; LM 4,1.5; 12,8; TC 54; el reino* de Dios*: 1C 36 65; LM 3,7; 4,5; la penitencia*: 1C 22-23 29 33; 2C 17; LM pról. 1; 3,7.10; 8,11; TC 33 41 49 52; AP 8 15 18-19; LP 18; Flor 30; la fe* y la penitencia: 1C 55; LM 9,5; la paz* y la salvación*: 1C 36; LM 3,2; TC 26; la paz y el amor de Dios: TC 37; la gloria* de la cruz*; LM 3,6; los vicios del pueblo: 1C 36; LP 75; cuán amable es Dios: 1C 81; las alabanzas* de Dios y la Virgen: 1C 24; la pobreza*: LM 7,2 — sus exigencias: vivir a Cristo antes de predicar: 1C 17 36 93; LM 11,1; 12,7-8; predicar con el ejemplo*: LM 8,1.3; LP 58 112; prepararse por la oración: 2C 16 163-64; LM 3,10; 4,4 — caracteres de la p. de F.: adaptada al auditorio: 2C 107; AP 41; Ll 1; iniciada con un saludo* de paz: 1C 23; TC 26; predica con toda su persona: 1C 97; con ímpetu: 1C 62; LM 12,7; Flor 27; a pesar de la fatiga y enfermedad*: 1C 97; LM 6,2; 14,1; LP 91; sin elocuencia: 1C 36; 2C 107 164; LM 3,7; 4,3.5; LP 109; ni para hacerse valer: LP 103; la locura* de su p.: 1C 89; con seriedad: LM 3,2; y firmeza: 1C 36; LM 12,8; TC 54; con el mismo entusiasmo por una persona como por una muchedumbre: 1C 72; a todos los hombres*: TC 36; a toda criatura*: 1C 58 81; 2C 165; con humildad*: 1C 54; 2C 191-92 194-95; LM 6,2; LP 10 58 81; su eficacia: 2C

108; LM 12,8; TC 54; escenificaciones: cuerda al cuello: 1C 52; LM 6,2; LP 80; cenizas*: 2C 207; gestos: 2C 107; seguida del cántico* de las criaturas: LP 83-84 — acompañada de milagros*: LM 12,12; su eficacia espiritual: 1C 72 89 91; LM 4,6; TC 60; LP 61; a pesar de un vacío de memoria: 1C 72; LM 12,7 — lugares* en que predica: Alejandría (de Lombardía): 2C 79; Albiano: 1C 59; LM 12,4; Flor 16; Ancona: 1C 77; Arezzo: 2C 108; LP 108; Ascoli: 1C 72; Asís: San Damián: 2C 207; San Jorge: 1C 23; LM 15,5; San Rufino: 1C 52; LM 4,4; LP 80; una iglesia: Flor 30; Bevagna: 1C 58; LM 12,3; Lm 5,6; Flor 16; Bolonia: Flor 27; Celano: LM 11,4; Egipto: 1C 57; LM 9,8; LP 77; Gaeta: LM 12,6; Lm 5,4; Greccio: 1C 86; 2C 35; LM 8,11; 10,7; Lm 5,5; LP 74; Gubbio: Flor 21; Imola: 2C 147; LM 6,8; Lombardía: LM 5,12; Montefeltro: LJ 1; Perusa: 2C 37; LP 75; EP 105; Poggio Bustone: 2C 131; LP 81; Roccabrizia: LP 114; Roma: 1C 73; 2C 16 25; LM 3,10; 12,7; TC 64; San Gemini: 1C 69; cf. LM 12,10; San Severino: 2C 106; LM 4,9; Terni: 2C 141; LP 10; diversas giras de p.: 2C 84-85; LP 90 113; cf. *Apostolado, Celo, Misión* — envío de hermanos*: 1C 29; LM 3,7; TC 57-59; LP 108; prohibición a un hermano de predicar: 2C 195; EP 69; sermones de San Antonio: en Arlés: 1C 49; LM 4,10; Lm 4,4; delante del papa: Flor 39; a los peces: Flor 40.
Cf. *Palabra.*

Prelado: estarles sumisos: 2C 146; AP 37; LP 58-59; cf. *Clerigos, Iglesia;* y convertirles: LP 20 — prelatura, ocasión de caída: 2C 145; LP 104; rehusada por F.: 2C 148; EP 43 — p. hostiles a los hermanos*: TC 66; LP 108.
Cf. *Cardenales, Obispo, Papa.*

Prisión: en Perusa: 2C 4 n.4; 5; 37 n.1; LM 1,2 n.5; TC 4; en la casa* paterna: 1C 12-13; LM 2,2; TC 17-18; cf. *Castigo, Condena.*

Privilegio: no tener ninguno: LP 69; EP 50; cf. *Benevolencia, Gracia.*

Profecía: predicción del porvenir y penetración de las conciencias: 1C 26-28 47-50 100 108; 2C 4 6 13 23-24 27-54 110 124 157; LM 3,4.6; 4,4; 6,5; 11,3-13; 14,2; Lm 4,1.8-9; TC 4-5 24 36 53; LP 4 12-13 55 62 67-70 72-75 84 95 97 103 115-16; EP 101-109; Flor 2 4 11 18 22 24 26; acción* simbólica e inspirada: F. nuevo Elías: LM 4,4; Lm 2,2.6; lleno del espíritu* que anima a los profetas: LM pról. 1; 3,2; 6,2; 11,14; TC 26; AP 45; cf. *Revelaciones, Sueños, Visiones.*

Profesión: del joven F.: AP 3; del Evangelio*: EP 70; de votos*: Lm 2,5; cf. *Trabajo.*

Propiedad: cf. *Posesión.*

Protección: de la Orden* por parte de Dios*: LP 112; EP 80-81; por parte de María*: 2C 138; LM 4,5; 8,9; EP 55; por parte de la Iglesia*: 2C 24; TC 63; EP 78; cf. *Acogida, Cardenal, Hospitalidad.*

Protomártires: 3C 1 n.12; cf. *Martirio, Testimonio.*

Providencia: F. es guiado por ella: 1C 55; LM 2,8; 9,5; Lm 5,7; en las necesidades materiales de los hermanos*: LM 4,10; LP 68; EP 110; cf. *Abandono, Confianza, Fe.*

Provincias: su aparición en la Orden*: TC 57; AP 36; distribución de los hermanos* por las p.: TC 59; AP 40; cf. *Familia, Ministro provincial.*

Prudencia: humana y de Cristo*: LM 5,7; en las mortificaciones*: 2C 22; cf. *Discreción.*

Pureza: virtud amada por F.: LM 5,3; LJ 4; adquirida por la oración*: LM 12,1; fuente de alegría*: LP 120; definitiva en la muerte*: 2C 212; p. de corazón y de cuerpo*: 1C 71 77 83; LM 3,9; 5,8; Lm 3,2-3; p. del alma* o inocencia: 2C 212; hace semejante a los ángeles*: 1C 83; por el despojo* del hombre* viejo: LM 5,10; de ahí la obediencia* de las criaturas*: LM 5,9; y numerosos milagros*: LM 5,12; cf. *Carne;* p. de mirada interior: LM 5,8; Lm 3,3; de ahí la ciencia* y la contemplación: 2C 54 102-103; LM 11, 1-2; p. o rectitud de intención: 1C 72; LP 52; p. y relaciones fraternas: 1C 47 54; cf. *Simplicidad* — de los hermanos*, especialmente en la Porciúncula: LP 56; de Juan el simple: LP 61; de Silvestre: LP 108.
Cf. *Castidad.*

Recogimiento: de F.: 2C 94; en los viajes* como en los eremitorios*: LP 108; EP 65; cf. *Eremitorio, Silencio, Soledad.*

Reconciliación: entre los hermanos*: TC 41; AP 24; LP 21; EP 51-52; cf. *Concordia, Confesión, Perdón.*

Regla: dictada por Dios*: LM 4,11; TC 29; LP 17-18 101; EP 1 3 68; no es nueva, sino apostólica: LM 3,1 — redactada por F. en diversas formulaciones: son tres: EP 1; o más: TC 35; la primera: TC 62; AP 44; EP 1; la segunda: LM 4,11; LP 17; EP 1-2; la tercera: 2C 193; TC 51; AP 36; se suprimen algunos textos: LP 102; EP 1.3 — su aprobación: la primera, por Inocencio III oralmente: 1C

32-33; 2C 16 n.1; LM 3,9; 3,10 n.24; TC 49; AP 34 36; la bulada, por Honorio III: LM 4,11; TC 62; AP 44-45 — discutida en los capítulos*: TC 57; AP 36 — su contenido: la imitación* de Cristo*: 2C 59; el Evangelio*: 1C 32; 2C 67 208-209; LM 3,3.8; 4,11; 7,4; TC 29; AP 11 33 46; LP 102; EP 76; y su originalidad: 2C 150; LP 18; EP 43 — permite la reforma de la Iglesia* y la salvación* de los fieles: 1C 37; LP 20; promesa de observarla: LP 112; aprenderla con el corazón: LP 112; EP 76; estudiar los medios de observarla: TC 57 (cf. 1C 34; LM 4,1); no demasiado severa para los fervorosos: 2C 209; resistencia de los ministros*: LP 16-18 20 101 108; EP 1 — elogio* de la r.: 2C 208; EP 76; Flor 5 — alusiones a diversas prescripciones sobre: los libros* y el vestido*: LP 101-102 105; la alegría*: 2C 128; la manera de predicar: LM 12,12; la denominación de la Orden*: 1C 38; LP 101; la admisión* de los iletrados: 2C 193; los enfermos*: 2C 175; el saludo* de paz*: LP 101; la pobreza* de las construcciones: LP 106; el respeto* de la eucaristía*: LP 108; EP 65; el estado de peregrinos: LP 9; reorganiza los capítulos: AP 44 — han de llevarla siempre consigo: 2C 208; AP 45; EP 76; la lleva un hermano* martirizado: 2C 208; EP 77.
Cf. *Escritos, Ideal, Testamento.*

Reino: prometido a los que se parecen al Rey*: LM 3,10 (las armas del gran Rey: LM 15,3); cf. *Imitación;* tesoro* escondido: 1C 7; comprado a cambio del amor* de Dios*: LM 9,1; conquistado con grandes luchas: 1C 93; establecido sobre la tierra*: 1C 106; LP 83; no perderlo por amor del dinero*: TC 35 — asegurado a F.: 2C 213; LM 2,2; LP 83; EP 100 — tema de predicación*: 1C 36 65; LM 4,5; y de exhortación*: LM 3,7; deseo de la patria: LM 5,2; cf. *Peregrinos;* el Rey: 1C 17 86; 2C 16-17; sus herederos: 2C 73 213; LM 7,7; LP 97; EP 100; heraldo* o servidor del gran Rey: 1C 16; LM 2,4-5; Lm 1,8.
Cf. *Cielo, Gloria, Herencia, Salvación.*

Religión: nacida del Espíritu* Santo: LM 3,10; sostenida por Cristo*: LM 8,3; cf. *Familia, Orden de Hermanos* Menores**.

Renuncia: de F. a la herencia* paterna: 1C 15; 2C 12; LM 2,4; TC 20; AP 8; a todo: Lm 2,1; TC 25; al gobierno* de la Orden*: cf. *Dimisión;* a los compañeros particulares: 2C 144; EP 40 — a las posesiones: LM 7,3; TC 35 73; AP 17 — del sabio* a su ciencia*: 2C 194; del hermano Bernardo a sus bienes*: TC 29; AP 11; Flor 2.
Cf. *Desnudez, Despojo, Pobreza.*

Respeto: de F. por: el Señor que es caridad*: LP 14 90 100; el cuerpo* de Cristo*: 2C 201; LP 108; EP 65; Navidad*: LP 14; el Evangelio*: 1C 92; las reliquias: 2C 202; todo escrito*: 1C 82; los ángeles*: LM 2,8; la oración* y el Oficio* divino: 2C 96; LM 10,6; TC 57; AP 21; LP 120 — de F. hacia: el papa*: TC 52; AP 31 33 36; los prelados*: 1C 75; 2C 8; LM 6,10; AP 37 40; LP 20 94; EP 50; cf. *Iglesia;* los sacerdotes*: 1C 46; 2C 201; LM 1,6; 2,1; TC 57 59; los hermanos*: LP 51; su guardián*: TC 57; el hermano Pedro: LP 11; la Porciúncula: 1C 106; LP 56; los pobres: TC 57; AP 4 37; los ricos: TC 58; AP 37-38; el fuego: 2C 165; LP 86; las piedras: 2C 165; LP 88; la muerte*: LP 100 — a F. por parte de: los cardenales*: LP 66; los convidados: 2C 73 77; LP 97; las muchedumbres: LP 75; — de los hermanos*, los unos a los otros: TC 42; de los pájaros por la palabra* de Dios: 1C 58.
Cf. *Amor, Sumisión, Veneración.*

Restauración: de San Damián: 1C 18; 2C 10-14 204; LM 2,1.7; LM 1,9; TC 13.16.24; AP 7 12; Flor 2 n.8; de San Pedro: 1C 21 n.2; LM 2,7; Flor 2 n.8; de la Porciúncula: 1C 44; LM 2,8; AP 14; LP 56; EP 7; Flor 2 n.8; fecha de la r.: LM 2,8 n.10.
Cf. *Iglesias.*

Restitución: todo bien* al Padre: 1C 14-15; LM 2,4; TC 19; AP 8 — dar a los más pobres es r. de lo que se les debe: 2C 87 92; LM 8,5; Lm 3,7; EP 30.

Retrato: físico y moral de F.: 1C 83 120; LM 12,12; 15,1; Lm 3,1; TC 51; AP 36; EP 87; Flor 10 13; del ministro* general: 2C 184-86; EP 80; del hermano* menor*: EP 85; de las fraternidades primitivas: 1C 38-39 42; 2C 155; TC 41 45; LP 106; EP 51; Flor 12 31; cf. *Ejemplo, Ideal, Imitación.*

Revelaciones: F. se beneficia de ellas en cuanto a: la Regla*: LM 4,11; 7,3; TC 29; LP 52 101 106; la fórmula de saludo*: LM 3,2; TC 26; LP 101; la fundación de conventos: Flor 4; su vuelta a Europa: LM 9,9; Lm 3,9; Flor 24; las astucias del demonio*: 2C 116; LM 5,4; Lm 4,6; Flor 25 27; el nombre* de hermanos* menores*: LP 101; la promesa de vida eterna: 2C 213; LP 83; Flor 9 19; su misión* sobre la tierra*: LM 4,2; TC 13 50; el porvenir de la Orden*: Lm 2,3; el amor* de María* por la Porciúncula: LP 56; el sufrimiento* a soportar: 1C 93; las faltas de los hermanos: LP 21; o su vida santa: Flor 6 27 31; algunos secretos: LM 10,4; Lm 6,4; Flor 6 38; Ll 3; la hora de su muerte*: 1C 108; LM

14,2; Lm 7,3; Ll 4; cf. *Oración, Plegaria* — alegran a F.: 1C 33; no le impiden pedir consejo: LM 12,1-2; 13,4; las da a conocer a los hermanos: 1C 30; Flor 13; pero con discreción*: LM 10,4; 13,4-5; Lm 4,3—r. a Jácoba: 3C 37-38; LP 8; Ll 4.
Cf. *Profecía, Sueños, Visiones.*

Rey: la pobreza* hace r.: 2C 72; LM 7,7; son r. los que sirven a Dios*: LP 61; EP 55 — F. es su heraldo*: 1C 16; LM 2,5; Lm 1,8 — parábola* de la esposa pobre del r.: TC 50; AP 35; y de dos mensajeros a la reina: 2C 113; EP 86.
Cf. *Cristo.*

Riqueza: de la gracia*: LM 6,5; 14,6; del cielo*: 1C 14 — la pobreza*, r. de F.: 2C 55 72 84; LM 7,1.6; Lm 1,9; LP 6; EP 123; Flor 13; abandonadas por F. y Bernardo: 1C 9; TC 29; AP 11; Flor 2; la r. del hermano* menor* es Cristo*: LP 101; estorbo a la caridad*: AP 17; fuente de penas y amarguras: AP 15 — ofrecida a quien da limosna*: 2C 196; los ricos, recibidos y exhortados al bien*: TC 45 57; AP 37-38; solicitados para otros pobres: 1C 76; correspondidos: TC 58.
Cf. *Dinero, Posesión, Tesoro.*

Robo: despojar a un hermano* de su reputación: 2C 182; cf. *Murmuración;* pedir más limosna* de la necesaria: LP 15; EP 12; guardar para sí lo que otro necesita: 2C 81 87; LM 7,3; 8,5; EP 30; conservar limosnas superfluas: LP 85; EP 12 19.
Cf. *Despojo, Ladrón.*

Sabiduría: divina desvelada a F.: 2C 26; LM 10,4: hermana de la simplicidad*: 2C 189; s. de un pobre: LM 6,9; 11,3; AP 18 39; filosofía o espiritualidad: 1C 35 91; 2C 145; LM 12,2; cf. *Ciencia;* s. de Bernardo: Flor 28; s. de la pobreza*, alabada por F.: 2C 56 — del mundo, contraria a la pobreza: SC 6.
Cf. *Ciencia, Estudios, Teología.*

Sabios: su admisión*: 1C 31 57; TC 36 73; AP 18 47; LP 51; EP 18; sus deberes de humildad* y simplicidad*: 2C 74 185 189 191 192; EP 51; sacan provecho de los hermanos* simples: 2C 191; resistencia de algunos: LP 18; venerados por F.: 2C 163 172; LP 103; San Antonio: 1C 48; LM 4,10; Flor 39; Elías: Flor 38; cf. *Escritura, Predicación;* consultados por F.: 1C 91; LM 12,2 — consultan a F.: 2C 103 104; LM 11,7; admiran sus discursos: 1C 36; LM 11,2; TC 54; y su Regla*: Flor 5; veneración* de los s. de París por F.: 1C 120.
Cf. *Doctor, Sabiduría.*

Sacerdotes: venerarlos: 1C 62; 2C 8 146 201; LM 4,3; TC 8 16 57 59; AP 37 40; y ayudarles: LP 58; EP 10 87; cf. *Clérigos, Iglesia, Cuerpo de Cristo;* el s. de la Porciúncula: 1C 22; de San Damián: 1C 9; 2C 14; LM 2,1; TC 13 21-25; AP 7; de Rieti: LP 67; el confesor de los hermanos*: 1C 46; los hermanos s.: Silvestre: Lm 2,8; TC 30; AP 12 13; parábola* sobre San Lorenzo: 2C 201 — pedir hospitalidad preferentemente a los s.: TC 59; AP 40.
Cf. *Clerigos, Jerarquía.*

Sagrada Escritura: leída o escuchada: 2C 102 n.1; LM 11,1; conocida por el corazón: 2C 105; LP 79; citada: 1C 96; 2C 112; cf. *Salmos;* estudio*: LM 11,1 n.2; comprendida: 2C 102; LM 11,1.2; interpretada: 2C 103-104 164-65; LM 7,9; 8,2; LP 103; con simplicidad*: 2C 189; influye sobre el comportamiento de F.: 1C 98; 2C 12; LM 5,1; incluso para con los animales*: 1C 77; LM 8,6 — los riesgos de su estudio*: 2C 195; LP 103; los beneficios de su estudio humilde: 2C 102; cf. *Clerigos, Ciencia* — conocimiento de las e. por el hermano Antonio: 1C 48; por el hermano Felipe: 1C 25; entusiasmo de un impostor: 2C 28.
Cf. *Evangelio, Lectura, Palabra, Salmos.*

Salmos: cantados o aludidos por F.: *9:* 2C 70; *21:* 1C 80; *50:* 2C 125 207; *58:* 2C 70; *60:* 2C 165; LP 88; EP 118; *118;* 1C 96; EP 81; *137:* 2C 197; *141:* 1C 109; 2C 217; LM 14,5 — recitados en fraternidad: 2C 197; con atención y dignidad: LM 10,6; cf. *Oficio divino, Plegaria* — los primeros hermanos tenían algunos salterios: LP 93; y a veces les faltaban: Flor 9; el novicio* y su salterio: 2C 195; LP 103-105; EP 4.
Cf. *Lectura. Palabra, Sagrada Escritura.*

Saludo: «el Señor os dé la paz»: 1C 23; de F.: la paz*: 1C 135; TC 26; LP 101; EP 26 45; el hermano* que quería cambiarlo: LP 101; EP 26 — al cardenal* Hugolino: 1C 100; a F. de dama Pobreza*: 2C 93; LM 7,6; a las virtudes: 2C 189; a la Virgen: 2C 198.
Cf. *Abrazo, Beso.*

Salvación: la Orden* para la s. de las almas*: 1C 71; 2C 24 155 172 174; LM 8,2.3.4; 9,8; 13,1; AP 3 18; LP 83; EP 100; deseada por F. como por Cristo*: LM 9,3.4; 12,1; 14,1; cf. *Predicación;* la Regla*, medio de s.: 1C 37; 2C 32 71 200 208; LP 102 103 — F. y la s. de su alma: TC 6; LP 83; Flor 9 — las almas, salvadas por los hermanos*: 1C 27; 2C 70 146; AP 54 65; LP 108; Ll 2; por la oración* de los hermanos simples: 2C 163-64; LP 103; EP 72.
Cf. *Cielo, Gloria, Reino.*

Santidad: de F., reconocida por Santo Domingo: EP 43; por el pueblo: 2C 131 133; LP 9 10 45 80; EP 61 66; reconocida en la canonización* de F.: 1C 126; 3C 1; LM 15,8; TC 72 — F. llama santos: a Juan el simple: LP 61; EP 57; y al hermano Rufino: Flor 29 31.
Cf. *Bienaventurados, Salvación.*

Secretario: de F. en sus escritos*: LM 4,9 n.19; LP 106; EP 11.

Seguimiento: del Señor: 2C 15; de su humildad*: EP 43; de su pobreza*: 1C 24; LM 3,3; TC 73; en la cruz*: LM 1,5; 3,3; Flor 2; de Cristo* pobre y desnudo por parte de los hermanos*: 2C 148 — de la vida de F.: LM 4,4; Flor 1 16.
Cf. *Discípulo, Ejemplo, Imitación.*

Señoras Pobres: cf. *Clarisas.*

Sepultura: de F. en San Jorge: 1C 118; 2C 220; LM 15,5; de los hermanos*: LP 56; EP 55; cf. *Cadáver, Muerte, Traslado.*

Servicio: servidor de Dios* y de Cristo*: 1C 8 9 12 14; 2C 103 118 159; LM 2,1.2; 5,1.4; 10,1; 12,1.2; 13,1; Lm 1,1; 4,1; 6,1; TC 19; AP 46; LP 67 83 96 116 119 120; EP 74 100; Flor 37; F., servidor de todos: AP 37; exhortación* a las criaturas* a que sirvan a Dios: 1C 81; «comencemos, hermanos»: 1C 103; LM 14,1; siervos inútiles: 1C 30; de los enfermos: Flor 4; de los leprosos*: LM 1,6; 2,6; Lm 1,8; TC 11; LP 64; Flor 25 42; de los bandidos*: LP 115; del clero: 2C 146; s. mutuo de los hermanos*: AP 25; LP 97; el superior* es servidor: LM 6,5; porque el Señor se ha hecho nuestro servidor: LP 97; cf. *Disponibilidad, Trabajo.*

Silencio: su observancia: LM 5,6; en la Porciúncula: LP 56; EP 55; los hermanos* deben guardarlo de maitines a tercia: LP 108; EP 65; especial de un hermano: LM 11,10; de un santo fingido: 2C 28; LP 116; EP 102; cf. *Clausura, Recogimiento, Soledad.*

Simplicidad: definición y elogio* por F.: 2C 189; una de las características de la Orden*: 1C 75; es una gracia*: 1C 58; Dios* se revela a los simples: 2C 191 193; LM 11,14; y por ellos convierte las almas*: 2C 164; EP 72 — diversos aspectos: escasez de conocimientos humanos: 1C 27 32 73 120; LM 11,1; cf. *Idiota, Ciencia;* ausencia de pretensiones: 2C 195; LM 8,2; 12,7; cf. *Predicación;* candor: 1C 45 78 92; Lm 3,6; cf. *Pureza*, Sabiduría;* simpleza ingenua, sin miras sobrenaturales: LM 14,2 — de F.: 1C 72 80 81 83; 2C 24 193; LM 3,6.9; 8,3; 12,1.3; TC 21 27 28 57 63; AP 8 35; LP 97; consulta a los simples: LM 12,2; las gentes sencillas de Greccio le agradan: LP 74 — los primeros hermanos*: 1C 26 27 46 47; LM 3,8; 4,4; TC 35; AP 10 19; LP 103; de Juan: 2C 190; LP 61; EP 57; de León: 1C 102; de Gil: LM 3,4; AP 15; de Silvestre: 2C 108; LM 6,9; LP 108; de Rufino: 1C 95; LM 13,8; del ministro* general: 2C 185 — unión de simples y sabios*: 2C 185 191 192; palabra del hermano simple: 2C 191; primeras desviaciones: 1C 104; EP 106 — s. de ovejas*: LM 8,7.
Cf. *Humildad, Menores.*

Soberbia: F. la aborrece: 2C 142; LM 6,11; castigada por F.: Flor 3 — origen de todos los males: LM 6,11; nace de los privilegios*: LP 20; EP 50; del hermano Elías: Flor 4 — desbaratada por la humildad* y la obediencia*: AP 26 37.
Cf. *Arrogancia, Orgullo, Vanidad.*

Soledad: amada por F.: 1C 6 10 13 26 34 35 42 71 91 103; 2C 9 45 49 95 168 169; LM 1,5; 2,1.3; 4,1.2; 5,1; 9,2; 10,3.4; 11,9.12; 13,1.5; TC 12; para unirse más fácilmente a Dios*: 2C 94; sufre allí los asaltos del demonio*: 2C 9; LP 117; encontrada aun en medio de las multitudes: 2C 94; «llevamos nuestra celda»: LP 108 — nefasta, si excluye la fraternidad: 2C 32; LP 116.
Cf. *Clausura, Eremitorio, Recogimiento.*

Súbdito: F., s. hasta la muerte*: 2C 143 151; EP 39; cf. *Obediencia, Sumisión.*

Sueños: de F.: el árbol elevado: 1C 33; TC 53; las migajas reunidas: 2C 209; LM 4,11; el palacio de armas: 1C 5; 2C 5 6; LM 1,3; la estatua: 2C 82; diálogo de Espoleto: 2C 6; LM 1,3; TC 6; AP 5,6 — del papa*: Letrán: 2C 17; TC 51; de Silvestre: la cruz*: 2C 109; LM 3,5; TC 31; AP 13; de un hermano: los palaciegos: 2C 121; de Elías: la muerte* de F.: 1C 109; del obispo* de Asís: 2C 20; de un hermano: F. en la gloria*: 2C 209; de un hombre de Bovara: LM 13,6; LP 94.
Cf. *Revelaciones, Visiones.*

Sufrimientos: imitación* de Cristo* sufriente: LM 13,2; cf. *Cruz, Estigmas* — s. de F.: 1C 10 12 13 16 93 98; 2C 17 21 96 212 213 214; LM 1,2; 2,2.3; 5,9; 7,11; 14,2.3; TC 17; AP 8 9 46; LP 7 106; los llama hermanos*: 2C 212; LM 14,2; Lm 7,2; comparte los s. de los pobres: TC 57; AP 37; y composición del cántico* de las criaturas: LP 83; EP 115 — de los hermanos: AP 16 25 44; LP 108 11 117; soportados con paciencia*: TC 40 55 62; suavizados por la fraternidad: TC 41 — su recompensa: 2C 212.
Cf. *Dolencias, Enfermedades.*

Sultán: 1C 57; 2C 30; LM 9,7.8; Lm 3,9; LP 77; Flor 24 n.1; cf. *Misión.*

Sumisión: de la carne* al Espíritu*: LM 9,4; de los primeros compañeros: a la Iglesia*: LP 59; EP 86; al clero: 2C 146 — de F. a todos: Lm 3,4; TC 57; AP 37; LP 11; EP 46; de F. al guardián*: 2C 49 — de las criaturas* a F.: 2C 27; LM 5,9; Lm 5,9.
Cf. *Discípulo, Obediencia, Súbdito.*

Superior: Dios*: s. y protector* de la Orden*: LP 86; Espíritu* Santo, ministro general: 2C 193 — los s. ocupan el lugar de Dios: LP 11; de Cristo*: 2C 151; LM 6,4; TC 46; AP 31; el s. es un padre: 2C 177; deben llamarse siervos: LM 6,5; cf. *Ministro;* otras cualidades exigidas: 1C 104 — confianza* y humildad* en el recurso a los s.: LP 120 — F. renuncia a su cargo: 2C 143; LM 6,4; LP 11; EP 39 41 71; pero conserva responsabilidades morales: LP 106 11 112; cf. *Ejemplo;* resistencia de algunos s.: 2C 188; LP 18 106; EP 41 68; — no apropiarse los cargos: 1C 104; LM 6,5; LP 109 — F., s. de Práxedes: 3C 181.
Cf. *Abad, Autoridad, Custodio, Guardián, Jerarquía, Ministro, Prelado, Vicario.*

Tau: origen de la t. en F.: LM pról. 2 n.6; signo de salvación*: LM pról. 2; 4,9; 10,7; medio de curación; 3C 159; letra* querida por F.: 3C 3; firma de F.: LM 4,9; Ll 2; en la frente de F.: 2C 106; Lm 2,9; cf. *Autógrafo, Cruz, Escritos.*

Temor: de Dios*: 2C 216; LM 14,5; LP 118; EP 49; más que t. de los hombres*: 2C 30 41; LM 11,3 — en la oración* de F.: LM 10,6; para revelar sus estigmas*: 1C 96; LM 13,4; para mirar a la esposa de Cristo*: 2C 114; EP 86; t. y tentación*: 2C 44 — de los hermanos* a las palabras* de F.: LP 11 18; EP 14 46 68; para presentarse al papa*: LM 3,8.

Tentación: de F.: 2C 49 115-17 119 124; LM 5,4; AP 27; LP 58 63 73 104 120; EP 4 96 98-99 — de los hermanos*: 1C 49; 2C 42 44 49 118 124 184-85; LM 11,9-10; Lm 4,6; LP 12 55; EP 80 107; Flor 20 23 27 29 41 45; Ll 2 — predicción: 2C 157; LM 4,5; Flor 6; ternura eficaz con los tentados: 2C 177; TC 59; AP 39.
Cf. *Demonio.*

Teología: de F.: 2C 103; F. venera a los teólogos: 2C 163; LP 103; como colaboradores de Cristo*: 2C 172; cf. *Ciencia, Doctrina, Libros, Sabiduría.*

Tercera Orden: institución y aprobación*: AP 41; LP 74 n.3; Flor 16 n.6; alusiones: 1C 37; LM 4,6 n.13; TC 60; cf. *Familia, Hermano, Laico.*

Tesoro: descubierto por F.: Lm 1,4; TC 9; es la pobreza*: LM 7,1; TC 33; Flor 13; es Dios* y su reino*: 2C 99; LM 2,4; LP 83; EP 100; es la oración*: 1C 6; LM 1,4; 10,4; son los sufrimientos*: LP 83; EP 100; Flor 19; y las llagas: Lm 13,8; y la cruz*: LM mil 10,8; de la gracia*, confiado a F.: LP 10; EP 45; cf. *Bienes, Dinero, Posesión, Riqueza.*

Testamento: de Cristo* es la pobreza*: SC 31; de F. es la pobreza*: Lm 7,4; LP 57 106; EP 9 11; alusiones al t.: 1C 17; 2C 161; TC 11 29; LP 101 103 106; de Siena: LP 59; EP 87; de F. referente a la Porciúncula: LP 56; EP 55; referente a los leprosos*: TC 12; referente a la eucaristía*: LP 108; EP 65; cf. *Escritos, Voluntad.*

Testimonio: los pobres dan t. de Cristo*: SC 20 — de los hermanos* sobre F.: LP 67 82 93 96 106; EP 11 22 38 63 104 114; sobre sus penitencias* y virtudes: LM 11,9; LP 50; EP 27; de su bondad* hacia los pobres: LP 89; EP 33; de los testigos de los estigmas*: 3C 1; LM 13,8; mil 1,2; Lm 6,9; Ll 4; cf. *Martirio, Predicación, Trabajo.*

Tibieza: es tentación* del diablo: 2C 116-17; F., tentado de t.: LM 5,4; donde no hay amor*: 2C 209; se enmascara de discreción*: EP 15; es efecto de la acidia: SC 46; cf. *Desaliento, Tristeza.*

Tiempo: es un don* precioso: 2C 161; EP 65; perdido en hablar con mujeres*: 2C 112; en falsos estudios*: LP 103; EP 72 — su empleo por F.: 2C 97 159 184-85; LM 6,4; 10,1.6; 13,1; Lm 4,1; su empleo por los primeros hermanos*: TC 41; AP 25; del ministro* general: EP 80 — de la tribulación*: EP 60-70.

Tierra: invitada a alabar a Dios*: 2C 81; EP 120; es nada comparada con el cielo*: LP 83; t. desnuda es el lecho de F.: LM 5,1; Lm 3,1; en ella es colocado F.: 2C 217; LM 14,4; cf. *Huerto, Mundo.*

Tonsura: su significado: 2C 17 n.3; LM 3,10 n.24; de F., no demasiado grande: 2C 193; hecha a los doce primeros hermanos*: LM 3,10; TC 52; AP 36; concedida por Inocencio III a los hermanos: LM 4,1; cf. *Clérigos.*

Trabajo: manual de F.: 2C 161 n.2; LM 5,6 n.18; motivos del t. manual: medios de subsistencia: AP 25 26; LP 102; para ser menos carga a los bienhechores: 2C 161; medio de penitencia*: LM 5,6; LP 50 56; medio de prestar servicio* a los pobres: LP 56; medio de combatir la ociosidad*: 2C 161; TC 41; LP 56 107; Dios* vomita a los ociosos: 2C 161; EP 65; cf. *Mosca;* exige de todos: 2C 161; LP 97; aun de los predicadores: LP 103; EP 73 — cumplido por F.: 1C 18 21; 2C 11 14 21 161;

LM 2,7.8; TC 22 24; cf. *Iglesias;* el vaso: 2C 97; LM 10,6; visitas de Dios durante el t.: 2C 95 — cumplido por Gil: 1C 25; por los hermanos en España: 2C 178; en Rivo Torto: 1C 42; LM 4,3; en la Porciúncula: 2C 19; LP 56 107; oficios de los hermanos: 1C 39; leñadores y jardineros: 2C 165; equilibrio necesario: 2C 211; LM 13,1; LP 120; cf. *Cuerpo, Oración, Plegaria* — otros trabajos: la mendicación*: 2C 75; LP 97; la predicación*: LM 8,3; 12,1; LP 118; el cuidado de los leprosos*: 1C 39 — salario que se ha de entregar a la fraternidad: 2C 161 — recompensa: descanso eterno y visión de Dios: TC 68.

Transformación: del joven F.: 2C 7 10 13 14; TC 12; de F. en Cristo* crucificado: 2C 135; LM 8,1; 9,2; 13,3.4; LM mil 1,1; EP 73; Ll 3.4; interior y exterior de F.: Lm 2,1; del cuerpo* de F.: TC 72; de F. al oír el nombre* de Jesús*: LM 10,6; de F. en la oración*: LM 10,4; cf. *Conversión, Restauración.*

Tránsito: cf. *Muerte.*

Traslado: de F. moribundo a la Porciúncula: Lm 7,3; LP 5 124; del cuerpo* de F. a San Damián: 1C 116-17; LM 15,5; LP 13; EP 108.

Trinidad: cf. *Dios-Trinidad.*

Tristeza: astucia del demonio*: 2C 125; Flor 29; desterrada de la fraternidad: 2C 125 128; LM 3,6; LP 120; EP 95; mal babilónico: 2C 125 — de Cristo* a causa de los hermanos*: LP 21; EP 52 — de F.: al recuerdo de la pasión*: LM 1,5; 10,4; de la pobreza* de Cristo: TC 15; a la vista del serafín: LM 13,3; Lm 6,2; ante los elogios*: 2C 130; a causa de los malos ejemplos* de los hermanos*: 2C 61 157 188 195; Lm 8,3; LP 112; y de la relajación prevista: 2C 70 — de los hermanos por F. enfermo*: EP 87.
Cf. *Desaliento, Lágrimas.*

Túnica: la primera t. de F.: 1C 16 22; LM 2,6; 3,1; Lm 1,9; TC 24; LP 81; EP 62; vestido* de F.: 2C 55; LM 5,1; 7,1; Lm 3,5; LP 90; EP 34; Ll 3; remendada y vil: LP 90; EP 34; con piel de zorro: 2C 130; AP 8 9; LP 81; EP 62; dada por F. a los hermanos*: 2C 50 181; AP 16 19 23; LP 89; EP 33; manchada con la sangre de las llagas: 2C 136 138; LM 13,8; Lm 6,3; como limosna* para F. moribundo: 2C 215; LM 14,4; LP 90; EP 34 — una sola t., conforme al Evangelio*: 1C 22; TC 25; tosca y remendada: 1C 39 76 83; 2C 43 69 132; LM 5,2; 7,1; LP 81 89 111; TC 40; EP 15 16; hábito* de los hermanos: 1C 39 78; LM 3,1; LP 50 105 106; humilde a ejemplo de la alondra: LP 14; única prenda autorizada: 2C 55; no apropiársela: 2C 180; recibida en limosna: 1C 16; 2C 215; LM 2,6; tejida por dos religiosas: 1C 78; pieles: LP 81 111 — símbolo de la cruz*: 1C 22; LM 2,4 — sobre ella se acuestan: 1C 52; LM 5,1; Lm 3,1; despojados de ella: 1C 76; 2C 114; LM 5,4; 13,8; LP 80 114; Ll 4; cf. *Desnudez;* manchada de sangre: 1C 95; 2C 136; LM 13,3; Lm 6,3; Ll 3; dada al hermano León: 2C 50; a un hermano de Francia: 2C 181; LP 90; EP 34; a los pobres: 1C 76; 2C 8 90 196; LP 89 90 91; EP 35; reliquias: 1C 63; 2C 98; LM 8,5; t. mortuoria: 3C 38; LP 8.
Cf. *Hábito, Vestido.*

Vanidad: del joven F.: 1C 4 7; TC 3; AP 3 5 7; reprimida firmemente: 2C 130 132 171; LM 6,2; LP 82; EP 63; diatriba contra los hermanos* ambiciosos: 2C 145; v. de los predicadores: 2C 164; en las cosas de Dios*: LP 110; cf. *Arrogancia, Orgullo, Soberbia.*

Veneración: de F. por: las palabras* del Señor: LP 100 108; la eucaristía*: AP 37; todo escrito: 1C 82; los sacerdotes*: 2C 201; los teólogos: 2C 163 172; LM 8,1; LP 103; los ángeles*: 2C 197; LM 9,3; San Miguel: 2C 197; el signo tau*: LM 4,9; las reliquias: 2C 202; LM 6,7; los objetos de culto: 2C 202; cf. *Devoción;* las primeras vocaciones*: LP 51; EP 18 — por F. de: la multitud: 1C 62 120; 2C 25 133; LM 4,9; 12,4; 15,6.7; LP 75; las gentes de Asís: 2C 77; personajes diversos: 1C 51 61 63 67 69; 2C 38 170; LM 4,7; 9,8; Pacífico: LP 65; Pedro Cattani: LP 64: un abad: LM 10,5; LP 76; papa* y cardenales*: 1C 100 126; LM 6,10; LP 117; diversos hermanos: 1C 50; 2C 45; LM 11,9; Francia: 1C 120; 2C 13; las criaturas*: LP 86; Flor 16 — F. sufría cuando era objeto de elogios*: 1C 53.
Cf. *Admiración, Adoración, Respeto.*

Vergüenza: de no ser siervos de Dios*: EP 74; sentida a la vista de uno más pobre: LP 113; EP 17; en la despedida de los hermanos* misioneros: LP 108; confusión y humillación de F.: 1C 69; y de los hermanos: 2C 31 157; LM 11,8.9; LP 59 66 72 104; del hermano que se avergonzaba de confesarse: 2C 124; LP 55; EP 71; del hermano que se avergonzaba de tocar la cítara: 2C 126; LP 66 — vencer la v. de ser pobre: 2C 16 17; LP 68; de mendigar: 2C 13 71 74 77; LM 7 10; TC 24; LP 51 96 97; EP 18 22 23; de confesar sus faltas: 1C 54; LP 55; o sus debilidades: 1C 72; 2C 175; LP 50 51 53; de saludar con la paz*; LP 101; EP 26; de llevar el hábito*: EP 71; v. de sí mismos

en los servidores de Dios: LP 84; EP 101; cf. *Tentación.*

Vestido: de F. en su juventud: 1C 2 n.6; cf. *Capucha, Hábito, Manto, Túnica.*

Viajes: de F. a la Pulla: 1C 5; 2C 6; LM 1,3; TC 5; AP 5; a Roma: 1C 34; 2C 8 96; LM 1,6; 3,8; TC 9 10 46; AP 31; LP 117 119; EP 67 94; Flor 13; a Espoleto: 1C 122; TC 6; AP 6; a Foligno: TC 16; AP 7; a Francia: LP 108; EP 65; Flor 13 n.1; a España: LM 9,6 n.21 y 23; Flor 4 n.2; a Marruecos: LM 9,5.6; a Egipto: LM 9,6 n.24; Flor 24 — de Pedro Bernardone a Francia: TC 2.
Cf. *Peregrinos.*

Vicario: de Cristo* es el ministro* general: TC 46; AP 31; EP 80; de F.: 2C 144 207; TC 39; LM 4,11; 7,4; 8,4; 11,11; 13,8; LP 17; EP 1; Flor 4 6; Ll 4; cf. *Papa, Superior.*

Visiones: ángeles*: LM 2,8; árbol: 1C 33; LM 3,8; TC 53; ciegos: 2C 20; LM 2,8; TC 56; capítulo* de Arlés: 1C 48; LM 4,10; Lm 4,4; carro de fuego: 1C 47; LM 4,4; Lm 2,6; Cristo*: Flor 14 17; Cristo en cruz*: LM 1,5; Lm 1,4; cielo*: LM 10,2; cruz*: 2C 106; LM 3,5; 4,9; Lm 2,8; TC 15 16; Flor 2; demonios* de Arezzo: 2C 108; LM 6,9; demonios sobre el cuello: 2C 34; LM 11,11; Lm 4,5; mujer* jorobada: 2C 9; TC 12; multitud de hermanos*: 1C 27; espadas cruzadas: 2C 106; LM 4,9; Lm 2,9; Letrán: 2C 17; LM 3,10; Lm 2,4; leproso*: 2C 9; Flor 25; palacio de armas: 2C 6; LM 1,3; Lm 1,3; TC 5; Perusa: 2C 37; LP 75; santos Pedro y Pablo: Flor 13; serafín: LM 8,10; Lm 6,1; cf. *Estigmas;* estatua: 2C 82; tau*: 2C 106; LM 4,9; Lm 2,9; tres mujeres: 2C 93; LM 7,6; trono de Lucifer: 2C 123; LM 6,6; LP 65; EP 60; hermanos anónimos: 1C 110; 2C 53 195; LM 14,6; Lm 7,5; TC 68; EP 69; Flor 20 24 26 47; Agustín: 2C 118; LM 14,6; Lm 7,6; Elías: 1C 109; LP 99; obispo* de Asís: 2C 220; LM 14,6; Lm 7,6; Juan de Greccio: 1C 86; LM 10,7; Rufino: Flor 29; León: Flor 36; Ll 2 3 4; Pedro: Flor 42 44; Conrado: Flor 42 44; Juan de la Penna: Flor 45; Juan de Alverna: Flor 49-53; Jacobo de Massa (las garras de San Buenaventura): Flor 48; Inocencio III (la palmera): LM 3,9.
Cf. *Parábolas, Revelaciones, Sueños.*

Vocación: de F.: atormentado: TC 12; en Espoleto: LM 1,3; en San Damián: Lm 1,5; TC 13; madurada en la oración*: 1C 6; a la vida apostólica: 1C 22; 2C 15; LM 1,5; 3,1; TC 25; caso de conciencia particular: LM 4,2; 12,1.2; Lm 2,5 — del hermano Bernardo: 1C 24; 2C 15; LM 3,3; TC 27-28; AP 10-11; del hermano Silvestre: LM 3,5; Lm 2,8; AP 12 13; del hermano Gil: AP 14; de los primeros compañeros: 1C 27 31; 2C 15; LM 3,3; Lm 2,2; TC 30-31 36; AP 12-13 18; LP 51; EP 18; nuevas v.: 1C 56-57 62; 2C 194; TC 35 41; AP 17 24; del hermano Pacífico: Lm 2,9; de Juan el simple: LP 61; EP 57; después de la muerte* de F.: TC 73; AP 47; de un hermano: TC 55-56 — del hermano* menor*: cf. *Cristo, Evangelio;* simplicidad*, oración* y pobreza*: 2C 40 74; LP 51 103; EP 91; humildad*: 2C 195; LP 18 103; salvación* de las almas*: 1C 35; TC 36; médico de almas: 1C 8; LM 2,6; TC 58; predicación* y oración: TC 55; cf. *Alabanza* — de los hijos, honor de los padres: LP 61; EP 57 — F., modelo de v.: LM 3,7; LP 79 106; cf. *Ejemplo.*
Cf. *Admisión, Aspirante.*

Voluntad: F. joven ignora la v. de Dios*: 1C 4 5; 2C 4; LM 1,2; AP 5; Dios se la revela: 1C 7; 2C 10; LM 2,8; LP 52; condiciones previas a su conocimiento: paciencia*: LM 1,3; TC 6; penitencia*: TC 11; y oración*: LM 4,2; 13,1; Lm 1,3; 2,5; TC 10; F. desea siempre conocer y cumplir el beneplácito de Dios: 1C 91 92 115; LM 12,2; 14,2; LP 6 118; Ll 3; que es el camino de la perfección: 1C 55 — es buscada en el Evangelio*: 1C 92; LM 13,2; TC 28; AP 10 11; LP 104; en la oración: 1C 72; LM 4,2; AP 10 35 37; LP 6; codificada por la Regla*: LP 101 106; expresada por el superior*: TC 42; manifestada a veces por las circunstancias: LM 8,10; Ll 1; o de otro intérprete: LM 12,2; Flor 11; en la obediencia*: Flor 11; es dulce su cumplimiento: 1C 107; y alegre: LM 12,2; AP 26; la denominación de la Orden*, v. de Dios: 1C 38; LM 4,6; 6,5; LP 101; v. de la Iglesia*, norma para los hermanos*: TC 46; AP 26 31 — F. renuncia a la propia v.: 2C 6; el ciego y su perro: 2C 144; cf. *Obediencia;* la renuncia* a la v. propia, condición de admisión*: LP 62; cada uno vive hoy según su propia v.: 2C 179.
Cf. *Ambición, Deseo.*

Voto: y profesión* de F.: Lm 2,5; Ll 3; su simbolismo: LM 7,6; cf. *Castidad, Obediencia, Pobreza.*

INDICE DE NOMBRES DE PERSONAS

Abad de San Benito de Monte Subasio: TC 56 57; LP 56; EP 55.

Abad de San Justino: 2C 101; LM 10,5; LP 76.

Acursio (hermano): 3C 1 n.12.

Adyuto (hermano): 3C 1 n.12.

Agustín (hermano): 2C 218; LM 14,6; Lm 7,6.

Albertino de Narni: 1C 136; 3C 139.

Alberto (mendigo de Asís): AP 9.

Alberto de Arezzo: 3C 91.

Alberto de Pisa (hermano): LP 50 n.3.

Alejandro (juez): 3C 128.

Alejandro III (papa): LM 4,8 n.17.

Alejandro IV (papa): 1C 20 n.6; LM 13,8 n.21; LM mil n.16; mil 3,4; Flor 48 n.3; Ll 4 n.12.

Andrés Cicala: 2C 36 n.3.

Angel Clareno: 2C 112 n.3; LM 4 n.21; Flor 31 n.3; 41 n.1; 42 n.1.3.5; 48 n.1.

Angel de Borgo San Sepolcro (hermano): LP 7 n.2.

Angel de Rieti (hermano): LP 7 n.2; 89 n.2; EP 33 n.3.

Angel Tancredi (hermano): 1C 31 n.6; 102 n.1; 109 n.1; TC 1; LP 7 117; EP 67 85 123; Flor 1 n.4; 16 n.3; Ll 1 n.8.

Atto de San Severino: 1C 146; 3C 146.

Bárbaro (hermano): 1C 31 n.6; 2C 155; EP 51 n.1; Flor 1 n.4.

Bartolomé de Arpino: 3C 143.

Bartolomé de Gubbio: LM mil 8,2.

Bartolomé de Narni (mendigo): 1C 135; 3C 173.

Beatriz (señora romana): 3C 96; Flor 33 n.2.

Benito de Piratro (hermano): LP 59; EP 87 n.2.

Bentivoglia de San Severino (o de Bonis) (hermano): Flor 42 n.2.

Berardo (hermano): 3C 1 n.12.

Bernardo de Bessa: 1C 21 n.1; 110 n.7.

Bernardo de Quintavalle (hermano): 1C 24; 25 n.6; 30 102 n.1; 2C 15 48; 109 n.2; LM 3,3; TC 1 27 28 29 30 39 46 85 107; AP 3 n.1; 10 11 12 14 21 31; LP 12; 55 n.1; 92 n. ; EP 36 n.1; Flor 1 n.4; 2 n.7; 3 4 n.1; 5 6 n.1-2; 13 n.3-5; 26; 28.

Bernardo de Vigilanzio (hermano): 1C 31 n.6; Flor 1 n.4.

Blanca de Castilla: 1C 120 n.2.

Bonicio: LM 4,11 n.23; LP 17; EP 1.

Bonifacio VIII: LP 8 n.2.

Bontadoso: 1C 142; 3C 77.

Buenaventura (hermano): 3C 86.

Buenaventura (donador del convento de Siena): LP 58 59; EP 10.

Buenhombre de Fano: 1C 146; 3C 147; LM mil 8,5.

Buen-Juan (médico): LP 100; EP 122.

Canónigos de San Rufino: LP 56; EP 55.

Carlomagno: LP 103; EP 4.

Carlos de Anjou: LM 10,4 n.10.

Cesáreo de Espira: 2C 30 n.1.

Conrado de Offida (hermano): 2C 102 n.3; EP interp. n.2; Flor 42 n.5; 43 44.

Conrado de Uerslingen: 1C 1 n.1.

Crescencio de Jesi (hermano): 2C 1 n.1; TC 1; Flor 42 n.1.

Daniel (hermano): 3C 1 n.12.

Diebold de Sweinspeunt: LP 65 n.4.

Electo (hermano): 2C 208 n.2; EP 77 n.1.

Elías (hermano): 1C 69 88 n.1; 98 105; 107 n.1; 108 n.6; 109 n.4; 112 n.2; 2C 30 n.1; 138 n.1; 156 n.2; 166 n.1; 207 n.1; 216 n.6; LM 4,11 n.24; 5,9 n.22; 11,11 n.21; 13,8 n.23; LP 12 n.3; 17 n.5; 56 n.9; 66 n.2; 83 n.2; 89 n.3; 103 n.1; 116 n.1; EP 4 n.2; 8 n.1; 80 n.1; 85 n.8; 107 n.3; Flor 4 n.1.2.4; 6 n.1; 38 n.1.

Emperador (enfermo en Spello): 1C 144.

Enrique de Avranches: LM mil n.30.

Esteban de Casa Nova: LM 13,8 n.20.

Federico II (rey y emperador): 1C 4 n.3; 57 n.7; 122 n.4; 2C 36 n.3; 53 n.2-3; LM 15,4 n.2; LP 14 n.1; 17 n.5; Flor 38.

Felipe (hermano): 2C 206 n.1.

Felipe Longo (hermano): TC 1; Flor 1 n.4; 45 n.2.

Finiato (médico): LP 100; EP 122.

Francisco Malefizi: Ll 2 n.12.

Francisco de Muzio: EP 105 n.1.

Gentil (conde): TC 5 n.2; AP 5.

Gerardo de Módena (hermano): LP 71 n.3; EP 111.

Gil (hermano): 1C 25 n.7; LM pról. 4 n.19; 3,4 n.10; TC 1 32 33; AP 14 15 28 31 36; LP 12 92; EP 36 85 107; *Flor 1 n.4*; 4; 6 n.1; 13 n.3; 26 28 34 48.

Gineldo (caballero): 3C 129.

Girart (caballero): 3C 117.

Gislerio de Alberico: LM 11,7 n.16.

Gregorio IX (papa): 1C pról.; 125 126; 2C 73 220a; 3C 93; LM 6,5; 15,6; mil 1,2; 2,8; 5,4; AP 45 47; LP 18 72 74; Ll 4.

Gualfreducio de Città della Pieve: 1C 64 n.5.

Gualterio de Arezzo: 1C 140.

Gualterio de Brienne: 1C 4 n.3; LM 1,3 n.6.

Guidalotto de San Geminiano: 3C 94; LM mil 5,5.

Guido: cf. *Obispo de Asís.*

Guido de Florencia: TC 39; AP 21.

Guido II: 1C 14 n.3; LP 54 n.2; EP 101 n.1.

Guillermo Divini: 2C 106 n.1.

Honorio III (papa): 1C 73 99 n.1; 100; 2C 25; 30 n.2; 37 n.1; LM 4,11; TC 62 63 67; AP 44; LP 103 n.1.

Hugo de Digne: 2C 119 n.2.

Hugolino (cardenal, obispo de Ostia): 1C pról. 1 n.1; 48 n.3; 73 74 75 n.10; 99 n.2; 100 118 n.3; 122 n.4; 123 n.6; 2C 25 37 n.2; 58 63 119 n.1; 148; LM 6,5; 7,7; 12,7; 13,8 n.20 ; 15,4 n.2; TC 24 61 62 63 64 65 67; AP 43 44 45; LP 64 n.3; 74 83 86 97 n.1; 108 n.5; 117; EP 6 21 23 43 65 67 68 91 115; Flor 13 n.3; 16 n.6; 18 n.1-3; 33 n.2.

Hugolino de Monte Santa María (hermano): Flor 41 n.2; 45; Ll 3 n.8.

Humberto de Romania: 2C 149 n.3.

Humilde (hermano): Flor 46 n.1.

Iluminado de Rieti (hermano): 1C 57 n.5; 2C 30 n.1; LM 9,6 n.24; 9,8; 13,3 n.8; 13,4 n.11; TC 1; Ll 3 n.7.

Inocencio III (papa): 1C 4 n.3; 33 n.4; 43 n.5; 125 n.11; 2C 16 37 n.1; LM 3,9 n.19; 4,11; 10,7 n.10; Lm 2,4; TC 5 n.2; 48 53 62 n.2; AP 31 33 34 36 44.

Inocencio IV (papa): *1C 125 n.11*; TC 24 n.1; Flor 33 n.2.

Jacoba de Settesoli: 2C 112 n.3; 3C 37 n.1; LM 8,7; LP 8; EP 112; Ll 4 n.17 18 20.

Jacobo de Asís: 1C 110 n.7; LM 14,6 n.10.

Jacobo de Fallerone: Flor 32; 51 n.1-3.

Jacobo de Iseo (hermano): 3C 109.

Jacobo de Massa: Flor 16 41 48 n.1; 51 n.3; Ll 3 n.8.

Jacobo de Orte: 3C 178; LM 12,9.

Jacobo de Poggibonsi: 3C 170.

Jacobo de Rieti (hermano): 3C 83.

Jacobo de Vitry: 2C 201 n.2; LM 4 n.22; 9,6 n.24; Flor 24 n.1.

Jacobo el simple (hermano): LP 64; EP 58.

Jerónimo (caballero): LM 15,4 n.2; Ll 4.

Jerónimo de Ascoli: LM 3,9 n.19.

Joaquín de Fiore: Flor 48 n.3.

Juan (misterioso precursor de Francisco): TC 26.

Juan (de la diócesis de Sora): 3C 114.

Juan (hermano, compañero de Gil): TC 1; Flor 48.

Juan de Alverna: Flor 59 n.1.

Juan de Brienne: 1C 124 n.8.

Juan de Capella (hermano): TC 35; AP 17; Flor 1 n.4; 31 n.3.

Juan de Castro: 3C 11 n.14; LM mil n.6.

Juan de Compello: Flor 1 n.4.

Juan de Fermo (o de Alverna) (hermano): Flor 49 n.1; 50 51 52 53.

Juan de Florencia: cf. *Juan de Lodi.*

Juan Frangipani: 3C 39.

Juan de Greccio: 1C 84 n.2; 86 n.7; 2C 64 n.1; LM 10,7; LP 119.

Juan de Lodi (hermano): 1C 48; 112 n.1; 2C 182; LM 8,4 n.10; 13,8 n.24; EP 85 n.8; Ll 4 n.10.

Juan de Parma (hermano): 2C 149 n.3; LM mil 3,4 n.5; Flor 48 n.2-3.

Juan de Penna (hermano): Flor 45 n.1.

Juan de Perusa: 3C 1 n.12.

Juan de San Constanzo: 1C 31 n.6; Flor 1 n.4.

Juan de San Pablo (cardenal, obispo de Sabina): 1C 32; LM 3,9; TC 47 61 n.1; AP 32 42.

Juan el simple (hermano): 2C 190; LP 61; EP 57.

Juan el Teutónico: 2C 149 n.3.

Juan Parenti (hermano): 1C 118 n.3; EP 80 n.1.

Juliana de Calvi: 3C 97; LM mil 6,3.
Julián de Espira: 1C 21 n.1; 126 n.15; LM 1,1 n.4; LM mil 8,6 n.2; mil n.30.
Junípero (hermano): EP 85; Flor 48.

León (hermano): 1C 6 n.2; 50 n.4; 102 n.1; 109 n.1; 2C 112 n.3; LM 1,1 n.4; 4,11 n.23; 11,9 n.19; TC 1; LP 7 17 21 59 n.1; EP interp. n.2; 79 n.1; 85 123; Flor 27 n.3; Ll 1 n.8; 2 n.7-13; 3 n.8; 4 n.7.
León Brancaleone (cardenal de Santa Cruz): 2C 119 n.1; LM 6,10; LP 117 119; EP 67.
Leonardo de Asís (hermano): 2C 31; 122 n.1; LM 11,8 n.16; LP 72 n.1.
Liberato de Lauro (hermano): Flor 47 n.1.
Lorenzo de Beauvais (hermano): 2C 181 n.1.
Lúcido (hermano): EP 85; Flor 42 n.1; 48 51.
Luis IX (San) (rey de Francia): Flor 34.
Luquesio: LP 70 n.2.

Mancino: 1C 140.
Marcos de Citta della Pieve: 1C 147 148.
Marcos de Montino (hermano): Flor 48.
Markwald de Anweiler: 1C 4 n.3.
Maseo de Marignano (hermano): 2C 122 n.1; TC 1; EP 85; Flor 4 10 11 12 n.1; 13 n.3; 16 27 29 32; Ll 1 3
Maseo de San Severino (hermano): Flor 42.
Mateo (hermano): Flor 48.
Mateo de Narni (hermano): LP 70 n.1.
Mateo de Todi: 1C 139.
Mateo de Tolentino: 3C 104.
Mateo de Vicalvi: 3C 187.
Mateo de Monte Robbiano (hermano): Flor 45 51.
Melek-el Kâmel: 1C 57 n.7; Flor 24 n.1-3.
Miramamolín: 1C 56; LM 9,6.
Monaldo (hermano): 1C 48; 3C 3; LM 4,10; 13,10.
Morico (crucífero): LM 4,8 n.17; Lm 2,7.
Morico (hermano): 2C 199; TC 35; AP 17; Flor 1 n.4.

Nicolás IV: cf. *Jerónimo de Ascoli.*
Nicolás de Ceccano: 3C 112.
Nicolás de Foligno: 1C 129; 3C 162.
Nicolás de Siena: 3C 188.

Octaviano (subdiácono): 1C 125.
Odón de Cheritón: 2C 16 n.2.
Ognibene: LP 100 n.1.
Oliverio: LP 103; EP 4.
Opórtolo: LP 84 n.1.
Orlando: 1C 94 n.1; Ll n.1.
Ortolana (madre de Santa Clara): Flor 33 n.3.
Otón IV (emperador): 1C 43 n.4-5.
Otón (hermano): 3C 1 n.12.

Pablo (hermano): 1C 77 78 79.
Pacífico (hermano): Flor 46 n.1.
Pacífico de las Marcas (hermano, «rey de los poetas»): 1C 74 n.8; 78 n.6; 2C 106 n.1; 122 n.1; 122 n.2; 126 n.2; 137; LM 4,9 n.17; 6,6 n.12; 13,10; Lm 2,9; LP 65 83 108; EP 59 60 100.
Pedro (hermano): 1C 63.
Pedro (hermano, primer compañero de Bernardo): TC 1 n.12; 29; AP 10 11 14.
Pedro (capellán de San Damián): AP 7.
Pedro de Sicilia: 3C 115.
Pedro Bernardone: 1C 53; 2C 3 n.2; 12; LM 6,1; TC 20; Flor 3 29 30.
Pedro Cattani: 1C 25 n.6; 2C 30 n.1; 67 91 143 n.1; 151 182; LM 7,4 n.15; LP 11 64 n.2; 80 93 n.1; 116 n.1; EP 4 n.2; 36 n.1; 38 39 58 61; Flor 1 n.4; 4 n.2; Ll 4 n.8.
Pedro de Alife: 3C 93.
Pedro de Foligno. 1C 137; 3C 150.
Pedro Mancanella: 3C 75.
Pedro de Monticello: Flor 42 44.
Pedro de Narni: 1C 66; 3C 176.
Pedro de Saxoferrato: 3C 1 n.12.
Pedro de Staccia: 1C 76 n.4.
Pedro de Treia: Flor 42 n.3.
Pedro el cantor: 1C 42 n.2.
Pedro Juan Olivi: Flor 42 n.5.
Pedro Romano: 3C 122.
Peregrino de Fallerone (beato): Flor 27 n.2.
Pica: 2C 112 n.3; TC 2 n.1.
Práxedes (reclusa): 3C 181.

Raho: LM mil 2,4.
Rainiero (hermano): LP 110.
Rainiero Capocci (cardenal): 1C 125 n.12; LM 13,8 n.20; Flor 18 n.1.
Rainiero (obispo de Terni): 2C 141 n.1.
Ricerio (hermano): 1C 49; 2C 44 bis; LM 11,9 n.18; LP 73 n.1; 101 n.1; EP 2; Flor 27 n.3.
Ricomagno: 3C 168.

Roberto (hermano): 3C 116.
Rogata: 3C 148.
Rogerio (canónigo de Potenza): 3C 6; Lm 6,8.
Rogerio (hermano): EP 85.
Rogerio de Todi (hermano): 3C 1 n.12.
Rolando: LP 103; EP 4.
Rufino (hermano): 1C 95 102 n.1; 2C 138 n.1; 3C 4; LM 13,8 n.24; TC 1 85; Flor 1 29 n.1-3; 30 31; Ll 1 n.8; 4

Sabbatino (hermano): TC 35; AP 17; Flor 1 n.4.
Salimbene: cf. *Ognibene*.
San Agustín: 1C 1 n.5; 92 n.2; 2C 165 n.2; LP 18; EP 68.
San Antonio de Padua: 1C 48 n.2; 2C 163; 3C 1 n.13; LM 4,10; 11,1 n.3; 12,3 n.5; 13,10; Lm 4,4; Flor 20 n.1; 39 n. 1.3.5; 40 n.3.
San Ambrosio: LM 4,10.
San Benito: 1C 40 n.11; LP 18; EP 68.
San Buenaventura: Flor 48 n.1; Ll 4.
San Crispolto: 1C 112 n.1.
San Gregorio: 1C 114 n.7.
San Juan Bautista: LM 5,2; TC 26.
San Luis (rey de Francia): 1C 112 n.1; 120 n.2; LM 10,4 n.10; LP 71 n.2; Flor 34 n.1.
San Martín: 1C 92 n.2; LM 4,10.
Santa Clara: 1C 18 n.1-2; 23 n.1; 116; 2C 112 n.3; LM 4,6 n.12; 12,2; 13,4; 15,5; LP 13; EP 84 108; Flor 15 n.1; 16 n.1; 19 33 n.1.2.3; 35 n.1; Ll 4 n.23.
Santa Inés de Asís: Flor 15 n.2; 33 n.3.
Santa Isabel de Hungría: 3C 1 n.12.
Santa Isabel de Portugal: 1C 112 n.1.
Santo Domingo: 2C 148 150; LM 1,1 n.4; 3,10 n.23; EP 43; Flor 18 n.1.2.5.
Séneca: 1C 1 n.4.
Servadeo de Urbino (hermano): Flor 42.
Sibila: 1C 136; 3C 130.
Silvestre (hermano): 2C 106 n.4; 108 109; 3C 3; LM 3,5 n.12; 6,9; 12,2; 13,10; Lm 2,8; TC 50; AP 12 13; LP 108; Flor 1. 2; 16 n.1.
Simón de Asís (hermano): Flor 41 n.1.
Spadalunga: 1C 16 n.4.

Tabaldo el sarraceno: LM 5,11 n.27; LP 66.
Tiburtino: 2C 86 n.1.
Tomás de Capua: LM 13,8 n.20.
Tomás de Celano: 2C 1 n.2.
Tomás de Eccleston: 1C 82 n.6; LM 4,10 n.21.
Tomás de Espoleto (hermano): 2C 29.
Tomás de Spalato: LP 101 n.1; Flor 27 n.1.

Ubertino de Casale: 2C 122 n.1.

Verde: 3C 169.
Villa: 1C 149; 3C 140.

INDICE DE NOMBRES DE LUGARES

Alberino: LM 8,10 n.16; LP 58 n.1.

Alejandría: 2C 78.

Alemania: 1C 27; 3C 48; TC 62; AP 44.

Alife: LM mil 5,4.

Alverna: 1C 71 n.5; 91 n.1; 94 n.1; 2C 46 n.1; 49; 168 n.1; LM 5,1 n.6; 7,12 n.29; 8,10; 11,9; 13,1 n.1; 13,3 n.10; Lm 4,6; 6,1.5; LP 87 118; EP 99 n.4; 117; Flor 49; Ll 1 n.5; 2 3 4.

Alviano: 1C 59; 3C 21; LM 12,4; Flor 16 n.1.5.

Amiterno: LM mil 10,3.

Anagni: LM mil 7,7.

Ancona: 1C 55 n.1; 77; 3C 52; LM 8,9; Lm 5,7; Flor 24 n.1; 42; custodia de Ancona: Flor 42 44.
Cf. *Marca de Ancona.*

Antrodoco: 3C 185; LM mil 10,3.

Apulia: cf. *Pulla.*

Aquila: LM mil 10,1.

Arcellá: 1C 48 n.3.

Arezzo: 1C 63 140; 3C 69 106 108 132 133; LM 6,9 n.17; LM mil 5,3; 6,5; LP 100 108; EP 122; Flor 11; Ll 4; condado de Arezzo: LM 12,11; diócesis de Arezzo: 3C 127.

Arlés: 1C 48 n.2; LM 4,10; 11,14; Lm 4,4.

Arpino: 3C 72 73.

Ascoli: 1C 62 63; 3C 86; LM mil 4,4.

Asís: 1C 1 n.1; 6 52 88 105 112 116 123 124 126 136; 2C 4 n.4; 7 9 13 14 40; 3C 5 138; LM 1,1-3.5; 2,1.2 7; 4,4; 6,2; 15,4.5.7.8; LM mil 3,4; Lm 1,1.6; 2,5.7; TC 2 4 6 7 10 11 12 17 26 28 35 71; AP 3 7 8 17 19 32; LP 4 5 13 56 60 61 72 82 96 99; EP 57 63 105 109 111 124; Flor 15 18; Ll 4; montaña de Asís (= Subasio): LM 12,2; llano de Asís: 1C 42.

Babilonia: LM 9,6 n.25; Flor 24 n.1.

Bagnaia: LP 96 99; EP 22.

Bari: 2C 68; LM 7,5 n.16.

Barletta: 3C 81; LM mil 4,1.

Bar-Sur-Aube: 1C 13 n.1.

Basilicata: LM mil 1,6.

Bastia: 1C 18 n.2.

Benevento: 2C 220; 3C 40; LM mil 2,1.

Bettona: 1C 112 n.1; Flor 15.

Bevagna: 1C 58; 3C 20 124; LM 12,3.10; Lm 5,6; Flor 16.

Bolonia: 1C 76 n.4; 2C 58; LM 12,10; EP 6 n.1; 43 n.1; Flor 5 27.

Borgo San Sepolcro: 2C 98; LM 10,2; LM mil 9,3; LP 115; EP 66; Flor 26; Ll 4.

Borgoña: Flor 18.

Bovara: 2C 122 n.1; LM 6,6 n.13; EP 59; cf *San Pedro de Bovara.*

Brescia: 2C 137.

Brizignano: LP 114 n.1.

Brunforte: Flor 41 n.2.

Buonriposo: Ll 1 n.10.

Calvi: 3C 97; LM mil 6,3.

Camerino: 1C 136.

Campania: 3C 101; LM mil 3,2.

Campania Mayor: LM mil 9,2.

Campiglia: cf. *Rocca Campiglia.*

Cannara: Flor 16 n.1.4.

Capua: 3C 44 172; LM mil 2,5.

Carceri (Le) 1C 71 n.5; LM 12,2 n.3; Flor 29 n.3.

Casa Gualdi: 1C 17 n.5; LP 5 n.1.

Castel San Giminiano: 3C 61; LM 3,10.

Castilla: LM mil n.6; mil n.31.

Castro dei Volsci: 3C 120.

Castro della Pieve: 1C 64 n.5; 147; 3C 125; LM 12,11; LM mil 8,1.

Ceccano: 3C 112; LM mil 8,2.

Celano: 2C 86; 3C 41; LM 11,4; LM mil 3,3; Lm 4,9; EP 29.

Celle di Cortona: 1C 71 n.5; 2C 38; 88 n.1; LP 69 96; EP 22 n.1; 31.

Ceprano: 3C 56; LM mil 3,9.

Ceuta: 3C 1 n.12.

Ciociaria: LM mil n.14.

Cisterna di Roma: 3C 111; LM mil 8,2.

Città di Castello: 1C 70 n.1; 3C 92 156 180; LM 12,10; Flor 26; Ll 4.

Coccorano: 1C 18 n.1; 134.

Colle: 2C 89; EP 32 n.1.

Collestrada: 2C 89 n.1.

Colpersito: 1C 78 n.6; 2C 106 n.4.

Constantinopla: LM mil 3,7.

Contigliano: LP 111.

Cori: 3C 159; LM mil 10,6.
Corneto: 3C 54 55.
Cortona: LP 17 n.5.
Champaña: 1C 13 n.1.
Chipre: 2C 155; EP 51; Flor 24 n.1.
Chiusi: Ll 1 *n.2*.

Dalmacia: 1C 55 n.1; cf. *Eslavonia*.
Damieta: 1C 57 n.7; 2C 30; LM 9,6 n.24-25; 11,3.

Egipto: LM 9,6 n.24-25.
Eslavonia: 1C 55; LM 8,9; 9,5 n.10; Lm 5,7.
España: 1C 27 56; 2C 178; 3C 11 34; LM 9,6 n.21.
Espoleto: 1C n.1; 43 n.4; 122 n.5; 2C 53 n.2; LM 15,4 n.2; TC 6; AP 6; condado de Espoleto: LM 2,6; ducado de Espoleto: LP 108; camino de Espoleto: 1C 34; valle de Espoleto: 1C 1 35 58; LM 4,1.2; Lm 1,1; 2,5; 5,6; TC 2; LP 56 65 108; EP 55 59 65; Flor 4 13 18; Ll 1.

Fano: 1C 131 141 146; 3C 70 164; LM mil 8,5.
Farneto: 2C 101 n.1.
Fermo: Flor 41; 49 n.1; 51
Florencia: 1C 74 75; TC 38; AP 20; LP 108; EP 65; Flor 11 15.
Foggia: 1C 137 n.4.
Foligno: 1C 3 n.2; 8 109 129 137; LM 2,1; LM mil 8,4; TC 16; AP 7; LP 65 n.4; 99; EP 121; Flor 18; Ll 4 n.14.
Fonte Colombo: LM 4,11 n.23; 5,8 n.23; 7,11 n.28; LP 17 n.3; 68 n.1; 86 94 117; EP 67 100 115.
Forano: Flor 42 44.
Francia: 1C 27 74 n.8; 120; 2C 3 n.2; 181 201 n.2; TC 2; LP 108; Flor 13 n.1; provincia de Francia: EP 65; Flor 13 n.3.
Frosinone: LM mil 3,2.
Fucino: 2C 42 n.1; 83 n.2.

Gaeta: 2C 156 n.1; 3C 59 75; LM 12,6; LM mil 3,8; Lm 5,4.
Gagliano: 3C 16; LM mil 10,1.
Galeta: 3C 193.
Gargano: 1C 137 n.4; 2C 220 n.2; cf. *San Miguel*.
Genova: 2C 1 n.1.
Greccio: 1C 60 71 n.5; 84 85 150; 2C 36 n.3; 37; 3C 19 29; LM 5,2 n.10; 7,9 n.23; 8,8.11; 10,7 n.14; 11,12; LP 50 n.6; 73; 74 n.2; 75 n.1; Flor 20 n.2; 48 n.3; eremitorio de Greccio: 2C 35 45 61; EP 98; Lm 5,5.
Grecia: LM mil 7,2.
Gualdi: cf. *Casa Gualdi*.
Gubbio: 1C 16 67 132 134 136 142; 2C 111; 3C 71 137 165 167 177; LM 2,6; 8,6; 12,10; LM mil 8,2; Flor 20 n.2; 21.

Hungría: TC 62; AP 44.

Imola: 2C 147; LM 6,8 n.16.
Inglaterra: 1C 27.
Iseo: LM mil 8,2.
Isola Maggiore: Flor 7 n.2.

La Foresta: cf. *Santa Maria de la Foresta*.
Lagni: 1C 13 n.1.
Le Mans: 3C 100; LM mil 9,2.
Lentini: 3C 57; LM mil 3,6.
Lérida: 3C 11 n.14; LM mil 1,5; 3,11; Lm 6,7.
Lisciano: 2C 106 n.1; LP 69.
Lisboa: 1C 48 n.3.
Lombardía: 1C 62 *n.1*; 2C 78; LM 5,12; Lm 5,8; LP 108.
Lucca: 2C 40; LP 70 n.2; EP 103.

Machilone: 2C 92; LP 89; EP 33.
Marca: LP 62; Flor 44 45 46 49.
Marca de Ancona: 2C 53 n.2; Flor 41 *n.1-2*.
Marca de Treviso: LM 5,12; Lm 5,8; LP 41.
Mar del Norte: 1C 13 n.1.
Maremma: 3C 152.
Marro: Flor 42.
Marruecos: 1C 56; LM 9,6.
Massa: Flor 48 51.
Massa Tribaria: 3C 89; Massa de San Piero: 2C 202; LM 6,7; LM mil 5,2.
Matera: LM mil 2,2.
Mediterráneo: 1C 13 n.1.
Mogliano: Flor 51 53.
Monte Casale: 2C 202; LM 6,7 n.15; LP 115 n.1; Flor 26 n.1; Ll 4.
Montefeltro: Ll 1 n.1.
Monte Marano: 3C 40; LM mil 2,1.
Montenero: 1C 133; 3C 166.
Monteripido: Flor 34.
Montolmo: 3C 186; LM mil 10,3.
Monterubbiano: Flor 45.

Monte San Vicino: Flor 42.

Monte Subasio: 1C 3 n.2; 14 n.4; 21 n.3; LP 56; Flor 29.

Monticelli: Flor 15 n.2.

Nápoles: 2C 39 n.1; LM mil 7,1.

Narni: 1C 66 137 138 141; 3C 79 80 121 151; LM 12,9-10; LM mil 8,4; condado de Narni: 1C 128; 3C 161; diócesis de Narni: 1C 69.

Navarra: LM mil n.31.

Nettuno: 3C 53.

Nicosia: 3C 145.

Nocera Umbra: 2C 77 n.1; 3C 43; LM 7,10; mil 2,3; mil n.9; LP 96; EP 22.

Nursia (Norcia): 3C 153.

Offida: Flor 43.

Olite: LM mil n.31.

Orte: 1C 34; 3C 178 179; LM 4,1 n.3; 12,9.

Osimo: 1C 77 78.

Ostia: 3C 159.

París: 1C 74; 2C 91 n.1.

Parma: 3C 157; LM 12,5.

Penna San Giovanni: Flor 45.

Perusa: 1C 18 n.1; 123; 2C 4 n.4; 37 n.1; 201 n.2; LM 1,2 n.5; TC 4 n.1; LP 75 76; EP 105; Flor 8 18 34; condado de Perusa: 2C 89; diócesis de Perusa: 1C 149; 3C 141; LM 10,5; lago de Perusa: (= largo Trasimeno): 1C 60; 3C 30; LM 8,8; Flor 7; región de Perusa: EP 32.

Peschici: 3C 60.

Petramala: 3C 192.

Pian d'Arca: Flor 16 n.17.

Piazza Armerina: 3C 62 144.

Piglio: 3C 103.

Pisa: 3C 87 105 110; LM mil 8,2.

Po: LM 5,12; Lm 5,8.

Pofi: 3C 50 119; LM mil 7,3.

Poggibonsi: 3C 74 135.

Poggio Bustone: 1C 26 n.1; 2C 131; LP 81 n.1; EP 62 n.2.

Poitiers: LM mil 9,1.

Pomarico: 3C 46.

Ponte San Giovanni: 2C 4 n.4; 89 n.1; EP 105.

Porciúncula: 1C 18 n.2; 21; 25 n.6; 42 n.1; 44 n.6; 48 n.2; 57 n.1; 78 88 106 108; 2C 57 n.1; 61 n.2; 63 65 67 76; 3C 27; LM 1,9; 2,1 n.2; 2,8 n.10; 4,5.10; 7,4; 8,3; n.8; 8,7.9; 10,5; 14,3; Lm 4,5; 7,3.4; TC 14 32 34 41 45 56 57; AP 14 16 18 24 28 30 37; LP 5 18 56 60 63 64 74 78 93 96 98 103 105 106 107 108 109; EP 4 7 8 11 14 25 38 55 56 68 82 83 84 92 99 112 124; Flor 10 23.

Porta Nova: 1C 3 n.2.

Posta: LP 89 n.1.

Potenza: 3C 6 7; LM mil 1,6; Lm 6,8.

Provenza: 1C 48; 1C 74 n.8; provincia de Provenza: Flor 45.

Provins: 1C 13 n.1.

Pulla: 1C 4 5 6 7; 2C 6 68 220 n.1; 3C 6 126; LM 1,3; 7,5; TC 5 n.2; 6 13; AP 5 6 7.

Preggio: LP 69.

Ragusa: LM mil 2,7.

Rete: 3C 65.

Rieti: 1C 99 122; 2C 36 n.3; 42; 43 n.1; 3C 35; LM 5,11 n.27; 7,6 n.17; 7,11; 11,5; 12,9; LM mil 4,3; Lm 4,8; LP 66 68 71 73 86 89 95 111 117; EP 33 67 104 110 115; Flor 19; Ll 2 n.14; diócesis de Rieti: 3C 174; LM 12,9; eremitorio de Rieti: 2C 44; EP 20; obispo de Rieti: 2C 41 92; lago de Rieti: 1C 61; 3C 23 24 84; LM 8,8; provincia de Rieti: LM 13,6; Lm 6,6; carretera de Rieti a Siena: 2C 93; valle de Rieti: 1C 30 n.2; 133 n.2; 3C 18; LM 13,6; Flor 13 n.1.

Rímini: Flor 40.

Rivacciano: LP 58 n.1.

Rivarolo: LM mil 10,5a.

Rivo Torto: 1C 42 n.1; LM 4,3 n.4; 5,3 n.11; 5,7 n.21; TC 55; LP 50; 53 n.1; 56 n.2; 92 n.2; 97; EP 24 27 36; Flor 10 n.1.

Roccabrizia: LP 114; EP 37.

Roccabruna: Flor 46.

Rocca Campiglia: 2C 93; LM 7,6.

Rocca Sant'Angelo: LP 114 n.1.

Romagna: Ll 1.

Roma: 1C 32 34 73 99 n.1; 2C 8 25; 3C 8 42 49; LM 1,4; 2,4; 3,1; 3,9; 6,2; 6,10; 8,7; TC 10 46 47 53 64 66; AP 31 32; LP 8 117 120; EP 43 n.1; 67 n.4; 112; Flor 13 18.

Romania: LM mil 7,2.

Rouen: 2C 91 n.1.

Sabina: 3C 182; LM mil 10,4.

Sacro Convento: LM 5,2 n.7; 11,9 n.20; 15,8 n.5.

Sahagún: 3C 189; LM mil 10,2.

San Antonio (hospital): LM 3,9 n.19.

San Benito: LP 56 n.1; EP 65.
San Damián: 1C 8 n.3; 14 n.3; 18 116; 2C 10 n.1; 13; 213 n.2; LM 2,1.7; 15,5 n.3; Lm 1,5.9; TC 13 16 21 24 25 30; AP 7 12; LP 13; 68 n.1; 83 n.4; 85; EP 84 n.4; 100; 108 n.3; Flor 15 n.2; 16 n.1; 19 35; Ll 4 n.23.
San Eleuterio: LP 45; EP 16.
San Elías: LP 94.
San Esteban: Flor 45.
San Fabián: LP 67; EP 104; Flor 19 n.3.
San Francisco (basílica): LM 15,8 n.5; Flor 35.
San Francisco (iglesia, Capua): LM mil n.11.
San Gemini: 1C 69 n.2; 3C 155; LM 12,10.
San Geminiano? LM mil 3,10; 5,5.
San Giovanni dei Tre Fossi: 2C 77 n.1.
San Jorge de Asís: 1C 23 n.1; 118 n.2; 124 n.9; 126 n.19; 133 n.3; 2C 220 n.2; LM 15,5 n.3; Ll 4 n.23.
San Juan de Acre: Flor 24 n.1.
San Juan de Letrán: TC 51.
San Justino: 2C 98 n.2; LP 76 n.1.
San Lázaro: 2C 98.
San Lázaro (leprosería): 2C 122 n.2; LP 9 n.2.
San Leo: Ll 1; cf. *Montefeltro.*
San Marcos: LM mil n.10.
San Miguel: LM 14,6; 1C 137; LM mil 8,4; Lm 7,6.
San Nicolás de Asís: LM 3,3; TC 28.
San Pedro de Asís: 1C 21 n.2; LM 2,7 n.9; Lm 1,9; EP 84 n.4.
San Pedro de Bovara: 2C 122 n.2; LP 65 n.3; EP 59; Ll 1 n.11.
San Pedro de Fermo: Flor 49.
San Pedro de Roma: 1C 34; 2C 8; TC 10; Flor 13.
San Pierino (cerca de Caprese): Ll 1 n.11.
San Quirico: LM 7,6.
San Rufino de Asís: LP 56 80; EP 55 61.
San Salvador de los Muros: 1C 17 n.5; LP 5 n.1.
San Salvador de Pallereto: EP 124 n.1.
San Sepolcro: cf. *Borgo San Sepolcro.*
San Severino: 1C 146; 3C 58; LM 4,9; Lm 2,9; Flor 41.
San Severino (monasterio de religiosos): 1C 78.
Santa Clara (basílica): 1C 23 n.1.
Santa Clara (iglesia): 2C 10 n.1; LM 15 n.3.
Santa María de la Foresta: Flor 19 n.3.
Santa María de los Angeles: LM 2,8: LP 56; EP 55; Flor 8 15 18; Ll 1 3 4; cf. *Porciúncula.*
Santa María de los Angeles (Alverna): Ll 1 n.7.
Santa María del Vescovado: Flor 2 n.3.
Santa María Magdalena: 1C 42 n.1; LM 9,6 n.23; LP 9 n.2.
Santiago de Galicia: Flor 4; 13 n.3; camino de Santiago: 1C 30; 56 n.3.
Santo Angel de Panzo: 1C 18 n.2.
San Pedro de Bovara: 2C 122 n.2; LP 65 n.3; Ll 1 n.10.
Santos Pedro y Marcelino: LM 3,9 n.19.
Santo Sepolcro: LM mil 5,2; 9,3.
Santo Tomás: 2C 122 n.2.
San Verecundo: 1C 16 n.2; 2C 111; LM 8,6.
Sarteano: 2C 59; LM 5,4 n.14; EP 9 n.1.
Satriano: 2C 77; LM 7,10; LP 86 n.2; EP 22 n.3.
Scopitto: 3C 158 184; LM mil 10,5.
Sens: LM 10,4 n.10; Flor 34 n.1.
Sessa Aurunca: 3C 45; LM mil 2,6.
Sicilia: 3C 47 107 149.
Siena: 1C 105; 2C 87; 3C 188; LM 7,6 n.17; 8,5.7.10; LP 58 n.1; 96; EP 10; 22 n.1; 30; 53; n.1; Flor 6 n.2; 11; convento de Siena: 2C 33; carretera de Siena a Espoleto: 3C 31; carretera de Rieti a Siena: 2C 93.
Siria: 1C 53 57; LM 9,6 n.24; EP 3 n.1; 6 n.1.
Sirolo: Flor 42 n.3.
Soffiano: Flor 46 47.
Sora: 3C 114 148; LM mil 8,2.6.
Specco San Urbano: LM 5,10 n.26.
Spello: 1C 136 144; 3C 113 134; Flor 18.
Subasio: cf. *Monte Subasio.*
Sulmona: LM mil 10,1.

Tamarit: LM mil 3,11.
Tarquinia: LM mil 3,5.
Tebas: 3C 118.
Terni: 2C 141; LP 10; EP 45.
Tierra de Labor: 2C 39; LM 11,13 n.22; 14,6; Lm 7,6.
Tierra Santa: 2C 53 n.2; LP 17 n.5.
Tívoli: 2C 86; 3C 99; LM mil 7,7a.
Todi: 1C 139 141; 3C 67 76; LM mil 8,2.
Toscana: 1C 74; LP 108; Ll 1.
Toscanella: 1C 65; 3C 175; LM 12,9.
Trapani: 3C 66.
Trasimeno: 1C 60 n.3; Flor 7 n.2.

Trave Bonanti: Flor 42.
Trevi: LP 65 n.4; EP 59.
Troyes: 1C 13 n.1.

Valencia: 3C 1 n.12; 191.
Valladolid: 3C 102; LM mil n.31; 9,2.
Vallingegno: 1C 16 n.2.
Valva: LM mil 10.1.
Venecia: LM 8,9 n.14.
Véneto: LP 108.
Verona: 2C 58.
Vezelay: 1C 74 n.8; 106 n.1.
Vicalvi: 3C 72 131 171; LM mil 3,2.
Villasilos: 3C 190.
Viterbo: 3C 98; LM mil 6,4.
Vitoria: LM 9,6 n.23.
Volterra: 3C 168 169.
Volturno: LM mil 2,5.

Zancati: 3C 117; LM mil 7,7.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA TERCERA EDICION DEL VOLUMEN «SAN FRANCISCO DE ASIS», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DIA 2 DE ENERO DE 1985, FESTIVIDAD DE LOS SANTOS BASILIO Y GREGORIO NACIANCENO, OBISPOS Y DOCTORES DE LA IGLESIA, EN LA IMPRENTA FARESO, S. A. PASEO DE LA DIRECCION, 5, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI